

MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS



STEVEN ERIKSON

LAS PUERTAS DE
LA CASA DE LA MUERTE

Lectulandia

En el sagrado desierto de Raraku, Sha'ik la vidente y sus seguidores se preparan para el levantamiento profetizado largo tiempo atrás, «el Torbellino». Esclavizada en las minas de Otataral, Felisin, la más joven de la deshonrada Casa de Paran, sueña con la libertad y jura vengarse, mientras que los Abrasapuentes proscritos Violín y Kalam conspiran para liberar al mundo de la emperatriz Laseen (aunque la voluntad de los dioses, como siempre, parece ser otra). Y, al tiempo que dos antiguos guerreros cargados con un secreto devastador penetran esta tierra asolada, un comandante del Séptimo Ejército de Malaz lidera a sus agotadas tropas en una última y audaz carrera para salvar las vidas de treinta mil refugiados.

Lectulandia

Steven Erikson

Las puertas de la casa de la muerte

Malaz: El Libro de los Caídos 2

ePUB v1.0

000 15.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Deadhouse Gates*

Steven Erikson, 2000.

Traducción: Miguel Antón / Enric Tremps

Mapas: Neil Gower

Diseño portada: Steve Stone

Editor original: 000 (v1.0 - Basado en la plantilla de Xampeta)

ePub base v2.0

Dedico esta novela a dos caballeros:
David Thomas Jr., que me dio la bienvenida a Inglaterra
presentándome a cierto agente literario,
y a Patrick Walsh, el agente a quien me presentó.
A lo largo de los años han demostrado en más de una
ocasión su fe en mí, y por ello doy las gracias a ambos.

AGRADECIMIENTOS

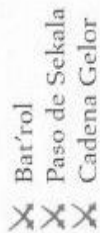
Debo reconocer con la mayor gratitud el apoyo de las siguientes personas: el personal del Café Rouge (Dorking, no pares de servir café...); a la gente de Psion, cuyo extraordinario trabajo en las *5 Series* sirvió de hogar al primer borrador de esta novela; Daryl y la tropa de Café Hosete, y, por supuesto, a Simon Taylor y al resto de Transworld. A mi familia y amigos: gracias por vuestra fe y vuestro aliento, pues sin eso todo cuanto pueda lograr me sabría a poco.

Gracias también a Stephen y a Ross Donaldson por sus amables palabras; a James Barclay, Sean Russell y Ariel. Finalmente, me siento profundamente agradecido a todos los lectores que dedicaron su tiempo a hacer comentarios en varios sitios web: la escritura es una labor muy solitaria, y vosotros habéis logrado que lo sea menos.

El Imperio de Malaz; ca. 1160 del Sueño de Ascu



Primera parte de la marcha de Coltaine



DRAMATIS PERSONAE

EN LA SENDA DE MANOS

Gryllen: D'ivers.

Icarium: Nómada mestizo jaghut.

Iskaral Pust: Sacerdote supremo del templo de Sombra.

Mappo: Compañero trell de Icarium.

Messremb: Soletaken.

Mogora: D'ivers.

Ryllandaras: D'ivers, lobo blanco.

MALAZANOS

Apsalar: Abrasapuentes del noveno pelotón.

Azafrán: Visitante de Darujhistan.

Baudin: Compañero de Felisin y Heboric.

Bizco: Arquero.

Blistig: Capitán de la guardia de Aren.

Capitán: Dueño y capitán del Tapón de Trapo.

Capitán Keneb: Refugiado.

Cucaracha: Perro hengese.

Chenned: Capitán del Séptimo Ejército.

Duiker: Historiador imperial.

Gesler: Cabo en la guardia costera.

Felisin: Hija menor de la Casa Paran.

Heboric Toque de Luz: Historiador y antiguo sacerdote de Fener.

Kalam: Abrasapuentes, cabo del noveno pelotón. Asesino que renegó de la Garra.

Kesen: Primogénito de Keneb y Selv.

Kulp: Mago del Séptimo Ejército.

Lista: Cabo del Séptimo Ejército.

Mallick Rel: Consejero del puño supremo de los ejércitos de Malaz en Siete Ciudades. Sacerdote de Jhista.

Minala: Hermana de Selv.

Pella: Soldado en Solideo.

Perla: Garra.

Picadora: Zapador.

Pormqual: Puño supremo de Siete Ciudades, en Aren.

Sawark: Capitán de la guardia en Solideo.

Selv: Esposa de Keneb.

Sepia: Zapador.

Sulmar: Capitán del Séptimo Ejército.

Torcido: Perro de los wickanos.

Tormenta: Soldado de la guardia costera.

Topper: Comandante de la Garra.

Tregua: Capitán de la infantería de marina de Sialk.

Vaneb: Segundo hijo de Keneb y Selv.

Verdad: Recluta en la guardia costera.

Violín: Abrasapuentes del noveno pelotón.

WICKANOS

Bastión: Tío de Coltaine y comandante.

Coltaine: Puño del Séptimo Ejército.

Menos: Niña hechicera.
Nada: Niño hechicero.
Sormo E'nath: Hechicero.
Temul: Joven lancero.

ESPADAS ROJAS

Aralt Arpat: Sargento ehrlitano.
Baria Setral: De Dosin Pali.
Lostara Yil: Sargento ehrlitana.
Mesker Setral: Hermano de Baria y Orto Setral. De Dosin Pali.
Tene Baralta: Ehrlitano.

NOBLES DE LA CADENA DE PERROS (MALAZANOS)

Lenestro
Nethpara
Pullyk Alar
Tumlit

SEGUIDORES DEL APOCALIPSIS

Bidithal: Mago supremo del Apocalipsis de Raraku.
El toblakai: Guardaespaldas de Sha'ik y guerrero del Apocalipsis de Raraku.
Febryl: Mago supremo de Sha'ik.
Kamist Reloe: Mago, del ejército de Odhan.
Korbolo Dom: Puño renegado y líder del ejército de Odhan.
Leoman: Capitán del Apocalipsis de Raraku.
L'oric: Mago del Apocalipsis de Raraku.
Mebra: Espía en Ehrlitan.
Sha'ik: Líder de la rebelión.

OTROS

Baran: Mastín de Sombra.

Beneth: Dirige a los esclavos de Solideo.

Bula: Tabernera.

Ciega: Mastín de Sombra.

Cotillion: Dios, patrón de los Asesinos.

Cruz: Mastín de Sombra.

Hentos Ilm: Una invocahuesos t'lan imass.

Irp: Sirviente.

Karpolan Demesand: Comerciante.

Kimloc: Chamán tanno.

La aptoriana: Demonio.

Legana Estirpe: T'lan imass.

Moby: Mono alado.

Olar Ethil: Un invocahuesos de t'lan imas.

Panek: Niño.

Rellock: También llamado Sirviente.

Rudd: Sirviente.

Salk Elan: Pasajero de un barco.

Shan: Mastín de Sombra.

Tronosombrío: Dirigente de la Gran Casa de Sombra.

Yunque: Mastín de Sombra.

PRÓLOGO



¿Qué ves en el embarrado horizonte,
que no pueda aclarar
tu mano alzada?

Los Abrasapuentes
Toc el Joven

Año 1163 del Sueño de Ascuá
Año 9 del reinado de la emperatriz Laseen
Año de la Criba

Una nube informe de moscas llegó tambaleándose a la plaza del Juicio, procedente de la avenida de las Almas. En su interior se apiñaban relucientes borrones negros que, a veces, enloquecidos, se desgajaban de la masa para caer sobre las losas de piedra y desperdigarse al vuelo.

Estaba a punto de concluir la Hora del Deseo, y el sacerdote trastabilló ciego, sordo y silencioso. Por honrar a su dios aquella jornada, el siervo del Embozado, del señor de Muerte, se había unido a sus compañeros

desnudándose; luego había ungido su cuerpo con la sangre de los asesinos ejecutados, sangre almacenada en las ánforas alineadas a lo largo de las paredes de la nave del templo. A continuación, los hermanos habían salido a la calle de Unta en procesión, dispuestos a saludar la llegada de los siervos de su dios, y habían realizado la macabra danza que señalaba el último día de la estación de la Podredumbre.

Los guardias que formaban en la plaza se apartaron para dejar paso al sacerdote, y después se apartaron más, lejos de la nube y los zumbidos que lo seguían como estela a un barco. El cielo de Unta seguía más gris que azul, pues se alzaron en ese momento las moscas que habían llegado al alba a la capital del Imperio de Malaz. Las moscas ganaron la bahía, en dirección a las minas de sal y a las islas hundidas más allá del arrecife. La estación de la Podredumbre traía de la mano la pestilencia. Resultaba inaudito pensar que era la tercera vez en los últimos diez años que se imponía aquella estación.

Imperaba en la plaza el zumbido de las moscas, quebrado el ambiente por aquella especie de tormenta de arenilla negra. En una calle, a lo lejos, aullaba un perro moribundo. Cerca de la fuente central de la plaza, la mula abandonada que se había derrumbado hacía unos instantes aún pataleaba débilmente. Las moscas se habían introducido en todos los orificios del animal, ahora hinchado de gases. A la tozuda mula apenas le quedaba una hora antes de morir. Al cruzar el sacerdote, las moscas alzaron el vuelo, formaron una densa cortina y pasaron a formar parte de la nube que lo envolvía.

Desde el lugar donde aguardaba acompañada, Felisin comprendió que el sacerdote del Embozado se acercaba directamente a ella. Tenía este millares de ojos, pero de

algún modo estaba convencida de que todos la miraban a ella. El horror que sentía contribuyó poco a despejar aquel aturdimiento que cubría su mente como una mortaja; sabía que estaba ahí, en su interior, pero esa certeza parecía más el reflejo de un temor que el temor propiamente dicho, presente en su interior.

Si bien apenas recordaba la primera estación de la Podredumbre, tenía muy presente la segunda. No habían transcurrido ni tres años desde que había presenciado ese mismo día, a salvo entre los muros de la hacienda de su familia, en una casa recia con las contraventanas cerradas, corridas las cortinas, los braseros en el exterior, ante las puertas y, en lo alto de los muros erizados de vidrio, más braseros que despedían el humo acre de las hojas de istaarl. El último día de la estación y su Hora del Deseo le provocaban asco, la irritaban y la incomodaban, pero nada más. Por aquel entonces apenas había reparado en los innumerables mendigos y los animales extraviados que rondaban la ciudad, ni siquiera en los habitantes pobres que, después, fueron obligados a limpiar las calles durante días enteros.

Era la misma ciudad en un mundo diferente.

Felisin se preguntó si los guardias se acercarían al sacerdote cuando se dirigiera a las víctimas de la Criba. Ella y los demás de la línea estaban a cargo de la emperatriz, eran responsabilidad de Laseen, y el trayecto del sacerdote podía verse como ciego y aleatorio, la colisión inminente producida más por el azar que por designio, aunque en los huesos Felisin tenía la sensación de que no era así. ¿Se atreverían los guardias a dar un paso al frente, a guiar al sacerdote a un lado, a conducirlo por la plaza?

—Creo que no —dijo el hombre que se hallaba acucillado a su derecha. Los ojos entornados, hundidos en

las cuencas, despidieron un fulgor que muy bien pudo ser de diversión—. Te he visto pestañear, guardia del sacerdote, sacerdote de los guardias.

El hombretón silencioso que se encontraba a su izquierda se puso lentamente en pie, tirando de la cadena. Felisin hizo una mueca por el tirón de los eslabones cuando el hombre dobló los brazos a la altura del pecho. Este observaba al sacerdote sin decir una palabra.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Felisin en un susurro—. ¿Qué he hecho yo para llamar la atención de un sacerdote del Embozado?

El hombre acucillado apoyó el peso en los talones, encaró el sol del atardecer y preguntó:

—Reina de los Sueños, ¿es una muestra de la juventud egoísta lo que oigo salir de esos labios dulces y sensuales? ¿O solo se trata de los modos propios de la sangre noble, en torno a la cual gira el universo? Respóndeme, te lo ruego, antojadiza reina.

Felisin arrugó el entrecejo.

—Me siento mejor cuando te creo dormido... o muerto.

—Los muertos no se acucillan, moza, yacen. El sacerdote del Embozado no viene a por ti, sino a por mí.

Felisin se volvió entonces hacia él. Más que un hombre, parecía un sapo de ojos hundidos. Era calvo y tenía el rostro surcado de tatuajes diminutos, negros, y de símbolos geométricos ocultos que asomaban a la superficie desde un segundo plano y que cubrían su rostro como si de un pergamino ajado se tratara. Iba desnudo, a excepción del taparrabos hecho jirones, cuyo tinte rojo lucía descolorido. Las moscas recorrían toda la extensión de su piel; por lo visto, no querían abandonarlo, y seguían danzando en su cuerpo. Felisin comprendió que no obedecían a los sombríos designios del Embozado. El dibujo del tatuaje lo cubría por

entero: el rostro del jabalí superpuesto al propio, intrincado laberinto de caligrafía, y una mata de pelo rizado se extendía por sus brazos y cubría también los muslos y las espinillas desnudas, mientras que las pezuñas estaban dibujadas en la piel de sus pies. Hasta ese momento, Felisin había estado demasiado absorta, demasiado asustada para prestar atención a quienes la acompañaban en la cadena. Aquel hombre era sacerdote de Fener, el Jabalí del Verano, y las moscas eran muy conscientes de ello, lo comprendían lo bastante bien como para alterar su enloquecedor revoloteo. Observó con mórbida fascinación el modo en que se apiñaban en los muñones que aquel hombre tenía en las muñecas; el tejido de las antiguas cicatrices era el único rincón de su cuerpo que Fener no había reclamado. Felisin reparó en que el recorrido de las moscas respetaba las líneas del tatuaje. Se desplazaban lo necesario para evitar tocarlo, lo cual no las impedía danzar a lo largo y ancho de su piel.

El sacerdote de Fener había permanecido encadenado por los tobillos al final de la línea. Todos los demás tenían grilletes alrededor de las muñecas. Tenía los pies cubiertos de sangre, y ahí las moscas volaban a su alrededor sin llegar a posarse. Vio que había abierto los ojos cuando las nubes taparon la luz del sol.

El sacerdote del Embozado había llegado al lugar en el que se encontraban. Se tensaron las cadenas cuando el hombre situado a su izquierda retrocedió todo cuanto pudo. La pared en la que recostaba la espalda estaba caliente, y sentía los ladrillos (decorados con escenas de pompa imperial) lisos a través de la túnica de esclava. Felisin contempló a la criatura cubierta de una nube de moscas, que permanecía de pie y sin decir palabra ante el sacerdote de Fener. No veía ni un centímetro de piel, nada de la

persona que había bajo esa capa negra. Las moscas lo cubrían por completo y, bajo estas, vivía en una oscuridad que ni siquiera la luz del sol podía hollar. La nube que lo envolvía se extendió, y Felisin contrajo el cuerpo cuando innumerables patitas de insecto le subieron por sus piernas en dirección a los muslos. Se ajustó la túnica al cuerpo y juntó ambas piernas con fuerza.

Habló el sacerdote de Fener, en su rostro ancho dibujada una sonrisa carente de humor.

—Hace ya un buen rato de la Hora del Deseo, acólito. Vuelve a tu templo.

El siervo del Embozado nada replicó; sin embargo, el zumbido que lo envolvía aumentó un tono, hasta que la música de aquel incesante aleteo reverberó en los huesos de Felisin.

El sacerdote entornó los ojos y mudó el tono de voz.

—Ah, ya veo. Es cierto que en tiempos fui siervo de Fener, pero ya no. Hace años que no, aunque es imposible borrar de mi piel la huella de Fener. Diría que si bien el Jabalí del Verano siente escaso amor por mí, aún siente menos por ti.

Felisin acusó una sacudida en su alma cuando comprobó que era capaz de entender las palabras pronunciadas por el zumbido de las moscas.

—Secreto... Mostrar... Ahora...

—Adelante —gruñó el antiguo siervo de Fener—. Muéstramelo.

Quizás Fener actuó en ese momento, mano soberana de un dios furibundo (Felisin recordaría ese instante, en el que volvería a pensar a menudo), o broma más allá de su comprensión, pero en ese momento la oleada de horror que pugnaba por salir de su interior se liberó al fin, el aturdimiento de su alma rasgó su mortaja y las moscas

salieron despedidas como en una explosión, dispersándose por doquier para dejar al descubierto a... nadie.

El antiguo sacerdote de Fener retrocedió como si lo hubieran golpeado, abiertos los ojos desmesuradamente. En la plaza, media docena de guardias dieron la voz. Las cadenas se tensaron cuando quienes formaban la línea forcejearon para liberarse. Las argollas de hierro en las paredes no cedieron, al igual que las cadenas. Los guardias se apresuraron hacia la línea, que retrocedió en señal de obediencia.

—Eso me ha parecido muy gratuito —masculló el hombre cubierto de tatuajes.



Transcurrió una hora, una hora en la que el misterio, el espanto y el horror del sacerdote del Embozado se sumieron en el cúmulo de recuerdos de Felisin hasta convertirse en una capa más, la más reciente, cierto, pero no la última de lo que había pasado a convertirse en una pesadilla interminable. El zumbido de las moscas que había pronunciado aquellas palabras... *¿Era el propio Embozado quien había hablado? ¿Había el señor de Muerte echado a andar entre mortales? ¿Y por qué acercarse a un antiguo siervo de Fener? ¿Qué mensaje ocultaba la revelación?*

No obstante, todas aquellas preguntas desaparecieron de su mente, cedió el aturdimiento y volvió la fría desesperación. La emperatriz había acabado con la nobleza, había privado a las Casas y a las familias nobles de toda su riqueza y, después, las había acusado y encarcelado por alta traición hasta cubrirlos a todos de grilletes.

Respecto al antiguo sacerdote situado a su derecha, y al enorme hombretón de su izquierda, estaba convencida de que ni uno ni otro podían llevar sangre noble en las venas.

Rió por lo bajo, lo cual llamó la atención de ambos hombres.

—¿Acaso te ha sido revelado el secreto del señor de Muerte, moza? —preguntó el antiguo sacerdote.

—No.

—¿Y qué te parece tan divertido?

Felisin sacudió la cabeza. *Había esperado verme bien acompañada, ¿no te parece un pensamiento vuelto del revés? Ahí la tienes, la misma actitud que los campesinos ansiaban erradicar, el mismo combustible al que la emperatriz ha prendido fuego...*

—¡Niña!

Era la voz de una mujer que, a pesar de la edad, mantenía al mismo tiempo la arrogancia y un cierto aire de desesperación. Felisin cerró fugazmente los ojos, luego se envaró y miró a lo largo de la fila a la anciana cadavérica que se hallaba más allá del bruto. La mujer llevaba puesto un camisón, raído y embarrado. *De sangre noble, nada más y nada menos, pensó.*

—Dama Gaesen.

La anciana extendió una mano temblorosa.

—¡Sí, esposa del caballero Hilrac! Soy la dama Gaesen...

—Aquellas palabras parecieron surgir de un lugar recóndito, como si acabara de rescatarlas del olvido o hubiera recordado quién era. Frunció el entrecejo bajo la capa de maquillaje que cubría sus arrugas y clavó en Felisin los ojos inyectados en sangre—. Te conozco —musitó—. Casa Paran. Eres la hija menor. ¡Felisin!

Felisin se quedó fría. Se volvió al frente para observar el patio donde los guardias permanecían apoyados en las

picas, pasándose los frascos de licor y sacudiéndose las moscas que aún rondaban en el lugar. Había llegado un carro para llevarse a la mula, y cuatro hombres cubiertos de ceniza saltaron del carro cargados de cuerdas y garfios. Más allá de los muros que rodeaban la plaza se alzaban las agujas y los domos decorados de Unta. Echaba de menos las sombras que proyectaban sobre las calles, la vida que había llevado hacía apenas una semana, y a Sebry dándole voces mientras montaba su yegua favorita. Levantaría la mirada mientras conducía la yegua de un modo delicado, deliberado, para ver los árboles de hojas verdes que separaban los terrenos de monta de los viñedos de la familia.

A su lado, el bruto lanzó un gruñido.

—Por los pies del Embozado que esa zorra tiene su gracia.

¿De qué zorra habla?, se preguntó Felisin. Logró, no obstante, conservar la expresión a pesar de haber extraviado el consuelo que le proporcionaban sus recuerdos.

—Una riña entre hermanas, ¿verdad? —El antiguo sacerdote de Fener calló unos instantes, para añadir secamente—: Me parece un poco exagerado.

El bruto gruñó de nuevo y se inclinó hacia ella, cubriéndola con la sombra que proyectaba.

—¿Y tú? Un monje exclaustrado. No sería propio de la emperatriz hacer favores a ningún templo.

—No, no lo sería. Perdí la fe hace tiempo. Estoy seguro de que la emperatriz hubiera preferido que siguiera encerrado en el claustro.

—Como si le importara —se mofó el bruto al acucillarse.

—¡Tienes que hablar con ella, Felisin! —exclamó la dama Gaesen—. ¡Una súplica! Tengo amigos ricos...

El gruñido del hombretón adquirió el tono de un ladrido.

—En esta misma fila, más adelante, encontrarás a tus amigos ricos.

Felisin se limitó a negar con la cabeza. *Habla con ella, han pasado meses. Ni siquiera cuando murió padre.*

Siguió un silencio, que se alargó más de la cuenta, casi hasta poder equipararse al silencio que había existido antes de que empezaran a hablar.

—No vale la pena buscar la salvación en una mujer que se limita a cumplir órdenes —aseguró el antiguo sacerdote, tras aclararse la garganta y lanzar un escupitajo—. Señora, ni se te ocurra creer que esa, siendo la hermana de esta muchacha...

Felisin compuso una mueca y se volvió al antiguo sacerdote.

—¿Quieres decir que...?

—No quiere decir nada —gruñó el bruto, interrumpiéndola—. Olvida lo que pueda haber en tu sangre, lo que se supone que pueda haber según tu forma de ver las cosas. Esto lo ha tramado la emperatriz. Quizás creas que se trata de algo personal, puede que quieras verlo así, por ser quien eres...

—¿Y quién soy? —rió Felisin—. ¿A qué Casa perteneces?

El hombretón sonrió.

—A Casa de Vergüenza. Pero ¿qué más da? Tampoco la tuya pasa por su mejor momento.

—Ya me parecía a mí —dijo Felisin, ignorando la dosis de verdad que había en la última aseveración. Miró fijamente a los guardias—. ¿Qué sucede? ¿Por qué seguimos aquí sentados?

—Ha pasado ya la Hora del Deseo —respondió el antiguo sacerdote tras escupir de nuevo al suelo. Alzó la mirada, los ojos bajo el saliente que formaban sus cejas—. Hay que

levantar a los campesinos. Somos los primeros, niña, y tienen que dar ejemplo. Esto que sucede aquí en Unta pronto sacudirá a toda la nobleza del Imperio.

—¡Tonterías! —protestó la dama Gaesen—. Nos tratarán bien a todos. La emperatriz tendrá que tratarnos como corres...

El hombretón gruñó por tercera vez; fue una especie de risa, o al menos eso pensó Felisin.

—Si la estupidez fuera delito, señora, haría años que te hubieran arrestado —aseguró el bruto—. Tiene razón. Muchos de nosotros no llegaremos vivos a los barcos de esclavos. Este desfile por la avenida de la Columnata se convertirá en un baño de sangre. Pero recuerda —advirtió, entornando los ojos clavados en los guardias—, que al viejo Baudin no va a partirlo en dos ninguna turba de campesinos...

Felisin sintió una punzada de temor en la boca del estómago y contuvo un escalofrío.

—¿Te importa que no me separe de ti, Baudin?

El hombre bajó la mirada hacia ella.

—Un poco regordeta para ser mi tipo. —Y volviéndose, añadió—: Eres libre de hacer lo que quieras.

El antiguo sacerdote se acercó.

—Pensándolo bien, muchacha, esta rivalidad vuestra no parece un juego de niños. Lo más probable es que tu hermana quiera asegurarse de que tú...

—Es la consejera Tadore —interrumpió Felisin—. Ya no es mi hermana. Renunció a nuestra Casa al ser requerida al servicio de la emperatriz.

—Aun así, sospecho que se trata de algo personal.

—¿Y por qué ibas tú a sospechar nada? —preguntó, fruncido el ceño, Felisin.

—Fui ladrón en tiempos, luego sacerdote, ahora historiador. Conozco bien la posición tensa en la que se halla sumida la nobleza —respondió él, tras inclinarse de un modo irónico, teatral.

Felisin abrió lentamente los ojos y se maldijo a sí misma por su estupidez. Incluso Baudin, que no podía evitar escucharles, se había inclinado para ver qué cara ponía.

—Heboric —dijo el hombretón—. Heboric Toque de Luz.

—Tan ligero como de costumbre —aseguró Heboric, levantando los brazos.

—Tú escribiste esa historia revisada —dijo Felisin—. Un delito de traición...

—¡Que los dioses nos perdonen! —exclamó Heboric, que enarcó las cejas para componer una expresión de burlona alarma—. ¡Una diferencia de opiniones puramente filosófica, nada más! Eso mismo dijo Duiker en mi defensa, que Fener lo bendiga.

—Pero la emperatriz hizo oídos sordos —dijo Baudin, sonriendo—. Después de todo la llamaste asesina, y luego tuviste arrestos para añadir que hizo una chapuza.

—Veo que encontraste una copia ilegal.

Baudin pestañeó.

—Sea como fuere —continuó diciendo Heboric a Felisin—, supongo que tu hermana la consejera planea llevarte a los barcos de esclavos en una sola pieza. La desaparición de tu hermano en Genabackis se llevó a tu padre... Eso he oído —añadió, sonriendo—. Mas fueron los rumores de traición los que dieron alas a tu hermana, ¿me equivoco? A limpiar el nombre de la familia y todo eso...

—Haces que no suene descabellado, Heboric —dijo Felisin, consciente de la amargura que destilaba su propia voz, cosa que ya no le importaba—. Tavore y yo teníamos opiniones distintas, y ya ves cuál ha sido el resultado.

—¿Opiniones respecto a qué?

Felisin nada respondió.

De pronto, los integrantes de la fila se envararon. Los guardias se habían vuelto a la puerta Occidental de la plaza. Felisin empalideció al ver que su hermana (la consejera Tavore, heredera de Lorn, quien había perecido en Darujhistan) entraba a lomos del caballo, animal criado en los establos de Paran. A su lado iba la perenne T'amber, una hermosa joven cuya larga melena morena hacía honor a su nombre. Nadie sabía de dónde había salido, pero se había convertido en la ayudante personal de Tavore. Tras ellas marchaban una veintena de oficiales y una compañía de caballería pesada compuesta de soldados imbuidos de cierto aire exótico, extranjero.

—Menuda ironía —masculló Heboric, atento a los soldados de la caballería.

Baudin echó el cuello hacia delante y escupió al suelo.

—Espadas Rojas, los muy cabrones.

El historiador le dedicó una mirada divertida.

—Veo que has viajado mucho, Baudin. Has visto los diques de Aren, ¿verdad?

El otro se movió incómodo.

—Habré embarcado alguna que otra vez, monstruo. Además, corre el rumor de que llevan una semana o más en la ciudad —dijo, encogiéndose de hombros.

Hubo cierto revuelo entre las Espadas Rojas, y Felisin vio que llevaban las manos cubiertas con un guantelete, los yelmos puntiagudos vueltos a una hacia la consejera. *Tavore, hermana, ¿tanto caló en ti la desaparición de nuestro hermano? Cuánto debió de afectarte para que buscaras semejante recompensa... Y entonces, para demostrar tu absoluta lealtad, tuviste que escoger entre madre y yo para el sacrificio simbólico. ¿No te percataste*

que el Embozado apostó por ambas opciones? Al menos madre se ha reunido con su amado esposo...

Permaneció atenta mientras Tadore se volvió a los guardias, para pronunciar unas palabras a T'amber, que dirigió su montura hacia la puerta Oriental.

Baudin gruñó una vez más.

—Ánimo. Tenemos por delante un sinfín de horas interminables.



Acusar a la emperatriz de asesinato era una cosa, otra muy distinta era predecir su siguiente movimiento. *Si al menos hubieran prestado atención a mi advertencia...* Heboric hizo una mueca cuando los empujaron a marchar y los grilletos volvieron a morder la piel de sus tobillos.

Las personas más civilizadas se cuidaban mucho de exponer el blando bajo vientre de su salud mental; la decadencia y la sensibilidad eran las marcas de una buena educación. Para ellos resultaba más sencillo, más seguro, y ahí estaba la clave de la cuestión, después de todo: una declaración de mimada opulencia que quemaba la garganta de los pobres más que cualquier ostentosa demostración de riqueza.

Heboric había hablado ampliamente de ello en su ensayo, y podía admitir su amarga admiración por la persona de la emperatriz y por la consejera Tadore, instrumento de Laseen en todo aquello. La excesiva brutalidad de los arrestos llevados a cabo a medianoche, las puertas derribadas, las familias arrastradas de sus camas entre el griterío de los sirvientes... Todo aquello constituía

la primera sacudida. Aturdidos por la falta de sueño, los nobles eran llevados a cuestas, encadenados, obligados a presentarse ante un juez beodo y un jurado de mendigos a quienes se había arrestado igualmente en las calles. Era una burla total y absoluta a la justicia, capaz de acabar con la última esperanza de ver un comportamiento civilizado, rota la civilización en sí y, entre sus restos, poco más que el caos del salvajismo.

Golpe sobre golpe, rendición de los bien mimados bajo vientres. Távore conoce a los suyos, sabe de sus debilidades y no muestra piedad alguna a la hora de sacar provecho de ellas. ¿Qué puede empujar a una persona a mostrarse tan ruin?

Los pobres salieron a la calle cuando se enteraron de lo sucedido, coreando a voces la admiración que sentían por la emperatriz. Altercados cuidadosamente orquestados, el pillaje y la matanza que siguieron asolaron el distrito Noble; persiguieron a los pocos vástagos de la nobleza que no habían sido arrestados, suficientes para saciar la sed de sangre de la turba, que dispuso de un objetivo donde concentrar su ira y su odio. Luego siguió la vuelta al orden, para evitar que la ciudad acabara envuelta en llamas.

La emperatriz cometió escasos errores. Había aprovechado la ocasión para arremeter contra los descontentos y los estudiantes neutrales, para cerrar el puño de la presencia militar en la capital, justificar la necesidad de más tropas para protegerse de los intrigantes nobles traidores. Los bienes aprehendidos costearían la expansión militar. Había sido una jugada muy precisa, a pesar de que no había constituido una sorpresa. Había despertado con la fuerza de un decreto imperial el cruel eco de la rabia que asolaba en ese momento todas las ciudades.

Amarga admiración. Heboric sentía la necesidad de escupir, algo que no había hecho desde sus tiempos de cortabolsas en el arrabal del Ratón, en la ciudad de Malaz. Veía el asombro escrito en la mayoría de los rostros de la fila. Rostros, muchos de ellos, tensos sobre el cuello del camión, sucios cuando no mugrientos debido a los lugares donde habían permanecido encerrados, rostros que desposeían a sus dueños de esa armadura social constituida por la ropa a la que estaban acostumbrados. Pelo enmarañado, expresión aturdida, postura rota, todo cuanto la turba que se arracimaba al otro lado de la plaza ansiaba ver, deseando cobrarse venganza...

Bienvenido a la calle, pensó Heboric cuando los guardias los conminaron a moverse bajo la atenta mirada de la consejera, envarada en la silla de montar, contraído el rostro delgado hasta convertirse en un sinfín de arrugas: la línea que dibujaban sus ojos, los corchetes de una boca recta que parecía carecer de labios... *Maldición, no nació con mucho a su favor, ¿verdad?* La mirada recaló en su hermana pequeña, en la moza que arrastraba los pies a un paso de él.

Observó a la consejera Tavore con curiosidad, en busca de algún indicio (un destello de malicia, quizás), mientras ella, con gélida mirada, recorrió la fila y se detuvo unos instantes junto a su hermana. Aquella breve pausa fue lo único que delató su relación, un acto de reconocimiento, nada más. Luego la mirada pasó de largo.

Los guardias abrieron la puerta Este a doscientos pasos de distancia, a unos metros de quienes encabezaban la fila. La antigua puerta dejó escapar un rugido, un estruendo quejumbroso que hizo dar un respingo tanto a los soldados como a los prisioneros, que reverberó contenido por la elevada muralla y espantó a una bandada de palomas que

alzó el vuelo. El aleteo de estas se extendió como un manto, como si de una suerte de ovación se tratara, aunque Heboric creyó ser el único capaz de apreciar en toda su magnitud aquella irónica muestra de humor de los dioses. Sin querer privarse del gesto, logró inclinarse a modo de reconocimiento.

El Embozado guarda sus secretos. Aquí, Fener, viejo puerco, comezón que nunca alcanzo a rascar. Mírame, anda, presta atención: observa en qué se ha convertido tu malogrado hijo.



Había una parte de la mente de Felisin que se aferraba a la cordura, que cerraba sus dedos con fuerza frente al huracán. Los soldados formaban en columna de tres en la avenida de la Columnata, pero la turba no cejaba en su empeño de burlarlos aquí y allí. Observó la situación con cierto cinismo mientras la golpeaban y atacaban, mientras le escupían. Tanto como aquella cordura que no se dejaba desplazar, un par de brazos fuertes la rodearon, brazos sin manos, los muñones cicatrizados, supurantes, brazos que la empujaron hacia delante, siempre hacia delante. Nadie tocó al sacerdote. Nadie se atrevió a hacerlo. Mientras, al frente, Baudin se perfilaba como una figura más aterradora incluso que aquella turba.

Mataba sin el menor esfuerzo. Arrojaba a un lado los cadáveres con desprecio, entre rugidos, gestos y señas. Incluso los soldados lo miraban recelosos a cierta distancia tras los yelmos, volviendo la cabeza ante sus desafíos, las manos tensas en la pica o la empuñadura de la espada.

Baudin se carcajeaba, la nariz rota debido a un ladrillo certero, las piedras rebotando en su cuerpo, la túnica de esclavo hecha harapos, empapada en sangre y saliva. Aferraba a todo aquel que se acercara lo suficiente, lo retorció, lo doblaba y lo partía en dos. La única pausa a su paso se produjo cuando sucedió algo al frente, cuando se abrió una brecha entre los soldados, o cuando la dama Gaesen trastabillaba. La cogía bajo los brazos sin demasiada delicadeza, y luego la empujaba hacia delante sin dejar de jurar.

Una oleada de terror se extendió al frente de Baudin, un eco del horror que sacudió a la turba. Se redujo el número de atacantes, aunque los ladrillos no dejaron de volar formando una especie de barrera; algunos los alcanzaron, otros no.

Prosiguió la marcha por la ciudad. A Felisin le dolían los oídos. Lo había escuchado todo a pesar del estruendo, pero veía claramente, buscando y encontrando, demasiado a menudo, imágenes que sería incapaz de olvidar.

Las puertas se perfilaron en la distancia cuando se produjo la brecha más importante. Los soldados parecieron fundirse, y la oleada de rabia extendió su manto de fuego en las calles, engullendo a los prisioneros.

Felisin oyó las palabras de Heboric cerca, mientras la empujaba.

—Esto se acabó.

Baudin rugió. Los cuerpos se arremolinaron, las manos lo desgarraron con sus uñas. Felisin perdió los últimos jirones de la túnica. Una mano se cerró sobre su cabello, tiró de él con fuerza y la obligó a torcer la cabeza. Escuchó aquellos gritos y comprendió al fin que partían de su propia garganta. Un aullido brutal se alzó a su espalda y sintió que la mano que tiraba de su pelo perdía fuerza, se movía de

forma espasmódica para luego desaparecer. Más y más gritos coparon por completo sus sentidos.

Un único movimiento los envolvió a todos, empujándolos o tirando de ellos, no supo concretar. Apareció ante su mirada el rostro de Heboric, escupiendo jirones de piel ensangrentada. De nuevo se abrió un claro alrededor de Baudin, que se agachó profiriendo un torrente de maldiciones. Le habían arrancado la oreja derecha, y con ella pelo, piel y carne. El hueso de la sien relucía al desnudo, húmedo. Los cuerpos descuajaringados yacían a su alrededor, pocos de ellos se movían. A sus pies, la dama Gaesen. Aquel instante pareció congelarse en el tiempo, el mundo se redujo a un único lugar.

Baudin desnudó los dientes al romper a reír:

—No soy ningún noble llorica —gruñó encarando la multitud—. ¿Qué queréis? ¿La sangre de una mujer noble?

La muchedumbre rugió, extendiendo los brazos hacia él. Baudin rió de nuevo.

—Vamos a pasar, ¿me oís? —Se envaró, al tiempo que arrastraba la cabeza de la dama Gaesen hacia arriba.

Felisin no supo si la anciana seguía consciente. Tenía los ojos cerrados, la expresión apacible, casi juvenil, bajo la mugre y los arañazos que cubrían su rostro. Puede que estuviera muerta. Felisin rogó que así fuera. Algo estaba a punto de suceder, algo que condensaría toda aquella pesadilla en una única imagen. La tensión se mascaba en el ambiente.

—¡Vuestra es! —rugió Baudin. Con la mano en la barbilla de la dama, torció el cuello de esta. Se partió con un ruido seco, el cuerpo se agitó, retorciéndose sobre sí. Baudin rodeó aquel cuello con la cadena, que tensó con fuerza; luego hizo un movimiento de sierra. Manó la sangre de la

herida, hasta transformar la cadena en una especie de retorcido pañuelo.

Felisin contempló la escena presa del horror.

—Que Fener se apiade —murmuró Heboric.

La muchedumbre guardaba silencio aturdida, retrocediendo a pesar de la sed de sangre de la que había hecho gala. Apareció un soldado sin yelmo, lívido el rostro, la mirada clavada en Baudin. A su espalda, los yelmos relucientes y las anchas hojas de las Espadas Rojas relampaguearon sobre la turba cuando los jinetes se abrieron camino lentamente hacia ellos.

No hubo movimiento alguno a excepción de la cadena. Más allá de los jadeos de Baudin, nadie parecía respirar. Puede que hubiera disturbios a lo lejos, pero parecían a un millar de leguas de distancia.

Felisin observó que la cabeza de la mujer oscilaba de un lado a otro, en una burla a la vida humana. Recordó a la dama Gaesen, arrogante, imperiosa, pasados los años de la belleza, en busca en su lugar de la altura. ¿Qué otra opción había? Muchas, claro que ahora ya no importaba. De haberse mostrado más dulce, de haberse comportado como una abuelita amable no hubiera habido la menor diferencia, no hubiera cambiado en absoluto el sordo horror de aquel instante.

La cabeza se separó del cuerpo con un gorgoteo. La dentadura de Baudin lanzó un destello mientras contemplaba a la muchedumbre.

—Teníamos un trato —dijo, ronco—. Aquí está lo vuestro, algo para recordar este día. —Al arrojar la cabeza de la dama Gaesen a la turba, la siguió una estela formada de pelo y sangre. Los gritos respondieron al golpe seco que hizo al dar contra el suelo.

Aparecieron más soldados, respaldados por las Espadas Rojas, que se movieron con parsimonia, a empujones con los silenciosos espectadores. Se fue recuperando poco a poco la paz, en todos los lugares a excepción de aquel se hizo con violencia y sin dar cuartel. La gente emprendió la huida cuando los soldados, a su vez, la emprendieron a golpe de espada.

Cerca de trescientos prisioneros habían formado en fila en la plaza, y al volver la mirada, Felisin comprobó cuántos quedaban. Había grilletes con tan solo los brazos, pero otros, la mayoría, estaban vacíos. Menos de un centenar de prisioneros permanecían en pie. Había muchos en el empedrado, retorciéndose de dolor y gritando; los demás no se movían.

Baudin contempló a los soldados que se hallaban más cerca.

—Justo a tiempo, cabezas de hojalata.

Heboric lanzó un escupitajo y torció el gesto al clavar la mirada en el bruto.

—Supongo que pensaste que podrías librarte, ¿eh, Baudin? Si les dabas lo que querían... Lástima que no sirviera de nada, ¿verdad? Los soldados llegaron a tiempo. Ella podría haber seguido con vida.

Baudin se volvió lentamente, cubierto el rostro por una capa de sangre.

—¿Con qué objeto, sacerdote?

—¿Eso es lo que piensas? ¿Qué ella hubiera muerto de todos modos en una celda?

Baudin mostró los dientes y respondió:

—Odio hacer tratos con unos cabrones.

Felisin observó el brazo de cadenas que la separaban de Baudin. Hubo un millar de líneas de pensamiento que podría haber seguido, eslabón a eslabón: qué había sido en

el pasado, y también en qué se había convertido; la prisión que había descubierto, la de dentro y la de fuera, fundidas como memoria vívida. Pero lo único que pensó, lo único que salió de sus labios, fue:

—Pues no hagas más tratos, Baudin.

Este entornó los ojos al mirarla; de algún modo, las palabras de ella, el tono de su voz, habían hecho mella en él.

Heboric la estudió con mirada inflexible. Felisin se volvió, medio desafiante, medio avergonzada.

Al cabo, los soldados, después de deshacerse de los cadáveres de la fila, los empujaron por la puerta en dirección al camino oriental, hacia el pueblo costero que tenía por nombre Desdicha. Allí aguardaba la consejera Tavore y la mesnada que la acompañaba, al igual que los barcos de esclavos de Aren.

Los granjeros y los campesinos se alineaban a lo largo del camino, pero sin mostrar la locura que se había apoderado de los primos de la ciudad. Felisin vio en sus rostros una honda pena, sentimiento nacido de cicatrices muy diversas. Ignoraba de dónde provenía, y era consciente de que aquella ignorancia era lo único que los diferenciaba. También era consciente, con sus arañazos y heridas, en aquella indefensa desnudez suya, de que la lección acababa de empezar.

LIBRO PRIMERO



RARAKU

A mis pies nadó,
fuertes brazos, amplias brazadas,
barriendo la arena.
Pregunté a este hombre:
«¿Por qué mares nadas?».
A lo que respondió:
«He visto valvas y cosas así
en este yermo suelo,
por eso nado por la memoria de esta tierra,
honrando de ese modo su pasado».
«¿Es larga la travesía?», pregunté.
«No sabría decirlo», respondió,
«me habré ahogado mucho antes
de terminar».

Proverbios del insensato
Thenys Bule

CAPÍTULO 1



Y acudieron todos a estampar
su camino
en el sendero,
para olfatear los vientos secos,
en su empalagosa demanda
hacia la ascensión.

La senda de Manos
Messremb

Año 1164 del Sueño de Ascuá

Año 10 del reinado de la emperatriz Laseen

El sexto de los siete años de Dryjhna, el Apocalipsis

Una bolita de polvo recorrió la cuenca en dirección al intransitable desierto de Pan'potsun Odhan. Aunque se hallaba a menos de dos mil pasos, parecía nacida de la nada.

Desde donde se encontraba, en el borde erosionado por el viento, Mappo Runt la siguió con sus implacables ojos del color de la arena, hundidos en un rostro blanco y huesudo. Sostenía una cuña de cactus emrag en la mano crispada, sin prestar mucha atención a las púas envenenadas que la cubrían mientras le hincaba el diente. El jugo recorrió su barbilla, tiñéndola de azul. Masticó con lentitud y aire pensativo.

A su lado, Icarium arrojó de un golpe una piedra por el borde del precipicio. Repiqueteó al caer en la base cubierta de guijarros. Bajo la andrajosa túnica de chamán, cuyo color naranja se había desteñido bajo el sol abrasador, su piel grisácea se había oscurecido hasta adquirir una tonalidad verde oliva, como si la sangre de su padre hubiera respondido a la antigua llamada de aquel yermo. Por el pelo negro y trenzado resbalaban gotas de sudor sobre la roca blanquecina.

Mappo se sacó una púa de los dientes.

—Se te corre el tinte —comentó, observando el cactus antes de hincarle de nuevo el diente.

Icarium se encogió de hombros.

—Ya no tiene importancia. Al menos, aquí no.

—Mi abuela ciega no se hubiera tragado tu disfraz. En Ehrlitan no nos quitaron ojo. Tenía la impresión de llevarlos subidos a la chepa día y noche. Después de todo, la mayoría de los tanno son bajitos y patizambos. —Mappo apartó la mirada de la nube de polvo para observar a su amigo—. La próxima vez, intenta pertenecer a una tribu compuesta por tipos de dos metros de altura, ¿quieres? —gruñó.

El rostro curtido y anguloso de Icarium se contrajo para dar forma a una especie de sonrisa; fue un instante, puesto que en un abrir y cerrar de ojos recuperó su habitual expresión plácida.

—Quienes saben de nosotros en Siete Ciudades, seguro que saben de nosotros ahora. El resto es posible que se pregunten por nosotros, pero no podrán hacer mucho más.

—Entornó los ojos para protegerlos del sol, y señaló la pluma con la cabeza—. ¿Qué ves, Mappo?

—Cabeza pelada, cuello largo y todo el cuerpo cubierto de pelo negro. A juzgar por lo que acabo de decir, podría estar describiendo a cualquiera de mis tíos.

—Sin embargo, eso no es todo.

—Una pata delante y dos detrás.

Icarium, pensativo, tamborileó sobre el puente de su nariz.

—Vamos, que no es uno de tus tíos. ¿Un aptoriano?

Mappo asintió lentamente.

—Faltan meses para la convergencia. Yo diría que Tronosombrío ha podido olerse lo que va a pasar y ha enviado algunos exploradores.

—¿Y este?

Mappo sonrió, dejando al descubierto los imponentes dientes caninos.

—Se alejó demasiado. Ahora es la mascota de Sha'ik. — Terminó el cactus, secó sus manos en forma de espátula y luego se incorporó. Arqueó la espalda torciendo el gesto. Inexplicablemente, aquella noche había tenido un sinfín de raíces bajo la arena, debajo de su petate, y los músculos a ambos lados de su columna coincidían con todos los recovecos de aquellos huesos desnudos. Se frotó los ojos. Le bastó con echar un rápido vistazo para apreciar el lamentable estado de suciedad en que se encontraba su ropa.

—Dicen que hay un abrevadero por aquí...

—Donde habrá acampado el ejército de Sha'ik.

Mappo gruñó.

Se incorporó también Icarium, consciente de nuevo de la inmensa corpulencia de su compañero (era grande incluso para tratarse de un trell), los anchos hombros cubiertos de pelo negro, la musculatura nervuda de los brazos largos y el millar de años que hacían cabriolas como una cabra alegre tras la mirada de Mappo.

—¿Podrás seguir el rastro?

—Si quieres...

—¿Cuánto hace que nos conocemos, amigo mío? —preguntó Icarium tras torcer el gesto.

—Mucho —respondió Mappo con mirada acerada, antes de encogerse de hombros—. ¿Por qué lo preguntas?

—Reconozco la desgana cuando la escucho. ¿La perspectiva te perturba?

—Cualquier potencial roce con los demonios me perturba, Icarium. Tímido como una liebre es Mappo Trell.

—Me mueve la curiosidad.

—Lo sé.

Aquella inverosímil pareja volvió al lugar donde había acampado. Se encontraba entre dos agujas elevadas de roca erosionada por el viento. No tenían prisa. Icarium se sentó en la roca desnuda y procedió a engrasar el arco largo, en su empeño por evitar que la madera se secara. En cuanto quedó satisfecho por el estado del arma, volvió su único ojo a la espada larga de un solo filo y desenvainó la antigua arma de la vaina de cuero con remaches de bronce, para pasar después la piedra de afilar por la hoja.

Mappo desmontó la tienda de piel, y después la plegó como pudo antes de introducirla en la abultada bolsa de cuero. Después hizo lo propio con los enseres de cocina; finalmente, guardó el petate. Hizo un nudo a los correaes y se echó la bolsa al hombro, para volverse seguidamente al lugar donde le aguardaba Icarium, con el arco encordado a la espalda.

Icarium inclinó levemente la cabeza. Y así ambos, el medio jaghut y el trell, tomaron el sendero que descendía a la cuenca.



Las estrellas refulgían radiantes en lo alto. Desprendían la suficiente luz sobre la cuenca para teñirla de plata. Los mosquitos habían desaparecido al morir el calor del día, habían cedido su lugar a los ocasionales enjambres de mariposas nocturnas y a los lagartos rhizanos que se alimentaban de ellas.

Mappo e Icarium se detuvieron a descansar en el patio de unas ruinas. Las paredes de ladrillo acusaban la erosión, y no eran más que salientes de piedra que llegaban a la altura de la espinilla, en disposición geométrica alrededor de un antiguo pozo ya seco. La arena que cubría las losas del patio era muy fina y llevada por el viento; resplandecía débilmente a los ojos de Mappo. Retorcidos matorrales se aferraban con las raíces a los bordes.

Pan'potsun Odhan y el sagrado desierto de Raraku, que lo delimitaba a poniente, servían ambos de hogar a un sinfín de restos como aquellos, vestigios de civilizaciones desaparecidas en la noche de los tiempos. En sus viajes, Mappo e Icarium habían encontrado elevados túmulos funerarios, colinas de cima alta y llana levantadas capa sobre capa de ciudad, situadas en una accidentada procesión a lo largo de cincuenta leguas de distancia entre las colinas y el desierto, prueba evidente de que un pueblo próspero y floreciente había habitado en tiempos aquel erial seco y azotado por el viento. En el sagrado desierto había nacido la leyenda de Dryjhna, el Apocalipsis. Mappo se preguntó si las calamidades que se habían abatido sobre los habitantes de las ciudades de la región habían contribuido de algún modo a la leyenda que hablaba de una época de destrucción y muerte. Aparte de alguna que otra hacienda abandonada, como por ejemplo el lugar en el que

habían acampado, muchas ruinas mostraban signos de haber sufrido un violento final.

A sus reflexiones le seguía una derrota conocida, y eso hizo que se le agriara la expresión. *No todos los pasados yacen a nuestros pies, y no estamos más cerca aquí y ahora de lo que hemos estado nunca. Tampoco tengo motivos para creer en mis propias palabras.*

Y también apartó de la mente esa línea de pensamiento.

Cerca del centro del patio se alzaba una solitaria columna de mármol rosáceo, erosionada y estriada en la parte que recibía los vientos provenientes de Raraku, vientos que soplaban de forma incesante hacia las colinas Pan'potsun. La cara opuesta de la columna conservaba el tramado en espiral esculpido por artesanos muertos tiempos ha.

Al acceder al patio, Icarium se había dirigido directamente a la columna, cuya altura superaba el metro setenta, donde examinó sus costados. El gruñido dio a entender a Mappo que había encontrado lo que andaba buscando.

—¿Y esto? —preguntó el trell al tiempo que dejaba la bolsa de cuero en el suelo.

Icarium se acercó a él, limpiándose el polvo de las manos.

—Cerca de la base hay marcas de garras diminutas. Los buscadores andan tras la pista.

—¿Ratas? ¿Más de un grupo de ratas?

—D'ivers —admitió Icarium, asintiendo.

—Me preguntó quién será.

—Probablemente Gryllen.

—Mmm. Qué desagradable.

Icarium observó la llanura que se extendía a poniente.

—Habrá otros. Tanto soletaken como d'ivers. Aquellos que se sienten cercanos a la ascendencia, y aquellos que no, pero que a pesar de todo buscan el camino.

Mappo suspiró sin apartar la mirada de su viejo amigo. En su interior pugnaba el temor. *D'ivers y soletaken, gemelas maldiciones del cambio de forma, la fiebre para la cual no hay cura. Se reúnen aquí, en este lugar.*

—¿Es buena idea, Icarium? —preguntó en voz baja—. En busca de nuestro eterno empeño nos vemos caminando en una convergencia de lo más desapacible. De abrirse las puertas, encontraríamos nuestro paso obstaculizado por una cohorte de individuos sedientos de sangre, alborotados todos por estar convencidos de que las puertas ofrecen la ascendencia.

—Si existe tal camino, quizás encuentre allí las repuestas que busco —dijo Icarium, la mirada puesta en el horizonte.

Las respuestas no constituyen una bendición, amigo mío. Créeme, por favor.

—Aún no me has explicado qué harás cuando las encuentres.

Icarium se volvió a él con una fugaz sonrisa.

—Soy mi propia maldición, Mappo. He vivido durante siglos, pero ¿qué sé yo de mi propio pasado? ¿Dónde están mis recuerdos? ¿Cómo puedo valorar mi vida si carezco de ellos?

—Hay quienes considerarían esa maldición como una bendición —aseguró Mappo con cierta tristeza pasajera en la expresión de su rostro.

—Yo no. Esta convergencia supone una oportunidad. Podría proporcionarme las respuestas que busco. Para obtenerlas, espero no tener que echar mano de las armas, pero lo haré si es necesario.

El trell suspiró por segunda vez.

—Pronto se pondrá a prueba tu resolución, amigo mío. —
Se volvió al sudoeste—. Seis lobos del desierto nos siguen el
rastro.

Icarium desenvolvió el arco de cuerno y lo encordó con
un rápido y fluido ademán.

—Los lobos del desierto jamás persiguen a la gente.

—No —admitió Mappo. Faltaba una hora para que
asomara la luna. Observó a Icarium colocar seis largas
flechas con punta de piedra y entrecerró los ojos encarando
la oscuridad. Sentía el miedo en la nuca. Los lobos aún no
eran visibles, pero de todos modos percibía su presencia—.
Son seis, pero son uno. D'ivers.

*Sería preferible que fuera un soletaken. Enfrentarse con
una criatura es ya bastante desagradable, pero tener que
hacerlo con más...*

Icarium arrugó el entrecejo.

—Poderoso, pues, para adoptar la forma de seis lobos.
¿Sabes de quién podría tratarse?

—Tengo mis sospechas —admitió Mappo.

Ambos guardaron silencio mientras esperaban.

Media docena de sombras surgieron de una penumbra
que les era propia, a menos de treinta pasos de distancia. Al
acercarse a veinte pasos los lobos se dispersaron para
formar un semicírculo, encarados a Mappo e Icarium. El
fuerte olor del d'ivers llenó por completo la quietud del
ambiente. Una de las esbeltas criaturas echó a andar hacia
ellos, pero se detuvo en cuanto Icarium tensó el arco.

—No son seis, sino una —murmuró Icarium.

—Lo conozco —aseguró Mappo—. Es una lástima que él
no pueda decir lo mismo de nosotros. Se siente inseguro, ha
adoptado una forma sangrienta. Esta noche, Ryllandaras
caza en el desierto, y me pregunto si es nuestro rastro el
que persigue.

—¿Quién hablará primero, Mappo? —preguntó Icarium.

—Yo —respondió el trell, dando un paso al frente. Aquello requeriría de astucia e ingenio. Cometer un error podía resultar fatídico. Moduló el tono de voz seco y bajo—. Muy lejos andamos de casa, ¿no te parece? Tu hermano Treach estaba convencido de que te había matado. ¿Cómo se llamaba ese abismo? ¿Dal Hon? ¿O fue en Li Heng? Por aquel entonces erais chacales d'ivers, creo recordar.

Rylandaras habló en sus mentes en un tono crepitante, la voz de alguien que hacía tiempo de la última vez que había hablado.

Me veo tentado a medir mi agudeza con la tuya, N'Trell, antes, claro está, de matarte.

—Puede que no valga la pena —replicó Mappo con cierta desenvoltura—. Con las compañías que he estado frecuentando, es posible que me falte tanta práctica como a ti, Rylandaras.

Los ojos azules del lobo que marchaba en cabeza relucieron al recalar la mirada en Icarium.

—Poca agudeza puedo ofrecerte —admitió en voz baja el medio jaghut—. Estoy perdiendo la paciencia.

Insensato. El encanto es lo único que podría salvarte. Dime, arquero, ¿confías tu vida a los ardides de tu compañero?

—Por supuesto que no —respondió Icarium, sacudiendo la cabeza—. Comparto la opinión que tiene de mí.

Rylandaras pareció confundido.

Es cuestión de conveniencia, pues, que ambos viajéis juntos. Carecen de confianza los compañeros que desconfían unos de otros. La apuesta debe de ser elevada.

—Me aburro, Mappo —dijo Icarium.

Los seis lobos arquearon la espalda a la vez, medio retrocediendo.

Mappo Runt e Icarium. Ah, ya vemos. Sabed que nada tenemos en vuestra contra.

—Terminada la lucha de ingenios, solo te queda ir a cazar a otra parte, Ryllandaras —dijo Mappo, cuya sonrisa desapareció por completo—, antes de que Icarium haga un favor a Treach. —*Antes de que desates todo cuanto me he propuesto evitar*, pensó—. ¿Me he explicado con claridad?

Nuestra senda... converge, dijo el d'ivers, *en la pista de un demonio de Sombra.*

—No, de Sombra no. Ya no —respondió Mappo—. De Sha'ik. Ya no duerme el sagrado desierto.

Eso parece. ¿Nos prohíbes cazar?

Mappo se volvió a Icarium, que bajó el arco y se encogió de hombros.

—Si deseas desgarrar con la mandíbula a un aptoriano, tú mismo. A nosotros solo nos interesa cruzar el lugar.

En tal caso, pues, nuestras mandíbulas se cerrarán sobre la garganta del demonio.

—¿Estás dispuesto a convertir a Sha'ik en tu enemiga? —preguntó Mappo.

El lobo que iba en cabeza inclinó la testa.

Ese nombre no tiene significado para mí.

Ambos viajeros vieron alejarse a los lobos, que desaparecieron de nuevo ocultos en la penumbra de la hechicería. Mappo sonrió lobuno, y luego suspiró mientras Icarium, a su lado, se encogía de hombros, poniendo voz a sus pensamientos.

—Lo tendrá. Y pronto.



Los soldados de la caballería wickana lanzaron gritos de alegría cuando condujeron a sus monturas de amplios lomos por las pasarelas del transporte. La escena en el muelle del puerto imperial de Hissar era caótica: una masa de indómitos hombres y mujeres de la tribu, el destello de las lanzas de punta de acero refulgiendo sobre las trenzas negras y los casquetes rematados en punta. Desde el lugar en el que se encontraba en la embocadura del muelle, Duiker observó a tan estrafalaria compañía con algo que iba más allá del simple escepticismo, y también con una turbación que iba en aumento.

Junto al historiador imperial se encontraba el representante del puño supremo, Mallick Rel, con las manos gordezuelas y fofas cogidas sobre la panza, la piel del color del cuero aceitado y el olor a perfumes de Aren. Mallick Rel no tenía aspecto de ser el consejero jefe del comandante del Ejército de Malaz en Siete Ciudades. Era sacerdote de Jhistal, dios ancestral de los mares, y su presencia allí con objeto de dar la bienvenida oficial, en representación del puño supremo, al nuevo puño del Séptimo Ejército, era precisamente lo que parecía ser: un insulto calculado. Claro que, pensó Duiker, el hombre que se hallaba a su lado había alcanzado en muy poco tiempo una elevada posición de poder entre las personalidades del Imperio de aquel continente. Un millar de rumores corrían entre los soldados acerca del sacerdote tranquilo y educado y del arma que empuñaba sobre el puño supremo Pormqual. Todos aquellos rumores no eran más que susurros, puesto que el camino que había llevado a Mallick Rel al lado de Pormqual había estado plagado de las misteriosas desdichas que habían sufrido todos aquellos

que se habían entrometido en su camino, eso por no llamarlas fatídicas desgracias.

El lodazal político entre los ocupantes de Malaz en Siete Ciudades era tan opaco como potencialmente mortífero. Duiker tenía la sospecha de que el nuevo puño comprendería poco de los velados gestos de desprecio, por carecer de la educación más civilizada de los ciudadanos mansos. La duda que tenía el historiador era, pues, cuánto tiempo aguantaría Coltaine, del clan Cuervo, en el puesto.

Mallick Rel frunció los labios y exhaló lentamente el aliento.

—Historiador —dijo con el leve acento gedorian falari que caracterizaba sus voz sibilante—. Me complace mucho contar con tu presencia. También despierta mi curiosidad. Añoro la corte de Aren, y... —Sonrió sin mostrar la dentadura teñida de verde—. ¿Se trata de una medida de precaución, motivada por la distancia?

Palabras como el azote del oleaje, la informe afectación e insidiosa paciencia del dios Mael. Esta es mi cuarta conversación con Rel. Oh, ¡cuánto me desagrada esta criatura! Duiker se aclaró la garganta.

—Poca atención me presta la emperatriz, jhistal...

La risa suave de Mallick Rel le recordó el cascabeleo de una serpiente.

—¿Desatendido historiador o desatendida la historia? Amargura por los consejos dados o rechazados, ignorados. Tranquilidad, no hay crimen que se acerque volando de las torres de Unta.

—Me complace oír eso —murmuró Duiker, preguntándose por la fuente de información del sacerdote—. Sigo en Hissar por una investigación —explicó al cabo—. El precedente de embarcar prisioneros a las minas de otataralita en la isla se remonta a los tiempos del

emperador, aunque generalmente reservara tal destino a los magos.

—¿A los magos? ¡Ja, ja, ja!

Asintió Duiker.

—Efectivo, cierto, pero también impredecible. Las propiedades específicas de la otataralita como amortiguadoras de la magia siguen considerándose misteriosas. Aun así, la locura se apoderó de la mayoría de esos hechiceros, aunque se desconoce si fue de resultados de la exposición al polvo de mineral o a la privación de sus sendas.

—¿Hay algún mago en el próximo cargamento de esclavos?

—Alguno hay.

—En tal caso, no tardaremos en conocer la respuesta.

—Así es —admitió Duiker.

El muelle, en forma de te, era un hervidero de belicosos wickanos, asustados estibadores e impacientes caballos de guerra. Un cordón compuesto por la guardia hissari servía de tapón al cuello de botella del extremo del muelle, desde donde se abría a una semironda empedrada. Originarios de Siete Ciudades, los guardias aferraban los escudos redondos y esgrimían en alto las cimitarras, señalando en un gesto de amenaza con las hojas curvas a los wickanos, que respondían voceando desafíos.

Dos hombres llegaron al parapeto. Duiker inclinó la cabeza a modo de saludo. Mallick Rel no negó conocerlos: un capitán y el único mago superviviente del Séptimo, cargos ambos tan bajos en el escalafón militar que no acertaba a entender que el sacerdote considerara útil cultivar su compañía.

—Vaya, Kulp —dijo Duiker al rechoncho mago de pelo blanco—, llegas justo a tiempo.

La bronceada frente del mago se arrugó.

—Sube aquí y mantén mis huesos y piel intactos, Duiker. No me atrae mucho la idea de convertirme en la alfombra de Coltaine mientras se hace con el mando. Después de todo, son su gente. Diría que el hecho de que no haya movido un dedo para sofocar este altercado no hace presagiar nada bueno.

A su lado, el capitán asintió al oír aquellas palabras.

—Lo tengo atravesado —gruñó—. La mitad de los oficiales presentes se batieron al enfrentarse a ese cabrón de Coltaine, y ahí lo tienes ahora, a punto de hacerse con el mando. Por los nudillos del Embozado —escupió—, te aseguro que no derramaría una sola lágrima si la guardia de Hissar atravesara de parte a parte a ese Coltaine y a todos sus salvajes wickanos aquí mismo, en el muelle. El Séptimo no los necesita.

—Es cierto —dijo Mallick Rel a Duiker—, por no mencionar el riesgo de que se produzcan levantamientos. Este continente es un avispero. Coltaine se antoja una elección muy peculiar...

—No tanto —replicó Duiker, encogiéndose de hombros.

Volcó de nuevo la atención en la escena que se desarrollaba abajo, en los muelles. Los wickanos que se hallaban más cerca de la guardia de Hissar habían empezado a pavonearse frente a la línea de jinetes cubiertos con armadura. La situación distaba apenas unos instantes de desembocar en un combate a gran escala. El cuello de botella estaba a punto de convertirse en un campo de batalla. El historiador sintió frío en la boca del estómago al ver los arcos de cuerno que asomaban entre las filas de soldados wickanos. Procedente de la avenida, apareció otra compañía de guardias armados con relucientes picas; los soldados se situaron a la derecha de la columnata.

—¿Puedes explicarme eso? —pidió Kulp.

Duiker se volvió, sorprendido al comprobar que los otros tres lo estaban observando. Repasó mentalmente su último comentario y volvió a encogerse de hombros.

—Coltaine unió a los clanes wickanos en un levantamiento contra el Imperio. El emperador se las vio y se las deseó para devolverlo al redil, como algunos de vosotros sabéis de primera mano. Fiel al estilo del emperador, este obtuvo la lealtad de Coltaine...

—¿Cómo? —preguntó Kulp.

—Nadie lo sabe. —Duiker sonrió—. El emperador rara vez explicó sus éxitos. Sea como fuere, puesto que la emperatriz Laseen no siente el menor afecto por los comandantes que escogió su predecesor, Coltaine estuvo pudriéndose en un recóndito rincón de Quon Tali. Entonces la situación cambió. La consejera Lorn murió en Darujhistan, el puño supremo Dujek y su ejército se declararon en rebeldía, echando a perder toda la campaña de Genabackis, y el año de Dryjhna se acerca aquí en Siete Ciudades, profetizado como el año de la rebelión. Laseen necesita comandantes capacitados antes de que todo se le escape de las manos. La nueva consejera Tavore aún tiene que demostrar su valor. De modo que...

—Despacharon a Coltaine para que asumiera el mando del Séptimo y aplastara la revuelta —asintió el capitán, frunciendo aún más el ceño.

—Después de todo, ¿quién mejor para encargarse de una insurrección que un guerrero que ha encabezado una antes? —preguntó Duiker secamente.

—Si se declara un motín, pocas posibilidades tendrá —dijo Mallick Rel con la mirada puesta en la escena que se desarrollaba abajo.

Duiker vio refulgir media docena de espadas curvas; los wickanos retrocedieron antes de desenvainar los cuchillos largos. Parecían haber encontrado a un líder, un hombre alto y de aspecto fiero, con abalorios en las largas trenzas, que daba voces de ánimo y esgrimía en alto la espada.

—¡Por el Embozado! —juró el historiador—. ¿Dónde diantre está ese Coltaine?

El capitán rompió a reír.

—Es ese tipo alto, el del cuchillo largo.

Duiker abrió los ojos como platos. *¿Ese loco de ahí es Coltaine? ¿El nuevo puño del Séptimo?*

—Por lo visto no ha cambiado un ápice —continuó el capitán—. Si quieres imponerte a todos los clanes, mejor será que te comportes peor que todos los demás juntos. ¿Por qué crees que al antiguo emperador le gustaba tanto?

—Beru me guarde —susurró Duiker, aterrado.

Al cabo, un aullido ululante de Coltaine cubrió de un profundo y repentino silencio a la compañía de Wickan. Los soldados envainaron las armas, destensaron los arcos y devolvieron las flechas a los carcaj. Incluso los inquietos caballos permanecieron inmóviles, las orejas en punta. Se abrió un espacio alrededor de Coltaine, que daba la espalda a los guardias. El guerrero hizo un gesto y los cuatro hombres del parapeto observaron en silencio cómo con precisión absoluta se ensilló a las monturas. Al poco, los soldados montaron y guiaron a los caballos hasta adoptar una formación cerrada con tal disciplina que hubiera rivalizado con los soldados de élite del Imperio.

—Qué bien se ha manejado —alabó Duiker.

Un leve suspiro escapó de los labios de Mallick Rel.

—La demostración de un salvaje, la percepción de desafío propia de un animal, seguida por el desprecio. Un mensaje para los guardias. ¿También para nosotros?

—Coltaine es una serpiente —aseguró el capitán—, si es que te refieres a eso. Si el alto mando en Aren cree que este bailará al son de su música, estoy seguro de que se llevarán una buena sorpresa.

—Generoso consejo —admitió Rel.

El capitán puso cara de haberse tragado una esquirra de cristal, y Duiker comprendió que había hablado sin pensar en el cargo que el sacerdote ostentaba en el alto mando.

Kulp se aclaró la garganta.

—Los ha puesto en formación; después de todo, parece que la marcha al cuartel será pacífica.

—Debo admitir que tengo muchas ganas de conocer al nuevo puño del Séptimo —admitió Duiker con cierta carga de ironía en el tono de voz.

Rel asintió, sin quitar ojo a las evoluciones de las tropas.

—De acuerdo.



Dejando atrás las islas Skara con rumbo sur, la barca de pesca navegaba por el mar Kansu, bien cazada la vela latina. Si continuaba el vendaval, arribarían a la costa de Ehrlitan en cuatro horas. Violín arrugó el entrecejo. *La costa de Ehrlitan, Siete Ciudades. Odio este puto continente. Lo odié la primera vez que lo vi, y ahora aún lo odio más.* Se inclinó sobre la regala y lanzó un escupitajo a las verdes y cálidas olas.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Azafrán desde la proa. En su bronceado rostro se dibujaba una expresión de genuina preocupación.

El veterano zapador quería golpear esa cara; en lugar de ello, se limitó a lanzar un gruñido y recostó la espalda, encogido, contra el casco de la embarcación.

Kalam rió desde el lugar en el que se hallaba sentado, a la caña.

—Violín y el agua son enemigos declarados, muchacho. Mírale, ¡si está más verde que ese mono alado tuyo!

Violín sintió un bufido en la mejilla. Hizo un esfuerzo por abrir un ojo y vio un rostro diminuto y arrugado que lo miraba con fijeza.

—Aparta, Moby —gruñó Violín. El familiar, antiguo sirviente del tío de Azafrán, Mammot, parecía haber adoptado al zapador igual que acostumbran a hacerlo los perros y los gatos vagabundos. Kalam hubiera dicho que era más bien al revés, claro está—. Mentira —susurró Violín—. A Kalam se le dan muy bien.

Como cuando estuvimos dando vueltas en Rutu Jelba durante toda una puta semana, ante la posibilidad de que arribara a puerto un mercante eskraeano. «Disfrutaremos de un cómodo viaje, ¿eh, Violín?». No como la condenada travesía oceánica, oh, no, y eso que también esa se suponía que era cómoda. Una semana entera en Rutu Jelba, ciudad de ladrillos naranjas infestada de lagartijas, ¿para qué? Ocho jakatas por viajar en ese cesto agujereado.

La constante marejada arrulló a Violín a medida que transcurrieron las horas. Su mente volvió a recalar en el largo viaje que los había llevado tan lejos, y luego en el tramo terriblemente largo que tenían por delante. *Y es que siempre nos complicamos tanto la vida...* Hubiera preferido que todos los mares se secaran. *Los hombres tienen pies, no aletas. Claro que ya estamos a punto de desembarcar, y nos veremos cruzando una tierra infestada de moscas y*

pantanos, donde la gente te sonríe antes de informarte de que se dispone a asesinarte.

Y continuó arrastrándose el día, movedizo y teñido de verde.

Pensó en los compañeros que habían dejado atrás, en Genabackis, y deseó haber continuado a su lado. *Es una guerra de religión. No lo olvides, Violín. Las guerras de religión no son muy divertidas.* La facultad de razonar que le permitía a uno rendirse no se aplicaba en tales circunstancias. Aun así, el pelotón era lo único que había conocido durante años. Sentía añoranza incluso de sus sombras. *Solo Kalam está conmigo, y él es capaz de considerar como un hogar la tierra a la que nos dirigimos. Y sonríe cuando mata. Y, ¿qué será eso que planeó con Ben el Rápido que todavía no me ha contado?*

—Más peces voladores —exclamó Apsalar, cuya voz anunció el tacto suave de la mano que se había posado sobre su hombro—. ¡Cientos de ellos!

—Los persigue algo muy grande salido de las profundidades —aventuró Kalam.

Con un gruñido, Violín se puso en pie. Moby aprovechó la oportunidad para revelar qué lo motivaba a mostrarse tan cariñoso y se aferró alrededor de la cintura del zapador para después cerrar los ojos amarillos. Violín se aferró a la regala y se sumó a los tres compañeros en el estudio del banco de peces voladores, situado a un centenar de pasos por el costado de estribor.

Con una envergadura de un brazo, los níveos peces saltaban entre el oleaje, recorrían unos ocho metros de mar, más o menos, y luego se deslizaban de nuevo bajo las aguas. En el mar Kansu los peces voladores cazaban como tiburones, los bancos que formaban eran capaces de dejar en los huesos a una ballena macho en cuestión de minutos.

Empleaban su habilidad voladora para arrojarse sobre el lomo de la ballena cuando asomaba a la superficie.

—En el nombre de Mael, ¿qué clase de criatura los estará persiguiendo?

—Sea lo que sea, dudo mucho que sus aguas sean las del mar Kansu. Claro que en el abismo del Buscador hay dhenrabi.

—¡Dhenrabi! ¡Oh, vaya, eso resulta muy tranquilizador, Kalam! ¡Sí, muy pero que muy tranquilizador!

—¿Es una serpiente marina? —preguntó Azafrán.

—Imagina un ciempiés de más de sesenta metros —respondió Violín—. Se enfrenta a ballenas o a barcos por igual, expulsa todo el aire que guarda bajo la dura piel y se hunde como una piedra, llevándose consigo a su presa.

—No abundan, precisamente —replicó Kalam—, y nunca merodean en aguas poco profundas.

—Hasta ahora —dijo Azafrán, cuyo tono de voz sirvió de advertencia.

El dhenrabi salió a la superficie en mitad del banco de peces voladores, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con docenas de capturas en la afilada mandíbula. La envergadura de la cabeza era inmensa, tanto como puedan serlo diez brazos. Su armadura desigual tenía una tonalidad verde oscuro bajo los percebes incrustados, y cada segmento revelaba extremidades largas y quitinosas.

—¿Más de sesenta metros? —exclamó Violín—. Pues a menos que a ese lo hayan cortado por la mitad...

Kalam se incorporó sobre la caña del timón.

—Atento a esa vela, Azafrán. Vamos a tener que forzarla. Rumbo oeste.

Violín se quitó a Moby del regazo y abrió el petate, apañándose las después para sacar de su interior la ballesta.

—Por si al final le da por considerarnos apetitosos...

—Ya veo —masculló el asesino.

Mientras montaba las piezas de la imponente arma de metal, Violín levantó la mirada y vio a Apsalar con los ojos abiertos desmesuradamente. El zapador pestañeó.

—Le tengo reservada una sorpresa por si se nos acerca, moza.

—Recuerdo... —empezó a decir ella.

El dhenrabi había reparado en ellos. Se apartó del banco de peces voladores y surcó la marejada en dirección a la barca de pesca.

—No es un espécimen normal —murmuró Kalam—. ¿Hueles lo que yo, Violín?

Especia, amarga.

—Por el aliento del Embozado, ¡es un soletaken!

—¿Un qué? —preguntó Azafrán.

—Un ser capaz de cambiar de forma —explicó Kalam.

Una voz áspera llenó por completo la mente de Violín; a juzgar por las expresiones que vio en los rostros de sus compañeros, a ellos les sucedía lo mismo.

Mortales, cuán infortunados sois de presenciar mi paso.

El zapador gruñó. La criatura no parecía sentir ningún pesar.

Por esto moriréis, aunque no deshonraré vuestra carne devorándola, continuó.

—Qué amable por tu parte —murmuró Violín al tiempo que colocaba un sólido virote en el arma. La punta de hierro había sido sustituida por una bola de barro del tamaño de una uva.

Otra barca de pesca que desaparece misteriosamente, manifestó el soletaken con sorna. *Ay...*

Violín se dirigió rápidamente a la popa, donde se agazapó tras Kalam. El asesino se engalló para encarar al

dhenrabi, con una mano en la caña del timón.

—¡Soletaken! ¡Sigue tu camino, pues en nada nos incumbe tu travesía!

Me apiadaré de vosotros cuando os mate. La criatura cerró sobre la barca por la popa, hendiendo las aguas como un barco de afilada quilla, abiertas las fauces de par en par.

—Ya te lo advertimos —dijo Violín al levantar la ballesta. Apuntó y disparó. El virote alcanzó a la criatura en la boca abierta. Con la velocidad del rayo, el dhenrabi cerró la mandíbula sobre el asta del proyectil, y sus dientes afilados y pequeños atravesaron el virote y rompieron la bola de barro, liberando el polvillo que había en su interior. El contacto tuvo como consecuencia una explosión instantánea que hizo saltar por los aires la cabeza del soletaken.

Fragmentos de cráneo y grises jirones de carne llovieron por doquier sobre las aguas. La pólvora incendiaria continuó ardiendo con fuerza, soltando penachos de humo. La inercia arrimó el decapitado cuerpo de la criatura a tres metros de la popa de la embarcación; después se sumergió mucho antes de que desapareciera el último eco de la tremenda explosión. El humo cayó a sotavento, a flor de agua.

—Fuiste a dar con los pescadores equivocados —dijo Violín al bajar el arma.

Kalam se sentó de nuevo junto a la caña y enderezó el rumbo de la embarcación. Se respiraba en el ambiente una extraña quietud. Violín desmontó la ballesta y volvió a envolverla en el hule. Al volver al lugar donde se sentaba en crujía, Moby recuperó su asiento en su regazo. Con un suspiro, el zapador se rascó tras la oreja.

—¿Y bien, Kalam?

—No estoy seguro —admitió el asesino—. ¿Qué habrá traído a un soletaken al mar Kansu? ¿Por qué ese empeño

por mantener su travesía en secreto?

—Si Ben el Rápido estuviera aquí...

—Pero no está aquí, Violín. Tendremos que aprender a vivir con este misterio, y espero que no nos topemos con más.

—¿Crees que guarda relación con...?

—No —respondió, tajante, Kalam, fruncido el ceño.

—¿Relacionado con? —preguntó Azafrán—. ¿De qué estáis hablando?

—Divagábamos, nada más —respondió Violín—. El soletaken llevaba rumbo sur, igual que nosotros.

—¿Y?

—Y... nada. Solo eso —respondió el zapador, encogiéndose de hombros. Volvió a escupir por la borda y se sentó—. Con los nervios se me había olvidado el mareo. Y ahora que ha pasado todo este ajetreo... Diantre.

Guardaron silencio, aunque el ceño fruncido de Azafrán dio a entender al zapador que el muchacho no les iba a dejar cambiar de tema tan alegremente.

El viento se mantuvo firme, entablado, empujándolos rumbo sur. Menos de tres horas después, Apsalar dio la voz de que había avistado tierra por proa, y cuarenta minutos después, Kalam arrumbó el barco paralelo a la costa de Ehrlitan, a media legua de distancia. Viraron por adelante a poniente, siguiendo el risco cubierto de cedros mientras anohecía.

—Me parece ver a un jinete —informó Apsalar.

Violín levantó la cabeza y se unió a los demás, que observaban la columna de jinetes que recorrían un sendero costero a lo largo del risco.

—Cuento seis en total —concluyó Kalam—. El segundo jinete...

—Lleva un pendón imperial —interrumpió Violín, que torció el gesto ante el sabor a bilis que acababa de inundar su paladar.

—Se dirigen a Ehrlitan —añadió Kalam.

Violín se rebulló en el asiento y encaró al cabo.

¿Problemas?

Puede.

El intercambio fue silencioso, fruto de los años que habían pasado luchando codo con codo.

—¿Algún problema? ¿Kalam? ¿Violín? —preguntó Azafrán.

A este muchacho no se le escapa una.

—Es difícil decirlo —respondió el zapador—. Nos han visto, pero ¿qué han visto? Cuatro pescadores en una barca de pesca, una familia de eskraeanos que se dirigen a puerto para disfrutar de un entorno más civilizado.

—Hay un pueblo justo al sur de esa arboleda —dijo Kalam—. Atento a la embocadura de la cala, Azafrán, y a una playa abierta. Las casas se arraciman a sotavento del risco, tierra adentro. ¿Qué te parece mi memoria, Violín?

—Bastante buena para un nativo, que es precisamente lo que tú eres. ¿A cuánto está la ciudad?

—A diez horas a pie.

—¿Tan cerca?

—Tan cerca.

Violín guardó silencio. El mensajero imperial y su guardia a caballo habían desaparecido de la vista; habían dejado atrás el risco para dirigirse al sur, hacia Ehrlitan. El plan había consistido en arribar al antiguo y atestado puerto de la ciudad sagrada, donde desembarcarían sin darse a conocer. Era probable que el mensajero entregara información que no tuviera nada que ver con ellos, pues nada habían revelado desde que llegaron al puerto de

Karakarang, procedentes de Genabackis, a bordo de un mercante de los moranthianos azules, cuyo pasaje habían pagado ejerciendo de tripulación. El viaje por tierra desde Karakarang a través de las montañas Talgai, y luego por Rutu Jelba, lo habían llevado a cabo siguiendo la ruta de peregrinaje tanno, un viaje bastante habitual. Y la semana que pasaron en Rutu Jelba fue de lo más discreta; solo Kalam había hecho alguna salida nocturna al distrito portuario, en busca de pasaje a través del mar de Otataral, y luego al continente.

En el peor de los casos, algún oficial habría recibido un informe, conforme en algún lugar dos posibles desertores, acompañados por un genabackeño y una mujer, habían llegado a territorio malazano, noticia esta que a duras penas podía haber despertado la curiosidad imperial hasta llegar a Ehrlitan. De modo que lo más probable era que Kalam se comportara con la exagerada precaución habitual en él.

Violín se volvió al asesino.

Tierra hostil, ¿cuán bajo podremos arrastrarnos?

Hasta que tengamos que levantar la mirada para ver a los saltamontes, Violín.

Por el aliento del Embozado. Y miró de nuevo la costa.

—Odio Siete Ciudades —susurró. Moby bostezó en su regazo, revelando una dentadura surcada de afilados colmillos. Violín empalideció—. Puedes tumbarte donde quieras, cachorro —dijo temblando.

Kalam metió a banda el timón. Azafrán aventó las escotas lo bastante para aliviar la lona, y lo hizo con la destreza que había adquirido en los dos meses de travesía por el abismo del Buscador, de modo que la barca se deslizó con suavidad hacia el ojo del viento. Apsalar cambió de

banda, estiró los brazos y obsequió a Violín con una sonrisa. El zapador arrugó el entrecejo y apartó la mirada.

Que Ascu me lleve, menudo esfuerzo tengo que hacer para no mirarla boquiabierto cada vez que hace eso. En tiempos fue otra mujer. Una asesina, cuchillo de un dios. Hizo cosas que... Además, está con Azafrán, ¿o no? Ese muchacho tiene toda la suerte del mundo, y las putas de Karakarang parecían las sifilíticas hermanas de alguna gigantesca familia sifilítica, con todos esos bebés sifilíticos en sus caderas... Sacudió la cabeza. Oh, Violín, llevas demasiado en la mar, ¡demasiado tiempo!

—No veo ninguna embarcación —dijo Azafrán.

—Mira más allá de la embocadura —murmuró Violín, que buscó con la uña del meñique una pulga que anidaba en su barba. Al cabo de un momento la encontró y la arrojó por la borda. *Diez horas a pie, luego Ehrlitan, y un baño y un buen afeitado y una muchacha kansuana con una larga trenza y toda la noche por delante.*

—¿Contento, Violín? —preguntó Azafrán, propinándole un codazo cómplice.

—Ni te lo imaginas.

—Estuviste aquí durante la conquista, ¿verdad? Cuando Kalam luchaba con el otro bando, para las sagradas siete Falah'dan, y los t'lan imass marchaban con el emperador y...

—Vale ya. No necesito que me lo recuerden, y Kalam tampoco. Todas las guerras son un asco, y esa fue peor que la mayoría.

—¿Es cierto que estuviste en la compañía que persiguió a Ben el Rápido por el sagrado desierto Raraku, y que Kalam fue tu guía, solo que Ben el Rápido y él planeaban traicionarnos a todos, pero Whiskeyjack ya lo sabía y...?

Violín se volvió a Kalam.

—Una noche en Rutu Jelba con una jarra de ron de Falari y este muchacho sabe más que cualquier historiador vivo. —Y encarando a Azafrán, añadió—: Escucha, hijo, mejor te olvidas de todo lo que ese patán borrachuzo pudiera contarte esa noche. El pasado nos pisa los talones, de modo que no tiene sentido que se lo pongas más fácil.

Azafrán se pasó la mano por el largo pelo negro.

—Vaya, si Siete Ciudades es tan peligrosa, ¿por qué no nos dirigimos directamente a Quon Tali, donde vivía Apsalar, donde podríamos buscar a su padre? —preguntó—. ¿Por qué dar tantas vueltas y, además, en el continente que no es?

—No es tan sencillo —gruñó Kalam.

—¿Por qué? Creía que esa era la razón de todo este viaje. —Azafrán asió la mano de Apsalar entre las suyas, pero se ahorró la expresión de dureza para Kalam y Violín—. Vosotros dos dijisteis que se lo debíais. Que no estaba bien y que queríais resolverlo. Pero ahora que lo pienso ese tan solo es uno de los motivos. Supongo que tenéis algo planeado, y que llevar de vuelta a casa a Apsalar fue únicamente una excusa para regresar a vuestro Imperio, aunque os hayan declarado oficialmente proscritos. Y sea lo que sea que hayáis planeado, tiene que ver con este lugar, con Siete Ciudades, y también con el hecho de que debamos dar vueltas y más vueltas, asustarnos de todo, dar un respingo ante la menor sombra, como si el ejército malazano al completo nos siguiera la pista. —Hizo una pausa, llenó de aire los pulmones y continuó diciendo—: Tenemos derecho a conocer la verdad, porque después de todo nos estáis poniendo en peligro y ni siquiera sabemos por qué, qué clase de peligro corremos, ni nada. Así que escupidlo, vamos.

Violín recostó la espalda en la regala. Miró a Kalam y enarcó una ceja.

—¿Y bien, cabo? Tú mandas.

—¿Por dónde empezarías tú, Violín? —preguntó este.

—La emperatriz quiere Darujhistan. —El zapador reparó en la mirada firme de Azafrán—. ¿De acuerdo?

El muchacho titubeó antes de asentir, y Violín continuó:

—Lo que la emperatriz quiere acaba por obtenerlo tarde o temprano. Fíjate en los precedentes. Ha intentado ya hacerse con tu ciudad, ¿no es cierto, Azafrán? Le costó la consejera Lorn, dos demonios imperiales y la lealtad del puño supremo Dujek, por no mencionar la pérdida de los Abrasapuentes. Seguro que lo ha acusado.

—De acuerdo. Pero ¿qué va a hacer...?

—No me interrumpas. El cabo me preguntó por dónde empezaría yo, y eso hago. ¿Te has perdido? ¿No? Bien. Darujhistan la rechazó una vez, pero la próxima actuará sobre seguro. Siempre y cuando haya una próxima vez.

—¿Y por qué no iba a haberla? —preguntó Azafrán—. Acabas de decir que siempre consigue lo que quiere.

—¿Eres leal a tu ciudad, Azafrán?

—Pues claro.

—¿Harías lo que fuera con tal de impedir que la emperatriz la conquistara?

—Sí, aunque...

—¿Señor? —Violín se volvió a Kalam.

El musculoso hombre de piel negra observaba el oleaje. Suspiró, inclinó la cabeza como si admitiera algo para sí y encaró a Azafrán.

—En eso estamos, muchacho. Ha llegado el momento. Voy a por ella.

La expresión del muchacho daru no reveló sentimiento alguno, pero Violín reparó en la mirada asombrada de

Apsalar, cuya lividez se hizo evidente. La joven se recostó de pronto, y luego medio sonrió. Al ver aquella sonrisa, a Violín se le heló la sangre en las venas.

—No sé a qué te refieres —dijo Azafrán—. ¿A por quién? ¿A por la emperatriz? Pero ¿cómo?

—Se propone matarla —respondió Apsalar, que no abandonó la sonrisa que le había pertenecido hacía tiempo, mucho tiempo, cuando había sido otra... persona.

—¿Qué? —Azafrán se levantó, y debido al balanceo estuvo a punto de dar contra el costado—. ¿Tú? ¿Tú y un zapador mareado que lleva un violín roto a la espalda? ¿Creéis que vamos a ayudarnos en esta empresa suicida, en esta locu...?

—Recuerdo... —intervino Apsalar, que entornó los ojos al mirar a Kalam.

Azafrán se volvió a ella.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Kalam. Era una daga falah'dana, y la Garra le dio el mando de una mano. Kalam es maestro de asesinos, Azafrán. Y Ben el Rápido...

—¡Ben el Rápido se encuentra a tres mil leguas de distancia! —gritó Azafrán—. ¡Es el mago de un pelotón, por el Embozado! ¡Un escuálido mago de pelotón!

—No del todo —dijo Violín—. El hecho de que esté tan lejos no significa nada, hijo. Ben el Rápido es nuestro rasurado nudillo en el agujero.

—¿Vuestro qué en dónde?

—Nudillo rasurado, como en el juego de los nudillos. Un buen jugador suele emplear un nudillo rasurado, como cuando se hacen trampas al lanzar los dados; supongo que sabes a qué me refiero. Por agujero me refiero a la senda de Ben el Rápido, la misma senda que lo lleva junto a Kalam en un momento de apuro, por lejos que pueda estar. Así

que, Azafrán, ahí lo tienes: Kalam va a intentarlo, pero será necesaria cierta preparación y planificación. Todo empieza aquí, en Siete Ciudades. ¿Quieres que Darujhistan se libre por siempre de la amenaza? La emperatriz Laseen debe morir.

Azafrán se sentó de nuevo, lentamente.

—Pero ¿por qué en Siete Ciudades? ¿No está la emperatriz en Quon Tali?

—Porque, muchacho, Siete Ciudades está a punto de levantarse en armas —respondió Kalam cuando arrumbó la proa de la barca a la embocadura de la cala y los envolvió la cálida brisa del terral.

Y esa es la parte del plan que más odio, pensó mientras observaba la fétida maleza que bordeaba la orilla, poner en práctica los alocados planes de Ben el Rápido mientras todo a tu alrededor arde.

Al cabo doblaron la cala y el pueblo apareció ante sus ojos. Estaba compuesto por un sinfín de chozas que formaban un semicírculo en torno a las barcas de pesca, cuyas quillas descansaban en la arena de la playa. Kalam gobernó el timón y la barca se deslizó hacia la playa. Cuando la quilla dio con el fondo, Violín saltó por la borda a tierra, con Moby despierto y aferrado de pies y manos a la túnica del zapador. Violín se estiró lentamente, haciendo caso omiso de los quejidos de la criatura.

—Ya ha empezado —dijo con un suspiro, cuando a lo lejos los ladridos de los perros anunciaron su llegada.

CAPÍTULO 2



Hasta hoy en día resulta fácil olvidar el hecho de que el alto mando de Aren estaba plagado de traiciones, disensiones, rivalidades e intrigas... La afirmación de que el alto mando de Aren ignoraba las corrientes subterráneas que fluían en la campiña es, en el mejor de los casos, muy inocente, y en el peor, extraordinariamente cínica...

La rebelión de Sha'ik
Cullaran

En la pared, la huella de una mano se disolvía bajo la lluvia, que se introducía por la argamasa entre los ladrillos. Agachado para protegerse de aquel chaparrón tan impropio de la estación, Duiker veía desaparecer lentamente la huella, deseando que hubiera amanecido un día seco, para así haber visto la señal antes de que la lluvia la borrara, y haberse hecho una idea de qué mano podía haberse estampado ahí, en la muralla exterior del palacio del falah'd, en el corazón de Hissar.

Las diversas culturas de Siete Ciudades disfrutaban de muchos símbolos, un lenguaje secreto pictográfico de referencias cruzadas que poseía una enorme importancia entre los nativos. Tales símbolos formaban un complejo diálogo que ningún habitante de Malaz era capaz de comprender. Lentamente, durante los meses que había

residido allí, Duiker había llegado a comprender el peligro que comportaba aquella ignorancia. A medida que se acercaba el año de Dryjhna, tales símbolos florecían en caótica profusión; todas las paredes de todas las ciudades eran como pergaminos escritos en un código secreto. El viento, el sol y la lluvia aseguraban su desaparición, limpiaban la superficie de cara a otro mensaje.

Según parece, últimamente tienen mucho que decirse.

Duiker movió el cuello de un lado a otro para aliviar la tensión de los hombros. Sus advertencias al alto mando parecían haber caído en saco roto. Había un patrón en aquellos símbolos, y él parecía el único malazano interesado en descifrarlo, incluso en reconocer el riesgo que comportaba empeñarse en aquella muestra de indiferencia.

Ajustó la capucha para mantener seca la cabeza, consciente del modo en que la lluvia goteaba por los antebrazos cuando hizo el gesto y se abrió fugazmente la telaba que vestía. La última huella acababa de desaparecer. Duiker se puso en marcha, dispuesto a reemprender el camino.

El agua discurría por las cuestas empedradas que había tras los muros de palacio en torrentes que le llegaban al tobillo; luego los torrentes se dispersaban entre los callejones y los terraplenes. Frente a la inmensa muralla de palacio, los toldos de las tiendas flameaban inseguros. En las frías sombras de los agujeros que pasaban por las puertas de estas tiendas, los mercaderes de expresión adusta vieron pasar de largo a Duiker.

Aparte de los escuálidos asnos y alguna que otra mula, no había peatones en las calles. Incluso con la rara brisa procedente del mar Sahul, Hissar era una ciudad en la que habían arraigado la sequedad y el desierto. Aunque tenía

puerto y era el desembarcadero del Imperio, la ciudad y sus gentes vivían de espaldas al mar.

Duiker dejó atrás el círculo de antiguos edificios y las estrechas callejuelas que rodeaban las murallas de palacio, y salió a la columnata de Dryjhnám, que describía una trayectoria en línea recta como una lanza a través del corazón de Hissar. Los árboles guldindhá, que bordeaban el camino de carros, se zarandeaban borrosos a medida que la lluvia caía sobre sus hojas ocres. Los jardines de las haciendas, la mayoría de ellos sin vallar, abiertos a la admiración del público, se extendían verdes a ambos lados. Aquel chubasco había arrancado las flores de los arbustos y de los árboles enanos, esparciéndolas por los caminitos, cuyas superficies habían vuelto rosas, rojas y blancas.

El historiador se agachó al empujar el viento la capa contra el costado derecho. El agua en los labios tenía gusto a sal, única indicación de la presencia del airado mar a un millar de pasos a su derecha. Donde la calle a la que le habían puesto el nombre en honor a la tormenta del Apocalipsis se estrechaba de pronto, el camino de carros se volvía una senda fangosa de piedra rota, y los, en tiempos, imponentes avellanos cedían ante los matorrales del desierto. El cambio era tan repentino que Duiker se vio hundido hasta las rodillas en agua marrón, antes de comprender que había llegado al extremo de la ciudad. Entrecerrados los ojos para protegerlos de la lluvia, levantó la mirada.

A su izquierda, borroso tras la densa cortina de agua, el muro de piedra del patio imperial. El humo se alzaba penosamente tras la muralla. A su derecha, mucho más cerca, el caótico conjunto de tiendas de piel, caballos, camellos y carros. Un campamento de mercaderes, recién llegado de Sialk Odhan.

Se envolvió con la capa para protegerse del frío y se dirigió al campamento. La lluvia caía con la fuerza suficiente para enmudecer el ruido de sus pisadas a los perros de la tribu cuando accedió al paso angosto y embarrado que mediaba entre las tiendas. Duiker se detuvo en una encrucijada. Enfrente había una tienda grande manchada de cobre, con profusión de símbolos en sus paredes. Surgía humo de la entrada. Atravesó la encrucijada y titubeó un instante antes de apartar la lona para entrar en la yurta.

Un gran estruendo arrastrado, por el aire caliente y cargado de vapor, saludó al historiador cuando se detuvo para sacudirse el agua de la capa. Gritos, maldiciones, risas por todas partes, lleno el ambiente del humo del durhang y el incienso, de la carne asada, el vino rancio y el dulce licor, todo eso envolvió a Duiker a medida que observaba el lugar. Las monedas tintineaban a su izquierda, donde se habían reunido una veintena de jugadores. Delante de él, un vendedor ambulante se movía entre la multitud. Llevaba sendas brochetas de casi un metro de largo llenas de carne y fruta asada. Duiker voceó al tapu, levantando la mano para llamar su atención, y el buhonero se acercó rápidamente.

—¡Cabra, lo juro! —exclamó el tapu en la costera lengua debrahl—. ¡Cabra y no perro, dosii! Huélela tú mismo, solo una moneda por tan delicioso ágape. ¿Pagarás esa minucia dosii?

Nacido en las llanuras de Dal Hon, la piel oscura de Duiker tenía una tonalidad muy similar a la de los debrahl del lugar; vestía un capote telaba de un mercader procedente de la ciudad isla de Dosin Pali y hablaba la lengua sin muestras del menor acento. Duiker sonrió al oír las palabras del tapu.

—Lo haría por carne de perro, tapuharal. —Sacó un par de crecientes, el equivalente del lugar a la imperial jakata de plata—. Y si imaginas que los mezla son más generosos con su plata en la isla, es que eres peor que un insensato.

Nervioso, el tapu deslizó un pedazo de jugosa carne y dos piezas de fruta de uno de los pinchos, y las envolvió en unas hojas.

—Cuidado con los espías mezla, dosii —murmuró—, pues es posible cambiar el sentido a las palabras.

—Las palabras son su único lenguaje —replicó Duiker con desprecio mientras aceptaba la comida—. ¿Es cierto, pues, que un bárbaro cubierto de cicatrices manda ahora el ejército mezla?

—Un hombre con el rostro de un demonio, dosii —respondió el tapu, sacudiendo la cabeza—. Incluso los mezla lo temen. —Guardó los crecientes y se alejó, levantando de nuevo los pinchos sobre la cabeza—. ¡Cabra! ¡Cabra y no perro!

Duiker encontró una pared de tienda en la que recostar la espalda y observó a la multitud mientras disfrutaba de la comida a la manera del lugar, rápidamente y con las manos. El dicho de que cada comida era la última servía de resumen a la filosofía de Siete Ciudades. El aceite goteaba de sus dedos y el historiador dejó caer las hojas sobre el embarrado suelo. Luego se tocó la frente en un gesto, un gesto prohibido, de gratitud a un falah'd cuyos huesos se pudrían en el lodo de la bahía de Hissar. El historiador observó a continuación a un corro de ancianos que se hallaban situados tras los jugadores. Mientras se acercaba a ellos, se limpió las manos en los muslos.

La reunión celebraba un círculo estacional, donde dos adivinos se enfrentaban entre sí para hablar en una lengua simbólica de adivinación que no era sino una compleja

danza gestual. Mientras se hacía con un hueco entre los espectadores, Duiker vio que los adivinos del círculo eran un anciano chamán, cuya barba canosa y rostro curtido delataban su pertenencia a la tribu semk, situada lejos, tierra adentro, y, delante de este, un muchacho de unos quince años. Donde el joven debía de haber tenido los ojos había dos pliegues de piel mal cicatrizada; sus extremidades delgadas y el estómago hinchado delataban un avanzado estado de desnutrición. Duiker intuyó que el muchacho había perdido a su familia durante la conquista malazana y que vivía en la actualidad en los callejones y calles de Hissar. Lo habían encontrado los organizadores del círculo, puesto que de todos era sabido que los dioses hablaban a través de las almas de quienes más sufren.

El tenso silencio de los presentes dio a entender al historiador que bullía el poder en aquella adivinación. Aunque ciego, el joven movía la cabeza para encarar al adivino semk, quien bailaba lentamente en el suelo de arenas blancas en un silencio apabullante. Ambos extendían las manos y trazaban signos en el aire.

Duiker dio un leve codazo al hombre que había a su lado.

—¿Qué ha adivinado? —susurró.

El hombre, rechoncho y con las cicatrices de un antiguo regimiento hissari mal disimuladas por hirientes quemaduras en las mejillas, susurró a modo de respuesta una advertencia que surgió de sus labios a través de la sucia dentadura:

—Nada menos que el espíritu de Dryjhna, cuyo trazo fue dibujado en sus manos, un espíritu visto por todos aquí, la espectral promesa del fuego.

—Me hubiera gustado presenciar tal... —empezó a decir Duiker, tras lanzar un suspiro.

—Y lo harás. ¿Lo ves? ¡Ahí está otra vez!

El historiador vio que las manos entraban en contacto con una figura invisible, dejando a su paso una estela de luz rojiza que centelleó. El fulgor dibujó una silueta humana, silueta que se definió lentamente. Una mujer cuya carne era fuego. Levantó los brazos y algo similar al acero surgió de sus muñecas, y los bailarines se hicieron tres cuando giró sobre sí entre los adivinos.

El joven echó de pronto la cabeza hacia atrás, y las palabras surgieron de su garganta como el chirrido de la amoladera.

—¡Dos fuentes de furibunda sangre! Cara a cara. La sangre es la misma, los dos son uno, y las olas anegarán las playas de Raraku. ¡El sagrado desierto recuerda su pasado!

La aparición se esfumó. El muchacho cayó de frente, tieso como un tablón en la arena. El adivino semk se acuclilló, colocando una mano en la cabeza del joven.

—Ha vuelto con su familia —dijo el anciano chamán en el silencio que envolvía al círculo—. La piedad de Dryjhna, el más raro de los bienes, ha sido concedida a este muchacho.

Los duros hombres de las tribus rompieron a llorar; otros cayeron de rodillas al suelo. Impresionado, Duiker retrocedió al cerrarse lentamente el corro. Sudaba profusamente, pues entre otras cosas tenía la impresión de que alguien lo estaba observando. Miró a su alrededor. A cierta distancia vio a una figura envuelta en pieles negras, con la capucha de cráneo de cabra echada hacia atrás, dejando el rostro cubierto en sombras. Al cabo, la figura apartó la mirada. Duiker aprovechó para retirarse de la línea de visión del extraño.

Se dirigió a la entrada de la tienda.

Siete Ciudades era una civilización antigua, destemplada en el poder de la antigüedad, donde los ascendientes caminaron en tiempos por todos los caminos de

mercaderes, los senderos y las perdidas vías que mediaban entre lugares olvidados. Se decía que las arenas acaparaban el poder entre sus corrientes susurrantes, que todas y cada una de las piedras habían destilado hechicería como si de sangre se tratara, y que en todas las ciudades yacían las ruinas de innumerables urbes, viejas ciudades, ciudades que se remontaban al Primer Imperio. Se decía que estas ciudades se asentaban a lomos de espectros, y que la sustancia de los espíritus era gruesa capa de hueso aplastado; que todas las ciudades lloraban por siempre entre las calles, reían por siempre, gritaban, anunciaban mercancías y trocaban y rogaban y arrancaban alientos primeros que traían la vida y alientos postreros que anunciaban la muerte. Bajo las calles moraban los sueños, la sabiduría, la locura, los temores, la rabia, la pena, la lujuria, el amor y el odio más amargo.

El historiador salió a la lluvia, y llenó de aire fresco, limpio, los pulmones, en cuanto se hubo envuelto en el capote.

Los conquistadores podían franquear las murallas de una ciudad, podían acabar con todo ser vivo que la habitara, llenar todas las haciendas y las casas y los almacenes con su propio pueblo, sin que todo ello no supusiera más que una limpieza superficial de la ciudad, la piel del presente a la que algún día se someterían los espectros que habitaban bajo tierra, hasta que ellos mismos no fueran sino un sedimento más entre tantos otros.

He ahí un enemigo al que jamás podremos vencer, creía Duiker, pero la historia habla de quienes desafían a ese enemigo una y otra vez. Quizás no se obtenga la victoria superándolo, sino uniéndose a él, fundiéndose en él.

La emperatriz ha enviado a un nuevo puño para sacudir los incansables siglos de esta tierra. ¿Habrá abandonado a

Coltaine, tal como le sugerí a Mallick Rel? ¿O lo ha reservado como quien reserva un arma forjada y afilada para una labor concreta?

Duiker dejó el campamento, cabizbajo y encapuchado, bajo la lluvia. Al frente se alzaban las puertas del campamento imperial. Podía muy bien hallar algunas respuestas a sus preguntas en la hora siguiente, cuando se enfrentara cara a cara con Coltaine del clan Cuervo.

Cruzó el camino embarrado, chapoteando entre los charcos que había al pie de las ruedas de los carros, y luego subió la pendiente que llevaba a la entrada.

Dos guardias embozados surgieron ante su mirada cuando llegó al estrecho pasaje de la puerta.

—No más peticiones por hoy, dosii —dijo uno de los soldados de Malaz—. Prueba mañana.

Duiker se desabrochó el capote. Al quitárselo, reveló la diadema imperial prendida de la túnica.

—El puño ha convocado una reunión, ¿me equivoco?

Ambos soldados saludaron al dar un paso atrás. El que había hablado antes sonrió a modo de disculpa.

—No sabía que estabas con el otro —dijo.

—¿Con qué otro?

—Entró no hará ni dos minutos, historiador.

—Sí, claro. —Duiker inclinó levemente la cabeza ante los soldados y entró.

El suelo de piedra del pasillo lucía las manchas de barro que habían dejado un par de mocasines. Con el entrecejo arrugado, siguió caminando hasta llegar al recinto interior. Una calzada cubierta por un techo conducía al postigo lateral del cuartel, cuya arquitectura resultaba tan poco imaginativa. Como ya estaba empapado, Duiker optó por cruzar directamente hacia la entrada principal del edificio. Al hacerlo reparó en que el hombre que lo había precedido

había hecho lo propio. Las huellas de sus pasos denotaban que era patizambo, lo cual le hizo fruncir el ceño aún más.

Llegó a la entrada, donde apareció otro guardia, que indicó a Duiker el camino que tenía que tomar para llegar a la sala de reuniones. Al acercarse a la puerta doble de la estancia, observó el suelo para ver si seguían ahí las huellas de su predecesor, pero no vio ni rastro de ellas. Parecía evidente que su destino era otro. Encogiéndose de hombros, Duiker abrió las puertas.

La sala de reuniones era de techo bajo, con paredes de piedra encaladas. Una larga mesa de mármol dominaba la estancia, cuyo aspecto parecía de algún modo incompleto por carecer de sillas. Estaban presentes Mallick Rel, Kulp, Coltaine y otro oficial wickano. Todos se volvieron al verle entrar, y Rel incluso enarcó una ceja algo sorprendido. Obviamente ignoraba que Coltaine hubiera invitado a Duiker. ¿Se debía a la intención del nuevo puño de desequilibrar al sacerdote, una exclusión deliberada? Tras un instante, el historiador desechó la idea; era más probable que se debiera a la desorganización del nuevo mando.

Habían quitado las sillas aposta de cara a la celebración del consejo, tal como resultaba evidente a juzgar por las marcas que habían dejado las patas en el polvillo blanco del suelo. La incomodidad de no saber dónde situarse o cómo hacerlo era visible tanto en Mallick Rel como en Kulp. El sacerdote jhistal de Mael cargaba el peso ora en un pie, ora en otro, y el sudor de la frente reflejaba la luz de las linternas colocadas sobre la mesa, las manos enfundadas en las mangas. Kulp parecía necesitar una pared en la que apoyarse, y si no recurría a cualquiera de las cuatro que había en la estancia era por ignorar cómo considerarían los wickanos la informalidad de semejante gesto.

Sonriendo para sus adentros, Duiker se libró del capote empapado, que colgó del brazo de una antorcha apagada que había junto a la puerta. Luego se volvió para presentarse al nuevo puño, quien se hallaba de pie cerca de la cabecera de la mesa, con un oficial a su izquierda, un veterano ceñudo cuyo ancho rostro parecía articularse sobre una cicatriz que discurría en diagonal desde la mandíbula derecha a la parte izquierda de la frente.

—Soy Duiker —dijo—. Historiador imperial del Imperio. —Se inclinó levemente—. Bienvenido a Hissar, puño. —De cerca, pudo apreciar que el caudillo del clan Cuervo mostraba el desgaste de cuarenta años en las llanuras wickanas del norte de Quon Tali. Su rostro inexpresivo y macilento estaba arrugado, con hoyuelos alrededor de la boca, grande y de labios finos, y cierta mirada estrábica en los oscuros y profundos ojos. Las trenzas aceitadas colgaban sobre sus hombros, adornadas con abalorios y plumas de cuervo. Era alto, vestía un ajado chaleco de malla sobre el jubón de piel y una capa cubierta de plumas de cuervo que colgaba de sus hombros hasta la altura de las rodillas. Llevaba también botas de montar con cordones de tripa que le llegaban a los muslos. Bajo el brazo izquierdo, pendía envainado un cuchillo largo de empuñadura de cuerno.

En respuesta a las palabras de Duiker, inclinó a un lado la cabeza.

—La última vez que te vi —dijo con el rasposo acento wickano—, yacías tumbado presa de las fiebres en la tienda del propio emperador; parecías a punto de levantarte y franquear las puertas del mismísimo Embozado. —Hizo una pausa—. Pero Bastión fue el joven soldado cuya lanza engulló tus entrañas, y por su empeño un soldado llamado Dujek besó el rostro de Bastión con su espada. —

Lentamente, sonriendo, Coltaine se volvió al wickano de la cicatriz que se encontraba a su lado.

El canoso jinete mantuvo el ceño fruncido al observar fijamente a Duiker. Al cabo, sacudió la cabeza y sacó pecho.

—Recuerdo a un hombre desarmado. El hecho de que no empuñara arma alguna me hizo apartar la lanza en el último momento. Recuerdo la espada de Dujek, que me arrebató la belleza en el preciso instante en que el caballo, de un bocado, cerró sobre su brazo. Recuerdo que Dujek perdió ese brazo cuando lo atendieron los cirujanos, infectada la herida por el aliento de mi caballo. De ambos, fui yo quien perdió el combate, puesto que la pérdida de un brazo en nada ha perjudicado la gloriosa carrera de Dujek, mientras que la pérdida de mi belleza me ha dejado con una única esposa, que ya en ese momento lo era.

—¿Y no se trataba de tu hermana, Bastión?

—Lo era, Coltaine. Y ciega.

Ambos wickanos guardaron silencio, ceñudos.

A un lado, Kulp gruñó. Lentamente, Duiker enarcó una ceja.

—Lo lamento, Bastión —dijo—. Aunque es cierto que estuve presente en la batalla, no os vi ni a Coltaine ni a ti. Sea como fuere, no me había percatado de ninguna pérdida en particular de tu belleza.

El veterano asintió.

—Basta con prestar atención, eso es todo.

—Quizás ha llegado ya el momento de concluir las formalidades, por entretenidas que sean, para empezar la reunión —sugirió Mallick Rel.

—Cuando esté preparado —replicó Coltaine, que no había dejado de observar fijamente a Duiker.

Bastión gruñó.

—Dime, historiador, ¿qué te empujó a participar desarmado en la batalla?

—Puede que perdiera las armas en la refriega.

—Pero no fue así. No llevabas cinto, ni vaina ni escudo.

—Si pretendo relatar todos los sucesos que sacuden al Imperio, debo presenciarlos —respondió Duiker, encogiéndose de hombros.

—¿Te entregarás con tal temeridad a la hora de narrar cuanto suceda mientras Coltaine esté al mando?

—¿Qué si me entregaré? Oh, sí. Respecto a la temeridad... —suspiró—, ay, mucho me temo que mi coraje no sea lo que fue. Ahora visto armadura cuando presencio una batalla, además de ceñir una espada corta y portar escudo. Incluso llevo un yelmo. Voy rodeado de guardias, y como mínimo me sitúo a una legua de la batalla.

—Los años te han vuelto sabio —dijo Bastión.

—En cierto modo, aunque me temo que no todo lo que desearía —dijo Duiker lentamente, y volviéndose a Coltaine, añadió—: Pero seré lo bastante temerario para aconsejarte en lo que pueda, puño, durante esta reunión.

Coltaine deslizó la mirada en dirección a Mallick Rel.

—Y temes la presunción, puesto que dirás cosas que no aprobaré —dijo el caudillo—. Quizás, cuando las haya escuchado, ordene a Bastión que concluya la tarea que dejó pendiente y te mate. Todo esto me dice mucho de la situación en Aren.

—Conozco muy poco de la situación que mencionas —admitió Duiker, consciente del sudor que resbalaba bajo la túnica—, aunque aún sé menos de ti, puño.

La expresión de Coltaine no se alteró lo más mínimo. A Duiker le pareció una cobra que se alzaba lentamente ante él, sin pestañear, fría.

—Pregunta —interrumpió Mallick Rel—: ¿ha empezado ya el consejo?

—Aún no —respondió Coltaine—. Estamos esperando al hechicero.

Al oír eso, el sacerdote de Mael lanzó un suspiro. A su lado, Kulp dio un paso al frente.

Duiker notó de pronto que tenía la garganta seca. Tras toser aposta para aclararla, dijo:

—¿No fue bajo el mando de la emperatriz, durante su primer año en el trono, que mandó... ejecutar a todos los hechiceros wickanos? ¿No hubo después una ejecución masiva? Recuerdo que de las murallas de Unta...

—Tardaron días en morir —interrumpió Bastión—. Colgados de picas de hierro hasta que los cuervos acudieron para llevarse sus almas. Llevamos a nuestros hijos a las murallas de la ciudad para que vieran a los ancianos de la tribu, cuyas vidas nos arrebataron las órdenes de la mujer de pelo corto. Les hicimos esas cicatrices en la memoria para mantener con vida la verdad.

—Emperatriz a quien yo sirvo —dijo Duiker, atento al rostro de Coltaine.

—La mujer del pelo corto nada sabe de las costumbres wickanas —dijo Bastión—. Los cuervos que se llevaron las almas de los mejores hechiceros regresaron con los nuestros para aguardar cada nacimiento, de modo que el poder de nuestros ancianos nos fuera devuelto.

La puerta de un acceso lateral en el que Duiker no había reparado se abrió de repente. Un hombre alto, patizambo, entró en la estancia, oculto el rostro bajo una capucha de cráneo de cabra que retiró para mostrar el rostro de un niño que no tendría más de diez años. Los ojos oscuros del joven se cruzaron con los del historiador.

—Este es Sormo E'nath —dijo Coltaine.

—Sormo E'nath, un anciano, fue ejecutado en Unta —dijo Kulp—. Era uno de los hechiceros más poderosos, y la emperatriz quiso asegurarse de que no sobreviviera. Se dice que tardó once días en morir. No puede ser Sormo E'nath. Además, es un niño.

—Once días —gruñó Bastión—. No hubo un solo cuervo capaz de llevarse toda su alma. Cada día llegaba uno, hasta que murió. Once días, once cuervos. Tal era el poder de Sormo, su voluntad de vivir, y tal el honor que le otorgaron los espíritus de alas negras. Once fueron a por él. Once.

—Hechicería ancestral —susurró Mallick Rel—. Muchos pergaminos antiguos mencionan tales hechos. Este muchacho se llama Sormo E'nath. ¿Es cierto que se trata del hechicero renacido?

—Los rhivi de Genabackis poseen creencias similares —apuntó Duiker—. Un niño renacido puede convertirse en el depósito de un alma que no ha franqueado las puertas del Embozado.

Habló el muchacho, la voz aguda y rota, al borde de la hombría.

—Soy Sormo E'nath, quien conserva en el esternón el recuerdo de una pica de hierro. Once cuervos acudieron a mi nacimiento. —Tiró de la capa por los hombros—. Hoy he celebrado un ritual de adivinación y he visto entre la multitud al historiador Duiker. Juntos presenciamos una visión enviada por un espíritu de gran poder, un espíritu cuyo rostro es uno entre muchos. Este espíritu ha anunciado el Apocalipsis.

—Lo vi, al igual que él —dijo Duiker—. Una caravana de mercaderes ha acampado ante la ciudad.

—¿No repararon en que eras de Malaz? —preguntó Mallick.

—Se maneja bien en la lengua tribal —dijo Sormo—. Y por sus gestos se diría que odia al Imperio. Tanto en palabra como en acción engaña a los nativos. Dime, historiador, ¿habías presenciado una adivinación tal?

—Ninguna tan... clara —admitió Duiker—. Pero he visto los suficientes signos para percibir un ímpetu creciente. El próximo año traerá la rebelión.

—Valiente afirmación —opinó Mallick Rel. Suspiró después, visiblemente incómodo ante el hecho de estar de pie—. El nuevo puño hará bien en considerar con tiento estas afirmaciones. Muchas son las profecías de estas tierras, tantas como gentes hay, según parece. Tal profusión empequeñece la veracidad de todas ellas. La rebelión se da por cierta en Siete Ciudades año tras año, desde que Malaz conquistó estos territorios. ¿Y qué ha salido de todos estos rumores? Nada en absoluto.

—El sacerdote tiene motivaciones ocultas —dijo Sormo. Duiker reparó en que contenía la respiración.

El rostro redondo y perlado de sudor de Mallick Rel empalideció.

—Todos los hombres tienen motivaciones ocultas —dijo Coltaine, como si restara importancia a la aseveración del hechicero—. En vuestros consejos tengo palabras de advertencia y palabras de precaución. Un buen equilibrio. Estas son mis palabras. El mago que ansía recostarse contra las murallas de piedra me tiene por una víbora en su petate. El temor que le inspiro es el de cualquier soldado del Séptimo Ejército. —El puño escupió en el suelo, torciendo el gesto—. Nada me importan sus sentimientos. Si obedecen mis órdenes, yo los corresponderé. Si no lo hacen, les arrancaré el corazón. ¿Has prestado atención a mis palabras, mago de cuadro?

Kulp fruncía el ceño.

—He prestado atención, puño.

—He venido a transmitir las órdenes del puño supremo Pormqual... —empezó a decir Rel, a cuya voz poco le faltaba para considerarse aguda.

—¿Antes o después de los saludos oficiales de parte del puño supremo? —Duiker lamentó sus palabras mucho antes de terminar la frase, a pesar de la risotada que soltó Bastión.

A modo de respuesta, Mallick Rel se envaró.

—El puño supremo Pormqual da la bienvenida al puño Coltaine a Siete Ciudades y le desea éxito en el mando. El Séptimo Ejército es uno de los tres ejércitos originales del Imperio de Malaz, y el puño confía en que Coltaine hará honor a su historial.

—No podría importarme menos su reputación —dijo Coltaine—. Los soldados serán juzgados por sus acciones. Continúa.

Rel prosiguió con voz temblorosa.

—El puño supremo Pormqual me pidió que transmitiera sus órdenes al puño Coltaine. El almirante Nok partirá del puerto de Hissar y pondrá rumbo a Aren en cuanto se haya pertrechado a sus barcos. El puño Coltaine debe iniciar los preparativos para que el Séptimo marche por tierra a... Aren. El puño supremo desea pasar revista al Séptimo antes de que este reciba su nuevo destino. —El sacerdote sacó un pergamino lacrado de la túnica y lo colocó sobre la superficie de la mesa—. Estas son las órdenes del puño supremo.

Una mirada de enfado oscureció las facciones de Coltaine. Se cruzó de brazos y dio la espalda de forma deliberada a Mallick Rel.

Bastión rompió a reír, pero su risa carecía de humor.

—El puño supremo desea pasar revista al ejército. Es de suponer que el puño supremo dispondrá de la ayuda de un mago supremo, quizás, también, de una mano de la Garra. Si desea pasar revista a las tropas de Coltaine, puede acercarse aquí por la senda. El puño no tiene la menor intención de equipar al ejército para marchar cuatrocientas leguas, con el único objeto de que Pormqual pueda arrugar el entrecejo al ver el polvo de sus botas. Tal desplazamiento dejaría las provincias orientales de Siete Ciudades sin ejército de ocupación. En estos tiempos de malestar sería considerada una retirada, sobre todo si la flota de Sahul se retira también. No puede gobernarse esta tierra tras las murallas de Aren.

—¿Desafías las órdenes del puño supremo? —preguntó Rel en un hilo de voz, los ojos, brillantes como diamantes ensangrentados, sobre las anchas espaldas de Coltaine.

El puño giró sobre sus talones.

—Aconsejo un cambio de órdenes —respondió—. Y ahora aguardo una respuesta.

—Una respuesta que satisfaré —dijo el sacerdote con voz ronca.

Coltaine sonrió burlón.

—¿Tú? —preguntó Bastión—. Eres sacerdote, no soldado ni gobernador. Ni siquiera se reconoce tu pertenencia al alto mando.

La mirada atónita de Rel pasó del puño al veterano.

—¿Cómo? Por supuesto que... —protestó Rel.

—No por la emperatriz Laseen —lo interrumpió Bastión—. Ella no sabe nada de ti, sacerdote, aparte de lo que dicen los informes del puño supremo. Comprende que la emperatriz no confía su poder a aquellos a quienes no conoce. El puño supremo Pormqual te contrató como chico de los recados y así es como te tratará el puño. Tú no

ordenas nada a nadie. Ni a Coltaine, ni a mí, ni siquiera al más modesto de los suboficiales de rancho del Séptimo.

—Comunicaré estas palabras y pareceres al puño supremo.

—No me cabe la menor duda. Ya puedes marcharte.

Rel lo miró boquiabierto.

—¿Que me marche?

—Ya hemos solucionado lo tuyo. Ahora vete.

En silencio vieron salir al sacerdote. En cuanto las puertas se hubieron cerrado, Duiker se volvió a Coltaine.

—Es posible que eso no haya sido muy sabio por tu parte, puño.

La mirada de Coltaine se antojaba somnolienta.

—Ha hablado Bastión, no yo.

Duiker observó al veterano. El wickano de la cicatriz tenía una sonrisa torcida en el rostro.

—Háblame de Pormqual —pidió Coltaine—. ¿Lo conoces?

El historiador se volvió de nuevo al puño.

—Así es.

—¿Gobierna bien?

—Por lo que he podido observar, no gobierna en absoluto —respondió Duiker—. La mayoría de los edictos los promulga el mismo hombre que tú, Bastión, acabas de expulsar de la sala. Hay otros entre bastidores, la mayoría mercaderes ricos de noble cuna. Son principalmente los responsables de los recortes en las contribuciones de los derechos de aduanas sobre la mercadería de importación, así como de los correspondientes aumentos de los impuestos locales gravados en la producción y exportación, por supuesto con ciertas salvedades, todas ellas relacionadas con aquellos productos en los que ellos tengan depositados sus intereses. La ocupación imperial la gestionan los mercaderes malazanos, una situación que no

ha cambiado desde que Pormqual asumió el título de puño supremo hace ya cuatro años.

—¿Quién ostentó el cargo de puño supremo antes de Pormqual? —preguntó Bastión.

—Cartheron Costra, que se ahogó una noche en el puerto de Aren.

—Costra era capaz de nadar borracho en pleno huracán, pero se ahogó como su hermano Urko. Por supuesto, jamás fueron hallados los cadáveres.

—¿Qué quieres decir con eso?

Kulp sonrió a Bastión, pero no respondió.

—Tanto Costra como Urko eran hombres del emperador —explicó Duiker—. Parece ser que compartieron el mismo destino que la mayoría de los hombres de Kellanved, incluido Toc el Viejo y Ameron. Ninguno de sus cadáveres fue hallado jamás. —El historiador se encogió de hombros—. A estas alturas es historia antigua. Olvidada, de hecho.

—Quieres decir que fueron asesinados por orden de Laseen —dijo Bastión, a cuya boca asomó una dentadura desigual—. Imagina que la mayoría de los comandantes de la emperatriz sencillamente... desaparecieran. Se vería aislada, desesperada por encontrar gente capaz. Recuerda, historiador, que antes de que Laseen se convirtiera en emperatriz, era muy afín a Costra, Urko, Ameron, Dassem y demás. Imagínala ahora, sola, acusando aún las heridas de su abandono.

—Y el asesinato de los otros compañeros, Kellanved y Danzante, ¿no fue algo que imaginó afectaría a su amistad con esos comandantes? —Duiker negó con la cabeza, consciente de la amargura de su tono de voz. *También eran mis compañeros.*

—Algunos errores de juicio no pueden enmendarse —dijo Bastión—. Danzante y el emperador eran

conquistadores muy capacitados, pero ¿eran también regentes capacitados?

—Jamás lo sabremos —respondió Duiker.

El suspiro del wickano casi pudo considerarse un resoplido.

—No, pero si hubo una persona cercana al trono, capaz de ver qué era lo que estaba por venir, era Laseen.

Coltaine escupió de nuevo en el suelo.

—Todo eso es cuanto debe decirse respecto a este asunto, historiador. Anota las palabras pronunciadas aquí, siempre y cuando no las consideres de mal gusto. —Y observó ceñudo al silencioso Sormo E'nath.

—Aunque se me atragantaran, las anotaría para la posteridad —dijo Duiker—. No podría considerarme historiador, si fuera de otro modo.

—Muy bien, pues. —El puño no apartó la mirada de Sormo E'nath—. Dime, historiador, ¿qué poder ostenta Mallick Rel sobre Pormqual?

—Me gustaría saberlo, puño.

—Pues descúbrelo.

—Me pides que me convierta en espía.

Coltaine se volvió hacia él con la promesa de una sonrisa.

—¿Y qué hacías en la tienda de los mercaderes, Duiker?

—Tendría que ir a Aren. No creo que Mallick Rel me recibiera con los brazos abiertos y me permitiera asistir a las reuniones —dijo Duiker, tras hacer una mueca—. No después de haber presenciado el modo en que ha sido humillado hoy aquí. De hecho, estoy convencido de que me considera ya como un enemigo, y sus enemigos tienen la mala costumbre de desaparecer.

—Yo no voy a desaparecer —dijo Coltaine. Se acercó a él, extendió la mano y la apoyó en el hombro del historiador—.

Entonces, ignoraremos a Mallick Rel. Pasarás a formar parte de mi Estado Mayor.

—Como ordenes, puño —dijo Duiker.

—Este consejo ha terminado. —Coltaine se volvió al hechicero—. Sormo, más tarde me relatarás la aventura de esta tarde.

El joven se inclinó ante él.

Duiker recogió el capote y, seguido por Kulp, abandonó la estancia. Al cerrarse las puertas a espaldas de ambos, el historiador tiró de la manga del mago.

—Necesito hablar contigo. En privado.

—En eso mismo estaba pensando yo —respondió Kulp.

Encontraron una sala en aquel corredor, con restos de muebles hasta el techo, pero vacía. Kulp cerró la puerta y luego, vuelto a Duiker, dijo con furia en la mirada:

—Ese no es un hombre, es un animal y ve las cosas como un animal. Y Bastión... Bastión interpreta los gruñidos y gestos de provocación de su amo, para ponerles palabras. Jamás había conocido a un wickano tan hablador como ese veterano mutilado.

—Evidentemente, Coltaine tiene mucho que decir —respondió Duiker, con cierta sequedad.

—Sospecho que en este mismo instante el sacerdote de Mael planea su venganza.

—Sí, aunque lo que más me sorprendió fue la defensa que hizo Bastión de la emperatriz.

—¿Apruebas sus argumentos?

Duiker suspiró.

—¿Que la emperatriz se arrepiente de sus acciones y acusa ahora la soledad del poder? Posiblemente. Es interesante, pero hace tiempo que ya no tiene importancia.

—¿Crees que Laseen ha confiado en estos salvajes wickanos?

—Coltaine ha solicitado audiencia a la emperatriz, y diría que Bastión está como cosido al costado de su amo... Pero lo que ocurrió en los aposentos privados de Laseen no deja de ser una incógnita. —El historiador se encogió de hombros—. Estaban dispuestos a enfrentarse a Mallick Rel, eso está claro. Y tú, Kulp, ¿qué me dices de ese joven hechicero?

—¿Joven? —preguntó ceñudo el mago de cuadro—. Ese muchacho da la impresión de ser un anciano. Podía oler en él la ingesta ritual de la sangre de una yegua, y ese ritual señala la temporada de hierro de un hechicero, vamos, sus últimos años de vida, la cúspide de su poder. ¿Te fijaste en el modo en que arrojó un dardo al sacerdote, para luego guardar silencio y observar el efecto que surtía en él?

—No obstante, tú mismo dijiste que era mentira.

—No necesito permitir que Sormo sepa lo perceptivo de mi olfato, y continuaré tratándolo como si fuera un joven, un impostor. Con un poco de suerte, me ignorará.

Duiker titubeó. El ambiente en la estancia estaba cargado, olía a polvo.

—Kulp —dijo finalmente.

—Sí, historiador, ¿qué se te ofrece?

—No tiene nada que ver con Coltaine, Mallick Rel o Sormo E'nath. Necesito tu ayuda.

—¿Para?

—Quiero liberar a un prisionero.

El mago de cuadro enarcó ambas cejas.

—¿De la prisión de Hissar? Historiador, no puedo medirme contra la guardia de Hissar...

—No, no se trata de la prisión de Hissar. Es un prisionero del Imperio.

—¿Y dónde lo tienen encerrado?

—Lo vendieron como esclavo, Kulp. Está en las minas de otataralita.

El mago de cuadro lo miró boquiabierto.

—Por el aliento del Embozado, Duiker, ¿estás pidiendo la ayuda de un mago? ¿De veras crees que me acercaría por propia voluntad a esas minas? La otataralita anula la magia, y vuelve locos a quienes la practi...

—No más cerca que a bordo de una barca frente a la costa de la isla —interrumpió Duiker—. Eso te lo prometo, Kulp.

—Para recoger al prisionero, ¿y entonces, qué? ¿A remar como un poseso con una galera dosii a popa?

—Algo por el estilo —sonrió Duiker.

Kulp se volvió a la puerta cerrada, y luego observó el desorden que reinaba en la habitación, como si al entrar no hubiera reparado en ello.

—¿Qué sala es esta?

—La oficina del puño Turlom —respondió Duiker—. Donde el asesino dryjhnii la encontró aquella noche.

Kulp asintió lentamente.

—¿Y fuimos nosotros quienes lo interpretamos como un accidente?

—La verdad es que espero que así fuera.

—Yo también, historiador.

—¿Me ayudarás?

—¿Quién es el prisionero?

—Heboric Toque de Luz.

Kulp asintió lentamente por segunda vez.

—Déjame meditarlo, Duiker.

—¿Puedo preguntarte qué te hace dudar?

—Pues pensar que pueda haber otro historiador traidor suelto en este mundo, ¿qué otra cosa iba a ser? —respondió el mago, ceñudo.



La ciudad sagrada de Ehrlitan era una urbe de piedra blanca que se alzaba desde un puerto para rodear y sumergir una enorme colina de cima llana conocida como Jen'rahb. Se creía que una de las primeras ciudades del mundo se hallaba enterrada bajo dicha colina, y que entre los escombros aguardaba el trono de los Siete Protectores, del que decía la leyenda que no era un trono, sino una sala que albergaba un anillo de siete estrados, santificados todos por uno de los ascendientes que habían emprendido la labor de fundar Siete Ciudades. Ehrlitan tenía un millar de años, pero se creía que la antigua ciudad de Jen'rahb, ahora una colina de ajada piedra, era nueve veces más antigua.

Uno de los primeros falah'd de Ehrlitan había empezado una ambiciosa construcción en la cima llana de Jen'rahb, para honrar a la ciudad sepultada bajo las calles. Fueron destripadas las canteras que había a lo largo de la costa norte, excavadas laderas enteras, transportados los bloques de mármol de diez toneladas por barco al puerto de Ehrlitan, donde fueron arrastrados a través de los distritos inferiores a las rampas que conducían a la cima de la colina. Templos, haciendas, jardines, cúpulas, torres y el palacio del falah'd se alzaron en Jen'rahb como las gemas de una corona virgen.

Tres años después de que se hubiera colocado el último bloque, la antigua ciudad sepultada... sufrió una sacudida. Los arcos subterráneos cedieron bajo la inmensa tensión de la corona de falah'd, los muros se combaron, los cimientos

se deslizaron hacia las calles, acompañados por nubes de polvo. Bajo la superficie, el polvo se comportó como si fuera agua, fluyendo por calles y callejones hasta las puertas abiertas, bajo los suelos invisibles en la increíble oscuridad de Jen'rahb. En la superficie, en el alba luminosa que anunciaba el aniversario de la regencia del falah'd, la corona tembló, las torres se derrumbaron, las cúpulas se desgajaron en nubes de blanco polvo de mármol, y el palacio se vino abajo de forma desigual, no más en algunas partes que un metro, en otras hasta los veinte, anegado todo bajo ríos de polvo.

Los observadores de la parte baja de la ciudad describieron el suceso. Fue como si una gigantesca mano invisible se hubiera crispado sobre la corona para abarcar hasta el último edificio, y la hubiera empujado hacia abajo sobre la colina. La nube de polvo que se alzó tiñó el sol de un tono cobrizo durante días enteros.

Cerca de treinta mil personas perdieron la vida aquel día, incluido el propio falah'd, y de las tres mil que habitaban el palacio solo una sobrevivió: un joven pinche de cocina que estaba convencido de que el tazón que había dejado caer unos instantes antes del terremoto era el causante de la catástrofe. Enloquecido por la culpa, se acuchilló en el corazón mientras se hallaba de pie en la plaza Merykta, en la parte baja de la ciudad, y su sangre fluyó hasta empapar el pavimento donde ahora se encontraba Violín.

Entornó este sus ojos azules y observó a las espadas rojas que cabalgaban por entre la muchedumbre, al otro lado de la plaza.

Vestido con una fina túnica de lino teñido de blanco, la capucha arriba, sobre la cabeza, a la manera de los miembros de la tribu gral, permanecía inmóvil en el

sagrado pavimento con la borrosa inscripción conmemorativa, preguntándose si el repentino retumbar de su propio corazón era lo bastante alto para que el gentío que se movía inquieto a su alrededor pudiera escucharlo. Se maldijo por arriesgarse a vagabundear por la parte vieja de la ciudad, y luego maldijo a Kalam por demorar su partida hasta haber establecido contacto con uno de los antiguos agentes de la ciudad.

—*¡Mezla'ebdin!* —susurró una voz cercana.

«¡Perros malazanos!» era una traducción bastante fiel. A pesar de que las Espadas Rojas procedían de Siete Ciudades, profesaban una lealtad ciega a la emperatriz. Peculiares, si bien en ese momento mal acogidos, pragmáticos en una tierra habitada por soñadores fanáticos, las Espadas Rojas acababan de emprender su particular cruzada contra los seguidores de Dryjhna, y lo habían hecho a la manera a la que estaban acostumbrados: a hoja de espada y a punta de lanza.

Media docena de víctimas yacían inmóviles en la piedra blanquecina de la plaza, entre cestos desparramados, montones de ropa y comida. Dos niñas se acucillaban junto al cadáver de una mujer cerca de la fuente seca. Las salpicaduras de sangre decoraban las paredes cercanas. A unas pocas calles de distancia se oían las alarmas de la guardia erhlitana, pues el puño de la ciudad acababa de ser informado de que las Espadas Rojas desafiaban de nuevo su inepto gobierno.

Los salvajes jinetes continuaron avanzando, masacrando indiscriminadamente calle arriba desde la plaza, y pronto se perdieron de vista. Los mendigos y los ladrones se acercaron a los cadáveres al mismo tiempo que el lugar se llenaba de lamentos y gemidos. Un rufián jorobado recogió a las dos niñas y desapareció con ellas por un callejón.

Minutos antes, Violín había estado a punto de que le abrieran el cráneo como quien parte una sandía al entrar en la plaza y verse ante una espada roja en plena carga. Su experiencia de soldado le sirvió para apartarse de la trayectoria del caballo, obligando al guerrero a lanzar un tajo por el costado en donde sostenía el escudo, de manera que a Violín le bastó con agacharse bajo la hoja de la espada para salvarse. El espada roja no se molestó en perseguirlo y se volvió hacia otro ciudadano indefenso, en ese caso una mujer desesperada que apartaba a dos niñas del paso del caballo.

Violín maldijo entre dientes. Se abrió paso a empujones entre la multitud y se dirigió hacia el callejón por el que había desaparecido el rufián. Los edificios altos e inclinados que había a ambos lados sumían al callejón en sombras. La comida podrida y el olor a muerte impregnaban el ambiente de un hedor insoportable. No vio un alma cuando recorrió el callejón con cautela. Llegó a un camino lateral, situado entre dos paredes altas, apenas lo bastante amplio para que pudiera recorrerlo una mula, cubierto de hojas de palma hasta la altura de las rodillas. Tras las dos paredes había un jardín, y las palmas se entremezclaban en las copas para dar forma a un tejado a cinco metros de altura. Después de dar treinta pasos llegó a un callejón sin salida, y allí estaba el rufián acucillado, con una rodilla sobre el pecho de una de las niñas, mientras empujaba a la otra contra la pared, tanteándole las polainas.

El rufián volvió la cabeza al oír los pasos de Violín sobre las hojas secas. Tenía la piel blanca de un eskraeano y por su sonrisa de complicidad asomaba una ristra de dientes negros.

—Gral, esta es tuya por media jakata, en cuando la haya despellejado. La otra te costará más, porque está más

tierna.

Violín se acercó al hombre.

—Compro —dijo—. Serán mis esposas. Dos jakatas.

El rufián lanzó un bufido.

—Gano el doble de eso en una semana. Dieciséis jakatas.

Violín desenvainó el cuchillo largo gral que había adquirido hacía una hora y le puso la hoja en la garganta.

—Dos jakatas y mi piedad, simharal.

—Hecho, gral —aceptó, ronco, el rufián, los ojos desmesuradamente abiertos—. ¡Acepto, por el Embozado!

Violín sacó del cinto dos monedas y las arrojó sobre las hojas secas. Luego se volvió.

—Me las llevo ahora mismo.

El simharal cayó de rodillas, rebuscando entre las hojas.

—Llévatelas, gral, llévate las.

Gruñó Violín. Luego envainó el cuchillo y tomó a las niñas cada una de un brazo. Dio la espalda al rufián y abandonó el callejón. La posibilidad de que intentara traicionarle era prácticamente inexistente. Los hombres de la tribu gral a menudo rogaban que los insultaran para tener una excusa que justificara lo que se había convertido en su actividad favorita: la venganza. Se decía que era imposible atacarlos por la espalda, de modo que nadie se atrevía a hacerlo. A pesar de ello, Violín se alegró de la gruesa capa de hojas que le separaban del rufián.

Salió del callejón. Las niñas colgaban como muñecas grandes de los brazos, aturcidas aún por la impresión. Miró a la mayor al rostro. Nueve, puede que diez años de edad; ella lo miró a su vez con ojos grandes y oscuros.

—Estáis a salvo —dijo Violín—. Si te dejas en el suelo, ¿podrás andar? ¿Me llevarás adonde vives?

Al cabo, ella asintió.

Habían llegado a uno de los caminos tortuosos que pasaban por una calle de la parte baja de la ciudad. Violín dejó a la muchacha en el suelo y tomó a la otra en el hueco del brazo. Por lo visto, se había quedado dormida. La mayor asió de inmediato su túnica para evitar que la muchedumbre pudiera alejarlo de ella, y luego tiró con fuerza de él.

—¿A casa? —preguntó Violín.

—A casa —respondió la niña.

Al cabo de diez minutos franquearon el barrio de los mercados y entraron en la tranquila zona residencial, una zona cuyas casas eran modestas pero limpias. La chica condujo a Violín hacia una calle lateral. En cuanto llegaron a ella, aparecieron unos niños que entre gritos y carreras se reunieron a su alrededor. Un instante después, tres hombres armados salieron a la carrera de la puerta del jardín. Encararon a Violín armados de espadas de hoja curva, que esgrimieron por encima de la cabeza, con lo cual lograron dispersar a los niños, que súbitamente guardaron silencio, expectantes.

—Nahal gral —gruñó Violín—. La mujer cayó bajo la hoja de un espada roja. Un simharal se llevó a las niñas. Yo se las compré. Incólumes. Tres jakatas.

—Dos —corrigió uno de los hombres, que escupió en el empedrado a los pies de Violín—. Encontramos al simharal.

—Dos me costó comprarlas. Una más por entregarlas. Incólumes. Tres. —Violín esbozó una sonrisa torcida—. Es un buen precio, barato para el honor gral. Barato por la protección gral.

Un cuarto hombre habló a espaldas de Violín.

—Pagad al gral, estúpidos. Un centenar de jakatas de oro no sería un alto precio. La niñera y las niñas estaban bajo vuestra protección, a pesar de lo cual huisteis cuando

aparecieron esas espadas rojas. Si este gral no llega a dar con las niñas y las compra, ahora estarían en trozos. Pagad lo que os pida y rogad a la reina de los Sueños que bendiga a él y a su familia por los tiempos de los tiempos. — Lentamente, el hombre se dio la vuelta. Vestía la armadura de un guardia privado, con insignia de capitán. Su rostro enjuto estaba cubierto de las cicatrices propias de un veterano de Y'ghatan, y en el dorso de ambas manos lucía las manchas de las cicatrices de fuego. Sostuvo con mirada inflexible la mirada de Violín.

—Te pido tu nombre de comerciante, gral, para que podamos incluirlo en nuestras plegarias.

Violín titubeó, luego dio al capitán su verdadero nombre, el nombre que le habían puesto al nacer hacía mucho, mucho tiempo.

El hombre arrugó el entrecejo al escucharlo, pero no hizo comentario alguno.

Uno de los guardias se acercó con unas monedas en la mano. Violín dejó a la niña que dormía en los brazos del capitán.

—Es raro que duerma —dijo.

El canoso veterano tomó con cuidado a la niña.

—Avisaremos al sanador de la casa para que la atienda.

Violín miró alrededor. Era obvio que las niñas pertenecían a una familia rica y poderosa, a pesar de que las cúpulas que veía eran todas relativamente pequeñas, pertenecientes al hogar de una modesta familia de mercaderes y artesanos.

—¿Aceptarías comer con nosotros, gral? —preguntó el capitán—. El abuelo de las niñas desea conocerte.

Violín asintió, lleno de curiosidad. El capitán lo condujo a una portezuela con postigos, situada en el jardín de la casa.

Los tres guardias se adelantaron a ellos para abrirla. La joven fue, no obstante, la primera en pasar.

La puerta se abrió a un jardín sorprendentemente espacioso donde se respiraban la humedad y el aire fresco destilado por un arroyo que discurría invisible por la exuberante maleza. Los viejos avellanos y los árboles frutales cubrían el sendero bordeado de piedras. Al otro lado se alzaba una pared totalmente construida con cristal oscuro. Relucían en el cristal arcoíris perlados de humedad, pintados con manchas de mineral. Violín nunca había visto tanto cristal junto en un mismo lugar. Había una solitaria puerta en la pared, cubierta de lino emblanquecido, colgada de un delgado marco de hierro. A la entrada vio a un anciano vestido con una arrugada túnica de color naranja. La viva tonalidad ocre de su piel se veía templada por las greñas de pelo blanco. La niña corrió para abrazarlo, pero este no apartó los ojos ámbar de Violín.

El zapador hincó una rodilla en el suelo.

—Te ruego que me bendigas, caminante espiritual —dijo con el acento roto de un gral.

La risa del sacerdote tanno fue como una tormenta de arena.

—No puedo bendecir lo que no eres —dijo en voz baja—. Pero, por favor, únete a mí y al capitán Turqa en nuestra comida. Confío que estos guardias procurarán hacer mayor gala de coraje en el cuidado de estas niñas aquí, en los confines del jardín. —Colocó la mano en la frente de la niña que dormía—. Selal la protege a su modo, capitán; dile al sanador que debe ser devuelta a este mundo con mucha suavidad.

El capitán dejó a la niña en los brazos de uno de los guardias.

—Ya has oído al maestro. Rápido.

Ambas niñas desaparecieron por la puerta de lino. Con un gesto, el caminante espiritual tanno condujo a Violín y a Turqa hacia la misma puerta, pero a un paso más tranquilo.

En el interior de la estancia de paredes de cristal había una mesa baja de hierro, rodeada por unas sillas que apenas llegaban a la altura de la rodilla, sillas forradas de piel. En la mesa había cuencos con fruta y carne fría, cubiertos de especias rojas. La jarra de cristal llena de vino blanco estaba abierta para dejar que el licor se aireara. En la base de la jarra el sedimento del vino hacía unos dos dedos: capullos de la flor del desierto y blancas abejas de miel. El dulce aroma del vino impregnaba la estancia.

La puerta interior era de madera sólida, enmarcada en una pared de mármol. En unos pequeños huecos de la pared había candelabros cuyas llamas mostraban diversos colores. Los reflejos titilaban hipnóticos en el cristal.

El sacerdote se sentó y señaló las sillas a los invitados.

—Sentaos, por favor. Me sorprende que un espía de Malaz se arriesgue a delatarse por salvar la vida de dos niñas ehrlitanas. ¿Pretendes obtener información valiosa de una familia abrumada por la gratitud?

Violín se quitó la capucha con un suspiro.

—Soy de Malaz —admitió—. Pero no soy espía. Precisamente me disfrazo para evitar que los malazanos puedan descubrirme.

El anciano sacerdote sirvió el vino y ofreció una copa al zapador.

—Eres soldado.

—Así es.

—¿Desertor?

—No por propia elección —respondió Violín torciendo el gesto—. La emperatriz consideró adecuado declarar

proscrito a mi regimiento. —Tomó un sorbo del dulce vino con aroma a flores.

—Abrasapuentes —susurró el capitán Turqa—. Un soldado de la hueste de Unbrazo.

—Estás muy bien informado, capitán.

El caminante espiritual tanno señaló los cuencos mediante un gesto.

—Por favor. Si después de tantos años de guerra, buscas un lugar donde se respire la paz, has cometido un grave error viniendo a Siete Ciudades.

—Eso me ha parecido —admitió Violín al tiempo que se servía la fruta—. Por esa razón esperaba encontrar pasaje para Quon Tali lo antes posible.

—La flota kansuana partió de Ehrlitan —informó el capitán—. Pocos son los barcos mercantes que emprenden travesías oceánicas en los tiempos que corren. Los gravámenes exorbitados...

—Y la perspectiva de riqueza que surgirá de una guerra civil —interrumpió Violín, asintiendo—. Tendrá que ser por tierra, al menos hasta Aren.

—No es buena idea —dijo el anciano sacerdote.

—Lo sé.

Pero el caminante espiritual tanno sacudía la cabeza.

—No es solo por la guerra que se avecina. Para viajar a Aren debes cruzar Pan'potsun Odhan, y bordear el sagrado desierto de Raraku. Desde Raraku vendrá el torbellino del Apocalipsis. Y más, puesto que se producirá una convergencia.

Violín abrió los ojos como platos. *Soletaken dhenrabi*.

—¿Como en una reunión de poderes ascendientes?

—Eso es.

—¿Y qué los atraerá?

—Un portal. La profecía de la senda de Manos. Soletaken y d'ivers. Un portal que promete... algo. Los atrae como la luz a las polillas.

—¿Por qué iban a interesarse los cambiaformas por el portal de una senda? No puede decirse que sean una hermandad, y tampoco son hechiceros, al menos no en el sentido amplio de la palabra.

—Demuestras un conocimiento sorprendentemente profundo para ser un simple soldado.

Violín arrugó el entrecejo.

—A menudo se subestima a los soldados —replicó—. No me he pasado quince años tomando parte en las guerras del Imperio con los ojos cerrados. El emperador se enfrentó tanto a Treach como a Ryllandaras en las afueras de Li Heng. Yo estuve allí.

El caminante espiritual tanno inclinó la cabeza en un gesto de disculpa.

—No tengo respuestas para tus preguntas —dijo en voz baja—. Por supuesto, no creo que ni siquiera los soletaken y los d'ivers sean plenamente conscientes de lo que buscan. Como el salmón que regresa a las aguas donde nació, actúan por instinto, por un ansia visceral y la intuición de una promesa. —Se cogió las manos—. No hay unión entre los cambiaformas. Todos actúan en solitario. Esta senda de Manos... —titubeó antes de proseguir—: quizás constituya un vehículo para la ascendencia... para quien resulte vencedor.

Violín lanzó un lento y entrecortado suspiro.

—La ascendencia lleva de la mano el poder. El poder es control. —Miró a los ojos castaños del caminante espiritual—. Si un ser que cambia de forma alcanza la ascendencia...

—El dominio de su propia especie, sí. Un suceso tal no podría considerarse tranquilizador, pero sea como fuere,

los meses que se avecinan convertirán a Odhan en un lugar azotado por el terror, de eso sí estoy seguro.

—Gracias por la advertencia.

—Advertencia que, no obstante, no te detendrá.

—Me temo que no.

—En tal caso, recae en mí la responsabilidad de ofrecerte protección de cara a tu viaje. Capitán, ¿serías tan amable?

El veterano se levantó y abandonó la estancia.

—He aquí un soldado proscrito —dijo el sacerdote, al cabo—, que arriesga la vida por volver al corazón del Imperio que lo ha sentenciado a muerte. Debes tener un buen motivo.

Violín se encogió de hombros.

—Aquí en Siete Ciudades se recuerda a los Abrasapuentes. Un nombre que está maldito, aun siendo admirado por algunos. Fuisteis soldados honorables que libraron una guerra deshonrosa. Se dice que el regimiento fue destinado a la tórrida roca del sagrado desierto de Raraku, en persecución de una compañía falah'dana de magos. He ahí una historia que me gustaría escuchar, para poder luego darle forma de canción.

Violín abrió desmesuradamente los ojos. La hechicería de un caminante espiritual tanno tenía forma de canción; ningún otro ritual era necesario. Aunque dedicados a la paz, se decía que el poder que destilaba un cántico tanno era inmenso. El zapador se preguntó qué efectos tendría para los Abrasapuentes semejante creación.

El caminante espiritual tanno pareció comprender sus dudas, ya que sonrió.

—Un cántico así no se ha intentado jamás. Hay en un cántico tanno un potencial para la ascendencia, pero

¿podría ascender todo un regimiento? He ahí una pregunta que merece una respuesta.

—Si tuviera tiempo, te contaría esa historia —dijo Violín tras lanzar un suspiro.

—Apenas se necesita un instante.

—¿Qué quieres decir?

El anciano sacerdote levantó una de las manos arrugadas y de dedos largos.

—Si me permitieras tocarte, conocería tu historia.

El zapador retrocedió.

—Ah —suspiró el caminante espiritual tanno—, temes que no sea cuidadoso con tus secretos.

—Temo que poseerlos pueda poner en peligro tu vida. Además, no todos ellos son honorables.

El anciano inclinó la cabeza y rompió a reír.

—Si todos lo fueran, amigo mío, merecerías este hábito más que yo. Disculpa mi atrevimiento, pues.

Regresó el capitán Turqa, llevando un baúl pequeño de madera gastada de color castaño claro. Lo dejó sobre la mesa, ante su señor, que levantó la tapa y rebuscó en su interior.

—Hace mucho Raraku estuvo bajo el mar —explicó el tanno. Retiró una valva emblanquecida—. Los restos de esa época pueden aún encontrarse en el sagrado desierto, siempre y cuando sepas dónde se hallaban las antiguas playas. Además de los recuerdos que contenía la canción en sí de ese mar interno, se han localizado otras canciones. —Levantó la mirada para cruzarla con la de Violín—. Mis propias canciones de poder. Por favor, acepta este presente, en muestra de gratitud por salvar la vida y la honra de mis nietas.

Violín se inclinó al colocar el sacerdote la valva entre sus manos.

—Gracias, caminante espiritual tanno. ¿Ofrece, pues, protección tu obsequio?

—En cierto modo, sí —respondió el sacerdote con una sonrisa en los labios. Después se levantó—. No te entretendremos más, abrasapuentes.

Violín se levantó también.

—El capitán Turqa te acompañará a la salida. —Se acercó al zapador y colocó una mano en su hombro—. El caminante espiritual Kimloc te da las gracias.

Con la valva en las manos, el zapador fue conducido hacia la puerta. Fuera, en el jardín, el aire húmedo recaló en el sudor que perlaba la frente de Violín.

—Kimloc —masculló.

Turqa gruñó junto a él mientras caminaban por el sendero que llevaba a la puerta posterior.

—Su primer invitado en once años. ¿Eres consciente del honor que te ha sido concedido, abrasapuentes?

—Totalmente —respondió, seco, Violín—. Tiene en gran estima a sus nietas. ¿Once años, dices? En tal caso, su último invitado sería...

—El puño supremo Dujek Unbrazo, del Imperio de Malaz.

—Vino a negociar la rendición pacífica de Karakarang, la ciudad sagrada del culto tanno. Kimloc aseguró que era capaz de destruir los ejércitos de Malaz. Por completo. Aun así, capituló y su nombre es ahora una leyenda en cuanto a lanzarse faroles se trata.

Turqa soltó un bufido.

—Abrió las puertas de la ciudad porque valora la vida por encima de todas las cosas. Calculó la magnitud de vuestro Imperio y llegó a la conclusión de que la muerte de unos millares no cambiaría nada. Malaz hubiera conseguido

lo que se hubiera propuesto, y lo que se propuso fue conquistar Karakarang.

Violín torció el gesto y con gran sarcasmo dijo:

—Y si eso suponía desplegar a los t'lan imass en la ciudad sagrada, para que hicieran lo que hicieron en Aren, lo hubiéramos hecho. Dudo que la hechicería de Kimloc fuera capaz de contener a los t'lan imass.

A esas alturas, ambos conversaban ante la puerta. Turqa la abrió, con un dolor antiguo en sus ojos oscuros.

—Como hizo Kimloc —dijo—. La carnicería de Aren reveló la locura del Imperio...

—Lo que sucedió durante la revuelta de Aren fue una equivocación —interrumpió Violín—. Ninguna orden fue dada a los t'lan imass de Logros.

La única respuesta de Turqa fue una sonrisa amarga al señalarle la calle.

—Ve en paz, abrasapuentes.

Molesto, Violín franqueó la puerta.



Moby lanzó un berrido de alegría y se abalanzó por la angosta habitación hasta dar con el pecho de Violín, todo ello con un enloquecedor batir de alas y extremidades. Con los juramentos y el forcejeo de rigor mientras intentaba atrapar a la criatura del cuello, el zapador cruzó el umbral y cerró la puerta al entrar.

—Empezaba a preocuparme —murmuró Kalam desde las sombras que cubrían el extremo opuesto de la habitación.

—Me entretuve —dijo Violín.

—¿Problemas?

Se encogió de hombros, desabrochando la capa para revelar la cota de malla que ocultaba.

—¿Y los demás?

—En el jardín —respondió Kalam.

El zapador se acercó a la mochila, y una vez allí se acuclilló y guardó la valva tanno en su interior, entre los pliegues de una camisa limpia.

Kalam le sirvió una jarra de vino aguado mientras Violín se sentaba en la mesita. Luego, el asesino llenó también su propia jarra.

—¿Y?

—Una maldición en una cáscara de huevo —respondió Violín, tomando un largo trago antes de continuar—. Las paredes están cubiertas de símbolos. Diría que no más de una semana, y entonces las calles se teñirán de rojo.

—Tenemos caballos, mulas y pertrechos. A esas alturas andaremos cerca de Odhan. Ahí afuera estaremos a salvo.

Violín miró a su compañero. El rostro barbudo y de piel negra de Kalam relucía a la tenue luz del día que se filtraba por las cortinas. Frente al asesino había un par de cuchillos, junto a una piedra de amolar.

—Puede que sí. Puede que no.

—¿Las manos en las paredes?

Violín gruñó.

—Las has visto.

—Símbolos de insurrección, lugares de reunión anunciados, así como anuncios de rituales Dryjhna. Puedo leerlo tan bien como cualquier otro nativo. Pero esas huellas de mano inhumanas son algo completamente distinto. —Kalam se inclinó sobre la mesa y empuñó un cuchillo en cada mano. Luego cruzó las hojas azuladas con aire distraído—. No he oído nada de ese rumor.

—Eso cree Kimloc.

—¡Kimloc! —exclamó Kalam—. ¿Está en la ciudad?

—Eso se cuenta. —Violín tomó otro sorbo de vino. Poner al corriente al asesino de sus aventuras, y de su encuentro con el caminante espiritual, lo empujaría a salir por la puerta de inmediato. *Y a Kimloc a las Puertas del Embozado. A Kimloc, a sus guardias y a su familia. A todos.* El hombre que permanecía sentado frente a él no era de los que corrían riesgos innecesarios. *Otro regalo para ti, Kimloc... Mi silencio.*

Se oyeron pasos en el vestíbulo y, al cabo de un instante, apareció Azafrán.

—Aquí dentro está oscuro como en una cueva —se quejó.

—¿Dónde está Apsalar? —preguntó Violín.

—En el jardín, ¿dónde va a estar? —respondió el ladrón daru.

El zapador se calmó. Aún le perseguía el recuerdo de la desazón que le había causado la joven en el pasado. *Cuando estaba fuera de la vista, había problemas. Cuando la perdías de vista, era mejor vigilar la espalda.* Le costaba aceptar que la joven ya no era lo que había sido. *Además, si el patrón de los Asesinos decidiera poseerla de nuevo, todos acabaríamos con un cuchillo en la garganta.* Relajó la tensión que atenazaba su cuello y suspiró.

Azafrán arrastró una silla hacia la mesa, se sentó y alcanzó el vino.

—Estamos hartos de tanto esperar —dijo—. Si tenemos que cruzar esta maldita tierra, hagámoslo de una vez. Hay un montón de basura tras la pared del jardín, que sale de las alcantarillas. Hay ratas por todas partes. Hace calor y el ambiente está tan lleno de moscas que apenas se puede respirar. Cogemos una infección si seguimos aquí mucho más tiempo.

—Pues espero que sea la lengua azul —dijo Kalam.

—¿Qué?

—Se te hincha la lengua y se vuelve azul —aclaró Violín.

—¿Y qué tiene eso de bueno?

—Pues que te impide hablar.



Las estrellas titilaban en lo alto, y aún tenía que asomar la luna cuando Kalam se dirigió a Jen'rahb. Las viejas rampas llevaban a la cima de la colina igual que gigantescas escaleras, desdentadas allí donde habían sido retirados los bloques de piedra para emplearlos en otras partes de Ehrlitan. La maleza cubría los huecos, y alargadas y nudosas raíces se aferraban a lo más hondo de la colina.

El asesino trepó con gran agilidad por los escombros, agachado para evitar que su figura pudiera recortarse con claridad contra el cielo. Era una medida de precaución, por si alguien reparaba en él desde las calles. La ciudad dormía, y su silencio era sobrenatural. Las escasas rondas de soldados malazanos se veían prácticamente solas, como si las hubieran destinado a vigilar una necrópolis; aparte de los fantasmas, poco más había. Su inquietud volvía ruidosos a los soldados cuando recorrían las calles y callejuelas, y Kalam había podido evitarlos sin demasiado esfuerzo.

Ganó la cresta y se deslizó entre dos imponentes bloques de piedra caliza que habían formado parte de la muralla exterior que protegía la cima. Se detuvo para recuperar el aliento a la polvorienta brisa nocturna, y dirigió la mirada hacia las calles de Ehrlitan. La torre del Puño, que una vez fue hogar de la sagrada ciudad de Falah'd, se alzaba oscura y deforme sobre el patio iluminado, como un puño cerrado

sobre un lecho de ascuas. Entre aquellas paredes de piedra se escondía el gobernador militar del Imperio de Malaz, haciendo oídos sordos a las acaloradas advertencias de las Espadas Rojas y a lo que fuera que pudieran decirle los simpatizantes y los espías de Malaz que no hubieran muerto o desaparecido. Todo el regimiento de ocupación se acantonaba en los cuarteles de la fortaleza, después de que hubieran sido retirados de los puestos de avanzada y las guarniciones que rodeaban estratégicamente la ciudad de Ehrlitan. La fortaleza no podía albergar semejante cantidad de tropas, el pozo estaba seco y los soldados dormían en la muralla, bajo las estrellas. En el puerto, frente al muelle de Malaz, habían fondeado dos antiguos trirremes falari, y una solitaria compañía de la infantería de marina, que andaba escasa de efectivos, ocupaba los muelles del Imperio. Los malazanos sufrían asedio a pesar de que no había una sola mano que se alzara en su contra.

En su interior, Kalam sufría un conflicto de lealtades. Por nacimiento pertenecía al pueblo ocupado, pero había combatido bajo los estandartes del Imperio por propia elección. Había luchado por el emperador Kellanved. *Y por Dassem Ultor, y Whiskeyjack, y Dujek Unbrazo. Pero no por Laseen.* Hace tiempo que la traición me libró de esa atadura. El emperador hubiera arrancado el corazón de esa revuelta sin esperar a oír el segundo latido. Un breve pero infatigable baño de sangre, seguido de una larga paz. No obstante, Laseen había dejado que las heridas se infectaran, y lo que estaba por venir iba a silenciar al mismísimo Embozado.

Kalam se alejó de la cresta de la colina. El paisaje que se extendía ante su mirada era un intrincado laberinto de piedra caliza y cascotes, fosos y maleza. Nubes de insectos

cubrían los charcos negros. Los murciélagos y los rhizanos revoloteaban entre los insectos.

Cerca del centro se alzaban los tres primeros pisos de una torre, inclinada y con una maraña de raíces que envolvían como serpientes la piedra, raíces que surgían del árbol que había enraizado en la parte superior. A pesar de la oscuridad, distinguió las aldabas de una puerta situada al pie de la torre.

Kalam la observó un buen rato, y finalmente se dirigió a la puerta. A diez pasos de ella distinguió el temblor de una luz que provenía del interior. El asesino desenvainó un cuchillo, golpeó ligeramente la empuñadura dos veces sobre una piedra y cruzó el umbral. Una voz surgida de la oscuridad lo detuvo en seco.

—No te acerques más, Kalam Mekhar.

Kalam escupió al suelo.

—Mebra, ¿crees que no reconozco tu voz? Los canallas rhizanos como tú jamás se alejan del nido, lo que hizo que fuera tan fácil encontrarte; seguirte aquí fue si cabe más sencillo aún.

—Tengo asuntos importantes que atender —gruñó Mebra—. ¿Por qué has vuelto? ¿Qué quieres de mí? Mi deuda es con los Abrasapuentes, pero estos ya no existen.

—Tu deuda es conmigo —dijo Kalam.

—Y cuando el siguiente perro malazano, con el sigilo de un puente envuelto en llamas, venga a por mí y asegure que le debo algo, entonces ¿qué? ¿Y el siguiente? ¿Y el otro? Oh, no, Kal...

El asesino se había situado en el umbral antes de que Mebra pudiera reparar en que se arrojaba a por él. La mano se cerró sobre su cuello en la oscuridad. El hombre lanzó un quejido y levantó los pies del suelo cuando Kalam lo arrojó contra la pared. El asesino lo acorraló ahí, con la

punta del cuchillo sobre el esternón. Algo que el espía tenía aferrado contra el pecho escapó de entre sus dedos, se deslizó entre ambos e hizo ruido a sus pies al dar contra el suelo. Kalam no se molestó en ver qué era, decidido a no apartar la mirada de los ojos de Mebra.

—La deuda —dijo.

—Mebra es un hombre honorable —dijo el espía, entre jadeo y jadeo—. ¡Paga todas sus deudas, y satisfará la tuya!

Kalam sonrió.

—Será mejor que apartes la mano de esa daga, Mebra. Sé qué planeas. Lo veo en tus ojos. Ahora mira los míos. ¿Qué es lo que ves?

La respiración de Mebra se hizo más agitada. El sudor se escurría por su frente.

—Piedad —dijo.

—Veo que no los has mirado bien. —Kalam enarcó ambas cejas.

—¡No, no! ¡Te pido cuartel, Kalam! En tus ojos solo veo muerte, ¡la muerte de Mebra! Pagaré mi deuda, viejo amigo. Sé muchas cosas, todo lo que el puño necesita saber. Puedo poner toda Ehrlitan en sus manos...

—Sin duda —dijo Kalam, aflojando un poco la tensión de la mano con la que aferraba al espía del cuello. Luego, retrocedió. Mebra se deslizó por la pared hasta caer de cuclillas—. Pero deja que el destino se encargue del puño.

El espía levantó la mirada, en sus ojos un brillo de astucia.

—Te han proscrito, y no tienes la menor intención de volver a servir al Imperio. ¡Pertenece de nuevo a Siete Ciudades! ¡Kalam, que las Siete te bendigan!

—Necesito los signos, Mebra. Salvoconducto a Odhan.

—Ya los conoces...

—Los signos han aumentado. Conozco los antiguos, pero los nuevos acabarán conmigo en cuanto tope con la primera tribu.

—El salvoconducto es tuyo y te bastará un único signo, Kalam. Por toda Siete Ciudades, lo juro.

El asesino retrocedió.

—¿Cuál es?

—Eres hijo de Dryjhna, un soldado del Apocalipsis. Haz el gesto del torbellino, ¿lo recuerdas?

Suspica, Kalam asintió lentamente.

—Pero he visto tantos, tantos signos nuevos. ¿Qué hay de ellos?

—Solo hay uno entre la nube de langostas —dijo Mebra—. ¿Qué mejor para cegar a las Espadas Rojas? Por favor, Kalam, debes irte. Ya he satisfecho la deuda...

—Si me has traicionado, Adaephon Ben Delat lo sabrá. Dime, ¿podrías escapar de Ben el Rápido, desveladas sus sendas?

Mudo, pálido como la luna, Mebra negó con la cabeza.

—El torbellino.

—Sí, lo juro por los Siete.

—No te muevas —ordenó Kalam. Con una mano en la empuñadura del cuchillo que llevaba colgado del cinto, el asesino dio un paso y se agachó sobre el objeto que Mebra había soltado antes. Oyó la respiración del espía y sonrió—: Tal vez me lleve esto, como garantía.

—Por favor, Kalam...

—Silencio. —El asesino apartó la tela sucia de muselina del libro que sostenía en la mano—. De las criptas del puño supremo en Aren, a las manos de un espía ehrlitano. —Levantó la mirada, que clavó en Mebra—. ¿Está al corriente Pormqual del robo del que se desatará el Apocalipsis?

El hombrecillo sonrió, mostrando una hilera de afilados dientes de plata.

—Al muy estúpido podrían robarle la almohada de debajo de la cabeza sin que se enterara. Sabrás, Kalam, que si te llevas esto como garantía, hasta el último guerrero del Apocalipsis te perseguirá. El libro sagrado de Dryjhna ha sido liberado y debe ser devuelto a Raraku, donde la zahorí...

—Desatará el torbellino —concluyó Kalam. El antiguo libro era muy pesado, tanto como una losa de granito. La piel de bhederin que lo encuadernaba estaba manchada y ajada, las páginas de piel de cordero olían a lanolina y a tinta de jugo de baya. Y en esas páginas... *Palabras de locura, y en el sagrado desierto aguarda Sha'ik, la zahorí, la líder prometida para la rebelión...*—. Debes contarme el último secreto, Mebra, aquel que el portador de este libro debe conocer.

El espía, alarmado, abrió los ojos desmesuradamente.

—¡No puedes llevártelo como garantía, Kalam! ¡Llévame a mí en su lugar, te lo ruego!

—Lo entregaré en el sagrado desierto de Raraku —dijo Kalam—. Lo pondré en manos de la mismísima Sha'ik, y gracias a ello conseguiré mi pasaje, Mebra. Y si descubro que me traicionas, si veo un solo soldado del Apocalipsis siguiendo mis pasos, destruiré el libro. ¿Me has entendido?

Mebra pestañeó para librarse del sudor de los ojos, y luego asintió.

—Debes cabalgar un semental del color de la arena, y mezclar vuestras sangres. Debes vestir telaba roja. Cada noche, te enfrentarás a tu juicio, de rodillas, y abrirás el libro para llamar a Dryjhna. Así, nada más, sin ninguna otra palabra, puesto que la diosa del Torbellino te escuchará y obedecerá, y todas las huellas que puedas dejar a tu paso

desaparecerán. Debes aguardar una hora en silencio, luego abrir de nuevo el libro. Jamás debes exponerlo a la luz del sol, puesto que el tiempo del despertar del libro pertenece a Sha'ik. Ahora voy a repetirte estas instrucciones...

—No es necesario —gruñó Kalam.

—¿De veras te han proscrito?

—¿Acaso esto no es prueba suficiente?

—Pon en manos de Sha'ik el libro de Dryjhna, y se entonará tu nombre a los cielos por siempre jamás, Kalam. Traiciona la causa, y tu nombre será un escupitajo en el polvo.

El asesino envolvió de nuevo el libro en la tela de muselina, para guardarlo a continuación entre los pliegues de la túnica.

—Nuestras palabras están hechas.

—Ve con las bendiciones de las Siete, Kalam Mekhar.

Con un gruñido por única respuesta, Kalam se movió hacia la puerta, donde se detuvo para escudriñar el exterior. Al ver a la luz de la luna que no había nadie, se deslizó por la entrada.

De espaldas a la pared, Mebra vio irse al asesino. Hizo un esfuerzo por escuchar los pasos de Kalam entre las rocas, los cascotes y escombros, pero nada oyó. El espía secó el sudor de la frente, apoyó la nuca en la fría piedra y cerró los ojos.

Unos minutos después oyó el rumor metálico de la armadura en la entrada de la torre.

—¿Lo has visto? —preguntó Mebra sin abrir los ojos.

—Lostara lo sigue. ¿Tiene el libro? —preguntó una voz grave.

Los finos labios de Mebra dibujaron una sonrisa.

—No era la visita que esperaba. Oh, no, ¿cómo iba a imaginar que tendría un invitado tan inesperado? Era

Kalam Mekhar.

—¿El abrasapuentes? Beso del Embozado, Mebra, de haberlo sabido podríamos haberlo parado en seco antes de que abandonara esta torre.

—De haberlo intentado —dijo Mebra—, Aralt, Lostara y tú alimentaríais con vuestra sangre las sedientas raíces de Jen'rahb.

El hombretón rompió a reír y entró. Tras él, tal como había intuido el espía, lo hizo Aralt Arpat, que se quedó vigilando la entrada; era un hombre tan alto como ancho, capaz de tapar la luz de la luna.

Tene Baralta apoyaba las manos cubiertas con guanteletes en la empuñadura de las espadas que ceñía a ambos lados de la cadera.

—¿Qué me dices del hombre con quien hablaste en primer lugar?

Mebra suspiró.

—Tal como te dije, lo más probable es que hubiéramos necesitado de una docena de noches como esta. El hombre se asustó, y a estas alturas lo más probable es que se encuentre a medio camino de G'danisban. Él... lo reconsideró, igual que hubiera hecho cualquiera en sus cabales. —El espía se puso en pie, sacudiendo el polvo de la telaba—. No puedo creer que tengamos tanta suerte, Baralta...

La mano enguantada de Tene Baralta se abalanzó como un borrón al golpear a Mebra. Las mallas hicieron cortes profundos en la piel del espía. La sangre salpicó la pared. Mebra trastabilló, las manos en el rostro.

—Te tomas demasiadas confianzas —dijo Baralta, tranquilo—. Supongo que habrás preparado a Kalam. Que le habrás dado las instrucciones de rigor.

Mebra escupió sangre y asintió.

—No tendrás problemas para seguirle el rastro, comandante.

—¿Todo recto hasta el campamento de Sha'ik?

—Sí. Sin embargo, te ruego que seas cuidadoso. Si Kalam percibe que lo estás siguiendo, destruirá el libro sin titubear. Dale un día de ventaja, incluso más.

Tene Baralta sacó un fragmento de piel de bhederin de la bolsa que colgaba del cinto.

—La cría echa de menos a su madre —dijo.

—Y la busca sin pausa ni descanso —terminó Mebra—. Necesitarás un ejército para matar a Sha'ik, comandante.

El espada roja sonrió.

—Ese es nuestro problema, Mebra.

El espía llenó de aire los pulmones, titubeó y dijo:

—Tan solo te pido una cosa.

—¿Pides?

—Mejor te lo ruego, comandante.

—¿De qué se trata?

—Kalam vive.

—Tus heridas lucen desiguales, Mebra. Permíteme acariciarte la otra mejilla.

—¡Escúchame, comandante! El abrasapuentes ha regresado a Siete Ciudades. Asegura ser un soldado del Apocalipsis. No obstante, ¿es propio de Kalam unirse a Sha'ik? ¿Puede un hombre nacido para liderar asumir el papel de un seguidor?

—¿Qué quieres decir?

—Kalam está aquí por otra razón, comandante. Buscaba pasaje seguro por Pan'potsun Odhan. Ha tomado el libro porque hacerlo le facilitará tal pasaje. El asesino se dirige al sur. ¿Por qué? Creo que eso es algo que las Espadas Rojas y el Imperio deberían saber. La respuesta a esta pregunta solo podrá facilitarla mientras siga con vida.

—¿Alguna sospecha?

—Aren.

Tene Baralta resopló.

—¿Para deslizar un cuchillo entre las costillas de Pormqual? Recibiríamos esa noticia con los brazos abiertos.

—A Kalam no le interesa el puño supremo.

—Entonces, ¿qué busca en Aren?

—Creo que solo una cosa, comandante: un barco con rumbo a Malaz. —Encogido, con la cara ardiéndole de dolor, Mebra observó con ojos entornados cómo sus palabras enraizaban en la mente del comandante de las Espadas Rojas.

Al cabo, Tene Baralta preguntó en voz baja:

—¿Qué planeas?

A pesar del esfuerzo que supuso, Mebra sonrió.



Como gigantescas piedras calizas unidas entre sí surgían los riscos del desierto hasta alcanzar una altura de doscientos diez metros. Profundas fisuras acanaladas se extendían sobre la cara curtida, y en el interior de una de estas fisuras había una torre que se alzaba unos cien metros sobre las arenas. Una solitaria ventana rematada en arco se recortaba negra sobre la piedra.

Mappo suspiró.

—No veo que se acerque nada, pero debe de haber algo.

—Se volvió a su compañero—. Tú crees que está ocupado.

Icarium rascó la sangre seca de la frente y asintió. Medio desenvainó la espada y frunció el ceño al ver los fragmentos de carne que seguían pegados a la hoja mellada.

El d'ivers los había sorprendido. Una docena de leopardos del color de la arena habían surgido de una hondonada a menos de diez pasos a su derecha, justo cuando ambos viajeros se disponían a preparar el campamento. Una de las bestias había saltado sobre la espalda de Mappo, para cerrar la mandíbula sobre su cuello. Los colmillos habían desgarrado la piel dura del trell. Lo había atacado como si fuera un antílope, directo a la tráquea. Pero Mappo no era un antílope, y aunque los colmillos se hundieron con fuerza tan solo encontraron músculo. Rabioso, el trell había aferrado al leopardo para quitárselo de encima. Luego, en el forcejeo, lo retuvo por la piel del cuello y los muslos, y lo golpeó con fuerza contra una piedra hasta abrirle el cráneo.

Los otros once habían cerrado sobre Icarium. Al mismo tiempo que Mappo se libraba del abrazo mortífero del animal, se volvió. Vio a cuatro bestias inmóviles alrededor del jhag. El miedo se apoderó del trell al recalar su mirada en Icarium. *¿Cuán lejos?*, se preguntó, *¿Cuán lejos ha llegado el jhag? Por favor, que Beru nos ampare.*

Una de las otras bestias había mordido el muslo izquierdo de Icarium, y Mappo vio la antigua espada del guerrero trazar un círculo descendente con el que logró decapitar al leopardo. Detalle macabro, la cabeza había continuado con lo suyo hasta producir una herida en la pierna del guerrero.

Los felinos supervivientes los rodearon.

Mappo se abalanzó hacia uno de ellos, al que logró aferrar de la cola. Con un aullido lo arrojó por los aires. El leopardo voló por espacio de siete u ocho pasos hasta dar con la cabeza en una pared rocosa y partirse la columna.

Era demasiado tarde para el d'ivers. Consciente de su error, intentó alejarse, pero Icarium no cedió. Entonando

un murmullo agudo, el jhag se lanzó a por los cinco leopardos que quedaban. Estos se dispersaron, pero no lo bastante rápido. La sangre salpicó la arena, así como la carne hecha jirones. En unos instantes, cinco cadáveres más yacían inmóviles en el suelo.

Icarium giró sobre sus talones en busca de más víctimas, y el trell dio un paso al frente. Al cabo, el agudo murmullo de Icarium cesó. Se levantó, pues estaba en cuclillas, y cruzó la pétrea mirada con la del trell, para luego arrugar el entrecejo.

Mappo reparó en la sangre que cubría la frente de Icarium. El fantasmagórico murmullo había cesado por completo. *No tan lejos. Seguro. Dioses, este camino... Soy un insensato por seguirlo. Cerca, demasiado cerca.*

El olor a sangre d'ivers, que se extendía con tanta generosidad en el lugar, atraería a otros. Ambos tuvieron que recoger el campamento y marcharse a buen paso. Antes de hacerlo, Icarium sacó una flecha del carcaj y la hundió en la arena, dejándola a la vista.

Caminaron a paso ligero durante toda la noche. Ninguno de ellos tenía miedo a morir; para ambos, era matar lo que constituía el mayor temor. Mappo rezó para que la flecha de Icarium bastara como advertencia.

Al alba llegaron a la escarpa oriental. Más allá, los riscos se alzaban sobre la cadena montañosa que separaba Raraku de Pan'potsun Odhan.

Algo que había hecho caso omiso de la flecha les seguía la pista, quizás a una legua de distancia. El trell lo había percibido hacía una hora. Se trataba de un soletaken, y la forma que había adoptado era enorme.

—Encuétranos una pendiente —dijo Icarium mientras encordaba el arco. Contó las flechas que le quedaban, mirando con ojos entornados el camino que tenían por

delante. El intenso calor, que se alzaba como una cortina, ocultaba todo aquello que quedara a cien pasos de distancia. Si el soletaken aparecía y cargaba contra ellos, el jhag tendría tiempo de disparar media docena de flechas. Las sendas grabadas en las astas podían derribar a un dragón, aunque a juzgar por la expresión de Icarium estaba claro que solo de pensar en eso se ponía malo.

Mappo tanteó la herida del cuello. La carne ardía envuelta en una nube de moscas. Los músculos le dolían, un dolor que latía como el corazón. Sacó una hoja de cactus jegura de la mochila y exprimió el jugo sobre las heridas. Sintió un calor distinto, seguido de cierta insensibilidad, suficiente para poder mover los brazos sin acusar el dolor insoportable que le había dejado bañado en sudor durante aquellas últimas horas. El trell tembló de frío. El jugo del cactus era tan fuerte que solo podía recurrir a él una vez al día, para evitar que el aturdimiento se extendiera al corazón y a los pulmones. Además, las moscas se mostrarían si cabe más sedientas.

Se acercó a la hendidura de una pared rocosa. Los trell eran moradores de las llanuras. Mappo no tenía una habilidad especial para trepar, y no ansiaba precisamente hacerlo. La fisura era lo bastante profunda para engullir la luz del sol, y estrecha en la base, apenas cubría la envergadura de sus hombros. Se agachó y se deslizó por su interior, y el aire frío y húmedo le hizo temblar de nuevo. Acostumbró rápidamente la mirada y distinguió la pared de la fisura a seis pasos de distancia. No había escalera, ni asideros. Incluyó la cabeza y levantó la mirada. La grieta se hacía más ancha a medida que ascendía, y así era hasta alcanzar lo que le pareció que era la base de una torre. Ni siquiera había algo tan simple como una cuerda colgante

por la que poder trepar. Con un gruñido de frustración, Mappo salió de nuevo al sol.

Icarium seguía de pie, vuelto al rastro que habían dejado, con la flecha colocada y el arco en posición. A treinta pasos de él había un enorme oso pardo, a cuatro patas, que se balanceaba con el hocico en alto, como olisqueando el viento. Ahí estaba el soletaken.

Mappo se reunió con su compañero.

—A este lo conozco —dijo, tranquilo.

El jhag bajó el arma y destensó el arco.

—Está transformándose —dijo.

El oso se arrojó hacia ellos.

Mappo pestañeó al emborronarse de pronto la visión. Sintió el sabor de la arena, un picor en la nariz y el aroma fuertemente especiado que produjo la transformación. Sintió también una oleada de miedo instintivo, una sequedad polvorienta que le hizo tragar saliva con cierta dificultad. Al cabo de un instante se completó la transformación, y vieron que un hombre se acercaba a ellos, desnudo y pálido bajo el ardiente sol.

Mappo sacudió lentamente la cabeza. Cuando iba enmascarado, el soletaken era fuerte, enorme, pura masa de músculo; sin embargo, visto así, en su forma humana, Messremb apenas superaba el metro y medio de altura, carecía casi por completo de pelo, y era tan delgado que se le veía demacrado, de rostro afilado y dentón. Sus ojos diminutos de color granate brillaban bajo las arrugas de la sonrisa que en ese momento dibujaron sus labios.

—Mappo Trell, ¡mi olfato me decía que eras tú!

—Ha pasado mucho tiempo, Messremb.

El soletaken no quitaba ojo al jhag.

—Sí, fue al norte de Nemil.

—Esos bosques de pino te sentaban mejor —dijo Mappo, cuyo recuerdo se había remontado en el tiempo, a los días de las imponentes caravanas trell y a los grandes viajes que emprendieron.

La sonrisa del soletaken desapareció.

—Así es. Tú debes de ser Icarium, hacedor de mecanismos y, ahora, castigo de d'ivers y soletaken. Debes saber que me ha aliviado mucho ver que bajabas ese arco, pues mi corazón se hizo trueno cuando te vi apuntarme con él.

Icarium fruncía el entrecejo.

—No sería castigo de nada si por mí fuera —dijo—. Nos atacaron por sorpresa —añadió. Aquellas palabras sonaron con una extraña inseguridad.

—Lo que significa que no tuviste ocasión de advertir a la indefensa criatura. Piedad para los restos de su alma. Yo, no obstante, puede que tenga muchos defectos, pero no suelo precipitarme. Tan solo me maldice esta curiosa nariz. ¿Qué olor se une al del trell, me pregunté, tan parecido a la sangre jaghut, pero distinto? Ahora que mis ojos me han brindado la respuesta puedo reemprender el camino.

—¿Sabes adónde te lleva? —preguntó Mappo.

—¿Has visto las puertas? —preguntó a su vez Messremb, envarado.

—No. ¿Qué esperas encontrar allí?

—Respuestas, viejo amigo. Ahora os libraré del olor de mi transformación alejándome un poco de vosotros. ¿Me deseas suerte, Mappo?

—Así es, Messremb. Y añadido al deseo una advertencia: hace cuatro noches nos cruzamos con Ryllandaras. Ten cuidado.

Algo del oso pardo relució un instante en la mirada del soletaken.

—Estaré atento por si lo veo.

Mappo e Icarium vieron alejarse al hombre, que desapareció tras unas rocas.

—La locura anida en él —dijo Icarium.

El trell retrocedió al oír esas palabras.

—Lo hace en todos ellos. —Suspiró—. Aún tengo que encontrar una forma de subir, por cierto. No he visto nada en esa cueva.

El sonido de los cascos llegó a sus oídos, lento y perseverante. Por una senda que corría paralela a la cara del risco apareció un hombre montado en una mula negra. Se sentaba cruzado de piernas en una silla alta, de madera, envuelto en una telaba raída y manchada de tierra. Sus manos, que descansaban sobre la perilla, eran del color del óxido. Una capucha ocultaba sus facciones. La mula era un animal de aspecto peculiar, negro el hocico, negra la piel de las orejas, al igual que negros eran sus ojos. No había luz en su cuerpo de ébano, a excepción del polvo y las salpicaduras que muy bien podían responder a restos de sangre seca.

El hombre se balanceaba en la silla al acercarse.

—No hay modo de entrar —dijo—, pero sí de salir. Aún no es la hora. Una vida a cambio de una vida, recordad estas palabras, recordadlas. Estáis heridos. Infectados. Mi sirviente os atenderá. Un hombre con manos saladas, una arrugada, otra rosa, ¿entendéis lo que os digo? No, todavía no. Tan pocos... invitados. Pero os he estado esperando.

La mula se detuvo frente al risco, paseando la fúnebre mirada de un viajero a otro mientras el jinete se esforzaba en desdoblar las piernas. Quejidos de dolor acompañaron a este esfuerzo, hasta que después de varios intentos perdió el equilibrio y, con un grito de desesperación, cayó al polvo.

Al reparar en la mancha de sangre que se extendía por el tejido de la telaba, Mappo se acercó a él.

—¡Estás herido!

El hombre hizo algunos aspavientos, igual que una tortuga tumbada bocarriba, las piernas trabadas aún en la posición en la que había montado. Cayó la capucha y asomó una gran nariz aguileña, barba canosa, piel color miel de tonalidad oscura y cubierta de tatuajes. Al hacer una mueca asomó una ristra de perfectos dientes blancos.

Mappo se arrodilló junto a él, entrecerrados los ojos para ver dónde tenía la herida que tan profusamente sangraba. El trell percibió un fuerte olor a hierro. Un instante después tanteó bajo la capa del recién llegado y sacó un pellejo abierto, hallazgo que le hizo soltar un gruñido y volverse a Icarium.

—No es sangre. Es pintura. Pintura rojo ocre.

—¡Ayúdame, patán! —espetó el hombre—. ¡Mis piernas!

Divertido, Mappo ayudó al hombre a separar las piernas. Cada movimiento provocó los correspondientes quejidos. En cuanto se vio libre, el recién llegado se sentó y procedió a golpear sus propios muslos.

—¡Sirviente! ¡Vino! ¡Vino, maldito sea tu podrido cerebro!

—No soy tu sirviente —replicó Mappo al tiempo que retrocedía—. Y no llevo vino cuando cruzo el desierto.

—¡Tú no, bárbaro! —El hombre miró alrededor—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—Sirviente, por supuesto. Cree que su único deber consiste en sacarme por ahí... ¡Ah, ahí está!

El trell arrugó el entrecejo al volverse hacia el lugar al que miraba el hombre.

—Eso es una mula. Dudo que pudiera coger un pellejo de vino con la destreza necesaria para servir siquiera una copa. —Mappo sonrió a Icarium, pero el jhag apenas prestaba atención a la conversación. Había descordado el arco y se sentaba en ese momento en una piedra, dispuesto a limpiar la espada.

Sin levantarse, el recién llegado cogió un puñado de arena y se la arrojó a la mula. Sorprendido, el animal rebuznó y coceó hacia la brecha, en cuyo interior desapareció. El hombre se incorporó con un gruñido y permaneció de pie, tambaleándose, con las manos dándose palmadas entre sí, gesto que se antojaba una especie de tic nervioso.

—Menuda manera de recibir a los invitados —dijo, intentando sonreír—. Muy, muy mala. Un recibimiento penoso. Las disculpas insignificantes y los gestos de amabilidad son sumamente importantes. Lamento mucho este colapso pasajero del sentido de la hospitalidad. Oh, sí, vaya si lo lamento. Tendría más práctica si no fuera el señor de este templo. Un acólito está obligado a adular y rascar la espalda de todo el mundo. Después, se dedican a mascullar y quejarse con los compañeros de la pobreza. Ah, ahí llega Sirviente.

Un hombre de hombros anchos, patizambo y vestido con túnica negra acababa de salir de la cueva, llevando una bandeja con una jarra y algunas tazas de barro. Cubría sus facciones un velo de sirviente que tan solo contaba con una abertura para los ojos, de color castaño oscuro.

—¡Estúpido vago! ¿Has visto alguna telaraña?

El acento de Sirviente sorprendió a Mappo. Era de Malaz.

—Ni una, Iskaral.

—¡Llámame por mi título!

—Sacerdote supremo...

—¡Error!

—Sacerdote supremo Iskaral Pust del templo tesemita de Sombra...

—¡Idiota! ¡Eres un sirviente! Lo que me convierte en...

—Mi señor...

—En efecto. —Iskaral se volvió a Mappo—. Apenas hablamos —explicó.

Icarium se reunió con ellos.

—De modo que esto es Tesem. Pensaba que era un monasterio, consagrado a la reina de los Sueños.

—Se marcharon —interrumpió Iskaral—. Se llevaron las linternas, y solo dejaron...

—Las sombras.

—Qué jhag tan listo, claro que ya me lo advirtieron, oh, sí. Los dos estáis enfermos como cerdos a medio asar. Sirviente ha preparado vuestros aposentos. Y caldos de hierbas curativas, raíces, pociones y elixires. Paraltina blanca, amulor, tralb...

—Todo eso son venenos —señaló Mappo.

—¿De veras lo son? Ahora entiendo por qué murió ese cerdo. Ya casi es la hora, ¿nos preparamos para ascender?

—Tú primero —dijo Icarium.

—Una vida por una vida. Seguidme. Nadie puede burlar a Iskaral Pust. —El sacerdote supremo encaró el barranco con una fiera mirada estrábica.

Esperaron. Mappo no tenía ni idea de qué era lo que aguardaban. Al cabo de unos minutos, el trell tosió intencionadamente.

—¿Nos enviarán una escalera tus acólitos?

—¿Acólitos? No tengo acólitos. No hay ocasión de mostrarse tiránico. Es muy triste, nada de mascullar o de gruñir a mi espalda, y pocas recompensas satisfactorias

para este sacerdote supremo. Si no fuera por los susurros de mi dios, no me preocuparía, de eso podéis estar seguros, y confío que tendréis en cuenta todo cuanto he hecho y todo cuanto me dispongo a hacer.

—Veo movimiento en la grieta —advirtió Icarium.

Iskaral gruñó.

—Bhok'arala, anidan en la pared del barranco. Fétidas bestias lloricas, siempre entrometiéndose, olisqueando esto y aquello, meándose en el altar, defecando en mi almohada. Son mi plaga, me han acorralado, y ¿por qué? No he despellejado a una sola de ellas, ni las he trepanado para servir en condiciones sus sesos en un plato. Nada de trampas, ni cepos, ni venenos, a pesar de lo cual me hostigan. No hay respuesta a esto. Desespero.

A medida que el sol se hundía en el horizonte, los bhok'arala se fueron envalentonando. Aleteaban de asidero en asidero en lo alto de la pared rocosa, rebuscando con manos y pies en las grietas de piedra, en busca de los rhizanos, los pequeños lagartos voladores que salían a alimentarse de noche. Pequeños y simiescos, los bhok'arala tenían alas similares a las de los murciélagos, y sus rostros guardaban un gran parecido con los humanos.

De la solitaria ventana de la torre cayó una cuerda. Una diminuta cabeza redonda asomó para observarlos.

—Claro que algunos, muy pocos, de ellos resultan útiles —dijo Iskaral.

Mappo suspiró. En realidad había esperado la intervención de un medio mágico para realizar el ascenso, algo propio de un sacerdote supremo de Sombra.

—Pues vamos allá.

—De eso nada —replicó Iskaral, indignado—. Sirviente asciende, y luego nos sube él.

—Pues será un hombre de fuerza considerable para poder conmigo —dijo el trell—. Por no mencionar a Icarium.

Sirviente dejó en el suelo la bandeja, escupió en las palmas de sus manos y se dirigió a la cuerda. Subió por ella con sorprendente agilidad. Iskaral se acucilló junto a la bandeja y sirvió vino en las tres tazas.

—Sirviente es medio bhok'aral. Brazos largos. Músculos de acero. Hace amistad con ellos, lo que probablemente constituye la fuente de todos mis males. —Iskaral tomó una de las tazas y les señaló la bandeja al levantarse—. Por fortuna para Sirviente, soy un amo amable y paciente. —Giró el cuello hacia el hombre que trepaba—. ¡Aprisa, perro de cola respingona!

Sirviente ya había ganado el alféizar de la ventana; se encaramó al borde y desapareció de la vista.

—Regalo de Ammanas es Sirviente. Una vida por una vida. Una mano es vieja, la otra joven. Es puro remordimiento, ¿comprendéis?

Tiraron desde arriba de la cuerda. El sacerdote supremo apuró el vino de un trago, arrojó la taza a lo lejos y se dirigió a la cuerda.

—¡Demasiado tiempo expuesto! Vulnerable. ¡Rápido, ahora! —Envolvió bien las manos alrededor de uno de los nudos de la cuerda y colocó los pies sobre otro—. ¡Tira! ¿Estás sordo? ¡Tira!

Iskaral subió disparado.

—Poleas —dijo Icarium—. Es imposible que lo suban a tal velocidad a pulso.

Mappo torció el gesto al sentir de nuevo los hombros doloridos.

—No es lo que esperabas, supongo —dijo.

—Tesem. —Icarium vio al sacerdote desaparecer por la ventana—. Un lugar de curación. Reflexión solitaria,

depósito de pergaminos y tomos, y de monjas insaciables...

—¿Insaciables?

El jhag miró a su amigo, enarcada una ceja.

—Pues claro.

—Oh, triste defunción.

—Mucho.

—En este particular, creo que la reflexión solitaria ha perjudicado su cerebro —dijo Mappo cuando cayó de nuevo la cuerda—. Eso de la lucha de ingenios con los bhok'arala y los susurros de un dios deben de hacerle creer que está loco...

—No obstante, hay poder aquí, Mappo —dijo Icarium en voz baja.

—Sí —admitió el trell al acercarse a la cuerda—. Se abrió una senda cuando la mula entró en la cueva.

—Entonces, ¿por qué no la habrá usado el sacerdote supremo?

—Dudo que Iskaral Pust sea dado a las respuestas fáciles, amigo mío.

—Mejor mantente alerta, Mappo.

—Sí.

Icarium estiró de pronto la mano, que colocó en el hombro de Mappo.

—Amigo.

—¿Sí?

El jhag fruncía el ceño.

—Me falta una flecha, Mappo. Es más, hay sangre en la hoja de mi espada, y he reparado en tus heridas. Dime, ¿hemos luchado? No recuerdo... nada.

El trell permaneció en silencio unos instantes.

—Me atacó un leopardo mientras dormías, Icarium —respondió—. Eché mano de tus armas. No me pareció necesario decirte nada.

Icarium arrugó aún más el entrecejo.

—De nuevo —susurró lentamente—, he perdido el tiempo.

—No has perdido nada, amigo mío.

—¿Me lo dirías si fuera de otro modo? —En los ojos grises del jhag había súplica y desesperación.

—¿Por qué no iba a hacerlo, Icarium?

CAPÍTULO 3



Las Espadas Rojas eran, en ese momento, preeminentes entre las organizaciones promalazanas que surgieron en los territorios ocupados. Se consideraban a sí mismos como progresistas en su afán de abrazar los valores de la unificación imperial. Este culto semimilitarista se convirtió en sinónimo de infamia por su pragmatismo brutal a la hora de tratar con quienes no compartían sus ideas...

Vidas de los conquistados
Ilem Trauth

Felisin yació inmóvil bajo Beneth hasta que este terminó con un estremecimiento final. Se incorporó y la cogió del pelo. Su rostro estaba sonrojado bajo la capa de suciedad y sus ojos brillaban al fulgor de la antorcha.

—Aprenderás a disfrutarlo, moza —dijo.

El tacto de algo salvaje asomaba más y más a la superficie cada vez que se acostaba con ella. Ella sabía que esa sensación era pasajera.

—Lo haré —respondió ella—. ¿Descansa algún día?

Beneth tiró un instante de su cabello.

—Sí. —Se apartó de ella y se puso los calzones—. Aunque no veo para qué. Ese anciano no aguantará otro mes. —Hizo una pausa, observando a la joven con la respiración entrecortada—. Por el aliento del Embozado, muchacha,

eres preciosa. Ponle ganas la próxima vez. Te trataré bien. Te traeré jabón, un cepillo y repelente de piojos. Trabajarás aquí, en Torcedura, eso te lo prometo. Haz como si sintieras placer, muchacha, es lo único que te pido.

—Pronto —respondió ella—. En cuanto deje de dolerme.

Había repicado la décimo primera campanada del día. Se hallaban en el tercer pozo, frente a la zanja de Lejana Torcedura. El pozo había sido excavado por los piernaspodridas y apenas era lo bastante hondo para extenderse la mitad de una legua. El aire estaba cargado y olía a polvo de otataralita y a roca.

A esas alturas, casi todos habrían llegado ya a Cerca de Luz, pero Beneth se movía a la sombra del capitán Sawark y podía hacer lo que le placiera. Había reclamado para sí aquel pozo abandonado. Era la tercera visita de Felisin. La primera vez había sido la más dura. Beneth la había escogido a las pocas horas de llegar a Solideo, el campamento minero del Pozo de Dosin. Era un hombretón, más grande que Baudin y, aunque también era un esclavo, estaba por encima de los demás esclavos, era el hombre de confianza de los guardias, cruel y peligroso. También era asombrosamente atractivo.

Felisin había aprendido a marchas forzadas en el barco. No tenía nada que vender a excepción de su propio cuerpo, pero el caso es que había resultado una moneda muy cotizada. Entregarse a los guardias del barco le había proporcionado más comida para ella, Heboric y Baudin. Abrirse de piernas a los hombres adecuados le había permitido verse encadenada junto a sus dos compañeros en cubierta, en lugar de verse en la sentina, bajo cubierta, con agua hasta las rodillas. Algunos se habían ahogado cuando, debilitados por la hambruna y la enfermedad, habían sido incapaces de mantenerse por encima del agua.

La pena de Heboric y la rabia por el precio que ella había pagado habían resultado, en un principio, muy difíciles de ignorar. La habían llenado de vergüenza. Pero había sido el precio por la supervivencia, y esa era una verdad que en ningún caso podía ser cuestionada. La única reacción de Baudin había consistido (y seguía consistiendo) en mirarla sin expresión alguna. La observaba de igual modo que un extraño, incapaz de decidir quién o qué era ella. No obstante, no se había separado de ella, y ahora también era asiduo de Beneth. Habían llegado a algún tipo de acuerdo. Cuando no estaba allí para protegerla, Baudin se encargaba de hacerlo.

En el barco había conocido a fondo los gustos de los hombres, tan bien como el de las pocas mujeres guardianas que se la habían llevado al catre. Creía estar preparada para Beneth, y en gran medida lo estaba. *Todo menos en lo que respecta a su tamaño.*

Con una mueca, Felisin se puso la túnica de esclava.

Beneth la observaba fijamente; los pómulos altos dibujaban en su rostro bolsas bajo los ojos, y el pelo negro, rizado, relucía tras haberle aplicado aceite de ballena.

—Asignaré al anciano a Tierrahonda, si eso es lo que quieres —dijo.

—¿Lo harías?

Él asintió.

—Por ti haré algunos cambios. No voy a tomar a ninguna otra mujer. Soy el rey de Solideo y tú serás mi reina. Baudin será tu guardia particular. Confío en él.

—¿Y Heboric?

Beneth se encogió de hombros.

—En él no confío. Y no puede decirse que nos sea muy útil. Tirar de los carros es lo único que puede hacer. De los

carros o de un arado en Tierrahonda. Pero es tu amigo, de modo que buscaré algo para él.

Felisin se pasó la mano por el pelo.

—Son los carros los que lo están matando. Si lo envías a Tierrahonda a empujar un arado no le servirá de nada...

Al ver que Beneth fruncía el ceño, Felisin se preguntó si no lo habría presionado más de la cuenta.

—Nunca has empujado un carro cargado de piedras, muchacha. Los empujas por media legua de túneles, luego vuelves y lo cargas de nuevo una, dos, tres o cuatro veces al día. Compara eso con tirar del arado por el terreno blando y quebradizo. Maldición, moza, si voy a apartarlo de los carros, tendré que justificar el traslado. Nadie está cruzado de brazos en Solideo.

—Pero eso no es todo, ¿verdad?

Él le dio la espalda en respuesta, y empezó a recorrer la zanja con la mirada.

—El vino kanesiano nos aguarda, pan recién hecho y queso. Bula ha preparado un caldo para los guardias y nos ha reservado un par de cuencos.

Felisin lo siguió. Pensar en comida le hacía la boca agua. Si había pan y queso suficientes podría guardar algo para Heboric, aunque este insistía en decir que lo único que necesitaba era carne y fruta. No obstante, ambas cosas valían su peso en oro, y no resultaba fácil encontrarlas en Solideo. Por eso sabía que él le agradecería cualquier alimento que pudiera llevarle.

Saltaba a la vista que Sawark había recibido órdenes de asegurarse de que el historiador muriera. No tenía que matarlo abiertamente (los riesgos políticos eran demasiado altos para permitírselo), más bien procurarle una muerte lenta, fundamentada en una dieta muy pobre y en un exceso de trabajo. Que no tuviera manos proporcionaba un

motivo más que suficiente para que el capitán del pozo asignara a Heboric a los carros. A diario se ponía el arnés, cargaba con cientos de piedras en Minaprofunda hasta el pozo Cerca de Luz. Del resto de los arneses tiraban los bueyes, que podían hasta con tres carros, mientras que Heboric se encargaba de uno, la única concesión que los guardias hacían por tratarse de un ser humano.

Beneth era consciente de las instrucciones de Sawark, de eso estaba convencida Felisin. El «rey» de Solideo tenía poder limitado, a pesar de insistir en lo contrario.

En cuanto llegaron al pozo principal, mediaban cuatrocientos pasos hasta Cerca de Luz, en Torcedura. Al contrario que Minaprofunda, con la rica veta de otataralita que surcaba las entrañas de las colinas, Torcedura seguía un pliegue, hacia lo alto y hacia lo bajo, que envolvía y doblaba la roca calcárea.

Al contrario también que las minas de hierro del continente, la otataralita nunca alcanzaba el lecho de roca. Únicamente localizadas en la piedra calcárea, las vetas discurrían a escasa profundidad durante largos trechos, como ríos de óxido entre lechos compactos llenos de fósiles y crustáceos.

—La piedra calcárea son los huesos de aquello que en tiempos estuvo vivo —dijo Heboric la segunda noche que pasaron en la choza a la que los habían asignado frente a Escupidero, antes de que Beneth los trasladara a un vecindario más privilegiado, situado tras la taberna de Bula.

Había leído ya esa teoría, y al comprobarlo ahora de primera mano me veo empujada a creer que la otataralita no es un mineral natural.

—¿Tiene alguna importancia? —preguntó entonces Baudin.

—Si no es natural, entonces ¿qué es? —Heboric sonrió—. La otataralita, el azote de la magia, nació de la magia. Si fuera un erudito menos escrupuloso, escribiría un ensayo al respecto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Felisin.

—Se refiere a que invitaría a alquimistas y magos para experimentar en la elaboración de su propia otataralita —respondió Baudin.

—Esas vetas que excavamos son como una capa de grasa fundida, un río profundo de grasa emparedado entre capas de tierra calcárea. Toda la isla tuvo que fundirse para que surgieran esas vetas. No me gustaría ser responsable de desatar de nuevo semejante desastre —aclaró Heboric.

Un solitario guardia malazano vigilaba la puerta de Cerca de Luz. Más allá se extendía la cuesta que conducía al pueblo del pozo. A lo lejos, el sol se ponía bajo la cordillera del pozo, dejando a Solideo sumido en la sombra, una penumbra que suponía un auténtico alivio tras el calor del día.

El guardia era joven y apoyaba los antebrazos en la base de la pica.

—¿Por dónde anda tu compañero, Pella?

—Ese cerdo dosii se ha ido a dar una vuelta, Beneth. Quizás puedas afinar el oído de Sawark, porque sabe el Embozado que no nos escucha. Los regulares dosii han perdido la disciplina. Ignoran los turnos de guardia y pasan todo el tiempo arrojando monedas en la taberna de Bula. Nosotros somos setenta y cinco, ellos doscientos, Beneth, y con todo lo que se rumorea acerca de la rebelión... Explícaselo a Sawark.

—No conoces ni tu propia historia —replicó Beneth—. Los dosii han estado postrados de rodillas desde hace trescientos años. No conocen otra forma de vida. Primero

los del interior, luego los colonos falari, y ahora vosotros los malazanos. Cálmate, muchacho, antes de ponerte en ridículo.

—«La historia es el consuelo de los lerdos» —citó el joven malazano.

Beneth lanzó una risotada al llegar a la puerta.

—¿De quién son esas palabras, Pella? No creo que sean tuyas.

El guardia enarcó ambas cejas. Luego se encogió de hombros.

—A veces olvido que eres korelriano, Beneth. ¿Que de quién son? Pues del emperador Kellanved. —Pella paseó la mirada hasta Felisin con cierta brusquedad—. Lo encontrarás citado en *Las campañas imperiales*, de Duiker, volumen primero. Tú eres de Malaz, Felisin, ¿recuerdas qué sigue a esas palabras?

Ella negó con la cabeza, divertida ante la velada intensidad del joven. *He aprendido a leer las caras, y Beneth no se ha dado cuenta de nada.*

—No estoy familiarizada con la obra de Duiker, Pella.

—Vale la pena —dijo el guardia con una sonrisa.

Al percibir la creciente impaciencia de Beneth, que aguardaba en la puerta, Felisin pasó de largo junto a Pella.

—Dudo que haya un solo pergamino en todo Solideo —dijo.

—Quizás descubras que vale la pena lanzar la red sobre la memoria de alguien, ¿no crees?

Felisin se volvió con el ceño fruncido.

—¿Acaso flirtea contigo ese muchacho? —preguntó Beneth desde la cuesta—. Sé buena con él, moza.

—Lo pensaré —dijo Felisin a Pella en voz baja, antes de franquear la puerta de Torcedura. Al reunirse con Beneth en la cuesta, le sonrió—. No me van los nerviosos.

Él rompió a reír.

—Eso me tranquiliza.

Bendita reina de los Sueños, que sea verdad.

Los pozos cubiertos de cascotes bordeaban la cuesta hasta que esta se unía a los otros dos caminos de la encrucijada de Tres Destinos. Al norte del camino Torcedura, a la derecha a medida que se acercaban a la encrucijada, estaba el camino de Minaprofunda. Al sur y a la izquierda discurría el camino de Pozo, que conducía a las minas explotadas donde se llevaba a los muertos cada atardecer.

No se veía el carro de los cadáveres por ninguna parte, lo que suponía que se había entretenido en la ruta habitual por los campamentos mineros, y también que cargaba con un mayor número de cadáveres de lo que era habitual.

Pasada la encrucijada, tomaron camino Trabajo. Más al norte de la caseta de guardia dosii estaba el lago de Plomo, un profundo estanque de agua color turquesa que se extendía hasta el muro del pozo del norte. Se decía que sus aguas estaban malditas y que si nadabas en ellas tu cuerpo desaparecía. Algunos creían que un demonio moraba en las profundidades. Heboric aseguraba que el hecho de que la facultad para flotar se viera tan mermada se debía a las cualidades de la propia agua saturada de cal. De cualquier modo, pocos eran los esclavos que se arriesgaban a emprender la huida en esa dirección, puesto que la pared del pozo era tan escarpada en la cara norte como lo era en otras, y estaba cubierta de agua que relucía como húmedo hueso pulido.

Heboric había pedido a Felisin que, de todos modos, echara un ojo al nivel del agua de lago de Plomo, ahora que había llegado la estación seca, de manera que, mientras marchaban por camino Trabajo, observó la lejana orilla tan

bien como se lo permitió la tenue luz. Una especie de corteza del grosor de un palmo cubría la superficie. Esa noticia no iba a complacerle, aunque no tenía ni idea de por qué. Pensar en huir era absurdo. Más allá del pozo se extendía un desierto sin vida y la roca seca, sin agua potable durante días enteros, tomaran la dirección que tomaran. Aquellos esclavos que de algún modo lograban llegarse al borde del pozo, y que luego eludían las patrullas de camino Escarabajo, la senda que bordeaba el pozo, habían dejado los huesos en las rojas arenas del desierto. Pocos eran los que llegaban tan lejos, y las picas llamadas Camino a la Salvación mostraban abiertamente su fracaso, para que todos pudieran verlo. No pasaba una semana sin que apareciera la cabeza de una nueva víctima en la pared de la torre. Muchos morían antes de transcurrido el primer día de la fuga, aunque algunos aguantaran más.

Camino Trabajo discurría por erosionados guijarros frente a la taberna de Bula, a la derecha, y los burdeles de la izquierda, antes de abrirse a la plaza de la Ratonera. En el centro de esta se alzaba la torre de Sawark, una torre hexagonal de piedra caliza y tres pisos de altura. De todos los esclavos, tan solo Beneth había estado en su interior.

Doce mil esclavos vivían en Solideo, el extenso complejo minero que distaba treinta leguas al norte de la única ciudad de toda la isla de la costa sur, Dosin Pali. Además de ellos y de los trescientos guardias había lugareños: prostitutas para los burdeles, el personal que servía en la taberna de Bula y las casas de juegos, una casta de sirvientes que habían ligado sus vidas y las vidas de sus familiares a los soldados de Malaz, buhoneros para el incipiente mercado que llenaba plaza de la Ratonera en el día de descanso, y los dispersos y descastados, los destituidos y los extraviados que habían escogido para vivir

alguno de los pozos que había en las podridas callejuelas de Dosin Pali.

—El caldo se habrá enfriado —masculló Beneth cuando se acercaron a la taberna de Bula.

Felisin secó el sudor de la frente.

—Eso sería un alivio.

—No estás acostumbrada al calor. En uno o dos meses sentirás el frío nocturno como cualquiera de nosotros.

—Estas primeras horas mantienen vivos los recuerdos del día. Siento el frío de la medianoche y las horas que la siguen, Beneth.

—Vente a vivir conmigo, muchacha. Yo te haré entrar en calor.

Beneth estaba a punto de adentrarse en uno de los periodos de melancolía que lo caracterizaban. Ella no dijo nada, con la esperanza de que él lo pasara por alto.

—Piensa bien lo que rechazas —murmuró Beneth.

—Bula me llevaría a la cama —dijo ella—. Tú podrías mirar, y quizás unirme a nosotras. Ella se asegurará de mantener el calor de nuestros cuencos de caldo, incluso de los segundos platos.

—Tiene edad para ser tu madre —gruñó Beneth.

Y tú para ser mi padre, pensó. Felisin percibió el súbito cambio de la respiración de Beneth.

—Es blandita y redonda y caliente, Beneth. Piénsalo.

Era consciente de que lo haría, y que olvidaría el asunto de trasladarse a vivir con él. *Al menos, por esta noche. Heboric está equivocado. No tiene sentido pensar en el mañana. Solo en la próxima hora, y así cada hora. Sigue viva, Felisin, y vive bien si puedes. Algún día te encontrarás cara a cara con tu hermana, y el océano de sangre que abandonará las venas de Tavore no te parecerá suficiente, aunque tendrá que parecértelo. Sigue con vida, niña, es lo*

único que tienes que hacer. Sobrevive hora tras hora tras hora...

Deslizó la mano en la de Beneth cuando alcanzaron la puerta de la taberna, y en ella sintió el sudor que nacía de las visiones que le había causado.

Algún día solas tú y yo, hermana. Cara a cara.



Heboric seguía despierto, envuelto en sábanas y encogido frente al fuego. Levantó la mirada al ver subir a Felisin a la habitación y cerrar la trampilla del suelo. La joven sacó una piel de oveja del baúl y se cubrió los hombros con ella.

—¿Vas a hacerme creer que has llegado a disfrutar de la vida que has escogido, muchacha? En noches como esta siempre me lo pregunto.

—Pensaba que a estas alturas ya te habrías hartado de emitir juicios, Heboric —replicó Felisin mientras recogía un pellejo de vino y buscaba un recipiente de corteza de calabaza que estuviera limpio—. Supongo que Baudin aún no ha vuelto. Parece que incluso tener que limpiar las tazas de vez en cuando escapa a su entendimiento. —Encontró una pasablemente limpia y sirvió el vino.

—Eso te secará —apuntó Heboric—. No es la primera de la noche, creo.

—No te comportes como si fueras mi padre, anciano.

El hombre tatuado lanzó un suspiro.

—Que el Embozado se lleve a tu hermana —masculló—. No estaba satisfecha con tu muerte. Tenía que convertir a su hermana de catorce años en una puta. Si Fener ha

escuchado mis plegarias, la suerte de Tavore aventajará a sus crímenes.

Felisin apuró media taza de vino, la mirada perdida en el rostro de Heboric.

—El mes pasado cumplí quince años —dijo.

De pronto, al mirarla a los ojos, estos le parecieron propios de una persona mayor. Luego clavó su atención en el fuego.

Felisin rellenó la taza y después se arrimó al fuego y a Heboric. El estiércol que ardía en la palangana de piedra prácticamente no despedía humo. El pedestal donde colocaban la palangana estaba lleno de agua. El fuego mantenía vivo el calor, el agua se empleaba para limpiarse y bañarse, mientras que el pedestal despedía el calor suficiente para mantener a raya el frío nocturno de una habitación. Los fragmentos de alfombrillas y esterillas de factura dosii cubrían el suelo entablado. El lugar se erigía sobre unos pilares a casi un metro y medio sobre la arena.

Sentada en un taburete bajo de madera, Felisin acercó los pies congelados al cálido soporte.

—Hoy te vi tirando del carro —dijo—. Gunnip caminaba a tu lado con una vara.

Heboric lanzó un gruñido.

—Eso bastó para tenerlos entretenidos todo el día. Gunnip no dejaba de decir a los guardias que estaba sacudiendo a las moscas.

—¿Te lastimó?

—Sí, pero ya sabes que la huella de Fener me cura bien.

—Las heridas, sí. Pero no el dolor. Puedo verlo, Heboric.

—Me sorprende que puedas ver nada, moza. ¿Acaso huelo a durhang? Ten cuidado: el humo puede sumirte en un sueño más profundo que el más hondo de los pozos de Minaprofunda.

Felisin sostenía un botón negro del tamaño de un guijarro.

—Ya me encargaré yo de mi dolor. Tú encárgate del tuyo. El antiguo sacerdote sacudió la cabeza.

—Agradezco la oferta, pero no en este momento. Ahí en tu mano tienes la paga de un mes de un guardia dosii. Te aconsejo que la utilices para comerciar.

Ella se encogió de hombros y devolvió el durhang a la bolsita del cinto.

—No hay nada que necesite que Beneth no pueda darme. Basta con pedirselo.

—¿Y de veras crees que te lo dará sin pedir nada a cambio?

Ella echó un trago.

—Tanto da. Van a trasladarte, Heboric. A Tierrahonda. Mañana empiezas allí. Despídete de Gunnip y de su vara.

Él cerró los ojos.

—¿Por qué el hecho de darte las gracias me deja un sabor tan amargo en la boca?

—Mi mente empapada en vino me susurra la palabra hipocresía.

Vio que Heboric empalidecía. *¡Oh, Felisin, demasiado durhang, demasiado vino! ¿Acaso facilito las cosas a Heboric para luego echar sal sobre sus heridas? No deseo ser cruel.* Sacó de la túnica la comida que había guardado para él, se inclinó hacia delante y colocó el paquetito envuelto en su regazo.

—Lago de Plomo ha vuelto a arrastrar a la orilla otro regalo del tamaño de tu mano.

Él no dijo nada, fijó los ojos en los muñones.

Felisin arrugó el entrecejo. Había algo más que quería contarle, pero le fallaba la memoria. Apuró el vino y enderezó la espalda, pasando ambas manos por el cabello.

Tenía el cuero cabelludo casi insensible. Se detuvo al ver que Heboric miraba de reojo sus pechos, redondos y marcados bajo la túnica. Mantuvo esa postura algo más de lo necesario, luego bajó los brazos.

—Bula tiene fantasías contigo —dijo lentamente—. Son las... posibilidades... las que la intrigan. Te haría bien, Heboric.

Este giró de pronto sobre el taburete, y el paquetito de comida cayó al suelo.

—¡Por el aliento del Embozado, muchacha!

Ella rió al ver cómo el antiguo sacerdote apartaba la tela que separaba su catre del resto de la habitación. Al cabo cesó la risa, y oyó que el anciano se tumbaba en la hamaca. *Quería hacerte reír, Heboric, quiso explicarle. Pero no quería que mi risa sonara tan... fuerte. No soy lo que crees que soy. ¿O sí?*

Retiró el papel que envolvía la comida y la colocó en un estante, sobre la jofaina.

Una hora después, cuando Felisin yacía tumbada en el catre y Heboric lo hacía en el suyo, volvió Baudin. Este atizó el fuego y se movió en silencio. No había bebido. Ella se preguntó dónde habría estado. Se preguntaba adónde iría cada noche. No valía la pena interrogarlo, porque Baudin con cualquier persona era hombre de pocas palabras, y con ella se prodigaba aún menos.

Poco después, se vio obligada a reconsiderarlo cuando oyó que Baudin llamaba a Heboric dando golpecitos al pie de su catre. El antiguo sacerdote respondió al punto en voz tan baja que ella no pudo entender una palabra, y Baudin susurró algo a modo de respuesta. La conversación duró un poco más, y luego Baudin rió por lo bajo, ronco, y se fue a la cama.

Tramaban algo, aunque no era eso lo que la sorprendía. Era como si la excluyeran. La rabia sacudió sus entrañas al caer en la cuenta. *¡Yo los he mantenido con vida! He logrado hacerles la existencia más llevadera desde que subimos a bordo del barco. Bula tiene razón, todos los hombres son unos cabrones; solo sirven para utilizarlos. De acuerdo, ya veréis lo que es Solideo. Se acabaron los favores. Te veré de nuevo tirando de un carro, viejo. Lo juro.* Se esforzó por contener las lágrimas, consciente de que por mucho que lo pensara no haría nada al respecto. Beneth. Él sí era real, y estaba dispuesta a pagar el precio que fuera por continuar a su lado. Pero también necesitaba a Heboric y a Baudin, y una parte de ella se aferraba a ambos como un niño se aferra a sus padres, negando el dolor que impregnaba su mundo. Perderlo, perderlos a ellos sería como perderlo... todo.

Obviamente, estaban convencidos de que traicionaría su confianza igual que vendía su propio cuerpo, por mucho que eso no fuera cierto. *Juro que es cierto.*

Felisin empezó a llorar. *Estoy sola. Ahora solo me queda Beneth. Beneth y su vino y su durhang y su cuerpo.* Aún le dolían las piernas de cuando Beneth se había unido a Bula y a ella en la enorme cama de la tabernera.

Entonces se dijo que tan solo era cuestión de convertir el dolor en placer.

Sobrevivir hora tras hora.



El mercadillo de los muelles había empezado a atraer a los más madrugadores, reforzando la ilusión de que aquel

día no era distinto a los demás. Congelado por un miedo que ni siquiera el sol podía controlar, Duiker se sentó con las piernas cruzadas en el dique, la mirada puesta sobre la bahía que daba a mar Sahul, deseando que retornara el almirante Nok y su flota.

No obstante, aquellas eran unas órdenes que ni Coltaine podía anular. El wickano no tenía autoridad sobre los barcos de guerra malazanos, y el llamamiento de Pormqual había desembocado en la partida de la flota de Sahul del puerto de Hissar aquella misma mañana, dispuesta a emprender la travesía de un mes que la separaba de Aren.

A pesar de fingir una absoluta normalidad, la partida no había pasado desapercibida a los ciudadanos de Hissar, y el mercadillo se veía plagado de risas y voces. Los oprimidos habían obtenido su primera victoria, y lo único que habría de diferenciarla de las que la seguirían fue el hecho de que no hubo derramamiento de sangre alguno. O eso se creía.

Para Duiker, el único consuelo era que Mallick Rel, sacerdote supremo de Jhistal, había acompañado a la flota. Sin embargo, no hacía falta mucha imaginación para prever el contenido del informe que presentaría a Pormqual.

Un aparejo malazano embocando el estrecho atrajo su atención. Era un modesto transporte que provenía del nordeste. *Dosii en la isla, quizás, o de más allá de la costa.* Aquella inesperada llegada despertó su curiosidad.

Sintió una presencia a su lado; al volverse, vio que Kulp se encaramaba al dique y se sentaba con las piernas colgando a diez pasos sobre las turbias aguas.

—Ya está hecho —dijo, como si aquella admisión equivaliera a la confesión de un asesinato—. Ya hemos enviado el aviso. Suponiendo que tu amigo siga vivo, recibirá instrucciones.

—Te lo agradezco, Kulp.

Incómodo, el mago se rebulló en el dique. Luego observó con los ojos entrecerrados al barco que entraba en el puerto. Una falúa de guardia se acercó a la embarcación cuando la tripulación arrió la única vela que envergaba. Dos hombres cubiertos de relucientes armaduras permanecían de pie en cubierta, atentos a la falúa que abarloaba por el costado.

Uno de ellos se inclinó sobre la regala y se dirigió al oficial del puerto. Al cabo, los remeros de la falúa bogaron con alma la embarcación hasta que esta cambió de bordo.

—¿Has visto eso? —gruñó Duiker.

—Sí.

El transporte se deslizó por las aguas hasta el muelle imperial, impulsado por una hilera de remos que surgían de la cubierta inferior, cerca de la línea de flotación. Poco después, metieron los remos. En el muelle, algunos hombres amarraron la embarcación mientras a la cubierta asomaba una pasarela y se distinguían algunos caballos.

—Espadas Rojas —dijo Duiker cuando salieron a cubierta más hombres con armaduras, que se repartieron entre los caballos.

—Procedentes de Dosin Pali —dijo Kulp—. Reconozco a esos dos que van delante: uno es Baria Setral, y el otro es su hermano Mesker. Tienen otro hermano, Orto. Es quien manda la compañía de Aren.

—Vaya con las Espadas Rojas. No se hacen muchas ilusiones ante la situación actual. He recibido información que asegura que están intentando hacerse con el control de otras ciudades, y aquí los tienes. Estamos presenciando cómo doblan su presencia en Hissar.

—Me pregunto si Coltaine está al corriente de esto.

La tensión se apoderó del ambiente que se respiraba en el mercadillo. Quien más quien menos, los allí presentes

habían vuelto la mirada, atentos a Baria y Mesker y a las tropas que encabezaban. Las Espadas Rojas estaban pertrechados y dispuestos para la guerra. Iban cubiertos de armas, tanto que parecían puercoespines, con las perneras de malla y la visera del yelmo bajada, los arcos encordados, las flechas sueltas en los carcaj, sueltas al igual que las armas que golpeaban las bardas.

Kulp escupió al suelo algo nervioso.

—Esto tiene mala pinta —murmuró.

—Parece como si...

—Quisieran atacar el mercadillo —interrumpió Kulp—. No se trata únicamente de una demostración de fuerza, Duiker. ¡Por las pezuñas de Fener!

El historiador se volvió a Kulp con la boca seca.

—Has abierto la senda.

Sin responder, el mago se deslizó dique abajo, sin perder de vista a las Espadas Rojas que, montados, formaban en columna en el extremo del muelle, encarados a los quinientos ciudadanos que habían enmudecido y empezaban a recular entre los puestos y los carros. Que toda aquella gente tuviera que apretujarse para dejarles pasar podía muy bien dar pie al pánico, y tal era precisamente el efecto que las Espadas Rojas querían causar.

Con las lanzas aseguradas alrededor de las muñecas mediante tiras de cuero, las Espadas Rojas tensaron los arcos. Las monturas temblaron acusando el peso de los jinetes, pero por lo demás permanecieron inmóviles.

El gentío parecía estremecerse como si el suelo temblara bajo sus pies. Duiker vio moverse a alguien, no muy lejos, en dirección a la columna de caballería.

Algunos hombres se abrieron paso hasta el frente de la multitud. Retiraron las capuchas y las telabas que vestían,

de modo que asomaron las armaduras de cuero, tachonadas de placas de negro acero. Los cuchillos largos relampaguearon empuñados por manos enguantadas. Los ojos oscuros en los rostros wickanos curtidos y tatuados sostuvieron con firmeza las miradas de Baria y Mesker Setral, así como las de los guerreros que estos encabezaban.

Diez wickanos se enfrentaban a cuarenta y tantos espadas rojas. Tras ellos, el gentío guardaba silencio y permanecía inmóvil como estatuas.

—¡A un lado! —aulló Baria, cuyo rostro adoptó una expresión furiosa—. ¡A un lado o morid!

Los wickanos rieron con audaz desprecio.

Duiker se dispuso a seguir a Kulp, que se apresuraba hacia las Espadas Rojas.

Mesker lanzó un juramento al ver acercarse a Kulp. Su hermano volvió hacia él la mirada, ceñudo.

—¡No seas insensato, Baria! —susurró con energía el mago.

El comandante entornó los ojos.

—Si me amenazas con la magia, te partiré en dos —espetó.

Al encontrarse cerca, Duiker distinguió los eslabones de otataralita entretejidos en la armadura de malla de Baria.

—Acabaremos con un puñado de bárbaros —gruñó Mesker—, y anunciaremos así nuestra llegada a Hissar... bañados en la sangre de los traidores.

—Y cinco mil wickanos vengarán las muertes de los suyos —dijo Kulp—. Y no lo harán con rápidos golpes de espada. No, os colgarán vivos de los diques para que las gaviotas puedan jugar con vosotros. Coltaine aún no es vuestro enemigo, Baria. Envaina la espada y preséntate al nuevo puño, comandante. Cualquier otra cosa que hagas

supondrá el sacrificio de tu vida y de las vidas de tus soldados.

—Me ignoras —dijo Mesker—. Baria no es mi guardián, mago.

—Cierra la boca, cachorro —se burló Kulp—. Adonde Baria va, Mesker lo sigue, ¿o cruzarás ahora el acero con tu hermano?

—Basta, Mesker —rugió Baria.

La hoja de la cimitarra de su hermano asomó de la vaina.

—¿Te atreves a darme órdenes?

Los wickanos los desafiaron a voz en cuello. Tras ellos, algunos valientes entre el gentío rompieron a reír.

La rabia cubrió las facciones de Mesker.

Baria suspiró.

—No es momento, hermano.

Una compañía de la guardia de Hissar asomó tras el gentío y se abrió paso entre los puestos del mercadillo. Un coro de cascos retumbó a la izquierda, hacia donde se volvieron Duiker y los demás para ver a unos sesenta arqueros wickanos, tensados los arcos, apuntando a las Espadas Rojas.

Lentamente Baria levantó la zurda y crispó el puño. Sus guerreros bajaron las armas.

Con una expresión de enfado, Mesker hundió la cimitarra en la vaina de madera.

—Aquí está tu escolta —anunció secamente Kulp—. Por lo visto, el puño te estaba esperando.

Duiker se situó junto al mago y observó cómo Baria conducía a las Espadas Rojas hasta las tropas de Hissar.

—¡Por el aliento del Embozado, Kulp, ahí te la has jugado con semejante rapapolvo!

El otro gruñó.

—Siempre puedes contar con Mesker Setral —dijo—. Tiene el cerebro de un gato y es igualmente fácil de distraer. Por un instante quise que Baria aceptara el desafío, sin importarme el desenlace; al fin y al cabo, ahora tendríamos un Setral menos del que preocuparnos. Vaya oportunidad hemos dejado escapar.

—Esos wickanos disfrazados no formaban parte del comité oficial de bienvenida —señaló Duiker—. Coltaine se ha infiltrado en el mercado.

—Astuto zorro ese Coltaine.

Duiker negó con la cabeza.

—Pero ahora se han revelado.

—Sí, y también han demostrado que están dispuestos a empeñar la vida para proteger a los habitantes de Hissar.

—De haber estado Coltaine aquí, dudo que hubiera ordenado dar un paso al frente a esos guerreros, Kulp. Los wickanos deseaban luchar. Defender al gentío del mercado no tenía nada que ver con ello.

El mago se acarició la mejilla.

—Espero que los habitantes de Hissar no piensen lo mismo.

—Vamos a tomar un vino —invitó Duiker—. Conozco un buen lugar en la plaza Imperial, y de camino allí me puedes contar cómo ha acogido el Séptimo la llegada del nuevo puño.

Kulp rompió a reír al echar a andar.

—Con respeto, quizás, pero no puede decirse que hayan acogido nada. El puño ha cambiado por completo las maniobras. Solo hemos hecho una formación de batalla desde su llegada, y eso fue el día que asumió el mando.

—Había oído que estaba exprimiendo a los soldados —comentó Duiker, ceñudo—, que no tenía por qué preocuparse de imponer un toque de queda porque los

soldados no veían el momento de irse a dormir y los cuarteles quedaban silenciosos como tumbas a la octava campanada. Si no practica los cambios de frente, la tortuga y la muralla de escudos, entonces ¿qué hace?

—¿Conoces el monasterio en ruinas que se erige en la colina al sur de la ciudad? Solo quedan los cimientos, excepto por el templo central, pero las murallas, que llegan a la altura del pecho, cubren toda la cima como si se tratara de una pequeña ciudad. Los zapadores las construyeron e incluso llegaron a techar algunas. Al principio era un laberinto de callejones, pero Coltaine ordenó a los zapadores convertirlo en una auténtica pesadilla. Me apuesto algo a que todavía hay soldados perdidos ahí dentro. Los wickanos nos llevan ahí cada tarde. Hacemos escaramuzas simuladas, practicamos el control de las calles, asaltamos edificios, ponemos en práctica tácticas, y también la recuperación de las posibles bajas. Los guerreros de Coltaine representan el papel de los rebeldes y saqueadores; te diré una cosa, historiador, han nacido para esto. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Cada día... nos tostamos bajo el sol en esa colina pelada, divididos por pelotones, cada pelotón asignado a un objetivo inverosímil. —Hizo una mueca—. Bajo el mando de este nuevo puño, cada soldado del Séptimo ha muerto una docena de veces o más en una batalla simulada. El cabo Lista ha muerto en todos los ejercicios que hemos llevado a cabo hasta la fecha, el pobre muchacho, y en todos ellos esos salvajes wickanos no han dejado de aullar y de reírse hasta el llanto.

Duiker no dijo nada mientras caminaban hacia la plaza Imperial. Cuando entraron en el barrio malazano, el historiador dijo finalmente:

—Veo que hay cierta rivalidad entre el Séptimo y el regimiento wickano.

—Oh, sí, esa táctica es bastante obvia, pero está yendo muy lejos, creo. Veremos qué pasa dentro de unos días, cuando recibamos refuerzos de los lanceros wickanos. Habrá traiciones, recuerda lo que te digo.

Salieron a la plaza.

—¿Y tú? —preguntó Duiker—. ¿Qué labor ha asignado Coltaine al último mago de cuadro del Séptimo?

—Una locura. Conjuro ilusiones todo el día hasta que tengo el cerebro a punto de estallar.

—¿Ilusiones? ¿En las batallas simuladas?

—Sí, y eso es lo que hace que los objetivos sean imposibles. Créeme, me han dedicado más de una maldición, Duiker. Más de una.

—¿Qué conjuras? ¿Dragones?

—Ya me gustaría. Creo refugiados malazanos, historiador. Cientos de ellos. Un millar de espantapájaros para que los soldados los arrastren de un lado a otro no le parece suficiente a Coltaine, de modo que los que me hace conjurar huyen en direcciones equivocadas, se niegan a abandonar sus casas o se llevan consigo los muebles u otras propiedades. Las órdenes de Coltaine son que mis refugiados creen situaciones caóticas, y hasta el momento eso ha costado más vidas que cualquier otro factor durante las maniobras. Ya ves que no soy un hombre muy popular, Duiker.

—¿Y qué hay de Sormo E'nath? —preguntó el historiador, con la boca repentinamente seca.

—¿El hechicero? Pues no se le ve el pelo.

Duiker asintió. Había supuesto cuál sería la respuesta de Kulp. *Estás ocupado leyendo las piedras en la arena,*

Sormo, ¿no es así? Mientras Coltaine pone al Séptimo en forma como guardianes de los refugiados malazanos.

—¿Mago? —dijo.

—¿Sí?

—Morir una docena de veces en una batalla simulada no supone nada. Cuando es real tan solo puede hacerse una vez. Espolea al Séptimo, Kulp. Por cualquier medio posible. Demuestra a Coltaine de qué es capaz el Séptimo. Háblalo con los jefes de pelotón. Esta noche. Mañana, alcanzad vuestros objetivos y hablaré con Coltaine para que os conceda un día de descanso. Demostradle de qué estáis hechos y él os lo concederá.

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso?

El tiempo se acaba y os necesita. Os necesita bien frescos.

—Vosotros lograd vuestros objetivos, que yo me encargaré del puño.

—De acuerdo, veré qué puedo hacer.



El cabo Lista murió durante los primeros minutos de la escaramuza simulada. Bastión, que mandaba la aullante marabunta de wickanos que cargaron por la calle principal de las ruinas, había golpeado al indefenso malazano en la cabeza, lo bastante fuerte para que el muchacho cayera inconsciente sobre el polvo. El veterano guerrero había arrojado volando a Lista y luego lo había arrastrado lejos de la batalla.

Sonriente, Bastión subió corriendo el polvoriento sendero hasta la elevación desde la cual el nuevo puño,

acompañado por algunos de sus oficiales, observaban la contienda, para arrojar al suelo al cabo, a los pies del propio Coltaine. Duiker lanzó un suspiro.

—¡Sanador! —llamó Coltaine, mirando a su alrededor—. ¡Atiende a este muchacho!

Apareció uno de los sanadores del Séptimo, que se acuclilló junto al cabo.

Coltaine se volvió con los ojos entornados a Duiker.

—No veo cambio alguno en cómo se han manejado esta vez, historiador.

—Aún es pronto, puño.

El wickano gruñó y devolvió su atención a las ruinas polvorientas. Los soldados abandonaban el caos, tanto los miembros del Séptimo como los wickanos, trastabillando y con heridas leves y algunas contusiones.

Al tiempo que aprestaba el garrote, Bastión arrugó el entrecejo.

—Creo que te has apresurado, Coltaine —dijo—. Esta vez es diferente.

Duiker reparó en que entre las bajas había más wickanos que soldados del Séptimo, y que la proporción se hacía más pronunciada a medida que pasaba el tiempo. En algún punto de la polvorienta nube que cubría las ruinas había cambiado la marea.

Coltaine ordenó que le trajeran el caballo. Tras montar, se volvió a Bastión.

—Quédate aquí, tío. ¿Dónde están mis lanceros? —Aguardó impaciente a que los cuarenta lanceros subieran la pendiente. Las lanzas estaban embotadas con tiras de cuero. A pesar de ello, Duiker era consciente de que bastaba con que lo miraran a uno para quebrarle los huesos.

Coltaine los condujo al galope hacia las ruinas.

—¿Qué sucede? —preguntó Duiker.

—Por fin el Séptimo se ha ganado el apoyo de los lanceros. Una semana más tarde de lo planeado, historiador. Coltaine esperaba que se endurecieran, pero cada vez eran más débiles. ¿Quién les ha cambiado el espinazo, pues? ¿Tú? Cuidado o Coltaine te nombrará capitán.

—Por mucho que quisiera acaparar todo el mérito —replicó Duiker—, esto es cosa de Kulp y de los sargentos de pelotón.

—¿Dices que Kulp les está facilitando las cosas? Ahora entiendo por qué han logrado cambiar el curso de la batalla.

El historiador negó con la cabeza.

—Kulp cumple las órdenes de Coltaine, Bastión. Si buscas un motivo para explicar la derrota de los wickanos, tendrás que hacerlo en otra parte. Podrías empezar pensando que quizás el Séptimo esté demostrando por fin de qué pasta está hecho.

—Quizás —admitió el veterano con un súbito fulgor en sus ojillos negros.

—El puño te ha llamado tío.

—Ajá.

—¿Y bien? ¿Lo eres?

—¿Soy qué?

Duiker se dio por vencido. Empezaba a comprender el sentido del humor wickano. Sin duda habría otra media docena de comentarios ingeniosos por el estilo, antes de que Bastión le diera una respuesta. *No obstante, podría participar en este juego... Claro que también podría hacer esperar al muy cabrón. Para siempre.*

De las nubes de polvo surgió una veintena de refugiados, llamando la atención mediante gestos de una forma extraña

al caminar, cargados todos con posesiones inverosímiles (desde cómodas enormes, arcones, alacenas, candelabros y piezas de armaduras antiguas). Protegiendo ambos flancos de esta muchedumbre iban los soldados del Séptimo, riendo, voceando y golpeando los escudos con las espadas mientras efectuaban la retirada.

Bastión rompió a reír.

—Transmite mis felicitaciones a Kulp cuando lo veas, historiador.

—El Séptimo se ha ganado un día de descanso —dijo Duiker.

El wickano enarcó las cejas peladas.

—¿Por una victoria?

—Necesitan saborearla, comandante. Además, los sanadores estarán muy ocupados curándoles los huesos. No querrás agotar su acceso a las sendas en el momento equivocado.

—Y el momento equivocado está al caer, ¿eh?

—Estoy seguro de ello —respondió lentamente Duiker—. Sormo E'nath estaría de acuerdo conmigo.

Bastión escupió de nuevo.

—Mi sobrino se acerca.

Coltaine y los lanceros aparecieron cubriendo a los soldados; muchos de estos llevaban a refugiados auestas, cuando no los arrastraban. Tal cantidad evidenciaba el hecho de que la victoria del Séptimo había sido absoluta.

—¿Veo una sonrisa en el rostro de Coltaine? —preguntó Duiker—. Por un instante me pareció ver...

—Pues has visto mal, sin duda —gruñó Bastión. No obstante, Duiker empezaba a conocer a esos wickanos, y detectó incluso un atisbo de humor en la voz del veterano. Al cabo, Bastión añadió—: Informa al Séptimo, historiador, de que se ha ganado un día de descanso.



Violín permanecía sentado en la oscuridad. Aquel descuidado jardín había envuelto por completo el pozo y el banco de piedra en forma de luna creciente. Sobre su cabeza tan solo podía verse un diminuto retal de cielo. No había luna. Un instante después, inclinó la cabeza.

—Te mueves en silencio, muchacho, eso lo admito.

Azafrán titubeó tras Violín, y finalmente se sentó a su lado en el banco.

—Supongo que nunca pensaste que él impondría su rango de esa manera —dijo el joven.

—Así que fue eso.

—Eso me ha parecido, al menos.

Violín no dijo nada más al respecto. De vez en cuando, un rhizano revoloteaba por el claro persiguiendo a las polillas que flotaban sobre el pozo. La fresca brisa nocturna arrastraba el hedor de los desperdicios que se amontonaban tras el muro trasero.

—Está decepcionada —dijo Azafrán.

El zapador negó con la cabeza. *Decepcionada.*

—Fue una discusión, no una tortura.

—Apsalar no recuerda nada de eso.

—Pues yo sí, muchacho, y es difícil librarse de esos recuerdos.

—No es más que la hija de un pescador.

—La mayor parte del tiempo —dijo Violín—, pero en ocasiones... —Y sacudió la cabeza.

Azafrán suspiró. Luego, decidió cambiar de tema.

—¿De modo que no formaba parte del plan que Kalam se fuera por su cuenta?

—La sangre lo llama, muchacho. Kalam nació y creció en Siete Ciudades. Además, quiere encontrarse con esa Sha'ik, la bruja del desierto, la mano de Dryjhna.

—Y ahora te pones de su parte —acusó Azafrán, exasperado—. No hará ni una campanada estuviste a punto de acusarlo de ser un traidor...

Violín torció el gesto.

—Son tiempos confusos para todos. Laseen nos ha declarado proscritos, pero ¿acaso eso hace que nos sintamos menos soldados del Imperio? Malaz no es la emperatriz, y la emperatriz no es Malaz...

—Dudosa distinción, diría yo.

El zapador se volvió para mirarlo.

—¿De veras te lo parece? Pregunta a la muchacha, quizás ella pueda explicártelo.

—Pero estáis esperando a que estalle la rebelión. De hecho, dais por sentado que lo hará...

—Eso no quiere decir que tengamos que ser nosotros quienes desatemos el torbellino, ¿o sí? Kalam quiere estar en el centro de todo. Así ha sido siempre. Esta vez, la oportunidad prácticamente ha caído sobre su regazo. El libro de Dryjhna tiene el corazón de la diosa del Torbellino; para que empiece el Apocalipsis basta con que la profetisa lo abra, pero tiene que hacerlo ella, nadie más. Kalam sabe que puede ser suicida, lo que no le impedirá poner en manos de Sha'ik esa peste de libro, y perjudicar así el ya de por sí precario control de Laseen. Deberíamos agradecerle que quiera mantenernos a los demás al margen.

—Ya estás defendiéndolo otra vez. El plan consistía en asesinar a Laseen, no en vernos atrapados en este

levantamiento. Aún no sé qué diantre se nos ha perdido en este continente.

Violín irguió la espalda, los ojos puestos en las estrellas que brillaban en lo alto. Estrellas del desierto, agudos diamantes que siempre parecían ansiosas de sangre.

—Hay más de un camino a Unta, muchacho. Estamos aquí para encontrar uno que probablemente no se haya utilizado nunca antes y que puede que ni siquiera nos sirva, pero aquí estamos de todos modos, con Kalam o sin él. Sabe el Embozado, puede que la de Kalam haya sido la vía más aconsejable, por tierra hasta Aren, por barco de vuelta a Quon Tali. Después de todo, es posible que dividir nuestros caminos resulte ser la decisión más acertada, porque aumentan las posibilidades de que al menos uno de nosotros lo logre.

—Cierto —replicó Azafrán—, pero ¿y si Kalam no lo consigue? ¿Irás tú a por Laseen? ¿Un cavador de zanjas, con más años a tus espaldas de lo que exige la profesión? A duras penas inspiras confianza, Violín. Además, se supone que debemos llevar a Apsalar a su casa.

—No me presiones, muchacho —dijo el zapador—. Que hayas pasado unos años soltando maldiciones en las calles de Darujhistan no te da derecho a juzgarme a la ligera.

Frente a ambos temblaron las ramas de un árbol y apareció Moby. Colgaba de un brazo mientras un rhizano forcejeaba e intentaba mordisquearlo. Los ojos del familiar relucieron al cruzir los huesos del lagarto volador.

—De vuelta en Quon Tali encontraremos más gente dispuesta a ayudarnos de la que puedas imaginar —dijo Violín—. Nadie es indispensable, nadie debería ser considerado inútil. Te guste o no, muchacho, aún te falta un hervor.

—Me crees estúpido, pero te equivocas. Crees que no veo el hecho de que piensas que tienes un as en la manga, y no me refiero a Ben el Rápido. Kalam es un asesino que podría ser lo bastante bueno para llegar a Laseen. Pero si no lo hace, hay otra persona que quizás aún conserve las habilidades de un dios, no un dios ancestral, no, sino del patrón de los Asesinos, aquel a quien tú llamas la Cuerda. De modo que no dejas de pincharla. La llevas a casa porque ya no es quien era antes, aunque lo cierto es que tú quieres que ese alguien regrese.

Violín guardó silencio largo rato, sin quitar ojo a Moby mientras devoraba al rhizano. Cuando engulló finalmente al lagarto, el zapador se aclaró la garganta.

—No soy de los que piensan tanto —dijo—. Me guía el instinto.

—¿Me estás diciendo que no se te había pasado por la cabeza utilizar a Apsalar?

—A mí no se me había ocurrido, no...

—Pero a Kalam...

Violín opuso cierta resistencia, pero al final cedió:

—Si a él no se le pasó por la cabeza, seguro que a Ben el Rápido sí.

Azafrán lanzó un silbido triunfal.

—Lo sabía. No soy un ton...

—Oh, por el aliento del Embozado, muchacho, claro que no lo eres.

—No lo permitiré, Violín.

—Este bhok'aral de tu tío —dijo el zapador, que señaló con la barbilla a Moby—, ¿es realmente un familiar? ¿El sirviente de un hechicero? Pero si Mammoth ha muerto, ¿por qué sigue ahí? No soy mago, pero creía que a estos familiares eran sus magos quienes les insuflaban la vida por medios mágicos.

—No lo sé —admitió Azafrán, cuyo tono de voz conservaba cierta desconfianza, desconfianza que dio a entender a Violín que el muchacho era plenamente consciente de en qué pensaba—. Puede que solo sea una mascota. Será mejor que así sea. Decía que no os permitiré utilizar a Apsalar. Si de veras Moby es un familiar, no seré el único que se interpondrá en vuestro camino.

—Yo no voy a mover un dedo, Azafrán —dijo Violín—. Pero sigo diciendo que tienes que madurar. Antes o después no podrás hablar por Apsalar. Hará lo que decida hacer, te guste o no. Puede que ya no esté poseída, pero las habilidades del dios permanecen en sus huesos. —Se volvió lentamente al muchacho—. ¿Y si decide poner en práctica esas habilidades?

—No lo hará —replicó Azafrán, a pesar de que le había abandonado la confianza en sus palabras. Hizo un gesto y Moby batió las alas hasta posarse en su brazo—. ¿Cómo lo has llamado? ¿Bhoka...?

—Bhok'aral. Son originarios de esta tierra.

—Ah.

—Duerme un poco, anda, que mañana debemos partir.

—También Kalam.

—Sí, aunque él no nos acompañará. Rumbos paralelos hacia el sur, al menos al principio.

Observó a Azafrán mientras este se retiraba con Moby aferrado al muchacho como un niño. *Por el aliento del Embozado, no tengo ningunas ganas de partir.*



A un centenar de pasos de la puerta de la Caravana había una plaza donde se reunían los mercaderes que viajaban por tierra antes de marcharse de Ehrlitan. La mayoría de ellos tomarían el camino costero, que seguía el contorno de la bahía en dirección sur. Los pueblos y los puestos de avanzada abundaban en esa ruta, y la vía empedrada de construcción malazana contaba con diversas patrullas, o, más bien, hubiera contado con ellas de no ser porque el puño de la ciudad había reclamado a las guarniciones.

Por lo que pudo averiguar Violín tras conversar con varios mercaderes y guardias de las caravanas, eran pocos los bandidos que habían aprovechado hasta ese momento el repliegue de las guarniciones, aunque a juzgar por la abundancia de los guardias mercenarios que acompañaban a las caravanas, el zapador comprendió que los mercaderes no estaban dispuestos a correr ningún riesgo.

No hubiera servido de nada a los tres malazanos disfrazarse de mercaderes para viajar al sur; no tenían ni moneda ni pertrechos para llevar a cabo semejante mascarada. Teniendo en cuenta lo arriesgado que era viajar en ese momento de ciudad en ciudad, habían escogido hacerlo disfrazados de peregrinos. Para el devoto, la senda de las Siete, el peregrinaje a cada una de las siete ciudades sagradas, era una muestra de fe muy respetada. El peregrinaje era el alma de la tradición de aquella tierra, impermeable incluso a las amenazas que constituían los bandidos o la guerra.

Violín conservó el disfraz de gral y representó el papel de guardián y guía de Azafrán y Apsalar, una pareja de jóvenes creyentes recién casados que se embarcaban en el

viaje que habría de bendecir su unión bajo los siete cielos. Irían a caballo: Violín en un caballo de crianza gral, de fuerte temperamento y desdeñoso ante la impostura del zapador; Azafrán y Apsalar lo harían en caballos de buena crianza, adquiridos en uno de los mejores establos que había a las afueras de Ehrlitan. Tres caballos de refresco y cuatro mulas completaban la caravana.

Kalam había partido al alba, tras dedicar a Violín y a los demás una sucinta despedida. Las palabras que habían cruzado la noche anterior empañaron el momento de la partida. El zapador comprendía el ansia de Kalam de perjudicar a Laseen mediante la sangre que se derramaría durante la rebelión, pero el daño potencial al Imperio, y quienquiera que subiera al trono tras la caída de Laseen, constituía, en opinión de Violín, un riesgo demasiado grande. Tras manifestar sus dudas se habían enfrentado, y Violín acusaba las heridas de aquella discusión.

Violín fue consciente del patetismo de la despedida: tuvo la impresión de que el deber que en tiempos los había mantenido unidos, aquella especie de causa que si no era amistad se parecía mucho, había desaparecido. Por el momento, al menos, no había nada con lo que Violín pudiera sustituirla. Se sentía perdido, más solo de lo que había estado en años.

La suya sería de las últimas caravanas que franquearían la puerta. Mientras Violín comprobaba los arneses de las mulas por última vez, el estruendo de los caballos al galope llamó su atención.

Se había acercado una tropa de seis espadas rojas que redujeron el paso de las monturas al entrar en la plaza. Violín miró hacia Azafrán y Apsalar, que estaban junto a sus respectivos caballos. Tras cruzar una significativa mirada con el muchacho, volvió a centrar la atención en las cinchas.

Los soldados buscaban a alguien. Se dispersaron, repartiéndose entre las restantes caravanas. Violín oyó los cascos en el empedrado, a su espalda, e hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—¡Gral!

Antes de volverse, escupió al suelo tal como haría cualquiera de la tribu ante la presencia de un perro malazano.

Bajo el borde del yelmo, el rostro oscurecido del espada roja se veía tenso como consecuencia de la reacción del zapador.

—Algún día, las Espadas Rojas limpiarán las colinas de gral —prometió mientras su sonrisa revelaba una hilera de dientes grisáceos.

Antes de responder, Violín soltó un bufido.

—Si tienes algo que valga la pena decirse, espada roja, habla. Nuestras sombras son ya demasiado cortas para las leguas que tenemos que cubrir hoy.

—Una muestra de tu incompetencia, gral. Tan solo tengo una pregunta que hacerte. Atente a la verdad, porque sabré si mientes. Queremos saber si esta mañana partió por la puerta de la caravana un hombre que iba solo y cabalgaba a lomos de un caballo ruano.

—No he visto a nadie que coincida con esa descripción —respondió Violín—, aunque ahora le deseo suerte. Que los siete espíritus lo guarden por el resto de sus días.

—Te advierto que tu sangre no te protegerá de mí, gral. ¿Estabas aquí al alba?

Violín volvió a dedicarse a las cinchas.

—Una única pregunta —dijo, ronco—. Pagarás más respuestas con tus monedas, espada roja.

El soldado escupió a los pies de Violín, tiró de las riendas y se reunió con sus compañeros.

Tras el velo del desierto que cubría sus facciones, Violín sonrió.

—¿Qué te ha dicho? —susurró Azafrán, que se había acercado a él.

El zapador se encogió de hombros.

—Por lo visto, las Espadas Rojas están buscando a alguien. No tiene nada que ver con nosotros. Vuelve a tu caballo, muchacho. Nos vamos.

—¿A Kalam?

Violín, que apoyaba los antebrazos en el lomo de la mula, titubeó. Antes de responder, entrecerró los ojos para protegerlos del fulgor que reflejaban las piedras blanqueadas.

—Puede que hayan averiguado que el tomo sagrado ya no está en Aren. Y que alguien se dispone a entregarlo a Sha'ik. Nadie sabe que Kalam está aquí.

—Se vio con alguien anoche, Violín —dijo Azafrán, que no parecía muy convencido.

—Un antiguo contacto que le debía un favor.

—A quien dio motivos para traicionarlo. A nadie le gusta que le recuerden las viejas deudas.

Violín no dijo nada. Al cabo, dio una palmada al lomo de la mula, que levantó una leve nube de polvo, y luego se dirigió al caballo. El castrado gral mostró la dentadura cuando el jinete tomó las riendas y las introdujo bajo el morro del animal. Intentó apartar la cabeza, pero Violín lo mantuvo firme.

—A ver si muestras algo de respeto, maldito cabrón, o vivirás para lamentarlo —le dijo Violín al oído. Tomó las riendas y montó en la silla de respaldo alto.

Más allá de la puerta de la Caravana, el camino costero se extendía al sur, sin altibajos a pesar de las suaves cuestas que, con cierta intermitencia, bordeaban los acantilados de

piedra arenisca y se imponían a poniente de la bahía. El borde dentado y desigual de Arifal seguiría presente a lo largo de todo el camino hasta el río Eb, a treinta y seis leguas al sur. Había tribus poco civilizadas que moraban en aquellas colinas, tribus importantes entre los gral. La mayor preocupación de Violín era encontrarse con auténticos miembros de la tribu gral. Existían menos posibilidades de que tal cosa sucediera, debido a la estación, puesto que los gral llevaban las cabras al interior, al campo, que ofrecía tanto sombra como agua.

Galoparon hasta adelantar a una caravana de mercaderes, para evitar la nube de polvo que levantaba. Luego, Violín marcó el paso, un trote lento. El calor del día era cada vez más agobiante. Su destino era un modesto pueblo que distaba algo menos de tres leguas, donde podrían detenerse a disfrutar del almuerzo y esperar a que pasaran las horas de mayor calor antes de proseguir el viaje hacia río Trob.

Si todo iba bien, llegarían a G'danisban en una semana. Violín calculaba que para entonces Kalam les llevaría una ventaja de dos, incluso de tres días. Más allá de G'danisban se extendía Pan'potsun Odhan, un erial poco poblado que se caracterizaba por las colinas desecadas, las ruinas de ciudades abandonadas, las serpientes venenosas, los mosquitos y (recordó las palabras del caminante espiritual Kimloc), la posible existencia de algo mucho más peligroso. *Una convergencia. Por los pies de Togg, no me atrevo ni a pensar en ello.* Pensó, eso sí, en la valva que llevaba en la mochila de cuero. Llevar un objeto de poder no era buena idea. *Probablemente me traiga más problemas que alegrías. ¿Y si algún soletaken lo huele y opta por añadirlo a su colección?* Arrugó el entrecejo. *Cualquier colección,*

por modesta que sea, aumentaría con una valva y tres cráneos relucientes.

Cuantas más vueltas le daba, más inquieto se sentía. *Será mejor vendérsela a algún mercader de G'danisban. Unas cuantas monedas más podrían resultar muy útiles.* Pensar en ello lo tranquilizó. Vendería la valva, se desharía de ella. Nadie ponía en duda el poder de un caminante espiritual, pero también podía resultar peligroso confiar demasiado en él. Los sacerdotes tanno consagraban sus vidas a la paz. *O aún peor: Kimloc rindió su honor. Mejor confiar en los explosivos moranthianos que llevo en la mochila antes que en una misteriosa valva. Una granada incendiaria haría arder a un soletaken con la misma facilidad que cualquier otra cosa.*

Azafrán picó espuelas hasta llegarse junto al zapador.

—¿En qué estás pensando, Violín?

—En nada. ¿Dónde está tu bhok'aral?

El joven arrugó el ceño.

—No lo sé. Supongo que era una mascota, después de todo. Se fue anoche y no he vuelto a verlo. —Secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y Violín distinguió lágrimas secas en las mejillas—. De algún modo, tenía la sensación de que Mammot seguía conmigo gracias a Moby.

—¿Era tu tío un buen hombre, antes de que el tirano jaghut lo poseyera?

Azafrán asintió.

—Entonces, sigue contigo. Probablemente Moby olisquearía a algún familiar suyo. Son muchos los de la clase acomodada que tienen mascotas bhok'arala en la ciudad. Después de todo, era una simple mascota.

—Supongo que tienes razón. Durante buena parte de mi vida pensé que Mammot era un estudioso más, un anciano que siempre andaba garabateando en pergaminos. Mi tío.

Entonces descubrí que era sacerdote supremo. Un hombre importante, con amigos poderosos como Baruk. Pero antes de que pudiera asimilarlo, había muerto. Destruído por tu pelotón...

—¡Alto ahí, muchacho! Nosotros no matamos a tu tío, porque sencillamente ya no era él.

—Lo sé. Al matarlo salvasteis Darujhistan. Lo sé, Violín...

—Ya no tiene remedio, Azafrán. Y deberías de darte cuenta de que un tío que cuidó de ti y te amó es más importante que el hecho de que fuera sacerdote supremo. Él te hubiera dicho esto mismo, supongo, de haber tenido ocasión de hacerlo.

—¿No lo entiendes? Tenía poder, Violín, ¡y no hizo una maldita cosa con él! Podría haber residido en una hacienda, haberse sentado en el concejo, haber cambiado las cosas...

Violín no estaba dispuesto a rebatir ese argumento. Nunca se le habían dado bien los consejos. *Tampoco es que tenga nada que valga la pena aconsejarle a nadie.*

—¿La moza te envió aquí de una patada por estar malhumorado, muchacho?

La expresión de Azafrán se oscureció, luego picó espuelas y marchó al frente de la caravana.

Con un suspiro, Violín se volvió en la silla y observó a Apsalar, que cabalgaba a unos pasos detrás de él.

—Una riña de enamorados, ¿no?

La muchacha abrió los ojos como lo haría un búho. Por su parte, Violín volvió la cabeza.

—Por las pelotas del Embozado —masculló para sí.



Iskaral Pust introdujo la escoba por el hueco de la chimenea y barrió como un poseso. Negras nubes de polvo se abatieron sobre el hogar y la túnica gris del sacerdote supremo.

—¿Tienes leña? —preguntó Mappo desde una plataforma de piedra que había utilizado a modo de cama, plataforma en la que en ese momento se hallaba sentado.

—¿Leña? —Iskaral dejó de barrer—. ¿La leña es mejor que una escoba?

—Para el fuego —aclaró el trell—. Para ahuyentar un poco el frío que hace en esta sala.

—¡Leña! No, claro que no. Estiércol sí tengo, mucho mucho estiércol. ¡Un fuego! Excelente. ¡Quémalas hasta reducirlas a cenizas! ¿Tienen fama los trell de astutos? No lo sé, ninguna de las escasas menciones que se os han dedicado hablan de que los trell esto, o los trell lo otro. Encontrar documentos que hablen de un pueblo analfabeto resulta harto complicado. Mmm.

—Los trell no son analfabetos —dijo Mappo—. Hace tiempo que no lo son. Siete u ocho siglos, de hecho.

—Debo actualizar mi biblioteca, pues, lo que constituye un propósito muy caro. Despertar a las sombras para que saqueen las grandes bibliotecas del mundo. —Miró con ojos entornados el hogar, ceñudo y cubierto el rostro de hollín.

—¿Hasta reducir a cenizas qué, sacerdote supremo? —preguntó Mappo tras aclararse la garganta.

—A las arañas, por supuesto. Este templo está plagado de arañas. Hay que matarlas nada más verlas, trell. Utiliza esas suelas gruesas que tienes, esas manos curtidas. Mátalas a todas, ¿comprendes?

Mappo asintió y se cubrió con las sábanas de piel. Torció el gesto un poco cuando la piel acarició las heridas del cuello. La fiebre había interrumpido su andadura, tanto por sus propias reservas como, al menos eso sospechaba, por las dudosas medicinas administradas por el silencioso sirviente de Iskaral. Las garras y los colmillos de d'ivers y soletaken daban pie a una violenta enfermedad que a menudo culminaba en alucinaciones, locura animal y, finalmente, la muerte. Para muchos de los que sobrevivían, la locura jamás desaparecía del todo. Hacía acto de presencia con cierta regularidad durante una o dos noches, nueve o diez veces al año. Era una locura que a menudo se caracterizaba por el afán asesino de quien la sufría.

Iskaral Pust creía que Mappo había escapado a ese destino, pero el trell no estaría del todo seguro hasta que hubieran transcurrido dos ciclos lunares sin sufrir síntoma alguno. No le gustaba pensar de lo que era capaz cuando era presa de la furia asesina. Muchos años atrás, cuando formaba parte de la banda que había asolado Jhag Odhan, Mappo había forzado ese estado en sí mismo, y los recuerdos de las muertes que había causado aún permanecían en su memoria, y siempre lo harían.

Si el veneno soletaken continuaba en su organismo, Mappo estaba dispuesto a quitarse la vida antes que rendirse a su voluntad.

Iskaral Pust golpeó con la escoba hasta el último rincón de la estancia donde se alojaba el trell; seguidamente, la alzó en el aire e hizo lo propio con las esquinas del techo.

—Matar a lo que muerde, matar a lo que muerde, ¡este sagrado recinto de Sombra debe acabar reluciente! Matar a todo lo que se deslice, a todo lo que se escabulle. Os examinamos en busca de veneno, a ambos, oh, sí. No se permiten visitas inoportunas. Se prepararon baños de lejía,

pero nada había en vosotros. Aún tengo mis reservas, por supuesto.

—¿Hace mucho que resides aquí, sacerdote supremo?

—Ni idea. Es irrelevante. La importancia yace en los hechos que llevamos a cabo, en los objetivos que alcanzamos. El tiempo es preparación, nada más. Uno se prepara durante el tiempo que haga falta. Hacerlo es aceptar que los planes empiezan con el nacimiento. Uno nace y antes que nada te ves abocado a Sombra, envuelto en el interior de la sagrada ambivalencia, de donde lactar el dulce sustento. Vivo para prepararme, trell, y los preparativos están a punto de ser completados.

—¿Dónde está Icarium?

—Una vida por otra vida, díselo. En la biblioteca. Las monjas solo dejaron un puñado de libros. Volúmenes dedicados a la autocomplacencia. Mejor leerlos en la cama, creo. El resto del material me pertenece, una limitada colección, lamento decir. ¿Tienes hambre?

Mappo sacudió la cabeza para despejarse. Las divagaciones del sacerdote supremo tenían una naturaleza hipnótica. Cada pregunta que formulaba el trell era respondida con un bizarro monólogo divagatorio que parecía vaciar su voluntad para formular la siguiente pregunta. Fiel a sus aseveraciones, Iskaral Pust podía hacer que el paso del tiempo se convirtiera en algo insignificante.

—¿Hambre? Ah, sí.

—Sirviente prepara la comida.

—¿Podría llevármela a la biblioteca?

—Un insulto a la etiqueta, pero si insistes... —respondió el sacerdote supremo, frunciendo el ceño.

El trell se puso en pie.

—¿Dónde está la biblioteca?

—Gira a la derecha, avanza treinta y cuatro pasos, gira de nuevo a la derecha, doce pasos, luego cruzas la puerta a la derecha, treinta y cinco pasos, cruzas una arcada a la derecha, otros once pasos, vuelta a la derecha una última vez, quince pasos y entras por la puerta de la derecha.

Mappo miraba boquiabierto a Iskaral Pust. Este se rebulló inquieto.

—También podría girar a la izquierda y dar diecinueve pasos —sugirió el trell.

—Pues claro —masculló Iskaral.

Mappo se dirigió a la puerta.

—Creo que tomaré la ruta más corta.

—Si eso es lo que quieres —gruñó el sacerdote supremo mientras se inclinaba para inspeccionar de cerca las cerdas de la escoba.



El insulto a la etiqueta se justificó cuando, al entrar en la estancia, Mappo comprendió que aquella esmirriada sala servía también de cocina. Icarium se hallaba sentado a una robusta mesa con manchas negras, a unos pasos a la derecha del trell, mientras que Sirviente estaba inclinado sobre un caldero suspendido de unas cadenas sobre el fuego, a un paso a la izquierda de Mappo. La cabeza de Sirviente era casi invisible al estar oculta bajo una nube de vapor, empapada por la condensación y goteando en el caldero mientras removía el contenido con un cucharón de madera, trazando lentos círculos concéntricos.

—Creo que no tomaré sopa —dijo Mappo a Sirviente.

—Estos libros están podridos —dijo por su parte Icarium al tiempo que se recostaba contra el respaldo y se volvía a Mappo—. ¿Te encuentras mejor?

—Eso parece.

Sin quitar ojo al trell, Icarium arrugó el entrecejo.

—¿Sopa? ¡Ah! —Su expresión se iluminó—. ¡No es sopa, eso es la colada! Encontrarás viandas más succulentas en la mesa tallada. —Señaló con un gesto la pared que había tras Sirviente, y luego volvió a volcar su atención en las mohosas páginas de un libro antiguo que tenía abierto ante sí—. Esto es asombroso, Mappo...

—Teniendo en cuenta lo aisladas que estaban esas monjas —dijo Mappo al acercarse a la mesa tallada—, me sorprende que te asombre.

—No me refiero a esos libros, sino a los de Iskaral. Aquí hay obras cuya existencia no era sino un vago rumor. Y algunas, como esta, de las que jamás había oído hablar. *Ensayo sobre el plan de irrigación en el quinto milenio de Ararkal*, escrita por nada menos que cinco autores.

Al volver a la mesa de la biblioteca con una bandeja de peltre a rebosar de pan y queso, Mappo se inclinó sobre el hombro de su amigo para examinar los detallados dibujos que cubrían las páginas de vitela, además de la extraña y elaborada escritura. El trell gruñó. Aunque tenía de pronto la boca seca, se las apañó para decir:

—¿Y qué hay de asombroso en esto?

—La pura... frivolidad, Mappo —respondió Icarium—. Solo los materiales de este libro cuestan un año del jornal de un artesano. Ningún estudioso en su sano juicio hubiera empleado tales recursos, por no mencionar el tiempo, para tratar un tema tan inútil y trivial. Y no es este el único ejemplo. Mira, *Modelo de dispersión de las semillas de la flor purille en el archipiélago de Skar*. O esta:

Enfermedades de las almejas de canto blanco en bahía Lekoer. Estoy seguro de que estas obras tienen por lo menos un millar de años. Varios miles, incluso.

Y en una lengua que jamás creí que podría reconocer, y menos aún comprender. Recordó la última vez que había visto aquella escritura, bajo un pabellón oculto en una colina que señalaba la frontera norte de su tribu. Se contaba entre el puñado de guardias que escoltaban a los ancianos de la tribu a lo que resultaría ser una fatídica invocación.

Las lluvias otoñales repiqueteaban en lo alto. Se habían acucillado formando un semicírculo, vueltos al norte, atentos a las siete figuras encapuchadas que se acercaban. Cada una de ellas empuñaba un bastón, y mientras se ponían a resguardo de la lluvia bajo el pabellón, de pie y en silencio en presencia de los ancianos, Mappo vio con un escalofrío cómo los palos parecían retorcerse ante sus ojos, madera como cola de serpiente, o quizás como uno de esos árboles parásitos que enraízan en los troncos de otros árboles, asfixiándolos y privándolos de alimento. Entonces comprendió que la retorcida locura de los palos era de hecho un sinfín de grabados rúnicos, siempre cambiantes, como si unas manos invisibles grabaran sin pausa nuevas palabras a cada aliento.

Entonces, uno de ellos retiró su capucha y así se desató el suceso que habría de cambiar para siempre la vida de Mappo. Sus pensamientos hacían lo posible por evitar aquellos recuerdos.

El trell tomó asiento, tembloroso, haciendo sitio para dejar la bandeja.

—¿Tan importante es todo esto, Icarium?

—Significativo, Mappo. La civilización que llevó consigo estas obras debió de ser asombrosamente rica. El lenguaje

está obviamente relacionado con los dialectos modernos de Siete Ciudades, aunque en cierto modo es más sofisticado. Y, ¿ves estos símbolos en el lomo de cada volumen? Una vara retorcida. He visto antes este símbolo, amigo mío. De eso estoy seguro.

—¿Rica dices? —El trell hizo un esfuerzo por apartar la conversación del precipicio al que se abocaba—. Más bien preocupada por los detalles, diría yo. Probablemente explica por qué quedó reducida a cenizas. Discutir sobre semillas al viento mientras los bárbaros golpean las puertas. La indolencia adopta muchas formas, pero sobreviene sobre todas las civilizaciones que han sobrevivido a su voluntad. Lo sabes tan bien como yo. En este caso fue la indolencia caracterizada por la sed de conocimiento, una enajenada búsqueda de respuestas a todas las cosas, sin importar el valor que pudieran tener como tales. Una civilización puede hundirse tanto por lo que sabe como por lo que ignora. Piensa por ejemplo en *La locura de Gothos* —continuó—. La maldición de Gothos consistía en ser demasiado consciente de... todo. Toda permutación, todas las posibilidades. Bastaba con eso para envenenar su visión allá dondequiera que mirara. No le benefició en nada, y lo peor del caso es que era plenamente consciente de ello.

—Debes de sentirte mucho mejor, puesto que tu pesimismo ha revivido —dijo Icarium con un deje irónico—. Sea como fuere, estas palabras apoyan mi creencia de que las diversas ruinas de Raraku y de Pan'potsun Odhan son la prueba de que existió una civilización próspera en este lugar. Es más, puede que se tratara de la primera civilización humana, de la que surgieron las demás.

Olvida todo esto, Icarium. Ahora.

—¿Y en qué nos beneficia este conocimiento en la actual situación?

De pronto, se ensombreció la expresión de Icarium.

—En mi obsesión por el tiempo. La escritura reemplaza a la memoria, recuerda, y el lenguaje en sí cambia debido a ello. Piensa en mis mecanismos, con los que busco medir el paso de las horas, los días, los años. Tales mediciones son cíclicas por naturaleza, repetitivas. Las palabras y las frases poseyeron en tiempos los mismos ritmos, y pueden por tanto quedar grabadas en la mente de uno, para ser llamadas más tarde con absoluta precisión. Quizás si fuera un analfabeto no sería tan olvidadizo —aventuró tras unos instantes de silencio. Luego suspiró y en su rostro se dibujó una sonrisa forzada—. Además, tan solo mataba el tiempo, Mappo.

El trell tocó el libro abierto con uno de sus dedos arrugados.

—Supongo que los autores de esto habrían defendido sus esfuerzos con las mismas palabras, amigo mío, pero el caso es que yo tengo un asunto más urgente entre manos.

La expresión del jhag permaneció inalterable, a pesar de que no pudo disimular lo mucho que le divertían las palabras del trell.

—¿Y a qué te refieres?

—Este lugar —respondió Mappo, que extendió los brazos como para abarcarlo—. Sombra no se encuentra entre mis cultos favoritos. Nido de asesinos y de gentes de peor calaña. Ilusión, engaño y traición. Iskaral Pust se finge inofensivo, pero a mí no me engaña. Estaba esperándonos, y da por sentado que nos involucraremos en lo que quiera que esté planeando. Mucho arriesgamos quedándonos aquí.

—Pero Mappo, es precisamente aquí, en este lugar, donde alcanzaré mi meta —replicó lentamente Icarium.

—Temía que dijeras eso mismo. —El trell torció el gesto—. Ahora tendrás que explicármelo.

—No puedo, amigo mío. Aún no. Solo tengo sospechas, nada más. Cuando esté seguro de que son fundadas te haré partícipe de ellas sin temor a la duda. ¿Tendrás paciencia conmigo?

Vislumbró su mente otro rostro, el de un humano, pálido y delgado, en cuyas curtidas mejillas trazaban surcos las gotas de lluvia. Levantó impávido la mirada gris y, al encontrar los ojos de Mappo tras el anillo que formaban los ancianos, preguntó en una voz tan seca que recordaba al áspero cuero:

—¿Nos conoces?

Uno de los ancianos asintió.

—Os conocemos como los sin nombre.

—Está bien —dijo el hombre sin apartar los ojos de los de Mappo—. Los sin nombre, que no piensan en términos de años, sino de siglos. Guerrero escogido —continuó, dirigiéndose a Mappo—, ¿qué puedes aprender de la paciencia?

Los recuerdos se desvanecieron como cuervos que alzan el vuelo desde un cadáver. Observando a Icarium, Mappo logró esbozar una sonrisa que dejó al descubierto sus relucientes caninos.

—¿Paciencia? Contigo no puedo tener más que paciencia. Sin embargo, no confío en Iskaral Pust.

Sirviente empezó a sacar del caldero la ropa empapada y las sábanas usando las manos desnudas, con las que escurrió el agua humeante. El trell frunció el ceño al volverse a él. Uno de los brazos de Sirviente tenía una peculiar tonalidad rosácea, tersa, casi juvenil. El otro casaba más con la edad que parecía tener el hombre. Era musculoso, peludo y bronceado.

—¿Sirviente?

Pero este no levantó la mirada.

—¿Puedes hablar? —insistió Mappo.

—Por lo visto, hace oídos sordos a nuestras preguntas, a instancias de su amo —dijo Icarium cuando Sirviente no respondió—. ¿Exploramos el templo, Mappo? Siempre y cuando tengamos en mente que hasta la última sombra probablemente susurre nuestras palabras a los oídos del sacerdote supremo.

—La verdad es que me importa muy poco que Iskaral sepa de mi desconfianza —dijo el trell, que gruñó al levantarse.

—Lo cierto es que debe de saber más de nosotros que nosotros de él —afirmó Icarium, que también se levantó.

Al salir de la estancia, Sirviente seguía escurriendo el agua de la colada con cierto gozo salvaje, marcadas las venas en sus impresionantes antebrazos.

CAPÍTULO 4



En una tierra donde
Siete Ciudades se erigió sobre oro,
incluso el polvo tiene ojos.

Proverbio debrahl

Un tropel de hombres sucios y sudorosos se había congregado en el lugar mientras se retiraban los últimos cadáveres. La nube de polvo colgaba inmóvil sobre la entrada de la mina, tal como había hecho a lo largo de la mañana desde que el pozo se había venido abajo en el interior de Minaprofunda. Bajo el mando de Beneth, los esclavos habían trabajado sin descanso para recuperar a los treinta y tantos compañeros sepultados.

No había supervivientes. Impasible, Felisin observó junto a una docena de esclavos situados en la pasarela de descanso en Torcedura mientras aguardaban la llegada de los pellejos de agua. El calor había vuelto incluso las cavernosas profundidades de las minas en hornos asfixiantes. Cada hora, docenas de esclavos se desplomaban bajo tierra.

Al otro lado del pozo, Heboric trabajaba el terreno reseco de Tierrahonda. Era su segunda semana allí, y el aire limpio, así como el alivio de no tener que tirar de los carros llenos de piedras, había mejorado su salud. También

el cargamento de lima entregado por orden de Beneth había contribuido a ello.

De no haber procurado ella su traslado, Heboric habría muerto ya, aplastado su cadáver por toneladas de roca. Le debía la vida.

Pero reparar en ello no hizo que Felisin se sintiera satisfecha. Apenas cruzaban palabra ya. Con la cabeza envuelta en el humo del durhang, Felisin poco podía hacer cada noche desde que se arrastraba a su casa procedente de la de Bula. Dormía muchas horas, pero no descansaba. Las jornadas de trabajo en Torcedura transcurrían en una larga nube de confusión. Incluso Beneth se había quejado de que al hacer el amor se había vuelto... torpe.

Los chirridos de los carros que transportaban el agua por el camino se hizo más audible, aunque Felisin no pudo apartar la mirada del equipo de rescate que amontonaba los cuerpos a la espera del carromato donde cargaban los cadáveres. Un leve atisbo de compasión pugnó por asomar a la superficie, pero incluso eso parecía demasiado esfuerzo, por no mencionar el hecho de dejar de mirar.

A pesar del aturdimiento, se acercaba más menudo a Beneth deseosa de ser utilizada. Lo buscaba cuando estaba bebido, generoso y abierto, cuando la ofrecía a sus amigos, a Bula y a otras mujeres.

Estás aturdida, niña, le había dicho Heboric en una de las pocas ocasiones en que le había dirigido la palabra. *Pero tu sed de sentir aumenta, hasta hacer que incluso ceda el dolor. Aunque buscas en los lugares equivocados.*

Los lugares equivocados. ¿Qué sabría él de lugares equivocados? Las entrañas de Minaprofunda era el lugar equivocado. El Pozo, donde se amontonaban los cadáveres, era un lugar equivocado. *Cualquier otro lugar es tan solo una pálida sombra.*

Después de haber tomado las decisiones que había tomado, estaba dispuesta a irse a vivir con Beneth. En unos días, o quizás la siguiente semana. Pronto. Se había esforzado mucho en mantener su independencia, pero, después de todo, no resultaba tan arduo rendirse.

—Moza.

Felisin levantó la mirada, pestañeando. Era el joven guardia malazano, el que había advertido a Beneth en una ocasión, hacía... mucho tiempo.

—¿Has encontrado la cita? —preguntó el soldado con una sonrisa.

—¿Qué?

—Las escrituras de Kellanved, muchacha. —Ahora el joven la miraba ceñudo—. Te sugerí que buscaras a alguien que conociera el resto del párrafo que te cité.

—No sé de qué me hablas.

Él extendió el brazo, y los callos que tenía en el índice y el pulgar de la mano con que esgrimía la espada le rasparon la barbilla cuando levantó su rostro. Ella torció el gesto ante la intensa luz del sol, momento en que el guardia tiró de su pelo.

—Durhang —susurró—. Por el corazón de la reina, muchacha, pareces diez años mayor que la última vez que te vi, y ¿cuándo fue eso? No hará ni dos semanas.

—Pídeselo a Beneth —murmuró ella al tiempo que libraba la cabeza de sus manos.

—¿Que le pida qué?

—A mí. En tu cama. Te dirá que sí, pero solo si está borracho. Esta noche estará borracho. Ahoga las penas por los muertos con una buena jarra. O dos. Tócame entonces.

El soldado enderezó la espalda.

—¿Dónde está Heboric?

—¿Heboric? Tierrahonda. —Se le ocurrió preguntarle por qué motivo lo prefería a él, pero la pregunta se perdió en una maraña de confusión. Esa noche podría ponerle la mano encima. Al final, acabarían gustándole los callos de sus manos.



Beneth iba a visitar al capitán Sawark y había decidido llevarla consigo. Felisin comprendió que quería hacer un trato, y que la ofrecería al capitán a modo de incentivo.

Se acercaron a la plaza de la Ratonera desde camino Trabajo, pasando por la taberna de Bula, donde media docena de guardias dosii se hallaban de pie frente a la puerta principal, siguiéndolos con miradas aburridas.

—Camina recto, moza —gruñó Beneth, tomándola de un brazo—. Y deja de arrastrar los pies. Eso es lo que quieres, ¿no? Siempre quieres más.

Una corriente subterránea de aversión había asomado a su voz cuando se dirigió a ella. Había dejado de hacerle promesas. *Te haré mía, muchacha. Vente a vivir conmigo. No necesitaremos a nadie más.* Las promesas susurradas se habían esfumado. Reparar en ello no preocupó a Felisin. En realidad, nunca se había creído una palabra.

Justo enfrente, el torreón de Sawark se alzaba en mitad de la plaza de la Ratonera; los enormes y vastos bloques de piedra estaban manchados por el humo aceitoso que jamás perdonaba a Solideo. Un solitario guardia permanecía de pie a la entrada, la pica laxa en una mano.

—Mala suerte —dijo cuando se acercaron.

—¿El qué? —preguntó Beneth.

El soldado se encogió de hombros.

—Lo de esta mañana en la mina, ¿qué otra cosa podía ser?

—Podríamos haber salvado a unos cuantos si Sawark nos hubiera enviado ayuda —comentó Beneth.

—¿A unos cuantos? ¿Y para qué? Sawark no está de humor, si es que vienes a quejarte. —La mirada muerta del guardia recaló en Felisin—. Pero si vienes con un obsequio, la cosa será diferente. —El guardia abrió la pesada puerta—. Está en sus dependencias.

Beneth gruñó. Sin soltar el brazo de Felisin, la arrastró a través del portal. La planta baja era una armería, y las armas decoraban las paredes dentro de armarios cerrados. Había una mesa y tres sillas a un lado, y los restos del almuerzo de los guardias cubrían por completo la superficie de la mesa. En mitad de la estancia se alzaba una escala de hierro.

Subieron un único piso hasta llegar a la oficina de Sawark. Encontraron al capitán sentado a una mesa que parecía remachada de madera. La silla era de respaldo acolchado, alto. Un libro encuadernado en cuero permanecía abierto ante él. Sawark dejó la pluma y recostó la espalda.

Felisin no recordaba haber visto antes al capitán. Se esforzaba en mantenerse aislado, ahí en su torre. Era tan flaco que no tenía una pizca de grasa, y los músculos de los brazos desnudos parecían cables retorcidos bajo la blanca piel. Al contrario de lo que dictaba la moda del momento, llevaba barba, y los rizos negros, tiesos, aceitados y perfumados. Lucía corto el cabello. Los ojos verdes, acuosos, relucían pequeños por el perpetuo modo que tenía de entornarlos sobre unos pómulos altos. Su boca ancha se veía flanqueada por unas arrugas que miraban hacia abajo.

Contempló fijamente a Beneth, e ignoró a Felisin como si ella no estuviera allí.

Beneth la sentó en una silla, cerca de una de las paredes, a la izquierda de Sawark. Luego tomó asiento en la única silla que había frente al capitán.

—Feos rumores, Sawark. ¿Quieres escucharlos?

El capitán habló en voz baja.

—¿Qué me costará?

—Nada. Son gratis.

—Adelante, pues.

—Los dosii hablan en voz alta en la taberna de Bula. Anuncian la llegada del torbellino.

—Y dale con esas tonterías —respondió Sawark, frunciendo el ceño—. No me extraña que no pidas nada por esa noticia, Beneth. No vale un pimiento.

—También yo pensé lo mismo al principio, pero...

—¿Qué más has venido a decirme?

Beneth bajó la mirada al libro que había en el escritorio.

—¿Has contado el número de muertos de esta mañana? ¿Has encontrado el nombre que buscabas?

—No buscaba ningún nombre en particular, Beneth. Crees que sabes algo, pero no hay nada que saber. Estoy perdiendo la paciencia.

—Hubo tres magos entre las víctimas...

—¡Basta! ¿Qué haces aquí?

Beneth se encogió de hombros, como si apartara de un plumazo las sospechas que tenía.

—Un obsequio —respondió, señalando a Felisin—. Es muy joven. Dócil y dispuesta. No hace falta domarla. Haz lo que quieras con ella, Sawark.

El ceño arrugado del capitán se enturbió.

—A cambio —continuó Beneth—, deseo obtener respuesta a una única pregunta. El esclavo Baudin fue

arrestado esta mañana. Quiero saber por qué.

Felisin pestañeó. ¿Baudin? Sacudió la cabeza, intentando despejarla de la bruma que caracterizaba las horas de vigilia. ¿Era importante?

—Arrestado en camino Tralla después del toque de queda. Logró huir, pero uno de mis hombres lo reconoció, de modo que esta misma mañana se llevó a cabo el arresto. —La mirada acuosa de Sawark recaló finalmente en Felisin—. ¿Muy joven, dices? ¿Dieciocho, diecinueve? Te haces viejo, Beneth, si la consideras tan joven.

Ella sintió aquellos ojos que la exploraban como manos espectrales. En esta ocasión, la sensación fue de todo menos placentera, y tuvo que esforzarse por contener un escalofrío.

—Tiene quince años, Sawark. Pero no carece de experiencia. No hará ni dos transportes que llegó.

El capitán aguzó la mirada en ella, y Felisin respondió a su mirada mientras la sangre abandonaba su rostro.

Beneth se levantó de la silla.

—Te enviaré más. Dos jóvenes del último cargamento. —Se acercó a Felisin y la puso en pie—. Te garantizo que te satisfarán, capitán. Dentro de una hora las tendrás aquí...

—Beneth. —Sawark habló en un hilo de voz—. Baudin trabaja para ti, ¿no es cierto?

—Es un conocido mío, Sawark. No es uno de mis hombres de confianza. Te lo he preguntado porque forma parte de mi grupo de transporte. Un forzudo menos nos retrasará si es que mañana aún lo retienes.

—Tendrás que apañártelas, Beneth.

Ninguno de ellos cree las palabras del otro. Aquel pensamiento fue un fulgor en la extraviada conciencia de Felisin, quien llenó de aire los pulmones. Algo está pasando.

Necesito pensar en ello. Necesito prestar atención, ahora mismo.

A modo de respuesta a la sugerencia de Sawark, Beneth suspiró.

—Pues no me quedará más remedio. Hasta luego, capitán.

Felisin no opuso resistencia cuando Beneth la empujó hacia la escalera. En cuanto hubieron salido, la empujó también por la plaza, sin responder al guardia del torreón cuando este dijo algo en tono burlón. Con la respiración agitada, Beneth la arrastró a las sombras de un callejón y luego la zarandeó.

—¿Quién eres, niña? ¿La hija perdida de ese tipo? —preguntó inflexible—. ¡Por el aliento del Embozado! ¡Despeja tu mente! Dime qué acaba de suceder en esa oficina. ¿Baudin? ¿Qué es Baudin para ti? ¡Respóndeme!

—Él... No es nada.

Entonces la golpeó con el dorso de una mano que parecía un saco lleno de rocas. Una intensa luz, un fogonazo, estalló en los ojos de Felisin al caer de lado. La sangre surgió de sus fosas nasales mientras permaneció inmóvil entre los desperdicios amontonados en el callejón. Contemplaba aturdida el suelo, apenas a medio dedo de distancia de sus ojos, atenta al modo en que se extendía la sangre en la arena.

Beneth la arrastró hasta ponerla en pie y la arrojó contra la pared cubierta de listones de madera.

—¿Cómo te llamas, moza? ¡Dímelo!

—Felisin —murmuró ella—. Solo eso...

Con la sonrisa torcida, Beneth levantó de nuevo la mano.

Ella observó las marcas que le había hecho sobre los nudillos.

—¡No! ¡Lo juro! Me abandonaron...

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Me encontraron a la puerta del monasterio de Fener, en isla Malaz. La emperatriz acusó a los seguidores de Fener. Heboric...

—Tu barco venía de Unta, moza. ¿Por quién me has tomado? Tú eres de la nobleza...

—¡No! Pero tuve una buena educación. Por favor, Beneth, no te miento. No comprendo a Sawark. Quizás Baudin le contará algo, una mentira para salvar el pellejo.

—Tu barco venía de Unta. Nunca has puesto un pie en la isla de Malaz. ¿Ese monasterio está a las afueras de una ciudad?

—De Jakata. Solo hay dos ciudades en la isla. La otra es la ciudad de Malaz. Me enviaron allí a pasar un verano. A la escuela. Me educaron para convertirme en sacerdotisa. Pregunta a Heboric, Beneth. Por favor.

—¿Cómo se llama el distrito más pobre de la ciudad de Malaz?

—¿El más pobre?

—¡Dime cómo se llama!

—¡No lo sé! ¡El templo de Fener está en Antemuelle! ¿Es el más pobre? Había barrios bajos a las afueras de la ciudad, que bordeaban el camino de Jakata. ¡Tan solo pasé allí una estación, Beneth! Y apenas vi Jakata, ¡no nos permitían ir de paseo! Por favor, Beneth, no comprendo nada de todo esto. ¿Por qué me haces daño? He hecho todo cuanto me has pedido, me he acostado con tus amigos, he dejado que comerciaras conmigo. Me he convertido en algo valioso para ti...

Volvió a golpearla. Ya no buscaba respuestas o una manera de destapar sus desesperadas mentiras. Había aparecido en sus ojos una nueva razón, que había alumbrado una intensa rabia. La golpeó de forma

sistemática, en silencio, con furia fría. Después de los primeros golpes, Felisin se retorció donde más le dolía, y el aire fresco, con el polvo que arrastraba, el aire que soplaba en el callejón sumido en las sombras, era como un bálsamo que besaba su piel. Hizo un esfuerzo por concentrarse en la respiración, por volcar todos sus sentidos en esa única labor, tomar aire, rechazando las oleadas de lacerante dolor que eran consecuencia de cada nuevo esfuerzo, para luego soltarlo lentamente, constante flujo que arrastraba lejos todo aquel dolor.

Al cabo, comprendió que Beneth había parado de golpearla. Quizás únicamente lo había hecho unas pocas veces. También comprendió que se había marchado. Estaba sola en el callejón, y el jirón de cielo que se recortaba en lo alto estaba oscurecido por el polvo. Oyó alguna que otra voz en las calles, pero nadie se acercó al lugar donde se hallaba encogida.

Más tarde, despertó de nuevo. Por lo visto había perdido la conciencia cuando intentaba arrastrarse hacia la entrada del callejón. Iluminado por las antorchas, camino Trabajo se encontraba a una docena de pasos. Algunas personas pasaban por delante de su mirada. A través del constante silbido de los oídos, oyó voces y gritos. El aire hedía a humo. Pensó que debía seguir arrastrándose, pero perdió de nuevo la conciencia.

Un paño frío rozó su frente. Felisin abrió los ojos.

Heboric se hallaba inclinado sobre ella; parecía estudiar sus pupilas, primero una y luego otra.

—¿Me oyes, moza?

Le dolía la mandíbula. Tenía los labios secos, pegados con costras. Asintió como pudo, y entonces fue cuando comprendió que se encontraba tumbada en su propia cama.

—Voy a mojararte los labios con un poco de aceite, a ver si podemos abrirlos sin que te duela demasiado. Te conviene beber un poco de agua.

Ella asintió de nuevo y se preparó para acusar el dolor de aquella cura, mientras él, con un paño atado alrededor del muñón, aplicaba el aceite en su boca. Pero no guardó silencio mientras se dedicó a ello.

—Una noche muy movida para todos. Baudin se fuga de la prisión y prende fuego a algunos edificios para crear un foco de distracción. Ahora se oculta en algún rincón de Solideo. Nadie lo ha buscado en los riscos o en lago de Plomo. Los guardias que han acordonado camino Escarabajo no han informado de ningún intento de traspasarlo. Sawark ha ofrecido una recompensa: quiere vivo a ese cabrón, entre otras cosas porque Baudin mató a tres de sus hombres. Sospecho que aquí hay más cosas que no sabemos, ¿no crees? Luego, el hecho de que Beneth informara de tu desaparición de Torcedura esta mañana me dio que pensar. De modo que voy a hablar con él en el descanso del mediodía y me dice que la última vez que te vio fue anoche, en la taberna de Bula, y añade que se ha deshecho de ti porque ya estás usada, que tus pulmones aspiran más humo que aire, como si él no tuviera la culpa de eso. Pero el caso es que no deja de hablar y yo sigo atento a los cortes que tiene en los nudillos. Beneth estuvo metido en pendencies anoche, veo, y el único daño que presenta es el que le provocaron los dientes de alguien. Bien, resuelto todo, nadie presta atención al viejo Heboric, de modo que me paso la tarde buscando, comprobando todos y cada uno de los callejones, esperando lo peor, debo admitir...

Felisin apartó su brazo. Abrió lentamente la boca, con los gestos de dolor de alguien a quien se le abre la cicatriz de

un navajazo.

—Beneth —se las apañó para decir. Su pecho ardía cada vez que respiraba.

—¿Qué le pasa? —preguntó Heboric, que la miraba inflexible.

—Dile... De mi parte... Dile que lo... siento. Por favor.

El anciano recostó la espalda muy lentamente.

—Quiero que me... lleve con él. Díselo, por favor.

Heboric se levantó.

—Descansa un poco, anda —dijo en un tono peculiarmente neutro, mientras desaparecía de su campo de visión.

—Agua.

—Ya va. Luego dormirás.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no?

—No puedo dormir... sin una pipa. No puedo.

Intuyó que la estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—Tienes los pulmones machacados y algunas costillas rotas. ¿Bastará con un té? Té de durhang.

—Muy cargado.

Al oír que llenaba la taza de agua cerró los ojos.

—Brillante historia, moza. Abandonada —dijo Heboric—. Tienes suerte de que sea rápido de reflejos. Diría que ahora existe la posibilidad de que Beneth te crea.

—¿Por qué? ¿Por qué me cuentas eso?

—Para tranquilizarte. Supongo que lo que pretendo decir es que puede que vuelvas con él, moza —respondió Heboric al acercarse con la taza de agua entre los muñones.

—Oh. No... No te entiendo, Heboric.

El antiguo sacerdote observó cómo se acercaba Felisin la taza de barro a los labios.

—No —dijo—. No me entiendes.



Como una enorme muralla, la tormenta de arena cayó sobre la ladera occidental de las colinas Estara y se acercó al camino costero con un profundo gemido. Si bien las tormentas procedentes del interior eran contadas en la península, no era la primera vez que Kalam se enfrentaba a su ira. Su primer empeño consistió en abandonar el camino. Discurría muy cerca del acantilado en determinados puntos, y no sería la primera vez que se venían abajo.

El caballo de batalla se quejó cuando Kalam dirigió la montura a la ladera cubierta de piedras movedizas. Para tratarse de un animal de temperamento y fuerza, aquel caballo gustaba demasiado de la comodidad. Ardía la arena y el paso era traicionero, lleno de socavones. Kalam hizo caso omiso de los tirones de cuello y el modo en que ladeaba la cabeza el caballo, y lo condujo hasta la cuenca, donde hincó los talones para empujar al animal a emprender el galope.

A una legua y media se hallaba la meseta de Ladro, y más allá, en las orillas de un río estacional, la torre de Ladro. Kalam no planeaba quedarse allí si podía evitarlo. El comandante de la plaza era malazano, y también lo eran sus guardias. Si podía, el asesino cabalgaría con lo peor de la tormenta e intentaría ganar el camino costero que había más allá de la torre, para luego continuar en dirección sur, al pueblo de Intesarm.

La muralla ocre cerró el horizonte más cerca de Kalam. Las colinas habían desaparecido. Una oscuridad turgente

cubría el cielo. El aleteo asustadizo de los rhizanos que huían lo rodeaba. Soltó un juramento y espoleó al caballo al galope.

Solía detestar a los caballos, pero aquel animal era magnífico cuando cabalgaba; parecía deslizarse sin apenas esfuerzo sobre el suelo con un ritmo clemente ante la modesta pericia del jinete que lo montaba. Sin embargo, Kalam no estaba dispuesto a acercarse más a la admisión del afecto sincero que sentía por el castrado.

Mientras cabalgaba, se volvió para ver el borde de la tormenta a menos de cien pasos de distancia. No habría forma de superarla. Un rompiente de arena señalaba el punto donde el viento y el suelo eran uno. Kalam vio rocas del tamaño de puños en la cresta de aquel terrible oleaje. El rugido lo llenaba todo por completo.

Casi ante ellos y en un rumbo que los interceptaría, Kalam vio una mancha gris en el interior de la nube ocre. Echó atrás el cuerpo en la silla, tirando de las riendas. El castrado cabrioleó, interrumpido el ritmo, hasta detenerse.

—Me lo agradecerías si tuvieras la mitad de un cerebro —aseguró Kalam.

La mancha gris la formaba un enjambre de garrapatas. Los voraces insectos aguardaban tormentas como esa para montar los vientos en busca de presas. Lo peor de todo era que uno no podía verlas de frente; tan solo de lado era posible distinguirlas.

Al pasar el enjambre por delante de ambos, la tormenta los alcanzó.

El castrado dio un respingo y luego reuló con torpeza cuando el muro de arena se abatió sobre ellos. El mundo se desvaneció en el interior de una bruma chillona, ocre, cambiante. Las piedras y la arenilla los cubrieron como una segunda piel; el caballo corcoveó de nuevo y el jinete gruñó

de dolor. El asesino agachó la cabeza, inclinado sobre el viento. A través de la rendija de la capucha de la telaba, miró al frente con ojos entrecerrados, hincando los talones en la montura para que echara a andar. Luego inclinó el cuerpo sobre el cuello del animal, extendió la mano enguantada y tapó como pudo el ojo izquierdo del castrado, para protegerlo de las piedras voladoras y la arenilla. Por haberlo llevado allí, era lo menos que el asesino podía hacer.

Continuaron así un buen rato, incapaces de ver nada a través de aquella densa capa de arena volante. Luego el castrado lanzó un bufido y se encabritó. Los crujidos surgían bajo los cascos y Kalam miró con ojos bizcos hacia abajo. Huesos. Huesos por todas partes. La tormenta había levantado un cementerio. Un suceso común. El asesino recuperó el control de la montura, luego intentó atravesar con la mirada aquella ocre oscuridad. La meseta de Ladro andaba cerca, pero no podía ver nada. Espoleó al animal, que echó a andar con delicadeza sobre aquel manto formado por un millar de huesos.

El camino costero apareció al frente, junto a las casetas de guardia que flanqueaban lo que debía de ser un puente. El pueblo debía encontrarse a la derecha, *si es que ese maldito viento no se lo ha llevado consigo*. Pasado el puente encontraría la torre de Ladro.

Las casetas estaban vacías, como las cuencas de un gigantesco cráneo geométrico.



Con el caballo en la cuadra, Kalam cruzó el vestíbulo, inclinado contra el viento y con el gesto torcido por el dolor que atenazaba sus piernas. Se dirigía a la entrada de la torre. Se agachó en el hueco y por primera vez en horas se encontró a salvo del aullido de la tormenta. Las esquinas de la entrada de la torre estaban llenas de arena, pero el aire polvoriento permanecía calmo. No había ningún soldado de guardia, y el banco de piedra desnuda estaba vacío.

Kalam levantó la pesada aldaba de hierro que colgaba de la puerta de madera, y la dejó caer con fuerza. Aguardó. Al poco, oyó que al otro lado alguien levantaba las barras. La puerta se abrió con un chirrido. Un anciano sirviente de la cocina lo miró de arriba abajo con su único ojo sano.

—Adentro pues —gruñó—. Únete a los demás.

Kalam pasó junto al anciano y se encontró en un espacioso salón. Los rostros se habían vuelto al verlo entrar. En el extremo opuesto de la mesa principal, que discurría a lo largo de la estancia rectangular, se hallaban sentados cuatro de los guardias de la torre, todos ellos malazanos, que parecían gente de mala catadura. Tres jarras sobre charquitos de vino en la mesa. A un lado, junto a una mesa alargada, había una mujer delgada pero fuerte, de ojos hundidos, con un estilo de maquillaje en el rostro que parecía más propio de una joven doncella. A su lado se sentaba un mercader ehrilitano, su esposo, probablemente.

Kalam inclinó la cabeza a modo de saludo y se acercó a la mesa. Otro sirviente, algo más joven que el que le había abierto la puerta, apareció con una jarra y una copa, y titubeó hasta ver dónde tomaba asiento Kalam, que lo hizo frente a la pareja de mercaderes. Colocó la copa en la mesa y la llenó a medias antes de retirarse.

El mercader esbozó una sonrisa de bienvenida que dejó al descubierto una dentadura deslustrada por el durhang.

—Vienes del norte, ¿eh?

El vino contenía algún tipo de potingue herbario; era demasiado dulce y empalagoso para aquel clima. Kalam dejó la copa, ceñudo.

—¿No tienen cerveza en este lugar?

El mercader inclinó la cabeza.

—Sí, y bastante fría para el caso. Ay, tan solo el vino es gratuito, cortesía de nuestro anfitrión.

—No me sorprende que sea gratuito —comentó el asesino. Llamó con un gesto la atención del sirviente—. Una jarra de cerveza, si eres tan amable.

—Cuesta una moneda —informó el sirviente.

—Un atraco manifiesto, pero la sed es dueña y señora. — Encontró una jakata que estampó sobre la mesa.

—¿Qué me dices? ¿Ha caído ya al mar la ciudad? — preguntó el mercader—. Puesto que vienes de Ehrlitan, ¿cómo está el puente?

Kalam reparó en una bolsita de terciopelo en la mesa, frente a la esposa del mercader. Entonces cruzó su mirada con la de la mujer, quien le dedicó un cadavérico guiño.

—No corresponderá a tu charlatanería, Berkru, querido. Es un extranjero traído por la tormenta, es todo lo que lograrás sonsacarle.

Uno de los guardias levantó la cabeza.

—Tienes algo que ocultar, ¿eh? No eres el guardia de una caravana. ¿Viajas solo? Habrás desertado de la guardia de Ehrlitan, o quizás estés extendiendo el rumor de Dryjhna, o ambas cosas. Y aquí estás, esperando poder acogerte a la hospitalidad de tu amo, el malazano nacido y educado en Malaz.

Kalam se volvió hacia los guardias. Cuatro rostros beligerantes. Por mucho que refutara las palabras del sargento, no lo creerían. Los guardias habían decidido que era carne de presidio, al menos durante una noche, algo con lo que poner fin al aburrimiento. Pero el asesino no tenía el menor interés en provocar un derramamiento de sangre. Puso ambas manos en la mesa y se levantó lentamente.

—Me gustaría hablar contigo, sargento —dijo—. En privado.

El rostro de tez oscura del suboficial adoptó una expresión hosca.

—¿Para que puedas cortarme el cuello?

—¿Me crees capaz de hacer tal cosa? —preguntó Kalam, sorprendido—. Llevas cota de malla y ciñes una espada a la cintura. Dispones de tres compañeros que sin duda no se alejarán demasiado, aunque sea para escuchar a hurtadillas nuestra conversación.

El sargento se levantó también.

—Puedo apañármelas muy bien solo —gruñó al dirigirse al otro extremo de la sala.

Kalam lo siguió. Sacó de la telaba un pendiente diminuto y lo sostuvo en alto.

—¿Lo reconoces, sargento? —preguntó en voz baja.

Con cierta cautela, el hombre se inclinó hacia delante para observar el símbolo grabado en la superficie llana del pendiente. Cuando reconoció su naturaleza, empalideció al decir casi de forma involuntaria:

—Patrón de la Garra.

—Y el punto y final de tus acusaciones y preguntas, sargento. No reveles lo que sabes a tus hombres, al menos hasta que me haya marchado. ¿Entendido?

—Perdona, señor —susurró el sargento tras asentir.

—Entiendo tu desconfianza —admitió Kalam, en cuyo rostro se perfiló una media sonrisa—. El Embozado se dispone a caminar por estos lares, como tú y yo bien sabemos. Hoy te has equivocado, pero no por ello debes contener tu desconfianza. ¿Está al corriente de la situación el comandante de esta torre?

—Sí, lo está.

—Lo que os convierte a ti y a tu pelotón en un puñado de hombres afortunados —dijo Kalam tras lanzar un suspiro.

—Sí.

—¿Volvemos a la mesa?

El sargento se limitó a sacudir la cabeza en respuesta a las miradas interrogativas de sus hombres.

Al volcar de nuevo Kalam su atención en la cerveza, la esposa del mercader cogió la bolsita de terciopelo.

—Los soldados me han pedido que les lea el futuro —dijo al sacar de la bolsita una baraja de los Dragones. La sostuvo sobre ambas manos, con los ojos fijos en el asesino—. ¿Y tú? ¿Quieres averiguar qué te depara el futuro, extranjero? Qué dioses te sonríen, qué dioses te miran ceñudos...

—Los dioses tienen muy poco tiempo y menos ganas aún de malgastarlo con nosotros —respondió Kalam con desprecio—. Déjame al margen de tus juegos, mujer.

—De modo que has intimidado al sargento y ahora pretendes intimidarme a mí —dijo ella, sonriendo—. ¿Ves el temor que tus palabras me han causado? Estoy que tiemblo de pavor.

Con un bufido de fastidio, Kalam apartó la mirada.

La sala retumbó cuando llamaron a la puerta principal.

—¡Más viajeros misteriosos! —exclamó con voz chillona la mujer.

Todos se volvieron a la entrada cuando reapareció el portero de camino a la puerta, procedente de una sala

contigua. El portero se echó atrás. Entraron dos personas vestidas con armadura, la primera de ellas era una mujer. Un fuerte ruido metálico reverberó en la estancia, acompañado por el estampido de las botas cuando los recién llegados se encaminaron al centro de la sala. Miraron sin aparente interés a los guardias y a los demás parroquianos; la mirada recalaba un instante en cada uno de ellos antes de continuar. Kalam no vio indicios de que le hubieran dedicado más tiempo que a los demás.

La mujer había ostentado cierto rango, quizás aún lo hacía, aunque a juzgar por la indumentaria era imposible saber cuál era su situación actual; tampoco el hombre que la acompañaba vestía nada parecido a un uniforme.

Kalam reparó en los verdugones que marcaban sus rostros y sonrió para sí. Habían topado con la marabunta de garrapatas, y ninguno parecía muy satisfecho por ello. El hombre encogió el cuerpo al recibir una súbita picadura bajo el plaquín, y con un juramento se dispuso a aflojar las tiras de la armadura.

—No —ordenó la mujer.

El hombre permaneció inmóvil.

Ella era pardu, de la tribu de las llanuras del sur; su acompañante tenía aspecto de norteño, probablemente ehrlitano. Su piel morena era un poco más clara que la de la mujer, y no lucía ningún tatuaje tribal.

—¡Por el aliento del Embozado! —le dijo el sargento a la mujer—. ¡No deis un paso más! Estáis infestados de garrapatas. Sentaos en la otra punta de la mesa. Uno de los sirvientes os preparará un baño de astillas de cedro, aunque tendréis que pagarlo.

Por un instante, la mujer pareció decidida a replicar, pero finalmente hizo un gesto al extremo vacío de la mesa con una de las manos enguantadas, y su acompañante

respondió apartando dos sillas y sentándose en una de ellas con la espalda bien recta. La mujer pardu se sentó en la otra.

—Una jarra de cerveza —ordenó.

—Eso el patrón lo cobra —informó Kalam, dedicándole una sonrisa torcida.

—¡Por el destino de las Siete! ¡Cabrón usurero! ¡Eh, tú, sirviente! Tráenos una jarra y ya juzgaré yo si vale la pena pagar esa moneda. ¡Aprisa!

—La mujer cree que está en una taberna —comentó uno de los guardias.

—Estás aquí por la gentileza del comandante de esta torre —informó a la mujer el sargento—. Pagarás la cerveza, pagarás el baño y pagarás por dormir en este suelo.

—¿Y a eso lo llamas tú gentileza?

La expresión del sargento se ensombreció. Era malazano y compartía estancia con un patrón de la Garra.

—Estas cuatro paredes, el techo, la chimenea y el uso de los establos son gratuitos, mujer. Aun así, te quejas como una princesa virgen. Acepta la hospitalidad o lárgate.

La mujer entornó los ojos, luego sacó un puñado de jakatas de la bolsa que llevaba al cinto y las arrojó sobre la superficie de la mesa.

—Intuyo que tu gentil señor te cobra incluso a ti la cerveza, sargento —dijo—. Pues bien, no tengo más remedio que pagar una ronda a todos los presentes.

—Qué generosa —dijo el sargento con una seca inclinación de cabeza.

—Y ahora el futuro se levantará con fuerza —dijo la esposa del mercader, barajando las cartas.

Kalam se percató de que la mujer pardu había dado un respingo al ver las cartas.

—Ahórranoslo —pidió el asesino—. Nada ganaremos con ver lo que está por venir, siempre y cuando tengas talento para leer las cartas, cosas que sinceramente dudo mucho. Ahórranos el dudoso espectáculo de tu actuación.

La dama hizo caso omiso de sus palabras y se volvió a los guardias.

—¡Todos vuestros destinos descansan sobre... esto! —Y sacó la primera carta.

Kalam soltó una carcajada.

—¿Cuál es esa? —preguntó uno de los sargentos.

—El Obelisco —respondió Kalam—. Esta mujer es una farsante. Como sabría cualquier vidente con talento, esa carta no afecta a Siete Ciudades.

—¿Eres un experto en adivinación? —preguntó la mujer.

—Visito a una vidente de prestigio antes de emprender un viaje —respondió Kalam—. No hacerlo sería una estupidez. Conozco la baraja, y sé cuándo es auténtica la lectura, cuándo encauza el poder las cartas. Sin duda, pretendías cobrar a estos guardias en cuanto realizaras la lectura, en cuanto les dijeras lo ricos que iban a ser, que iban a disfrutar de una vida próspera y plena, que serían padres de una veintena de héroes...

La expresión de la mujer dio pie al final de aquella charada. Gritó rabiosa y arrojó el mazo a Kalam. Lo alcanzó en el pecho, y las cartas cayeron sobre la mesa, repartidas de forma caótica, pero respondiendo a un patrón.

El aliento surgió como un susurro de labios de la mujer pardu, el único sonido que pudo escucharse en la estancia.

Con la frente rezumando sudor, Kalam observó las cartas. Había seis que rodeaban a una sola, y esta (de lo cual estaba seguro) era la suya. La Cuerda, asesino de Sombra. Las seis cartas que trazaban un círculo a su alrededor pertenecían a una misma Casa: El Rey, el

Heraldo, el Constructor, la Hilandera, el Caballero, la Reina... La Gran Casa de Muerte dispuesta alrededor de aquel que porta el libro sagrado de Dryjhna.

—Oh, bueno —suspiró Kalam, levantando la mirada a la mujer Pardu—. Veo que esta noche dormiré solo.



La capitana de las Espadas Rojas, Lostara Yil, y el soldado que la acompañaba fueron los últimos en partir de la torre de Ladro, alrededor de una hora después de que su objetivo se alejara a lomos de un castrado, en dirección sur a través de la polvorienta estela de la tormenta.

No había podido evitar el contacto con Kalam, pero de igual modo que él tenía mano para el engaño, también la tenía Lostara. La jactancia podía ser su mejor disfraz, la arrogancia una máscara que ocultaba la mortífera seguridad que tenía en sí misma.

La inesperada lectura de la baraja de los Dragones había revelado muchas cosas a Lostara, no solo acerca de Kalam y de su misión. El sargento de la torre se había comportado como un conspirador más, otro soldado malazano dispuesto a traicionar a la emperatriz. Evidentemente, la parada de Kalam en la torre no había sido tan accidental como parecía.

Comprobaba los caballos cuando el compañero de Lostara salió de la torre. El espada roja sonrió.

—Tan concienzuda como siempre —dijo—, aunque el comandante me ha hecho correr. Lo encontré en la cripta, intentando embutirse en una armadura de hace cincuenta años. De joven era mucho más delgado, según parece.

Lostara montó.

—¿Alguno seguía respirando? ¿Estás seguro de haberlo comprobado? ¿Qué hay de los sirvientes que había en la parte trasera? Creo que los despaché demasiado rápido.

—No has dejado ni uno solo con vida, capitana.

—Excelente. Monta. El caballo de ese asesino acabará por matar a los nuestros. En Intesarm compraremos monturas de refresco.

—Siempre y cuando Baralta se haya encargado de prepararlas.

Lostara se volvió a su compañero.

—Confía en Baralta —replicó fríamente—. Y da las gracias de que por esta vez no informe de tu escepticismo.

Con los labios prietos, el hombre asintió.

—Gracias, capitana.

Descendieron por el camino de la torre para luego girar a la derecha por el camino costero.



Toda la planta principal del monasterio se extendía de manera uniforme en un trazado circular alrededor de la solitaria habitación, ocupada por una escalera de caracol que descendía a la oscuridad. Mappo se acucilló al pie del último peldaño de piedra.

—Supongo que llevará a la cripta.

—Si recuerdo bien, cuando mueren las monjas de la reina de los Sueños sus cuerpos son envueltos en lino y colocados en los nichos que recorren las paredes de la cripta —dijo Icarium—. ¿Qué interés tienes en examinar esos cadáveres?

—En otras circunstancias no tendría el menor interés —respondió el trell, que se levantó con un gruñido imperceptible—. Pero sucede que la piedra cambia en cuanto las escaleras descienden bajo tierra.

—¿De veras? —preguntó Icarium, enarcada una ceja.

—El piso en el que nos encontramos está excavado en roca viva, en la pared caliza del risco. Es más bien blanda. No obstante, bajo ella hay bloques de granito. Creo que esta cripta subterránea es de construcción antigua. O eso, o las monjas y su culto insistieron en decorar las paredes de la cripta, mientras que las demás salas, las habitadas, no lo necesitaban.

El jhag sacudió la cabeza al acercarse.

—Eso sería sorprendente. La reina de los Sueños vuelve su mirada a la vida. Muy bien, ¿quieres que la exploremos?

Mappo fue el primero en bajar. Ninguno de ellos tenía necesidad de procurarse luz artificial, de modo que la oscuridad del interior de la cripta no suponía un obstáculo. La escalera de caracol tenía restos de baldosines de mármol, pero en el pasado el trasiego de gentes había desgastado la mayoría de ellos. Abajo, el duro granito desafiaba cualquier conato de erosión.

Las escaleras seguían bajando, abajo, abajo. En el decimoséptimo peldaño terminaron, desembocando en el centro de una sala octogonal. Los frisos decoraban todas las paredes, los colores apuntaban a diversos tonos de grises. Más allá del hueco de la escalera, el suelo era un panal de fosos rectangulares, cavados en los baldosines. Los bloques de granito habían sido retirados. Estos bloques estaban apilados frente a lo que parecía ser un portal. En todos los fosos había cuerpos envueltos en tela.

El ambiente era seco, inodoro.

—Estos frescos no pertenecen al culto de la Reina —dijo Mappo, manifestando algo que resultaba obvio a simple vista; las escenas que representaban los frescos revelaban mitos oscuros. Gruesos abetos en el fondo, con los troncos manchados de musgo por todas partes. El efecto creado era el de estar en un claro en lo profundo del bosque. Aquí y allí, entre los troncos, se insinuaban hoscas bestias de cuatro patas, cuyos ojos relucían como si reflejaran la luz de la luna.

Icarium se acucilló y deslizó la mano sobre los baldosines que quedaban.

—Había un dibujo en este suelo —dijo—, antes de que los obreros que trabajaron para las monjas cavaran los fosos. Qué lástima.

Mappo echó un vistazo al portal bloqueado.

—Si aquí hay respuestas a los misterios, se encuentran tras esa barricada.

—¿Has recuperado fuerzas, amigo mío?

—Las suficientes. —El trell se dirigió a la barrera y apartó el bloque que coronaba la parte superior. Al cargarlo a pulso, trastabilló y lanzó un gruñido furibundo. Icarium se dispuso a ayudarlo a dejar en el suelo el bloque de granito.

—¡Por el aliento del Embozado! Pesan más de lo que esperaba.

—Ya veo. ¿Quieres que trabajemos juntos?

Al cabo de un rato habían despejado el suficiente número de bloques de granito para franquear el portal. Los últimos cinco minutos habían tenido espectadores, pues en la escalera se había plantado una bandada de bhok'arala que, aferrados a la barandilla, observaron en silencio sus esfuerzos. No obstante, cuando primero Mappo, y después Icarium, treparon por la abertura, los bhok'arala no se movieron para seguirlos.

El corredor se extendía a lo lejos, se trataba de una amplia columnata bordeada por columnas gemelas que no eran sino troncos de cedros. Cada uno de los troncos medía al menos un brazo de diámetro. Conservaban en gran medida la acanalada corteza, aunque en su mayor parte se había esparcido en el suelo.

Mappo colocó la mano en uno de los pilares de madera.

—Imagina el esfuerzo que supuso traer esto aquí.

—Senda —sugirió Icarium, aspirando—. A pesar del paso de los siglos, aún se huele.

—¿Siglos? ¿Alcanzas a distinguir de qué senda se trata, Icarium?

—Kurald Galain. Ancestral, la senda de Oscuridad.

—¿Tiste andii? En todos los relatos de Siete Ciudades que conozco, jamás he visto mención alguna a que los tiste andii tuvieran presencia en el continente. Tampoco en mi tierra, al otro lado de Jhag Odhan. ¿Estás seguro? No tiene sentido.

—No estoy seguro, Mappo. Tiene el aroma de Kurald Galain, eso es todo. El aroma de Oscuridad. No es Omtose Phellack, ni Tellann. Tampoco Starvald Demelain. No conozco otras sendas ancestrales.

—Yo tampoco.

Sin decir más, el trell echó a andar.

Mappo calculó que el corredor terminaba a trescientos treinta pasos de distancia; desembocaba entonces en otra sala octogonal, con el suelo levantado a un palmo de altura respecto de la anterior. Las losas también eran octogonales, y todas tenían imágenes grabadas, desfiguradas luego con gubia y quemaduras en lo que se antojaba como un empeño destructivo tan aleatorio como enajenado.

El trell sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Ahí estaba, de pie en el umbral de la sala, e Icarium se hallaba

a su lado.

—No recomiendo que entremos en esta sala —dijo el jhag.

El gruñido de Mappo fue una muestra de conformidad. Cargado de poder, aquel aire húmedo, frío y estancado hedía a magia, a hechicería antigua. Como olas de calor la magia sangraba de las losas, de las escenas grabadas en ellas y de las heridas de las imágenes que en ellas se representaban.

Icarium sacudía la cabeza.

—Si esto es Kurald Galain, su aroma me es desconocido. Está... viciado.

—¿Por la profanación?

—Es posible. Aun así, el hedor de esas marcas de garras es distinto al que surge de las propias losas. ¿Te resulta familiar? Por las lágrimas mortales de Dessembræe que debería de serlo, Mappo.

El trell entrecerró los ojos, fijos en la losa más cercana que mostraba cicatrices. Sus fosas nasales acusaron una intensa picazón.

—Soletaken. D'ivers. La especia de los cambiaformas. Por supuesto... —Lanzó una risotada que reverberó en la sala—. Es la senda de Manos, Icarium. El portal está... aquí.

—Diría que es algo más que una puerta. Mira esos grabados intactos. ¿A qué te recuerdan?

Mappo tenía una respuesta para esa pregunta. Observó los adornos con una certeza que iba en aumento, pero caer en la cuenta no hizo sino alumbrar más preguntas.

—A pesar de ver el parecido, también presentan... diferencias. Lo que es más irritante, si cabe, es que no se me ocurre un posible vínculo...

—Aquí no hallaremos respuestas —dijo Icarium—. Debemos ir al lugar que desde un principio nos propusimos

encontrar, Mappo. Estamos cerca de comprender, estoy seguro de eso.

—Icarium, ¿crees que Iskaral Pust se dispone a recibir más visitas? Soletaken y d'ivers, la inminente apertura del portal. ¿Es él, y por ende el reino de Sombra, el alma de esta convergencia?

—No lo sé. Preguntémosle.

Y retrocedieron del umbral.

Estamos cerca de comprender. Cuatro palabras que aterrorizaban a Mappo. Se sentía como una liebre ante el arco tenso del cazador, y por mucho que mirara a su alrededor, tomar una dirección concreta le parecía tan mala idea como quedarse totalmente inmóvil. Se encontraba ante unos poderes capaces de nublar su mente, poderes del pasado y poderes del presente. *Los sin nombre, con sus cometidos, sus consejos y visiones, sus propósitos solapados y sus deseos ocultos. Criaturas de la antigüedad, si las leyendas trell alcanzan a atisbar la verdad. E Icarium, oh, querido amigo, nada puedo contarte. Mi maldición, el silencio a todas tus preguntas, y la mano que te tiende mi amistad de hermano tan solo pueden llevarte al desengaño. En el nombre del amor, esto hago, y por mi cuenta y riesgo... Y qué cuenta.*



Los bhok'arala que los aguardaban en la escalera los siguieron a discreta distancia hasta la planta baja.

Encontraron al sacerdote supremo en el vestíbulo que había convertido en su dormitorio. Mascullando para sí, Iskaral Pust llenaba un cesto de mimbre con fruta podrida,

cadáveres de murciélago y restos de rhizanos. Se volvió ceñudo a Mappo e Icarium cuando aparecieron por la puerta.

—Si esos escuálidos monos os están siguiendo, dejad que cobren conciencia de mi ira —susurró—. No importa qué estancia escoja, que ellos erre que erre insisten en utilizarla de cagadero para sus malditos excrementos. ¡He perdido la paciencia! ¡Se la han jugado al burlarse de un sacerdote supremo de Sombra!

—Hemos encontrado el portal —dijo Mappo.

Iskaral no cejó en su higiénico empeño.

—¡Oh, vaya! ¿De veras? ¡Insensatos! Nada es lo que parece. Una vida a cambio de otra vida. Habéis explorado hasta el último rincón, hasta el último agujero, ¿me equivoco? ¡Idiotas! Semejante exceso de confianza sirve de estandarte a la ignorancia. ¿Os dais un garbeo y ahora pretendéis que me esconda? Ah, ja, ja, ja. Tengo mis secretos, mis planes, mis intrigas. El genial laberinto de Iskaral Pust no puede ser sondeado por gentes como vosotros. Miraos. Ambos sois antiguos peregrinos de esta tierra mortal. ¿Por qué no habéis ascendido como los demás? Os lo voy a decir. La longevidad no lleva automáticamente de la mano a la sabiduría. Confío que aplastéis a todas las arañas a las que espiéis. Será mejor que lo hagáis, puesto que tal es el camino a la sabiduría. ¡Oh, sí, por supuesto, el camino!

»Los bhok'arala tienen cerebros pequeños. Diminutos cerebros dentro de sus diminutos cráneos redondos. Astutos como ratas, sus ojos brillan como piedras negras. En una ocasión, cuatro horas miré fijamente a los ojos de uno de ellos, y él a los míos. No apartamos la mirada una sola vez, oh, no, era un duelo y uno de nosotros había de perder. Cuatro horas, cara a cara, tan cerca que podía oler

su apestoso aliento, y él el mío. ¿Quién iba a ganar? Fue en el regazo de los dioses.

Mappo miró a Icarium, luego se aclaró la garganta antes de decir:

—¿Y quién de los dos, Iskaral Pust, ganó esa... contienda de ingenios?

Iskaral Pust dirigió una inequívoca mirada a Mappo.

—Mira a aquel que no cesa en su empeño, por insulso e irrelevante que pueda ser al final, y encontrarás en él el significado real de la estupidez. El bhok'aral podía mirarme a los ojos por siempre, puesto que tras ellos no brillaba la inteligencia. Tras sus ojos, me refiero. Fue la demostración de mi superioridad el hecho de hallar distracción en otra parte.

—¿Te has propuesto conducir a los d'ivers y a los soletaken al portal que hay aquí abajo, Iskaral Pust?

—Bruscos son los trell, decididos a dar traspiés y a precipitarse guiados por su determinación. Tal como dije. Todo lo ignoras de los misterios que hay en juego, los planes de Tronosombrío, los muchos secretos de la torre Gris, la Casa Amortajada donde se erige el trono de Sombra. Pero yo sí los conozco. A mí, de entre todos los mortales, me ha sido mostrada la verdad que se extiende ante mis ojos. Mi dios es generoso, mi dios es sabio, astuto cual rata. Las arañas deben morir. Los bhok'arala me han robado la escoba y la búsqueda que ofrecí a mis dos invitados. Icarium y Mappo Trell, famosos peregrinos del mundo, os encargo esta peligrosa tarea: buscad por mí esa escoba.



En el corredor, Mappo suspiró.

—En fin, todo para nada. ¿Qué hacemos ahora, amigo mío?

Icarium parecía sorprendido.

—Es obvio, Mappo. Tenemos que aceptar esta peligrosa tarea. Debemos encontrar la escoba de Iskaral Pust.

—Hemos explorado el monasterio, Icarium —dijo el trell con voz cansina—. No he visto escoba alguna.

Los labios del jhag se curvaron dando forma a una sonrisa traviesa.

—¿Explorado? ¿Hasta el último rincón, hasta el último agujero? Creo que no. Nuestra primera labor, no obstante, consiste en mirar en la cocina. Debemos pertrecharnos para esta inminente exploración nuestra.

—¿Lo dices en serio?

—En efecto.



Las moscas mordían con el calor, molestas como el que más bajo el ardiente sol. La gente copaba las fuentes de Hissar hasta el mediodía, hombro con hombro en las tibias y lóbregas aguas, antes de retirarse a la sombra de sus casas. No hacía un día para salir, y Duiker reparó en que estaba ceñudo al ponerse la liviana telaba mientras Bastión lo aguardaba en la puerta.

—¿Por qué no bajo la luz de la luna? —murmuró el historiador—. La frescura de la noche, las estrellas en lo

alto, bajo los ojos de los espíritus. ¡Eso sí que nos garantizaría el éxito!

La sonrisa sardónica de Bastión no ayudaba en lo más mínimo. Mientras se ataba el cinto, Duiker se volvió al veterano comandante.

—Muy bien, tú guías, tío.

La sonrisa del wickano se hizo más pronunciada, marcando aún más la cicatriz hasta que pareció que tenía dos sonrisas en lugar de una.

Afuera aguardaba Kulp con las monturas, a horcajadas en su propio caballo recio. Duiker pensó que la expresión malhumorada del mago de cuadro le complacía de un modo perverso.

Cabalgaron por las calles casi vacías. Era marrok, primera hora de la tarde, cuando cualquiera en su sano juicio se retiraba bajo techo a esperar que pasara lo peor del calor veraniego. El historiador se había acostumbrado a dormir la siesta durante el marrok; se comportaba como un cascarrabias, y estaba demasiado malhumorado para acudir al ritual de Sormo. Los hechiceros eran famosos por su indecoro, su deliberada manera de desafiar el sentido común. *Simplemente por la defensa de la decencia, a la emperatriz podría perdonársele las ejecuciones.* Torció el gesto, consciente de que no era aquella una opinión que pudiera pronunciarse al alcance del oído de ningún wickano.

Llegaron al extremo norte de la ciudad y cabalgaron media milla por el camino costero antes de adentrarse en el interior, en los eriales de Odhan. El oasis al que se acercaron al cabo de una hora no era tal; la fuente se había secado hacía mucho. Lo único que quedaba de lo que había sido un frondoso jardín natural entre las arenas eran

algunos cedros marchitos y nudosos que se alzaban de una alfombra de palmeras caídas.

Muchos de los árboles arrojaban extrañas sombras que despertaron la curiosidad de Duiker al acercarse a lomos del caballo.

—¿Qué son esos cuernos de los árboles? —preguntó Kulp.

—Creo que son de bhederin —respondió el historiador—. Los hundieron bien hondo en la corteza. Probablemente esos árboles tenían ya un millar de años cuando desapareció el agua.

El mago lanzó un gruñido.

—Pues resulta extraño que no los hayan talado a estas alturas con lo cerca que están de Hissar.

—Los cuernos sirven de advertencia —intervino Bastión—. Suelo sagrado. Lo fue, en tiempos. Los recuerdos permanecen.

—De eso no cabe duda —murmuró Duiker—. Sormo debería de evitar la arena sagrada, en lugar de salir a su encuentro. Si este lugar está protegido por medios mágicos, es probable que sea hostil a un hechicero wickano.

—Hace tiempo que aprendí a confiar en el buen juicio de Sormo E'nath, historiador. Te recomendaría que hicieras lo propio.

—Pobre el historiador que confíe en el buen juicio de nadie —replicó Duiker—. Incluso, y muy especialmente, en el suyo.

—«Caminas por arenas movedizas», tal como dirían los habitantes de este lugar —citó Bastión con un suspiro, antes de ofrecerle una de sus sonrisas torcidas.

—¿Y qué diríais vosotros, los wickanos? —preguntó Kulp. Un brillo travieso relució en la mirada de Bastión.

—Nada. Las palabras sabias son como flechas que se te clavan en la frente. ¿Qué puede hacerse? Agacharse, por supuesto. Esta verdad la conoce un wickano desde que empieza a montar, mucho antes de dar el primer paso.

Encontraron al hechicero en un claro. Habían barrido la arena, y debajo había aparecido el suelo lleno de hendiduras. Era lo que quedaba de una edificación. Las esquirlas de obsidiana relucían en las juntas.

Kulp desmontó, contemplando a Sormo, que se hallaba en el centro, las manos ocultas en las mangas.

—¿De qué se trata? —preguntó al librarse de una mosca con una bofetada—. ¿Un templo perdido y olvidado?

El joven wickano pestañeó lentamente.

—Mis ayudantes llegaron a la conclusión de que se trataba de un establo. Pero la verdad es que no ahondaron más en la cuestión.

Kulp se volvió ceñudo a Duiker.

—Odio el sentido del humor wickano —susurró.

Sormo les hizo un gesto para que se acercaran.

—Tengo intención de abrirme al aspecto sagrado de este kheror, que es el nombre que damos los wickanos a los lugares sagrados abiertos al cielo...

—¿Estás loco? —Kulp había empalidecido—. Esos espíritus te destrozarán la garganta, niño. Son de Siete...

—No lo son —replicó el hechicero—. Los espíritus de este kheror caminaron en épocas anteriores a las Siete. Pertenecen a la tierra, y si debes relacionarlos con un aspecto concreto, este tendrá que ser Tellann.

—Por la piedad del Embozado —gruñó Duiker—. Si en verdad es Tellann, entonces te las verás con los t'lan imass, Sormo. Desde el asesinato del emperador, los guerreros no muertos han vuelto la espalda a la emperatriz y a todo lo que simboliza el Imperio.

—¿Y nunca te has preguntado por qué lo hicieron? —preguntó el hechicero con mirada febril.

El historiador no supo qué decir. Tenía teorías al respecto, pero compartirlas con alguien, con cualquiera, constituiría un acto de traición.

La pregunta a Sormo formulada por Kulp logró devolver a Duiker a la realidad.

—¿Y te ha encargado la emperatriz Laseen esta misión? ¿Estás aquí para discernir lo que sucederá en el futuro o se trata tan solo de una distracción?

Bastión se había situado a unos pasos de ellos sin decir nada, pero al escuchar esas palabras escupió al suelo.

—No necesitamos de un vidente para saber qué pasará, mago.

El hechicero levantó los brazos a la altura de la cadera.

—Quédate cerca —dijo a Kulp, antes de que su mirada recalara en el historiador—. Y tú, observa y recuerda cuanto suceda aquí.

—Es precisamente lo que hago, hechicero.

Sormo asintió y cerró los ojos.

Su poder se extendió como una ondulación leve, sutil, sobre Duiker y los demás hasta abarcar todo el claro. La luz del día se desvaneció de repente, reemplazada por un crepúsculo suave, el aire seco sustituido de pronto por la humedad y el olor de un pantano.

En círculo alrededor del claro se levantaban como centinelas los cipreses. El musgo colgaba como cortinas de sus ramas, ocultando lo que se hallaba más allá, bajo una sombra impenetrable.

Duiker sentía el poder de Sormo E'nath como un cálido manto; jamás había sentido un poder tan intenso como aquel. Calmo y protector, fuerte pero sumiso. Se preguntó por la pérdida que había supuesto para el Imperio la

exterminación de aquellos hechiceros de guerra. *Error que obviamente la emperatriz ha corregido, aunque puede que tarde. ¿Cuántos hechiceros se perdieron en verdad?*

Sormo lanzó un grito que reverberó como si se hallaran en el interior de una caverna.

Al instante, el aire había cobrado vida, surcado de gélidos vientos que llegaban en rachas. Sormo trastabilló, abiertos ahora sus ojos, abiertos desmesuradamente en una expresión de alarma. Tomó aire, luego retrocedió visiblemente al probarlo, cosa de la que Duiker no podía culparle. Un hedor brutal montaba los vientos, más y más insoportable por momentos.

Una violencia tensa llenó por completo el claro, firme promesa anunciada por el repentino golpeteo de las ramas musgosas. El historiador vio acercarse a Bastión a un enjambre, y le advirtió de ello. El wickano giró sobre sus talones, desenvainados ya los cuchillos largos. Cuando recibió la primera picadura de avispa lanzó un grito.

—¡D'ivers! —voceó Kulp, cuya mano había aferrado a Duiker de la telaba, para después arrastrarlo al lugar donde Sormo permanecía de pie, como aturdido.

Las ratas cubrieron como un manto el suelo, chillando mientras atacaban a un puñado de serpientes.

El historiador sintió calor en las piernas y bajó la mirada. Las hormigas rojas le llegaban al muslo, y el calor se convirtió en un intenso dolor que también a él le llevó a gritar.

Con un juramento en los labios, Kulp liberó la senda en un pulso de poder. Las hormigas, chamuscadas, cayeron como polvo de las piernas del historiador. Se retiró el enjambre que había atacado a Bastión, y el d'ivers retrocedió.

Las ratas habían acabado con las serpientes sin mayores problemas, y en ese momento se disponían a cerrar sobre Sormo. El wickano las observó ceñudo.

Frente al lugar donde Bastión permanecía acucillado, abofeteando de manera fútil a las avispas que le picaban, una columna de fuego líquido tumbó al veterano.

Al buscar la fuente de la que había manado el fuego, Duiker reparó en que un demonio gigantesco había entrado en el claro. De piel oscura y con el doble del tamaño de un hombre, la criatura lanzó un rugido furioso y se arrojó contra un oso blanco. El claro estaba lleno de d'ivers y soletaken, cargado el ambiente de gruñidos y chillidos. El demonio cayó sobre el oso, echándolo al suelo con un crujir de huesos. Mientras el animal se retorció, el demonio negro saltó a un lado y volvió a rugir, pero en esa ocasión Duiker entendió lo que decía.

—¡Nos está advirtiéndolo! —dijo a Kulp.

Como un imán, la llegada del demonio atrajo a d'ivers y soletaken. Lucharon encarnizadamente entre sí por llegar a la criatura.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Duiker—. ¡Sácanos, Kulp, ahora!

—¿Cómo? —preguntó el mago en un furioso susurro—. ¡Es el ritual de Sormo, condenado ratón de biblioteca!

Aunque siguió en pie, el demonio desapareció bajo una turba de criaturas cuando d'ivers y soletaken treparon por lo que parecía una sólida columna de roca. Aparecieron los brazos negros, apartando a las criaturas muertas y moribundas. Pero no podía durar.

—¡Que el Embozado te lleve, Kulp! ¡Piensa en algo que podamos hacer!

—Arrastra a Bastión hasta Sormo. ¡Rápido! Déjame a mí al hechicero. —Y así, Kulp se acercó a la carrera a Sormo

sin dejar de gritar, pues su intención era la de despertarlo del hechizo que lo había aturdido. Duiker se volvió al lugar donde se acucillaba Bastión, a cinco pasos de distancia. Al acercarse al wickano, observó que le costaba mucho caminar, debido a las picaduras de hormiga que había sufrido.

El veterano había recibido docenas de picaduras. Tenía la piel hinchada. Estaba inconsciente, muerto, quizás. Duiker lo aferró del arnés y lo arrastró en dirección a Kulp y Sormo E'nath.

Cuando el historiador llegó, el demonio lanzó el último rugido antes de desaparecer bajo la turba que lo atacaba. Entonces, d'ivers y soletaken encararon a los cuatro hombres.

Sormo E'nath parecía inconsciente, la mirada perdida, incapaz de responder a los esfuerzos, a los gritos del mago para que recuperara la conciencia.

—O lo despiertas o estamos muertos —dijo jadeando Duiker, que se situó de pie sobre Bastión para enfrentarse, armado únicamente con un cuchillo, a las criaturas que se acercaban a ellos.

De poco podía servirle el arma cuando la lacerante marabunta de avispa cubrió en un instante la distancia que los separaba.

El mundo sufrió una sacudida y Duiker comprobó incrédulo que habían vuelto al oasis seco. D'ivers y soletaken habían desaparecido. El historiador se volvió a Kulp.

—¡Lo lograste! ¿Cómo?

El mago miró a Sormo E'nath, que gemía tumbado.

—Pagaré por ello —masculló antes de mirar a los ojos a Duiker—. Tuve que golpearlo. Maldición, casi me parto la mano. Era su pesadilla, ¿verdad?

El historiador pestañeó, acusó un temblor y se acucilló junto a Bastión.

—El veneno lo matará mucho antes de que obtengamos ayuda...

Kulp se puso de cuclillas también, y acarició con la mano el rostro hinchado del veterano.

—No es veneno. Se trata más bien de una senda infecciosa. Puedo encargarme de ello, Duiker. Y de tus piernas, también. —Cerró los ojos para concentrarse.

Lentamente, Sormo E'nath se incorporó. Miró a su alrededor, luego se acarició la barbilla con sumo cuidado, allí donde la huella de los nudillos de Kulp había quedado grabada como un archipiélago rojo sobre la piel.

—No tuvo elección —le dijo Duiker.

El hechicero asintió.

—¿Puedes hablar? ¿Has perdido algún diente?

—En algún lugar —dijo con perfecta claridad— un cuervo aletea cojo en el suelo. Solo quedan diez.

—¿Qué ha pasado, hechicero?

Sormo pestañeó.

—Algo inesperado, historiador. Está en marcha una convergencia. La senda de Manos. El portal de soletaken y d'ivers. Una desdichada coincidencia.

—Dijiste que era Tellann...

—Y así era —interrumpió el hechicero—. ¿Existe un nexo entre los cambiantes y los ancestros tellann? Lo ignoro. Quizás d'ivers y soletaken pasaban simplemente por la senda, suponiéndola desierta de t'lan imass y, por tanto, segura. Ningún t'lan imass al que enfrentarse; solo ellos para luchar entre sí.

—Pues por mí pueden exterminarse unos a otros —gruñó el historiador, cuyas piernas flaquearon hasta que, al igual que Sormo, decidió sentarse en el suelo.

—En un momento estoy contigo —advirtió Kulp.

Mientras asentía, Duiker se encontró observando atentamente a un escarabajo que, en un esfuerzo titánico, empujaba a un lado un fragmento de corteza de palmera. Percibió una esencia profundamente simbólica en aquella imagen, pero estaba demasiado cansado como para ahondar en ello.

CAPÍTULO 5



Los bhok'arala parecen haberse originado en los eriales de Raraku. Estas criaturas no tardaron en extenderse hacia las costas, y pronto fueron conocidas a lo largo y ancho de Siete Ciudades. Por ser un medio eficaz para el control de las ratas en los asentamientos, los bhok'arala no solo fueron tolerados, sino a menudo estimulados. No pasó mucho tiempo antes de que se estableciera la próspera exportación de la raza domesticada...

El uso y la inversión demoníaca de esta especie entre magos y alquimistas es un asunto que debería tratarse en ensayos más específicos que este. El *Tricentésimo vigésimo primer ensayo de Baruk* ofrece un análisis sucinto para los estudiosos que quieran ahondar en la materia...

Ciudadanos de Raraku
Imrygyn Tallobant

Con la excepción de la tormenta de arena, a cuyo paso habían permanecido a resguardo en Trob, y las perturbadoras noticias de la matanza de la torre de Ladro, que les había sido referida por un jinete de una caravana escoltada que viajaba camino a Ehrlitan, el viaje hasta G'danisban había carecido por completo de sucesos para Violín, Azafrán y Apsalar.

Pero Violín sabía que los riesgos que los aguardaban al sur de la pequeña ciudad en Pan'potsun Odhan eran lo

bastante grandes como para que le dieran retortijones. Ya había supuesto que disfrutarían de una gran calma hasta acercarse a G'danisban. Con lo que no había contado era encontrarse a un ejército rebelde acampado frente a las murallas de la ciudad.

La fuerza principal del ejército ocupaba ambos lados del camino, oculta por una delgada línea de colinas en la parte norte. El camino condujo a los tres confiados viajeros hasta el borde del perímetro donde acampaban los soldados, de modo que no hubo manera de evitarlo.

Una compañía de soldados de infantería custodiaba el camino desde las colinas colindantes, y supervisaban el tráfico, interrogando con diligencia a todo aquel que pretendía entrar en la ciudad. La compañía contaba con el apoyo de una veintena de guerreros montados de la tribu arak, en quienes se confiaba a ciegas para perseguir a cualquier viajero que optara por emprender la huida al acercarse a la barricada provisional.

Violín y sus acompañantes tendrían que seguir cabalgando y fijar sus esperanzas en la efectividad de sus disfraces. El zapador no tenía demasiada confianza, lo que confirió a su frente el típico fruncimiento de ceño de un gral, expresión que despertó cierta cautela en dos de los tres guardias que se acercaron para interrogarles en la barricada.

—La ciudad está cerrada —dijo el único guardia al que había dejado indiferente, precisamente el que se hallaba más cerca de él, recalcando sus palabras al escupir al suelo, entre los cascos del caballo de Violín.

Más tarde se diría que incluso el caballo de un gral reconocía un insulto cuando lo veía. Antes de que Violín pudiera reaccionar, el caballo ladeó la cabeza y mordisqueó al guardia en la cara. El caballo había torcido la cabeza

para cerrar las mandíbulas a la altura de las mejillas del guardia, de modo que le arrancó estas, el labio superior y la nariz. Sangre a chorros. El guardia cayó como un saco de patatas mientras profería un agudo y penetrante grito de dolor.

A falta de algo a lo que agarrarse, Violín aferró las orejas del castrado y tiró con fuerza, lo cual obligó al animal a corcovear cuando precisamente se disponía a cocear al guardia herido. El zapador disimuló la impresión que aquel suceso le había causado frunciendo aún más el ceño y lanzando una sarta de maldiciones gral a los otros dos guardias, que habían retrocedido para poner la pica en ristre.

—¡Malditos perros rabiosos! ¡Mendrugos anales de cabras disentéricas! ¡Menudo espectáculo para que lo presencie esta pareja de recién casados! ¿Maldeciréis su matrimonio apenas cumplidas las dos semanas del día señalado? ¿Debo soltar las pulgas de mi cabeza para desgarrar la inválida carne de vuestros gelatinosos huesos?

A medida que Violín daba rienda suelta a todas las expresiones de enfado gral que era capaz de recordar, en un esfuerzo por mantener a los guardias en aquel estado, una tropa de la caballería arak llegó al galope.

—¡Gral! ¡Te ofrezco diez jakatas por tu caballo!

—¡Doce, gral! ¡Que sea para mí!

—¡Quince y mi hija pequeña!

—¡Cinco jakatas por tres pelos de la cola!

Violín volvió su ceño más fiero a los jinetes.

—¡Ninguno de vosotros es lo bastante bueno para oler la mierda de mi caballo! —Sin embargo, sonrió, desatando un pellejo de cerveza y arrojándolo con una mano al arak que tenía más cerca—. Pero dejadnos acampar con los vuestros esta noche y por una moneda podréis apoyar las palmas de

las manos en su pelaje y sentir su calor... ¡Pero una sola vez! ¡Si queréis más, tendréis que pagar!

Con unas sonrisas de oreja a oreja, los arak se pasaron el pellejo de cerveza, tomando largos tragos hasta finalizar el convite que era ritual. Al compartir la cerveza, Violín los había tratado como a iguales, gesto que había compensado con creces el insulto que les había dedicado en primera instancia.

Violín volvió la mirada a Azafrán y a Apsalar. A ambos se les veía algo inquietos. El zapador contuvo la sensación de náuseas que tenía y les guiñó un ojo.

Los guardias se habían recuperado, pero antes de que pudieran acercarse, los de la tribu colocaron las monturas para cerrarles el paso.

—¡Cabalga con nosotros! —voceó a Violín uno de los arak. Como uno solo, la tropa volvió grupas. Tras recuperar las riendas, Violín hincó los talones animando al caballo a seguirlos, suspirando al escuchar a su espalda que los recién llegados le imitaban.

Iba a ser una carrera al campamento de los arak, y, fiel a su repentina leyenda, el caballo gral parecía decidido a forzar hasta el último de sus músculos para ganarla. Violín jamás había montado semejante animal, y se encontró sonriendo a su pesar, incluso cuando la imagen del rostro desfigurado del guardia ardía aún gélida en la boca de su estómago.

Las tiendas de los arak se alineaban en los bordes de la cima de una colina cercana azotada por los vientos, separados por grupos, para que ninguno diera sombra a los demás, lo que constituía un insulto. Las mujeres y los niños fueron a la cresta a presenciar la carrera, y dieron voces cuando el caballo de Violín superó a los que iban en cabeza y se ladeó para marcar posición y empujar al competidor

que hacía unos instantes le sacaba un cuerpo. El caballo hizo una cabriola y a punto estuvo de echar al jinete de la silla, luego se enderezó con un relincho salvaje al ver que le ganaban la carrera.

Sin ningún otro impedimento, Violín se inclinó hacia delante cuando su caballo ganó la colina y remontó la ladera cubierta de hierba. La hilera de espectadores se separó al llegar el caballo a la cresta y tirar Violín de las riendas en mitad de las tiendas.

Tal como haría cualquier tribu de las llanuras, a la hora de montar un campamento los arak preferían lo alto de las colinas a los valles. Los vientos reducían considerablemente el número de insectos, unas piedras bastaban para asegurar las tiendas al suelo e impedir que pudiera llevárselas el viento, y uno podía disfrutar tanto de la salida como de la puesta de sol, que señalaban el inicio del ritual de acción de gracias.

La distribución del campamento le resultaba familiar a Violín, que había cabalgado con exploradores wickanos por esas tierras durante las campañas del emperador. En el centro del anillo formado por las tiendas había un fuego bordeado de piedras. El cercado para los caballos estaba entre dos tiendas, y lo constituían cuatro postes de madera, unidos entre sí por una cuerda de cáñamo. Había unos haces de fieltro enrollados muy cerca, secándose al sol, junto a los trípodes donde se extendían las pieles y tiras de carne.

La docena, más o menos, de perros que había en el campamento rodeó al castrado cuando Violín detuvo la andadura para orientarse. Los perros podían suponer un problema, pensó, aunque confiaba que la suspicacia de los animales se extendiera a todo aquel que era ajeno al

campamento, incluidos los gral. De otro modo, de nada le serviría el disfraz.

La tropa llegó al cabo de unos instantes. Los jinetes daban voces y reían al tirar de las riendas y saltar de las sillas. Los últimos en llegar a la cima fueron Azafrán y Apsalar, ninguno de los cuales parecía muy por la labor de tomar parte en las efusivas muestras de buen humor.

Al ver sus caras, Violín recordó al guardia desfigurado en el camino, y su rostro recuperó el fruncimiento de ceño al deslizarse de la silla.

—¿La ciudad está cerrada? —gritó—. ¡Otra estupidez mezla!

El jinete arak que había hablado antes se acercó a él aún a lomos del caballo y con una sonrisa fiera en el delgado rostro.

—¡Mezla no! ¡G'danisban ha sido liberada! Las liebres sureñas han huido ante la promesa del torbellino.

—En tal caso, ¿por qué nos está vedado el acceso a la ciudad? ¿Acaso somos mezla?

—¡Limpieza, gral! Los mercaderes y los nobles mezla infestan G'danisban. Ayer fueron arrestados y hoy serán ejecutados. Mañana por la mañana conducirás a tu bendita pareja al interior de una ciudad libre. ¡Ven, que esta noche lo vamos a celebrar!

Violín se acuclilló a la manera de los gral.

—Entonces, ¿ha levantado Sha'ik el torbellino? —Se volvió a Azafrán y Apsalar, como si lamentara de pronto haber asumido la responsabilidad—. ¿Ha estallado la guerra, arak?

—Pronto —respondió el otro—. Fuimos malditos con la impaciencia —añadió con una sonrisa afectada.

Azafrán y Apsalar se acercaron. El arak se fue a ayudar en los preparativos de los festejos que habrían de

celebrarse aquella noche. Se arrojaron monedas a los cascos del castrado y, con mucho tiento, los de la tribu arrimaron la mano al cuello y los flancos del animal. Por un instante, los tres viajeros disfrutaron de cierta intimidad.

—Nunca olvidaré lo sucedido a ese guardia —confesó Azafrán—, aunque pido al Embozado que pueda hacerlo. ¿Vivirá ese pobre hombre?

—Si eso es lo que quiere... —respondió el zapador, encogiéndose de hombros.

—O eso, o insultar a los arak y arriesgarse a quedarse sin entrañas.

—No podremos mantener esta farsa mucho más tiempo —dijo Apsalar—. Azafrán no habla una palabra de la lengua de esta tierra, y yo tengo acento malazano.

—Ese soldado tenía mi edad —murmuró el ladrón daru.

—Nuestra única opción consiste en introducirnos en G'danisban para que podamos presenciar la venganza del torbellino —expuso, ceñudo, Violín.

—¿Otro festejo de lo que se avecina? —preguntó Azafrán—. ¿Se trata de ese condenado Apocalipsis del que siempre hablas? Tengo la sensación de que las gentes de esta tierra no hacen más que hablar.

—Los festejos que se llevarán a cabo esta noche en G'danisban —dijo lentamente Violín, tras aclararse la garganta— tendrán por protagonista el desuello de unos cuantos centenares de malazanos vivos, Azafrán. Si mostramos nuestro deseo de presenciar el evento, puede que estos arak no se ofendan si partimos antes de tiempo.

Al volverse Apsalar, vio que se acercaban media docena de miembros de la tribu.

—Inténtalo, Violín —dijo.

El zapador a punto estuvo de dedicarle un saludo marcial. En lugar de ello, se limitó a susurrar una

maldición.

—¿Dándome órdenes, recluta?

—Creo que ya daba órdenes cuando estabas acurrucado en el regazo de tu madre, Violín. Conozco al que me poseyó. Son sus instintos los que suenan como acero sobre piedra en mi interior. Haz lo que te digo.

Al llegar los arak, se esfumó la oportunidad de replicar.

—¡Bendito eres, gral! —exclamó uno de ellos—. ¡Un clan gral se acerca a participar del Apocalipsis! ¡Esperemos que al igual que tú traigan su propia cerveza!

Violín les dedicó un saludo afectuoso, pero luego sacudió la cabeza.

—No podrá ser —dijo, conteniendo mentalmente el aliento—. Soy un descastado. Además, la pareja de recién casados quieren que entremos en la ciudad... para presenciar las ejecuciones; creen que de ese modo se bendecirá su unión. Soy su escolta, y debo obedecer sus órdenes.

Apsalar dio un paso al frente e inclinó la cabeza.

—No deseamos ofenderos —dijo.

La cosa no iba bien. Los rostros de los arak se habían nublado.

—¿Un descastado? ¿No tienes familia que honre tu paso, gral? Quizás debamos retenerte para que tus hermanos puedan vengarse, y ellos a cambio nos den tu caballo.

Con una perfección exquisita, Apsalar estampó el pie para dar rienda suelta a la furia de una hija mimada y de una recién casada.

—¡Estoy embarazada! ¡Desafiadme y seréis malditos! ¡Iremos a la ciudad! ¡Ahora!

—Puedes contratar a uno de los nuestros para que os escolte durante el resto de vuestro viaje, bendita mujer. ¡Pero dejad atrás a este gral! ¡No merece serviros!

Temblorosa, Apsalar hizo ademán de retirarse el velo, gesto que anunciaba su disposición a pronunciar la maldición.

Los arak dieron un paso atrás.

—¡Todo por ese caballo! ¡No es más que una muestra de codicia! Ahora voy a maldeciros a todos...

—¡Perdónanos! Ante ti nos postramos, bendita dama. No toques siquiera el velo. ¡Marchad, marchad pues! ¡A la ciudad! ¡Marchad!

Apsalar titubeó. Por unos instantes, Violín creyó que los maldeciría de todas formas. En lugar de ello, la joven giró sobre sus talones.

—Escóltanos una vez más, gral —ordenó.

Rodeados de rostros asustados, preocupados, los tres montaron.

Uno de los arak que había hablado antes se acercó al zapador.

—Quedaos una sola noche y luego apretad el paso, gral. Tu familia te perseguirá.

—Diles que gané el caballo en una lucha justa. Diles eso.

—¿Conocen la historia? —preguntó el arak, ceñudo.

—¿Qué clan es?

—Sebark.

El zapador negó con la cabeza.

—En tal caso, te perseguirán solo por placer. De cualquier manera, les transmitiré tus palabras. Y una cosa te diré: valía la pena matar por tu caballo.

Violín recordó al gral borracho a quien había comprado el castrado en Ehrlitan. Tres jakatas. Los hombres de la tribu que entraban en las ciudades solían perder muchas cosas.

—¿Os beberéis mi cerveza esta noche, arak?

—Lo haremos. Antes de que lleguen los gral. Y ahora cabalgad.



Cuando cabalgaban por el camino en dirección a la puerta norte de G'danisban, Apsalar se dirigió a él:

—Ahora tenemos problemas, ¿verdad?

—¿Es lo que te dicta el instinto, moza?

Ella torció el gesto.

—Sí. —Violín suspiró—. Eso mismo. Cometí el error de contarles esa historia del descastado. Ahora estoy convencido, teniendo en cuenta tu actuación en el campamento, que hubiera bastado con la amenaza de echarles esa maldición.

—Probablemente.

—¿Vamos a presenciar esas ejecuciones, Violín? —preguntó Azafrán.

—De ninguna manera —sacudió la cabeza el zapador—. Vamos a pasar a caballo, si podemos. —Y dijo a Apsalar—: Deja que amaine tu coraje, moza: Otra rabieta y los ciudadanos te sacarán por la puerta sur en un lecho de oro.

Ella respondió con una sonrisa irónica.

No te enamores de esta mujer, Violín, viejo amigo, o perderás a este muchacho y no tendrás más remedio que achcarlo a una ironía del destino...



Las salpicaduras de sangre manchaban los guijarros bajo el arco de la puerta norte y unos juguetes de madera yacían desparramados por el suelo, rotos y aplastados a ambos lados de la calzada. Próximos se oían los gritos de los niños moribundos.

—No podemos hacerlo —dijo Azafrán, pálido como un muerto. Cabalgaba junto a Violín, seguidos de cerca por Apsalar. Los saqueadores y los hombres armados aparecieron ante su mirada al otro lado de la calle, pero a su paso encontraron la ciudad extrañamente despejada. El humo se elevaba de todos los edificios, y tanto los puestos de los mercaderes como las casas se veían totalmente vacíos.

Cabalgaron entre el mobiliario quemado, los cacharros de arcilla y cerámica rotos, y los cadáveres retorcidos en posturas inverosímiles. Los gritos agónicos de los niños, a su derecha, habían cesado por fin, pero otros gritos lejanos se alzaron espectrales, procedentes del centro de G'danisban.

Los sorprendió una figura que cruzó por delante de ellos, una joven desnuda y magullada. Corrió como si no advirtiera su presencia y trepó a un carro de ruedas rotas que no distaba ni quince pasos de Violín y sus acompañantes. La vieron esconderse en el interior de aquella tartana.

Seis hombres armados se acercaron por una calle lateral. Llevaban armas improvisadas, y ninguno de ellos vestía armadura. La sangre seca y negra cubría sus telabas. Uno de ellos habló:

—¡Gral! ¿Has visto a la chica? Aún no hemos terminado con ella.

Antes de formular por completo aquella pregunta, otro de ellos sonrió al señalar el carro. Las rodillas y los pies de la muchacha asomaban visiblemente del interior.

—¿Mezla? —preguntó Violín.

El cabecilla del grupo se encogió de hombros.

—Así es. No temas, gral. La compartiremos.

El zapador escuchó el lento y largo suspiro de Apsalar, y se relajó en la silla.

El grupo se dividió en dos al pasar junto a Violín, Azafrán y Apsalar. El zapador se inclinó hacia el hombre que tenía más cerca como si nada y hundió la punta del cuchillo largo en la base del cráneo. El castrado gral coceó a otro con los cuartos traseros, le partió la caja torácica y lo empujó hacia atrás hasta dejarlo despatarrado en el suelo.

Al recuperar el control del castrado, Violín hundió los talones en los flancos. Ambos salieron disparados, a la carga sobre el generoso líder del grupo. Bajo las herraduras del caballo se oyó el crujir de huesos y el desagradable ruido que produjo el cráneo al ser aplastado. Violín se volvió en la silla y vio que quedaban tres hombres.

Dos de ellos chillaban de dolor cerca de Apsalar, quien permanecía inmóvil en la silla, con un cuchillo kethra de gruesa hoja en cada mano enguantada.

Azafrán había desmontado y permanecía en ese momento acucillado sobre el último cadáver, de cuya garganta recuperó el cuchillo arrojadizo.

Al volverse junto al torno de un alfarero, observaron que la muchacha salió del carro, se puso en pie y echó a correr hacia las sombras de un callejón, donde la perdieron de vista.

En ese momento oyeron el estruendo de los jinetes que se acercaban procedentes de la puerta norte.

—¡Montad! —ordenó Violín.

Azafrán saltó por la grupa del caballo. Apsalar envainó los cuchillos e inclinó la cabeza hacia el zapador mientras aferraba las riendas.

—¡Salid por la puerta sur!

Violín los vio marcharse, luego saltó del castrado y se acercó a los dos hombres a los que había herido Apsalar.

—Ah —dijo al aproximarse y comprobar que les había cortado la horcajadura—. Esa es mi moza.

Llegaron los jinetes. Todos ellos lucían en bandolera cintas de color ocre sobre el pecho cubierto por el peto de malla. Su comandante abrió la boca para dirigirse a Violín, pero este se le adelantó:

—¿Acaso la hija de un hombre no está a salvo en esta ciudad siete veces maldita? ¡No era mezcla, por mis antepasados que no! ¿Es este vuestro Apocalipsis? Entonces, ¡rezaré para que el pozo de las serpientes os sea reservado en los siete infiernos!

—Gral, ¿dices que esos hombres eran violadores? —preguntó ceñudo el comandante.

—Una zorra mezcla recibe lo que se merece, pero la muchacha no era mezcla.

—De modo que los mataste. ¿A los seis?

—Así es.

—¿Quiénes eran los otros dos jinetes que te acompañaban?

—Peregrinos a los que debo proteger.

—Aun así acaban de adentrarse en el centro de la ciudad... sin llevarte a su lado.

Violín lo observó con el entrecejo arrugado mientras el comandante inspeccionaba a las víctimas con la mirada.

—Hay dos que siguen con vida.

—Malditos sean con un millar de aspiraciones más, antes de que el Embozado se los lleve.

El comandante se inclinó sobre la perilla y guardó silencio un instante.

—Reúnete con tus peregrinos, gral. Van a necesitar de tus servicios.

—¿Quién gobierna ahora en G'danisban? —preguntó Violín al montar.

—Nadie. El Ejército del Apocalipsis tan solo se ha hecho con dos distritos. Mañana tomaremos los demás.

Violín volvió grupas y puso al caballo al galope. La tropa de jinetes no lo siguió. El zapador maldijo para sí: el comandante tenía razón, no debió ordenar a Apsalar y Azafrán que se alejaran. Era consciente de su fortuna, ya que quedarse con los violadores era un gesto que podía considerarse muy característico de los gral, la oportunidad de jactarse ante los jinetes de las bandas rojas, la oportunidad de dar voz a maldiciones y juramentos y mostrar la inexpugnable arrogancia de un hombre de la tribu, pero había corrido el riesgo de dar a entender que poco le importaba el juramento de proteger a la pareja que lo acompañaba. Había reparado en el asco que traslucía la mirada del comandante. Con todo, había visto a un auténtico jinete guerrero gral. De no ser por las horripilantes destrezas de Apsalar, aquellos dos jovenzuelos estarían metidos en un buen brete.

Cabalgó por el camino que habían tomado, consciente de que el castrado respondía al menor movimiento por su parte. El caballo sabía que no era gral, pero con el tiempo había decidido que se comportaba de forma correcta, lo bastante bien como para que le debiera cierto respeto. Aquella era, reflexionó, la única victoria de la jornada.



La plaza mayor de G'danisban era donde se había llevado a cabo la matanza. Violín alcanzó a sus acompañantes cuando estos apenas habían empezado a bregar por aquel lugar escalofriante. Ambos se volvieron al acercarse, y Violín alcanzó a inclinar brevemente la cabeza, para corresponder, quizás, al alivio que vio en sus rostros al reconocerlo.

Incluso el castrado gral titubeó en el extremo de la plaza. Los cadáveres que cubrían los guijarros se contaban a cientos. Ancianos y niños en su mayoría. A todos los habían despedazado o, en algunos casos, quemado vivos. El hedor a sangre calentada por el sol, a bilis y a carne cercenada colgaba como una densa nube sobre la plaza.

Violín tragó saliva para contener la náusea. Luego se aclaró la garganta.

—Más allá de esta plaza nadie tiene el control —dijo.

—¿Son malazanos? —preguntó Azafrán, señalando los cadáveres.

—Así es, muchacho.

—Durante la conquista, ¿se comportaron así los ejércitos de Malaz con los habitantes de esta ciudad?

—¿Te refieres a si se trata de una represalia?

Apsalar intervino en la conversación con cierta vehemencia.

—El emperador hacía la guerra a los ejércitos, no a los civiles...

—Excepto en Aren —la interrumpió Violín, que recordó la conversación que había mantenido con el caminante espiritual tanno—. Cuando los t'lan imass se levantaron en la ciudad...

—¡No fue por orden de Kellanved! —replicó ella—. ¿Quién ordenó a los t'lan imass entrar en Aren? Yo te lo diré. Fue Torva, la comandante de la Garra, la misma mujer que adoptó luego otro nombre...

—Laseen. —Violín observó intrigado a la joven—. Nunca había escuchado antes semejante aseveración, Apsalar. No hubo órdenes escritas, o al menos nadie las encontró...

—Debí matarla allí, en ese preciso momento —masculló Apsalar.

Asombrado, Violín se volvió a Azafrán. El daru negó con la cabeza.

—Apsalar —dijo lentamente el zapador—, tan solo eras una cría cuando Aren se rebeló para caer derrotada ante los t'lan imass.

—Eso ya lo sé —respondió ella—. Pero estos recuerdos... Son muy claros. Fui enviada a Aren, a ver la matanza. A averiguar qué había sucedido. Yo... discutí con Torva. No había nadie más en la habitación. Únicamente Torva y yo.

Llegaron al extremo opuesto de la plaza. Violín tiró de las riendas y examinó a Apsalar un largo rato.

—Fue la Cuerda —dijo Azafrán—, dios patrón de los asesinos, quien te poseyó. No obstante, tus recuerdos...

—Los de Danzante. —En cuanto pronunció esas palabras, Violín supo que era cierto—. La Cuerda tiene otro nombre: Cotillion. Por el aliento del Embozado, ¡es tan obvio! A nadie se le escapó que había habido un asesinato. Tanto Danzante como el emperador... asesinados por Laseen y su Garra. ¿Qué hizo Laseen con los cadáveres? Nadie lo sabe.

—De modo que Danzante salió con vida de esa —dijo Azafrán, ceñudo—. Y ascendió. Se convirtió en dios patrón del reino de Sombra.

Apsalar no hizo comentario. Miraba y escuchaba con calculada expresión ausente.

Violín se maldecía por haber sido un ciego idiota.

—¿Qué Casa apareció al poco en la baraja de los Dragones? Sombra. Dos nuevos ascendientes: Cotillion y Tronosombrío...

Azafrán abrió los ojos desmesuradamente.

—Tronosombrío es Kellanved —dijo—. No fueron asesinados. Ninguno de ellos lo fue. Ambos escaparon al ascender.

—Al reino de Sombra —sonrió irónico Violín—. Para planear la venganza, lo que con el tiempo condujo a Cotillion a poseer a la joven hija de un pescador en Itko Kan, y emprender lo que sería un largo y tortuoso camino hacia Laseen. ¿Qué salió mal, Apsalar?

—Todo eso es cierto —dijo ella con voz neutra.

—Entonces, ¿por qué Cotillion no se reveló ante nosotros? —preguntó Violín—. ¿Contra Whiskeyjack, contra Kalam? ¿Y Dujek? Maldición, Danzante nos conocía a todos, y si ese cabrón entendía el significado de la palabra amistad, aquellos a los que acabo de mencionar eran sus amigos.

La súbita risa de Apsalar asustó a ambos.

—Podría mentir y decirte que quería protegeros a todos. Pero ¿de veras quieres saber la verdad, abrasapuentes?

Violín se dio cuenta de que se estaba sonrojando.

—Sí —gruñó.

—Danzante solo confiaba en dos hombres. Uno era Kellanved. El otro era Dassem Ultor, primera espada. Dassem ha muerto. Lamento si esto te ofende, Violín. Pensándolo bien, diría que Cotillion no confiaba en nadie. Ni siquiera en Tronosombrío. Respecto al emperador

Kellanved... Es decir, al ascendiente Kellanved, a Tronosombrío, ah, eso ya es harina de otro costal.

—Era un insensato —aseguró Violín, tomando las riendas.

La sonrisa de Apsalar resultaba extrañamente meditabunda.

—Basta de charlas —dijo Azafrán—. Salgamos de una condenada vez de esta ciudad.

—Eso.



El corto viaje de la plaza a la puerta sur pasó sin mayores sobresaltos, a pesar de las advertencias del comandante. El crepúsculo envolvía las calles, y el humo de una manzana de edificios en llamas se alzaba dando pie a una bruma acre que convertía la necesidad de respirar en una tortura. Cabalgaban por las postrimerías de aquel desastre, pasados ya los momentos de furia, de regreso a la conciencia, la vergüenza y el asombro.

Aquel momento era como una breve aspiración en lo que Violín sabía que habría de convertirse en la chispa de una constante llamarada fugaz. Si las legiones malazanas no se hubieran visto obligadas a retirarse de la cercana Pan'potsun, hubiera existido la posibilidad de aplastar aquella primera chispa con una brutalidad a la altura de los rebeldes. Cuando la carnicería se vuelve contra quienes la han perpetrado, la sed de sangre poco tarda en templarse.

El emperador hubiera actuado sin perder un instante, con firmeza. *Por el aliento del Embozado, jamás hubiera permitido que esto llegara tan lejos.*

Antes de que sonara la décima campanada, tras haber abandonado la plaza, pasaron bajo el arco, tiznado de negro por el humo, correspondiente a la puerta sur, puerta en la que no había ningún guardia. Más allá se extendía Pan'potsun Odhan, flanqueado a poniente por la cordillera que separaba Odhan del sagrado desierto Raraku. La luz de las primeras estrellas nocturnas titilaba en el firmamento.

—Hay un pueblo a unas dos leguas al sur. Con suerte no encontraremos allí un nuevo festín para los cuervos. Al menos, aún no —dijo Violín, que fue el primero en romper el silencio.

—Violín, si Kalam hubiera sabido lo de Danzante, es decir, lo de Cotillion...

El zapador sonrió, vuelto a Apsalar.

—Ahora ella estaría con él.

Un chillido interrumpió la conversación cuando Azafrán se disponía a replicar. Una criatura voladora había surgido de las sombras batiendo sus alas y había chocado con la espalda del muchacho. Azafrán lanzó un grito de alarma cuando la criatura primero se aferró a su cabello y luego se encaramó a la cabeza.

—¡Moby! —dijo Violín, intentando contener el nerviosismo que había despertado en su interior la llegada del familiar—. Por lo visto se ha metido en una pelea —observó.

Azafrán apartó a Moby de su cabeza y lo tomó en brazos.

—¡Está sangrando!

—Nada serio, supongo —dijo Violín.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

El zapador sonrió.

—¿Has visto alguna vez cómo se aparean los bhok'arala?

—Violín —dijo Apsalar, tenso el tono de voz—. Nos persiguen.

Después de tirar de las riendas, Violín se puso en pie sobre los estribos y volvió el cuerpo al camino que habían recorrido. En la lejana penumbra había una nube de polvo. Al verla, lanzó una maldición.

—El clan gral.

—Pues sí. Que la Reina nos proporcione caballos de refresco en Nueva Velar.



En la base de tres gargantas que convergían, Kalam abandonó el camino falso y, con sumo cuidado, guió al caballo por un canal de drenaje. Tenía grabados los viejos recuerdos de los caminos que llevaban a Raraku. *Puede que todo haya cambiado; sin embargo, sigue siendo lo mismo.*

De los innumerables senderos que pasaban por las colinas, todos a excepción de unos pocos conducían a una muerte segura. Las rutas falsas llevaban muy astutamente lejos de los pocos manantiales y abrevaderos que había. Sin agua, el sol de Raraku se convertía en un acompañante fatídico. Kalam conocía el sagrado desierto de Raraku, y el mapa que conservaba en la memoria, a pesar de las décadas transcurridas, volvía a la vida con cada accidente del terreno que reconocía. Peñascos, rocas inclinadas, el recorrido de un antiguo canal de riego. Se sentía como si jamás se hubiera marchado de aquel lugar, por todas sus nuevas lealtades, sus obediencias enfrentadas. *De nuevo soy un hijo del desierto. De nuevo, siervo de su sagrada necesidad.*

Tal como el viento y el sol hacían con la piedra, Raraku daba forma a todo aquel con quien trabara conocimiento.

Cruzarlo había forjado las almas de las tres compañías que después serían conocidas por el nombre de Abrasapuentes. *No se nos ocurrió otro nombre. Raraku abrasado a nuestro paso, pues redujimos a cenizas todo cuanto encontramos en el camino.*

Condujo al semental a una ladera de piedras movedizas, roca y arena. Tuvo sus dificultades para remontar la ladera, pero al final tomó el sendero auténtico que discurría por una cordillera en suave descenso a poniente, al suelo de Raraku.

Las estrellas brillaban como punta de cuchillo en lo alto. Los riscos blanquecinos de piedra caliza relucían argénteos bajo la discreta luz de la luna, como si reflejaran recuerdos de días pasados.

El asesino condujo al caballo entre los cimientos de dos atalayas. Bajo los cascos del semental crujió el ladrillo. Los rhizanos sobrevolaban su camino con un imperceptible aleteo. Kalam se sintió como si hubiera regresado a casa.

—Ni un paso más —advirtió una voz áspera.

Kalam tiró de las riendas con una sonrisa.

—Menuda forma de llamar la atención —continuó la voz—. Un semental del color de la arena, telaba roja...

—Anuncio lo que soy —respondió Kalam. Había distinguido que la voz se originaba en las espesas sombras de un pozo, situado tras la atalaya izquierda. Le apuntaban con una ballesta, pero Kalam sabía que podría esquivar el virote cayendo de la silla e interponiendo el caballo entre él y el extraño que le apuntaba. Dos cuchillos bien lanzados al bulto pondrían punto y final a la disputa. Se sintió relajado.

—Desármalo —ordenó la voz.

A su espalda, dos manazas lo aferraron de las muñecas a la espalda y tiraron de los brazos hacia atrás hasta que se vio arrastrado. Maldijo furioso al caer de la silla del caballo.

En cuanto lo hubieron apartado de la montura, primero retorcieron sus brazos por la espalda y luego golpearon su rostro contra el suelo de piedra. El aire abandonó sus pulmones. Kalam estaba perdido.

Oyó al hombre que lo había amenazado salir del pozo y acercarse a él. La montura lanzó un mordisco, pero el extraño no tardó en tranquilizarlo con unas palabras ininteligibles al oído. El asesino escuchó cómo sacaban las alforjas y las dejaban en el suelo. Acto seguido, las abrieron.

—Ah, pues resulta que es él.

Las manos soltaron a Kalam. Con un gruñido, el asesino se las apañó para ponerse bocarriba. Vio a su lado lo que parecía un hombre gigantesco, el rostro tatuado como un vidrio roto. Una única trenza colgaba del lado izquierdo del pecho. Llevaba una capa de piel de bhederin sobre una cota que parecía hecha de valvas de almeja. La empuñadura de madera y piedra de un arma de filo de algún tipo asomaba bajo el brazo izquierdo. El ancho cinto sobre el taparrabo estaba ornamentado con lo que pareció a Kalam los sombreros de hongos secos de varios tamaños. Medía unos dos metros, contaba con la musculatura de un hombretón y su rostro llano, ancho, lo miraba sin que su expresión revelase absolutamente nada.

El asesino se sentó tras recuperar el aliento.

—Hechizador sigilo el tuyo —masculló.

El hombre que tenía en las manos el libro del Apocalipsis alcanzó a escuchar aquellas palabras y lanzó un bufido.

—Te dices a ti mismo que ningún mortal podría haberse acercado tanto a ti sin oírle. Te dices que debe de haber magia de por medio. Pero te equivocas. Mi compañero es un toblakai, un esclavo fugado de la llanura Laederon de Genabackis. Ha visto diecisiete veranos y ha matado con sus propias manos a cuarenta y un enemigos. Lleva las orejas

que les cortó en el cinto. —El hombre se levantó, tendiendo la mano a Kalam—. Bienvenido seas a Raraku, Librador. Nuestra larga vigilia ha terminado.

Kalam aceptó la mano que le tendía el hombre, quien le puso en pie sin el menor esfuerzo. El asesino se sacudió el polvo de la ropa.

—Entonces, no sois bandidos.

El extraño rompió a reír.

—No, de ninguna manera. Soy Leoman, capitán de la guardia personal de Sha'ik. Mi compañero niega el nombre a los extraños, de modo que lo dejaremos así. Somos los dos a los que ella escogió.

—Debo entregarle el libro personalmente a Sha'ik —dijo Kalam—. No a ti, Leoman.

El guerrero más bajo, que a juzgar por el color de la piel y la ropa que vestía era hijo de aquel desierto, le tendió el libro.

—Por supuesto.

Con cierta cautela, el asesino recuperó el pesado volumen.

Una mujer habló a su espalda.

—Ahora podrás hacerme entrega de él, Librador.

Kalam cerró lentamente los ojos, en un esfuerzo por poner en orden sus deshilachadas terminaciones nerviosas. Se volvió.

No había duda alguna. La pequeña mujer, de piel color miel, que se hallaba de pie ante él, irradiaba una auténtica oleada de poder, olor a polvo y a arena azotados por los vientos, gusto a sal y a sangre. Su rostro, más bien ordinario, contaba con profundas arrugas, de modo que parecía haber cumplido los cuarenta, aunque Kalam sospechaba que era más joven. Raraku era un hogar muy duro.

De forma automática, Kalam hincó una rodilla en el suelo al tiempo que le ofrecía el libro.

—Te entrego esto, Sha'ik, el Apocalipsis. —*Y al tiempo un mar de sangre; ¿cuántas vidas arruinadas para derrocar a Laseen? El Embozado me lleve, ¿qué es lo que he hecho?*

El peso del libro abandonó sus manos al asumirlo la mujer.

—Está dañado.

El asesino levantó la mirada y, lentamente, también su cuerpo.

Sha'ik arrugaba el entrecejo, mientras que con la yema de uno de sus dedos recorría una de las esquinas de la cubierta de cuero.

—En fin, no debería de sorprenderme, dado que tiene un millar de años. Gracias, Librador. ¿Te unirás a mi banda de soldados? Percibo grandes talentos en ti.

Kalam se inclinó ante ella.

—No puedo. Mi destino se encuentra en otra parte.

Huye, Kalam, antes de que pruebes la habilidad de estos guardias. Huye antes de que la duda te mate.

Ella entornó sus ojos oscuros, que observaban en busca de la verdad. Luego, los abrió de nuevo.

—Percibo parte de tu deseo, pero te empeñas en ocultarlo a mis ojos. Cabalga, pues, el camino al sur está abierto para ti. Es más, te asignaré una escolta...

—No necesito escolta, vidente...

—De todos modos te la asignaré. —Hizo un gesto y una enorme sombra se perfiló surgida de la oscuridad.

—Santidad —susurró Leoman en tono de advertencia.

—¿Acaso cuestionas mi decisión? —preguntó Sha'ik.

—El toblakai es como un ejército, y personalmente no carezco de habilidades, santidad, pero...

—Desde que era niña —le interrumpió Sha'ik con voz quebradiza—, una visión se ha impuesto a las otras. He visto este instante, Leoman, un millar de veces. Al alba abro el libro, y el torbellino se desata, y yo surjo de él... renovada. «Las espadas en la mano y la sabiduría desatada», tales son las palabras del libro. «Joven pero viejo; una vida llena, otra incompleta.» ¡Lo he visto, Leoman! —Hizo una pausa, tomó aire—. No veo más que este futuro. Estamos a salvo. —Sha'ik encaró de nuevo a Kalam—. Hace poco adquirí una... mascota, que ahora enviaré contigo, ya que intuyo el potencial que hay en ti, Librador. —Efectuó de nuevo un gesto.

La enorme y desgarrada sombra se acercó a Kalam, que no pudo evitar retroceder un paso. De hecho, el semental lanzó una especie de relincho y se echó a temblar.

—Es una aptoriana, Librador, del reino de Sombra. Enviada a Raraku por Tronosombrío... para espiarnos. Ahora pertenece a Sha'ik.

La bestia era de pesadilla. Medía cerca de los dos metros y medio, acucillada sobre dos delgadas extremidades posteriores. Una solitaria pata delantera, larga y de múltiples articulaciones, surgía de un pecho extrañamente bifurcado. Del hundido y anguloso omóplato se alzaba el sinuoso cuello del demonio hasta rematar en una cabeza vulgar y alargada. Tenía dientes de aguja en la mandíbula hundida, lo que le hacía sonreír como un delfín. La cabeza, el cuello y las extremidades eran negras, mientras que el torso era de color gris pardo. Un único ojo negro miraba a Kalam con una atención sobrecogedora.

El asesino vio que el demonio tenía algunas heridas que apenas habían cicatrizado.

—¿Se ha metido en una pelea?

Sha'ik frunció el ceño.

—Con un d'ivers. Lobos del desierto. Los expulsó...

—Parece más bien una retirada táctica —añadió Leoman secamente—. La bestia no come ni bebe, que nosotros sepamos. Y aunque su santidad cree lo contrario, parece carecer totalmente de entendederas, esa mirada que tiene el ojo no es sino una máscara tras la que oculta... nada.

—Leoman me llena de dudas —dijo Sha'ik—. Es la labor que ha escogido, y cada vez me resulta más agotadora.

—Las dudas son saludables —aseguró Kalam, que inmediatamente optó por cerrar la boca.

Su santidad se limitó a sonreír.

—Me pareció que ambos erais muy parecidos. Dejadnos, pues. Las sagradas siete lo saben muy bien: basta con un Leoman.

Con una postrera mirada al joven toblakai, el asesino subió a la silla, tiró de las riendas, dirigió al semental al sendero sur y lo puso al galope.

La aptoriana prefirió guardar cierta distancia entre ambos; se movió en paralelo a Kalam, a unos veinte pasos, una mancha oscura en la noche que se desplazaba en silencio, con torpeza, sobre las tres huesudas patas.

Al cabo de un rato de cabalgar al trote, el asesino empujó al caballo a pasar de la galopada a la marcha. Había entregado el libro y se había encargado personalmente de que se produjera el levantamiento del torbellino. Había respondido al llamamiento de su sangre, por sucias que pudieran haber sido sus motivaciones.

Las exigencias de su otra vida se abrían de nuevo ante él. Mataría a la emperatriz para salvar al Imperio. Si tenía éxito, la revuelta de Sha'ik estaría condenada. Se restablecería el control. *Y si fracaso, ambos se desangrarán hasta el agotamiento, Sha'ik y Laseen, dos mujeres cortadas por el mismo patrón. Por el Embozado que ambas*

incluso se parecen. No era cosa de videncia, pues, que Kalam viera en su sombra la promesa de cien millares de muertes. Y se preguntó si, en toda Siete Ciudades, aquellos que eran capaces de leer la baraja de los Dragones tenían en la temblorosa mano la carta, recién sacada, del Herald de Muerte.

Por el amor de la Reina... Lo hecho, hecho está.



Poco antes del alba, Sha'ik se sentó con las piernas cruzadas ante el libro del Apocalipsis. Sus dos guardias se situaron a ambos lados, cada uno en las ruinas de una de las atalayas. El joven toblakai se apoyaba en el mandoble de empuñadura de madera. Llevaba en la cabeza un yelmo de bronce al que le faltaba la placa de una de las mejillas, y sus ojos quedaban ocultos tras las sombras de la visera. Su compañero tenía los brazos cruzados. Apoyaba una ballesta contra la pierna envuelta en piel. Ceñía al ancho cinto de cuero dos mayales, y alrededor del pincho del casco de acero había enrollado un pañuelo desteñido. Debajo aparecía su rostro recién afeitado, curtida la piel después de treinta años de sol y viento. Sus ojos azules claros eran incansables.

Los primeros rayos del alba bañaron a Sha'ik. Su santidad extendió la mano y abrió el libro.

El virote alcanzó su frente a medio pulgar del ojo izquierdo. La punta del proyectil destrozó el hueso, se hundió en el interior un instante antes de que se abrieran las púas como los pétalos de una flor mortífera al alcanzar la nuca y salir limpiamente por el otro lado.

Sha'ik se tambaleó.

Tene Baralta aulló y observó satisfecho cómo Aralt Arpat y Lostara Yil conducían a una docena de espadas rojas a la carga hacia los dos indefensos guardaespaldas.

Tras la muerte de Sha'ik, el guerrero del desierto se había arrojado al suelo y había rodado sobre sí. La ballesta tembló en sus manos. El pecho de Aralt Arpat se hundió de pronto, cuando el virote penetró en el esternón. El alto sargento cayó hacia atrás, sobre el polvo.

El comandante gritó furioso, desenvainó las espadas curvas y se sumó al ataque.

La tropa de Lostara arrojó una sucesión de lanzas al llegar a quince pasos del toblakai.

Tene Baralta abrió los ojos desmesuradamente al ver que ninguna de las seis lanzas alcanzaba su objetivo. Para ese tamaño, tenía una agilidad increíble: sencillamente el toblakai parecía caminar entre ellas, cargando el peso de su cuerpo ora aquí ora allá, para agacharse e incorporarse mientras trazaba un barrido de espada que terminó por alcanzar las rodillas del espada roja situado más cerca de él. Este se desplomó en una nube de polvo con las piernas cercenadas.

Para entonces, el toblakai se había situado en medio del pelotón. Mientras Tene Baralta corría hacia ellos, vio retroceder a Lostara Yil, que sangraba profusamente por una herida en la cabeza, perdido el yelmo, que al chocar contra el suelo se golpeó repetidas veces. Cayó un segundo soldado, abierta la garganta por un tajo de la espada de madera.

El pelotón de Arpat atacó al guerrero del desierto. Chascaron las cadenas cuando los mayales se movieron con mortífera precisión. No había arma más difícil de parar que un mayal, pues la cadena envuelve cualquier cosa que

intente bloquear su ataque y luego despacha la bola de erizo a quien ha tenido la osadía de hacerlo. El mayor inconveniente del arma era lo lento que resulta aprestarla para el siguiente ataque, pero en el instante en que Tene Baralta echó un vistazo al curso de la refriega, vio que el guerrero del desierto luchaba igual de bien con cualquiera de las manos, y que rechazaba sus ataques, lo que había derivado en una secuencia perpetua de golpes que ninguno de los soldados que se enfrentaban a él podrían superar. La cabeza de uno de los soldados se hundió, a pesar del yelmo, cuando el comandante hizo esta apreciación de la batalla.

En un instante, Tene Baralta optó por cambiar de táctica. Sha'ik había muerto. La misión era un éxito, no habría más torbellino. Era inútil desperdiciar más vidas contra esa pareja de asombrosos verdugos, que, después de todo, habían fracasado en la labor de proteger la vida de Sha'ik y que en ese momento únicamente ansiaban cobrarse venganza. Aulló la orden de retirada y observó cómo sus soldados se esforzaban para ampliar la distancia de contacto respecto de aquellos dos hombres. El esfuerzo resultó muy costoso, pues tres más cayeron antes de que los restantes hubieran despejado un espacio en el que darse la vuelta y echar a correr.

Dos de los soldados de Lostara Yil demostraron su lealtad al arrastrarla aturdida en la retirada.

Observando con aversión la retirada de las espadas rojas, Tene Baralta se mordió la lengua a tiempo de contener la ristra de juramentos y maldiciones que pugnaban por ser pronunciados. Empuñando los cuchillos curvos, cubrió la retirada de los soldados, sumamente nervioso ante la idea de que cualquiera de los guardaespaldas pudiera aceptar el desafío.

Pero los dos hombres no los persiguieron, sino que recuperaron sus respectivas posiciones en las atalayas. El guerrero del desierto se agachó para cargar de nuevo la ballesta.

Verlo con el arma dispuesta fue lo último que Tene Baralta supo de aquellos dos asesinos; se agachó fuera de su campo de visión y corrió junto a sus hombres hacia el cañón donde habían dejado los caballos.

En el cañón, las espadas rojas apostaron el único de sus ballesteros que había sobrevivido en la cima, vuelto al sur, y luego hicieron un alto para curar las heridas y recuperar el aliento. Tras ellos, los caballos arrugaban el hocico debido al olor a sangre. Un soldado arrojó agua al rostro cubierto de sangre de Lostara, que pestañeó mientras la conciencia volvía lentamente a su mirada.

Tene Baralta la miró ceñudo.

—Recupérate, sargento —gruñó—. Debes retomar el rastro de Kalam, y seguirlo a una distancia segura.

Ella asintió, levantando la mano para tocarse el corte de la frente.

—Esa espada era de madera.

—Dura como el acero, ¿eh? Que el Embozado se lleve al toblakai. Y al otro también, para el caso. Los dejaremos marchar.

Lostara Yil se limitó a asentir, a pesar de la expresión irónica que adoptaba por momentos su rostro.

Tene levantó a la sargento con la mano cubierta por el guantelete.

—Menuda puntería, Lostara Yil. Mataste a esa condenada bruja y todo el asunto se fue al traste con ella. La emperatriz estará satisfecha. Más que satisfecha.

Lostara se acercó al caballo y montó.

—Cabalgaremos a Pan'potsun —le dijo Tene Baralta—. Para dar la noticia —añadió con una sonrisa desagradable—. No pierdas a Kalam, sargento.

—Aún tengo que fracasar en eso —dijo ella.

No te pases de lista, moza. Ya sabes que contabilizaré estas bajas como si fueran responsabilidad tuya.

La vio marcharse al galope; a continuación, se dirigió al puñado de soldados que le quedaban.

—¡Cobardes! Suerte tenéis que cubriera vuestra retirada. Venga, montad.



Leoman extendió una sábana en el suelo, entre los cimientos de ambas atalayas, y dejó el cuerpo envuelto en lino de Sha'ik sobre ella. Se arrodilló a su lado un instante, inmóvil, luego secó el mugriento sudor de la frente con el dorso de la mano.

El toblakai no andaba muy lejos.

—Está muerta —dijo.

—Ya lo sé —replicó secamente Leoman, que extendió el brazo hacia el libro salpicado de sangre, y con deliberada lentitud lo envolvió de nuevo en una tela.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Ella abrió el libro. Al alba.

—No sucedió nada, excepto que le atravesaron la cabeza con un virote.

—Maldito seas, ¡ya lo sé!

El toblakai cruzó los enormes brazos a la altura del pecho y guardó silencio.

—La profecía era segura —dijo Leoman al cabo de unos instantes. Se levantó con un gesto de dolor por los músculos tensos tras la batalla.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó de nuevo el joven gigante.

—Dijo que se vería... renovada... —Suspiró. El libro pesaba en sus manos—. Habrá que esperarla.

—Se acerca una tormenta —dijo el toblakai tras levantar la cabeza y husmear el aire.

LIBRO SEGUNDO



TORBELLINO

He recorrido viejos caminos
en este día,
que se hicieron espectros
al caer la noche
y desaparecieron ante mis ojos
al alba.
Tal fue mi viaje:
leguas durante siglos,
en un parpadeo del sol.

Epitafio pardu

CAPÍTULO 6



Al principio del reinado de Kellanved, los cultos proliferaron entre el Ejército Imperial, sobre todo entre la infantería de marina. Es necesario señalar que esta fue también la época de Dassem Ultor, primera espada y comandante supremo de las fuerzas malazanas... un hombre consagrado al Embozado...

Campañas de Malaz, volumen II
Duiker

Beneth se hallaba sentado a su mesa de siempre en la taberna de Bula. Se limpiaba las uñas con la punta de la daga. Las tenía inmaculadas, lo que hacía de aquella costumbre una muestra de afectación por su parte. Felisin se había acostumbrado a sus manías y lo que estas revelaban de su estado de humor. Estaba furioso, pero muerto de miedo. De pronto su vida se había llenado de incertidumbres, como larvas de garrapata se arrastraban bajo su piel, y se hacían más y más grandes a medida que se alimentaban de él.

Su rostro, la frente y las gruesas muñecas llenas de cicatrices rezumaban sudor. La taza de peltre de vino frío saltoano permanecía intacta en la superficie de la mesa, rodeada de unas cuantas moscas que correteaban por el borde.

Felisin contemplaba los diminutos insectos negros, recordando con horror todo lo que había visto. El acólito del Embozado, que no estaba allí. Un enjambre en forma de ser humano cubierto de los duendes de Muerte, el zumbido de las alas que daba aliento a las palabras...

—Ya tienes otra vez esa luz en los ojos, moza —dijo Beneth—. Me da a entender que comprendes en qué te has convertido. Es una luz desagradable. —Empujó hacia ella una bolsita de cuero, hasta situarla frente a Felisin—. Acaba con ella.

Le tembló la mano al hacerse con la bolsita, desatar las correas de cuero y sacar del interior un botón de durhang.

No perdió detalle mientras Felisin molió el húmedo polen en la cazoleta de la pipa.

Habían pasado seis días de la desaparición de Baudin, a quien aún no habían encontrado. El capitán Sawark había llamado a Beneth en más de una ocasión. Solideo fue prácticamente levantado durante los registros, y se doblaron las patrullas de camino Escarabajo de modo que cubrieran más terreno, un extremo y otro, además de dragar lago de Plomo. Era como si Baudin hubiera desaparecido.

Beneth se lo tomó como algo personal. Su control de Solideo había quedado comprometido. Volvió a ella, y no por compasión, sino porque ya no confiaba en Felisin. Sabía algo, algo acerca de Baudin, y lo que era aún peor: Beneth sabía que ella era más de lo que aparentaba.

«Beneth y Sawark se han entrevistado», dijo Heboric el día que con sus curas había logrado recuperarla lo suficiente como para justificar que se marchara, «pero ve con cuidado, moza. Beneth te reclama, aunque únicamente lo haga para supervisar personalmente tu destrucción. Lo

que antes fue casual, ahora es preciso, deliberado. Ha recibido directrices».

«¿Cómo estás tú al corriente de todo esto?»

«Cierto. Solo son suposiciones. Pero la fuga de Baudin ha dado a Beneth influencia sobre Sawark, y es muy probable que la haya aprovechado para sonsacarle tu historia. Sawark le habrá concedido más control porque no quiere que haya otro Baudin, ninguno de ellos puede permitírselo. Sawark no tiene más opción que dar a Beneth más control, más conocimiento...»

El té de durhang le había aliviado el dolor de las costillas rotas y la hinchazón de la mandíbula, pero no había sido lo bastante potente como para nublar su pensamiento. Minuto a minuto había sentido que su mente la arrastraba más y más a la desesperación. Abandonar a Heboric había constituido una huida; su vuelta junto a Beneth, necesidad nacida del pánico.

Él sonrió al ver que Felisin encendía la pipa de durhang.

—Baudin no era un matón portuario más, ¿verdad?

Felisin arrugó el entrecejo a través de las volutas de humo.

Beneth dejó la daga en la mesa y la giró. Ambos observaron la daga, cuya hoja lanzaba destellos mientras giraba y giraba. Cuando al fin se detuvo, la punta miraba a Beneth. Este, ceñudo, la hizo girar de nuevo. Cuando lentamente la punta se detuvo encarada hacia él, la asió y la devolvió a la vaina del cinto. Finalmente, tomó la jarra de peltre.

Las mosquitas alzaron el vuelo cuando se llevó la jarra a los labios.

—No sé nada de Baudin —dijo Felisin.

Sus ojos hundidos la observaron durante un largo instante.

—Aún no te has dado cuenta de nada, ¿verdad? Lo que te vuelve insensible... o ignorante por propia voluntad.

Ella nada dijo. Empezaba a sentirse lejos de todo aquello.

—¿Fui yo, moza? ¿Fue entregarte a mí tu modo de rendirte? Yo te quería, Felisin. Eras preciosa. Áspera, de eso me di cuenta con tan solo mirarte a los ojos. Y ahora, ¿acaso debo culparme por tu estado?

Ella observó la bolsita de cuero y luego le ofreció una sonrisa irónica.

—Órdenes son órdenes. Además, siempre pudiste negarte.

—En cualquier momento —dijo ella, apartando la mirada.

—Ah, en tal caso no es culpa mía.

—No —admitió ella—. Yo tengo la culpa de todo, Beneth.

Él se levantó de pronto.

—La brisa no resulta agradable esta noche. Ha empezado el She'gai. Sin embargo, demos un paseo —propuso al tomarla del brazo y ponerla en pie.

A Beneth le había sido concedido el derecho de formar una milicia de esclavos escogidos por él, armados con garrotes. Durante la noche patrullaban las calles de Solideo. Las restricciones del toque de queda debían reforzarse mediante las palizas, seguidas por la ejecución de todo aquel que fuera descubierto en el exterior en plena noche. Los guardias se encargaban de la ejecución, y la milicia de Beneth disfrutaba dando las palizas.

Beneth y Felisin se unieron al pelotón de patrulla, compuesto por media docena de hombres a los que ella conocía íntimamente, ya que Beneth había comprado todas aquellas lealtades con su cuerpo.

—Si resulta ser una noche tranquila —les prometió—, al alba nos tomaremos un rato libre para relajarnos un poco. —Los hombres sonrieron al escuchar aquello.

Caminaron por las calles cubiertas de arena, atentos pero sin ver a nadie más. Al llegar frente a una casa de juego llamada Suruk, se toparon con un tropel de guardias dosii. El capitán dosii, Gunnip, los acompañaba. Sus miradas, ocultas por la capucha, siguieron el paso de la patrulla.

Beneth titubeó, como si de pronto se le hubiera ocurrido hablar con Gunnip; entonces, con un audible suspiro, recuperó el paso y apoyó la mano en el pomo de la empuñadura del cuchillo.

Felisin cobró conciencia de algo, como si la cálida brisa exhalara una nueva amenaza en la noche. Cayó en la cuenta de que la conversación de los milicianos había cesado, y observó algunas muestras de evidente nerviosismo. Sacó otro botoncito de durhang, que se introdujo en la boca, donde paladeó su dulzura, su frescura a medio camino entre el carrillo y la encía.

—Cuando te veo hacer eso me acuerdo de Sawark —murmuró Beneth.

—¿De Sawark? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Cuanto peores son las cosas, más cierra los ojos.

—¿Y qué cosas están empeorando?

A modo de respuesta, un grito seguido de una risotada ronca se oyó a su espalda, procedente de la entrada de Saruk. Beneth detuvo a sus hombres con un gesto, luego volvió a la encrucijada por la que acababan de pasar. Desde allí podía ver la entrada de Saruk y también a los soldados de Gunnip.

Como un espectro, la tensión se apoderó lentamente de Beneth. Mientras lo observaba, Felisin sintió que se le

erizaba el vello de la nuca. Titubeó, luego se volvió a los milicianos.

—Ha ocurrido algo. Id con él.

También ellos observaban. Uno arrugó el entrecejo, la mano pasando del cinto a la huevera.

—No nos ha dado órdenes —gruñó. Los demás asintieron, inquietos mientras aguardaban en las sombras.

—Está solo —dijo ella—. Al descubierto. Creo que lo apuntan con flechas.

—Cierra la boca, moza —replicó el miliciano—. No vamos a ir a ninguna parte.

Beneth hizo ademán de retroceder un paso, pero volvió a permanecer inmóvil.

—Van a por él —susurró Felisin.

Gunnip y sus soldados dosii aparecieron en el campo de visión, cerrando en círculo alrededor de Beneth, todos ellos armados con ballestas que apuntaban hacia él.

Felisin increpó a los milicianos.

—¡No lo dejéis ahí solo, malditos seáis!

—¡Que el Embozado te lleve! —respondió uno de ellos. La patrulla se dispersaba al volver a refugiarse en las sombras y, luego, a los oscuros callejones.

—¿Te han dejado sola, moza? —preguntó el capitán Gunnip. Sus soldados rieron—. Ven a reunirse con Beneth. Le estábamos contando un par de cosas, eso es todo. No hay de qué preocuparse, moza.

Beneth se volvió a ella. Un guardia dosii dio un paso hacia él y le cruzó la cara con el dorso del guantelete. Beneth trastabilló y lanzó un juramento mientras se llevaba la mano a la nariz rota.

Felisin tropezó al retroceder; luego, en el suelo, se dio la vuelta y echó a correr en el preciso instante en que se oía el sordo estampido de las ballestas. Los virotes pasaron a

ambos lados de esta cuando se metió en la embocadura de un callejón. A su espalda, los guardias rompieron a reír.

Siguió corriendo por el callejón que discurría paralelo a rampa Moho. A un centenar de pasos al frente aguardaba Antecámaraoscura y los cuarteles. Estaba sin aliento cuando llegó jadeando al recinto abierto que rodeaba dos edificios malazanos. El corazón golpeaba con fuerza en el pecho, como si tuviera cincuenta años en lugar de quince. Lentamente, la impresión que se había llevado al ver caer a Beneth se extendió por todo su ser.

Oyó voces procedentes de la parte posterior de los cuarteles. Luego, los cascos de los caballos. Aparecieron una veintena de esclavos, que corrían hacia el lugar donde se encontraba Felisin, perseguidos por medio centenar de soldados a caballo. Las lanzas atravesaron a algunos de ellos por la espalda, arrastrándolos al polvo. Desarmados, los esclavos intentaron huir, pero los dosii habían logrado rodearlos. Tarde comprendió Felisin que también ella se había quedado sin retirada.

He visto sangrar a Beneth. A este pensamiento lo siguió otro: *Y ahora vamos a morir.*

Los caballos dosii aplastaron a hombres y mujeres. Los cuchillos curvos relampaguearon arriba y abajo. Los esclavos morían en un silencio desesperado. Dos jinetes cerraron sobre Felisin. Esta los observó, preguntándose cuál de ellos sería el primero en llegar hasta ella. Uno aferraba una lanza, que apuntaba a su corazón. El otro, una espada de hoja ancha que esgrimía en lo alto, preparado para lanzarle un tajo. En sus rostros se dibujaba la alegría, y Felisin se sorprendió ante ambas expresiones desalmadas.

Cuando apenas distaban unos pasos de ella fueron alcanzados por sendos virotes y cayeron de las sillas mientras los caballos reculaban. Felisin se volvió a tiempo

de ver a una sección de ballesteros malazanos que avanzaba en formación, la primera línea arrodillada para recargar el arma, mientras la segunda línea, a unos pasos de distancia, apuntaba y disparaba los virotes sobre los jinetes dosii. Animales y hombres dieron voz al dolor.

Una tercera salva desorganizó a los dosii, que se dispersaron hasta perderse en la oscuridad que reinaba tras los cuarteles.

Un puñado de esclavos seguía con vida. Un sargento voceó una orden y una docena de soldados avanzaron hacia los cadáveres que alfombraban el recinto; primero comprobaron quiénes seguían con vida, y a estos los empujaron hasta la posición que ocupaba la tropa.

—Acompáñame —susurró una voz junto a Felisin.

Ella pestañeó hasta que reconoció el rostro de Pella.

—¿Qué?

—Vamos a encerrar a los esclavos en los establos. Pero a ti no. —La cogió con suavidad del brazo—. Nos superan en número, de modo que mucho me temo que defender a los esclavos no es una prioridad. Sawark quiere acabar con el motín. Y quiere hacerlo esta misma noche.

Ella observó su rostro.

—¿Qué estás diciendo?

El sargento había llevado a la tropa a una posición más defendible en la entrada de un callejón. Los doce soldados destacados empujaban a los esclavos por una calle lateral que concluía en los establos. Pella condujo a Felisin en la misma dirección. En cuanto estuvo lejos del sargento, se dirigió a los soldados, a quienes dijo:

—Tres de vosotros, seguidme.

—¿Acaso Oponn ha hurgado en tu cerebro, Pella? No me siento a salvo así, ¿y quieres que divida a mi pelotón?

—Deshagámonos de estos jodidos esclavos y volvamos atrás, antes de que el sargento se reúna con el capitán —gruñó otro.

—Esta es la mujer de Beneth —dijo Pella.

—No creo que Beneth siga vivo —intervino Felisin.

—Hace un rato lo estaba, moza —dijo Pella, ceñudo—. Un poco ensangrentado, nada más. Está reuniendo a la milicia en estos momentos. —Se volvió a los demás soldados—. Vamos a necesitar a Beneth, Reborid. No hagas ni caso de las bravatas de Sawark. Venga, tres de vosotros, que no vamos a ir muy lejos.

Arrugado el entrecejo, el hombre llamado Reborid hizo un gesto a otros dos soldados.



Se había declarado un fuego en el extremo occidental de Solideo, en algún lugar de Escupidero. Puesto que nadie lo combatía, no tardó en extenderse. Las llamas despedían un vivo fulgor anaranjado tras la densa cortina de humo ondulado.

Mientras Pella arrastraba a Felisin, Reborid no dejó de hablar.

—En el nombre del Embozado, ¿dónde está la guarnición de Be'thra? ¿Crees que alcanzarán a ver las llamas? Había patrullas malazanas que rondaban camino Escarabajo, e imagino que habrán despachado a un jinete, de modo que los soldados tendrían que haber llegado a estas alturas, maldición.

Había cadáveres en las calles. Bultos arracimados, inmóviles. Los soldados pasaron de largo sin detenerse.

—Sabe el Embozado en qué estará pensando Gunnip —continuó diciendo el soldado—. Sawark querrá ver destripado al sol hasta el último dosii a cincuenta leguas a la redonda.

—Este es el lugar —dijo Pella, que detuvo a Felisin—. Posición defensiva —ordenó a los demás—. No tardaré en volver.

Se hallaban frente a la casa de Heboric. No se filtraba la luz por las contraventanas. La puerta, cerrada. Con un bufido contrariado, Pella descargó una patada en la puerta. Con la mano en la espalda de Felisin, la empujó a la oscuridad y la siguió al interior.

—Aquí no hay nadie —dijo Felisin.

Pella no respondió. Siguió empujándola hasta que llegaron al mamparo de tela que separaba el dormitorio del antiguo sacerdote.

—Apártala, Felisin.

Tras obedecer, entró en la diminuta estancia seguida de Pella. Heboric permanecía sentado en la hamaca, observándolos en silencio.

—No estaba seguro de si querías contar con ella —dijo Pella en voz baja.

—¿Y qué hay de ti, Pella? —preguntó el antiguo sacerdote tras lanzar un gruñido—. Podríamos...

—No. Llévatela a ella mejor. Tengo que reunirme con mi capitán. Aplastaremos este motín, pero no encontrarás una oportunidad mejor...

—Sí, eso sí es cierto —suspiró Heboric—. Baudin, ya puedes salir de ahí, este muchacho no supone un peligro para nosotros.

Pella contempló al hombretón abandonar su escondrijo en las sombras. Baudin, cuyos ojos entornados relucían en la penumbra, no dijo una sola palabra.

Pella retrocedió a la entrada, aferrada una mano a la mugrienta tela.

—Fener os guarde, Heboric.

—Gracias, muchacho. Por todo.

Pella inclinó brevemente la cabeza y salió.

Felisin miró ceñuda a Baudin.

—Estás empapado.

—¿Todo dispuesto? —preguntó por su parte Heboric a Baudin.

El gigantón asintió.

—¿Vamos a fugarnos? —preguntó Felisin.

—Así es.

—¿Cómo?

—Pronto lo verás —respondió, ceñudo, Heboric.

Baudin recogió dos petates de cuero del suelo y arrojó uno de ellos a Heboric, que lo atrapó en el aire entre los brazos, sin hacer el menor esfuerzo. Al oír el ruido que hizo el petate al hacerse con él el antiguo sacerdote, Felisin comprendió que de hecho se trataba de un pellejo lleno de aire.

—Vamos a nadar en lago de Plomo —dijo—. ¿Por qué? Al otro lado no hay más que un acantilado.

—Y cuevas —dijo Heboric—. Se puede llegar a ellas con la bajamar... Pregúntale a Baudin, que estuvo oculto en ellas una semana.

—Tenemos que llevarnos a Beneth —anunció Felisin.

—Vamos, moza...

—¡No! Me lo debéis. ¡Los dos me lo debéis! No estarías vivos para intentar la fuga de no haber sido por mí, Heboric. Respecto a Beneth... Iré a buscarlo, nos reuniremos con vosotros en la orilla.

—No, tú no vas a ninguna parte —dijo Baudin—. Yo iré a por él. —Y le tendió el pellejo a Felisin.

Ella lo observó salir por una puerta trasera cuya existencia desconocía, y luego, lentamente, se volvió a Heboric. Este permanecía acucillado, comprobando la red que cubría los pellejos.

—Yo no formaba parte de tu plan de fuga, ¿verdad, Heboric?

El antiguo sacerdote levantó la mirada, las cejas enarcadas.

—Hasta esta misma noche, tuve la impresión de que considerabas Solideo un paraíso. No pensé que quisieras marcharte.

—¿Un paraíso? —Por alguna razón, aquella palabra la sobresaltó de tal modo que tuvo que sentarse en la hamaca.

Sin dejar de mirarla, él se encogió de hombros.

—Con la ayuda de Beneth.

Ella sostuvo su mirada hasta que, al cabo, él la apartó para sopesar el petate y levantarse con un gruñido.

—Deberíamos marcharnos ya —dijo.

—No soy gran cosa a tus ojos, ¿verdad, Heboric? ¿Lo fui alguna vez? *Felisin, de Casa Paran, cuya hermana era la consejera Tavore, cuyo hermano cabalgó junto a la consejera Lorn. De noble cuna, una niña descarriada. Una puta.*

El antiguo sacerdote no respondió. En lugar de ello, se dirigió al agujero de la pared posterior.



La mitad occidental de Solideo era pasto de las llamas, que teñían toda la cuenca de una temblorosa luz rojiza. Heboric y Felisin encontraron signos de lucha mientras

descendieron a toda prisa por camino Trabajo en dirección al lago: caballos caídos, cadáveres de malazanos y de guardias dosii. La taberna de Bula se había cubierto de barricadas, barricadas que posteriormente habían sido franqueadas. Oyeron unos gemidos de dolor al pasar por la puerta.

Felisin titubeó, pero Heboric la tomó del brazo.

—No querrás entrar ahí, moza —dijo—. Fue uno de los primeros lugares donde se ensañaron los hombres de Gunnip.

Más allá del borde de la población, camino Trabajo se extendía vacío y oscuro hasta la encrucijada de Tres Destinos. A través de los juncos se perfilaba a lo lejos la plácida superficie de lago de Plomo.

El antiguo sacerdote la condujo a la orilla, la hizo agacharse con un ademán y, luego, hizo lo propio.

—Esperaremos aquí mismo —dijo, secando el sudor de la ancha frente tatuada.

El fango que les llegaba a la rodilla resultaba pegajoso, pero era grata su frescura.

—De modo que primero nadaremos hasta la cueva... ¿Y después?

—Es una vieja cantera que lleva más allá de camino Escarabajo. Cuando llegemos a la otra punta encontraremos unos víveres que nos han dejado. Desde allí tendremos que atravesar el desierto.

—¿Dosin Pali?

Él negó con la cabeza.

—Directos a poniente, hasta la costa interior. Nueve, puede que diez días. Hay manantiales ocultos, cuya ubicación Baudin conoce de memoria. Nos recogerá un bote que nos llevará al continente.

—¿Cómo? ¿Quién?

El antiguo sacerdote torció el gesto.

—Un viejo amigo con más lealtad de la que le conviene tener. Y el Embozado sabe que no lo digo a modo de queja.

—¿Pella era el contacto?

—Sí, una oscura relación que tiene que ver con amigos de los padres y tíos de amigos de amigos, o algo por el estilo. Primero se acercó a ti, ¿sabes?, pero ni te enteraste. De modo que se puso en contacto conmigo.

—No recuerdo nada de eso.

—Una cita, atribuida a Kellanved, anotada por el hombre que ha preparado nuestra fuga: Duiker.

—Ese nombre me resulta familiar...

—Es el historiador imperial. Habló en mi favor durante el juicio. Luego se las apañó para que lo enviaran por senda a Hissar. —Guardó silencio entonces, mientras sacudía la cabeza—. Todo para salvar a un viejo que en más de una ocasión había tachado de mentiras deliberadas sus versiones escritas de la historia. Si vivo para verme cara a cara con Duiker, creo que al menos le debo una disculpa.

En ese momento llegó hasta ellos un fuerte zumbido, procedente del humo que cubría el pueblo. El zumbido se hizo más y más audible. La superficie llana de lago de Plomo desapareció bajo lo que parecía ser una lluvia de granizo.

Felisin se acucilló atemorizada.

—¿Qué es eso? ¿Qué es lo que sucede?

Heboric guardó silencio durante unos instantes.

—¡Garrapatas! —susurró alarmado—. Atraídas y luego llevadas por el fuego. ¡Rápido, moza, cúbrete de barro! ¡Y luego cúbreme a mí! ¡Aprisa!

Las relucientes nubes de insectos aparecieron ante sus ojos, volando como el ventarrón.

Felisin hundió los dedos en el frío barro que había entre los juncos y a puñados se cubrió el cuello, los brazos, el rostro. Mientras lo hacía gateó de rodillas hasta sentarse en el agua del lago, y entonces se volvió a Heboric.

—¡Acércate!

Él obedeció.

—Son capaces de nadar, muchacha. Tendrás que salir de ahí. ¡Cubre las piernas de barro!

—En cuanto haya terminado contigo.

Pero era demasiado tarde. De pronto, el aire se volvió irrespirable cuando la nube los envolvió por completo. Las garrapatas se arrojaron al agua como flechas. El dolor acribilló sus muslos.

Heboric le apartó las manos y se agachó.

—¡Ocúpate de ti, moza!

La orden resultó innecesaria, puesto que ante el lacerante dolor de las picaduras había olvidado por completo a Heboric. Felisin saltó del agua, cogió dos puñados de barro y se cubrió con él los muslos cubiertos de ensangrentadas picaduras. No tardó en cubrir con más barro los pies, los tobillos y las pantorrillas. Los insectos se arrastraron por su pelo. Con un gemido, los expulsó rascándose con fuerza, para cubrirse después la cabeza de barro. Los aplastaba, los mordía, y sus jugos amargos quemaban como ácido. Estaban por todas partes, cegándola mientras se agolpaban enloquecidos alrededor de sus ojos. Los arrancó y los arrancó, y luego volvió a agacharse para coger más barro. Sedante oscuridad, pero sus gritos no cesaron, no podía parar. Tenía insectos en los oídos, que cubrió de barro. Silencio.

Unos brazos sin manos se cerraron a su alrededor y la voz de Heboric llegó a sus oídos como procedente de un lugar distante.

—Ya pasó, moza, ya pasó todo. Puedes dejar de gritar, Felisin. Puedes dejar de hacerlo.

Felisin se había enroscado como una pelota entre los juncos. El dolor de las picaduras se convertía en entumecimiento: en sus piernas, alrededor de los ojos y los oídos, y en sus labios. Frío, suave entumecimiento. Se oyó a sí misma cuando de los gritos pasó al silencio.

—El enjambre se aleja —dijo Heboric—. La bendición de Fener es demasiado fiera para que puedan tocarla. Estamos a salvo, moza. Límpiame los ojos y compruébalo tú misma.

Pero ella no se movió. Era tan sencillo permanecer inmóvil, mientras aquel entumecimiento se extendía por todo su cuerpo.

—¡Espabila! —espetó Heboric—. Hay un huevo en cada mordedura que segrega un veneno mortífero que reblandece la carne. Y que la mata. Alimento para las larvas que hay en el interior de los huevos. ¿Me entiendes, moza? Hay que acabar con ellos. Llevo en la bolsita del cinto una tintura... Aunque tendrás que extenderla tú misma, ¿de acuerdo? Un anciano manco no puede hacerlo por ti...

Ella gimió.

—¡Espabila, maldita seas!

La golpeó, la zarandeó y, finalmente, le dio una patada. Con un juramento, Felisin se sentó.

—Basta ya, ¡estoy despierta! —Aquellas palabras habían logrado superar la boca entumecida—. ¿Dónde está esa bolsita?

—Aquí. Abre los ojos.

Apenas podía ver de lo hinchados que tenía los párpados, pero la extraña penumbra azulada que surgía de los tatuajes de Heboric iluminaba el lugar. Ni siquiera lo habían rozado. *La bendición de Fener es demasiado fiera para que puedan tocarla.*

Heboric señaló con un gesto la bolsa del cinto.

—Rápido. Esos huevos están a punto de abrirse. Las larvas empezarán a devorarte de dentro afuera. Ábrelo... Ahí, ese botellín negro. El pequeño. ¡Ábrelo!

Quitó el tapón. El amargo olor que desprendía la hizo apartar la cabeza.

—Una gota, en la yema del dedo, luego la frotas en la picadura. Así, una a una, pero aprieta fuerte.

—No... No siento las de los ojos...

—Yo te guiaré, moza. Aprisa.

El horror no tenía fin. La tintura, un jugo negro y maloliente que tiñó de amarillo su piel, no mató a las larvas que asomaron, pero las expulsó. Heboric dirigió sus manos a las heridas que tenía alrededor de los ojos y los oídos a medida que las larvas se liberaban. Ella las arrancó de los agujeros de las mordeduras, larvas largas como clavos, adormecidas por el efecto soporífero de la tintura. Las picaduras que era capaz de ver ilustraban lo que sucedía alrededor de sus ojos y orejas. En la boca, la amarga tintura podía con el veneno de las larvas de garrapata, pero la cabeza le daba vueltas y el corazón latía con alarmante velocidad. Las larvas cayeron como granos de arroz en su lengua, y ella las escupió.

—Lo siento, Felisin —dijo Heboric cuando hubo terminado. Estaba examinando las picaduras de los ojos con expresión compasiva.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Felisin.

—¿Qué sucede? ¿Me quedaré ciega? ¿Sorda? ¿Qué sucede, Heboric?

Él sacudió la cabeza.

—Las mordeduras de garrapata... Ese veneno perjudica la carne. Te curarás, pero las marcas permanecerán en la

piel. Lo siento, moza. Lo peor es alrededor de los ojos. Es lo peor.

Ella estuvo a punto de romper a reír, todo ello mientras la cabeza le daba vueltas. Otro escalofrío la sacudió en ese momento.

—Las he visto. En los esclavos. De vez en cuando...

—Sí. Por lo general las garrapatas no forman enjambres. Debe de haberse debido al fuego. Ahora escúchame. Un buen sanador, alguien que posea conocimientos de gran Denul, podría hacer desaparecer las marcas. Encontraremos a un sanador que sea capaz de ello, Felisin. Te lo prometo por los colmillos de Fener. Te lo prometo.

—Me siento mareada.

—Es por la tintura. El corazón late deprisa y sientes escalofríos, náuseas. Es el jugo de una planta originaria de Siete Ciudades. Si bebieras lo poco que queda en ese botellín, apenas tardarías unos minutos en morir.

En esa ocasión rió, fue una risa ronca, quebradiza.

—No me importaría atravesar las puertas del Embozado, Heboric. —Lo miró con los ojos entrecerrados. El fulgor azul desaparecía—. Fener debe de ser muy clemente.

—No puedo entenderlo, si te soy sincero —respondió él, ceñudo tras oír las palabras de Felisin—. Más de un sacerdote supremo de Fener caería fulminado ante la sugerencia de que el dios Jabalí pueda ser... clemente. —Suspiró—. Aunque por lo visto estás en lo cierto.

—Querrás agradecérselo. Hacerle un sacrificio.

—Puede —gruñó él, apartando la mirada.

—Debió de ser una gran ofensa la que te apartó de tu dios, Heboric.

Él nada respondió. Finalmente, se levantó, la mirada puesta en el pueblo que ardía en la distancia.

—Se acercan jinetes.

Ella se envaró, incapaz de levantarse, pues aún se sentía muy mareada.

—¿Beneth?

Él negó con la cabeza.

Al cabo de uno instantes, una tropa de malazanos llegó al galope y se detuvo frente a Heboric y Felisin. En cabeza iba el capitán Sawark. Una hoja dosii le había abierto una de las mejillas. Llevaba el uniforme húmedo, lleno de oscuras manchas de sangre. De forma involuntaria, Felisin se encogió al recalar en ella la fría mirada de lagarto del capitán.

—Cuando lleguéis a la otra orilla mirad al sur —dijo finalmente.

Sorprendido, Heboric susurró un juramento.

—¿Nos dejas marchar? Vaya, gracias, capitán.

—No me des las gracias, no lo hago por ti —replicó el oficial, cuya mirada se cubrió de oscuridad—. Son los cabrones sediciosos como tú los que han provocado todo esto. Preferiría ensartarte en una pica ahora mismo. — Pareció dispuesto a añadir algo, pero al recalar de nuevo su mirada en Felisin, se limitó a tirar de las riendas y volver grupas.

Los dos fugitivos observaron a los soldados cabalgar de vuelta a Solideo. Se dirigían a la batalla. Felisin tenía esa certeza, como otra que le decía, que le susurraba, que todos ellos iban a morir: el capitán Sawark, Pella, todos los malazanos. Se volvió a Heboric, a quien sorprendió pensativo mientras veía a los soldados llegar a la entrada de la ciudad y desaparecer engullidos por el humo.

Unos instantes después, Baudin asomó de un lecho de juncos cercano.

Felisin se puso en pie como pudo y se acercó a él.

—¿Dónde está Beneth?

—Ha muerto, moza.

—Tú... Tú... —Sus palabras se ahogaron en el torrente de dolor que surgió de lo más hondo de su ser, una angustia más lacerante que cualquier otra pena que hubiera sufrido jamás. Trastabilló.

Baudin no apartó sus ojos pequeños y vulgares de ella.

—Será mejor que nos apresuremos. El alba está al caer, y aunque dudo mucho que nadie se percate de que cruzamos el lago, no tiene sentido hacerlo a plena luz del día —dijo Heboric tras aclararse la garganta—. Después de todo, somos malazanos. —Se acercó a los pellejos de aire—. El plan consiste en aguardar el alba ya en la otra orilla, y después emprender el camino al anochecer. Es menos probable que las bandas ambulantes de dosii nos vean.

Felisin siguió a ambos hasta la orilla del lago. Baudin ató uno de los pellejos al pecho de Heboric. Felisin comprendió que tendría que compartir el otro con Baudin. Observó al hombretón mientras este comprobaba por última vez la red.

Beneth ha muerto. Eso dice, al menos. Lo más probable es que ni lo haya buscado. Beneth sigue vivo. Tiene que estarlo. No se hizo más que un rasguño, la cara ensangrentada. Baudin miente.

El agua de lago de Plomo arrastró el barro y la tintura de la piel de Felisin. Pero no fue suficiente con eso.



El acantilado devolvió el eco de sus jadeos. Felisin estaba helada; tenía la sensación de que el agua tiraba de ella y

cada vez asía con más fuerza la red que envolvía el pellejo de aire.

—Yo no veo ninguna cueva —dijo con voz entrecortada.

—Me sorprende que puedas ver nada —dijo Baudin tras lanzar un gruñido.

Ella no replicó. La carne alrededor de sus ojos se había hinchado, de modo que el mundo se había reducido a la imagen que atisbaba a través de dos diminutas rejillas. También la carne de los labios se había cerrado alrededor de la dentadura. Respiraba con dificultad, y por mucho que se aclarara la garganta de nada le servía. La incomodidad la hacía sentirse fuera de lugar, como si no tuviera ya vanidad alguna que alimentar, lo que en cierto modo le producía una sensación de alivio.

Sobrevivir a esto es lo único que cuenta. Dejemos que Tadore vea todas las cicatrices que me ha causado el día que nos veamos de nuevo cara a cara. No tendré que decir una sola palabra para justificar mi venganza.

—La abertura está bajo la superficie —informó Heboric—. Habrá que desinflar los pellejos de aire y bucear. Baudin irá delante, con una cuerda atada a mi cintura. Aférrate a ella, moza, o te irás al fondo.

Baudin tendió una daga a Felisin, y luego recogió en adujas la cuerda sobre el petate. Al cabo, se dirigió a la pared del acantilado y se sumergió bajo el agua.

Felisin se aferró con fuerza a la cuerda mientras veía que la aduja adelgazaba.

—¿A qué profundidad está?

—Unos dos metros y medio —respondió Heboric—. Luego unos cuatro metros y medio a través de la cueva hasta volver a respirar. ¿Podrás con ello, moza?

Tendré que hacerlo.

Se oían gritos procedentes de la otra orilla. Los últimos gritos lastimeros de la población devorada por las llamas. Había sucedido todo tan deprisa, casi sin darse cuenta: una única noche había bastado para acabar de forma sangrienta con Solideo. No parecía real.

Sintió un tirón en la cuerda.

—Tu turno —dijo Heboric—. Desinfla el pellejo y suéltalo. Luego sigue la cuerda.

Hundió la daga en el pellejo. El aire produjo un silbido al salir del interior. El agua la arrastró al fondo como si la hubiera aferrado con las manos. Ella tomó aire antes de deslizarse bajo la superficie. Al cabo de un instante, la cuerda cambiaba de dirección: ya no conducía al fondo, sino hacia la superficie. Topó con la lisa pared del acantilado. Perdió la daga al aferrarse con ambas manos a la cuerda y tirar de ella para ganar impulso.

La embocadura de la cueva estaba envuelta en una oscuridad total, y el agua era fría como hielo. Sus pulmones protestaban ya por la falta de aire. Tuvo la sensación de que iba a perder el conocimiento, pero hizo un esfuerzo por contenerla. El brillo del reflejo de la luz relucía al frente. Pataleando mientras se le llenaba la boca de agua, se dirigió hacia la luz.

Unas manos la aferraron del cuello de la túnica y la levantaron sin esfuerzo alguno en el aire, en la luz. Luego yació en la fría piedra, tosiendo. Había una linterna de aceite junto a su cabeza. Más allá, contra la pared, dos petates reforzados con madera y pellejos llenos de agua.

—Has perdido mi jodido cuchillo, ¿verdad?

—El Embozado te lleve, Baudin.

El hombretón rió. Luego concentró su atención en la cuerda. La cabeza de Heboric asomó a la oscura superficie

poco después. También Baudin sacó del agua al antiguo sacerdote, a quien dejó sobre el lecho de roca.

—Debe de haber problemas ahí arriba —dijo el hombretón—. Nos trajeron aquí los víveres.

—Ya lo veo. —Heboric se sentó, jadeando mientras recuperaba el aliento.

—Será mejor que os quedéis aquí mientras voy a explorar —dijo Baudin.

—De acuerdo. Ve, pues.

Cuando Baudin desapareció de su vista, Felisin se sentó.

—¿Qué tipo de problemas?

Heboric se encogió de hombros.

—No —insistió ella—. Veo que tienes tus sospechas al respecto.

—Sawark dijo que miráramos al sur.

—¿Y bien?

—Pues eso, moza. Esperaremos a Baudin.

—Tengo frío.

—No teníamos espacio para ropa de abrigo. Agua y comida, algunas armas, yesca y pedernal. Hay unas mantas, pero será mejor mantenerlas secas.

—No tardarán en secarse. —Felisin gateó hacia los petates.

Baudin regresó poco después y se acuclilló junto a Heboric. Temblando bajo una manta, Felisin observó a ambos.

—No, Baudin —dijo cuando este se disponía a cuchichear algo al antiguo sacerdote—. En voz alta para que todos lo oigamos.

El hombretón miró a Heboric, que se encogió de hombros.

—Dosin Pali se encuentra a treinta leguas de distancia —dijo Baudin—. Aun así, puede distinguirse su fulgor.

—Ni una tormenta de fuego podría verse a semejante distancia, Baudin —replicó Heboric.

—Cierto, y no es una tormenta de fuego. Es la hechicería, viejo. Una batalla de magia.

—Por el aliento del Embozado —murmuró Heboric—. ¡Una batalla!

—Se acerca —gruñó Baudin.

—¿Qué? —preguntó Felisin.

—Siete Ciudades se ha levantado en armas, moza. Dryjhna. Se acerca el torbellino.



La barca apenas hacía cuatro metros de eslora. Duiker se detuvo un largo instante antes de plantearse si debía embarcar. Cuatro dedos de agua chapoteaban bajo los dos tablones que formaban la cubierta de la embarcación. Los trapos taponaban la veintena de pequeñas vías que tenía el casco, con mayor o menor éxito. El olor a pescado podrido resultaba sobrecogedor.

Envuelto en el capote reglamentario del ejército, Kulp apenas se había movido en el muelle.

—¿Y qué? —preguntó—, ¿has pagado algo por este... bote?

El historiador lanzó un suspiro al volverse al mago.

—¿No puedes repararlo? Creo que ya he vuelto a olvidarme, Kulp, así que dime, ¿qué era lo que te permitía hacer tu senda?

—Reparar barcos —respondió el mago.

—Muy bien —dijo Duiker al volver al muelle—. Ya veo. Para cruzar el estrecho necesitaré algo más marinero que

esto. Creo que el hombre que me la vendió exageró un poco sus cualidades.

—Prerrogativa del haral. Hubiera sido mejor alquilar un barco.

—¿En quién iba a confiar? —preguntó Duiker con un gruñido.

—Y ahora, ¿qué?

—Pues volveremos a la taberna —respondió el historiador, encogiéndose de hombros—. Habrá que trazar un nuevo plan.

Recorrieron el muelle hasta dar con el camino que pasaba por la calle principal de la ciudad. Los puestos de pescado a ambos lados mostraban el escaso orgullo habitual en las pequeñas comunidades que malvivían a la sombra de cualquier ciudad. Había caído la noche y, aparte de una jauría compuesta por tres perros flacos que se turnaban a la hora de revolcarse sobre la espina de un pez, no había nadie a la vista. Las cortinas apagaban la mayor parte de la luz que provenía de las chozas. El ambiente estaba cargado, y el terral mantenía a raya la brisa marina.

La fonda del pueblo se levantaba sobre unos pilares; era una estructura de un piso, de madera emblanquecida, paredes de lona y techo de paja. Los cangrejos se escabullían debajo. Frente a la fonda había un edificio de piedra perteneciente a la guardia costera malazana, donde servían cuatro marineros de Cawn y dos infantes de marina cuyo aspecto nada revelaba de su lugar de origen. Para ellos, las viejas obediencias nacionales no tenían ya la menor importancia. *La nueva casta imperial*, se dijo Duiker mientras entraba con Kulp en la fonda y volvían a la mesa que habían ocupado antes. Los guardias malazanos se agrupaban alrededor de uno de sus miembros, cerca de la pared posterior de la fonda. Al retirar la lona, había

quedado al descubierto una tranquila escena de hierba marchita, arena blanca y mar reluciente. Duiker envidió a los soldados el aire fresco del que sin duda disfrutaban allí donde estaban sentados.

Aún tenían que acercarse, aunque el historiador sabía que solo era cuestión de tiempo. En aquel pueblo, los viajeros escaseaban, y los que llevaban puesto el capote del ejército todavía más. Hasta el momento, no obstante, traducir la curiosidad en acción había resultado ser un esfuerzo demasiado grande para ellos.

Kulp pidió mediante un gesto una jarra de cerveza, y luego se acercó un poco más a Duiker.

—Habrás preguntas. Pronto. Ese es el problema. No tenemos barco. Ese es otro problema. Soy un marino lamentable... He ahí nuestro tercer problema.

—De acuerdo, de acuerdo —susurró el historiador—. Por el aliento del Embozado, ¡déjame pensar en paz!

Con expresión avinagrada, Kulp se recostó en la silla.

Las polillas mariposeaban torpes entre las linternas de la estancia. No había ningún aldeano presente, y la atención del único camarero parecía tan centrada en los soldados malazanos que lo suyo rayaba la obsesión; incluso al servir la jarra de cerveza a Kulp no apartó de los soldados sus oscuros ojos.

Cuando el camarero se alejó, el mago lanzó un gruñido.

—Menuda noche más rara, Duiker.

—Y que lo digas. —*¿Dónde se ha metido todo el mundo?*

El chirrido de una silla llamó la atención de ambos hacia el malazano de mayor rango, un cabo, a juzgar por los galones de la casaca. Este se acercaba hacia ellos. Bajo el deslucido galón de color estaño había un lamparón que el tinte de la prenda no había podido cubrir. Al acercarse, comprendieron que no era una mancha, sino el vacío dejado

por otro galón. Aquel hombre había ostentado el empleo de sargento.

Para hacer juego con su estructura ósea, el rostro del sargento era insulso y ancho, lo cual evidenciaba la presencia de sangre kanesiana en algún punto de su árbol genealógico. Tenía la cabeza afeitada, con cortes de cuchilla, algunos aún cubiertos de sangre seca. No apartaba la mirada de Kulp.

El mago fue el primero en hablar.

—Cuida tu lengua o seguirás caminando como un cangrejo.

—¿Como un cangrejo? —preguntó el sargento, pestañeando.

—Primero sargento, luego cabo. ¿Andas tras la plaza de soldado raso? Te doy por avisado.

Pero todo aquello no pareció afectar mucho al cabo.

—No veo muestras de tu rango.

—Porque no sabes qué buscar. Vuelve a la mesa, cabo, y deja que nos ocupemos de nuestros asuntos.

—Eres del Séptimo. —Obviamente, no tenía la menor intención de volver a su mesa—. Un desertor.

Kulp enarcó una de sus tiesas cejas.

—Cabo, acabas de enfrentarte cara a cara con todo el cuadro de magos del Séptimo. Y ahora aparta tu rostro del mío, antes de que te salgan agallas y escamas en la cara.

La mirada del cabo recaló en Duiker, luego de nuevo en Kulp.

—Error —suspiró el mago—. Yo soy todo el cuadro. Este hombre es mi invitado.

—Conque escamas y agallas, ¿eh? —El cabo colocó las manazas en la superficie de la mesa y se inclinó sobre Kulp—. Si me huelo que pretendes acceder a la senda, encontrarás mi cuchillo en la garganta. Este es mi puesto

de guardia, mago de pacotilla, y cualquier negocio que tengas aquí también es negocio mío. Y ahora, empieza a largar todas las explicaciones habidas y por haber, antes de que te corte esas orejas que tienes y me dé por colgarlas del cinto. Señor.

Duiker se aclaró la garganta.

—Antes de que esto vaya más lejos...

—¡Y tú cierra la boca! —ordenó el cabo sin dejar de mirar a Kulp.

Pero unas voces lejanas los interrumpieron.

—¡Verdad! —llamó el cabo—. Ve a ver qué pasa ahí fuera.

Un joven marinero de Cawn se puso en pie de un salto, comprobó que ceñía en condiciones la espada corta que hacía poco le habían entregado y se dirigió a la puerta.

—Estamos aquí para comprar una embarcación —explicó Duiker al cabo.

Oyeron un juramento procedente del exterior, seguido por el estampido de las botas en los destartados peldaños que conducían a la entrada. El recluta llamado Verdad entró de nuevo, lívido. Una impresionante ristra de maldiciones portuarias de Cawn surgieron de labios del muchacho, ristra que terminó con:

—Hay una turba armada ahí afuera, cabo, y no tienen la menor intención de hablar. Los he visto dividirse; unos diez de ellos se dirigen al Ripath.

Los otros marineros se pusieron en pie. Uno de ellos se dirigió al cabo:

—Le prenderán fuego, Gesler, y tendremos que quedarnos en esta puta playa de mierda...

—A formar fuera —gruñó Gesler. Tras levantarse, se volvió al otro infante de marina—: Puerta frontal, Tormenta. Averigua quién encabeza el grupo y métele un virote entre ceja y ceja.

—¡Tenemos que salvar el barco! —advirtió el portavoz de los marineros.

Gesler asintió.

—Y así lo haremos, Vered.

El infante de marina llamado Tormenta se situó en la puerta, con la ballesta de asalto amartillada y surgida de la nada. Afuera, el griterío se había vuelto más audible, más cercano también. El gentío reunía el coraje necesario para asaltar la taberna. El muchacho llamado Verdad permanecía en mitad de la estancia, la espada corta temblando en la mano, rojo de ira el rostro.

—Tranquilízate, muchacho —dijo Gesler, cuya mirada recaló entonces en Kulp—. Si accedes ahora a la senda es menos probable que te corte las orejas, mago.

—¿Te has granjeado enemigos en el pueblo, cabo? —preguntó Duiker.

El suboficial sonrió.

—Esto se viene fraguando desde hace un tiempo. El Ripath está pertrechado. Podría llevarnos a Hissar, quizás... pero antes habrá que salir de esta. ¿Sabes manejar una ballesta?

El historiador suspiró antes de asentir.

—Ojo con las flechas que atravesarán la lona —advirtió Tormenta desde el umbral.

—¿Has distinguido al cabecilla?

—Sí, pero de momento guarda las distancias.

—No podemos esperar. ¡Todo el mundo a la puerta trasera!

El camarero, que había permanecido agazapado tras la modesta barra situada en un lado de la estancia, dio un paso al frente, encogido como un caracol para guardarse de la primera andanada de flechas que pudieran atravesar las paredes de lona.

—La cuenta, mezcla. Son muchas semanas ya. Setenta y dos jakatas...

—¿En cuánto valoras tu pellejo? —preguntó Gesler, que hizo un gesto a Verdad para que se uniera a los marineros que se deslizaban por la abertura de la pared posterior.

El camarero abrió los ojos como platos y agachó la cabeza.

—¿Setenta y dos jakatas, mezcla?

—Eso mismo. —Y el cabo asintió.

El aire fresco, húmedo, cargado de olor a musgo y piedra húmeda llenó la estancia. Duiker se volvió a Kulp, que en silencio asintió. El historiador se levantó.

—Los acompaña un mago, cabo...

Se oyó un rugido procedente de la calle que golpeó la fonda como una gigantesca ola. La estructura de madera se combó, las paredes de lona se hincharon. Kulp lanzó un grito de advertencia, se tiró de la silla y rodó por el suelo. La madera saltó hecha astillas, la lona se rasgó.

Tormenta se alejó de la puerta y, de pronto, todos los que seguían en la fonda se abalanzaron en dirección a la salida trasera. El suelo se levantó bajo sus pies cuando los pilares que sostenían el edificio se vinieron abajo. Las mesas y las sillas cedieron, y fueron derechas a la puerta. Tras lanzar un grito, el tabernero desapareció bajo unos pellejos de vino.

Duiker cayó en la oscuridad hasta dar sobre unas algas secas. Kulp cayó sobre él, todo rodillas y codos, dejando al historiador sin aliento.

La fonda seguía levantándose por los pilares delanteros mientras la onda hechicera se hacía con todo aquello que encontraba a su paso, decidida a empujarlo.

—¡Kulp, haz algo! —jadeó Duiker.

En respuesta el mago levantó al historiador, le dio la vuelta y lo empujó con fuerza.

—¡Corre! ¡Eso es lo que vamos a hacer!

La hechicería que se había ensañado con la fonda cesó súbitamente. El edificio seguía inclinado sobre los pilares traseros. Las vigas transversales se partieron con un crujido. La fonda pareció explotar, la estructura de madera se hizo astillas. El techo se desplomó, y al alcanzar el suelo se levantó una impresionante nube de polvo y arena.

Tormenta, que caminaba pesadamente junto a Duiker, playa abajo, gruñó:

—El Embozado acaba de satisfacer la cuenta con el camarero, ¿verdad? —El infante de marina señaló con la ballesta que empuñaba—. Estoy aquí para cuidar de ti porque el cabo se ha adelantado y suponemos que nos costará lo nuestro llegar al muelle donde fondea el Ripath...

—¿Dónde está Kulp? —preguntó Duiker. Todo había sucedido tan rápido que empezaba a sentirse superado por la confusión—. Pero si hace un instante estaba aquí...

—Habrá ido a husmear a ese hechicero, supongo. Pero con los magos nunca se sabe, ¿no crees? A menos que haya huido. El Embozado sabe que hasta el momento no ha demostrado estar a la altura, ¿no?

Llegaron a la orilla. A treinta pasos a la izquierda, Gesler y los marineros cerraban distancias sobre una docena de lugareños que habían tomado posiciones frente al estrecho muelle. Encontraron atracada una patrullera de suaves líneas y casco hundido, que envergaba un único palo macho. A su derecha, la playa se extendía trazando una suave curva al sur, a la lejana Hissar... Una ciudad en llamas. Duiker se detuvo, contemplando el rojizo cielo de Hissar.

—¡Por las tetillas de Togg! —exclamó Tormenta, cuya mirada había seguido a la del historiador—. Ha llegado Dryjhna. Por lo visto no te llevaremos a la ciudad, después de todo, ¿eh?

—Te equivocas —dijo Duiker—. Necesito reunirme con Coltaine. Mi caballo está en el establo, no necesito ningún condenado barco.

—Me apuesto algo a que ahora mismo le están pellizcando los costados. La gente de por aquí monta camellos y come caballo. Olvídalo. —Extendió la mano, pero el historiador se apartó y echó a correr por la arena, lejos del Ripath y de la riña que había estallado en los muelles.

Tormenta titubeó, pero finalmente, gruñendo una maldición, se dispuso a seguir a Duiker.

Un relámpago nacido de la hechicería encendió la calle principal, seguido de un grito agónico.

Kulp, pensó Duiker, *matando o muriendo*. Siguió en la playa, corriendo en paralelo al pueblo, hasta que consideró que se encontraba frente a las caballerizas. Luego giró hacia el interior, saltando sobre las marañas de algas que alfombraban la orilla. Tormenta se situó a su altura.

—Procuraré que no te pase nada de camino a la caballeriza, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias —susurró Duiker.

—¿Quién eres?

—Historiador imperial. ¿Y quién eres tú, Tormenta?

—Nadie —dijo con un gruñido—. Nadie en absoluto.

Al alcanzar la primera línea de chozas frenaron el paso y se arrimaron a las sombras. A unos pasos de la calle el aire se volvió borroso y Kulp apareció. Llevaba el capote algo chamuscado, el rostro sonrosado por el calor.

—En el nombre del Embozado, ¿qué diantre hacéis vosotros dos aquí? —preguntó—. Hay un mago supremo

deambulando por ahí, y solo el Embozado sabe qué estará tramando en un sitio así. El problema es que sabe de mi presencia, lo que no me convierte precisamente en una compañía agradable. A duras penas logré escabullirme de su último ataque...

—¿Ese grito que hemos escuchado hace un instante era tuyo? —preguntó Duiker.

—¿Alguna vez has servido de objetivo a un hechizo? Tengo los huesos desencajados. Y me he cagado en los pantalones. Pero sigo vivo.

—De momento —intervino Tormenta, sonriendo.

—Gracias por ser tan positivo —masculló Kulp.

—Tenemos que...

La noche cayó sobre ellos, una brillante explosión, una llamarada inmensa que los arrojó a los tres al suelo. El sufrimiento que hacía gritar al historiador le llegó a los ojos y la magia pareció desgarrarle la piel y helar sus huesos, lo que le granjeó una serie de sacudidas de dolor en las articulaciones. Aún grito más cuando aquel incesante suplicio alcanzó su cerebro, emborronando el mundo en una bruma teñida de rojo sangre que parecía chisporrotear tras sus ojos. Duiker rodó sobre sí en el suelo, pero no había escapatoria posible. La hechicería lo estaba matando: un horripilante asalto a su persona que invadía hasta el último rincón de su ser.

Y de pronto cesó. Inmóvil, con una mejilla en el frío y polvoriento suelo, su cuerpo se convulsionaba tras lo sucedido. Se había meado encima. El sudor desprendía un hedor amargo.

Una mano le aferró del cuello de la telaba. El aliento de Kulp proyectó calor en su oído cuando el mago le susurró:

—He respondido. Lo bastante como para que le doliera un poco. Ahora tenemos que llegar al barco. Gesler...

—Ve con Tormenta —jadeó Duiker—. Yo me llevo los caballos...

—¿Has perdido el juicio?

Conteniendo un grito, el historiador se puso en pie. Trastabilló al recordar el dolor que le había sacudido las articulaciones.

—Ve con Tormenta, maldito seas. ¡Ve!

Kulp lo contempló con los ojos muy abiertos.

—De acuerdo, cabalga como lo haría un dosii. Podría surtir efecto...

Tormenta, pálido como la muerte, tiró de la manga del mago.

—Gesler no va a esperarnos siempre.

—Sí. —Con una última inclinación de cabeza a Duiker, el mago se acercó al infante de marina y ambos echaron a correr playa abajo.

Gesler y los marineros tenían serios problemas. Los cadáveres yacían despatarrados en la arena removida que rodeaba el muelle. En total había caído la primera docena de lugareños y dos de los marineros de Cawn. Gesler, flanqueado por Verdad y otro marinero, se esforzaba por mantener a raya a una veintena de aldeanos recién llegados, hombres y mujeres, que se arrojaban hacia ellos para escupirles, blandiendo arpones, cuchillos de carnicero, y algunos incluso con los puños desnudos. Los dos marineros que quedaban, ambos heridos, se encontraban a bordo del Ripath, haciendo cuanto podían para largar amarras.

Tormenta llevó a Kulp a una docena de pasos de la turba. El infante de marina se agachó en ese momento, apuntó la ballesta y disparó un virote a bulto. Alguien lanzó un grito. Tormenta colgó la ballesta del hombro, desenvainó la espada corta y una daga.

—¿Tienes algo para solucionar esto, mago? —preguntó. Entonces, sin esperar una respuesta, se arrojó al flanco que formaba la muchedumbre. Los aldeanos retrocedieron; ninguno murió, pero muchos resultaron horribilmente mutilados al abrirse paso el infante de marina: los muertos no suponían una carga; los heridos, sí.

Como Verdad arrastraba a un compañero herido hacia el barco, solo Gesler mantenía la posición en el muelle. Uno de los marineros heridos en la cubierta del Ripath había dejado de moverse.

Kulp titubeó, consciente de que cualquier recurso mágico del que pudiera echar mano atraería sobre ellos la atención del mago supremo. El mago no creía probable que pudiera soportar otro ataque. Tenía hemorragias en todas las articulaciones, que empapaban la carne de sangre. Lo más probable era que a la mañana siguiente no pudiera mover un solo dedo. *Eso si paso de esta noche*. Aun así, disponía de ciertos trucos sutiles.

Kulp levantó ambos brazos, dando voz a un grito agudo. Un muro de fuego surgió ante él, luego rodó, dio unos tumbos y se hizo más y más grande al dirigirse a los aldeanos. Estos se dispersaron y huyeron. Kulp envió una llamarada a la playa, para que los persiguiera. Cuando alcanzó la ribera, se desvaneció en el aire.

—Si podías hacer eso... —dijo Tormenta al girar sobre los talones.

—No era nada. —Kulp se reunió con los demás.

—Un muro de...

—¡Nada! ¡No era más que una ilusión, estúpido! ¡Y ahora salgamos aquí!

Perdieron a Vered a veinte pasos de la playa; la punta del arpón que le habían clavado en el pecho se llevó su último aliento en la cubierta. Gesler, sin mayores contemplaciones,

lo arrojó por la borda. En pie, además del cabo, quedaban el joven Verdad, Tormenta y Kulp. Otro marinero perdía lentamente la batalla con la arteria cortada del muslo izquierdo y apenas unos minutos lo separaban de la puerta del Embozado.

—Que todo el mundo permanezca inmóvil —susurró Kulp—. No encendáis las farolas, que el mago supremo se encuentra en la playa.

Contuvieron el aliento, y con mano despiadada alguien cubrió la boca del desdichado marinero hasta que cesaron sus gemidos.

Con tan solo la mayor largada, el Ripath se deslizó lentamente por la bahía de aguas poco profundas, la quilla hendiendo la mar con un imperceptible susurro.

Imperceptible pero demasiado alto, pensó Kulp. Abrió la senda y proyectó diversos sonidos en distintas direcciones: una voz aquí, un crujido de cuadernas allá. Invocó un manto de oscuridad sobre la zona, conteniendo el poder que manaba de la senda, permitiendo a un tiempo que engañara, no que desafiara.

La hechicería relampagueó a sesenta pasos a la izquierda, burlada por uno de los ruidos que había invocado. Las tinieblas engulleron la luz de la magia.

La noche volvió a verse envuelta en el silencio. Gesler y los demás parecían no tener la menor idea de lo que estaba haciendo Kulp. No le quitaban ojo, esperanzados, pero a duras penas eran capaces de contener el miedo. Verdad gobernaba la caña, inmóvil, sin atreverse a hacer nada más aparte de mantener la vela al viento.

Tenían la impresión de que apenas se deslizaban en el agua. El sudor perlaba la frente de Kulp, que estaba empapado por el esfuerzo de eludir las medidas que el mago supremo empleaba para localizar su posición.

Percibía las sondas mortíferas que arrojaba el mago, y en ese momento cayó en la cuenta de que se trataba de una hechicera y no de un hechicero.

Lejos, al sur, el puerto de Hissar era como una muralla envuelta en llamas y humo negro. No hicieron el menor esfuerzo por aproar a ese puerto. Kulp comprendía tan bien como los demás que no encontrarían ayuda alguna allí. Siete Ciudades se había levantado en armas.

Y estamos en el mar. ¿Habrá un puerto seguro para nosotros? Gesler dijo que el barco estaba pertrechado, ¿lo bastante como para que podamos llegar a Aren? A través de aguas hostiles... Mejor opción sería Falar, aunque se encontraba a unas seiscientas leguas al sur de Dosin Pali.

Entonces se le ocurrió otra cosa, justo cuando el mago supremo cedió primero en la búsqueda y, finalmente, dejó de rastrear su posición. *Heboric Toque de Luz... El pobre desgraciado se dirige al punto de reunión, si todo ha ido como estaba previsto. Cruzar el desierto para llegar a una costa inerte.*

—Ya podéis respirar tranquilos —dijo el mago—. Ha abandonado la búsqueda.

—¿Estamos lejos de su alcance? —preguntó Verdad.

—No, simplemente ha perdido el interés. Supongo que tendrá algo más importante entre manos, muchacho. Cabo Gesler.

—¿Sí?

—Tenemos que cruzar el estrecho. Rumbo a la costa de Otataral.

—En el nombre del Embozado, ¿para qué diantre?

—Lo siento, pero esta vez voy a imponer el rango. Obedece mis órdenes.

—¿Y qué pasaría si te arrojamos por la borda? —preguntó tranquilamente Gesler—. Ahí fuera hay dhenrabi

que se alimentan al borde del banco de Sahul. Seguro que les parecerías un bocado muy apetitoso...

Kulp lanzó un suspiro.

—Tenemos que ir a recoger a un sacerdote supremo de Fener, cabo. Dame de alimento a los dhenrabi y nadie llorará mi pérdida. Incomoda a un sacerdote supremo y su furioso dios podría muy bien guiñar un ojo en tu dirección. ¿Estás dispuesto a aceptar semejante posibilidad?

El cabo recostó la espalda y soltó una risotada. Tormenta y Verdad también sonrieron.

—¿Os parece divertido? —preguntó Kulp, ceñudo.

Tormenta se apoyó en la batayola y escupió al mar. Luego se secó los labios con el dorso de la mano.

—Por lo visto Fener ya nos ha guiñado un ojo, mago. Somos de la compañía del Jabalí, del desarmado Primer Ejército. Antes de que Laseen acabara con el culto, claro. Ahora somos simples infantes de marina, destacados como complemento a la miserable guardia costera.

—Pero eso no nos ha impedido seguir a Fener, mago —añadió Gesler—. Ni reclutar a nuevos seguidores del culto guerrero —dijo, inclinando la cabeza en dirección a Verdad—. Así que muéstranos el camino. ¿La costa de Otataral, dices? Rumbo este, muchacho, arriba con esa vela y prepara el foque para sacar provecho de los vientos de la mañana.

Lentamente, Kulp se sentó.

—¿Hay alguien más que necesite lavar los calzones? —preguntó.



Envuelto en la telaba, Duiker abandonó a caballo el pueblo. Había figuras a ambos lados del camino costero, figuras sin rostro a la tenue luz de la luna. La fresca brisa del desierto parecía arrastrar el residuo de la tormenta de arena, una bruma desecada capaz de abrasar la garganta. Al llegar a la encrucijada, el historiador tiró de las riendas. El camino seguía al sur, hasta Hissar. Un camino de mercaderes conducía a poniente, al interior. A cuatrocientos metros por el sendero había un ejército acampado.

No había orden aparente. Miles de tiendas se levantaban alrededor de un corral central, envuelto en nubes de polvo iluminadas por el fuego. Los cantos tribales recorrían las arenas. A lo largo del sendero, a no más de cincuenta pasos del lugar donde se hallaba Duiker, un pelotón de indefensos soldados malazanos se retorcían de dolor en lo que en aquel lugar se denominaba «camas deslizantes», cuatro lanzas clavadas por el asta en el suelo formando los vértices de un rectángulo, y la víctima clavada de los hombros y los muslos. Dependiendo del peso y la fuerza de voluntad para permanecer inmóviles, el empalamiento y el lento deslizarse a tierra podía durar horas. Con la bendición del Embozado, el sol de la mañana aceleraría la muerte de aquellos desdichados. El historiador sintió que una furia fría se adueñaba de su corazón.

Duiker sabía que no podía ayudarlos. Era demasiado pedir mantenerse con vida en un país levantado en armas, habitado por gentes que eran presa de una tremenda sed de sangre. Pero llegaría el momento de saldar las cuentas. *Si así lo quieren los dioses.*

Los fuegos mágicos se extendían, a esa distancia, silenciosos y vastos sobre Hissar. ¿Seguiría Coltaine con vida? ¿Y Bastión? ¿Y el Séptimo? ¿Había profetizado Sormo lo que iba a suceder?

Hundió los talones en los flancos del caballo y prosiguió el viaje por el camino costero. Ver al ejército rebelde le impresionó mucho. Parecía surgido de la nada, y a pesar del caos que parecía reinar había comandantes en el campamento, hombres capaces de conseguir todo aquello que se propusieran. No era una revuelta casual. *Kulp dijo que se trataba de un mago supremo. ¿Quién más habrá ahí fuera? Sha'ik ha tenido años para reclutar a su Ejército del Apocalipsis, despachar a sus agentes, planear esta noche y todo lo que vendrá. Sabíamos lo que estaba pasando. Laseen debió de clavar la cabeza de Pormqual en una pica hace mucho tiempo. Un puño supremo capacitado podría haber reprimido todo esto.*

—¡Dosii kim'aral!

Tres figuras embozadas surgieron del margen interior del sendero.

—¡Una noche gloriosa! —respondió Duiker, sin frenar al pasar de largo.

—¡Aguarda, dosii! ¡El Apocalipsis quiere abrazarte! —La figura señaló el campamento.

—Tengo familia en el puerto de Hissar —respondió el historiador—. ¡Voy a reunirme con ella para compartir los exquisitos frutos de la liberación! —Duiker tiró de pronto de las riendas y volvió grupas el caballo—. A menos que el Séptimo haya recuperado la ciudad... ¿Acaso son esas las nuevas que tenéis para mí?

El portavoz rió.

—Los han aplastado. ¡Murieron en sus camas, dosii! ¡Hissar se ha librado de la maldición mezcla!

—¡En tal caso debo cabalgar! —Duiker espoléó al caballo. Contuvo el aliento, pero los hombres de la tribu no insistieron. *¿Desaparecido? ¿El Séptimo? ¿Estará empalado Coltaine en una cama deslizante?* Costaba creerlo, pero podía ser cierto. Obviamente, el ataque había sido muy repentino, respaldado por hechicería suprema. *Y yo alejando a Kulp; de todas las noches, precisamente tenía que hacerlo en esta. Que el Embozado maldiga mis huesos.* A pesar de todas las vidas que llevaba auestas, Sormo E'nath no era más que un crío, tierno aún para afrontar semejante reto. Seguro que había hecho sangrar más de una nariz de los magos enemigos. Albergar la esperanza de que hubiera podido hacer más era injusto. Habrían luchado duro, todos y cada uno de ellos. El precio por la toma de Hissar debía de haber sido muy elevado.

No obstante, Duiker tenía que verlo con sus propios ojos. El historiador imperial no podía hacer menos. Es más, cabalgaría en territorio enemigo, lo cual constituía una oportunidad extraordinaria. *No pienses en los riesgos.* Podría recabar información con vistas a su futuro regreso a las filas de una fuerza de castigo malazana, donde su conocimiento sería utilizado de forma letal. *En otras palabras, un espía. Ahí se va la objetividad, Duiker.* Pero la imagen de los soldados malazanos alineados en el sendero, muriendo lentamente en las camas deslizantes, bastó para acabar de una vez por todas con su afán por distanciarse de los hechos.

La magia resplandeció en el pueblo costero, a menos de un kilómetro a su espalda. Duiker titubeó, pero pese a todo continuó cabalgando. Kulp era un superviviente, y, a juzgar por el aspecto de la guardia costera, contaba con algunos veteranos que lucharían a su lado. El mago se había enfrentado antes a la magia poderosa, y podría huir de todo

aquello a lo que no pudiera superar. Los tiempos de soldado de Duiker pertenecían al pasado, su presencia constituía más un impedimento que una ventaja. Vamos, que estarían mejor sin él.

Pero ¿qué iba a hacer Kulp ahora? Si había supervivientes del Séptimo, entonces el mago de cuadro debía reunirse con ellos. *¿Y Heboric? En fin, he hecho todo lo que he podido por ese manco cabrón. Fener te guarde, viejo.*

No había refugiados en el camino. Parecía total la llamada a las armas a los fanáticos: todos se habían proclamado soldados de Dryjhna. Las ancianas, las mujeres de los pescadores, los niños y los abuelos. A pesar de todo, Duiker había esperado encontrar malazanos, o, al menos, indicios de su paso, escenas donde su afán de huir hubiera llegado a su fin. En lugar de ello, el camino militar se hallaba desierto, fantasmagórico a la argénteo luz de la luna.

Contra la claridad que desprendía la lejana Hissar aparecieron recortadas las políñeras del desierto; revoloteaban como copos de ceniza mientras cruzaban de un lado a otro frente al historiador. Eran devoradoras de carroña, se dirigían en la misma dirección que Duiker y eran cada vez más.

En pocos instantes la noche se llenó de vida gracias a los silenciosos y espectrales insectos que revoloteaban alrededor del historiador. Duiker hizo un esfuerzo por contener el miedo que alimentaba su interior. *Los heraldos de la muerte son muchos y muy variadas sus formas.* Arrugó el entrecejo, intentando recordar dónde había oído antes aquellas palabras. *Probablemente en una de las innumerables endechas dirigidas al Embozado, entonadas*

por sacerdotes durante la estación de la Podredumbre, en Unta.

Apareció en la borrosa oscuridad el primero de los arrabales que delimitaban la ciudad, un conjunto estrecho de chozas y cabañas erigidos sobre la playa. El humo era arrastrado por el viento: olor a angustia y a odio ciego. Todo aquello le resultaba demasiado familiar a Duiker, lo que le hizo sentirse viejo.

Dos niños que corrían por el camino se agachaban al pasar frente a las chabolas. Uno de ellos profirió una risotada que rayaba en la locura, demasiado adulta para surgir de alguien tan joven. El historiador pasó de largo con los pelos de punta. Le asombraba el modo en que el miedo se había manifestado en su interior. *¿Tengo miedo de unos niños? Ay, viejo, tú no perteneces a este lugar.*

El cielo se encendió sobre el estrecho, a su izquierda. Las políñeras se arrojaban sobre la ciudad para desaparecer en las nubes de humo. Duiker tiró de las riendas. El camino costero se dividía en ese punto: el camino principal aparecía recto hasta convertirse en la calle mayor de la ciudad. Una segunda vía, a su derecha, bordeaba la urbe y conducía al lugar donde se habían levantado los cuarteles de Malaz. El historiador miró en esa dirección con ojos entrecerrados. Negras columnas de humo se alzaban a ochocientos metros sobre los cuarteles hasta que cedían allá donde encontraban el viento del desierto, que las arrastraba al mar.

¿Asesinados en sus camas? De pronto, aquella posibilidad se volvió muy real. Cabalgó en dirección a los cuarteles. A su derecha, a medida que se dibujaban las sombras del sol naciente, ardía la ciudad de Hissar. Las vigas cedían, las paredes de ladrillo de barro se venían abajo, la piedra explotaba hecha añicos ante semejante

calor. El humo cubría la escena con su mortífera y amarga mortaja. De vez en cuando se oía un grito aislado, procedente del centro de la ciudad. Obviamente, la destructiva ferocidad del motín se había vuelto en su contra. Se había obtenido la libertad, sí, pero a cambio de todo.

Llegó al terreno pisoteado donde se había levantado el campamento de los mercaderes, donde él y el hechicero Sormo habían contemplado la adivinación. El campamento había sido abandonado de forma apresurada, posiblemente apenas unas horas antes. Una jauría de perros de la ciudad hociqueaban los restos que habían quedado atrás.

Frente al terreno, al otro lado del camino de Faladhan, se alzaban las murallas fortificadas del recinto malazano. Duiker redujo la marcha; finalmente detuvo la montura. Vetas negras surcaban las pocas secciones de la muralla que seguían en pie. La hechicería que había asaltado aquella muralla al menos había practicado cuatro brechas (que él pudiera ver), cada una lo bastante espaciosa como para que cargara una falange entera. Los cadáveres se apilaban en las brechas, despatarrados en los cascotes de roca. Ninguno llevaba puesta la armadura, y las armas que Duiker vio diseminadas iban de picas antiguas a cuchillos de carnicero.

El Séptimo había luchado a conciencia; se había enfrentado a los atacantes en todas las brechas. Frente a frente a la hechicería del enemigo, habían logrado rechazar a docenas de asaltantes. No habían sorprendido a nadie en la cama. El historiador sintió una punzada de esperanza, punzada que se abrió paso en sus pensamientos.

Su mirada recorrió el camino, hasta el lugar donde los nogales se alineaban por la calle empedrada. Se había producido una salida de la caballería, cerca de la puerta

interior del recinto. Dos caballos yacían entre docenas de cadáveres hissari, pero no vio a ningún lancero. O bien habían tenido suerte de no perder a nadie en el ataque, o habían tenido tiempo para recuperar a los camaradas muertos y heridos. Había muestras de cierta organización, una sólida organización. *¿Coltaine? ¿Bastión?*

No vio a nadie vivo en la calle. Si la batalla continuaba, sin duda esta se había desplazado a otro lugar. Duiker desmontó con intención de aproximarse a una de las brechas de la muralla. Trepó por los restos, evitando resbalar en las piedras salpicadas de sangre. La mayoría de los atacantes habían muerto alcanzados por virotes. Muchos cadáveres se habían convertido literalmente en acericos. La distancia de los disparos había sido relativamente corta y las consecuencias, letales. Una carga enloquecida y desorganizada, encabezada por una turba de hissari mal pertrechados, no tenía la menor oportunidad contra un fuego tan concentrado. Duiker no distinguió más cadáveres más allá de la muralla.

El patio de armas del recinto estaba vacío. Habían levantado algunas barricadas, desde las cuales establecer un fuego cruzado sobre los asaltantes que superaron las brechas, aunque no había indicios de que tal cosa hubiera sucedido.

Finalmente bajó de los cascotes. El cuartel general malazano y los demás cuarteles habían ardido a fuerza de antorcha. Duiker se preguntó en ese momento si no habría sido el Séptimo el responsable. *De este modo, Coltaine dio a entender que no tenía la menor intención de ocultarse tras las murallas, y ordenó al Séptimo y a los wickanos abandonar en formación el recinto. ¿Cómo salió la cosa?*

Regresó al lugar donde le aguardaba el caballo. Al montar vio más humo que se alzaba en el distrito donde se

hallaban las mansiones propiedad de residentes malazanos. El alba había proporcionado una peculiar quietud al ambiente. Ver la ciudad tan inerte hacía que todo aquello pareciera irreal, como si los cadáveres desparramados en las calles no fueran sino espantapájaros abandonados a su suerte tras las fiestas que celebraban la llegada de la cosecha. Las poliñeras los habían encontrado, no obstante, hasta cubrir por entero los cuerpos, y sus alargadas alas aleteaban lentamente mientras devoraban la carroña.

Durante el trayecto hacia las haciendas malazanas alcanzó a oír algún que otro grito o gemido en la distancia, los ladridos de los perros, los mugidos de las mulas. El rumor del fuego se alzaba y caía como las olas al chocar contra la pared de un acantilado; exhalaba su aliento caluroso por las calles laterales, que silbaba y susurraba entre las ruinas.

A cincuenta pasos de las mansiones, Duiker se topó con la primera escena de una auténtica matanza. Los amotinados hissari habían atacado el distrito de Malaz con súbita ferocidad, probablemente al mismo tiempo que las otras fuerzas habían atacado el recinto del Séptimo. Las casas pertenecientes a nobles y mercaderes habían destacado a sus propios guardias en la acérrima defensa, pero fueron demasiado pocos y, al faltarles cohesión, no habían tardado en caer salvajemente asesinados. La muchedumbre se había dispersado por todo el distrito, había franqueado los postigos y había arrastrado a la calle a las familias malazanas.

Y mientras el caballo escogía con tiento el terreno que pisaba a través de la alfombra de cadáveres, comprendió Duiker que debió de ser en aquel punto cuando debió de estallar la auténtica locura. Había hombres destripados, las entrañas en el suelo, junto a mujeres (esposas, madres, tías

y hermanas) que habían sido violadas antes de ser estranguladas con los intestinos. El historiador vio a niños con el cráneo aplastado, a bebés ensartados en brochetas tapu. No obstante, tuvo la impresión de que los asaltantes se habían llevado consigo a muchas de las hijas más jóvenes, cuyo destino sería, si cabe, más horrible que el de los familiares que habían muerto en plena calle.

Duiker observó todo aquello con creciente indiferencia. La terrible agonía que se había desatado allí parecía pender del ambiente, emponzoñado, dispuesto a privarle de la cordura. En defensa propia, su alma se retiró más y más. Su facultad para la observación seguía intacta, pero carecía ya de emoción alguna. El recuerdo regresaría de golpe más tarde, cosa que el historiador sabía muy bien. Los temblores, las pesadillas, la implacable erosión de la fe.

A pesar de que esperaba encontrar más de lo mismo, Duiker cabalgó hacia la primera plaza del distrito. No obstante, lo que allí vio también le supuso una fuerte impresión. Los amotinados hissari habían sido emboscados en la plaza y asesinados a docenas. Las flechas que se habían empleado para dicha labor habían sido posteriormente recuperadas, aunque algunas astas rotas permanecían clavadas en los cadáveres. El historiador desmontó para recoger una. Era wickana. Creía poder reconstruir lo que había sucedido.

El recinto de los cuarteles había sido asediado. Quienquiera que mandara a los hissari había pretendido impedir que Coltaine y los suyos salieran a la ciudad, y, a juzgar por el nivel de la hechicería desatada, su intención había sido la de aniquilar por completo al ejército de Malaz. Pero el comandante había fracasado. Los wickanos habían roto el asedio y habían cabalgado directamente al distrito de las mansiones, donde sabían muy bien que la matanza

planeada se había desatado ya. Demasiado tarde para impedir el primer ataque a las puertas del barrio, habían cambiado la ruta, cabalgado por entre la muchedumbre y tendido una emboscada en la plaza. Los hissari, empujados por una inagotable sed de sangre, habían mordido el anzuelo al cruzar la plaza sin enviar exploradores a que hicieran la descubierta.

Los wickanos los habían matado a todos. Puesto que no corrían el riesgo de una represalia, habían tenido tiempo de recuperar las flechas. La matanza debió de ser absoluta, pues cerradas todas las vías de escape se había procedido al asesinato de todos los hissari presentes en la plaza.

Duiker giró sobre los talones al oír unos pasos que se aproximaban. Se acercaba una banda de amotinados, procedentes de las puertas que había a su espalda. Todos ellos iban bien armados, empuñaban picas y cuchillos de hoja curva ceñidos en la cadera. Los petos de malla refulgían bajo las telabas rojas. Iban tocados con yelmos de bronce rematados en punta, pertenecientes a la guardia de la ciudad.

—¡Ay, horrible matanza! —saludó Duiker, que recurrió al acento dosii—. ¡Debe ser vengada!

El sargento que encabezaba el pelotón observó con gesto cansino al historiador.

—Llevas a cuestras el polvo del desierto —dijo.

—Sí, he cabalgado hasta este lugar, procedente del norte, donde aglutina sus fuerzas el mago supremo. Vengo a reunirme con un sobrino mío que vive en la zona portuaria...

—Si aún sigue con vida, anciano, lo encontrarás marchando con Reloe.

—Hemos expulsado a los mezla de la ciudad —dijo otro soldado—. Los superamos en número, y cargan con el lastre

de los heridos y los diez mil refugiados que los acompañan.

—¡Silencio, Geburah! —ordenó el sargento, que entornó los ojos al volverse de nuevo a Duiker—. Vamos a reunirnos con Reloe. Acompáñanos. Todos los hissari serán bendecidos si se unen a la matanza final de los mezla.

Reclutamiento forzoso. Ahora entiendo por qué no hay nadie por aquí. Todos acaban enrolados en el ejército sagrado, lo quieran o no.

El historiador asintió.

—Así lo haré. He jurado proteger la vida de mi sobrino, ¿comprendes?

—El juramento de expulsar a los mezla de Siete Ciudades es más importante —gruñó el sargento—. Dryjhna exige tu alma, dossi. Ha llegado el Apocalipsis, y los ejércitos se forman a lo largo y ancho de estas tierras para acudir a la llamada.

—Anoche participé en la matanza de la guardia costera mezla, de modo que entregué mi sangre por la causa, hissari. —En el tono de Duiker iba implícita la advertencia al joven sargento: ¡respeta a tus mayores, niño!

El hombre respondió al historiador con una inclinación de cabeza.

Conduciendo al caballo de las riendas, Duiker acompañó al pelotón a través del antiguo barrio residencial malazano. El ejército de Kamist Reloe, explicó el sargento, se reunía en las llanuras situadas al sudoeste de la ciudad. Tres tribus odhan mantenían contacto con los odiados mezla, hostigando el convoy de refugiados y a los pocos soldados que intentaban protegerlos. Los mezla planeaban llegar a Sialk, otra ciudad costera a veinte leguas al sur de Hissar. Lo que los muy insensatos ignoraban era que también Sialk había caído, y que en ese momento había millares de nobles y sus familias empujados por el camino del norte. El

comandante mezla estaba a punto de ver cómo se doblaba el número de ciudadanos a los que había jurado defender.

Kamist Reloe rodearía entonces al enemigo, a cuyas fuerzas superaba en proporción de siete a uno, y lo aniquilaría por completo. Era de esperar que la batalla tuviera lugar en tres días.

Duiker fue asintiendo con diversos gruñidos ante toda aquella explicación, aunque su mente, mientras, elucubraba. Kamist Reloe era un mago supremo, alguien a quien se creía muerto en Raraku hacía diez años, en una disputa con Sha'ik por quién de los dos lideraría el Apocalipsis. En lugar de matar a su rival, por lo visto Sha'ik se había granjeado su lealtad. Todas aquellas disputas, rivalidades y controversias habían servido a Sha'ik para que los malazanos creyeran en la existencia de diferencias internas en la causa. *Menuda sarta de mentiras. Nos engañaron a todos y ahora sufrimos las consecuencias del engaño.*

—El ejército mezla es una bestia enorme —dijo el sargento mientras se acercaban al límite de la ciudad—. Herida por innumerables golpes y con los flancos cubiertos de sangre. La bestia trastabilla de lado a lado, ciega de dolor. En tres días, dosii, la bestia caerá.

El historiador asintió con aire pensativo y recordó las temporadas de caza del jabalí que se llevaban a cabo en los bosques que se extendían al norte de Quon Tali. Un rastreador le había contado que entre los cazadores que morían en tales cazas, la mayoría afrontaba su destino después de infligir al jabalí la herida mortal. Un inesperado arranque de furia por parte de la bestia desafiaba la presa que el Embozado había hecho de ella, y la cercanía de la victoria privaba de cautela a los cazadores. Duiker creyó percibir un exceso de confianza en las palabras del

amotinado. La bestia podía estar cubierta de sangre, pero aún no yacía muerta.

Y mientras viajaron al sur, el sol ascendió en el firmamento.



El suelo de la estancia se combó como un cuenco, alfombrado en gruesas bolas de un polvo que parecía fieltro. Casi a un tercio de milla en el corazón de la colina, las paredes de roca se agrietaron como vidrio, originadas las fisuras en el techo abovedado. En mitad de la sala había una barca de pesca tumbada de costado, con una vela que gualdrapeaba largada en el único palo. El aire seco, tórrido, había empujado las clavijas de las juntas y la tablazón se había contraído, cediendo bajo el peso de la propia barca.

—No me sorprende —dijo Mappo desde el umbral.

Icarium frunció los labios, luego pasó de largo junto al trell y se acercó a la embarcación.

—¿Cinco años? No más, aún puedo oler la sal. ¿Reconoces el diseño?

—Maldigo mi nombre por no haberme interesado jamás en estos asuntos —suspiró Mappo—. Tendría que haber previsto situaciones como esta, ¿en qué estaría pensando?

—Creo que esto es lo que Iskaral Pust quería que encontráramos —dijo Icarium lentamente, apoyando una mano en la proa de la barca.

—Pues yo estaba convencido de que andábamos tras su escoba —masculló el trell.

—Sin duda la escoba acabará apareciendo en cualquier parte. No era el objeto de la búsqueda lo que debíamos

valorar, sino el viaje.

Mappo entrecerró los ojos en un gesto de suspicacia y mostró los caninos al dar sus labios forma a una sonrisa.

—Así es siempre, ¿no? —Siguió al jhag al interior de la sala. Sus fosas nasales se dilataron—. No huelo la sal.

—Puede que haya exagerado un poco.

—Admito que no tiene aspecto de llevar siglos aquí metida. ¿Qué lección debemos extraer de semejante hallazgo, Icarium? Una barca de pesca hallada en una habitación que se encuentra excavada en la roca, en el interior de una colina en mitad de un desierto que dista treinta leguas de cualquier masa de agua que sea mayor que un estanque. El sacerdote supremo nos plantea un enigma.

—Así es.

—¿Reconoces su factura?

—Ay, soy tan ignorante en cuanto a embarcaciones y otros asuntos navales como puedas serlo tú, Mappo. Me temo que hemos decepcionado las expectativas que Iskaral Pust había depositado en nosotros.

El trell gruñó, observando a Icarium, que empezaba a examinar la embarcación.

—Hay redes de pesca ahí dentro, y muy recias. Unos restos que podrían haber sido peces en tiempos, y... ¡Ah! —El jhag extendió el brazo. La madera produjo un repiqueteo. Se envaró Icarium y, encarando a Mappo, sostuvo en alto la escoba del sacerdote supremo.

—Y ahora, ¿qué? ¿Barremos la estancia?

—Creo que nuestra tarea consiste en devolverla a su propietario.

—¿La barca o la escoba?

Icarium enarcó ambas cejas.

—Vaya, acabas de plantear una pregunta de lo más interesante, amigo mío.

Mappo, ceñudo, se encogió de hombros. Si de veras su pregunta tenía algo de interesante, había sido por pura casualidad. Se sentía frustrado. Demasiadas mazmorras, demasiada inactividad, y todo por el capricho de un loco. Tanto esfuerzo destinado a dirigir su mente hacia un misterio que empezaba a dudar que valiera la pena. Finalmente, suspiró.

—Sombra empujó esta barca y a su ocupante, luego los arrojó bien lejos y los depositó aquí. ¿Pertenece la embarcación a Iskaral Pust? No me parece que corra sangre de pescador por sus venas. No he oído una sola maldición portuaria de sus labios, ninguna metáfora marinera ni nada por el estilo.

—De modo que no se trata de la embarcación de Iskaral Pust.

—No. Lo que nos deja...

—En fin, o pertenece a la mula o a Sirviente.

Mappo asintió.

—Admito que una mula a bordo de una barca, largando las redes en los arrecifes podría ser lo bastante interesante como para llamar la curiosidad de un dios, suficiente para inmortalizar a ambas para la posteridad —dijo mientras se frotaba la barbilla.

—Ah, pero ¿qué valor tendría sin un lago o un arroyo que completara la escena? No, creo que debemos descartar a la mula. Esta embarcación pertenece a Sirviente. Recuerda lo bien que se le da trepar por ahí...

—Recuerda esa horrible sopa que prepara...

—Eso era la colada, Mappo.

—Precisamente, precisamente, Icarium. Estás en lo cierto. Hubo un tiempo en que Sirviente surcó las aguas en

esta embarcación.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Así es. No puede decirse que para ese pobre hombre supusiera una mejora de vida.

Icarium levantó la escoba como si de un estandarte se tratara.

—Más preguntas que formular a Iskaral Pust. ¿Emprendemos el camino de vuelta, Mappo?



Tres horas más tarde, ambos, muy cansados, encontraron al sacerdote supremo de Sombra sentado a la mesa de la biblioteca. Iskaral Pust se hallaba inclinado sobre la baraja de los Dragones.

—Llegáis tarde —dijo sin levantar la mirada—. La baraja irradia una gran energía. El mundo exterior está en continua mudanza, y vuestra pasión por la estulticia no es merecedora de los precipitados tiempos que corren. Acudid a este terreno, viajeros, o seguid extraviados a vuestra cuenta y riesgo.

Tras lanzar un resoplido que dio voz a su enfado, Mappo se dirigió a los barriles de vino que había en el estante. Por lo visto, incluso Icarium se había quedado parado ante las palabras del sacerdote supremo, ya que soltó la escoba, que cayó con gran estruendo al suelo, y se sentó en la silla situada frente a Iskaral Pust. El talante frustrado del jhag no auguraba precisamente una velada de sosegada conversación. Mappo sirvió dos tazas de vino y volvió a la mesa.

El sacerdote supremo levantó la baraja con ambas manos, cerrados los ojos, murmurando una silenciosa plegaria a Tronosombrío. Sirvió las cartas en espiral y colocó la primera de ellas en el centro.

—¡El Obelisco! —casi chilló Iskaral, que se rebulló inquieto en la silla—. ¡Lo sabía! Pasado, presente, futuro, el aquí, el ahora, el entonces, el cuándo...

—¡Por el aliento del Embozado! —masculló Mappo.

Reveló la segunda carta, cuya esquina superior izquierda se solapaba a la inferior derecha del Obelisco.

—La Cuerda, el patrón de asesinos de Sombra, ¡ah! —Las siguientes cartas las desveló en rápida sucesión. Iskaral Pust fue anunciando sus identidades como si su audiencia ignorara por completo las figuras o fuera completamente ciega—. Oponn, con el mellizo bocarriba, la suerte que empuja, mala suerte, terrible infortunio, error de cálculo, circunstancias desfavorables... El Cetro... El Trono... La Reina de la Gran Casa de Vida... La Hilandera de la Gran Casa de Muerte... El Soldado de la Gran Casa de Luz... El Caballero de Vida, el Constructor de Oscuridad... —Siguió una docena de cartas más, y al terminar, el sacerdote supremo recostó la espalda, los ojos entrecerrados hasta no ver sino a través de sendas rendijas diminutas, la boca abierta—. Renovación, resurrección sin pasar por las puertas del Embozado. Renovación... —Levantó la mirada y se topó con los ojos de Icarium—. Debéis emprender un viaje. Pronto.

—¿Otra búsqueda? —preguntó el jhag en voz tan baja que a Mappo se le pusieron los pelos de punta.

—¡Sí! ¿No lo entiendes, estúpido?

—¿Entender qué? —susurró Icarium.

Ignorante al hecho de que su vida pendía de un hilo, Iskaral Pust se levantó, señalando con grandes aspavientos

las cartas dispuestas sobre la mesa.

—¡Lo tienes aquí mismo, delante de tus ojos, idiota! ¡Tan claro como pueda hacerlo mi señor de Sombra! ¿Cómo has podido sobrevivir tanto tiempo? —Enloquecido, el sacerdote supremo se tiró de los cuatro pelos que le quedaban al tiempo que daba unos cuantos brincos—. ¡El Obelisco! ¿No lo ves? ¡El Constructor, la Hilandera, el Cetro, la Reina y los Caballeros! ¡Reyes y bufones!

Icarium actuó rápido como el rayo; extendió los brazos a través de la mesa, y cerró ambas manos alrededor del cuello del sacerdote supremo, a quien levantó en el aire y arrastró sobre la mesa. Iskaral Pust gorgoteó, los ojos salidos de las órbitas mientras pataleaba.

—Amigo mío —advirtió Mappo, temiendo que tendría que intervenir para separar las manos de Icarium del cuello de su víctima, antes de que pudiera hacerle un daño irreparable.

El jhag, impresionado por la furia que sentía, soltó finalmente al enigmático anfitrión. Luego aspiró y exhaló con fuerza, varias veces.

—Habla sin rodeos, sacerdote —dijo más calmado.

Iskaral Pust se retorció de dolor en la mesa, arrojando las cartas de madera al suelo. Al cabo, permaneció inmóvil. Levantó la mirada hacia Icarium, los ojos abiertos desmesuradamente, llenos de lágrimas.

—Debéis aventuraros —dijo con la voz rota— en el sagrado desierto de Raraku.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Porque Sha'ik ha muerto.



—Habrá que dar por sentado que la incapacidad de responder directamente a una pregunta es algo innato en ese hombre —dijo Mappo lentamente—. Tan natural para él como respirar.

Se hallaban sentados en el vestíbulo que el trell había adoptado como habitación. Iskaral Pust había desaparecido escasos minutos después de pronunciarse, y no había ni rastro de Sirviente desde que habían regresado de la caverna donde encontraron la barca de pesca.

Icarium asentía.

—Habló de resurrección. Debemos pensar detenidamente en todo esto, porque la inesperada muerte de Sha'ik parece desafiar cualquier profecía, a menos que, por supuesto, esa «renovación» señale un retorno de las puertas del Embozado.

—¿E Iskaral Pust espera que nosotros asistamos a ese renacimiento? Qué poco le ha costado enredarnos en esta telaraña de locura. Por lo que a mí respecta, me alegro de que esa condenada bruja haya muerto, y espero que siga así. Las rebeliones siempre son sangrientas. Si su muerte libra a esta tierra del levantamiento, nuestra intervención nos pondría en gran peligro.

—¿Temes la ira de los dioses?

—Temo ser utilizado por ellos, o por sus siervos, Icarium. La sangre y el caos son carne y vino para los dioses; al menos, para la mayoría de ellos. Sobre todo para aquellos que se entrometen a las primeras de cambio en los asuntos de los mortales. No moveré un solo dedo para que vean cumplidos sus deseos.

—Ni yo, amigo mío —admitió el jhag al tiempo que se levantaba de la silla con un suspiro—. De todos modos,

querría presenciar esa resurrección. ¿Qué capacidad para el engaño tiene el poder que es capaz de arrancar un alma de las garras del Embozado? Todos los rituales de resurrección de los que he oído hablar comportan un precio increíble. Aunque ceda un alma, el Embozado siempre se asegura de salir ganando con el trueque.

Mappo cerró los ojos y acarició su ancha frente marcada por las cicatrices. *Amigo mío, ¿qué hacemos aquí? Veo tu desesperación, buscas todos los caminos posibles con la esperanza de una revelación. Si pudiera hablarte con franqueza, te advertiría en contra de la verdad.*

—Es una tierra antigua —dijo en un hilo de voz—. Apenas podemos intuir qué poderes se habrán invertido en la piedra, en la arena, en la tierra. Generación tras generación. —Levantó la mirada. De pronto, se sentía muy cansado—. Icarium, cuando caminamos al borde de Raraku, tuve en todo momento la sensación de que lo hacía sobre una cuerda, sobre el hilo de una telaraña que se extendía allende el horizonte. El mundo antiguo duerme, y siento que se remueve en su sueño, ahora más que nunca. *No despiertes este lugar, amigo, a menos que te despierte a ti.*

—Bien, sea como sea, yo emprenderé la aventura —resolvió Icarium tras considerarlo unos instantes—. ¿Me acompañarás, Mappo Trell?

Con los ojos fijos en las losas levantadas del suelo, Mappo asintió lentamente.



La pared de arena se alzó sólida sobre la bóveda celeste de color ocre. En algún punto de aquella violenta y

cambiante locura se hallaba el sagrado desierto de Raraku. Violín, Azafrán y Apsalar permanecían sentados en las monturas en lo alto de un sendero que conducía colina abajo, a la inmensa vastedad del desierto. Era suficiente con adentrarse un millar de pasos en Raraku para que el mundo desapareciera por completo.

Un leve rugido sibilante llegó a sus oídos.

—Doy por sentado que no se trata de una tormenta cualquiera —dijo Azafrán.

Estaba desanimado desde que al despertar aquella mañana descubrió que Moby había vuelto a desaparecer. La criatura revelaba sus instintos más salvajes, y Violín tenía la sospecha de que no volverían a verla.

—Cuando oí mencionar el torbellino, supuse que... Bueno, que sería en sentido figurado —continuó diciendo el ladrón daru instantes después—. Una forma de hablar, supongo. Así que dime, ¿nos enfrentamos ahora al auténtico torbellino? ¿A la ira de una diosa?

—¿Cómo puede haberse producido una rebelión en mitad de algo así? —se preguntó Apsalar—. A cualquiera le costaría lo suyo abrir los ojos en plena tormenta, y más aún orquestar un levantamiento que abarca a todo un continente. A menos, por supuesto, que se trate de una barrera y que más allá impere la calma.

—Parece probable —admitió Azafrán.

—En tal caso no tenemos elección —concluyó Violín—. Habrá que atravesarla.

Los cazadores gral se hallaban a unos diez minutos de distancia; los perseguían con unas monturas que estaban igual de cansadas que las suyas. Al menos eran una veintena, e incluso teniendo en cuenta las destrezas divinas de Apsalar y el surtido de munición explosiva de que

disponía Violín, la opción de hacer frente a los guerreros no constituía una perspectiva demasiado halagüeña.

El zapador observó a sus compañeros. El sol y el viento habían quemado sus rostros, a excepción de las arrugas blancas en las comisuras de los ojos. Los labios agrietados y pelados aparecían como líneas rectas entre los corchetes dibujados por las arrugas. Sedientos y hambrientos se tambaleaban en la silla, totalmente agotados, al igual que él, que no era ninguna excepción. Es más, él se sentía peor, puesto que carecía de las reservas de energía propias de la juventud, reservas de las que poder extraer fuerzas. *Recuerda que Raraku te marcó una vez. Hace mucho. Sé qué nos espera en el desierto.*

Los otros dos parecían comprender las dudas de Violín; aguardaban con una especie de respeto a que se decidiera, cuando se escuchó el estruendo de los cascos de los caballos que subían por el sendero, a su espalda.

—Querría saber más de este desierto. Su poder... —dijo Apsalar.

—Lo harás —gruñó Violín—. Cubrid vuestros rostros. Vamos a saludar al torbellino.



Como ala que envuelve con su abrazo, la tormenta cerró sobre ellos. Una conciencia brutal parecía cabalgar el torbellino de arena, una conciencia que se introdujo en el tejido de sus telabas con un millar de abrasadores dedos que se abrieron paso en su piel. Los extremos de la ropa se erizaron, látigos que golpeaban con frenesí. Aquel rugido copó el ambiente al igual que copó sus sentidos.

Raraku había despertado. Todo lo que Violín había percibido durante la última vez que cabalgó por el desierto, percibido como un bullicio subterráneo, la promesa espectral de las pesadillas que yacían bajo la superficie, se había desatado, exultante ante la libertad.

Con las cabezas gachas los caballos avanzaron penosamente, abofeteados por las rachas de viento cargadas de arena. El suelo bajo los cascos era compacto, de barro y escombros, puesto que la honda capa de fina arena blanca se había visto levantada de la superficie y cabalgaba en el aire, dejando al descubierto los pacientes siglos, desnudos ahora.

El grupo desmontó para cubrir las cabezas de los caballos y tirar de ellos.

A sus pies aparecieron los huesos. Armaduras herrumbrosas, ruedas de carro, restos de cascos de caballos y camellos, pedazos de cuero, los cimientos de las murallas de piedra, y lo que había sido un desierto sin rasgos distintivos mostró entonces sus huesos, que alfombraban el suelo con tal profusión que Violín se asombró al verlo. No podía dar un solo paso sin que algo crujiera bajo sus pies.

Un elevado monte rodeado de piedra bloqueó de pronto su camino. Era escarpado y se alzaba muy por encima de sus cabezas. Violín se detuvo unos instantes, luego aferró las riendas del caballo y encabezó el ascenso. Después de mucho tropezar coronaron la cima y se encontraron en un camino.

Las losas estaban cortadas con esmero, dispuestas correctamente, visibles las delgadas hendiduras que las separaban. Violín se agachó intrigado, intentando estudiar la superficie del camino, tarea difícil por la arena que sobrevolaba la superficie empedrada. No había forma de

averiguar a qué época se remontaba el camino. Ya lo imaginaba, pero a pesar de haber estado enterrada en la arena tenía que haber indicios de desgaste, aunque el caso es que fue incapaz de detectar uno solo. Es más, aquella muestra de ingeniería hacía gala de una habilidad que no había encontrado en ninguna de las canteras de Siete Ciudades.

A ambos lados el camino discurría recto hasta donde sus ojos entornados alcanzaban a ver. Era como un malecón que ni siquiera aquella tormenta mágica podía quebrar.

—¡Creía que no había caminos en Raraku! —exclamó Azafrán tras acercarse al zapador.

Violín sacudió la cabeza, incapaz de hallar una explicación plausible.

—¿Lo seguimos? —preguntó el ladrón—. Aquí arriba el viento no sopla tan fuerte...

A juicio de Violín, el camino trazaba un ángulo al sudoeste, hacia el corazón de Raraku. Al nordeste debían de alzarse en cuestión de diez leguas las colinas de Pan'potsun; en esa dirección llegarían a ellas quizás a unas cinco leguas al sur del lugar donde las habían dejado. Tenía poco sentido hacerlo. Observó de nuevo el camino que discurría a su derecha. *El corazón de Raraku. Se dice que hay un oasis allí, donde ha acampado Sha'ik y sus rebeldes. ¿A qué distancia se hallará el oasis? ¿Encontraremos agua en el camino?* Estaba convencido de que un camino que cruzara el desierto tenía que haberse trazado de tal modo que hubiera pozos de agua a su paso. Era una locura pensar lo contrario, y estaba claro que los constructores de aquella vía eran demasiado hábiles para comportarse de forma insensata. *Tremorlor... Si los dioses lo quieren, este camino nos conducirá a la legendaria puerta. Raraku tiene*

un corazón. Eso decía Ben el Rápido. Tremorlor, una Casa de Azath.

Violín montó a lomos del castrado.

—Seguiremos el camino —gritó a sus compañeros, señalando hacia el sudoeste.

No se quejaron por aquella decisión al tirar de las riendas de las monturas. Violín comprendió que habían acatado su decisión porque ambos estaban perdidos en aquella tierra. Dependían por entero de él. *Por el aliento del Embozado, creen que sé lo que me hago. ¿Debería de decirles que el plan de encontrar Tremorlor se debe a mi fe en que ese lugar exista? ¿Y que las suposiciones de Ben el Rápido sean correctas, a pesar de que era reacio a explicar la fuente de su certeza? ¿Les dijo que lo más probable es que muramos aquí, si no es de sed, a manos de los seguidores fanáticos de Sha'ik?*

—¡Violín! —gritó Azafrán, señalando el camino. Al volverse, el zapador vio a un puñado de guerreros gral que subían la pendiente, a menos de cincuenta pasos de distancia. Sus cazadores se habían dividido en grupos pequeños que habían hecho tanto caso de la tormenta de hechicería como el grupo de Violín. Al cabo de un instante repararon en la presa y lanzaron gritos de batalla mientras espoleaban a los caballos hasta la cima.

—¿Huimos? —preguntó Apsalar.

Los gral habían montado de nuevo y destrababan las lanzas.

—No parece que tengan intención de conversar —masculló el zapador. En voz alta, dijo—: ¡Dejádmelos a mí! ¡Vosotros dos tirad por el camino!

—¿Cómo? ¿Otra vez? —Azafrán desmontó—. ¿Para qué?

Apsalar lo imitó. Se acercó a Violín, a quien sostuvo la mirada.

—Si tú mueres, ¿qué probabilidades tendremos de sobrevivir al desierto?

Tan pocas como si os quedáis. Hizo un esfuerzo por contener la tentación de dar voz a sus pensamientos, y se limitó a encogerse de hombros a modo de respuesta, todo ello mientras aprestaba la ballesta.

—Me interesa que sea un combate corto —informó, cargando un virote explosivo en el arma.

Los gral habían tirado de las riendas para situarse en posición en el camino. Con las lanzas bajadas, espolearon entonces a los caballos.

A pesar de todo, Violín se lamentó por aquellos magníficos caballos gral al apuntar y disparar. El virote alcanzó el suelo a tres pasos por delante de sus perseguidores. La explosión fue ensordecedora. Se levantó una llamarada que hizo de muro a la arena llevada por el viento, y los perseguidores se vieron arrojados de las monturas como por la mano de un dios, hacia atrás o a los lados del camino. Se alzó un chorro de sangre que tiñó de rojo la arena, y al cabo de un instante el viento barrió las llamas y el humo, respetando tan solo aquellos cuerpos que se retorcían en la piedra.

Fútil persecución, y ahora fútiles las muertes. No soy gral. ¿Supondrá el crimen de hacerse pasar por uno de ellos un delito tan grande como para justificar esta persecución? Hubiera querido poder preguntároslo, guerreros.

—Ya es la segunda vez que nos salvan el pellejo —dijo Azafrán—. Esas municiones moranthianas son terribles, Violín.

En silencio, el zapador cargó otro virote, deslizó una correa de cuero sobre el gatillo de hueso y lo trabó. Luego cargó la pesada arma al hombro. Al volver a montar, tomó

las riendas en una mano y observó fijamente a sus compañeros.

—Permaneced atentos —les dijo—. Quizás nos topemos con otro grupo sin previa advertencia. Si eso sucede, intentad superarlos.

Y clavó suavemente los talones en el castrado.

El viento sopló como una risa en los oídos, teñido su sonido por el placer de haber presenciado una violencia sin sentido. Ansiaba más. *El torbellino ha despertado, la diosa está loca, y es la locura quien la empuja. ¿Quién podrá detenerla?* Violín volvió los ojos entornados al camino, cuyo monótono surco de piedra conducía, conducía siempre, al aire ocre, cambiante. A la nada.

Violín lanzó un juramento e hizo a un lado la inútil tortura a la que sometía sus pensamientos. Tendrían que dar con Tremorlor antes de que el torbellino los engullera a todos.



La aptoriana era una mancha oscura a treinta pasos a la izquierda de Kalam, que cabalgaba con implacable soltura por el viento cargado de arena. El asesino agradeció el encono de la tormenta, puesto que ver con claridad a aquella acompañante no deseada le erizaba el vello de la nuca. No era la primera vez que se enfrentaba a un demonio, lo había hecho en los campos de batalla y en las calles de las ciudades asoladas por la guerra. A menudo habían entrado en combate invocados por magos malazanos, de modo que podía considerarlos aliados, por mucho que pudieran exigir las voluntades de sus amos con

aparente indiferencia a todo lo demás. En algunas ocasiones, se había enfrentado a un demonio invocado por el enemigo, momento en que solo contaba la supervivencia, y la supervivencia equivalía a la huida. Los demonios eran de carne y hueso (había visto con todo lujo de detalle las entrañas de uno, después de que explotara al ser alcanzado por el virote explosivo de Seto), cosa que sabía demasiado bien como para conservar el recuerdo, pero solo un insensato se enfrentaría a la gélida furia de un demonio por propia elección.

«Solo hay dos clases de personas que mueran en la batalla», había dicho Violín en una ocasión: «Los estúpidos y los desafortunados». Intercambiar estocadas con un demonio era tan estúpido como desafortunado.

Por todo ello, la aptoriana rechinaba a la vista de Kalam como una hoja de acero que intentara atravesar el granito. Incluso el hecho de observar durante demasiado tiempo a la criatura constituía una invitación a la náusea.

No había nada bueno en el obsequio de Sha'ik. *Obsequio... O espía. Ha desatado el torbellino y ahora la diosa lo cabalga. Es posible que eso corte la mecha de la gratitud. Además, ni siquiera Dryjhna estaría dispuesta a desprenderse de un demonio aptoriano en una labor tan mundana como la escolta. Por todo ello, amiga aptoriana, no puedo confiar en ti.*

A lo largo de los últimos días había intentado despistar a la bestia. Había partido en silencio una hora antes del amanecer, y se había introducido en los remolinos de viento más densos. Correr más que aquella criatura era inútil: podía superar en velocidad a cualquier animal terrestre, y no solo en velocidad, sino en resistencia. La aptoriana lo siguió como un perro atado con correa, aunque por suerte lo había hecho a distancia.

El viento azotaba las colinas de roca con una furia voraz, se introducía en las hendiduras y las fisuras como si ansiara librarse de la arena que arrastraba. Las cúpulas suaves y gibosas, pertenecientes a las blanquecinas piedras calizas que bordeaban las crestas a ambos lados del valle poco profundo por el que cabalgaba, parecían envejecer ante su mirada, pues al pestañear creía distinguir nuevas arrugas y surcos en su superficie.

Había dejado atrás las colinas Pan'potsun hacía seis días, para cruzar el borde que separaba otra cordillera llamada Anibaj. Aquel territorio al sur de Raraku le resultaba menos familiar. Había llegado muy cerca en una ocasión, siguiendo un camino de mercaderes muy transitado que bordeaba el extremo oriental. Anibaj no servía de hogar a ninguna tribu, aunque se rumoreaba la existencia de monasterios ocultos.

El torbellino había partido de Raraku la noche antes, una marea de magia capaz de cegar a las estrellas, que había impresionado a Kalam a pesar de ser consciente de su inminencia. Dryjhna había despertado con la furia suficiente para dejar mudo al asesino. Temía que acabaría por lamentar el papel que había representado en ello, y cada vez que veía a la aptoriana sus temores se aguzaban.

Anibaj carecía de vida a ojos de Kalam. No había visto ningún indicio de que estuviera habitada, indicios claros o solapados. Alguna vez encontraba las ruinas de una fortaleza que apuntaban a un pasado habitado, pero eso era todo. Si en aquellos desiertos parajes se ocultaban monjes o monjas ascéticos, las bendiciones de sus deidades los mantenían ocultos a ojos de los mortales.

Aun así, cabalgó encogido en la silla, con el azote del viento en la espalda. Kalam no podía evitar la sensación de que algo le seguía. Aquella conciencia había despertado en su interior en las últimas seis horas. Había algo ahí fuera,

humano o animal, más allá del alcance de su mirada, que lo seguía sin perder su rastro. Sabía que tanto su propio olor como el de su caballo los precedían, arrastrados por el viento que soplaba en dirección sur, aunque por otro lado el rastro debía de difuminarse diez pasos más allá. Tampoco las huellas del caballo duraban más que unos latidos de corazón. A menos que la vista del cazador fuera muy superior a la del asesino (y no lo consideraba muy probable), lo cual le permitiría mantenerse fuera del alcance de Kalam, la única explicación que quedaba era... *Hechicería obra del Embozado. Lo último que necesito.*

Volvió a mirar a su izquierda, donde distinguió el bulto de la aptoriana, así como sus movimientos extrañamente mecánicos para mantenerse a su altura. El demonio no parecía alarmado (aunque cómo iba a distinguir ella tal cosa), pero en lugar de tranquilizarlo se sentía cada vez más inquieto, pues sospechaba que el papel del demonio ya no consistía en protegerlo.

De pronto calló el viento, el rugido se convirtió en el silbido de la arena al posarse. Con un gruñido de sorpresa, Kalam tiró de las riendas y se volvió en la silla. El borde de la tormenta daba un tumbo, un muro estacionario a cinco pasos a su espalda. La arena llovía del muro, formando dunas escalonadas a lo largo de un borde ligeramente curvo que discurría hasta el horizonte, tanto a oriente como a occidente. El cielo en lo alto había adquirido la clara tonalidad del bronce pulido. El sol, que colgaba hacía una hora sobre el horizonte, era del color del oro molido.

El asesino condujo al caballo otra docena de pasos antes de detenerse de nuevo. La aptoriana no había salido de la tormenta. Un escalofrío recorrió su espina dorsal y echó mano de la ballesta que colgaba de una correa de cuero en la perilla.

Su caballo se encabritó asustado, luego marchó de lado, la cabeza levantada y las orejas gachas. Un olor especiado, fuerte, se adueñó del lugar. Kalam saltó de la silla cuando algo pasó volando sobre él. Renunció a la ballesta descargada y desenvainó los cuchillos largos cuando el hombro topó con la arena blanda; la inercia lo había llevado a dar una voltereta y a caer sobre ambos pies, acucillado. Su atacante, un gigantesco lobo del desierto, no había podido evitar al caballo e intentaba saltar sobre la silla de este, los ojos ámbar pendientes de Kalam.

El asesino se arrojó sobre él, con la ancha hoja del cuchillo que empuñaba en la diestra por delante. Otro lobo lo golpeó por la izquierda, puro músculo y fauces batientes que lo arrojó al suelo. Tenía atrapado el brazo izquierdo bajo el peso del animal. Los caninos arañaban los anillos de la malla que le cubrían el hombro. Los anillos se partían, cedían ante el embate de la dentadura que se abría paso hacia la carne.

Kalam se estiró para hundir a continuación la hoja del cuchillo que empuñaba con la mano derecha en el costado del animal; la hoja penetró bajo la columna, justo ante la cadera del lobo, cuyas fauces aflojaron la presión que mantenían en el hombro del asesino. Este tiró de la empuñadura para liberar el cuchillo y notó que la hoja rascaba el hueso. El acero de Aren primero se dobló para finalmente partirse.

Con un aullido de dolor, el lobo dio un brinco para separarse de él, y empezó a girar sobre sí como si persiguiera su propia cola, en un vano intento por cerrar las fauces sobre el acero que tenía en el cuerpo.

Kalam escupió arena y se puso en pie. Al primer lobo lo había arrojado el caballo al corcovear como loco. Ya en el suelo había recibido una cox en un lado de la cabeza, y el

animal yacía aturdido a una docena de pasos de distancia, con la nariz chorreando sangre.

Había más lobos en algún lugar tras el muro de la tormenta, enmudecidos sus aullidos, sus gruñidos, por el viento. Estaba seguro de que se enfrentaban a algo. Recordó entonces Kalam la mención que había hecho Sha'ik del d'ivers que había atacado a la aptoriana, sin mayores consecuencias, hacía unas semanas. Por lo visto, el ser cambiante volvía a intentarlo.

El asesino vio que el caballo emprendía el galope por el sendero, al sur, corcoveando mientras galopaba. Al volverse Kalam hacia los dos lobos, comprobó que habían desaparecido; había dos rastros de sangre que se perdían en la tormenta. Del interior del torbellino ya no surgían más sonidos de la batalla.

Al cabo, la aptoriana apareció ante su mirada. La sangre negra cubría sus costados y goteaba de los colmillos de aguja, lo que hacía que su sonrisa torcida fuera aún más espantosa. Inclino la estirada cabeza a un lado y observó fijamente a Kalam con su ojo oscuro y sabio.

—Ya corro suficientes riesgos como para encima tener que cargar con tus rencillas, aptoriana —dijo Kalam, ceñudo.

El demonio chasqueó la mandíbula y asomó la lengua de serpiente para lamer la sangre de los labios. Vio que estaba temblando, y que algunas de las heridas que tenía en el cuello parecían serias.

—Antes de curar tus heridas tendré que encontrar mi caballo —dijo el asesino con un suspiro. Extendió el brazo a la cantimplora que colgaba del cinto—. Pero al menos voy a limpiártelas —añadió, acercándose a ella.

El demonio retrocedió y agachó la cabeza en un gesto amenazador. Al verlo, Kalam permaneció inmóvil.

—Mejor no. —Arrugó el entrecejo. Había algo raro en aquel demonio, de pie en un montoncito de roca blanquecina, la cabeza vuelta mientras olisqueaba el aire. El ceño del asesino se arrugó aún más. *Algo...* Entonces suspiró, observando el cuchillo roto que aún empuñaba en la mano derecha. Había empleado ambos durante buena parte de su vida de adulto, como espejo de las lealtades gemelas que convivían en él. *¿Cuál de ambas habré perdido con este cuchillo?*

Sacudió el polvo de la telaba, recogió la ballesta para colgarla del hombro y echó a andar al sur, por el camino hacia la lejana cuenca. A su lado, más cerca de lo que había estado antes, la aptoriana lo siguió, la cabeza gacha, sacudiendo con la uña del índice las motas de polvo que relucían rosáceas a la tenue luz del sol.

CAPÍTULO 7



La muerte me servirá de puente.

Proverbio toblakai

Ardían los carros, y las mulas, bueyes, hombres, mujeres y niños, restos de muebles, cadáveres de caballos, ropa y otros objetos del hogar se esparcían en la llanura al sur de Hissar hasta donde Duiker alcanzaba a ver. Por doquier los cadáveres se amontonaban como túmulos, allá donde los guerreros habían plantado cara por última vez. No hubo muestra de piedad alguna, no se hicieron prisioneros.

El sargento se hallaba a unos pasos del historiador, tan silencioso como sus hombres, mientras observaban la escena de la cuenca Vin'til y la batalla que con el tiempo se conocería por el nombre de un pueblo cercano, un pueblo que apenas distaba una legua: Bat'rol.

Duiker se inclinó en la silla y escupió al suelo.

—La bestia herida mostró sus colmillos —dijo, lúgubre. *¡Bien hecho, Coltaine! Ahora se lo pensarán dos veces antes de cercarte de nuevo.*

Los cuerpos pertenecían a hissari, quienes incluso habían utilizado a niños en la refriega. Las cicatrices negras, chamuscadas, surcaban el campo de batalla como si un dios hubiera contribuido con sus garras a la matanza. Jirones de carne quemada remataban las cicatrices.

Humanos o animales, no había modo de precisarlo. Las políneas revoloteaban sobre el lugar como una locura silenciosa. El ambiente apestaba a hechicería, el choque de sendas había extendido una capa de ceniza grasienta sobre todas las cosas. El historiador ya no se sentía horrorizado, pues su corazón se había endurecido lo bastante para sentir poco más que alivio.

En algún lugar, al sudoeste, se encontraba el Séptimo, los leales sirvientes hissari que habían sobrevivido y los wickanos. *Y decenas de miles de refugiados malazanos, privados de sus pertenencias... pero vivos.* Seguían estando en peligro. El Ejército del Apocalipsis había empezado a reagruparse, y los supervivientes se dirigían en solitario o en grupo al oasis Meila, donde aguardaban los refuerzos de Sialk y las tribus del desierto que habían sido las últimas en llegar. Cuando reemprendieran la persecución, superarían en número al maltrecho ejército de Coltaine.

Uno de los hombres del sargento regresó de explorar a poniente.

—Kamist Reloe sigue con vida —informó—. Otro mago supremo trae del norte a un nuevo ejército. La próxima vez no habrá errores.

Las palabras resultaron menos tranquilizadoras para los demás de lo que hubieran podido serlo apenas un día antes. El sargento asintió, los labios dibujaban una fina línea.

—En tal caso, nos reuniremos con los demás en Meila.

—Yo no —gruñó Duiker.

Los demás lo miraron con los ojos entrecerrados.

—Aún no —añadió el historiador, observando el campo de batalla—. Me dice el corazón que encontraré el cadáver de mi sobrino... ahí.

—Busca antes entre los supervivientes —sugirió uno de los soldados.

—No. Mi corazón no siente temor, solo tiene esa certeza. Adelante, marchad. Me reuniré con vosotros antes de que anochezca. —Clavó la mirada inflexible en el sargento—. Marchaos.

El hombre hizo un gesto sin pronunciar una palabra.

Duiker los vio cabalgar a poniente. Sabía que si volvía a verlos, lo haría desde las prietas filas del ejército de Malaz. Entonces ya no serían seres humanos. *El juego que despliega la mente para desencadenar la destrucción.* Había estado en más de una ocasión entre los soldados, percibiendo cómo se las apañaban para buscar y encontrar ese rincón de la mente, ese lugar frío y silencioso, el lugar donde esposos, padres, esposas y madres se convertían en asesinos. La práctica hacía que fuera más fácil hallarlo. *Hasta que se convierte en un lugar del que no puedes salir.*

El historiador se alejó a caballo del campo de batalla, desesperado por reunirse con el ejército. No era momento de estar solo, en mitad de aquella masacre, donde hasta la última pieza rota o quemada, donde hasta la sangre parecía llorar aquel silencioso ultraje. Los campos de batalla servían de escenario a la locura, como si la sangre que había empapado el suelo recordara el dolor y el terror, y hubiera ligado a ambos los ecos de la muerte y de los moribundos.

No había saqueadores, únicamente moscas, políñeras, rhizanos y avispa, la miríada de malvados duendes del Embozado que aleteaba y zumbaba en el aire, a su alrededor, mientras cabalgaba. A menos de un kilómetro divisó a un par de jinetes que galopaban a la cresta sur, en dirección oeste; las telabas flameaban al viento.

Para cuando Duiker llegó a la falda de la cresta había perdido ya de vista a los jinetes. El terreno polvoriento que se extendía ante él estaba surcado de socavones. La

columna que había abandonado el campo de batalla lo había hecho en buen orden, aunque a juzgar por lo batido que estaba el terreno la acompañaba un considerable convoy de suministros. *Nueve, puede que diez carros por fila. Ganado. Caballos de refresco... ¡Reina de los Sueños! ¿Cómo espera defender Coltaine todo eso? Cuarenta mil refugiados, puede que más, todos ellos dependen de que un muro de soldados proteja sus preciadas vidas... Incluso Dassem Ultor hubiera dado un respingo ante semejante situación.*

Una tonalidad parda se extendía sobre el cielo, a oriente. Al igual que Hissar, Sialk estaba envuelta en llamas. No obstante allí solo había apostada una modesta guarnición de la infantería de marina, un fuerte y un pañol en el puerto, con su muelle particular y tres embarcaciones para patrullar la costa. Con un poco de la suerte de Oponn habrían logrado emprender la retirada, aunque lo cierto era que Duiker tenía pocas esperanzas al respecto. Lo más probable era que se hubieran empeñado en la defensa de los ciudadanos malazanos... *Para sumar sus cadáveres a la matanza.*

Era tremendamente fácil seguir el rastro que habían dejado el ejército de Coltaine y los refugiados. Se dirigían al sur, al interior, a Sialk Odhan. La ciudad más próxima en la que podrían encontrar ayuda se llamaba Caron Tepasi, a sesenta leguas de distancia, con los clanes hostiles de los tithansi que ocupaban las estepas que separaban ambos puntos. *Y el Apocalipsis de Kamist Reloe tras sus pasos.* Duiker era consciente de que se reuniría con el ejército y perecería con él.

No obstante, la rebelión podía perfectamente ser aplacada en alguna otra parte. Había un puño en Caron Tepasi y otro en Guran. Si uno de ellos, o ambos, habían

logrado extinguir la llama del alzamiento en las ciudades, entonces Coltaine dispondría de un lugar al que dirigir sus pasos. Sin embargo, semejante viaje a través de Odhan le llevaría meses. Si bien había suficiente terreno de pasto para el ganado, no había agua, y la estación seca acababa de empezar. *No, incluso contemplar la posibilidad de semejante viaje va más allá de la desesperación. Es una locura.*

Eso dejaba la opción del... contraataque. Un golpe decidido, raudo y mortífero para recuperar Hissar. O Sialk. Una ciudad destruida ofrecía mayores oportunidades para la defensa que la estepa. Además, la flota malazana podía relevarlos. *Puede que Pormqual sea un estúpido, pero el almirante Nok no lo es.* No podía abandonarse a su suerte así como así al Séptimo Ejército, ya que sin él no existía la menor esperanza de aplacar la revuelta.

No obstante, por ahora estaba claro que Coltaine dirigía la columna al oasis Dryj, pero a pesar de la ventaja que le llevaba, Duiker confiaba en alcanzarlo mucho antes de que llegara. En ese momento, la principal necesidad de los malazanos era el agua. Claro que Kamist Reloe también habría reparado en ello. Puesto que podía predecir sus movimientos, tenía atrapado a Coltaine, que se hallaba en una posición que no era del gusto de ningún comandante. Cuantas menos opciones poseyera el puño, más desesperada sería su situación.

Siguió cabalgando. El sol trazó lentamente un ángulo a poniente a medida que seguía aquel rastro alfombrado de restos, cuya descuidada presencia hacía que Duiker se sintiera muy pequeño, insignificantes sus esperanzas, sus temores. De vez en cuando hallaba a su paso el cadáver de algún que otro refugiado, o soldado, muerto en el camino y abandonado en él, arrojado a una zanja sin mayores

contemplaciones. El sol había hinchado sus cuerpos, había enrojecido su piel, jaspeada de negro. Abandonar de esa manera los cadáveres debía de haberles resultado difícil. Duiker percibió algo de la desesperación que pesaba sobre el contingente hostigado.

A una hora del anochecer, una nube de polvo se levantó a media legua tierra adentro. Jinetes tithansi, supuso el historiador, que marchaban a todo galope hacia el oasis Dryj. Coltaine y su gente no disfrutarían de paz alguna. Los golpes de mano a caballo hostigarían los campamentos; los súbitos ataques al ganado, las flechas de fuego disparadas sobre los carromatos de los refugiados... La noche se teñiría de un incesante terror.

Observó marchar a los tithansi, y contempló la posibilidad de emprender el galope con la cansada montura. Los jinetes tribales llevarían sin duda caballos de refresco, y el historiador agotaría al suyo en el esfuerzo de llegar a Coltaine antes que ellos. Además, no lograría nada aparte de advertir de algo inevitable. *Coltaine debe de saber lo que se le viene encima. Lo sabrá, porque en tiempos él mismo fue un líder rebelde que persiguió al Ejército Imperial que se batía en retirada por las llanuras wickanas.*

Siguió cabalgando al trote, pensando en el desafío de la noche que se avecinaba: cabalgar a través de las líneas enemigas, acercándose sin previo aviso al nervioso Séptimo Ejército. Cuanto más vueltas le daba, menos probabilidades creía tener de sobrevivir al nuevo día.

El cielo rojizo se oscureció con la rapidez que lo hacía en el desierto, el aire teñido del color de la sangre seca. Hacía unos instantes se había extinguido la luz, y Duiker se volvió para mirar a retaguardia. Distinguió una nube de polvo que se extendía al abrirse al sur. Parecía destilar un millar de

pálidos reflejos, como si el viento levantara las hojas de los abedules en la linde de un extenso bosque. Las políñeras, millones de ellas, dejaban atrás Hissar y volaban atraídas por el hedor de la sangre.

Se dijo que las empujaba una sed de la que no eran conscientes. Se dijo que las manchas y los borrones que formaba aquella creciente nube capaz de llenar por completo el cielo tan solo dibujaba el contorno de un rostro por casualidad. Después de todo, el Embozado no tenía la menor necesidad de manifestar su presencia. Tampoco era conocido por su vena dramática. El señor de Muerte tenía reputación de ser, si acaso, irónico en su modestia. La imaginación de Duiker le jugaba una mala pasada, consecuencia del miedo que sentía, la necesidad tan humana de evocar un significado simbólico a sucesos que no tenían la menor trascendencia. *Y nada más.*

Duiker espoleó al caballo, los ojos puestos de nuevo en la creciente oscuridad que se abría ante él.



Desde la cresta de un montículo, Felisin observaba la superficie burbujeante de la cuenca. Era como si la locura hubiera extendido su garra sobre las ciudades, sobre las mentes de hombres y mujeres, decidida a mancillar la naturaleza. Al acercarse el anochecer, mientras ella y sus dos compañeros se disponían a levantar el campamento para emprender la marcha nocturna, la arena de la cuenca había empezado a temblar como un lago golpeado por la lluvia. Surgieron los escarabajos, negros y grandes como el pulgar de Baudin, arrastrándose en una marea reluciente

que pronto cubrió por entero el desierto que se extendía ante ellos. Fueron millares, luego cientos de miles, pero se movían como uno solo, con un único propósito. Heboric, curioso como siempre, se había alejado para averiguar adónde se dirigían. Lo había visto bordear el extremo más alejado de aquel ejército de insectos, para luego desaparecer tras la siguiente cresta.

Habían transcurrido veinte minutos desde entonces.

Acuclillado a su lado se hallaba Baudin, con los antebrazos sobre el petate, los ojos entrecerrados para ver qué se ocultaba tras la creciente oscuridad. Tuvo la sensación de que se sentía más y más inquieto, pero tomó la decisión de no dar voz a la preocupación que ambos compartían. Había momentos en los que se preguntaba si Heboric comprendía cuáles eran las prioridades. Se preguntó entonces si el anciano no sería, acaso, una carga.

Había remitido la hinchazón, lo bastante como para que pudiera ver y oír, aunque seguía acusando un profundo dolor, como si las garrapatas hubieran dejado huella a su paso, bajo la piel, una úlcera que hacía algo más que desfigurar su aspecto, una honda herida en su alma. Estaba envenenada. Su sueño se veía plagado de visiones sangrientas, incesantes, una marea roja que la arrastraba desde el amanecer al anochecer. Habían pasado seis días desde la fuga de Solideo, y una parte de ella todavía ansiaba que llegara el momento de echarse a dormir.

Baudin gruñó.

Por fin reapareció Heboric; corría hacia ellos por el borde de la cuenca. Agachado, enjuto, era como el ogro de los cuentos infantiles: a punto de revelar que los muñones ocultaban bocas repletas de colmillos. *Cuentos para asustar a los niños. Podría escribirlos. Ni siquiera necesitaría inventar nada, me bastaría con describir todo cuanto me*

rodea. Heboric, mi ogro tatuado como el jabalí. Baudin, con su cicatriz en el hueco donde tuvo la oreja, el pelo enmarañado y el vello de la piel arrugada como la de un salvaje. Estos dos hacen una aterradora pareja...

El anciano llegó hasta ellos y se arrodilló para introducir los brazos en la mochila.

—Extraordinario —murmuró.

Baudin gruñó de nuevo.

—¿Podremos rodearlos? No pienso pasar por en medio, Heboric.

—Oh, sí, no supondrá ningún problema. No hacen más que migrar a la siguiente cuenca.

—¿Y qué hay de extraordinario en eso? —preguntó Felisin.

—Lo es —respondió el antiguo sacerdote, que esperó a que Baudin cerrara las correas de la mochila—. Mañana por la noche se dirigirán al siguiente terreno de arena profunda. ¿Comprendes? Se dirigen a poniente, al igual que nosotros, y como nosotros también llegarán al mar.

—¿Y entonces? —preguntó Baudin—. ¿Nadarán?

—No tengo la menor idea. Es más probable que den la vuelta y se dirijan al este, a la otra costa.

Baudin cerró su petate y se levantó.

—Como el insecto que camina por el borde de la copa —dijo.

Felisin le dirigió una mirada fugaz. Recordó la última velada que había pasado con Beneth. Este se había sentado a la mesa, en la taberna de Bula, observando a las moscas que recorrían el borde de su jarra. Era uno de los pocos recuerdos que era capaz de evocar. *Beneth, amado mío, rey de las moscas que vuelan en círculo sobre Solideo. Baudin te abandonó a tu suerte, esa es la razón de que sea incapaz*

de mirarme a los ojos. Los brutos son incapaces de mentir bien. Pagaré por ello, algún día.

—Seguidme —ordenó Heboric al emprender la marcha. Sus pies se hundieron en la arena de tal modo que parecía andar sobre un par de muñones que hacían juego con los que tenía en los extremos de los brazos. Siempre echaba a andar con decisión, mostrando una energía que Felisin sabía deliberada, como si aprovechara la oportunidad para demostrar que no era viejo, que no era el más débil de los tres. La última noche se había rezagado setecientos u ochocientos pasos tras ellos, la cabeza gacha, arrastrando las piernas, acusando el peso de aquella mochila que casi era más grande que él.

Baudin parecía tener un mapa en la cabeza. Su fuente de información había sido precisa y exacta. A pesar de lo inerte del desierto, mortífera barrera y erial, era posible hallar agua. Charcos llenos de agua de manantial que afloraba de las rocas, pozos de barro rodeados por huellas de animales que jamás habían visto, donde uno podía cavar hasta el hombro, menos a veces, para encontrar el agua vital.

Llevaban comida suficiente para doce días, dos más de lo necesario para alcanzar la costa. No era un margen muy amplio, pero tendría que bastar. A pesar de todo, sin embargo, cada vez se sentían más débiles. Cada noche lograban cubrir menos distancia entre la puesta de sol y el amanecer. Los meses que habían pasado en Solideo, trabajando en aquellos parajes asfixiantes, habían reducido una reserva esencial de sus organismos.

A pesar de que todos ellos eran conscientes, nadie lo expresaba. El tiempo los acechaba, paciente servidor del Embozado, y a cada noche retrocedían un poco a aquel lugar donde la voluntad de vivir se rendía a una paz total.

La dulce promesa de ceder, aunque ser consciente de ella exige de un viaje. Un viaje del espíritu. Uno no puede caminar a las puertas del Embozado, pero las encuentra cuando despeja la niebla.

—¿En qué piensas, moza? —preguntó Heboric. Habían cruzado los montículos y llegado a una especie de valle marchito. Las estrellas eran como picas de hierro sobre sus cabezas, y la luna aún tenía que asomar en el cielo.

—Que vivimos en una nube —respondió—. Todas nuestras vidas.

—Ya está otra vez hablando el durhang —gruñó Baudin.

—No pensé que fueras tan gracioso —dijo Heboric.

Baudin guardó silencio mientras Felisin sonreía para sí. El hombretón no abriría mucho la boca durante el resto de la noche. No se tomaba muy bien que se burlaran de él. *No lo olvidaré, me será de utilidad la próxima vez que quiera hacerlo callar.*

—Mis disculpas, Baudin —dijo Heboric, al cabo—. Me irritó lo que dijo Felisin y lo pagué contigo. De todos modos, me ha parecido un chiste muy gracioso, aunque no fuera esa la intención.

—No te preocupes —dijo Felisin con un suspiro—. Con el tiempo la mula olvida qué la enfurruñó, pero no es algo que pueda uno forzar.

—Veo que ya no tienes la lengua hinchada, aunque el veneno siga actuando por dentro —replicó Heboric.

Ella dio un respingo. *Si supieras cuánta verdad hay en tus palabras.*

Los rhizanos revolotearon sobre la agrietada superficie del valle, única compañía después de haber dejado atrás a los escarabajos. Desde que cruzaron lago de Plomo la noche del motín dosii, no habían visto a nadie. En lugar de la persecución que esperaban, su huida no había dado pie a

nada. Precisamente este hecho hacía que Felisin considerara patético el drama de aquella noche. A pesar de la importancia que se atribuían, no eran más que granos de arena en una tormenta mucho mayor que nada que fueran capaces de entender. Pensar en ella la hizo sentirse bien.

Pero había motivos para preocuparse. Si el levantamiento se había extendido al interior, podían muy bien llegar a la costa solo para morir esperando a un barco que jamás llegaría.

Alcanzaron unas rocas dentadas que relucían argénteas a la luz de las estrellas, como las vértebras de una inmensa serpiente. Más allá se extendía la inmensidad de la arena. Algo surgió de unas dunas a cincuenta pasos de distancia, más o menos, en ángulo, como un árbol o una columna de mármol inclinada, aunque, a medida que se acercaron, pudieron ver que era romo, curvo.

El viento removi6 la arena, retorciéndola como a la estela del bailarín que ha sido mordido por una araña. Las ráfagas de viento acariciaron sus rodillas mientras avanzaban. La columna inclinada, o lo que fuera, parecía hallarse más lejos de lo que le había parecido a Felisin en un primer momento. Mientras se hacía una idea del tamaño de aquella cosa, se le escapó un silbido bajo.

—Sí —susurró Heboric a modo de respuesta.

No estaba a cincuenta pasos. Más bien a quinientos. La superficie, borrosa por el viento, los había confundido. El valle no era una extensión de terreno llano, sino que dibujaba una pendiente gradual, vasta, que se alzaba de nuevo alrededor del objeto; al comprenderlo se sintió aturdida.

La hoz de la luna se hallaba sobre el horizonte, al sur, para cuando llegaron al monolito. No hizo falta decir nada, puesto que de mudo acuerdo Baudin y Heboric dejaron las

mochilas en el suelo; el hombretón se sentó y recostó la espalda en la mochila, haciendo caso omiso de la muda construcción que se alzaba sobre ellos.

Heboric sacó la linterna y la caja de fuego de la mochila. Sopló sobre los carboncillos amontonados y, a continuación encendió un cirio, que empleó para dar luz a la gruesa mecha de la linterna. Felisin no hizo el menor esfuerzo por ayudarle, a pesar de la fascinación con la que observaba la labor, mucho más difícil teniendo en cuenta que el hombre se manejaba con los muñones.

Deslizó el antebrazo por el asa de la linterna y se levantó para acercarse al oscuro monolito.

Ni cincuenta hombres cogidos de la mano hubieran podido rodear la base. La inclinación se producía a la altura de siete u ocho hombres puestos encima unos de otros, a unas tres quintas partes de la altura total. La piedra se veía rugosa, brillante, gris oscuro a la descolorida luz de la luna.

El fulgor de la linterna reveló verde el auténtico color de la piedra cuando Heboric se acercó a ella. Felisin observó cómo este inclinaba la cabeza para mirarla de abajo arriba. Luego dio un paso más al frente y tocó la piedra con el muñón. Un instante después, retrocedió.

El agua de la cantimplora de la que bebía Baudin la salpicó en la pantorrilla. Ella extendió el brazo y el hombretón le tendió el recipiente. La arena susurró al acercarse Heboric a ambos. El antiguo sacerdote se acucilló.

Rechazó el pellejo de agua que le ofreció Felisin. Todo el rostro de Heboric pareció fruncirse al mirarla ceñudo.

—¿Es el pilar más alto que has visto, Heboric? —preguntó Felisin—. Hay una columna en Aren, o eso he oído, que es más alta que veinte hombres, y está esculpida en

espiral de la base a la cima. Beneth me la describió en una ocasión.

—La he visto —gruñó Baudin—. No es tan ancha, pero puede que sea más alta. ¿Y esta con qué la han elaborado, sacerdote?

—Con jade.

Baudin, flemático, lanzó un nuevo gruñido; no obstante, Felisin vio cómo abría los ojos desmesuradamente.

—Vaya, las he visto más anchas, las he visto más altas...

—Cierra la boca, Baudin —dijo Heboric, cruzándose de brazos y clavando la mirada en el hombretón—. Eso de ahí no es una columna. Es un dedo.



El alba ocupó el cielo, alargando las sombras sobre el paisaje. Los detalles del dedo esculpido pudieron apreciarse lentamente en la penumbra. Los pliegues de la piel, las espirales de las yemas, todo se hizo visible. También el montículo que había en la arena, frente al dedo, y que correspondía a otro.

Dedos, una mano. Una mano, un brazo; un brazo, el cuerpo... A pesar de la lógica de aquella progresión, Felisin concluyó que era imposible. No podía concebirse tal cosa, ni podía erigirse semejante estatua. Una mano, puede, pero un brazo y un cuerpo...

Heboric no dijo nada; permaneció inmóvil mientras cedía la oscuridad de la noche. Se cogía bajo el brazo el muñón con el que había tocado la superficie del dedo, como si el recuerdo de lo que había sentido le doliera. Al verlo a la luz,

Felisin volvió a reparar en sus tatuajes. De algún modo parecían haberse hecho más visibles, la tinta más oscura.

Finalmente Baudin se levantó, y procedió a montar dos pequeñas tiendas cerca de la base del dedo, donde las sombras durarían más tiempo. Ignoró el imponente monolito como si no fuera más que el tronco de un árbol, y se dispuso a hundir los clavos en la arena.

El tono anaranjado se extendió en el cielo a la salida del sol. Aunque Felisin había visto ese tono de cielo antes, en la isla, jamás le había parecido tan saturado. Casi podía saborearlo, amargo como hierro.

Cuando Baudin montó la segunda tienda, Heboric finalmente se levantó; olisqueó el aire y, luego, con los ojos entornados, miró al cielo.

—¡Por el aliento del Embozado! —gruñó—. ¿Acaso no hemos tenido ya suficiente?

—¿Qué sucede? —preguntó Felisin—. ¿Pasa algo malo?

—Ha habido tormenta —respondió el antiguo sacerdote—. Eso es polvo de otataralita.

Baudin, que aún trasteaba con las tiendas, se detuvo. Se pasó la mano por el hombro y, tras mirarse la palma, dijo:

—Se está asentando.

—Será mejor que nos pongamos a cubierto.

—¡Como si eso sirviera de algo! —resopló Felisin—. Hemos estado trabajando de mineros con esa cosa, por si lo has olvidado. Por mucho que haya podido afectarnos, lo hizo hace tiempo.

—En Solideo podíamos lavarnos al concluir la jornada —dijo Heboric, que estiró el brazo para aferrar la mochila de la comida y arrastrarla hacia las tiendas.

Vio que el antiguo sacerdote seguía doliéndose del muñón, el otro, con el que había tocado la superficie de jade.

—¿Y crees que eso servía de algo? —preguntó ella—. Si fuera cierto, ¿por qué murieron o enloquecieron todos los magos que trabajaron allí? No piensas con claridad, Heboric...

—En ese caso, quédate ahí sentada —replicó el anciano, agachándose al pasar por la abertura de la primera tienda, sin soltar la mochila.

Felisin miró de reojo a Baudin. El hombretón se encogió de hombros y continuó montando la otra tienda sin darse demasiada prisa.

Ella suspiró. Estaba exhausta, pero no tenía sueño. Si se retiraba a una de las tiendas no haría más que tumbarse con los ojos abiertos, atenta al viento que hacía flamear las paredes de la tienda.

—Será mejor meterse dentro —dijo Baudin.

—No tengo sueño.

Él se acercó con un movimiento ágil como el de un felino.

—Me importa una mierda que tengas sueño o no. Si sigues ahí sentada cuando dé el sol de lleno tendrás sed, de modo que beberás más agua, de manera que a nosotros nos quedará menos agua, así que ahora mismo vas a entrar en la tienda, moza, antes de que te ponga la mano en las posaderas.

—Si Beneth estuviera aquí, tú no...

—¡Sí, pero el muy cabrón está muerto! —replicó—. ¡Y si por mí fuera, el Embozado podría llevarse su podrida alma al más oscuro de los fosos!

—Vaya, ahora te muestras muy valiente —dijo ella, burlona—, pero no te habrías atrevido a decírselo a la cara.

El hombretón sostuvo su mirada como una mosca atrapada en la telaraña.

—Puede que sí —dijo. Una sonrisa maliciosa asomó a sus labios unos instantes antes de que le diera la espalda.

Felisin, fría de pronto, observó al matón introducirse en la otra tienda. *A mí no me engañas, Baudin. Eras un perro callejero que remoloneaba en los callejones, y lo único que ha cambiado es que has dejado atrás esos callejones. Te retorcerías a los pies de Beneth, en la arena, si él estuviera aquí.* Desafiante, esperó un poco antes de entrar en su tienda.

Se tumbó tras desenrollar el petate. El anhelo de dormir le impedía hacerlo. Contempló las imperfecciones oscuras en el tejido de loneta, deseando disponer de algo de durhang o de una jarra de vino. El río carmesí que conformaba sus sueños se había convertido en un abrazo, protector, acogedor. Conjuró de la memoria el eco de una imagen, y todos sus sentimientos se sumieron en las aguas. El río discurría con un propósito concreto, en orden inexorable. Cuando se dejaba arrastrar por la corriente, tenía la impresión de que se hallaba a una brazada de comprender ese objeto, ese propósito. Sabía que no tardaría en descubrirlo, y que con ese conocimiento su mundo cambiaría por completo, se convertiría en algo mucho mejor de lo que era en ese momento. No sería más una muchacha rolliza y derrengada y agotada, reducida la visión de su futuro a días cuando debía de medirse en décadas, la muchacha que podría considerarse joven solo que con una burlona ironía.

A pesar de todo cuanto le prometían los sueños, existía un valor en el desprecio a sí misma, un contrapunto entre la vigilia y el sueño, entre lo que había sido y lo que sería. Una tensión entre lo real y lo imaginario, o así lo hubiera expuesto Heboric con su acre ojo crítico. El conocedor de la naturaleza humana no tenía una elevada opinión de ella. Se hubiera burlado de su idea del destino, y su creencia de que el suelo ofrecía algo palpable le hubiera servido para dar

voz a su desprecio. *Y no es que necesite motivos para ello. Me odio a mí misma, pero él odia a todo el mundo. ¿Quién de los dos ha perdido más?*



Despertó aturdida, la boca seca, con gusto a polvo. El ambiente estaba cargado, y una luz tenue se filtraba por la loneta. Oyó ruidos fuera; estaban recogiendo, y al leve murmullo de Heboric respondía Baudin con sus gruñidos. Felisin cerró los ojos, intentando recuperar el constante fluir de las aguas del río que la llevaban a través del sueño, pero había desaparecido.

Se sentó torciendo el gesto ante las protestas de las articulaciones. Sabía que los otros experimentaban lo mismo. La falta de buen alimento, suponía Heboric, aunque no sabía exactamente a qué podía deberse. Tenían frutos secos, tiras de carne de mula ahumada y una especie de pan dosii, duro como ladrillo, oscuro.

Con el dolor de los músculos se arrastró por la tienda y salió al frío aire de la mañana. Los dos hombres permanecían sentados, comiendo algo, con los paquetitos donde conservaban la comida abiertos entre ambos. Quedaba poco, con la excepción del pan, que era salado y tendía a hacer que experimentaran una sed horrible. Heboric había intentado hacer hincapié en que comieran el pan antes que nada, al menos así lo hizo durante los primeros días, mientras tuvieran aún fuerzas y no se encontraran deshidratados, pero ni Baudin ni ella le habían hecho el menor caso, y por algún motivo él mismo no daba ejemplo cuando tocaba comer de nuevo. Felisin se había

burlado de este por tal razón, recordó. *Incapaz de seguir tus propios consejos, ¿eh, viejo?* Pero era un buen consejo. Llegarían a la mortífera costa salada sin nada que llevarse a la boca aparte del condenado pan, y muy poca agua para calmar la sed.

Quizás no le escuchamos porque ninguno de nosotros creyó realmente que pudiéramos alcanzar la costa. Puede que Heboric llegase a la misma conclusión después de la primera comida. Aunque yo no tenía tanta visión de futuro, ¿o sí? No había aceptado sabiamente la futilidad de todo este empeño. Me burlé e ignoré el consejo por desidia, nada más. Respecto a Baudin, rara vez demuestra ese criminal tener un poco de cerebro, de modo que actuó como era de esperar.

Se reunió con ellos para disfrutar del desayuno. Hizo caso omiso de sus miradas y tomó un trago más de agua del pellejo al tragar la carne ahumada.

Cuando hubo terminado, Baudin empacó la comida.

—¡Menudo trío estamos hechos! —exclamó Heboric con un suspiro.

—¿Te refieres a que no nos soportamos? —preguntó Felisin al tiempo que enarcaba una ceja—. No debería sorprenderte, viejo —continuó diciendo—. Por si no te has percatado, somos unos fracasados. ¿O no? Los dioses saben que en más de una ocasión has expuesto claramente mi caída en desgracia. Y Baudin no es más que un asesino, de modo que no podemos esperar por su parte muestra alguna de hermandad, y además es un chulo, lo que significa que es un cobarde. —Echó un vistazo por encima de su hombro y lo vio acucillado sobre las mochilas, mirándola fijamente. Felisin le dedicó una dulce sonrisa—. ¿Me equivoco, Baudin?

El hombretón no dijo nada.

Felisin centró de nuevo la atención en Heboric.

—Tus defectos saltan a la vista, de modo que no hace falta mencionarlos...

—Ahorra saliva, moza —masculló el antiguo sacerdote—. No necesito que una niña de quince años me las cante claras.

—¿Por qué abandonaste el sacerdocio, Heboric? Supongo que limpiaste las arcas. De modo que te cortaron las manos y luego te arrojaron entre los desperdicios, en la parte posterior del templo. Bastaría con eso para que cualquiera se planteara convertirse en historiador.

—Es hora de partir —dijo Baudin.

—Pero si no ha respondido a mi pregunta...

—Pues yo digo que sí, muchacha. Y ahora, a cerrar la boca. Hoy serás tú quien lleve la otra mochila, en lugar del viejo.

—Una sugerencia muy razonable, pero no, gracias.

Baudin se levantó con una sombra en el rostro.

—Déjalo. —Heboric se dispuso a pasar los brazos por las correas. En la penumbra, Felisin alcanzó a ver el muñón con el que el antiguo sacerdote había tocado el dedo de jade. Estaba hinchado y enrojecido, la piel arrugada. Los tatuajes se agolpaban en el extremo de la muñeca hasta ensombrecer casi por completo la piel. Reparó en que el grabado era mucho más visible en todo su cuerpo, en que había crecido, de algún modo, como una enredadera.

—¿Qué te ha pasado?

—Me encantaría saberlo —respondió.

—Te has quemado la muñeca al tocar esa estatua.

—No, no me he quemado. Aunque me duele como el beso del Embozado. ¿Podría la magia medrar enterrada en la arena de otataralita? ¿Podría la otataralita alumbrar la

magia? No tengo respuesta para ninguna de estas preguntas.

—Fue una estupidez por tu parte tocar esa maldita estatua —murmuró ella—. Te está bien empleado.

Baudin emprendió la marcha sin decir palabra. Felisin ignoró a Heboric y se dispuso a seguir al matón.

—¿Encontraremos algún pozo de aquí a la noche? —preguntó.

—Tendrías que habérmelo preguntado antes de beber más de lo que te correspondía —contestó el hombretón tras lanzar un gruñido.

—Pero no lo hice. ¿Qué me respondes?

—Ayer perdimos media noche de marcha.

—¿Y?

—Pues que no habrá agua hasta mañana por la noche. —Se volvió para mirarla mientras caminaban—. Te arrepentirás de haber tomado ese trago.

Ella nada replicó. No tenía intención de comportarse de forma honorable cuando llegara el momento de tomar el siguiente trago. *El honor es cosa de estúpidos. El honor es un defecto nefasto. No pienso morir por comportarme de forma honorable, Baudin. Es muy probable que Heboric muera. Malgastaríamos ese agua con él.*

El antiguo sacerdote caminó trabajosamente tras ella. El sonido de sus pasos se diluyó con el transcurso de las horas, a medida que fue rezagándose. Al final, pensó Felisin, quedarían ella y Baudin, solos, los dos, frente al mar en el extremo oriental de esa isla perdida de la Reina. Los débiles siempre quedaban atrás. Era la primera ley de Solideo; fue la primera lección que aprendió en las calles de Unta, cuando se dispusieron a subir a bordo de los barcos de esclavos.

Por aquel entonces, debido a su inocencia, había considerado el asesinato de la dama Gaesen a manos de Baudin un acto de inenarrable horror. Pero si el hombretón hiciera algo parecido ahora (poner punto y final, por ejemplo, al sufrimiento de Heboric) ni siquiera pestañearía. *Es un viaje muy largo el nuestro. ¿Dónde terminará?* Pensó en el río de sangre, y ese pensamiento la confortó.



Tal como había predicho Baudin, no encontraron a su paso un pozo de agua que señalara el final de la marcha nocturna. Para acampar, el hombretón escogió un lecho de arena, rodeado por salientes de piedra caliza erosionados por el viento. Blanquecinos huesos humanos alfombraban el lugar; Baudin se limitó a apartarlos a patadas antes de montar las tiendas.

Felisin recostó la espalda en la roca para observar la tardía llegada de Heboric en el extremo de la llanura que acababan de recorrer. Nunca antes se había retrasado tanto. La llanura cubría una extensión no superior al tercio de legua. A medida que el alba iluminó el cielo, empezó a preguntarse si el cadáver del antiguo sacerdote no yacería en alguna parte.

Baudin se acucilló a su lado, vuelto al este con los ojos entornados.

—Te dije que llevaras la mochila de los víveres.

En ese caso, no te preocupa lo que pueda pasarle al anciano.

—Pues tendrás que ir a buscarla, ¿no?

Baudin se levantó. Mientras estuvo de pie, atento al este, las moscas no dejaron de zumbear a su alrededor en la quietud del aire.

Lo vio marchar. Jadeó al echar a correr en cuanto dejó atrás las rocas. Por primera vez, le dio miedo. *Ha reservado comida para él, y tendrá un pellejo de agua oculto. Es imposible, sino, que tenga semejantes fuerzas.* Se puso en pie y se abalanzó sobre la otra mochila.

Había montado las tiendas, y en su interior el hombretón había tendido los petates. Encontró la mochila colocada en un hoyo de arena que había excavado. En su interior vio una bolsita envuelta donde comprendió que guardaban los utensilios de primeros auxilios, así como yesca y pedernal, cuya existencia desconocía, propiedad de Baudin, supuso. Bajo esta, tras una solapa cosida en el fondo de la mochila, había un paquetito lleno de piel de venado.

No encontró pellejo de agua alguno, ni compartimientos ocultos repletos de comida. Se aguzó el miedo que le producía Baudin.

Felisin tomó asiento en un montoncito de arena que había junto a la mochila. Al cabo, extendió el brazo para hacerse con el paquetito de piel de venado, desató los cordones que la rodeaban y descubrió en su interior unas ganzúas de ladrón, un juego de punzones, diminutas sierras y limas, barritas de lacre, un saco pequeño de harina, dos dagas arrojadizas, cuyas afiladas hojas de color azul destilaban un olor amargo y punzante, las empuñaduras pulidas, con manchas oscuras, y cuyas guardas estaban engoznadas para configurar una guarda en forma de equis, y pomos de acero agujereados y sopesados alrededor de ejes de plomo. *Armas arrojadizas, las armas de un asesino.* El último objeto del paquete estaba envuelto en cuero: era la pata de un animal enorme, un espolón de color ámbar,

liso. Se preguntó si estaría emponzoñado, cubierta la superficie por un veneno invisible. El objeto, quizás por lo misterioso que le parecía, resultaba aterrador.

Felisin envolvió de nuevo el paquetito y lo devolvió, al igual que las demás cosas que había sacado, al interior de la mochila. Oyó pasos que se acercaban procedentes del este, se levantó y salió de la tienda.

Baudin apareció entre los salientes de piedra caliza, la mochila a los hombros y con Heboric en los brazos.

El matón ni siquiera jadeaba.

—Necesita agua —dijo Baudin al llegar al campamento y colocar al hombre inconsciente en la arena—. En esta mochila, tú, rápido...

Felisin no se movió.

—¿Por qué? Nosotros la necesitamos más que él, Baudin.

El hombretón permaneció inmóvil durante un latido de corazón. Luego se quitó la mochila de la espalda y la colocó en el suelo.

—¿Y si él dijera lo mismo si fueras tú la que estuviera ahí tumbada? En cuanto salgamos de esta isla podremos tomar caminos diferentes. Pero por el momento nos necesitamos, muchacha.

—Se está muriendo. Admítelo.

—Todos nosotros nos estamos muriendo. —Descorchó el pellejo y lo acercó a los labios de Heboric—. Bebe, anciano. Traga.

—Esa es tu ración, Baudin, no la mía —advirtió Felisin.

—Nadie podría confundirte por otra cosa que no sea una noble —replicó con una sonrisa gélida—. Aunque ahora que lo pienso, eso de que te abrieras de piernas ante cualquiera en Solideo fue prueba suficiente de ello.

—Eso nos mantuvo con vida, cabrón.

—Querrás decir que con ello lograste engordar y volverte perezosa. La mayor parte de la comida que obtuvimos Heboric y yo provino de los favores que hice a los guardias dosii. Beneth nos proporcionó algunas heces para tenerte contenta. Él sabía que no te contaríamos nada al respecto. Solía partirse de risa cuando hablaba de tu noble empeño.

—Mientes.

—Lo que tú digas.

Heboric tosió al tiempo que abría los ojos. Pestañeó a la luz del amanecer.

—Tendrías que verlo —le dijo Baudin—. A dos pasos de distancia eres como un sólido tatuaje, oscuro como un hechicero dalhonesio. A esta distancia distingo hasta la última línea, cada pelo del pelaje del Jabalí. Ha cubierto tu muñón, no el que tienes hinchado, sino el otro. Anda, echa otro trago...

—¡Cabron! —exclamó Felisin. Vio el último trago de agua deslizarse por la garganta del anciano. *Abandonó a Beneth a su suerte. Y ahora también intenta emponzoñar su recuerdo. Pero de nada le servirá. Hice lo que hice para mantenerlos con vida, y ahora odian ese hecho, ambos lo hacen. Los carcome por dentro, la culpa por el precio que tuve que pagar. Eso es lo que Baudin intenta negar. Se convence de lo contrario para que luego, cuando hunda uno de esos cuchillos en mis entrañas, no sienta absolutamente nada. Otra noble muerta más. Otra dama Gaesen.*

—Cada noche sueño con un río de sangre —dijo en voz alta, clavada la mirada en los ojos de Heboric—. Yo lo monto. Al principio, ambos estáis ahí, pero solo al principio, puesto que ambos os ahogáis. Solo yo sobreviviré a esto. Yo. Solo yo.

Y ambos la observaron en silencio cuando se retiró a la tienda.



A la noche siguiente, encontraron un pozo una hora antes de que asomara la luna. Apareció al pie de una depresión del terreno pedregoso, alimentado por una fisura invisible que había bajo tierra. La superficie parecía fango gris. Baudin se acercó al borde, pero no hizo ademán de cavar un agujero para beber el agua que lo empapaba. Al cabo, mientras la cabeza le daba vueltas de puro cansancio, Felisin soltó la mochila y se arrodilló a su lado.

La tonalidad gris del pozo irradiaba una leve fosforescencia; estaba constituida por políñeras ahogadas, cuyas alas extendidas cubrían toda la superficie. Felisin hizo ademán de apartar la capa de insectos, pero Baudin la aferró de la muñeca.

—Está envenenada —dijo—, llena de larvas de políñera, que se alimentan de los cadáveres de sus parientes.

Por el aliento del Embozado, más larvas no.

—Filtra el agua con una tela.

El hombretón sacudió la cabeza.

—El orín de larva envenena el agua. Así es como elimina a la competencia. Pasará un mes antes de que esa agua pueda beberse.

—La necesitamos, Baudin.

—Te matará.

Ella contempló el lodo gris, desesperada, mientras un fuego agonizante quemaba su mente, su garganta. *No puede ser. Sin ella, moriremos.*

Baudin se alejó. Heboric acababa de llegar y saludó a ambos con la mano mientras se dejaba caer en el lecho rocoso. Tenía la piel negra como la noche, pero refulgía argéntea debido al pelaje de jabalí que reflejaba la luz de las estrellas. Había empezado a ceder la desconocida infección que había atenazado el muñón del brazo derecho. Quedaba la piel arrugada, supurante, que desprendía un extraño olor a polvo de granito.

Era una aparición, y en respuesta a su aspecto pesadillesco, Felisin rompió a reír al borde de la histeria.

—¿Recuerdas la plaza, Heboric? ¿En Unta? El acólito del Embozado, el sacerdote cubierto de moscas... que no era sino un cúmulo de moscas. Tenía un mensaje para ti. Y ahora, ¿qué es lo que veo? Aparece trastabillando ante mi vista un hombre cubierto no ya de moscas, sino de tatuajes. Dioses distintos, pero idéntico mensaje, eso es lo que veo. Dejemos que Fener hable a través de esos labios pelados, viejo. ¿Repetirán las palabras de tu dios el discurso del Embozado? ¿Es en verdad el mundo un sinfín de equilibrios, el infinito y tambaleante ir y venir de destinos? Jabalí del Verano, colmilludo sembrador de la guerra, ¿qué respondes a mi pregunta?

El anciano la contempló. Abrió la boca, pero ninguna palabra asomó a sus labios.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Felisin—. ¿El ruido de las alas? ¡No lo creo!

—Estúpida —masculló Baudin—. Vamos a buscar un lugar donde acampar. Pero no aquí.

—¿Malos presagios, asesino? Jamás pensé que pudieran significar nada para ti.

—Ahorra saliva, muchacha —replicó Baudin, encarado a la pendiente rocosa.

—No servirá de nada —dijo ella—. Al menos en este momento. Seguimos danzando en la comisura del ojo de un dios, aunque solo seamos un divertimento. Estamos muertos, por mucho que podamos hacer para salvarnos. ¿Qué supone el símbolo del Embozado en Siete Ciudades? Aquí lo llaman el Encapuchado, ¿no? Adelante, Baudin, ¿qué está grabado en el templo del señor de Muerte en Aren?

—Supongo que ya lo sabes —respondió Baudin.

—Poliñeras, heraldos, devoradoras de carroña. Para ellas es el néctar de la podredumbre, la rosa que languidece al sol. El Embozado nos hizo una promesa en Unta, y esta acaba de cumplirse.

Baudin ascendió al borde de la depresión, seguido por las palabras de ella. Teñido por el color naranja del sol naciente, se volvió para mirarla.

—Ahí tienes tu río de sangre —dijo en voz baja y tono burlón.

Felisin, aturdida por momentos, se sentó de pronto en la dura roca. Se volvió a Heboric, que yacía encogido a un brazo de distancia. Tenía las suelas de los mocasines desgastadas, y a través de los agujeros asomaba la piel brillante cubierta de sangre. ¿Habría muerto? *Qué más quisiera.*

—Haz algo, Baudin.

Este no dijo nada.

—¿Cuánto nos queda para alcanzar la costa? —preguntó ella.

—Dudo que eso importe —respondió tras un largo silencio—. El barco tenía que patrullar la costa tres o cuatro noches, no más. Al menos nos quedan cuatro días para alcanzar la costa, y nos debilitamos con cada hora que pasa.

—¿Y el próximo pozo?

—A unas siete horas de marcha. Más bien catorce, teniendo en cuenta nuestro estado.

—¡Anoche parecías como nuevo! —exclamó ella—. Corriste como una liebre para recoger a Heboric. Y no se te ve tan reseco como nosotros...

—Bebo mi propio orín.

—¿Que tú qué?

—Ya me has oído —respondió.

—No me convence esa respuesta —decidió tras meditarlo unos instantes—. Y ahora me dirás que también te estás comiendo tus propias heces. Eso no explicaría las cosas. ¿Has hecho un pacto con un dios, Baudin?

—¿De veras crees que eso es tan fácil? Eh, reina de los Sueños, sálvame y yo te serviré. Dime, ¿cuántas de tus plegarias han sido atendidas? Eso por no mencionar que no tengo fe en nadie excepto en mí mismo.

—¿De modo que aún no te has dado por vencido?

Pensó que no respondería, pero al cabo de un rato en el que había empezado a ensimismarse, la sorprendió con un seco:

—No.

Se quitó la mochila y la colocó en la pendiente. Había algo en la economía de sus movimientos que la llenó de un súbito temor. *Me llama gorda, me ve como un pedazo de carne, no para usarla como lo hacía Beneth, sino más bien con vistas a la próxima comida.* Con el corazón retumbando en el pecho, permaneció atenta a sus movimientos, a un fulgor de hambre en sus ojos pequeños y brutales.

Pero el hombretón simplemente se acuclilló junto a Heboric, a quien volvió hasta colocarlo bocarriba. Luego se acercó para ver si respiraba. Al cabo se sentó con un suspiro.

—¿Ha muerto? —preguntó Felisin—. Tú lo despellejas, que yo, por hambrienta que pueda estar, me niego a comer carne tatuada.

Baudin la miró unos instantes, pero no dijo nada y volvió a volcar su atención en el antiguo sacerdote.

—Ya me dirás qué es lo que te propones —dijo ella finalmente.

—Sigue vivo, y solo eso podría salvarnos. —Hizo una pausa—. Piensa lo que quieras, muchacha, porque poco me importa. No obstante, guárdate tus pensamientos.

Observó a Baudin mientras desvestía a Heboric para permitir que asomara el increíble entramado de tatuajes que lucía en la piel. Baudin se situó de tal modo que su propia sombra no tapara el cuerpo del antiguo sacerdote, antes de inclinarse sobre él y estudiar la oscura trama que cubría el pecho de Heboric. Parecía estar buscando algo.

—La nuca alzada —dijo ella—. Los extremos hacia abajo, tocándose casi, en círculo. Rodea un par de colmillos.

Él la contempló, los ojos muy abiertos.

—Es la marca de Fener, la marca sagrada —continuó ella—. Es lo que andas buscando, ¿no? Está excomulgado, pero Fener sigue en él. Eso resulta obvio a juzgar por esos tatuajes vivos.

—¿Y la marca? —preguntó él—. ¿Cómo sabes tú esas cosas?

—Por una mentira que conté a Beneth —explicó ella mientras el hombretón seguía examinando la piel del antiguo sacerdote—. Necesitaba que Heboric me respaldara. Necesitaba detalles acerca del culto. Él me lo contó. Pretendes invocar al dios.

—La encontré.

—¿Y ahora? ¿Cómo piensas llegar al dios de otro hombre, Baudin? No hay cerradura en esa marca, no hay

una cerradura secreta que puedas abrir.

Él se envaró al oír eso, los ojos brillantes clavados en ella.

Felisin no pestañeó.

—¿Cómo crees que perdió las manos? —preguntó ella en tono inocente.

—Fue ladrón en tiempos.

—Sí, lo fue. Pero perdió las manos debido a que lo excomulgaron. Había una llave, ¿comprendes? La senda del sacerdote supremo a su dios. Tatuada en la palma de la mano derecha. Al presionar con ella la marca sagrada, la mano en el pecho, algo tan sencillo como un saludo. Pasé días enteros recuperándome de la paliza que me propinó Beneth, y Heboric habló. Me contó tantas cosas. Debí olvidarlas todas, ¿sabes? Ingería té de durhang, pero la sustancia se disolvía en la superficie, ese filtro que te advierte de lo que es importante y lo que no. Sus palabras se filtraron sin cortapisas, y han permanecido en mi conciencia. No podrás hacer nada, Baudin.

Levantó el hombretón el antebrazo derecho de Heboric y estudió con atención el muñón enrojecido a la luz creciente de la mañana.

—No puede volver atrás —dijo ella—. El sacerdocio se encargó de ello. No es lo que fue en el pasado, y ahí termina todo.

Con un gruñido silencioso, Baudin volvió el antebrazo para tocar con el muñón la marca sagrada.

El aire chilló. El sonido sacudió a ambos, los arrojó al suelo, donde escarbaron inútilmente la roca: ¡Lejos, lejos del dolor! ¡Lejos! Había tal agonía en el chillido, que descendió como fuego, oscureciendo el cielo, extendiéndose como fisuras en el lecho de roca, grietas que se abrían hacia fuera, a partir del cuerpo inmóvil de Heboric.

Le sangraban los oídos, y Felisin intentó arrastrarse lejos por la temblorosa pendiente. Las fisuras, los tatuajes que habían brotado de la piel de Heboric, que habían cubierto la insondable distancia que separaba a su piel de la piedra, se extendieron bajo ella, transformando la roca en algo resbaladizo y grasiento al tacto.

Todo empezó a temblar. Incluso el cielo pareció retorcerse, tirando hacia debajo de sí mismo como si una veintena de manos invisibles hubieran franqueado inadvertidos portales para aferrar el tejido del mundo con una furia tan fría como destructiva.

El chillido era interminable. La rabia y un dolor insoportable se fusionaron como las hebras gemelas de una cuerda en tensión. Cerrando como un lazo alrededor de su cuello; el sonido había bloqueado el mundo exterior, su aire, su luz.

Algo golpeó el suelo, el lecho de roca que había bajo ella sufrió una sacudida y se vio empujada hacia arriba. Al caer, lo hizo sobre el codo. Los huesos del brazo temblaron como la hoja de una espada. La luz del sol se apagó mientras Felisin hacía un esfuerzo sobrehumano para respirar. Sus ojos, abiertos desmesuradamente, alcanzaron a ver algo situado más allá de la cuenca que se levantaba de forma laboriosa desde la llanura, acompañado por una inmensa nube de polvo. Dos dedos, un hocico cubierto de pelo, demasiado grande para que pudiera abarcarlo con la mirada. Se levantó, y al hacerlo convirtió la mañana en noche.

El tatuaje había saltado de la piedra al aire, telaraña surcada de hierba que crecía en borrones saltarines, enloquecidos, y que se expandía en todas direcciones.

No podía respirar. Le ardían los pulmones. Se estaba muriendo, sofocada en el vacío creado por el grito de un

dios.

De pronto se hizo el silencio, más allá del eco que reverberaba en su cráneo. Llenó de aire los pulmones, un aire frío y amargo, pero más dulce que ninguna otra cosa que pudiera recordar. Entre toses, escupiendo bilis, Felisin se incorporó sobre manos y rodillas, y levantó poco a poco la cabeza.

Había desaparecido la pezuña. El tatuaje cubría el cielo como un recuerdo que se desvanecía lentamente. Un movimiento la hizo volver la mirada a Baudin. Lo había visto de rodillas, con las manos en las orejas. El hombretón enderezó la espalda, mientras lágrimas de sangre descendían por sus arrugas.

De algún modo, el terreno que pisaba le parecía extrañamente líquido. Felisin se puso en pie. Miró hacia abajo, pestañeando aturdida ante el mosaico de piedra caliza. El trazado del tatuaje no había dejado de temblar, flameaba a partir de los mocasines al esforzarse por mantener el equilibrio. *Las grietas, los tatuajes... descienden, abajo, abajo. Es como si estuviera en la punta de un montón de uñas largas como leguas. ¿Vienes del abismo, Fener? Se dice que tu sagrada senda colinda con la del propio Caos. ¿Fener? ¿Estás entre nosotros?* Se volvió para cruzar la mirada con la de Baudin. Seguía aturdido, pero en sus ojos creyó distinguir el miedo que ardía en su interior.

—Queríamos atraer la atención del dios —dijo—. No al dios. —Un temblor sacudió su cuerpo. Se cruzó de brazos e hizo un esfuerzo por añadir—: ¡Y él no quería venir!

Baudin tan solo había vacilado un instante. Se encogió de hombros como pudo y dijo:

—Ya se ha ido, ¿no?

—¿Estás seguro?

En lugar de responder, el hombretón se volvió a Heboric. Tras mirarlo unos instantes, dijo:

—Su respiración se ha estabilizado. Su piel no parece tan cuarteada. Creo que le ha sucedido algo.

—La recompensa por haberse librado de acabar hecho papilla —dijo ella, burlona.

Baudin lanzó un gruñido y volvió la vista a otra parte. Felisin miró en la misma dirección. El pozo de agua había desaparecido, desecado. Solo quedaba el manto que formaban las políneas. La joven soltó una risotada:

—Se acabó nuestra esperanza de salvación.

Heboric se encogió hasta hacerse una pelota.

—Está aquí —susurró.

—Ya lo sabemos —dijo Baudin.

—En el reino mortal... —Y añadió al cabo de un instante el antiguo sacerdote—: Vulnerable.

—Lo estás viendo del modo equivocado —dijo Felisin—. El dios al que ya no adoras tomó tus manos. De modo que ahora lo has hecho caer. No te metas con los mortales.

De algún modo, la frialdad del tono o la brutalidad de aquellas palabras endurecieron a Heboric. Este levantó la cabeza y se sentó, observando a Felisin.

—De la boca de los chiquitos —dijo con una sonrisa carente de humor.

—De modo que está aquí —dijo Baudin, mirando a su alrededor—. ¿Cómo puede esconderse un dios?

Heboric se puso en pie.

—Daría lo que me queda de un brazo por saber cómo se pronuncia la baraja en este preciso momento. Imagina el torbellino entre los ascendientes. No es una visita sin importancia, ni un tirón o un rasguño en la hebra del poder.

—Levantó ambos brazos, observando ceñudo los muñones—. Han pasado años, pero los fantasmas regresan.

Observar la confusión de Baudin constituía un esfuerzo tremendo.

—¿Fantasmas?

—Las manos que ya no están —explicó Heboric—. Ecos. Suficiente para enloquecer a cualquiera. —Acusó un temblor y entornó la mirada al levantarla al sol—. Me siento mejor.

—Se te ve mejor —dijo Baudin.

El calor aumentaba. En una hora sería insoportable.

—Curado por un dios del que renegaste —reflexionó Felisin, ceñuda—. No importa. Si ahora nos metemos en las tiendas, esta noche estaremos tan cansados que seremos incapaces de hacer nada. Habrá que caminar ahora. Hacia el próximo pozo. Si no, moriremos. *Pero yo viviré lo suficiente para hundir una daga en tu pecho.*

Baudin cargó la mochila a hombros. Con una sonrisa torcida, Heboric pasó los brazos por las tiras de la mochila que había llevado hasta el momento. Se levantó sin muestras de cansancio, aunque en cuanto se enderezó tuvo que dar un paso para conservar el equilibrio.

Fue Baudin quien encabezó la marcha, seguido por Felisin. *Un dios transita el reino de los mortales, pero lo hace con temor. Posee un poder inimaginable, pero se oculta.* De algún modo, Heboric había encontrado fuerzas para aguantar todo cuanto había sucedido. *El hecho es que es él el responsable. Esto debería de haber acabado con él, tendría que haber quebrado su alma. En lugar de eso, lo aguanta.* ¿Podría su muralla de cinismo soportar semejante asedio por mucho tiempo? ¿Qué fue lo que hizo para perder las manos?

Felisin libraba su propio conflicto interno. Sus pensamientos desvalijaban todas las estancias de su mente. Aunque no había dejado de contemplar el asesinato, sentía

una vaga y burlona oleada de camaradería hacia sus dos compañeros. Quería huir de ellos, percibía que su presencia era un vórtice que la empujaba a la locura y a la muerte, a pesar de ser consciente de lo mucho que dependía de ambos.

—Llegaremos a la costa —dijo Heboric a su espalda—. Huelo agua. Cerca. A la costa, y cuando lleguemos allí, Felisin, descubrirás que nada ha cambiado. Nada en absoluto. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Percibió un millar de posibles significados en aquellas palabras, pero no comprendió ninguno de ellos.

Delante de ella, Baudin lanzó un grito de sorpresa.



Los pensamientos de Mappo Trell viajaron a poniente a casi ochocientas leguas, no a un alba como aquella, sino al alba de hacía dos siglos. Se vio a sí mismo cruzando una llanura cubierta de hierba, una hierba que llegaba a la altura del pecho, aplastada, cubierta por lo que parecía ser una especie de grasa, y mientras, a sus pies calzados con botas de piel, la tierra parecía cambiar. Había visto siglos ya, casado con la guerra en lo que se antojaba un interminable y repetitivo círculo de asaltos, venganzas y sangrientos sacrificios al dios del honor. El juego de la juventud, del que ya se había cansado. Pero había seguido ahí, clavado a un árbol, solo porque se había acostumbrado al paisaje que lo rodeaba. Era asombroso lo que uno podía soportar empujado por la inercia. Había alcanzado un punto donde cualquier cosa extraña, desconocida, le provocaba miedo. Pero al contrario que sus hermanos y

hermanas, Mappo no era capaz de capearlo a lo largo de toda una vida. Por todo ello, había apartado el horror al que ahora se acercaba de nuevo para arrancarse a sí mismo del árbol.

Era joven cuando abandonó el poblado de mercaderes que era su hogar. Se había visto atrapado, como muchos de su edad por aquel entonces, en la inmovilidad que carcomía a los poblados trell y a los guerreros veteranos que se habían convertido en mercaderes que comerciaban con bhederin, cabras y ovejas, y que contaban batallitas en innumerables tabernas. Abrazó el modo de vida antiguo del peregrino, afrontando a sabiendas los ritos iniciáticos de uno de los clanes que habían mantenido el estilo de vida tradicional.

Las cadenas de sus convicciones aguantaron firmes durante cientos de años, para partirse al final de un modo que jamás hubiera podido prever.

Conservaba vívidos recuerdos, y en su mente caminaba de nuevo por la llanura. Las ruinas del poblado de mercaderes donde había nacido eran visibles. Había transcurrido un mes desde su destrucción. Los cadáveres de los quince mil asesinados, los que no habían muerto en los incendios, habían sido limpiados por los saqueadores. Volvía a una casa osario, llena de retales, jirones y ladrillo quemado.

Las ancianas del clan que había adoptado habían predicho la historia de los huesos que ardían, tal como habían hecho meses antes los sin nombre. Si bien los trell que habitaban los poblados se habían convertido en extraños para todos ellos, seguían siendo parientes. La labor a la que se enfrentaban no era, sin embargo, la venganza. Esta decisión acalló a muchos compañeros, los cuales, al igual que Mappo, habían nacido en una ciudad

destruida. No, todas las nociones de venganza tenían que verse purgadas por la escogida para la tarea que afrontaban. Tales fueron las palabras de los sin nombre, que preconizaban este momento.

Mappo aún no comprendía por qué razón había sido escogido. No era diferente de sus compañeros guerreros; eso creía, al menos. La venganza era su sustento. Más que el agua y la carne, era la razón misma de beber y comer. El ritual que le purgaría destruiría también todo cuanto fue. *Serás piel lisa, Mappo. El futuro ofrecerá su propia escritura, pues escribirá y dará forma a tu historia partiendo del principio. Lo que hicieron a nuestro pueblo no debe repetirse. Te asegurarás de ello. ¿Comprendes?*

Expresiones de temible necesidad. A pesar de ello, sin la horrible destrucción del pueblo donde nació, Mappo hubiera desafiado a todos. Había caminado por la cubierta calle mayor, con su revoltosa alfombra de raíces, y había visto a sus pies el fulgor de los huesos emblanquecidos por el sol.

Cerca de la plaza del mercado encontró a una sin nombre; aguardaba de pie, con la túnica gris flameando ante el viento de la pradera. Los ojos claros encontraron a los suyos al acercarse. El bastón que empuñaba parecía retorcerse en sus manos.

—No vemos en años —susurró.

—Sino en siglos —respondió Mappo.

—Está bien. Ahora, guerrero, debes aprender a hacer lo mismo. Tus ancianos así lo acordarán.

Lentamente el trell miró a su alrededor y entornó los ojos al observar las ruinas.

—Parece más bien obra de un ejército de invasión. Se dice que tales fuerzas existen al sur de Nemil...

La risilla de ella lo sorprendió por lo abierto de su desprecio.

—Algún día él volverá a su hogar, tal como has hecho tú aquí y ahora. Hasta ese momento, debes atender...

—¿Por qué yo, maldita seas?

Por toda respuesta, la sin nombre se encogió de hombros.

—¿Y si me niego?

—Incluso eso, guerrero, exigiría de cierta dosis de paciencia. —Levantó entonces el bastón, gesto que atrajo la atención de Mappo. La madera retorcida parecía extenderse hacia el trell, se hizo más grande, se alargó y llenó su mundo hasta que se extravió en su propio laberinto de locura.

—Resulta extraño que una tierra desconocida pueda resultar tan familiar.

Mappo pestañeó, dispersos los recuerdos por el sonido de aquella voz suave y conocida. Levantó la mirada hacia Icarium.

—Aún más extraño cuán lejos y rápido puede volar el ojo de la mente, para regresar, a pesar de ello, en apenas un instante.

El jhag sonrió.

—Con ese ojo podría explorarse el mundo entero.

—Con ese ojo podrías escapar de él.

Icarium entornó la mirada al observar la extensión cubierta de ruinas del desierto. Habían trepado por un túmulo para reconocer mejor el camino que iban a tomar.

—Siempre me fascinan tus recuerdos, quizás porque yo parezco tener pocos que pueda considerar propios, y también porque siempre te has mostrado muy reservado a la hora de compartirlos.

—Pensaba en mi clan —dijo Mappo, a modo de disculpa—. Es asombroso la de detalles triviales que puede uno echar de menos. La estación del alumbramiento de las reses, el modo en que aventábamos a los débiles de común acuerdo con los lobos de las llanuras. —Sonrió—. La gloria que obtuve cuando me infiltré en el campamento de una partida de incursión y quebré las puntas de los cuchillos de todos los guerreros, para luego irme sin que nadie se despertara. —Suspiró—. Llevé en una bolsa aquellas puntas de cuchillo durante años, atada al cinto de guerra.

—¿Qué fue de ellas?

—Me las robó una incursora más lista que yo. —Mappo sonrió de oreja a oreja—. ¡Imagina la gloria que le supuso a ella!

—¿Fue eso todo lo que robó?

—Ah, déjame algún secreto, amigo mío. —El trell se levantó, sacudiendo la arena y el polvo de las polainas de cuero—. Si acaso —añadió tras unos instantes de silencio—, esa tormenta de arena ha aumentado un tercio desde que hicimos un alto.

Con las manos en las caderas, Icarium observó con atención el muro negro que partía en dos la llanura.

—Creo que también se ha acercado —dijo—. Alumbrada por la hechicería, quizás del mismo aliento de la diosa, sigue ganando fuerza. Siento que extiende su mano hacia nosotros.

—Ajá —asintió Mappo, conteniendo un escalofrío—. Sorprendente si tenemos en cuenta que Sha'ik ha muerto.

—Su muerte pudo ser necesaria —dijo Icarium—. Después de todo, ¿puede la carne mortal enseñorearse sobre semejante poder? ¿Puede un ser vivo seguir con vida si hace de portal entre Dryjhna y este reino?

—¿Crees que se ha convertido en ascendiente? ¿Y que al hacerlo ha dejado atrás el hueso y la carne?

—Es posible.

Mappo guardó silencio. Las posibilidades se multiplicaban cada vez que hablaban de Sha'ik, el torbellino y las profecías. Juntos, Icarium y él contribuían a su propia confusión. *¿Y eso, a quién le beneficia?* Le vino a la mente el rostro burlón de Iskaral Pust.

—Nos están manipulando —gruñó—. Lo siento. Lo huelo.

—Ya había reparado en tu cólera —dijo Icarium con una sonrisa torcida—. Por lo que a mí respecta, me he vuelto inmune a tales sensaciones, quizás porque me he sentido manipulado toda la vida.

El trell cambió de postura para disimular un escalofrío.

—¿Y quién iba a hacer tal cosa? —preguntó en voz baja.

El jhag se encogió de hombros y lo observó con una ceja enarcada.

—Dejé de preguntármelo hace mucho tiempo, amigo mío. ¿Comemos? La lección que debemos extraer en este caso, es que el estofado de cordero tiene un sabor más grato al paladar que el de la dulce curiosidad.

Mappo siguió con la mirada los pasos de Icarium que lo llevaban al campamento. *¿Y qué me dices del dulce sabor de la venganza, amigo mío?*



Cabalgaron por el antiguo camino, acosados por los fantasmagóricos gemidos del viento cargado de arena. Incluso el castrado gral tropezaba debido al cansancio,

pero Violín se había quedado sin alternativas. No tenía respuesta para lo que sucedía.

En alguna parte de los impenetrables turbiones de arena, a su derecha, tenía lugar una batalla. Estaba cerca, sonaba cerca, pero de los combatientes no veía ni rastro, ni estaba Violín por la labor de acercarse a caballo a investigar. En su temor y en su cansancio, había llegado a la febril y temerosa conclusión de que permanecer en el camino sería lo único que los mantendría con vida. En caso de abandonarlo, podían renunciar a toda esperanza.

El estruendo de la batalla no era metálico, de acero contra acero, ni se oían los gritos agónicos de los hombres. Eran bestias: rugidos, gruñidos, chasquidos, cánticos de horror, de dolor y de furia salvaje. Nada humano. Podía deberse a los lobos que participaban en la invisible refriega, pero otras gargantas diferentes daban voz a su furibunda participación. Los gruñidos nasales de los osos, los silbidos de los felinos, y otros ruidos (reptiles, aves, simios). *Y demonios. No debo olvidar esos ladridos demoníacos. Ni las pesadillas del Embozado podrían ser peores que esto.*

Cabalgó sin riendas. Ambas manos aferraban la ballesta. Estaba amartillada, cargada con un virote ígneo, y así había sido desde que estalló la bronca, *hace diez horas*. La cuerda de tripa estaría laxa a esas alturas, cosa que sabía perfectamente. La extensión más ancha de lo normal del arco metálico le advertía de ello. El virote no recorrería una gran distancia. Claro que tampoco necesitaría de precisión ni alcance para que el explosivo hiciera efecto. Saber que si soltaba el arma tanto su caballo como él se verían envueltos en llamas no dejaba de recordarle la eficacia del explosivo cada vez que con dolorido tacto aferraba el arma apoyada en la cadera.

No podría continuar así mucho más tiempo. Al volver la vista atrás comprobó que Apsalar y Azafrán seguían ahí, a lomos de unos caballos más que fatigados, caballos que cabalgarían hasta caer exhaustos, momento que no distaba mucho.

El castrado gral relinchó y torció de lado. Violín se vio bañado de pronto por un líquido caliente. Pestañeando, entre maldiciones y juramentos, secó el líquido de los ojos. *Sangre. Un condenado torrente de sangre nacido de Fener.* Había surgido de la impenetrable cortina de arena. *Se acerca algo. Y algo ha impedido que se acercara más. Por la bendición de la Reina, ¿qué está sucediendo?*

Azafrán lanzó un grito. Violín se volvió a tiempo de verlo saltar a salvo de la montura que acababa de desplomarse. Las patas delanteras del animal quedaron atrapadas y vio que se golpeaba la cabeza con fuerza en el empedrado, soltando un chorro de sangre y espuma. Levantó la cabeza en un último esfuerzo por recuperarse, luego rodó sobre sí, pataleando en el aire instantes antes de sufrir una sacudida y quedar inmóvil.

El zapador apartó una mano de la ballesta, se hizo con las riendas y detuvo al castrado. Tiró de ellas para volver grupas.

—¡Deshaceos de las tiendas! —voceó a Azafrán, que había recuperado pie—. Es la montura más fresca que tenemos. ¡Aprisa, maldito seas!

Encogida en la silla, Apsalar se acercó.

—No servirá de nada —dijo con los labios resecos—. Tenemos que hacer un alto.

Violín observó las mordientes cortinas de arena con una expresión de desafío. La batalla se acercaba. Fuera lo que fuese que los estuviera reteniendo, cedía terreno. Vio una sombra enorme a punto de surgir ante su mirada, pero

desapareció al instante. Tuvo la impresión de que los leopardos la montaban. A un lado, cuatro formas indefinidas aparecieron a corta distancia del suelo, acercándose a ellos negras y silenciosas.

Violín aferró la ballesta y disparó. El virote alcanzó el suelo a media docena de pasos de las cuatro bestias. Las llamaradas las envolvieron y las criaturas lanzaron agudos chillidos.

No perdió el tiempo en observar los efectos del disparo. En lugar de ello, sacó al azar otro virote del recio carcaj atado a la silla. Tan solo disponía para empezar de una docena de virotes cargados de munición moranthiana. Y ahora le quedaban nueve, y de estos solo uno más explosivo. Echó un vistazo al carcaj al cargar el siguiente virote, otro proyectil ígneo, y luego volvió a repasar con la mirada la muralla de arena, permitiendo a su mano obrar de memoria.

Surgían sombras que relucían como espectros de arena. Una docena de reptiles alados, grandes como perros, se dibujaron ante su mirada a más de tres metros de altura sobre una columna de aire. *Esanthan'el. ¡Por el aliento del Embozado, son d'ivers y soletaken!* Una sombra se cernió sobre los esanthan'el, cubriéndolos por completo.

Azafrán rebuscaba en el petate la espada corta que había comprado en Ehrlitan. Apsalar se acuclilló junto a él, relucientes las dagas en sus manos, vuelta al camino.

Violín se disponía a advertir mediante un grito que el enemigo se encontraba a su izquierda, cuando comprendió que esta ya se había percatado de ello. Tres cazadores gral cabalgaban hombro con hombro a la carga, a menos de doce pasos de caballo del lugar donde se encontraban. Los jinetes bajaron las lanzas.

Había poca distancia para que el disparo fuera seguro. El zapador únicamente pudo observar cómo cerraban los jinetes. El tiempo pareció detenerse mientras Violín, incapaz de intervenir, observaba la carga. Un enorme oso asomó por un costado del camino y fue a chocar con el jinete gral que marchaba a la izquierda. El soletaken era grande como el caballo que derribó. Dio una dentellada en la cintura del guerrero, entre la cadera y las costillas, y los caninos se hundieron casi hasta atravesarlo de parte a parte. Cerró la mandíbula sin esfuerzo alguno. La sangre asomó a los labios del guerrero caído.

Apsalar se introdujo entre los dos jinetes restantes, y sus cuchillos relucieron en trayectoria ascendente. Ninguno de los gral tuvo la menor oportunidad. Como las imágenes de un espejo, las hojas de los cuchillos desaparecieron bajo la caja torácica; la de la izquierda alcanzó el corazón, y la de la derecha, uno de los pulmones.

Apsalar había quedado atrás, desarmada. Se arrojó al suelo para evitar la lanza de un cuarto jinete en el que no había reparado Violín hasta ese instante. Con un único y ágil movimiento, Apsalar se puso en pie y dio un salto dotado de una asombrosa fuerza. De pronto se vio sentada a lomos del caballo, tras el gral que lo montaba, con la mano derecha aferrada a la garganta del jinete, y con la izquierda en la cabeza, dos dedos que se hundieron en sendos ojos, mientras en la derecha aparecía un pequeño cuchillo con el que le rebanó el pescuezo.

Violín, absorto hasta ese momento, desvió la mirada cuando algo grande y escamoso abofeteó su rostro y lo arrojó de la silla, lo cual le hizo perder la ballesta. Se desplomó sobre la superficie del camino en un estallido de dolor. Se quebraron las costillas, cuyos extremos hirieron y desgarraron al rodar sobre sí en el empedrado. Su

intención de levantarse desapareció en cuanto la batalla estalló sobre él. Con las manos tras la cabeza, Violín se hizo un ovillo, deseó empequeñecer. Las pezuñas huesudas lo apalearon, las garras arañaron las mallas del peto y laceraron los muslos. Un repentino empujón aplastó su tobillo izquierdo, luego apoyó el peso como pudo antes de incorporarse.

Oyó relinchar a su caballo. No de dolor, sino de terror y de rabia. El sonido de los cascos del caballo al golpear algo sólido constituyó una súbita y pasajera sensación de satisfacción entre el dolor que inundaba por completo la mente de Violín.

Un cuerpo enorme cayó al suelo con un estampido junto a Violín, y al girarse apretó el costado escamoso contra él. Sintió tensos los músculos, surcado de temblores que sacudieron su propio cuerpo baqueteado.

Había cesado el estruendo de la batalla. Tan solo se oía el gemido del viento y el susurro de la arena. Intentó sentarse, pero descubrió que apenas podía levantar la cabeza. La escena era la de una matanza. Justo frente a él, al alcance del brazo, se alzaban las temblorosas patas de su caballo. A un lado yacía la ballesta, aunque no vio el virote ígneo, que debió de dispararse al caer el arma al suelo, proyectándolo a la tormenta. Enfrente también, el gral acuchillado en el pulmón yacía en un charco de sangre, y de pie, a su lado, Apsalar, con el cuchillo con el que había rajado la garganta del otro gral suelto en la mano. A una docena de pasos detrás de ella se distinguía el lomo imponente del oso soletaken, enfrascado en arrancar la carne del caballo al que había derribado. Azafrán apareció ante su mirada. Había encontrado la espada corta, pero aún no la había desenvainado. Violín sintió una oleada de

compasión ante la expresión que lucía el muchacho en el rostro.

El zapador extendió un brazo hacia atrás, a pesar del terrible dolor que sintió. La mano palpó una piel escamosa. Habían cesado las contracciones.

El oso rugió espantado. Violín se volvió a tiempo de ver huir al animal. *Oh, por el Embozado, está huyendo...*

Aumentó el temblor de las patas del castrado hasta tal punto que Violín tuvo la sensación de que se volvían borrosas. No obstante, el animal no emprendió la huida, sino que se interpuso entre el zapador y lo que fuera que se acercaba. Aquel gesto llegó al corazón del zapador.

—Condenado animal —dijo con voz ronca—. ¡Sal de ahí!

Apsalar retrocedía hasta su posición. Azafrán permanecía inmóvil, y la espada cayó de su mano.

Finalmente vislumbró al recién llegado. *Recién llegados, más bien.* Como una alfombra burbujeante, negra, el d'ivers cubrió el empedrado. *Ratas, cientos de ellas que, no obstante, es una sola. ¿Cientos? Miles. Oh, por el Embozado que yo a este lo conozco.*

—¡Apsalar!

Ella lo miró sin expresión alguna en el rostro.

—En las alforjas —dijo el zapador—. Un virote explosivo...

—No servirá de nada —replicó ella, tranquila—. Además, es demasiado tarde.

—No es para ellas, sino para nosotros.

La joven se limitó a pestañear antes de acercarse al caballo.

La voz de un extraño se alzó sobre el gemido del viento.

—¡Gryllen!

Sí, así se llama ese d'ivers. Gryllen, también conocido como Marea de la Locura. Desapareció de Y'ghatan en el

fuego. Oh, ya vuelve, ¡no, no lo hagas!

—¡Gryllen! —rugió de nuevo la voz—. ¡Vete de aquí, d'ivers!

Aparecieron ante su mirada unas piernas cubiertas de piel. Violín levantó la mirada y vio a un hombre extraordinariamente alto y delgado, que vestía una telaba tanno gastada. La piel tenía una tonalidad a medio camino entre el gris y el verde, y en las manos de dedos largos empuñaba un arco y una flecha envuelta en runas aprestada para el disparo. Su pelo largo y grisáceo tenía restos de tinte negro, lo que contribuía a que su melena pareciera manchada. El zapador vio que por el labio inferior asomaban las puntas de los colmillos. *Es un jhag. No sabía que se adentraran tan al este. En el nombre del Embozado, no sé por qué debería importarme eso.*

El jhag dio otro paso hacia la densa masa de ratas que cubría lo que quedaba del caballo y el jinete que había matado el oso, y colocó la mano en el hombro de la yegua. El temblor cesó. Apsalar retrocedió un paso, estudiando con cansina atención al extraño.

Gryllen titubeaba. Violín no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Se volvió al jhag. Otra figura apareció junto al arquero. Más bajito y ancho que una máquina de asedio, su piel poseía una tonalidad marrón oscuro, y llevaba el pelo negro recogido en trenzas adornadas con abalorios. Si acaso, los caninos de este eran más marcados que los de su compañero, y parecían también mucho más afilados. *Es un trell. Un jhag y un trell. Eso me haría recordar algo, si pudiera superar este dolor que me impide pensar.*

—Tu presa ha huido —dijo el jhag a Gryllen—. Esta gente no va en busca de la senda de Manos. Es más, ahora son mis protegidos.

Las ratas chillaron para dar voz a un ensordecedor rugido y se extendieron camino arriba. Los ojillos grises, cubiertos de polvo, relucían en la tormenta.

—No pongas a prueba mi paciencia —advirtió lentamente el jhag.

Un millar de cuerpos se sacudieron. La marea se retiró, una marea de pelo grasiento. Al cabo de un instante, había desaparecido.

El trell se acucilló junto a Violín.

—¿Vivirás, soldado?

—Por lo visto no tendré más remedio que hacerlo —respondió el zapador—. Me gustaría saber qué acaba de suceder. Debería conocerlos, ¿verdad?

El trell se encogió de hombros.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Veamos. —Apoyó un brazo en el suelo y apoyó todo el peso en él hasta levantarlo un pulgar. Luego perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 8



Se dice que en la noche del regreso de Kellanved y Danzante, la ciudad de Malaz era una vorágine de hechicería y de inverosímiles visitas. No es descabellado basar lo dicho en la creencia de que los asesinatos fueron un asunto chapucero y confuso, y que el éxito y el fracaso son juicios que dependen de la perspectiva que tenga uno al respecto...

Conspiraciones del Imperio
Heboric

Coltaine había sorprendido a todos. Había dejado a los soldados del Séptimo que guardaran la toma del agua en el oasis de Dryj, y había conducido a sus wickanos al interior de Odhan. Dos horas después del anochecer, los miembros de la tribu tithansi, que dejaban descansar a los caballos, caminando con las riendas en la mano por espacio de un tercio de legua desde el oasis, se vieron de pronto inmersos en una carga a caballo. Pocos tuvieron tiempo de montar, y menos aún de formar para afrontar la carga. Aunque superaban en una proporción de siete a uno a los wickanos, rompieron la moral y murieron cien por cada wickano del clan de Coltaine que pereció. En cosa de dos horas concluyó la matanza.

Cabalgando por el camino sur en dirección al oasis, Duiker había visto el fulgor de los carros tithansi ardiendo

en llamas, lejos, a la derecha. Tardó unos instantes en comprender lo que veía. No tendría sentido adentrarse en el torbellino. Los wickanos tiraban de las riendas de la carnicería, y no se detendrían un instante a pensar antes de matarlo. En lugar de ello, espoleó al caballo en dirección noroeste y cabalgó a buen paso hasta llegar al primero de los tithansi que huían, de quien extrajo cierta información.

Los wickanos eran demonios que expulsaban fuego por las fosas nasales. Sus flechas se multiplicaban por arte de magia en pleno vuelo. Sus caballos combatían con una inteligencia ignota. Habían conjurado a un ascendiente mezcla, despachado a Siete Ciudades para enfrentarse a la diosa del Torbellino. Los wickanos eran invulnerables. No habría otro amanecer.

Duiker abandonó al hombre a su suerte y cabalgó de vuelta al camino, para continuar hacia el oasis. Había perdido dos horas, cierto, aunque, a pesar de los desvaríos inducidos por el terror, había recabado información sumamente valiosa del desertor tithansi.

El historiador concluyó que el esfuerzo de Coltaine no se limitaba a los últimos coletazos de un animal herido de muerte. El caudillo no consideraba que tal fuera su situación. Puede que jamás lo hubiera hecho. El puño dirigía una campaña, inmerso en la guerra, no en una huida que se caracterizara por el pánico. *Será mejor que los líderes del Apocalipsis lo piensen detenidamente, siempre y cuando pretendan de veras arrancar los colmillos a la serpiente. Es más, será mejor que de una vez por todas dejen de considerar a los wickanos bestias sobrenaturales, lo cual es más fácil de decir que de hacer.*

Kamist Reloe contaba con la superioridad numérica, pero la calidad de la tropa empezaba a evidenciar el hecho de que los wickanos de Coltaine eran soldados disciplinados

a pesar del caos, y que el Séptimo era una fuerza veterana que el nuevo puño se había esforzado en preparar para ese tipo de guerra. Aún era probable que las fuerzas malazanas terminaran por ser exterminadas, ya que tal como pintaban de mal las cosas, poca esperanza había para un ejército desamparado y para los millares de refugiados que arrastraba consigo. *Todas estas pequeñas victorias no bastarán para ganar la guerra (los reclutas potenciales de Reloe se cuentan en cientos de miles), eso si Sha'ik reconoce la amenaza que supone Coltaine y envía a las huestes a perseguir al puño supremo.*

Cuando tuvo al alcance de la mirada el pequeño oasis que rodeaba al manantial Dryj, le sorprendió ver que habían talado hasta la última palmera. Las copas habían desaparecido por completo, solo quedaban los desnudos tocones y algunos matojos. El humo cubría la zona, espectral bajo el cielo claro. Duiker se incorporó en el estribo para buscar los fuegos del campamento con la mirada. Para buscar a los soldados, las tiendas del campamento. *Nada... Puede que al otro lado del manantial...*

El humo se hizo más denso a medida que se acercó al oasis y el caballo fue sorteando los tocones. Había pistas por doquier: primero las zanjias cavadas en la arena por los zapadores, luego las huellas donde habían colocado los trenes de suministro formando una línea defensiva. Y de los fuegos únicamente quedaban cenizas.

Aturdido, acusando de pronto el cansancio, Duiker dejó que el caballo vagabundeara por el campamento abandonado. El profundo pozo situado al otro lado del manantial había sido vaciado casi por completo, aunque a esas alturas volvía a llenarse: un charco marrón rodeado

por la corteza de la palmera y los matojos. Incluso se habían llevado a los peces.

Y mientras los jinetes wickanos habían partido para emboscar a los tithansi, el Séptimo y los refugiados habían abandonado el oasis. El historiador se esforzó por entender ese hecho. Imaginó la escena de la despedida, los refugiados que caminaban arrastrando los pies, con el cansancio en los ojos, los niños subidos a los carros, las miradas afligidas de los veteranos que acompañan a los exiliados. Coltaine no les había proporcionado pausa ni descanso para pensar en lo sucedido, en lo que de hecho estaba sucediendo. Habían llegado, habían tomado del oasis el agua y todo cuanto habían podido y, finalmente, se habían marchado.

¿Adónde?

Duiker espoleó la montura. Llegó al extremo sudoeste del oasis, la mirada puesta en el surco que habían dejado atrás los carros, el ganado y los caballos. Al sudeste se alza la erosionada cordillera de colinas Lador. A poniente, las estepas Tithansi. *No hay nada en esa dirección hasta el río Sekala, demasiado lejos para que Coltaine contemple esa posibilidad. Si escogió el noroeste, está el pueblo de Manot, y más allá, Caron Tepasi, en la costa de mar Karas. Casi tan lejos como el río Sekala. El rastro se extiende a poniente, a las estepas. Por el aliento del Embozado, ¡si no hay nada allí!*

Se antojaba inútil intentar anticiparse al puño wickano. El historiador cabalgó de vuelta al manantial y desmontó con gesto torcido debido al dolor que atenazaba sus caderas y muslos, así como al dolor que sentía en la rabadilla. Tenían que descansar, y necesitaban del agua que se acumulaba en la orilla.

Sacó el petate de la silla y lo arrojó a la arena cubierta de hojas. Luego desensilló a la yegua, que tenía el lomo empapado en sudor. Y con las riendas en la mano, condujo al animal al agua.

Habían obturado el manantial con un montón de rocas, lo que de algún modo explicaba el delgado chorro de agua que escupía. Duiker se quitó el pañuelo, a través del cual filtró el agua que cayó en la parte interior del yelmo. Dejó que el caballo bebiera primero, luego repitió el proceso de filtrado antes de satisfacer su propia sed y llenar el pellejo de agua.

Dio de comer a la yegua de la bolsa de grano que llevaba en la silla y luego cepilló al animal, antes de dedicarse a improvisar un campamento. Se preguntó si llegaría a reunirse con Coltaine y su ejército; o si, quizás, se había embarcado en la pesadilla de guiar la persecución de unos espectros. *Después de todo, puede que sean demonios.* El cansancio le nublabla el juicio.

Duiker extendió el petate e improvisó un toldo con su propia telaba. Sin la sombra de los árboles, el sol caería a plomo sobre el oasis, que tardaría años en recuperar su antiguo esplendor, si es que lo hacía. Antes de que el sueño lo llevara, pensó largo y tendido en la guerra que se avecinaba. Las ciudades tenían menos relevancia que las fuentes de agua. Los ejércitos tendrían que ocupar los oasis, que cobrarían la misma importancia que las islas en la inmensidad del mar. Coltaine siempre estaría en desventaja. El enemigo sabría adónde se dirigía, y, por tanto, podría prepararse para recibirlo... *Siempre y cuando Kamist Reloe pueda alcanzarlos, aunque ¿cómo iba a fracasar en semejante empeño? Él no acarrea el lastre de miles de refugiados.* Por muchas veces que pudiera

sorprender al enemigo, Coltaine estaba en franca desventaja.

La pregunta que se hizo el historiador antes de quedarse dormido era la franqueza personificada: ¿cuánto podría demorar Coltaine lo inevitable?

Despertó al anochecer, y al cabo de veinte minutos cabalgaba siguiendo el rastro, jinete solitario en pos de una inmensa nube de políñeras lo bastante densa para enturbiar la luz de las estrellas.



Las rompientes cubrían el arrecife a cuatrocientos metros de distancia como una cinta fosforescente bajo el cielo cubierto de estrellas. Faltaba una hora para que saliera el sol. Felisin permanecía de pie sobre un banco de arena desde el que se dominaba una inmensa playa de arena blanca; se sentía algo mareada, sensación que se agudizó a medida que transcurrieron los minutos.

No había barco a la vista, ni indicio alguno de que hubiera desembarcado nadie en aquel trecho de costa. Las algas que arrastraba la corriente señalaban la línea de la marea alta. Los cangrejos de mar se arrastraban allá donde mirara.

—Bueno, al menos tendremos algo que llevar al estómago —dijo a su lado Heboric—. Siempre y cuando sean comestibles, claro está, y solo hay un modo de averiguarlo.

Lo observó mientras sacaba una tela de saco de la mochila antes de adentrarse en la playa.

—Cuidado con las pinzas —le advirtió—. ¿No querrás perder un dedo?

El antiguo sacerdote rió mientras caminaba. Tan solo veía su ropa. A esas alturas tenía la piel completamente oscura, y ni siquiera de cerca, a la luz del sol, distinguía con claridad la piel clara que los tatuajes habían cubierto por completo. Los cambios visibles hacían juego con otros cambios mucho más sutiles.

—Ya no puedes herirlo —dijo Baudin, acucillado sobre la otra mochila—. Por mucho que digas.

—Entonces no tengo ninguna razón para permanecer callada —replicó ella.

Les quedaba agua para un día. Puede que para dos. Las nubes que se extendían sobre el estrecho arrastraban la promesa de las lluvias, pero Felisin sabía que toda promesa era una mentira, puesto que la salvación era para los demás. Volvió a mirar a su alrededor. *Aquí descansarán nuestros huesos, que asomarán entre la arena. Entonces, algún día, ni siquiera se conservarán nuestros restos. Hemos llegado a la costa, donde tan solo el Embozado nos espera. Un viaje del espíritu y de la carne, final para ambos al que doy la bienvenida.*

Baudin había montado las tiendas y recogía madera para hacer un fuego. Heboric regresó con el saco entre los muñones. Las puntas de las pinzas asomaban por el tejido de la tela.

—O acaban con nosotros o nos ponen más sedientos. No sé qué es peor.

La última agua potable la habían tomado hacía once horas, en el charco húmedo de una cuenca poco profunda. Tuvieron que cavar un brazo de tierra para encontrarla, y el agua, negruzca, sabía a hierro y era difícil de retener en el estómago.

—¿De veras crees que Duiker sigue ahí, navegando de un lado a otro desde hace cinco días?

Heboric dejó el saco en el suelo.

—No ha publicado nada desde hace años, ¿qué otra cosa iba a hacer?

—¿Crees que la frivolidad es lo más apropiado para enfrentarse al Embozado?

—No creo que haya un modo apropiado para eso, moza. Por mucho que estuviera convencido de que la muerte se acerca, que no lo estoy, al menos en un futuro inmediato. Cada uno ha de responder a esa pregunta a su manera. Después de todo, incluso los sacerdotes del Embozado discuten el modo en que deben enfrentarse finalmente a su dios.

—De haber sabido que me echarías un sermón, habría cerrado la boca.

—Veo que te vas adaptando a la adolescencia.

Al arrugar Felisin el entrecejo, Heboric lanzó un risotada.

Sus bromas favoritas son las no intencionadas. La burla es la pátina del odio, y hasta la última risa es violenta.

No tenía fuerzas para proseguir con el intercambio de estocadas verbales. *No serás el último en reír, Heboric. Eso lo descubrirás pronto. Tanto tú como Baudin lo haréis.*

Guisaron los cangrejos sobre una base de carbón, y mediante unos palitos les dieron vuelta y vuelta hasta que dejaron de moverse. La carne blanca era deliciosa, pero salada, dadivoso festín que podía celebrarse a diario, a pesar de que las consecuencias podían ser desastrosas.

Baudin recogió más leña, con la intención de que la luz hiciera de faro durante la noche. Entretanto, mientras el sol quebraba el cielo a oriente, amontonó la madera húmeda

en el fuego y estudió con expresión satisfecha la columna de humo que se elevó en el aire.

—¿Piensas hacerlo durante todo el día? —preguntó Felisin. *¿No vas a dormir? Porque necesito que duermas, Baudin.*

—De vez en cuando —respondió él.

—No veo por qué si esas nubes se acercan.

—Pero aún no lo han hecho, ¿verdad? Si acaso se alejan, de vuelta al continente.

Ella lo estuvo observando mientras preparaba el fuego. Reparó en que había perdido la economía de movimientos. Había cierta torpeza que evidenciaba síntomas de un gran cansancio, una debilidad que probablemente le había sobrevenido al llegar a la costa. Habían perdido las riendas de sus destinos. *Baudin creía en Baudin y en nadie más. Ahora, al igual que nosotros, depende de otra persona. Y quizás todo este esfuerzo no haya servido de nada. Quizás hubiera sido mejor arriesgarse a ir a Dosin Pali.*

La carne de cangrejo empezó a cobrarse su tributo. Una sed desesperada se apoderó de Felisin, seguida por calambres agudos en un estómago que se rebelaba por verse lleno.

Heboric desapareció en el interior de su tienda, acusando obviamente los mismos síntomas.

Felisin hizo bien poco durante los siguientes veinte minutos. Sufrió el dolor mientras observaba a Baudin, deseándole la misma penuria. Pero, si la sufría, lo cierto era que no hacía nada para demostrarlo. El miedo que le inspiraba se agudizó.

Desaparecieron los calambres, pero no la sed. Las nubes que cubrían el estrecho se alejaron, y el sol impuso un asfixiante calor.

Baudin arrojó una última pila de leña al fuego y se dispuso a retirarse a la tienda.

—Tómame —dijo Felisin.

Él volvió la cabeza, los ojos abiertos desmesuradamente.

—Me reuniré contigo en unos instantes.

Siguió mirándola fijamente.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. ¿Qué otra salida nos queda? A menos que hayas hecho los votos...

Él retrocedió. Fue un gesto imperceptible, pero Felisin reparó en ello y continuó diciendo:

—Que te hayas entregado a algún ascendiente que odie el sexo. ¿De quién podría tratarse? ¿Del Embozado? ¡No me sorprendería nada! Claro que en el acto de hacer el amor va implícita la muerte...

—¿Así lo llamas? —murmuró Baudin—. ¿Hacer el amor?

Ella se encogió de hombros.

—No he hecho votos a ningún dios.

—Ya lo habías dicho antes. Aun así, jamás me has utilizado, Baudin. ¿Prefieres a los hombres? ¿A los niños? Ponme de espaldas y ni siquiera notarás la diferencia.

Él se envaró sin apartar la vista de Felisin con una expresión totalmente opaca en el rostro. Luego se dirigió a la tienda. A la tienda de Felisin.

Ella sonrió para sí, aguardó a que su corazón latiera cien veces y luego se reunió con él.

Sus manos se movieron con torpeza, como si intentara mostrarse suave pero no supiera cómo hacerlo. Los andrajos de la ropa tardaron apenas unos instantes en desaparecer. Baudin la tumbó bocarriba, y ella pudo observar su rostro tosco y barbudo, sus ojos fríos aún, insondables, y sus manos prietas alrededor de sus pechos.

En cuanto estuvo dentro de ella, desapareció su cohibición. Se convirtió en algo que no era humano,

reducido a un animal. Era áspero, pero no tanto como Beneth, ni como un buen número de los seguidores de Beneth.

Terminó pronto, y descansó su considerable peso sobre ella, la respiración agitada, jadeando junto a su oído. No lo apartó; estaba pendiente del ritmo de su respiración, de los espasmos de los músculos que el sueño incipiente le provocaba. No había esperado que se rindiera con tal facilidad, jamás habría esperado que se mostrara tan indefenso.

Felisin deslizó la mano por la arena hasta alcanzar el lado del jergón, bajo el cual tanteó hasta encontrar la empuñadura de la daga. Hizo un esfuerzo por tranquilizar su propia respiración, aunque nada pudo hacer para ralentizar los latidos de un corazón que retumbaba. Baudin permanecía dormido. Ni siquiera se movió.

Sacó la daga de la vaina y la empuñó de modo que la punta quedara hacia abajo. Luego llenó de aire los pulmones y la alzó.

La mano de él cerró sobre su muñeca en cuanto Felisin hizo ademán de clavársela. Él se incorporó sin mayores problemas y torció el brazo de ella hasta que bastó su propio peso para inmovilizarla bocabajo.

Finalmente, Baudin retorció su muñeca para que soltase la daga.

—¿Crees que no compruebo mis cosas, moza? —susurró—. ¿Crees que eres un misterio para mí? ¿Quién más iba a robarme una rebanacuellos?

—Abandonaste a Beneth a su suerte. —No podía mirarle a la cara, de lo cual tuvo motivos para alegrarse cuando Baudin respondió.

—No, muchacha. Yo mismo maté a ese cabrón. Le partí el cuello como si de una rama se tratara. Merecía morir con

dolor, una muerte más lenta, pero no había tiempo. No merecía piedad alguna, pero la tuvo.

—¿Quién eres?

—Nunca me he tirado a un hombre o a un niño. Pero lo fingiré. Se me da bien fingir.

—Gritaré...

—Heboric tiene un sueño tan pesado que no podrás despertarlo. Tiene pesadillas. Se agita en sueños. Alguna que otra vez he tenido que despertarlo a bofetadas, pero todo ha quedado en el intento. Así que grita. Además, ¿qué son los gritos? Un modo de dar voz a tu propia frustración... Ya no creo que seas capaz de ponerte furiosa, Felisin.

Ella sintió que una oleada de desesperación inundaba su cuerpo. *Solo es uno más, más de lo mismo. Puedo aguantarlo, incluso puede que lo disfrute. Si lo intento.*

Baudin se incorporó. Felisin, por su parte, giró sobre sí para tumbarse bocarriba y mirarlo fijamente. El hombretón se había retirado a la entrada, y desde allí la sonrió.

—Si te he decepcionado, lo siento. No estaba de humor, la verdad.

—Entonces, ¿por qué...?

—Para comprobar si seguías siendo la de antes. —No pareció ver la necesidad de compartir con ella sus conclusiones—. Duerme un poco, moza.

A solas, Felisin se hizo un ovillo en el jergón mientras la invadía el sueño. *Para comprobar si sigues siendo... Sí, lo eres. Baudin lo sabía. Solo quería demostrártelo, muchacha. Creíste utilizarlo, pero fue él quien te utilizó a ti. Era consciente de lo que te traías entre manos. Piénsalo. Piensa en ello largo y tendido.*



El Embozado llegó montando las olas, segador de almas talladas. Había esperado largo tiempo, hasta que la diversión que le proporcionaba su sufrimiento perdió su encanto. El tiempo había salido de las puertas.

Felisin se sentía decolorada y retorcida como la madera que arrastraba la marejada cuando se sentó vuelta al estrecho. Las nubes pestañeaban sobre las aguas, y el relámpago bailaba al son del retumbante trueno. El oleaje espumeaba a lo largo de la línea de arrecifes, tiñendo la oscuridad de azules explosiones coronadas por palomillas.

Hacía una hora que Heboric y Baudin habían regresado de pasear por la playa arrastrando los restos de la proa de un barco. Era una embarcación antigua, pero hablaron de construir una balsa aprovechando la madera. La discusión no parecía llevar a ninguna parte, quizás porque ninguno de ellos disponía de fuerzas suficientes para encarar semejante empresa. Al alba empezarían a morir, cosa que sabían perfectamente.

Felisin reparó en que Baudin sería el último en caer. A menos que el dios de Heboric regresara para librar a su hijo descarriado. Finalmente Felisin empezó a creer que ella sería la primera. No había satisfecho su ansia de venganza. Ni de Baudin, ni de su hermana Tavore, ni de todo el condenado Imperio de Malaz.

La súbita luz de una serie de relámpagos descargó más allá del oleaje que rompía contra el arrecife. Dieron tumbos, cabecearon como si estuvieran envueltos en un tronco invisible de leguas de longitud y de treinta pasos de grosor. Las crepitantes puntas de lanza alcanzaron las capas de espuma con un siseo lacerante. El trueno abofeteó

la playa con fuerza suficiente para sacudir la arena. El rayo siguió adelante, directo hacia ellos.

Heboric se acercó a ella con una expresión de temor en su rostro de sapo.

—¡Hechicería, moza! ¡Corre!

La risa de Felisin surgió ronca de su garganta, pero la joven no hizo ademán de moverse.

—¡Una muerte rápida, viejo!

El viento aulló.

Heboric encaró la oleada. Masculló una maldición que se llevó el aullido del viento. Después, se interpuso entre Felisin y la hechicería. Baudin se acucilló a su lado, el rostro iluminado por un fulgor azulado, que se intensificó a medida que el relámpago alcanzó la orilla y se abalanzó sobre ellos.

Rompió sobre Heboric como si este fuera una aguja de roca. El viejo trastabilló, surcados los tatuajes por el pálido fuego que resplandeció para luego esfumarse.

La hechicería desapareció. A pesar de la amenaza que había supuesto, no tardó en extinguirse en la playa.

Heboric cayó de rodillas en la arena.

—No soy yo, sino la otataralita —dijo en aquel repentino silencio—. No hay nada que temer. Nada en absoluto.

—¡Ahí! —voceó Baudin.

De algún modo, un barco había franqueado el arrecife y navegaba aproado a ellos, con la única vela envuelta en llamas. La hechicería aguijoneaba el barco por todos los costados como una marabunta de avispa, pero cesó al cerrar la embarcación sobre la costa. Al cabo, tocó fondo y detuvo su andadura, tumbando ligeramente de costado al detenerse. Dos hombres subieron por los obenques un instante después para cortar la ardiente vela. La lona cayó como un ala cubierta por las llamas, que se extinguieron

rápidamente al besar las aguas. Otros dos hombres saltaron por el costado en dirección a la orilla.

—¿Quién de ellos es Duiker? —preguntó Felisin.

—Ninguno —respondió Heboric, sacudiendo la cabeza—, pero el de la derecha es mago.

—¿Y cómo lo sabes?

Nada respondió.

Los dos hombres se acercaron a buen paso a pesar del cansancio que evidenciaban sus andares. El mago, un hombre pequeño de rostro sonrosado que vestía un capote chamuscado, fue el primero en hablar, y lo hizo en malazano.

—¡Gracias sean dadas a los dioses! Necesitamos vuestra ayuda.



En algún lugar del arrecife aguardaba un mago desconocido, un hombre que no tenía relación alguna con la rebelión, un extranjero atrapado en su propia pesadilla. Como el vórtice de una tormenta desatada, había surgido de las profundidades durante el segundo día. Kulp jamás había percibido semejante poder. De hecho, fue la incapacidad de controlarlo lo que los había salvado, ya que la locura que se había apoderado del hechicero rasgó y laceró por igual la senda. No había control, las heridas de la senda borbotearon y el aullido del viento arrastró consigo los gritos del mago.

El Ripath se vio empujado de un lado a otro como la cáscara de nuez que discurre por el arroyo que desciende de una montaña. Al principio, Kulp contraatacó invocando

ilusiones. Creía que sus compañeros y él eran el objeto de las iras del mago, aunque enseguida comprendió que la enajenación nada tenía que ver con ellos y que libraba una guerra particular. Kulp contrajo su propia senda hasta formar un caparazón protector alrededor del Ripath; luego, mientras Gesler y sus hombres se afanaban en mantener adrizado el barco, se acuclilló para encarar el embate.

La hechicería desencadenada los persiguió empujada por su propio instinto, y no hubo ilusión capaz de engañar a algo tan concienzudamente necio. Se convirtieron en su propia piedra imán, y los ataques fluctuaron en fuerza con una desigualdad desconcertante que arremetió contra Kulp durante dos días con sus noches.

Se vieron llevados a poniente, hacia las costas de Otataral. El mago había desatado su poder sobre aquella línea costera, con escaso éxito; finalmente, Kulp comprendió que el mago debía de haber perdido la razón debido a la otataralita. Era probable que se tratara de un minero fugado, un prisionero de guerra que había trepado por las murallas, solo para descubrir que llevaba la prisión consigo. Había perdido el control de su propia senda, que se había apoderado finalmente de él. Bullía de un poder que estaba más allá de cualquier cosa que el mago hubiera manejado jamás.

Kulp se sintió horrorizado al caer en la cuenta. La tormenta amenazaba con arrojarlos sobre la costa. ¿Acaso lo aguardaba el mismo final?

La pericia de Gesler y de la dotación fue lo único que impidió al Ripath embarrancar en el arrecife. Durante once interminables horas se esforzaron por navegar en paralelo a las rocas de aguja que había bajo el oleaje.

En la tercera noche, Kulp percibió un cambio. La costa, a la derecha, que había visto como un muro impenetrable,

como un no rotundo, la amenazadora presencia de la otataralita... de pronto se reblandeció. Residía un poder allí que doblegaba la férrea voluntad de aquel mineral capaz de matar la magia y que lo apartaba en todas direcciones.

Había un corte en el arrecife. Era, decidió Kulp, su única oportunidad. Se levantó en cruja, donde había permanecido sentado, y dio una voz a Gesler. El cabo comprendió a qué se refería de inmediato y se sintió invadido por una desesperada sensación de alivio. Habían cedido barlovento debido al cansancio, al esfuerzo sobrecogedor de vigilar las oleadas de hechicería que se dirigían hacia ellos, y comprobar que estas superaban con creces la magia protectora de Kulp, una protección que veían debilitarse a cada milla.

Sufrieron un nuevo embate que pudo con la resistencia de Kulp. Las llamas encendieron el foque, la cabuyería y la mayor. De haber estado seco cualquiera de ellos, enseguida se habrían convertido en pasto del fuego. Pero sucedió que la hechicería los barrió a todos de un vapor humeante, para luego desaparecer, alcanzó la costa y corrió playa arriba con un suave siseo que finalmente cesó.

Kulp había esperado en parte que el peculiar fenómeno que atañía a la playa guardase relación con el hombre al que le habían encomendado buscar, de modo que no se sorprendió al ver asomar a tres personas de la oscuridad. A pesar del cansancio, había algo en el modo en que aquellos tres se hallaban situados en relación unos con otros que le causó cierta sensación de alarma. Las circunstancias los habían juntado, y la conveniencia poco tenía de amistad. No obstante, era algo más que eso.

El suelo, inmóvil bajo sus pies, le provocó una sensación de mareo. Cuando la mirada de Kulp recaló en el sacerdote

manco se sintió también muy aliviado, de modo que no hubo ironía en la petición de ayuda que formuló.

El antiguo sacerdote respondió con una risa ronca.

—Traedles agua —pidió a Gesler el mago. El cabo apartó con dificultad la mirada de Heboric, asintió y giró sobre sus talones. Verdad había desembarcado para inspeccionar el casco del Ripath en busca de vías de agua, mientras Tormenta se sentaba a horcajadas en la proa, con la ballesta en el regazo. El cabo pidió a voces uno de los barriles de agua del barco, y Verdad subió de nuevo a bordo para cumplir la orden.

—¿Dónde está Duiker? —preguntó Heboric.

—No estoy seguro —respondió Kulp, ceñudo—. Nos separamos en una población que hay al norte de Hissar. El Apocalipsis...

—Lo sabemos. Dosin Pali ardió en llamas la noche que nos fugamos del pozo.

—Si, bueno... —Kulp observó atentamente a los otros dos. El hombretón al que le faltaba una oreja respondió con tibieza a su mirada. A pesar de los estragos de la depravación que eran evidentes en su presencia, había cierta dosis de autocontrol que hizo sentirse incómodo al mago. Obviamente, no era el matón portuario por el que en un principio le había tomado.

La joven no era menos perturbadora, aunque de un modo que Kulp era incapaz de definir. Lanzó un suspiro. *Ya te preocuparás después de eso. Ya te preocuparás de todo después.*

Llegó Verdad con un barrilete de agua, seguido por Gesler.

Los tres fugados se reunieron con el joven infante de marina mientras abría el barrilete y levantaba la taza de estaño atada a este, taza en la que vertió el agua.

—Lentamente —recomendó Kulp—. Sorbos, no tragos.

El mago recurrió a la senda mientras los tres bebían. La senda se mostró escurridiza, esquiva, pero pudo hacerse con el control de ella y absorber el poder necesario para refrescar sus sentidos. Cuando volvió a mirar a Heboric, a punto estuvo de lanzar un grito de sorpresa. Los tatuajes del antiguo sacerdote tenían vida propia: las olas de poder discurrían por su piel y proyectaban un muro de protección en el muñón izquierdo. La fantasmagórica mano tendida al interior de una senda se veía crispada como si aferrara una correa. Un poder totalmente distinto latía alrededor del muñón derecho, discurría con venas de verde y rojo otataralita, como si dos serpientes se enroscaran en una lucha a muerte. El efecto aturdidor surgía única y exclusivamente de las bandas verdes, irradiaban lo que parecía ser una voluntad consciente. Que fuera lo bastante poderosa como para rechazar los efectos de la otataralita era, de por sí, asombroso.

Los sanadores de Denul a menudo se referían a las enfermedades como a una batalla. La carne era el campo de batalla, cuya geografía les permitía observar su senda. Kulp se preguntó si no se hallaría ante algo similar. *Pero no una enfermedad. Una lucha entre sendas, la de Fener, conectada a la mano fantasmagórica, y la otra enraizada por la otataralita, ambas en lid, una senda que no puedo reconocer, una fuerza que escapa a cualquiera de mis sentidos.* Pestañeó. Heboric le estaba observando fijamente, con la promesa de una sonrisa en los labios.

—En el nombre del Embozado, ¿qué te ha sucedido? —preguntó Kulp.

El antiguo sacerdote se encogió de hombros.

—Ya me gustaría saberlo.

Los tres infantes de marina se acercaron a Heboric.

—Soy Gesler —se presentó el cabo con cierta deferencia —. Somos los únicos supervivientes del culto del Jabalí.

De pronto se borró la sonrisa de los labios de Heboric.

—Pues tres se me antojan demasiados. —Les dio la espalda y se alejó en busca de las mochilas.

Gesler no apartó la mirada inexpresiva de él.

Ese hombre se recupera muy rápidamente. El joven Verdad había ahogado una exclamación ante las duras palabras del hombre al que había tomado por sacerdote de su dios. Kulp vio temblar los cimientos de las ruinas que se ocultaban tras los ojos azul claro del muchacho. Tormenta reveló las nubes oscuras que probablemente le habían dado el nombre, aunque apoyó la mano en el hombro de Verdad antes de encarar al hombretón que tenía una sola oreja.

—No dejas de pasear la mano sobre esos cuchillos ocultos que llevas y me estoy poniendo nervioso —gruñó al cambiar de posición la ballesta.

—Es Baudin —presentó la joven—. Asesina a los demás. Ancianas, rivales. Tú se lo pides y él acaba con su sangre en las manos. ¿No es cierto, Baudin? —Sin aguardar una respuesta, continuó diciendo—: Yo soy Felisin, de la Casa Paran. La última de la familia. Pero no dejéis que eso os llame a engaño.

Y no dio más explicaciones.

Heboric regresó con una mochila colgada de cada uno de los brazos. Las colocó en el suelo y se acercó a Kulp.

—No estamos en condiciones de ayudaros, pero después de cruzar ese maldito desierto pensar en que podemos morir ahogados... Digamos que no es una idea que se nos antoje muy atractiva. —Observó el violento oleaje—. ¿Qué hay ahí fuera?

—Imagínate a un crío que sostiene la correa de un mastín de Sombra. El crío es un mago, y el mastín es su

senda. Demasiado tiempo en las minas hasta que logró escapar, eso supongo. Necesitamos descansar un poco antes de meternos de nuevo en esa tormenta.

—¿Cómo están de mal las cosas en el continente?

—No lo sabemos —respondió Kulp—. Vimos Hissar en llamas. Duiker marchó a reunirse con Coltaine y el Séptimo. Ese anciano tiene una veta optimista que acabará por postrarlo en su lecho de muerte. Diría que quiere escribir la historia del Séptimo, y la de Coltaine y sus wickanos.

—Ah, ese Coltaine. Cuando me encadenaron en la base del dique, tras el palacio de Laseen, esperaba en parte tenerlo de compañero. Sabe el Embozado que ahí abajo éramos unos cuantos. —Al cabo, sacudió la cabeza—. Coltaine sigue con vida, mago. No es fácil acabar con alguien como él.

—Si eso es cierto, entonces tengo la obligación de reunirme con él.

Heboric asintió.

—Fue excomulgado —dijo en voz alta Felisin.

Ambos se volvieron a Gesler, que encaraba a la joven.

—Es más —continuó ella—, este hombre es el daño de su propio dios. Del vuestro, según creo. Cuidado con los sacerdotes descastados. Tendréis que dirigir vuestras plegarias a Fener, muchachos, y os recomiendo que lo hagáis. Y mucho.

El antiguo sacerdote se volvió de nuevo a Kulp con un suspiro.

—Has abierto la senda para mirarme. ¿Qué es lo que has visto?

Kulp, ceñudo, respondió:

—Vi a un niño que arrastraba a un mastín tan grande como una condenada montaña. Tiraba de él con una mano.

—¿Y con la otra? —preguntó Heboric, tensa la expresión.

—Lo siento —respondió Kulp—, para eso no tengo una respuesta fácil.

—Yo lo soltaría...

—Si pudieras.

Heboric asintió.

—Si Gesler se diera cuenta de... —empezó a decir Kulp, en voz baja.

—Me haría trizas.

—Del todo.

—Daré por sentado que nos hemos entendido —dijo Heboric con una sonrisa.

—En realidad, no, pero por ahora lo dejaré correr.

El antiguo sacerdote lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Dime, Heboric, ¿escogiste a tus acompañantes? —preguntó Kulp, fija la mirada en Baudin y Felisin.

—Sí, así fue. Más o menos. Cuesta creerlo, ¿verdad?

—Camina conmigo por la playa —dijo el mago, que emprendió el paso, seguido por el hombre tatuado—. Háblame de ellos —le pidió cuando se hubieron alejado un poco.

—Tienes que aceptar ciertos compromisos para seguir con vida en las minas —explicó Heboric tras encogerse de hombros—. Aquello que uno cree valioso, otro es el primero en ofrecerlo. Barato. En fin, eso es lo que son ahora. Lo que fueron antes... —Se encogió de nuevo de hombros.

—¿Confías en ellos?

Heboric torció la sonrisa.

—¿Acaso confías tú en mí, Kulp? Lo sé, es demasiado pronto para responder a eso. No es fácil tu pregunta. Confío en que Baudin colaborará con nosotros mientras redunde en su interés.

—¿Y en la muchacha?

El anciano tardó en responder.

—No.

No es lo que esperaba. Esta debía de ser la parte más fácil.

—Muy bien —dijo.

—¿Y qué me dices de tus compañeros? ¿De esos insensatos con su estúpido culto?

—Duras palabras para un sacerdote de Fener...

—Un sacerdote excomulgado. La muchacha decía la verdad. Mi alma solo me pertenece a mí, y no a Fener. Yo la recuperé.

—No sabía que fuera posible hacer tal cosa.

—Quizás no lo sea. Por favor, no puedo caminar más, mago. Nuestro viaje ha sido muy... duro.

No eres el único, anciano.

No cruzaron más palabras al volver con los demás. A pesar de lo caótica que había resultado la travesía, Kulp había confiado que aquella sería la parte sencilla del plan. Arribarían a la costa. Encontrarían esperando al amigo de Duiker... o no. Había superado sus dudas cuando el historiador se acercó por primera vez para hacerle partícipe de que necesitaba su ayuda. *Idiota*. En fin, los sacaría de aquella maldita isla, los dejaría en tierra firme, y ahí acabaría todo. Era lo que le habían pedido que hiciera.

Con el sol en lo alto, la tormenta de hechicería que sacudía el mar se retiraba de la costa, negra como la pez, en dirección al centro del estrecho.

Habían llevado comida del Ripath. Heboric se unió a sus dos acompañantes en un silencioso y tenso ágape. Kulp se acercó al lugar donde permanecía sentado Gesler, observando a sus dos soldados somnolientos, los tres tras un toldo improvisado por un pedazo de lona colocado sobre cuatro palos.

El cabo torció el gesto cubierto de cicatrices para dar forma a una sonrisa irónica.

—Menudo sentido del humor tiene Fener —dijo.

—Me alegra que te lo tomes así. —Kulp se sentó junto al cabo.

—El sentido del humor del dios Jabalí no es de los que hacen mucha gracia que digamos, mago. Es extraño, eso sí, y hubiera jurado que el dios del Verano estaba... aquí. Como un cuervo posado en el hombro de ese sacerdote.

—¿Habías sentido antes el toque de Fener, Gesler?

El hombre sacudió la cabeza.

—Los dones nunca miran en mi dirección. Jamás lo hicieron. Solo fue una sensación que tuve, eso fue todo.

—¿Y sigues teniéndola?

—No lo creo. No lo sé. No importa.

—¿Cómo anda Verdad?

—No lo ha encajado bien. Encontrar a un sacerdote de Fener que le da la espalda y nos repudia a todos... Pero se recuperará. Tormenta y yo cuidaremos de él. Ahora es tu turno de responder a algunas preguntas. ¿Cómo vamos a regresar al continente? Ese condenado mago sigue ahí fuera, ¿verdad?

—El sacerdote cuidará de que superemos ese obstáculo.

—¿Cómo?

—Es largo de explicar, cabo, y ahora solo me apetece dormir. Yo haré la próxima guardia. —Se levantó, decidido a procurarse una sombra que le perteneciera.



Despierta, con los brazos alrededor del cuerpo, Felisin observó al mago improvisar una sombrilla y tumbarse a dormir. Se volvió a los infantes de marina con una sensación de alegre desprecio. *Seguidores de Fener, es para reírse. El dios Jabalí no tiene nada entre las orejas. Eh, estúpidos, Fener anda por aquí, en alguna parte, oculto en el reino de los mortales. Podría convertirse en presa de cualquier cazador armado de una lanza afilada. Vimos su pezuña. Podéis dar las gracias a ese anciano por ello. Agradecédselo como gustéis.*

Baudin había ido al agua a bañarse. Volvió en ese momento, con la barba chorreando agua.

—¿Tienes miedo, Baudin? —preguntó Felisin—. Mira a ese soldado de ahí, al que está despierto. Demasiado duro para ti, de lejos. Y ese, el de la ballesta... No tardó demasiado en calarte, ¿verdad? Hombres duros, más duros que tú.

—¿Cómo? —replicó Baudin—, ¿ya te los has follado?

—Me utilizaste...

—¿Y qué, moza? Ser utilizada es para ti una constante.

—¡El Embozado te lleve, cabrón!

Baudin, de pie ante ella, soltó una risotada ronca.

—No vas a arrastrarme, moza. Abandonamos la isla. Hemos sobrevivido. Nada de lo que puedas decir cambiará mi humor. Nada.

—¿A qué corresponde ese espolón, Baudin?

El rostro de él se cubrió de una máscara inexpresiva.

—Ya sabes, el que llevas oculto, guardado junto a tus ganzúas.

El hombretón pasó fugazmente la mirada sobre ella. Felisin se volvió a Heboric, que se hallaba a unos pasos de

distancia.

—¿He oído bien? —preguntó este, sin despegar la mirada de la espalda de Baudin.

El hombre que tenía una sola oreja no respondió.

Felisin reparó en el sentimiento de comprensión que cruzó por el rostro de Heboric; luego, la miró a ella y, después, encaró de nuevo a Baudin. Al cabo, sonrió.

—Bien hecho —dijo—. Hasta ahora.

—¿De veras lo crees? —preguntó Baudin, antes de alejarse.

—¿Qué está pasando aquí, Heboric? —preguntó Felisin.

—Tendrías que haber prestado más atención a tus tutores de historia, moza.

—Explicate.

—Ni el Embozado podría obligarme a ello. —Y se alejó.

Felisin giró sobre sus talones para encarar el estrecho, envuelta con más fuerza por sus propios brazos. *Estamos vivos. De nuevo puedo plantearme ser paciente. Puedo aguardar el momento.* El continente bullía en rebelión contra el Imperio de Malaz. Ese hecho la complacía. Quizás la marea de la guerra se llevara todo consigo: al Imperio, a la emperatriz... y a la consejera. Sin el Imperio malazano, volverían a vivir en paz. *Punto y final a la represión, punto y final a la amenaza de verme frenada en la venganza. El día que sueltes a tus guardaespaldas, Tavore, hermana, apareceré. Lo juro por todos los dioses y los señores demonio que hayan existido.* Entretanto, tendría que utilizar a quienes la rodeaban, tendría que ponerlos de su lado. Baudin y Heboric eran una causa perdida; era demasiado tarde para hacerse con ellos. Pero los demás. El mago, los soldados...

Felisin se levantó.

El cabo la vio acercarse con mirada somnolienta.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con una mujer? —le preguntó Felisin.

Sin embargo, no fue Gesler quien respondió. La voz del de la ballesta, Tormenta, surgió de las sombras que proyectaba el toldo.

—Hará un año y un día, la noche que me vestí como una furcia kanesiana y tuve engañado a Gesler durante horas. Ten en cuenta que estaba como una cuba, el pobre. Claro que también yo lo estaba, para el caso.

El cabo lanzó un gruñido.

—Así es la vida del soldado. No hay cabida para andarse con remilgos...

—Demasiado borracho para que le importara —concluyó el de la ballesta.

—Ahí lo tienes, Tormenta. —La mirada turbia de Gesler recaló en Felisin—. Ve con tus jueguecitos a otra parte, moza. No te ofendas, pero llevamos demasiada guerra a cuestas como para no reconocer el rumor de las cadenas que ocultan según qué promesas. De cualquier modo, no podrás comprar lo que no está en venta.

—Os hablé de Heboric —dijo ella—. Y no tenía por qué hacerlo.

—¿Oyes eso, Tormenta? Aquí la joven se apiadó de nosotros.

—Te traicionará. De hecho, os desprecia.

El muchacho al que llamaban Verdad se levantó al oír eso.

—Vete —dijo Gesler—. Mis hombres intentan dormir un poco.

Felisin cruzó la mirada con los ojos sorprendentemente azules de Verdad, y no reconoció en ellos nada más aparte de una profunda inocencia. Le lanzó un beso, y sonrió al ver que el rubor cubría su rostro.

—Cuidado con esas orejas o se prenderán —le dijo.

—Por el aliento del Embozado —masculló Tormenta—. Adelante, muchacho. La moza está que arde. Dale lo que se merece.

—Ni hablar —dijo ella al volverse—. Yo solo me acuesto con hombres.

—Con insensatos, querrás decir —puntualizó Gesler, picado el tono.

Felisin se acercó a la playa y se adentró en el mar hasta que el agua le llegó a la altura de las rodillas. Observó con atención al Ripath. El casco mostraba diversas quemaduras, negras, distribuidas de forma aleatoria. El pasamanos del castillo de proa relucía como si la tablazón estuviera remachada de cuarzo. Los cabos se veían deshilachados, cuando no cortados.

El reflejo del sol sobre el agua era cegador. Cerró los ojos, dejó que la mente vagara hasta que no sintió nada, a excepción de la caricia del agua tibia en las piernas. Sentía un cansancio que iba más allá del terreno físico. Parecía incapaz de dejar de arremeter contra todo ser vivo, y todos los rostros cuyas miradas volvía hacia ella se convertían en espejos.

Tiene que haber un modo de ver reflejado algo aparte del odio y el desprecio. No, no un modo. Sino una razón.

—Espero que la otataralita que ha enraizado en ti sea suficiente para rechazar a ese mago enloquecido —explicó Kulp—. De otro modo, será el viaje más largo de nuestras vidas.

Verdad había encendido una linterna y permanecía acucillado en el castillo de proa, esperando a que la nave pusiera proa lejos del arrecife. La luz amarillenta proyectó destellos sobre los tatuajes de Heboric cuando este torció el gesto en respuesta a las palabras de Kulp.

Gesler se hallaba inclinado sobre la caña del timón. Al igual que los demás, observaba al antiguo sacerdote con la esperanza de que este demostrara poseer algo de esperanza.

La tormenta hechicera descargaba sobre el arrecife; los enajenados relámpagos iluminaban la noche, revelando oscuras nubes sobre la espumosa superficie del mar.

—Si tú lo dices —habló finalmente Heboric.

—No sé si con eso me basta...

—Pues es cuanto puedo ofrecerte —replicó el anciano. Levantó un muñón, que puso ante las narices de Kulp—. ¡Tú crees ver aquello que ni siquiera yo soy capaz de sentir, mago!

El mago se volvió a Gesler.

—¿Y bien, cabo?

—¿Tenemos alguna otra opción? —preguntó el soldado tras encogerse de hombros.

—No es tan sencillo —respondió Kulp, que hizo un esfuerzo por mantener la calma—. Con Heboric a bordo ni siquiera sé si podré acceder a mi senda. Tiene algunas infecciones que no querría que se extendieran. Sin la senda, no puedo rechazar esa hechicería. Lo que significa que...

—Nos convertiremos en un pincho de carne asada —interrumpió Gesler, asintiendo—. ¡Con alma ahí, Verdad! ¡Largamos amarras!

—Tienes una fe desmedida, cabo —dijo Heboric.

—Sabía que dirías eso. Y ahora que todo el mundo se aparte, que el muchacho, Tormenta y yo tenemos cosas que hacer.

Aunque permanecía sentado a un brazo de distancia del anciano tatuado, Kulp percibió su propia senda. La sentía preparada, casi impaciente por desatarse. El mago estaba

asustado. Meanas era una senda remota, y todos los compañeros practicantes que había conocido la describían de igual modo: una fría, distante y divertida inteligencia. El juego de las ilusiones se practicaba con luz, oscuridad, textura y sombra, cacareando la victoria cuando lograba engañar al ojo; no obstante, incluso en el triunfo había una satisfacción cínica y desapasionada. Acceder a la senda traía de la mano la sensación de estar interrumpiendo a un poder ocupado en otros asuntos. Como si dar forma a una fracción de dicho poder fuera una distracción que apenas mereciera el menor reconocimiento.

Kulp no confiaba en la peculiar atención de su senda. Esta quería que tomara partido en el juego. Sabía que estaba cayendo en la trampa de considerar a Meanas una entidad, un dios sin rostro, donde el acceso suponía rendirle culto, y el éxito una recompensa de fe. Las sendas no actuaban así. Un mago no era un sacerdote, y la magia no era una muestra de intervención divina. La hechicería podía servir de escalera a la ascensión, de medio para obtener un fin, pero no tenía ningún sentido rendir culto al medio.

Tormenta había largado una diminuta vela cuadrada que bastó para ganar cierto control sin arriesgar la integridad del debilitado palo. El Ripath se deslizó empujado por el suave terral. Verdad se encontraba en el bauprés, atento a los rompientes que había a proa. La obertura que habían franqueado antes de fondear resultaba muy difícil de encontrar. Gesler dio las voces pertinentes y ordenó meter la caña de modo que la nave anduviese paralela a los arrecifes.

Kulp se volvió a Heboric. El antiguo sacerdote permanecía sentado con el hombro izquierdo apoyado en el palo, escudriñando la oscuridad con ojos entornados. El

mago ansiaba abrir la senda, observar las espectrales manos del anciano, calibrar la serpiente de otataralita, pero se contuvo, suspicaz ante la curiosidad que sentía.

—¡Ahí! —voceó Verdad, señalando a proa.

—¡La veo! —respondió Gesler—. ¡Atento a la caña, Tormenta!

El Ripath viró cuatro cuartas, proa a los rompientes... y a una obertura que Kulp apenas fue capaz de distinguir. Refrescó el viento y la vela se llenó.

Más allá, las enormes nubes se retorcieron, creando una especie de embudo a la inversa. La luz que proyectaba el relámpago sobre el oleaje le dio forma. El Ripath se deslizó por el arrecife, aproado al vórtice.

Kulp ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Se abrió la senda, que trabó combate de inmediato con un poder demoníaco. Lanzas de agua cayeron del cielo e hicieron trizas la lona en apenas dos latidos de corazón. Alcanzaron la cubierta como viroles y atravesaron la tablonería. Kulp vio que una alcanzaba el muslo de Tormenta, a quien clavó, entre gritos, en la cubierta. Otras fueron a parar a la espalda de Heboric, que se había arrojado sobre la muchacha, Felisin, para protegerla de la lluvia de lanzas. Sus tatuajes se encendieron ígneos hasta adquirir la tonalidad del oro deslucido.

Baudin se había arrojado al castillo de proa e inclinado sobre la regala con un brazo extendido al mar. A Verdad no se le veía por ninguna parte.

Las lanzas desaparecieron. Cabeceando como si coronara una solitaria y enorme ola, el Ripath hizo avance, la popa levantada. El cielo, entretanto, despedía destellos de poder. Kulp abrió los ojos desmesuradamente al verlo. Una figura diminuta cabalgaba la tormenta; sacudía los brazos a un lado y otro, y los jirones de la capa batían a su

alrededor como un ala andrajosa. La hechicería sacudió aquella figura como si de una muñeca de trapo se tratara. Una explosión de sangre siguió al momento en que una ola engulló a la indefensa criatura. Cuando la ola cedió, la figura siguió su estela balanceándose y girando sobre sí, dejando a su paso rastros de sangre que dibujaban la forma de una red de pesca.

A esto siguió la caída.

Gesler pasó junto a Kulp.

—¡A los remos! —aulló para imponer su voz al rugido del viento.

El mago echó a correr a popa. *¿Bogar? ¿Bogar adónde?* Estaba seguro de que no era el agua lo que los llevaba. Se habían arrojado a la senda de un loco. Crispó las manos sobre el remo y sintió que su propia senda fluía por la madera para hacerse con el control. El cabeceo disminuyó, pero Kulp no tuvo tiempo de formularse muchas cuestiones. La sorpresa, el espanto más bien, exigía de toda su atención.

Gesler se dirigió como pudo a proa para aferrar a Baudin de los tobillos, en el preciso instante en que estaba a punto de caer por la borda. Al tirar de él descubrió qué aferraba Baudin a su vez. Era Verdad, cuyo cinturón había alcanzado el hombretón en el último instante. Baudin tenía la mano cubierta de sangre, pálido el rostro de puro dolor.

La ola invisible que había bajo ellos sufrió un bajón. El Ripath fue a parar a una repentina calma. Al silencio.

Heboric echó a correr hacia Tormenta. El infante de marina yacía inmóvil en cubierta; la sangre manaba con generosidad de la herida del muslo. Mientras Kulp lo observaba, el flujo fue perdiendo fuerza.

Heboric hizo lo único que podía hacer, o eso pensaría Kulp más tarde, al recordarlo. En ese instante, sin embargo,

el mago lanzó una voz de advertencia, mas fue demasiado tarde: Heboric había hundido la fantasmagórica mano en la herida.

Tormenta sufrió un fuerte espasmo al que siguió de inmediato un grito de dolor. Los tatuajes fluyeron de la muñeca de Heboric para extender un entramado luminoso sobre el muslo del soldado.

Cuando el anciano apartó la mano, la herida se cerró y los tatuajes se fundieron como puntos de sutura. Heboric retrocedió espantado, abiertos los ojos de forma desmesurada.

Un suspiro escapó de labios de Tormenta. Tembloroso, pálido como la cera, se sentó. Kulp había visto fluir del brazo de Heboric a Tormenta algo que iba más allá de la curación. Fuera lo que fuese, era virulento y estaba teñido de locura. *Ya te preocuparás por ello más tarde. Después de todo, el tipo sigue vivo, ¿o no?* La atención del mago recaló en el lugar donde Gesler y Baudin se arrodillaban sobre Verdad, que yacía inmóvil. El cabo había vuelto al muchacho bocabajo y, con ambas manos apoyadas en la espalda, daba empujones rítmicos para expulsar el agua de los pulmones de Verdad. Al poco, el muchacho rompió a toser.

El Ripath tumbaba de costado. El cielo gris colgaba en lo alto, despidiendo una débil luz plomiza. Había calma chicha, el único sonido que provenía del agua era el que hacía al embarcar en la sentina del barco.

Gesler ayudó a Verdad a sentarse. Baudin, que seguía de rodillas, crispó la mano derecha en el regazo. Kulp vio que todos los dedos se habían desencajado, la piel se había desgarrado y estaba cubierta de sangre.

—Heboric —susurró el mago.

El anciano volvió la cabeza. Tomaba aire en rápidas bocanadas.

—Atiende a Baudin con ese toque curativo —dijo Kulp en voz baja. *No pensaremos en lo que pueda resultar de ello*—. Si puedes...

—No —gruñó Baudin, fija la mirada en Heboric—. No quiero que tu dios me toque, viejo.

—Es necesario encajar esas articulaciones —advirtió Kulp.

—Gesler lo hará. A lo bruto.

El cabo levantó la mirada, asintió y se puso a ello.

—¿Dónde estamos? —preguntó Felisin.

—No estoy seguro —respondió Kulp con un encogimiento de hombros—. Lo que sí sé es que nos estamos hundiendo.

—Tiene varias vías de agua —comentó Tormenta—. Cuatro; cinco, quizás. —El soldado observó ceñudo los tatuajes que cubrían su muslo.

La joven se puso en pie con cierta dificultad y extendió la mano al palo carbonizado. El ángulo al que tumbaba el barco se hizo más pronunciado.

—Podría tumbar del todo —advirtió Tormenta sin dejar de observar sus tatuajes—. Y podría hacerlo en cualquier momento.

La senda de Kulp remitió. Cayó al suelo exhausto. No duraría mucho en el agua, comprendió.

Baudin lanzó un gruñido cuando Gesler devolvió el dedo índice a la posición que le correspondía.

—Ata entre sí algunos toneles, Tormenta —ordenó el cabo cuando se disponía a hacer lo propio con el siguiente dedo—. Si puedes andar, claro. Reparte el agua potable entre ellos. Felisin, ve por las provisiones de emergencia, o sea, el baúl que encontrarás junto a mí, en el castillo de

proa. Coge todo lo que encuentres dentro. —Baudin gimió cuando el cabo encajó de nuevo el dedo en la articulación—. Verdad, ¿podrías reunir algunas vendas?

El muchacho había dejado de expulsar agua instantes antes; se puso lentamente a cuatro patas y se arrastró a popa.

Kulp se volvió a Felisin. Esta no se había movido un ápice en respuesta a las órdenes de Gesler, y parecía estar escogiendo las palabras que iba a pronunciar.

—Vamos, moza —le dijo Kulp al levantarse—. Te echaré una mano.

Los temores de Tormenta no se vieron confirmados. Al asentarse el Ripath, la bodega dejó de tragar agua. Esta había llenado la sentina y su peso había adrizado la embarcación hasta la escotilla, agua densa como una sopa azul clara.

—Por el aliento del Embozado —dijo Tormenta—, nos hundimos en leche de cabra.

—Con aliño de salmuera —añadió Gesler, que terminó con los dedos de Baudin. Verdad le entregó las vendas.

—No tenemos que ir muy lejos —dijo Felisin, vuelta a estribor. Al reunirse con ella, Kulp vio qué era lo que estaba mirando. Un enorme barco yacía inmóvil en el agua, a menos de cincuenta brazos de distancia. Tenía dos hileras de remos, que colgaban inertes por el costado. Vio un solitario timón y tres palos machos; aparejo de vela cuadrada, largadas la mayor y el trinquete. Del palo de mesana colgaban los restos de una vela de cuchillo, una vela cangreja. No había ni rastro de vida.

Baudin, cuya mano derecha lucía un vendaje, se acercó a ellos.

—Es un dromon de Quon. Anterior al Imperio.

—Entiendes de barcos —dijo Gesler, que miró al hombretón con los ojos entornados.

—Estuve en prisión, trabajos forzados, barrenando la flota de la República en el puerto de Quon. Eso fue hace veinte años. Dassem los había empleado para adiestrar a sus infantes de marina.

—Lo sé —dijo Gesler, cuyo tono reveló que poseía un conocimiento de primera mano de los hechos.

—Joven para estar en prisión —comentó Tormenta, inclinado sobre los toneles de agua—. ¿Qué tenías? ¿Diez? ¿Quince años?

—Por ahí —respondió Baudin—. Y qué me llevó allí no es asunto tuyo, soldado.

Se produjo un largo silencio.

—Tormenta, ¿has terminado?

—Sí, ya está.

—Muy bien, veamos. Echaremos los toneles al agua, antes de que a la dama le dé por irse al fondo. Nada ganaremos si nos quedamos aquí para que nos arrastre.

—No me seduce la idea —confesó Tormenta, observando el dromon—. Ese barco parece salido de una de las historias que cuentan a medianoche en los muelles. Podría ser el heraldo del Embozado, podría estar maldito, su dotación podría haber muerto a causa de una plaga...

—Podría ser el único suelo firme que encontremos —interrumpió Gesler—. Por lo demás, piensa en las historias que podrías contar en la próxima taberna, Tormenta. Lograrás que se meen en los pantalones, antes de que salgan corriendo al templo más cercano, a rezar. Podrías incluso sacar provecho de ello.

—Se me ocurre que es posible que no tengas cerebro suficiente para tener miedo de nada...

El cabo sonrió.

—Venga, todos al agua. Por lo que he oído, las mujeres de la nobleza pagaban oro por darse un baño como el que nos espera. ¿Me equivoco, muchacha?

Felisin no se dio por aludida.

Kulp sacudió la cabeza.

—Te veo encantado de seguir con vida.

—Así es.

El agua estaba fría, brillante y densa, no resultaba fácil nadar en ella. El Ripath se hundió un poco más tras ellos, tumbado de nuevo de costado, inundada ya la cubierta. Entonces, el palo se inclinó a un lado y, tras una pausa, se deslizó al fondo. En cuestión de latidos de corazón, el barco desapareció bajo la superficie.

Media hora después habían alcanzado el dromon, jadeando de puro cansancio. Verdad fue el único capaz de subir a bordo por uno de los remos. Al poco, asomó por la regala, a la altura del castillo de popa, y arrojó al agua una escalerilla de cabo.

Costó lo suyo, pero un rato después todos habían logrado subir a bordo. Gesler y Tormenta fueron quienes se encargaron de tirar del baúl con las provisiones y los barriles de agua.

Desde el elevado castillo de popa, Kulp observó toda la cubierta del barco. Lo habían abandonado a toda prisa. Las adujas de cabo y los suministros envueltos en piel de foca yacían desparramados por doquier, junto a piezas diversas de armadura, espadas y cinturones. Un polvo denso, blanco y graso lo cubría todo.

Los demás se reunieron con él y observaron también la cubierta en silencio.

—¿Alguno de vosotros ha visto si había un nombre en el casco? —preguntó, al poco, Gesler—. Lo he mirado, pero...

—Silanda —respondió Baudin.

Tormenta lanzó un gruñido.

—Por las tetillas de Togg, hombre, no había ningún nom...

—No necesito ver ningún nombre para reconocerlo —dijo Baudin—. Ese cargamento de ahí procede de Deriva Avalii. El Silanda era la única embarcación con patente para comerciar con los tiste andii. Hacía la travesía a la isla cuando las fuerzas del emperador asaltaron Quon. Nunca regresó.

El silencio siguió a sus palabras.

Este silencio se vio quebrado por la risilla de Felisin.

—Baudin el matón. Si ahora resultará que los condenados a trabajos forzados también trabajasteis de bibliotecarios.

—¿Alguien más se ha fijado en la línea de flotación? —preguntó Gesler—. Este barco no se ha movido en años. —Lanzó una última mirada penetrante a Baudin, y luego descendió a la cubierta principal—. Podría tratarse perfectamente de una pila de rocas cubiertas de guano —comentó al detenerse ante uno de los hatillos envueltos en piel de foca. Se agachó para desenvolverlo. Un instantes después, lanzó una maldición y retrocedió. Del hatillo cayó rodando una cabeza. Rodó por cubierta hasta dar con la escotilla de la bodega.

Kulp pasó junto a un inmóvil Heboric, descendió a la cubierta principal y se acercó a la cabeza. Inmediatamente recurrió a la senda, pero se contuvo.

—¿Qué ves? —preguntó el antiguo sacerdote.

—Nada que me agrade —respondió el mago. Se acercó un poco más, acucillado—. Tiste andii. —Se volvió a Gesler—. Lo que voy a sugerir puede que no resulte demasiado placentero, pero...

El cabo, pálido, asintió.

—Tormenta —llamó al volverse al siguiente hatillo—. Échame una mano, anda.

—¿Para?

—Para contar cuántas cabezas hay.

—¡Fener me salve! Gesler...

—Tienes que implicarte un poco para poder contar una historia como esta. Requiere práctica, así que ven aquí y ensúciate un poco las manos, soldado.

Había docenas de hatillos. Cada uno contenía una cabeza limpiamente separada del tronco. La mayoría correspondía a tiste andii, pero también había cabezas humanas. Gesler empezó a apilarlas formando una macabra pirámide alrededor del palo mayor. El cabo se había recuperado de la impresión inicial con gran rapidez; obviamente, había visto lo suyo sirviendo como infante de marina del Imperio. Tormenta se mostró casi tan rápido a la hora de hacer a un lado los prejuicios, aunque un temor supersticioso no tardó en reemplazarlos. Trabajó con suma rapidez, y muy pronto lograron colocar todas las cabezas en la pirámide.

Kulp volvió la atención a la escotilla que conducía a la cubierta de los remeros. Una leve aura de hechicería surgía de ese lugar, visible a sus sentidos impregnados de la senda como ondas que sacudieran la quietud del aire. Titubeó largo rato antes de acercarse.

Aparte del mago, de Gesler y de Tormenta, los demás permanecieron en el castillo de popa, observando cuanto hacían con cierto estupor.

El cabo se reunió con Kulp.

—¿Preparado para echar un vistazo ahí abajo?

—En absoluto.

—Ve tú delante, pues —dijo Gesler con una sonrisa tensa, al tiempo que desenvainaba la espada.

Kulp contempló el acero de arriba abajo.

—Sí, lo sé —dijo el cabo, encogiéndose de hombros.

Mascullando algo ininteligible, el mago se dirigió a la escotilla. La falta de luz bajo cubierta no bastó para ocultar lo que veía. La hechicería lo impregnaba todo de una luz amarilla, temblorosa. Aferrado al pasamanos, el mago descendió por la escala, seguido de cerca por Gesler.

—¿Ves algo? —preguntó el cabo.

—Oh, sí.

—¿A qué diantre huele aquí?

—Si la paciencia oliera de algún modo, en ella tendrías tu respuesta —respondió Kulp. Invocó una onda de luz sobre el pasillo central, situado entre las hileras correspondientes a los bancos donde servían los remeros, la desplazó a los lados y la dejó finalmente inmóvil.

—Vaya —dijo Gesler con voz seca—, veo cierta lógica, ¿no crees?

A los remos se sentaban los cuerpos decapitados, tres por cada uno de ellos. Había más hatillos de piel de foca, repartidos allá donde había un hueco. Otro cadáver decapitado se sentaba al tambor, cadáver cuyas manos empuñaban sendas baquetas. Tenía un cuerpo enorme y musculoso. Ninguno de los cadáveres mostraba signo alguno de putrefacción. Hueso blanco y carne roja era cuanto asomaba a la altura del cuello.

No hablaron durante largo rato; finalmente, Gesler se aclaró la garganta, aunque de poco le sirvió, pues su voz surgió ronca.

—¿Paciencia, dijiste, Kulp?

—Ajá.

—Ah, en tal caso te he oído bien.

Kulp negó con la cabeza.

—Alguien tomó el barco, decapitó a todos a bordo... y luego los puso a trabajar.

—En ese orden.

—En ese orden.

—Y ¿cuánto hace de eso?

—Años, décadas. Nos encontramos en una senda, cabo. No hay modo de saber cómo se comporta el tiempo aquí.

Gesler asintió con un gruñido.

—¿Qué te parece si echamos un vistazo en la cabina del capitán? Puede que encontremos el cuaderno de bitácora.

—Y el pito para llamar al remo.

—Sí. Es más, si ocultamos al tamborilero, podría enviar a Tormenta a que ocupe su puesto y marque el ritmo.

—Retorcido humor el tuyo, Gesler.

—Sí. El caso es que Tormenta cuenta a todo el mundo las historias de mar más aburridas que pueda imaginarse, de modo que le haría un favor a la profesión si hago algo para añadirle emoción a la cosa.

—¿No hablarás en serio?

—No —admitió el cabo, tras lanzar un suspiro—. No empujaría a nadie a la locura, mago.

Volvieron a la cubierta principal. Los demás los observaban con atención.

—Lo que era de esperar, siempre y cuando estés loco de atar —respondió a sus miradas Gesler, al tiempo que se encogía de hombros.

—En tal caso, somos las personas adecuadas —dijo Felisin.

Kulp se dirigió a la escotilla de la cabina. El cabo envainó la espada y lo siguió. La escala de toldilla tenía tan solo dos peldaños que daban a una especie de cocina. Había una enorme mesa de madera en el centro. Frente a ambos había una segunda escotilla que conducía a un corredor

estrecho con cabinas a ambos lados. En el extremo, al fondo, la puerta de la cabina del capitán.

No había nadie en las cabinas, pero abundaban los equipajes que esperaban a unos propietarios que ya no los necesitaban.

La puerta de la cabina se abrió con un chirrido.

A pesar de cuanto habían visto hasta ese momento, el interior reveló una escena horripilante. Se toparon con cuatro cadáveres nada más entrar; tres de ellos, retorcidos de forma grotesca hasta adoptar posturas propias de una muerte súbita. No había indicios de putrefacción, ni sangre. Fuera lo que fuese lo que los había matado lo había hecho sin rozarles la piel. La excepción se hallaba sentada en la silla del capitán, en un extremo de la mesa de cartas, como si presidiera aquella macabra escena que se antojaba orquestada por el propio Embozado. Una lanza le atravesaba el pecho; la habían clavado en él hasta asomar la punta por la espalda, la silla y más allá. La sangre relucía ante el cadáver, formando un charco sobre su regazo. Aunque había dejado de fluir, mantenía un aspecto húmedo.

—¿Tiste andii? —preguntó Gesler mediante un susurro.

—Eso parece —respondió Kulp, también en voz baja—, aunque no del todo. —Entró en la cabina—. El tono de piel es gris, no negro. Tampoco tienen ese aire... refinado.

—Se dice de los tiste andii de Deriva Avalii que son bastante bárbaros, aunque no es que nadie que haya visitado su isla siga con vida.

—En todo caso, puede decirse que jamás regresaron —matizó Kulp—. No obstante, estos llevan pieles apenas curadas. Y mira su pedrería... —Los cuatro cadáveres estaban adornados con abalorios de hueso, garras, caninos de fieras y valvas bruñidas. No había ni rastro de la elegante pedrería propia de los tiste andii que Kulp había

tenido ocasión de ver en el pasado. Es más, los cuatro eran de pelo castaño, colgaba este suelto, sin coleta ni trenzas, hebroso y engrasado. El cabello tiste andii era o bien plateado o negro azabache.

—En el nombre del Embozado, ¿qué ven nuestros ojos?

—Creo que a los asesinos de los marineros quon y de los tiste andii —respondió Kulp—. Por lo visto pusieron proa a esta senda, puede que fuera por propia elección, puede que no. Al acceder a ella se toparon con algo aún más peligroso que ellos mismos.

—¿Crees que huyó el resto de la dotación?

—Si dispusieras de hechicería para controlar a cadáveres decapitados, ¿quién necesitaría de una tripulación mayor que la que hemos visto aquí?

—Tienen pinta de tiste andii —dijo el cabo, observando de cerca al hombre sentado a la silla.

—Deberíamos llamar a Heboric —dijo Kulp—. Puede que él haya leído algo que arroje un poco de luz sobre lo sucedido aquí.

—Espera aquí —dijo Gesler.

La tablonería del barco crujió bajo sus pies a medida que el resto de los miembros del grupo recorrieron la cubierta principal. Kulp oyó los pasos del cabo al subir por la escala de toldilla. El mago apoyó ambas manos en la mesa y estudió las cartas náuticas extendidas sobre la superficie. Había un mapa que mostraba una tierra que fue incapaz de reconocer: una costa sesgada de fiordos, salpicada de esquemáticos pinos inclinados. Tierra adentro la superficie era blanca, como de hielo o nieve. Habían trazado un rumbo, que partía en dirección este desde la costa, luego giraba al sur por el vasto océano. El Imperio de Malaz decía disponer de mapas del mundo, mapas que sin embargo no mostraban la tierra que aparecía dibujada ahí. De pronto, la

pretensión de dominio global del Imperio se le antojó patética.

Heboric entró en la cabina, pero Kulp no apartó la mirada de la carta.

—Échales un vistazo —convidó el mago.

El anciano pasó junto a Kulp y se inclinó para estudiar ceñudo el rostro del capitán. Los pómulos altos y las cuencas de los ojos rasgados parecían tiste andii, tanto como lo elevado de su estatura. Heboric extendió la mano para...

—Aguarda —gruñó Kulp—. Cuidado con lo que tocas. Y con el brazo que utilizas.

Heboric, exasperado, susurró una maldición y dejó caer el brazo. Al cabo de un instante, se envaró.

—Solo se me ocurre una cosa: tiste edur.

—¿Cómo?

—*La locura de Gothos*. Hay en esa obra una mención de tres pueblos tiste que llegaron procedentes de otro reino. Por supuesto, el único que conocemos es el tiste andii, y Gothos solo nombra a otro de los tres grupos, a los tiste edur. Piel gris, no negra. Hijos de la mal acogida unión de Madre Oscuridad y Luz.

—¿Mal acogida?

Heboric torció el gesto antes de responder.

—Los tiste andii la consideraban el envilecimiento de la auténtica Oscuridad, y la fuente de sus males ulteriores. Sea como fuere, *La locura de Gothos* es la única obra donde hallarás una mención al respecto. También es la más antigua.

—Gothos era jaghut, ¿me equivoco?

—Jaghut, sí, y el escritor más áspero y avinagrado que haya tenido la desgracia de leer. Dime, Kulp, ¿qué revela tu senda?

—Nada.

—¿Nada en absoluto? —preguntó Heboric al volverse hacia él con una expresión de sorpresa dibujada en el rostro.

—Así es.

—Parecen estar en estasis. La sangre sigue estando húmeda.

—Lo sé.

Heboric señaló al cuello del capitán.

—Ahí tienes el pito, siempre y cuando vayamos a emplear lo que hay bajo cubierta.

—O lo hacemos, o nos quedamos aquí hasta morirnos de hambre. —Kulp dio un paso hacia el cadáver del capitán. Un largo pito de hueso colgaba de una correa de cuero, junto al asta de la lanza—. No percibo nada en el pito de hueso. Puede que ni siquiera funcione.

—Voy a subir a disfrutar de lo que en cualquier otro lado podríamos llamar aire fresco —dijo Heboric—. Esa lanza es barghastiana, por cierto.

—Es condenadamente grande —comentó Kulp.

—Lo sé, pero aun así me parece barghastiana.

—Demasiado grande.

Heboric no replicó. Desapareció escala arriba. Kulp echó un vistazo a la lanza. *Demasiado grande*. Al poco, extendió la mano para sacar el pito del cuello del cadáver.

Al salir a la cubierta principal, el mago volvió a inspeccionar el pito. Lanzó un gruñido. En ese momento había cobrado el aliento de la hechicería. *El aliento de la otataralita en esa cabina. Entiendo que su magia no pudiera protegerlos*. Miró a su alrededor. Tormenta se había situado a proa, la omnisciente ballesta a la espalda. Baudin se hallaba cerca, con el brazo en cabestrillo. Felisin permanecía apoyada en el pasamanos, cerca del palo

mayor, cruzada de brazos, fría como el hielo a pesar de la pirámide de cabezas que tenía a los pies. No vio a Heboric por ninguna parte.

—Verdad está trepando al tope —le informó Gesler al acercarse—. ¿Tienes el pito?

—¿Has escogido ya el rumbo? —preguntó Kulp al arrojarle el pito.

—Verdad echará un vistazo desde lo alto, y entonces tomaremos una decisión.

El mago levantó la cabeza y entornó los ojos. El muchacho ascendía por los obenques con gran agilidad. Al cabo de cinco latidos de corazón, Verdad se encaramó al tope.

—¡Por la pezuña de Fener! —se oyó maldecir en lo alto, maldición que atrajo la atención de todos ellos.

—¡Verdad!

—¡Cubierta! ¡A tres cuartas a babor! ¡Una vela!

Gesler y Kulp echaron a correr al pasamanos de babor. Un borrón estropeaba la visibilidad del informe horizonte, tembloroso y sometido a la virulencia de los relámpagos.

—¡Ese mago, que el Embozado lo lleve, nos ha seguido! —exclamó Kulp.

—¡Tormenta! —voceó el cabo al girar sobre sus talones—. Comprueba qué queda de esas velas. —Sin permitirse una pausa, se llevó el pito a los labios y sopló con fuerza. El sonido estaba compuesto de un coro de voces, agudas y desentonadas. Petrificaba el ambiente, gemido de almas torturadas que transformaba el dolor en un sonido que se desvaneció al apartar Gesler el pito de la boca.

La madera produjo un golpe seco a ambos costados cuando aprestaron los remos. Heboric asomó por la escotilla de la bodega con los tatuajes brillantes como el

fósforo, los ojos abiertos desmesuradamente al volverse a Gesler:

—Ahí tienes a tu dotación, cabo.

—Despiertos —masculló Felisin, apartándose del palo mayor.

Kulp comprendió qué era lo que había visto ella. Las cabezas cortadas habían abierto los ojos, vueltos todos hacia Gesler, como empujadas por un macabro mecanismo invisible.

El cabo sufrió una sacudida, pero la superó.

—No me hubiera venido nada mal uno de estos cuando era sargento de instrucción —dijo con una sonrisa torcida.

—El tambor está listo ahí abajo —informó Heboric, que seguía atento a la cubierta de remos desde el lugar donde se encontraba.

—Mejor será que te olvides del aparejo —comentó Tormenta—. Está podrido.

—Gobierna tú el timón —ordenó Gesler—. Tres cuartas a babor. No podemos hacer más que superarlo en andadura. —Levantó de nuevo el pito y sopló una rápida secuencia de notas. El tambor empezó a tocar en consonancia. Los remos giraron, las palas se movieron de un lado a otro, y finalmente se hundieron en el agua para impulsar la nave.

El barco crujió al separarse de la capa de crustáceos que se había pegado al casco. El Silanda se puso en marcha y lentamente viró hasta poner la tormenta a popa. Los remos bogaron por el agua viscosa con implacable precisión.

Gesler se colgó el pito del cuello.

—Al emperador le hubiera encantado este viejo barco, ¿no crees, Kulp?

—Tu alegría resulta nauseabunda, cabo.

El otro soltó una risotada.

Los bancos de remos impulsaron al Silanda a buena velocidad. La cadencia del tambor era como la de un latido rápido. Reverberaba en los huesos de Kulp con una resonancia que grababa el dolor en sus nervios. No necesitaba bajar a la cubierta de remos para confirmar su visión de ese cuerpo decapitado, musculoso, que golpeaba las baquetas sobre la piel del tambor, el inquebrantable bogar de los remeros, el lacerante juego del Embozado, cuya hechicería podía respirarse en la quietud del ambiente. Buscó con la mirada a Gesler, a quien encontró de pie en el castillo de popa, junto a Tormenta. Eran hombres duros, más duros de lo que era capaz de entender. Habían hecho del humor negro del soldado un arte que era incapaz de comprender, fríos como la capa oculta al sol de un glaciar. *Macabra confianza en sí mismos... ¿o fatalismo? Nunca pensé que las cerdas de Fener pudieran ser tan negras.*

La tormenta del hechicero enajenado ganó terreno sobre ellos, con mayor lentitud que antes; no obstante, suponía una amenaza innegable. El mago se acercó a Heboric.

—¿Es esta la senda de tu dios?

—No es mi dios. Pero no es su senda —respondió ceñudo el antiguo sacerdote—. Sabe el Embozado en qué rincón del abismo nos hallamos, pero diría que no hay un modo sencillo de despertar de esta pesadilla.

—Hundiste la mano tocada por el dios en la herida de Tormenta.

—Sí. Fue cuestión de suerte. Pudo perfectamente haber sido la otra.

—¿Qué sentiste?

Heboric se encogió de hombros.

—Algo que pasaba por ella. Pero me imagino que eso ya lo suponías, ¿no es así?

Kulp asintió.

—¿Sería el propio Fener? —preguntó Heboric al mago.

—No lo sé, pero no creo. No soy experto en asuntos religiosos. No parece haber afectado a Tormenta... aparte del hecho de que lo ha curado. No sabía que Fener proporcionara tales dádivas.

—Y no lo hace —masculló el antiguo sacerdote, cuya mirada se oscureció al volverse para observar a los dos infantes de marina—. Al menos, no sin pedir nada a cambio.



Felisin permanecía sentada lejos de los demás. Por única compañía tenía la pirámide de cabezas cortadas. No la importunaban demasiado, puesto que todas ellas permanecían atentas a Gesler, al hombre de cuyo cuello colgaba el pito de hueso. Pensó de nuevo en la plaza de Unta, en el sacerdote de las moscas. Fue la primera vez que la hechicería le hizo una visita. A pesar de todas las historias acerca de la magia de los magos, de conflagraciones hechiceras que devoraban ciudades en las guerras que se libraban en todos los rincones del Imperio, Felisin jamás había presenciado la acción de tales fuerzas. No eran tan rutinarias como las historias pretendían hacer creer. Y presenciarlas dejaba su huella, cicatrices, la sensación de una vulnerabilidad sobrecogedora al enfrentarse a algo que escapa al control de uno. Hacía del mundo un lugar inhóspito, mortífero, yermo y aterrador. Ese día en Unta había cambiado su lugar en el mundo, o al

menos así lo percibía. Desde entonces, se había sentido fuera de lugar.

Quizás no fue eso. En absoluto. Quizás fueron las vivencias de mi paso por las galeras, quizás el mar de rostros, la tormenta de odio y furia desmedida, la libertad y el ansia de producir dolor tan claramente escrita en esos rostros vulgares. Puede que fuera esa gente lo que me hizo tambalear.

Se volvió a las cabezas cortadas. Sus ojos no pestañeaban. Se secaban, crepitaban como la clara de huevo al caer sobre un empedrado caliente al sol. *Como los míos, que han visto demasiadas cosas. Demasiadas.* Si en ese momento los demonios surgieran de las aguas a su alrededor, apenas sentiría nada, tan solo se preguntaría qué los había retenido hasta ese momento. *Y ahora, ¿podríais daros prisa y poner fin a todo esto? Por favor.*

Como un mono de largos brazos, Verdad descendió del aparejo, cayó con suavidad en cubierta y se detuvo cerca de ella mientras se sacudía las fibras del cabo de la ropa. Tenía un par de años más que ella, pero a sus ojos se le antojaba muy joven. *Sin granos, piel tersa. Los pelos de la barba, todo él ojos claros. Ni vino en las venas, ni las nubes del humo del durhang, ni cuerpos pesados que hacen turnos para empujar en un lugar que había empezado siendo vulnerable, pero que pronto se amuralló contra todo cuanto fuera real, cualquier cosa que pudiera importar. Solo les proporcioné la ilusión de estar dentro de mí, un bolsillo vacío. ¿Entiendes de qué te hablo, Verdad?*

Él percibió su atención y le dedicó una sonrisa tímida.

—Está en las nubes —le dijo, ronca la voz de adolescente.

—¿Quién?

—El hechicero. Como una cometa sin hilos, a uno y otro lado, con una estela de sangre.

—Qué patético, Verdad. Anda, ve a convertirte en un infante de marina.

Él se puso colorado y le dio la espalda.

—Ese muchacho es demasiado bueno para ti, y eso es lo que hace que te comportes así con él —dijo Baudin a su espalda.

—¿Tú qué sabrás? —preguntó burlona, sin volverse.

—No puedo rascar mucho en ti, moza —admitió el hombretón—. Pero sí puedo rascar un poco.

—Eso te gusta pensar. Cuando la mano se te pudra, házmelo saber. Me gustaría estar presente cuando te la corten.

Bogaron los remos al son del tambor. El viento llegó como una exhalación, y la tormenta del hechicero cayó sobre ellos.



La caricia en la frente de algo parecido a unos harapos despertó a Violín. Al abrir los ojos encontró una masa de cerdas que, de pronto, reveló un rostro negro y arrugado que lo observaba con suma atención. El rostro concluyó el examen con una expresión de disgusto.

—Arañas en la barba... O algo peor. No puedo verlas, pero sé que están ahí.

El zapador llenó de aire los pulmones y torció el gesto ante la protesta de las costillas rotas.

—Apártate —gruñó. El dolor alcanzó sus muslos, recuerdos de unas garras que lo habían desgarrado. Tenía

el tobillo izquierdo cubierto de vendas, y el entumecimiento del pie era preocupante.

—No puedo —respondió el anciano—. No hay escapatoria. Los tratos se cerraron y se dispuso todo. La baraja lo dice claramente. Una vida a cambio de otra vida, y puede que más.

—Eres dalhonesio —dijo Violín—. ¿Dónde estoy?

Al rostro lo partió en dos una amplia sonrisa.

—En Sombra. Je, je, je.

Otra voz habló a espaldas del peculiar anciano.

—Se despierta y no se te ocurre otra cosa que torturarlo, sacerdote supremo. Apártate, anda, que el soldado necesita aire y no prosopopeya.

—Es una cuestión de justicia —replicó el sacerdote supremo, a pesar de que obedeció—. Tu temperamental compañero se arrodilla ante el altar, ¿no es así? Estos detalles son vitales para la comprensión. —Retrocedió otro paso cuando la enorme silueta de otro interlocutor se dibujó ante su mirada.

—Ah —suspiró Violín—. El trell. Empiezo a recordar. Y tu compañero... ¿el jhag?

—Está atendiendo a tus acompañantes —respondió el trell—. Poco puede hacer, lo admito. A pesar de todos los años que lleva a cuestas, Icarium nunca ha disfrutado de la cortesía necesaria para lograr que los demás se sientan cómodos a su alrededor.

—Icarium, el jhag con ese nombre... Hacedor de máquinas, el que persigue al tiempo...

El trell mostró los caninos al sonreír.

—El mismo, señor de los granos de arena, aunque esa alusión poética se ha perdido ya, y además resulta algo torpe.

—Mappo.

—De nuevo aciertas. Y tus amigos te han llamado Violín, librándote de ese disfraz de jinete guerrero gral.

—En tal caso, poco importa que al despertar haya olvidado el papel que representaba —dijo Violín.

—No hay castigo por semejante desliz, soldado. ¿Tienes sed? ¿Hambre?

—Bueno, sí y sí. Pero antes, dime: ¿dónde estamos?

—En un templo erigido en la roca. Lejos del torbellino. Somos los invitados de un sacerdote supremo de Sombra, a quien ya conoces. Iskaral Pust.

—¿Pust? ¿De pústula?

—Más o menos.

El sacerdote supremo dalhonesio apareció de nuevo ante él, ceñudo.

—¿Qué? ¿Ya estás burlándote de mi nombre, soldado?

—No, en absoluto, sacerdote supremo.

El viejo gruñó, aferró la escoba y abandonó la estancia.

Violín se sentó con tiento; se movió como si fuera un anciano. Se sintió tentado de preguntar a Mappo por el estado de sus heridas, sobre todo la del tobillo, pero optó por dejar pasar un rato más hasta que le dieran las malas noticias.

—¿Cuál es la historia de ese tipo?

—Dudo que él mismo la sepa.

—Cuando desperté me estaba barriendo la cabeza.

—No me sorprende nada.

Había cierta despreocupación en la presencia del trell que relajó a Violín. Hasta que recordó el nombre del guerrero. *Mappo, un nombre unido siempre a otro. Rumores suficientes para llenar un libro entero. Bastaría con que uno solo de ellos fuera cierto para...*

—Icarium ahuyentó al d'ivers.

—Su reputación impone.

—¿Y es merecida, Mappo? —al preguntarlo, Violín comprendió que tendría que haberse mordido la lengua.

El trell torció el gesto y se apartó un poco de él.

—Puesto que tienes hambre, te traeré un poco de comida y agua.

Mappo abandonó la pequeña estancia; lo hizo en silencio, a pesar del considerable peso que desplazaba, combinación que a Violín le recordó a Kalam. *¿Lograste cabalgar por delante de la tormenta, viejo amigo?*

Iskaral Pust volvió a entrar en la sala.

—¿Por qué estás aquí? —susurró—. ¿Sabes por qué? No, no lo sabes, así que yo te lo diré. Tú y nadie más. —Se acercó a él, tirándose con ambas manos del ralo cabello—. ¡Tremorlor!

Rompió a reír al ver la expresión de Violín, giró sobre sí varias veces como loco y, tras realizar algunas cabriolas, volvió a plantarse inmóvil ante el zapador, de cuyo rostro apenas le separaba un palmo.

—El rumor de una senda, de un camino a casa. Un gusano de rumor, menos aún, un gorgojo, menor que el resto de una uña cortada, compacto, atado alrededor de algo que podría ser cierto. O no. Je, je, je.

Violín había tenido suficiente. A pesar del dolor, aferró al hombre del cuello y lo sacudió. La saliva asomó a sus labios, y el sacerdote supremo puso los ojos en blanco, ojos que giraron y giraron como canicas en una taza.

—¿Cómo? ¿Otra vez? —logró preguntar Iskaral Pust.

Violín lo apartó de un empujón.

El anciano trastabilló, se puso tieso e hizo ver que había recuperado la dignidad.

—Una concurrencia de reacciones. Demasiado tiempo sin compromisos sociales y demás. Debo examinar mis modales, es más, mi personalidad. —Inclinó la cabeza—.

Honesto. Recto. Entretenido. Educado y capaz de una integridad impresionante. ¡Bien! ¿Qué problema hay, pues? Los soldados son zafios. Destemplados. ¿Conoces la cadena de perros?

Violín se sobresaltó como si lo hubieran despertado de un trance.

—¿Qué?

—Ha empezado, aunque aún no se sepa. *Anabar Thy'lend*. «Cadena de perros», en la lengua de Malaz. Los soldados carecen de imaginación, por tanto son capaces de enormes sorpresas. Hay ciertas cosas que ni siquiera el torbellino puede barrer a un lado.

Mappo Trell volvió a la estancia cargado con una bandeja.

—¿Otra vez atosigando a nuestro invitado, Iskaral Pust?

—Profecías de Sombra —murmuró el sacerdote supremo, observando a Violín con frialdad—. El canal bajo el diluvio levanta ondas sobre la superficie. Un río de sangre, torrente de palabras de un corazón oculto. Todas las cosas separadas. Arañas en todos los rincones. —Giró sobre sus talones y salió en estampida de la habitación.

Mappo lo miró fijamente.

—No le hagas mucho caso, ¿de acuerdo?

El trell se volvió hacia él, enarcadas ambas cejas.

—Por el Embozado, no, todo lo contrario, Violín, atiende cada una de sus palabras.

—Me temía que ibas a decirme eso. Mencionó Tremorlor. Lo sabe.

—Sabe lo que ni siquiera tus compañeros saben —dijo Mappo mientras colocaba la bandeja ante el zapador—. Buscas la mítica Casa de Azath, en el desierto. En alguna parte.

Sí, y la puerta que Ben el Rápido asegura que guarda...

—¿Y tú? —preguntó Violín—. ¿Qué te ha traído a Raraku?

—Sigo a Icarium —respondió el trell—. Una búsqueda sin fin.

—¿Y has dedicado la vida a ayudarlo en su búsqueda?

—No. —Mappo suspiró. Luego, sin mirar a Violín a los ojos, respondió en un susurro—: Busco que siga siendo una búsqueda sin fin. Vamos, será mejor que comas rápido. Llevas dos días inconsciente. Tus amigos están inquietos, no paran de hacer preguntas y desean hablar contigo.

—Supongo que no tengo otra opción. Será mejor que responda a esas cuestiones.

—Ajá. Y en cuanto satisfagas algunas, podremos emprender nuestro viaje... —Sonrió cauto—. Para encontrar Tremorlor.

—Satisfecho, dices. —Violín arrugó el entrecejo—. El caso es que tengo el tobillo destrozado. Apenas siento nada por debajo de la rodilla. Me parece que lo más probable es que tengas que cortarme el pie.

—Poseo cierta experiencia en las artes curativas —dijo Mappo—. Este templo se especializó en tiempos en tales alquimias, y las monjas dejaron mucho aquí. Y, extrañamente, también Iskaral Pust parece poseer cierta habilidad al respecto, aunque es mejor tenerlo vigilado. A veces su mente divaga y confunde elixires con pociones.

—Es un avatar de Tronosombrío —dijo el zapador, los ojos entornados—. O de la Cuerda, Cotillion, patrón de los Asesinos. Hay poca diferencia entre ambos.

El trell se encogió de hombros.

—El arte del asesinato requiere de un conocimiento complementario en materia curativa. Son las dos caras de la misma moneda alquímica. El caso es que llevó a cabo la cirugía en tu tobillo. No temas, no le quité ojo. Admito que

aprendí mucho de él. Básicamente, el sacerdote supremo te reconstruyó el tobillo. Empleó un ungüento para unir los fragmentos. Jamás había visto nada parecido. Por tanto, te curarás, y pronto.

—¿Un par de manos entregadas a Sombra hurgaron bajo mi piel? ¡Por el aliento del Embozado!

—O eso, o perdías el pie. También tenías una perforación de pulmón, herida que escapa a mis conocimientos de cirugía. Sin embargo, el sacerdote supremo se las apañó para vaciar el pulmón de sangre, y luego te hizo respirar unos aires curativos. Debes a Iskaral Pust la vida, nada menos.

—A eso me refería —masculló Violín.

Oyeron voces procedentes del exterior de la sala. Apareció Apsalar en el umbral, seguida de Azafrán. Los dos días que habían pasado a resguardo de la tormenta habían contribuido a que recuperaran el buen aspecto. Al entrar, Azafrán se apresuró a acucillarse junto al lecho de Violín.

—¡Tenemos que salir de aquí! —susurró.

El zapador se volvió a Mappo y percibió la promesa de una sonrisa cuando este retrocedió unos pasos.

—Tranquilízate, muchacho. ¿Qué sucede?

—El sacerdote supremo... Pertenece al culto de Sombra, Violín. ¿No lo entiendes? Apsalar...

Una sensación gélida sacudió los huesos del zapador.

—Ah, maldición —susurró—. Ya veo a qué te refieres. —Levantó la mirada hacia la joven, cuando esta se acercó al pie de la cama y le dijo en voz baja—: ¿Tu mente sigue perteneciéndote, moza?

—El hombrecillo me trata bien —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—¿Y? —balbuceó Azafrán—. ¿Como se trata al hijo pródigo que regresa al hogar, quieres decir? ¿Qué va a

impedir que Cotillion vuelva a poseerte?

—Solo tienes que preguntar a su siervo —dijo una nueva voz, procedente de la puerta. Icarium se hallaba de pie, inclinado sobre el marco, cruzado de brazos. Sus ojos grises permanecían clavados en el extremo opuesto de la habitación.

En la penumbra de las sombras que allí moraban se dibujó una figura. Iskaral Pust, sentado en una silla de peculiar factura, miraba con ojos encendidos, entornados, al jhag.

—¡Tenía que permanecer invisible, estúpido! ¿De qué sirve la sombra si con tanta facilidad descubres lo que oculta? ¡Bah! ¡Descubierto soy!

Los labios de Icarium se curvaron en una sonrisa imperceptible.

—¿Por qué no satisfaces su pregunta, Iskaral Pust? Haz que salgan de dudas.

—¿Que salgan de dudas? —El sacerdote supremo pareció masticar con dificultad sus propias palabras—. ¿Con qué objeto? Debo pensar. Con calma. Relajado. Sin temor a la cohibición. Sin cuidado. ¡Sí, por supuesto! Excelente idea. —Hizo una pausa y volvió la cabeza a Violín.

El zapador reparó en la sonrisa que cruzó por el arrugado rostro de aquel hombre, una sonrisa aceitosa, blanda y de una insinceridad patética.

—Todo está en orden, amigos míos —murmuró—. Tranquilizaos. Cotillion da por concluida la posesión de la moza. Se mantiene el mal que constituye la amenaza de Anomander Rake. ¿Quién quiere tener a las puertas a ese grosero portador del incivilizado torbellino? Tronosombrío, no. Tampoco el patrón de los Asesinos. Sigue estando protegida. Además de todo eso, Cotillion no considera necesario utilizarla, aunque es cierto que el hecho de que

ella conserve sus poderes supone una fuente de preocupación... —Torció el gesto—. No, mejor será no dar voz a esas palabras. —Sonrió de nuevo—. Se ha redescubierto y empleado la conversación civilizada con astucia y elegancia. Míralos, Iskaral Pust, ahora los tienes a todos en el bolsillo.

Hubo un largo silencio.

Finalmente, Mappo se aclaró la garganta antes de decir:

—El sacerdote supremo rara vez disfruta de compañía.

Violín lanzó un suspiro. De pronto se sentía agotado. Recostó la espalda y cerró los ojos.

—¿Mi caballo? ¿Sobrevivió?

—Sí —respondió Azafrán—. Se está recuperando, al igual que los demás... Bueno, al menos aquellos a los que Mappo ha tenido tiempo de atender. Hay aquí un sirviente, metido en alguna parte. No lo hemos visto aún, pero hace un gran trabajo.

—Violín —dijo Apsalar—. Háblanos de Tremorlor.

Una nueva tensión se respiró en la estancia. El zapador la percibió incluso cuando el sueño se apoderó de él, atrayéndole con su promesa de una huida temporal. Pero lo hizo a un lado con otro suspiro y abrió los ojos antes de decir:

—El conocimiento de Ben el Rápido del sagrado desierto de Raraku es... inmenso. La última vez que cabalgamos por él (lejos de él, de hecho) nos habló de los caminos desaparecidos. Como el que encontramos, un camino antiguo que duerme bajo las arenas y que solo aparece de vez en cuando si los vientos son propicios. En fin, el caso es que uno de esos caminos conduce a Tremorlor...

—¿Qué es? —lo interrumpió Azafrán.

—Una Casa de Azath.

—¿Como la que se alzó en Darujhistan?

—En efecto. Tales construcciones existen, o se rumorea que existen, en casi todos los continentes. Nadie conoce su propósito, aunque parece ser que son una piedra imán de poder. Se cuenta esa vieja historia sobre el emperador y Danzante...

Oh, el Embozado, Kellanved y Danzante, pensó. Ammanas y Cotillion, el posible vínculo con Sombra... Y este templo... Violín miró fijamente a Iskaral Pust. El sacerdote supremo respondió a su mirada con una sonrisa torcida, los ojos relucientes.

—La leyenda cuenta que Kellanved y Danzante ocuparon una Casa así en una ocasión, en la ciudad de Malaz...

—La Casa de Muerte —dijo Icarium desde el umbral—. Esa leyenda es cierta.

—Sí —murmuró Violín—. Bastante cierta. En cualquier caso, Ben el Rápido cree que todas estas moradas están unidas entre sí, por medio de una especie de portal. Viajar entre ellas es posible, se trata de un viaje prácticamente instantáneo.

—Discúlpame, pero no he oído antes nombrar a Ben el Rápido. —Icarium entró en la estancia, sumamente atento—. ¿Quién es este hombre que asegura poseer un conocimiento tan exhaustivo como arcano de los Azath?

El zapador se agitó nervioso ante la atenta mirada del jhag. Luego, frunció el ceño y se envaró un poco.

—Es el mago de un pelotón —respondió en un tono que dejaba bien claro que no pensaba ampliar esa información.

—Confías mucho en las opiniones de un mago de pelotón.

—Sí, así es.

—Te propones encontrar Tremorlor y emplear el portal para que nos lleve a la ciudad de Malaz. A esa Casa de Muerte. Lo que nos dejaría...

—A medio día por mar de la costa de Itko Kan —dijo Violín al tiempo que se volvió a Apsalar—. El hogar de tu padre.

—¿Padre? —preguntó Mappo, ceñudo—. Ahora me confundís.

—Acompañamos a Apsalar de vuelta a su hogar —explicó Azafrán—. Para que regrese con su familia. Fue poseída por Cotillion y apartada de su padre, de su vida...

—¿De su vida? ¿Y a qué se dedicaba? —se interesó Mappo.

—Era la hija de un pescador.

El trell guardó silencio, pero Violín creyó entrever los pensamientos de Mappo. *Después de tantas experiencias, ¿va a contentarse con pasarse la vida pescando?*

Apsalar no dijo palabra.

—¡Una vida a cambio de otra vida! —gritó Iskaral Pust, que saltó de la silla para girar sobre sí, con ambas manos tirando de los cabellos—. ¡Semejante paciencia basta para enloquecer a cualquiera! ¡Pero no a mí! ¡Anclado a las corrientes de una piedra erosionada, la arena cae bajo el sol deslumbrante! El tiempo se estira, se estira, jugadores inmortales de un juego eterno. Hay poesía en el tirón de los elementos, ¿sabéis? El jhag me entiende. El jhag busca secretos. Él es piedra, y la piedra olvida, pero la piedra es ahora eterna, y en esto reside oculta la verdad de los Azath. ¡Mas, aguardad! He divagado con pensamientos ocultos y nada he escuchado de lo que se estaba diciendo. —Guardó silencio de pronto y volvió a sentarse en la silla.

Icarium observaba con tanta atención al sacerdote supremo como hubiera puesto al leer algo grabado en piedra. La atención de Violín iba de un lado a otro. Había abandonado ya toda intención de dormir.

—No estoy seguro de los detalles —dijo lentamente, atrayendo la atención de todos los presentes—, pero tengo la certeza de ser una marioneta y de participar en una vasta e intrincada danza. ¿Cuál es el entramado? ¿Quién maneja los hilos?

Todas las miradas recalaron en Iskaral Pust. El sacerdote supremo mantuvo la mirada perdida un instante más antes de pestañear.

—¿Se plantea una pregunta a mi modesta persona? Excusas y disculpas indudablemente insinceras. La vasta e intrincada mente divaga de vez en cuando. ¿Tu pregunta? —Inclinó la cabeza y sonrió a las sombras—. ¿Son engañadas? ¿Verdades sutiles, apuntes vagos, una elección casual de palabras en el eco descuidado? No lo saben. ¡Se asolean en su asombro con la inocencia de unos ojos abiertos desmesuradamente, oh, esto es exquisito!

—Menuda elocuencia la de tu respuesta —dijo Mappo al sacerdote supremo.

—¿Así lo crees? No está bien. Qué amable por mi parte. Gracias. En tal caso, ordenaré a Sirviente que disponga vuestra partida. Un viaje a la mítica Tremorlor, donde todas las verdades convergen con la claridad de hojas desenvainadas y colmillos al desnudo, donde Icarium hallará su pasado perdido, donde la en tiempos poseída hija de un pescador encontrará lo que aún no sabe que busca, donde el muchacho tendrá un lugar para convertirse en hombre, o quizás no, donde el indefenso trell hará lo que deba hacer, y donde el cansado zapador recibirá, al menos, las bendiciones de su emperador, oh, sí. A no ser, por supuesto, que Tremorlor resulte un mito y que estas búsquedas no sean sino huero artificio —añadió llevándose un dedo a los labios.

El sacerdote supremo, aún con el dedo en los labios, volvió a recostarse en la silla. Las sombras cerraron a su alrededor. Finalmente, él y la silla desaparecieron.

Violín se sintió salir de un confuso trance. Sacudió la cabeza, se frotó el rostro y miró a los demás para descubrir que reaccionaban de un modo similar, como si a todos los hubieran arrastrado a un sutil y seductor juego de la hechicería. Violín lanzó un suspiro agitado.

—¿Puede haber magia en las meras palabras? —preguntó al aire.

—Magia lo bastante poderosa como para poner de rodillas a los dioses, soldado —respondió Icarium.

—Tenemos que salir de aquí —murmuró Azafrán.

En esa ocasión, todos asintieron.

CAPÍTULO 9



Los ingenieros de Malaz son de una casta especial. Malhablados, cascarrabias, reservados y duros de mollera, desprecian la autoridad. Son la piedra angular del ejército de Malaz...

El Ejército Imperial
Senjalle

A medida que descendió a Orbala Odhan, Kalam observó los primeros signos del alzamiento. Un convoy de refugiados malazanos había sido objeto de una emboscada mientras seguía el cauce de un arroyo seco. Los atacantes habían salido de la hierba alta que flanqueaba ambas orillas, primero a flecha y fuego, luego a la carga sobre los hombres y mujeres indefensos.

Tres carros habían sido pasto de las llamas. El asesino permaneció inmóvil en el caballo, observando las pilas cubiertas de humo de la madera quemada, la ceniza y el hueso. Un hatillo de ropa de niño era cuanto quedaba de las posesiones de las víctimas, un pequeño detalle de color situado a diez pasos de los restos humeantes de los carros.

Después de dar una última mirada a su alrededor en busca de la aptoriana (a quien no vio por ninguna parte, aunque sabía que andaba cerca), Kalam desmontó. El rastro revelaba que los asaltantes se habían apoderado del ganado del convoy. Su rastreo le dio a entender que había

habido supervivientes, un pequeño grupo que abandonó el lugar para huir en dirección sur, a través de Odhan. No parecía que los hubieran perseguido, aunque Kalam sabía perfectamente que en las llanuras había pocas posibilidades de que logran sobrevivir. El pueblo de Orbal se encontraba quizás a unos seis días a pie, y era probable que estuviera en manos rebeldes, puesto que el destacamento malazano apostado allí andaba siempre falto de gente.

Se preguntó de dónde provendrían los refugiados. No había ninguna población en leguas a la redonda.

Un sonido en la arena similar al que hace la baqueta sobre la piel del tambor anunció la llegada de la aptoriana, procedente del arroyo. Las heridas de la bestia se habían cerrado, más o menos, dejando como recuerdo arrugadas cicatrices sobre la piel negra. Habían transcurrido cinco días desde el ataque del d'ivers. No había habido signo alguno de que el ser capaz de cambiar de forma los hubiera perseguido, y Kalam esperaba que hubiera encajado el daño suficiente para desistir en la caza.

De todos modos, había algo que los seguía. El asesino lo sentía en los huesos. Se sentía tentado de montar una emboscada, pero estaba solo y no sabía cuántos eran sus perseguidores. Además, tampoco sabía a ciencia cierta si la aptoriana lo ayudaría, pero sospechaba que no. Su única ventaja era la rapidez de su viaje. Había encontrado a su caballo tras la batalla sin demasiados problemas, y el animal parecía impermeable a los rigores del viaje. Había empezado a sospechar que entre el demonio y el caballo se había establecido una especie de competición en la que estaba en juego el orgullo. El hecho de abandonar al trote el combate debía de dolerle, y era como si el caballo estuviera decidido a recuperar la ilusión de superioridad que sentía.

Kalam subió de nuevo a la silla. La aptoriana había encontrado el rastro dejado por los supervivientes y olisqueaba el aire, moviendo la larga y roma cabeza de un lado a otro.

—No es asunto nuestro —le dijo Kalam, que destrabó en el cinto el único cuchillo que había logrado conservar—. Ya tenemos suficientes problemas propios, aptoriana. —Y espoleó a la montura, de modo que jinete y caballo rodearan aquel rastro.

Al anochecer cabalgaba por la llanura. A pesar de su tamaño, el demonio parecía fundirse en la penumbra. *Un demonio nacido en el reino de Sombra; no debería sorprenderme.*

La pradera se ahondaba al frente, otro antiguo cauce de un río. Al acercarse, unos hombres surgieron del lugar donde se habían ocultado a lo largo de la orilla más cercana. Kalam maldijo entre dientes, redujo el paso de la montura y levantó ambas manos, las palmas hacia delante.

—Mekral, obarii —dijo—. ¡Cabalgo el torbellino!

—Acércate, pues —respondió una voz.

Sin bajar las manos, Kalam guió al caballo con los talones y las rodillas.

—Mekral —saludó la misma voz. Un hombre se apartó de la hierba alta, empuñando una espada de hoja curva.

—Acompáñanos a comer, jinete. ¿Traes nuevas del norte?

Kalam, relajado, desmontó.

—Nuevas de hace meses, obarii. No he hablado en voz alta desde hace semanas. ¿Qué puedes tú contarme?

El portavoz era un bandido más que ahora ejercía escudado tras la noble máscara de la rebelión. Mostró al asesino una sonrisa a la que le faltaban varios dientes.

—Venganza contra los mezla, mekral. Dulce como el agua en primavera, así es la venganza.

—El torbellino no conoce la derrota, pues. ¿Nada han hecho los ejércitos mezla?

Kalam condujo al caballo junto a los jinetes hasta el campamento. Lo habían montado con cierto descuido, prueba de la presencia de un cabecilla descuidado. Estaban a punto de prender una pila de leña, promesa de un fuego para cocinar que podría verse en la mitad de Odhan. Un modesto rebaño de bueyes estaban situados tras un cercado improvisado, a sotavento del campamento.

—Las huestes mezla no han hecho sino morir —respondió el líder, sonriente—. Hemos oído que solo queda uno, lejos, al sudeste. Liderado por un wickano de negro corazón de piedra exangüe.

Kalam gruñó al oír estas palabras. Un hombre le tendió un pellejo de vino y, tras inclinar la cabeza en señal de agradecimiento, echó un largo trago. Saltoano, botín de los mezla. *Probablemente los carros que vi antes. Al igual que los bueyes.*

—¿Al sudeste, dices? ¿En una de las ciudades costeras?

—Así es, en Hissar. No obstante, Hissar se encuentra ahora en manos de Kamist Reloe. Al igual que todas las ciudades a excepción de Aren, y Aren cuenta con el jhistal en su interior. Los wickanos huyen por tierra, con el lastre de miles de refugiados que mendigan su protección mientras se sacuden la sangre de encima.

—Pues en tal caso, no parece tan negro su corazón —masculló Kalam.

—Cierto. Debería dejarlos a merced de las huestes de Reloe, pero teme la ira de los estúpidos que mandan en Aren, aunque no pueda decirse que vayan a respirar mucho tiempo más.

—¿Cómo se llama el wickano?

—Coltaine. Se dice que tiene alas de cuervo, y que ríe cuando se halla inmerso en el torbellino. Una muerte lenta y larga es cuanto le aguarda, pues tal le ha prometido el propio Kamist Reloe.

—Que el torbellino reparta las recompensas merecidas —brindó el asesino antes de volver a echar un trago.

—Precioso caballo el tuyo, mekral.

—Y muy leal. Apiádate del extraño que ose montarlo. — Kalam confió en que la advertencia no fuera demasiado sutil para aquel hombre.

El cabecilla de los bandidos se encogió de hombros.

—Todo puede domarse en esta vida.

El asesino suspiró antes de dejar el pellejo de vino.

—¿Sois traidores al torbellino? —preguntó.

Todo a su alrededor quedó inmóvil. En la hoguera, a su izquierda, crepitaba la leña que daba fuerza a las llamas.

El líder separó ambas manos con una expresión ofendida en el rostro.

—¡Era un simple cumplido, mekral! ¿Qué hemos hecho para merecer tal suspicacia? No somos ladrones ni asesinos, amigo mío. ¡Somos creyentes! Tu estupendo caballo te pertenece, por supuesto, aunque tengo oro...

—No está en venta, obarii.

—¡Ni siquiera has escuchado mi oferta!

—Ni los siete sagrados tesoros podrían hacerme cambiar de opinión —gruñó Kalam.

—Ni una palabra más se pronunciará a este respecto. — El hombre recuperó el pellejo de vino, que ofreció a Kalam.

Este lo aceptó, aunque no hizo más que mojarse los labios.

—Malos tiempos corren —continuó diciendo el cabecilla de los ladrones—, cuando la confianza es un bien tan escaso

entre los soldados de un mismo ejército. Después de todo, cabalgamos en el nombre de Sha'ik. Compartimos un único y odiado enemigo. Noches como estas, de paz bajo las estrellas a pesar de vernos inmersos en una guerra santa, son motivo de júbilo y hermandad, amigo mío.

—Tus palabras han captado la belleza de nuestra cruzada —dijo Kalam. *Las palabras pueden con facilidad adelgazarse en el torbellino, el terror y el horror; me pregunto si la confianza existe o es mera ilusión.*

—Ahora me darás tu caballo y ese arma estupenda que ciñes en la cadera.

La risa del asesino fue un ronco rumor.

—Cuento a siete de vosotros, cuatro ante mí, otros tres cerca, a mi espalda. —Hizo una pausa, sonriente al cruzar la mirada con los ojos encendidos del líder de los bandidos—. Será reñido, pero estoy seguro de que serás el primero en morir, amigo mío.

El otro titubeó. Finalmente, respondió a Kalam con su propia sonrisa.

—No tienes sentido del humor. Quizás se deba a que llevas viajando mucho tiempo solo, y a que has olvidado las chanzas que se gastan los soldados. ¿Has comido? Esta misma mañana topamos con una partida de mezla, y fueron muy generosos a la hora de compartir sus provisiones y pertenencias. Al alba volveremos a visitarlos. Hay mujeres entre ellos.

—¿Es este tu modo de hacer la guerra a los mezla? —preguntó ceñudo Kalam—. Estás armado, tienes caballos, ¿por qué no te has unido a los ejércitos del Apocalipsis? Kamist Reloe necesita guerreros como tú. Yo cabalgo al sur para participar en el asedio de Aren, que seguro está próximo.

—Eso pretendemos nosotros también, ¡atravesar las puertas de Aren! —respondió con fervor el hombre—. ¡Es más, llevamos ganado para contribuir al abastecimiento de nuestros hermanos del ejército! ¿Sugieres, pues, que ignoremos a los acaudalados mezcla con los que nos topamos?

—Odhan los matará sin tu ayuda —respondió el asesino—. Tienes su ganado. —*Las puertas de Aren... con el jhistal en su interior. ¿Qué significará eso? La palabra «jhistal» me resulta desconocida; no es de Siete Ciudades. ¿Falari, quizás?*

La expresión del líder se había templado en respuesta a las palabras de Kalam.

—Los atacaremos al alba. ¿Cabalgarás con nosotros, mekral?

—¿Están al sur de aquí?

—Así es. A menos de una hora a caballo.

—En tal caso, es la misma dirección que llevo, de modo que sí, cabalgaré con vosotros.

—¡Excelente!

—No hay nada sagrado en la violación —gruñó Kalam.

—No, no hay nada sagrado en ello. —El hombre sonrió—. Pero es lo justo.



Cabalgaron cuando aún era de noche, bajo el cielo cubierto de estrellas. Uno de los bandidos se había quedado en retaguardia con los bueyes y el resto del botín, de modo que Kalam cabalgaba con una partida de seis guerreros. Llevaban todos arcos cortos, aunque contaban con un

número escaso de flechas; de hecho, no había más que tres por carcaj, todas de vasta factura. Las armas solo resultarían efectivas a corta distancia.

Bordu, el líder de los bandidos, explicó al asesino que los refugiados malazanos eran un hombre (un soldado de Malaz), dos mujeres y dos muchachos. Estaba seguro de que el soldado había resultado herido en la primera emboscada. Bordu no esperaba encontrar mucha resistencia. Primero acabarían con el soldado.

—Después podremos jugar con las mujeres y los niños, y quizás cambies de opinión, mekral.

Kalam respondió a esto con un gruñido. Conocía a ese tipo de hombres. Grande era su coraje mientras superaran en número a sus víctimas, y la vacua gloria que ansiaban provenía del abuso y de aterrorizar a seres indefensos. Tales criaturas abundaban en aquel mundo, y una tierra azotada por la guerra les proporcionaba la libertad de hacer cuanto quisieran, brutales verdades que ocultaba toda causa justa. En lengua ehrlitana se les llamaba *e'ptarh le'gebran*, buitres de la violencia.

La marchita piel de la pradera surgió ante su mirada. Los brotes de granito se dibujaban sobre la hierba, remaches en las laderas de una serie de colinas bajas. La luz de un fuego iluminaba débilmente la cima de una de ellas. Kalam sacudió la cabeza. Eran demasiado poco cuidadosos para hallarse en tierra hostil. El soldado que los acompañaba debía de haberse comportado de forma más cauta.

Bordu alzó la mano y detuvieron la marcha a unos cincuenta pasos de la falda de la colina remachada de granito.

—Mantened la mirada lejos del fuego —susurró a los demás—. Que esos insensatos se dejen maldecir por la

ceguera, en lugar de hacerlo nosotros. Y ahora, dispersaos. El mekral y yo rodearemos la colina. Dadnos cincuenta latidos y atacad.

Kalam entornó los ojos al mirar al líder. Si cerraba sobre el campamento, procedente de la dirección opuesta, corría el riesgo evidente de encajar una o varias flechas de los compañeros. *Otra muestra del sentido del humor del soldado, ya veo.* Pero no dijo nada y tiró de las riendas cuando Bordu lo hizo, para cabalgar flanco con flanco en una dirección que los llevaría a rodear el campamento de los refugiados.

—¿Son diestros tus hombres con el arco? —preguntó el asesino al cabo de unos instantes.

—Como víboras, mekral.

—Y con el mismo alcance —masculló Kalam.

—No fallarán.

—Sin duda.

—¿Tienes miedo, mekral? Tú, el hombretón peligroso. Guerrero, sin duda. Me sorprende.

—Pues tengo una sorpresa aún mayor —dijo Kalam al tiempo que desnudaba el cuchillo y deslizaba la hoja por la garganta de Bordu.

Chorreó la sangre. Entre borbotones, el líder de los bandidos reculó aún en la silla, la cabeza colgando.

El asesino envainó el cuchillo. Se acercó a tiempo de levantarlo e impedir que cayera al suelo, y de apoyarlo en el respaldo de la silla.

—Cabalga conmigo un poco más —dijo Kalam—, y que las sagradas siete desollen tu taimada alma.

Al igual que harán con la mía, llegado el momento.

La luz del fuego se alzaba al frente. Unas voces en la distancia anunciaron la llegada de los bandidos. Los cascos de los caballos hicieron que retumbara el suelo. Kalam

clavó los talones para emprender el galope, seguido por el caballo de Bordu, cuyo jinete temblaba en la silla, la cabeza colgando casi de un lado, oreja con hombro.

Coronaron la cima, cuya ladera hacía menos pendiente en esa parte y no había prácticamente nada que obstruyera su campo de visión. Distinguió a los atacantes, cabalgando junto a la fogata, silbando sus flechas antes de clavarse con un estampido seco en los bultos que dormían cubiertos de mantas alrededor del fuego.

A juzgar por el sonido de las flechas al clavarse, Kalam comprendió al momento que no había nadie bajo esas mantas. El soldado había demostrado su valía y había tendido una trampa. El asesino sonrió. Empujó a Bordu para que cayera de la silla y dio una palmada al caballo, que cargó hacia la luz.

El asesino redujo el paso de la montura y se arrojó al suelo cuando aún lo amparaba la oscuridad, lejos de la hoguera. Luego se arrastró en silencio.

Se oyó el chasquido de una ballesta. Uno de los bandidos cayó hacia atrás en la silla y fue a dar contra el suelo. Los otros cuatro tiraron de las riendas, confundidos. Algo parecido a una bolsa pequeña voló sobre el fuego, donde aterrizó cubierto por una nube de chispas. Al cabo, la noche se encendió con una llamarada, y los cuatro bandidos se recortaron claramente en la oscuridad. De nuevo se oyó la ballesta. Uno de los bandidos lanzó un grito agudo y extendió el brazo para alcanzar el virote clavado en la espalda. Al poco, gruñó cuando el caballo se puso a andar en círculos.

Kalam se había escurrido para evitar que la luz pudiera delatar su posición, pero había perdido la facultad para ver en la oscuridad. Masculló un juramento y avanzó con el

cuchillo largo en la derecha y la daga de doble hoja en la zurda.

Oyó a otro jinete acercarse por un flanco. Ambos bandidos tiraron de las riendas de sus monturas para encarar la carga. El caballo apareció ante su mirada, reducida la marcha tras perder al jinete.

La luz que desprendía la fogata cedió.

Kalam se detuvo. Observó al caballo sin jinete trotar sin rumbo a la derecha de los bandidos, cada vez más cerca de uno de los atacantes. Con un movimiento ágil y elegante el jinete apareció ante su mirada. Era una mujer. Había permanecido agazapada sobre el estribo opuesto, y hundió un cuchillo de carnicero en el cuerpo del bandido que tenía más cerca. La enorme hoja lo alcanzó en el cuello y abrió una profunda brecha en la vértebra.

Luego la mujer se puso de pie en la silla. Cuando el bandido cayó al sueño ella saltó a su caballo, destrabó la lanza del costado y la esgrimió ante el segundo bandido.

Con una maldición, el hombre reaccionó con la disciplina propia de un guerrero. En lugar de recular en lo que hubiera sido un esfuerzo vano para evitar la punta que amenazaba su pecho, giró sobre la silla para dejarla pasar. Su montura abordó al otro caballo, pecho contra flanco. Con un grito de sorpresa, la mujer perdió el equilibrio y cayó al suelo.

El bandido saltó de la silla y desenvainó la espada de hoja curva.

La daga de Kalam lo alcanzó cuando apenas lo separaban tres pasos de la mujer aturdida. Con las manos al cuello, escupiendo esputos de sangre, el bandido cayó de rodillas y Kalam cerró sobre él para rematarlo.

—Quieto ahí —ordenó una voz a su espalda—. Tengo un virote para ti. Suelta la espada. ¡Ahora!

El asesino se encogió de hombros y obedeció.

—Pertenezco al Segundo Ejército —dijo—. Hueste de Unbrazo.

—Esos están a mil quinientas leguas de distancia.

La mujer había recuperado el aliento. Se puso a cuatro patas, y el cabello negro, largo, colgaba sobre el rostro.

El último bandido murió con un leve gorgojeo.

—Eres de Siete Ciudades —dijo la voz que se hallaba a espaldas de Kalam.

—Sí, pero soy soldado del Imperio. Escucha, piénsalo. Remonté la ladera opuesta, junto al cabecilla de los bandidos. Antes de que su caballo lo trajera a este campamento, ya había muerto.

—¿Y por qué un soldado viste telaba, no luce muestra alguna de su pertenencia al ejército y cabalga solo? Deserción, lo que comporta la sentencia de muerte.

Kalam lanzó un suspiro de exasperación.

—Y por lo que veo tú optaste por proteger a tu familia, en lugar de acompañar a la compañía a la que estés asignado. Según la legislación militar del Imperio, a eso se le llama desertar, soldado. —Mientras así hablaba, el malazano lo rodeó sin dejar de apuntarle con la ballesta.

Kalam vio a un hombre medio muerto a sus pies. De baja estatura y complexión ancha, lucía los restos deshilachados de un uniforme de avanzadilla. Jubón de cuero gris claro, chaleco gris oscuro. Tenía el rostro cubierto por arañazos, así como las manos y los antebrazos. En la barbilla tenía un corte muy profundo, y el yelmo que ensombrecía sus ojos estaba mellado. A juzgar por el broche del chaleco, ostentaba el empleo de capitán.

El asesino abrió los ojos desmesuradamente al reparar en ello.

—Aunque pocas veces sucede que deserte un capitán...

—No desertó —dijo la mujer, que ya se había recuperado del todo y apartaba las armas de los bandidos muertos. Encontró una espada ligera de hoja curva y comprobó el equilibrio lanzando algunos tajos. A la luz de la hoguera, Kalam vio que era atractiva, de estatura media y con mechas de cabello plateado. Tenía los ojos de un sorprendente color gris claro. Recogió del suelo la vaina y ciñó la espada a la cintura.

—Partimos a caballo de Orbal —explicó el capitán, en cuya voz se adivinaba el dolor—. Toda una compañía destinada a escoltar a los refugiados, a nuestras familias. Pero nos topamos de frente con un ejército al marchar al sur, que el Embozado los lleve.

—Somos los últimos supervivientes —dijo la mujer, que hizo un gesto hacia la oscuridad. Otra mujer, con un semblante más joven y delgado que la primera, y dos niños, salieron con cuidado a la luz, para echar a correr junto al capitán.

El hombre continuó apuntando la ballesta a Kalam.

—Selv, mi esposa —dijo señalando a la mujer que se hallaba a su lado—. Estos son nuestros hijos. Y la hermana de Selv, Minala. Eso es lo que a nosotros respecta. Ahora te toca a ti.

—Cabo Kalam, noveno pelotón... Abrasapuentes. Ahora ya sabes por qué no viste el uniforme, capitán.

El otro sonrió.

—Os han proscrito, pero me pregunto por qué no marchas junto a Dujek. A menos que hayas vuelto a tu hogar para unirme al torbellino.

—¿Es ese tu caballo? —preguntó Minala.

El asesino se volvió para ver que su montura entraba en el campamento.

—Sí.

—Entiendes de caballos —comentó ella.

—Me costó el rescate de una virgen. Me imagino que si algo resulta tan caro es porque ha de ser realmente bueno. Y ahí se resume todo cuanto entiendo yo de caballos.

—Aún no nos has contado por qué razón estás aquí —murmuró el capitán. Kalam observó que bajaba la guardia.

—Oí el alzamiento en el viento —explicó el asesino—. El Imperio trajo la paz a Siete Ciudades. Sha'ik quiere que vuelvan los viejos tiempos. Los tiranos, las guerras fronterizas y la matanza. Cabalgo a Aren. Ahí es adonde se dirige la fuerza de castigo, y si tengo suerte podré entrar en la ciudad, puede que como guía.

—En tal caso, cabalgarás con nosotros, cabo —decidió el capitán—. Si en verdad eres de los Abrasapuentes, conoces la vida del soldado, y si me lo demuestras de camino a Aren, entonces yo me encargaré de que vuelvas a las filas imperiales sin despertar suspicacias.

Kalam asintió.

—¿Puedo recuperar mis armas, capitán?

—Adelante.

El asesino se agachó para hacerse con el cuchillo largo.

—Ah, una cosa, capitán...

El hombre, abrazado a su mujer, volvió la mirada legañosa hacia él.

—¿Qué?

—Sería mejor cambiar de nombre... Oficialmente, me refiero. No querría acabar en galeras si me descubren en Aren. Ciertamente, Kalam es un nombre bastante común, pero siempre existe la posibilidad de que alguien me reconozca.

—¿Eres tú ese Kalam? Dijiste el noveno, ¿verdad? ¡Por el aliento del Embozado! —Si el capitán tenía pensado decir algo más, no pudo, puesto que de pronto le temblaron las rodillas. Tras un gemido de dolor, la mujer lo ayudó a

sentarse, y dirigió una mirada asustada a la hermana y, luego, a Kalam.

Los dos muchachos, uno de unos siete años y el otro de apenas cuatro, se movieron con una precaución exagerada hacia el hombre inconsciente y a su esposa. Al verlos, ella abrió sus brazos y la abrazaron.

—Lo arrollaron —explicó Minala—. Uno de los bandidos lo arrastró con el caballo. Sesenta pasos después, logró soltarse.

Las mujeres que vivían en las guarniciones eran furcias o esposas, de modo que Kalam albergaba pocas dudas respecto a Minala.

—¿También tu esposo servía en la compañía?

—La mandaba, pero murió.

A juzgar por la escasa emoción de su voz, podría haberse tratado de un comentario acerca del tiempo. Kalam comprendió que la mujer ejercía en ese momento un férreo control de sus propias emociones.

—¿Y el capitán es tu cuñado?

—Se llama Keneb. Ya conoces a mi hermana Selv. El mayor es Kesen, y el pequeño se llama Vaneb.

—¿Sois de Quon?

—De eso hace mucho.

No es de las que hablan. El asesino miró a Keneb.

—¿Vivirá?

—No lo sé. De vez en cuando se le enturbia el entendimiento. Sufre de ceguera temporal.

—¿Le cuesta vocalizar, flojera en el rostro?

—No.

Kalam se acercó al caballo y tomó las riendas.

—¿Adónde vas? —preguntó Minala.

—Atrás quedó uno de los bandidos, de guardia con la comida, el agua y los caballos, y vamos a necesitar de todo

ello.

—En tal caso, iremos todos.

Kalam quiso discutirse, pero Minala levantó la mano.

—Piénsalo, cabo. Tenemos los caballos de los bandidos. Podemos montar, todos nosotros podemos. Los muchachos aprendieron a hacerlo antes que a caminar. ¿Y quién nos protegerá cuando te hayas marchado? ¿Qué sucedería si resultaras herido al enfrentarte a ese último bandido? —Se volvió a su hermana—. Vamos a subir a Keneb a la silla, Selv, ¿de acuerdo?

La hermana asintió.

—Pero dejad al guardia en mis manos —negoció Kalam.

—Lo haremos. Por lo visto, tienes cierta reputación, a juzgar por cómo ha reaccionado Keneb.

—¿Fama o notoriedad?

—Espero que nos cuente algo más cuando vuelva en sí.

Pues yo espero que no lo haga. Cuanto menos sepan sobre mí, mejor.



Aún faltaba una hora para que saliera el sol cuando Kalam levantó la mano para detener la marcha.

—Ese lecho del río —susurró, señalando al cauce seco que se encontraba a unos mil pasos de distancia—. Vosotros esperadme aquí. No tardaré.

Kalam aferró el mejor de los arcos cortos que habían pertenecido a los bandidos, y escogió dos de las flechas que estaban en condiciones más óptimas.

—Carga esa ballesta —pidió a Minala—. Por si acaso el negocio se torciera.

—¿Y cómo lo sabré?

El asesino se encogió de hombros.

—En las entrañas. —Miró a Keneb. El capitán permanecía sentado a horcajadas, bocabajo en la silla, inconsciente. Mal asunto. Las heridas en la cabeza siempre resultaban impredecibles.

—Aún respira —dijo en voz baja Minala.

Vio el fulgor del fuego mucho antes de llegar a la hierba alta que bordeaba la orilla. No parecían alerta, lo que era una buena señal. Pero las voces que oyó no lo eran. Se pegó al suelo y se deslizó hacia delante, con la hierba cubierta de rocío en el estómago.

Había llegado otro grupo de jinetes. Llevaban obsequios. Kalam vio los cuerpos inmóviles y despatarrados de cinco mujeres tendidos en el campamento. Las habían violado y luego las habían asesinado. Además del guardia de Bordu había siete hombres más, sentados todos alrededor del fuego. Iban bien armados y enfundados en armaduras de cuero hervido.

El guardia de Bordu pronunciaba doce palabras por cada aliento.

—No cansará a los caballos. Así que los prisioneros vendrán a pie. Dos mujeres, dos niños. Como te dije. Bordu planea con cuidado estas cosas. Y el caballo valdrá el rescate de un príncipe. Pronto lo veréis...

—Bordu nos regalará el caballo —gruñó uno de los recién llegados. No fue una pregunta, sino una orden.

—Pues claro que sí. Y también uno de los niños. Bordu es un comandante generoso, señor. Muy generoso...

Señor. Por tanto, se trataba de auténticos soldados del torbellino.

Kalam se dispuso a retroceder, pero titubeó. Al cabo, recaló su mirada en los cadáveres de las mujeres

asesinadas y masculló una silenciosa maldición.

Un chasquido sonó casi a la altura del hombro. El asesino permaneció inmóvil, tieso, antes de volver lentamente la cabeza. La aptoriana permanecía agazapada junto a él, la cabeza gacha, con un largo hilo de baba en la mandíbula. Pestañeó como si quisiera darle a entender que sabía lo que se proponía hacer.

—¿Esta vez sí? —susurró Kalam—. ¿O has venido a mirar?

Naturalmente, el demonio nada reveló.

Kalam escogió la mejor de las dos flechas, humedeció la punta de los dedos y, con ellos, las plumas que servían de guías. Poco beneficio le reportaría una planificación cuidadosa. Tenía que matar a ocho hombres.

Oculto aún por la hierba alta, se incorporó con las rodillas flexionadas y tiró de la cuerda del arco al tiempo que tomaba aire. Así estuvo un largo instante.

Fue el disparo que necesitaba. La flecha penetró en el ojo izquierdo del comandante y fue derecha a la parte posterior del cráneo. La punta de acero produjo un audible crujido al morder el hueso. La cabeza del hombre cayó hacia atrás, y el yelmo con el que se tocaba salió volando.

Kalam tomaba la segunda flecha antes de que el cuerpo se hubiera posado en el suelo. Escogió al hombre que fue el primero en reaccionar, un guerrero de gran tamaño que le daba la espalda.

La flecha voló alta, traicionado el disparo por la mala factura del asta. Se hundió en el hombro derecho del guerrero, desviada después por el omóplato hasta clavarse finalmente en el borde del yelmo. Pero la suerte de Kalam no le traicionó una segunda vez, y el hombretón se desplomó sobre el fuego, muerto al instante. Saltaron

chispas al engullir el cuerpo las llamas, y la oscuridad extendió su negro manto.

El asesino soltó el arco y se acercó rápidamente a los hombres asustados que gritaban. Con un puñado de cuchillos en la mano derecha, Kalam fue escogiendo a sus objetivos. La mano izquierda se hizo borrón al arrojar el primero de ellos. Uno de los guerreros lanzó un grito, pero otro reparó en la posición del asesino.

Kalam desenvainó el cuchillo largo y la daga. La espada de hoja curva reflejó la poca luz de las estrellas sobre su cabeza. Se agachó, cerró un paso y acuchilló al hombre bajo la barbilla. Puesto que no había hueso que detuviera el arma, pudo retirar la hoja de inmediato, a tiempo de parar una estocada, dar otro paso y hundir la larga hoja del cuchillo en la garganta de su oponente.

La hoja de otra espada rozó sus hombros, mal encaminado el golpe para morder la malla que ocultaba Kalam bajo la telaba. Giró sobre sus talones y, con un golpe de revés, abrió la mejilla y la nariz del atacante, que trastabilló.

El asesino lo apartó de una patada. Los tres guerreros seguían dispuestos a luchar, así como el guardia de Bordu; todos ellos retrocedieron para reagruparse. A juzgar por su reacción, estaban convencidos de que eran atacados por un pelotón de soldados. Kalam quiso aprovechar el hecho de que auscultaran las sombras para rematar al hombre al que había cortado la cara.

—¡Dispersaos! —voceó uno de los guerreros—. Jelem, Hanor, a por las ballestas...

Esperar a que se armaran sería suicida. Kalam emprendió el ataque y se arrojó al hombre que había asumido el mando. Este retrocedió como pudo, y con la espada intentó defender las fintas que ejecutaba el asesino

con la esperanza de descubrir en una de ellas un ataque de verdad. Luego el instinto lo hizo abandonar semejante esfuerzo y pasar al contraataque.

Precisamente eso era lo que había estado esperando el asesino. Aferró la muñeca del hombre cuando lanzaba un tajo, pero lo hizo con la punta de la daga. Inmovilizado el brazo del arma, el guerrero lanzó un grito de dolor y soltó la espada.

Kalam hundió el cuchillo largo en su pecho, se agachó y se volvió para evitar la carga del guardia de Bordu. Aquel movimiento no constituyó una sorpresa, puesto que el asesino no esperaba que el otro tuviera tanto coraje. Tenía cerca la muerte. Asentó los pies muy cerca del guardia, y eso fue lo que le salvó. Kalam lanzó una estocada baja que alcanzó al otro bajo el cinto, y el brazo del asesino se cubrió de sangre caliente. El guardia gritó, se dobló sobre la cintura y atrapó tanto el cuchillo como la mano que lo empuñaba.

El asesino dio el arma por perdida y rodeó al guardia.

Los dos guerreros que quedaban permanecían agazapados a nueve pasos de distancia. Cargaban las ballestas. Las armas eran de factura malazana, de reglamento para las tropas de asalto, y ambos demostraron una total falta de conocimiento de los mecanismos de carga. El propio Kalam era capaz de cargarlas en un latido de corazón.

Y no les proporcionó tanto tiempo. Cerró sobre ellos en un suspiro. Uno seguía intentando cargar el proyectil, pero la cercanía del enemigo y el terror que le inspiraba hicieron flaco favor a sus esfuerzos y el virote cayó al suelo. El otro se deshizo de la ballesta con un gruñido y tiró de la espada de hoja curva a tiempo de encarar la carga de Kalam. Tenía ventaja tanto por la extensión como por el peso del arma,

pero de nada le sirvieron cuando la súbita pérdida de coraje le dejó petrificado.

—Por fa...

No había pronunciado la última sílaba cuando Kalam apartó la espada y lanzó un certero tajo con el filo del cuchillo largo que abrió la garganta del guerrero. No cesó ahí la inercia del tajo, pues con un giro de muñeca se transformó también en una estocada dirigida al costado del otro, estocada que atravesó su pecho, el peto de cuero hervido, la piel, para hundirse entre las costillas y terminar su andadura en el pulmón. El guerrero cayó al suelo, entre toses. El asesino acabó con él con otra estocada.

Tras los gemidos del guardia de Bordu solo había silencio. Procedente de unos árboles bajos, a treinta pasos río abajo, llegaron los primeros trinos de los pájaros que despertaban al alba. Kalam hincó una rodilla en el suelo y llenó de aire fresco, dulce, los pulmones.

Oyó el rumor de los cascos de un caballo descender por la orilla sur. Al volverse, vio a Minala. La ballesta en sus manos pasaba de un cadáver a otro mientras comprobaba el terreno; finalmente, se relajó al clavar una mirada sorprendida en Kalam.

—Cuento ocho.

El asesino, falto aún de aire, asintió. Extendió el brazo y limpió la hoja y la empuñadura del cuchillo largo en la telaba de su última víctima. Luego comprobó el filo del arma antes de envainarla.

Finalmente el guardia de Bordu dejó de gritar.

—Ocho.

—¿Cómo está el capitán?

—Despierto. Aturdido, puede que con fiebre.

—Hay otro claro a unos cuarenta pasos al este de aquí —dijo Kalam—. Sugiero que acampemos lo que queda del día.

Necesito dormir un poco.

—Sí.

—Tendremos que apartar los cadáveres de este campamento.

—Déjalo en manos de Selv y en las mías. No nos asustamos con facilidad. ¿Alguna cosa más?

Con un gruñido, el asesino se levantó, dispuesto a recuperar las demás armas que le pertenecían. Minala lo observó.

—Había otros dos —dijo.

Kalam levantó la mirada.

—¿Cómo?

—Cuidaban de los caballos. Están... —continuó diciendo, con una expresión desconcertada en el rostro—. Los despedazaron. Descuartizados... Faltan partes de sus cuerpos. Los cadáveres muestran dentelladas.

El asesino volvió a gruñir y se levantó lentamente.

—No había comido mucho últimamente —murmuró.

—Puede que sea un oso de la llanura, de los grandes y pardos. Se aprovecharía de las rocas para emboscarlos. ¿Oíste relinchar a los caballos?

—Puede que sí. —Estudió atentamente la expresión de su rostro, preguntándose qué ocultaban aquellos ojos que casi parecían de plata.

—Yo no, pero hubo mucho griterío y el sonido se comporta de forma extraña en los cauces de estos ríos. En fin, eso tendrá que servirnos de explicación, ¿no crees?

—Tendrá, sí.

—Bien. Volveré junto a los demás. No tardaré mucho.

Volvió grupa sin recurrir a las riendas, puesto que empuñaba aún la ballesta en las manos. Kalam no estaba seguro de cómo se las apañaba ella para hacer algo así. Recordó cómo se había escondido apoyada en un estribo

horas antes, el modo en que había danzado entre las sillas.
Esa mujer sabe cómo montar a caballo.

Mientras esta cabalgaba por la orilla, el asesino inspeccionó el macabro campamento.

—Por el Embozado que necesito descansar.



—Kalam, que cabalgó con Whiskeyjack a través de Raraku... —El capitán Keneb sacudió la cabeza y atizó el fuego.

Anocheecía. El asesino acababa de despertar de un largo sueño. La primera hora de vigilia nunca era muy agradable. Le dolían las articulaciones, las heridas antiguas... Vamos, que los años lo alcanzaban cuando dormía. Selv había preparado un té fuerte y sirvió una taza a Kalam. Este contempló las llamas moribundas.

—Jamás creí posible que un solo hombre pudiera matar a ocho en cuestión de minutos.

—Kalam fue reclutado por la Garra —explicó Keneb—. Un hecho peculiar. Por lo general suelen hacerlo cuando son niños, los adiestran...

—¿Que los adiestran? —gruñó el asesino—. Los adoctrinan. —Levantó la mirada hasta Minala—. Atacar a un grupo de guerreros no es tan imposible como crees. Cuando uno ataca en solitario, sabe que nadie más hará el primer movimiento. Ocho, diez hombres... En fin, todo el mundo supone que se limitan a acercarse y a hacerte pedazos. Pero ¿quién es el primero en mover pieza? Se quedan parados, buscan una brecha. Mi trabajo consiste en mantenerme en movimiento, asegurarme de cerrar todas

las brechas antes de que puedan reaccionar. Piénsalo, un buen veterano de pelotón sabe cómo se trabaja en grupo...

—O sea, que tuviste suerte y ellos no.

—Tuve suerte.

El mayor de los hijos del capitán, Kesen, preguntó:

—¿Podrías enseñarme cómo luchar de ese modo, cabo?

—Espero que tu padre tenga en mente una vida mejor para ti, muchacho —respondió Kalam—. El combate es para quienes han fracasado en todo lo demás.

—Pero luchar no es lo mismo que la vida de soldado —apuntó Kenéb.

—Es un hecho —se mostró de acuerdo el asesino, percibiendo que había herido los sentimientos del capitán—. Los soldados merecen respeto, y es cierto que a veces es necesario luchar. Así que, muchacho, si aún quieres aprender a luchar, aprende antes a ser un soldado.

—En otras palabras, que escuches a tu padre —dijo Minala, que dedicó a Kalam una fugaz sonrisa irónica.

Atendiendo a un gesto o mirada que pasó desapercibida al asesino, Selv se levantó y animó a los muchachos a levantar el campamento. En cuanto se hubieron alejado, Kenéb dijo:

—Aren se encuentra a... ¿Qué? ¿A tres meses de distancia? Por el aliento del Embozado, tiene que haber una ciudad o plaza ocupada por malazanos que esté más cerca que Aren, cabo.

—A juzgar por las noticias que he oído, la cosa está muy mal —respondió Kalam—. Al sur de aquí las tierras hasta el río Vathar están en poder de las tribus. Ibaryd se encuentra cerca del río, pero supongo que ha caído en manos del Apocalipsis de Sha'ik. Es un puerto demasiado valioso para no asegurarlo. En segundo lugar, doy por sentado que todas

las tribus entre este lugar y Aren han emprendido la marcha para unirse a Kamist Reloe.

—¿Reloe? —preguntó el veterano, sorprendido.

—Los bandidos comentaron que se encuentra al sudeste de aquí —dijo Kalam con el entrecejo fruncido.

—Más al este que al sur. Reloe persigue al puño Coltaine y al Séptimo Ejército. Probablemente los haya barrido a estas alturas, pero aun así sus fuerzas se concentran a oriente del río Sekala, y ese es el territorio que ha sido llamado a mantener.

—Estás mucho más al corriente de todo esto que yo —dijo el asesino.

—Teníamos sirvientes tithansi —explicó Minala—. Leales.

—Pagaron por su lealtad con la vida —añadió el capitán.

—En tal caso, ¿hay un Ejército del Apocalipsis al sur de aquí?

Keneb asintió.

—Así es, y se dispone a marchar sobre Aren.

—Oye, capitán, ¿has oído mencionar por ahí la palabra «jhistal»? —preguntó, ceñudo, Kalam.

—No, no en Siete Ciudades. ¿Por qué?

—Los bandidos hablaron de un jhistal dentro de Aren. Como si fuera un nudillo afeitado. —Guardó silencio unos instantes, luego suspiró—. ¿Quién manda este ejército?

—Ese cabrón de Korbolo Dom.

—Pero si es un puño...

—Lo era hasta que se casó con una lugareña que resultó ser hija del último protector sagrado de Halaf. Se ha declarado en rebeldía, y tuvo que ejecutar a la mitad de la legión por negarse a unirse a él. La otra mitad renegó del uniforme imperial, los soldados se convirtieron en una compañía mercenaria y aceptaron el contrato que les ofreció Korbolo. Fue esa compañía la que nos atacó en

Orbal. Se hacen llamar la Legión del Torbellino, o algo parecido. —Keneb se levantó para apagar las ascuas, que esparció a patadas—. Entraron como aliados. No sospechábamos nada.

El asesino tuvo la sensación de que no le contaba todo lo sucedido.

—Recuerdo a Korbolo —masculló.

—Ya me pareció que lo harías. Fue el reemplazo de Whiskeyjack, ¿verdad?

—Durante un tiempo, sí. Después, Raraku. Excelente táctico, pero demasiado sediento de sangre para mi gusto. Y también para el de Laseen, razón por la cual lo destinaron a Halaf.

—Y en lugar de ascenderle, ascendieron a Dujek. —El capitán rió—. A quien ahora han proscrito.

—He ahí una injusticia de la que te hablaré algún día —dijo Kalam al levantarse—. Deberíamos partir. Esos jinetes podrían tener amigos en los alrededores.

Sintió la mirada de Minala mientras preparaba el caballo, mirada que aguantó inmutable. El marido había muerto hacía apenas veinticuatro horas. Un ancla perdida. Kalam era un extraño que había asumido el mando, a pesar de que el cuñado lo superaba en rango. Minala debía de haber pensado por primera vez en mucho tiempo que tenían una oportunidad de sobrevivir si lo acompañaban. Era una responsabilidad que no le resultaba muy halagüeña. *Aun así, siempre he apreciado a las mujeres capaces. Solo que su interés, tan inmediato tras la muerte de su marido, es como una flor viva en un troncho de flores muertas. Atractiva, pero no por mucho tiempo.* Era capaz, pero si la dejaba, sus propias necesidades terminarían minando esa capacidad. *No sería bueno para ella. Además, si permito que siga adelante, perderá el atractivo que*

despertó mi interés en un principio. Mejor dejarla sola. Mejor mostrarme distante.

—Cabo Kalam —dijo Minala a su espalda.

—¿Qué?

—Esas mujeres. Creo que deberíamos enterrarlas.

El asesino titubeó. Luego volvió a ocuparse de las cinchas del caballo.

—No hay tiempo —gruñó—. Preocúpate por los vivos, no por los muertos.

—Lo estoy —replicó ella con una nota de dureza en la voz—. Hay dos muchachos a quienes debo recordar qué supone el respeto.

—No es el momento. —De nuevo se volvió hacia ella—. El respeto no los ayudará si caen muertos, o si les sucede algo aún peor. Ocúpate de que todos estén listos para cabalgar, y ve a por tu caballo.

—El capitán es quien da aquí las órdenes —dijo ella, pálida.

—No con la cabeza hecha una ruina; además, no deja de comportarse como si anduviéramos de excursión. Fíjate en la cara que pone cuando vuelve en sí. Lleva grabado el miedo en los ojos. Y ahora quieres añadir otro peso al que ya carga a cuestas ese hombre. Basta con un empujoncito para que se refugie en el fondo de su mente, y entonces, ¿de qué sirve? ¿De qué nos sirve?

—Bien. —Minala giró sobre sus talones y se marchó a buen paso.

La vio alejarse. Selv y Keneb se encontraban de pie junto a los caballos, demasiado lejos para haber escuchado nada, pero demasiado cerca para saber qué oscuras aguas habían salpicado a Minala y al asesino. Al cabo de un instante, los muchachos aparecieron ante sus ojos montados en un solo caballo; el chico de siete años iba delante, erguido y con los

brazos del pequeño alrededor de la cintura. Ambos parecían mayores de lo que eran.

Respeto la vida. Claro. La otra lección que deben aprender es lo barata que puede venderse esa vida. Quizás una cosa derive de la otra, en cuyo caso no van desencaminados.

—Listos —anunció Minala con cierta frialdad.

Kalam montó. Observó la creciente oscuridad. *Mantente cerca, aptoriana. Pero no demasiado.*

Cabalgaron lejos del lecho del río a la herbosa Odhan con Kalam en cabeza. Por suerte, el demonio era algo tímido.



Una ola los alcanzó por el costado de babor como una pared densa y pegajosa que pareció saltar por la regala y caer en cubierta como un alud de barro. El agua se escurrió del cieno en cuestión de segundos, dejando a Felisin y a los demás en la cubierta principal sumidos hasta las rodillas en aquel apestoso barro. La pirámide de cabezas se convirtió en una pila informe.

Heboric llegó hasta ella a rastras, el rostro color ocre.

—¡Este cieno! —protestó antes de hacer una pausa para escupir—. ¡Mira qué tiene dentro!

Se sentía tan desdichada que apenas tuvo fuerzas para responder a la petición; sin embargo, extendió la mano y cogió un puñado de cieno.

—Parece estar lleno de semillas —dijo—. Y de plantas podridas...

—¡Sí! Semillas de hierba y restos, ¿no lo ves, moza? No es el fondo del mar. Es una pradera. Inundada. Esta senda está inundada. Y no hace mucho de ello.

Gruñó, incapaz de compartir esa sensación de alegría que al antiguo sacerdote parecía proporcionarle el descubrimiento.

—¿Y eso es una sorpresa? No se puede gobernar un barco en una pradera, ¿verdad?

Él la miró con los ojos entornados.

—Tienes algo ahí, Felisin.

Sentía inquieto el cieno de las rodillas, como si se arrastrara incapaz de quedarse inmóvil. Hizo caso omiso del antiguo sacerdote y se dirigió al castillo de popa. La ola había llegado tan alto. Gesler y Tormenta gobernaban la rueda; necesitaban de las cuatro manos para mantener el rumbo. Kulp andaba cerca, esperando a relevar a cualquiera de ellos cuando les fallaran las fuerzas. Había estado esperando el tiempo suficiente para caer en la cuenta de que Gesler y Tormenta se habían enzarzado en una pelea de orgullo, pues ni uno ni otro quería ser el primero en rendirse. Las sonrisas torcidas confirmaron las sospechas de Felisin. *¡Idiotas! Ambos caerán al mismo tiempo y el mago tendrá que gobernar la rueda él solo.*

El cielo seguía temblando sobre ellos, descargando rayos en todas direcciones. La superficie del mar resistía el aullido del viento, el agua cubierta de barro formaba un oleaje turgente que parecía no querer ir a ninguna parte. Los remeros decapitados seguían remando sin pausa ni descanso, aunque una docena de remos se habían partido, y los palos astillados mantenían el ritmo, igual que lo hacían los remos que bogaban. El tambor seguía tocando, en respuesta al trueno que retumbaba en lo alto con su mesurada paciencia impenetrable.

Llegó a los escalones y subió para librarse del barro. Entonces, se detuvo sorprendida. El cieno había abandonado su piel como si estuviera dotado de vida, había resbalado por sus piernas para reunirse al estanque tembloroso que cubría la cubierta principal.

Agazapado cerca del palo mayor, Heboric gritó alarmado, los ojos puestos en el barro que lo rodeaba a medida que temblaba y temblaba y temblaba.

—¡Hay algo aquí dentro!

—¡Aquí, ven aquí! —voceó Verdad desde la escala del castillo de proa, al tiempo que extendía la mano. Baudin le ayudó al aferrarle del otro brazo para evitar que cayera al barro—. ¡Aprisa! ¡Está saliendo algo!

Felisin subió otro peldaño.

El barro se transmutaba, fundiéndose hasta dar pie a formas humanas. Aparecieron espadas de piedra, unas grises, otras rojo oscuro calcedonia. El pelaje sucio surgió de pronto sobre los hombros huesudos. Los yelmos de hueso relucieron de oro y color pardo, brillantes, cráneos de bestias que Felisin no podía imaginar siquiera que existieran. El pelo grasiento se hizo visible, negro en su mayor parte, castaño también. El barro no se escurrió de los cuerpos, más bien se metamorfoseó. Aquellas criaturas eran una con el barro.

—¡T'lan imass! —advirtió Kulp desde el lugar donde se aferraba al palo de mesana. El Silanda se balanceaba con fuerza—. ¡T'lan de Logros!

Eran seis. Todos vestían pieles, a excepción de una, que era más pequeña que los otros y que fue la última en aparecer. Iba cubierta de plumas grasientas y raídas de aves multicolor, y su cabello largo era gris y cubierto de vetas rojas. De la podrida camisa de piel colgaban adornos

de valva, cuerno y hueso, pero no parecía que fuera armada.

Los rostros eran macilentos, los huesos que asomaban a la superficie eran robustos. Las cuencas de los ojos eran negros pozos. Los restos nudosos de las barbas permanecían en su lugar, excepto en lo que a la de cabello plateado respectaba, la misma que se envaró al encarar a Kulp.

—Hazte a un lado, siervo del Encadenado, hemos venido a por los nuestros y por los tiste edur. —Era la voz de una mujer que habló en lengua malazana.

Otro de los t'lan imass se volvió a la de pelo argénteo. Era, con mucho, el de mayor tamaño del grupo. Las pieles que botaron sobre sus hombros provenían de alguna especie de oso, los pelos eran plateados.

—Los adoradores mortales son un mal en sí mismos —dijo con desidia—. También deberíamos matarlos.

—Y lo haremos —dijo la otra—. Pero lo nuestro es lo primero.

—No hay nadie de los vuestros aquí —dijo Kulp, agitado—. Y los tiste edur han muerto. Id a verlo con vuestros propios ojos. En la cabina del capitán.

La mujer t'lan imass inclinó la cabeza. Dos de sus acompañantes se dirigieron a la escotilla. Entonces, ella se volvió a Heboric, que se hallaba de pie junto al pasamanos del castillo de proa.

—Advierte al mago unido a ti. Es una herida. Y se extiende. Hay que detenerla. Es más, dile a tu dios que tales juegos lo ponen en gran peligro. No permitiremos que semejantes males azoten las sendas.

Felisin rompió a reír, una risa histérica.

Como uno solo, los t'lan imass se volvieron para mirarla.

Ella pestañeó al verse escudriñada por aquellas miradas vacías. Luego hizo acopio de fuerzas para serenarse.

—Puede que seáis lo bastante inmortales y poderosos para amenazar al dios Jabalí —dijo—, pero aún no habéis entendido una cosa.

—Expílicate —dijo la mujer.

—Pregúntaselo a quien le importe —replicó Felisin, respondiendo a la mirada honda, sorprendida de no arredrarse ante ella.

—Ya no soy sacerdote de Fener —dijo Heboric, que levantó ambos muñones—. Si el dios Jabalí se encuentra aquí, entre nosotros, no soy consciente de ello ni me interesa, la verdad. El hechicero que cabalga esta tormenta nos persigue, pretende destruirnos. No sé por qué.

—Es la locura de la otataralita —dijo la mujer.

Volvieron a cubierta los dos imass que habían bajado a inspeccionar la cabina del capitán. Aunque no se cruzaron palabras en voz alta, la mujer asintió.

—Están muertos, pues. Y nuestra especie ha partido. Debemos reemprender la caza. —Se volvió a Heboric antes de añadir—: Pondré mis manos sobre ti.

Felisin rió de nuevo.

—Eso le hará muy feliz.

—Cállate, niña —gruñó Kulp al pasar junto a ella para bajar a la cubierta principal—. No somos siervos del Encadenado —dijo—. Por el aliento del Embozado, ¿a quién te refieres? Es igual, ni siquiera quiero saberlo. Nuestra presencia en este barco se debe a un accidente, no al designio de...

—No pudimos prever que esta senda se vería inundada —dijo la mujer.

—Se dice que podéis cruzar océanos —murmuró el mago, ceñudo. Felisin comprendió que al mago le costaba

seguir las afirmaciones de los t'lan imass. A ella, también.

—Podemos cruzar extensiones de agua —reconoció la mujer—. Pero solo podemos dar forma a nuestros cuerpos en tierra.

—De modo que, al igual que nosotros, subisteis a bordo para secaros los pies...

—Y para completar nuestra labor. Perseguimos a los renegados.

—Si estuvieron aquí, se han ido —aseguró Kulp—. Antes de que nosotros llegáramos. Eres una invocahuesos.

La mujer inclinó la cabeza.

—Hentos Ilm, de los t'lann imass de Logros.

—Y Logros ya no sirve al Imperio de Malaz. Me alegra comprobar que te mantienes ocupada.

—¿Por?

—Por nada, por nada. —Kulp miró al cielo—. Parece que se ha calmado un poco.

—Nos percibe —dijo Hentos Ilm. De nuevo se volvió a Heboric—. Tu zurda está en equilibrio, es verdad. La otataralita y un poder desconocido para mí. Si el mago de la tormenta sigue haciendo acopio de poder, la otataralita se impondrá, y también tú descubrirás cuál es el sabor de la locura.

—Quiero librarme de ella —gruñó Heboric—. Por favor.

Hentos Ilm se encogió de hombros y se acercó al antiguo sacerdote.

—Debemos acabar con el de los cielos. Y luego hemos de intentar cerrar la herida de la senda.

—En otras palabras —apuntó Felisin—, que no se tomarán la molestia, viejo.

—Invocahuesos —dijo Kulp—. ¿Qué senda es esta?

Hentos Ilm siguió atenta a Heboric.

—Ancestral. Kurald Emurlahn.

—He oído hablar de Kurald Galain, la senda tiste andii.

—Esta es tiste edur. Me sorprendes, mago. Eres de Meanas Rashan, ramificación accesible a los humanos de Kurald Emurlahn. La senda que empleas fue alumbrada por este lugar.

Kulp miraba ceñudo la espalda de la invocahuesos.

—Esto no tiene sentido. Meanas Rashan es la senda de Sombra. De Ammanas y Cotillion, y de los mastines.

—Antes de Tronosombrío y Cotillion existían los tiste edur —dijo Hentos Ilm. La invocahuesos extendió la mano a Heboric—. Te tocaría.

—Adelante.

Felisin observó que colocaba la palma de su marchita mano en el pecho del antiguo sacerdote. Un instante después, se apartó y le dio la espalda, como si pretendiera ignorarle. Entonces, se dirigió al t'lan imass que había hablado antes.

—No tienes clan, Legana Estirpe.

—No tengo clan —admitió este.

La mujer señaló a Kulp.

—Mago. No hagas nada.

—¡Aguarda! —exclamó Heboric—. ¿Qué has percibido en mí?

—A pesar de que estás separado de tu dios, él continúa utilizándote. No veo ningún otro propósito en tu existencia.

Felisin contuvo un comentario hiriente. *Esta vez, no.* Reparó en el modo que Heboric se hundió de hombros, como si una parte vital de su existencia le hubiera sido arrancada del pecho. Se había aferrado a algo que la invocahuesos acababa de declarar muerto. *Me quedo sin cosas para herirlo. Quizás eso me lleve a abandonar semejante empeño.*

Hentos Ilm echó la cabeza hacia atrás y empezó a disolverse cuando el polvo que conformaba su ser se tornó torbellino. Al cabo, se alzó en espiral al cielo y se desvaneció en las nubes bajas que bullían en lo alto.

Restalló el trueno seguido del fogonazo del relámpago, golpe de dolor en el oído de Felisin. Entre sollozos, cayó de rodillas al suelo. Los demás sufrieron de igual modo, con la excepción de los restantes t'lan imass, que siguieron de pie con aparente indiferencia. El Silanda cabeceó. Entonces se vino abajo la pirámide que formaban las cabezas enfangadas que había junto al palo mayor, rodaron y dieron botes por cubierta.

Los t'lan imass se giraron atentos cuando sucedió esto, al desnudo de pronto las espadas. El trueno retumbó en las nubes cargadas de tormenta, y de nuevo se estremeció el día. El llamado Legana Estirpe extendió la mano para asir una de las cabezas por el cabello largo y negro. Pertenecía a una mujer tiste andii.

—Sigue con vida —dijo el guerrero no muerto, cuyo tono de voz delató una nota de sorpresa—. Kurald Emurlahn, la hechicería ha encerrado sus almas en la carne.

Un grito lejano reverberó procedente de las nubes, un sonido cargado de desesperación y, también, de una desapacible liberación. Las nubes se deshicieron en todas direcciones, convertidas apenas en meras volutas. La tormenta había desaparecido, así como el hechicero enloquecido.

Felisin se agachó cuando algo alado pasó sobre su cabeza, dejando a su paso un olor rancio. Al levantar la mirada vio de nuevo en cubierta a Hentos Ilm, frente a Legana Estirpe. Ninguno de ellos se movió un ápice, lo que sugería la existencia de una conversación silenciosa.

—Por el aliento del Embozado —masculló Kulp junto a Felisin. Esta se volvió hacia él. El mago, pálido como la cera, oteaba el cielo, y ella siguió el recorrido de su mirada.

Una lesión vasta y negra bordeada de rojo sangre, grande como una luna, mutilaba el cielo ámbar. Fuera lo que fuese que se filtraba por ella parecía pasar por Felisin a través de los ojos, como si el simple acto de mirar bastara para verse infectada por una enfermedad que se extendería por la carne. *Como el veneno de una mosca de sangre.* Lanzó un quejido y con cierta desesperación hizo lo posible por apartar la mirada.

Kulp seguía observando el fenómeno, su rostro más y más marchito, la boca colgando lánguida. Felisin le dio un golpe en las costillas.

—¡Kulp! —Este no respondió y ella lo golpeó de nuevo.

Gesler llegó de pronto a su lado y cubrió los ojos de Kulp con el brazo.

—¡Maldita sea, mago, líbrate de una vez!

Kulp forcejeó antes de relajarse. Ella vio cómo asentía.

—Suéltalo —dijo Felisin al cabo de la guardia costera.

En cuanto Gesler aflojó la presión, el mago se volvió a Hentos con voz agitada, ronca.

—A esa herida te referías, ¿verdad? Pues se está extendiendo, así lo percibo, y lo hace como una enfermedad.

—Un alma debe cerrarla —dijo la invocahuesos.

Legana Estirpe estaba en movimiento. Todas las miradas siguieron sus pasos mientras se dirigía a la escala del castillo de popa, subió por ella y se plantó ante Tormenta. El veterano no retrocedió un paso.

—Vaya —murmuró el infante de marina—, es lo más cerca que he estado. Con una vez, basta.

El t'lan imass levantó la espada de piedra.

—Alto —gruñó Gesler—. Si necesitas un alma para taponar esa herida... que sea la mía.

Legana Estirpe volvió la cabeza hacia él.

Gesler apretó con fuerza la mandíbula y asintió.

—Insuficiente —decidió Hentos Ilm.

Legana Estirpe encaró de nuevo a Tormenta.

—Soy el último de mi clan —rugió—. L'echae Shayn desaparecerá. Este arma es nuestra memoria. Llévala, mortal. Asume su peso. La piedra ansía sangre a todas horas. —Y tendió al infante de marina la espada cuya hoja medía cerca de un metro.

Tormenta la aceptó con rostro inexpresivo. Felisin vio los músculos de los antebrazos al tensarse cuando asumió el peso y la empuñó.

—Ahora —ordenó Hentos Ilm.

Legana Estirpe dio un paso atrás y se convirtió en una nube de polvo. La columna giró sobre sí. El aire a su alrededor tembló, lo hizo antes de dejarse arrastrar al torbellino. Al cabo de un instante, el viento cayó y Legana Estirpe desapareció. El resto de los t'lan imass se volvieron y alzaron la mirada al cielo.

Felisin nunca tuvo la certeza de si solo había sido el fruto de su imaginación, pero el caso es que vio al t'lan imass recuperar su forma antes de golpear el corazón de la herida, figura de una insignificante pequeñez que desapareció engullida por la negra oscuridad. Poco después, los bordes de la herida parpadearon, y unas ondas imperceptibles surgieron de ella al exterior. Finalmente, la herida empezó a cerrarse.

Hentos Ilm siguió contemplando el cielo. Al poco, asintió.

—Suficiente. La herida se ha cerrado.

Tormenta bajó lentamente la hoja de la espada de piedra hasta que apoyó la punta en cubierta.

Un soldado cansado, refugiado en el cinismo, otro descastado del Imperio. Estaba claramente superado por las circunstancias. «*Insuficiente*», *había dicho ella. Y así es.*

—Deberíamos marcharnos —dijo Hentos Ilm.

—¡Invocahuesos! —exclamó Tormenta.

—Legana Estirpe hizo uso de su derecho —dijo esta con evidente desprecio en la voz.

El infante de marina no cedió.

—Ese «puente» que ha tendido... Dime, ¿se trata de algo doloroso?

Hentos Ilm encogió sus huesos de forma audible, y esa fue su única respuesta.

—Tormenta —dijo Gesler en tono de advertencia; no obstante, su compañero sacudió la cabeza y bajó a la cubierta principal. Al acercarse a la invocahuesos, otro de los t'lan imass se interpuso entre ambos.

—¡Soldado! —voceó Gesler—. ¡Apártate!

Pero Tormenta tan solo retrocedió para disponer del espacio necesario para levantar la hoja del arma.

El t'lan imass que lo encaraba cerró distancias sobre él y con una rapidez sorprendente le aferró del cuello.

Entre maldiciones, Gesler pasó junto a Felisin con la mano en la empuñadura de la espada que ceñía. El cabo redujo el paso al ver que el t'lan imass se limitaba a sostener a Tormenta. El infante de marina permanecía inmóvil, de hecho, mientras cruzaba silenciosas palabras con el imass. Entonces, el guerrero no muerto aflojó la presa y retrocedió. La furia de Tormenta había arreciado. Hubo algo en el modo en que arqueó los hombros que a Felisin le recordó a Heboric.

Los cinco t'lan imass empezaron a disolverse.

—¡Aguarda! —gritó el mago—. En el nombre del Embozado, ¿cómo se sale de aquí?

Pero era demasiado tarde. Las criaturas habían desaparecido.

—¿Qué te ha dicho ese cabrón? —preguntó Gesler a Tormenta.

El soldado tenía los ojos húmedos, lo cual sorprendió a Felisin al volverse al cabo.

—Tormenta... —susurró Gesler.

—Dijo que había un gran dolor —murmuró—. Le pregunté por cuánto tiempo, y me respondió que por siempre. La herida se cierra a su alrededor, ¿comprendes? Ella no puede dar esa orden. No puede mandar hacer algo semejante. Él se prestó voluntario... —No pudo pronunciar una palabra más, pues se le cerró la garganta. Giró sobre los talones y se perdió de vista.

—Sin clan —dijo Heboric desde el castillo de proa—. Como si fuera inútil. Una existencia sin sentido...

Gesler descargó una patada en una de las cabezas que había desperdigadas en cubierta. El desigual estampido que hizo al caer seguía reverberando en la quietud del aire cuando preguntó en voz alta:

—¿Quién sigue queriendo vivir para siempre? —gruñó antes de escupir.

Habló entonces Verdad, y lo hizo con voz temblorosa.

—¿Nadie más lo ha visto? —preguntó—. La invocahuesos no... Estoy seguro, ella no...

—¿Qué estás diciendo, muchacho? —preguntó Gesler.

—Ese t'lan imass. La ató al cinto. Del cabello. La capa de piel de oso la ocultó.

—¿Qué dices?

—Que cogió una de las cabezas. ¿Nadie más lo vio?

Heboric fue el primero en reaccionar. Con una sonrisa torcida, saltó a la cubierta principal en dirección a la escala.

Cuando franqueó la escotilla, Kulp ya había bajado a la primera cubierta de remeros y desapareció de su vista.

Transcurrieron unos minutos.

Gesler, ceñudo, se reunió con Tormenta y el antiguo sacerdote.

Volvió Kulp.

—Uno de ellos está muerto al remo —dijo.

Felisin quiso preguntar qué significaba eso, pero un cansancio súbito se apoderó de ella. Miró a su alrededor hasta que reparó en Baudin. Se hallaba en la proa, dando la espalda a todo y a todos. Se preguntó qué motivaría su indiferencia. Falta de imaginación, supuso tras pensarlo unos instantes, conclusión que la hizo sonreír. Y así se acercó a él.

—Demasiadas emociones para ti, ¿eh, Baudin? —preguntó al llegarse a su lado.

—Los t'lan imass no traen más que problemas —dijo—. Siempre hubo un doble sentido en todo lo que hicieron, o puede que fuera triple o cuádruple. O cientos de ellos.

—Vaya, un matón capaz de opinar.

—Grabas todas tus convicciones en piedra, moza. Es natural que la gente siempre te sorprenda.

—¿Que me sorprenda? Ya nada me sorprende, matón. Todos nosotros estamos metidos en algo. Y habrá más, de modo que ya puedes olvidarte de huir de todo esto. No hay salida. No la hay.

—Sabias palabras, para variar —gruñó él.

—No me des coba —advirtió Felisin—. Estoy demasiado cansada para mostrarme cruel. Déjame dormir unas horas y volveré a ser la misma de siempre.

—A urdir modos de asesinarme, querrás decir.

—Me divierte.

Él guardó silencio un largo instante, los ojos en el horizonte, antes de volverse a ella.

—¿Has pensado alguna vez que lo que eres es aquello que te mantiene atrapada en el interior de sea lo que sea donde estés atrapada?

Ella pestañeó. Había un tono de sardónica opinión en sus ojos diminutos y brutales.

—No te sigo, Baudin.

—Oh, sí —sonrió él—. Claro que me sigues, moza.

CAPÍTULO 10



Una cosa es liderar con el ejemplo a media docena de soldados, y otra muy distinta hacerlo con diez millares de ellos.

La vida de Dassem Ultor
Duiker

Había transcurrido una semana desde que Duiker dio con el rastro que habían dejado los refugiados de Caron Tepasi. Pensó el historiador que obviamente habían sido empujados al sur, donde se habrían convertido en otro problema que añadir a la bamboleante ciudad móvil de Coltaine. No había nada más en aquella inmensa tierra baldía. La estación seca se había apoderado del tiempo, y en el cielo despejado el sol horadaba la hierba hasta volverla tiesa y quebradiza.

Habían pasado los días, pero Duiker aún no podía alcanzar al puño y al convoy de suministros. Las pocas veces que había llegado a ver la enorme nube de polvo, los jinetes tithansi de Reloe que hacían la descubierta habían impedido al historiador acercarse más.

De algún modo, Coltaine llevaba adelante a sus tropas, adelante, adelante hacia río Sekala. *¿Y desde allí? ¿Defenderá la posición, con el viejo vado en la retaguardia?*

Duiker cabalgaba en pos del convoy. Los restos de los refugiados fueron disminuyendo, pero cobraron un cariz

más doloroso: diminutas tumbas alrededor de los campamentos abandonados; huesos cortos de caballos y ganado esparcidos por doquier; el eje de un carro abandonado que señalaba el punto desde el que habían partido, y los restos del carro desmontado en busca de piezas de repuesto. También, las hediondas zanjales que habían servido de letrinas, cubiertas por nubes de moscas.

Aquellos puntos donde se habían producido las escaramuzas contaban otra historia. Entre los cadáveres desnudos y abandonados de los jinetes tithansi había lanzas wickanas rotas, lanzas sin punta. Habían recuperado todo lo que podía aprovecharse de los cadáveres tithansi: los taparrabos de cuero, los cintos, los calzones y las bandoleras, las armas, incluso las coletas. Los caballos muertos fueron arrastrados lejos, y en la hierba aplastada se apreciaban con claridad los ríos de sangre.

A Duiker ya no le sorprendía nada de cuanto encontraba a su paso. Al igual que los miembros de la tribu tithansi, con los que de vez en cuando cruzaba alguna que otra palabra, había empezado a creer que Coltaine era sobrehumano, que había esculpido a sus soldados y refugiados en inquebrantables avatares de lo imposible. A pesar de ello, no había esperanza de alcanzar la victoria. El Apocalipsis de Kamist Reloe estaba constituido por los ejércitos de cuatro ciudades y de una docena de poblaciones, innumerables tribus y una horda de campesinos vasta como un mar interior. Y se acercaba cada vez más, se satisfacía de momento solo con escoltar a Coltaine hacia el río Sekala. Todas las corrientes lo empujaban a ese lugar. Cobraba forma la batalla, la aniquilación.

Duiker cabalgó todo el día, cansado, hambriento, quemado por el sol y con la ropa hecha harapos; un miembro perdido de la hueste campesina, un viejo decidido

a tomar parte en la última batalla. Los jinetes tithansi lo conocían de vista y le prestaban poca atención, aparte de saludarlo en la distancia. Cada dos o tres días se le unía una tropa para pasarle hatillos de comida, agua y alimentos para el caballo. En cierto modo, se había convertido en su icono, su viaje era un símbolo lastrado por un significado no solicitado. El historiador se sentía culpable por ello, pero aceptaba los obsequios con sincera gratitud, pues ellos eran quienes lo mantenían a él y a su caballo con vida.

Pero su leal montura cedía ante el cansancio. Cada día que pasaba sucedía más a menudo que Duiker tenía que guiar al caballo de las riendas.

Se acercaba el anochecer. La lejana nube de polvo siguió su viaje, hasta que el historiador tuvo la seguridad de que la vanguardia de Coltaine había ganado el río. El puño insistiría en que todo el convoy continuara caminando durante la noche en dirección al campamento que la vanguardia debía de estar levantando en ese instante. Si Duiker quería reunirse con ellos, tenía que hacerlo esa noche precisamente.

Tan solo conocía el vado por los mapas, y sus recuerdos eran de una vaguedad frustrante. El río Sekala tenía unos quinientos pasos de anchura, fluía al norte, al mar Karas. Había una aldea situada entre dos colinas, a unos cuantos centenares de pasos al sur del vado. También creyó recordar algo acerca de una antigua laguna.

El moribundo día cubría con sombrío manto la tierra. Las estrellas nocturnas más brillantes relucieron en un cielo cada vez más azul. Las alas de las políñeras alzaron el vuelo con el calor que abandonó la tierra baldía, como negros copos de ceniza.

Duiker montó de nuevo. Una banda de jinetes tithansi recorría una sierra al norte. Duiker calculó que distaba una

legua del río. Las patrullas de jinetes aumentarían su presencia a medida que se acercara. No tenía ningún plan para solucionar ese problema.

El historiador había llevado al caballo de las riendas durante la mayor parte del día, con la intención de cabalgar a buen paso durante la noche. Necesitaría de todo cuanto pudiera darle el animal, y temía que no fuera suficiente. Hincó los talones y marchó al trote.

Los tithansi no le prestaron atención, y pronto se vio cabalgando lejos del alcance de sus miradas. El corazón latía con fuerza en su pecho cuando llevó al galope al animal. El viento azotaba su rostro. El historiador susurró una bendición a cualquier dios que fuera el responsable. Empezó a acortar distancias con la nube de polvo.

El cielo se oscureció.

Una voz llamó su atención a unos centenares de pasos a su izquierda. Vio a una docena de jinetes, de cuyas lanzas pendían tiras de piel. Eran tithansi. Duiker los saludó con el puño alzado.

—¡Al alba, anciano! —voceó uno de ellos—. ¡Sería suicida emprender ahora el ataque!

—¡Cabalga al campamento de Reloe! —gritó otro—. ¡Al noroeste, viejo, que te diriges a las líneas enemigas!

Duiker hizo caso omiso de sus palabras y se comportó como si estuviera loco. Se incorporó un poco sobre los estribos, susurró al oído de la yegua y apretó suavemente las rodillas. La montura inclinó la cabeza hacia abajo y apretó el paso.

Al alcanzar la cima de una colina baja, el historiador vio finalmente qué había al otro lado. El campamento de los lanceros tithansi se encontraba al frente, a la derecha, un millar o más de tiendas de piel, iluminadas por el fulgor de los fuegos. Patrullas a caballo se desplazaban incansables

de un lado a otro, más allá de las tiendas, para proteger el campamento de las fuerzas enemigas que se habían refugiado en el vado. A la izquierda del campamento tithansi vio las veinte mil tiendas improvisadas que correspondían al ejército campesino. El humo se alzaba como manto de ceniza sobre aquella especie de pueblo. Se preparaba la cena. Las defensas exteriores estaban compuestas de estacas y fosas que miraban al río. Entre ambos campamentos mediaba un pasillo, no más ancho que dos carromatos juntos, que discurría por la llanura hasta las térreas defensas de Coltaine.

Duiker dirigió al caballo hacia el corredor a todo galope. Los jinetes tithansi que se hallaban a su espalda no lo persiguieron, y aunque los guerreros que patrullaban el campamento lo vieron al descender la loma, no mostraron una excesiva preocupación... Al menos, de momento.

Cuando franqueó el borde interior del campamento de la tribu a su derecha, con el mar de tiendas campesinas a la izquierda, distinguió los terraplenes, las filas de tiendas, las estacas... La horda contaba con una protección adicional. El historiador vio dos estandartes, Sialk e Hissar, infantería regular. Se habían vuelto a él las cabezas cubiertas de yelmo, atraídas las miradas por el estampido de los cascos de la yegua y los gritos de alarma de los jinetes tithansi.

Forzaba la yegua. Las estacas de Coltaine se dibujaban a quinientos pasos de distancia, a pesar de lo cual no parecían acercarse. Oyó la persecución de los caballos, caballos que ganaban terreno tras él. Al frente asomaron las cabezas de algunos malazanos, dispuestos a aprestar los arcos. El historiador rezó para que hubiera algún soldado inteligente entre ellos, pero enseguida maldijo entre dientes al ver que levantaban y tensaban los arcos.

—¡A mí no, cabrones! —aulló en malazano.

Dispararon los arcos. Las flechas pasaron de largo, invisibles en la noche.

A su espalda oyó el relincho de los caballos. Sus perseguidores tiraban de las riendas. Más flechas. Duiker se arriesgó a volver la mirada y descubrió que los tithansi se apresuraban a ponerse a resguardo de las flechas, lejos de la distancia de alcance de los arcos. Algunos caballos derribados, y los cadáveres de quienes los habían montado, yacían en el suelo.

Redujo el paso de la yegua; primero al galope, luego al trote al acercarse al campamento. Estaba cubierta de espuma, las extremidades desmadejadas, y sacudía la cabeza.

Duiker se plantó al trote en mitad de unos wickanos de piel azulada, pertenecientes al clan Comadreja. Estos lo avistaron en silencio. Al mirar a su alrededor, el historiador se sintió en el lugar adecuado: los guerreros de las llanuras del nordeste de Quon Tali parecían espectros, sus rostros estaban chupados, agotadas sus expresiones tras haber marchado durante meses.

Más allá del campamento del clan Comadreja había tiendas reglamentarias del ejército y se alzaban también dos estandartes: uno de la guardia hissari que se había mostrado leal y otro de una compañía cuyo estandarte Duiker no reconoció, aparte del trazado estilizado de una ballesta que asoció con la infantería de marina malazana.

Se alzaron las manos para ayudarlo a bajar de la silla. Los jóvenes y los ancianos wickanos se apiñaron a su alrededor con el murmullo cálido de las voces. Se preocupaban por la yegua. Un anciano le aferró el brazo.

—Cuidaremos de este valiente caballo, extranjero.

—Creo que está reventada —dijo Duiker, que sintió una oleada de pena. *Dioses, qué cansado estoy.* El sol poniente

rompió las nubes a la altura del horizonte, bañando la llanura con un fulgor dorado.

El anciano sacudió la cabeza.

—Las esposas de nuestros jinetes tienen mano en estos menesteres. Volverá a cabalgar. Ah, ahí llega un oficial... Ve.

Un capitán perteneciente a una compañía desconocida de infantería de marina se acercó a Duiker. Era falari, la barba y el cabello largos, de un rojo intenso.

—Has cabalgado como un malazano —dijo—, pero vistes como un condenado dosii. Explícate y hazlo rápido.

—Soy Duiker, historiador imperial. Llevo intentando unirte de nuevo a este ejército desde que partió de Hissar.

El capitán lo miró perplejo.

—Ciento sesenta leguas... ¿Esperas que me lo crea? Coltaine partió de Hissar hará casi tres meses.

—Lo sé. ¿Dónde está Bastión? ¿Se ha reunido Kulp con el Séptimo? Y por el nombre del Embozado, ¿quién eres?

—Tregua, capitán de la infantería de marina de Sialk, ala Cartheron, flota de Sahul. Coltaine ha organizado una reunión del alto mando. Será mejor que me acompañes, historiador.

Empezaron a abrirse paso a través del campamento. Duiker se sintió derrotado ante lo que vio. Más allá de las improvisadas trincheras de la infantería de marina se extendía un amplio terreno en pendiente, atravesado por un solitario camino. A la derecha había cientos de carromatos, y en su interior descansaban los heridos. Las ruedas de los carros estaban hundidas en el fango teñido de sangre. Las aves copaban el cielo iluminado por la luz de las antorchas, enzarzadas en un enloquecido coro de graznidos. A juzgar por lo que veía, se habían acostumbrado al sabor de la sangre. A la izquierda, el campo removido estaba cubierto de una sólida capa de

ganado, que, lomo con lomo, se rebullía como la marea bajo una nube flotante de rhizanos, lagartos voladores que se alimentaban de los enjambres de moscas.

Al frente, el campo caía hasta una tira pantanosa cubierta de tablillas de madera. Los estanques pantanosos de agua refulgían rojos. Más allá se perfilaba una isla en la cual habían acampado en tromba los refugiados; tanto era así que las tiendas se contaban a decenas de millares.

—Por el aliento del Embozado —murmuró el historiador—, ¿vamos a pasar por ahí?

El capitán sacudió la cabeza y señaló hacia una imponente granja situada en la parte ocupada por el ganado, en el camino del vado.

—Ahí, el clan del propio Coltaine, el clan Cuervo, custodia la parte sur a lo largo de las colinas, para asegurarse de que ninguna de las cabezas de ganado se extravíe o sea robada por los lugareños. Hay un poblado al otro lado.

—¿De la flota de Sehul, me has dicho? ¿Por qué no estás con el almirante Nok en Aren, capitán?

El soldado pelirrojo torció el gesto.

—Ya me gustaría. Tuvimos que separarnos de la flota para llevar a cabo reparaciones en Sialk. Nuestro barco tiene setenta años y empezó a embarcar agua a dos horas de Hissar. El motín estalló aquella misma noche, de modo que tuvimos que abandonar el barco, reunir todo cuanto quedaba de la compañía de infantería de marina apostada en ese lugar, y escoltar al éxodo fuera de Sialk.

La granja a la que se acercaban era una edificación sólida, imponente, abandonada por sus habitantes cuando llegó el convoy de Coltaine. Los cimientos eran de piedra tallada, y las paredes estaban hechas de maderos unidos entre sí con arcilla secada al sol. Un soldado del Séptimo

hacía guardia frente a una recia puerta de roble. Incluyó la cabeza ante el capitán Tregua, y entornó la mirada al reparar en Duiker.

—No hagas caso del atuendo tribal —le dijo Tregua—, que este es de los nuestros. ¿Quién hay dentro?

—Todos a excepción del puño, los magos y el capitán de zapadores, señor.

—Olvídate del capitán —ordenó Tregua—, aún tiene que asomar la cabeza en una de estas reuniones.

—Sí, señor. —El soldado golpeó la puerta con el puño cubierto con el guantelete para, a continuación, abrirla.

La corriente arrastró el humo de la leña. Duiker y el capitán entraron en la estancia. Bastión y otros dos oficiales del Séptimo permanecían acucillados frente al hogar de una generosa chimenea situada en el extremo opuesto de la habitación; discutían acerca de la chimenea tapada.

Tregua destrabó la vaina de la espada y colgó el arma de un colgadero que había junto a la puerta.

—En el nombre del Embozado, ¿puede saberse por qué estáis haciendo un fuego? —preguntó—. ¿No hace ya suficiente calor aquí dentro? —Y abanicó el humo que todo lo envolvía.

Uno de los oficiales del Séptimo se dio la vuelta, lo cual permitió a Duiker reconocerlo. Se trataba del que había permanecido a su lado cuando Coltaine y los wickanos desembarcaron por primera vez en Hissar. Cruzaron las miradas.

—Por las pezuñas de Togg, ¡pero si es el historiador!

Bastión se envaró al tiempo que giraba sobre sus talones. Cicatriz y boca se curvaron en sendas sonrisas gemelas.

—Sormo estaba en lo cierto. Te olisqueó a retaguardia hace semanas. ¡Bienvenido, Duiker!

Puesto que le temblaban las piernas y tenía la sensación de que estaba a punto de desplomarse, Duiker tomó asiento en una de las sillas cuyos respaldos descansaban en las paredes.

—Me alegro de verte, tío —respondió al saludo y recostó la espalda con una mueca de dolor ocasionada por los músculos doloridos.

—Íbamos a preparar té de hierbas —dijo el wickano, los ojos enrojecidos y llorosos. El veterano había perdido peso, pálido el semblante debido al cansancio.

—Por respeto a los pulmones limpios, dejadlo, por favor —rogó Tregua—. ¿Qué retiene al puño? No veo el momento de escuchar qué locura se le ha ocurrido para sacarnos de esta otra locura.

—Pues hasta el momento ha llegado muy lejos —dijo Duiker.

—Contra un ejército, sí —admitió Tregua—, pero es que ahora nos enfrentamos a dos...

El historiador levantó la mirada.

—¿A dos?

—Los libertadores de Guran —respondió el capitán que Duiker conocía—. No sé si nos han presentado. Soy Chenned. Ese de ahí es el capitán Sulmar.

—¿Sois los oficiales de mayor rango del Séptimo?

—Me temo que sí —respondió Chenned, torciendo el gesto.

—No del todo —objetó el capitán Sulmar—. Hay uno que está al mando de los zapadores del Séptimo.

—Sí. —Sulmar tenía aspecto de ser un hombre severo, aunque Duiker sospechaba que la expresión de su rostro era la favorita del capitán. Era moreno, bajito, parecía tener sangre kanesiana y dalhonesia a partes iguales. Inclina los hombros como si cargara con toda una vida de

preocupaciones—. Aunque no sé por qué ese cabrón cree estar por encima de todo el mundo. Malditos zapadores, no han hecho más que reparar los carros, recoger piedras e interponerse en el camino de las máquinas cortadoras.

—Bastión nos manda en el campo de batalla —apuntó el capitán Chenned.

—Soy la voluntad del puño —murmuró el veterano.

En ese momento llegó a sus oídos el rumor de los caballos que detenían su andadura en el exterior, además del cencerreo de la armadura. A continuación, golpearon a la puerta, que se abrió al cabo de un instante.

Duiker no apreció cambio alguno en Coltaine. Envarado como una lanza, la piel del magro rostro cuarteada hasta adquirir la tonalidad y consistencia del cuero, la capa negra se hinchó a su paso mientras se dirigía al centro de la amplia sala. A su espalda iba Sormo E'nath y media docena de jóvenes wickanos que se distribuyeron con cierto descuido a lo largo de las paredes. Recordaron al historiador a una manada de ratas de muelle de la ciudad de Malaz, enseñoreadas sobre lo poco que podían.

Sormo se acercó a Duiker con ambas manos extendidas para aferrarlo de las muñecas. Sus ojos se encontraron.

—Nuestra paciencia ha sido recompensada. ¡Bien hecho, Duiker!

El muchacho parecía mayor, el trazo de las vidas se cerraba alrededor de sus ojos encapuchados.

—Ya descansarás más tarde, historiador —dijo Coltaine, que observó con atención, uno a uno, a los presentes en la sala—. No creo que mi orden se prestara a confusión —continuó al volverse a Bastión—. ¿Dónde está el capitán de ingenieros?

—Se dio el aviso —respondió Bastión, encogiéndose de hombros—. Es difícil dar con él.

—Tu informe, capitán Chenned —ordenó, ceñudo, Coltaine.

—Las compañías tercera y quinta han cruzado el vado y se han atrincherado. El cruce mide unos cuatrocientos o quinientos pasos, sin contar los puntos en que las aguas son poco profundas, lo cual añade unos veinte pasos, más o menos, al total. El promedio de brazaje es de un brazo y medio; la extensión oscila entre cuatro y cinco en la mayor parte, en algunos puntos es más amplia, en otros más estrecha. El fondo consta de dos dedos de cieno sobre una sólida columna de roca.

—El clan Perroloco se unirá a tus compañías al otro lado —comunicó Coltaine—. Si las fuerzas de Guran intentan tomar ese flanco del vado durante el cruce, tú se lo impedirás. —El puño giró sobre sus talones para encarar al capitán Tregua—. Tú y el clan Comadreja protegeréis este lado mientras cruzan los heridos y los refugiados. Yo mantendré la posición al sur, bloqueando el camino del pueblo, hasta que se encuentre despejado.

El capitán Sulmar se aclaró la garganta.

—Respecto a la orden de cruzar, puño, el concejo de nobles pondrá el grito en el...

—No me importa. Los carros serán los primeros en cruzar con los heridos. Luego el ganado, luego los refugiados.

—Quizás si lo repartiéramos un poco más —insistió Sulmar, con la frente perlada en sudor—, un centenar de cabezas de ganado, luego un centenar de nobles...

—¿Nobles? —preguntó Bastión—. Querrás decir refugiados.

—Por supues...

—Intentas granjearte los favores de ambos lados, ¿no es así? —preguntó burlón el capitán Tregua—. Y yo aquí

pensando que eras un soldado del Séptimo.

Una sombra cruzó el rostro de Sulmar.

—Repartir así a la gente sería suicida —afirmó Chenned.

—Sí —gruñó Bastión, que observaba a Sulmar como si fuera un pedazo de carne rancia.

—Tenemos una responsabilidad para con... —empezó a decir el capitán, antes de que Coltaine lo interrumpiera con un juramento.

Bastó con eso. Se hizo el silencio en la sala. Procedente del exterior llegó a sus oídos el chirrido de las ruedas de un carro.

—No bastará con un bozal.

Se abrió la puerta al cabo de un instante. Entraron dos hombres. El que iba en cabeza llevaba una inmaculada casaca azul celeste. Cabía la posibilidad de que en sus años mozos hubiera sido un tipo de buena figura, pero esta había cedido terreno a la gordura, gordura que se había convertido en arrugas tras tres meses de desesperada marcha. Con un rostro que semejaba la piel de una bolsa de cuero, irradiaba no obstante un aire plácido que en ese momento se veía teñido por la indignación del orgullo herido. El hombre que entró tras él también lucía buenas galas, aunque el polvo y el sudor las había reducido a harapos que colgaban de su esqueleto. Era calvo, y la piel de la cabeza estaba repleta de manchas, restos de quemaduras del sol. Miró con ojos de miope a los demás, pestañeando sin cesar.

Habló el primer noble.

—Ha llegado con retraso a oídos del consejo la noticia de la celebración de esta reunión.

—Con retraso y por canales no oficiales —masculló Bastión secamente.

El noble continuó tras una muy breve pausa.

—En estos casos suele hablarse de temas militares en su mayor parte, y que los Cielos mantengan apartado de estos asuntos al consejo. No obstante, como portavoces de los casi treinta mil refugiados que en este momento se reúnen aquí, hemos redactado una lista de... puntos... que nos gustaría exponer.

—Representas a unos pocos miles de nobles —dijo el capitán Tregua—, y como tal tus propios intereses, el Encapuchado los lleve, y los de nadie más, Nethpara. Ahórrate toda esa devoción para las letrinas.

Nethpara no se dignó a responder a los comentarios del capitán. Mantenía fija la mirada en Coltaine, y esperaba una respuesta.

El puño no dio muestras de estar dispuesto a satisfacerla.

—Busca a los zapadores, tío —pidió a Bastión—. Los carros cruzarán dentro de una hora.

El veterano de Wickan asintió lentamente.

—Esperábamos contar con una noche de descanso —dijo Sulmar, ceñudo—. Todo el mundo está muerto de cansancio, y...

—Dentro de una hora —gruñó Coltaine—. Los carros con los heridos irán delante. Quiero que al menos cuatrocientos hayan cruzado al alba.

—Por favor, puño, reconsidera la orden que acabas de dar —pidió Nethpara—. Si bien mi corazón se rompe al pensar en tantos soldados heridos, tienes la responsabilidad de proteger a los refugiados. Es más, muchos miembros del consejo considerarán un insulto y un agravio que el ganado cruce antes que los civiles desarmados del Imperio.

—¿Y si perdemos el ganado? —preguntó Tregua al noble—. Supongo que estarías dispuesto a asar a los huérfanos a fuego lento.

Nethpara sonrió con aire resignado.

—Ah, sí, también el asunto del racionamiento de la comida figura en nuestra lista de inquietudes. Sabemos de buena fuente que las reducciones en la comida no se han aplicado a los soldados del Séptimo. ¿Podría diseñarse un método de reparto más equilibrado? Resulta tan duro ver como los niños se marchitan.

—Menos carne en los huesos, ¿eh? —Con el rostro enrojecido de cólera, Tregua apenas podía contener la rabia que sentía—. Sin contar con soldados frescos entre vosotros y los tithansi, vuestros estómagos no tardarían en colgaros a los pies.

—Sacadlos de aquí —ordenó Coltaine.

El otro noble tosió aposta para llamar su atención.

—Si bien Nethpara habla en nombre de la mayoría de los miembros del consejo, sus opiniones no son compartidas por todos. —Hizo caso omiso de la oscura mirada de su compañero, y continuó—: He venido empujado por la curiosidad, nada más. Por ejemplo, esos carros llenos de heridos, veo que hay muchos más de los que creía. Los carros están atestados, aun así hay cerca de trescientos cincuenta vehículos. Hace dos días llevaban a setecientos soldados, para lo cual se empleó alrededor de ciento setenta y cinco carros. Se han sucedido dos escaramuzas desde entonces, y ahora se ve comprometido el doble de carros en el transporte de los heridos. Es más, los zapadores han estado trabajando en ellos y manteniendo apartado a todo el mundo. ¿Qué se han propuesto hacer, exactamente?

Se produjo un silencio. Duiker vio a los dos capitanes del Séptimo cruzar miradas perplejas. La expresión confusa de Sulmar resultaba casi cómica a medida que repasaba los

detalles aportados por aquel hombre. Solo los wickanos parecieron no inmutarse.

—Hemos redistribuido a los heridos, los hemos repartido más —respondió Bastión—, y reforzado las paredes de los carros.

—Oh, sí —dijo el noble, que se entretuvo en secar sus acuosos ojos con un pañuelo gris—. Eso me pareció al verlo. No obstante, ¿por qué esos carros se hunden tanto en el fango?

—¿Todo esto es realmente necesario, Tumlit? —preguntó Nethpara, exasperado—. Puede que las minucias técnicas te tengan fascinado, pero el Embozado sabe que eres el único al que le fascinan. Comentábamos la postura del consejo en relación a ciertos asuntos vitales. No deben permitirse tales divagaciones...

—Tío —dijo Coltaine.

Con la sonrisa torcida, Bastión aferró a ambos nobles del brazo y los condujo con firmeza a la puerta.

—Tenemos que planear el cruce —dijo—. No hay divagaciones que valgan.

—Pero ¿qué me dices de los canteros y los zapadores? —preguntó Tumlit.

—¡Fuera, los dos! —Bastión los empujó. Nethpara tuvo la sabiduría necesaria para abrir la puerta a tiempo, antes de que el comandante les diera un último empujón. Ambos nobles la franquearon trastabillando.

En respuesta a un gesto de Bastión, el guardia que la custodiaba cerró la puerta por fuera.

Tregua movió los hombros para aliviarlos del peso de la camisola de malla.

—¿Hay algo que deberíamos saber, puño?

—Me preocupa la profundidad de ese vado —admitió Chenned cuando pareció obvio que Coltaine no respondería

a la pregunta de Tregua—. Probablemente el cruce sea muy lento, y no es que haya corriente, pero con ese cieno en el fondo y metro y medio de agua nadie podría cruzarlo rápido. Ni siquiera un caballo. —Miró a Tregua—. Un ataque en retirada allí no sería plato del gusto de nadie.

—Estáis al corriente de vuestras posiciones y órdenes —dijo Coltaine. Encaró a Sormo y, con ojos entornados, con los cuales observó al hechicero y luego al niño que se ocultaba dentro, añadió—: Cada uno de vosotros cuenta con un hechicero. A partir de ahora, las comunicaciones se realizarán a través de ellos. Retiraos.

Duiker vio retirarse a los oficiales y a los niños. Finalmente, tan solo Bastión, Sormo y Coltaine quedaron en la sala.

El hechicero conjuró una jarra salida de la nada, o eso pareció, y se la tendió al puño. Coltaine tomó un trago y se la pasó a Duiker. El puño tenía la mirada febril.

—Duiker, tienes una historia que contarnos. Estuviste con el mago del Séptimo, Kulp. Cabalgaste a su lado apenas unas horas antes del alzamiento. Sormo no puede encontrarlo... por ninguna parte. ¿Ha muerto?

—No lo sé —respondió sinceramente Duiker—. Nos separamos. —Tomó un trago de la jarra, y quedó perplejo, observando su contenido. *Cerveza fría. ¿De dónde la habrá sacado Sormo?* Levantó la mirada hacia el hechicero—. ¿Has buscado a Kulp a través de tu senda?

El joven se cruzó de brazos.

—Algunas veces —respondió—. Últimamente, no. Las sendas se han vuelto... difíciles.

—Por suerte para nosotros —dijo Bastión.

—No entiendo.

—¿Recuerdas nuestro ritual, historiador? —preguntó Sormo, tras lanzar un suspiro—. ¿La plaga de d'ivers y

soletaken? Ahora infestan todas las sendas, al menos en este continente. Buscan la mítica senda de Manos. Me he visto obligado a volcar mis esfuerzos en los viejos modos, en las hechicerías de la tierra, en los espíritus vivientes y las bestias totémicas. Nuestro enemigo, el mago supremo Kamist Reloe, no posee semejante conocimiento ancestral. De modo que no se atreve a desatar su hechicería en nuestra contra. Al menos, hace semanas que no lo hace.

—Sin ella, Reloe tan solo es un comandante competente —dijo Coltaine—. No un genio. Su táctica es más bien simplona. Observa a su numeroso ejército y deja que su exceso de confianza le arrastre a subestimar la fuerza y la voluntad de sus oponentes.

—Tampoco aprende de sus derrotas —apuntó Bastión.

Duiker sostuvo la mirada de Coltaine.

—¿Adónde conduces al convoy de refugiados, puño?

—A Ubaryd.

El historiador pestañeó. *A dos meses de distancia, al menos.*

—¿Quieres decir con eso que aún está en nuestras manos?

El silencio se extendió en la sala.

—No lo sabes —dijo Duiker.

—No —respondió Bastión por Coltaine, al tiempo que asía la jarra de manos del historiador para echar un trago.

—Y ahora, Duiker, háganos de tu viaje —dijo Coltaine.

El historiador no tenía la menor intención de explicar sus planes referentes a Heboric Toque de Luz. Esbozó una historia que se acercaba bastante a la verdad, y que terminó por sonar convincente. Kulp y él habían cabalgado hasta el pueblo costero para encontrarse con unos viejos amigos del destacamento de infantería de marina allí instalado. La mala fortuna hizo que aquella noche estallara

el motín. Al ver la oportunidad de burlarlo disfrazado, de reunir información a medida que avanzara, Duiker optó por cubrir el camino a caballo. Kulp se había unido a los infantes de marina, decididos a hacerse a la vela rumbo sur, al puerto de Hissar. Mientras hablaba, se oyeron los sonidos ahogados de los carros al ponerse en marcha.

El ruido sonó lo bastante alto como para que los soldados de Kamist Reloe lo oyeran e intuyeran (y acertaran) que el enemigo había emprendido el cruce del vado. Duiker se preguntó cómo procedería el comandante del torbellino.

Cuando el historiador empezó a hablar de todo cuanto había observado del enemigo, Coltaine lo interrumpió alzando la mano.

—Si todos tus relatos son igual de aburridos, me asombra que haya quienes te lean —murmuró.

Con una sonrisa, Duiker se recostó y cerró los ojos.

—Ah, puño, es una maldición de la historia que quienes debieran leerlos, jamás lo hagan. Además, estoy cansado.

—Tío, busquemos una tienda y un camastro para este anciano —dijo Coltaine—. Dale dos horas. Quiero que presencie todo lo que pueda del cruce. Dejemos que se escriban los sucesos del día de mañana, a riesgo de que nuestros descendientes pierdan la oportunidad de aprender de nuestra historia.

—¿Dos horas? —murmuró Duiker—. No puedo garantizar que mi recuerdo no sea borroso, siempre y cuando sobreviva para escribir cuanto suceda.



Una mano lo sacudió del hombro. El historiador abrió los ojos. Se había quedado dormido en la silla. Lo habían cubierto con una manta, lana wickana que olía a rayos, salpicada de manchas de procedencia dudosa. Un joven cabo se encontraba de pie junto a él.

—¿Señor? Debe levantarse ya.

A Duiker le dolía hasta el último hueso del cuerpo.

—¿Cómo te llamas, cabo? —preguntó ceñudo.

—Cabo Lista, señor; de la quinta compañía, señor.

Ah, sí, la misma que no dejaba de caer en las escaramuzas simuladas.

No fue hasta entonces que el estruendo procedente del exterior llamó la atención del historiador. Este se levantó.

—¡Por el aliento del Embozado! ¿Ha empezado la batalla?

El cabo Lista se encogió de hombros.

—Aún no. Son los ganaderos y el ganado. Están cruzando. Ha habido algunos enfrentamientos al otro lado. Ha llegado el ejército de Guran. Pero aguantamos.

Duiker apartó la manta y se levantó. Lista le tendió una maltrecha taza de estaño.

—Cuidado, señor, que quema.

El historiador contempló el oscuro líquido.

—¿Qué es?

—No lo sé, señor. Es un brebaje wickano.

Tomó un sorbo y se arrugó la expresión de su rostro ante el ardiente gusto amargo.

—¿Dónde está Coltaine? Anoche olvidé decirle una cosa.

—Cabalga con su clan Cuervo.

—¿Qué hora es?

—El alba, casi.

El alba, casi, ¿y el ganado empieza a cruzar el vado? De pronto se sintió despejado, alerta. Echó un vistazo de nuevo a la cálida bebida y tomó otro sorbo.

—¿Es uno de los brebajes de Sormo? Tengo los nervios de punta.

—Me la ofreció una anciana, señor. ¿Está preparado?

—¿Te han asignado a mí, Lista?

—Así es, señor.

—En tal caso, cabo, tu primera labor consiste en conducirme a las letrinas.

Al salir solo encontraron caos. El ganado cubría la isla situada junto a un meandro, un manto de lomos que avanzaban lentamente entre el vocerío de los ganaderos. La otra orilla del Sekala se veía oscurecida por la nube de polvo que arrastraba el río.

—Por aquí, señor. —Lista señaló una trinchera situada tras la granja.

—Ahórrate el «señor» —dijo Duiker mientras se encaminaban a la letrina—. Y búscame un jinete. Esos soldados de la orilla opuesta tienen serios problemas para encontrar el camino.

—¿Señor?

Duiker se plantó al borde de la trinchera. Echó atrás la telaba y se quedó inmóvil.

—En esta trinchera hay sangre.

—Sí, señor. ¿Qué acaba de decirme sobre la otra orilla del río, señor?

—Me enteré por unos jinetes tithansi que los semk habían llegado al sur —respondió el historiador mientras aliviaba la vejiga—. Estarán en la orilla de Guran, supongo. Esa tribu tiene hechiceros, y sus guerreros imponen respeto, sino miedo, a los tithansi, de modo que lo más

probable es que sean un hatajo de canallas. Quería mencionarlo anoche, pero lo olvidé.

En ese momento, un grupo de jinetes cruzó ante la casa. El cabo Lista echó a correr para llamar su atención.

Duiker terminó y se reunió con él. Al acercarse, redujo el paso. Reconoció de inmediato el estandarte de los jinetes. Lista, entre jadeos, transmitió el mensaje al comandante. El historiador hizo a un lado las dudas y se acercó.

—Baria Setral.

Al reparar en Duiker, los ojos del comandante de las Espadas Rojas se tornaron fríos. A su lado, Mesker, su hermano, lanzó un gruñido ininteligible.

—Por lo visto no os abandona la suerte —dijo el historiador.

—Ni a ti —masculló Baria—. Al contrario que al mago de pelo blanco. Lástima. Tenía ganas de ensartarlo en la punta de nuestro estandarte. Esta información referente a los semk, ¿proviene de ti?

—De los tithansi.

Mesker rompió a reír.

—Aceptaste su hospitalidad de camino aquí, ¿verdad? —Encaró a su hermano, a quien aseguró—: Miente.

Duiker lanzó un suspiro.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Cabalgamos en apoyo del piquete de avanzadilla del Séptimo —dijo Baria—. Transmitiremos tu advertencia.

—Es una trampa...

—Cierra el pico, hermano —dijo Baria, los ojos fijos en Duiker—. Una advertencia es solo una advertencia. No es una mentira, ni una trampa. Si los semk aparecen, nos encontrarán preparados. Si no lo hacen, entonces la información resultará ser falsa. Nada perdemos.

—Gracias, comandante —dijo Duiker—. Después de todo, estamos en el mismo bando.

—Mejor tarde que nunca —gruñó Baria. El atisbo de una sonrisa asomó a la barba aceitada—. Historiador. —Levantó el puño, cubierto con un guantelete, y lo abrió. Al gesto, la tropa de espadas rojas emprendió el galope al vado, y solo Mesker dirigió una mirada sombría a Duiker al pasar de largo junto a él.

La pálida luz del alba se extendía por el valle. Sobre el Sekala, una impenetrable nube de polvo se movía empujada por la leve brisa, descendiendo en dirección al vado, donde se detuvo. El cruce estaba oscurecido.

—Bonito detalle —masculló Duiker.

—Sormo —explicó el cabo Lista—. Se dice que ha despertado a los espíritus de la tierra y el aire de un sueño de siglos, puesto que incluso las tribus han olvidado tiempo ha tales conocimientos. A veces uno puede... olerlos.

El historiador se volvió al joven.

—¿Olerlos?

—Como cuando vuelcas una roca enorme. El olor que emana. Frío, rancio. —Se encogió de hombros—. Como eso.

Por la mente de Duiker cruzó fugaz una imagen de Lista de niño, apenas unos años antes. Volviendo las piedras del revés. Un mundo por explorar, un mundo en paz. Sonrió.

—Conozco ese olor, Lista. Dime, ¿cuán fuertes son esos espíritus?

—Sormo dice que están encantados y dispuestos a jugar.

—El juego de los espíritus es la pesadilla del hombre. En fin, esperemos que se tomen el juego en serio.

Duiker comprobó que la masa de refugiados había sido empujada a la isla de la laguna, al otro lado del camino del vado, a la ladera sur y el lecho pantanoso de la antigua laguna. Eran demasiados para el espacio del que disponían,

y observó que el extremo más lejano de la masa ascendía a las colinas. Unos pocos habían avanzado al río, al sur del vado, y se movían lentamente empujados por la corriente.

—¿Quién está a cargo de los refugiados?

—Miembros del clan Cuervo. Coltaine ha despachado a sus wickanos para que cuiden de ellos. Los refugiados les temen tanto como a los soldados del Apocalipsis.

Y tampoco es posible comprar la lealtad de los wickanos.

—¡Ahí, señor! —Lista señaló al este.

Las posiciones enemigas que Duiker había recorrido a lomos del caballo la noche anterior habían empezado a moverse. Las infanterías de Sialk y de Hissar formaban a la derecha, los lanceros hissari a la izquierda, y los jinetes tithansi en la vanguardia. Las dos fuerzas montadas avanzaron al frente hacia las defensas del clan Comadreja. Los arqueros wickanos a caballo salieron al campo para enfrentarlos, acompañados por lanceros. No obstante, la estocada no era sino una finta, los hissari y los tithansi giraban a poniente antes de cruzar lanzas. Pero resultó que los comandantes habían apurado mucho la distancia, ya que los arqueros wickanos lograron disparar. Volaron las flechas. Jinetes y caballos cayeron.

Entonces llegó el turno de los lanceros wickanos. Marcharon a galope tendido, emprendida la carga, aunque el enemigo logró efectuar con rapidez la retirada a las posiciones originales. Duiker observó sorprendido cómo los lanceros tiraron de las riendas, desmontaron al amparo de sus colegas arqueros, y procedieron después a despachar a los heridos y moribundos, a quienes arrancaron cabelleras y equipajes. Aparecieron las cuerdas. Al cabo, los wickanos cabalgaron de vuelta a las posiciones defensivas, arrastrando los caballos muertos, junto a un puñado de monturas heridas que habían logrado reunir.

—Los wickanos se alimentan a sí mismos —dijo Lista—. También usan las pieles. Y los huesos, y las colas y crines, los dientes y...

—Me hago una idea —lo interrumpió Duiker.

La infantería enemiga continuó la lenta marcha. Los jinetes hissari y tithansi se habían recuperado y avanzaban con mayor cautela y lentitud.

—Hay una antigua muralla en la isla —explicó Lista—. Podríamos subirnos a ella y disfrutar de una vista mejor de ambos bandos. Si no le importa caminar tras el ganado para llegar allí, claro. No es tan duro como parece, solo es necesario mantenerse en movimiento.

Duiker enarcó una ceja.

—De veras, señor.

—Muy bien, cabo. Ve tú delante.

Tomaron el camino de poniente que discurría en dirección al vado. El viejo canal del recodo del río estaba cubierto por tablones de madera, soportados por pilares que los zapadores del Séptimo habían colocado con tal de reforzar la obra. Aquella vía estaba reservada al tránsito de los mensajeros a caballo, aunque, como en todo lo demás, reinaba el caos. Duiker siguió de cerca a Lista mientras este se abría paso por el puente. Al otro lado se alzaba la isla y un millar de carros.

—¿De dónde ha salido todo este ganado? —preguntó el historiador mientras cruzaban.

—Pagado, al menos la mayor parte —respondió Lista—. Coltaine y sus clanes reclamaron para sí las tierras que rodeaban Hissar, y luego empezaron a comprar ganado, caballos, bueyes, mulas, cabras... Todo lo que caminara a cuatro patas.

—¿Y cuándo fue eso?

—Más o menos al día de llegar —respondió el cabo—. Cuando se produjo el alzamiento, buena parte de los miembros del clan Perroloco tenían a su cargo el ganado. A las tribus tithansi se les ocurrió robar el ganado y, en lugar de ello, tuvieron que huir con el rabo entre las piernas.

A medida que se aproximaron a la retaguardia del ganado el ruido se hizo ensordecedor: las voces de los ganaderos, el ladrido de los perros pastores (recios animales, medio salvajes, criados en las llanuras wickanas), los mugidos del ganado y el incesante estrépito de los cascos. La nube de polvo envolvía el río como un manto impenetrable.

Duiker entornó la mirada al contemplar semejante espectáculo.

—No sé si me parece buena idea, cabo. Estos animales parecen algo inquietos. Lo más probable es que acabemos aplastados a coces.

Un grito a su espalda llamó la atención de ambos. Una joven wickana cabalgaba hacia ellos.

—Menos —dijo Lista.

Hubo algo en el tono de su voz que hizo volverse a Duiker para mirarlo. Estaba pálido como la cera.

La niña, que apenas tendría nueve o diez años, detuvo la montura ante ellos. Era de piel oscura, los ojos del color de un líquido negro, el pelo muy corto. El historiador recordó que la había visto en el séquito de Sormo la noche anterior.

—Vais en dirección al muro —dijo—. Os abriré paso.

Lista asintió.

—Hay magia al otro lado —les explicó sin apartar la mirada de Duiker—. Es la senda de un dios solitario, no de d'ivers ni soletaken, sino de un dios tribal.

—Semk —dijo el historiador—. Las Espadas Rojas están informando de ello. —Guardó silencio al comprender el

peso de sus palabras, el significado de su presencia durante la reunión de la noche anterior. *Es uno de los hechiceros renacidos. Sormo lidera a un clan de niños que cargan con el poder de generaciones.*

—Los alcanzaré. El espíritu de la tierra es más viejo que cualquier dios. —Ella guió el caballo alrededor de ambos, y luego soltó un grito agudo. Empezó a abrirse camino cuando los animales se apartaron a ambos lados mientras emitían mugidos de miedo.

Menos cabalgó por el camino. Al cabo de un instante, Lista y Duiker la siguieron, corriendo para no perderla de vista. En cuanto cubrieron el paso, sintieron que la tierra temblaba bajo las botas. No era el eco del estampido de los cascos, sino algo más intenso, musculoso incluso. *Como si recorriéramos la columna de una enorme serpiente... La tierra despierta, la tierra ansiosa por demostrar su poder.*

A cincuenta pasos al frente se dibujó el borde de una pared deteriorada por la intemperie y cubierta de enredaderas. Chaparra y gruesa, era el vestigio evidente de una antigua fortificación, que se alzaba por encima de la altura de un hombre, y muy por encima del ganado. El paso que Menos había creado rozaba uno de sus extremos, y luego se perdía río abajo.

La joven cabalgó sin volver la vista atrás. Al poco, Lista y Duiker llegaron a la construcción de piedra y subieron hasta la parte superior.

—Mire al sur —dijo Lista, señalando en esa dirección.

El polvo formaba una bruma dorada que partía de la línea de colinas que se extendía más allá de los refugiados.

—Coltaine y sus Cuervos presentan batalla —dijo Lista.

—Hay un pueblo al otro lado de esas colinas, ¿verdad? —preguntó Duiker.

—Sí, señor. Se llama L'enbarl. Diría que la escaramuza tiene lugar en el camino que comunica el pueblo con el vado. No hemos visto a la caballería de Sialk, de modo que es probable que Reloe los enviara para intentar envolver nuestro flanco. Como suele decir Coltaine, ese hombre es predecible.

Duiker se volvió al norte. El otro lado de la isla consistía en campos de cenagales que copaban el antiguo meandro. En un extremo había un puñado de falsos plumbagos marchitos, seguidos por una amplia ladera que conducía a una colina de pendiente pronunciada. La regularidad de la colina parecía sugerir que se trataba de un túmulo funerario. En lo alto de la meseta había un ejército, cuyas armas y armaduras relucían a la luz de la mañana. Infantería pesada. Oscuros estandartes se alzaban entre las tiendas dispuestas tras dos legiones de arqueros tithansi. Los arqueros habían empezado a descender la ladera.

—Ahí están Kamist Reloe y sus soldados de élite —dijo Lista—. Aún tiene que empeñarlos.

Al este continuaban las fintas y los tanteos entre los jinetes del clan Cuervo y sus adversarios tithansi e hissari, mientras la infantería de Sialk e Hissar cerraba distancias en dirección a las defensas wickanas. A retaguardia de esas legiones se arremolinaba el inquieto ejército campesino.

—Si esa horda decide cargar, nuestras líneas no aguantarán —dijo Duiker.

—Y lo hará —afirmó Lista, torvo—. Si tenemos suerte, aguardarán lo bastante para que tengamos espacio de cara a la retirada.

—He ahí la clase de riesgo que le gusta al Embozado —murmuró el historiador.

—El suelo a sus pies susurra palabras de temor. No se moverán durante algún tiempo.

—¿Percibo el control en todos los flancos, o, al menos, la ilusión de control?

Lista torció el gesto.

—A veces, ambas son una y la misma cosa. Al menos en cuanto al efecto se refiere. La única diferencia, o eso dice Coltaine, es que cuando desangras a la versión real, absorbe el daño, mientras que la otra sufre una sacudida y se viene abajo.

Duiker sacudió la cabeza.

—¿Quién iba a imaginar que un líder wickano consideraría la guerra en términos tan... físicos? Y tú, cabo, ¿te ha convertido en su protegido?

El joven adoptó una expresión severa.

—No sobreviví a ninguno de los ejercicios, de modo que tuve tiempo de sobra para escuchar lo que se decía.

El ganado se desplazaba con mayor rapidez, en dirección a las estáticas nubes de polvo que cubrían el vado. Si acaso, a ojos de Duiker, el movimiento era más fluido.

—Como un metro y medio de profundidad, a lo largo de cuatrocientos pasos... Esos animales lo cruzarán con una lentitud exasperante. Es más, ¿cómo van a impedir que el ganado llegue a los bajíos? Esos perros tendrán que nadar, los ganaderos serán arrastrados a las profundidades, y con todo ese polvo, ¿cómo van a verse la punta de la nariz?

Lista no dijo nada.

El trueno retumbó al otro lado del vado, seguido por una rápida serie de percusiones. Las columnas de humo se alzaron y el aire tembló febril. *Hechicería. Los sacerdotes magos de Sialk. Una solitaria muchacha se opone a ellos.*

—Esto está tardando mucho —opinó Duiker—. En el nombre del Embozado, ¿por qué esos carros han tardado toda la noche en cruzar? Anochecerá antes de que los refugiados puedan moverse siquiera.

—Se acercan —dijo Lista. Tenía el rostro perlado por un sudor polvoriento.

Al este, la infantería de Sialk e Hissar había trabado contacto con las defensas exteriores. Las flechas surcaban el aire. Los jinetes del clan Comadreja luchaban en dos puntos: contra los lanceros tithansi en vanguardia, y contra la infantería armada de picas que hostigaba el flanco derecho. Se esforzaban por retirarse. Mantenían las defensas térreas los infantes de marina del capitán Tregua, los arqueros wickanos y las unidades de apoyo. Rendían las defensas a la dura infantería. La horda había empezado a rebullir en la lejana ladera.

Al norte, sendas legiones de arqueros tithansi apretaban el paso para ganar la protección de los falsos plumbagos. Desde allí, empezarían a matar al ganado. No había nadie que pudiera impedirselo.

—Y así se viene abajo el negocio —dijo Duiker.

—Tan malo como Reloe, señor.

—¿A qué te refieres?

—Ya nos da por derrotados, señor. Recuerde que esta no es nuestra primera batalla.

Llegaron gritos procedentes del conjunto de árboles. Duiker forzó la mirada en esa dirección, con la esperanza de ver a través del polvo. Los arqueros tithansi gritaban, corrían de un lado a otro, y desaparecían de la vista en el cenagal que se extendía tras los árboles marchitos.

—En el nombre del Embozado, ¿qué diantre les sucede?

—Un espíritu antiguo y sediento, señor, al que Sormo prometió toda una jornada de sangre caliente. Un último día. Antes de que muera y deje de existir, o sea lo que sea que les suceda a los espíritus.

Los arqueros habían roto la formación, y en su huida desesperada volvían a la ladera, tras el túmulo.

—Ahí va el último de ellos —dijo Lista.

Por un instante, Duiker pensó que el cabo se refería a los arqueros tithansi; luego comprendió, con un sobresalto, que el ganado había desaparecido de la vista. Giró sobre los talones para encarar el vado y lanzó un juramento al ver la cambiante nube de polvo.

—Demasiado rápido —masculló.

Los refugiados habían empezado a moverse, y la sensación que daban era de ser una cinta ondulante de seres que cruzaba el canal en dirección a la isla. No había orden ni concierto, nadie ejercía el control de aquellas treinta mil personas, hambrientas, aterrorizadas y agotadas. Estaban a punto de arrasar el muro desde el cual Duiker y el cabo los observaban.

—Deberíamos apartarnos —dijo Lista.

El historiador asintió.

—¿Adónde?

—Mmm. ¿Al este?

Al lugar donde el clan Comadreja cubría ya a los infantes de marina y a los demás soldados de infantería, que cedían una rampa tras otra. Retrocedían con tal rapidez que llegarían al puente en cuestión de minutos. *¿Y entonces? Correrían contra esa turba de refugiados chillones. ¡Por el Embozado! Y ahora, ¿qué?*

Lista pareció leer su mente.

—Aguantarán en el puente —aseguró—. Tienen que hacerlo. ¡Adelante!

Corrieron frente a los primeros refugiados. La tierra debilitada tembló bajo ellos, y de sus entrañas se alzó un vapor que desprendió un fuerte olor a sudor. Por doquier, a lo largo del extremo oriental de la isla, el suelo se combó y se abrió. La carrera de Duiker se vio comprometida. Al frente surgían formas de la tierra quebrada, formas

esqueléticas cubiertas de arcanas, picadas e incrustadas armaduras de bronce, tocadas de yelmos abollados, con antenas en la cabeza y largas mechas de pelo cobrizo que colgaban recogidas en coletas sobre los hombros. El sonido que surgió de ellas heló el alma de Duiker. *Se ríen. Es una risa alegre. Por el Embozado, ¿acaso en este instante te retuerces de rabia, ofendido?*

—Nada —jadeó Lista—. Mellizo de Menos. Es ese muchacho de ahí. Sormo dijo que en este lugar se celebró una batalla en el pasado. Dijo que esta laguna no era natural... Oh, reina de los Sueños, ¡otra pesadilla wickana!

Los guerreros antiguos, que daban voz a su sangriento regocijo, surgían de las entrañas de la tierra a lo largo del extremo oriental de la isla. A la derecha de Duiker, y tras él, los refugiados gritaron de horror, y la carrera al frente se interrumpió cuando las horripilantes criaturas se alzaron a su alrededor.

El clan Comadreja y los soldados de infantería habían estrechado una línea sólida a ese lado del puente y el canal. Esa línea sufrió un tirón y tembló cuando los guerreros recién salidos de la tierra arremetieron contra ella, los aceros de único filo en lo alto, irreconocibles espadas cubiertas de mineral, y marcharon después hacia la ingente masa formada por la infantería de Hissar y Sialk. La risa se había convertido en canto, un gutural canto de guerra.

Duiker y Lista se encontraron en un área despejada, surcada de boquetes, con los refugiados a su espalda, refugiados que se retiraban al vado, y con la retaguardia que, ante ellos, había logrado por fin tomarse un respiro cuando los guerreros no muertos se arrojaron sobre el enemigo.

El joven Nada, mellizo de Menos, montaba un enorme caballo ruano; tiró de las riendas, volvió grupas de un lado

a otro de la línea, con un bastón cubierto de plumas en una mano, sacudiéndolo sobre la cabeza. Los guerreros no muertos que pasaron cerca de él vocearon y alzaron las armas a modo de saludo, o como expresión de gratitud. Al igual que ellos, el chico reía.

La veterana infantería de Reloe rompió filas ante la carga y cayó hacia atrás para chocar con la horda de campesinos que, finalmente, frenó su avance.

—¿Qué es esto? —preguntó Duiker—. ¡Por la senda del Embozado! Es nigromancia, no...

—Puede que no estén realmente muertos —sugirió Lista—. Sencillamente, es posible que el espíritu de la isla tan solo los esté utilizando...

El historiador negó con la cabeza.

—No. Escucha esa risa, ese cántico. ¿Distingues su lengua? Estos guerreros han visto despertar su alma. Esas almas deben de haber permanecido, atenazadas por el espíritu, sin ser entregadas al Embozado. Pagaremos por esto, cabo. Todos y cada uno de nosotros pagará por esto.

Surgían por doquier otras figuras del suelo: mujeres, niños, perros. La mayoría de los perros llevaban arneses de cuero, cubiertos por los restos de los arreos. Las mujeres llevaban a los niños a cuestas, aferradas a los cuchillos de hoja de bronce que les habían clavado en el pecho. Una antigua tragedia se presentaba ante sus ojos, una tribu antigua que había afrontado el exterminio a manos de un enemigo desconocido. *¿Cuántos años hará que sucedió? ¿Cuánto tiempo sus almas atrapadas han aguardado este horripilante momento? ¿Y ahora? ¿Están condenadas a sufrir de nuevo la eterna angustia?*

—Llévatelas, Embozado, por favor —susurró Duiker—. Llévatelas. Llévatelas ahora.

Las mujeres se hallaban envueltas en la fatídica urdimbre. Las vio acuchillar a los niños, cuyos cuerpos temblaron y se retorcieron, y oyó también sus breves gemidos de dolor. Las vio luego caer, doblegadas ante la fuerza de unas armas y de unos recuerdos que solo ellas podían ver... y sentir. Las despiadadas ejecuciones continuaron y continuaron.

Nada había detenido el trote enloquecido y guiaba al ruano al paso hacia la espectral escena. La piel morena del muchacho se antojaba de una palidez mortal. Algo susurró a la mente de Duiker que el joven hechicero veía más que ningún otro (al menos, más que ningún otro ser vivo). Ladeó la cabeza de un lado a otro, en busca de los fantasmas asesinos, y sufría un respingo ante cada nuevo golpe.

El historiador, que sentía como si en lugar de piernas tuviera muletas, caminó pesadamente hacia el niño. Al llegar, asió las riendas de las manos inmóviles del muchacho.

—Nada —dijo en voz baja—. Dime qué es lo que ves.

El chico pestañeó antes de volver lentamente la mirada hacia Duiker.

—¿Cómo?

—Puedes verlo. ¿Quién las está matando?

—¿Quién? —Se pasó la mano temblorosa por la frente—. La familia. El clan se dividió, dos rivales que aspiraban al trono de Cuerno. La familia, historiador. Los primos, los hermanos, los tíos...

Duiker sintió que algo se quebraba en su interior al escuchar las palabras de Nada. Todas las expectativas que había creado, quizás por la necesidad desesperada de que los asesinos fueran... jaghut, forkul assail, k'chain, che'malle... *Cualquier otro, cualquiera.*

—No —dijo.

Los ojos de Nada, jóvenes pero ancianos, sostuvieron su mirada al tiempo que el hechicero asentía.

—Familia. Se ha visto reflejado. Entre los wickanos. Hace una generación. Reflejado.

—Pero nunca más. —*Por favor.*

—Nunca más. —Nada se esforzó por sonreír—. El emperador, siendo nuestro enemigo, nos unió. Por burlarse de nuestras pequeñas trifulcas, de nuestras inútiles disputas. Se rió de ellas. Se burló. Nos avergonzó con desprecio, historiador. Cuando conoció a Coltaine, nuestra alianza ya se venía abajo. Kellanved se burló. Dijo que tan solo necesitaba sentarse a contemplar el final de nuestra rebelión. Con sus palabras, marcó a hierro y fuego nuestras almas. Con sus palabras y su oferta de unidad nos otorgó la sabiduría. Con sus palabras nos inclinamos ante él con sincera gratitud, aceptamos todo cuanto nos ofreció y le entregamos nuestra lealtad. Una vez te preguntaste cómo el emperador ganó para sí nuestros corazones. Ahora ya lo sabes.

La valentía del enemigo se templó cuando las armas corroídas de los antiguos guerreros se hicieron pedazos al enfrentarse al hierro. Los cuerpos esqueléticos no estuvieron tampoco a la altura de los seres vivos. Volaron pedazos por doquier, las figuras trastabillaron para luego caer al suelo, demasiado despedazadas para tenerse en pie.

—¿Deben experimentar por segunda vez la derrota? —preguntó Duiker.

Nada se encogió de hombros.

—Nos proporcionaron un encantamiento para respirar, para tenerse firmes. Recuerda, historiador, que de haber ganado la lucha en primera instancia estos guerreros, hubieran hecho a sus víctimas lo mismo que sufrieron sus

familias. —El niño hechicero sacudió lentamente la cabeza—. Hay poca bondad en el ser humano. Poca bondad.

Aquella reflexión resultó aún más hiriente por pronunciarla alguien tan joven. *La voz de un anciano habla por boca de este niño, no lo olvides*, se dijo Duiker.

—Pero puede haberla —replicó el historiador—. Tanto más preciosa cuanto mayor es su rareza.

Nada recuperó las riendas.

—No encontrarás bondad alguna en este lugar, historiador —dijo, con voz dura, tanto como lo eran sus palabras—. Se nos conoce por nuestra locura, lo cual confirman los antiguos espíritus de esta isla. Los recuerdos que sobreviven son todos de horror, nuestros hechos son tan oscuros como para marchitar la tierra a nuestro paso. Mantén los ojos abiertos —añadió, volviendo grupas para encarar la batalla que se había reanudado en el puente formado por tablones de madera—, que aún no hemos terminado.

Duiker no dijo nada; se limitó a observar al niño hechicero que de nuevo cabalgaba hacia las líneas.

Era algo inconcebible, pero de pronto se abrió el paso a los refugiados, que se dispusieron a cruzar. El sol iba camino del mediodía. No sabía por qué, pero había tenido la sensación de que era mucho más tarde. Volvió la mirada al río cubierto de polvo. El cruce sería difícil, el agua constituía un peligro en ambas orillas, y la corriente se llevó los gritos de todos los niños, los ancianos y las mujeres a quienes les fallaron las fuerzas. Desaparecieron bajo la superficie. Polvo y horror. El agua formaba remolinos. El agua absorbía hasta el último eco.

Los jinetes del clan Cuervo cabalgaban alrededor de los millares de personas atemorizadas, como si cuidaran de un ingente rebaño de necios animales. Con largos palos

impedían que la muchedumbre se dispersara. Los golpeaban hasta partirles la mandíbula, las rodillas. Recibían empujones en el rostro. Los refugiados retrocedían en masa allá donde cabalgaran.

—Historiador —dijo Lista, a su lado—. Tendríamos que procurarnos unos caballos.

—No, aún no —negó Duiker con la cabeza—. Esta defensa de retaguardia se ha convertido en el epicentro de la batalla. No voy a irme a ningún lado. Tengo que presenciarlo...

—Entendido, señor. Pero cuando se retiren, los recogerán los wickanos, con un soldado más por caballo. Coltaine y el resto del clan se reunirán con ellos pronto. Mantendrán la posición a este lado del vado para permitir que cruce la retaguardia. Si no queremos ver nuestras cabezas ensartadas en picas, señor, será mejor que nos procuremos unos caballos.

—Hazlo, pues —asintió Duiker.

—Sí, señor. —El joven soldado se alejó.

La línea defensiva establecida a lo largo del antiguo canal se retorció como una serpiente. La infantería regular enemiga, después de destruir a los últimos guerreros esqueléticos, presionaba con tesón. Apoyados por el temple y la eficaz brutalidad de la infantería de marina, los auxiliares continuaron empujando a la retirada a los regulares. Los jinetes del clan Comadreja se habían dispersado en pequeñas unidades, mezclados con lanceros y arqueros. Allá donde la línea parecía flaquear, acudían al galope en su ayuda.

El hechicero Nada los mandaba. Sus órdenes se imponían al estruendo y al estrépito de la batalla. Parecía capaz de percibir las debilidades antes de que estas se reflejaran físicamente. Su sentido de la oportunidad,

potenciado mediante las artes mágicas, era lo único que impedía que flaqueara la línea.

Al norte, Kamist Reloe se había puesto finalmente en marcha, acompañado por las fuerzas de élite. Con los arqueros al frente, la infantería pesada marchaba en apretadas filas tras la pantalla que ofrecían los tithansi. Como no estaban dispuestos a arriesgarse a marchar por el cenagal, giraron al este para rodearlo por un extremo.

El ejército campesino presionaba a retaguardia de la infantería de Sialk e Hissar, y el peso de las decenas de miles de personas que lo componían formaba una marea imparable.

Duiker miró inquieto al sur. ¿Dónde estaba Coltaine? El polvo y el humo se alzaron en las colinas. El pueblo de L'enbarl estaba cubierto por las llamas, y la batalla seguía su curso. Si Coltaine y los suyos no lograban destrabarse pronto, se verían atrapados a ese lado del río. El historiador cayó en la cuenta que no era el único que había reparado en ello. Nada volvía la cabeza en esa dirección una y otra vez. Entonces, comprendió Duiker por fin que el joven hechicero estaba en contacto con sus compañeros, los que acompañaban a Coltaine. *El control, y la ilusión de control.*

Lista apareció al galope, con las riendas de la yegua de Duiker en la mano. El cabo no desmontó al tendérselas. El historiador subió a aquella silla, que tan familiar le resultaba, y susurró unas palabras de gratitud a los ancianos wickanos que con tanta devoción habían cuidado de su yegua. El animal estaba en buena forma, lleno de vida. *Si pudieran hacer lo propio conmigo...*

La retaguardia empezó a ceder terreno de nuevo, y renunció al antiguo canal a medida que el enemigo la empujaba implacable. La infantería pesada de Kamist Reloe

quizás tardaría unos cinco minutos en alcanzar el flanco norte.

—Esto no tiene buen aspecto —dijo Duiker.

El cabo Lista ajustó la correa del yelmo sin decir nada, aunque el historiador observó que le temblaban las manos.

Los jinetes del clan Comadreja cabalgaban desde las líneas, cargados de soldados heridos. Pasaron de largo ante Duiker, parecían espectros ensangrentados, y los rostros y los cadáveres cubiertos de tatuajes les proporcionaban un aspecto demoníaco. La mirada del historiador los siguió mientras se dirigían a los refugiados. La turba de civiles que había a ese lado del río había adelgazado con gran rapidez desde la última ocasión en que le echó un vistazo. *Demasiado rápido. Deben de haberse dejado llevar por el pánico en el vado. Habrán perecido miles ahogados en sus aguas. Menudo desastre.*

—Deberíamos retirarnos ya, señor —advirtió Lista.

La retaguardia se venía abajo, y el tráfico de los heridos crecía. Los caballos pasaban a galope tendido a veces con dos, e incluso con tres hombres auestas. La línea se contrajo, los extremos que dibujaban los flancos cerraron sobre el centro. En cuestión de minutos serían rodeados. *Y entonces, la matanza.* Vio al capitán Tregua dando órdenes a voz en cuello para formar en cuadro. Eran pocos los soldados que aún seguían en pie.

En uno de esos misteriosos caprichos que caracterizan a las batallas, las infanterías de Sialk e Hissar se detuvieron cuando se encontraban a punto de alcanzar la victoria. Por un flanco llegó la infantería pesada, dos bloques rectangulares de cincuenta soldados al frente, y veinte líneas de profundidad, con arqueros dispuestos en formación de escaramuza, cubriendo ambos flancos de dichos bloques. Por un instante, la quietud y el silencio se

alzaron como un muro que separara el espacio que mediaba entre ambas fuerzas enemigas.

El clan Comadreja continuó arremetiendo contra el enemigo. El cuadro de Tregua se venía abajo por uno de los costados, y la cosa acabó por convertirse en anillo más que en cuadro, un anillo formado por tres costados irregulares.

—Los últimos refugiados acaban de entrar en el agua —informó Lista, cuya respiración era cada vez más agitada y cuya inquietud era evidente a juzgar por el modo en que retorció las riendas—. Tenemos que...

—En el nombre del Embozado, ¿dónde está Coltaine? —quiso saber Duiker.

A una docena de pasos de distancia, Nada tiró de las riendas entre un torbellino de polvo.

—¡No esperaremos más! ¡Así lo ordena el puño! ¡Cabalga, historiador!

Los jinetes reunieron a los últimos soldados de Tregua cuando, con un rugido que hizo temblar el ambiente, las tropas enemigas se arrojaron a la carga. Se abrieron paso entre la infantería, y pudo entonces desatarse la ira de la horda compuesta por campesinos.

—¡Señor! —El grito de Lista fue más una súplica desesperada.

Con un juramento, Duiker volvió grupas e hincó los talones en la yegua. Ambos cabalgaron al galope tras los jinetes wickanos.

Desatada, la horda se entregó a la persecución, dispuesta a asegurar esa orilla del vado. La infantería de Sialk e Hissar, así como la infantería pesada de Kamist, permitieron que marcharan sin escolta y mantuvieron la disciplina.

Los jinetes wickanos cabalgaban más allá de las nubes de polvo que levantaban sus caballos. A esa velocidad,

toparían con la retaguardia de los refugiados que seguían cruzando. Entonces, cuando el ejército campesino los alcanzara, el río se teñiría de rojo. Duiker tiró de las riendas y lanzó un grito a Lista. El cabo volvió la cabeza, y en su expresión se dibujó el asombro. El caballo cabrioleó sobre la pendiente embarrada.

—¡Historiador!

—¡Cabalgemos al sur, por la orilla! —voceó Duiker—. ¡Haremos nadar a los caballos, pues al frente marchan el caos y la muerte!

Lista negaba con la cabeza.

Sin aguardar una respuesta, el historiador tiró de las riendas para que la yegua se encarase a la izquierda. Si cabalgaban a galope tendido, cruzarían la isla antes de que la horda lograra ganar la orilla del vado. Hundió de nuevo los talones en los flancos de la yegua. El animal salió disparado.

—¡Historiador!

—¡Cabalga o muere, maldito seas!

A un centenar de pasos por la orilla se encontraba la embocadura hundida del meandro, con una densa ringlera verde de gladiolos que milagrosamente había escapado intacta a lo sucedido aquel día. Más allá se alzaban las colinas que protegían L'enbarl. *Si Coltaine logra destrabarse, hará lo más inteligente e irá derecho al río. Aunque la corriente los lleve al vado, lograrán cierta ventaja. Unos cuantos ahogados son preferibles a tres mil muertos tras intentar retomar este extremo del vado.*

Como si se hubieran propuesto desafiar esta reflexión, aparecieron los jinetes wickanos ladera abajo. Coltaine cabalgaba en cabeza, la capa de plumas negras extendida como las alas de un cuervo. Los jinetes mantenían bajas las lanzas, y los arqueros protegían los flancos disparando a

diestro y siniestro sin detenerse. La carga se dirigía directa a Duiker.

El historiador, incrédulo, volvió grupas.

—¡Por el Embozado, acabaremos uniéndonos a esa carga! —Vio que Lista hacía lo mismo que él. Cubierto con el polvoriento yelmo, el muchacho había empalidecido como la muerte.

Atacarían el flanco del ejército campesino como una hoja de cuchillo al hundirse en el flanco de una ballena. *Y con igual efectividad. ¡Un suicidio! Aunque logremos alcanzar el vado, nos ahogaremos. Los caballos tropezarán, los hombres se ahogarán y los campesinos se abatirán sobre nosotros para rematarnos.* Pero seguían cabalgando. Unos latidos de corazón antes de trabar contacto, vio a los jinetes del clan Cuervo reaparecer de la nube de polvo. *¡Contraataque! ¡Cuánta locura!*

Los jinetes Cuervo cabalgaron a ambos lados del historiador, alcanzado el punto álgido de la carga. Duiker volvió la cabeza al oír el grito fiero de Coltaine.

Las flechas pasaron volando. El flanco de la hueste campesina se contrajo, titubeó. Cuando golpearon los wickanos, lo hicieron sobre una densa masa de seres humanos. Mientras, los jinetes del clan Cuervo giraron hacia el río en el último momento y cabalgaron paralelos al flanco. *No una herida de cuchillo, sino una cuchillada con el sable.*

Cayeron los campesinos. Otros lo hicieron al emprender la retirada, golpeados a coces por los caballos enajenados. Todo el flanco se colapsó en rojo sangre bajo las furibundas hojas wickanas.

Los campesinos que mantenían la posición en el vado cedían ante el contraataque del clan Comadreja. Fue

entonces cuando los jinetes del clan Cuervo cayeron sobre el extremo norte.

La línea campesina pareció fundirse ante la mirada de Duiker. Cabalgaba con el clan Cuervo, tan pegado que sentía el roce de los lomos de los caballos en las piernas. Llovió sangre del arma alzada, sangre que salpicó su rostro y sus manos. Al frente, los jinetes del clan Comadreja se separaron, dispuestos a cubrir la furiosa carga de los suyos a las nubes de polvo.

Ahora es cuando se desata el caos. A pesar de la gloriosa carga de Coltaine, al frente se dibujaba el río. Los soldados heridos, los refugiados y sabrá el Embozado qué más.

El historiador aprovechó para llenar de aire los pulmones, justo antes de penetrar la densa nube de polvo iluminada por el sol.

La yegua cabalgó por el agua, pero apenas se detuvo. Ante él se dibujaba el terreno despejado, una mutable superficie cubierta de agua y fango. Al frente apenas pudo distinguir a los demás jinetes, cuyos caballos cabalgaban a galope tendido. Duiker sintió el inquebrantable impacto de los cascos de la yegua a medida que avanzaba. No había ni un metro de agua en el río. Los cascos acariciaron la piedra, no el barro. No entendía nada.

El cabo Lista se acercó al historiador, al igual que una tropa de jinetes Cuervo separada del cuerpo principal. Uno de los wickanos sonrió.

—El camino de Coltaine, ¡cuyos guerreros vuelan como espectros por el río!

Duiker recordó algunos de los comentarios que había escuchado la noche anterior. Las observaciones de ese noble, Tumlit. Los carros reforzados que iban, por lo visto, más cargados de heridos de lo que debieran: los ingenieros. Los carros que serían los primeros en cruzar y que

tardarían buena parte de la noche en hacerlo. Los muertos colocados en bloques de piedra. *¡Esos condenados ingenieros han construido un camino!*

Se antojaba imposible, pero ahí tenía la prueba, bajo los cascos de la yegua. Habían plantado estacas a ambos lados, unidas entre sí por cuerdas de cabello trenzado tithansi para marcar los bordes. Medía un ancho aproximado de tres metros, y tenía una extensión superior a los cuatrocientos pasos. En ese momento, la profundidad del vado no llegaba al metro, profundidad más que salvable tanto para el ganado como para los refugiados.

Se despejó el polvo al frente y el historiador comprendió que se acercaban a la orilla oeste del río. Oyó el estrépito de la hechicería. *La batalla dista mucho de haber terminado. Hemos logrado correr más que uno de los ejércitos, para acabar cargando sobre el otro. ¿Todo esto para vernos aplastados entre dos rocas?*

Alcanzaron los bajíos y, una vez franqueados, cabalgaron pendiente arriba veinte pasos hasta asomar de entre los últimos jirones de polvo.

Duiker dio la voz de alarma, y tanto él como quienes lo acompañaban tiraron con fuerza de las riendas. Justo frente a ellos había un pelotón de soldados (ingenieros) que habían estado marchando a la carrera hacia el vado. Los zapadores se dispersaron entre juramentos y maldiciones, agachándose y esquivando a los alborotados caballos. Uno de ellos, un hombre que era como una torre, con el rostro curtido al sol y recién afeitado, se quitó el yelmo para dejar al descubierto la calva y lo arrojó al jinete wickano que tenía más cerca. No lo alcanzó por muy poco.

—¡Apartaos, pisaverdes hijos de mala madre! ¡Aquí aún tenemos cosas que hacer!

—¡Eso! —gruñó otro, que cojeaba tras haberle pisado el pie uno de los caballos—. ¡Id a luchar, o haced algo de provecho! ¡Tenemos que destaponarlo!

Duiker hizo caso omiso de sus palabras y volvió a la yegua para encarar el vado. Fuera cual fuese la hechicería que había mantenido aquel polvoriento manto sobre el agua, el caso era que había desaparecido. Las nubes habían caído a sotavento, unos cincuenta pasos corriente abajo. Y el camino de Coltaine estaba cubierto por una ingente turba de campesinos armados y chillones.

El segundo zapador que había hablado se acercó al pozo de trinchera desde el cual se disfrutaba de una amplia vista al terreno embarrado.

—¡Aguanta ahí, Sepia! —ordenó el hombretón, los ojos puestos en la marea de millares de hombres. Quienes la encabezaban habían cubierto ya la mitad del cruce. El hombre ancló las manazas en las caderas, y observó furibundo sin dar mayor importancia a la atención con la que lo observaban a su vez tanto sus hombres, como Duiker, Lista y la media docena de wickanos—. Estos cabrones wickanos no son los únicos que saben escoger el momento adecuado.

La vanguardia de la horda, cuyas armas relucían, parecía el colmillo de una serpiente gigantesca. Había cubierto ya tres cuartas partes del camino. El historiador distinguía sus caras, las expresiones de temor y de furia asesina que conforman el rostro de la batalla. Al echar un vistazo atrás, vio las columnas de humo y los destellos de la hechicería concentrados sobre el flanco derecho de las posiciones defensivas del Séptimo. El leve berrido que servía de grito de guerra a los semk provenía de ese flanco, un sonido como de garras arañando la piel tensa. Tenía

lugar un feroz combate cuerpo a cuerpo en el primer terraplén.

—De acuerdo, Sepia —voceó el hombretón—. Ya puedes tirar de él.

Duiker volvió la mirada y vio al zapador en el pozo. Este levantó ambas manos y aferró una cuerda de pelo negro que discurría oculta bajo el agua. El rostro tiznado de barro de Sepia se arrugó hasta dibujarse en él una mueca fiera, los ojos cerrados con fuerza. Entonces, dio un tirón de la cuerda, que se tensó de inmediato.

Nada sucedió.

El historiador se arriesgó a mirar hacia el hombretón. Tenía este dos dedos en los oídos y los ojos abiertos, clavados en el río. Duiker comprendió qué estaba sucediendo justo en el momento en que Lista le gritó:

—¡Señor!

El suelo pareció ceder un palmo bajo sus pies. El agua del vado se alzó, encorvada, borrosa, y la joroba pareció recorrer a la velocidad del rayo el largo del camino sumergido. Los campesinos que había en el río sencillamente desaparecieron para reaparecer al cabo de un latido de corazón, incluso cuando la honda expansiva derribó a todos en tierra como el puñetazo de un dios. Lo hicieron en salpicaduras de rojo, rosa y amarillo, de jirones de carne y hueso, extremidades, pelo y tela, volando alto cuando el agua estalló hacia arriba, lejos, convertida en espectral bruma cenagosa.

La yegua de Duiker reculó, moviendo de un lado a otro la cabeza. El sonido había sido ensordecedor. El mundo tembló en todas partes. Un jinete wickano cayó de la silla y se retorció en el suelo, las manos en los oídos.

El río empezó a caer hacia atrás, copado de cadáveres y restos humanos, cubierto de un vapor que se alzaba al

capricho del viento. La serpiente había perdido su enorme cabeza, obliterada, al igual que un tercio de su cuerpo, y todos los que habían estado sobre el agua habían desaparecido.

Aunque se encontraba más cerca de él, las palabras del hombretón sonaron bajas y lejanas en los maltrechos oídos de Duiker.

—Cincuenta y cinco explosivos, todo lo que el Séptimo lleva años atesorando. Ahora ese vado es una trinchera. Ja, ja, ja. —Entonces, la expresión satisfecha desapareció de su rostro—. Por los pies del Embozado, a partir de ahora habrá que cavar de nuevo con palas.

Una mano tiró de la manga del historiador. Lista se acercó a él y susurró:

—Y ahora, ¿adónde vamos?

El historiador miró corriente abajo a los remolinos teñidos de rojo, cubiertos de restos humanos. Por un instante no entendió la pregunta del cabo. *¿Adónde qué? No hay ningún lugar al que podamos ir, ningún lugar donde haya paz tras esta matanza y donde no experimentemos más que desesperación.*

—¿Señor?

—Al combate, cabo.

La rápida llegada de Coltaine y sus jinetes del clan Cuervo para golpear el flanco oeste de los lanceros tithansi a ese lado del río había cambiado el curso de la batalla. Mientras cabalgaban hacia el combate en los terraplenes, Duiker y Lista pudieron ver flaquear a los tithansi, lo cual expuso a la infantería semk a las flechas de los arqueros montados wickanos. Las flechas volaron en dirección a los guerreros siamk.

En mitad estaba el grueso de la infantería del Séptimo, contrarrestando los encarnizados esfuerzos de los semk,

mientras a un centenar de pasos al norte la infantería pesada de Guran esperaba el momento adecuado para cerrar sobre los odiados malazanos. A juzgar por los hechos, su comandante se lo estaba pensando mejor. Kamist Reloe y su ejército estaban atrapados (al menos, durante esa batalla) al otro lado del río. Aparte de los diezmados infantes de marina y los miembros del clan Cuervo que formaban la retaguardia, las fuerzas de Coltaine estaban relativamente intactas.

A quinientos pasos a poniente, en una llanura pedregosa, el clan Comadreja perseguía a los restos de la caballería de Guran.

Duiker vio un destello de color entre el Séptimo: oro y rojo, Baria Setral y sus espadas rojas en mitad del combate. Los semk parecían más que deseosos de acercarse a los perros malazanos, y pagaban con sangre su ansia. No obstante, las tropas de Setral estaban muy diezmadas, pues apenas tenía bajo su mando una veintena de hombres.

—Quiero acercarme —anunció Duiker.

—Sí, señor —respondió Lista, que señaló—. ¿Ve esa elevación de ahí? Claro que nos pondría a distancia de tiro con arco.

—Me arriesgaré.

Cabalgaron hacia el Séptimo. El estandarte de la compañía se alzaba solitario y tiznado de polvo en una colina baja, justo tras las líneas. Tres veteranos de pelo cano la protegían, tres veteranos rodeados de cadáveres semk tendidos en la ladera, lo que venía a señalar que el terreno había estado en constante liza toda la jornada. Los veteranos habían tomado parte, y todos ellos lucían heridas leves.

Mientras el cabo y el historiador cabalgaban hacia la nueva posición, Duiker reparó en que los tres veteranos

permanecían acucillados ante un camarada caído. Se apreciaba en sus mejillas cubiertas de polvo la huella de las lágrimas derramadas. Al llegar, el historiador desmontó lentamente.

—Aquí tenéis una historia, soldados —les dijo, modulando grave la voz para imponerse al estruendo y al griterío del combate que tenía lugar a treinta pasos al norte de ellos.

Uno de los veteranos levantó la mirada bizca.

—¡Si es el anciano historiador del emperador, por la sonrisa torcida del Embozado! Te vi en Falar, o quizás en las llanuras wickanas...

—En ambas. Veo que habéis luchado por el estandarte. Perdisteis a un amigo en su defensa.

El hombre pestañeó de nuevo. Luego, miró a su alrededor hasta que encaró el estandarte del Séptimo. El asta se inclinaba a un lado, y la maltrecha tela lucía espectralmente descoloría por el sol.

—Por el aliento del Embozado —gruñó—. ¿Crees que hemos luchado por salvar una tela colgada de un palo? —Hizo un gesto para señalar el cadáver junto al que sus camaradas permanecían arrodillados—. Nordo encajó dos flechas. Nos enfrentamos a un pelotón de semk para que pudiera morir a su hora. Los hijos de perra de esa tribu se llevan a los heridos para mantenerlos con vida y poder torturarlos. Y no íbamos a permitir que a Nordo le pasara eso.

Duiker guardó un largo silencio.

—¿Es así como quieres que se narre la historia, soldado?

El hombre entornó aún más la mirada, antes de asentir.

—Así como la cuento, historiador. Ya no somos del ejército de Malaz. Ahora somos la hueste de Coltaine.

—Pero es un puño.

—Es una sabandija de sangre fría —sonrió el hombre—. Pero es nuestra sabandija.

Respondiendo a esa sonrisa, Duiker se rebulló en la silla y contempló la línea del frente. Se había cruzado una especie de umbral espiritual. La moral de los semk flaqueaba. Caían a docenas con las tres legiones de supuestos aliados que permanecían sentados tras ellos, inmóviles, en las colinas. Habían empeñado hasta la última reserva espiritual de su sagrada causa, al menos durante aquel combate. A lo largo de la noche habría juramentos y acusaciones encendidas en los campamentos enemigos, pensó Duiker. *Bien, dejemos que ellos mismos se vengan abajo de mutuo acuerdo.*

Tampoco aquel iba a ser el día del torbellino.



Coltaine no permitió descansar al victorioso ejército cuando la luz del sol se hundió en la tierra. Se levantaron nuevas fortificaciones, y las demás fueron reforzadas. Cavaron trincheras, clavaron picas. A los refugiados los instalaron en la llanura pedregosa al oeste del vado, donde levantaron las tiendas dispuestas en manzanas, con amplias vías de paso entre sí. Cargaron los carros de soldados heridos, carros que fueron trasladados a esas manzanas. Los cirujanos y los sanadores se pusieron manos a la obra.

El ganado fue conducido al sur, a las herbosas laderas de las colinas Barl, una cordillera chata y desgastada compuesta de roca caliza y pino. Los ganaderos, protegidos por jinetes del clan Perroloco, cuidaban del ganado y los rebaños.

En la tienda de mando del puño, cuando el sol se ocultó tras el horizonte, Coltaine organizó una reunión para analizar las consecuencias de lo sucedido durante la jornada.

Un agotado Duiker, con el ya omnisciente cabo Lista tras el respaldo de la silla, tomó asiento y prestó atención a los comandantes. Estos presentaron sus informes con un desánimo que poco a poco se fue apagando. Tregua había perdido a la mitad de los infantes de marina, aunque los auxiliares que lo habían apoyado habían encajado aún más bajas. El clan Comadreja había sufrido lo suyo durante la retirada, aunque su principal preocupación en ese momento parecía estribar más bien en la escasez de caballos que acusaban. En el Séptimo, el capitán Chenned y Sulmar hicieron lo que se antojó un interminable recuento de heridos y muertos. Por lo visto, sus oficiales y suboficiales de pelotón habían encajado innumerables bajas. La presión sufrida en la línea defensiva había sido enorme, sobre todo a primeras horas del día, antes de que recibieran los refuerzos encarnados por las Espadas Rojas y los miembros del clan Perroloco. La narración de la caída de Baria Setral y su compañía dejó sin respiración a más de uno. Habían luchado con demoníaca ferocidad, habían mantenido la línea, ganando a cambio de su vida un tiempo crucial que la infantería aprovechó para reagruparse. Las Espadas Rojas habían demostrado su valor, lo cual hizo que el propio Coltaine tuviera para ellos palabras de encomio.

Sormo había perdido a dos de los hechiceros niños en los combates contra los sacerdotes hechiceros semk, aunque tanto Menos como Nada habían sobrevivido.

—Tuvimos suerte —dijo tras informar de las muertes en un tono frío y desapasionado—. El dios de los semk es un furibundo ancestral. Utiliza a los magos para canalizar su

ira, sin importarle lo más mínimo qué suerte corra la carne mortal. Quienes se mostraron incapaces de soportar el poder de su dios sencillamente se desintegraron.

—Lo cual diezmó sus filas —concluyó Tregua con un gruñido.

—El dios miró a otra parte —dijo Sormo, que cada vez parecía más viejo, incluso en el lenguaje de sus gestos. Duiker observó al joven cerrar los ojos y frotárselos con los nudillos—. Deben tomarse medidas más drásticas.

Los demás guardaron silencio, hasta que Chenned puso voz a las dudas que rebullían en la mente de todos.

—¿Y qué significa eso, hechicero?

—Las palabras pronunciadas pueden ser atendidas... por un dios vengativo y paranoico —intervino Bastión—. Si no existe otra alternativa, Sormo, adelante.

El hechicero asintió lentamente.

Tras un instante, Bastión lanzó un hondo suspiro e hizo una pausa para tomar un trago de un pellejo antes de decir:

—Kamist Reloe se dirige al norte. Cruzará la embocadura del río, pues el Sekala cuenta con un puente de piedra. No obstante, al hacer tal cosa perderá diez u once días.

—La infantería de Guran permanecerá con nosotros —dijo Sulmar—. Al igual que los semk. No tienen que emplearse a fondo para perjudicarnos, pues el cansancio se nos llevará mucho antes que a ellos.

—Coltaine ordenará que la jornada de mañana sea de descanso. Se sacrificarán las cabezas de ganado necesarias, y aprovecharemos la carne de los caballos muertos del enemigo. También se repararán armas y armaduras.

—¿Sigue siendo Ubaryd nuestro destino? —preguntó Duiker.

Nadie respondió.

El historiador observó uno a uno a los comandantes, mas no vio un ápice de esperanza en sus rostros.

—La ciudad ha caído.

—Eso dijo el caudillo de los tithansi —corroboró Tregua—. No tenía nada que perder al contarlo, puesto que estaba moribundo. Nada afirmó que decía la verdad. La flota malazana ha huido de Ubaryd. En este momento, decenas de miles de refugiados se ven empujados al nordeste.

—Más nobles quejicas que se sentarán en el regazo de Coltaine —dijo Chenned con sonrisa burlona.

—Es imposible —dijo Duiker—. Si no podemos marchar a Ubaryd, ¿qué otras ciudades nos quedan?

—Tan solo una —respondió Bastión—. Aren.

Duiker dio un respingo al oír eso.

—¡Es una locura! ¡Doscientas leguas!

—Algo más, para ser precisos —dijo Tregua, mostrando los dientes.

—¿Contraataca Pormqual? ¿Marcha al norte para reunirse con nosotros a medio camino? ¿Acaso es consciente siquiera de nuestra existencia?

Bastión miró a los ojos al historiador.

—¿Consciente? Eso diría yo, historiador. ¿Abandonará Aren? ¿Contraatacará? —El veterano se encogió de hombros.

—Vi a una compañía de ingenieros de camino aquí —dijo Tregua—. Estaban llorando, todos ellos estaban llorando.

—¿Por qué? —preguntó Chenned—. ¿Acaso su invisible comandante yace muerto en el fondo del Sekala, con la boca llena de barro?

Tregua sacudió la cabeza.

—Se han quedado sin explosivos. Solo tienen una o dos cajas de mechas y detonadores. Cualquiera diría que hasta la última de sus madres había mordido el polvo.

—Se emplearon bien —afirmó Coltaine finalmente.

—Sí —asintió Bastión—. Me hubiera gustado estar presente para ver saltar por los aires ese camino.

—Nosotros sí estuvimos allí —dijo Duiker—. La victoria tiene un sabor más dulce cuando no se ve emponzoñada por recuerdos sobrecogedores, Bastión. Saboréala.



Ya en la tienda, Duiker despertó cuando una mano lo sacudió con suavidad del hombro. Abrió los ojos a la oscuridad.

—Historiador —dijo una voz.

—¿Menos? ¿Qué hora es? ¿Cuánto he dormido?

—Dos horas, quizás —respondió la muchacha—. Coltaine te ordena que me acompañes. Ahora.

Duiker se levantó. Se había sentido tan agotado que apenas había podido extender el petate en el suelo. Las sábanas estaban húmedas de sudor, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada, al menos todavía. Debes presenciarlo. Aprisa, historiador. Disponemos de poco tiempo.

Salió al campamento, que gemía quedo en la hora más profunda de la oscuridad que precede a la llegada del amanecer. Millares de voces producían un terrible y gélido murmullo. Las heridas impedían al sueño extinguir el fuego del cansancio. Se oían también los gritos de los soldados que se hallaban más allá de lo que las artes de sanadores y cirujanos podían hacer por ellos; los berridos del ganado, el rumor de los cascos elevado a la categoría de golpeteo

incesante. En algún lugar, en la llanura al norte de ellos, se alzaba el ahogado sollozo de las esposas y las madres que lloraban a los muertos.

Mientras seguía a la ágil figura cubierta por una capa de lana por las tortuosas callejuelas del campamento wickano, los pensamientos del historiador se tiñeron de dolor. Los muertos habían franqueado las puertas del Embozado. A los vivos les tocaba llorar a los muertos. Duiker había conocido muchos pueblos en calidad de historiador imperial, y no había uno solo de ellos que no poseyera un ritual de duelo. *A pesar de que los dioses que adoramos puedan ser distintos, solo el Embozado nos hermana, disfrazado de un millar de formas. Cuando el aliento de sus puertas nos acaricia, siempre expresamos mediante la voz el rechazo que sentimos hacia el silencio eterno. Esta noche escuchamos a los semk. Y a los tithansi. Inequívocos rituales. ¿Quién necesita de templos y sacerdotes para encadenar y guiar la expresión de dolor y pena... cuando todo es sagrado?*

—Menos, ¿por qué los wickanos no muestran esta noche su dolor?

Se medio volvió hacia él sin siquiera detenerse.

—Coltaine lo ha prohibido.

—¿Por qué?

—Si de veras quieres saberlo, tendrás que preguntárselo. No hemos llorado a los muertos desde que empezó nuestro viaje.

Duiker guardó silencio unos instantes. Al cabo, preguntó:

—¿Y qué pensáis tú y los demás miembros de los tres clanes al respecto, Menos?

—Coltaine ordena y nosotros obedecemos.

Llegaron al extremo del campamento wickano. Más allá de la última tienda se alzaba una zanja defensiva que quizás medía unos veinte pasos de ancho, seguida por la recién erigida pared de picas de bambú, cuyas puntas alcanzaban la altura del pecho de un caballo. Los jinetes guerreros del clan Comadreja patrullaban la muralla de bambú, los ojos puestos en la llanura pedregosa que se extendía más allá.

Ante la zanja había dos figuras. Una era alta, la otra baja, ambas enjutas como espectros. Menos condujo a Duiker hacia ellas.

Sormo. Nada.

—¿Sois vosotros los únicos que quedáis? —preguntó el historiador al alto hechicero—. Dijisteis a Coltaine que ayer tan solo habíais perdido a dos.

Sormo E'nath asintió.

—Los demás reposan sus jóvenes cuerpos. Una docena de esposas cuidan de las monturas y un puñado de sanadores atienden a los soldados heridos. Nosotros tres somos los más fuertes, razón por la cual estamos aquí. —El hechicero dio un paso al frente. Había un aire febril en él, y en su voz un tono que pedía algo que iba más allá de lo que el historiador podía ofrecerle—. Duiker, cuyos ojos se cruzaron con los míos en el campamento de los comerciantes a través de los espectros del torbellino, presta atención a mis palabras. No eres ajeno al negro coro. Que sepas, pues, que esta noche dudé.

—Hechicero —dijo Duiker en un hilo de voz, cuando Menos dio un paso hasta situarse a la derecha de Sormo y se volvió a él de modo que los tres encararon al historiador—, ¿qué sucede?

A modo de respuesta, Sormo alzó las manos.

A su alrededor, el escenario sufrió una transformación. Vislumbró morrenas y laderas de montañas cubiertas de

piedras movedizas alzarse a espaldas de los tres hechiceros, mientras el oscuro cielo se antojaba si cabe más negro aún. El suelo estaba húmedo y frío para los mocasines de Duiker. Bajó la mirada para ver relucientes capas de hielo quebradizo, que cubrían rebalsas de agua fangosa. Los trazados desiguales del hielo reflejaban la miríada de colores que provenía de una luz ignota.

El frío hálito del viento le hizo volverse. Un aullido gutural de sorpresa partió de sus labios. Retrocedió el historiador, lleno de horror su ser. El hielo podrido, cubierto de sangre, formaba una quebrada pared rocosa ante él, cuya falda desigual apenas distaba diez pasos. El despeñadero se alzaba hasta que la jaspeada pared se desvanecía envuelta por la bruma.

El hielo estaba lleno de cadáveres, formas humanas, retorcidas y descuartizadas. Los órganos y las entrañas se desparramaban en la base como si fuera un enorme desolladero. Los bloques de hielo ensangrentado se fundían lentamente para crear un lago en el cual flotaban los restos humanos.

La carne expuesta había empezado a pudrirse y dar forma a pilas gelatinosas, a través de las cuales se vislumbraban los huesos.

—Él está en su interior. Pero cerca —dijo Sormo a su espalda.

—¿Quién?

—El dios Semk. Un ascendiente de tiempo ha. Incapaz de desafiar la hechicería, se vio devorado junto con los demás. Sin embargo, no puede morir. ¿Sientes su tormento, historiador?

—Creo que ya no siento nada. ¿Qué clase de hechicería es esta?

—Jaghut. Para estancar las oleadas de invasiones humanas, levantaron el hielo. A veces lo hicieron con rapidez, otras con lentitud, tal como dictara su estrategia. En ciertos puntos devoró continentes enteros, destruyendo por completo todo cuanto en ellos había. Civilizaciones forkrul assail, los gigantescos mecanismos y construcciones de los k'chain che'malle, y, por supuesto, las escuálidas chozas de quienes al cabo heredarían el mundo. Lo más elevado de Omtose Phellack, rituales que nunca mueren, historiador. Vientos que se levantan, amainan y vuelven a refrescar. Incluso en este momento, nace uno en tierras lejanas, y esos ríos de hielo llenan mis sueños, puesto que están destinados a crear un enorme cataclismo que acarreará un inimaginable número de muertes.

Las palabras de Sormo tenían un deje antiguo, el despiadado frío del tiempo que se plegaba sobre sí, una y otra vez, hasta que a Duiker le pareció que cada roca, cada acantilado, cada montaña se movía por toda la eternidad, como inmensos leviatanes. La sangre se rebulló en sus venas hasta que no pudo sino ceder al temblor.

—Piensa en todo lo que el hielo guarda —continuó Sormo—. Los saqueadores de tumbas encuentran riquezas, pero los sabios cazadores de poder buscan... hielo.

—Han empezado a reunirse —anunció Menos.

Finalmente Duiker se apartó del destrozado hielo. Torbellinos informes y estallidos de energía rodeaban a los tres hechiceros. Algunos eran céreos y energéticos, otros marcaban un incierto compás.

—Los espíritus de la tierra —dijo Sormo.

Nada rebuscó en la túnica, como si fuera incapaz de poner freno al deseo de bailar. Una oscura sonrisa se dibujó en los labios infantiles.

—La carne de un ascendiente guarda mucho poder. Todos ellos ansían un pedazo. Con este obsequio que les traemos, obtendremos más servicios.

—Historiador. —Sormo se acercó a él y, con una mano en el hombro de Duiker, añadió—: ¿Cuán fina es esta loncha de piedad? Toda esa cólera... aplacada. Destrozada, consumida hasta el último fragmento. No la muerte, sino una especie de disipación...

—¿Y qué hay de los sacerdotes hechiceros semk?

El hechicero torció el gesto.

—El conocimiento, y con este un gran dolor. Debemos trincar el corazón de Semk. Aunque ese corazón sea peor que la piedra. El modo en que utiliza la carne mortal... —Sacudió la cabeza—. Coltaine ordena.

—Y vosotros obedecéis.

Sormo asintió.

Duiker permaneció callado durante doce latidos de corazón. Finalmente, suspiró.

—He oído tus dudas, hechicero.

La expresión de Sormo casi reflejaba un intenso alivio.

—Cubre, pues, tus ojos, historiador. Será... escabroso.

A espaldas de Duiker, el hielo estalló acompañado de un rugido ensordecedor. La lluvia carmesí alcanzó al historiador, lo que le hizo tambalearse.

Un grito agudo, fiero, sonó a su espalda.

Los espíritus de la tierra avanzaron girando en torbellino junto a Duiker. Este se volvió a tiempo de distinguir una sombra, negra carne, podrida, de brazos largos como los de un simio, que se abría camino en el hielo, desgarrándolo.

Los espíritus lo alcanzaron y cubrieron su figura. Antes de verse hecho pedazos, logró lanzar un lacerante grito.



Hacia oriente, el horizonte era una veta roja cuando regresaron a la zanja. El campamento despertaba, las exigencias de la existencia lastraban de nuevo a las almas cansadas. Se atizó el fuego de las forjas subidas a los carros, tiraron de las pieles, tensado o hervido el cuero al que se había dado forma de enormes calderos ennegrecidos. A pesar de haber pasado toda la vida en las ciudades, los refugiados malazanos aprendían a llevar la ciudad a cuestas o, al menos, lo poco que necesitaban para sobrevivir.

Duiker y los tres hechiceros estaban cubiertos de sangre antigua y jirones de carne. Su reaparición en la llanura bastó para anunciar el éxito, y los wickanos lanzaron un lamento que corrió de clan en clan, tan lastimero el sonido como triunfante, una endecha apropiada para anunciar la caída de un dios.

En los lejanos campamentos semk, al norte, habían cesado los rituales fúnebres y no quedaba más que un ominoso silencio.

La tierra cubierta de rocío humeaba, y el historiador sintió, al cruzar la zanja de vuelta al campamento wickano, el oscuro eco del poder que emanaba de los espíritus de la tierra. Los tres hechiceros se despidieron de él al acercarse al borde del campamento.

El eco del poder encontró una voz tan solo unos instantes después, cuando hasta el último perro del campamento rompió a aullar. Los aullidos carecían de

fuerza, eran fríos como el hierro, y se extendieron con la fuerza de una promesa.

Duiker redujo el paso. *Una promesa. Una edad de ávido hielo...*

—¡Historiador!

Levantó la mirada y vio acercarse a tres hombres. Reconoció a dos de ellos, Nethpara y Tumlit. El otro noble que los acompañaba era bajito y redondo; cargaba con el peso de una capa con ribetes de oro que le hubiera conferido un aspecto imponente a un hombre que midiera dos veces su altura y tuviera la mitad de cintura. Sin embargo, en él el efecto era más patético que otra cosa.

Nethpara jadeaba cuando lo alcanzó, los pliegues de carne temblorosa manchados de barro.

—Deseamos hablarte, historiador imperial.

La falta de sueño, y muchas otras cosas, habían reducido sobremanera la tolerancia de Duiker, pero se esforzó por mantener calmado el tono de voz al responder:

—Creo que sería más adecuado hacerlo en otro mo...

—¡Inconcebible! —exclamó el tercer noble—. No volverán a despreciarse las solicitudes del consejo. Coltaine empuña la espada, de modo que a muchos de nosotros nos contiene su bárbara indiferencia, ¡pero lograremos hacernos oír de un modo u otro!

Duiker lo observó pestañeando.

Tumlit se aclaró la garganta en un gesto de disculpa y frotó sus llorosos ojos.

—Historiador, permítame presentarte al noble Lenestro, hasta hace poco habitante de Sialk...

—¡No un simple habitante! —protestó Lenestro—. Único representante de la familia kanesiana del mismo nombre en toda Siete Ciudades. Dirigente de la empresa comercial más importante de exportación de pieles de camello. Soy el

cabeza de la Guilda, a quien se confirió el honor de ser primera potencia de Sialk. Más de un puño se ha inclinado ante mí, y aquí me tienes, viéndome obligado a pedirle audiencia a un andrajoso historiador...

—¡Por favor, Lenestro! —exclamó Tumlit, exasperado—. ¡Magro favor haces a nuestra causa!

—¡Abofeteado por un salvaje embadurnado de grasa, cuya cabeza la emperatriz tendría que haber ensartado en una pica hace años! Os aseguro que lamentará haber mostrado tamaña piedad cuando le alcancen las noticias de este horror.

—¿A qué horror te refieres, Lenestro? —preguntó Duiker.

Esta pregunta hizo que el interpelado balbuceara, el rostro cada vez más sonrojado.

Nethpara optó por responder en su lugar.

—Historiador, Coltaine ha reclutado forzosamente a nuestros sirvientes. Ni siquiera nos lo solicitó. Sus perros wickanos se limitaron a reunirlos. Por supuesto, cuando uno de nuestros insignes colegas protestó, lo golpearon hasta derribarlo. ¿Han vuelto nuestros sirvientes? No. ¿Siguen con vida? ¿A qué horrible suicidio se enfrentaron? No tenemos respuestas, historiador.

—¿Os preocupa el bienestar de vuestros sirvientes? —preguntó Duiker.

—¿Quién se encargará ahora de prepararnos la comida? —exigió saber Lenestro—. ¿De remendarnos la ropa, de levantar las tiendas y de calentar el agua de nuestro baño? ¡Esto es un ultraje!

—A mí sí me preocupa su bienestar —dijo Tumlit, que sonrió entristecido.

Duiker lo creyó.

—Preguntaré por ellos, pues.

—¡Pues claro que lo harás! —exclamó Lenestro—. Y de inmediato.

—Cuando puedas hacerlo —dijo Tumlit.

Duiker asintió, antes de darles la espalda.

—¡Aún no hemos acabado contigo! —voceó Lenestro.

—Te equivocas —oyó decir Duiker a Tumlit.

—¡Alguien tiene que silenciar a esos perros! ¡No dejan de aullar!

Mejor que aúllen a que os muerdan los talones. Siguió caminando. El deseo que tenía de lavarse se había convertido en desesperación. Los restos de sangre y vísceras habían empezado a secarse en la ropa y la piel. Llamaba la atención mientras arrastraba los pies por entre las tiendas. Al verlo pasar, la gente hizo gestos supersticiosos. Duiker temía haberse convertido sin darse cuenta en un pájaro de mal agüero. El destino que anunciaba era tan gélido y sobrecogedor como los desalmados aullidos de los perros que poblaban el campamento.

En lo alto, la luz del alba desangró el cielo.

LIBRO TERCERO



CADENA DE PERROS

Cuando las arenas
bailaban a ciegas,
surgió del rostro
de una diosa iracunda.

Sha'ik
Bidithal

CAPÍTULO 11



Si buscas los huesos desmenuzados
de los t'lan imass,
junta en una mano
las arenas de Raraku.

El desierto sagrado
Anónimo

Kulp se sentía como una rata en una vasta cámara atestada de ogros, enjaulado por sombras y a escasos momentos de ser aplastado bajo la suela de un zapato. Al entrar en la senda de Meanas, nunca hasta entonces se había sentido tan... tenso.

Allí había forasteros, intrusos, fuerzas tan hostiles al reino que el propio ambiente atosigaba. La esencia de sí mismo que se había escabullido a través del tejido quedó reducida a una criatura acurrucada de miedo. Sin embargo, lo único que alcanzaba a percibir era una serie de pasajes malignos, el entramado de estelas que delataban los caminos tomados por los intrusos. Sus sentidos proclamaban que estaba solo, por lo menos en aquel momento, sin el menor rastro de vida en el vasto paisaje pardo.

No obstante, temblaba de miedo.

En los confines de su mente buscó una mano fantasmagórica, que aportó la confirmación táctil del lugar

donde su cuerpo existía, el flujo y reflujo de la sangre en sus venas, el peso sólido de la carne y los huesos. Se sentó con las piernas cruzadas en el camarote del capitán del Silanda, bajo la mirada inquieta y cautelosa de Heboric, mientras los demás esperaban en cubierta, sin dejar de escudriñar por todos lados el irremediablemente llano horizonte.

Precisaban hallar una salida. La totalidad de la senda ancestral donde se encontraban estaba inundada por un mar gelatinoso de escasa profundidad. Los remeros podían propulsar el Silanda durante un milenio, hasta que se pudriera la madera en sus manos muertas, se quebraran los palos y empezara a desintegrarse el barco a su alrededor, aunque seguiría sonando el tambor y agacharían sus espaldas. *Y entonces haría mucho tiempo que estaríamos muertos, convertidos en mero polvo enmohecido.* Para escapar, debían buscar la forma de cambiar de senda.

Kulp maldijo sus propias limitaciones. De haber sido practicante de Serc, o Denul, o D'riss, o en realidad de cualquiera de las demás sendas accesibles a los humanos, encontraría lo que precisaban. *Pero no Meanas. Sin mares, ni ríos, ni siquiera un maldito charco del Embozado.* Desde el interior de su senda, Kulp intentaba efectuar un pasaje a través del mundo terrenal... y resultaba ser problemático.

Estaban sometidos a unas leyes peculiares, a unas reglas de la naturaleza que parecían jugar con los principios de causa y efecto. De haberse desplazado en un carromato, la travesía de las sendas los habría conducido inequívocamente a un camino seco. Los elementos primordiales garantizaban una consistencia inextricable a través de todas las sendas. Tierra a tierra, aire a aire, agua a agua.

Kulp había oído hablar de magos supremos que, según los rumores, habían encontrado formas de burlar esas leyes ilimitables, y puede que también los dioses y otros ascendientes poseyeran dichos conocimientos. Pero estaban tan alejados de un modesto cuadro mágico como las herramientas de la forja de un ogro de una rata acobardada.

Su otra preocupación era la propia misión. Cruzar esta senda con un puñado de compañeros era difícil pero factible. *¡Pero un barco entero!* Había albergado la esperanza de hallar inspiración ya en el interior de la senda de Meanas, algún rayo que aportara una solución sencilla y elegante. *Con toda la gracia de la poesía. ¿No había sido el propio Pescador Kel'Tath, quien en una ocasión había dicho que la poesía y la hechicería eran filos gemelos de la daga en el corazón de todo hombre? ¿Dónde están entonces mis sortilegios?*

Kulp reconoció amargamente que se sentía tan estúpido en el interior de Meanas como sentado en el camarote del capitán. *El arte de la ilusión es gracia pura. Debe de haber alguna manera de... fraguar una artimaña para salir de aquí. Lo real frente a lo irreal constituye la sinergia en la mente de un mortal. ¿Y las fuerzas mayores? ¿Cabe burlar la propia realidad para que afirme una irrealdad?*

El griterío de sus sentidos cambió de registro. Kulp ya no estaba solo. El aire denso y crecido de la senda de Meanas, donde las sombras tenían la textura de cristal molido y deslizarse entre las mismas producía una estremecedora sensación de éxtasis, había empezado a dilatarse y luego a arquearse, como si algo descomunal se acercara, empujando el aire que le precedía. Y fuese lo que fuese, se aproximaba con rapidez.

De pronto, una idea embargó la mente del mago. Además, poseía... *elegancia. Por los dedos de los pies de Togg, ¿seré capaz de hacerlo? Aumentar la presión, seguida de un vacío, cierta corriente, cierto flujo. Por el Embozado, no es agua, pero sí algo suficientemente parecido. Eso espero.*

Vio que Heboric retrocedía de un brinco, alarmado, y se golpeaba la cabeza en una viga transversal baja del camarote. Kulp se incorporó de nuevo a su cuerpo y soltó un suspiro carrasposo.

—Estamos a punto de partir, Heboric. ¡Que todo el mundo se prepare!

—¿Para qué deben prepararse, mago? —preguntó el anciano, que se frotaba la nuca con un tocón.

—Para cualquier cosa.

Kulp volvió a deslizarse al exterior, trepando mentalmente sobre su anclaje en Meanas.

El Inoportuno se acercaba: una fuerza tan poderosa que estremecía el ambiente febril. El mago vio vibrar unas sombras cercanas hasta disolverse. Percibió una creciente atrocidad en el aire, en el cenagoso suelo bajo sus pies. Lo que fuera que pasaba por aquella senda, había llamado la atención de... *de lo que fuera: Tronosombrío, los mastines; o puede que las sendas estuvieran realmente vivas.* En todo caso avanzaba con una arrogante indiferencia.

Kulp recordó de repente el ritual de Sormo, que les había introducido en la senda de los t'lan imass, junto a Hissar. *¡Oh, el Embozado, soletaken o d'ivers... pero con tal fuerza! ¿Quién en el abismo gozaba de tanto poder?* Solo se le ocurrían dos: Anomander Rake, el hijo de la Oscuridad, y Osric, ambos soletaken, ambos sumamente soberbios. Si hubiera otros, estaba seguro de que habría oído los relatos

de sus actividades. *Los guerreros hablan de héroes. Los magos de ascendientes.* Habría oído hablar de ellos.

Rake estaba en Genabackis y se creía que Osric se había trasladado a un lejano continente del sur, hacía aproximadamente un siglo. *Puede que ese cabrón de fría mirada haya regresado.* En todo caso, estaba a punto de averiguarlo.

Llegó la presencia. Con su barriga espiritual pegada al mullido suelo, Kulp levantó la cabeza hacia el cielo.

El dragón se acercó a ras de tierra. Difería de todas las imágenes de seres draconianos que Kulp había visto en su vida. *No era Rake, ni Osric.* Su tamaño era descomunal, tenía la piel parecida al cuero seco de un tiburón; la envergadura de sus alas, sin la menor suavidad ni elegante curvatura, era incluso superior a la del hijo de la Oscuridad, *por cuyas venas circula la sangre de la diosa draconiana.* Sus huesos estaban unidos por múltiples articulaciones caprichosamente distribuidas, como un ala de murciélago aplastada, con la piel agrietada y tensa sobre cada una de sus protuberancias. Su cabeza era tan ancha como larga, igual que la de una víbora, con los ojos en la parte superior del cráneo. Carecía de frente y en su lugar el cráneo descendía hasta un rudimentario borde dentado, casi enterrado en los músculos del cuello y la mandíbula.

Era un dragón toscamente moldeado, una bestia que exhalaba un aura de antigüedad primigenia. Y Kulp se percató, con un sobresalto que le cortó la respiración conforme sus sentidos devoraban todo lo que la bestia proyectaba, de que era un no muerto.

El mago percibió que detectaba su presencia cuando penetró volando en un susurro veinte brazas por encima de su cabeza. Fue una repentina agudización de la intensidad, que pronto se convirtió en indiferencia.

Al tiempo que llegaba la estela del dragón con un viento penetrante, Kulp se tumbó de espaldas y pronunció entre dientes las pocas palabras de lengua de Alta Meanas que dominaba. Se abrió una brecha en el tejido de la senda, con la suficiente cabida para un caballo. Pero se abrió al vacío y el alarido del viento se convirtió en un rugido.

Revoloteando todavía entre reinos, Kulp contempló atónito como la proa maltrecha e incrustada de barro del Silanda llenaba la fisura. Siguió ensanchándose la grieta del tejido. De pronto, la manga del barco parecía descomunadamente ancha. El asombro del mago se transformó en miedo y luego en terror. *Oh, no, ahora sí que la he fastidiado.*

Un agua espumosa y blanquecina envolvía el casco de la embarcación. El conducto se ensanchaba por todos lados, incontrolado, con el peso de un mar que entraba precipitadamente.

Un muro de agua descendió sobre Kulp y al momento lo golpeó, destruyendo su anclaje, su presencia espiritual. Se encontró de nuevo en el camarote crujiente e inclinado del capitán. Heboric estaba medio dentro y medio fuera de la puerta del camarote, intentando encontrar dónde agarrarse conforme el Silanda se empinaba sobre la ola.

El antiguo sacerdote miró fijamente a Kulp, cuando vio que el mago se enderezaba.

—¡Dime que esto es obra tuya, mago! ¡Dime que lo tienes todo bajo control!

—¡Por supuesto, bobo! ¿No es evidente? —respondió mientras rodeaba los muebles sujetos al suelo y sorteaba a Heboric—. ¡Defiende la plaza, viejo, contamos contigo!

Heboric refunfuñó algunas palabras selectas, cuando Kulp se dirigía a la cubierta principal.

Si era preciso tolerar a regañadientes el pasaje del Inoportuno, sin oponerse directamente al mismo con los poderes de Meanas, el desgarró de la senda eliminaba la opción de la continencia. Este era un daño a escala cósmica, una lesión posiblemente irreparable.

Puede que haya destruido mi propia senda si no se puede burlar la realidad... ¡Claro que se puede, lo hago permanentemente!

Kulp corrió hacia la cubierta principal y se dirigió inmediatamente al castillo de popa. Gesler y Tormenta sujetaban la caña del timón, sonriendo como unos bobos endemoniados mientras intentaban mantener el rumbo. Gesler señaló al frente y cuando Kulp volvió la cabeza vio la aparición vaga y fantasmagórica del dragón, que movía rítmicamente su delgada y huesuda cola de un lado para otro, como una serpiente sobre la arena. Conforme observaba, apareció la cabeza piramidal de la bestia, que giraba para dirigirles una mirada con sus ojos de mortecina órbita negra.

Gesler saludó con la mano.

Zarandeado por la fuerza del viento, Kulp avanzó hasta el pasamanos de popa, al que se agarró con ambas manos. La grieta estaba ya lejos, *pero todavía resulta visible, lo que significa que ha de ser... ¡Por el Embozado!* El agua se precipitaba como un torrente en la estela del dragón soletaken. El hecho de que no se esparciera por todos lados se debía enteramente a la masa de sombras que Kulp había visto ceñida a sus bordes y que ahora destruía el esfuerzo. Sin embargo, continuaban llegando. La labor de reparar la brecha era tan abrumadora como negarse toda oportunidad de acercarse a la hendidura, de cerrar la propia herida.

¡Tronosombrío y todos los demás cabrones ascendientes hijos de puta al alcance del oído! Puede que no tenga fe en ninguno de vosotros, pero más os vale que vosotros la tengáis en mí. ¡Y cuanto antes! La ilusión es mi don, aquí y ahora. ¡Creedme! Con la mirada en la grieta, Kulp afianzó las piernas abiertas, soltó el pasamanos de popa y levantó los brazos.

¡Se cerrará... sanará! El paisaje se estremeció ante sus ojos, se cerró la grieta y se unieron sus orillas. Amainó el flujo del agua. Empujó más fuerte, con el ferviente deseo de convertir la ilusión en realidad. Temblaron sus extremidades. Empezó a transpirar y su ropa quedó empapada de sudor.

Contraatacó la realidad. La ilusión se difuminó. A Kulp le flaquearon las rodillas y se agarró al pasamanos para mantenerse de pie. Fracasaba. *Me he quedado sin energía. Fracaso. Muero...*

La fuerza que lo agredió por la espalda era como un golpe físico en la nuca. Parpadearon estrellas en su campo de visión. Lo barrió un poder ajeno, que irguió de nuevo su cuerpo. Abierto de piernas y brazos, percibió que sus pies abandonaban la cubierta ladeada. El poder lo sostuvo, revoloteando en un mismo lugar, con su carne impregnada de una voluntad fría como el hielo.

El poder estaba no muerto. La voluntad que le asediaba era la de un dragón. A pesar de su irritación y su renuencia a actuar, apresó lo ilógico del esfuerzo mágico de Kulp... y le brindó toda la fuerza necesaria. Y luego más.

Gritó, con un dolor que le pinchaba como un fuego glacial.

Al no muerto no le importaban en absoluto los límites de la carne mortal: lección que ardía ahora en sus huesos.

Se cerró la grieta lejana. Otros poderes se canalizaban simultáneamente a través del mago. Al percatarse los ascendientes del descabellado intento de Kulp, acudieron para unirse al juego con lóbrego regocijo. *Siempre un juego. ¡Malditos cabrones, todos y cada uno de vosotros! ¡Retiro mis plegarias! ¿Me oís? ¡Se apodere el Embozado de todos vosotros!*

Percibió que el dolor había desaparecido; el dragón de soletaken retiró su atención cuando llegaron las demás fuerzas para sustituirle. Pero siguió revoloteando a pocos metros de la cubierta, con sus extremidades temblorosas conforme los poderes que lo utilizaban picoteaban juguetonamente su mortalidad. No con la indiferencia de un no muerto, sino con malicia. Kulp empezó a añorar al anterior.

De pronto se cayó sobre la sucia cubierta, lastimándose ambas rodillas. *Instrumento obsoleto, ahora descartado...*

Junto a él se encontraba Tormenta, mostrándole una bota de vino. Kulp la cogió y bebió hasta tener la boca llena de aquel líquido áspero.

—Surcamos la estela del dragón —dijo el soldado—. Aunque ya no por el agua. El chorro ha quedado tan cerrado como el culo de un zapador. Lo que hayas hecho, mago, ha funcionado.

—Todavía no hemos terminado —susurró Kulp, procurando controlar el temblor de sus extremidades.

Tomó otro trago de vino.

—Cuidado con eso —sonrió Tormenta—. Su efecto es como un golpe en la nuca...

—No percibiré la diferencia, mi cráneo ya está hecho papilla.

—Te has iluminado con fuego azul, mago. Nunca había visto nada parecido. Será una buena historia para contar en

las tabernas.

—Por fin he alcanzado la inmortalidad. ¡Para que veas, Embozado!

—¿Estás en condiciones de levantarte?

El orgullo no impidió a Kulp agarrarse al brazo del soldado para incorporarse.

—Dame un momento —dijo—, luego intentaré salir de la senda... y regresar a nuestro reino.

—¿Será el viaje igualmente accidentado, mago?

—Espero que no.



Desde la cubierta del castillo de proa, Felisin observaba al mago y a Tormenta pasándose la bota. Había percibido la presencia de los ascendientes, la fría atención desangrada que hurgaba y picoteaba el barco y a todos sus ocupantes. El dragón, gélido y remoto, era el peor de todos ellos. *Como pulgas en su piel, eso éramos todos nosotros para él.*

Volvió la cabeza. Baudin, con su mano vendada apoyada en el labrado pasamanos, estudiaba la enorme aparición alada que surcaba la senda delante de ellos. Lo que fuere sobre lo que se desplazaban rodó por debajo de ellos con un susurrante oleaje. Los remos seguían bogando con una paciencia implacable, aunque estaba claro que el Silanda avanzaba con mayor rapidez de la que músculos y huesos eran capaces, aun tratándose de músculos y huesos no muertos.

Míranos. Un puñado de destinos. No estamos al mando de nada, ni siquiera de nuestro próximo paso en este viaje tenso y demente. El mago tiene su hechicería, el soldado su

espada de piedra y los otros dos su fe en el dios Tusked. Heboric... Heboric no tiene nada. Y en cuanto a mí, tengo pústulas y cicatrices. Para que se hable de nuestras posesiones.

—La bestia se prepara...

Felisin dirigió su atención hacia Baudin. *Sí, claro, olvidaba al matón. Tiene sus secretos, aunque para lo que valen..., son de escaso interés.*

—¿Qué prepara? ¿También eres experto en dragones?

—Algo se abre ante nosotros, hay un cambio en el firmamento. ¿Lo ves?

Felisin lo veía. En la cortina completamente gris que tenían delante había aparecido una mancha, un pertinaz lamparón que aumentaba de tamaño e intensidad. *Una señal con el mago, creo...*

Pero, en el momento en que volvía la cabeza, la mancha se desarrolló y cubrió la mitad del firmamento. Desde algún lugar a su espalda llegó un aullido de amarga indignación. Se cruzaron velozmente sombras en su camino, que la proa del Silanda surcaba mientras se zarandeaba. El dragón dobló las alas y desapareció en un ardiente infierno de llamas cobrizas.

Baudin dio media vuelta, arrojó a Felisin con sus enormes brazos y se agachó, cubriéndola con su propio cuerpo en el momento en que el fuego barría la embarcación. Felisin oyó el crujido de las llamas que los envolvían.

¡El dragón ha encontrado una senda... donde abrasar las pulgas de su piel!

Felisin se estremeció cuando las llamas lamieron la masa protectora de Baudin. Olió cómo se quemaba su camisa de cuero, la piel de su espalda, su pelo. Sus gritos ahogados se convirtieron en agonía en sus pulmones.

Entonces Baudin echó a correr con ella en brazos, sin el menor esfuerzo, y saltó desde la escalera a la cubierta principal. Se oían gritos. Felisin vio fugazmente a Heboric, con sus tatuajes envueltos en humo negro, que se tambaleaba en dirección al pasamanos de babor antes de arrojarle por la borda.

El Silanda ardía.

Baudin pasó corriendo junto al palo mayor. Apareció Kulp y agarró los brazos del asesino, al tiempo que chillaba algo que se tragó el rugiente incendio. Pero el dolor había cegado a Baudin. Abrió violentamente los brazos y precipitó al mago de nuevo entre las llamas.

Con un bramido, Baudin prosiguió a ciegas, intentando alcanzar inútilmente el castillo de popa. Los infantes de marina habían desaparecido, incinerados o moribundos en algún lugar bajo cubierta. Felisin no se resistió. Al comprobar que no había escapatoria posible, casi dio la bienvenida a las mordeduras del fuego, que ahora llegaban con creciente frecuencia.

Se limitó a observar cuando Baudin la levantaba sobre el pasamanos de popa.

Se cayeron.

A Felisin se le cortó la respiración al golpearle con el suelo de arena compacta. Envuelta todavía en los brazos de Baudin, rodaron por una empinada pendiente hasta detenerse entre un montón de cantos rodados. El fuego cobrizo había desaparecido.

Mientras el polvo se posaba a su alrededor, Felisin levantó la mirada hacia la brillante luz del sol. En algún lugar cerca de su cabeza zumbaban unas moscas, con un sonido tan natural que se estremeció, como si unos desesperados muros defensivos en su interior se

desmoronaran. *Hemos regresado. Estamos en casa.* Lo supo con una certeza instintiva.

Baudin gruñó. Se separó lentamente sobre los guijarros que se deslizaban y le raspaban la espalda.

Felisin lo miró. El pelo de su cabeza había desaparecido, dejando una calva abrasada con manchas cobrizas. Su camisa de cuero se había convertido en una serie de jirones que colgaban de su ancha espalda, como fragmentos de red chamuscada. La piel de su espalda estaba, si cabe, más oscura y moteada que la de su cabeza. El vendaje de su mano también había desaparecido, descubriendo sus dedos hinchados y sus nudillos morados. Increíblemente, su piel no estaba agrietada ni lacerada, sino que daba la impresión de que estuviera chapado en oro. *Templado.*

Baudin se incorporó lentamente, sintiendo el dolor específico de cada uno de sus movimientos. Felisin lo vio parpadear, respirar hondo. Abrió enormemente los ojos al bajar la cabeza y mirarse a sí mismo.

No era lo que te esperabas. El dolor se desvanece, lo veo en tu rostro, ahora solo un recuerdo. Has sobrevivido, pero de algún modo... todo parece diferente. Parece. Pareces.

¿Nada puede matarte?

Él la miró y luego frunció el entrecejo.

—Estamos vivos —dijo Felisin.

Siguió el ejemplo de Baudin y se puso de pie. Se encontraban en un estrecho arroyo, un desfiladero por donde el agua torrencial había descendido con suficiente fuerza para llenar los meandros de piedras que parecían cráneos. La garganta medía menos de cinco pasos de anchura y las laderas tenían el doble de la altura de un hombre, con estratos arenosos de varios colores.

El calor era asfixiante. El sudor descendía a chorros por la espalda de Felisin.

—¿Ves algún lugar por donde podamos subir? —preguntó.

—¿Hueles a otataralita? —susurró Baudin.

Felisin sintió un escalofrío en los huesos. *Hemos regresado a la isla.*

—No. ¿Y tú?

Baudin movió la cabeza.

—No huelo absolutamente nada. Era solo una idea.

—No muy agradable —respondió bruscamente Felisin—. Averigüémoslo.

Esperas que te dé las gracias por salvarme la vida, ¿no es cierto? Estás a la expectativa de aunque solo sea una palabra, o tal vez algo tan insignificante como una mirada. Puedes esperar eternamente, asesino.

Avanzaron por el estrecho desfiladero, acompañados del zumbido de una nube de moscas y el sonido de su propio eco.

—He aumentado de... peso —dijo Baudin, a los pocos minutos.

—¿Cómo? —preguntó Felisin, después de detenerse y volver la cabeza para mirarle.

Baudin se encogió de hombros.

—Estoy más denso, más sólido —respondió, al tiempo que se palpaba el brazo con su mano sana—. No lo sé. Algo ha cambiado.

Algo ha cambiado. Las emociones internas de Felisin estaban impregnadas de temores silenciados. Lo miró fijamente.

—Habría jurado que ardía hasta los huesos —dijo Baudin, con el entrecejo todavía más fruncido.

—Yo no he cambiado —respondió Felisin, dándose la vuelta y siguiendo su camino.

Al cabo de un momento oyó que Baudin la seguía.

Encontraron una zanja lateral, un surco donde el agua torrencial, en su descenso hacia el arroyo, se había abierto paso entre capas de piedra caliza. Poco tardó esa hendidura en perder profundidad y abrirse a unos veinte pasos. Aparecieron al borde de una cadena de colinas redondeadas, con vistas a un valle de tierra agrietada. Al otro lado, tras difuminadas olas de calor, se levantaban otras colinas más escarpadas.

A quinientos pasos en la depresión había una silueta, con una figura agazapada a sus pies.

—Es Heboric —dijo Baudin, con los ojos entrecerrados—. El que está de pie.

¿Y el otro? ¿Estaba vivo o muerto? ¿Y quién era?

Avanzaron juntos hacia el viejo, que ahora los observaba. Su ropa también había ardido hasta convertirse en poco más que jirones abrasados. Sin embargo, su piel, tras su capa de tatuajes, permanecía ilesa.

Cuando se acercaron, Heboric señaló su propia calva.

—Te sienta bien, Baudin —dijo, con una torcida sonrisa.

—¿Cómo? —exclamó Felisin en un tono agrio—. ¿Os habéis convertido ahora en una fraternidad?

La figura a los pies del anciano era Kulp, el mago.

—¿Está muerto? —preguntó Felisin, mirándolo.

—No del todo —respondió Heboric—. Vivirá, pero se golpeó con algo al caer por la borda.

—Entonces despiértalo —dijo Felisin—. No pienso esperar con este calor solo para que descanse a sus anchas. Por si no te has percatado de ello, viejo, volvemos a estar en un desierto. Y el desierto significa sed, sin mencionar el hecho de que no disponemos de comida ni de ningún avituallamiento. Y además, no tenemos la menor idea de dónde nos hallamos...

—En el continente —respondió Heboric—. Siete Ciudades.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —dijo el antiguo sacerdote, encogiéndose de hombros.

Kulp gruñó y luego se incorporó. Mientras exploraba cautelosamente con una mano un chichón sobre su ojo izquierdo, el mago miró a su alrededor. Se agrió su expresión.

—Más allá está acampado el Séptimo Ejército —declaró Felisin.

El mago pareció momentáneamente crédulo, antes de brindarle una cansada sonrisa.

—Tiene gracia, muchacha —dijo mientras se ponía de pie y escudriñaba todo el horizonte, antes de ladear la cabeza y oler el aire—. El continente —declaró.

—¿Por qué no se ha quemado todo este pelo blanco? —preguntó Felisin—. Ni siquiera está chamuscado.

—¿Qué era esa senda del dragón? —preguntó Heboric.

—No tengo la menor idea —reconoció Kulp, mientras se pasaba la mano por su cabellera blanca, como para confirmar que todavía existía—. Tal vez el caos, una tormenta entre sendas, no lo sé. Nunca había visto nada parecido, aunque eso no significa mucho, después de todo no soy un ascendiente...

—Y que lo digas —farfulló Felisin.

El mago la miró con los ojos entrecerrados.

—Esas pústulas de tu cara están desapareciendo.

Ahora fue ella quien se sobresaltó.

Baudin refunfuñó.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Felisin, mirándolo fijamente.

—Yo también me había dado cuenta, pero no por ello estás más guapa.

—Basta —exclamó Heboric—. Es mediodía y eso significa que aumentará el calor antes de refrescar. Debemos encontrar un lugar donde resguardarnos.

—¿Algún rastro de los infantes de marina? —preguntó Kulp.

—Están muertos —respondió Felisin—. Se refugiaron bajo cubierta, pero el barco estaba en llamas. Muertos. Menos bocas que alimentar.

Nadie respondió.

Kulp tomó la iniciativa, eligiendo evidentemente como destino la sierra más lejana. Los demás lo siguieron sin decir palabra.

A los veinte minutos, Kulp hizo una pausa.

—Nos conviene acelerar el paso. Huelo una tormenta que se acerca.

—Lo único que yo huelo es hedor a sudor —refunfuñó Felisin—. Te acercas demasiado, Baudin, apártate.

—Estoy seguro de que lo haría si pudiera —farfulló Heboric, en un tono no desprovisto de compasión.

Al cabo de un momento levantó sorprendido la cabeza, como si no hubiera sido su intención expresar aquel pensamiento en voz alta, con su cara de sapo fruncida de consternación.

Felisin esperó a recuperar el aliento, antes de volverse para mirar cara a cara al matón.

Los pequeños ojos de Baudin eran como monedas deslucidas: no revelaban absolutamente nada.

—Habla, guardaespaldas —dijo Kulp en un tono frío, dirigiéndose a Heboric, conforme inclinaba lentamente la cabeza—. Quiero saber quién es nuestro compañero y dónde reside su lealtad. Antes lo dejé correr porque Gesler

y sus soldados estaban al lado. Pero no ahora. ¿Por qué tiene esta chica un guardaespaldas? En este momento, no veo que a nadie pueda importarle un comino una persona de instintos tan crueles como esta, lo que significa que se ha comprado tal lealtad. ¿Quién es ella, Heboric?

El antiguo sacerdote hizo una mueca.

—La hermana de Tadore, mago.

—¿Tadore? —pestañeó Kulp—. ¿La consejera? Entonces, en el nombre del Embozado, ¿qué hacía en el pozo de una mina?

—Ella me mandó allí —respondió Felisin—. Tienes razón, no interviene ninguna lealtad. Yo era simplemente una más de las víctimas propiciatorias de Unta.

Claramente turbado, el mago se dirigió a Baudin:

—Pertenece a la Garra, ¿no es cierto? —dijo Kulp mostrando los dientes, rodeado de un halo que parecía resplandeciente, y Felisin se percató de que había abierto su senda—. El remordimiento de la consejera, en carne y hueso.

—No a la Garra —respondió Heboric.

—¿Qué entonces?

—Será precisa una lección de historia para explicarlo...

—Empieza a hablar.

—Una antigua rivalidad entre Danzante y Torva —respondió el viejo—. Danzante creó un brazo encubierto para campañas militares. En armonía con el símbolo imperial de la mano del diablo que clava sus uñas en una esfera, los llamó el Espolón. Torva utilizó dicho modelo para crear la Garra. El Espolón era una fuerza exterior, ajena al Imperio, pero la Garra era interna, una policía secreta, una red de espías y asesinos.

—Pero la Garra se utiliza para operaciones militares encubiertas —dijo Kulp.

—Se hace ahora. Cuando Torva se convirtió en regente durante la ausencia de Kellanved y Danzante, mandó a su Garra contra el Espolón. La traición empezó con sutileza, una serie de misiones desastrosamente fracasadas, pero alguien se descuidó y puso el juego al descubierto. Entonces desenvainaron las espadas y lucharon hasta las últimas consecuencias.

—Y ganó la Garra.

Heboric asintió.

—Torva se convierte en Laseen, Laseen se convierte en emperatriz. La Garra se sitúa sobre el montón de cráneos, como una bandada de cuervos bien alimentados. Los espolones siguieron la misma suerte que Danzante. Muertos y desaparecidos... o, como algunos sugieren de vez en cuando, tan hondamente soterrados que parecen haberse extinguido —dijo el antiguo sacerdote con una mueca—. Tal vez como el propio Danzante.

Felisin examinó a Baudin. *Un espolón. ¿Qué tiene mi hermana que ver con una secta secreta de reinstauradores, que todavía se aferra al recuerdo del emperador y de Danzante? ¿Por qué no utilizar un miembro de la Garra? A no ser que precisara actuar sin que nadie más lo supiera.*

—Demasiado amargo para los sentidos desde el primer momento —dijo Heboric—. Encadenar a su hermana menor como a un delincuente común cualquiera. Un ejemplo que proclama su lealtad a la emperatriz...

—No solo la suya —agregó Felisin—. La de la Casa de Paran. Nuestro hermano es un renegado con Unbrazo en Genabackis. Nos ha convertido en... vulnerables.

—Fue todo un fracaso —prosiguió Heboric, con la mirada fija en Baudin—. ¿No es cierto que, en principio, no debía haber permanecido mucho tiempo en Solideo?

Baudin movió la cabeza.

—No se puede sacar a alguien que no quiere salir —respondió, encogiéndose de hombros, como si con eso bastara y no estuviera dispuesto a decir otra palabra sobre el tema.

—Entonces los espolones todavía existen —dijo Heboric—. ¿Quién es vuestro jefe?

—Nadie —respondió Baudin—. Yo nací en ello. Quedan unos pocos que deambulan por ahí, viejos, memos, o ambas cosas. Unos pocos primogénitos heredan... el secreto. Danzante no ha muerto. Ascendió junto con Kellanved; mi padre estaba presente en la ciudad de Malaz la noche de la Luna Sombria.

Kulp gruñó, pero Heboric asentía lentamente.

—Me acerqué con mis suposiciones —dijo el viejo—. Demasiado para Laseen, como se ha demostrado. ¿No es cierto que ella lo sospecha o lo sabe en el acto?

—Se lo preguntaré la próxima vez que charle con ella —respondió Baudin, encogiéndose de hombros.

—Mi necesidad de un guardaespaldas ha terminado —dijo Felisin—. Quítate de mi vista, Baudin. Llévate por las puertas del Embozado las preocupaciones de mi hermana.

—Muchacha...

—Cierra el pico, Heboric. Intentaré matarte, Baudin. En cuanto se me presente una ocasión. Tendrás que matarme para salvar tu propio pellejo. Márchate. Ahora.

El corpulento individuo volvió a sorprenderla. No apeló a los demás, se limitó a dar media vuelta y alejarse por un rumbo perpendicular al que habían seguido.

Hecho. Se va. Sale de mi vida sin una sola palabra. Lo miró fijamente, al tiempo que se preguntaba por el nudo en su corazón.

—Maldita seas, Felisin —exclamó el antiguo sacerdote—. Lo necesitamos más nosotros a él que él a nosotros.

—Estoy pensando en seguirlo y llevarte conmigo, Heboric —dijo Kulp—. Dejemos sola a esa horrible bruja y que el Embozado se la lleve con mi bendición.

—Adelante —exclamó desafiante Felisin.

El mago la ignoró.

—He aceptado la responsabilidad de salvarte el pellejo, Heboric, y cumpliré mi promesa porque me lo pidió Duiker. Ahora tú decides.

El anciano se rodeó a sí mismo con sus propios brazos.

—Le debo la vida...

—Creí que lo habías olvidado —refunfuñó Felisin.

Heboric movió la cabeza.

—De acuerdo —suspiró Kulp—. En todo caso, sospecho que a Baudin le irá mejor sin nosotros. Emprendamos la marcha antes de que me derrita y tal vez puedas explicarme tu comentario sobre el hecho de que Danzante siga vivo, ¿de acuerdo, Heboric? Esa es una idea muy intrigante...

Felisin cerró los oídos a sus palabras mientras caminaba. *Esto no cambia nada, querida hermana. Tu preciado agente mató a mi amante, la única persona en Solideo a quien yo le importaba. Para Baudin era únicamente una misión, eso es todo, y lo peor fue la incompetencia de ese torpe cretino cabezón. Portador de la consigna secreta de su padre... ¡Qué melodramático! Te encontraré, Tavore. Aquí, en mi flujo sanguíneo. Te lo prometo...*

—... hechicería.

Dicha palabra le produjo a Felisin una sacudida, que la devolvió a la realidad y miró a Kulp. El mago, con la tez pálida, había acelerado el paso.

—¿Qué has dicho? —preguntó Felisin.

—He dicho que la tormenta que se nos acerca por la espalda no es natural, eso es lo que he dicho.

Felisin giró la cabeza. Un muro violáceo de arena cortaba la longitud del valle, y las colinas donde ella y Baudin se encontraban anteriormente habían desaparecido. El muro rodaba hacia ellos como un leviatán.

—Creo que ha llegado el momento de echar a correr —suspiró Heboric junto a ella—. Si logramos alcanzar las colinas...

—¡Sé donde estamos! —exclamó Kulp—. ¡Raraku! ¡Esto es el torbellino!

Delante de ellos, a unos doscientos pasos como mínimo, se levantaban las escarpadas y rocosas laderas de las colinas. Entre cada cima había un hondo desfiladero, como surcos entre enormes costillas.

Los tres echaron a correr, conscientes de que no llegarían a tiempo. El viento que arreciaba a su espalda aullaba con demencia. Al cabo de un momento, estaban envueltos en arena.



—Lo cierto es que habíamos salido en busca del cuerpo de Sha'ik.

Violín miró al trell, sentado frente a él, con el entrecejo fruncido.

—¿Cuerpo? ¿Está muerta? ¿Cómo? ¿Cuándo?

¿Ha sido cosa tuya, Kalam? No puedo creerlo...

—Iskaral Pust asegura que la ha asesinado un destacamento de Espadas Rojas de Ehrlitan. O eso le ha susurrado la baraja.

—No suponía que la baraja de los Dragones pudiera ser tan precisa.

—Que yo sepa, no puede serlo.

Estaban sentados en bancos de piedra dentro de una cámara mortuoria, por lo menos dos niveles por debajo de los sitios predilectos del sacerdote de Sombra. Los bancos estaban colocados a lo largo de una tosca pared, en otra época cubierta de azulejos pintados, y las hendiduras en la piedra caliza a sus pies no dejaban lugar a duda de que los bancos eran en realidad pedestales, destinados a soportar plataformas para los cadáveres.

Violín dobló la pierna, estiró la mano y se frotó los nudillos, todavía hinchados, alrededor del hueso soldado. *Elixires, ungüentos... persiste el dolor de la curación forzada.* Los sentimientos del sacerdote supremo de Sombra eran ahora lúgubres desde hacía varios días y encontraba un pretexto tras otro para retrasar su salida, el último de los cuales era la necesidad de más suministros. De un modo extraño, Iskaral Pust recordaba al zapador de Ben el Rápido, el mago del destacamento. Una interminable sucesión de planes dentro de planes. Había pensado en separarlos uno tras otro hasta llegar a esquemas de huellas, todos ellos revueltos en tortuosas pautas. *Es perfectamente posible que su propia existencia no sea más que una colección de suposiciones: si esto, si lo otro. ¡Por el abismo del Embozado, puede que eso sea lo que seamos todos!*

El sacerdote supremo hizo girar su cabeza. *Tan pernicioso como Ben el Rápido y esa espina de Togg llamada Tremorlor. Una Casa de Azath, como la Casa de Muerte en la ciudad de Malaz. Pero ¿qué son exactamente? ¿Alguien, sea quien sea, lo sabe?* No había más que rumores, oscuras advertencias y además escasas. La mayoría de la gente se esforzaba por ignorar dichas Casas; los moradores de la ciudad de Malaz parecían cultivar una

ignorancia casi deliberada. «*Solo una casa abandonada*», dicen. «*Nada especial, salvo tal vez algunos espectros en el patio*». Pero se percibe un destello asustadizo en la mirada de algunos de ellos.

Tremorlor, una Casa de Azath. *La gente en su sano juicio no busca lugares como ese.*

—¿Te preocupa algo, soldado? —preguntó discretamente Mappo—. He observado una progresión de expresiones en tu rostro como para cubrir un muro del templo de Dessembrae.

Dessembrae. El culto de Dassem.

—Parece que he dicho algo que no te apetecía oír —prosiguió Mappo.

—Un hombre llega por fin a un punto en el que todo recuerdo es inoportuno —dijo Violín entre dientes—. Creo que he llegado a ese punto, trell. Me siento viejo, agotado. Pust tiene algo en mente: nosotros formamos parte de un esquema colosal, que probablemente querrá vernos muertos en un futuro no demasiado lejano. Pura y sencillamente me ha desconcertado.

—Creo que está relacionado con Apsalar —dijo Mappo al cabo de unos momentos.

—Efectivamente. Y eso me preocupa. Muchísimo. No merece más sufrimiento.

—Icarium investiga la cuestión —dijo el trell, mientras miraba las baldosas desgastadas y agrietadas con los ojos entrecerrados. Empezaba a quedar poco aceite en el candil y aumentaba la oscuridad de la cámara—. Reconozco que me he preguntado si el sacerdote supremo se propone obligar a Apsalar a interpretar un papel para el que parece particularmente idónea...

—¿Un papel? ¿Como qué?

—La profecía de Sha'ik habla de un renacimiento...

El zapador empalideció y, a continuación, movió vehementemente la cabeza.

—No. Ella no lo haría. Esta tierra no le pertenece, la diosa del Torbellino no significa nada para ella. Pust podrá intentarlo y presionar cuanto quiera, pero la muchacha le volverá la espalda, no te quepa la menor duda.

De pronto, inquieto, Violín se levantó y empezó a caminar impaciente de arriba abajo. Sus pisadas susurraban con débiles ecos en la cámara.

—Si Sha'ik está muerta, muerta está. ¡Apodérese el Embozado de toda oscura profecía! El Apocalipsis se esfumará, el torbellino se hundirá de nuevo en el suelo para dormir otros mil años, o lo que tarde en llegar el próximo año de Dryjhna...

—Sin embargo, Pust parece atribuirle un gran significado a este levantamiento —dijo Mappo—. Está lejos de haber terminado, o eso parece creer.

—¿Cuántos dioses y ascendientes participan en este juego, trell? —preguntó Violín, antes de hacer una pausa para observar al antiguo guerrero—. ¿Se parece físicamente a Sha'ik?

Mappo encogió sus descomunales hombros.

—He visto una sola vez a la vidente del torbellino y a lo lejos. De piel clara para ser natural de Siete Ciudades. Ojos oscuros, no particularmente alta ni impresionante. Se dice que el poder reside, o residía, en sus ojos, oscuros y crueles —respondió, encogiéndose por segunda vez de hombros—. Mayor que Apsalar. Puede que doble su edad. Pero con el mismo pelo negro. Los detalles son irrelevantes en lo concerniente a la fe y las profecías que conlleva, Violín. Puede que solo el papel precise renacer.

—A la muchacha no le interesa una venganza contra el Imperio de Malaz —refunfuñó el zapador, que había

empezado de nuevo a caminar impaciente de un lado para otro.

—¿Y qué hay del dios de Sombra que en otra época la había poseído?

—Desapareció —respondió—. No quedan más que recuerdos y afortunadamente pocos.

—Pero descubre algunos más todos los días, ¿no es cierto?

Violín no dijo palabra. Si Azafrán hubiera estado presente, las paredes habrían retumbado con su ira; el muchacho tenía un genio terrible en lo concerniente a Apsalar. Azafrán era joven y aunque no resultaba cruel por naturaleza, el zapador tenía la certeza de que el muchacho no dudaría en matar a Iskaral Pust ante la mera posibilidad de que el sacerdote supremo pretendiera usar a Apsalar. *E intentar matar a Pust sería probablemente un suicidio.* Nunca era sensato desafiar a un sacerdote en su madriguera.

La chica recuperaba ciertamente sus recuerdos. Y no la horrorizaban tanto como Violín suponía, o esperaba. Otro indicio inquietante. Aunque le dijo a Mappo que Apsalar rechazaría dicho papel, el zapador tuvo que reconocer, por lo menos ante sí mismo, que no podía estar tan seguro.

Los recuerdos conllevaban la remembranza del poder. Y *seamos sinceros, son pocos, en este mundo o en cualquier otro, los que volverían la espalda a la promesa del poder.* Iskaral Pust lo sabría y dicho conocimiento moldearía cualquier oferta que le hiciera. *Acepta este papel, muchacha, y podrás derribar un imperio...*

—Por supuesto —respondió Mappo con un suspiro, apoyado en la pared—, puede que sigamos una senda... —prosiguió al tiempo que se incorporaba lentamente y fruncía la frente— completamente equivocada.

Violín miró al trell con los ojos entrecerrados.

—¿A qué te refieres?

—La senda de las Manos. La convergencia de soletaken y d'ivers: Pust está involucrado.

—Explícate.

Mappo señaló las baldosas a sus pies con un dedo romo.

—En los niveles inferiores de este templo se encuentra una cámara, en las losas de cuyo suelo hay una serie de tallas, que representan algo semejante a una baraja de los Dragones. Ni Icarium ni yo habíamos visto nunca nada parecido. Si se trata realmente de una baraja, es una versión antigua. Sin Casas, pero con Llaves: las fuerzas más elementales, más crudas y primitivas.

—¿Qué relación tiene eso con el cambio de forma?

—Te permite ver el pasado como algo parecido a un viejo libro enmohecido. Cuanto más te acercas al principio, más fragmentadas están las páginas. Se desintegran literalmente en tus manos y te quedas con un montón de palabras, la mayoría en un idioma incomprensible —respondió Mappo, antes de cerrar los ojos durante un instante y luego abrirlos de nuevo—. En algún lugar entre esas palabras desparramadas se cuenta la creación de los cambiaformas; así de antiguas son las fuerzas que constituyen a los soletaken y d'ivers, Violín. Ya eran viejas incluso en la antigüedad. Ninguna especie puede considerarse propietaria y eso incluye a las cuatro razas fundadoras: jaghut, forkrul assail, imass y k'chain che'malle.

»Ningún cambiaformas puede soportar a otro, es decir, en circunstancias normales. Hay excepciones, pero no es necesario entrar en eso ahora. Sin embargo, entre todos ellos hay un hambre tan arraigada en los huesos como la propia fiebre bestial. El aliciente de la dominación, de

mandar sobre todos los demás cambiaformas, de crear un ejército con los mismos, todos esclavos de tu deseo. Y de un ejército, a un imperio. Un imperio de una ferocidad sin par en el recuerdo...

—¿Estás sugiriendo que un imperio nacido de soletaken y d'ivers sería intrínsecamente peor, más maligno, que cualquier otro? —refunfuñó Violín—. Me sorprendes, trell. La maldad crece como un cáncer en todas y cada una de las organizaciones, sean o no humanas, como bien sabemos. Y la maldad va en aumento. Todo mal que uno tolera acaba por convertirse en habitual. El problema estriba en que es más fácil acostumbrarse al mismo que erradicarlo.

—Bien dicho, Violín —respondió Mappo, con una desalentadora sonrisa—. Cuando he dicho ferocidad, me refería a miasmas de caos. Aunque reconozco que el terror prolifera con la misma facilidad en el orden —agregó mientras se encogía de hombros por tercera vez, antes de erguirse para enderezar la espalda—. Los cambiaformas se unen ante la promesa de una puerta a través de la cual puedan alcanzar dicha supremacía, la ascendencia. Convertirse en un dios de los soletaken y d'ivers; todo cambiaformas no aspira a menos y no se amedrenta ante ningún obstáculo. Violín, creemos que la puerta está abajo y que Iskaral Pust hará todo cuanto pueda para evitar que los cambiaformas la encuentren, pintando incluso falsos rastros en el desierto para simular las huellas de las manos que conducen todas a la puerta.

—¿Y Pust tiene un papel en mente para Icarium y para ti?

—Probablemente —reconoció Mappo, de pronto pálido como la cera—. Creo que está al corriente de nuestra existencia, es decir, de la de Icarium. Lo sabe...

¿Qué es lo que sabe?, Violín tuvo la tentación de preguntar, pero comprendió que el trell no estaría dispuesto a explicárselo. El nombre de Icarium era conocido, no sobradamente, pero conocido a pesar de todo. Un trotamundos de sangre jaghut, en torno a quien circulaban, como la más nefasta de las estelas, rumores de devastación, horribles asesinatos, genocidio. El zapador sacudió mentalmente la cabeza. El Icarium que estaba llegando a conocer hacía que dichos rumores parecieran absurdos. Ese jhag era generoso, compasivo. Si había horrores en su pasado debían ser antiguos; la juventud, después de todo, es la época de los excesos. Este Icarium era demasiado sensato, demasiado curtido para caer en el río de sangre del poder. ¿Qué esperaba Pust que esos dos desencadenaran?

—Tal vez —dijo Violín—, Icarium y tú seáis la última línea de defensa de Pust. Si ahí convergiera la senda.

Efectivamente, sería deseable evitar que los cambiaformas alcanzaran la puerta, pero el esfuerzo podría tener un desenlace fatal... o, al parecer, aún peor.

—Es posible —reconoció tristemente Mappo.

—Bueno, podrías marcharte.

El trell levantó la mirada, con una irónica sonrisa.

—Me temo que Icarium lleva a cabo su propia búsqueda y, por consiguiente, nos quedaremos.

—Intentaréis impedir entre los dos que se utilice la puerta, ¿no es cierto? —preguntó Violín, con los ojos entrecerrados—. Eso es lo que Iskaral Pust sabe y en lo que confía, ¿no es verdad? Ha usado vuestro sentido del deber y vuestro honor contra vosotros.

—Una poderosa estratagema. Y, dada su eficacia, es probable que vuelva a emplearla con vosotros tres.

—Será difícil que descubra en mí una gran lealtad hacia cualquier cosa —respondió Violín ceñudo—. Si bien ser soldado depende de valores como el deber y el honor, también es algo que excluye al Embozado de los mismos. En cuanto a Azafrán, debe su lealtad a Apsalar. Y en lo que se refiere a ella... —Sus palabras se perdieron en la lejanía.

—Claro —dijo Mappo, con una mano sobre el hombro del zapador—. Comprendo la causa de tu angustia, Violín, y te entiendo.

—Dices que nos escoltaréis hasta Tremorlor.

—Efectivamente. El viaje no será fácil. Icarium ha decidido guiarte.

—Entonces realmente existe.

—Así lo espero.

—Creo que ha llegado el momento de reunirse con los demás.

—¿Y revelarles nuestros pensamientos?

—¡No, por el aliento del Embozado!

El trell asintió, al tiempo que se ponía de pie.

Violín dio un bufido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mappo.

—El candil está apagado, desde hace un buen rato. Estamos a oscuras, trell.



A Violín el templo le parecía opresivo. Sus enormes paredes achaparradas, combadas e inclinadas en los niveles inferiores, daban la impresión de doblarse con el peso de la piedra que soportaban. De algunas juntas del techo caía el polvo como si fuera lluvia, formando pirámides sobre las

losas del suelo. Siguió a Mappo cojeando hasta la escalera de caracol, para reunirse de nuevo con los demás.

Media docena de bhok'arala los siguieron por el camino, todos ellos provistos de exuberantes ramas con las que sacudían y barrían las piedras conforme avanzaban. Al zapador le habría parecido más divertido que aquellos seres no alcanzaran un mimetismo tan perfecto en su imitación de Iskaral Pust y su obsesión con las arañas, incluida la tenaz concentración en sus rostros negros, redondos y arrugados.

Mappo había explicado que aquellos seres adoraban al sacerdote supremo. No como perros a su amo, sino como acólitos a su dios. Sus torpes ritos estaban repletos de ofrendas, oscuros símbolos e iconos ocasionales. Muchos de dichos ritos parecían incluir residuos corporales. *Supongo que cuando no se dispone de libros sagrados, uno aporta lo que puede.* Volvían loco a Iskaral Pust, que los maldecía, y se había acostumbrado a llevar una bolsa llena de piedras, que arrojaba a los bhok'arala a la menor provocación.

Los seres alados recogían esos objetos de origen divino, que claramente reverenciaban, y al despertar esta mañana el sacerdote supremo había encontrado todas las piedras de nuevo en su bolsa. Pust se puso realmente furioso al descubrirlo.

Por el camino, Mappo estuvo a punto de tropezar con una reserva de antorchas. Las sombras detestaban la oscuridad y Pust quiso organizar una escolta de acólitos de su propio dios. Encendieron una antorcha cada uno, sarcásticamente conscientes de su segunda intención. Si bien Mappo alcanzaba a ver suficientemente bien sin su ayuda, Violín avanzaba a tientas, sujetando con una mano el pectoral del trell.

Al llegar a la escalera hicieron una pausa. Los bhok'arala se habían quedado atrás una docena de pasos en el pasillo y mantenían una oscura discusión, con vehemencia.

—Icarium ha pasado últimamente por aquí —dijo Mappo.

—¿La hechicería aumenta tu sensibilidad? —preguntó Violín.

—No exactamente. Con mayor probabilidad son los siglos de convivencia...

—Te refieres al vínculo que te une a él.

—No uno, sino un millar de vínculos, soldado —refunfuñó el trell.

—¿Tanto pesa entonces vuestra amistad?

—Algunos pesos se soportan con gusto.

Violín guardó unos instantes de silencio.

—¿Es cierto lo que se dice de que Icarium está obsesionado con el tiempo?

—Efectivamente.

—Construye extraños artefactos para medirlo y los coloca en lugares repartidos por todo el mundo.

—Sí, son sus mapas temporales.

—Siente que se acerca a su objetivo, ¿no es cierto? Está a punto de encontrar su respuesta, y tú harías cualquier cosa por impedirlo. ¿Es eso lo que te has prometido, Mappo, mantener al jhag en la ignorancia?

—Ignorancia del pasado, sí. Su pasado.

—La idea me gusta, Mappo. Sin historia no hay crecimiento...

—Desde luego.

El zapador volvió a guardar silencio. Había agotado lo que se atrevía a expresar. *Hay mucho dolor en este gigantesco guerrero. Mucha tristeza. ¿Se lo ha preguntado Icarium alguna vez? ¿Nunca ha cuestionado esa asociación centenaria? ¿Y qué significa para el jhag la amistad? Sin*

memoria es una ilusión, un acuerdo basado única y exclusivamente en la fe. ¿Cómo diablos surge de tal cosa la generosidad de Icarium?

Reemprendieron su desplazamiento, subiendo por la escalera de peldaños de piedra y tejado de dos aguas. Después de una breve pausa, salpicada de lo que Violín estaba convencido eran acalorados susurros, los bhok'arala guardaron silencio y se sumieron de nuevo en su velorio.

Al llegar a la planta principal, Mappo y Violín recibieron el impacto del eco discordante de una voz a gritos, que retumbaba en el pasillo procedente de la cámara del altar. El zapador hizo una mueca.

—Debe de tratarse de Azafrán —dijo.

—No está rezando, por lo que parece.

Encontraron al joven jefe daru al límite extremo de su paciencia. Sujetaba a Iskaral Pust por la pechera de su túnica, con la espalda contra la pared detrás del polvoriento altar de piedra. Los pies de Pust, que se agitaban débilmente, colgaban a un palmo de las baldosas del suelo. A un lado se encontraba Apsalar, con los brazos cruzados, contemplando impasible la escena.

Violín se acercó y colocó una mano sobre el hombro del muchacho.

—Le estás arrebatando la vida, Azafrán...

—¡Es precisamente lo que se merece, Violín!

—No voy a discutirte, pero, por si no te has dado cuenta, se están reuniendo las sombras.

—Tiene razón —dijo Apsalar—. Ya te lo había dicho, Azafrán. Tú mismo estás a un paso de las puertas del Embozado.

El daru titubeó; luego, con un gruñido, lanzó lejos a Pust. El sacerdote supremo se deslizó a lo largo de la pared,

jadeando, hasta que recuperó el equilibrio y se arregló la túnica.

—¡Atolondrada juventud! —bramó—. Me recuerda mis propios actos melodramáticos, cuando circulaba a gatas por el jardín de tía Tulla, atormentando a los pollos que rechazaban los sombreros de paja, que había pasado horas tejiendo. Eran incapaces de apreciar las intrincadas trenzas que había elaborado. Me sentía profundamente ofendido —agregó ladeando la cabeza con una sonrisa y levantando la mirada en dirección a Azafrán—. Le sentará bien mi nuevo sombrero de paja mejorado...

Violín interceptó el lance de Azafrán e intentó apaciguar al muchacho. Con la ayuda de Mappo le obligó a retroceder, mientras el sacerdote supremo se escabullía entre risitas.

La risa se convirtió en un ataque de tos y Pust empezó a tambalearse de un lado para otro, como si súbitamente se hubiera quedado ciego. Con una de sus manos tocó una pared y se deslizó a lo largo de la misma como un borracho. El ataque concluyó con un último estornudo, se frotó los ojos y levantó la mirada.

—Quiere que Apsalar... —refunfuñó Azafrán.

—Lo sabemos —interrumpió Violín—. Hemos alcanzado a deducirlo, muchacho. El caso es que depende de ella, ¿no te parece?

Mappo lo miró sorprendido y el zapador se encogió de hombros. *He tardado en vislumbrarlo, pero por fin lo he logrado.*

—He sido utilizada por un ascendiente en una ocasión anterior —dijo Apsalar—. Voluntariamente no estoy dispuesta a que se repita.

—No vas a ser utilizada —dijo entre dientes Iskaral Pust, mientras daba los primeros pasos de una extraña danza—. ¡Tú mandas! ¡Tú ordenas! ¡Tú impones tu voluntad! ¡Tú

dictas las condiciones! ¡Puedes expresar todos tus enfados, hacer cumplir tus antojos, comportarte como una niña mimada y que te adoren por ello! —De pronto se agachó, hizo una pausa y prosiguió en un susurró—: ¡Suficientes atractivos para embelesar! ¡La autocrítica desaparece automáticamente gracias a los privilegios ilimitados! ¡Flaquea, desfallece... lo veo en su mirada!

—Yo no —respondió fríamente Apsalar.

—¡La chica lo percibe! ¡Su capacidad alcanza a percibir mi propio pensamiento, como si llegara a oírlo en voz alta! ¡La sombra de la Cuerda permanece en su interior, el vínculo es innegable! ¡Dioses, soy brillante!

Con un gruñido de desdén, Apsalar abandonó la cámara. Iskalar Pust corrió para alcanzarla.

El daru intentó seguirles, pero Violín se lo impidió.

—Ella puede controlarlo, Azafrán —dijo el zapador—. Debería estar claro, incluso para ti.

—Aquí hay más misterios de lo que imaginas —respondió Mappo, mirando al sacerdote supremo con el entrecejo fruncido.

Oyeron voces en el vestíbulo y entonces Icarium apareció en la puerta, con el verde oscuro de su capa de piel de ciervo cubierto de polvo del desierto. Vio la pregunta en los ojos de Mappo y se encogió de hombros.

—Ha abandonado el templo; he seguido su pista hasta el borde de la tormenta.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Violín.

—De Sirviente —respondió Mappo, mirando fugazmente a Azafrán, con la frente todavía más fruncida—. Creemos que es el padre de Apsalar.

—¿Es manco? —preguntó el muchacho, con los ojos muy abiertos.

—No —respondió Icarium—. Sin embargo, el sirviente de Iskaral Pust es pescador. En realidad su bajel se encuentra en la cámara inferior de este templo. Habla malazano...

—El padre de Apsalar perdió un brazo en el sitio de Li Heng —dijo Azafrán, moviendo la cabeza—. Estaba entre los rebeldes que defendían las murallas y perdió el brazo abrasado, cuando el Ejército Imperial tomó de nuevo la ciudad.

—Cuando un dios interviene... —dijo Mappo, antes de encogerse de hombros—. Uno de sus brazos parece... joven... más joven que el otro, Azafrán. Al sirviente se le ordenó ocultarse cuando te trajimos de nuevo aquí. Pust lo escondía de ti. ¿Por qué?

—¿No fue Tronosombrío quien organizó la posesión? —preguntó Icarium—. Cuando Cotillion se apoderó de ella, Tronosombrío pudo haberlo apresado. Poco sentido tendría intentar adivinar los motivos; el señor del reino de Sombra es notoriamente confuso. No obstante, veo cierta lógica en dicha posibilidad.

Azafrán empalideció y su mirada se perdió en la entrada desierta.

—Influencia —susurró.

Violín comprendió inmediatamente la interpretación del daru y volvió la cabeza para dirigirse a Icarium.

—Has dicho que la pista de Sirviente conducía al torbellino de la tormenta. ¿Hay algún lugar en particular donde se espera que Sha'ik renazca?

—El sacerdote supremo dice que su cuerpo no se ha movido del lugar donde cayó víctima de unas espadas rojas.

—¿Dentro de la tormenta?

El jhag asintió.

—Se lo está contando ahora —refunfuñó Azafrán, con los puños cerrados y los nudillos emblanquecidos—. «Renace y

volverás a reunirte con tu padre».

—«Una vida ofrecida por otra tomada» —susurró Mappo, con una fugaz mirada al zapador—. ¿Estás suficientemente recuperado para una persecución?

Violín asintió.

—Puedo montar a caballo, caminar... o arrastrarme si es necesario.

—Entonces haré los preparativos para la partida.



En el pequeño trastero donde habían guardado el equipo y las bolsas de viaje, Mappo se agachó junto a la suya. Hurgó entre las mantas y la lona de la tienda, hasta que sus manos dieron con el objeto duro envuelto en cuero que buscaba. El trell tiró del artefacto, desenvainándolo de su funda de piel de alce encerada, y sacó un hueso sólido que medía como un antebrazo y medio de los suyos. Pulida por el tiempo, la vara había adquirido un lustre dorado. Un cordón de cuero envolvía su empuñadura, suficiente para dos manos. El extremo opuesto estaba rodeado de dientes en forma de púas igualmente pulidas, cada una de ellas del tamaño de su pulgar, engastadas en una abrazadera de hierro.

Un asomo de salvia alcanzó el olfato de Mappo. La hechicería del arma era todavía potente. La labor de siete hechiceras trell no era algo que se desvaneciera con el tiempo. El largo hueso había sido hallado en un arroyo de montaña y el agua rica en minerales lo había dotado de la dureza y misma densidad del hierro. También se habían recuperado otras partes del esqueleto de la extraña bestia

desconocida, pero estas permanecían con el clan como objetos de veneración, todos dotados de poderes.

Mappo solo había visto los fragmentos reunidos en una única ocasión, que sugerían un animal del doble de tamaño que un oso de las praderas, con una hilera de colmillos en la mandíbula superior y en la inferior, aproximadamente entrelazados. El fémur que tenía ahora en las manos podría haber pertenecido a un ave, pero de unas dimensiones desmesuradas y con el doble de grosor del hueso que rodeaba. A lo largo del mismo había ciertas protuberancias, donde se sujetaban lo que debían haber sido músculos descomunales.

Le temblaban las manos bajo el peso del arma.

—No recuerdo que hayas utilizado nunca eso, amigo —dijo Icarium a su espalda.

—No —respondió Mappo con los ojos cerrados, sin querer mirar todavía al jhag.

—No deja de asombrarme —prosiguió Icarium— lo que alcanzas a guardar en esa andrajosa bolsa.

Otro truco de las hechiceras del clan: esta pequeña senda privada, más allá de los límites establecidos. Nunca debió haber durado tanto. Se habla de un mes, puede que dos, pero no de siglos. Bajó la mirada hasta aquella arma que tenía en las manos. *Estos huesos estaban dotados de poder desde el primer momento; las hechiceras se limitaron a realzarlos y a unir las partes y cosas por el estilo con sus encantamientos. Puede que de algún modo el hueso en la bolsa nutra la senda... o el puñado de personas molestas apretujadas en el mismo durante mis propios ataques de ira. Me pregunto dónde estarán todas ellas...* Suspiró, envolvió de nuevo su arma, volvió a guardarla en la bolsa y la cerró concienzudamente tirando de los cordones. Entonces giró la cabeza y miró a Icarium con una sonrisa.

El jhag había reunido sus propias armas.

—Parece que nuestra expedición en busca de Tremorlor tendrá que esperar un poco más —dijo, encogiéndose de hombros—. Apsalar ha salido en persecución de su padre.

—Y eso la conducirá al lugar donde espera el cuerpo de Sha'ik.

—Debemos seguirla —dijo Icarium—. Tal vez logremos burlar las intenciones de Iskaral Pust.

—No solo de Pust, al parecer, sino de la diosa del Torbellino, que puede haber sido perfectamente la instigadora de todo esto desde el primer momento.

El jhag frunció el entrecejo.

—Reflexiona, amigo —suspiró nuevamente Mappo—. Sha'ik fue ungida como visionaria del Apocalipsis apenas después de nacer. Cuarenta años o más en Raraku, preparándose para este momento... Raraku no es un lugar apacible y cuatro décadas desgastan hasta a un elegido. Tal vez la preparación era todo lo que la visionaria estaba destinada a alcanzar; la propia guerra exige sangre nueva.

—Sin embargo, ¿no dijo el soldado que la amenaza de Anomander Rake obligó a Cotillion a soltar a la muchacha? La posesión debía haber sido mucho más prolongada y acercado progresivamente a la muchacha a la propia emperatriz...

—Eso es lo que supone todo el mundo —respondió Mappo—. Iskaral Pust es un sacerdote supremo de Sombra. Me parece preferible suponer que por muy taimado que sea Pust, más arteros son Tronosombrío y Cotillion. Mucho más. Apsalar, auténticamente poseída, nunca lograría acercarse a Laseen; la Garra la descubriría, por no mencionar a la consejera y su espada de otataralita. Pero una Apsalar que ha dejado de estar poseída... además, ¿no es cierto que

Cotillion se ha asegurado de que ya no sea una simple pescadora?

—Una trama dentro de otra trama. ¿Se lo has comentado a Violín?

Mappo movió la cabeza.

—Podría ser una equivocación. Es posible que los gobernantes de Sombra hayan visto aquí sencillamente una oportunidad, una forma de aprovecharse de la convergencia: se afila la daga y luego se infiltran entre la muchedumbre. Me he estado preguntando por qué recupera Apsalar los recuerdos con tanta facilidad... y sin el menor esfuerzo.

—¿Y no tenemos nosotros nada que ver en ello?

—Eso no lo sé.

—Apsalar se convierte en Sha'ik. Sha'ik derrota a los ejércitos de Malaz y libera Siete Ciudades. Laseen, obligada a tomar personalmente el mando, llega con un ejército para someter a los ciudadanos rebeldes de esta tierra.

—Gracias a la pericia y a los conocimientos de Cotillion, Sha'ik mata a Laseen. Fin del Imperio...

—Preocupante perspectiva —refunfuñó Mappo.

—¿Por qué?

—De pronto, acabo de tener una visión del emperador Iskaral Pust... —dijo el trell con el entrecejo fruncido, al tiempo que se estremecía, levantaba la bolsa y se la echaba al hombro—. De momento, amigo mío, me parece preferible que esta conversación quede entre nosotros.

—Tengo una pregunta, Mappo —asintió Icarium, después de titubear.

—Dime.

—Siento que estoy más cerca que nunca... de descubrir quién soy. Se dice que Tremorlor perdura en el tiempo...

—Sí, eso se dice, aunque a saber lo que tal cosa significa.

—Creo que respuestas. Para mí. Para mi vida.

—¿Qué me estás preguntando, Icarium?

—Si llegara a descubrir mi pasado, Mappo, ¿cómo me cambiaría?

—¿A mí me lo preguntas? ¿Por qué?

Icarium sonrió a Mappo, con los párpados semicerrados.

—Porque, amigo mío, en tu interior residen mis recuerdos, ninguno de los cuales estás dispuesto a revelarme.

Y así llegamos a este punto... una vez más.

—Quien tú seas, Icarium, no depende de mí, ni de mis recuerdos. ¿Qué valor tendría aspirar a convertirse en mi versión de ti? Yo, amigo, te acompaño en tu búsqueda. Si hay que descubrir la verdad, tu verdad, eres tú quien debe hacerlo.

Icarium asentía, al tiempo que ecos lejanos de aquella conversación volvían a su mente: *Un poco más, por los antiguos, un poco más, por favor...*

—Sin embargo, Mappo, algo me dice que tú formas parte de esa verdad oculta.

El corazón del trell se heló. *Nunca había llegado tan lejos; ¿la proximidad de Tremorlor está entreabriendo la puerta cerrada?*

—En tal caso, cuando sea el momento, te enfrentarás a una decisión.

—Eso creo.

Se observaron mutuamente, escudriñando con la mirada el reflejo alterado que les precedía, uno de ellos plagado de preguntas inocentes, el otro ocultando un conocimiento devastador. *Y entre nosotros, en equilibrio, una amistad para ambos incomprensible.*

Icarium extendió el brazo y colocó la mano sobre el hombro de Mappo.

—Deberíamos reunirnos con los demás.



Violín estaba montado sobre el capón gral, esperando al pie del acantilado. Los bhok'arala correteaban a lo largo de la fachada del templo, dando voces y gritos, conforme bajaban penosamente las alforjas de los mulos, así como diversos suministros. La cola de uno de los animales se había enredado en una cuerda y daba chillidos lastimosos mientras descendía lentamente con su cargamento. Iskaral Pust, medio colgado de la ventana de la torre, arrojaba piedras a la pobre bestia, sin que ninguna de ellas se acercara siquiera a su objetivo.

El zapador observaba a Mappo e Icarium, con la sensación de que había surgido una nueva tensión en aquella pareja, a pesar de que seguían trabajando juntos con absoluta familiaridad. Violín sospechaba que la tensión se detectaba en las palabras no pronunciadas entre ellos. *Al parecer, se acercan cambios para todos nosotros.* Miró fugazmente a Azafrán, que permanecía erguido, sobre la cabalgadura sobrante que había heredado con una impaciencia apenas reprimida. Poco antes había sorprendido al muchacho practicando una serie de movimientos de lucha cuerpo a cuerpo con arma blanca. En las pocas ocasiones en que el zapador lo había visto utilizar anteriormente las dagas, una especie de desesperación estropeaba su técnica. Azafrán tenía pericia, pero le faltaba madurez; era demasiado consciente de sí mismo tras las navajas. Pero Violín se percató de que eso había cambiado, al contemplar la rutina del muchacho. Recibir cortes era

esencial para asestar lances mortales. Las peleas con arma blanca eran una asunto sucio. Un fría determinación impulsaba ahora a Azafrán; el zapador sabía que ya no se limitaría a defenderse. Tampoco se precipitaría tontamente a lanzar sus cuchillos, a no ser que dispusiera de abundantes reservas en los pliegues de su atuendo. *Ahora probablemente correría un mayor peligro.*

El cielo del atardecer era de un ocre brumoso, impregnado de los residuos en suspensión del torbellino, todavía virulento en el seno de Raraku, a menos de diez leguas de distancia. El calor era todavía más opresivo, debido a dicho sofocante manto.

Mappo liberó al bhok'aral atrapado y recibió una fea mordedura en la muñeca por su gentileza. El animal volvió a escalar el acantilado, medio corriendo y medio volando, mientras soltaba un torrente de insultos.

—¡Entonces marca un ritmo! —exclamó Violín, dirigiéndose al trell.

Mappo asintió e Icarium y él empezaron a descender por el sendero.

El zapador se alegró de ser el único en volver la vista atrás y ver a una veintena de bhok'arala en la ladera del acantilado, que agitaban la mano para despedirse, y a Iskaral Pust que casi se caía de la ventana, intentando alejar con su escoba a los bichos más cercanos a la muralla de la torre.



El ejército renegado del Apocalipsis de Korbolo Dom se hallaba repartido por la superficie ondulada de unas colinas

verdes, que marcaban el límite meridional de la llanura. En la cima de cada colina había tiendas de mando, así como los estandartes izados de diversas tribus y autoproclamados batallones. Entre los pequeños campamentos y carromatos circulaban vastos rebaños de vacas y de caballos.

El perímetro del campamento estaba marcado por tres hileras zigzagueantes de prisioneros crucificados, todos ellos rodeados de milanos, rhizanos y poliñeras.

La línea exterior se elevaba por encima de las trincheras y barricadas de tierra, a menos de cincuenta pasos de la posición de Kalam, tumbado en el suelo entre las altas hierbas amarillas, con el olor a polvo y a salvia que se elevaba del suelo reseco a su alrededor. Los insectos andaban sobre él, trazando rutas indecisas sobre sus manos y antebrazos con sus irritantes patas. Con su mirada fija en las víctimas crucificadas más cercanas, el asesino hacía caso omiso de los bichos.

Los brazos de un joven malazano, de doce o trece años a lo sumo, estaban cubiertos de poliñeras de los hombros a las muñecas, y parecían haberse convertido en alas. En sus pies y manos se acumulaban ensortijados montones de rhizanos, allí donde los pinchos habían atravesado la carne y los huesos. El muchacho no tenía ojos ni nariz, su cara era una llaga descarnada, sin embargo, seguía vivo.

La imagen se grabó en el corazón de Kalam, al igual que el ácido en el bronce. Sentía frío en las extremidades, como si su propio vínculo con la vida se debilitara, tirando de sus entrañas. *No puedo salvarle. Ni siquiera aliviar su sufrimiento con una muerte rápida. Ni a ese muchacho, ni a ninguno de los centenares de malazanos alrededor de este ejército. No puedo hacer nada.* Saberlo era un asomo de locura. Había una sola cosa que aterrorizaba al asesino: la impotencia. Pero no la impotencia de caer prisionero, o de

ser torturado; había sido víctima de ambos y sabía que la tortura podía romper a cualquiera, absolutamente a cualquiera. *Pero esto...* Kalam temía la insignificancia, temía la incapacidad de producir un efecto, de provocar un cambio en el mundo más allá de la carne.

Este era el conocimiento que la escena ante él tallaba en su alma. *No puedo hacer nada. Nada.* Miró fijamente las órbitas ciegas del muchacho, a través de los cincuenta pasos que lo separaban del mismo y que disminuían con cada latido, hasta acercarse lo suficiente para besar suavemente su frente apergaminada por el sol y susurrar mentiras: *tu muerte no caerá en el olvido, la verdad de tu preciada vida que aún te niegas a abandonar porque es cuanto tienes. No estás solo, muchacho.* Mentira. El muchacho estaba solo. Solo con su vida marchita y feneciente. Y cuando su cuerpo se convirtiera en cadáver, cuando se pudriera y cayera junto a los demás que rodeaban el lugar que antes había albergado un ejército, caería en el olvido. Una nueva víctima anónima. Una entre tantas que escapaban a toda comprensión.

El Imperio se vengaría, si era capaz de hacerlo, y se multiplicarían las cifras. La amenaza del Imperio era siempre la misma: «La destrucción que nos infligáis a nosotros y a los nuestros, os será devuelta multiplicada por diez». Si Kalam alcanzaba a matar a Laseen, tal vez lograría conducir al trono a alguien con suficiente valor para que no tuviera que gobernar desde una posición de crisis. El asesino y Ben el Rápido habían pensado en alguien para dicho propósito. *Si todo va como está previsto.* Pero para estos, era demasiado tarde.

Suspiró lentamente y solo entonces se percató de que estaba sobre un hormiguero, cuyos habitantes insistían inequívocamente en que se marchara. *Reposo con el peso*

de un dios sobre su mundo y a esas hormigas no les gusta. Nos parecemos mucho más de lo que supone la mayoría.

Kalam retrocedió sigilosamente entre los hierbajos. Después de todo, no es la primera escena horripilante que he presenciado. Un soldado aprende a utilizar toda clase de armaduras y, mientras siga en activo, cumplen satisfactoriamente su cometido. ¡Por todos los dioses, no creo que mi cordura sobreviviera en la paz!

Con ese escalofriante pensamiento, que se filtraba como una debilidad a sus extremidades, Kalam alcanzó la ladera posterior, alejada de la vista de las víctimas. Escudriñó la zona, en busca de algún indicio de la presencia de la aptoriana, pero el demonio parecía haber desaparecido. Al cabo de un momento se incorporó de cuclillas y volvió cautelosamente a la alameda donde esperaban los demás.

Minala salió de su escondite ballesta en mano, cuando Kalam se acercaba a los matorrales alrededor de los árboles de hoja plateada.

Kalam movió la cabeza. Se deslizaron ambos silenciosamente entre los largos troncos y se unieron al resto del grupo.

Keneb había sucumbido a un nuevo ataque de fiebre. Selv, su esposa, cuidaba de él con un temor hermético, al borde del pánico, sujetando entre susurros un paño húmedo sobre la frente de su marido y procurando controlar sus convulsiones. Los niños, Vaneb y Kesen, estaban cerca de allí cuidando concienzudamente de sus caballos.

—¿Es grave? —preguntó Minala, mientras descargaba cuidadosamente la ballesta.

Después de ocuparse momentáneamente de quitarse de encima las hormigas, Kalam suspiró.

—No podremos rodearlos. He visto estandartes de las tribus del oeste y sus campamentos siguen creciendo, lo que significa que los odhan al oeste no estarán vacíos. Al este nos encontraríamos con pueblos y ciudades, todos ellos liberados y ocupados por guarniciones. No se ve más que humo en todo el horizonte.

—Tú lo lograrías si fueras solo —dijo Minala, mientras se apartaba un mechón de pelo negro de la cara y lo miraba fijamente con sus ojos de color gris claro—. Serías un soldado más del Apocalipsis, podrías estar fácilmente de guardia en el perímetro meridional y escabullirte durante la noche.

—No es tan fácil como imaginas —refunfuñó Kalam—. Hay magos en ese campamento.

Y yo he tenido el libro en mis manos, no es probable que permaneciese en el anonimato...

—¿Y eso qué importa? —preguntó Minala—. Puede que tengas cierta reputación, pero no eres un ascendiente.

El asesino se encogió de hombros. Se incorporó, cogió su bolsa, la colocó en el suelo y empezó a buscar entre su contenido.

—No me has contestado, cabo —prosiguió Minala, sin dejar de observarlo—. ¿Por qué te das tanta importancia? No eres uno de esos que se engaña a sí mismo, de modo que debes ocultarnos algo. Algún otro... detalle significativo sobre ti mismo.

—Hechicería —farfulló Kalam, al tiempo que sacaba un pequeño objeto de la bolsa—. No es mío. Pertenece a Ben el Rápido —agregó, mientras mostraba el objeto con una mueca.

—Un pedrusco.

—Efectivamente. Reconozco que sería más impresionante si se tratara de una piedra preciosa o una

pepita de oro. Pero no hay ningún mago tan estúpido en este mundo como para transmitir poder a un objeto valioso. Después de todo, ¿quién robaría un pedrusco?

—He oído otras leyendas...

—Sí, claro, encontrarás magia impregnada en joyas y alhajas... Los magos las elaboran a docenas, todas ellas malditas de un modo u otro. La mayoría son artefactos mágicos de espionaje; el mago puede localizarlos, e incluso a veces ver a través de los mismos. En la Garra las utilizan permanentemente para obtener información —dijo mientras arrojaba el pedrusco al aire, lo cogía al vuelo y adoptaba de pronto una actitud sobria—. Se suponía que esto debía usarse como último recurso...

En el palacio de Unta, para ser precisos.

—¿Para qué sirve?

El asesino hizo una mueca. *No tengo la menor idea. Ese cabrón de Ben el Rápido no es propenso a dar explicaciones. «Es tu nudillo raspado en el agujero, Kalam. Con esto podrás entrar tranquilamente en la sala del trono. Te lo garantizo.»* Miró a su alrededor y vio una roca baja y lisa cerca de allí.

—Prepara a todo el mundo para emprender la marcha.

El asesino se agachó frente a la roca llana, colocó el pedrusco sobre la misma y cogió una piedra del tamaño de un puño, que sopesó pensativamente antes de precipitarla contra el pedrusco.

Se sobresaltó al comprobar que se partía como arcilla húmeda.

La oscuridad se cernió sobre ellos. Kalam levantó la mirada y se incorporó lentamente. *Maldita sea, tendría que habérmelo imaginado.*

—¿Dónde estamos? —preguntó Selv, en un tono agudo y tirante.

—¡Madre!

El asesino volvió la cabeza y vio que Kesen y Vaneb andaban a trompicones con ceniza hasta las rodillas. La ceniza estaba mezclada con huesos carbonizados. Los caballos respingaban y sacudían la cabeza, conforme el polvo gris se levantaba como el humo.

¡Por el aliento del Embozado, estamos en la senda imperial! Kalam se encontró sobre un ancho disco elevado de basalto gris. El firmamento se mezclaba con la tierra en una bruma amorfa e incolora. *¡Podría estrangularte, Ben el Rápido!* El asesino había oído rumores de la creación de dicha senda y la descripción coincidía, pero los relatos que habían llegado a sus oídos en Genabackis sugerían que estaba apenas en sus albores y se extendía escasamente unos centenares de leguas alrededor de Unta, *si es que aquí las leguas tienen algún significado. En realidad, alcanza incluso hasta Siete Ciudades. ¿Y Genabackis? ¿Por qué no? Ben el Rápido, ahora mismo podría haber una garra cabalgando sobre tu hombro...*

Los niños habían apaciguado los caballos y estaban ahora sobre sus monturas, alejados del espeluznante montículo chamuscado. Kalam vio que Minala y Selv ataban a Keneb a su silla.

El asesino se acercó a su propio semental. El animal resopló desdeñosamente cuando se subía a la silla y recogía las riendas.

—Estamos en una senda, ¿no es cierto? —preguntó Minala—. Siempre creí que todos esos relatos de otros reinos no eran más que inventos rebuscados de magos y sacerdotes, utilizados para brindar apoyo a sus maniobras.

Kalam refunfuñó. Había sido absorbido en suficientes sendas y sumergido en suficientes torbellinos caóticos de hechicería para darlos por descontado. Minala acababa de

recordarle que para la mayoría de la gente dicha realidad era algo remoto, que consideraba a lo sumo con escepticismo. *¿Es dicha ignorancia un alivio o la fuente de un miedo desconocido?*

—Supongo que aquí estamos a salvo de Korbolo Dom.

—Eso espero —farfulló el asesino.

—¿Cómo elegimos una dirección? Aquí no hay senderos, ni puntos de referencia...

—Ben el Rápido dice que uno se desplaza con una intención en la mente y la senda lo conduce al lugar deseado.

—¿Y el destino que te propones?

Kalam frunció el entrecejo, guardó silencio durante un rato y después emitió un suspiro.

—Aren.

—¿Hasta qué punto estamos a salvo?

¿A salvo? Acabamos de penetrar en un nido de avispas.

—Ya lo veremos.

—¡Menudo alivio! —exclamó Minala.

La imagen del joven malazano crucificado apareció de nuevo en la mente del asesino y miró fugazmente a los hijos de Keneb.

—Más vale este riesgo... que otra certeza —susurró.

—¿Vas a aclararnos este comentario?

Kalam movió la cabeza.

—Basta de charla. Debo visualizar una ciudad...



Lostara Yil subió con su montura hasta el hueco y, a pesar de no haberlo visto nunca antes, comprendió

inmediatamente que se trataba de un portal a otra senda. Sus bordes habían empezado a difuminarse, como una herida al cicatrizar.

Titubeó. El asesino había elegido un atajo, una forma de adelantar al ejército del traidor que le separaba de Aren. La espada roja sabía que no le quedaba más remedio que seguirle, ya que el sendero resultaría demasiado frío si lograba recorrer el largo camino hasta Aren. Incluso cruzar las fuerzas de Korbolo Dom sería seguramente imposible, ya que como espada roja era probable que fuese reconocida, a pesar de la armadura sin distintivos que llevaba ahora.

No obstante, Lostara Yil titubeó.

Su caballo retrocedió relinchando cuando en el portal apareció una figura tambaleante. Ante ella se irguió un hombre canoso, de atuendo y piel gris, que miró a su alrededor con unos ojos extrañamente luminosos y, a continuación, sonrió.

—No era un hueco por el que pensara caerme —dijo con acento malazano—. Discúlpame si te he asustado.

Hizo una reverencia y de su cuerpo se desprendieron nubes de polvo. Lostara se percató de que el gris era ceniza. En el fino rostro del recién llegado aparecieron porciones de piel oscura.

—Pareces portadora de poderes ocultos —agregó, con una mirada de complicidad.

—¿Cómo? —bramó Lostara, mientras dirigía la mano a la empuñadura de su espada.

Él captó su gesto y aumentó su sonrisa.

—Eres una espada roja en realidad, oficial. Eso nos convierte en aliados.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Lostara, con los ojos entrecerrados.

—Llámame Perla. Por lo que parece estabas a punto de entrar en la senda imperial. Sugiero que lo hagamos antes de proseguir con nuestra conversación, antes de que se cierre el portal.

—¿Puedes mantenerlo abierto, Perla? Después de todo, viajabas en el mismo...

Su ceño exagerado era burlón.

—Aquí hay una puerta, donde debería ser imposible que existiera. Es cierto que, más al norte, incluso la senda imperial está plagada de... intrusos no deseados, pero su forma de entrar es de una naturaleza, digamos, mucho más primitiva. Por consiguiente, dado que este portal no es claramente obra tuya, sugiero que aprovechemos inmediatamente su presencia.

—No hasta que sepa quién eres, Perla. O, mejor dicho, qué eres.

—Soy una garra, por supuesto. ¿Quién goza otramente del privilegio de viajar por la senda imperial?

—Alguien acaba de otorgárselo a sí mismo —asintió Lostara, en dirección al portal.

—Y eso es de lo que vas a hablarme, espada roja —dijo Perla, con un destello en la mirada.

Lostara reflexionó en silencio, antes de asentir.

—Está bien. Voy a acompañarte.

Perla dio un paso atrás y la llamó con una mano enguantada.

Lostara Yil espoléó los flancos de su cabalgadura.



La raspadura del nudillo de Ben el Rápido en el agujero tardaba más en cerrarse de lo que nadie había anticipado. Siete horas después de que la espada roja y la garra se hubieran perdido en el interior de la senda imperial, en el cielo sin luna brillaban las estrellas y el portal permanecía todavía abierto, con el rojo de sus bordes transformándose en magenta.

Al claro llegaban ecos de pánico y de alarma desde el campamento de Korbolo Dom. Diversas partidas de jinetes con antorchas salieron en todas direcciones. Los magos arriesgaron sus dominios en busca de senderos, a través de los ahora peligrosos caminos de la hechicería.

Mil trescientos niños malazanos habían desaparecido, sin que los centinelas ni las patrullas montadas detectaran su liberación. Las aspas de madera estaban vacías, con solo algunas manchas de sangre, orina o excrementos, como indicio de que seres vivos habían colgado agonizantes de las mismas.

En la oscuridad la llanura estaba extrañamente poblada de sombras surgidas de la nada, que fluían sobre una hierba inmóvil.

La aptoriana paseaba silenciosamente por el claro y sus colmillos como dagas resplandecían con su brillo natural. El sudor brillaba sobre su piel negra y el rocío humedecía las gruesas púas de sus cerdas. Permanecía erguida, con el flácido cuerpo de un joven en su única extremidad superior. Al joven le sangraban las manos y los pies, y de su rostro, horriblemente mordido y picoteado, habían desaparecido los ojos y tenía un agujero rojo donde antes había estado su nariz. Las columnas de vaho de sus débiles pulmones febriles flotaban tristemente en el claro.

El demonio aptoriano esperó agazapado.

Se reunieron las sombras, que fluían como un líquido entre los árboles, para revolotear frente al portal.

La aptoriana ladeó la cabeza y abrió enormemente la boca, produciendo algo parecido a un bostezo canino.

Surgió una vaga forma entre las sombras, al parecer rodeada de ojos resplandecientes de perros guardianes.

—Creía haberte perdido —susurró Tronosombrío al demonio—. Tanto tiempo atrapada por Sha'ik y su condenada diosa. Pero esta noche has vuelto, aptoriana, y no lo has hecho sola. Te has vuelto ambiciosa desde que no eras más que una concubina del señor de los demonios. Dime, querida, ¿qué debo hacer con más de un millar de mortales moribundos?

Los mastines contemplaban a la aptoriana, como si el demonio fuera una comida potencial.

—¿Soy yo un medicucho? ¿Un curandero? —preguntó Tronosombrío, en un tono que aumentaba octava tras octava—. ¿Es Cotillion un bonachón? ¿Son mis mastines perros de granja o animales de compañía huérfanos? —prosiguió iracundo la sombra que era el dios—. ¿Te has vuelto completamente loca?

La aptoriana respondió con una rápida serie de chasquidos y bufidos.

—¡Claro que Kalam quería salvarlos! —exclamó Tronosombrío—. ¡Pero sabía que era imposible! ¡Solo cabía la venganza! ¡Pero ahora! ¡Ahora debo agotar mis poderes curando a un millar de niños mutilados! ¿Y para qué?

La aptoriana habló de nuevo.

—¿Sirvientes? ¿Qué tamaño exactamente crees que tiene la senda de Sombra, imbécil manca?

El demonio guardó silencio, con su ojo compuesto gris pizarra brillando a la luz de las estrellas.

De pronto, Tronosombrío se agachó, con su capa de gasa pegada al cuerpo conforme se acurrucaba.

—Un ejército de sirvientes —susurró—. Sirvientes. Desamparados por el Imperio, abandonados a su suerte, en manos de los sangrientos bandidos de Sha'ik. Habrá... ambivalencia... en sus maleables almas heridas... —dijo el dios, con una fugaz mirada al demonio—. Veo beneficios a largo plazo en tu precipitada actuación, demonio. ¡Estás de suerte! ¿Deseas quedarte para ti el que tienes en tus garras? Y, si realmente vas a reemprender la custodia del asesino abrasapuentes, ¿cómo vas a coordinar exactamente esas conflictivas responsabilidades?

El demonio respondió.

—¡Qué frescura, zorra mimada! —exclamó Tronosombrío—. ¡No me sorprende que perdieras el favor del señor de los aptorianos! La curación forzada exige un precio —prosiguió en un susurro, después de un momento de silencio—. La carne se recupera mientras la mente lucha con el recuerdo del dolor, es el colmo de la impotencia —agregó al tiempo que llevaba la mano envuelta en un velo a la frente del muchacho—. Este chico que cabalgará sobre ti será... imprevisible. —Rió sardónicamente mientras las heridas empezaban a cerrarse, al tiempo que nueva carne se formaba en el rostro estragado del muchacho—. ¿Qué clase de ojos deseas que tenga, querida?

La aptoriana respondió.

Tronosombrío pareció estremecerse y luego volvió a reír, ahora con duras y frías carcajadas.

—«Los ojos son el prisma del amor», ¿no es cierto? ¿Iréis cogidos de la mano a la pescadería el día de mercado, querida?

La cabeza del muchacho dio una sacudida hacia atrás, sus huesos cambiaban de forma, las dos órbitas se

fundieron en una sola de mayor tamaño sobre el puente de su nariz y luego se elevó para formar una fina ranura exterior. Un ojo semejante al del demonio cobró vida.

Tronosombrío retrocedió para admirar su obra de arte.

—Ahí está —musitó—. ¿Quién me observa ahora a través de ese prisma? ¡Abismo profundo, no respondáis! —exclamó el dios, antes de volverse de pronto para mirar fijamente al portal—. Astuto Ben el Rápido, conozco sus artimañas. Podía haber llegado lejos bajo mi tutela...

El pequeño malazano se encaramó para sentarse detrás de la estrecha paletilla protuberante de la aptoriana. Su endeble cuerpo se estremecía debido al trauma de la curación forzada y a una eternidad crucificado, pero en su espantoso rostro se dibujaba una ligera sonrisa irónica, exactamente pareja a la del demonio.

La aptoriana se acercó al portal y Tronosombrío gesticuló.

—Adelante, rastrea a los que siguen la pista del abrasapuentes. Me parece recordar que los soldados de Whiskeyjack siempre han sido leales. Kalam no pretende darle un beso a Laseen en la mejilla cuando la encuentre, de eso estoy seguro.

La aptoriana titubeó y luego habló por última vez.

—Ese supremo sacerdote me alarma incluso a mí —respondió el dios, con una mueca—. Si no logra engañar a los cazadores en la senda de Manos, mipreciado reino, últimamente plagado más que nunca de intrusos, se hallará sumamente abigarrado... —prosiguió, moviendo la cabeza—. Después de todo, era una misión sencilla. Me pregunto si hoy en día aún es posible encontrar una ayuda fiable y competente... —concluyó mientras se alejaba, seguido de sus mastines.

Al cabo de un momento se esfumaron las sombras y la aptoriana se quedó sola.

El portal había empezado a debilitarse, cerrando lentamente la herida entre los reinos. El demonio susurró ásperamente palabras de consuelo y el niño asintió.

Se deslizaron al interior de la senda imperial.

CAPÍTULO 12



Los tiempos desvelaron el sagrado desierto.
Raraku fue antaño un mar ocre.
Expuesta al viento
en la cima de un chapitel
vio antiguas flotas:
buques de hueso, velas de pelo
oxigenado, que atacaban la cresta
hacia donde se filtraban las aguas
bajo las arenas
del futuro desierto.

El desierto sagrado
Anónimo

La silueta de una hilera de cabras montesas blancas, en la cresta de un montículo denominado Samon, contrastaba con un cielo asombrosamente azul. Como dioses del reino animal esculpidos en mármol, observaban la vasta caravana que serpenteaba por el valle, envuelta en una enorme nube de polvo. El hecho de que fueran siete era un presagio que no le pasó inadvertido a Duiker, que cabalgaba con la patrulla del flanco meridional de perros locos wickanos.

Novecientos pasos detrás del historiador marchaban cinco compañías del Séptimo, escasamente un millar de soldados, y a la misma distancia, detrás de estos, cabalgaba otra patrulla de doscientos cincuenta wickanos. Estas tres unidades constituían la guardia meridional para los ahora

casi cincuenta mil refugiados, además del ganado, que formaban la columna principal, e igualadas por una fuerza semejante en el sector septentrional. A lo largo de los bordes de la columna había un círculo interior de infantería hissari e infantes de marina, que caminaban junto a los desventurados civiles.

Una retaguardia de un millar de wickanos de todos y cada uno de los clanes seguía la caravana, dos tercios de legua al este de la posición de Duiker. Aunque repartidos en grupos de doce jinetes a lo sumo, su labor era imposible. Asaltantes tithansi perpetraban constantemente incursiones en la maltratada cola de la columna de refugiados, con veloces escaramuzas contra los wickanos. La cola de la caravana de Coltaine era una herida sangrante, que nunca alcanzaba a cicatrizar.

La vanguardia de los refugiados estaba formada por los supervivientes del Séptimo de caballería medianamente equipados, poco más de doscientos en su totalidad. Delante de ellos iban los nobles malazanos en sus carruajes y carromatos, escoltados a ambos lados por diez compañías del Séptimo de infantería. Cerca de un millar de soldados del mismo regimiento, los heridos que caminaban, proporcionaban a los nobles su propia vanguardia, precedidos de los carromatos donde viajaban los operadores y los heridos más graves. Coltaine y un millar de jinetes de su propio clan Cuervo encabezaban la columna.

Pero había demasiados refugiados y no los suficientes combatientes hábiles, y a pesar de todos los esfuerzos de los malazanos, los equipos de asalto de Kamist Reloe lanzaban ataques como víboras, brillantemente coordinados. Un nuevo comandante había llegado al Ejército del Apocalipsis de Reloe, un guerrero tithansi sin

nombre que se encargaba de hostilizar a la caravana día y noche conforme avanzaba penosamente hacia el oeste, como una serpiente batida y ensangrentada que se negaba a morir, y dicho guerrero suponía ahora la amenaza más grave para Coltaine.

Una matanza lenta y calculada. Somos víctimas de un juego. El polvo interminable había raspado la garganta del historiador hasta dejarla en carne viva y tragar para él era un lento suplicio. Sus reservas de agua eran ahora peligrosamente bajas y el recuerdo del río Sekala se había transformado en un reseco anhelo. La matanza nocturna de vacas, ovejas, cerdos y cabras había aumentado, para aliviar el sufrimiento de los animales y agregar luego su carne a los enormes pucheros de cocido de sangre, tuétano y avena, que se habían convertido en el alimento principal de todos ellos. Todas las noches el campamento se transformaba en un matadero de animales moribundos, con el aire repleto de rhizanos y políñeras que acudían a la matanza. La estridente cacofonía y el caos de todos los atardeceres habían destrozado los nervios de Duiker, y él no era el único. Los rondaba la locura, tan al acecho y tan pertinaz como Kamist Reloe y su vasto ejército.

El cabo Lista cabalgaba junto al historiador en silencio sepulcral, con la cabeza gacha y los hombros caídos. A Duiker le parecía que envejecía a ojos vista.

Su mundo había menguado. *Nos tambaleamos sobre aristas visibles e invisibles. Estamos reducidos, pero desafiantes. Hemos perdido el concepto del tiempo. Un movimiento perpetuo quebrado solo por su embotada ausencia: el sobresalto del descanso, del son de esos cuernos que marca el fin de la caminata cotidiana. En aquel momento, con el incesante polvo que no deja de revolotear,*

nadie se mueve. Parece increíble que haya transcurrido otro día y, no obstante, sigamos todavía vivos.

Había deambulado de noche por el campamento, entre irregulares hileras de tiendas, gente al raso y carromatos entoldados, absorbiendo todo lo que veía con un distanciamiento perverso. Para el historiador, convertido ahora en testigo, se tambalea su ilusión de que sobrevivirá lo suficiente para plasmar los detalles sobre un pergamino, con la endeble convicción de que la verdad es una causa que merece la pena, que el relato se convertirá en una lección aprendida. ¿Endeble convicción? Pura mentira, la peor clase de engaño. La lección de la historia es que nadie aprende.

Los niños morían. Se agachó con la mano sobre el hombro de una madre y ambos vieron que la vida abandonaba al bebé que tenía en brazos. *Como la llama de un candil, que se empequeñece progresivamente hasta apagarse. Es el momento en que la lucha está ya perdida, se ha rendido, y los latidos de su diminuto corazón disminuyen ante su propia comprensión, hasta detenerse en un asombro silencioso. Y nunca volverá a moverse.* Entonces fue cuando el dolor llenó las vastas cavernas entre los vivos, destruyendo cuanto tocaba con su ira contra la injusticia.

Impotente ante las lágrimas de la madre, siguió su camino. Cubierto de suciedad, sudor y sangre, se estaba convirtiendo en una presencia espectral, en un autoproclamado paria. Había dejado de asistir a las sesiones nocturnas de Coltaine, a pesar de sus órdenes en sentido contrario. Acompañado solo por Lista, cabalgaba con los wickanos en los flancos y la retaguardia, marchaba con el Séptimo, con los leales hissari, los infantes de marina, los zapadores, los nobles y los de sangre cenagosa,

como los refugiados de baja cuna habían dado en llamarse a sí mismos.

Hablaba poco y su presencia resultaba ya tan familiar que la gente a su alrededor se relajaba completamente. A pesar de los estragos, siempre parecía quedarles suficiente energía para opinar cosas tales como: «Coltaine es verdaderamente un demonio, el chiste macabro de Laseen para reírse de todos nosotros. Está confabulado con Kamist Reloe y con Sha'ik; esta sublevación no es más que una compleja pantomima desde que el Embozado ha extendido su abrazo al reino de los humanos. Nos hemos postrado ante nuestro amo con rostro de calavera y, a cambio de toda la sangre derramada, Coltaine, Sha'ik y Laseen ascenderán para situarse junto al Tenebroso».

«El Embozado se revela en el vuelo de estas poliñeras; muestra su rostro una y otra vez, recibe todos los crepúsculos con una mueca hambrienta en la penumbra del firmamento.»

«Los wickanos han hecho un pacto con los espíritus terrestres. Estamos aquí para fertilizar el suelo...»

«Ahí hemos equivocado el camino, amigo. Aceptamos a la diosa del Torbellino, eso es todo. Somos una lección aprendida a lo largo del relato.»

«El conejo de nobles come niños.»

«¿Dónde lo has oído?»

«Alguien les sorprendió anoche en un espeluznante festín. El conejo había elevado una petición a los dioses decanos de la oscuridad para conservar la grasa...»

«¿Para qué?»

«La grasa, he dicho. De verdad. Y ahora los espíritus de los animales merodean de noche por el campamento, recogiendo indistintamente niños muertos o moribundos, aunque los últimos son más succulentos.»

«Te has vuelto loco...»

«¡Puede que no ande desencaminado, amigo! Esta mañana yo mismo he visto huesos limpios y roídos, todos en un montón; no había cráneos, pero los huesos, aunque muy pequeños, parecían humanos. ¿No hincarías ahora mismo el diente en un bebé asado, en lugar de la media taza de fango castaño que recibimos todos los días?»

«He oído que el ejército de Aren, al mando del propio Pormqual, está a solo unos días de camino. Lo acompaña también una legión de diablos...»

«Sha'ik está muerta... ¿no has oído durante la noche los aullidos de los semk? Y ahora llevan ceniza engrasada como una segunda piel. Alguien del Séptimo me ha dicho que se encontró cara a cara con uno de ellos en la emboscada de anoche, la escaramuza en el abrevadero seco. Dice que los ojos del semk eran pozos negros, tan deslucidos como piedras polvorientas. Incluso cuando el soldado ensartó a ese cabrón con su espada, no expresó nada en esos ojos. Creedme, Sha'ik está muerta.»

«Ubaryd ha sido liberada. Un día de estos vamos a virar hacia el sur, ya lo verás, es lo único que ahora tiene sentido. Al oeste no hay nada. Nada en absoluto...»

Nada en absoluto...

—¡Historiador!

El grito con un fuerte acento falari procedía de un jinete cubierto de polvo, que situó su cabalgadura junto a Duiker. El pelo rojizo del capitán Tregua, del ala Cartheron, caía en mechones grasientos de su casco. El historiador parpadeó al mirarle.

—Se dice, viejo, que te has perdido —sonrió el entrecano soldado.

Duiker movió la cabeza.

—Sigo la caravana —respondió escuetamente, mientras limpiaba la suciedad que irritaba sus ojos.

—Ahí afuera hay un comandante tithansi al que debemos encontrar y cazar —dijo Tregua, con la mirada fija en el historiador—. Sormo y Bastión han facilitado algunos nombres para tal misión.

—Los registraré debidamente en mi lista de caídos.

—¡Por el infierno profundo, anciano, todavía no han muerto, aún seguimos vivos, maldita sea! —exclamó entre dientes el capitán—. En todo caso, estoy aquí para comunicarte que eres uno de los voluntarios. Salimos esta noche, a la décima campanada. Nos reuniremos a la novena en el hogar de Nada.

—Rechazo la oferta —dijo Duiker.

—Petición denegada —sonrió nuevamente Tregua—, y voy a permanecer junto a ti para que no te escabullas, como sueles hacer.

—¡Que el Embozado te lleve, canalla!

—Desde luego, no tardará mucho.

Nueve días hasta el río P'atha. Nos afanamos por alcanzar todas y cada una de las pequeñas metas, para lo cual se precisa cierto ingenio. Coltaine ofrece lo marginalmente posible como señuelo para conseguir lo imposible. Así hasta Aren. Pero a pesar de su gran ambición, fracasaremos. Fracasaremos en cuerpo y alma.

—Mataremos al comandante y otro ocupará su lugar —dijo Duiker, transcurridos unos momentos.

—Probablemente no tenga tanto talento ni tanto valor como las circunstancias lo exigen. Una parte de él lo sabrá; si sus esfuerzos son mediocres, es probable que respetemos su vida. Si nos demuestra que es brillante, lo mataremos.

Ah, eso suena a Coltaine. Sus certeras saetas de miedo e incertidumbre. Todavía no ha dejado de dar en el blanco.

Mientras no fracase, no podrá fracasar. El día que meta la pata, que manifieste imperfección, será el día en que rodarán nuestras cabezas. A nueve días de agua fresca. Matamos al comandante tithansi y quizás podamos llegar. Coltaine les incita a celebrar las victorias y a reponerse de las pérdidas; les entrena como si fueran animales y ni siquiera se percatan de ello.

El capitán Tregua se inclinó sobre la silla.

—Cabo Lista, ¿estás despierto?

El joven levantó la cabeza y la movió de un lado para otro.

—Maldito seas, historiador —gruñó Tregua—. El chico tiene fiebre por la falta de agua.

Al mirar al cabo, Duiker vio sus mejillas coloradas tras la capa de polvo y unos ojos excesivamente brillantes.

—No estaba así esta mañana...

—¡Hace once horas!

¿Once?

El capitán espoleó el caballo y se alejó, llamando a gritos a un curandero entre el incesante ruido de los cascos de los caballos, las ruedas de los carromatos y las incalculables pisadas, que constituían el estruendo permanente de la caravana.

¿Once?

Los animales cambiaron de posición entre la polvareda. Tregua regresó acompañado de la joven Menos, que parecía diminuta sobre su enorme y musculoso ruano. El capitán cogió las riendas del caballo de Lista y se las entregó a Menos. Duiker observó a la niña wickana que se alejaba con el cabo.

—Siento la tentación de pedirle que luego se ocupe de ti —dijo Tregua—. Por el aliento del Embozado, hombre, ¿cuándo fue la última vez que tomaste un sorbo de agua?

—¿Qué agua?

—Tenemos barriles de reserva para los soldados. Puedes llenar una botas todas las mañanas, historiador, junto a los carromatos que transportan a los heridos. Devuelve la bota al atardecer.

—Hay agua en el guiso, ¿no es cierto?

—Leche y sangre.

—Si hay barriles de reserva para los soldados, ¿qué ocurre con todos los demás?

—Se sirven de lo que hayan logrado llevar consigo desde el río Sekala —respondió Tregua—. Nosotros los protegemos, evidentemente, pero no los mimamos. He oído que el agua se ha convertido en moneda de cambio y el comercio es intenso.

—Los niños mueren.

Tregua asintió.

—Puede decirse que ese es un breve resumen de la humanidad. ¿Quién necesita tomos y volúmenes de historia? Los niños mueren. Las injusticias del mundo se ocultan en esas tres palabras. Cítalas, Duiker, y tu trabajo estará hecho.

El canalla tiene razón. La economía, la ética, los juegos de los dioses... todo ello contenido en una sola y trágica sentencia. Te citaré, soldado. No te quepa la menor duda. Una vieja espada picada, desafilada y llena de muescas que penetra limpiamente hasta el corazón.

—Me dais una lección de humildad, capitán.

—Un par de sorbos —refunfuñó Tregua, al tiempo que le entregaba una bota de agua—. Procura no atragantarte.

Duiker sonrió con ironía.

—Supongo que estás al día de esa lista de los caídos que mencionaste —agregó el capitán.

—No, me temo que últimamente me he distraído.

Tregua sacudió brevemente la cabeza.

—¿Cómo nos defendemos, capitán?

—Nos están machacando. Estamos muy mal. Casi veinte muertos diarios y el doble de heridos. Víboras en el polvo: de pronto aparecen, vuelan las saetas, muere un soldado. Mandamos un pelotón de wickanos a perseguirlos y cae en una emboscada. Mandamos otro y surge un problema grave: flancos abiertos a ambos lados. Los refugiados son abatidos, los arrieros espetados y perdemos unas cabezas más de ganado, a no ser que estén presentes esos perros wickanos, que son unas malas bestias. Por otra parte, su número también decrece.

—En otras palabras, esto no puede durar mucho más.

Tregua mostró su impecable dentadura blanca, que contrastaba con su barba roja salpicada de gris.

—Esa es la razón por la que vamos a por la cabeza del comandante. Cuando lleguemos al río P'atha, tendrá lugar otra gran batalla. Él no está invitado.

—¿Otro paso disputado?

—No, el río llega solo a los tobillos y su profundidad disminuye conforme avanza la temporada. Es más probable que tengamos problemas en la otra orilla, donde el sendero serpentea entre un terreno escabroso. En todo caso, si entonces no despejamos un buen espacio para poder respirar, nos asaremos al sol y ya nada importará.

Sonaron los cuernos wickanos.

—¡Ah —exclamó Tregua—, hemos terminado! Descansa un poco, viejo. Encontraremos un buen lugar en el campamento de los perros locos. Te despertaré con una comida dentro de unas horas.

—Te sigo, capitán.



Una jauría de sabuesos wickanos, que hurgaban en algo irreconocible entre las altas hierbas, se detuvo para observar el paso de Duiker y Tregua a unos veinte pasos de distancia. El historiador miró ceñudo a los enjutos y nerviosos animales moteados.

—Es preferible no mirarlos a los ojos —dijo Tregua—. Tú no eres wickano y lo saben.

—Solo me preguntaba qué estarán comiendo.

—Más te vale no averiguarlo.

—Han circulado rumores de fosas infantiles excavadas...

—Como ya te he dicho, historiador, mejor que no lo sepas.

—Algunos de los elementos más fuertes de sangre turbia han sido contratados para custodiar dichas fosas...

—Si no tienen sangre wickana, lo lamentarán.

Los perros reanudaron su mordisqueo y sus peleas cuando los dos hombres se alejaron.

Delante de ellos, titilaban las hogueras del campamento. Una última línea de defensores patrullaba por el perímetro de las tiendas redondas de piel, mayores y jóvenes que vigilaban con un silencio que resultaba de mal agüero, semejante al de los sabuesos cuando los dos hombres penetraron en el enclave wickano.

—Tengo la sensación —susurró Duiker— de que la causa que motivó esa petición de custodia se enfría entre esa gente...

El capitán hizo una mueca, pero guardó silencio.

Prosiguieron, zigzagueando entre las hileras de tiendas. El aire estaba impregnado de humo, de olor a orina de caballo y a huesos hervidos, este último acre y, sin embargo, extrañamente dulce. Duiker se detuvo al pasar junto a una anciana, que cuidaba de una olla de hierro llena de huesos. El líquido de la olla no era solo agua. La mujer utilizaba un madero plano para recoger la densa grasa de los huesos y el tuétano que cuajaba en la superficie, y la introducía en una tripa que más adelante se torcería y ataría para elaborar salchichas.

Al percatarse de la presencia del historiador, la anciana levantó el madero, como si se lo ofreciera a un niño para que lo lamiera. En la grasa se discernían flecos de salvia, una hierba que en otra época le había encantado a Duiker, pero que había llegado a detestar, porque era una de las pocas oriundas de Odhan. Sonrió y movió la cabeza.

—Eres conocido, anciano —dijo el capitán, cuando volvió a alcanzarle—. Dicen que caminas por el mundo de los espíritus. Esa vieja ama de casa no le ofrecería comida a todo el mundo; a mí con toda certeza no lo haría.

El mundo de los espíritus. Sí, he caminado por él. En una ocasión. Nunca lo repetiré.

—Ha visto a un viejo cubierto de harapos...

—Sí, y tocado por la mano de los dioses. No te burles en voz alta, puede que algún día te salve el pellejo.

La hoguera de Nada era la única a la vista en la que no había ninguna olla, ni parrilla con tiras de carne para ahumar. El estiércol que servía de combustible en un pequeño círculo de piedras casi no desprendía humo y ardía con unas llamas azuladas. El joven mago estaba sentado a un lado de la hoguera, mientras trenzaba hábilmente unas tiras de piel para elaborar algo parecido a un látigo.

Agachados cerca de allí había cuatro infantes de marina de Tregua, haciendo una última comprobación de sus armas y armaduras. Acababan de ennegrecer sus ballestas de asalto, antes de fregarlas con polvo grasiento para quitar el brillo.

Con una mirada Duiker comprendió que eran soldados duros, veteranos, parcos en sus movimientos, profesionales en sus preparativos. Ni el hombre ni las tres mujeres tenían menos de treinta años y ninguno de ellos habló ni levantó la cabeza cuando se unió a ellos su capitán.

Nada saludó a Duiker con la cabeza cuando el historiador se agachó frente a él.

—Va a hacer frío esta noche —dijo el muchacho.

—¿Has localizado el paradero de ese caudillo?

—No exactamente. Un área general. Puede que posea unas mínimas defensas contra la detección, pero de nada le servirán cuando estemos más cerca.

—¿Cómo atrapas a alguien distinguido solo por su competencia, Nada?

El joven mago se encogió de hombros.

—Ha dejado... otras señales. Lo encontraremos, no cabe duda. Y entonces dependerá de ellos... —respondió, mientras movía la cabeza en dirección a los infantes de marina—. Me he percatado de algo, historiador, durante estos últimos meses en esta llanura.

—¿A saber?

—El soldado profesional malazano es el arma más mortífera que conozco. Si Coltaine tuviera tres ejércitos, en lugar de tres quintas partes de uno, acabaría con esta rebelión antes de fin de año. Y lo haría de un modo tan definitivo, que Siete Ciudades nunca volverían a levantarse. Podríamos aplastar ahora mismo a Kamist Reloe, de no ser por los refugiados a los que hemos jurado proteger.

Duiker asintió. Era cierto.

Los sonidos del campamento producían una ilusión atenuada de normalidad, un abrazo colectivo desconcertante para el historiador, que descubrió sombríamente que perdía su habilidad de relajarse. Cogió una ramita y la arrojó al fuego.

—Esta no —exclamó Nada, atrapándola en el aire.

Llegó otro joven mago, con sus enjutos brazos cubiertos de cicatrices desde las muñecas hasta los hombros. Se agachó junto a Nada y escupió en la hoguera. No se produjo chisporroteo alguno.

Nada se irguió, dejó a un lado la piel que trenzaba y miró a Tregua y a sus soldados, que estaban listos.

—¿Es la hora? —preguntó Duiker.

—Sí.

Nada y su compañero condujeron al grupo a través del campamento. Pocos de su clan les dirigieron la mirada y transcurrieron unos minutos antes de que Duiker se percatara de que la aparente indiferencia era deliberada, tal vez como forma de respeto culturalmente prescrita. *O quizás algo completamente diferente. Después de todo, mirar equivale a tocar el alma.*

Llegaron al límite septentrional del campamento. La niebla flotaba sobre la llanura, más allá de las barreras de mimbre.

—Sabrán que no es natural —refunfuñó Duiker con el entrecejo fruncido.

—Hemos planeado una distracción estratégica, evidentemente —resopló Tregua—. Ahora mismo hay allí tres escuadrones de zapadores, con sacos llenos de sorpresas...

Lo interrumpió una detonación al nordeste, seguida de una pausa en la que se oyeron lejanos gemidos envueltos en

la oscuridad. Entonces, una rápida sucesión de explosiones rompió el silencio de la noche.

La niebla absorbía los fogonazos, pero Duiker reconoció el chasquido característico de las trampas y el contundente rugido de los flameadores. Más gemidos seguidos del ruido sordo de los cascos de unos veloces caballos que se dirigían al nordeste.

—Ahora dejaremos que se tranquilice la situación —dijo Tregua.

En unos minutos, dejaron de oírse los gemidos remotos.

—¿Ha logrado por fin Bastión localizar a ese capitán de zapadores? —preguntó el historiador.

—No le he visto el pelo en ninguna tertulia, si es eso a lo que te refieres. Pero está por aquí. En algún lugar. Coltaine ha aceptado finalmente que es un individuo tímido.

—¿Tímido?

—Es broma, historiador —respondió Tregua, encogiéndose de hombros—. ¿Recuerdas lo que es una broma?

Nada volvió la cabeza para mirarlos.

—Bien —concluyó el capitán—. Basta de charla.

Media docena de guardias wickanos retiraron las estacas que sujetaban una de las barreras de mimbre y luego la bajaron silenciosamente al suelo. A continuación, colocaron una gruesa piel sobre la misma, para disimular el crujido inevitable del paso de la partida.

Más allá, se dispersaba parcialmente la niebla. Un cúmulo de bruma envolvió al grupo y avanzó con el mismo por la llanura.

Duiker lamentaba no haber formulado antes más preguntas. ¿A qué distancia estaban los piquetes del campo enemigo? ¿Qué plan tenían para cruzarlos sin ser descubiertos? ¿A qué recurrirían si las cosas se ponían

feas? Llevó la mano a la empuñadura de la corta espada que colgaba de su cintura y se alarmó al comprobar lo extraño que se sentía; no había empuñado un arma desde hacía mucho tiempo. *Retirarme del frente fue la recompensa del emperador, hace muchos años. Eso y diversas alquimias que me permiten seguir deambulando, pasados sobradamente mis mejores tiempos. ¡Por todos los dioses, incluso las cicatrices de aquel último horror han desaparecido! Kellanved le había dicho en una ocasión: «Nadie que se haya criado entre libros y manuscritos puede escribir sobre el mundo, razón por la cual te nombro historiador imperial, soldado».*

«Emperador, no sé leer ni escribir.»

«Una mente impoluta. Estupendo. Toc el Viejo te enseñará durante los próximos seis meses; él también es un soldado con cerebro. Pero no más de seis meses, recuérdalo.»

«Emperador, a mi entender él sería más idóneo que yo...»

«Tengo otra cosa prevista para él. Haz lo que te digo o mandaré que te claven en una pica en la muralla de la ciudad.»

El sentido del humor de Kellanved era extraño incluso en el mejor de los casos. Duiker recordaba aquellas lecciones: él, un soldado de treinta y tantos años, más de la mitad pasados en campos de batalla, sentado junto al hijo del propio Toc, un renacuajo que parecía estar permanentemente resfriado, con las mangas de su camisa incrustadas de mocos secos. El proceso duró más de seis meses, pero al final era Toc hijo quien daba las clases.

Al emperador le encantaban las lecciones de humildad. Siempre y cuando no repercutieran en él. Me pregunto qué será del viejo Toc. Su desaparición después de los

asesinatos, que siempre he atribuido a Laseen... Y Toc hijo, que rechazó una vida entre libros y manuscritos, ahora perdido en la campaña de Genabackan.

Una mano enguantada se posó sobre el hombro del historiador y apretó con fuerza. Duiker fijó la mirada en el curtido rostro de Tregua y asintió. *Lo siento. Al parecer todavía divago.*

Se habían detenido. Delante de ellos, difuminado entre la bruma, se levantaba una barrera de tierra prensada, coronada de espinos. Más allá de dicho perímetro, las hogueras imprimían en la niebla un tono anaranjado.

¿Y ahora qué?

Los dos magos se arrodillaron sobre la hierba, a cinco pasos de distancia. Ambos guardaban un silencio absoluto.

Esperaron. Duiker oyó voces apagadas al otro lado de la barrera, que se desplazaban lentamente de izquierda a derecha hasta perderse en la lejanía, conforme se alejaba la patrulla tithansi. Nada volvió la cabeza y gesticuló.

Los infantes de marina avanzaron con las ballestas preparadas. Al cabo de un momento, los siguió el historiador.

Una boca de túnel se abrió en el montículo ante los dos magos. La tierra humeaba, y las piedras y las rocas se quebraban con el calor. Parecía que una enorme garra la hubiera excavado desde el interior.

Duiker frunció el entrecejo. Detestaba los túneles. Peor aún, le aterrorizaban. Era completamente irracional: otra mentira. *Los túneles se derrumban, sepultando viva a la gente. Todo perfectamente razonable, posible, probable, inevitable.*

Nada fue el primero en entrar, hasta desaparecer por el orificio. El otro mago lo siguió inmediatamente. Tregua miró al historiador y le indicó que avanzara.

Duiker movió la cabeza. El capitán lo señaló, señaló luego el agujero y articuló para que le leyera los labios: «Ahora».

Blasfemando entre dientes, el historiador avanzó. Cuando llegó a la altura de Tregua, este agarró su manto polvoriento y lo arrastró hasta la boca del túnel.

Duiker tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para no gritar mientras el capitán lo empujaba hacia el interior del túnel. Gateó frenéticamente y se abrió camino como pudo. Percibió que con el talón golpeaba algo a su espalda. *Apuesto a que es la mandíbula de Tregua. ¡Te está bien empleado, canalla!* La ráfaga de satisfacción lo ayudó. Cruzó los antiguos sedimentos de las inundaciones y alcanzó un cálido lecho de piedra. *Es improbable que se derrumbe*, se dijo a sí mismo, con la mente bastante confusa. El túnel descendía y la roca cálida se convirtió en resbaladiza, y luego en mojada. Pesadillas sobre morir ahogado reemplazaron a las del derrumbamiento.

Titubeó hasta sentir la punta de una espada a través de la fina suela de uno de sus mocasines, seguida de un pinchazo en el pie. Duiker avanzó gimiendo.

El túnel se niveló. Se llenaba de agua por las fisuras de las rocas a ambos lados. En su penoso avance, el historiador cruzó chapoteando un frío riachuelo. Se detuvo, tomó un sorbo. Sabía a hierro y arenilla, pero era potable.

El tramo horizontal se prolongaba al infinito. El riachuelo aumentó de profundidad con alarmante rapidez. Empapado y con el peso creciente de su ropa, Duiker se esforzaba por seguir adelante, agotado, con los músculos debilitados. El ruido de la tos y de alguien que escupía a su espalda era lo único que le mantenía en movimiento. *¡Ahí se están ahogando y yo soy el próximo!*

Llegó a un tramo ascendente, por el que trepó clavando las uñas en el barro y en la tierra que se deslizaba. Delante de él apareció una nube de niebla gris aproximadamente esférica; había alcanzado la boca del túnel.

Le cogieron unas manos que tiraron de él y rodó de costado hasta reposar sobre un lecho de hierba. Permaneció callado, jadeando, con la mirada fija en el bajo techo de bruma sobre su cabeza. Era vagamente consciente de los infantes de marina que salían del túnel y formaban un cordón defensivo, con la respiración entrecortada y sus armas empapadas de agua cenagosa. *Las cuerdas de esas ballestas darán de sí, a no ser que antes las hayan empapado de aceite y encerado. Claro que lo habrán hecho... esos soldados no son imbéciles. Previenen cualquier emergencia, incluso la de nadar bajo una llanura polvorienta. En una ocasión vi a un compañero de armas que encontró una utilidad para un equipo de pesca en el desierto. ¿Qué es lo que convierte a un soldado malazano en un miliciano tan peligroso? Se les permite pensar.*

Duiker se incorporó.

Tregua hacía complejos gestos para comunicarse con sus infantes de marina, que respondieron del mismo modo antes de avanzar cautelosamente hacia las brumas. Nada y el otro mago empezaron a avanzar a rastras sobre la hierba, hacia el resplandor rojo pálido de una hoguera a través de la niebla.

Oyeron voces a su alrededor, susurros en el áspero idioma tithansi de bromas alarmantes, hasta que Duiker tuvo la certeza de que a solo un paso detrás de él había un pelotón que debatía tranquilamente en qué parte de su espalda clavar sus lanzas. Cualesquiera que fuesen los juegos de la niebla con el sonido, el historiador sospechó que Nada y su camarada habían amplificado mágicamente

su efecto y que pronto arriesgarían sus vidas en esa confusión auditiva.

Tregua dio unos golpecitos en el hombro de Duiker y le indicó que avanzara hacia donde los magos habían desaparecido. La bolsa de niebla era impenetrable; no alcanzaba a ver más allá de un brazo extendido. Con el entrecejo fruncido y la vaina de su espada en la parte posterior de la cadera, el historiador se arrojó al suelo y empezó a arrastrarse hacia donde Nada lo esperaba.

La hoguera era grande y sus llamas refulgían tras el manto de bruma. Vislumbraron seis guerreros tithansi, de pie o sentados, aparentemente ataviados con pieles. Se distinguía el vapor de su aliento.

Contemplando la escena junto a Nada, Duiker alcanzaba ahora a ver una fina capa de escarcha sobre el suelo. La brisa nocturna experimentó un giro caprichoso y percibieron una ráfaga de aire frío.

El historiador tocó con el codo al mago, movió la cabeza en dirección a la escarcha y levantó inquisitivamente las cejas.

Nada se limitó a levantar ligeramente los hombros.

Los guerreros se mantenían a la espera, con sus manos pintadas de rojo cerca de las llamas para permanecer calientes. No sucedió nada durante otras veinte pulsaciones, pero entonces los que estaban sentados o agachados se pusieron de pie y miraron todos en una dirección, a la izquierda de Duiker.

Aparecieron dos figuras a la luz de la hoguera. El primero parecía un oso, especialmente por la piel de dicho animal sobre sus anchos hombros. Llevaba un hacha de un solo filo en cada cadera. Su camisa de piel, desabrochada desde el esternón, revelaba una sólida musculatura y una tupida pelambrera. Las franjas carmesíes de sus mejillas,

cada una indicativa de una victoria reciente, lo distinguían como caudillo. La cantidad de franjas frescas evidenciaba el funesto destino de los malazanos en sus manos.

A la espalda de ese imponente personaje había un semk.

He ahí una suposición eliminada. Evidentemente los semk habían puesto en cuarentena su juramento de odio contra todos los que no pertenecían a su tribu, por obediencia a la diosa del Torbellino. *O, más concretamente, para la destrucción de Coltaine.*

El semk era una versión más achaparrada y de aspecto pugnaz que el caudillo tithansi, suficientemente velludo para prescindir de una piel de oso. Su única vestimenta era un taparrabos y un cinto sobre el vientre. Llevaba el cuerpo cubierto de ceniza grasienta, de su enmarañada cabellera negra colgaban gruesas greñas y lucía pequeños amuletos huesudos anudados en la barba. La mueca de desdén en su rostro tenía un carácter permanente.

El último detalle que se reveló del semk al acercarse a la hoguera fue que tenía la boca cosida con hilo de tripa. *¡Por el aliento del Embozado, los semk se toman en serio su juramento de silencio!*

El aire estaba cada vez más helado. Se disparó una pequeña alarma en la mente de Duiker y movió el codo para reclamar de nuevo la atención de Nada.

Antes de establecer contacto con el mago, se dispararon las ballestas. El caudillo tithansi tenía dos saetas clavadas en el pecho y otros dos guerreros tithansi gimieron antes de desplomarse. Una quinta saeta penetró en la espalda del semk.

El suelo bajo la hoguera entró en erupción, lanzando al aire carbón y leña encendida. Emergió una bestia de piel alquitranada y múltiples extremidades con un aullido

estremecedor, que se lanzó contra los tithansi restantes, desgarrando sus armaduras y sus carnes.

El caudillo cayó de rodillas, estupefacto, con la mirada fija en las saetas con aletas de cuero clavadas en su pecho. Vomitó sangre al toser, se convulsionó y se desplomó de bruces sobre el polvoriento suelo.

Un error... una equivocación...

El semk se había arrancado la saeta de la espalda como si fuera un clavo de carpintero. El aire revoloteó blanco a su alrededor. Sus ojos oscuros fijaron la mirada en el espíritu terrestre y saltó para enfrentarse a él.

Nada permanecía inmóvil junto al historiador. Duiker se volvió para sacudirle y comprobó que el joven mago estaba inconsciente.

El otro joven wickano estaba de pie y retrocedía ante una matanza mágica invisible. Jirones de carne y sangre salían despedidos del mago, y había momentos en los que solo se veía hueso y cartílago donde había estado su rostro. El estallido de los ojos del muchacho obligó a Duiker a retroceder.

Salieron tithansi de todos lados. Mientras obligaba a Nada a retroceder, el historiador vio a Tregua y a uno de sus infantes de marina que disparaban saetas casi a bocajarro contra la espalda del semk. En la oscuridad apareció volando una lanza, que resbaló por las espaldas de la armadura del infante de marina. Los dos soldados se dieron la vuelta, al tiempo que abandonaban sus ballestas y desenvainaban sus machetes para enfrentarse a los primeros guerreros que llegaban.

Ahora el espíritu terrestre se estremecía en el suelo, chillando, con tres de sus extremidades arrancadas. El semk avanzaba una y otra vez en silencio, sin atender a las saetas en su espalda, para seguir golpeando al espíritu

terrestre. Del semk emanaban olas de frío, un frío que Duiker reconoció: *El dios Semk, una parte del cual ha sobrevivido, una parte que dirige a uno de sus guerreros elegidos...*

En el sur se oyeron detonaciones. Granadas. La noche se llenó de gritos. Los zapadores malazanos abrían un boquete en las líneas tithansi. *Y aquí concluiría que se trataba de una misión suicida.*

Duiker seguía arrastrando a Nada hacia el sur, en dirección a las explosiones, rezando para que los zapadores no le confundieran con un enemigo.

Cerca se oía el estruendo de los caballos. Tañía el hierro.

De pronto, apareció junto a él una infante de marina con medio rostro ensangrentado, que tiró la espada, cogió al mago de las manos del historiador y se lo cargó sin el menor esfuerzo al hombro.

—¡Recoge la maldita espada y cúbreme! —gruñó y salió disparada.

¿Sin escudo? ¡Por las garras del Embozado, no se puede utilizar una espada corta sin escudo! Pero el arma estaba en su mano, como si se hubiera librado de su vaina y colocado en su palma por voluntad propia. La hoja de hierro con la punta estañada parecía tristemente corta, con el brazo extendido delante de él, tras los pasos de la infante.

Pisó algo blando con el talón, tropezó, blasfemó y se cayó.

La infante volvió la cabeza.

—¡Levántate, maldita sea! ¡Nos persiguen!

Duiker había tropezado con un cadáver, el de un lancero tithansi al que había arrastrado su caballo antes de que su mano izquierda, destrozada, soltara las riendas. Había una estrella lanzadora clavada en su cuello. Mientras se incorporaba el historiador parpadeó. *Esa estrella es un*

arma de la Garra. ¿Más apoyo invisible? A través de la niebla sonaban ecos de batalla, como si tuviera lugar un combate a gran escala.

Duiker volvió a cubrir a la infante mientras ella seguía adelante, con el cuerpo flácido de Nada al hombro, como si fuera un saco de nabos.

Tras un momento, de la niebla surgieron tres guerreros tithansi blandiendo sus cimitarras.

Décadas de entrenamiento salvaron al historiador de la acometida inicial. Se agachó cerca del guerrero a su derecha, con un gruñido, en el instante en que su antebrazo envuelto en cuero cayó sobre su hombro izquierdo, seguido de un grito cuando el tithansi dobló la muñeca y hundió la hoja de su cimitarra en el glúteo izquierdo de Duiker. A pesar de los espasmos de dolor que experimentaba, introdujo su corta espada bajo la caja torácica del guerrero y le perforó el corazón.

El historiador retiró la espada y saltó a la derecha. Había un cuerpo que se desplomaba entre él y los dos guerreros restantes, ambos con la desventaja adicional de ser diestros. Las hojas de las cimitarras pasaron a un brazo de Duiker.

Tanta era la fuerza tras el sable más cercano, que penetró en el suelo. El historiador pisó violentamente la parte plana de la hoja, arrancándosela al tithansi de la mano. A continuación, Duiker le propinó un violento golpe entre el hombro y el cuello, que le fracturó la base del cráneo.

Se situó rápidamente a la espalda del guerrero que se tambaleaba, para enfrentarse al tercer tithansi, pero comprobó que se había desplomado de bruces contra el suelo y entre sus paletillas brillaba la empuñadura plateada

de un cuchillo de lanzar. *¡Distintivo de la Garra, lo reconocería en cualquier parte!*

El historiador hizo una pausa mientras escudriñaba el entorno, pero no vio a nadie. La bruma era espesa y olía a ceniza. Volvió la cabeza al oír la voz de la infante, agachada al borde de una trinchera, que le indicaba que avanzara.

De repente, empapado de sudor y temblando, Duiker se reunió rápidamente con ella.

La mujer le sonrió.

—Has hecho una demostración de esgrima impresionante, viejo, pero todavía no sé cómo has abatido al último.

—¿No has visto a nadie más?

—¿Cómo?

Con la respiración todavía entrecortada, Duiker se limitó a mover la cabeza, y bajó la cabeza al suelo donde Nada yacía inmóvil.

—¿Qué le ocurre?

La infante se encogió de hombros, sin dejar de evaluar al historiador con sus ojos azul pálido y dijo:

—Podríamos utilizarte en la tropa.

—Lo que he perdido en velocidad lo he ganado en experiencia y la experiencia me aconseja no meterme en asuntos como este. No es un juego para ancianos, soldado.

La infante hizo una mueca, bienhumorada.

—Ni tampoco para ancianas. Vamos, la lucha se ha desplazado hacia el este, no deberíamos tener ningún problema para cruzar la trinchera —dijo, mientras se cargaba de nuevo a Nada al hombro sin la menor dificultad.

—¿Sabéis que os habéis equivocado de hombre...?

—Sí, lo suponíamos. Ese semk estaba poseído, ¿no es cierto?

Llegaron a la pendiente y avanzaron cautelosamente entre las estacas clavadas en el suelo. Las tiendas ardían en el campamento tithansi, agregando humo a la niebla. Todavía se oían los gritos y los golpes de las armas en la lejanía.

—¿Has visto a alguien más que saliera? —preguntó Duiker.

La infante movió la cabeza.

Se encontraron con una veintena de cadáveres: una patrulla tithansi que había sido alcanzada por una granada, cuya metralla les había destrozado con horrenda eficacia. Regueros de sangre indicaban la partida reciente de los supervivientes.

Al acercarse a las líneas wickanas, la niebla empezó a dispersarse rápidamente. Los avistó un pelotón de lanceros de Perroloco, que patrullaba por las barreras de mimbre, y cabalgó hacia ellos.

Miraban fijamente a Nada.

—Vive, pero más vale que encontréis a Sormo —dijo la infante.

Dos jinetes se separaron, para dirigirse al campamento a medio galope.

—¿Alguna noticia de los demás infantes de marina? —preguntó Duiker al guerrero montado más cercano.

—El capitán y otro están a salvo —asintió el wickano.

Un pelotón de zapadores surgió de la bruma caminando al trote desganadamente, para luego seguir al paso cuando divisó al grupo.

—Dos granadas —decía uno de ellos, en un tono impregnado de incredulidad—, y el miserable sencillamente ha vuelto a levantarse.

—¿Quién, soldado? —preguntó Duiker, después de dar un paso al frente.

—Ese velludo semk...

—Ya no tiene vello —agregó otro zapador.

—Nuestra misión era la operación de limpieza —dijo el primer soldado, con una sonrisa manchada de carmesí—. El hacha de Coltaine; vosotros erais el filo, nosotros éramos la cuña. Hemos apaleado a ese ogro, pero de nada ha servido...

—El sargento ha recibido un flechazo —dijo el otro zapador—. Su pulmón está sangrando...

—Solo uno de ellos y es un pinchazo pequeño —corrigió el sargento, antes de hacer una pausa para escupir—. El otro está perfecto.

—No puede respirar sangre, sargento...

—He compartido tienda contigo, muchacho, y he respirado cosas peores.

Prosiguieron sin dejar de discutir sobre si el sargento debería o no buscar a un curandero. La infante los miró fijamente cuando se alejaban, sacudiendo la cabeza, antes de dirigirse al historiador.

—Si no te importa, dejaré que hables tú con Sormo.

—Dos de tus amigos no han regresado... —asintió Duiker.

—Pero uno sí lo ha hecho. La próxima vez para practicar la esgrima vendré a buscarte.

—Mis articulaciones empiezan a agarrotarse, soldado. Tendréis que sostenerme.

La infante de marina depositó delicadamente a Nada sobre el césped y retrocedió.

Con diez años menos, tendría el valor de pedirle... bueno, no importa. Imagina las discusiones junto a la hoguera...

Regresaron los dos jinetes wickanos, escoltando un carro sin ruedas del que tiraba un perro pastor de aspecto

bestial. Tiempo atrás había recibido una coz en la cabeza y los huesos se habían soldado torcidos, confiriéndole al animal una faz horrible, que parecía perfectamente compatible con el brillo feroz de su mirada.

Los jinetes desmontaron y colocaron a Nada cuidadosamente sobre el carro. El perro, prescindiendo de la escolta, emprendió el camino de regreso al campamento wickano.

—Menuda fealdad la de ese animal —dijo el capitán Tregua, a la espalda del historiador.

—Eso demuestra que sus cráneos son todo hueso y nada de cerebro —refunfuñó Duiker.

—¿Sigues perdido, viejo?

—¿Por qué no me dijiste que teníamos ayuda oculta, capitán? —preguntó el historiador, con el entrecejo fruncido—. ¿Quiénes eran? ¿Hombres de Pormqual?

—En el nombre del Embozado, ¿de qué me estás hablando?

—De la Garra —respondió Duiker, volviendo la cabeza—. Alguien nos cubría la retirada. Utilizando estrellas, lanzaderas y moviéndose sin ser visto, ¡como un maldito suspiro del Embozado a mi espalda!

Tregua abrió enormemente los ojos.

—¿Qué otros detalles nos oculta Coltaine?

—Puedes estar seguro, Duiker, de que Coltaine no sabe nada de esto —respondió Tregua, moviendo la cabeza—. Si tienes la certeza de lo que has visto, y yo te creo, el puño querrá saberlo. Ahora mismo.



Por primera vez desde que Duiker alcanzaba a recordar, Coltaine parecía nervioso. Permanecía completamente inmóvil, como si de pronto no estuviera seguro de que nadie revoloteara a su espalda, como hojas invisibles a escasos momentos de asestar su lance mortal.

—El calor te ha confundido, historiador —refunfuñó Bastión, en lo más hondo de su garganta.

—Sé lo que he visto, tío. Es más, sé lo que he sentido.

Se hizo un prolongado silencio. El aire de la tienda estaba estancado, era agobiante.

Sormo entró y se detuvo junto a la puerta, al percibir la mirada fija y paralizante de Coltaine. El caudillo tenía los hombros caídos, como si fuesen ya incapaces de soportar el peso que había acarreado durante tantos meses. Ojeras de cansancio rodeaban sus ojos.

—Coltaine tiene algunas preguntas para ti —dijo Bastión—. Luego.

El joven se encogió de hombros.

—Nada ha despertado. Tengo respuestas.

—Diferentes preguntas —dijo el curtido veterano, con una oscura sonrisa desprovista de humor.

—Explica qué ha sucedido, caudillo —agregó Coltaine.

—El dios Semk no está muerto —dijo Duiker.

—Soy de la misma opinión —farfulló Tregua desde donde estaba sentado, en una silla de campaña, con la armadura de los brazos desabrochada sobre el regazo y las piernas estiradas.

Su mirada se cruzó con la del historiador y le guiñó un ojo.

—No exactamente —corrigió Sormo, titubeó y respiró hondo antes de proseguir—. El dios Semk ha sido

realmente destruido. Descuartizado y devorado. A veces un trozo de carne puede contener tanta maldad, que corrompe al devorador...

Duiker se incorporó, con una mueca de dolor de la curación forzada de la herida de su espalda.

—Un espíritu terrenal...

—Claro, un espíritu de la tierra. Ambición oculta y poder inesperado. Los demás espíritus... nada sospechan.

Bastión puso cara de asco.

—¿Hemos perdido diecisiete soldados esta noche solo para matar a un puñado de oficiales tithansi y desenmascarar a un espíritu truhán?

El historiador se estremeció. Era la primera vez que oía un informe de las bajas completo. *Primer fracaso de Coltaine. Si Oponn nos sonrío, el enemigo no se percatará de ello.*

—Con este conocimiento —explicó sosegadamente Sormo—, se salvarán vidas en el futuro. Los espíritus están sumamente disgustados, les desconcertaba su incapacidad para detectar las incursiones y las emboscadas, y ahora saben por qué. No se les había ocurrido buscar entre su propio género. Ahora aplicarán su propia justicia, a su debido tiempo...

—¿Eso significa que continuarán las incursiones? —preguntó el veterano, dispuesto a escupir—. ¿Podrán advertirnos ahora tus espíritus aliados como lo hacían antes, con tanta eficacia?

—Se frustrarán los esfuerzos de ese rufián.

—Dime, Sormo —preguntó Duiker—, ¿por qué tenía el semk la boca cosida?

—Ese bicho lo tiene todo cosido, historiador —respondió el guerrero con media sonrisa—, para evitar que escape lo devorado.

—Extraña magia —comentó Duiker, moviendo la cabeza.

—Antigua —asintió Sormo—. Hechicería de entrañas y huesos. Luchamos con unos conocimientos que en otra época poseíamos instintivamente —suspiró—. En tiempos anteriores a las sendas, cuando la magia se encontraba en el interior.

Hace un año, dichos comentarios habrían excitado la curiosidad y la emoción de Duiker, y habría interrogado persistentemente al guerrero. Ahora, las palabras de Sormo eran un apagado eco perdido en la vasta caverna del agotamiento del historiador. Lo único que quería era dormir y sabía que no podría hacerlo durante otras doce horas; en el campamento exterior empezaba ya la actividad, aunque quedaba todavía una hora de oscuridad.

—Si este es el caso —dijo Tregua, arrastrando las palabras—, ¿por qué no ha estallado ese semk como una vejiga hinchada cuando lo hemos pinchado?

—Lo devorado se oculta en lo más hondo. Dime, ¿llevaba el estómago protegido ese semk poseído?

—Cinturones, de cuero grueso.

—Lógico.

—¿Qué le ha ocurrido a Nada?

—Fue sorprendido de improvisó, utilizó esos mismos conocimientos que nos esforzamos por recordar. Cuando llegó el ataque de los hechiceros, se refugió en sí mismo. El ataque persistió, pero él se mantuvo escurridizo hasta que se agotó el poder malévoló. Aprendemos.

—Con sacrificio —dijo Duiker, en cuya mente había surgido la imagen de la horripilante muerte del otro guerrero.

Sormo no dijo nada, pero el dolor se reflejó momentáneamente en su mirada.

—Aceleramos la marcha —declaró Coltaine—. Un trago menos de agua diario por soldado...

Duiker se irguió.

—Pero tenemos agua.

Todas las miradas se dirigieron al historiador, que sonreía irónicamente a Sormo.

—Comprendo que el informe de Nada es bastante... árido. Los espíritus abrieron para nosotros un túnel en la roca. Como puede confirmarlo el capitán, la roca supura.

—¡Por el aliento del Embozado, el viejo tiene razón! —sonrió Tregua.

Sormo miraba fijamente al historiador, con los ojos muy abiertos.

—Por no formular las preguntas adecuadas, hemos sufrido innecesariamente mucho tiempo.

Coltaine se sintió infundido por una nueva energía, que culminó en una tensa sonrisa.

—Dispones de una hora —dijo el puño, dirigiéndose al caudillo— para aliviar cien mil gargantas.



Del desgastado lecho rocoso que afloraba en la pradera, brotaban dulces lágrimas. Se habían excavado vastos pozos. El aire estaba impregnado de alegres cantos y del bendito silencio de las bestias que ya no gemían en su sufrimiento. Y tras todo ello había un trasfondo cálido y sorprendente. Excepcionalmente, los espíritus de la tierra ofrecían un regalo no tocado por la muerte. Su placer era palpable para los sentidos de Duiker, de pie, observando y escuchando, junto al límite septentrional del campamento.

Junto a él se encontraba el cabo Lista, su fiebre ya dominada.

—La filtración es deliberadamente lenta, aunque no lo suficiente. Se rebelarán los estómagos y los más temerarios podrían acabar suicidándose...

—Sí, puede que unos pocos lo hagan.

Duiker levantó la cabeza, escudriñando la cadena norte del valle. A lo largo de la misma había una formación de guerreros de la caballería tithansi que observaban con, según el historiador imaginó, temeroso asombro. No tenía la menor duda de que el ejército de Kamist Reloe sufría, aunque gozaba de la ventaja de apoderarse y controlar todos los abrevaderos conocidos en el Odhan.

Mientras los observaba, su mirada captó un destello blanco que descendía por la ladera del valle, antes de desaparecer de su campo visual. Refunfuñó.

—¿Has visto algo, señor?

—Solo unas cabras montesas —respondió el historiador—, que cambiaban de bando...



La arena arrastrada por el viento había perforado agujeros en las laderas de la meseta, al principio esculpiendo huecos, luego cavernas, más adelante túneles y por último pasadizos que podrían conducir perfectamente a la ladera opuesta. Cual voraces gusanos devastando madera vieja, el viento había devorado la cara del acantilado, agujero tras agujero, con las paredes de separación cada vez más delgadas, tanto que en ocasiones se derrumbaban y ensanchaban los túneles. Sin embargo,

la superficie de la meseta seguía siendo una enorme capa rocosa sobre cimientos progresivamente menguantes.

Kulp nunca había visto nada parecido. *Como si el torbellino la hubiera atacado deliberadamente. ¿Por qué asediar una roca?*

Los túneles aullaban con el viento, cada uno en su propio tono febril, formando un temible coro. La arena era fina como el polvo donde giraba y ascendía a rachas, al pie del acantilado. Kulp volvió la cabeza hacia donde Heboric y Felisin esperaban: dos vagas siluetas acurrucadas contra la incesante furia de la tormenta.

El torbellino les había negado toda suerte de cobijo durante tres días, desde el momento en que descendió sobre ellos. El viento azotaba desde todas las direcciones, *como si la diosa loca se ensañara con nosotros*. La posibilidad no era tan remota como pudiera parecer a primera vista. La voluntad malévola era palpable. *Somos intrusos después de todo. El torbellino canaliza siempre su odio hacia los entrometidos. Pobre Imperio malazano, por haber penetrado en semejante pauta de creencias preconcebidas de rebelión...*

El mago regresó apresuradamente junto a los demás. Tuvo que acercarse para que lo oyeran con el fragor incesante.

—¡Hay cuevas! ¡Solo que el viento penetra hasta sus entrañas, sospecho que ha perforado la colina!

Heboric, con fiebre desde la mañana debido al agotamiento, se estremeció. Despertaba con rapidez. *Todos lo hacemos*. Caía el ocaso, oscurecía el persistente ocre sobre sus cabezas, y el mago calculaba que habían recorrido poco más de una legua en las últimas doce horas.

No tenían agua ni comida. El Embozado les pisaba los talones.

Felisin agarró la capa harapienta de Kulp y se la acercó. Tenía los labios agrietados, con arena pegada en las comisuras de su boca.

—¡Lo intentaremos de todos modos! —dijo Felisin.

—No estoy seguro. La colina entera podría derrumbarse...

—¡Las cuevas! ¡Vamos a entrar en las cuevas!

Morir aquí o morir allí. Por lo menos las cuevas nos ofrecen una tumba para nuestros cadáveres. Asintió vigorosamente.

Entre todos se llevaron a Heboric medio a rastras. El acantilado ofrecía un aspecto de panal accidentado que les brindaba multitud de opciones. No se molestaron en elegir y entraron en la primera cueva que encontraron, con una boca ancha y curiosamente llana que parecía un túnel horizontal, por lo menos los primeros pasos.

El viento los empujaba por la espalda, desdeñando cualquier vacilación con una presión incesante. Al avanzar penosamente, entre un mar de aullidos, la oscuridad se cernió a su alrededor.

En el suelo se habían esculpido abundantes surcos, que dificultaban la marcha. A quince pasos se encontraron con un afloramiento de cuarzo, o algún otro mineral cristalino, que se había resistido a la erosión del viento. Lograron rodearlo y a su abrigo gozaron del primer descanso, en más de setenta horas, de la fuerza demoledora del torbellino.

Heboric estaba desfallecido en sus brazos y lo depositaron en el suelo, cubierto de polvo hasta la altura de los tobillos, al pie de un montículo.

—Me gustaría reconocer el terreno —dijo Kulp a voces para que Felisin pudiera oírlo.

Ella asintió y se puso de rodillas.

Después de otros treinta pasos, el mago llegó a una caverna de mayores dimensiones. Más cuarzo llenaba el espacio, que reflejaba una leve luminiscencia de lo que parecía un techo de cristal prensado, veinte palmos por encima de su cabeza. El cuarzo se elevaba en filones verticales y sus relucientes columnas creaban el efecto de una galería de sobrecogedora belleza, a pesar de la corriente impregnada de polvo. Kulp siguió avanzando. El aullido disminuyó, perdido en la inmensidad de la caverna.

Cerca del centro de la caverna había un montón de piedras caídas, demasiado simétricas para ser naturales. La sustancia luminosa del techo las cubría en algunos lugares: una sola cara de su forma vagamente cúbica, por lo que comprobó el mago después de examinarlas durante unos momentos. Después de agacharse, pasó la mano por una de dichas caras y luego bajó aún más la cabeza. *¡Por el aliento del Embozado, es realmente cristal! Multicolor, triturado y prensado...*

Levantó la cabeza. En el techo había un gran agujero, cuyos bordes brillaban con esa extraña luz fría. Kulp titubeó antes de abrir su senda y luego refunfuñó. *Nada. Bendita sea la Reina, ninguna hechicería... es absolutamente mundanal.*

Agachado contra el viento, el mago regresó junto a los demás y los encontró dormidos o quizás inconscientes. Kulp los examinó, sintió un escalofrío al percatarse de la serenidad de sus facciones deshidratadas.

Podría ser más misericordioso no despertarlos.

Como si sintiera su presencia, Felisin abrió los ojos, que se llenaron inmediatamente de discernimiento y dijo:

—Nunca lo tendrás tan fácil.

—Esta colina es una ciudad sepultada y estamos debajo de la misma.

—¿Y bien?

—El viento ha penetrado por lo menos en una cámara y la ha vaciado de arena.

—Nuestra tumba.

—Tal vez.

—De acuerdo, vamos.

—Hay un problema —dijo Kulp, sin moverse—. La entrada está unos veinticinco palmos por encima de nuestras cabezas. Hay una columna de cuarzo, pero no será fácil de escalar, especialmente en nuestro estado.

—Haz tu truco de la senda.

—¿Cómo?

—Abre una puerta.

—No es tan sencillo —respondió, mirándola fijamente.

—Morir es sencillo.

—Entonces pongamos de pie al anciano —parpadeó Kulp.

De los ojos de Heboric, cerrados como ampollas, manaban lágrimas impregnadas de arenilla. Despertó despacio, sin tener conciencia de dónde se encontraba. En su ancha boca se dibujó una horrenda sonrisa.

—Lo han intentado, ¿no es cierto? —preguntó ladeando la cabeza, mientras lo ayudaban a andar—. Lo han intentado y han pagado por ello. Ah, los recuerdos del agua, tantas vidas desperdiciadas...

Llegaron al lugar del techo partido. Felisin colocó una mano sobre la columna de cuarzo, en el punto más cercano al agujero.

—Tendría que encaramarme como un dosii que trepa por un cocotero.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Kulp.

—A regañadientes —musitó Heboric, ladeando la cabeza como si oyera voces.

Felisin miró fugazmente al mago.

—Voy a necesitar esa correa de tu cintura.

Kulp refunfuñó y empezó a quitarse el cinturón.

—Has elegido un extraño momento, muchacha, para querer verme sin pantalones.

—A todos nos sentarán bien unas risas —respondió Felisin.

Entregó la correa y vio que ataba los extremos a sus tobillos. Se estremeció al observar la fuerza atroz con que apretaba los nudos.

—Ahora lo que queda de tu impermeable, por favor.

—¿Qué tiene de malo tu túnica?

—Nadie va a contemplar mis pechos, por lo menos no gratis. Además, la tela de tu capa es más resistente.

—Hubo represalia —decía Heboric—. Una operación de limpieza metódica y ecuánime.

Mientras se quitaba la capa rasgada por la arena, Kulp bajó la cabeza para mirar al antiguo sacerdote con el entrecejo fruncido.

—¿De qué hablas, Heboric?

—Del Primer Imperio, la ciudad sobre nuestras cabezas. Vinieron y enderezaron la situación. Guardianes inmortales. ¡Menuda debacle! Incluso con los ojos cerrados alcanzo a verme las manos... tanteando, ahora completamente a ciegas. Tan vacías.

De pronto se desplomó, temblando de aflicción.

—Olvídalo —dijo Felisin, al tiempo que avanzaba para abrazarse a la recortada columna—. El viejo sapo ha perdido a su dios y le ha destrozado la mente.

Kulp guardó silencio.

Felisin rodeó la columna con los brazos y unió las manos al otro lado, para agarrar los extremos de la capa y

retorcerlos fuertemente. El cinturón entre sus tobillos abrazaba ese lado del pilar.

—¡Ah, comprendo! —exclamó Kulp—. Inteligentes dosii.

Felisin enganchó la capa lo más alto que pudo en el lado opuesto de la columna, se echó atrás y dio un pequeño salto hacia arriba, levantando las rodillas y empujando el cinturón contra la columna. Kulp vio el dolor que recorría su cuerpo, con la presión de la correa en sus tobillos.

—Me sorprende que los dosii todavía tengan pies —dijo Kulp.

—Supongo que he olvidado algún pequeño detalle —respondió Felisin, con la respiración entrecortada.

A decir verdad, el mago no creía que lo lograra. Antes de avanzar un par de brazadas, a todavía un cuerpo entero del techo, la sangre manaba de sus tobillos. Temblaba de pies a cabeza y utilizaba unas reservas de energía inimaginables, pero que disminuían rápidamente. Sin embargo, no se detuvo. *Es un ser resistente, muy resistente. Nos supera a todos, una y otra vez.* La idea le hizo pensar en Baudin, desaparecido probablemente en cualquier lugar, a merced de la tormenta. *Otro personaje duro, pertinaz e imperturbable. ¿Cómo estás, espolón?*

Felisin llegó por fin al borde recortado del agujero y titubeó.

¿Y ahora qué?

—¡Kulp!

La voz de Felisin retumbó con un eco estremecedor, que el viento arrastró inmediatamente.

—Dime.

—¿A qué distancia estás de mis pies?

—Tal vez a unas tres brazadas, ¿por qué?

—Apoya a Heboric contra la columna y encarámate sobre sus hombros...

—En nombre del Embozado, ¿para qué?

—Debes alcanzar mis tobillos y luego trepar sobre mí.
¡No puedo soltarme, no queda nada!

Dioses, no soy tan fuerte como tú, muchacha.

—Creo...

—¡Hazlo! ¡No hay otra alternativa, maldita sea!

Kulp se acercó a Heboric, refunfuñando entre dientes.

—Viejo, ¿puedes entenderme? ¡Heboric!

El antiguo sacerdote se irguió y sonrió.

—¿Recuerdas la mano de piedra? ¿El dedo? El pasado es un mundo ajeno. Poderes inimaginables. Tocar equivale a rememorar los recuerdos de otro, alguien tan diferente de ti en su forma de pensar y de sentir, que induce a la locura.

¿Mano de piedra? Este bastardo delira.

—Debo subirme sobre tus hombros, Heboric. Es preciso que te mantengas firme; cuando llegemos arriba elaboraremos un arnés y te izaremos, ¿de acuerdo?

—Sobre mis hombros. Una montaña de piedra, cada una de ellas esculpida y elaborada por una vida entera que se pierde con el Embozado. ¿Cuántos anhelos, deseos, secretos? ¿Dónde termina todo? La energía invisible de los pensamientos de la vida es comida para los dioses, ¿lo sabías? ¡Esa es la razón por la que deben ser ineludiblemente veleidosos!

—¡Mago! —exclamó Felisin—. ¡Ahora!

Kulp se colocó a la espalda del antiguo sacerdote y puso las manos sobre sus hombros.

—Ahora quédate quieto...

En su lugar, el anciano se volvió para mirarlo y juntó las muñecas, dejando un espacio donde deberían estar las manos.

—Sube. Te lanzaré directamente hasta ella.

—Heboric, no tienes manos donde debería colocar el pie...

Creció su sonrisa.

—Sígueme la corriente.

Algo empujó a Kulp más allá de lo imaginable, cuando el mocasín que cubría su pie se aposentó en el sólido estribo de dedos entrelazados que no alcanzaba a ver. Apoyó una vez más las manos en los hombros del viejo.

—Ascenderás directamente —dijo Heboric—. Estoy ciego. Posicióname, mago.

—Retrocede un paso, un poco más. Ahí.

—¿Listo?

—Adelante.

Pero no estaba preparado para la inmensa fuerza que lo levantó y lanzó sin el menor esfuerzo. Kulp intentó agarrarse instintivamente a Felisin, pero afortunadamente no lo logró, ya que en aquel momento ya la había dejado atrás y cruzado el agujero del techo. Estuvo a punto de caerse de nuevo, pero, presa del pánico, retorció la parte superior del cuerpo y aterrizó dolorosamente sobre un borde que crujió y cedió.

Clavando las uñas en baldosas invisibles, el mago se encaramó sobre el suelo.

—¡Mago! ¿Dónde estás? —gritó Felisin desde abajo.

—Aquí arriba —respondió Kulp, con una sonrisa ligeramente histérica petrificada en su rostro—. Ahora te ayudo, muchacha.



Heboric utilizó sus manos invisibles para encaramarse ágilmente por la cuerda improvisada de cuero y ropa que Kulp lanzó a los diez minutos. Sentada en una pequeña y lúgubre cámara cercana, Felisin observaba silenciosamente, presa de un creciente miedo desenfrenado.

El dolor, que volvía a sus pies con mudo furor, le torturaba el cuerpo. Un fino polvo blanco cubría la sangre de sus tobillos y sus muñecas laceradas por los bordes cristalinos de la columna. Temblaba incontrolablemente. *Ese viejo parecía muerto. Completamente muerto. Se estaba abrasando, sin embargo sus delirios no eran solo palabras vacías. Contenían conocimientos, conocimientos imposibles. Y ahora sus manos fantasmagóricas se han convertido en realidad.*

Dirigió la mirada a Kulp. El mago contemplaba con el entrecejo fruncido la capa hecha jirones que tenía en las manos. Luego suspiró y posó su silenciosa mirada en Heboric, que parecía sumirse de nuevo en su estupor febril.

Por arte de magia, Kulp había infundido un ligero brillo en la cámara, que revelaba sus paredes de piedra desnudas. Junto a una de las paredes había una escalera abierta, que conducía a una puerta aparentemente sólida. En el suelo, a lo largo de la pared opuesta, había una serie de hendiduras, del tamaño de una bota o un barril. Unas cadenas colgaban del techo al fondo de la sala, con garfios oxidados. Felisin lo veía todo difuminado, tal vez debido a un extraño desgaste, o al efecto de la luz embrujada del mago.

Sacudió la cabeza y se rodeó a sí misma con sus propios brazos, para controlar el temblor.

—Impresionante escalada, muchacha —dijo Kulp.

—E innecesaria, por lo que he visto —refunfuñó ella.

Y ahora es probable que me mate. No ha bastado músculo y nervio para la hazaña. Me siento... vacía, sin que me quede nada para reconstruir. Soltó una carcajada.

—¿Cómo?

—Hemos encontrado un sótano para una tumba.

—Todavía no estoy dispuesta a morir.

—Afortunada tú.

Felisin vio que se levantaba penosamente y miraba a su alrededor.

—En otra época esta sala estaba inundada. Con agua corriente.

—¿De dónde a dónde?

Kulp se encogió de hombros y se acercó con paso lento y trabajoso a la escalera.

Parece que tiene un siglo. Tan viejo como yo me siento. Entre los dos no formaríamos siquiera un Heboric. Por lo menos aprendo a apreciar la ironía.

Al cabo de unos minutos, Kulp llegó por fin a la puerta y colocó una mano sobre la misma.

—Una placa de bronce; percibo los martillazos que la allanaron —dijo mientras golpeaba el oscuro metal con los nudillos y se oía un suave crujido tamizado—. La madera al otro lado está podrida.

Se quedó con el pomo en la mano. El mago blasfemó entre dientes, luego apoyó el peso de su cuerpo contra la puerta y empujó.

El bronce se agrietó y abolló hacia el interior. Al cabo de un momento se derrumbó la puerta, arrastrando a Kulp en una nube de polvo.

—Las barreras no son nunca tan sólidas como uno piensa —dijo Heboric cuando cesó el eco de la caída, de pie, con

sus brazos mancos extendidos delante de él—. Ahora lo entiendo. Para un ciego, su cuerpo entero es un fantasma. Puede tocarse, pero no verse. Así pues, levanto unos brazos invisibles, muevo unas piernas invisibles, mi pecho invisible sube y baja a merced de un aire invisible. Ahora estiro los dedos y luego cierro los puños. Soy enteramente sólido y siempre lo he sido, salvo por el engaño perpetrado por mis propios ojos.

—Puede que si me vuelvo sorda desaparezcas —dijo Felisin, desviando la mirada del antiguo sacerdote.

Heboric soltó una carcajada.

En el rellano, Kulp, con la respiración extrañamente áspera y dificultosa, emitía quejidos. Felisin se obligó a levantarse, tambaleándose como si unas anillas de hierro se cerrasen alrededor de sus tobillos y, apretando los dientes, se acercó penosamente a la escalera.

Los once peldaños la dejaron completamente agotada. Cayó de rodillas junto al mago y esperó un largo minuto antes de recuperar el aliento.

—¿Estás bien?

—Creo que me he roto la maldita nariz —respondió Kulp, levantando la cabeza.

—A juzgar por tu nuevo acento, diría que tienes razón. Entonces parece que sobrevivirás.

—Por supuesto —respondió al tiempo que se incorporaba, con gruesos regueros de sangre y polvo en la cara—. ¿Ves lo que hay delante? Todavía no he tenido oportunidad de mirar.

—Está oscuro. El aire huele.

—¿A qué?

—No estoy segura —respondió Felisin, encogiéndose de hombros—. ¿A cal? Es decir, como la piedra caliza.

—¿No a fruta amarga? Me sorprende.

El ruido de pasos en la escalera indicó que Heboric se acercaba.

Por encima de sus cabezas surgió un resplandor, del que emergieron destellos que perfilaron lentamente un paisaje. Felisin lo contempló.

—Se te ha acelerado la respiración, muchacha —dijo Kulp, todavía indispuerto o incapaz de levantar la cabeza—. Cuéntame lo que ves.

—Residuos de un ritual frustrado, es lo que ve —retumbó la voz de Heboric a media escalera—. Recuerdos congelados de un antiguo patetismo.

—Esculturas —respondió Felisin—. Repartidas por todo el suelo; es una gran sala. Muy grande, la luz no llega al fondo...

—Espera, ¿has dicho esculturas? ¿Qué clase de esculturas?

—De personas. Esculpidas como si estuvieran descansando; al principio me ha parecido que eran reales...

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Bueno...

Felisin avanzó lentamente. La más cercana, a una docena de pasos, era de una mujer desnuda de edad avanzada, que yacía de costado como si estuviera muerta o dormida. La piedra en la que había sido esculpida era de un blanco mate, con tiznas y salpicaduras de moho. Todas las arrugas de su cuerpo habían sido hábilmente reproducidas, sin olvidar el menor detalle. Contempló el vetusto y pacífico rostro. *Dama Gaesen; esta podría ser su hermana*. Extendió la mano.

—Cuidado, no toques nada —exclamó Kulp—. Todavía veo las estrellas, pero percibo la furia que sugiere la existencia de hechicería en esa cámara.

Felisin retiró la mano y se sentó.

—No son más que estatuas...

—¿Sobre pedestales?

—Bueno, no, sencillamente en el suelo.

De repente, aumentó la luz, iluminándose la sala. Felisin volvió la cabeza y vio a Kulp de pie, apoyado en el umbral de la puerta derribada. El mago parpadeaba como un miope, mientras absorbía el paisaje.

—¿Esculturas, muchacha? —refunfuñó—. Ni lo sueñes. A través de aquí se ha rasgado una senda.

—Algunas puertas nunca deberían abrirse —dijo Heboric, pasando alegremente junto al mago hasta llegar sin titubeos al lado de Felisin, donde se detuvo, ladeó la cabeza y sonrió—. Su hija eligió la senda del soletaken y eso fue un viaje frustrado. No fue la única, el tortuoso camino era una alternativa popular a la ascensión. Más... terrenal, aseguraban. Así como más antigua, y había una gran predilección por lo antiguo en los últimos días del Primer Imperio. Es comprensible que los mayores de la época procuraran facilitar la senda elegida por sus retoños —prosiguió el viejo con las facciones fruncidas por la aflicción, después de una pausa—. Intentaban crear una nueva versión de lo antiguo, plagado de riesgos, que se había desmoronado, debilitado, infectado. Se perdían demasiados jóvenes del Imperio, por no hablar de las Guerras de Occidente...

Kulp colocó una mano sobre el hombro de Heboric y fue como cerrar una válvula. El que fuera sacerdote se llevó una mano fantasmagórica a la cara y suspiró.

—Demasiado fácil perderse...

—Necesitamos agua —dijo el mago—. ¿Existe ese recuerdo en su memoria?

—Esta era una ciudad de manantiales, fuentes, baños y canales.

—Probablemente todos ellos llenos de arena —dijo Felisin.

—Puede que no —respondió Kulp, mirando a su alrededor con los ojos enrojecidos; la rotura de su nariz había sido grave y la hinchazón agrietaba la piel demasiado cuarteada en ambos pómulos—. Se ha secado recientemente, fijos como todavía se mueve el aire.

Felisin contempló a la mujer a sus pies.

—Entonces en otra época fue real. De carne y hueso.

—Efectivamente, todos lo fueron.

—Alquimias que retrasaron el envejecimiento —dijo Heboric—. Seis o siete siglos para cada individuo. El ritual acabó con ellos, sin embargo las alquimias conservaron su potencia...

—Luego el agua inundó la ciudad —agregó Kulp—. Rica en minerales.

—Convirtiendo en piedra no solo los huesos, sino también la carne —prosiguió Heboric, encogiéndose de hombros—. Acaecimientos lejanos provocaron la inundación, cuando los guardianes inmortales ya se habían retirado.

—¿Qué guardianes inmortales, viejo?

—Puede que todavía haya un manantial —indicó el viejo—. No muy lejos.

—Condúcenos, ciego —dijo Felisin.

—Tengo más preguntas —insistió Kulp.

—Luego —dijo Heboric sonriendo—. Nuestro desplazamiento inmediato explicará muchas cosas.



Los ocupantes mineralizados de la cámara eran todos ancianos y sumaban centenares. Sus muertes, todas y cada una de ellas, parecían haber sido pacíficas, lo que produjo en Felisin un efecto vagamente inquietante. *No todos los finales pasan por la tortura. El Embozado es indiferente a los medios. En todo caso, eso aseguran los sacerdotes. Sin embargo, sus mayores cosechas proceden de la guerra, el hambre y las enfermedades. Tantas incontables eras de liberación deben haber marcado con toda seguridad a su alteza, el rey de la muerte. El desorden abarrota sus puertas y eso tiene su sabor. El genocidio discreto debe evocar cosas muy diferentes.*

Felisin sintió que el Embozado estaba con ella ahora, en esos momentos y en los transcurridos desde su regreso a este mundo. Empezó a reflexionar sobre él como si fuera su amante, que había penetrado hasta lo más hondo de su ser, con una legitimidad que parecía permanente e insólitamente reconfortante.

Y ahora solo temo a Heboric y a Kulp. Se dice que los dioses temen más a los mortales que a los demás dioses. ¿Es esa la fuente de mi terror? ¿He apresado un eco del Embozado dentro de mí? El dios de la muerte debe soñar indudablemente con ríos de sangre. Tal vez haya sido suya todo este tiempo.

Esa es mi bendición.

Heboric volvió de pronto la cabeza, como si la mirara con sus ojos abrasados, hinchados y cerrados.

¿Puedes ahora leer mi mente, viejo?

En la ancha boca de Heboric se dibujó una irónica sonrisa. Al cabo de un momento, dio media vuelta y siguió su camino.

La cámara terminaba en una salida, que conducía a un túnel de techo bajo. Antiguos torrentes de agua habían suavizado y pulido las pesadas piedras a ambos lados. Kulp mantenía su mágica luz difusa conforme avanzaban penosamente.

Nos arrastramos como cadáveres animados, condenados a un viaje sin fin. Felisin sonrió. *Del mismísimo Embozado.*

Llegaron a lo que en otra época había sido una calle, estrecha y tortuosa, con sus adoquines levantados y revueltos. Edificios residenciales de poca altura abarrotaban los costados, bajo un techo de cristal prensado y encastrado. A lo largo de todas las paredes visibles había franjas de la misma sustancia, que parecían indicar los niveles del agua o los estratos de arena que en otra época habían llenado por completo el espacio.

En la calle yacían más cuerpos, pero no había paz en sus retorcidas y torturadas posturas. Heboric se detuvo y ladeó la cabeza.

—Ahora llegamos a otros recuerdos completamente diferentes —dijo.

Kulp se agachó junto a uno de los cuerpos.

—Un soletaken sorprendido en el acto de transformarse. En algún tipo de... saurio.

—Soletaken y d'ivers —dijo el antiguo sacerdote—. El ritual desencadenó poderes que se descontrolaron. Como una plaga, el cambio de forma afectó a millares, indeseados, sin iniciación... Muchos enloquecieron. La muerte llenó la ciudad, todas sus calles, cada una de sus casas. Familias destrozadas por sus propios miembros —agregó, estremeciéndose—. Todo en solo unas cuantas horas —concluyó en un susurro.

Kulp posó la mirada en otro cadáver, casi perdido entre un montón de cuerpos mineralizados.

—Y no únicamente soletaken y d'ivers...

—No —suspiró Heboric.

Felisin se acercó al sujeto que cautivaba la atención del mago. Vio unos miembros gruesos color castaño, un brazo y una pierna unidos todavía a un torso por lo demás descuartizado. Una piel marchita envolvía los consistentes huesos. *He visto antes algo semejante. En el Silanda. T'lan imass.*

—Tus guardianes inmortales —dijo Kulp.

—Efectivamente.

—Aquí tuvieron pérdidas —agregó Heboric—. Pérdidas atroces. Existe un vínculo entre los t'lan imass, los soletaken y los d'ivers, un misterioso parentesco insospechado por los habitantes de esta ciudad, aunque se otorgaron a sí mismos el orgulloso título de Primer Imperio. Eso debió irritar a los t'lan imass, en el supuesto de que esos entes sean capaces de irritarse, el hecho de haber asumido intrépidamente un título que en justicia les pertenecía a ellos. Sin embargo, lo que les impulsó a venir aquí fue el ritual y la necesidad de enderezar la situación.

Kulp fruncía el entrecejo tras la maltratada máscara de sus facciones.

—Nuestras escaramuzas con los soletaken... y los imass. ¿Qué es lo que vuelve a empezar, Heboric?

—No lo sé, mago. ¿Un regreso a la antigua puerta? ¿Otro desencadenamiento?

—Ese dragón soletaken que hemos seguido... era un no muerto.

—Era t'lan imass —aclaró el viejo—. Un invocahuesos. Puede que se trate del antiguo guardián de la puerta, convocado una vez más en respuesta a una calamidad inminente. ¿Proseguimos? Huelo agua... el manantial que buscamos todavía existe.



La charca se encontraba en el centro de un jardín. Una alfombra de pálidos matorrales cubría las piedras quebradas del camino, con hojas blancas y rosadas, como jirones de carne, y esferas incoloras de alguna clase de fruto que colgaban de la hiedra que envolvía las columnas de piedra y los troncos de los árboles fosilizados. Un jardín que prosperaba en la oscuridad.

Peces blancos sin ojos nadaban como flechas en la charca en busca de las sombras, conforme la luz mágica aumentaba su brillo.

Felisin cayó de rodillas, extendió sus manos temblorosas y las sumergió en el agua fresca. La sensación recorrió su cuerpo con éxtasis.

—Residuo de alquimias —dijo Heboric a su espalda.

—¿Eso qué significa? —preguntó ella, volviendo la cabeza.

—Beber este néctar... aportará beneficios.

—¿Esta fruta es comestible? —preguntó Kulp, sopesando una de las pálidas esferas.

—Lo fue cuando era roja, hace nueve mil años.



La espesa ceniza flotaba inmóvil a su espalda hasta donde Kalam alcanzaba a ver, a pesar de que no era fácil estimar la distancia en la senda imperial. Su camino daba la

impresión de ser tan recto como el palo de una lanza. Frunció aún más su entrecejo.

—Estamos perdidos —afirmó Minala, inclinándose hacia atrás en la silla de su caballo.

—Mejor que muertos —farfulló Keneb, brindándole al asesino un mínimo de compasión.

Kalam percibió la dura mirada de los ojos grises de Minala.

—¡Sácanos de esta senda maldita por el Embozado, cabo! Tenemos hambre y sed, y no sabemos dónde estamos. ¡Sácanos de aquí!

He visualizado Aren y he elegido un lugar: un hueco discreto al fondo del último recoveco del sendero Sin Ayuda... en el seno del Poso, ese tugurio de expatriados malazanos cercano a la orilla del río. Directamente bajo los adoquines a nuestros pies. ¿Por qué no podemos entonces llegar hasta allí? ¿Qué nos lo impide?

—Todavía no —dijo Kalam—. Incluso por la senda es un largo viaje hasta Aren.

Es lógico, ¿no es cierto? ¿Entonces por qué esta inquietud?

—Algo va mal —insistió Minala—. Lo veo en tu cara. Ya debíamos haber llegado.

El sabor a ceniza, su olor y su textura se habían convertido en parte de él, y sabía que lo mismo les ocurría a los demás. La arenilla inerte parecía empañar incluso sus pensamientos. Kalam tenía sus sospechas en cuanto a lo que esa ceniza había sido en otra época, el montón de huesos con el que se habían tropezado a su llegada había resultado no ser el único, sin embargo se resistía instintivamente a reconocer dichas sospechas. La posibilidad era demasiado horrenda, demasiado sobrecogedora para tenerla en cuenta.

Keneb refunfuñó, antes de suspirar.

—Bien, cabo, ¿proseguimos?

Kalam miró fugazmente al capitán. A pesar de que la fiebre provocada por la herida de su cabeza había desaparecido, cierta lentitud apenas perceptible en sus movimientos y expresiones delataba que no estaba completamente curado. El asesino sabía que no podía contar con aquel hombre en una pelea. Y con la aparente pérdida de la aptoriana, sentía que no tenía la espalda cubierta. La incapacidad de Minala para confiar en él disminuía la fiabilidad que había depositado en ella, que haría, ni más ni menos, todo lo necesario para proteger a su hermana y a los niños.

Más me valdría estar solo. Espoleó el semental. Al cabo de un momento, los demás lo siguieron.

La senda Imperial era un reino sin día ni noche, un perpetuo crepúsculo cuya tenue luz carecía de origen, un lugar sin sombras. Medían el paso del tiempo por las exigencias cíclicas impuestas por sus cuerpos. La necesidad de comer y beber, la necesidad de dormir. Pero, cuando el hambre y la sed persistentes llegaban a ser permanentes e insaciables, cuando el agotamiento era patente a cada paso, la noción del tiempo se sumía en una carencia de significado, revelándose efectivamente como algo que no era producto de los hechos, sino de la fe.

«El tiempo nos convierte en creyentes. La atemporalidad nos convierte en incrédulos.» Otro proverbio del Insensato, otra pícara cita de los sabios de mi tierra usada frecuentemente para descartar precedentes, como burla desdeñosa de las lecciones de la historia. La afirmación principal de los sabios era no creer en nada. Además, dicha sentencia era el principio fundamental de los que se convertirían en asesinos.

«El asesinato demuestra la mentira de la constancia. Aunque la daga en alto sea en sí una constante, tu libertad de elegir quién, elegir cuándo, es la mentira más oscura de la constante. Un asesino es el caos desatado, estudiantes. Pero recordad que la daga levantada puede aplacar tormentas de fuego con la misma facilidad que las provoca...»

Y ahí, claramente esculpido en su pensamiento como si lo hubiesen hecho con la punta de una daga, se extendía el estrecho camino que conducía directamente a Laseen. Toda justificación que precisara cabalgaba inequívocamente en esa fisura. *No obstante, a pesar de que la grieta atraviesa Aren, parece que el desconocimiento me ha separado de la misma y me ha puesto a vagar por esta llanura de ceniza.*

—Veo nubes más adelante —dijo Minala, que cabalgaba ahora junto a él.

Franjas de polvo a poca altura zigzagueaban por la zona que precedía a las nubes. Kalam entornó los párpados.

—Tan reveladoras como huellas en el barro —farfulló.

—¿Cómo?

—Mira a nuestra espalda, dejamos las mismas huellas. Tenemos compañía en la senda Imperial.

—Y toda compañía es poco grata —dijo Minala.

—Efectivamente.

Su llegada a los primeros surcos recortados solo sirvió para aumentar el desasosiego de Kalam. *Más de uno. Bestial. No son obra de ningún sirviente que haya jurado lealtad a la emperatriz...*

—Mira —dijo Minala, señalando.

A treinta pasos por delante de ellos había lo que parecía una cuenca, o una mancha oscura en el suelo. A su alrededor, la ceniza en suspensión formaba una cortina inmóvil y semitranslúcida.

—¿Soy únicamente yo —preguntó Keneb, a su espalda—, o ha cambiado el olor de este aire podrido del Embozado?

—Como especia de madera —apuntó Minala.

Kalam, furioso, soltó la sujeción de su ballesta de la silla, tiró de la cuerda hasta engancharla en su muesca, y colocó una saeta en el canal. Se percató de que en todo momento Minala no dejaba de observarlo y no le sorprendió lo que preguntó a continuación.

—Ese olor particular es algo con lo que estás familiarizado, ¿no es cierto? Y no precisamente de desvalijar el cofre de algún mercader. ¿Contra qué debemos prepararnos, cabo?

—Contra cualquier cosa —respondió, espoleando su caballo al paso.

El hueco medía por lo menos cien pasos de diámetro, con escombros de la excavación amontonados en algunos lugares del perímetro. De los montículos sobresalían huesos quemados.

El semental de Kalam se detuvo a pocos pasos del borde. Sin soltar la ballesta, el asesino levantó una pierna por encima de la perilla de la silla, desmontó y aterrizó en una nube de polvo gris.

—Más vale que os quedéis aquí —dijo a los demás—. Nunca se sabe lo firmes que son las laderas.

—¿Entonces, por qué nos hemos acercado? —preguntó Minala.

Kalam avanzó cautelosamente sin responder. Llegó a menos de dos pasos del borde, suficientemente próximo para ver lo que había al fondo del hueco, pero fue el lado opuesto lo que primero le llamó la atención. *Ahora sé sobre lo que andamos y de nada nos ha servido negarnos a pensar en ello. ¡Por el aliento del Embozado!* La ceniza formaba capas compactas, que revelaban antiguas

variaciones de temperatura y la virulencia de los incendios que habían incinerado esa tierra, y estaban sobre todo aquello. Las capas variaban también de grosor. Una de las más anchas medía unos tres palmos y parecía repleta de huesos carbonizados, sólidamente compactados. Debajo de la misma había una capa rojiza, más fina, como polvo de ladrillo. Otras capas revelaban solo huesos calcinados, con manchas negras de bordes blancos. Los pocos que pudo identificar parecían de tamaño humano, tal vez con las extremidades algo más largas. La ladera opuesta tenía una profundidad de por lo menos veinte palmos. *Pisamos la muerte de antaño, los restos de... millones.*

Bajó lentamente la mirada al fondo del pozo, repleto de mecanismos oxidados y corroídos, todos iguales aunque desparramados. Tenía cada uno el tamaño de un carromato de mercancías y se distinguían incluso sus enormes ruedas con radios de hierro.

Kalam los observó durante mucho tiempo, antes de volverse y regresar junto a los demás, descargando al mismo tiempo su ballesta.

—¿Y bien?

El asesino se encogió de hombros, al tiempo que montaba de nuevo sobre su caballo.

—Viejas ruinas en el fondo; extrañas. La única vez que vi algo parecido fue en Darujhistan, en el interior del templo que albergaba el círculo de las estaciones de Icarium, que según se decía medía el transcurso del tiempo.

Keneb lanzó un gruñido y Kalam lo miró.

—¿Ocurre algo, capitán?

—Un rumor, eso es todo. De hace meses.

—¿Qué rumor?

—Que Icarium ha sido visto —respondió, con el entrecejo de repente fruncido—. ¿Qué sabes de la baraja de los

Dragones, cabo?

—Lo suficiente para mantenerme alejado de la misma.

—Más o menos entonces nos visitó un visionario —asintió Keneb—, y algunos de mis hombres juntaron fondos para una lectura, pero el visionario les devolvió el dinero porque no logró pasar de la primera carta, cosa que, por lo que recuerdo, no le sorprendió. Dijo que le sucedía desde hacía varias semanas, y no solo a él sino a todos los demás adivinos.

Yo no tuve esa suerte la última vez que vi una baraja.

—¿Qué carta salió?

—Creo que fue una de las neutrales. ¿Cuáles son?

—Orbe, Trono, Cetro, Obelisco...

—¡Obelisco! Esa fue. El visionario aseguró que era cosa de Icarium, que había sido visto en Pan'potsun con su compañero trell.

—¿Algo de esto importa? —espetó Minala.

Obelisco... pasado, presente, futuro. Tiempo, y el tiempo no tiene aliados...

—Probablemente no —respondió el asesino.

Siguieron adelante, rodeando el pozo a una distancia prudencial. Más huellas de polvo se cruzaron en su camino, solo unas pocas sugerían el paso de un humano. Aunque era difícil estar seguro, parecían ir en dirección contraria a la que Kalam había elegido. *Si efectivamente nos dirigimos al sur, los soletaken y los d'ivers van todos hacia el norte. Eso puede ser reconfortante, salvo que si hay más cambiaformas en el camino, nos encontraremos directamente con ellos.*



Un millar de pasos más adelante se encontraron con una carretera hundida. Al igual que los mecanismos en el pozo, se hallaba a unos veinte palmos de profundidad. Aunque no se distinguían con claridad los adoquines, por la densidad del polvo en el aire sobre los mismos, sus empinadas laderas no se habían desmoronado. Kalam se apeó del caballo, ató una larga y fina cuerda a la perilla de la silla, sujetó el otro extremo y empezó a descender. Sus botas crujían, pero sorprendentemente no se hundían en la pendiente, que de algún modo se había solidificado. Tampoco resultaba excesiva para los caballos.

El asesino miró a los demás.

—Esto puede conducirnos, más o menos, en la dirección que hemos estado siguiendo. Sugiero que lo tomemos, ganaremos bastante tiempo.

—Iremos más rápido a ningún lugar —dijo Minala.

Kalam sonrió.

—¿Por qué no acampamos aquí un rato? —dijo el capitán, después de que todos descendieran con sus caballos—. No somos visibles y el aire está un poco más limpio.

—Y fresco —agregó Selv, con los brazos alrededor de sus hijos, excesivamente callados.

—De acuerdo —aceptó el asesino.

Los pellejos de agua de los caballos eran alarmantemente ligeros y a pesar de que Kalam sabía que los animales podían resistir varios días solo con comida, sufrirían terriblemente. *Se nos agota el tiempo.* Después de retirar la silla, dio de comer y de beber a los caballos, mientras Minala y Keneb preparaban los bollos y reunían

los escasos suministros que constituirían su propia comida. Los preparativos se hacían en silencio.

—No puedo decir que este lugar me estimule —dijo Kenéb mientras comían.

Kalam refunfuñó apreciativamente, ante la aparición gradual del sentido del humor del capitán.

—No le vendría mal un buen barrido —reconoció.

—Desde luego. Aunque no sería la primera vez que veo una hoguera descontrolada...

Minala tomó un último trago de agua y dejó el pellejo en el suelo.

—He terminado —declaró, levantándose—. Vosotros dos podéis hablar del tiempo en paz.

La observaron dirigirse a su colchoneta. Selv volvió a guardar la comida restante y a continuación se retiró también con sus hijos.

—Es mi guardia —le recordó Kalam al capitán.

—No estoy cansado...

El asesino soltó una carcajada.

—De acuerdo, yo estoy cansado. Todos lo estamos. El caso es que este polvo nos obliga a roncar tan fuerte, que ahogaríamos los ronquidos de venados en celo. Yo acabaré sencillamente tumbado ahí, con la mirada fija en lo que debería ser el firmamento, pero que parece más bien un sudario. Me arde la garganta, mis pulmones duelen como si estuvieran llenos de lodo y tengo los ojos tan secos como una piedra de la suerte olvidada. No lograremos dormir a gusto hasta que hayamos eliminado este lugar de nuestros cuerpos...

—Antes debemos salir de aquí.

Kenéb asintió. Miró hacia donde los ronquidos ya habían empezado a surgir y bajó la voz.

—¿Y eso cuándo sucederá, cabo? ¿Algún pronóstico?

—No.

—De algún modo te has enemistado con Minala —suspiró el capitán, después de un prolongado silencio—. ¿No crees que esto crea una tensión innecesaria en nuestra pequeña familia?

Kalam no respondió.

—El coronel Tras quería una esposa callada y obediente —prosiguió Keneb, al cabo de un momento—. Una mujer para llevarla del brazo, que emitiese sonidos agradables...

—Pues no parece muy observador.

—Más bien testarudo. Todo caballo puede ser domado, según su filosofía. Y eso fue lo que se propuso.

—¿Era el coronel una persona sutil?

—Ni siquiera inteligente.

—Sin embargo, Minala es ambas cosas. En el nombre del Embozado, ¿en qué estaría pensando?

Keneb fijó la mirada en el asesino, como si súbitamente hubiera comprendido algo, antes de encogerse de hombros.

—Quiere a su hermana.

Kalam desvió la mirada, con una sonrisa desprovista de humor.

—¿No te parece maravillosa la vida del cuerpo de oficiales?

—A Tras no le quedaba mucho tiempo en aquel páramo de guarnición. Utilizó a sus mensajeros para urdir una amplia red. Le faltaba tal vez una semana para conseguir un nuevo destino, en el meollo de la situación.

—Aren.

—Efectivamente.

—Entonces tú obtendrías el mando de la guarnición.

—Y otros diez imperiales al mes. Suficiente para contratar buenos tutores para Kesen y Vaneb, en lugar de

ese viejo sapo confuso por el vino y de manos ligeras, adjunto al personal de la guarnición.

—Minala no parece maltratada —dijo Kalam.

—Pues sin duda lo ha sido. La curación forzada era el pilar del coronel. Otro gallo nos hubiera cantado si después de dejar a una persona inconsciente de una paliza, él hubiese tenido que esperar por lo menos un mes para hacerlo de nuevo. Con un curandero en la dotación, que te favorece porque tiene deudas de juego, puedes romper huesos antes del desayuno y tener a la víctima dispuesta de nuevo al amanecer del día siguiente.

—Y tú, entretanto, dispensando saludos marciales...

Keneb hizo una mueca de dolor y desvió la mirada.

—No se puede protestar por lo que se desconoce, cabo. Si tan siquiera lo hubiera sospechado... —dijo, moviendo la cabeza—. Sucedió puertas adentro. Fue Selv quien lo descubrió, a través de una lavandera que compartíamos con la familia del coronel. Sangre en las sábanas y cosas por el estilo. Cuando me lo contó, quise ir a pedirle explicaciones —agregó con cara de asco—. La rebelión lo evitó; de camino caí en una emboscada y a partir de entonces mi única preocupación ha sido mantenerlos vivos a todos.

—¿Cómo murió el buen coronel?

—Acabas de encontrarte con una puerta cerrada, cabo.

—No importa —sonrió Kalam—. En tiempos como estos, puedo ver bastante bien a través de las puertas.

—Entonces no es preciso que diga nada más.

—Viendo a Minala, nada de esto tiene sentido —dijo el asesino.

—Supongo que hay diferentes clases de fuerza. Y de defensa. Era la mejor amiga de Selv y de los niños. Ahora les envuelve como una coraza, igualmente fría y dura. Con

quien tiene problemas es contigo, Kalam. La has envuelto del mismo modo a ella... y al resto de nosotros.

¿Y ella siente que sobra? Puede que eso le parezca a Keneb.

—Su problema conmigo, capitán, es que no confía en mí.

—En el nombre del Embozado, ¿por qué?

Porque poseo dagas invisibles. Y ella lo sabe.

—A juzgar por lo que me has contado, capitán —respondió Kalam, encogiéndose de hombros—, la confianza no es algo que deposite fácilmente en cualquiera.

Keneb reflexionó, antes de suspirar y levantarse.

—Bueno, ya es suficiente. Tengo un manto al que vigilar y ronquidos que contar.

Kalam vio al capitán alejarse e instalarse junto a Selv. El asesino aspiró honda y lentamente. *Supongo que tu muerte fue rápida, coronel Tras. Sé veleidoso, querido Embozado, y escupe a ese bastardo. Lo mataré de nuevo, y vuelve la cabeza, Reina, no será rápido.*



Violín descendía a rastras por la pendiente de rocas desprendidas, lastimándose los nudillos con la ballesta armada delante de él. *A estas alturas, ese Sirviente bastardo se está disolviendo en una docena de estómagos. O de lo contrario, su cabeza se encuentra clavada en una pica, menos las orejas, que alguien lleva colgadas de la cintura.*

Cada una de las habilidades de Icarium y de Mappo se había desplegado, con el simple propósito de mantenerlos a todos vivos. El torbellino, a pesar de toda su violencia, había

dejado de ser una tormenta vacía que arrasaba una tierra muerta. La pista de Sirviente había conducido al grupo a un caos más concreto.

Otra lanza salió despedida de la cortina ocre arremolinada a su izquierda y aterrizó ruidosamente diez pasos a la derecha del zapador. *¡La ira de tu diosa te deja tan ciego como a nosotros, cretino!*

Estaban en unas colinas repletas de soldados del desierto de Sha'ik. Había algo más que coincidencia en esa maligna convergencia. *Qué convergencia. Los fieles buscan a la mujer a la que han jurado seguir. Lamentablemente, se da el caso de que la otra senda también está aquí.*

Se oyeron gemidos lejanos, por encima del aullido gutural del viento. *Diantre, las colinas están llenas de bestias. Además, iracundas.* Icarium los había conducido tres veces en la última hora alrededor de un soletaken o un d'ivers. Había alguna clase de acuerdo mutuo para evitarse: los cambiaformas no querían tener nada que ver con el jhag. *Pero los fanáticos de Sha'ik... ahora son presa fácil. Afortunadamente para nosotros.*

No obstante, las probabilidades de que Sirviente todavía viviera, a juicio de Violín, eran realmente ínfimas. Le preocupaba también Apsalar e, irónicamente, empezó a rezar para que las habilidades divinas bastaran para su labor.

Delante de ellos y más abajo aparecieron dos guerreros del desierto con armaduras de cuero, que se escabulleron aterrorizados y apresuradamente hacia el fondo del desfiladero.

Violín blasfemó. Él cubría este flanco del grupo y si no los detenía... El zapador levantó su ballesta.

Unas capas negras ondeaban sobre ambas figuras. Chillaban. Las capas revoloteaban, se arrastraban. Arañas,

suficientemente grandes para distinguirlas individualmente a esa distancia. A Violín se le puso la piel de gallina. *Debisteis haber traído las escobas, amigos.*

Salió de la grieta donde se había apretujado y viró a la derecha por la pendiente. *Y si no recupero pronto la influencia de Icarium, yo también desearé haberlo hecho.*

Cesaron los gritos de los guerreros del desierto, debido a lo mucho que el zapador se había alejado de ellos, o a una feliz liberación, y esperaba que fuera lo segundo. Exactamente delante se levantaba la ladera de la sierra, que hasta ahora había señalado la ruta de Apsalar y su padre.

El viento arremetía contra él mientras escalaba hasta la cima. Casi inmediatamente alcanzó la cumbre y vislumbró a los demás, a menos de diez pasos de distancia. Estaban los tres agachados junto a una figura inmóvil.

Violín sintió un escalofrío. *Por el Embozado, ojalá sea un desconocido...*

Lo era. Se trataba de un joven desnudo, demasiado pálido para pertenecer a la tribu del desierto de Sha'ik. Había sido degollado y su herida abierta llegaba hasta la parte interior achatada de las vértebras. No había sangre.

—Un soletaken, creemos —dijo Mappo al zapador, cuando Violín se agachaba lentamente.

—Esto es obra de Apsalar —dijo Violín—. Fijaos como la cabeza ha sido empujada hacia delante y hacia abajo, con la barbilla cerrada para sujetar la hoja; no es la primera vez que lo veo...

—Entonces está viva —dijo Azafrán.

—Como os he dicho —refunfuñó Icarium—. Al igual que su padre.

Hasta aquí todo bien. Violín se irguió.

—No hay sangre —dijo—. ¿Alguna idea sobre cuánto hace que ha muerto?

—No más de una hora —respondió Mappo—. En cuanto a la ausencia de sangre... —agregó, encogiéndose de hombros—, Torbellino es una diosa sedienta.

—Creo que en adelante me quedará más cerca, si no os importa —asintió el zapador—. Presiento que no volveremos a tener problemas con los guerreros de Sha'ik.

Mappo asintió.

—De momento, nosotros seguimos la senda de Manos.

Me pregunto por qué.

Reemprendieron su viaje. Violín reflexionó sobre la media docena de veces en que había visto guerreros del desierto durante las últimas doce horas. Hombres y mujeres verdaderamente desesperados. Raraku era el centro del Apocalipsis, pero la rebelión, desde hacía algún tiempo, carecía de liderazgo. ¿Qué ocurría más allá del círculo de peñascos del desierto sagrado?

Apuesto a que reina la anarquía. Furia y matanzas. Corazones de hielo y la misericordia del frío acero. Aunque se conserve la ilusión de Sha'ik y sus subordinados den ahora las órdenes, no ha desplegado su ejército para convertirlo en el pilar de la rebelión. No es apropiado proclamar un levantamiento y luego no presentarse para dirigirlo...

Apsalar tendría las manos llenas, si aceptara el cargo. Puede que las habilidades de un asesino la mantuvieran viva, pero no ofrecían nada del magnetismo intangible necesario para dirigir ejércitos. Mandar ejércitos era fácil, las estructuras tradicionales se aseguraban de ello, como lo habían demostrado claramente los apenas competentes puños del Imperio malazano, pero dirigir era algo completamente diferente.

A Violín se le ocurrían solo un puñado de personas que tuvieran esa cualidad magnética. Dassem Ultor, el príncipe K'azz D'Avore de la Guardia Carmesí, Caladan Brood y Dujek Unbrazo. *Velajada, si hubiera sido lo suficientemente ambiciosa. Probablemente la propia Sha'ik. Y Whiskeyjack.*

A pesar de lo cautivadora que era Apsalar, el zapador no había descubierto ningún indicio de la fuerza de su personalidad. Competencia, sin lugar a dudas. También discreta y segura de sí misma. Pero claramente prefería observar a participar, *por lo menos hasta que llegue el momento de mostrar su tenacidad. Los asesinos no se preocupan de afinar sus poderes para persuadir, ¿para qué molestarse? Precisaré rodearse de la gente adecuada...*

Violín se miró a sí mismo con disgusto. Daba ya por sentado que la chica interpretaría el papel, entretejido en la fibra central de ese tapiz de elaboración divina. *Y aquí estamos, corriendo a través del torbellino... para llegar a tiempo de presenciar el renacimiento profético.*

Con los ojos entornados para protegerlos del polvo arrastrado por el viento, el zapador miró fugazmente a Azafrán. El muchacho iba media docena de pasos por delante, pisándole los talones a Icarium. Incluso inclinado contra los violentos arrebatos del viento, delataba algo tenso y frágil en su postura. *Ella no le ha dicho nada antes de partir, le ha descartado a él y a sus preocupaciones, como ha hecho con el resto de nosotros. Pust había ofrecido a su padre un pacto sellado. Pero antes lo había mandado aquí. Lo cual sugiere que el viejo era un participante voluntario en la intriga, uno de los conspiradores. Si yo estuviera en el lugar de esa muchacha, tendría algunas preguntas importantes para el viejo papaíto...*

A su alrededor, el torbellino parecía aullar a carcajadas.



La forma de aquella marca recordaba vagamente una puerta y doblaba la altura de un hombre. Perla andaba de un lado para otro frente a ella, susurrando para sus adentros, mientras Lostara Yil observaba pacientemente, aburrida.

Por fin volvió la cabeza, como si súbitamente recordara su presencia.

—Complicaciones, querida. Estoy... indeciso.

La espada roja miró al portal.

—¿Entonces el asesino ha abandonado la senda? Esta no tiene el mismo aspecto que la otra...

La garra dejó una franja oscura al limpiarse la ceniza de la frente.

—Desde luego. Esta representa... una desviación. Después de todo, soy el último agente superviviente. La emperatriz detesta la holgazanería... —dijo con una irónica sonrisa, encogiéndose de hombros—. En todo caso, esta no es mi única preocupación. Alguien nos sigue la pista.

Sintió un escalofrío al escuchar estas palabras.

—Entonces deberíamos retroceder. Preparar una emboscada...

—En tal caso —sonrió Perla, agitando un brazo—, por favor, elige un lugar adecuado.

Lostara escudriñó el entorno. El horizonte era llano en todas direcciones.

—¿Qué me dices de esos montículos que hemos cruzado hace un rato?

—Olvídalos —respondió la garra—. Antes estaban a una distancia prudencial y ahora no están más cerca.

—Entonces ese pozo...

—Mecanismos para medir la futilidad. Creo que no, querida. De momento me temo que debemos prescindir de lo que nos acosa...

—¿Y si se trata de Kalam?

—No lo es. Gracias a ti, no lo perdemos de vista. La mente de nuestro asesino divaga y por consiguiente también lo hace su rumbo. Una vergonzosa falta de disciplina para alguien de tanto peso. Reconozco que me ha decepcionado —contestó, dirigiendo la mirada al portal—. En todo caso, aquí nos hemos desviado una distancia considerable. Es necesaria una pequeña ayuda; no mucha, te lo aseguro. La emperatriz reconoce que el desplazamiento de Kalam sugiere... un riesgo personal para ella y por consiguiente debe considerarse absolutamente prioritario. No obstante...

La garra se quitó su media capa y la dobló cuidadosamente antes de dejarla en el suelo. Sobre el pecho llevaba una correa con estrellas lanzadoras. Bajo su axila izquierda afloraban las empuñaduras de varias navajas. Perla inspeccionó ritualmente todas y cada una de las armas.

—¿Espero aquí?

—Como quieras. Si bien no puedo garantizar tu seguridad si me acompañas, soy partidario de una escaramuza.

—¿Cuál es el enemigo?

—Seguidores del torbellino.

Lostara Yil desenvainó su espada.

Perla sonrió, como si fuera perfectamente consciente de antemano del efecto de sus palabras.

—Cuando aparezcamos, será de noche. Habrá también una espesa niebla. Nuestros enemigos son semk y tithansi, y nuestros aliados...

—¿Aliados? ¿Se ha iniciado ya la escaramuza?

—Desde luego. Wickanos e infantes de marina del Séptimo.

—Coltaine —dijo Lostara, exhibiendo su dentadura.

Creció su sonrisa cuando Perla sacó un par de finos guantes de piel.

—Lo ideal sería que sigan sin vernos —agregó.

—¿Por qué?

—Si se recibe ayuda en una ocasión, la expectativa es que se repita. El riesgo desgasta el filo de Coltaine y, por los ocultos, el wickano precisará ese filo en las semanas venideras.

—Estoy lista.

—Una cosa —agregó la garra—, hay un demonio semk. Mantente alejada del mismo, ya que si bien desconocemos casi por completo sus poderes, lo que sabemos sugiere un carácter... espantoso.

—Iré pisándote los talones —dijo Lostara.

—Hmm, en tal caso, cuando hayamos cruzado, gira a la izquierda. Yo lo haré a la derecha. Después de todo no sería un buen augurio que me pisotearan al entrar.

Se abrió el portal. En un abrir y cerrar de ojos, Perla se deslizó hacia delante y desapareció. Lostara espoleó su cabalgadura y el caballo saltó a través del portal...

El suelo sonaba a sólido bajo las pezuñas del animal. La niebla giraba vertiginosamente a su alrededor, en una oscuridad repleta de gritos y detonaciones. Había perdido ya a Perla, pero dejó rápidamente a un lado dicha preocupación cuando en su campo visual aparecieron a pie cuatro guerreros tithansi.

Presentaban heridas de metralla y ninguno de ellos anticipó la carga de Lostara, blandiendo su espada. Se dispersaron, pero sus heridas los obligaban a moverse con suma lentitud. Dos cayeron bajo la hoja de su espada al primer pase y Lostara dio media vuelta para cargar de nuevo.

Las capas de bruma se cernían lentamente a su alrededor como mantos caídos del cielo y no vio por ninguna parte a los otros dos guerreros. Oyó cierto alboroto a su izquierda, viró con el caballo y Perla apareció en su campo visual. Él se volvía a media carrera y lanzaba una estrella por detrás de ella.

Un hombre de dimensiones bestiales avanzó pesadamente y echó la cabeza atrás cuando la estrella se incrustó en su frente. Apenas redujo la marcha.

Lostara gruñó, soltó inmediatamente el sable, que se meció desenfrenadamente colgado de una correa alrededor de su cintura, y levantó la ballesta. Disparó bajo y la saeta se incrustó entre el esternón del semk y el grueso cinto de cuero que protegía su barriga. Fue más eficaz que la estrella de Perla. Mientras el individuo gruñía y se doblaba, Lostara comprobó sobresaltada que su boca y las ventanas de su nariz estaban cosidas. *¡No respira! ¡Aquí está nuestro demonio!*

El semk se irguió y levantó los brazos. La fuerza que emergió de los mismos era invisible, pero Perla y Lostara salieron volando por los aires. El caballo gimió agonizante, entre una sucesión de crujidos de huesos aplastados.

La espada roja cayó sobre su cadera derecha y sintió que el hueso resonaba en su interior como una campana rota. A continuación, las oleadas de dolor se cernían como zarpas sobre su pierna. Se le soltó la vejiga y un flujo cálido inundó su ropa interior.

Junto a ella aparecieron unos pies que calzaban mocasines. Perla puso un puñal en su mano.

—¡Quítate la vida cuando acabe conmigo! ¡Ahí viene!

Lostara Yil se contorsionó, con los dientes apretados.

El demonio semk, descomunal e imparable, estaba a diez pasos de distancia. Perla se agachó entre ambos, con cuchillos en las manos de los que goteaba fuego rojo. Lostara sabía que ya se daba por muerto.

Lo que apareció de improvisto a la izquierda del demonio era una pesadilla: negro, con tres extremidades y una paletilla protuberante como una capucha, tras una cabeza con un cuello alargado, una mandíbula abierta repleta de colmillos y un solo ojo plano y negro, húmedo y brillante.

Aún más aterradora era la figura humanoide sentada tras dicha paletilla, cuyo rostro era una imitación burlona de la bestia sobre la que cabalgaba, con los labios abiertos, mostrando unos colmillos como dagas, de la longitud de dedos infantiles, y un único ojo centelleante.

La aparición cayó sobre el demonio semk como un carro de combate descontrolado. Extendió su única extremidad superior, que penetró profundamente en la barriga del demonio y luego la retiró con una explosión de líquidos a chorros. Preso en dicha extremidad había algo que radiaba palpables oleadas de furor. El aire se tornó gélido.

Perla retrocedió hasta tocar a Lostara con los pies, bajó una mano sin apartar los ojos de aquella visión y agarró su correa de armamento.

El cuerpo del semk parecía doblarse sobre sí mismo, conforme retrocedía tambaleándose. La aparición se encabritó, sin soltar el objeto carnoso y goteante.

Su jinete intentó cogerlo, pero la criatura silbó y se retorció para impedir que lo alcanzara. En su lugar, lo

arrojó a la bruma.

El semk lo persiguió tambaleándose.

La larga cabeza de la aparición se volvió para mirar a Lostara y Perla, con una espantosa mueca.

—Gracias —susurró Perla.

Afloró un portal a su alrededor.

Lostara pestañeó, con la mirada en un cielo apagado, saturado de ceniza. No se oía otro ruido más que el de la respiración. *A salvo*. Al cabo de un momento, como si un velo la envolviera, perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 13



Exquisita combinación de perro y amo,
el pastor wickano es fiero, imprevisible,
compacto pero poderoso, y su característica
más notable es su tenacidad.

Vidas de los conquistados
Ilem Trauth

Mientras Duiker andaba a zancadas entre las vastas y espaciosas tiendas, estalló más adelante un coro de gritos. Al cabo de un momento apareció uno de los perros wickanos, todo músculos, cabeza gacha, que se dirigía con rumbo inequívoco hacia el historiador.

Duiker palpó en busca de su espada, perfectamente consciente de que ya era demasiado tarde. En el último instante el enorme animal lo evitó con suma agilidad y el historiador vio que llevaba en la boca un perro faldero, cuyos ojos oscuros se habían convertido en espejos de terror.

El perro pastor siguió corriendo, se deslizó entre dos tiendas y desapareció de la vista.

Delante del historiador aparecieron varias personas, armadas con grandes piedras y, curiosamente, provistas de sombrillas orientales. Iban todas vestidas como para asistir a una función real, pero en sus expresiones Duiker vio pura ira.

—¡Eh, tú, viejo! —exclamó una de ellas—. ¿Acabas de ver un perro rabioso?

—Sí, he visto un perro pastor que corría —respondió sosegadamente el historiador.

—¿Con un raro perro cucaracha hengese en la boca?

¿Un perro que come cucarachas?

—¿Raro? No me pareció nada raro ver una cucaracha en la boca de un perro.

Los nobles guardaron silencio y miraron fijamente a Duiker.

—Mal momento para el humor —refunfuñó el portavoz.

Era más joven que los demás, y su piel canela y sus grandes ojos denotaban que pertenecía al linaje de Quon Tali. Era delgado, con la arrogancia propia de un duelista, como lo confirmaba el estoque con vaina de mimbre en su cintura. Además, algo en su mirada le sugirió a Duiker que disfrutaba matando.

Se le acercó con aire petulante.

—Discúlpate, campesino, aunque confieso que no te ahorraré una paliza, pero por lo menos seguirás respirando...

Por detrás se acercó un jinete a medio galope.

Duiker se percató de que el duelista le lanzaba una mirada por encima del hombro.

El cabo Lista frenó el caballo, sin prestar atención alguna al noble.

—Lo siento, señor —dijo—. Me ha entretenido el herrero. ¿Dónde está su caballo?

—Con la caballeriza principal —respondió Duiker—. Un día libre para el pobre animal, se lo merece sobradamente.

Para un joven de bajo rango, Lista se expresó con un frío respeto impresionante cuando por fin miró al noble.

—Si llegamos tarde, señor —dijo, dirigiéndose a Duiker —, Coltaine nos pedirá explicaciones.

—¿Hemos terminado? —preguntó entonces el historiador, dirigiéndose al noble.

—Por ahora —asintió, con una leve inclinación de la cabeza.

Escortado por el cabo, Duiker reemprendió su paseo por el campamento de los nobles. Cuando había dado una docena de pasos, Lista se inclinó sobre la silla.

—Alar parecía dispuesto a emprenderla contigo, historiador.

—¿Es conocido? ¿Alar?

—Pullyk Alar.

—Cuánto lo siento por él.

Lista sonrió.

Al llegar a un claro en el centro del campamento, descubrieron que había un castigo público. El individuo con un látigo de cuero en una mano, acalorada e hinchada, tenía un aspecto familiar. La víctima era un sirviente. A un lado había otros tres sirvientes, con la mirada baja. Cerca se encontraban unos pocos nobles junto a una mujer que sollozaba, a la que susurraban palabras de consuelo.

La capa de brocado en oro de Lenestro había perdido parte de su lustre, y el frenesí en su rostro colorado cuando agitaba el látigo hacía que se asemejase a un simio iracundo interpretando la farsa tradicional del *Espejo del rey* en una feria rural.

—Veo que los nobles se alegran del regreso de sus sirvientes —dijo secamente Lista.

—Sospecho que esto tiene más que ver con el rapto de un perro faldero —susurró el historiador—. En todo caso, ahora se detiene.

—Se limitará a proseguir más adelante —dijo el cabo, después de echar una ojeada.

Duiker guardó silencio.

—¿Quién robaría un perro faldero? —se preguntó Lista, junto al historiador, que se acercaba a Lenestro.

—¿Quién no lo haría? Disponemos de agua, pero todavía tenemos hambre. En todo caso, se le ocurrió a un perro wickano antes que a cualquiera de nosotros, para nuestra vergüenza colectiva.

—Yo lo atribuyo a la preocupación.

Lenestro se percató de que se aproximaban y bajó el látigo, con la respiración tan ruidosa como un fuelle.

Sin prestar atención al noble, Duiker se dirigió hacia el sirviente. Era un anciano, con las rodillas y los codos en el suelo, que se protegía la nuca con las manos. Tenía franjas rojas en los nudillos, el cuello y a lo largo de su huesuda espalda. Debajo de sus lesiones se detectaban las huellas de cicatrices anteriores. Junto a él, en el suelo polvoriento, había una correa con joyas incrustadas sujeta a un collar roto.

—¡Esto no es de tu incumbencia, historiador! —exclamó Lenestro.

—Estos sirvientes han soportado un ataque tithansi en Sekala —dijo Duiker—. Gracias a su defensa conserváis vuestras cabezas, Lenestro.

—¡Coltaine ha robado propiedad privada! —protestó el noble—. ¡Así lo ha dictado el concejo, la sanción ha sido establecida!

—Establecida y debidamente jodida —dijo Lista.

Lenestro se dirigió al cabo y levantó el látigo.

—Cuidado —advirtió Duiker, irguiéndose—, agredir a un soldado del Séptimo, o incluso a su caballo, se castiga con la horca.

Lenestro, con el brazo todavía levantado y el látigo temblando en su mano, se esforzaba visiblemente para controlar su genio.

Otros se acercaban, claramente partidarios de Lenestro. No obstante, el historiador no anticipaba violencia. Puede que los nobles tuvieran ideas irreales, pero eran cualquier cosa menos suicidas.

—Cabo, llevaremos a este hombre a los curanderos del Séptimo —dijo Duiker.

—Sí, señor —respondió Lista, desmontando de inmediato.

El sirviente había perdido el conocimiento. Entre los dos lo llevaron junto al caballo y lo colocaron bocabajo sobre la silla.

—Me lo devolveréis cuando esté curado —dijo Lenestro.

—¿Para que puedas ensañarte de nuevo? Te equivocas, no volverá contigo.

Y si tú y tus camaradas estáis escandalizados, veréis lo que os espera dentro de una hora.

—Todos los actos contrarios a la ley malazana serán recordados —dijo el noble en tono estridente—. Habrá recompensa, con intereses.

Duiker ya estaba harto. De súbito se acercó a Lenestro, agarró con ambas manos el cuello de su capa y lo zarandeó hasta hacerle castañetear los dientes. Se le cayó el látigo de la mano. Los ojos del noble estaban llenos de terror y le recordaron al historiador los del perro faldero en la boca del sabueso.

—Probablemente crees que voy a memorizar la situación en la que todos vosotros os encontráis —susurró Duiker—. Pero ya es evidente que no tendría sentido. Eres un matón descerebrado, Lenestro. Si vuelves a provocarme, te obligaré a comer excrementos de cerdo y te gustarán.

Volvió a zarandear al lastimoso individuo y luego lo soltó. Lenestro se desplomó y Duiker lo miró con el entrecejo fruncido.

—Se ha desmayado —dijo Lista.

—Eso parece.

¿Te había asustado el viejo?

—¿Era eso realmente necesario? —preguntó una voz lastimera, era la de Nethpara, que emergía de la muchedumbre—. Por si no bastara con nuestras innumerables peticiones existentes, ahora debemos agregar intimidación personal a nuestros agravios. Debería darte vergüenza, historiador...

—Disculpe, señor —dijo Lista—. Antes de seguir amonestando al historiador, puede que le interese saber que la erudición a este hombre le llegó a una edad avanzada. Encontrará su nombre entre los distinguidos de la Primera Columna del Ejército en Unta y, de no haber llegado tarde, habría presenciado el genio de un viejo soldado. El historiador ha demostrado en realidad una contención admirable al agarrar a Lenestro con ambas manos por las solapas de la capa, en lugar de desenvainar esa curtida espada de su cintura y atravesar el corazón de ese sapo.

Nethpara pestañeó, con sudor alrededor de los ojos.

Duiker se volvió lentamente para mirar a Lista.

El cabo detectó la consternación en el rostro del historiador y respondió con un guiño.

—Más vale que sigamos, señor —dijo.

Dejaron atrás un corro en el claro, que solo rompió el silencio cuando penetraron en la siguiente avenida.

Lista caminaba junto al historiador y tiraba de las riendas de su caballo.

—No deja de asombrarme que todavía persista en ellos la idea de que sobreviviremos a este viaje.

Duiker lo miró sorprendido.

—¿Tú no lo crees, cabo?

—Nunca llegaremos a Aren, historiador. Y sin embargo, esos dementes recopilan sus peticiones y sus agravios contra las mismas personas que los mantienen vivos.

—Existe una gran necesidad de mantener la ilusión del orden, Lista. En todos nosotros.

—Hace un momento no he detectado la menor compasión —dijo irónicamente el joven.

—Por supuesto.

Abandonaron el campamento de los nobles y penetraron en el tumulto de carromatos que transportaban a los heridos. Se oían constantes gemidos de dolor. Duiker sintió un escalofrío. Incluso los hospitales sobre ruedas estaban impregnados de ese persistente ambiente de miedo, los sonidos del desafío y el silencio de la rendición. Las múltiples capas consoladoras de la mortalidad habían sido eliminadas, revelando huesos atormentados, cual comprensión repentina de la muerte que dolía como un nervio pellizcado.

Tal conciencia y tales revelaciones saturaban el aire de la pradera de un modo en que los sacerdotes solo podían soñar para sus templos. *Temer a los dioses es temer la muerte. En los lugares donde hombres y mujeres se están muriendo, los dioses han dejado de estar en los espacios intermedios. La intercesión tranquilizadora ha desaparecido. Han retrocedido, cruzado las puertas y observan desde el otro lado. Observan y esperan.*

—Debimos haber dado un rodeo —susurró Lista.

—Incluso sin ese sirviente necesitado sobre tu caballo —respondió Duiker—, habría insistido en que pasáramos por

allí, cabo.

—Esta es una lección que ya he aprendido —dijo Lista, en un tono tirante.

—A juzgar por tus palabras anteriores, creo que la lección que has aprendido es diferente de la mía, muchacho.

—¿Te alienta este lugar, historiador?

—Me fortalece, cabo, aunque con frialdad, lo reconozco. Olvida los juegos de los ascendientes. Esto es lo que somos. La lucha interminable expuesta al desnudo. Ha desaparecido lo idílico, el engaño de la importancia de uno mismo, así como la falsa humildad de la insignificancia. Incluso cuando luchamos en batallas enteramente personales, estamos unificados. Este es el lugar de equilibrio de la tierra, cabo. Esta es su lección y me pregunto si es accidental que esa muchedumbre ilusa de cordones dorados deba seguir los pasos de estos carromatos.

—En todo caso, pocas revelaciones han supurado hacia atrás para mancillar los sentimientos de los nobles.

—¿Tú crees? Yo he oído desesperación entre esa gente, cabo.

Lista vislumbró a una curandera y dejaron al sirviente en sus manos cubiertas de sangre.

El sol tocaba casi el horizonte exactamente delante de ellos cuando llegaron al campamento principal del Séptimo. El humo ligero de las hogueras de estiércol flotaba como una gasa dorada sobre las ordenadas hileras de tiendas. A un lado, dos pelotones de infantería habían organizado una competición de tira y afloja, utilizando como pelota un cráneo envuelto en cuero. A su alrededor, un corro de espectadores vitoreaba y abucheaba. Las carcajadas impregnaban el ambiente.

Duiker recordó las palabras de un viejo infante de marina en su época de soldado. *«A veces hay que sonreír y escupirle al Embozado en la cara.»* Eso era exactamente lo que hacían los pelotones que competían, corriendo desesperadamente para burlarse también de su propio agotamiento y perfectamente conscientes de que ojos tithansi los observaban desde la lejanía.

Estaban a un día de camino del río P'atha y la inminente batalla era una promesa que empañaba el crepúsculo.

Dos infantes de marina del Séptimo custodiaban la tienda de mando de Coltaine. El historiador reconoció a uno de ellos.

—Historiador —dijo, saludando con la cabeza.

Había algo en su pálida mirada que parecía extender una mano invisible sobre su pecho y obligar a Duiker a guardar silencio, pero logró sonreír.

—Muy bien, historiador —susurró Lista, mientras entraban por la portezuela de la tienda.

—Basta, cabo —respondió Duiker, sin mirarlo para borrar la sonrisa de su rostro.

El hombre llega a una edad en la que ya no es sensato dejarse arrastrar por el deseo, sobre todo ante una camarada a la que dobla en edad. Esa ilusión por competir es excesivamente patética. Además, la mirada de esa chica era probablemente más compasiva que cualquier otra cosa, a pesar de lo que susurre mi corazón. Déjate de pensamientos ilusos, viejo.

Coltaine estaba cerca del palo central, con una expresión lúgubre. La llegada de Duiker y Lista había interrumpido una conversación. Bastión y el capitán Tregua, sentados en sillas de montar, parecían cabizbajos. Sormo, envuelto en una piel de antílope y con los ojos envueltos en la sombra,

estaba de espaldas al fondo de la tienda. El ambiente era tenso y sofocante.

—Sormo nos hablaba del vínculo divino semk —dijo Bastión, después de aclararse la garganta—. Los espíritus dicen que algo lo ha dañado. Gravemente. La noche de la incursión, un demonio deambulaba por el campo. Supongo que con tiento, sin dejar un rastro fácil de detectar. En todo caso, parece que magulló al semk y luego se retiró. Al parecer, historiador, la garra iba acompañada.

—¿Un demonio imperial?

Bastión se encogió de hombros y miró fijamente a Sormo.

El guerrero, que parecía un buitre negro sobre el palo de una verja, se estremeció ligeramente.

—Hay precedentes —reconoció—. Pero Nada no lo cree.

—¿Por qué? —preguntó Duiker.

Se hizo una prolongada pausa antes de que Sormo respondiera.

—Cuando Nada se refugió en sí mismo aquella noche... no, mejor dicho, creyó que era su propia mente la que lo protegía del ataque de brujería del semk... —dijo el guerrero, con evidente dificultad para expresarse—. Se dice que los espíritus andantes tanno de esta tierra son capaces de buscar a través de un mundo oculto no una auténtica senda, sino un reino donde las almas están desprovistas de carne y hueso. Parece que Nada se tropezó con dicho lugar y allí se encontró cara a cara con... otro. Al principio creyó que no se trataba más que de un aspecto de sí mismo, un reflejo monstruoso...

—¿Monstruoso? —preguntó Duiker.

—Un muchacho de la misma edad de Nada, pero con un rostro demoníaco. Nada cree que estaba adherido a la

aparición que atacó al semk. Los demonios imperiales raramente poseen familiares humanos.

—¿Entonces quién lo mandó?

—Puede que nadie.

No me sorprende que Coltaine tuviera sus plumas negras erizadas.

A los pocos minutos, Bastión emitió un sonoro suspiro y estiró sus piernas nudosas y retorcidas.

—Kamist Reloe nos ha preparado una bienvenida al otro lado del río P'atha. No podemos permitirnos rodearle. Por consiguiente, cruzaremos sus filas.

—Tú cabalgarás con los infantes de marina —dijo Coltaine, dirigiéndose a Duiker.

El historiador miró fugazmente al capitán Tregua.

—Parece, viejo, que te has ganado un lugar con los mejores —sonrió el hombre de barba roja.

—¡Por el aliento del Embozado! No duraré ni cinco minutos en el campo de batalla. La otra noche casi se me paró el corazón después de una escaramuza que apenas duró tres suspiros...

—No estaremos en primera línea —dijo Tregua—. No quedamos los suficientes para eso. Si todo funciona como está previsto, no desenvainaremos siquiera las espadas.

—Ah, muy bien —respondió Duiker, antes de dirigirse a Coltaine—. Ha sido un error devolver los sirvientes a los nobles —dijo—. Parece que los de alta cuna han concluido que no volverás a arrebatárselos si no están en condiciones de tenerse en pie.

—Esos sirvientes demostraron valor en el paso de Sekala —dijo Bastión.

—Tío, ¿conservas todavía aquel pergamino exigiendo compensación? —preguntó Coltaine.

—Desde luego.

—¿Y dicha compensación se calculó en base al valor en monedas de cada sirviente?

Bastión asintió.

—Recoge a los sirvientes y paga por ellos al contado, en jakatas de oro.

—De acuerdo, aunque tanto oro supondrá una pesada carga para los nobles.

—Mejor para ellos que para nosotros.

—¿No son esas monedas la paga de los soldados? —preguntó Tregua, después de aclararse la garganta.

—El Imperio satisface sus deudas —refunfuñó Coltaine.

Era una afirmación que en el futuro prometía aumentar en resonancia. El silencio momentáneo de la tienda le indicó a Duiker que no era el único en percatarse de ello.



Las políñeras revoloteaban sobre la cara de la luna. Duiker estaba sentado junto al rescoldo de una hoguera. Los nervios habían obligado al historiador a abandonar su camastro. Por todas partes el campamento dormía: una ciudad exhausta. Incluso los animales guardaban silencio.

Los rhizanos hacían barridos por el aire caliente, sobre las ascuas, atrapando por las alas a los insectos que revoloteaban. Se oía un suave crujido incesante de caparazones.

Una oscura figura apareció junto a Duiker, se agachó y guardó silencio.

—Un puño necesita descanso —dijo Duiker al rato.

—¿Y un historiador? —refunfuñó Coltaine.

—Nunca descansa.

—Se nos niegan nuestras necesidades —dijo el wickano.

—He hecho un estudio de la falta de sentido del humor de Bastión.

—Eso es perfectamente evidente.

Durante algún tiempo, ninguno de ellos dijo palabra. Duiker no podía alegar que conociera al hombre que permanecía junto a él. Si el puño estaba plagado de dudas no lo manifestaba, ni evidentemente lo haría. Un comandante no revela sus debilidades. En el caso de Coltaine, sin embargo, no era solo su rango lo que dictaba su terquedad. Incluso Bastión había musitado en alguna ocasión que su sobrino era un hombre que se aislaba hasta unos niveles que excedían en mucho el estoicismo wickano.

Coltaine nunca arengaba a la tropa y, aunque a menudo lo veían sus soldados, no se exhibía deliberadamente como muchos otros comandantes. No obstante, esos soldados ahora le pertenecían, como si el puño pudiera llenar todos los espacios de silencio con un compromiso físico tan sólido como un estrechamiento de antebrazos.

¿Qué ocurrirá el día en que dicha fe se desmorone? ¿Y si faltan escasas horas para ese día?

—El enemigo caza a nuestros exploradores —dijo Coltaine—. No logramos ver lo que nos han preparado en el próximo valle.

—¿Los aliados de Sormo?

—Los espíritus están preocupados.

Ah, el vínculo divino semk.

—Can'eld, debrahl, tithansi, semk, tepasi, halafanes, ubari, hissari, sialk y guran.

Ahora cuatro tribus. Seis legiones ciudadanas. ¿Detecto dudas?

El puño escupió en las ascuas.

—El ejército que nos espera es uno de los dos que ocupan el sur.

En nombre del Embozado, ¿cómo lo sabe?

—¿Ha salido entonces Sha'ik de Raraku?

—No lo ha hecho. Es un error.

—¿Qué se lo impide? ¿Ha sido aplastada la rebelión en el norte?

—¿Aplastada? No, lo controla todo. En cuanto a Sha'ik...

—Coltaine hizo una pausa para ajustarse su capa de plumas de cuervo—, puede que sus visiones la hayan llevado al futuro. Tal vez sepa que el torbellino fracasará, que en este mismo momento el consejero de la emperatriz reúne sus legiones; el puerto de Unta está repleto de transportes. El éxito del torbellino resultará ser solo momentáneo, un primer asalto debido únicamente a la debilidad imperial. Sha'ik lo sabe... El dragón se ha despertado y sus movimientos son pesados e imperceptibles, pero cuando surja su furor completamente, restregará esta tierra de costa a costa.

—¿A qué distancia está ese otro ejército, aquí en el sur?

—Me propongo llegar a Vathar dos días antes que ellos —respondió Coltaine, después de erguirse.

Ya debe saber que Ubaryd ha caído, junto a Devral y Asmar. Vathar es el tercer y último río. Si logramos cruzar Vathar, nos quedará un tramo recto hacia el sur hasta Aren, aunque se trata del más imponente páramo de este continente maldito por el Embozado.

—Puño, todavía tardaremos meses en llegar al río Vathar. ¿Qué me dices de mañana?

Coltaine retiró la mirada de las ascuas y pestañeó en dirección al historiador.

—Mañana aplastaremos el ejército de Kamist Reloe, evidentemente. Hay que pensar en el futuro lejano para

triunfar, historiador. Deberías comprenderlo.

El puño se marchó.

Duiker permaneció con la vista fija en la hoguera moribunda y un gusto amargo en la boca. *Es el gusto del miedo, viejo. Tú no dispones de la armadura impenetrable de Coltaine. No puedes ver más que unas pocas horas a partir de ya, esperas el alba convencido de que será tu último amanecer y por consiguiente debes presenciarlo. Coltaine espera lo imposible, espera que compartamos su implacable confianza. Que compartamos su locura.*

Un rhizano se posó en su bota y dobló sus delicadas alas. El lagarto alado llevaba una poliñera en la boca, que seguía luchando mientras el rhizano la devoraba metódicamente.

Duiker esperó a que terminara su comida antes de mover el pie para que reemprendiera el vuelo. El historiador se irguió. Surgían ruidos de actividad en los campamentos wickanos y se dirigió al más próximo.

Los jinetes del clan de Perroloco se habían reunido para preparar su equipo a la luz de unas antorchas. Duiker se acercó. Habían aparecido ornamentadas armaduras de cuero prensado, pintadas en tonos turbios y oscuros de rojo y verde. El equipo acolchado era de un estilo que el historiador nunca había visto. Incorporaba cenizas de augurios wickanos. Las armaduras parecían antiguas, pero nunca usadas.

Duiker se acercó al guerrero más próximo, un joven rubicundo que engrasaba afanosamente la brida de un caballo.

—Pesada armadura para un wickano —dijo el historiador—. Y también para un caballo wickano.

El joven asintió formalmente, sin decir palabra.

—Os estáis convirtiendo en una caballería pesada.

El muchacho se encogió de hombros.

—El comandante lo diseñó durante la rebelión —respondió un guerrero cercano, de mayor edad—. Luego acordaron la paz con el emperador, antes de poder usarlo.

—¿Y lo lleváis auestas desde entonces?

—Así es.

—¿Por qué no utilizasteis estas armaduras en el paso de Sekala?

—No era necesario.

—¿Y ahora?

El veterano sonrió y levantó un casco de hierro, con un nuevo puente y protecciones para las mejillas.

—Las hordas de Reloe todavía no se han enfrentado a la caballería pesada, ¿no es cierto?

Una gruesa armadura no equivale a caballería pesada. ¿Os habéis entrenado para esto, ilusos? ¿Sois capaces de galopar en formación? ¿Podéis girar sobre los talones? ¿Cuánto tardarán los caballos en agotarse bajo tanto peso?

—Tendréis un aspecto bastante intimidatorio —dijo el historiador.

El wickano captó su escepticismo y creció su sonrisa.

El joven dejó la brida en el suelo y empezó a abrocharse un cinto para la espada. Desenvainó el arma, mostrando seis palmos de hierro ennegrecido, con la punta redondeada y desafilada. Parecía pesada y demasiado grande en manos del muchacho.

Por el aliento del Embozado, un golpe lo arrancará de la silla.

—Ejercicios de calentamiento, Temul —dijo el veterano en malazano.

Temul inició inmediatamente una compleja coreografía, esgrimiendo la espada.

—¿Os proponéis desmontar cuando llegéis frente al enemigo?

—Dormir le habría sentado bien a tu mente, viejo.

Comprendido, bastardo.

Duiker se retiró. Siempre había detestado las horas antes de una batalla. Ninguno de los rituales de preparación le habían resultado útiles. Un soldado con experiencia tardaba veinte latidos del corazón escasos en comprobar las armas y el equipo. El historiador nunca había logrado repetir dicha comprobación una y otra vez de forma rutinaria, como lo hacían muchos soldados. Mantener las manos ocupadas, mientras la mente se sumía lentamente en un mundo preciso de colores saturados, una dolorosa claridad y una especie de anhelo lujurioso que se apoderaba del cuerpo y del alma.

Algunos guerreros se preparan para vivir, otros para morir, y en estas horas, antes de que el destino se despliegue, es muy difícil distinguir a los unos de los otros. La danza del joven Temul hace un momento podría ser la última. Puede que esa espada jamás vuelva a salir de su vaina y agitarse en su mano.

El cielo se iluminaba por el este, el frío viento empezaba a calentarse. La vasta bóveda celeste estaba despejada. Una formación de pájaros volaba a gran altura hacia el norte, la pauta de puntos casi inmóvil.

Con el campamento wickano a su espalda, Duiker entró en las ordenadas hileras de tiendas características del Séptimo. Los diversos elementos mantenían su cohesión en la distribución del campamento y todos eran claramente identificables para el historiador. La infantería media, que constituía el grueso del ejército, se hallaba dividida en compañías, cada una formada por varias cohortes, subdivididas a su vez en pelotones. Entraban en batalla con armadura de bronce de cuerpo entero, picas y machetes. Llevaban túnicas, rodilleras y manoplas de malla de bronce,

y cascos también de bronce reforzados con barras de hierro alrededor del cráneo. Piezas de malla protegían sus cuellos y sus hombros. El resto de los infantes eran los de marina y los zapadores, los primeros divididos en infantería pesada y tropas de choque, inventadas por el antiguo emperador y todavía únicas en el Imperio. Iban armados con ballestas y machetes, además de sables. Vestían malla ennegrecida bajo sus prendas de cuero. Uno de cada tres soldados llevaba un gran escudo redondo, de madera blanda y gruesa, que empapaban de agua durante una hora antes de cada batalla. Los utilizaban para capturar las armas de los enemigos, desde espadas hasta mayales. Se abandonaban pocos minutos después de una pelea, generalmente cubiertos de una horrorosa colección de armas de hierro afiladas y puntiagudas. Esta táctica peculiar del Séptimo había demostrado su eficacia contra los semk y sus métodos indisciplinados de lucha con ambas manos. Los infantes de marina la denominaban «sacamuelas».

El campamento de los zapadores estaba un tanto separado de los demás, lo más lejos posible cuando llevaban municiones de Moranth. A pesar de que miró, Duiker no alcanzó a ver su emplazamiento, pero sabía perfectamente lo que encontraría. *Busca la colección de tiendas más desordenada y los efluvios más malolientes con nubes de mosquitos y moscas negras, y habrás encontrado a los ingenieros malazanos. Y allí verás a los soldados estremeciéndose como hojas, con hoyuelos de quemaduras, pelo chamuscado y un brillo oscuro y demente en su mirada.*

El cabo Lista y el capitán Tregua estaban en un extremo del campamento de los infantes, junto al destacamento de la leal guardia hissari, cuyos soldados preparaban en lúgubre silencio sus sables y escudos redondos. Gozaban de

la confianza absoluta de Coltaine y los nativos de Siete Ciudades habían demostrado repetidamente su valor luchando con una ferocidad fanática, como si hubieran asumido una carga de vergüenza y culpa, de la que solo podían librarse masacrando a todos y cada uno de sus parientes traidores.

El capitán Tregua sonrió cuando se reunió con ellos el historiador.

—¿Tienes un trapo para cubrirte la cara? Hoy vamos a tragar polvo en cantidad, viejo.

—Prefiero tragar polvo que cinco palmos de frío hierro —respondió Duiker—. ¿Sabemos ya a lo que nos enfrentamos, Tregua?

—Trátame de «capitán».

—Cuando dejes de llamarme «viejo», te llamaré por tu rango.

—Era una broma, Duiker —dijo Tregua—. Llámame lo que quieras, incluido cerdo testarudo si te apetece.

—Puede que lo haga.

Tregua puso mala cara.

—No has pegado ojo, ¿verdad? —preguntó el capitán, antes de dirigirse a Lista—. Si el vejete empieza a quedarse dormido, cabo, tienes mi permiso para darle un trompazo en ese casco abollado que lleva.

—Siempre y cuando yo me mantenga despierto, señor. Tanta alegría me está agotando.

Tregua miró a Duiker con una mueca.

—Ahora el chico se nos vuelve ingenioso.

—Y que lo digas.

El sol se levantaba sobre el horizonte. Al norte, pájaros de pálidas alas revoloteaban sobre los altibajos de las colinas. Duiker se miró fugazmente las botas. El rocío de la mañana se había filtrado por la piel desgastada. Hebras

arrancadas de telarañas formaban un dibujo tirante y reluciente sobre sus puntas, que le parecía de una hermosura inconmensurable. *Telarañas... trampas intrincadas. Pero ha sido mi paso descuidado lo que ha impedido que se colmara el trabajo nocturno. ¿Será esta la causa de que hoy pasen hambre las arañas?*

—No deberías pensar demasiado en lo que nos espera —dijo Tregua.

—¿Cuál es el plan? —sonrió Duiker, con la mirada en el firmamento.

—Los infantes de marina del Séptimo son la punta de lanza. Jinetes del Cuervo a ambos flancos son los dardos de apoyo. Los perros locos, convertidos ahora en una caballería pesada digna de Togg, constituyen el peso tras los infantes. A continuación los heridos, protegidos por todos lados por la infantería del Séptimo. Por último, los leales hissari y la caballería del Séptimo.

Duiker tardó en reaccionar, luego pestañeó y miró al capitán.

Tregua asintió.

—Los refugiados y los rebaños permanecerán en retaguardia, a este lado del valle pero ligeramente hacia el sur, en una meseta baja denominada Bajío en los mapas, con una cadena de colinas al sur de la misma, protegidos por el clan Comadreja. Es lo más seguro; después de Sekala, ese clan se ha vuelto oscuro y peligroso. Todos sus jinetes se han limado los dientes, aunque cueste creerlo.

—Vamos ligeros a esa batalla —dijo el historiador.

—Efectivamente, salvo por los heridos.

Los capitanes Sulmar y Chenned llegaron del campamento de infantería. Por su postura y expresión, Sulmar estaba furioso. El aspecto de Chenned era burlón, aunque ligeramente desconcertado.

—¡Sangre y tripas! —exclamó Sulmar, con su pulcro bigote erizado—. ¡Esos malditos zapadores y su capitán, hijo del Embozado! ¡Esta vez la han hecho gorda!

Chenned cruzó su mirada con la de Duiker y movió la cabeza.

—Coltaine se ha puesto lívido al recibir la noticia.

—¿Qué noticia?

—¡Los zapadores se fugaron anoche! —gruñó Sulmar—. ¡Que el Embozado pudra a todos y cada uno de esos cobardes! ¡Que Poliel bendiga a sus bastardos con pus, sífilis y pestilencia! ¡Que Togg aplaste...!

Chenned se reía de incredulidad.

—¡Capitán Sulmar! ¿Cómo reaccionarían nuestros amigos del concejo ante este lenguaje tan soez?

—¡Que Ascu te lleve consigo, Chenned! Ante todo soy un soldado, maldito seas. Llovizna contra un diluvio, eso es a lo que nos enfrentamos...

—No habrá ninguna deserción —dijo Tregua, mientras se rastrillaba la barba con sus maltrechos dedos—. Los zapadores no huyen. Apuesto a que algo traman. No es fácil refrenar esa mugrienta compañía variopinta si ni siquiera se logra localizar a su capitán, pero no creo que Coltaine vuelva a cometer la misma equivocación.

—No tendrá la oportunidad de hacerlo —farfulló Sulmar—. Los primeros gusanos penetrarán en nuestras orejas antes del anochecer. Será la fiesta del olvido para todos nosotros, recordad mis palabras.

—Si este es el límite de tu esperanza, Sulmar —dijo Tregua, con las cejas levantadas—, siento compasión por tus soldados.

—La compasión es para los vencedores, Tregua.
Sonó una plañidera nota de un cuerno solitario.

—La espera ha concluido —dijo Chenned, con evidente alivio—. Reservadme una parcela de césped cuando caigáis, caballeros.

Duiker observó la retirada de los dos capitanes del Séptimo. Hacía mucho tiempo que no oía aquella forma de despedirse.

—El padre de Chenned estuvo con la primera espada Dassem —dijo Tregua—. O eso se rumorea. Incluso cuando los nombres se borran de los relatos oficiales, el pasado muestra su rostro, ¿no es cierto, viejo?

Duiker no estaba de humor para aceptar ninguno de los envites.

—Creo que voy a comprobar mi equipo —dijo, antes de dar media vuelta.



No fue hasta el mediodía cuando se completó la posición definitiva. Hubo casi una rebelión cuando los refugiados comprendieron por fin que el grueso del ejército cruzaría sin ellos. La selección de Coltaine del clan Comadreja para que les escoltara, cuyos jinetes tenían un aspecto auténticamente aterrador con su piel jironada, sus tatuajes negros y sus dientes limados, fue una muestra más de su astucia, a pesar de que sus jinetes estuvieron a punto de excederse con sus sanguinarios hostigamientos, dirigidos contra la gente a la que habían jurado proteger. A desgana se estableció la calma, a pesar de los frenéticos esfuerzos en contra por parte del amedrentado concejo de los nobles y de su capacidad, aparentemente inagotable, para presentar quejas y mandatos.

Con la fuerza principal finalmente reunida, Coltaine dio la orden de avanzar.

Hacía un calor sofocante, de la tierra árida se elevaban nubes de polvo cuando los cascos de los caballos y las botas aplastaban la quebradiza hierba. Por desgracia, la predicción de Tregua de tragar polvo resultó ser cierta y Duiker se llevó en más de una ocasión la cantimplora a los labios para que el agua le humedeciera la boca y su reseca garganta.

A su izquierda caminaba el cabo Lista, con su cara cubierta de blanco y el casco sobre su frente empapada de sudor. A su derecha marchaba la infante de marina veterana, cuyo nombre desconocía y no quería preguntar. El miedo a lo que Duiker anticipaba le había invadido el cuerpo como una infección. Sus pensamientos eran delirios que le infundían un terror irracional de... *conocimiento. De los detalles que le recuerdan a uno la humanidad. Los rostros con nombre son como serpientes enroscadas, dispuestas a dispensar la más dolorosa de las mordeduras. Nunca volveré a la lista de bajas, porque ahora comprendo que el soldado desconocido es un don. El soldado conocido, muerto, cera fundida, exige una respuesta de los vivos... una respuesta que nadie puede brindar. Los nombres no son un consuelo, son una llamada a contestar lo incontestable. ¿Por qué fue ella quien murió y no él? ¿Por qué permanecen anónimos los supervivientes, como si fueran malditos, mientras se venera a los muertos? ¿Por qué nos aferramos a lo que perdemos e ignoramos lo que todavía poseemos?*

No nombremos a ninguno de los caídos, ya que estuvieron en nuestro lugar, y permanezcamos firmes en nuestros puestos en cada momento de nuestras vidas. No glorifiquéis mi muerte y dejadme morir olvidado y

desconocido. No permitáis que se diga que estaba entre los muertos para acusar a los vivos.

El río P'atha dividía el lecho seco de un lago, dos mil pasos de este a oeste y cuatro mil de norte a sur. Cuando la vanguardia alcanzó la cresta este y empezó a descender hacia la cuenca, Duiker contempló una vista panorámica de lo que sería el campo de batalla.

Kamist Reloe los esperaba con su ejército: el brillo del hierro vasto y reluciente a la luz deslumbradora de la mañana, con los estandartes de las ciudades y los pendones tribales descoloridos sobre el mar de cascos puntiagudos. Los soldados engalanados se movían y ondulaban como impulsados por corrientes invisibles. Su número era asombroso.

El cauce del río, a seiscientos pasos delante de ellos, era estrecho, con abundantes piedras, poblado de matorrales espinosos a ambos lados. Un camino de mercaderes señalaba el lugar tradicional por donde cruzarlo y luego viraba al oeste hasta lo que había sido una suave cuesta en la ladera opuesta, pero los zapadores de Reloe habían estado ocupados: habían levantado un muro de arena, excavando la pendiente natural a ambos lados para crear un elevado acantilado. Al sur del lecho del lago había arroyos, piedras, rocas y serpenteantes peñascos; al norte se levantaba una accidentada cadena montañosa, impecablemente blanca a la luz del sol. Kamist Reloe se había asegurado de que hubiera una sola salida hacia el oeste y en la cima esperaban sus fuerzas de élite.

—¡Por el aliento del Embozado! —farfulló el cabo Lista—. Ese bastardo ha reconstruido la cadena Gelor; y hacia el sur, señor, esa columna de humo, ahí estaba la guarnición de Melm.

Duiker miró en dicha dirección y vio algo destacable más cercano. En la cima de un montículo, dominando el extremo sudeste del lago, había una fortaleza.

—¿A quién pertenecía eso? —se preguntó en voz alta.

—Es un monasterio —respondió Lista—. Según el único mapa en el que aparece.

—¿De qué ascendiente?

Lista se encogió de hombros.

—Probablemente una de las siete santidades.

—Si todavía queda alguien allí, tendrán una buena vista de lo que se avecina.

Kamist Reloe había situado fuerzas por debajo y a ambos lados de sus compañías de élite, bloqueando los extremos norte y sur de la cuenca. Al sur lucían los estandartes de los contingentes de los sialk, los halafanes, los debrahl y los tithansi, y al norte de los ubari. Cada una de las tres fuerzas excedía, por un amplio margen, a las de Coltaine. Empezó a crecer un rugido en el Ejército del Apocalipsis, acompañado de los golpes rítmicos de las armas contra los escudos.

Los infantes de marina avanzaron en silencio hacia el paso. Las voces y el desorden pasaban sobre ellos como una ola. El Séptimo no titubeó.

Dioses del abismo, ¿qué sucederá?

El río P'atha era un hilo de agua tibia, de menos de doce pasos de anchura. Las piedras y los guijarros del fondo estaban cubiertos de algas. Guano blanco embadurnaba las rocas. Los insectos zumbaban y danzaban en el aire. El aliento fresco del río desapareció en el momento en que Duiker pisó la otra orilla y el calor sofocante de la cuenca lo envolvió como un sudario.

El sudor empapó el camisón acolchado bajo su túnica de malla y formó sucios regueros bajo las manoplas que llegaron hasta las manos del historiador. Cerró la mano

sobre el asa de su escudo, con la otra descansando en la empuñadura de su espada. De repente su boca estaba completamente seca, pero resistió la tentación de tomar un trago de su cantimplora. El aire apestaba tras los soldados que le precedían: un miasma de sudor y miedo. Se percibía también algo más, una extraña melancolía que parecía acompañar el avance implacable de la compañía.

Duiker lo había percibido antes, hacía décadas. No era derrota, ni desesperación. La tristeza surgía de lo que hubiera más allá de dichas reacciones viscerales, y se percibía con mesura y perfectamente consciente.

Vamos a participar de la muerte. Y es en estos momentos, antes de que se desenvainen las espadas, antes de que la sangre empape el suelo y de que el aire se llene de gemidos, cuando la futilidad descienda sobre todos nosotros. Sin nuestra armadura, creo que todos lloraríamos. ¿Cómo responder de otro modo a la promesa inminente de una pérdida incalculable?

—Hoy nuestras espadas se llenarán de muescas —dijo Lista junto a él, con la voz seca y entrecortada—. En tu experiencia, señor, ¿qué es peor, el polvo o el barro?

—El polvo asfixia. El polvo ciega —gruñó Duiker—. Pero el barro hace que el mundo resbale bajo tus pies.

Y pronto habrá barro, cuando la sangre, la bilis y la orina empapen la tierra. Ambos son una maldición, muchacho.

—¿Esta es entonces tu primera batalla? —preguntó el historiador a continuación.

—En tu compañía, señor —respondió Lista con una mueca—, todavía no he entrado en acción.

—Pareces resentido.

El cabo no dijo palabra, pero Duiker lo comprendió perfectamente. Todos sus compañeros habían pasado por el

bautismo de sangre y ese era un umbral tan temido como esperado. La imaginación susurraba mentiras que solo la experiencia podía destruir.

No obstante, el historiador habría preferido un mirador más remoto. Avanzando con la tropa, no podía ver más allá de la presión humana en su entorno. *¿Por qué me ha puesto aquí Coltaine? Maldito sea, me ha privado de la vista.*

Estaban a cien pasos del desnivel. Los jinetes galopaban frente a las fuerzas enemigas para asegurarse de que estaban todas en posición. El barullo de los escudos y los gritos de furor prometían sangre, y no persistirían mucho tiempo. *Entonces nos atacarán por tres costados, e intentarán separarnos de la infantería del Séptimo, mientras ellos se esfuerzan por proteger a los heridos. Decapitarán a la serpiente, si pueden.*

Los jinetes del Cuervo preparaban sus arcos y sus lanzas a ambos lados, con la mirada fija en las posiciones enemigas. Un cuerno anunció la orden de preparar los escudos, se cerró la primera línea, mientras la central y la trasera levantaban los suyos sobre sus cabezas. Se veía a los arqueros, tomando posiciones en la cima de la cuesta.

No hacía viento, el aire inmóvil era pesado.

Puede que fuera incredulidad lo que retenía a las fuerzas de flanco. Coltaine no había expresado reacción alguna ante las posiciones y las fuerzas del enemigo; el Séptimo siguió sencillamente avanzando hasta llegar a la pendiente y empezó a ascender sin pausa.

La cuesta de piedras y arena era blanda, deliberadamente traicionera para los pies. Los soldados tropezaban.

De repente el cielo se llenó de flechas, que descendían como gotas de lluvia. Estalló un horrendo estrépito sobre la cabeza de Duiker, de flechas que se quebraban, otras que

se deslizaban sobre los escudos levantados, algunas que llegaban a alcanzar las armaduras y los cascos o a perforar la carne. Los gruñidos escapaban bajo el caparazón de tortuga. Las piedras dolían bajo los pies. Pero el carapacho seguía ascendiendo impertérrito.

Al historiador se le doblaron los codos ante el fuerte impacto de una flecha en su escudo. Siguieron otras tres ladeadas en rápida sucesión, que se deslizaron hacia otros escudos.

El aire bajo los escudos adquirió una textura amarga e intensa, que provenía del sudor, la orina y una creciente ira. Un ataque que no podían repeler era la pesadilla de un soldado. La determinación por alcanzar la cima, donde esperaba aullando la infantería pesada de los semk y los guran, ardía como la fiebre. Duiker sabía que los infantes de marina se encaminaban a un umbral. El primer contacto sería explosivo.

Había muros de tierra a ambos lados de la pendiente, que se cerraban hacia la cima llana y ancha. En los costados empezaban a reunirse guerreros de una tribu que Duiker no alcanzaba a identificar, *¿can'eld?*, y prepararon sus arcos de asta cortos. *Nos dispararán desde arriba por ambos lados cuando entremos en contacto con los semk y los guran. Una encerrona.*

Bastión cabalgaba con el clan Cuervo de flanco y el historiador oía claramente las órdenes del veterano. En un destello de polvo y hierro, los jinetes dieron media vuelta y se dirigieron velozmente hacia los muros de tierra. Volaron las flechas. Los can'eld, sorprendidos por la presteza de la respuesta wickana, se dispersaron. Cayeron cuerpos, que rodaron por la pendiente. Los guerreros cuervos cabalgaron a lo largo de la zanja, barriendo la cima con

letales proyectiles de fuego. Al poco, no quedaba ningún indígena de pie en la superficie llana de la cima.

A la voz de una segunda orden se detuvieron los jinetes, cuyos líderes se encontraban a menos de doce pasos de la erizada línea de los semk y los guran. La repentina parada incitó a los feroces semk a adelantarse. El espacio entre ambos se llenó de hachas arrojadas. Volaron flechas de contraataque.

La punta de la cuña avanzó al percatarse los infantes de marina del desorden en la frontal enemiga. Los jinetes cuervos espolearon sus caballos, se levantaron sobre sus sillas y se quitaron de en medio para no verse atrapados entre los soldados de a pie que se acercaban, e interrumpir involuntariamente el impulso de los infantes. Se apartaron a tiempo.

La cuña atacó.

A través de su escudo, Duiker percibió el retumbar del impacto, un estruendo estremecedor que le hizo chirriar los huesos. No alcanzaba a ver mucho desde su posición, salvo un trozo de cielo azul directamente sobre las cabezas de los soldados, y volando por el aire el palo truncado de una pica y un casco que tal vez todavía sujetara una mandíbula barbuda, antes de que se levantara el polvo para convertirse en un manto impenetrable.

Una mano tiró del brazo de su escudo.

—¡Señor! ¡Debes volverte ahora!

¿*Volverme?* Miró fijamente a Lista, mientras el cabo lo obligaba a girar.

—Para poder ver...

Estaban en la penúltima fila de la cuña. Un espacio de diez pasos mediaba entre los infantes de marina y los jinetes de Perroloco, con sus arcanas armaduras, que permanecían inmóviles con sus pesadas espadas

desenvainadas y cruzadas en reposo sobre sus sillas. A su espalda se extendía la cuenca y la posición elevada del historiador en la pendiente le permitía observar el resto de la batalla.

Al sur se encontraban filas apiñadas de arqueros tithansi, apoyados por la caballería debrahl. Legiones de infantería halafana avanzaban a su derecha y, entre las mismas, una compañía de infantería pesada sialk. Hacia el este, más caballería y más arqueros. *Una mandíbula, y al norte la otra. Que ahora se cierran inexorablemente.*

Miró hacia el norte, a las legiones ubari, por lo menos tres de ellas, junto con las caballerías sialk y tepasi, les faltaba menos de cincuenta pasos para entrar en contacto con la infantería del Séptimo. Entre los estandartes que sobresalían de la formación ubari, Duiker distinguió los colores gris y negro. *Habitantes locales entrenados por los infantes de marina, he ahí una buena ironía.*

Al este del río se libraba una gran batalla, a juzgar por la enorme cantidad de polvo levantado. El clan Comadreja había encontrado su pelea después de todo. El historiador se preguntó cuál de las fuerzas de Kamist Reloe había logrado dar un rodeo. *Un ataque a los rebaños y la matanza gratuita de refugiados. Resistid, comadrejas, no recibiréis ayuda del resto de nosotros.*

Los empujones de los soldados a su alrededor obligaron a Duiker a centrar de nuevo su atención en su entorno inmediato. El ruido de las armas y los gritos aumentaban en la cima, conforme la cuña cedía lentamente ante el yunque de resistencia dura y disciplinada. El fracaso del primer empuje estremeció la fuerza de ataque.

Las tres máscaras bélicas de Togg. Antes de que acabe el día, cada uno de nosotros las llevará todas: terror, ira y dolor. No tomaremos la cima...

Un rugido más profundo sonó a su espalda y el historiador dio media vuelta. Las mandíbulas se habían cerrado. El cerco del Séptimo alrededor de los carromatos de los heridos se desmoronaba y estremecía, como un gusano asediado por las hormigas. Duiker miró fijamente, presa de una ola de temor que crecía en su interior, convencido de que vería como se desintegraba el cerco protector, destrozado por la ferocidad del asalto.

El Séptimo resistió, por imposible que le pareciera al historiador. En todos los frentes el enemigo retrocedía, como si las mandíbulas se hubieran cerrado sobre espinas venenosas y su instinto fuera retirarse. Se hizo una pausa, un escalofrío visceral que mantenía a los contendientes separados, con el espacio entre ambos cubierto de muertos y moribundos, y entonces el Séptimo hizo algo inesperado: con un sepulcral silencio que erizó los pelos de la nuca del historiador, avanzó de pronto, aumentando y deformando el perímetro en forma oval, con las picas en horizontal.

Las filas enemigas se desintegraron, se fundieron, se desmoronaron de manera repentina.

¡Alto! ¡Demasiado lejos! ¡Demasiado estrecho! ¡Alto!

El óvalo se extendió, hizo una pausa y luego se replegó con una precisión comedida que era casi siniestra, como si el Séptimo se hubiera convertido en una especie de mecanismo. *Y volverán a hacerlo. La próxima vez no será una sorpresa, pero con toda probabilidad resultará también letal. Como un pulmón que respira una y otra vez al ritmo de un sueño tranquilo.*

Un movimiento entre los perros locos capturó su atención. Nada y Menos acababan de salir de la primera línea, andando, la segunda con las riendas de una yegua wickana en la mano. El animal llevaba la cabeza erguida y

las orejas levantadas. El sudor brillaba en sus ijadas rubicundas.

Los dos se detuvieron, uno a cada lado de la yegua. Menos soltó las riendas y colocó las manos sobre el animal.

Al cabo de un momento Duiker andaba a trompicones, conforme la retaguardia de la cuña empujaba hacia delante cuesta arriba, como impulsada por un suspiro.

—¡Armas listas! —ordenó un sargento cercano.

Por el sueño húmedo del Embozado...

—¡Ahí va! —exclamó Lista junto a él, en un tono tan tenso como la cuerda de un arco.

No hubo tiempo para responder, ni siquiera para pensar, ya que de improviso estaban entre los enemigos. Duiker captó un destello de aquel panorama: un soldado andaba a trompicones y blasfemaba, con el casco sobre los ojos; una espada se agitaba en el aire; un guerrero semk que gemía, mientras algo tiraba hacia atrás de su trenza, cuyo alarido se convirtió en un borboteo cuando la punta de un machete emergió bajo su tórax, entre una masa de intestinos enmarañados; una infante de marina que esquivaba el ataque, roció sus botas con su propia orina. Y por todas partes las tres máscaras de Togg y una cacofonía de imprevistos sonidos guturales, chorros de sangre, gente que moría... *gente que muere por doquier.*

—¡Ojo a tu derecha!

Duiker reconoció la voz de la infante anónima que lo acompañaba y saltó a tiempo de esquivar la hoja estañada de una espada, que pasó rozando su machete. Avanzó después de eludir el golpe, e introdujo su machete en la cara de la semk, que se desplomó ensangrentada. Pero fue el aullido desgarrador de dolor del historiador lo que vibró en el aire, cual feroz perforación de su alma. Retrocedió, y

se habría caído de espaldas de no haber recibido el apoyo de un sólido escudo.

—¡Esta noche cabalgaré contigo hasta obligarte a suplicar, viejo! —dijo la infante de marina sin nombre junto a su oreja.

En ese vorágine desconcertante que es la mente humana, Duiker envolvió mentalmente esas palabras, no con lujuria, sino como alguien que se agarra a un clavo ardiendo. Suspiró con un sollozo, se enderezó apartándose del sostén del escudo y avanzó un paso.

Delante luchaba la primera línea de infantes de marina, terriblemente delgada, que cedía paso tras paso ante el empuje cuesta abajo de la infantería pesada guran. La cuña estaba a punto de quebrarse.

Los guerreros semk eran semejantes a los infantes en sus feroces y desenfrenadas atrocidades, y para enfrentarse a esos guerreros manchados de ceniza habían adelantado las tropas de retaguardia.

Poco tardaron en cumplir la misión, con su disciplina férrea que superaba con creces al individualismo de los guerreros que no mantenían la formación, no disponían de armas cortas de apoyo, ni oían voz alguna salvo sus propios gritos frenéticos de batalla. A pesar de la fortuita liberación, la línea de los infantes de marina empezó a doblarse.

Sonaron tres potentes toques de cuerno sucesivos: la orden imperial de abrirse. Duiker volvió la cabeza estupefacto en busca de Lista, pero no vio al cabo por ninguna parte. A quien vio fue a la infante de marina que lo acompañaba y se le acercó.

—Cuatro significa retirada. ¿Han sido cuatro? He oído...

—Han sido tres, viejo —sonrió la infante—. ¡Abrirse! ¡Ahora!

Ella empezó a caminar y Duiker, confuso, la siguió. La pendiente era traicionera, sus pedruscos movedizos estaban cubiertos de sangre y bilis. Se amontonaron con los demás a un lado de la línea divisoria, hacia la empinada pendiente en dirección sur y descendieron al estrecho desfiladero, donde se hundieron hasta los tobillos en un río de sangre.

La infantería pesada guran se había detenido, intuyendo una trampa, por improbable que fuera dados los acontecimientos, y se replegaron a cuatro pasos de la cima. Se escuchó un cuerno de carnero, ordenando a la formación regresar a la cima.

En el momento en que Duiker volvió la cabeza, a setenta pasos cuesta abajo, vio que avanzaba la caballería pesada de Perroloco, abriéndose alrededor de Nada y Menos, que permanecían quietos a ambos lados de la yegua, con sus manos apoyadas firmemente sobre el animal.

—¡Envite del señor! —exclamó la mujer a su lado.

Se proponen cargar cuesta arriba, por encima de los cuerpos, los escombros, el barro y las piedras. Una pendiente suficientemente empinada para obligar a los jinetes a agarrar los cuellos de sus caballos, con todo el peso sobre sus patas delanteras. Coltaine pretende que carguen. Frente a la infantería pesada...

—¡No! —susurró el historiador.

Pedruscos y arena rodaron por la pendiente. Alrededor de Duiker, las cabezas con casco se volvieron, súbitamente alarmadas; había alguien en la cima. Descendió una nueva lluvia de escombros.

Desde arriba se oyó una retahíla de blasfemias malazanas, antes de que en la cima se asomara una cabeza con casco.

—¡Es un maldito zapador! —refunfuñó uno de los infantes.

La sucia cara de la cumbre les sonrió.

—¡Adivinad lo que hacen las tortugas en invierno! —exclamó desde las alturas, antes de desaparecer.

Duiker volvió la cabeza para mirar a los jinetes de Perroloco. Su avance se había detenido, como si de repente tuvieran dudas. Los wickanos tenían sus cabezas levantadas, con sus miradas fijas en ambos lados de la cumbre.

La infantería pesada guran y los supervivientes semk también miraban fijamente.

Duiker observaba la orilla norte con los ojos entrecerrados, por entre el polvo que descendía por la pendiente desde la cima. Había mucha actividad: unos zapadores con sus escudos a la espalda habían empezado a marchar, descendiendo por la pendiente en el espacio repleto de cuerpos bajo la cima.

Resonó otro cuerno y los jinetes de Perroloco volvieron a avanzar, al principio al trote y luego a medio galope. Pero ahora una compañía de zapadores les cortaba el paso a la cima.

La tortuga excava a la llegada del invierno. Esos bastardos se infiltraron por las orillas anoche, ante las propias narices de Reloe, y se sepultaron. ¿Para qué, por el Embozado?

Los zapadores pululaban, todavía con sus escudos a la espalda, preparando sus armas y el resto de su equipo. Uno se adelantó, para incitar a los jinetes de Perroloco a que avanzaran.

La pendiente se estremeció.

Los caballos con sus armaduras se lanzaron cuesta arriba por la empinada pendiente, en una explosión

muscular más poderosa de lo que el historiador creía posible. Anchas espadas se alzaron hacia el cielo. Con sus extrañas y arcanas armaduras, los wickanos cabalgaban como conjuraciones demoníacas, sobre monturas igualmente de pesadilla.

Los zapadores se lanzaron contra la línea guran. Volaron granadas, seguidas de repetidas explosiones y horrendos gemidos.

Toda la munición restante de los zapadores cayó sobre la carga de infantería pesada: granadas, incendiarias, flameadoras. Se desintegró la sólida línea de soldados de élite de Reloe.

La carga de Perroloco alcanzó al galope a los zapadores, que se echaron al suelo bajo los terribles golpes rítmicos de los cascos de los caballos, mientras un animal tras otro los pisoteaba.

Los jinetes wickanos desalojaron de la cima a la turba caótica y desbaratada, que momentos antes había sido una sólida formación de infantería pesada, y blandieron sus anchas espadas en una terrible matanza.

Se oyó otra orden por encima del barullo.

La mujer junto a Duiker le dio unos golpecitos en el pecho, con una mano enguantada.

—¡Adelante, viejo!

El historiador dio un paso y titubeó. *Sí, es el momento de avanzar para los soldados. Pero yo soy historiador. Debo ver, presenciar y ¡al Embozado con las flechas!*

—No en esta ocasión —dijo Duiker, al tiempo que se daba la vuelta para escalar la pendiente.

—¡Te veré esta noche! —exclamó la infante de marina, antes de reunirse con sus compañeros que avanzaban.

Duiker alcanzó la cima, llenándose al mismo tiempo la boca de arena. Entre tos y arcadas se puso de pie y miró a

su alrededor.

La superficie llana de la cumbre estaba plagada de palos inclinados. Medio dentro y medio fuera de algunos agujeros en los que cabía una persona, había revoltijos de tela de tienda de campaña. El historiador los observó unos momentos con incredulidad, antes de centrar su atención en la pendiente.

El avance de los infantes se había visto interrumpido por la recuperación de los zapadores pisoteados. Duiker se percató de que abundaban los huesos fracturados, pero sus escudos, convertidos ahora en poco más que chatarra, y sus cascos abollados habían protegido a los soldados enloquecidos.

En la llanura, al oeste de la cadena, los jinetes de Perroloco perseguían los restos desalojados de las cacareadas élites de Kamist Reloe. La propia tienda de mando, situada en una pequeña colina a cien pasos de la cresta, se derrumbaba envuelta en llamas y humo. Duiker sospechó que el propio gran mago rebelde la había incendiado personalmente, para destruir todo lo que a Coltaine pudiera serle útil en potencia, antes de huir por los medios que su senda le brindara.

Duiker volvió la cabeza para examinar la cuenca.

Allí todavía se prolongaba la encarnizada batalla. Persistía el cerco defensivo del Séptimo alrededor de los carromatos de los heridos, aunque deformado por el implacable empuje coordinado de la infantería pesada ubari por el norte. Los carromatos avanzaban hacia el sur. La caballería tepasi y sialk acosaba la retaguardia, donde resistían los leales hissari... que caían por docenas.

Todavía podríamos perder esta batalla.

Un doble toque de cuerno desde la cresta ordenó la retirada de los perros locos. Duiker vio a Coltaine en la

cima, con su capa de plumas negras cubierta de polvo gris, en la silla de su caballo. El historiador lo vio gesticular a sus oficiales y sonaron de nuevo los cuernos de retirada en rápida sucesión. *¡Os necesitamos ahora!*

Pero esas monturas estarán acabadas. Han hecho lo imposible. Han cargado cuesta arriba a una velocidad que crecía y crecía, una velocidad que nunca creí posible. El historiador frunció el entrecejo antes de volver la cabeza.

Nada y Menos seguían todavía a ambos lados de la yegua solitaria. Un ligero viento encrespaba la crin y la cola del animal, pero por lo demás permanecía inmóvil. Duiker sintió un escalofrío inquietante. *¿Qué han hecho?*

Aullidos lejanos llamaron la atención del historiador. Una vasta fuerza montada cruzaba el río, con sus estandartes demasiado alejados como para distinguir su identidad. Entonces Duiker vislumbró unas pequeñas formas pardo rojizas que precedían a los jinetes. *Perros pastores wickanos. El clan Comadreja.*

Después de cruzar el lecho del río, empezaron a cabalgar a medio galope.

Primero una oleada de perros iracundos, que hacían caso omiso de los caballos para lanzarse contra los jinetes, treinta kilos de gruñidos, de dientes y músculo que arrebatában a los soldados de sus monturas, seguidos de los propios wickanos, que anunciaban su llegada arrojando por los aires cabezas amputadas y provocando espeluznantes escalofríos antes de atacar. Todo eso cogió a la caballería tepasi y sialk completamente por sorpresa.

En menos de veinte latidos del corazón, los jinetes tepasi y sialk habían desaparecido: muertos, moribundos o en plena huida. Los jinetes comadreja apenas se detuvieron para reagruparse, antes de aproximarse a medio galope a

los ubari, acompañados de los perros pastores de piel moteada que trotaban junto a ellos.

El enemigo rompió la formación por ambos lados, retirándose con gran precisión, aunque instintiva.

Los jinetes de Perroloco descendieron de nuevo por la pendiente, abriéndose alrededor de los pequeños magos y su caballo inmóvil, para seguir hacia el sur en persecución de la infantería halafana y sialk que huían, así como de los arqueros tithansi.

Duiker se desplomó de rodillas, de súbito abrumado, con sus emociones convertidas en un torbellino de aflicción, ira y horror. *No hablemos hoy de victoria. No, no hablemos en absoluto.*

Alguien llegó a trompicones a la orilla, con la respiración entrecortada. Se acercaron los pasos y una mano enguantada cayó pesadamente sobre el hombro del historiador.

—¿Sabías, viejo, que se burlan de nuestros nobles? —dijo una voz, que Duiker se esforzaba por identificar—. Tienen un nombre para nosotros en dhebral. ¿Sabes lo que significa? Cadena de perros. La cadena de perros de Coltaine. Él dirige, pero lo dirigen, él se esfuerza por avanzar, pero lo retienen, él exhibe sus fauces, ¿pero quién le muerde los talones sino aquellos a quienes ha jurado proteger? Sí, hay profundidad en esos nombres, ¿no te parece?

Era la voz de Tregua, pero alterada. Por eso Duiker levantó la cabeza y miró fijamente la cara del individuo agachado junto a él. Un solo ojo azul brillaba desde una masa asolada de carne desgarrada. Le había alcanzado de lleno una maza, que había hundido la visera del capitán en su cara, destrozándole la mejilla, aplastándole un ojo y arrancándole la nariz. En el horrendo estropicio en que se

había convertido la cara de Tregua, se dibujó una especie de sonrisa.

—Soy un hombre afortunado, historiador. Fíjate, no me han roto un solo diente, ni siquiera una muela que se mueva.



El recuento de pérdidas era una aturdidora letanía a la futilidad de la guerra. Según el criterio del historiador, solo el propio Embozado podía sonreír triunfante.

El clan Comadreja había esperado a los lanceros tithansi y al dios menor que era su comandante. Una emboscada tendida por unos espíritus terrestres había permitido capturar al comandante semk, pero habían desgarrado sus carnes en su ansia por devorar los restos del dios semk. Entonces el clan Comadreja había activado su propia trampa y desencadenado su propio horror, ya que utilizaron como cebo a los refugiados, centenares de los cuales murieron o cayeron heridos en la ejecución meticulosa y a sangre fría de la trampa.

Los comandantes del clan Comadreja podían alegar que el enemigo los superaba en una proporción de cuatro contra uno, y que algunos de aquellos a los que habían jurado proteger habían sido sacrificados para salvar a los demás. Era absolutamente cierto y les brindaba una defensa justificable de sus actos. Sin embargo, los comandantes no dijeron nada, y a pesar de que el silencio se recibió con indignación por parte de los refugiados, y en particular del concejo de nobles, Duiker lo interpretó de otro modo. La tribu wickana detestaba los razonamientos y

los pretextos, puesto que no los aceptaban de los demás y despreciaban a quienes lo intentaban. A su vez, ellos nunca los ofrecían, al parecer de Duiker debido al respeto que sentían por los sacrificados y sus parientes, un hecho que les impedía algo tan básico y autocomplaciente como siquiera mencionarlo. Era lamentable para ellos que los refugiados no lo comprendieran, e interpretaran el silencio wickano como una expresión de desdén, de menosprecio por las vidas perdidas.

No obstante, el clan Comadreja había ofrecido todavía otro homenaje a los refugiados caídos. Con la matanza de los arqueros tithansi en la hondonada, sumada a las demás acciones ejecutadas, una tribu entera de las llanuras había dejado de existir. El castigo de los wickanos había sido completo. Además, se habían encontrado con el ejército campesino de Kamist, que llegaba del este con retraso a la batalla. La matanza que llevaron entonces a cabo fue una revelación gráfica de la suerte que los tithansi se proponían infligir a los malazanos. Eso también pasó inadvertido a los refugiados.

Por mucho que lo intentaran los eruditos, Duiker sabía que no había ninguna explicación posible para las oscuras corrientes del pensamiento humano que surgían después de haber derramado sangre. Le bastaba observar su propia reacción cuando descendió a trompicones hasta donde Nada y Menos se encontraban, sus manos pegadas con sudor y sangre coagulada a los flancos de una yegua muerta de pie. Las fuerzas vitales eran poderosas, casi incomprensibles, y el sacrificio de un animal como tributo a otros cerca de cinco mil, con una fuerza física y de voluntad descomunal, era a primera vista noble y encomiable.

Salvo por la incomprensión de la bestia irracional de su propia destrucción, obra amorosa de dos niños afligidos.



El horizonte de la senda Imperial era un manto gris de un extremo a otro. Los detalles eran borrosos, tras una pantalla de aire denso e inmóvil. El viento era inexistente, pero persistían los ecos de la muerte y la destrucción en suspensión, como atrapados fuera del propio tiempo.

Kalam se sentó de nuevo en su montura, con la mirada en el panorama que tenía delante.

El polvo y la ceniza enturbiaban la bóveda alicatada. Por una parte que se había hundido, se distinguían los bordes rugosos de las placas de bronce que la cubrían. Una neblina gris arropaba el boquete. Por la curvatura de la bóveda, resultaba evidente que menos de un tercio asomaba por encima de la superficie.

El asesino se apeó. Después de sacudir la mugre de la tela que cubría su nariz y su boca, volvió la cabeza para lanzar una fugaz mirada a los demás y se acercó luego a la estructura.

En algún lugar bajo sus pies había un palacio o un templo. Al llegar junto a la bóveda, el asesino se inclinó hacia delante y barrió la ceniza de una de las piezas de bronce. Apareció un símbolo hondamente labrado.

Cuando lo reconoció, una fría sacudida le recorrió el cuerpo. Había visto por última vez aquella corona estilizada en otro continente, en una inesperada guerra contra la resistencia, adquirida por enemigos desesperados. *Caladan Brood y Anomander Rake, los rhivi y la Guardia Carmesí. Una reunión de enemigos diversos para oponerse a los planes de conquista del Imperio malazano. Las ciudades*

libres de Genabackis eran todas pendencieras y traicioneras. Gobernantes sedientos de oro y agentes corruptos eran quienes más vociferaban ante la amenaza de su libertad...

Con su pensamiento a más de mil leguas de distancia, Kalam acarició suavemente el emblema. Perronegro... Nos preocupaban los mosquitos y las sanguijuelas, las serpientes venenosas y los lagartos chupadores de sangre. Las líneas de avituallamiento cortadas, los moranthianos retirándose cuando más los necesitábamos... Y recuerdo este emblema, en un estandarte jironado que se izaba sobre la compañía selecta de las fuerzas de Brood.

¿Cómo se llamaba a sí mismo ese canalla? ¿El rey supremo? Kallor... el rey supremo sin reino. De millares de años de edad, si las leyendas son ciertas, tal vez decenas de millares. Alegaba haber gobernado imperios en otra época, y que ante cualquiera de ellos el Imperio de Malaz parecía una provincia. Luego confesaba haberlos destruido con sus propias manos, aniquilado por completo. Kallor presumía de haber exterminado la vida en ciertos mundos...

Y ahora ese individuo ocupa el cargo de lugarteniente de Caladan Brood. Y cuando yo me marché, Dujek, los Abrasapuentes y el Quinto Ejército reformado estaban a punto de intentar una alianza con Brood.

Whiskeyjack... Ben el Rápido... Mantened la cabeza gacha, amigos. Un loco anda suelto entre vosotros...

—Si has acabado de soñar...

—Lo que más detesto de este lugar —dijo Kalam—, es el modo en que la tierra se traga las pisadas.

Minala observaba al asesino con sus asombrosos ojos grises entornados por encima del pañuelo que cubría la parte inferior de su cara.

—Pareces asustado.

Kalam hizo una mueca antes de volverse hacia los demás.

—Abandonamos ahora esta senda —dijo, levantando la voz.

—¿Cómo? —exclamó Minala en tono burlón—. ¡No veo ninguna puerta!

No, pero la sensación es correcta. Hemos cubierto una distancia suficiente y de improviso me he percatado de que el poder de la deliberación no radica tanto en el desplazamiento como en la llegada. Cerró los ojos, excluyendo a Minala y a todos los demás, al tiempo que forzaba su mente a la quietud. Escapó un último pensamiento: *Espero estar en lo cierto.*

Después de un momento se formó un portal, con un ruido desgarrador según se ensanchaba.

—¡Eres un tonto y un cabrón! —exclamó Minala con nítida comprensión—. Si lo hubiésemos hablado, tal vez habríamos llegado antes a esta situación, a no ser que retrasaras deliberadamente nuestro avance. El Embozado conoce tus intenciones, cabo.

Interesante elección de palabras, mujer. Supongo que las conoce.

Kalam abrió los ojos. La puerta era una mancha negra impenetrable, a doce pasos de distancia. Hizo una mueca. *Así de simple, Kalam: eres un tonto y un cabrón. No obstante, el miedo permite enfocar incluso a la más insípida de las criaturas.*

—Seguidme de cerca —dijo el asesino mientras se preparaba para desenvainar su largo cuchillo, se aproximaba a grandes zancadas y penetraba en el portal.

Sus mocasines resbalaron sobre unos adoquines arenosos. Era de noche y en el firmamento brillaban las estrellas en una estrecha franja entre dos altos edificios de

ladrillo. El callejón seguía una ruta que Kalam conocía a la perfección. No había nadie a la vista.

El asesino se arrimó a la pared a su izquierda. Apareció Minala, tirando de las riendas de su propio caballo y del de Kalam. Pestañeó y volvió la cabeza.

—¿Kalam? ¿Dónde...?

—Aquí —respondió el asesino.

Sobresaltada, dio un bufido de frustración.

—Tres suspiros en una ciudad y ya empiezas a esconderte.

—Costumbre.

—No lo dudo.

Avanzó con los caballos. Al momento aparecieron Keneb y Selv, seguidos de los dos menores.

El capitán miró fijamente a su alrededor, hasta descubrir a Kalam.

—¿Aren?

—Así es.

—¡Qué silencio!

—Estamos en un callejón que serpentea a través de una necrópolis.

—¡Qué agradable! —observó Minala, al tiempo que gesticulaba señalando los edificios a ambos lados de la calle —. Pero esto parecen bloques de pisos.

—Lo son... para los muertos. Los pobres son siempre pobres en Aren.

—¿A qué distancia estamos de la guarnición? —preguntó Keneb.

—Tres mil pasos —respondió Kalam, mientras se quitaba el pañuelo de la cara.

—Debemos lavarnos —dijo Minala.

—Tengo sed —declaró Vaneb, todavía sobre su caballo.

—Y hambre —agregó Kesen.

Kalam dio un suspiro y asintió.

—Espero que un paseo por las calles de los muertos no sea un mal presagio —añadió Minala.

—La necrópolis está rodeada de tabernas de dolientes —susurró el asesino—. No tendremos que andar mucho.



La posada, llamada Borrasca, presumía de haber vivido mejores tiempos, pero Kalam dudaba que fuera cierto. El suelo se hundía en el medio como una enorme jofaina, inclinando las paredes hacia dentro hasta precisar puntales para sostenerlas. Comida podrida y ratas muertas habían emigrado con inerte paciencia hacia el centro del suelo, formando un montón apestoso y enmohecido cual ofrenda a algún dios disoluto.

Las sillas y las mesas, con patas creativamente serradas, formaban un círculo alrededor del hoyo. Únicamente una de ellas seguía ocupada por un parroquiano todavía no lo bastante borracho para perder el conocimiento. Una trastienda, de aspecto no mucho mejor, ofrecía cierta intimidad a los clientes más privilegiados, y allí era donde Kalam había conducido a su grupo, mientras en el jardín enmarañado se preparaba un barreño para lavarse. Luego el asesino se había dirigido a la sala principal, donde se sentó frente al único cliente consciente.

—Es por la comida, ¿no es cierto? —dijo el napaniano entrecano cuando el asesino tomó asiento.

—La mejor de la ciudad.

—Eso ha votado la junta de cucarachas.

Kalam observó cómo aquel individuo de piel azulada se llevaba la jarra a los labios y contempló los altibajos de su enorme nuez.

—Parece que te tomarías otra.

—Muy a gusto.

El asesino volvió ligeramente la cabeza, captó la mirada sombría de la anciana apoyada en un puntal junto al barril de cerveza y levantó dos dedos. La mujer dio un suspiro, se incorporó, hizo una pausa para ajustar la cuchilla de matar ratas sujeta a su delantal y fue en busca de dos jarras.

—Te partirá el brazo si la manoseas —dijo el desconocido.

Kalam se reclinó en la silla para observarlo. Podía tener cualquier edad entre treinta y sesenta años, según la actividad que desempeñara. Tras los mechones enmarañados de su barba, se distinguía una piel muy curtida. Sus ojos oscuros no cesaban de moverse y todavía no había posado su mirada en el asesino. Vestía harapos deshilachados.

—La pregunta es obligatoria —dijo el asesino—. ¿Quién eres y qué cuentas?

El individuo se irguió.

—¿Crees que se lo cuento a cualquiera?

Kalam esperó.

—Bueno —prosiguió—, no a todo el mundo. Hay personas de malos modales que dejan de escuchar.

Un cliente inconsciente de una mesa cercana se cayó de su silla y dio un sonoro cabezazo en las baldosas. Kalam, el desconocido y la tabernera, que acababa de volver con dos jarras de hojalata, vieron que el borracho se deslizaba sobre la grasa y el vómito hasta unirse al montón central.

Una de las ratas, que solo fingía estar muerta, salió del montón y se subió al cuerpo del borracho, sin dejar de

mover el hocico.

—Todo el mundo es filósofo —refunfuñó el desconocido frente al asesino.

La tabernera se acercó con un andar peculiar, que denotaba una gran familiaridad con el suelo inclinado, y les sirvió las bebidas.

—Tus amigos en la trastienda han pedido jabón —dijo la mujer en dhebral, después de mirar a Kalam.

—Sí, lo supongo.

—No tenemos jabón.

—Acabo de darme cuenta.

La tabernera se retiró.

—Recién llegados, parece —dijo el desconocido—. ¿Puerta norte?

—Efectivamente.

—Es una buena escalada, sobre todo con los caballos.

—Eso significa que la puerta norte está cerrada.

—Sellada igual que todas las demás. Puede que hayáis llegado por el lado del puerto.

—Tal vez.

—El puerto está cerrado.

—¿Cómo puede cerrarse el puerto de Aren?

—De acuerdo, no está cerrado.

Kalam tomó un buen trago de cerveza y permaneció inmóvil.

—Todavía empeora después de unas cuantas —dijo el desconocido.

El asesino dejó la jarra sobre la mesa y tuvo que esforzarse unos momentos para recuperar la voz.

—Cuéntame alguna noticia.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Acabo de invitarte a un trago.

—¿Y tendría que agradecértelo? ¡Por el aliento del Embozado, amigo, ya lo has probado!

—No suelo tener tanta paciencia.

—Bien, de acuerdo, ¿por qué no lo has dicho antes? —respondió antes de vaciar la primera jarra y levantar la segunda—. Uno se adapta a algunas cervezas. Otras se adaptan a ti. A tu salud, caballero.

Tomó un buen trago.

—He cortado cuellos más feos que el tuyo —dijo el asesino.

El individuo dejó de moverse, posó su mirada en Kalam un brevísimo momento y colocó la jarra sobre la mesa.

—Anoche las esposas de Kornobol le cerraron la puerta de la casa, y el pobre desgraciado deambuló por las calles hasta que lo detuvo una patrulla del puño supremo por quebrantar el toque de queda. Se está convirtiendo en algo habitual. Las esposas en toda la ciudad tienen revelaciones. ¿Qué más? No puede conseguirse un solomillo respetable sin amputarse un brazo o una pierna para pagarlo y hay más pedigüeños mutilados que nunca, abarrotando las calles donde solían hacerse los mercados. No puede comprarse una lectura sin que se asome el heraldo del Embozado; ¿crees que es siquiera posible que el puño supremo proyecte la sombra de otro, como se dice? Claro, ¿quién puede proyectar una sombra, cuando se oculta en el ropero del palacio? El pescado no es lo único resbaladizo en esta ciudad, te lo aseguro. Aunque parezca increíble, me han detenido cuatro veces en los dos últimos días, y he tenido que identificarme y mostrar mis credenciales imperiales. Pero he tenido suerte, porque en una de esas mazmorras he encontrado mi tripulación. Con el beneplácito de Oponn dispondré de ellos mañana; tengo

una cubierta que fregar y, créeme, esos patanes borrachos frotarán hasta que el abismo se trague el mundo.

»Lo peor es la forma en que ciertas personas se saltan esas normas alegremente, le plantean a uno exigencias con mensajes con palabras simples hasta provocarle una jaqueca, como si la vida no fuera ya bastante complicada. ¿Alguna idea sobre cómo gruñe un agujero cuando está lleno de oro? Y ahora me dirás: «El caso, capitán, es que precisamente intento comprar un pasaje de regreso a Unta». Y te responderé: «¡Los dioses te sonríen, caballero! Casualmente voy a zarpar dentro de dos días, con veinte infantes de marina, el tesorero del puño supremo y la mitad de la riqueza de Aren a bordo, pero podemos acomodarte, caballero, no cabe la menor duda. ¡Bienvenido a bordo!».

Kalam guardó silencio durante doce latidos del corazón.

—En efecto, los dioses sonríen —dijo después de la pausa.

—Sonrisa suave y cautivadora —asintió el capitán.

—¿A quién debo agradecer este arreglo?

—Dice que es amigo tuyo, aunque nunca has hablado con él, pero lo harás a bordo de mi barco, el Tapón de Trapo, dentro de dos días.

—¿Su nombre?

—Se hace llamar Salk Elan. Dice que te ha estado esperando.

—¿Y cómo sabía que vendría a esta taberna? Yo no conocía su existencia hasta hace una hora.

—Un acierto casual pero razonado. Algo relacionado con que esta es la primera taberna que uno se encuentra desde la puerta de la necrópolis. Lástima que no estuvieras aquí anoche, amigo, estaba todavía más tranquilo, por lo menos hasta que esa moza sacó una rata ahogada de ese barril del

fondo. Qué pena que tú y tus amigos os hayáis perdido el desayuno esta mañana.



Kalam cerró de un golpe la desvencijada puerta a su espalda, e hizo una pausa para recuperar el control de sí mismo. *¿Cosa de Ben el Rápido? Improbable. A decir verdad, imposible...*

—¿Qué ocurre? —preguntó Minala, sentada a la mesa con una raja de melón en la mano.

Desde el jardín se oían las voces de los niños, que se bañaban a regañadientes.

El asesino cerró unos momentos los ojos y luego los abrió con un suspiro.

—Te he traído a Aren y ahora cada uno debe seguir su camino. Dile a Keneb que salga hasta encontrar una patrulla, o hasta que una le encuentre a él, y que entonces presente su informe al comandante de la guardia de la ciudad, sin mencionarme a mí para nada...

—¿Y cómo explicará nuestra entrada en la ciudad?

—Os ha traído un pescador. Una explicación sencilla.

—¿Y eso es todo? ¿No vas siquiera a despedirte de Keneb, ni de Selv, ni de los niños? ¿No vas a permitirles que te muestren su gratitud por haberles salvado la vida?

—Si podéis, Minala, salid de Aren tú y tus parientes; regresad a Quon Tali.

—No lo hagas de este modo, Kalam.

—Es lo más seguro —titubeó el asesino, antes de proseguir—. Ojalá hubiera podido ser... diferente.

La raja de melón le alcanzó de lleno en una mejilla. Después de limpiarse un momento la cara, cogió sus alforjas y se las echó al hombro.

—El semental es tuyo, Minala.

En la sala principal, Kalam se dirigió a la mesa del capitán.

—Bien, estoy listo.

Algo parecido a un destello de decepción brilló en su mirada, luego suspiró y se levantó tambaleante.

—Si tú lo dices. Es una caminata de media a larga hasta donde está amarrado el Tapón de Trapo, con suerte solo tendré que mostrar el salvoconducto una docena de veces. Lo sabe el Embozado, ¿qué otra cosa puede uno hacer con un ejército acampado en la ciudad?

—Ese harapo que llevas por camisa no facilitará las cosas, capitán. Imagino que ya tienes ganas de quitarte el disfraz.

—¿Qué disfraz? Esta es mi camisa de la suerte.



Lostara Yil, apoyada contra la pared de la pequeña sala con los brazos cruzados, observaba a Perla, que caminaba de un lado para otro cerca de la ventana.

—Detalles —susurró Perla—, está todo en los detalles. Si pestañas, puedes perderte algo.

—Debo presentarme al comandante de las Espadas Rojas —dijo Lostara—. Luego volveré.

—¿Te lo permitirá Orto Setral, muchacha?

—No pienso abandonar esta búsqueda... a no ser que tú me lo prohíbas.

—¡Los dioses me libren! Disfruto de tu compañía.

—Bromeas.

—Solo un poco. Reconozco que no has mostrado mucho sentido del humor. Sin embargo, ¿no hemos compartido hasta aquí una buena aventura? ¿Por qué terminarla ahora?

Lostara examinó su uniforme. Su peso era reconfortante; la armadura que había usado para disfrazarse se había convertido en chatarra y le plació deshacerse de ella después de que la garra curara sus heridas.

Perla no había ofrecido nada para contribuir a desvelar el misterio del demonio que había aparecido durante la batalla nocturna en la llanura, pero para la espada roja estaba claro que el incidente todavía le preocupaba. *Al igual que a mí, pero ahora ya ha pasado. Hemos llegado hasta Aren, todavía tras la pista del asesino. Todo es como corresponde.*

—¿Me esperarás aquí? —preguntó Lostara.

—Hasta el fin de los tiempos, querida —respondió Perla, con una radiante sonrisa.

—Bastará hasta el amanecer.

—Contaré los latidos del corazón hasta entonces —dijo Perla, inclinando la cabeza.

Lostara abandonó la sala y cerró la puerta a su espalda. El vestíbulo de la posada conducía a una escalera de madera por la que llegó a una sala abarrotada de gente. Debido al toque de queda la clientela era abundante, aunque el ambiente era cualquier cosa menos festivo.

Lostara se agachó por debajo de la escalera y entró en la cocina. La cocinera y sus ayudantes la observaron cuando se dirigía a la puerta trasera, que estaba entreabierta para facilitar la ventilación. Fue una reacción a la que ya estaba acostumbrada. Las Espadas Rojas eran muy temidas.

Empujó la puerta y salió al callejón.

El aliento del río, mezclado con la sal de la bahía, era fresco en su cara. *Ruego no tener que viajar nunca más por la senda Imperial.*

Se dirigió a la calle mayor, con el sonoro taconeo de sus botas sobre los adoquines.

Una docena de soldados del ejército del puño supremo la abordaron al llegar al primer cruce, de camino al cuartel de la guarnición. El sargento que estaba al mando la miró con incredulidad.

—Buenas noches, espada roja —dijo.

—Tengo entendido que el puño supremo ha impuesto el toque de queda —asintió Lostara—. Dime, ¿las Espadas Rojas patrullan también por las calles?

—En absoluto —respondió el sargento.

Los soldados estaban a la expectativa, cosa que a Lostara le resultó ligeramente inquietante.

—¿Les han asignado entonces otras responsabilidades?

—Eso supongo —afirmó con parsimonia el sargento—. A juzgar por tus palabras y... otros indicios, imagino que acabas de llegar.

Lostara asintió.

—¿Cómo?

—Por una senda. Disponía de... una escolta.

—No cabe duda de que debe constituir un interesante relato —dijo el sargento—. Ahora entrégame tus armas.

—¿Cómo dices?

—Deseas reunirse con los demás espadas rojas, ¿no es cierto?, ¿hablar con el comandante Orto Setral?

—Sí.

—Por orden del puño supremo, desde hace cuatro días, tus espadas rojas están bajo arresto.

—¿Cómo?

—A la espera de juicio por traición contra el Imperio de Malaz. Tus armas, por favor.

Aturdida, Lostara Yil no se resistió cuando los soldados la desarmaron.

—¿Se ha puesto en duda nuestra lealtad? —preguntó, con la mirada fija en el sargento.

—Estoy seguro de que tu comandante podrá darte más explicaciones sobre la situación —asintió el sargento, sin el menor asomo de malicia.



—Se ha ido.

Keneb se quedó boquiabierto.

—¡Vaya! —exclamó al cabo de un momento, mientras observaba con el entrecejo fruncido a Minala que empaquetaba su equipo—. ¿Qué haces?

Minala volvió la cabeza para mirarle.

—¿Crees que va a salirse con la suya, dejando así la situación?

—Minala...

—¡Baja la voz, Keneb! Vas a despertar a los niños.

—No he alzado la voz.

—Cuéntaselo todo a tu comandante, ¿entendido? Todo, salvo mencionar a Kalam.

—No soy estúpido, a pesar de lo que pienses.

—Lo sé —dijo Minala, suavizando la mirada—. Discúlpame.

—Creo que más vale que le pidas disculpas a tu hermana. Así como a Kesen y a Vaneb.

—Lo haré.

—Dime, ¿cómo perseguirás a un individuo que no quiere que lo persigan?

—¿Le preguntas eso a una mujer? —respondió, con una dura sonrisa en sus oscuras facciones.

—Ay, Minala...

—Las lágrimas no son necesarias, Keneb —dijo Minala, mientras extendía la mano para acariciarle una mejilla.

—Echo la culpa a mi veta sentimental —respondió Keneb, con una sonrisa cansada—. Pero recuerda que no perderé la esperanza. Y ahora despídete de tu hermana y de los niños.

CAPÍTULO 14



La diosa aspiró,
y reinó la calma...

El Apocalipsis
Herulahn

—No podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Felisin, con la mirada fija en el mago—. Esta tormenta acabará con nosotros. No tenemos dónde refugiarnos, salvo aquí, que hay agua y comida...

—Porque somos objeto de una cacería —respondió bruscamente Kulp, envolviendo los brazos alrededor de sí mismo.

Desde donde estaba sentado junto a la pared, Heboric se rió y levantó sus manos invisibles.

—Muéstrame un mortal que no sea perseguido y yo te mostraré un cadáver. Todo cazador es cazado, toda mente que se conoce a sí misma tiene quien la aceche. Conducimos y somos conducidos. Lo desconocido persigue al ignorante, la verdad asedia a todo estudioso suficientemente sagaz para conocer su propia ignorancia, ya que ese es el significado de las verdades inasequibles.

Kulp levantó la mirada desde donde estaba sentado, sobre el pequeño muro alrededor de la fuente, y observó al

antiguo sacerdote con los párpados semicerrados.

—Hablaba literalmente —dijo—. En esta ciudad viven cambiaformas; su rastro impregna todos los vientos y cada vez es más fuerte.

—¿Por qué no nos limitamos a rendirnos? —preguntó Felisin.

El mago adoptó un aire despectivo.

—No hablo a la ligera. Estamos en Raraku, el hogar del torbellino. No encontraremos un rostro amigable en cien leguas a la redonda, aunque en todo caso no tenemos la menor posibilidad de llegar tan lejos.

—Y los rostros más cercanos no son siquiera humanos —agregó Heboric—. Todas las máscaras revelan, y tú lo sabes, que la presencia de d'ivers y soletaken no obedece con toda probabilidad a la llamada del torbellino. Es todo una trágica coincidencia, en este año de Dryjhna y la convergencia profana...

—Estás loco si crees eso —dijo Kulp—. La sincronización es cualquier cosa menos accidental. Tengo el presentimiento de que alguien inició a esos cambiaformas en dicha convergencia y que alguien actuó con precisión debido al levantamiento. O sucedió a la inversa: la diosa del Torbellino guió la profecía para asegurarse de que el año de Dryjhna era ahora, cuando progresaba la convergencia, con el propósito de generar caos interno en las sendas.

—Unas ideas interesantes, mago —asintió con parsimonia Heboric—. Propias, por supuesto, de un practicante de Meanas, donde el engaño prolifera como la mala hierba y la inevitabilidad define las reglas del juego... pero solo cuando es útil.

Felisin observaba en silencio a los dos hombres. *Mantienen una conversación explícita, pero otra implícita. El sacerdote y el mago practican un juego, entremezclando*

la sospecha con el conocimiento. Heboric ve una pauta, su saqueo de vidas fantasmagóricas le ha facilitado lo que necesitaba, y creo que le está diciendo a Kulp que el mago se halla más cerca de dicha pauta de lo que puede que él mismo imagine. «Toma, practicante de Meanas, te ofrezco mi mano invisible...»

—¿Qué es lo que sabes, Heboric? —preguntó Felisin, después de decidir que ya estaba harta.

El ciego se encogió de hombros.

—¿Por qué debería importarte, muchacha? —refunfuñó Kulp—. ¿Sugieres que nos rindamos, que permitamos que nos capturen los cambiaformas? En todo caso estamos muertos.

—He preguntado por qué esforzarnos en seguir avanzando. ¿Por qué marcharnos de aquí? No tenemos la menor oportunidad en el desierto.

—¡Quédate, entonces! —exclamó Kulp, al tiempo que se levantaba—. El Embozado sabe que no tienes nada útil que ofrecer.

—He oído que basta con una mordedura.

Kulp se detuvo y volvió lentamente la cabeza para mirarla.

—Has oído mal. Es la ignorancia común, supongo. Una mordedura puede envenenarte, provocar una fiebre cíclica de locura, pero no te convierte en cambiaformas.

—¿De veras? ¿Entonces cómo se crean?

—No se crean. Lo son de nacimiento.

Heboric se puso de pie.

—Si vamos a cruzar andando esta ciudad muerta, hagámoslo ahora. Las voces guardan silencio y mi mente está clara.

—¿Eso qué importa? —preguntó Felisin.

—Nos permite utilizar la vía más rápida, muchacha. De lo contrario, deambularemos perdidos hasta que lleguen por fin los cazadores.



Bebieron una última vez en la alberca y luego recogieron tantos frutos pálidos como eran capaces de transportar. Felisin tuvo que reconocer que se sentía más sana, más reparada, que desde hacía mucho tiempo, como si los recuerdos hubieran dejado de sangrar y le quedaran solo las cicatrices. Pero su mente seguía inquieta. Había perdido la esperanza.

Heboric los condujo rápidamente por tortuosas calles y callejones, entre casas y edificios, pisoteando y sorteando cuerpos por doquier, de seres humanos, cambiaformas y t'lan imass, testigos remotos de una feroz batalla. Los conocimientos depredados de Heboric se alojaron en la mente de Felisin, el temblor de un antiguo horror que retumbaba en su interior con cada nueva escena de muerte que se encontraban. Tenía la sensación de estar a punto de descubrir una verdad profunda, en torno a la cual se revolvía todo el empeño humano desde el principio de la existencia. *No hacemos más que rascar la superficie del mundo, débil y precario. Todo gran drama de las civilizaciones, de la gente con sus certezas y sus gestos, no significa nada, no surte el menor efecto. La vida avanza, inexorable.* Se preguntó si el don de la revelación, de descubrir el significado subyacente de la humanidad, no brindaría más que una sensación devastadora de futilidad. *Es el ignorante quien encuentra una causa y se aferra a*

ella, ya que ahí radica la ilusión del significado. Fe, un rey, una reina o un emperador, o una venganza... El bastión completo de los bobos.

El viento aullaba a sus espaldas, levantando pequeñas ráfagas de polvo alrededor de sus pies, que raspaban su piel como lenguas. Estaba impregnado de un ligero aroma a especias.

Felisin calculó que había transcurrido una hora antes de que Heboric se detuviera. Estaban frente a la gran entrada de alguna clase de templo, cuyas columnas, gruesas y achaparradas, habían sido esculpidas a semejanza de troncos de árboles. Bajo el zócalo combado y agrietado había un friso, cada uno de cuyos cuadros estaba iluminado desde abajo por la inquietante luz de la senda que Kulp proyectaba.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó quedamente el mago, con la mirada fija en los cuadros.

El antiguo sacerdote sonreía.

—Es una baraja —dijo Kulp.

Todavía una nueva afirmación lamentable de orden.

—En efecto, la baraja Ancestral —asintió Heboric—. No de Casas sino de Baluartes. Reinos. ¿Alcanzas a distinguir la Vida de la Muerte? ¿Y la Luz de la Oscuridad? ¿Ves el Baluarte de las bestias? ¿Quién está sentado en ese trono astado, Kulp?

—Está vacío, suponiendo que esté mirando al que tú te refieres; en el cuadro se representan varios seres. T'lan imass flanquean el trono.

—Sí, ese es. ¿Dices que no hay nadie en el trono? Curioso.

—¿Por qué?

—Porque todos los ecos de la memoria me indican que solía estar ocupado.

—No ha sido desfigurado —refunfuñó Kulp—. Se ve el respaldo del trono y está tan curtido por los elementos como todo lo demás.

—Deberían figurar los no alineados; ¿alcanzas a detectarlos?

—No. ¿Tal vez en los costados y la parte posterior?

—Es posible. Entre ellos encontrarás al cambiaformas.

—Todo muy fascinante —dijo Felisin, arrastrando las palabras—. Supongo que vamos a entrar en este lugar, ya que por aquí penetra el viento.

—Así es —sonrió Heboric—. El extremo opuesto nos facilitará la salida.

El interior del templo no era más que un túnel, con sus paredes, techo y suelo ocultos tras varias capas compactas de arena. El viento aumentaba de tono cuanto más se adentraban. Cuarenta pasos más adelante, alcanzaron a discernir al fondo una pálida luz ocre.

El túnel se estrechó, era difícil resistirse al impulso del viento que aullaba y se vieron obligados a agacharse precariamente cerca de la salida.

Heboric se detuvo justo antes del umbral, para ceder el paso a Kulp y luego a Felisin. El mago fue el primero en salir, seguido de Felisin.

Estaban en un saliente elevado de la cara de un precipicio, donde desembocaba la cueva. El viento azotaba como si pretendiera arrojarlos al vacío para que se desplomaran contra el fondo rocoso, a doscientas brazas como mínimo. Felisin se movió para agarrarse al borde de la cueva que se desmoronaba. La vista le había cortado la respiración y debilitado las rodillas.

El torbellino arreciaba, no ante ellos sino a sus pies, en la vasta hondonada que era el sagrado desierto. Una fina bruma de polvo en suspensión corría sobre un hervidero de

nubes color naranja y amarillo. El sol era un globo de fuego rojo sin bordes al oeste, cuyo tono oscurecía ante sus ojos.

Al cabo de unos momentos, Felisin soltó una carcajada.

—Lo único que necesitamos ahora son alas.

—Una vez más voy a ser útil —sonrió Heboric, al tiempo que salía de la cueva para situarse junto a ella.

Kulp volvió la cabeza.

—¿Eso qué significa?

—Ataos a mi espalda, los dos. Este hombre tiene un par de manos, que sabe usar, y mi ceguera será nuestra salvación.

Kulp miró hacia el fondo del precipicio.

—¿Descender por aquí? La roca se desmorona, viejo...

—No en los agarraderos que yo encontraré, mago. Además, ¿qué otra alternativa tenéis?

—Me muero de impaciencia —dijo Felisin.

—De acuerdo, pero mantendré mi senda abierta —agregó Kulp—. La distancia de la caída será la misma, pero el aterrizaje será más suave; no creo que haya mucha diferencia, pero por lo menos nos brinda una oportunidad.

—¡Hombre de poca fe! —exclamó Heboric con una mueca para reprimir las carcajadas.

—Gracias —dijo Felisin.

¿Hasta qué punto se nos debe empujar? No nos deslizamos hacia la locura, sino que se nos empuja, se nos arrastra, se nos tira hacia ella.

Una presión sólida y cálida se cernió sobre su hombro. Felisin volvió la cabeza. Heboric había colocado sobre ella una mano invisible; no alcanzaba a verla, pero la fina tela de su blusa estaba comprimida y el sudor la oscurecía lentamente. Percibía su peso.

—Raraku remodela todo cuanto se le acerca —dijo Heboric, aproximándose—. Se trata de una verdad a la que

puedes aferrarte. Lo que eras se desvanece, en lo que te conviertes es otra cosa —creció su sonrisa ante su bufido de desdén—. Es cierto que las dádivas de Raraku son penosas —agregó en un tono compasivo.

Kulp preparaba los arneses.

—Estas correas están medio podridas —dijo.

—Entonces debes sujetarte con fuerza —respondió Heboric, volviéndose hacia él.

—Esto es una locura.

Mis propias palabras.

—¿Prefieres esperar a los d'ivers y los soletaken?

El mago frunció el entrecejo.

El cuerpo de Heboric era al tacto como raíces retorcidas. Felisin se sujetó con músculos temblorosos, sin confiar en las correas de cuero. Su mirada permanecía fija en las muñecas del viejo, mientras sus manos invisibles se agarraban al muro rocoso, al tiempo que oía una y otra vez la frotación de sus pies, en busca de puntos de apoyo. El viejo llevaba auestas el peso de los tres, solo con la fuerza de sus brazos y manos.

El resplandor rojo del sol poniente bañaba el maltrecho precipicio. *Como si descendiéramos hacia una caldera de fuego, en algún reino demoníaco. Y este es un viaje solo de ida; Raraku se apoderará de nosotros, nos devorará. Las arenas sepultarán todo sueño de venganza, todo deseo, toda esperanza. Todos nosotros nos ahogaremos, aquí, en este desierto.*

El viento los empujaba contra la cara del precipicio para lanzarlos luego al aire envueltos en un remolino de arena. Habían entrado una vez más en el torbellino. Kulp dio un grito que se perdió en el caos reinante. Felisin percibió que el viento frenético y hambriento la levantaba

horizontalmente y rodeó con un brazo el hombro derecho de Heboric.

Sus músculos empezaron a estremecerse con la tensión y sus articulaciones ardían como el carbón de una fragua. Sintió que se tensaban las correas del arnés, que de manera lenta e inevitable absorbían el esfuerzo. *La situación es desesperada. Los dioses se burlan de nosotros una y otra vez.*

Heboric siguió descendiendo hacia el seno del torbellino.

A escasa distancia, Felisin veía que la arena que portaba el viento empezaba a escoriar la tirante piel de su codo. La sensación era parecida a la que producen los lametones de la lengua de un gato, pero la piel se levantaba, desaparecía.

Sus piernas y su cuerpo cabalgaban sobre el viento y por todas partes sentía el terrible escozor de la lengua de la tormenta. *No seré más que huesos y tendones cuando lleguemos al fondo, con la boca entreabierta y desprovista de carne. La revelación de Felisin en toda su gloria...*

Heboric se separó de la cara del precipicio y los tres se desplomaron sobre un suelo rocoso. Felisin gimió cuando las piedras y la arena presionaron con fuerza la piel maltrecha de su espalda. Levantó la cabeza para contemplar el precipicio, visible a trozos donde las ráfagas de arena amainaban momentáneamente. Creyó ver una figura, a cincuenta brazas por encima de donde se encontraban, pero luego se la volvió a tragar la tormenta.

Kulp soltó las correas con una premura frenética. Libre de ataduras, Felisin se levantó sobre las manos y las rodillas. *Hay algo... Alcanzo incluso a sentirlo...*

—¡De pie, muchacha! —exclamó el mago—. ¡Rápido!

Entre quejidos, Felisin hizo un esfuerzo para incorporarse. El viento azotaba dolorosamente su espalda.

Unas manos cálidas la levantaron y unos musculosos brazos la sostuvieron.

—Así es la vida —dijo Heboric—. Sujétate con fuerza.

Corrían, agachados contra la ferocidad del viento. Felisin cerró con fuerza los ojos y tras sus párpados vio destellos procedentes de la agonía de su piel desgarrada. *¡Tómalo Embozado! ¡Tómalo todo!*

De pronto llegó la calma y Kulp bufó sorprendido. Felisin abrió los ojos en una bruma de polvo inmóvil, que describía una esfera en el seno del torbellino. Una gran forma indefinida se les acercaba tambaleante entre la neblina. El aire estaba impregnado de un perfume cítrico. Felisin empezó a moverse, hasta que Heboric la dejó en el suelo.

Cuatro pálidos individuos harapientos transportaban un palanquín sobre el que, bajo una sombrilla, iba sentado un corpulento individuo con una holgada vestimenta de seda de colores mal combiandos. Aparecieron unos ojos rasgados entre pliegues de carne cubiertos de gotas de sudor. Levantó una gruesa mano y los porteadores se detuvieron.

—¡Peligro! —chilló—. Venid conmigo, forasteros, y alejaos de este peligroso desierto repleto de animales de la más desagradable disposición. Os ofrezco un humilde refugio mediante la ingeniosa hechicería invertida en esta silla, a gran coste por mi parte. ¿Tenéis hambre? ¿Sed? ¡Ah, mirad las heridas de esa débil muchacha! Tengo ungüentos curativos, que devolverán la perfección juvenil a la piel de este delicioso bocado. Decidme, ¿se trata por casualidad de una esclava? ¿Permitiríais que os hiciera una oferta?

—No soy esclava —afirmó Felisin.

Ni estoy ya a la venta.

—El olor a limón hace llorar mis ojos ciegos —susurró Heboric—. Percibo codicia, pero no maldad...

—Yo tampoco —dijo Kulp junto a él—. Solo que... sus porteadores son no muertos, por no mencionar que están extrañamente... roídos.

—Veo que titubeáis y en todo momento aplaudo la precaución. En efecto, mis sirvientes han visto mejores tiempos, pero son inofensivos, os lo aseguro.

—¿Por qué —preguntó Kulp— os oponéis a la diosa del Torbellino?

—¡No me opongo, caballero! Soy un verdadero creyente y lleno de humildad. ¡La diosa me concede permiso de tránsito y para ello ejerzo una continua propiciación! No soy más que un mercader de productos selectos, es decir, de naturaleza mágica. Voy de regreso a Pan'potsun, después de una lucrativa expedición al campamento rebelde de Sha'ik —sonrió—. Os reconozco como malazanos y sin duda enemigos de la gran causa. Pero os aseguro que el cruel castigo no germina en mi tierra. Y a decir verdad, disfrutaría de vuestra compañía, porque estos horribles sirvientes están obsesionados con su propia muerte y nunca terminan de quejarse.

El personaje gesticuló y los cuatro porteadores dejaron el palanquín en el suelo. Dos de ellos, con movimientos sueltos y desenfadados, empezaron a sacar inmediatamente el equipo de acampar de una rejilla situada detrás de la silla, mientras los otros dos ayudaban a su amo a ponerse de pie.

—Hay un bálsamo potentísimo —dijo casi sin aliento—. ¡Ahí, en ese baúl! El que tiene en las manos el llamado Nudo. ¡Nudo! ¡Déjalo en el suelo, larva carcomida! La larva Nudo, tiene gracia. Deja de manosear el cerrojo, esas diestras aventuras derretirán tu podrido cerebro. ¡Diantre! ¡No tenéis manos! —agregó mirando a Heboric, como si lo viera por primera vez—. ¡Un crimen haber hecho cosa

semejante! Muy a mi pesar, no tengo ningún ungüento capaz de llevar a cabo tan compleja regeneración.

—Os ruego que no os aflijáis por mis carencias —dijo Heboric—, ni siquiera por las vuestras. No necesito nada, aunque es muy de agradecer este refugio del viento.

—El vuestro es con seguridad un trágico caso de abandono, en otra época sacerdote de Fener, y no pienso husmear. En cuanto a vos —dijo, volviendo la cabeza para mirar a Kulp—, disculpadme, ¿tal vez de la senda de Meanas?

—No os limitáis a vender artilugios de hechicería —refunfuñó Kulp, con el rostro ensombrecido.

—Os equivocáis, amable caballero —respondió, inclinando la cabeza—. No hago otra cosa, os lo aseguro. He dedicado mi vida a la magia y, sin embargo, no la practico. Los años me han otorgado cierta... sensibilidad, eso es todo. Disculpadme si os he ofendido —agregó, antes de darle un coscorrón a uno de sus sirvientes—. Tú, ¿qué nombre te he puesto?

Felisin observó fascinada cómo se retorcían los roídos labios del cadáver para configurar una dislocada mueca.

—Almeja —respondió—, aunque en otra época me llamaba Iryn Thalar...

—¡Va, cierra el pico sobre cómo te llamabas en otra época! Ahora eres Almeja.

—Tuve una muerte horripilante...

—¡Cállate! —exclamó su amo, con el rostro repentinamente sombrío.

El sirviente no muerto guardó silencio.

—Y ahora —prosiguió el amo con la respiración entrecortada—, encuéntranos ese vino de Falari; vamos a celebrar con los regalos más civilizados del Imperio.

El sirviente se alejó tambaleándose. Su compañero más cercano volvió la cabeza, para mirar con ojos deshidratados.

—La tuya no fue tan horrenda como la mía...

—¡Que las siete santidades nos protejan! —exclamó el mercader—. ¡Os lo suplico, mago, un hechizo de silencio para estas animaciones mal elegidas! ¡Os pagaré generosamente en jakatas imperiales!

—Eso supera mis habilidades —farfulló Kulp.

Felisin miró fijamente al capacitado mago. *Debe de ser una mentira.*

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró el individuo—. ¡Por todos los dioses, todavía no me he presentado! Soy Nawahl Ebur, humilde mercader de la ciudad sagrada de Pan'potsun. ¿Por qué nombres deseáis ser conocidos vosotros tres?

Curiosa forma de preguntar.

—Yo soy Kulp.

—Heboric.

Felisin guardó silencio.

—Y la muchacha es tímida —dijo Nawahl, mirándola con una indulgente sonrisa.

Kulp se agachó junto al baúl de madera, abrió el cerrojo y levantó la tapa.

—El recipiente de arcilla blanca con sello de cera —dijo el mercader.

El viento se había convertido en un gemido lejano y el polvo ocre de la calma se posaba lentamente a su alrededor. Heboric, dotado todavía de una percepción que le permitía prescindir de la necesidad de ver, se sentó sobre una piedra erosionada. Su ancha frente estaba ligeramente fruncida y sus tatuajes parecían apagados bajo una capa de polvo.

Kulp se acercó a Felisin a grandes zancadas, con el tarro en la mano.

—Es un bálsamo curativo —afirmó—. Y, en efecto, muy potente.

—¿Por qué no ha desgarrado el viento tu piel, mago? Tú no tienes la protección de Heboric...

—No lo sé, muchacha. Mantuve abierta mi senda, puede que eso bastara.

—¿Por qué no extendiste a mí su influencia?

—Creí haberlo hecho —musitó, desviando la mirada.

El bálsamo era fresco y parecía absorber el dolor. Bajo su pátina incolora, vio regenerarse su piel. Kulp se lo aplicó donde ella no alcanzaba y después de consumir medio tarro, el último vestigio de agonía estaba curado. Súbitamente agotada, Felisin se sentó en la arena.

Una copa de vino con el pie quebrado apareció ante su cara. Nawahl le sonrió.

—Esto os repondrá, amable doncella. Una corriente maleable conducirá vuestra mente más allá del sufrimiento, al flujo más pacífico de la vida. Bebed, querida. Siento un profundo interés por vuestro bienestar.

Felisin aceptó la copa.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué sentís un profundo interés?

—Un hombre de mi fortuna tiene mucho que ofreceros, niña. Todo lo que otorguéis libremente será mi recompensa. Y sabed que soy muy delicado.

Tomó un trago del vino fresco y ácido.

—¿De veras?

Sus ojos brillaban entre los pliegues de su piel, cuando asintió con solemnidad.

—Os lo prometo.

El Embozado sabe que podría tener peor suerte. Riqueza y comodidad, facilidad e indulgencia. Durhang y vino. Almohadas donde acostarme...

—Intuyo sabiduría en vos, querida —dijo Nawahl—, y por tanto no voy a insistir. Es preferible que seáis vos misma quien tome el rumbo adecuado.

Las colchonetas estaban listas. Uno de los sirvientes no muertos había avivado un hornillo de campaña, incendiando al mismo tiempo los restos de una de sus mangas, que se había abrasado, sin que nadie comentara el incidente.

Poco tardó en cernirse la oscuridad a su alrededor. Nawahl mandó encender unas linternas, que se colgaron de postes colocados en un círculo alrededor del campamento. Uno de los cadáveres permanecía de pie junto a Felisin y le llenaba la copa después de cada trago. La carne de aquel ser parecía roída. Heridas abiertas desprovistas de sangre cubrían sus pálidos brazos. Todos sus dientes habían desaparecido.

Felisin levantó la mirada, e hizo un esfuerzo para no retroceder de asco.

—¿Y cómo fue tu muerte? —preguntó en son de burla.

—Terrible.

—¿Pero cómo?

—Se me prohíbe decir más. Mi muerte fue terrible, digna de una pesadilla del propio Embozado. Fue larga pero breve, una eternidad que transcurrió en un instante. Me sorprendió y pese a todo lo sabía. Poco dolor pero muy doloroso. La pleamar de la oscuridad; sin embargo, cegadora...

—De acuerdo. Comprendo la actitud de tu amo.

—Lo harás.

—Cuidado con la bebida, muchacha —dijo Kulp desde cerca de la hoguera—. Mejor que conserves tus facultades.

—¿Por qué? ¿No es cierto que todavía no me ha afectado?

Vació desafiante la copa y extendió el brazo para que se la volviera a llenar. Su cabeza navegaba y parecían flotarle los brazos. El sirviente llenó de vino la copa.

Nawahl había regresado a su ancho sillón acolchado, desde donde observaba a los tres con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¡Compañía mortal, qué diferencia! —suspiró—. Estoy tan encantado que solo preciso deleitarme en lo mundano. Decidme, ¿adónde pretendéis ir? ¿Qué os ha impulsado a emprender un viaje tan peligroso? ¿La rebelión? ¿Es en realidad tan sangrienta como se rumorea? Me temo que semejante injusticia recibe siempre su merecido. Lástima que esa lección se haya olvidado.

—No vamos a ningún lugar —respondió Felisin.

—¿Puedo entonces convencerlos para que reflexionéis sobre vuestro destino elegido?

—¿Y nos ofrecéis protección? —preguntó Felisin—. ¿Hasta qué punto es fiable? ¿Qué ocurrirá si nos cruzamos con bandidos, o algo peor?

—No sufriréis ningún daño, querida. Alguien que trata con la hechicería, dispone de muchos recursos para defender a las personas. En todos mis viajes, ni en una sola ocasión me ha acosado ningún desdichado imbécil. Se me han acercado, sí, pero todos se han retirado cuando les he infundido sensatez. Querida, sois increíblemente impresionante; vuestra piel suave y morena como la miel es un bálsamo para mis ojos.

—¿Qué diría vuestra esposa? —susurró Felisin.

—Me temo que soy viudo. Mi adorada cruzó las puertas del Embozado hoy hace casi un año. Me complace decir que su vida fue plena y feliz, y eso es para mí un gran consuelo.

Ojalá pudiera su espíritu levantarse para tranquilizaros, querida.

Pinchos de tapu crepitaban en el hornillo de campaña.

—Mago —dijo Nawahl—, habéis abierto vuestra senda. Decidme, ¿qué veis? ¿Os he dado motivo para desconfiar?

—No, mercader —respondió Kulp—. Y no veo nada adverso, sin embargo los encantamientos a nuestro alrededor son de gran trascendencia... Estoy impresionado.

—Solo lo mejor en protección personal, por supuesto.

De pronto tembló la tierra y algo descomunal asomó un hombro velludo en la esfera, frente a Felisin. El hombro del animal medía casi tres brazas de altura. Al cabo de un momento, la bestia gruñó y se retiró.

—¡Bestias! ¡Este desierto está plagado de animales! Pero no temáis, ninguno vencerá mis defensas. Ruego tranquilidad.

Tranquilidad; estoy muy tranquila. Por fin estamos a salvo. Nada puede alcanzarnos...

Una zarpa con uñas largas como dedos desgarró la borrosa pared de la esfera y el aire tembló con su aullido rabioso.

Nawahl se incorporó con una rapidez sorprendente.

—¡Atrás, maldito! ¡Fuera! ¡Cada cosa a su debido tiempo!

Felisin pestañeó. *¿Cada cosa a su debido tiempo?*

La esfera resplandeció, conforme se enmendaban los zigzagueantes rasgones. Más allá, la aparición aulló de nuevo, ahora de evidente frustración. La zarpa produjo otros desgarros, que sanaron de inmediato. Un cuerpo se precipitó ruidosamente contra la barrera, se retiró y lo intentó de nuevo.

—¡Estamos a salvo! —exclamó Nawahr, con el rostro sombrío por la ira—. ¡No lo logrará, por testarudo que sea!

No obstante, ¿cómo vamos a dormir con este barullo?

Kulp se acercó al mercader, que incomprensiblemente retrocedió un paso. Entonces el mago se volvió, para enfrentarse al persistente intruso.

—Es un soletaken —dijo—. Y muy fuerte...

Desde donde Felisin estaba sentada, lo que ocurrió a continuación pareció fluir sin interrupciones, casi con elegancia. En el momento en que Kulp le dio la espalda al mercader, Nawahl pareció fundirse bajo sus sedas y se oscureció su piel para convertirse en un brillante pelaje negro. Un olor a fuertes especias se impuso sobre el perfume cítrico en una cálida ráfaga. Aparecieron ratas, en un flujo creciente.

Heboric dio la voz de alerta, pero ya era demasiado tarde. Las ratas cubrieron a Kulp, envolviéndolo en un manto bullente, no a docenas sino a centenares.

El gemido del mago era un grito ahogado. Al cabo de un momento, el montón de alimañas pareció hundirse, aplastando a Kulp con su peso.

A un lado, los cuatro porteadores observaban.

Heboric se lanzó contra la masa de ratas, con sus manos fantasmagóricas brillando ahora como manoplas de fuego, una verde jade, la otra rojo herrumbre. Las ratas retrocedieron. Cada una de las que agarraba ardía hasta ennegrecerse, convertida en un amasijo de carne y hueso. Pero su número aumentaba, cada vez más alimañas silenciosas, unas sobre otras, cubrían el suelo en crecientes oleadas.

Se dispersaron del lugar donde se encontraba Kulp. Felisin vio el destello de huesos húmedos y un impermeable jironado. No alcanzaba a comprender su significado.

El soletaken desde el exterior atacaba la barrera con frenesí. Los desgarros tardaban más en cerrarse. La mano

y el antebrazo de un oso, tan grueso como la cintura de Felisin, penetraron por la rotura.

Las ratas se elevaron en una cresta retorcida para atacar a Heboric. Sin dejar de gritar, el antiguo sacerdote retrocedió tambaleándose.

Una mano agarró el cuello de Felisin desde atrás y la obligó a levantarse.

—Sujétate a él y corre, muchacha.

Mareada, volvió la cabeza y vio el rostro curtido de Baudin. Con su otra mano sujetaba cuatro de las linternas.

—¡Muévete, maldita sea!

La empujó hacia el viejo, que todavía retrocedía a trompicones perseguido por el hervidero de roedores. A la espalda de Heboric, dos toneladas de oso se abrían paso por la barrera.

Baudin dio un salto más allá de Heboric y rompió una de las linternas contra el suelo. El aceite se dispersó en regueros de llamas.

Las ratas emitieron un grito furioso. Los cuatro sirvientes empezaron a reírse a carcajadas.

La cresta se desplomó sobre Baudin, pero no pudieron derribarle como lo habían hecho con Kulp. Agitó las linternas, rompiéndolas en pedazos. El fuego se extendió a su alrededor. Al cabo de un momento, él y centenares de ratas estaban envueltos en llamas.

Felisin alcanzó a Heboric. El viejo estaba cubierto de sangre que manaba de incontables pequeñas heridas. Sus ojos ciegos parecían concentrados en un horror interno, semejante a lo que sucedía ante ellos. Lo cogió de un brazo y tiró de él a un lado.

La voz del mercader llenó su mente. *No temáis por vos, querida. Riqueza y paz, toda indulgencia para colmar*

vuestros deseos, además soy amable, el sùmmum de la amabilidad... con quienes decido serlo.

Felisin titubeó.

Dejad en mis manos al viejo y a ese insensible forastero, luego me ocuparé de Messremb, ese asqueroso y grosero soletaken a quien tanto desagrado...

Sin embargo, Felisin había detectado dolor en sus palabras, un deje de desesperación. El soletaken, cuyo rugido hambriento producía una resonancia ensordecedora, demolía la barrera.

Baudin no se derrumbaba. Mataba una rata tras otra, envueltas todas en llamas, aunque cada vez eran más las que se le echaban encima y su propio número asfixiaba el fuego del aceite.

Felisin miró al soletaken para evaluar su asombroso poder y su intrépido furor.

—No —dijo, moviendo la cabeza—. Estás en apuros, d'ivers.

Agarró de nuevo a Heboric y lo arrastró hacia la agonizante barrera.

¡Querida! ¡Esperad! ¿Por qué no morís, testarudo mortal?

Felisin no pudo evitar una sonrisa. *Eso no funcionará, debería saberlo.*

El torbellino había reanudado su asalto a la esfera. La arena arrastrada por el viento raspaba el rostro de Felisin.

—¡Espera! —jadeó Heboric—. Kulp...

Felisin sintió un escalofrío. *¡Oh, dioses, está muerto! Devorado. Y yo lo he contemplado, borracha y despreocupada, sin percatarme de nada... paso a paso. Kulp está muerto.* Ahogó un sollozo, empujó al antiguo sacerdote al interior y luego a través de la barrera, en el momento en que por fin se derrumbaba. El rugido

victorioso del soletaken anunciaba su penetración en el seno de las ratas. Felisin no volvió la cabeza para observar el ataque, no quiso descubrir cuál sería la suerte de Baudin. Arrastrando a Heboric, corrió hacia el interior de la crepuscular tormenta sombría.



No llegaron lejos. La furia de la tormenta de arena los azotaba y empujaba, y los obligó por fin a buscar el precario cobijo de un saliente rocoso. Se desplomaron en su base, abrazados, a la espera de la muerte.

El alcohol que había consumido Felisin la obligó a dormirse. Pensó en resistirse, pero luego se rindió, convencida de que el horror no tardaría en encontrarlos y presenciar su propia muerte no era ningún consuelo. *Ahora debería revelarle a Heboric el verdadero valor del conocimiento. Aunque lo aprenderá por sí mismo. Tardará poco. Muy poco...*

Cuando despertó reinaba el silencio. No, algo se oía. Cerca de allí alguien sollozaba. Felisin abrió los ojos. La tormenta del torbellino había cesado. Un manto dorado de polvo en suspensión encapotaba el firmamento. Era tan espeso por todas partes que no alcanzaba a ver más allá de media docena de pasos. Pero el aire permanecía inmóvil. *Dioses, el d'ivers ha regresado...* Pero no, por doquier reinaba la calma.

Con jaqueca y la boca dolorosamente seca, se incorporó.

Heboric estaba de rodillas a pocos pasos, borroso tras una bruma refulgente. Tenía sus manos invisibles apretadas contra la cara, arrugando extrañamente su piel, como si

luciera una máscara grotesca. Su cuerpo entero se agitaba de aflicción y se mecía repetidamente sin ánimo ni sentido.

Los recuerdos inundaron la mente de Felisin. *Kulp*. Percibió que su propio rostro se contorsionaba.

—Debió haber intuido algo —dijo con la voz ronca.

Heboric levantó la cabeza y la miró con sus ojos ciegos empañados e irritados.

—¿Cómo?

—El mago —respondió, dándose a sí misma un frágil abrazo—. Ese bastardo era un d'ivers.

¡Debía haberlo sabido!

—¡Dioses, muchacha, ojalá hubiera tenido yo tu armadura!

Y si sangro en su interior, tú no lo verás, viejo. Nadie lo verá. Nadie lo sabrá.

—De haberla tenido —prosiguió Heboric al cabo de un momento—, habría permanecido a tu lado para ofrecerte la protección que pudiera, aunque reconozco que para qué molestarse. No obstante, lo habría hecho.

—¿Qué parloteas?

—Tengo fiebre. El d'ivers me ha envenenado, muchacha. Y lucha con los demás forasteros en mi alma; no sé si sobreviviré, Felisin.

Ella apenas lo oyó. Unas raspaduras le habían llamado la atención. Alguien se acercaba de forma indecisa, tambaleándose y raspando los guijarros. Felisin se puso de pie, para mirar en dirección al sonido.

Heboric guardó silencio, con la cabeza ladeada.

La figura que emergió de la bruma amarillenta puso su cordura en tela de juicio. Oyó un gemido de su propia garganta.

Baudin estaba quemado, roído, con partes completamente devoradas. En algunos lugares se había

abrasado hasta el hueso y el calor había hinchado los gases de su barriga como si estuviera embarazado, con la piel y la carne agrietadas. Nada quedaba de sus facciones, salvo orificios irregulares donde deberían haber estado sus ojos, su nariz y su boca. No obstante, Felisin lo reconoció.

Dio otro paso indeciso y se desplomó lentamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Heboric entre dientes—. En esta ocasión estoy completamente ciego; ¿quién ha llegado?

—Nadie —respondió Felisin, después de un prolongado silencio.

Se acercó lentamente a lo que había sido Baudin. Se sentó sobre la cálida arena, extendió los brazos, levantó su cabeza y la apoyó sobre sus muslos.

Él, consciente de la presencia de Felisin, alzó una mano encostrada y fundida que revoloteó un momento cerca de su codo, antes de caer.

—Creí... el fuego... inmune —dijo con una voz muy ronca.

—Estabas equivocado —susurró Felisin.

De repente, se rajó la imagen de una armadura en su interior, crecieron las grietas. Y bajo la misma, tras la misma, algo crecía.

—Juro.

—Juras.

—Tu hermana...

—Tavore.

—Ella...

—No. No, Baudin. No hables de ella.

Aspiró con dificultad.

—Tú...

Felisin aguardó, con la esperanza de que la vida abandonara aquella cáscara, ahora, antes de...

—Tú... no eras... lo que esperaba...

La armadura puede ocultar cualquier cosa, hasta el momento en que se desmorona. Incluso un niño. Especialmente un niño.

Nada permitía distinguir el cielo de la tierra. Un silencio dorado envolvía el mundo. Las piedras tamborileaban por el sendero con un barullo ensordecedor cuando Violín alcanzaba la cumbre. *Ha aspirado. Y está a la espera.*

Limpió el sudor polvoriento de su frente. *Por el aliento del Embozado, esto no augura nada bueno.*

Más adelante, Mappo emergió de su aturdimiento. El agotamiento del gigantesco trell hacía que su caminar fuera más desgarrado que de costumbre. Tenía los bordes de los ojos colorados y las líneas junto a sus protuberantes caninos formaban hondos surcos en su curtida piel.

—La pista avanza inexorablemente —dijo, agachado junto al zapador—. Creo que ella está ahora con su padre; caminan juntos. Violín... —titubeó.

—Sí. La diosa del Torbellino...

—Hay... expectativas... en el aire.

Violín refunfuñó al oír el eufemismo.

—Bien —suspiró Mappo tras un momento—, vamos a reunirnos con los demás.

Icarium había encontrado una piedra plana, rodeada de grandes rocas. Azafrán, sentado con la espalda apoyada en una roca, observaba al jhag colocar la comida en el centro. La expresión con la que el joven daru miró al zapador a su llegada era propia de alguien mucho mayor.

—Ella no va a volver —dijo Azafrán.

Violín, sin decir palabra, soltó su ballesta y la colocó en el suelo.

—Ven a comer, muchacho —dijo Icarium, después de aclararse la garganta—. Los reinos se sobreponen y todo es posible... incluido lo inesperado. De nada sirve afligirse por

lo que todavía no ha sucedido. Entretanto, el cuerpo exige sustento y a ninguno nos beneficiará que no dispongas de reservas de energía cuando llegue el momento de actuar.

—Ya es demasiado tarde —farfulló Azafrán, pero se levantó de todos modos.

—El misterio en esta senda es excesivo para estar seguro de nada —respondió Icarium—. En dos ocasiones hemos viajado por sendas, aunque no puedo describir sus aspectos. Parecían antiguas y fragmentadas, entretejidas en la propia roca de Raraku. En un momento dado he oído el mar...

—Yo también —dijo Mappo, encogiendo sus anchos hombros.

—Su viaje adquiere un matiz creciente —dijo Azafrán—, en el que cosas como el renacimiento pasan a ser más probables. ¿No es verdad que estoy en lo cierto?

—Tal vez —reconoció Icarium—. Sin embargo, este aire meditabundo es también un indicio de incertidumbre, Azafrán. Debes tenerlo en cuenta.

—Apsalar no pretende huir de nosotros —dijo Mappo—. Ella nos guía. ¿Qué significado podríamos atribuirle a eso? Con sus dones divinos podría ocultar fácilmente sus huellas: ese residuo desprendido de la sombra que para Icarium y para mí está tan claro como una ruta imperial señalizada.

—Puede que también haya algo más —musitó Violín y se volvieron las cabezas para mirarle—. La chica conoce nuestras intenciones, Azafrán —prosiguió, después de llenarse los pulmones de aire y soltarlo lentamente—. Sabe lo que Kalam y yo habíamos planeado y, que yo sepa, es algo todavía vigente. Podría haber adoptado perfectamente la idea de que, suplantando a Sha'ik, apoya... indirectamente... nuestros esfuerzos. Sirviéndose solo de su

propia iniciativa en lugar de la del dios que en otro momento la había poseído.

—Son muchas las cosas que nos has ocultado a mí y a Icarium, soldado —sonrió Mappo con ironía.

—Un asunto imperial —respondió el zapador, sin mirar a los ojos del trell.

—Pero que considera ventajosa la rebelión en esta tierra.

—Solo a corto plazo, Mappo.

—Al convertirse en Sha'ik renacida, Apsalar no se habrá limitado a cambiar de atuendo, Violín. La causa de la diosa se apoderará de la mente de Apsalar, de su alma. Esas visiones y apariciones la cambiarán.

—Me temo que no se haya percatado de esa posibilidad en concreto.

—No es boba —exclamó Azafrán.

—No digo que lo sea —respondió Violín—. Sea o no de nuestro agrado, Apsalar posee cierta arrogancia divina; yo lo presencié de lleno en Genabackis y veo que la mácula persiste todavía en ella. Pensad en su decisión actual de abandonar el templo de Iskaral, sola, en busca de su padre.

—En otras palabras —dijo Mappo—, crees que tal vez se considere capaz de soportar la influencia de la diosa, a pesar de adoptar el papel de profeta y caudillo.

—Las ideas se revuelven en mi mente —dijo Azafrán, con el entrecejo fruncido—. ¿Y si el dios patrón de los asesinos la ha recuperado? ¿Qué significará si Cotillion, y por extensión Ammanas, dirigen de pronto la rebelión? El emperador fallecido regresa para vengarse.

Reinó el silencio. Esa posibilidad turbaba obsesivamente a Violín desde que se le había ocurrido, hacía varios días. La idea de un emperador asesinado, convertido en ascendiente, que súbitamente surgía de las tinieblas para reclamar el trono imperial, era cualquier cosa menos una

perspectiva agradable. Una cosa era intentar asesinar a Laseen, a fin de cuentas un asunto mortal. Por otra parte, que los dioses gobernaran un imperio mortal atraería otros ascendientes y, en dicho contexto, civilizaciones enteras perecerían.

Terminaron de comer sin decir otra palabra.

El polvo que impregnaba el aire se negaba a posarse; se limitaba a permanecer inmóvil, cálido e inerte. Mientras Icarium recogía las vituallas, Violín se acercó a Azafrán.

—De nada sirve preocuparse, muchacho. Después de tantos años ella ha encontrado a su padre, ¿no crees que vale la pena?

—Ya lo había pensado, Violín. —El daru sonrió con mala cara—. Sí, me siento feliz por ella, pero desconfío. Lo que debía haber sido un reencuentro maravilloso se ha visto comprometido. Por Iskaral Pust. Por la manipulación de la sombra. Lo ha estropeado todo...

—Pero podías haberlo anticipado, Azafrán. Pertenece a Apsalar.

El muchacho guardó un prolongado silencio, antes de asentir.

Violín recuperó su ballesta y se la colgó al hombro.

—Como mínimo hemos tenido un respiro de los soldados de Sha'ik, los d'ivers y los soletaken.

—¿Hacia dónde nos conduce, Violín?

—Sospecho que pronto lo descubriremos —respondió el zapador, encogiéndose de hombros.

El hombre curtido por los elementos estaba en un promontorio rocoso, de cara a Raraku. El manto de silencio era absoluto; alcanzaba a oír los latidos mecánicos y rítmicos de su propio corazón. Había empezado a atormentarlo.

Se deslizaron piedras por su espalda y al cabo de un momento apareció el toblakai, que dejó caer un montón de lagartos, largos como un brazo, sobre la roca blanqueada por el sol.

—Salí para echar una ojeada —retumbó el gigantesco muchacho—. Excepcionalmente, una comida que vale la pena.

El toblakai estaba demacrado. Sus ataques de impaciencia habían desaparecido y Leoman lo agradecía, aunque sabía muy bien que se debía a lo exiguo de sus fuerzas. «Esperamos a que el Embozado venga a por nosotros», había susurrado el gigantesco bárbaro hace unos días, cuando el torbellino arremetió con renovado frenesí.

Leoman no había sabido qué responderle. Su fe se había desmoronado. El cadáver envuelto de Sha'ik yacía todavía entre los pilares de piedra esculpidos por el viento. Había encogido. Los arañazos del incesante viento habían desgarrado el sudario de lona y las protuberancias secas de sus articulaciones asomaban a través de la tela desgastada. Su pelo, que había seguido creciendo durante varias semanas, se había soltado y se agitaba sin fin en la tormenta.

Sin embargo, ahora se había producido un cambio. La diosa del Torbellino aguantaba su aliento inmortal. El desierto, levantado por completo de su esqueleto rocoso, impregnaba el aire y se negaba a posarse.

El toblakai lo interpretó como la muerte de la diosa del Torbellino. El asesinato de Sha'ik había provocado un prolongado pesar: la frustración y furia arrasadora de una diosa derrotada. Incluso cuando la rebelión extendía su manto sangriento sobre Siete Ciudades, su corazón estaba

muerto. Los ejércitos del Apocalipsis eran las extremidades de un cadáver que todavía se agitaba.

Leoman, plagado de fiebre y visiones producto del hambre, había empezado a tambalearse hacia la misma convicción.

No obstante...

—Esta comida —dijo el toblakai— nos proporcionará la fuerza necesaria, Leoman.

Para marcharnos. ¿Y adónde vamos?, ¿al oasis del centro de Raraku, donde todavía espera el ejército de una difunta? ¿Somos los portadores elegidos de la noticia del trágico fracaso? ¿O los abandonamos? ¿Nos dirigimos a Pan'potsum, luego a Ehrlitan y nos refugiamos en el anonimato?

El guerrero volvió la cabeza. Desplazó su mirada por la superficie hasta posarse sobre el libro de Dryjhna, donde esperaba impertérrito ante el torbellino, e inmune incluso al polvo que penetraba en todas partes. *El poder perdura. Insaciable. Cuando contemplo ese tomo, sé que no puedo soltarlo... «Las espadas en la mano y la sabiduría desatada. Joven pero vieja; una vida llena, otra incompleta». Emergerá renovada...* ¿Encerraban esas palabras verdades todavía ocultas? ¿Le había traicionado su imaginación, su anhelo?

El toblakai se agachó frente a los lagartos muertos, puso uno de ellos patas arriba y acercó un cuchillo a su barriga.

—Yo iría al oeste —dijo—. Penetraría en Jhag Odhan...

Leoman le echó una ojeada. *Jhag Odhan, donde encontrarse cara a cara con otros gigantes. Los propios jaghut. Los trell. Más salvajes. En ese páramo, el chico se sentirá como en su propia casa.*

—Esto no ha terminado —dijo el guerrero.

El toblakai mostró su dentadura, mientras introducía una mano por la abertura en la barriga del lagarto y la sacaba llena de entrañas resbaladizas.

—Es una hembra. ¿No dicen que las huevas son buenas para la fiebre?

—No tengo fiebre.

El gigante no respondió, pero Leoman se percató de que había cambiado la postura de su espalda. El toblakai había tomado una decisión.

—Toma lo que queda de tu caza —dijo el guerrero—. Lo necesitarás más que yo.

—Bromeas, Leoman. No te ves a ti mismo como te veo yo. Te has quedado en los huesos. Has devorado tus propios músculos. Veo tu cráneo tras la cara cuando te miro.

—Pese a todo, conservo la mente clara.

—Un hombre sano y robusto no lo afirmaría con tanta certeza —refunfuñó el toblakai—. ¿No reza la revelación secreta de Raraku que «la locura es solo un estado de la mente»?

—Los *Proverbios del insensato* tienen un nombre apropiado —musitó Leoman y su voz se perdió en la lejanía.

Una carga impregnaba el aire cálido e inerte. El guerrero sintió que su corazón latía con más rapidez y mayor fuerza. El toblakai se irguió, con sus enormes manos empapadas de sangre.

Ambos volvieron lentamente la cabeza para contemplar la antigua puerta. Se movió el pelo negro que emergía del desbaratado cuerpo y se levantaron con suavidad unos mechones. El polvo en suspensión había empezado a arremolinarse tras los pilares. Aparecieron chispas en su interior, como joyas incrustadas en un manto amarillento.

—¿Qué? —preguntó el toblakai.

Leoman miró en dirección al libro sagrado. Sus tapas de piel brillaban como si transpirasen. El guerrero dio un paso hacia la puerta.

Algo emergía de la nube de polvo. Dos figuras, una junto a la otra, agarradas, se tambaleaban en dirección a las columnas, y el cadáver yacía entre los pilares emblanquecidos por el sol.

«Las espadas en la mano y la sabiduría desatada...»

Uno era un viejo, la otra una joven. Con unos fuertes latidos en su pecho, Leoman fijó en ella su mirada. *Tan parecida. De ella emana una oscura amenaza. Dolor, y del dolor, ira.*

Se oyó un golpe y la fricción de piedras junto al guerrero. Al volver la cabeza vio al toblakai de rodillas, con la cabeza gacha ante las apariciones que se acercaban.

Cuando levantó la cabeza, lo primero que vio la mujer fue el cuerpo envuelto de Sha'ik y levantó luego la mirada para fijarla en Leoman y en el gigante arrodillado. Se detuvo, casi sobre el cadáver, con su largo pelo negro elevándose como con una carga estática.

Más joven. Pero el fuego interior... es el mismo. Ah, mi fe...

Leoman hincó una rodilla en el suelo.

—Has renacido —dijo.

—Así es —respondió ella.

Cambió la posición con que sujetaba al anciano cabizbajo y cubierto de harapos.

—Ayudadme con él —ordenó—. Pero cuidado con sus manos...

LIBRO CUARTO



LAS PUERTAS DE LA CASA DE LA MUERTE

Coltaine cruza despacio
la tierra en llamas.
El viento aúlla a través de los huesos
de su mando impregnado de odio.
Coltaine conduce una cadena de perros
que intentan siempre morderle la mano.
El puño de Coltaine desangra el viaje hasta el hogar
a lo largo de ríos de arena empapada de rojo.
Su recua aúlla a través de sus huesos
en rencorosa reprimenda.
Coltaine conduce una cadena de perros
que intentan siempre morderle la mano.

Coltaine
Marcha de los Cazadores de Huesos

CAPÍTULO 15



Tras un dios caminando sobre tierra mortal sigue
un reguero de sangre.

Proverbios del insensato
Thenys Bule

—La cadena de perros —refunfuñó el marinero, con una voz tan oscura y densa como el aire de la sentina—. He ahí una maldición que nadie desearía ni a su peor enemigo. ¿Treinta mil refugiados muertos de hambre? ¿Cuarenta mil? Además de nobles de papada sudorosa que no dejan de quejarse. Apuesto a que a Coltaine se le está a punto de acabar el tiempo.

Kalam se encogió de hombros en la penumbra, sin dejar de pasar las manos por el húmedo casco. *Llama a un barco Tapón de Trapo y las preocupaciones empiezan antes de levar anclas.*

—Hasta ahora ha sobrevivido —farfulló.

El marinero dejó momentáneamente de estibar fardos.

—¿Has visto esto? Tres quintas partes del espacio ocupado antes de subir la comida y el agua a bordo. Korbolo Dom ha recogido a Reloe y su ejército, que unido al suyo se convierten en... ¿cuántas? ¿Cincuenta mil espadas en total? ¿Sesenta mil? El traidor alcanzará esa cadena en Vathar. Entonces, con las tribus reunidas en el sur, y salvo

que Beru lo impida, ese mestizo wickano estará prácticamente acabado —refunfuñó el marino, mientras levantaba otro fardo envuelto en lona—. Pesado como el oro... y yo diría que no es un rumor vano. Ese montón de grasa de ballena, que se llama a sí mismo puño supremo, tiene la nariz empinada al viento; mira esto, su sello está en todas partes. El podrido gusano huye con su botín. De lo contrario, ¿por qué se embarca el tesorero imperial? Además de a treinta infantes de marina...

—Puede que estés en lo cierto —respondió distraído el asesino, que todavía no había encontrado una plancha seca.

—Entonces tú debes ser el calafateador, ¿no es cierto? ¿Tienes una mujer aquí en Aren? Apuesto a que te gustaría acompañarnos. Aunque ya estaremos bastante apretujados con el tesorero y dos perfumados validos.

—¿Perfumados validos?

—Sí, he visto a uno de ellos subir a bordo hace menos de diez minutos. Meloso como esputo de rata, con aires de grandeza y remilgado, pero toda la fragancia del mundo no ocultaría la peste, si comprendes a qué me refiero.

Kalam sonrió en la oscuridad. *No exactamente, viejo lobo, pero lo imagino.*

—¿Qué me dices del otro? —preguntó.

—Apostaría a que por un estilo, aunque todavía no lo he visto. Ha subido a bordo con el capitán, por lo que he oído. Oriundo de Siete Ciudades, por increíble que parezca. Eso ocurrió antes de que el capitán nos sacara del calabozo del puerto, aunque no tenían por qué habernos detenido, por el aliento del Embozado, cuando un pelotón de soldados viene a pedirte esto y lo otro, lo más natural es darles un puñetazo en el hocico, ¿no te parece? ¡Menudo permiso en tierra, estábamos a menos de diez pasos del portalón!

—¿Cuál fue el último puerto en el que atracasteis?

—Falar. Corpulentas pelirrojas brucas y musculosas, como a mí me gustan. ¡Fue una gozada!

—¿Vuestro cargamento?

—Armas, precediendo a la flota de Tavore. Cortábamos las olas como una sierra, te lo aseguro, al igual que lo haremos también ahora, de camino a Unta. Si llenas tanto la bodega, el amo tendrá las manos y los pies mojados. Pero apuesto a que con un buen dinero en el bolsillo.

—No habrá tiempo para una reparación completa —dijo Kalam, incorporándose.

—Nunca lo hay, pero que Beru te bendiga, haz lo que puedas.

El asesino se aclaró la garganta.

—Lamento comunicarte que me has confundido. No soy uno de los calafateadores.

—¡Cómo! —exclamó el marinero, después de dejar el fardo en el suelo.

Kalam se secó las manos en la capa.

—Soy el otro valido perfumado.

—Lo siento, caballero —farfulló el marinero, después de un silencio.

—No tiene importancia —respondió el asesino—. ¿Qué probabilidades hay de encontrar en la bodega a un huésped del capitán, inspeccionando las tablas? Soy un hombre cauteloso y lo que he visto no me ha tranquilizado.

—La verdad es que hace agua —dijo el marinero—, pero el capitán dispone de tres marineros para achicar permanentemente la sentina. Y el barco resiste a cualquier vendaval, como lo ha hecho en más de una ocasión. El caso es que el capitán tiene una camisa de la suerte.

—La he visto —dijo Kalam al mismo tiempo que sorteaba tres baúles, todos con el sello del puño supremo, y se dirigía

a la escotilla, sujeto al pasamanos—. ¿Cómo es la actividad rebelde en Sahul?

—Va en aumento, señor. Benditos sean los infantes de marina, porque en este viaje no correremos más que una barcaza.

—¿Ninguna escolta?

—Pormqual ha ordenado que la flota comandada por Nok controle este puerto. Gozaremos de protección para cruzar la bahía de Aren, por lo menos hasta el límite del mar Dojal Hading.

Kalam hizo una mueca, pero no dijo palabra. Subió por la escalera a la cubierta principal.

El bamboleo del Tapón de Trapo era intenso en el atracadero imperial. Los estibadores y la tripulación se ocupaban de sus quehaceres, y al asesino le resultaba difícil encontrar un lugar donde no molestar a nadie. Por fin dio con uno en el castillo de popa, cerca del timón, desde donde podía observar. Al otro lado del ancho muelle de piedra había un enorme mercante malazano, muy alto sobre el agua. Los caballos que había transportado desde Quon se habían descargado hacía una hora, dejando solo una docena de cargadores en el muelle para retirar los restos descuartizados de los animales que no habían sobrevivido al largo viaje. Era costumbre salar la carne de dichas pérdidas, siempre que el medicucho de a bordo la declarara comestible. Para las pieles se encontraban innumerables usos en el barco. A los cargadores del muelle se les dejaban las cabezas y los huesos, y en el puerto no escaseaban ansiosos compradores, aglomerados al otro lado de la barrera imperial.

Kalam no había visto al capitán desde la mañana en que subieron a bordo, hacía dos días. Después de acompañarlo al pequeño camarote que Salk Elan le había reservado para

el pasaje, el capitán lo había dejado para que se las apañara por su cuenta, mientras iba a ocuparse de sacar a su tripulación de la cárcel.

Salk Elan... estoy impaciente por conocerte.

Se oyeron fuertes voces en la pasarela, Kalam giró la cabeza y vio al capitán que subía a bordo. Iba junto a un individuo maduro, alto y de hombros caídos, cara exasperadamente chupada, descarnadas mejillas empolvadas de azul claro, según alguna moda cortesana reciente, y con un atuendo de navegación de Napan demasiado grande. Lo seguían dos guardaespaldas, ambos enormes, con sus rostros encarnados cubiertos por unas barbas enmarañadas y unos rudimentarios mostachos trenzados. Llevaban yelmos con visera, cotas de malla y espadas de hoja ancha a la cintura. Kalam fue incapaz de adivinar sus orígenes culturales. Ni el amo ni los guardaespaldas parecían cómodos con el suave movimiento de la cubierta.

—Ese ha de ser el tesorero de Pormqual —dijo una suave voz a la espalda del asesino.

Kalam se volvió sobresaltado y vio al dueño de la voz apoyado en el pasamanos. *Al alcance de mi puñal.*

—Te ha descrito a la perfección —sonrió el individuo.

El asesino examinó al desconocido. Era delgado, joven y llevaba una holgada camisa de seda verde asquerosa. Tenía un rostro bastante atractivo, pero demasiado aguileño para considerarlo amigable. Lucía brillantes anillos en sus largos dedos.

—¿Quién? —preguntó Kalam, desconcertado por la repentina aparición de aquel individuo.

—Nuestro común amigo en Ehrlitan. Yo soy Salk Elan.

—No tengo ningún amigo en Ehrlitan.

—Entonces no me he expresado debidamente. Alguien que está en deuda contigo, y yo por mi parte en deuda con él, a consecuencia de lo cual se me ha encargado organizar tu salida de Aren, cosa que ya he hecho, liberándome así de mis obligaciones, debo agregar, en el momento oportuno.

Kalam no vio que llevara ninguna arma a la vista, un hecho ya muy revelador.

—Juegos —dijo con sorna.

—Mebra —suspiró Salk Elan—, quien te confió el libro, debidamente entregado a Sha'ik. Te dirigías a Aren, o eso concluyó Mebra. Además sospeché que, bueno, con tus habilidades, decidirías llevar la «causa sagrada» al corazón del Imperio. O, mejor dicho, a través de un corazón en particular. Entre otros preparativos, organicé la colocación de una especie de cable trampa en la puerta de la senda Imperial, para que cuando se disparara activara inmediatamente otros acontecimientos preparados de antemano —dijo el joven, mientras movía la cabeza para contemplar los extensos tejados de la ciudad, con una radiante sonrisa—. Ahora, en estos últimos tiempos, los sucesos han limitado de algún modo mis actividades en Aren, dificultando dichos preparativos. Todavía más desconcertante es que se ha puesto precio a mi cabeza y a pesar de que es una terrible equivocación, te lo aseguro, tengo escasa fe en la justicia imperial, sobre todo cuando está involucrada la propia guardia del puño supremo. Por tanto, no he reservado solo un camarote, sino dos, en realidad el que se halla frente al tuyo.

—El capitán no me parece un hombre de lealtades baratas —dijo Kalam, procurando ocultar su desazón.

Si Mebra dedujo que me proponía asesinar a la emperatriz, ¿quién más pudo haberlo hecho? Y este Salk Elan, quienquiera que sea, es obvio que no sabe cuándo

callarse... A no ser, por supuesto, que explore mis reacciones. Además, existe una táctica clásica que tal vez esté utilizando. No hay tiempo de comprobar la veracidad cuando uno se tambalea...

Oyó la voz aguda del tesorero en la cubierta principal, a su espalda, con una serie de quejas dirigidas al capitán, que si respondió debió hacerlo entre dientes.

—No, baratas no —reconoció Salk Elan—. Sería más preciso decir inexistentes.

Kalam refunfuñó, a la vez decepcionado por el amago fracasado, y agradecido por haber recibido confirmación de su propio parecer respecto a la personalidad del capitán. *Por el aliento del Embozado, hoy en día los personajes imperiales no valen el pergamino en el que están escritos...*

—Otra causa de consternación —prosiguió Elan—, ese individuo tiene un ingenio muy superior a la media y parece que solo encuentra estímulo intelectual en actos de subterfugio y ofuscación. Apuesto a que se pasó de rosca, por así decirlo, en su misterioso encuentro contigo en la posada.

—No me sorprende que tardara un momento en caerme bien —sonrió Kalam, a pesar suyo.

La carcajada de Elan fue discreta pero apreciativa.

—Y no te sorprenda que espere el momento de cenar en tu mesa todas las noches, durante este viaje inminente.

—No volveré a cometer el error de darte la espalda, Salk Elan —sonrió Kalam.

—Es evidente que estás trastornado —dijo el joven, impasible—. No espero que se repita semejante oportunidad potencial.

—Me alegro de que nos comprendamos, porque hasta aquí tu explicación tiene más fugas que este barco.

—¿Te alegras? ¡Qué infravaloración, Kalam Mekhar! ¡Yo estoy encantado de que nos entendamos con tanta claridad!

Kalam se desplazó a un lado, para contemplar la cubierta. El tesorero proseguía con su diatriba contra el capitán. La tripulación permanecía inmóvil, con la mirada fija en la escena.

—¿No te parece que sus modales son atroces? —preguntó Salk Elan.

—El capitán es el comandante del barco —respondió el asesino—. Si le apeteciera, ya habría zanjado el asunto. Me da la impresión de que deja pasar la borrasca.

—No obstante, sugiero que tú y yo intervengamos.

—No es asunto nuestro, ni nos beneficiaría participar —respondió Kalam, moviendo la cabeza—. Pero no permitas que mi opinión te retenga.

—El caso es que nos concierne, Kalam. ¿Te parecería bien que la tripulación la tomara con todos los pasajeros? A no ser que te guste que el cocinero escupa en tus gachas.

El bastardo tiene razón.

Observó como Salk Elan se alejaba tranquilamente por la cubierta principal y al cabo de un momento lo siguió.

—¡Noble caballero! —dijo Elan.

El tesorero y sus dos guardaespaldas volvieron la cabeza.

—Confío en que apreciáis la enorme paciencia del capitán —prosiguió Elan, acercándose—. En la mayoría de los barcos, ya os habrían arrojado por la borda junto con vuestros amanerados sirvientes y por lo menos dos de vosotros os habríais hundido como lastre, para regocijo de los presentes.

Uno de los guardaespaldas gruñó y avanzó, con una enorme mano velluda en la empuñadura de su espada.

El tesorero estaba extrañamente pálido bajo la capucha de piel de foca, sin una gota de sudor en su rostro a pesar del calor y de las pesadas bandas del capote de Napan que llevaba puesto.

—¡Insolente simulacro de ano de cangrejo! —exclamó—. ¡Vuelve a tu madriguera, zurullo ensangrentado, antes de que llame al magistrado del puerto para que te encadene! —agregó, levantando una pálida mano de largos dedos—. ¡Megara, déjalo inconsciente de una paliza!

El guardaespaldas se acercó, con la mano en la empuñadura de su espada.

—¡Alto ahí! —exclamó el capitán.

Se acercaron media docena de marineros, con garfios y puñales amenazantes, para colocarse entre Salk Elan y el guardaespaldas bigotudo. El guardaespaldas titubeó, antes de retroceder.

El capitán sonrió y se llevó las manos a las caderas.

—Ahora —dijo en un tono razonable y sosegado—, el guardián de monedas y yo continuaremos la charla en mi camarote. Entretanto, mi tripulación ayudará a esos dos sirvientes a despojarse de sus malditas cadenas y las guardará en lugar seguro. A continuación, dichos sirvientes tomarán un baño y el curandero del barco los examinará en busca de parásitos, que no tolero a bordo del Tapón de Trapo. Concluida su desinfección, ayudarán a cargar las últimas provisiones de su amo, salvo el banco de madera que se ofrecerá como regalo al agente de aduanas para facilitar nuestra partida. Por último, las blasfemias en este barco, por ingeniosas que sean, procederán única y exclusivamente de mí. Esto es todo, caballeros.

Si el tesorero pretendía desafiar al capitán, lo impidió su repentino colapso en la cubierta del barco. Los dos guardaespaldas dieron media vuelta al oír el ruido del golpe

y permanecieron inmóviles con la mirada fija en su amo inconsciente.

—Pues parece que esto no es todo —dijo el capitán, al cabo de un momento—. Llevad al guardián de monedas al interior y quitadle esas pieles de foca. Más trabajo para el curandero del barco y ni siquiera hemos zarpado todavía. Y ahora vosotros, caballeros —agregó, dirigiéndose a Salk Elan y Kalam—, podéis acompañarme a mi camarote.

La estancia no era mucho mayor que el camarote del asesino y estaba casi desprovista de posesiones. El capitán tardó unos minutos en encontrar tres jarras, en las que sirvió cerveza agria local de un jarro de arcilla. Sin molestarse en brindar, bebió de un trago la mitad del contenido de su jarra y se limpió los labios con el reverso de la mano. Paseaba inquieto la mirada, sin posarla una sola vez en los dos hombres que tenía delante.

—Las reglas son sencillas —dijo con una mueca—. Manteneos alejados del tesorero. La situación es... confusa. Con el almirante detenido...

Kalam se atragantó con la cerveza, antes de poder preguntar:

—¿Cómo? ¿Por orden de quién?

El capitán miraba los zapatos de Elan, con el entrecejo fruncido.

—Debe ser del puño supremo, evidentemente. Está claro que no hay otra forma de retener la flota en la bahía.

—La emperatriz...

—Con toda probabilidad, no lo sabe. No se ha visto ninguna garra en la ciudad desde hace meses; nadie sabe por qué.

—Y supongo que su ausencia —dijo Elan—, otorga autoridad implícita a las decisiones de Pormqual.

—Más o menos —reconoció el capitán, con la mirada ahora fija en una viga, mientras vaciaba la jarra y servía más cerveza—. En todo caso, el tesorero personal del puño supremo ha llegado con un mandato judicial, que le otorga la categoría de comandante durante este viaje, lo que significa que goza del privilegio de invalidar mi mando si lo desea. Ahora bien, aunque yo poseo una cédula imperial, ni yo, ni mi barco, ni mi tripulación pertenecemos en realidad a la Armada Imperial, por lo que la situación, como he dicho antes, es confusa.

Kalam depositó su jarra sobre la única mesa de la estancia.

—Frente a nosotros hay un mercante imperial, que se prepara como nosotros para zarpar. ¿Por qué, en el nombre del Embozado, no ha mandado Pormqual a su tesorero y su botín en ese barco? Después de todo, es mayor y está mejor protegido...

—Así es. Y, en efecto, sigue las órdenes del puño supremo. Zarpará poco después que nosotros, destino a Unta, con el personal de la casa de Pormqual y sus preciados sementales a bordo, lo que significa que estará abarrotado y apestará. —Se encogió de hombros, como si unas manos invisibles sujetaran su espalda y lanzó una nerviosa mirada a la puerta, antes de concentrarse de nuevo con cierta desesperación en la viga del techo—. El Tapón de Trapo es rápido cuando es necesario. Bien, eso es todo. Bebed. Los infantes de marina subirán a bordo de un momento a otro y me propongo soltar amarras en menos de una hora.



—No puede hablar en serio —susurró Salk Elan moviendo la cabeza, en la escalera de cámara frente al camarote del capitán.

—¿A qué te refieres? —preguntó el asesino.

—A lo de «bebed». La cerveza era repugnante.

—Ninguna garra en la ciudad... ¿Por qué será? —dijo Kalam, con el entrecejo fruncido.

Elan se encogió ligeramente de hombros.

—Muy a pesar nuestro, Aren ya no es como antes. Está llena de monjes, curas y soldados, las cárceles se encuentran abarrotadas de inocentes mientras los fanáticos de Sha'ik, evidentemente solo los más astutos que han logrado sobrevivir, siembran el caos y cometen asesinatos. También se dice que las sendas tampoco son como antes, aunque imagino que tú lo sabrás mejor que yo —sonrió.

—¿Era eso una respuesta a mi pregunta?

—¿Y soy yo un experto en actividades de la Garra? No solo no me he tropezado nunca con uno de esos horripilantes degolladores, sino que procuro reducir a un mínimo mi curiosidad sobre ellos —dijo, de pronto más animado—. ¡Tal vez el tesorero no sobreviva a su acalorado abatimiento! ¡Qué idea tan agradable!

Kalam dio media vuelta y se dirigió a su camarote. Oyó que Salk Elan suspiraba antes de avanzar en dirección contraria y subir a cubierta por la escalera de la cámara.

El asesino cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra la misma. *Mejor meterse en una trampa con los ojos abiertos que a ciegas.* Aunque la idea le brindaba escaso consuelo. No estaba siquiera seguro de que hubiera una trampa. La red de Mebra era vasta, Kalam siempre lo había sabido y había tirado personalmente de sus hilos en más de

una ocasión. Tampoco parecía que el espía ehrlitano lo hubiera traicionado con la entrega del libro de Dryjhna, que después de todo Kalam había puesto en manos de Sha'ik.

Salk Elan era con toda probabilidad un mago y también parecía capaz de defenderse en una pelea. No había siquiera pestañeado cuando se le acercó el guardaespaldas del tesorero. *Nada de lo cual me tranquiliza.* El asesino dio un suspiro. *Y un hombre conoce la mala cerveza cuando la cata...*



Cuando condujeron a los sementales del puño supremo por la puerta del muelle imperial, se desató el caos. Los caballos, nerviosos, empezaron a empujar y cocear a los mozos, los cargadores del puerto, los soldados y otros empleados. El capataz voceaba y corría de un lado para otro intentando poner orden, aumentando aún más la confusión en el tumulto.

La mujer que sujetaba las riendas de un magnífico semental era solo notable por su vigilante calma y, cuando el capataz logró por fin organizar la carga, fue una de las primeras en subir con su corcel por la ancha pasarela al mercante imperial. Y a pesar de que el capataz conocía a todos sus empleados y a cada uno de los caballos a su cargo, eran tantas las cuestiones que reclamaban su atención, que no se percató de que tanto la mujer como su corcel le eran desconocidos.

Minala había observado cómo zarpaba el Tapón de Trapo dos horas antes, después de que embarcaran dos pelotones de infantes de marina con su equipaje. El mercante fue

remolcado hasta la boca del puerto, antes de que se le permitiera desplegar las velas, flanqueado por galeones imperiales que lo escoltarían durante la travesía de la bahía de Aren. Otros cuatro barcos de guerra similares esperaban el transporte imperial, a un cuarto de legua.

El destacamento de infantes de marina a bordo del transporte imperial era considerable, por lo menos siete pelotones. Claramente el mar Dojal Hading no era seguro.

El semental de Kalam sacudió la cabeza al pisar la cubierta. La enorme escotilla por la que se descendía a la bodega era en realidad un ascensor, que subía y bajaba con la ayuda de poleas. Los cuatro primeros caballos estaban sobre la plataforma.

Un viejo mozo de cuadra entrecano, cerca de Minala, los miró a ella y al semental.

—¿La última adquisición del puño supremo? —preguntó. Minala asintió.

—Magnífico animal —agregó el mozo—. El puño supremo tiene buen ojo, desde luego.

Y poco más digno de mención. El bastardo proclama su huida inminente y cuando por fin se marche, sin duda lo hará escoltado por una flota completa. Oh, Keneb, ¿es esto en lo que te hemos metido?

Huye de Aren, dijo Kalam. Ella le había hecho la misma recomendación a Selv antes de despedirse, pero Keneb era ahora oficial del ejército, adscrito a la guarnición de Blisting. No iban a ningún lugar.

Minala sospechaba que nunca volvería a verlos.

Todo por perseguir a un hombre al que no comprendo. Un hombre que no estoy siquiera segura de que me guste. Caramba, mujer, eres lo bastante mayor como para tener más sensatez...



El horizonte meridional era una estrecha franja verde grisáceo, que vibraba con el calor que se levantaba del camino. La tierra que se divisaba era desértica y estaba salpicada de piedras, salvo en la vereda de mercaderes, donde había cascotes de cerámica desparramados, que se bifurcaba de la ruta imperial.

La vanguardia detuvo sus caballos en el cruce de caminos. Al este y al sudeste se encontraba la costa, con su conglomeración de pueblos y ciudades y la ciudad sagrada de Ubaryd. El humo empañaba el cielo en esa dirección.

Recostado en su montura, Duiker escuchaba como los demás las palabras del capitán Sulmar.

—... y en lo que a esto concierne, puño, el consenso es absoluto. No tenemos más remedio que oír a Nethpara y Pullyk. Son los refugiados, después de todo, quienes más sufrirán.

El capitán Tregua gruñó con desdén.

El rostro de Sulmar empalideció bajo el polvo, pero prosiguió:

—En la situación actual, sus raciones están ya a nivel de hambruna, y aunque habrá agua en Vathar, ¿qué ocurrirá en el páramo más allá?

Bastión se pasó los dedos por la barba.

—Nuestros hechiceros dicen que no presienten nada, pero estamos todavía lejos; un bosque y un ancho río antes de llegar a las tierras secas. Puede que allí los espíritus de la tierra estén sencillamente sepultados muy hondo; incluso Sormo lo ha dicho.

Duiker echó una fugaz mirada al hechicero. Estaba sentado sobre su caballo, envuelto en una capa ancestral, la sombra de la capucha ocultaba su rostro, que no reaccionó en absoluto. El historiador se percató de que los largos dedos de Sormo, apoyados en la perilla de su silla, no dejaban ahora de temblar. Nada y Menos todavía se recuperaban de su terrible experiencia en la cadena Gelor, sin salir una sola vez del carromato en el que viajaban, y Duiker había empezado a preguntarse si seguían vivos. *Nuestros tres últimos magos y dos de ellos están muertos o demasiado débiles para caminar, mientras que el tercero ha envejecido diez años por cada semana de esta maldita travesía.*

—Las ventajas tácticas deben estar claras para ti, puño —dijo Sulmar, al cabo de un momento—. Por muy maltrechos que estén los muros de Ubaryd, brindarán mayor protección que una tierra desprovista incluso de colinas...

—¡Capitán! —exclamó Bastión.

Sulmar se calmó y apretó los labios en una fina línea blanquecina.

Duiker sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el aire fresco del atardecer. *Qué vasta concesión, Sulmar, según las normas de cortesía que un jefe wickano espera de un guerrero de rango inferior. ¿Qué modales son estos, capitán? Sin duda los olvidas después de tomar unas copas de vino con Nethpara y Pullyk Alar...*

Coltaine no lo reprendió. Nunca lo hacía. Recibió las pullas e indirectas del presuntuoso y arrogante noble como lo hacía con todo lo demás, con una fría indiferencia. Puede que eso bastara para el wickano, pero Duiker percibió la audacia que tal proceder fomentaba en Sulmar y los de su calaña.

Además, el capitán no había terminado.

—Esto no es solo de interés militar, puño. El aspecto civil de la situación...

—Asciéndeme, comandante Bastión —dijo Tregua—, para que pueda azotar a este perro hasta que su piel sea un mero recuerdo. De lo contrario —prosiguió, mostrándole los dientes a su cocapitán—, unas palabras contigo en privado, Sulmar...

Sulmar se limitó a mirarle con desdén.

—No hay ningún aspecto civil —dijo Coltaine—. Si tomáramos de nuevo Ubaryd, se convertiría en una trampa fatal. Aislados por tierra y por mar, nunca resistiríamos. Explícaselo a Nethpara, capitán, será tu última misión.

—¿Mi última misión, señor?

El puño no dijo palabra.

—La última —retumbó Bastión—. Eso significa literalmente. Has sido degradado, expulsado de tu rango.

—Pido disculpas al puño, pero no podéis hacer esto.

Coltaine volvió la cabeza y Duiker se preguntó si el capitán había logrado por fin que el puño le prestara atención.

—Mi nombramiento imperial como oficial me fue concedido por un puño supremo, señor. Por consiguiente, tengo derecho a solicitar una evaluación. Puño Coltaine, siempre ha constituido la fuerza del ejército malazano que un principio de nuestra disciplina insista en que expresemos lo que pensamos. Independientemente de vuestras órdenes, que obedeceré a rajatabla, tengo derecho a que mi posición quede debidamente registrada en su integridad. Si lo deseáis, señor, puedo recordaros los artículos que conceden dicho derecho.

Se hizo un silencio antes de que Bastión volviera la cabeza para mirar a Duiker.

—Historiador, ¿has comprendido algo de lo dicho?

—Igual que tú, tío.

—¿Quedaré su posición debidamente registrada?

—Desde luego.

—Y supongo que una evaluación presupone la presencia de abogados, por no mencionar la de un puño supremo.

Duiker asintió.

—¿Dónde está el puño supremo más cercano?

—En Aren.

Bastión asintió con aire meditabundo.

—En tal caso, para resolver este asunto del rango del capitán, debemos apresurarnos en llegar a Aren. A no ser, claro está —prosiguió, mirando a Sulmar—, que el criterio del concejo de nobles tome precedencia respecto a la suerte de tu carrera, capitán.

—Tomar de nuevo Ubaryd permitirá la ayuda de la flota del almirante Nok —dijo Sulmar—. De ese modo, podrá efectuarse el avance hasta Aren con rapidez y seguridad.

—La flota del almirante Nok está en Aren —señaló Bastión.

—Sí, señor, pero cuando les llegue la noticia de que estamos en Ubaryd, el siguiente paso será evidente.

—¿Te refieres a que acudirán prestos en nuestra ayuda? —preguntó Bastión, con la frente exageradamente fruncida—. Ahora estoy confuso, capitán. El puño supremo mantiene su ejército en Aren. Es más, retiene también la flota completa de Siete Ciudades. Todo permanece inmóvil desde hace meses. Ha dispuesto de innumerables oportunidades para mandar una de dichas fuerzas en nuestra ayuda. Dime, capitán, en los cotos de caza de tu familia, ¿has visto alguna vez un ciervo sorprendido por la luz de una linterna? Queda paralizado, incapaz de moverse. El puño supremo Pormqual es como dicho ciervo. Aunque Coltaine

condujera esta caravana hasta la costa, a una legua de Aren, Pormqual no acudiría a liberarnos. ¿Crees en realidad que una situación todavía más difícil, como tu propuesta respecto a Ubaryd, avergonzará al puño supremo y lo obligará a actuar?

—Me refería sobre todo al almirante Nok...

—Que está muerto, enfermo o en una mazmorra, capitán. De lo contrario, habría zarpado hace tiempo. Un hombre y solo uno, manda en Aren. ¿Pondrás tu vida en sus manos, capitán?

—Parece que en ambos casos ya lo he hecho, comandante —respondió Sulmar, con una expresión ahora sombría, mientras se ponía los guantes para montar—. Y también parece que ya no se me permite expresar mis puntos de vista...

—Claro que se te permite —dijo Coltaine—. Pero también eres un soldado del Séptimo.

—Pido disculpas, puño, por mi osadía —asintió el capitán—. Vivimos tiempos realmente difíciles.

—No me había percatado de ello —respondió Bastión, sonriente.

—¿Qué opinas de este asunto, historiador? —preguntó Sulmar, mirando de repente a Duiker.

Como observador objetivo...

—¿Qué asunto, capitán?

Se dibujó una sonrisa en los labios de Sulmar.

—¿Ubaryd o el río Vathar y el bosque y los páramos meridionales? Como civil y buen conocedor de la difícil situación de los refugiados, ¿crees que en realidad sobrevivirán a una travesía tan peligrosa?

El historiador guardó un largo minuto de silencio, antes de aclararse la garganta y encogerse de hombros.

—Como siempre, el mayor de los peligros ha sido el ejército renegado. La victoria en la cadena de Gelor nos ha concedido tiempo para curar nuestras heridas...

—Todo lo contrario —replicó Sulmar—. Desde entonces ha aumentado todavía la presión, si cabe.

—En efecto y por buenas razones. Ahora es Korbolo Dom quien nos persigue. Era un puño por mérito propio y es un comandante y un estratega muy capacitado. Kamist Reloe es un mago, no un líder de soldados, que ha desperdiciado su ejército pensando única y exclusivamente en cifras. Korbolo no será tan tonto. Si nuestro enemigo llega al río Vathar antes que nosotros, estaremos acabados...

—¡Esa es precisamente la razón por la que deberíamos sorprenderle y volver a capturar Ubaryd en su lugar!

—Un triunfo efímero —respondió Duiker—. Dispondríamos de dos días a lo sumo, para preparar las defensas de la ciudad antes de la llegada de Korbolo. Como bien has dicho, soy un civil, no un estratega. Pero incluso yo alcanzo a ver que tomar de nuevo Ubaryd sería un suicidio, capitán.

Bastión se movió en su silla, mirando ostensiblemente a su alrededor.

—Busquemos un perro pastor para disponer todavía de otra opinión. Sormo, ¿dónde está ese feo animal que te ha adoptado? Ese que los infantes de marina llaman Torcido.

El hechicero ladeó ligeramente la cabeza.

—¿De veras quieres saberlo? —preguntó con voz carrasposa.

—Sí, ¿por qué no? —respondió Bastión, con el entrecejo fruncido.

—Oculto entre la hierba, a siete pasos de donde tú te encuentras, comandante.

Fue inevitable que todo el mundo, incluido Coltaine, escudriñara el entorno. Por fin Tregua señaló y al cabo de un momento Duiker distinguió un cuerpo pardo rojizo entre la maleza de la pradera. *¡Por el aliento del Embozado!*

—Me temo, tío —dijo Sormo—, que de poco puede servirnos su opinión. Adonde tú nos dirijas, Torcido nos seguirá.

—Entonces es un buen soldado —asintió Bastión.

Duiker dio media vuelta con su caballo en el cruce de caminos y contempló la vasta columna que se extendía hacia el norte. La ruta imperial estaba diseñada para agilizar el desplazamiento de los ejércitos. Era ancha, llana y sus adoquines guardaban una precisión geométrica. Permitía cabalgar de quince en fondo. La cadena de perros de Coltaine alcanzaba una legua imperial, a pesar de que los tres clanes wickanos cabalgaban por la pradera, a ambos lados del camino.

—Fin de la discusión —declaró Coltaine.

—Capitanes, presentaos en vuestras compañías —ordenó Bastión, sin que precisara agregar que se dirigían al río Vathar.

La reunión de mandos había revelado posiciones, en particular las lealtades conflictivas de Sulmar, y más allá del emplazamiento de tropas, asuntos de avituallamiento y cosas por el estilo. Nada estaba abierto a debate.

Duiker sintió cierta compasión por Sulmar, consciente de la presión a la que debía estar sometido por parte de Nethpara y Pullyk Alar. Después de todo el capitán era de origen noble y las amenazas que pesaban sobre sus parientes convertía su posición en insostenible.

«El ejército malazano obedecerá un solo reglamento», había proclamado el emperador Kellanved durante la primera «limpieza» y «reestructuración» de las fuerzas

armadas, a principios de su reinado. «Un reglamento y un soberano...»

La imposición, suya y de Dassem Ultor, del mérito como único medio de ascenso, había desencadenado una lucha por el control entre las jerarquías del Estado Mayor en el Ejército y la Armada. *Se derramó sangre en los peldaños de palacio y la Garra de Laseen fue el instrumento de dicha cirugía. Debió haber aprendido de lo sucedido. Tuvimos nuestra segunda matanza, pero llegó excesivamente tarde.*

—Vuelve conmigo, viejo —dijo el capitán Tregua, interrumpiendo los pensamientos de Duiker—. Hay algo que deberías ver.

—¿Y ahora qué?

La sonrisa de Tregua era espantosa en su rostro encarnizado.

—Paciencia, por favor.

—He adquirido paciencia más que de sobra, capitán.

Aguardando la muerte, y muy larga ha sido la espera.

Tregua comprendió a la perfección el comentario de Duiker. Entornó su único párpado para escudriñar la llanura hacia el noroeste, donde se encontraba el ejército de Korbolo Dom, a menos de tres días y acercándose con rapidez.

—Es una petición oficial, historiador.

—Muy bien. Entonces, adelante.

Coltaine, Bastión y Sormo habían avanzado por el camino de mercaderes. Se oían voces, procedentes de los elementos de vanguardia del Séptimo, conforme se preparaban para abandonar la ruta imperial. Duiker vio al perro pastor Torcido que trotaba delante de los tres wickanos. *Y lo seguimos. Nuestro nombre es realmente apropiado.*

—¿Cómo está el cabo? —preguntó Tregua, mientras cabalgaban hacia su compañía.

Duiker frunció el entrecejo. Lista había recibido una grave herida en la cadena de Gelor.

—Se recupera. Tenemos dificultades con los curanderos, capitán, empiezan a encontrarse agotados.

—Claro.

—Han absorbido tanto de sus sendas que ha empezado a perjudicar sus cuerpos. He visto el brazo de un curandero que se partía como una ramita seca, cuando levantaba una olla de la hoguera. Eso me asustó más que todo lo que me queda todavía por presenciar, capitán.

El capitán tiró del parche que cubría su ojo destrozado.

—No eres el único, viejo.

Duiker guardó silencio. Tregua había estado a punto de sucumbir a una infección. Estaba demacrado bajo su armadura y las cicatrices de su cara habían convertido sus facciones en una expresión torturada, que asustaba a los desconocidos. *Por el aliento del Embozado, no solo a los desconocidos. Si la cadena de perros tiene rostro, ese es el de Tregua.*

Cabalgaban entre columnas de soldados, sonrientes ante los gritos y las lúgubres bromas que oían a su paso, aunque para Duiker sonreír suponía un esfuerzo. Era agradable que estuvieran animados, que se dispersara esa extraña melancolía propia de la victoria, pero se imponía con monstruosa certeza el espectro de lo que les esperaba. El historiador había sentido que su propia alma se sumía en la aflicción, porque desde hacía tiempo había perdido la habilidad de evocar en sí mismo una fe ciega.

—¿Qué sabes del bosque más allá del río? —preguntó el capitán.

—Cedros —respondió Duiker—. Fuente de la fama de los astilleros de Ubaryd. En otra época poblaban ambos lados del río Vathar, pero ahora solo quedan los del sur, e incluso estos han disminuido cerca de la bahía.

—¿No se molestaron esos bobos en replantar?

—Hicieron algún esfuerzo cuando por fin reconocieron la amenaza, pero los ganaderos ya habían reclamado las tierras. Cabras, capitán. Las cabras pueden convertir un paraíso en un desierto, en un abrir y cerrar de ojos. Comen brotes, destruyen la corteza de los troncos de los árboles, provocando su muerte con tanta certeza como un incendio forestal. Sin embargo, queda mucho bosque río arriba; tardaremos por lo menos una semana en cruzarlo.

—Eso he oído. Personalmente, agradeceré la sombra...

En efecto, por lo menos una semana. Más bien como una eternidad; ¿cómo defenderá Coltaine su vasta caravana en pleno bosque, donde por todas partes surgen emboscadas y las tropas no pueden movilizarse para responder con un mínimo de orden y rapidez? En lo que a mí concierne, las preocupaciones de Sulmar por los páramos más allá del espeso bosque son discutibles. ¿Seré el único que lo piensa?

Cabalgaban entre carromatos cargados de soldados heridos. Aquí el aire era hediondo, con la descomposición de la carne donde la curación forzada no había logrado detener el proceso infeccioso. Soldados con fiebre divagaban y desvariaban, el delirio abría las puertas de sus mentes a otros incontables reinos. *De este mundo de pesadilla a otros. Solo el don del Embozado brinda el único alivio...*

Por la llana pradera, a su izquierda, avanzaban los rebaños cada vez más reducidos de ganado vacuno y cabrío entre enormes nubes de polvo. Perros pastores wickanos

patrullaban por su perímetro, acompañados de jinetes del clan Comadreja. El rebaño entero sería sacrificado en el río Vathar, ya que no hallaría sustento en las tierras más allá del bosque. *Porque allí no hay espíritus de la tierra.*

El historiador empezó a cavilar al contemplar el rebaño. Los animales habían seguido su ritmo, paso por paso, a lo largo de este viaje desalentador. Mes tras mes de sufrimiento. *Esa es una maldición que todos compartimos: la voluntad de vivir.* Su suerte estaba echada, aunque afortunadamente no lo sabían. *Pero incluso esto cambiará en los últimos momentos. El más torpe de los animales parece capaz de intuir la inminencia de su propia muerte. El Embozado concede entendimiento a todo ser vivo en el último momento. ¿Qué misericordia es esa?*

—La sangre de la yegua había ardido en sus venas —dijo de improviso Tregua.

Duiker asintió, sin tener que preguntar a qué yegua se refería el capitán. *Los llevó a todos, un alarde de fuerza vital que la ha abrasado desde el interior.* Esos pensamientos lo condujeron más allá de las palabras, a un lugar de dolor descarnado.

—Se dice —prosiguió Tregua—, que sus manos han quedado ahora teñidas de negro. Están marcadas para siempre.

Como yo. Pensó en Nada y Menos, dos niños acurrucados en posición fetal bajo el toldo del carromato, rodeados de parientes silenciosos. *Los wickanos saben que el don del poder no es nunca gratuito. Saben lo suficiente para no envidiar a los elegidos entre ellos, ya que el poder no es nunca un juego, ni se izan los relucientes estandartes a la gloria y la riqueza. No ocultan nada en pompa y boato, y por tanto todos vemos lo que preferimos evitar, que el*

poder es cruel, duro como el hierro y el hueso, y prospera en la destrucción.

—Me embargan tus silencios, viejo —dijo suavemente Tregua.

Duiker solo alcanzó a asentir de nuevo.

—Siento impaciencia por Korbolo Dom. Por que esto termine. Ya no puedo ver lo que Coltaine ve, historiador.

—¿No puedes? —preguntó Duiker, mirándolo a los ojos—. ¿Estás seguro de que lo que él ve no es lo que tú ves, Tregua?

La consternación se posó lentamente en sus facciones contorsionadas.

—Me temo —prosiguió Duiker—, que los silencios del puño ya no hablan de victoria.

—Entonces igual que tu creciente silencio.

El historiador se encogió de hombros. *Un continente entero nos asedia. No deberíamos haber vivido tanto tiempo. No puedo conducir más allá mis pensamientos y esa verdad me empequeñece. Todas esas historias que he leído... obsesiones intelectuales con la guerra, remodelando mapas hasta el infinito. Cargas heroicas y derrotas aplastantes. No somos más que giros de sufrimiento en un río de dolor. Por el aliento del Embozado, viejo, tus palabras son un tedio incluso para ti, ¿para qué castigar con ellas a los demás?*

—Debemos dejar de pensar —dijo Tregua—. Hemos sobrepasado largamente ese punto. Ahora simplemente existimos. Mira esos animales. Tú y yo somos lo mismo, igual que ellos. Luchamos bajo el sol, empujados inexorablemente hacia el lugar de nuestra aniquilación.

Duiker movió la cabeza.

—Es nuestra maldición no poder conocer la dicha de la estupidez, capitán. Me temo que no encontrarás la

salvación donde la buscas.

—No me interesa la salvación —refunfuñó Tregua—. Solo una forma de seguir adelante.

Se acercaban a la compañía del capitán. En el seno de la infantería del Séptimo había un grupo de hombres y mujeres, en torno a cincuenta en total, aleatoriamente armados. Todos volvieron la cabeza para mirar a Tregua y a Duiker con expectación.

—Hora de portarse como un capitán —susurró Tregua entre dientes, en un tono tan abatido que al historiador le partió el corazón.

Un sargento presente dio la orden de atención y el grupo variopinto hizo un esfuerzo desigual pero resuelto de obedecer. Tregua los observó unos momentos, antes de desmontar y acercarse.

—Hace seis meses os arrodillabais ante gente de pura sangre —declaró el capitán—. Bajabais la mirada y en la boca teníais el gusto de suelos polvorientos. Exponíais la espalda a los látigos y vuestro mundo consistía en altas paredes e inmundos tugurios donde dormíais, amabais y paríais hijos que no gozarían de un futuro mejor. Hace seis meses no habría dado una jakata de hojalata por todos vosotros. —Hizo una pausa, miró al sargento y asintió.

Avanzaron unos soldados del Séptimo con uniformes doblados en las manos. Eran unos uniformes descoloridos, manchados y remendados donde las armas habían perforado la tela. Sobre cada montón doblado había un emblema de hierro. Duiker se inclinó sobre la silla de su caballo para examinar uno de ellos más de cerca. El medallón, de unos diez centímetros de diámetro, consistía en un aro de eslabones sujeto a una réplica de un collar de perro wickano y en el centro había una cabeza de perro

pastor, que no mostraba los dientes, sino que tenía la mirada en la lejanía y los párpados caídos.

Algo dio un vuelco en el interior del historiador y apenas logró contener sus emociones.

—Anoche —prosiguió el capitán Tregua—, una representación del concejo de nobles acudió a Coltaine. Iban cargados con un baúl de jakatas de oro y plata. Parece que los nobles se han cansado de cocinar su propia comida, remendar su propia ropa, limpiar sus propios culos...

En otra época, semejante comentario habría provocado malas miradas y cuchicheos: un nuevo escupitajo en la cara por unirse a la vida entera de otros. Por el contrario, los antiguos sirvientes se rieron. *Las travesuras de cuando eran niños. Ahora ya adultos.*

Tregua esperó a que cesaran las risas.

—El puño no dijo nada. Les dio la espalda. El puño sabe evaluar... —Se fruncieron lentamente las facciones con cicatrices del capitán, mientras hacía una pausa—. Llega un momento en que una vida no puede comprarse con monedas y cuando se cruza esa línea, no hay vuelta atrás. Ahora sois soldados. Soldados del Séptimo. Cada uno de vosotros pasará a formar parte de los escuadrones regulares de mi infantería, junto a vuestros compañeros de armas, y a ninguno de ellos les importa un comino lo que fuerais antes —concluyó, antes de dirigirse al sargento—. Indica sus destinos a estos soldados, sargento.

Duiker observó el rito en silencio: cada hombre o mujer recogió su uniforme al oír su nombre y los pelotones se acercaron para llevarse a sus reclutas. No se hizo gala de ostentación ni de fuerza. Lo profesional y somero del acto acarreaba su propio peso y un profundo silencio envolvía la escena. El historiador vio reclutas de más de cuarenta años, pero ninguno estaba en baja forma. Décadas de trabajos

forzados y las matanzas de dos batallas los habían convertido en una colección de testarudos supervivientes.

Aguantarán y aguantarán bien.

El capitán apareció junto a Duiker.

—Como sirvientes —susurró Tregua— puede que hubieran sobrevivido, vendidos a otras familias nobles. Ahora, con espadas en la mano, morirán. ¿Oyes ese silencio, Duiker? ¿Sabes lo que significa? Supongo que lo conoces, sobradamente.

Con todo lo que hacemos, el Embozado sonríe.

—Escríbelo, viejo.

Duiker miró al capitán y vio a un hombre destrozado.



En la cadena de Gelor, el cabo Lista había saltado a una zanja junto al terraplén, para eludir una oleada de flechas. Su pie derecho había aterrizado sobre la punta de una jabalina que sobresalía del suelo y su punta de hierro, después de atravesarle la suela de la bota, se le había clavado junto al dedo gordo.

No era más que una pequeña herida, un mero infortunio, pero los pinchazos eran las más temidas de las heridas en las batallas. Provocaban una fiebre que paralizaba las articulaciones, incluida la mandíbula, pudiendo impedir que se abriera la boca y se introdujera cualquier alimento en la garganta, lo que causaba una larga muerte.

Las amas de caballos wickanas tenían experiencia en el tratamiento de dichas heridas, pero las existencias de polvos y hierbas habían menguado y les quedaba un solo tratamiento: quemar concienzudamente la herida. Durante

las horas siguientes a la batalla de la cadena de Gelor, el aire era pestilente, con el hedor a pelo chamuscado y el olor macabro, tentadoramente dulce, de la carne asada.

Duiker encontró a Lista saltando en círculos a la pata coja, con una expresión decidida en su delgado rostro sudoroso. El cabo levantó la cabeza al ver la llegada del historiador.

—Puedo seguir cabalgando, señor, aunque solo por períodos de una hora. El pie se entumece y es entonces cuando podría volver la infección, o eso me dicen.

Cuatro días antes, el historiador había caminado junto a la camilla que transportaba a Lista, mirando al joven con la certeza de que se estaba muriendo. Una ajetreada ama de caballos wickana había examinado apresuradamente al cabo durante la marcha. Duiker había visto la lúgubre expresión en sus marcadas facciones, cuando palpaba con sus dedos las glándulas hinchadas bajo la barbilla casi rala de Lista. Luego, había levantado la cabeza para mirar al historiador.

Entonces Duiker la reconoció, y ella a él. *La mujer que en una ocasión me ofreció comida.*

—No parece bueno —dijo Duiker.

Después de titubear, metió la mano en los pliegues de su capa de piel y sacó un objeto deforme del tamaño de un nudillo, que a Duiker le pareció un trozo de pan enmohecido.

—Una broma de los espíritus, no cabe duda —dijo la mujer en malazano.

Luego se agachó, cogió el pie herido de Lista, que habían dejado sin vendaje, expuesto al aire cálido y seco, colocó aquella sustancia sobre la herida y la sujetó con una correa.

Una broma que obligará al Embozado a fruncir el entrecejo.

—Entonces pronto podrás unirme de nuevo a la tropa —dijo ahora Duiker.

—Debo contaros algo —asintió Lista, acercándose—. La fiebre me ha mostrado visiones de lo que nos espera...

—A veces ocurre.

—La mano de un dios surgió de la oscuridad, agarró mi alma y la arrastró hacia delante, a través de días, semanas —dijo Lista, antes de hacer una pausa y secarse el sudor de la frente—. Historiador, la tierra al sur de Vathar... Vamos a un lugar de antiguas verdades.

Duiker lo miró con los párpados entornados.

—¿Antiguas verdades? ¿Qué significa eso, Lista?

—Allí ocurrió algo terrible. Hace mucho tiempo. Es una tierra sin vida...

Eso solo lo saben Sormo y el alto mando.

—Esa mano divina, cabo, ¿la viste?

—No, pero la sentí. Los dedos eran largos, demasiado largos, con más articulaciones de las necesarias. A veces siento que vuelve a agarrarme, como si fuera la mano de un fantasma, helada, y empiezo a tiritar.

—¿Recuerdas aquella antigua matanza en el paso de Sekala? ¿Fue eso lo que evocaron tus visiones, cabo?

Lista frunció el entrecejo, antes de mover la cabeza.

—No, lo que tenemos delante es mucho más antiguo, historiador.

Se oyeron gritos cuando la caravana se disponía a seguir adelante, abandonando la ruta imperial y prosiguiendo por el camino de mercaderes.

Duiker contempló la llanura tachonada de árboles hacia el sur.

—Caminaré junto a tu camilla, cabo —dijo el historiador—, mientras tú me describes con todo detalle esas visiones.

—Puede que no sean más que delirios de la fiebre, historiador...

—Pero tú no lo crees... ni yo tampoco.

Siguió mirando la llanura.

Una mano de muchas articulaciones. No es la mano de un dios, cabo, pero la de alguien con tanto poder que puedes habértelo creído. Has sido elegido, muchacho, por alguna razón, para presenciar una visión ancestral. De la oscuridad surge la fría mano de un jaghut.



Felisin se sentó sobre un montón de cascotes desprendidos del antiguo portal, con los brazos alrededor de sí misma, la mirada en el suelo, y meciéndose de forma lenta y rítmica. El movimiento aportaba paz a su mente, como si no fuera más que un recipiente lleno de agua.

Heboric y el guerrero gigante discutían sobre ella, sobre las profecías y la mala suerte, y sobre la desesperación de los fanáticos. Entre ambos bullía un mutuo desdén, al parecer nacido en el instante en que se conocieron, cuya oscuridad crecía con el transcurso de cada momento.

El otro guerrero, Leoman, permanecía agachado cerca de allí, tan silencioso como ella. Tenía delante el libro sagrado de Dryjhna, que guardaba, a la espera de lo que para él parecía la inevitable aceptación de Felisin, de que ella era en efecto Sha'ik renacida.

Renacida. Renovada. Corazón del Apocalipsis. Librada por quien no tiene manos en un suspiro suspendido de la diosa. Que sigue esperando. Como lo hace Leoman. Felisin, bisagra del mundo.

Se dibujó una sonrisa en los labios de Felisin. Se mecía al compás de gritos lejanos, los ecos antiguos de muertes repentinas desgarradoras del alma, que tan remotas parecían ahora. Kulp, devorado en el seno de un hervidero de ratas. Huesos roídos y el horror del pelo blanco teñido de rojo. Baudin, consumido en el fuego que él mismo había encendido. *¡Qué ironía! Vivió según sus propias reglas y murió con la misma impía reivindicación. A pesar de sacrificar su vida por otra persona. Aunque él diría que lo había elegido libremente.*

Estas son las cosas que aportan quietud.

Muertes que ya se habían retirado, en lo más hondo del infinito camino polvoriento, demasiado lejanas para que se oyeran o sintieran sus exigencias. *La pena viola la mente y lo sé todo respecto a la violación. Es una cuestión de consentimiento. Por tanto, no sentiré nada. Sin violación no hay pena.*

Unos guijarros sonaron junto a ella. Heboric. Conocía la sensación de su presencia y no tuvo que levantar la cabeza. El antiguo sacerdote de Fener susurraba entre dientes. Luego se calló, como si se esforzara para penetrar en el silencio de Felisin. *Violación.*

—Quieren seguir adelante, muchacha —dijo al cabo de un momento—. Ambos están muy idos. Nos encontramos a un largo trecho del oasis, del campamento de Sha'ik. Por el camino hay agua, pero poco para comer. El toblakai cazará, pero las presas son muy escasas; supongo que debido a los soletaken y los d'ivers. En todo caso, abras o no el libro, debemos emprender la marcha.

Felisin siguió meciéndose sin decir palabra.

Heboric se aclaró la garganta.

—Por mucho que me irriten sus ideas absurdas y descabelladas, que te aconsejo encarecidamente que

rechaces, los necesitamos a los dos y también el oasis. Conocen Raraku mejor que nadie. Si tenemos alguna posibilidad de sobrevivir...

Sobrevivir.

—Reconozco —prosiguió Heboric después de un momento—, que he adquirido ciertos... sentidos que compensan en parte la desventaja de mi ceguera. Así como estas manos, renacidas... No obstante, Felisin, no me basto para protegerte. Además, no existe ninguna garantía de que esos dos nos permitan que los abandonemos, si comprendes a lo que me refiero.

Sobrevivir.

—¡Despierta, muchacha! Hay decisiones que debemos tomar.

—Sha'ik desenvainó su espada contra el Imperio —dijo Felisin, sin levantar la mirada del suelo polvoriento.

—Un gesto disparatado...

—Sha'ik se enfrentaría a la emperatriz, mandaría al Ejército Imperial a un abismo lleno de sangre.

—La historia relata rebeliones semejantes, muchacha, y su eco es interminable. Los ideales gloriosos aportan vigor a la blanca sonrisa del Embozado, pero no son más que encanto, y honradez...

—¿A quién le preocupa la honradez, viejo? La emperatriz debe responder al reto de Sha'ik.

—Desde luego.

—Y mandará un ejército desde Quon Tali.

—Es probable que ya esté en camino.

—¿Y quién manda ese ejército? —prosiguió Felisin, con la sensación de que un aliento fresco acariciaba su piel.

Lo oyó suspirar y estremecerse.

—Muchacha...

Agitó una mano como si ahuyentara una avispa y se puso de pie. Al volver la cabeza comprobó que Leoman la miraba fijamente y de pronto su rostro agrietado por el sol le pareció la faz del propio Raraku. *Más dura que la de Beneth, sin ninguna de las afectaciones. Sí, más agudo que Baudin, rebosante de ingenio en esos ojos fríos y oscuros.*

—Al campamento de Sha'ik —dijo.

Leoman bajó la mirada hasta el libro y luego la dirigió de nuevo a Felisin, que levantó una ceja.

—¿Preferirías cruzar andando una tormenta? Dejemos que la diosa espere un poco más antes de renovar su furor, Leoman.

Percibió que la evaluaba, que en sus ojos aparecía de pronto un destello de incertidumbre y le gustó. Al cabo de un momento, asintió.

—Felisin —exclamó Heboric—, ¿tienes la menor idea...?

—Mejor que tú, viejo. Ahora, cállate.

—Tal vez sea el momento de separarnos...

—No —dijo Felisin, mirándolo—. Creo que voy a necesitarte, Heboric.

Él le brindó una amarga sonrisa.

—¿Como conciencia? Muchacha, soy una pobre elección. *Sí, lo eres. Tanto mejor.*

El antiguo camino mostraba indicios de haber sido en otra época una ruta, a lo largo de la cadena que serpenteaba como una sinuosa espina dorsal hacia una lejana meseta. Los adoquines asomaban como huesos en aquellos lugares donde el viento había levantado la tierra arenosa. La calzada estaba plagada de trozos de cerámica esmaltada en rojo, que quedaban aplastados al andar.

El toblakai exploraba el terreno, invisible en la bruma ocre, seguido de Leoman a quinientos pasos, que conducía con cautela a Felisin y a Heboric, casi sin decir palabra.

Estaba atterradoramente demacrado y caminaba con tanto sigilo que Felisin había empezado a imaginárselo como un mero espectro. Heboric, que la seguía, no tropezaba a pesar de su ceguera.

—¿Algo te divierte? —preguntó Felisin, después de volver la cabeza y comprobar que sonreía.

—Este camino está abarrotado, muchacha.

—¿Los mismos fantasmas que en la ciudad sepultada?

—No tan antiguos —respondió, moviendo la cabeza—. Estos son recuerdos de una época posterior al Primer Imperio.

Al oírle, Leoman se detuvo y volvió la cabeza. En la ancha boca de Heboric se dibujó una sonrisa.

—No cabe duda, Raraku me muestra sus secretos.

—¿Por qué?

El viejo se encogió de hombros y Felisin miró al guerrero del desierto.

—¿Te pone eso nervioso, Leoman?

Porque debería hacerlo.

—¿Qué significa este hombre para ti? —preguntó, evaluándola con la mirada de sus oscuros ojos.

No lo sé.

—Es mi compañero, mi historiador. De gran valor, puesto que voy a instalarme en Raraku.

—Los secretos del desierto sagrado de Raraku no le pertenecen. Los saquea como cualquier asaltante forastero. Si deseas conocer las verdades de Raraku, búscalas en tu interior.

Felisin estuvo a punto de soltar una carcajada, pero sabía que su amargura la asustaría incluso a ella.

Siguieron su camino; aumentaba el calor de la mañana, el cielo se convertía en un fuego dorado. Se estrechó la cadena, mostrando a más de doce palmos por debajo a

ambos lados los cimientos de piedra de la antigua calzada, sobre una pendiente de sesenta a setenta palmos. El toblakai los esperó en un lugar donde la base de piedra se había hundido, formando grandes agujeros oscuros en el suelo. En uno de ellos brotaba un manantial que discurría suavemente.

—Un acueducto debajo del camino —dijo Heboric—. Solía tener una corriente torrencial.

Felisin se percató de que el toblakai miraba ceñudo. Leoman reunió las botas de agua y empezó a descender por el agujero. Heboric se sentó a descansar.

—Lamento que tuvieras que esperarnos, toblakai con nombre secreto —dijo al cabo de un momento, ladeando la cabeza—, aunque supongo que en todo caso tendrías dificultades en introducir la cabeza por la boca de esa cueva.

El gigante salvaje sonrió con desdén, mostrando sus dientes afilados.

—Colecciono recuerdos de las personas a las que mato. Colgados de mi cinturón. Algún día tendré el tuyo.

—Se refiere a tus orejas, Heboric —dijo Felisin.

—Lo sé, muchacha —respondió el antiguo sacerdote—. Los espíritus torturados se retuercen en la sombra de ese infame: todos los hombres, mujeres y niños a los que ha matado. Dime, toblakai, ¿te suplicaron esos niños que los dejaras vivir? ¿Lloraron por sus madres?

—No más que los adultos —respondió el gigante.

Aunque Felisin vio que se había puesto pálido, tuvo la sensación que no era la matanza de niños lo que le preocupaba. No, había algo más en lo que Heboric había dicho.

Espíritus torturados. Lo persiguen los fantasmas de los que ha asesinado. Perdona, toblakai, que no sienta

compasión por ti.

—Los toblakai no pertenecen a esta tierra —dijo Heboric—. ¿Es el aliciente de las matanzas de la rebelión, bastardo, lo que te ha hecho salir de tu agujero para venir hasta aquí?

—Ya te he dicho cuanto voy a decirte. La próxima vez que te hable será cuando te mate.

Leoman salió del agujero, con el pelo lleno de telarañas y las botas, rebosantes de agua, a la espalda.

—No matarás a nadie hasta que yo lo diga —ordenó este al toblakai, antes de mirar fijamente a Heboric—. Y todavía no lo he dicho.

Había algo en la expresión del gigante que denotaba una inmensa paciencia, acompañada de una certeza inquebrantable. Irguió su cuerpo entero, aceptó una bota de agua de Leoman y reemprendió el camino.

Heboric lo siguió con la mirada sin vista.

—La madera de su arma está impregnada de dolor. No puedo creer que duerma bien por la noche.

—Apenas duerme —susurró Leoman—. Y tú, deja de acosarlo.

El antiguo sacerdote hizo una mueca.

—Tú no has visto los fantasmas de los niños atados a sus talones, Leoman. Pero procuraré mantener la boca cerrada.

—Su tribu hacía escasas distinciones —dijo Leoman—. Había parientes y todos los demás eran enemigos. Ahora basta de charla.

Cien pasos más adelante, de pronto se ensanchó el camino, abriéndose a la llanura de la meseta. A ambos lados había incontables hileras de abultamientos ovalados de arcilla rojiza, cocida, de doce palmos de longitud por cinco de anchura cada uno. A pesar de la proximidad de los horizontes debido al polvo en suspensión, Felisin se percató

de que las hileras, que se contaban por docenas, cubrían toda la meseta, rodeando por completo la ciudad en ruinas que tenían delante.

Ahora los adoquines estaban plenamente expuestos, revelando una ancha calzada, en línea recta hacia lo que en otra época debió haber sido una gran puerta, desgastada por siglos de viento hasta convertirla en mojones de piedra emblanquecida hasta la altura de la rodilla, al igual que el resto de la ciudad.

—Una muerte lenta —susurró Heboric.

El toblakai cruzaba ya a grandes zancadas la lejana puerta.

—Debemos cruzar al otro lado, en dirección al puerto —dijo Leoman—. Allí encontraremos un campamento escondido. Y un alijo... a no ser que lo hayan saqueado.

La calle mayor de la ciudad era un mosaico de cerámica rota: fragmentos esmaltados en rojo, con bordes grises, negros y marrones.

—Recordaré esto —dijo Felisin—, la próxima vez que rompa por descuido una vasija.

—Conozco estudiosos —refunfuñó Heboric— que aseguran poder reconstruir culturas extinguidas mediante el estudio de desechos como estos.

—He ahí una vida emocionante —comentó Felisin.

—¡No me importaría cambiarme por uno de ellos!

—Bromeas, Heboric.

—¿Tú crees? Por los colmillos de Fener, muchacha, no soy un aventurero...

—Puede que no al principio, pero el tiempo te ha domado. Te ha roto. Como estas vasijas.

—Aprecio tu observación, Felisin.

—No puedes ser reconstruido sin antes haberte descompuesto.

—Veo que a tu avanzada edad te vuelves muy filosófica.

Más de lo que supones.

—Dime que no has descubierto ninguna verdad, Heboric.

—Sí, he aprendido una —refunfuñó—. No hay verdades. Tú misma lo comprenderás con el transcurso de los años, cuando la sombra del Embozado te aceche.

—Hay verdades —dijo Leoman delante de ellos, sin volver la cabeza ni dejar de caminar—. Raraku. Dryjhna. El torbellino y el Apocalipsis. Un arma en la mano, el flujo de la sangre.

—Tú no has hecho nuestro viaje, Leoman —farfulló Heboric.

—Vuestro viaje consistía en renacer, como ha dicho Felisin, y por tanto conllevaba dolor. Solo un loco esperaría lo contrario.

El viejo no respondió.

Caminaron por la ciudad sumida en un silencio sepulcral. Los cimientos de piedra y los pequeños restos de los tabiques mostraban la distribución de los edificios a ambos lados. Era evidente una planificación geométrica precisa en la distribución de las calles y callejones en semicírculos concéntricos, a partir del propio puerto. Más adelante se distinguían los restos de una gran estructura palaciega, cuyas enormes piedras centrales habían resistido mejor la erosión de los siglos.

—¿Está todavía plagado de fantasmas? —preguntó Felisin, después de volver la cabeza para mirar a Heboric.

—No está plagado, muchacha. Aquí no se desencadenó ningún acto brutal. Solo tristeza, e incluso eso no fue más que subyacente. Las ciudades mueren. Imitan el ciclo de todo ser vivo: nacimiento, vigorosa juventud, madurez, vejez y por fin... polvo y urnas. En el último siglo de este lugar, el nivel del mar ya había descendido, incluso cuando

llegó una nueva influencia, algo forastero. Hubo un breve renacimiento, veremos las pruebas más adelante, en el puerto, pero fue efímero —dijo Heboric, antes de guardar silencio durante unos doce pasos—. ¿Sabes una cosa, Felisin? Empiezo a comprender algo sobre la vida de los ascendientes. Vivir durante siglos y luego milenios, presenciar este florecimiento en toda su gloria fútil. ¿Tan sorprendente resulta que sus corazones se vuelvan duros y fríos?

—Este viaje te ha llevado más cerca de tu dios, Heboric.

El impacto del comentario lo obligó a guardar silencio.

Cuando llegaron al puerto de la ciudad, Felisin vio lo que Heboric había sugerido. Lo que en otra época había sido la bahía se había cubierto de lodo, pero se habían construido cuatro ciclópeos canales, que se extendían hasta perderse en la bruma. Cada uno de ellos tenía la anchura de tres calles de la ciudad y casi la misma profundidad.

—Los últimos barcos zarparon por estos canales —dijo Heboric junto a Felisin—. Los mercantes más pesados tocaban el fondo en las bocanas y solo podían navegar cuando la marea estaba en lo más alto. Quedaron unos miles de habitantes, hasta que se secaron los acueductos. Esta es una parte de la historia de Raraku, pero lamentablemente no la única, y las demás son mucho más violentas, mucho más sangrientas. Pero me pregunto cuál fue la más trágica.

—Desperdicias tu pensamiento en el pasado... —empezó a decir Leoman, pero le interrumpió un grito del toblakai.

El gigante había aparecido cerca de la cabeza de uno de los canales y se acercó en silencio a su compañero.

Cuando Felisin se disponía a seguirlos, Heboric le cogió el brazo con una mano invisible, fresca y cosquilleante al tacto.

—Tengo ciertos temores, muchacha... —dijo cuando Leoman ya no podía escucharlo.

—No me sorprende —interrumpió Felisin—. Ese toblakai pretende matarte.

—No me refiero a ese loco, sino a Leoman.

—Era el guardaespaldas de Sha'ik. Si voy a convertirme en ella, Heboric, no puedo desconfiar de su lealtad. Lo único que me preocupa es el poco éxito que tuvieron él y el toblakai protegiendo a Sha'ik en primer lugar.

—Leoman no es un fanático —dijo el viejo—. Puede que haga los ruidos adecuados para inducirte a creer lo contrario, pero hay en él cierta ambivalencia. No creo siquiera remotamente que piense que eres en realidad Sha'ik renacida. Lo cierto es que la rebelión precisa una figura decorativa, una joven fuerte en lugar de la vieja agotada que debía de ser la Sha'ik original. Por el aliento del Embozado, fue una fuerza en este desierto hace veinticinco años. Tal vez deberías considerar la posibilidad de que esos dos guardaespaldas no se esforzaran demasiado en defenderla.

Felisin lo miró. Los tatuajes formaban un diseño arremolinado casi compacto en su curtido rostro de sapo. Sus ojos estaban rojos, rodeados de legañas, y una pátina gris empañaba sus pupilas.

—Entonces también cabe suponer que su causa será ahora más sólida.

—Siempre y cuando les sigas el juego. El juego de Leoman, para ser más exacto. Él será quien hablará en tu nombre al ejército en el campamento; si tiene alguna razón para ello, insinuará que existen dudas y te descuartizarán...

—No tengo miedo de Leoman —dijo Felisin—. Comprendo a los hombres como él.

Heboric apretó los labios.

Felisin tiró del brazo para soltarse de la mano desnaturalizada y echó a andar.

—Beneth no era siquiera como un niño para Leoman —dijo entre dientes el antiguo sacerdote a su espalda—. Era un matón, un bravucón, un tirano para un puñado de oprimidos. Cualquiera puede vanagloriarse de grandes ambiciones, Felisin, por lastimosa que sea su condición. Lo tuyo es peor que aferrarse al recuerdo de Beneth, te obstinas con los aires que proyectaba, que no eran más que delirios...

—¡Tú no sabes nada! —exclamó estremeciéndose de furor, después de volver la cabeza—. ¿Crees que temo lo que pueda hacer un hombre? ¿Cualquier hombre? ¿Crees que me conoces? ¿Qué puedes saber lo que pienso, lo que siento? Eres un presuntuoso bastardo, Heboric...

La risa de Heboric le sentó como un bofetón y la obligó a guardar silencio.

—Querida muchacha, desearías que siguiera a tu lado. ¿Como qué? ¿Un adorno? ¿Una curiosidad macabra? ¿Me quemarías la lengua para equilibrar mi ceguera? Entonces estoy aquí para divertirme, incluso cuando me acusas de presunción. Eso es de veras encantador...

—Cállate, Heboric —dijo Felisin sin levantar la voz, de pronto cansada—. Si algún día llegamos a entendernos, será sin palabras. ¿Quién necesita espadas, cuando tú y yo tenemos lenguas? Guardémoslas y demos el asunto por zanjado.

Heboric ladeó la cabeza.

—Entonces deja que te formule una última pregunta, Felisin: ¿por qué quieres que permanezca contigo?

Titubeó antes de responder, insegura de su reacción ante esta verdad en concreto. *Algo es algo. Hasta hace poco no me habría preocupado.*

—Porque significa la supervivencia, Heboric. Te ofrezco... Por Baudin.

Con la cabeza todavía ladeada, el viejo se secó lentamente la polvorienta frente con un antebrazo.

—Puede que aún lleguemos a entendernos.



Una ancha escalinata de piedra, de más de cien peldaños en total, marcaba la bocana del canal. En la base, en lo que en otra época había sido el fondo marino, se había construido un muro de rocas, con puntos de sujeción para un refugio de lona. Cerca de allí, un círculo de piedras rodeaba una antigua hoguera con residuos de ceniza, y los viejos adoquines que antes cubrían el género se habían derrumbado.

Lo que provocó la indignación del toblakai fueron los siete cadáveres medio devorados, desparramados por el campamento, todos ellos cubiertos por un enjambre de moscas. La sangre en la fina arena blanca tenía solo unas horas, era todavía pegajosa al tacto. El hedor a entrañas agriaba el aire brumoso.

Leoman se agachó junto a la escalera para estudiar las bestiales huellas de sangre que marcaban el ascenso de regreso a la ciudad. Después de un prolongado momento, lanzó una fugaz mirada al toblakai.

—Si quieres cazarlo, irás solo —dijo.

El gigante exhibió su dentadura.

—Así nadie me molestará —respondió, al tiempo que soltaba su bota de agua y su colchoneta y las dejaba caer al

suelo. Desenvainó su espada de madera, que sujetaba como si fuera una ramita.

Heboric resopló desde donde estaba apoyado contra el muro de piedra.

—¿Te propones cazar un soletaken? Supongo que en tu tribu la esperanza de vida es muy exigua, si tus parientes son tan estúpidos como tú. Yo, por mi parte, no lamentaré tu muerte.

El toblakai mantuvo su promesa de no dirigirle la palabra a Heboric, pero creció su sonrisa.

—Soy la venganza de Raraku contra esos intrusos —dijo, dirigiéndose a Leoman.

—Si lo eres, venga a mi gente —respondió el guerrero del desierto.

El toblakai emprendió la marcha, subiendo los peldaños de tres en tres y sin detenerse hasta llegar a la cima de la escalinata, donde hizo una pausa para examinar las huellas. Al cabo de un momento, desapareció de su campo visual.

—Lo matarán los soletaken —dijo Heboric.

—Tal vez —respondió Leoman, encogiéndose de hombros—. Pero Sha'ik vio su futuro lejano...

—¿Y qué vio? —preguntó Felisin.

—No pudo contarle. Sin embargo... se horrorizó.

—¿La visionaria del Apocalipsis se horrorizó? —exclamó Felisin, mirando a Heboric.

Al antiguo sacerdote se le endurecieron las facciones, como si acabara de confirmarse un atisbo del futuro que él mismo había sentido.

—Cuéntame sus otras visiones, Leoman —dijo Felisin.

Leoman, que había empezado a arrastrar a un lado los cadáveres de sus parientes, hizo una pausa al oír la pregunta y miró a Felisin.

—Cuando abras el libro sagrado, tales visiones se infundirán en ti —respondió—. Ese es el don de Dryjhna... entre otros.

—Confías en que lleve a cabo ese rito antes de llegar al campamento.

—Debes hacerlo. El rito es la prueba de que eres en efecto Sha'ik renacida.

—¿Y qué significa eso exactamente? —refunfuñó Heboric.

—Si no lo es, el rito la destruirá.



La antigua isla se elevaba en forma de promontorio coronado por una planicie, sobre la llanura de arcilla agrietada. Unos tocones grises y desgastados eran los restos de pilares de amarre y de muelles más consistentes, un poco más allá de lo que había sido la línea de la costa, junto a los residuos habituales que los barcos arrojan por la borda. Capas compactas de escamas de pescado brillaban en las depresiones de lo que había sido el fondo cenagoso de la bahía.

Agachado junto a Violín, Mappo observaba a Icarium mientras escalaba los restos derruidos de un muro marino. Azafrán permanecía justo detrás del trell, cerca de los perjudicados caballos. El chico estaba extrañamente silencioso desde la última comida, con cierta economía de movimientos, como si se hubiera consagrado a su propio voto de paciencia. Y al parecer, de un modo inconsciente, el daru había empezado a emular a Icarium en su habla y manera. Mappo no estaba contento ni molesto cuando lo

descubrió. El jhag siempre había tenido una presencia imponente, sobre todo por su ausencia de afectación o pretensiones.

Pero más le habría valido a Azafrán fijarse en Violín. Ese soldado es una maravilla por mérito propio.

—Icarium se encarama como si supiera adónde va —observó el zapador.

—He llegado a la misma conclusión —reconoció Mappo compungido, con un gesto de dolor.

—¿Habéis estado aquí antes?

—Yo no, Violín. Pero Icarium... bueno, ha deambulado antes por esta tierra.

—¿Pero cómo puede saber que ha regresado a un lugar donde ya había estado?

El trell movió la cabeza. *No debería. Nunca lo ha hecho antes. ¿Se están derrumbando esas benditas barreras? Reina de los Sueños, devuelve a Icarium a la bienaventuranza de no saber. Te lo suplico...*

—Reunámonos con él —dijo Violín, mientras se incorporaba lentamente.

—Preferiría...

—Como quieras —respondió el soldado y empezó a encaminarse hacia el jhag, que había desaparecido entre las ruinas cubiertas de espinos de la ciudad, más allá del muro marino.

Al cabo de un momento, Azafrán pasó también junto a Mappo.

El trell hizo una mueca. *Debo de estar haciéndome viejo para permitir que me intimide tanto la consternación.* Se incorporó con un suspiro y se dirigió pesadamente hacia los demás.

El pedregal junto a la base del muro marino era un montón traicionero de madera astillada, piezas de escayola,

ladrillos y urnas. A mitad de la escalada, Violín hizo una pausa y refunfuñó, mientras se agachaba para soltar un palo de madera gris.

—Debo reflexionar un poco —dijo, mirando hacia abajo—. Toda esta madera se ha convertido en piedra.

—Petrificada —dijo Azafrán—. Mi tío describió el proceso en una ocasión. La madera absorbe minerales. Pero se supone que el proceso dura decenas de milenios.

—Pues un mago supremo de la senda de D'riss podría lograr lo mismo en un abrir y cerrar de ojos, muchacho.

Mappo extrajo un trozo de cerámica. Era azul celeste, muy dura y no mucho más gruesa que una cáscara de huevo. Revelaba el torso de una figura pintada en la superficie, negra y perfilada en verde. Era una imagen rígida, estilizada, pero sin duda humana. Lo dejó caer al suelo.

—Esta ciudad estaba muerta mucho antes de que se secara el mar —dijo Violín, al tiempo que reemprendía su escalada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Azafrán.

—Porque todo está erosionado por el agua, muchacho. Las olas desmoronaron este muro marino. Siglo tras siglo de olas. No olvides que me crié en una ciudad portuaria. He visto lo que puede hacer el agua. El emperador ordenó el dragado de la bahía de Malaz antes de que se construyeran los muelles imperiales, los restos de los muros marinos y todo lo demás —respondió, deteniéndose para recuperar el aliento, al llegar a la cima—. Demostró a todo el mundo que la ciudad de Malaz es más antigua de lo que se supone.

—Y que los niveles del mar han subido desde entonces —observó Mappo.

—Desde luego.

En la cima del muro marino, la ciudad se extendía ante ellos. A pesar de que los restos estaban desgastados por los elementos, era evidente que la ciudad había sido destruida adrede. Todos los edificios habían quedado reducidos a escombros, revelando el uso de una fuerza y un furor propio de un cataclismo. La maleza cubría todos los espacios abiertos restantes y pequeños árboles retorcidos se aferraban a los cimientos y coronaban los montones de escombros.

Las estatuas, a lo largo de las anchas avenidas y en hornacinas en todos los edificios, habían constituido una faceta esencial de la arquitectura. Por todas partes había fragmentos de mármol del cuerpo humano, del mismo estilo rígido que Mappo había visto en la cerámica. El trell empezó a sentir cierta familiaridad ante la variedad de figuras humanas representadas.

Una leyenda que se cuenta en el Jhag Odhan. Un relato de los ancianos en mi tribu...

No se veía a Icarium por ninguna parte.

—¿Y ahora, adónde? —preguntó Violín.

Con un vago lamento que crecía en su mente y cubría de sudor su piel oscura, Mappo se acercó.

—¿Ha captado algo tu olfato?

Apenas oyó la pregunta del zapador.

La distribución de la ciudad era difícil de distinguir a partir de lo que quedaba, pero Mappo seguía su propio mapa mental, nacido de su recuerdo de la leyenda, su cadencia y su métrica precisa, narrada en el arcaico dialecto trell, chocante y discordante. La gente que no disponía de una lengua escrita llevaba el uso del habla a extremos asombrosos. Las palabras eran números, códigos, formulas. Las palabras contenían mapas secretos, la medida

de los pasos, las pautas de mentes mortales, de historias, de ciudades, de continentes y de sendas.

La tribu adoptada por Mappo hacía tantos siglos, había optado por volver a las viejas costumbres, rechazando los cambios que aquejaban a los trell. Los ancianos habían enseñado a Mappo y a los demás todo lo que corría el peligro de perderse, el poder que radicaba en la narración de los relatos, el ritual que desplegaba la memoria.

Mappo sabía adónde había ido Icarium. Sabía lo que el jhag encontraría. Con el corazón palpitando furiosamente en su pecho, aceleró el paso sobre los escombros y se abrió camino entre la maleza espinosa que laceraba incluso su curtida piel.

Siete avenidas principales en cada ciudad del Primer Imperio. Los espíritus del firmamento observan desde las alturas el número sagrado, siete colas de escorpión, siete agujones mirando al círculo de arena. Todos los que haríais ofrendas a las siete santidades, mirad al círculo de arena.

Violín lo llamó desde algún lugar a su espalda, pero el trell no respondió. Había encontrado una de las avenidas circulares y se dirigía al centro.

En otra época, los siete tronos de agujones de escorpión, de setenta y siete brazas de altura cada uno, dominaban el recinto. Todos habían sido derruidos... *con golpes de espada, con un arma irrompible en manos impulsadas por una ira casi imposible de comprender.*

Poco quedaba de las ofrendas y los tributos que en otra época habían abarrotado el círculo de arena, con una excepción ante la que se encontraba ahora Icarium. El jhag permanecía inmóvil, con la cabeza levantada para absorber con la mirada la inmensa construcción que tenía delante.

En sus engranajes no había herrumbre, ni corrosión alguna, y todavía debía moverse a un ritmo inapreciable

para los ojos mortales. El enorme disco que dominaba la estructura estaba ladeado, con numerosos símbolos grabados en su esfera de mármol. Miraba al sol, aunque el globo de fuego era apenas visible a través de la bruma dorada del firmamento.

Mappo se acercó lentamente a Icarium y se detuvo dos pasos detrás de él.

—¿Cómo puede ser esto, amigo? —preguntó Icarium, que percibió su presencia.

Era la voz de un niño extraviado, que hurgó como una saeta en el corazón del trell.

—Esto es mío, ¿comprendes? —prosiguió el jhag—. Mi... regalo. O eso leo en esta antigua inscripción Omtose. Además he marcado, con conocimiento, su estación, el año de su construcción. Y fíjate cómo ha girado el disco, lo que me permite ver la correspondencia Omtose para este año. Y puedo calcular...

Su voz se perdió en la lejanía.

Mappo se rodeó a sí mismo con sus propios brazos, incapaz de hablar, incapaz incluso de pensar. Se llenó de angustia y temor hasta sentirse también como un niño, cara a cara con una pesadilla.

—Dime, Mappo —prosiguió Icarium, después de un prolongado momento—, ¿por qué los destructores de esta ciudad no destruyeron también esto? Es cierto que estaba impregnado de hechicería, que lo convertía en inmune a los estragos del tiempo, pero también lo estaban estos siete tronos... además de muchas otras ofrendas en este círculo. A fin de cuentas, todo lo construido puede romperse. ¿Por qué, Mappo?

El trell rezaba para que su amigo no volviera la cabeza, no revelara su rostro, sus ojos. *Los peores temores de un niño, el rostro de la pesadilla: una madre, un padre*

desprovistos de todo amor, sustituido por un frío propósito, o una ciega indiferencia, la simple ausencia de cariño... y entonces el niño despierta chillando.

No vuelvas la cabeza, Icarium, no soportaría verte la cara.

—Puede que haya cometido un error —dijo Icarium, en el mismo tono suave e inocente.

Mappo oyó a Violín y Azafrán que llegaban a la arena a su espalda. Algo en el ambiente los obligó a guardar silencio y se detuvieron.

—Una equivocación en la medida, un desliz en la inscripción. Omtose es un antiguo idioma, vago en mi memoria; puede que ya vago entonces, cuando lo construí —prosiguió Icarium—. El conocimiento que creo recordar parece... preciso, pero está claro que no soy perfecto. Mi certeza podría ser un engaño.

No, Icarium, no eres perfecto.

—Calculo, Mappo, que han transcurrido noventa y cuatro mil años desde que estuve aquí por última vez. Noventa y cuatro mil. Debe ser un error. Ninguna ciudad en ruinas sobreviviría tanto tiempo.

Mappo se encogió de hombros. *¿Cómo podríamos saber lo uno o lo otro?*

—La inversión de hechicería, tal vez...

Tal vez.

—Me pregunto quién destruyó esta ciudad.

Fuiste tú, Icarium, pero incluso a pesar de tu ira, parte de ti ha reconocido lo que tú mismo construiste y dejaste intacto.

—Tenía un gran poder, sea el que fuere —prosiguió el jhag—. Llegaron los t'lan imass con el propósito de obligar al enemigo a retroceder; una vieja alianza entre los habitantes de esta ciudad y el Anfitrión Silencioso. Sus

huesos quebrados están sepultados en la arena, bajo nuestros pies. Hay millares. ¿Qué fuerza había capaz de hacer algo semejante, Mappo? No un jaghut, ni siquiera en su preeminencia hace mil milenios. Y los k'chain che'malle todavía hace más tiempo que se extinguieron. No lo entiendo, amigo...

Una mano callosa se posó sobre el hombro de Mappo, lo estrujó un momento y a continuación Violín pasó junto al trell.

—La respuesta me parece clara, Icarium —dijo el soldado, parado junto al jhag—. Un poder ascendiente. El furor de un dios o una diosa desencadenó esta devastación. ¿Cuántos relatos has oído de antiguos imperios que se excedieron en su orgullo? ¿Quiénes eran, en primer lugar, las siete santidades? Quienquiera que fuesen, aquí se les rendía culto, en esta ciudad, y sin duda en sus ciudades gemelas a lo largo y ancho de Raraku. Siete tronos, observa la ira de la que todos ellos fueron objeto. A mi parecer... fue personal. Esto es obra de un dios o una diosa, Icarium, pero que desde entonces se ha desvanecido de las mentes mortales, ya que por lo menos yo no alcanzo a imaginar a ningún ascendiente conocido capaz de desencadenar semejante poder en un plano mortal...

—Sí que podrían —dijo Icarium, con un indicio de vigor renovado en la voz—, pero han aprendido el creciente valor de la sutileza cuando intervienen en las actividades de los mortales; el antiguo sistema era demasiado peligroso en todos los sentidos. Sospecho que has respondido a mi pregunta, Violín...

El zapador se encogió de hombros.

Mappo comprobó que su corazón latía más despacio. *Limítate a dejar de pensar en ese único artefacto que ha sobrevivido, Icarium.* Con las gotas de sudor que formaban

un dibujo irregular en la arena, se estremeció y dio un gran suspiro. Volvió la cabeza para mirar a Azafrán. La atención del muchacho estaba en otro lugar, con tal pose de indiferencia premeditada que el trell se preguntó por su estado mental.

—Noventa y cuatro mil años... Debe ser un error —dijo Icarium, mirando al trell con una leve sonrisa.

La imagen empañó los ojos de Mappo. Asintió y desvió la mirada para poder resistir una nueva oleada de tristeza.

—Bien —dijo Violín—, ¿reemprendemos la búsqueda de Apsalar y su padre?

—Adelante —susurró Icarium, recuperando la compostura—. Al parecer estamos cerca... de muchas cosas.

Un viaje realmente peligroso.



En la noche de su despedida, hace muchos siglos, cuando Mappo confesó ritualmente las últimas de sus viejas lealtades, se arrodilló frente a la consejera más antigua de la tribu, en la humeante intimidad de su tienda.

—Debo saber más —susurró—. Más acerca de esos sin nombre que me lo exigirán. ¿Han jurado lealtad a algún dios?

—Una vez, pero no más —respondió la anciana, sin poder o querer mirarle a los ojos—. Desechados, abatidos. En la época del Primer Imperio, que en realidad no fue el primero, porque los t'lan imass habían reclamado mucho antes ese título. Eran la mano izquierda y otra secta, la derecha, ambas conduciendo, con la intención de que se

entrelazaran. En su lugar, los que se convertirían en sin nombre durante sus viajes al interior de los misterios... — Dio un manotazo, como Mappo nunca lo había presenciado entre los ancianos de la tribu y comprendió sobresaltado que era el gesto de un jaghut—. Otros misterios los llevaron por el camino de la perdición. Juraron lealtad a un nuevo amo. Esto es cuanto hay que contar.

—¿Quién es ese nuevo amo?

La mujer movió la cabeza y le dio la espalda.

—¿De quién es el poder que reside en esos bastones que llevan?

La mujer no respondió.

Con el transcurso del tiempo, Mappo creía haber encontrado la respuesta a esa pregunta, pero era un conocimiento perturbador.



Dejaron la antigua isla atrás y emprendieron la travesía de la llanura de arcilla cuando la luz del día se desvanecía lentamente del firmamento. Los caballos sufrían, necesitaban un agua que ni siquiera la habilidad de Icarium y Mappo en el desierto era capaz de encontrar. El trell no tenía la menor idea sobre cómo se las arreglaban Apsalar y su padre, pero día tras día lograban llevarles la delantera.

Estas huellas y su destino no tienen nada que ver con Sha'ik. Se nos ha conducido lejos de los lugares de dicha actividad, lejos del lugar donde Sha'ik fue asesinada, lejos del oasis. Violín conoce nuestro destino. Ha dilucidado el conocimiento de los secretos que alberga en su interior. En efecto, todos lo sospechamos, aunque no hablemos de ello;

puede que el joven Azafrán sea el único que permanece en la ignorancia, pero es muy posible que lo esté subestimando. Ha crecido en sí mismo... Mappo echó una ojeada a Violín. *Vamos al lugar al que siempre has aspirado, soldado.*

Caía el crepúsculo sobre el yermo paisaje, pero todavía quedaba suficiente luz para discernir una escalofriante convergencia de huellas. Docenas de soletaken y d'ivers, en cantidades aterradoras, unidos para seguir los pasos de Apsalar y su padre.

Azafrán se rezagó unos doce pasos, cuando andaban tirando de las riendas de sus caballos. Mappo no le prestó ninguna atención, hasta que al poco rato volvió la cabeza en respuesta a un grito del daru. Azafrán estaba en el suelo peleándose con un hombre, envuelto en una nube de polvo. Las sombras se desplazaban sobre la arcilla agrietada. El muchacho logró inmovilizar a su contrincante, sujetándolo por las muñecas.

—¡Sabía que estabas al acecho, comadreja! —gruñó Azafrán—. ¡Hace muchas horas, desde antes de la isla! ¡Solo tenía que esperar y ahora te tengo!

Los demás retrocedieron hasta donde Azafrán permanecía sentado sobre Iskaral Pust. El sacerdote supremo había dejado de resistirse para escapar.

—¡Otros mil pasos! —exclamó entre dientes—. ¡Y el engaño será completo! ¿Habéis visto las marcas de mi glorioso éxito? ¿Alguno de vosotros? ¿Sois todos bobos? ¡Qué crueldad la de mis nefandos pensamientos! ¡Pero ved que respondo a sus acusaciones con un silencio varonil!

—Puedes soltarlo —dijo Icarium, dirigiéndose a Azafrán—. Ahora no huirá.

—¿Soltarlo? ¿No sería preferible atarlo?

—Al primer árbol que encontremos, muchacho —sonrió Violín—, te lo prometo.

El daru soltó al sacerdote supremo. Iskaral se incorporó, agachado como una rata, mientras decidía en qué dirección salir corriendo.

—¡Mortal proliferación! ¿Me atrevo a acompañarlos? ¿Arriesgo la gloria de presenciar con mis propios ojos el pleno rendimiento de mis brillantes esfuerzos? ¡Bien disimulada esta incertidumbre, no saben nada!

—Vas a venir con nosotros —refunfuñó Azafrán, con las manos en las dos dagas que sobresalían de su cinturón—. Independientemente de lo que ocurra.

—¡Por supuesto, muchacho! —respondió Iskaral moviendo la cabeza, después de volverse para mirar al daru—. ¡Solo me apresuraba para alcanzarlos! —agregó, agachando la cabeza—. Me cree, lo veo en su cara. ¡Menudo imbécil! ¿Quién está a la altura de Iskaral Pust? ¡Nadie! Mi triunfo debe ser silencioso, muy silencioso. La clave de la comprensión radica en la naturaleza desconocida de las sendas. ¿Pueden romperse en pedazos? Desde luego, claro que pueden. ¡Y ese es el secreto de Raraku! Deambulan por más de un mundo, sin saberlo... y ante nosotros, ¡el gigante durmiente que es el corazón! ¡El auténtico corazón, no el mugriento oasis de Sha'ik, pandilla de idiotas! —Hizo una pausa para mirar a los demás—. ¿Por qué miráis tan fijamente? Deberíamos andar. ¡Mil pasos a lo sumo hasta el anhelo de vuestro corazón! ¡Ja, ja!

Se puso a bailar, levantando las rodillas sin moverse del sitio.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó Azafrán, sujetando por el cuello al sacerdote supremo y empujándolo hacia delante—. Vamos.

—Los alegres empujones zalameros de la juventud —musitó Iskaral—. Me conmueven esos gestos cálidos de camaradería.

Mappo se volvió hacia Icarium y comprobó que el jhag lo miraba fijamente. Se fundieron sus miradas. *Una senda fragmentada. ¿Qué diablos le ha ocurrido a esta tierra?* Compartieron en silencio la pregunta, aunque en la mente del trell surgió otro pensamiento: *Las leyendas aseguran que Icarium surgió de este lugar, salió de Raraku. Raraku, una senda despedazada, cambia a todo aquel que pisa su suelo quebrado. Cielos, ¿hemos venido en efecto al lugar donde nació la pesadilla viviente de Icarium?*

Reemprendieron la marcha. Sobres sus cabezas, el cielo vagamente bronceado oscureció hasta convertirse en un negror impenetrable, en un vacío sin estrellas que parecía hundirse lentamente, descendiendo a su alrededor. Los refunfuños de Iskaral Pust menguaron como si se los tragara la noche. Mappo se percató de que tanto Violín como Azafrán tenían dificultades para avanzar, aunque ambos seguían andando, con los brazos extendidos como los ciegos.

Una docena de pasos delante de ellos, Icarium se detuvo y dio media vuelta. Mappo ladeó la cabeza, para indicar que él también había divisado las dos figuras a cincuenta pasos. Apsalar y Sirviente. *El único nombre por el que conozco a ese viejo, un título simple pero siniestro.*

El jhag se acercó para coger uno de los brazos extendidos de Azafrán.

—Los hemos encontrado —dijo, aunque en voz baja, obligando a todos a detenerse—. Parece que nos esperan —prosiguió Icarium—, frente a un umbral.

—¿Un umbral? —preguntó Violín con brusquedad—. Ben el Rápido nunca mencionó nada parecido. ¿Un umbral hacia

qué lugar?

—¡Un pedazo nudoso de senda desgarrada! —respondió Iskaral Pust entre dientes—. ¡Ved cómo la senda de Manos nos ha conducido al interior de la misma; los bobos la han seguido, todos y cada uno de ellos! Al sacerdote supremo de Sombra se le encargó crear una pista falsa, ¡y hete aquí que lo ha hecho!

Azafrán volvió la cabeza en dirección a la voz de Iskaral Pust.

—¿Pero por qué nos ha conducido su padre hasta aquí? ¿Para que nos ataque y nos aniquile una horda de soletaken y d'ivers?

—¡Sirviente se dirige a su casa, esqueleto de topo marchito! —respondió el sacerdote supremo, bailando de nuevo sin cambiar de lugar—. ¡Siempre y cuando la convergencia no acabe con su vida, claro está! ¡Ja, ja! Y la arrastre a ella, y al zapador, y también a ti, muchacho. ¡A ti! ¡Pregúntale al jhag lo que espera dentro de la senda! ¡Espera como un puño cerrado que sujeta este fragmento de reino!

Mappo había reflexionado sobre este reencuentro, pero nada de lo que había anticipado estaría a la altura de la realidad. Azafrán no se había percatado todavía de su presencia y en su lugar desenvainaba sus dagas, para acercarse al sonido de la voz del sacerdote supremo. Icarium estaba a la espalda del daru, a punto de desarmarlo. La escena era casi cómica, ya que Azafrán no veía nada e Iskaral Pust empezó a proyectar la voz, como si procediera simultáneamente de una docena de lugares distintos, sin dejar de brincar.

Violín había sacado una desvencijada linterna de su bolsa, no dejaba de blasfemar entre dientes, y ahora buscaba una piedra para encenderla.

—¿Os atrevéis a pisar el camino? —canturreaba Iskaral Pust—. ¿Os atrevéis? ¿Os atrevéis?

Apsalar se detuvo frente a Mappo.

—Sabía que lo lograrías —dijo, antes de volver la cabeza—. ¡Azafrán! Estoy aquí...

Azafrán se volvió, guardó sus dagas y se acercó.

Brillaron y saltaron destellos donde Violín estaba agachado.

El trell observó cómo los brazos extendidos del daru eran capturados por Apsalar, que los condujo en su derredor en un fuerte abrazo. *Caramba, muchacho, no sabes lo conmovedora que es tu ceguera...*

Un aura que era un eco divino se aferró a ella, pero se había convertido enteramente en sí misma. Su percepción no tranquilizó al trell.

—Tremorlor —dijo Icarium, acercándose a Mappo.

—Sí.

—Hay quienes aseguran que los azath son en realidad benignos, una fuerza para moderar el poder, que surgen cuando y donde son necesarios. Amigo mío, empiezo a ver mucha verdad en dichas afirmaciones.

El trell asintió. *Esta senda desgarrada encierra mucho dolor. Si pudiera moverse, desplazarse, provocaría horror y caos. Tremorlor la mantiene sujeta aquí, Iskaral Pust dice la verdad, pero aun así, la forma en que Raraku se ha doblado por todos lados...*

—Percibo soletaken y d'ivers en su interior —dijo Icarium—. Acercándose, intentando encontrar la casa...

—Convencidos de que es una puerta.

La linterna se encendió, lanzando una luz pálida y amarillenta que iluminaba solo unos pasos en cualquier dirección. Violín se incorporó, con la mirada fija en Mappo.

—Ahí hay una puerta, pero no la que buscan los cambiaformas. Además tampoco la alcanzarán; las tierras de los azath se apoderarán de ellos.

—Como puede sucedernos a todos nosotros —dijo una nueva voz.

Al volverse vieron al padre de Apsalar cerca de allí.

—Ahora os agradecería —rechinó—, que os esforzarais por convencer a mi hija de que no siga adelante; no podemos pasar por la puerta, porque está dentro de la casa...

—Sin embargo tú la has conducido hasta aquí —dijo Violín—. Reconozco que en todo caso buscamos Tremorlor, ¿pero no son tus razones las de Iskaral Pust?

—¿Tienes nombre, Sirviente? —preguntó Mappo.

—Rellock —respondió el hombre con una mueca, antes de mirar de nuevo a Violín y mover la cabeza—. Desconozco los motivos del sacerdote supremo. Yo solo he hecho lo que me han mandado, un último encargo para el sacerdote supremo, para saldar la deuda, y yo siempre saldo mis deudas, incluso para con los dioses.

—Te devolvieron el brazo que habías perdido —dijo el zapador.

—Y perdonaron mi vida y la de mi hija el día en que vinieron los mastines. ¿Sabéis que no hubo ningún otro superviviente...?

—Eran sus mastines, Rellock —refunfuñó Violín.

—A pesar de ello. Es la pista falsa, ¿comprendes?, la que confunde a los cambiaformas, los conduce a...

—Los aleja de la puerta verdadera —asintió Icarium—. La que está debajo del templo de Pust.

Rellock asintió.

—Mi hija y yo debíamos concluir la pista falsa, eso es todo. Colocar marcas, dejar huellas y cosas por el estilo.

Ahora está hecho. Nos ocultamos en la sombra cuando los cambiaformas se precipitaron hacia dentro. Si mi destino es morir en el lecho de mi pueblo, en Itko Kan, no importa lo largo que sea el camino.

—¡Rellock quiere volver a pescar! —canturreó Iskaral Pust—. Pero el lugar que dejasteis no es el mismo al que regresáis, ni mucho menos. Cambia de día en día, e imagínate con los años. ¡La mano de los dioses ha guiado el trabajo de Rellock, pero sueña con arrastrar redes, con el sol en la cara y con tener el sedal entre los dedos de los pies! ¡Es el corazón del Imperio, Laseen debería tomar nota! ¡Tomar nota!

Violín volvió junto a su caballo, cogió la ballesta, la cargó y puso el seguro.

—Vosotros podéis decidir lo que queráis, pero yo debo entrar —hizo una pausa, mirando a los caballos—. Y debemos soltar a los animales.

Se acercó a su cabalgadura y empezó a aflojar las correas de la cincha. Dio un suspiro y acarició el cuello del capón.

—Estoy orgulloso de ti —prosiguió—, pero estarás mejor aquí, amigo. Conduce a los demás al campamento de Sha'ik...

Al cabo de un momento, los otros se dirigieron a sus propias cabalgaduras.

—Yo también debo irme —dijo Icarium, dirigiéndose al trell.

Mappo cerró los ojos, con la esperanza de apaciguar su agitación interna. *Dioses, soy un cobarde. Un cobarde, en todos los sentidos imaginables.*

—¿Amigo?

El trell asintió.

—¡Todos iréis! —cantó suavemente el sacerdote supremo de Sombra, sin dejar de bailar—. ¡En busca de respuestas y más respuestas! ¡Pero en mis pensamientos silenciosos me río y os advierto a todos con palabras que no oiréis!: ¡atentos a la prestidigitación! ¡Comparados a los azath, mis señores inmortales son meros niños vacilantes!

CAPÍTULO 16



Tremorlor, el trono de arena,
se dice que yace dentro de Raraku.
Una Casa de Azath,
sola en suelo desarraigado,
donde todas las huellas son fantasmas
y cada fantasma conduce a
la puerta de Tremorlor.

Pautas en los azath
Los sin nombre

Hasta donde alcanzaba la vista de Duiker, al este y al oeste, el bosque de cedros estaba lleno de mariposas. El verde polvoriento de los árboles era apenas visible a través del vibrante dosel amarillo pálido. A lo largo del borde destruido de Vathar crecían helechos entre ramas esqueléticas que formaban una sólida barrera, salvo por el camino de mercaderes que esculpía su paso hacia el río.

El historiador se había separado de la columna y había detenido su caballo en una pequeña colina, que se elevaba sobre la llanura jaspeada. La cadena de perros estaba estirada al máximo, el agotamiento forzaba sus eslabones. El polvo impregnaba el aire que la cubría como un manto fantasmagórico que el viento arrastraba hacia el norte.

Duiker dejó de contemplar la lejanía y escudriñó la cima de la colina a sus pies. Se habían colocado grandes piedras

angulares en círculos vagamente concéntricos: la corona de la cumbre. Había visto antes formaciones semejantes, pero no recordaba dónde. Un penetrante malestar impregnaba el aire en la cima de la colina.

Se acercó un jinete al trote desde la caravana, con evidentes muestras de malestar cada vez que se levantaba sobre los estribos. Duiker frunció el entrecejo. El cabo Lista estaba cualquier cosa menos robusto. El joven se arriesgaba a una cojera permanente con tanta actividad prematura, pero no había forma de disuadirle.

—Historiador —dijo Lista al detenerse.

—Cabo, estás loco.

—Sí, señor. Hemos recibido noticias del flanco oeste de la retaguardia. Han avistado avanzadillas de Korbolo Dom.

—¿Al oeste? Se propone llegar al río antes que nosotros, como predijo Coltaine.

Lista se secó el sudor de la frente y asintió.

—Así es. Caballería, por lo menos treinta compañías.

—Si tenemos que abrírnos paso entre treinta compañías de soldados para llegar al vado, eso nos retrasará...

—Efectivamente, y las fuerzas principales de Korbolo nos alcanzarán por la retaguardia. Esa es la razón por la que el puño ha ordenado que se adelanten los perros locos. Quiere que te unas a ellos. Será una cabalgata dura, pero tu yegua está en mejor forma que la mayoría.

Dos agujeros menos en las correas de la cincha y los huesos de sus paletillas contra mis rodillas, pero en mejor forma que la mayoría.

—¿Seis leguas?

—Casi siete.

Una fácil cabalgata de una tarde, en circunstancias normales.

—Es probable que lleguemos con el tiempo justo para desmontar y enfrentarnos a la carga.

—Ellos estarán tan cansados como nosotros.

Ni mucho menos, cabo, y ambos lo sabemos. Además, lo peor es que nos superarán en una proporción de tres a uno.

—Podría ser una cabalgata memorable.

Lista asintió y le llamó la atención el bosque.

—Nunca había visto tantas mariposas en un mismo lugar.

—Migran como los pájaros.

—Dicen que el río está muy bajo.

—Bien.

—Sea como sea, el paso es estrecho. La mayor parte del río corre por un desfiladero.

—¿Cabalgas del mismo modo, cabo? ¿Ciñendo por aquí y luego por allá?

—Me limito a sopesar la situación.

—¿Qué revelan tus visiones sobre ese río?

La expresión de Lista se endureció.

—Es una frontera, señor. Más allá está el pasado.

—¿Y los círculos de piedras aquí, en esta colina?

Bajó la mirada y se sobresaltó.

—Por el aliento del Embozado —susurró, antes de mirar al historiador a los ojos.

Duiker forzó una sonrisa torcida y cogió las riendas.

—Veo que los perros locos avanzan. No sería correcto que tuvieran que esperarnos.



Se oyó un fuerte ladrido en la vanguardia y, cuando el historiador se acercaba al trote a los oficiales reunidos, le

asombró ver entre los perros pastores a un pequeño perro faldero de largo pelaje, antes perfectamente cuidado, pero ahora enmarañado y cubierto de abrojos.

—Suponía que esa rata habría sido devorada hace tiempo por uno de los perros —dijo Duiker.

—Ojalá lo hubiera sido —respondió Lista—. Su ladrido duele en los oídos. Fíjate en él, dando brincos como si fuera el jefe de la manada.

—Puede que lo sea. La actitud, cabo, surte cierto efecto que no debemos nunca subestimar.

Coltaine giró el caballo a su llegada.

—Historiador. He llamado una vez más al capitán de la compañía de ingenieros. Empiezo a creer que no existe. Dime, ¿lo has visto alguna vez?

Duiker movió la cabeza.

—Me temo que no, puño, pero me han asegurado que sigue vivo.

—¿Quién te lo dijo?

El historiador frunció el entrecejo.

—Pues... en realidad no lo recuerdo.

—Exactamente. Se me ocurre que los zapadores no tienen capitán y prefieren no tenerlo.

—Sería bastante complicado mantener semejante engaño, puño.

—¿Los crees incapaces de hacerlo?

—No, claro que no.

Coltaine esperó, pero el historiador no tenía más que añadir al respecto y al cabo de un momento el puño suspiró.

—¿Estás dispuesto a cabalgar con los perros locos?

—Sí, puño. Pero solicito que el cabo Lista se quede aquí, con la columna principal...

—Pero, señor...

—Ni una palabra más, cabo —dijo Duiker—. Puño, está cualquier cosa menos recuperado.

Coltaine asintió.

El caballo de Bastión avanzó de pronto entre el puño y el historiador. La lanza del soldado salió disparada de la mano del veterano y describió una trayectoria borrosa entre las altas hierbas que bordeaban el camino. El perro faldero ladrador chilló alarmado y huyó, saltando como una bola harapienta de barro y paja.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó Bastión—. ¡Otra vez!

—No me sorprende que no se calle —comentó Coltaine —, si tratas de matarlo todos los días.

—¿Te ha hecho callar un perro faldero, tío? —preguntó Duiker, levantando las cejas.

—Cuidado, viejo —gruñó el wickano cubierto de cicatrices.

—Ha llegado el momento de partir —dijo Coltaine, dirigiéndose a Duiker, con la mirada iluminada por una nueva llegada.

El historiador volvió la cabeza y vio a Menos. Estaba pálida, con aspecto retraído. Se reflejaba todavía el dolor en sus ojos oscuros, pero se mantenía erguida en la silla. Sus manos estaban negras, incluida la piel bajo las uñas, como si las hubiera sumergido en brea.

Una ola de aflicción invadió al historiador y tuvo que desviar la mirada.



Las mariposas se levantaron del camino y formaron una nube arremolinada cuando llegaron al borde del bosque. Los caballos se encabritaron, algunos tropezaron con los que iban detrás, y lo que un momento antes había sido una escena de una belleza sobrenatural, amenazaba ahora con convertirse en un peligroso caos. Entonces, mientras los caballos resbalaban y se tambaleaban, empujaban y sacudían la cabeza, una veintena de perros pastores salió disparada y se colocó en vanguardia. Se precipitaron contra la nube de insectos, que se elevaron y dejaron libre el camino.

Mientras Duiker escupía alas jironadas que sabían a yeso, alcanzó a ver fugazmente a uno de los perros y aquella escena lo obligó a pestañear y mover la cabeza con incredulidad. *No, no puedo haber visto lo que creo. Es absurdo.* El animal era el conocido como Torcido y parecía llevar en la boca un bocado velludo de cuatro patas.

Los perros lograron despejar el camino, se restauró el orden y se reemprendió la marcha a medio galope. Poco tardó Duiker en acostumbrarse al ritmo. No se oía ninguno de los gritos, las bromas, ni las canciones wickanas habituales para acompañar el estruendo de los cascos de los caballos y el inquietante susurro de cientos de millares de alas de mariposa, que acariciaban el aire sobre sus cabezas.

El viaje adquirió un carácter surrealista, deslizándose a un ritmo que parecía atemporal, como si por debajo y por encima del ruido se desplazaran en un caudal de silencio. A ambos lados de los helechos y árboles muertos, había grupos de cedros jóvenes, demasiado escasos a este lado del río para considerarlo un bosque. De los árboles

maduros quedaban solo los tocones. La arboleda se convirtió en un telón de fondo para el incesante revoloteo amarillo pálido de las mariposas, que llenaban la periferia del campo visual de Duiker hasta provocarle jaqueca.

Cabalgaban al ritmo de los infatigables perros, en mucha mejor forma que los caballos y los jinetes que los seguían. Cada hora se tomaban un descanso, durante el cual los caballos reducían la velocidad al paso y se distribuían las últimas reservas de agua en botas de piel sellada con cera. Los perros esperaban con impaciencia.

El camino de mercaderes ofrecía la mejor posibilidad al clan de llegar antes al paso. La caballería de Korbolo Dom avanzaría entre los pequeños grupos de cedros, pero su mayor obstáculo sería con toda probabilidad las mariposas.

Después de recorrer algo más de cuatro leguas, llegó un nuevo sonido del oeste, un extraño susurro que Duiker apenas registró al principio, hasta que su extraña irregularidad despertó su atención. Espoleó su caballo para acercarse a Menos.

Su mirada de reconocimiento fue furtiva.

—Un mago viaja con ellos, despejando el camino.

—Entonces ya no se disputan las sendas.

—No, desde hace tres días, historiador.

—¿Cómo destruye ese mago las mariposas? ¿Fuego? ¿Viento?

—No, sencillamente abre su senda y desaparecen en su interior. Ten en cuenta que el tiempo ya no existe entre cada esfuerzo; se cansa.

—Eso es bueno.

Menos asintió.

—¿Llegaremos al paso antes que ellos?

—Eso creo.

Al poco rato, llegaron a un segundo borde despejado. Más allá, sobresalían rocas del suelo al este y al oeste, formando una línea accidentada contra el cielo repleto de insectos. Delante de ellos, el camino empezaba a descender por una morrena cubierta de cantos, en cuya base había un ancho claro, más allá del cual se vislumbraba una alfombra amarilla de mariposas que se desplazaba en masa hacia el este.

El río Vathar. La procesión funeraria de insectos ahogados, que desemboca en el mar.

El paso propiamente dicho estaba marcado por dos líneas de postes de madera que cruzaban el río, todos ellos con trapos atados, como estandartes descoloridos de un ejército ahogado. Al este, río abajo, inmediatamente después de los postes, permanecía anclado un gran barco aporado a la corriente.

Menos dio un bufido al verlo y Duiker sintió un escalofrío.

El barco, completamente negro, había sido incendiado, quemado de cabo a rabo, y ni una sola mariposa se había posado en el mismo. Las astas de los remos, muchas quebradas, sobresalían revueltas de los flancos del casco; las que tenían palas estaban hundidas en la corriente, con montones de insectos muertos adheridos a las mismas.

El clan cabalgó hacia el espacio llano que marcaba este lado del paso. Había un toldo de tela de vela sujeto a unos postes cerca de una pequeña hoguera, que desprendía un humo nauseabundo. Tres hombres estaban sentados bajo la improvisada tienda.

Los perros pastores los rodearon a una distancia prudencial.

De pronto Duiker se estremeció al oír un ladrido. *¡Por los dioses del abismo, no lo habría imaginado!*

El historiador y Menos se detuvieron cerca del inquieto círculo de perros. Uno de los hombres bajo el toldo, con la cara y los antebrazos de un extraño tono cobrizo, se levantó del rollo de cuerda sobre el que estaba sentado y se acercó.

El perro faldero corrió hacia él, luego se detuvo y dejó de ladrar. Meneó con indecisión su cola raída.

El hombre se agachó, levantó al perro en brazos y le rascó tras sus sarnosas orejas, mientras miraba a los wickanos.

—¿Quién más alega estar al mando de este pavoroso rebaño? —preguntó en malazano.

—Yo —respondió Menos.

—Lógico —susurró el individuo, ceñudo.

Duiker frunció el entrecejo. Había algo muy familiar en aquellos hombres.

—¿Qué significa eso?

—Digamos que estoy harto de niñas despóticas. Soy el cabo Gesler y ese es nuestro barco, el Silanda.

—Pocos elegirían ese nombre hoy en día, cabo —dijo el historiador.

—Nosotros no hemos provocado la maldición. Eso es el Silanda. Nos ha traído hasta aquí... desde un lugar lejano. ¿Sois lo que queda de los wickanos desembarcados en Hissar?

—¿Cómo es que nos estabais esperando, cabo? —preguntó Menos.

—No lo hacíamos, muchacha. Solo estábamos junto a la bahía de Ubaryd, pero la ciudad ya ha caído, vimos más de una vela enemiga y nos refugiamos aquí, con la intención de viajar esta noche. Hemos decidido dirigirnos a Aren...

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó Duiker—. ¡Sois los infantes de marina del pueblo! La noche de la rebelión...

Gesler miró al historiador con el entrecejo fruncido.

—Tú eras el que acompañaba a Kulp, ¿no es cierto...?

—Sí, lo es —dijo Tormenta, al tiempo que se levantaba de su taburete y se acercaba—. ¡Por la pezuña de Fener, nunca creí que volvería a verte!

—Lo supongo —musitó Duiker—, tengo mucho que contar.

—No me cabe la menor duda —sonrió el veterano.

—Cabo Gesler, ¿cuál es tu dotación? —preguntó Menos, con la mirada en el Silanda.

—Tres.

—¿La tripulación del barco?

—Muerta.

De no haber estado tan cansado, el historiador habría percibido cierta aridez en la respuesta.



Los ochocientos guerreros montados del clan de Perroloco formaron tres círculos en el centro del claro y empezaron luego a instalar un perímetro defensivo. Salieron exploradores entre las arboledas hacia el oeste y regresaron, casi inmediatamente, con la noticia de que había llegado la avanzadilla de Korbolo Dom. Los defensores de primera línea prepararon sus armas, mientras los demás seguían con sus instalaciones.

Duiker y Menos se apearon cerca del toldo. Cuando Verdad se reunió con Tormenta y Gesler junto a la improvisada tienda, Duiker se percató de que todos ellos tenían la piel de un tono cobrizo. Ninguno de ellos llevaba barba y sus cabezas estaban casi rapadas.

A pesar de la retahíla de preguntas que se le ocurrieron al historiador, fue el Silanda lo que atrajo su mirada.

—No queda ninguna vela, cabo. ¿Pretendes decirme que entre los tres manejabais los remos y el timón?

Gesler volvió la cabeza en dirección a Tormenta.

—Preparemos las armas, esos wickanos ya no pueden con su alma. Verdad, al barco, puede que tengamos que salir pitando —dijo Gesler, antes de observar al historiador—. Podría decirse que el Silanda navega solo, pero dudo de que dispongamos de tiempo para ofrecerte más explicaciones. Por lo que parece, esa mezcolanza harapienta de wickanos está en las últimas; tal vez podamos llevarnos por delante a unos cien enemigos, siempre y cuando no os importe la compañía...

—Cabo —lo regañó Duiker—, esa «mezcolanza harapienta» forma parte del Séptimo. Vosotros sois infantes de marina...

—De la guardia costera, no lo olvides. Oficialmente no pertenecemos al Séptimo y no me importa que Kulp fuera como un hermano para ti, si te proponías jugar esa baza conmigo. Sería preferible que me hablaras de la trágica pérdida de tu uniforme y tal vez me convencerías para que te guardara el debido respeto, o puede que no y acabaras con la nariz aplastada.

—Sois infantes de marina y al puño Coltaine podría interesarle vuestro relato, y a mí, como historiador imperial, también —prosiguió lentamente Duiker, después de parpadear. *Me parece recordar que hemos pasado ya por algo parecido*—. Los destacamentos de la infantería tenían el cuartel general en Sialk, lo que significa que el capitán Tregua es vuestro comandante. No cabe duda de que él querrá también recibir vuestro informe. Por último, el resto del Séptimo y dos clanes wickanos adicionales están

en camino, junto con cerca de cuarenta y cinco mil refugiados. Caballeros, de dondequiera que hayáis venido, estáis aquí y eso significa que os habéis incorporado de nuevo al Ejército Imperial.

Tormenta se acercó para mirar a Duiker con los párpados entrecerrados.

—Kulp tenía mucho que decir sobre ti, historiador, aunque no alcanzo a recordar si había algo bueno. — Después de titubear, se colocó la ballesta bajo un brazo y le tendió una gruesa mano rala—. No obstante, he soñado con conocer al canalla responsable de todo lo que nos ha sucedido, a pesar de que preferiría que siguiera con nosotros cierto viejo gruñón para poder envolverlo en jirones y metértelo por la garganta.

—Lo ha dicho con todo el cariño —dijo Gesler, arrastrando las palabras.

Duiker ignoró la mano tendida y, tras un momento, el soldado se encogió de hombros y la retiró.

—Necesito saber —dijo sosegadamente el historiador—, qué le ha sucedido a Kulp.

—A nosotros tampoco nos importaría saberlo —respondió Tormenta.

Dos de los guerreros del clan se acercaron para hablar con Menos, que frunció el entrecejo al oír sus palabras.

Duiker dejó de prestar atención a los infantes de marina.

—¿Qué ocurre, Menos?

Ella gesticuló y los guerreros se retiraron.

—La caballería instala un campamento río arriba, a menos de trescientos pasos. No hacen ningún preparativo para el ataque. Han empezado a talar árboles.

—¿Árboles? Allí ambas orillas son barrancos.

Menos asintió.

A no ser que estén construyendo una simple empalizada, no un puente flotante, que en todo caso sería inútil. ¿No pretenderán abarcar la anchura del desfiladero?

—Podríamos llevar este bote río arriba, para verlo más de cerca —dijo Gesler a su espalda.

Menos volvió la cabeza y miró fijamente al cabo.

—¿Qué avería tiene vuestra embarcación? —preguntó en un tono febril.

Gesler se encogió de hombros.

—Se ha chamuscado un poco, pero todavía puede navegar.

Menos no dijo nada, aunque tampoco dejó de mirarlo fijamente.

El cabo hizo una mueca, llevó la mano bajo su jubón chamuscado y sacó un silbato de hueso, que colgaba de un cordón alrededor del cuello.

—La tripulación está muerta, pero no por ello trabaja más despacio.

—También han sido decapitados —dijo Tormenta, sobresaltando al historiador con una radiante sonrisa—. Siempre he dicho que no se puede reprimir a los buenos marineros.

—Sobre todo tiste andii —agregó Gesler—, solo un puñado de humanos. Y algunos otros, bajo cubierta... Tormenta, ¿cómo los llamó Heboric?

—Tiste edur, señor.

Gesler asintió, concentrado ahora en el historiador.

—Así es, nosotros y Kulp sacamos a Heboric de la isla, como tú querías. A él y a otros dos. Lo malo es que los perdimos en una borrasca...

—¿Por la borda? —preguntó Duiker con la voz ronca y la mente en una vorágine—. ¿Muertos?

—Bueno —respondió Tormenta—, de eso no podemos estar seguros. No sabemos si cayeron al agua cuando saltaron por la borda; tengamos en cuenta que el barco estaba en llamas y tal vez navegaba sobre olas de agua, o puede que no.

Una parte del historiador, que maldecía la afición gloriosa e insoportable de los soldados por los eufemismos, quería estrangularlos a ambos. La otra parte, el susto terrible de lo que oía, hizo que se desplomara sobre el suelo cenagoso cubierto de mariposas.

—Historiador, acompaña a estos infantes de marina en el bote —dijo Menos—, pero asegúrate de que permanecéis a una distancia prudencial de la orilla. Su mago está agotado, de modo que no debéis preocuparos por él. Debo entender lo que está sucediendo.

En eso estamos de acuerdo, muchacha.

Gesler se agachó y ayudó a Duiker a levantarse con suavidad.

—Vamos, señor, y entretanto Tormenta te relatará la aventura. No es que seamos tímidos, sino sencillamente estúpidos.

—Luego, cuando haya terminado —refunfuñó Tormenta—, podrás contarnos cómo se las han arreglado Coltaine y los demás para seguir vivos hasta ahora. Ese será un relato que con toda seguridad valdrá la pena escuchar.



—Son las mariposas, ¿comprendes? —masculló Tormenta, mientras empujaba los remos—. Una capa sólida de más de un palmo, que se desplaza con mayor lentitud

que la corriente que está debajo. Sin eso, no avanzaríamos en absoluto.

—Hemos bogado en peores condiciones —agregó Gesler.

—Eso tengo entendido —dijo Duiker.

Hacía más de una hora que estaban sentados en el pequeño bote, y Tormenta y Verdad habían logrado avanzar poco más de ciento cincuenta pasos río arriba, a través de los densos residuos de mariposas ahogadas. La orilla norte se había convertido rápidamente en un barranco, con su accidentada ladera cubierta de trepadoras. Se acercaban a un cerrado meandro, que había surgido tras un reciente desprendimiento.

Tormenta había prolongado su relato, quizás para compensar su escasa habilidad narrativa, con una falta de imaginación tristemente evidente que aportaba credibilidad a la historia. A Duiker le correspondía la sombría labor de intentar comprender el significado de los sucesos presenciados por aquellos soldados. Era obvio que la senda del fuego a la que habían sobrevivido los había cambiado más allá del extraño tono de su piel. Tormenta y Verdad eran incansables con los remos, y tiraban con la fuerza de cuatro hombres. Duiker anhelaba y temía al mismo tiempo embarcar en el Silanda. Incluso sin la sensibilidad mágica acrecentada de Menos, el aura de horror que emanaba de la embarcación hacía mella en los sentidos del historiador.

—Mira eso, señor —dijo Gesler.

Habían penetrado en un peligroso recoveco del río. El desprendimiento del barranco había estrechado el cauce, creando una corriente torrencial de aguas blancas en el paso. Una docena de cuerdas tensadas unía ambas orillas a una altura de más de diez brazas y cerca de una docena de arqueros ubari con arneses cruzaban el abismo.

—Presas fáciles —dijo Gesler desde el timón—, y Tormenta es el más indicado para esta labor. ¿Puedes mantener el bote en posición, Verdad?

—Puedo intentarlo —respondió el joven.

—Esperad —dijo Duiker—. Esto es un nido de avispas que es preferible evitar, cabo. Sus fuerzas son muy superiores en número a las nuestras. Además, mirad al otro lado, hay por lo menos un centenar de soldados que ya han cruzado.

Guardó silencio y reflexionó.

—Si talaban árboles, no era para construir un puente —farfulló el cabo, mirando hacia el barranco norte, donde de vez en cuando se vislumbraba alguna figura—. Se ha asomado algún mando para observarnos, señor.

Duiker concentró su mirada en la figura.

—Es probable que sea el mago. Si nosotros no mordemos, es de esperar que él tampoco lo haga.

—Pero ofrece un buen blanco —musitó Gesler.

—Regresemos, cabo —dijo el historiador, moviendo la cabeza.

—De acuerdo, señor. Aflojad los remos, muchachos.



El grueso de las fuerzas de Korbolo Dom había llegado y tomado posiciones a ambos lados del vado. El escaso bosque desaparecía con rapidez, conforme se talaban todos los árboles al alcance de la vista, se limpiaban los troncos y se llevaban al interior del campamento. Una zona de tierra de nadie, de menos de setenta pasos, separaba ambas fuerzas. El camino de mercaderes permanecía abierto.

Duiker encontró a Menos bajo el toldo, sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. El historiador sospechó que mantenía una comunicación mágica con Sormo y esperó. A los pocos minutos dio un suspiro.

—¿Qué noticias hay? —preguntó, con los ojos todavía cerrados.

—Han tendido cabos a lo ancho del desfiladero y mandan arqueros a la otra orilla. ¿Qué ocurre, Menos? ¿Por qué no ha atacado Korbolo Dom? Podría aplastarnos sin empezar siquiera a sudar.

—Coltaine está a menos de dos horas de camino. Parece que el comandante enemigo prefiere esperar.

—Debió haber aprendido la lección de la soberbia de Kamist Reloe.

—Un nuevo puño y un puño renegado; ¿te sorprende que Korbolo Dom haya elegido convertirlo en un combate personal?

—No, pero sin duda justifica que la emperatriz Laseen destituyera a Dom.

—El puño Coltaine fue elegido en su lugar. La emperatriz le había dejado claro a Korbolo que nunca ascendería en el escalafón imperial. El renegado considera que tiene algo que demostrar. Con Kamist Reloe, librábamos batallas de fuerza bruta. Pero ahora presenciaremos batallas de ingenio.

—Si Coltaine viene hacia nosotros, se meterá en la boca del lobo y eso apenas se disimula.

—Viene.

—Entonces tal vez la soberbia se ha apoderado de ambos comandantes.

—¿Dónde está el cabo? —preguntó Menos, sin abrir todavía los ojos.

—Por ahí. No andará lejos —respondió Duiker, encogiéndose de hombros.

—El Silanda trasladará a Aren a todos los heridos que pueda transportar, los que a la larga puedan recuperarse. Coltaine pregunta si deseas acompañarlos, historiador.

Ahí no hay la menor arrogancia, sino una aceptación fatalista. Duiker sabía que debía haber titubeado, haber prestado una sobria reflexión a la sugerencia, pero oyó su propia voz que respondía:

—No.

—Coltaine sabía que esa sería tu respuesta y también que contestarías con rapidez —asintió Menos con el entrecejo fruncido, en busca del rostro de Duiker—. ¿Cómo sabe Coltaine esas cosas?

—¿A mí me lo preguntas? —exclamó el historiador sobresaltado—. ¡Por el aliento del Embozado, muchacha, es wickano!

—Y no menos arcano para nosotros, historiador. Los clanes le obedecen sin rechistar. No es una certeza compartida, ni una comprensión mutua lo que nos inspira a guardar silencio. Es sobrecogimiento.

Duiker no tenía palabras. Dio media vuelta, con la mirada en las masas amarillentas que barrían el firmamento. *Migran. Animales instintivos. Una zambullida mecánica en corrientes mortales. Una hermosa y horripilante danza al Embozado, con cada paso preconcebido. Cada paso...*

★ ★ ★

El puño llegó al amparo de la oscuridad y los guerreros del Cuervo se adelantaron para establecer un pasillo por el que avanzó la vanguardia, seguida de los carromatos que transportaban a los heridos seleccionados para el Silanda.

Coltaine, con la cara arrugada y demacrada por el agotamiento, se acercó al lugar donde esperaban Duiker, Menos y Gesler, cerca del toldo. Tras el puño llegaron Bastión, los capitanes Tregua y Sulmar, el cabo Lista y los hechiceros Sormo y Nada.

Tregua se acercó a Gesler y el cabo de los infantes de marina frunció el entrecejo.

—Solías tener mejor aspecto, señor —dijo Gesler.

—Te conozco por tu reputación, Gesler. En otra época capitán, luego sargento y ahora cabo. Tienes los pies en la parte alta del escalafón...

—Y la cabeza en la mierda, señor.

—¿Quedan dos en tu pelotón?

—Oficialmente uno, señor. El muchacho es una especie de recluta, pero todavía no está debidamente integrado. De modo que solo quedamos Tormenta y yo.

—¿Tormenta? ¿No será el lugarteniente del puño Cartheron...?

—En otra época.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó Tregua, mirando a Coltaine—. Puño, aquí tenemos a dos miembros de la vieja guardia del emperador... como infantes de marina de la guardia costera.

—Era un destino tranquilo, señor, por lo menos hasta el levantamiento.

Tregua se aflojó la correa del casco, se lo quitó y se pasó la mano por su escaso pelo, pegado por el sudor al cráneo.

—Dile a tu muchacho que se presente, cabo —dijo el capitán, dirigiéndose a Gesler.

Gesler lo llamó y Verdad apareció.

—Ahora estás oficialmente en los infantes de marina del Ejército, muchacho —dijo Tregua, con el entrecejo fruncido.

Verdad saludó, con el pulgar recogido y el meñique pegado a los demás dedos.

Bastión soltó un bufido y el ceño en el rostro del capitán Tregua aumentó.

—¿En dónde...? Oh, ni hablar, hermano —dijo dirigiéndose a Gesler.

—En cuanto a ti y a Tormenta...

—Si nos promocionas, señor, te daré un puñetazo en lo que te queda de cara. Y es probable que Tormenta te endiñe una patada cuando estés en el suelo —sonrió Gesler.

Bastión empujó a Tregua para acercarse al cabo, hasta que casi se tocaron sus narices.

—¿También a mí me propinarías un puñetazo, cabo? —preguntó entre dientes el comandante.

Gesler no dejó de sonreír.

—Sí, señor. Y, por el Embozado, que también le bajaré los calzoncillos al puño si me lo pedís amablemente.

Durante unos momentos se hizo un silencio sepulcral.

Coltaine soltó una carcajada. Los demás, sobresaltados, miraron fijamente al wickano.

Farfullando con incredulidad, Bastión retrocedió, cruzó su mirada con la del historiador y se limitó a mover la cabeza.

Al oír la risa de Coltaine, los perros empezaron a aullar desaforadamente, de pronto próximos y apiñados como pálidos fantasmas.

Por primera vez animado y sin dejar de reírse, Coltaine se dirigió al cabo.

—¿Y qué diría sobre esto Cartheron Costra, soldado?

—Me habría dado un puñetazo en la...

Un puñetazo de Coltaine en la nariz del cabo interrumpió las palabras de Gesler. La cabeza del infante de marina retrocedió y sus pies abandonaron el suelo. Cayó de espaldas, con un pesado ruido sordo. Coltaine dio media vuelta y se agarró la mano, como si acabara de golpear un muro de piedra.

Sormo se acercó y cogió la muñeca del puño, para examinarle la mano.

—¡Por los espíritus del abismo, está rota!

Todas las miradas se dirigieron al cabo postrado, ahora sentado con la nariz sangrante.

Tanto Nada como Menos dieron un bufido y retrocedieron. Duiker colocó la mano sobre el hombro de Menos y la obligó a volverse.

—¿Qué ocurre, muchacha? ¿Cuál es el problema...?

—¡Esa sangre! —respondió Nada en un susurro—. ¡Ese hombre es casi un ascendiente!

Gesler, que miraba fijamente a Coltaine, no oyó el comentario.

—Supongo que ahora sí aceptaré ese ascenso, puño —dijo con los labios partidos.

—Es casi un ascendiente. Sin embargo, el puño...

Ahora ambos hechiceros miraron fijamente a Coltaine y, por primera vez, Duiker vio con claridad el asombro en sus expresiones.

Coltaine le ha partido la cara a Gesler. Gesler, un hombre al borde de la ascendencia... ¿y de qué más? El historiador recordó cómo controlaban Tormenta y Verdad los barridos de la embarcación... Su fuerza extraordinaria y el relato de la senda en llamas. Por el abismo de las profundidades, los tres... ¿Y Coltaine?

Reinaba tal confusión en el grupo, que nadie oyó los caballos que se acercaban hasta que el cabo Lista refunfuñó:

—Comandante Bastión, tenemos visita.

Todos volvieron la cabeza, salvo Coltaine y Sormo, y vieron a media docena de guerreros del clan Cuervo montados alrededor de un oficial ubari, que llevaba una loriga con incrustaciones de plata. Una barba y un bigote, con sus rizos teñidos de negro, ocultaban el rostro oscuro del forastero. Iba desarmado y extendía ahora los brazos, con las palmas de las manos abiertas.

—Presento mis saludos en nombre de Korbolo Dom, el más humilde sirviente de Sha'ik, comandante del Ejército del Sur del Apocalipsis, al puño Coltaine y a los oficiales del Séptimo Ejército.

Bastión se adelantó, pero fue Coltaine, ahora erguido con su mano rota a la espalda, quien tomó la palabra.

—Os damos las gracias. ¿Qué desea Korbolo Dom?

Un nuevo puñado de personas se unió apresuradamente al grupo, entre las que Duiker reconoció a Nethpara y Pullyk Alar en cabeza.

—Korbolo Dom solo desea la paz, puño Coltaine, y como prueba de su honorabilidad ha perdonado la vida de vuestros jinetes wickanos que han acudido hoy temprano a este paso, a los que podía haber aniquilado. El Imperio malazano ha sido expulsado de seis de las siete ciudades sagradas. Todas las tierras al norte de aquí son ahora libres. Nos comprometeríamos a cesar las matanzas, puño. La independencia de Aren puede negociarse, en beneficio de la tesorería de la emperatriz Laseen.

Coltaine no respondió. El emisario titubeó antes de proseguir:

—Como prueba adicional de nuestras pacíficas intenciones, no entorpeceremos el paso de los refugiados a la orilla sur; después de todo, Korbolo Dom sabe perfectamente que son esos elementos los que mayor dificultad plantean para ti y para tus fuerzas. Tus soldados tienen una gran capacidad para defenderse a sí mismos, como todos hemos visto para honra tuya. Incluso nuestros propios soldados cantan en honor a vuestras proezas. Sois, en efecto, un ejército digno de retar a nuestra diosa. —Hizo una pausa y se giró en la silla para mirar a los nobles reunidos—. Pero para estos honrados ciudadanos, esta no es su guerra —dijo, antes de dirigirse de nuevo a Coltaine—. La travesía de los páramos más allá del bosque ya será bastante difícil, no contribuiremos con una persecución a vuestras tribulaciones, puño. Id en paz. Mañana mandad los refugiados a Vathar y comprobaréis personalmente, y sin riesgo para vuestros soldados, la misericordia de Korbolo Dom.

Pullyk Alar dio un paso al frente.

—En lo concerniente a este asunto, el concejo confía en la palabra de Korbolo Dom —declaró—. Autorízanos a cruzar mañana, puño.

Duiker frunció el entrecejo. *Ha habido comunicación.*

El puño ignoró al noble.

—Transmítele mi mensaje a Korbolo Dom, emisario: se rechaza la oferta. No hay más que hablar.

—Pero puño...

Coltaine se volvió de espaldas, con su capa de plumas jironada brillando como escamas de bronce a la luz de la hoguera.

Los guerreros montados del Cuervo se acercaron al emisario y obligaron a su caballo a dar la vuelta.

Pullyk Alar y Nethpara corrieron hacia los oficiales.

—¡Debe pensárselo de nuevo!

—Fuera de nuestra vista —ordenó Bastión—, o utilizaré vuestras pieles para una nueva tienda. ¡Fuera!

Los dos nobles se retiraron.

Bastión miró a su alrededor, hasta localizar a Gesler.

—Prepara tu barco, capitán.

—A la orden, señor.

—Nada de esto huele bien —susurró Tormenta junto al historiador.

Duiker asintió lentamente.



Leoman los condujo sin el menor equívoco a través de la llanura de arcilla, con una oscuridad impenetrable, hasta otro alijo de suministros oculto bajo una losa de piedra caliza. Mientras desenvolvía el pan duro, la carne seca y la fruta, Felisin se sentó en el fresco suelo y se rodeó con sus propios brazos para intentar dominar su temblor.

Heboric se sentó junto a ella.

—Todavía ningún indicio del toblakai. Con la suerte de Oponn, partes de él agrían el estómago de ese soletaken.

—Lucha como nadie —dijo Leoman, mientras distribuía la comida—. De ahí que Sha'ik lo eligiera...

—Un evidente error de cálculo —respondió el antiguo sacerdote—. La mujer está muerta.

—Su tercer guardián lo habría impedido, pero Sha'ik lo libró de su compromiso. Procuré que cambiara de opinión, pero fracasé. Todo previsto, cada uno de nosotros atrapado por nuestras tareas.

—Muy conveniente. Dime, ¿aclarar la profecía el fin de la rebelión? ¿Nos enfrentamos ahora a una época triunfal de Apocalipsis interminable? Reconozco que hay una contradicción intrínseca, pero no importa.

—Raraku y Dryjhna son uno —dijo Leoman—. Tan eterno como el caos y la muerte. Vuestro Imperio malazano es un mero destello fugaz, que ya se desvanece. Hemos nacido de la oscuridad y a la oscuridad volvemos. Estas son las verdades que tanto temes y que en tu temor descartas.

—No soy la marioneta de nadie —exclamó Felisin.

Leoman se limitó a responder con una suave carcajada.

—Si ese es el requisito para convertirse en Sha'ik, más te vale volver a aquel cadáver descompuesto junto a la puerta y esperar a que aparezca otra.

—Convertirte en Sha'ik no destruirá tus ilusiones vanas de independencia —dijo Leoman—, a no ser, claro está, que te lo propongas.

Escuchémonos. Demasiado oscuro para discernir alguna cosa. No somos más que tres voces incorpóreas en fútil contrapunto en este escenario desértico. Santo Raraku se burla de nuestra carne, convirtiéndonos en meros sonidos en guerra contra el vasto silencio. Se acercaron unos pasos suaves.

—Acércate a comer —dijo Leoman.

Algo húmedo se posó en el suelo cerca de Felisin y le llegó una oleada de hedor a carne cruda.

—Un oso de pelo blanco —estalló el toblakai—. He soñado un momento que había regresado a mi casa en Laederon. A esas bestias las llamamos nethaur. Pero nosotros luchábamos sobre piedras y arena, no sobre hielo y nieve. He traído la piel, la cabeza y las garras, porque el tamaño de este animal era el doble que el mayor que yo había visto.

—Espero con impaciencia la luz del día —dijo Heboric.

—El próximo amanecer será el último antes del oasis —dijo el salvaje gigante, dirigiéndose a Leoman—. Felisin debe celebrar el rito.

Se hizo un silencio.

—Felisin... —murmuró Heboric, después de aclararse la garganta.

—Cuatro voces —susurró la muchacha—. Sin hueso, sin carne, solo cuatro débiles ruidos que se reivindicán a sí mismos. Cuatro puntos de vista. El toblakai es pura fe, pero un día la perderá por completo...

—Ya ha empezado —susurró Leoman.

—Y Heboric, el sacerdote que ha perdido la fe, que un día recuperará. Leoman, el maestro de la argucia, que observa el mundo con unos ojos más cínicos que Heboric con su apropiada ceguera, pero no deja de hurgar en la oscuridad... en busca de esperanza.

»Y por último Felisin. ¡Ah! ¿Quién es esa mujer con atuendo de niña? Placeres de la carne desprovistos de placer. Identidades sometidas una tras otra. Complacencia anhelada tras cada palabra cruel que sale de sus labios. No cree en nada. Un crisol limpiado por el fuego, vacío. Heboric posee manos invisibles y lo que cogen ahora es un poder y una verdad que él no alcanza todavía a percibir. Las manos de Felisin... han cogido y tocado, han sido diestras y se han ensuciado y sin embargo no han conservado nada. La vida se desliza entre ellas como un fantasma.

»Todo estaba incompleto, Leoman, hasta que Heboric y yo acudimos junto a ti. Junto a ti y junto a ese trágico niño que te acompaña. El libro, Leoman.

Felisin oyó cómo se retiraban los cierres y cómo salía el tomo de su envoltorio.

—Ábrelo —dijo.

—Tú...

—¿Dónde está tu fe, Leoman? Parece que no lo comprendes. La prueba no es solo para mí. Es para cada uno de nosotros. Aquí. Ahora. Abre el libro, Leoman.

Felisin oyó su respiración áspera, lenta, suavizada por una fuerza de voluntad feroz. La tapa de piel crujió suavemente.

—¿Qué ves, Leoman?

—Nada, como es natural —refunfuñó—. No hay luz para poder ver.

—Mira de nuevo.

Oyó que él y los demás suspiraban. Un fulgor del color del oro tejido había empezado a emanar del libro de Dryjhna. Por todos lados se oyó un lejano susurro, luego un rugido.

—¡Es imposible... está en blanco! ¡Todas las páginas!

—Tú ves lo que ves, Leoman. Ahora cierra el libro y dáselo al toblakai.

El gigante se agachó después de acercarse y abrió sus enormes manos ensangrentadas para aceptar el libro. No titubeó.

Una cálida luz iluminó su rostro al fijar su mirada en la primera página. Felisin vio que se le llenaban los ojos de lágrimas y formaban tortuosos regueros por sus mejillas cubiertas de cicatrices.

—Tanta belleza —susurró Felisin—. Y la belleza te hace llorar. ¿Sabes por qué sientes tanto pesar? No, todavía no. Algún día... Cierra el libro, toblakai.

—Heboric...

—No.

Leoman desenvainó una daga, pero Felisin le sujetó la mano.

—No —repitió el viejo—. Mi tacto...

—Eso es —dijo Felisin—. Tu toque.

—No.

—Ya fuiste sometido antes a la prueba, Heboric, y fracasaste. Cómo fracasaste. Temes volver a fracasar...

—No es cierto, Felisin —afirmó decididamente Heboric—. Menos que cualquier otra cosa. No participaré en este rito, ni me arriesgaré a posar mis manos sobre ese maldito libro.

—¿Qué importa que abra el libro? —gruñó el toblakai—. Está ciego como un enkar'al. Permíteme que lo mate, Sha'ik renacida. Dejemos que su sangre selle este rito.

—Hazlo.

El toblakai se movió como una centella, con su espada de madera casi invisible contra la cabeza de Heboric. De haberla alcanzado, habría desmenuzado el cráneo del anciano y desparramado los trozos a por lo menos diez pasos de distancia. En lugar de eso, las manos de Heboric resplandecieron, una con un tono de sangre seca, la otra bestial y velluda. Se elevaron para interceptar la estocada, agarraron las muñecas del gigante y pararon en seco el movimiento. La espada de madera salió despedida de las manos del toblakai y desapareció en la oscuridad, más allá del pálido fulgor del libro.

El gigante gimió de dolor.

Heboric soltó las muñecas del toblakai, agarró al gigante por el cuello y el cinturón, y de un tirón lo arrojó a la oscuridad. Se oyó un golpe seco cuando aterrizó y la arcilla tembló bajo sus pies.

Heboric retrocedió con el rostro contorsionado por el espanto y desapareció la ira ardiente que había impregnado sus manos.

—Hemos podido verlas —dijo Felisin—. Tus manos. Nunca fuiste rechazado, Heboric, a pesar de lo que

creyeran los sacerdotes cuando hicieron lo que hicieron. Solo te preparabas.

El anciano cayó de rodillas.

—Y así el hombre recupera su fe. Debes saber que Fener nunca te investiría a ti y únicamente a ti, Heboric Toque de Luz. Reflexiona y tranquilízate...

En la oscuridad, el toblakai gruñó.

—Entrégame ahora el libro, Leoman —dijo Felisin, después de incorporarse—. Adelante el alba.

Felisin sometiéndose una vez más. Reconstruida. Renacida. ¿Es esta la última vez? No, con toda certeza no lo es.



A una hora del amanecer, Icarium condujo a los demás al borde de la senda. Mientras sujetaba la culata de su ballesta a la cadera, Violín le entregó la linterna a Azafrán y miró luego a Mappo.

El trell se encogió de hombros.

—La barrera es opaca, más allá nada es visible.

—No saben nada de lo que está por llegar —susurró Iskaral Pust—. Una llamada eterna de dolor, ¿pero debo desperdiciar palabras para prepararlos? No, en absoluto, jamás. Las palabras son demasiado valiosas para desperdiciarlas, de ahí mi tímido silencio mientras ellos titubean en un arrebató de ignorancia inmóvil.

—Tú primero, Pust —gesticuló Violín con su ballesta.

—¿Yo? —exclamó boquiabierto el sacerdote supremo—. ¿Estás loco? —preguntó, agachando la cabeza—. Se han

engañado de nuevo, incluso ese retorcido pretexto de soldado. ¡Es demasiado fácil!

Azafrán dio un bufido y avanzó levantando la linterna, cruzó la barrera y desapareció de la vista de los demás. Icarium lo siguió inmediatamente. Violín le indicó a Iskaral Pust con un gruñido que avanzara. Cuando ambos desaparecieron, Mappo se dirigió a Apsalar y a su padre.

—Vosotros dos ya habéis pasado antes en una ocasión —dijo—. El halo de la senda permanece aferrada a ambos.

—La pista falsa —asintió Rellock—. Debíamos asegurarnos ante los d'ivers y los soletaken.

El trell dirigió su mirada a Apsalar.

—¿Qué senda es esta?

—No lo sé. Ha sido, en efecto, desgajada. Dado el estado en el que se encuentra, la esperanza de poder determinar su naturaleza es muy remota. No guardo nada en mis recuerdos de una senda tan destrozada.

Mappo suspiró, mientras hacía rodar los hombros para mitigar la tensión que entumecía sus músculos.

—¿Por qué asumir que las sendas ancestrales que conocemos, Tellann, Omtose Phellack, Kurald Galain, son las únicas que existen?

La barrera se caracterizaba por un cambio en la presión atmosférica. Mappo tragó saliva y sintió que se le destapaban los oídos. Pestañeó, mientras se esforzaba por absorber la oleada que asaltaba sus sentidos. El trell estaba con los demás en un bosque de grandes árboles, una mezcla de píceas, cedros y secuoyas cubiertos por una gruesa capa de musgo. La luz azulada del sol se filtraba entre sus ramas. El aire olía a vegetación en descomposición y zumbaban los insectos. La belleza etérea del paisaje descendió sobre Mappo como un bálsamo refrescante.

—No sé lo que esperaba —musitó Violín—, pero no era esto.

Una gran piedra de dolomía, más alta que Icarium, surgía del mantillo delante de ellos. La luz del sol le infundía un tono verde pálido, que realzaba las sombras de grietas, huecos y otras formas grabadas en su superficie.

—El sol nunca se mueve —dijo Apsalar junto al trell—. La luz está siempre en este ángulo, el único que realza esos grabados a nuestra vista.

La base y los costados de la piedra eran una masa de huellas de manos y patas, todas ellas del color de la sangre.

La senda de Manos.

—¿Otro engaño por tu parte, sacerdote supremo? —preguntó Mappo, después de volverse hacia Iskaral Pust.

—¿Una piedra solitaria en el bosque? ¿Libre de líquenes y de musgo, emblanquecida por el sol implacable de otro mundo? El trell es increíblemente denso, ¡pero escucha lo que te digo! —exclamó mirando a Mappo, con una radiante sonrisa—. ¡Rotundamente no! ¿Cómo podría yo mover semejante estructura? Fíjate en esos antiguos grabados, esos huecos y esas espirales, ¿cómo podrían falsificarse esas cosas?

Icarium se había situado frente a la piedra y seguía la línea ondulada de uno de sus surcos.

—No cabe duda de que son auténticos. Pero son del estilo tellann, como los que se encontrarían en un lugar sagrado de los t'lan imass, en una de las piedras típicas que rodean la cima de una colina, en una tundra o una llanura. Evidentemente no esperaría que los d'ivers y los soletaken fueran conscientes de semejante incongruencia...

—¡Claro que no! —exclamó Iskaral, antes de mirar al jhag con el entrecejo fruncido—. ¿Por qué paras?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Me has interrumpido...

—¡Mentira! Pero, sí, debo guardar mi ira en una bolsa, una bolsa como ese curioso saco que llevan los trell. ¡Curioso saco! ¿Hay otro fragmento atrapado en su interior? La posibilidad... existe. ¡Una probabilidad realmente probable, una certeza cierta! Solo preciso brindarle al jhag esta ingenua sonrisa para mostrar mi benigna paciencia ante su asqueroso insulto, porque obviamente soy más hombre que él. Esos aires, esa afectación, esos mal disimulados apartes... ¡habrase visto!

Iskaral Pust dio media vuelta y escudriñó el bosque con los ojos entrecerrados, más allá de la piedra.

—¿Oyes algo, sacerdote supremo? —preguntó sosegadamente Icarium.

Pust lo miró con el ceño marcado.

—¿Oír, aquí? ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Hasta dónde has penetrado en este bosque? —preguntó Mappo, dirigiéndose a Apsalar.

Ella movió la cabeza. *No muy lejos.*

—Lo tendré en cuenta —dijo Violín—. ¿Seguimos recto, a partir de esta roca?

No hubo sugerencias alternativas.

Emprendieron la marcha, Violín en cabeza con la ballesta lista a la altura de la cadera y una saeta moranthiana en la grieta. Lo seguía Icarium, con su arco colgado todavía a la espalda y la espada envainada. A continuación iban Pust, Apsalar y su padre, con Azafrán unos pasos por delante de Mappo, que cerraba la comitiva.

Mappo no podía estar seguro de igualar la velocidad del jhag en respuesta a una amenaza y sacó la maza de hueso de su bolsa. *¿Llevo verdaderamente un fragmento de esta senda en esta harapienta mochila? ¿Cómo les va entonces a mis desventuradas víctimas? Puede que las haya mandado al paraíso; esa idea me tranquiliza la conciencia...*

El trell había viajado antes por antiguos bosques y este no era muy diferente. Los sonidos de los pájaros eran escasos e infrecuentes, y a parte de los insectos, los árboles y las propias plantas, no había indicio de vida. En semejante lugar sería fácil dar rienda suelta a la imaginación, quien fuera propenso a ello, y evocar una presencia inquietante de aquel ambiente primigenio. *Un lugar donde urdir oscuras leyendas, donde convertirnos en meros niños asustados por relatos cargados de tensión... pero ¡qué bobadas! Aquí lo único inquietante soy yo.*

El suelo entre los árboles estaba cubierto de una gruesa capa de raíces entrelazadas, que aquí y allá asomaban entre el mantillo. El aire resultaba cada vez más fresco conforme avanzaban y perdía su riqueza de olores, hasta que por fin se percataron de que los árboles estaban progresivamente más espaciados, primero a media docena y luego a una docena de pasos uno de otro. Sin embargo, el suelo seguía cubierto por completo de raíces entretejidas, demasiadas para pertenecer al propio bosque. Su visión evocó en Mappo indicios de un recuerdo vagamente inquietante, pero que no alcanzaba a ver con claridad.

Tenían ahora una vista de hasta quinientos pasos, con troncos aislados y un aire húmedo de tono azulado bajo la luz espectral del extraño sol. Todo permanecía inmóvil. Nadie decía palabra y el único sonido era el de su respiración, el del roce de la ropa con las armaduras y el de sus pisadas sobre el manto interminable de raíces entrelazadas.

Al cabo de una hora llegaron al borde del bosque. Más allá había una llanura oscura y ondulada, y Violín ordenó que se detuvieran.

—¿Alguna idea sobre esto? —preguntó, con la mirada fija en el paisaje desértico y ondulado que tenían delante.

El suelo estaba cubierto de una sólida masa de tortuosas raíces entretejidas, que se extendían hasta perderse en la lejanía.

Icarium se agachó y colocó la mano sobre un grueso leño enrollado. Cerró los ojos y asintió. Acto seguido, se irguió.

—Azath —dijo.

—Tremorlor —susurró Violín.

—Nunca he visto un azath manifestarse de este modo —dijo Mappo.

No, no un azath, pero he visto bastones de madera...

—Yo sí —dijo Azafrán—. En Darujhistan. Allí la Casa de Azath creció del suelo, como el tronco de un árbol. Lo vi con mis propios ojos. Creció hasta contener un finnest de jaghut.

Después de observar un largo momento al joven, Mappo se dirigió al jhag.

—¿Qué más has notado, Icarium?

—Resistencia. Dolor. El azath está sitiado. Esta senda fragmentada anhela librarse de la garra de la Casa. Y ahora una nueva amenaza...

—Los soletaken y los d'ivers.

—Tremorlor es... consciente... de quiénes la buscan.

Iskaral Pust se rió y luego agachó la cabeza para eludir la mirada fija de Azafrán.

—Incluidos nosotros, supongo —dijo Violín.

—Así es —asintió Icarium.

—Y está dispuesta a defenderse —agregó el trell.

—Si puede.

Mappo se rascó la barbilla. *Las reacciones de un ente vivo.*

—Deberíamos parar aquí —dijo Violín—. Dormir un poco...

—¡No, no debemos hacerlo! —exclamó Iskaral Pust—. ¡Urgencia!

—Lo que tengamos delante —refunfuñó el zapador—, puede esperar. Si no estamos descansados...

—Estoy de acuerdo con Violín —dijo Icarium—. Unas pocas horas...



Extendieron en silencio sus colchonetas y compartieron una comida frugal en su improvisado campamento. Mappo observó a los demás acomodarse, hasta que solo él y Rellock quedaron despiertos. El trell se acercó al anciano, mientras preparaba su propia cama.

—¿Por qué has obedecido las órdenes de Iskaral, Rellock? —preguntó Mappo en voz baja—. Conducir a tu hija a este lugar en estas circunstancias...

El pescador hizo una mueca, esforzándose visiblemente en buscar una respuesta.

—He recibido un don, con este brazo. Nos perdonaron la vida...

—Como dijiste antes, y os entregaron a Iskaral. En una fortaleza en el desierto. Donde te obligaron a poner en peligro a tu única hija... No pretendo ofenderte, Rellock. Solo intento comprender.

—Ella no es lo que era. No es mi pequeña. No —titubeó y le temblaron las manos sobre la colchoneta—. No —repitió—. Lo hecho, hecho está y no hay vuelta atrás —dijo, elevando la mirada—. Debo sacarle el mejor provecho a las cosas como son. Mi hija sabe cosas... —agregó desviando la mirada y entornando los párpados, concentrado en algo

que solo él alcanzaba a ver—. Cosas terribles. Pero ahí hay todavía una niña, puedo verla. Todo lo que sabe... — prosiguió, mirando fijamente a Mappo—. Bueno... no basta con saber. No es suficiente. —Frunció el entrecejo, movió la cabeza y desvió la mirada—. No puedo explicarlo...

—Hasta aquí te sigo.

—Ella necesita razones —prosiguió Rellock, con un suspiro—. Razones para todo. Por lo menos eso me parece. Soy su padre y digo que le queda más por aprender. No es diferente a estar en el agua, donde uno aprende que no hay lugar seguro. No hay auténtico conocimiento. No hay lugar seguro, trell —dijo estremeciéndose y se incorporó—. Ahora has logrado que me duela la cabeza.

—Discúlpame —dijo Mappo.

—Si tengo suerte, puede que algún día ella haga esto por mí.

El trell lo observó mientras acababa de preparar su colchoneta. Mappo se levantó y se dirigió al lugar donde había dejado su mochila.

Descubrimos que ningún lugar es seguro... El dios del mar te proteja, anciano, ahora debes centrarte en tu hija perdida.



Envuelto en sus mantas, sin poder conciliar el sueño, Mappo oyó un movimiento a su espalda, seguido de la voz baja de Icarium.

—Lo mejor será que vuelvas a dormirte, muchacha.

El trell detectó un humor irónico en su réplica.

—Tú y yo nos parecemos mucho.

—¿En qué sentido? —preguntó Icarium.

—Ambos tenemos nuestros protectores —suspiró la chica—, ninguno de los cuales es capaz de protegernos. En particular de nosotros mismos. De modo que los arrastramos, impotentes, siempre atentos, pero completamente inútiles.

La respuesta de Icarium fue monótona y comedida:

—Mappo es para mí un compañero, un amigo. Rellock es tu padre. Comprendo su idea de protección, ¿qué otra cosa cabe esperar de un padre? Pero lo de Mappo y yo es diferente.

—¿De veras?

Mappo se aguantó la respiración, dispuesto a levantarse y poner fin ahora a esa conversación...

—Puede que tengas razón, Icarium —prosiguió Apsalar, al cabo de un rato—. No somos tan iguales como parece en un principio. Dime, ¿qué harás con tus recuerdos cuando los encuentres?

El alivio silencioso del trell fue solo momentáneo. Pero ahora, en lugar de luchar con su impulso de intervenir, permaneció completamente inmóvil, a la espera de la respuesta a una pregunta que nunca había osado formularle a Icarium.

—Tu pregunta me... asusta, Apsalar. ¿Qué haces tú con los tuyos?

—No son míos, por lo menos en su mayoría. Conservo un puñado de imágenes de mi vida como pescadora. Regateando para comprar sedal en el mercado. Sujetando la mano de mi padre sobre un montón de piedras erosionadas, cubiertas de flores desparramadas, con el tacto de líquenes donde en otra época había tocado piel. Pérdida, perplejidad... Supongo que era muy niña.

»Otros recuerdos pertenecen a una bruja de cera, una anciana que intentaba protegerme durante la posesión de Cotillion. Había perdido a su marido y a sus hijos, todos sacrificados por la gloria del Imperio. ¿No cabe suponer que la amargura superaría todo lo demás en semejante mujer? Pues no. Ante la imposibilidad de proteger a sus seres queridos, sus instintos, después de tanto tiempo reprimidos, me protegieron a mí en su lugar. Y así hasta nuestros días, Icarium...

—Un don extraordinario, muchacha...

—Así es. Por fin, el último grupo de recuerdos prestados es el más confuso de todos. De un asesino. En otra época mortal, luego ascendiente. Los asesinos reverencian la eficacia, Icarium, y la eficacia es brutal. Sacrifica vidas mortales sin pensárselo dos veces, por lo que sea que perciba como mayor necesidad. Por lo menos así era en el caso de Danzante, que no mataba por dinero, sino por una causa que no era tan sublime como cabría suponer. A su entender, él era un hombre que resolvía situaciones. Se consideraba a sí mismo honorable. Danzante era un hombre íntegro. Pero la eficacia es un maestro de sangre fría. Además, hay una última paradoja. Parte de él, desafiando su necesidad de vengarse de Laseen, en realidad... simpatiza con ella. Después de todo, ella se ha inclinado ante lo que percibe como una necesidad superior, una necesidad del Imperio, y ha decidido sacrificar a dos hombres, a los que calificaba como amigos, en respuesta a dicha necesidad.

—Por consiguiente, en tu interior reina el caos.

—Así es, Icarium. Eso son recuerdos vivos. No somos criaturas simples. Uno sueña que con los recuerdos llega el conocimiento y con el conocimiento, la comprensión. Pero por cada respuesta que encontramos, surge un millar de

nuevas preguntas. Todo lo que fuimos nos ha conducido adonde estamos, pero nos dice poco sobre adónde nos dirigimos. Los recuerdos son una carga de la que uno no puede nunca desprenderse.

—Una carga que a pesar de todo yo aceptaría —susurró Icarium, con clara testarudez.

—Permíteme que te dé un consejo. No se lo cuentes a Mappo, a no ser que pretendas aumentar su aflicción.

La sangre del trell era una maldición tormentosa que circulaba por su interior y le dolía el pecho de aguantarse tanto tiempo la respiración.

—No lo entiendo —dijo al rato Icarium en voz baja—, pero yo nunca haría eso, muchacha.

Mappo soltó lentamente el aire de sus pulmones, con un esfuerzo para controlarse a sí mismo. Percibió lágrimas que rodaban por sendas tortuosas de las comisuras de sus ojos.

—No lo entiendo —repitió ahora en un susurro.

—Pero querrías hacerlo.

No respondió. Al cabo de un minuto, Mappo percibió ruidos de movimiento.

—Vamos, Icarium —dijo Apsalar—, sécate los ojos. Un jhag nunca llora.

Mappo no lograba conciliar el sueño y sospechaba que para otros de su grupo el descanso no aliviaba sus torturados pensamientos. Solo Iskaral Pust parecía tranquilo, a juzgar por sus sonoros ronquidos.

Poco después, Mappo oyó de nuevo los ruidos de un movimiento.

—Ha llegado el momento —dijo Icarium, en un tono tranquilo y comedido.

Se apresuraron en desmontar el campamento. Mappo ataba todavía las correas de su mochila cuando Violín emprendió la marcha, como un soldado acercándose al

campo de batalla, cauteloso pero decidido. El sacerdote supremo de Sombra le pisaba los talones. Cuando Icarium se disponía a seguirlos, Mappo extendió la mano y agarró el brazo del jhag.

—Amigo mío, las Casas de Azath procuran encarcelar a todos los que poseen poder; ¿has evaluado tu riesgo?

Icarium sonrió.

—No solo yo, Mappo. Tú siempre subestimas en lo que te has convertido después de tantos siglos. Debemos confiar en la comprensión de los azath cuando les aseguremos que no nos proponemos realizar ningún mal, si deseamos seguir adelante.

Todos los demás habían emprendido la marcha, dejándolos solos, y únicamente Apsalar había vuelto la cabeza para echarles una ojeada.

—¿Cómo podemos confiar en algo que no comprendemos? —preguntó el trell—. Hablas de «confiar». ¿Cómo? ¿Qué es exactamente en lo que debemos confiar?

—No tengo la menor idea. Siento su presencia, eso es todo. Y si yo percibo su presencia, él a su vez percibe la mía. Tremorlor sufre, Mappo. Lucha en soledad y su causa es justa. Deseo ayudar a los azath y Tremorlor tiene la palabra sobre si aceptar o no mi ayuda.

El trell se encogió de hombros, para disimular su angustia. *Ay, amigo mío, ofreces tu ayuda sin percatarte de la rapidez con que pueden volverse las tornas. En tu ignorancia eres tan puro, tan noble. Si Tremorlor te conoce mejor que tú a ti mismo, ¿osará aceptar tu ayuda?*

—¿Qué ocurre, amigo?

Los ojos del jhag reflejaban una lúgubre sospecha y Mappo se vio obligado a desviar la mirada. *¿Qué ocurre? Hablaría para ponerte sobre aviso, amigo. Si Tremorlor logra apresarte, el mundo se librará de una gran amenaza,*

pero yo perderé un amigo. No, te traiciono con el encarcelamiento eterno. Los ancestros y los sin nombre que me encomendaron esta misión me lo ordenan. No les importa en absoluto el amor. Tampoco titubearía el joven guerrero trell que con tanta facilidad hizo la promesa, porque no conocía al hombre al que debía seguir. Ni tenía dudas. No entonces, hace tanto tiempo.

—Te lo ruego, Icarium, demos media vuelta ahora. El riesgo es excesivo, amigo mío.

Percibió que se le humedecían los ojos, con la mirada fija en la ancha llanura.

Amigo mío. Por fin, queridos ancestros, os lo revelo. Os equivocasteis en vuestra elección. Soy un cobarde.

—Ojalá pudiera entenderlo —dijo lentamente Icarium, con la voz entrecortada—. La batalla que veo en tu interior me rompe el corazón, Mappo. A estas alturas deberías comprender...

—¿Comprender qué? —preguntó el trell con la voz ronca, sin poder todavía mirar a los ojos del jhag.

—Que sacrificaría mi vida por ti, mi único amigo, mi hermano.

Mappo se envolvió en sus propios brazos.

—No —susurró—. No digas eso.

—Ayúdame a poner fin a esta guerra. Por favor.

El trell dio un suspiro hondo y entrecortado.

—La ciudad del Primer Imperio, la que está en la vieja isla...

Icarium esperó.

—Fue destruida... por tu propia mano, Icarium. Tu furor es ciego... un furor sin par. Arde con ferocidad, una ferocidad tan grande que borra todos los recuerdos de tus actos. Te observo, he visto cómo revolvías esas cenizas frías, siempre con la esperanza de descubrir quién eres, sin

embargo aquí estoy, junto a ti, comprometido por un juramento para impedir que vuelvas a cometer un acto semejante. Has destruido ciudades, poblaciones enteras. Cuando empiezas a matar no puedes detenerte, hasta que todo ante ti está... muerto.

El jhag no dijo nada y Mappo era incapaz de mirar a su amigo. Al trell le dolían los brazos con su propio abrazo protector. Su angustia era una tormenta en su interior, que reprimía con todas sus fuerzas.

—Y Tremorlor lo sabe —dijo Icarium, en un tono frío e inexpresivo—. Los azath no pueden hacer otra cosa más que apoderarse de mí.

Solo si es posible y se han realizado pruebas exhaustivas incluso antes de intentarlo. En un arrebató de ira puedes destruirla; por los espíritus del abismo, ¿a qué nos arriesgamos?

—Creo que esta senda te ha dado forma, Icarium. Después de tanto tiempo, por fin has regresado a tu tierra.

—Acabará donde empezó. Acudo a Tremorlor.

—Amigo...

—No. No puedo ser libre con este conocimiento; debes comprenderlo, Mappo. No puedo...

—Si Tremorlor se apodera de ti, Icarium, no morirás. Tu encarcelamiento será eterno, pero permanecerás... consciente.

—Será un castigo apropiado para mis crímenes.

El trell dio un grito, e Icarium colocó una mano sobre su hombro.

—Acompáñame a mi cárcel, Mappo. Haz lo que sea necesario, como claramente ya lo has hecho en otras ocasiones, para prevenir mi ira. No debes permitir que me resista.

Por favor...

—Haz lo que haría un amigo. Y ponte a salvo, si soy tan presuntuoso como para ofrecerte un regalo a cambio. Debemos terminar con esto.

Movió la cabeza, intentando negarlo todo. *¡Cobarde! ¡Derríbalo ahora! Arrástralo lejos de aquí, muy lejos, hasta que recupere el conocimiento y no recuerde nada de todo esto. Puedo alejarle, en alguna dirección, y volveremos a ser como éramos, como siempre hemos sido...*

—Levántate, por favor, los demás nos esperan.

El trell no se había percatado de que estaba acurrucado en el suelo. Sabía a sangre en su boca.

—Levántate, Mappo. Una última tarea.

Unas manos fuertes y firmes le ayudaron a ponerse de pie. Se tambaleó como si estuviera borracho o tuviera fiebre.

—Mappo, de lo contrario no podré llamarte amigo.

—No es justo... —respondió el trell con la voz entrecortada.

—Al parecer debo convertirme en lo que parezco ser. Permite que la ira sea el hierro de tu resolución. No dejes espacio para la duda; siempre has sido demasiado sentimental, trell.

Incluso tus ataques verbales son amables. ¡Ay, dioses! ¿Cómo puedo hacer esto?

—Los demás están muy trastornados por lo que han visto; ¿qué vamos a decirles?

Mappo movió la cabeza. *En tantos sentidos todavía un niño, Icarium. Lo saben.*

—Vamos. Mi casa espera este pródigo retorno.



—Debía suceder —dijo Violín a su llegada.

Mappo los observó a uno tras otro y vio el conocimiento deletreado con toda claridad en todas sus facetas. Una febril mueca contorsionaba el rostro arrugado de Iskaral Pust con miedo, anticipación y una retahíla de otras emociones que solo él podría explicar, si estuviera dispuesto a ello. Apsalar parecía haber abandonado toda compasión que pudiera sentir y ahora miraba a Icarium como a un rival en potencia; manifestaba por primera vez su incertidumbre respecto a su propia capacidad. Los ojos de Rellock, perfectamente consciente de la amenaza que suponía para su hija, reflejaban resignación. Azafrán era el único que parecía inmune a dicho conocimiento y Mappo se preguntó una vez más por la certeza que el joven parecía haber descubierto dentro de sí mismo. *Como si el chico admirara a Icarium; pero ¿qué parte del jhag admira?*

Estaban en una colina, con el suelo cubierto por un entramado de raíces. *Alguna antigua criatura permanece apresada bajo nuestros pies. Todas estas colinas...* Delante de ellos cambiaba el paisaje, las raíces se elevaban hasta crear gruesos muros, que formaban pasillos en un vasto y desenfrenado laberinto. Algunas de las raíces de las paredes parecían moverse. Mappo entrecerró los párpados mientras contemplaba ese movimiento incesante.

—No hagáis ningún esfuerzo para salvarme —declaró Icarium—, si Tremorlor intenta apresarme. Por el contrario, ayudad en todo lo que podáis...

—¡Loco! —exclamó Iskaral Pust—. ¡Azath es quien primero te necesita! ¡Tremorlor se arriesga a una reprensión que amedrentaría incluso a Oponn! ¡Desesperación! ¡Convergen un millar de soletaken y

d'ivers! ¡Mi dios ha hecho cuanto ha podido, igual que yo!
¿Y quién nos lo agradecerá? ¿Quién reconocerá nuestro sacrificio? ¡No debes defraudarnos, horrible jhag!

Icarium miró a Mappo con una mueca.

—Defenderé a los azath. Dime, ¿puedo luchar sin... sin esa ira abrasadora?

—Tú eres quien posee el umbral —reconoció el trell.

Pero está muy cerca.

—Aguanta —dijo Violín, mientras comprobaba su ballesta—, hasta que los demás hayamos hecho todo lo que podamos.

—Iskaral Pust —le advirtió Azafrán—, eso te incluye no únicamente a ti, sino a tu dios...

—¡Vaya! ¿Ahora nos das órdenes? Hemos reunido a los jugadores... No se nos puede pedir más...

El daru se acercó al sacerdote supremo con una reluciente daga en la mano, la cual colocó contra el cuello de Pust.

—No es suficiente —dijo—. Maldita sea, llama a tu dios. ¡Necesitamos más ayuda!

—Los riesgos...

—¡Son mayores si te limitas a no hacer nada, maldita sea!

¿Y si Icarium mata a los azath?

Mappo aguantó la respiración, atónito ante lo bien que Azafrán comprendía la situación.

Se hizo el silencio.

Icarium retrocedió, conmocionado.

Sí, amigo, posees mucho poder.

Iskaral Pust parpadeó, boquiabierto, y cerró de pronto la boca.

—Imprevisto —susurró por fin—. Todo esto se desencadenaría... ¡Válgame el cielo! Ahora suéltame.

Azafrán retrocedió y envainó su daga.

—Tronosombrío... Mi honorable señor de Sombra... está pensando. ¡Sí! ¡Pensando furiosamente! ¡Tan vasto es su genio que puede embaucarse incluso a sí mismo!

El sacerdote supremo abrió enormemente los ojos y dio media vuelta para contemplar el bosque a su espalda.

Se oyó un lejano aullido entre los árboles.

Iskaral Pust sonrió.

—Maldita sea —susurró Apsalar—. No creía que tuviera el valor de hacerlo.



Cinco mastines de Sombra emergieron del bosque corriendo como una manada de lobos, cada uno de ellos de la altura de un poni. Para burla de todo lo natural, la pálida perra invidente, llamada Ciega, iba en cabeza. Su compañero, Baran, corría tras ella y a la derecha. Yunque y Shan cubrían aproximadamente los flancos. El líder de la manada, Cruz, cerraba la retaguardia.

Mappo se estremeció.

—Creía que eran siete —dijo.

—Anomander Rake mató dos en la llanura de Rhivi —respondió Apsalar—, cuando le exigió a Cotillion que dejara de poseer mi cuerpo.

Azafrán volvió la cabeza sorprendido.

—¿Rake? No lo sabía.

Mappo miró al daru con una ceja arqueada.

—¿Conoces a Anomander Rake, señor de la prole de Luna?

—Solo nos vimos una vez —respondió Azafrán.

—Me gustaría que algún día me lo contaras.

El chico asintió, con los labios apretados.

Mappo, eres el único necio presente que cree que vamos a sobrevivir. Fijó de nuevo su mirada en los mastines que se acercaban. A lo largo de todas sus andanzas con Icarium, nunca se habían cruzado en su camino las criaturas legendarias de Sombra, pero el trell conocía bien sus nombres y descripciones, y la perra a la que más temía era Shan, que se movía con la fluidez de la oscuridad y sus ojos eran ranuras rojas. Mientras los demás exhibían la ferocidad salvaje de sus peleas en las cicatrices repartidas por su masa musculosa, Shan atacaba con el sigilo de una auténtica homicida, de una asesina. Cuando esos ojos lo miraron durante el más fugaz de los momentos, el trell percibió que se le erizaban los pelos de la nuca.

—No están molestos —canturreó sosegadamente Iskaral Pust.

Mappo dejó de contemplar las bestias y se percató de que Violín lo miraba fijamente. El conocimiento que intercambiaron fue instantáneo y certero. El zapador ladeó un poco la cabeza. El trell suspiró, pestañeó con lentitud y se dirigió a Icarium:

—Amigo mío...

—Les doy la bienvenida —dijo el jhag con la voz ronca—. Hablaremos más de ello, Mappo.

Los mastines llegaron en silencio y se abrieron para rodear a los presentes.

—¡Al laberinto! —exclamó Iskaral Pust, antes de reírse socarronamente al oír un extraño grito lejano.

Al oírlo los sabuesos levantaron la cabeza, husmeando el aire inmóvil, pero por lo demás parecían tranquilos. Alrededor de cada animal había un aura de terrible

competencia, con una vasta antigüedad cincelada como hebras de hierro.

El sacerdote supremo de Sombra inició otra danza, interrumpida de repente por la cabeza y el lomo de Baran, que se acercó a una velocidad asombrosa y derribó a Iskaral Pust.

—Has logrado enojar a tu dios, Pust —refunfuñó Violín, mientras se agachaba para ayudar al sacerdote a levantarse.

—Bobadas —suspiró el sacerdote supremo—. Es afecto. El cachorro se alegra tanto de verme que se ha sobreexcitado.

Emprendieron el camino del laberinto, bajo un cielo color hierro pulido.



Gesler se acercó a Duiker, Bastión y el capitán Tregua, que estaban sentados tomando una suave tisana. La cara del cabo estaba roja e hinchada alrededor de la nariz partida y el sonido de su voz era un ronco gemido.

—Ya no cabe nadie más a bordo, de modo que zarparemos para aprovechar el final de la marea.

—¿Cuánto tardarán esos remeros no muertos en llevaros hasta Aren? —preguntó Tregua.

—No mucho. Tres días a lo sumo. No os preocupéis, no perderemos a ningún herido por el camino...

—¿Cómo puedes estar tan seguro, cabo?

—Las cosas en el Silanda son en cierto modo atemporales, señor. De todas esas cabezas todavía mana sangre, a pesar de no estar unidas a sus cuerpos desde

hace meses, o años, o tal vez décadas. Nada se pudre. Por los colmillos de Fener, incluso podemos dejarnos crecer la barba cuando estamos a bordo.

Tregua refunfuñó.

Faltaba una hora para el amanecer. Los sonidos de una actividad frenética procedentes del campamento de Korbolo Dom no habían cesado. Guardias brujos impedían a los hechiceros wickanos descubrir la naturaleza de dicha actividad. La falta de conocimiento había puesto a todos en vilo.

—¡Que Fener os proteja a todos! —dijo Gesler.

Duiker lo miró a los ojos.

—Lleva a nuestros heridos a su destino, cabo.

—Muy bien, historiador, eso haremos. Y puede que incluso logremos escudriñar la Armada de Nok a la salida del puerto, u obliguemos a Pormqual a emprender la marcha. El capitán de la guarnición de la ciudad, Blistig, es un buen hombre; si no fuera responsable de la protección de Aren, ya estaría aquí ahora. En todo caso, puede que entre los dos logremos infundirle coraje al puño supremo.

—Así sea —musitó Tregua—. Y ahora prosigue, cabo; eres casi tan feo como yo y eso me revuelve el estómago.

—Tenemos unos cuantos ojos de tiste andii de repuesto, por si quieres probarte uno. Última oportunidad.

—Voy a rehusar, cabo, pero gracias por la oferta.

—De nada. Hasta la vista, historiador. Lamento no haber tenido más éxito con Kulp y Heboric.

—Lo hicisteis mejor de lo que cabía esperar, Gesler.

Se encogió de hombros, antes de dirigirse al bote que le esperaba, y de pronto se detuvo.

—Por cierto, comandante Bastión.

—¿Sí?

—Mis disculpas al puño por romperle la mano.

—Sormo lo ha resuelto con una curación forzada, cabo, pero le transmitiré tus deseos.

—¿Sabes una cosa, comandante? —dijo Gesler, un momento después de subir al bote—, acabo de percatarme de que entre tú y el capitán tenéis tres ojos, tres orejas y casi una cabellera completa.

—¿Y eso? —preguntó Bastión, después de darse la vuelta y mirarlo fijamente.

—Nada. Solo que acabo de darme cuenta. Nos veremos en Aren.

Duiker lo observó, mientras cruzaba a remo el lodo amarillo del río. *Nos veremos en Aren. Eso es dudoso, cabo Gesler, pero dicho con buena intención.*

—Durante el resto de mis días —suspiró Tregua—, recordaré a Gesler como el hombre que se fracturó la nariz para fastidiar su rostro.

Bastión sonrió, arrojó al barro del suelo el poso de su té y se levantó con un crujido de las articulaciones.

—Eso le gustará a mi sobrino, capitán.

—¿Fue solo una cuestión de desconfianza, tío? —preguntó Duiker, levantando la cabeza.

Bastión lo miró fijamente un momento y luego se encogió de hombros.

—Eso diría Coltaine, historiador.

—¿Pero tú qué opinas?

—Estoy cansado de pensar. Si estás decidido a conocer las ideas del puño sobre la oferta de Korbolo Dom, deberías preguntárselo directamente.

Observaron al comandante que se alejaba.

—Estoy impaciente por leer tu relato de la cadena de perros, viejo —refunfuñó Tregua—. Lástima que no hayáis mandado con Gesler un baúl lleno de pergaminos.

Duiker se puso de pie.

—Parece que nadie quiere cogerse de la mano esta noche.

—Tal vez haya mejor suerte mañana.

—Quizás.

—Creía que habías encontrado una mujer. Una infante de marina... ¿cómo se llama?

—No lo sé. Pasamos una noche juntos...

—¿La espada demasiado pequeña para la vaina?

Duiker sonrió.

—Decidimos que no era conveniente repetir la experiencia. Ambos tenemos suficientes pérdidas que asimilar...

—Entonces los dos estáis locos.

—Supongo.

Duiker se alejó por el campamento inquieto y desvelado. Oyó algunas conversaciones, pero a su alrededor rugía una sombría sensación, un sonido que solo sus huesos alcanzaban a percibir.

Encontró a Coltaine junto a su tienda de mando, conferenciando con Sormo, Nada y Menos. La mano derecha del puño estaba todavía hinchada y con cardenales, y su rostro pálido y sudoroso delataba el trauma de la curación forzada.

—¿Dónde está tu cabo Lista? —preguntó Sormo, dirigiéndose al historiador.

—No estoy seguro. ¿Por qué? —pestañeó Duiker.

—Es poseedor de visiones.

—Sí, así es.

El rostro adusto del hechicero se contorsionó en una mueca.

—No intuimos nada de lo que nos espera. Una tierra tan vacía es antinatural, historiador. Ha sido batida, su alma destruida. ¿Cómo?

—Lista dice que en otra época hubo una guerra, en la llanura más allá del bosque. Hace tanto tiempo, que todo recuerdo de la misma ha desaparecido. Pero persiste un eco, encerrado en todos y cada uno de los lechos de roca.

—¿Quién luchó en esa guerra, historiador?

—Me temo que eso todavía no se ha revelado. Un fantasma guía a Lista en sus sueños, pero no existe la certeza de que se produzca una revelación —titubeó Duiker, antes de suspirar—. El fantasma es jaghut.

Coltaine dirigió la mirada al este, al parecer estudiando el horizonte que empalidecía.

—Puño —dijo Duiker al cabo de un momento—, Korbolo Dom...

Cerca de allí se oyó un alboroto. Al volver la cabeza vieron a un noble que corría hacia ellos. El historiador frunció el entrecejo y de pronto lo reconoció.

—Tumlit...

El anciano, que escudriñaba intensamente todos los rostros con los ojos entornados, se detuvo por fin frente a Coltaine.

—Ha sucedido algo terrible, puño —dijo con la voz temblorosa y entrecortada.

Solo ahora oyó Duiker la inquietud que se respiraba en el campamento de refugiados, instalado a lo largo del camino de mercaderes.

—¿Qué ha ocurrido, Tumlit?

—Otro emisario, me temo. Llegado en secreto. Se reunió con el concejo. Intenté disuadirlos, pero lamentablemente he fracasado. Pullyk y Nethpara han convencido a los demás. Puño, los refugiados van a cruzar el río bajo la benigna protección de Korbolo Dom...

—A vuestros clanes —ordenó Coltaine, dirigiéndose a los hechiceros—. Mandad a Bastión y a los capitanes que se

presenten a mí.

Se oían ahora gritos de los wickanos en el claro, conforme la masa de refugiados avanzaba y se abría paso hacia el vado.

—Ordena a los caudillos del clan que retiren a los guerreros de su camino —dijo el puño a un soldado cercano—, no podemos impedir este acontecimiento.

Tiene razón, no podemos detener a esos imbéciles.

Bastión y los capitanes se presentaron inmediatamente y Coltaine empezó a dar órdenes. Duiker comprendió que el puño se preparaba para lo peor. Cuando los oficiales se retiraron, Coltaine se dirigió al historiador:

—Únete a los zapadores. He ordenado que se incorporen a la caravana de refugiados, después de cambiar las insignias y los uniformes por ropa ordinaria...

—Eso no será necesario, puño, ya todos llevan ropa incautada y trapos diversos. Pero les ordenaré atar los cascos a sus cinturones.

—Adelante.

Duiker se retiró. El firmamento se iluminaba y con el creciente resplandor empezaron a revolotear por todas partes las mariposas, cual brillo silencioso que, por razones evidentes, hizo que el historiador se estremeciera. Se abrió paso entre la bulliciosa caravana, avanzando por un flanco y sorteando a los soldados de infantería que habían retrocedido y observaban impasibles a los refugiados.

Vio un grupo variopinto de soldados sentados a cierta distancia del camino, casi al borde de la primera línea, que hacían caso omiso de los refugiados y parecían ocuparse de enrollar cuerdas. Algunos levantaron la cabeza al ver que se acercaba Duiker.

—Coltaine ordena que os unáis a los refugiados —dijo el historiador—. Sin rechistar. Y quitaos ahora los cascos...

—¿Quién rechista? —farfulló un robusto soldado.

—¿Qué pensáis hacer con esas cuerdas? —preguntó Duiker.

El zapador levantó la mirada, con sus ojos como rendijas en su rostro ancho y maltrecho.

—Hemos hecho un poco de reconocimiento por nuestra cuenta, viejo. Y ahora si te callas podremos prepararnos, ¿de acuerdo?

Tres soldados se acercaron corriendo desde el bosque. Uno llevaba una cabeza amputada sujeta por su trenza, de la que goteaba sangre.

—Este centinela ha asentido por última vez —comentó, al tiempo que la dejaba rodar por el suelo.

Los demás no les prestaron la menor atención, ni ninguno de los tres zapadores se presentó a nadie.

Todos parecieron completar simultáneamente sus preparativos, con las cuerdas al hombro, los cascos sujetos al cinturón y las ballestas preparadas y ocultas bajo sus holgados impermeables y blusones. Se incorporaron en silencio y empezaron a acercarse a la masa de refugiados.

Duiker titubeó. Volvió la cabeza para contemplar el paso. La cabeza de la columna de refugiados había entrado en el vado de, por lo menos, cuarenta pasos de anchura, donde resultó que el agua les llegaba a la cintura, sobre un fondo espeso y cenagoso. Las mariposas revoloteaban sobre la masa humana, en destellos de color amarillo pálido iluminadas por el sol. Una docena de jinetes wickanos iban en cabeza para guiar la columna. Los seguían los carromatos de los nobles; los únicos refugiados que permanecían secos y por encima del tumultuoso caos. El historiador miró hacia el lugar de la caravana adonde se habían dirigido los zapadores pero, absorbidos por la multitud, no se los divisaba por ninguna parte. De algún

lugar más adelante, se oía el terrible gemido del sacrificio de reses.

La infantería del flanco preparaba sus armas; estaba claro que Coltaine anticipaba la defensa de la retaguardia del paso.

No obstante, el historiador titubeó. Si se unía a los refugiados y ocurría lo peor, el pánico resultante sería tan destructivo como cualquier matanza emprendida por las fuerzas de Korbolo Dom. *¡Por el aliento del Embozado! Ahora estamos realmente a merced de ese bastardo.*

Una mano le agarró el brazo y al volver la cabeza vio junto a él a su infante anónima.

—Vamos a mezclarnos con la multitud —dijo la infante de marina—. Debemos apoyar a los zapadores.

—¿Para qué? Todavía no les ha ocurrido nada a los refugiados y ya han cruzado casi la mitad...

—Sí, pero fíjate en las cabezas giradas para mirar corriente abajo. Los rebeldes han construido un puente flotante; no, desde aquí no puedes verlo, pero está ahí, repleto de soldados armados con picas...

—¿Soldados con picas? ¿Qué hacen?

—Vigilan. Esperan. Vamos, cariño, la pesadilla está a punto de empezar.

Se incorporaron a la masa de refugiados, la corriente humana que descendía hacia el vado. De pronto, un fragor y el ruido apagado de los golpes de las armas indicaron que atacaban la retaguardia. Creció el ímpetu de la marea. Inmerso en el caótico zarandeo, Duiker veía poca cosa a los lados o a la espalda, pero divisaba la pendiente que tenía delante, así como el propio río Vathar, que parecía avanzar con la rapidez de una avalancha. El vado entero estaba repleto de refugiados. La gente de los bordes era empujada a aguas más profundas; Duiker observó que las cabezas y

los brazos se esforzaban por flotar en el barro, arrastrados por la corriente, cada vez más cerca de los soldados con picas en el puente.

Un fuerte grito de desesperación surgió de los que estaban en el río, corriente arriba, con las miradas centradas en algo que el historiador no llegaba a vislumbrar todavía.

La docena de jinetes alcanzó el claro en la orilla opuesta. Duiker les vio defenderse desesperadamente de las flechas, al dirigirse a la línea de árboles más arriba de la pendiente. A continuación los wickanos se tambalearon, se cayeron de sus monturas, con sus cuerpos acribillados de flechas. Los caballos gimieron y se desplomaron.

Los carromatos de los nobles llegaron traqueteando a la orilla, donde se detuvieron cuando un aluvión de flechas derribó a los bueyes que los arrastraban.

El vado estaba bloqueado.

Cundió el pánico entre los refugiados, que descendían hacia la orilla como una marea humana. Duiker gritó, sin poder evitar verse arrastrado hacia el agua manchada de amarillo. Vislumbró lo que se acercaba desde río arriba: otro puente flotante repleto de soldados con picas y arqueros. Dotaciones en ambas orillas sujetaban unos cabos, con los que guiaban el puente que la corriente arrimaba cada vez más al vado.

Flechas disparadas a través de nubes de mariposas arremolinadas descendieron sobre la masa de refugiados. No había adónde huir, ni dónde esconderse.

El historiador se encontró en medio de una pesadilla. A su alrededor morían civiles desarmados, entre esos horrendos silbidos y aquel repiqueteo. Ahora la multitud se movía en todas las direcciones, atrapada en indefensas y

aterradoras oleadas. Los niños desaparecían pisoteados en las aguas turbias.

Una mujer se precipitó de espaldas contra Duiker. Él la rodeó con sus brazos en un esfuerzo por mantenerla de pie, pero entonces vio una flecha que había atravesado al bebé en sus brazos, antes de penetrar en su pecho. Gritó horrorizado.

Junto a él apareció la infante de marina y colocó el extremo de un cabo en sus manos.

—¡Agárrate! —gritó—. ¡Sujétate con fuerza, saldremos, no lo sueltes!

Duiker envolvió el cabo alrededor de sus muñecas. Por delante de la infante, el cabo se extendía entre la multitud hasta perderse de vista. Percibió que se tensaba y tiraba de él.

La lluvia de flechas era incesante. Una rozó la mejilla del historiador, otra rebotó de la malla que protegía sus hombros. Deseó por todos los dioses haberse puesto el casco, en lugar de atarlo a su cinturón, de donde se había soltado y perdido hacía mucho.

La cuerda tensa lo arrastraba con fuerza implacable a través de la multitud, por encima de algunas personas y por debajo de otras. En más de una ocasión lo llevó bajo el agua, para reaparecer en la superficie media docena de pasos más adelante, asfixiándose y tosiendo. En un momento dado, cuando pasaba por encima del bullicioso agolpamiento, detectó más adelante un destello de hechicería, una ola retumbante, antes de sumergirse de nuevo, doblando el hombro para deslizarse con dificultad entre dos civiles que gritaban.

El desplazamiento, salpicado de visiones oníricas, parecía interminable, hasta que quedó entumecido, con la sensación de un espectro arrastrado a lo largo de toda la

historia de la humanidad, una procesión inacabable de dolor, sufrimiento y muerte innoble. Lo que deparaba el destino, mandado desde los cielos, era una alambrada de espinos, o el olvido de todo lo que esperaba en la superficie. *No hay escapatoria... Otra lección de la historia. La mortalidad es un visitante que nunca se aleja demasiado...*

A continuación se vio arrastrado sobre cadáveres húmedos, cubiertos de barro, y arcilla empapada de sangre. Las flechas ya no descendían del cielo, sino que corrían a ras del suelo, impactando por todas partes en madera y carne. Duiker rodó por un surco hondo y retorcido, hasta aparecer junto a la rueda de un carromato.

—¡Suelta el cabo! —ordenó la infante—. Estamos aquí, Duiker...

Aquí.

Se limpió el barro de los ojos, mientras miraba por primera vez a su alrededor. Jinetes wickanos, zapadores e infantes de marina se encontraban entre los montones de muertos y moribundos, todos tan asaeteados que la orilla parecía un campo de juncos. Los carromatos de los nobles se habían retirado del extremo del vado y colocado en una media luna defensiva, aunque la lucha se había extendido más allá, hasta el propio bosque.

—¿Quién? —suspiró Duiker.

—Solo lo que queda de los zapadores, los infantes... y unos pocos supervivientes wickanos —refunfuñó la mujer acostada junto a él.

—¿Eso es todo?

—No podemos pasar a nadie más. Además, el Séptimo y por lo menos dos de los clanes están luchando en la retaguardia. No estamos solos, Duiker, y si logramos cruzar el bosque...

Nos van a aniquilar.

Ella extendió el brazo hacia un cadáver próximo, lo acercó y le quitó el casco al wickano fallecido.

—Este parece más de tu tamaño que del mío, viejo. Toma.

—¿Contra quién luchamos aquí?

—Por lo menos contra tres compañías. Pero son en su mayoría arqueros; creo que Korbolo no esperaba soldados al frente de la columna. El plan consistía en utilizar a los refugiados para bloquear el despliegue e impedirnos alcanzar su orilla.

—Como si Korbolo supiera que Coltaine rechazaría la oferta, pero que no lo harían los nobles.

—Así es. El diluvio de flechas ha cesado, los zapadores los obligan a retroceder, ¡dioses, es un caos! Vamos a procurarnos algunas armas útiles y unirnos a la fiesta.

—Sigue tú —dijo Duiker—. Yo me quedo aquí, desde donde diviso el río. Necesito presenciar...

—Lograrás que te ensarten, viejo.

—Me arriesgaré. ¡Vete!

Después de titubear, la infante asintió y se alejó a rastras entre los cadáveres.

El historiador encontró un escudo redondo y se subió al carromato más cercano, donde casi pisó a alguien acurrucado. Bajó la cabeza para mirar al hombre tembloroso.

—Nethpara.

—¡Sálvame, por favor!

Sin prestar atención al noble, Duiker volvió a concentrarse en el río.

El flujo de refugiados que habían alcanzado la orilla sur del río no podía seguir avanzando y se extendía a lo largo del río. Duiker vislumbró una turba que descubrió a la dotación de los cabos del puente, río arriba, y la atacó con

ferocidad, a pesar de no disponer de armas ni armaduras. La destrozaron, literalmente.

La matanza había convertido el agua del río en una masa rosada salpicada de insectos y cadáveres cuyo número iba en aumento. Otro fallo en los planes de Korbolo se puso de relieve cuando desde río arriba decreció la lluvia de flechas; los arqueros habían agotado sus existencias. La plataforma flotante río arriba descendía a la deriva y se acercó al vado hasta que los soldados armados con picas entraron en contacto con los civiles desarmados. Pero no habían previsto el furor salvaje con que los recibieron. La presión había obligado a los refugiados a superar el miedo. Se cortaban las manos al agarrar las puntas de las picas, pero no las soltaban. Otros avanzaron impetuosamente para alcanzar a los arqueros, tras la línea tambaleante de los piqueros. La plataforma se combó con el peso y luego zozobró. Al cabo de un momento, cuando el puente volcó y se partió, el río se llenó de cuerpos que luchaban y se agitaban en el agua, tanto refugiados como soldados de Korbolo.

Y por encima de todos ellos revoloteaban las mariposas, como un millón de flores de pétalos amarillos bailando en los remolinos del viento.

Estalló otra oleada de hechicería y Duiker volvió la cabeza en dirección al sonido. Vio a Sormo, en el centro de la masa, montado sobre su caballo. El poder que manaba de él caía río abajo hacia el puente, golpeando a los soldados rebeldes con chispas que cortaban como un alambre de espinos. El aire se rociaba de sangre y las mariposas sobre el puente mudaron de amarillo a rojo, y las nubes teñidas caían como un manto tembloroso.

Mientras, Duiker observaba. Cuatro flechas alcanzaron al hechicero, una de las cuales le atravesó el cuello. El

caballo de Sormo sacudió la cabeza y gimió, con media docena de flechas clavadas en su cuerpo. El animal se tambaleó, cayó de costado en las aguas poco profundas y se deslizó luego hacia lo más hondo. Sormo se echó atrás, deslizándose lentamente de la silla, hasta desaparecer bajo el lodo. El caballo se desplomó encima de él.

A Duiker se le cortó la respiración. Luego vio un delgado brazo, doce brazas corriente abajo, que se elevaba hacia el firmamento.

Las mariposas importunaban aquel brazo esforzado y anhelante, incluso cuando se hundía de nuevo antes de desaparecer. Los insectos acudían a millares, a cientos de millares. Por todas partes parecía que la batalla, la matanza, hacía una pausa para escrutar.

Por el aliento del Embozado, han venido a por él. A por su alma. No cuervos, no como debería ser. ¡Dioses del abismo!

Por debajo del historiador, se oyó una voz entrecortada:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Hemos ganado?

El aire que Duiker expulsó de sus pulmones fue como un ronquido. La masa de mariposas formaba un montón frenético y bullicioso en el lugar donde Sormo había aparecido, un montón tan alto como un túmulo que crecía con cada momento que pasaba, con cada laborioso latido del corazón del historiador.

—¿Hemos vencido? ¿Ves a Coltaine? Llámale, quiero hablar con él...

El momento en que todo estaba quieto y silencioso se rompió cuando una espesa oleada de flechas wickanas alcanzaron a los soldados del puente, río abajo. Lo que Sormo había empezado, lo completaron los de su clan: los últimos arqueros y piqueros se desplomaron.

Duiker vio tres escuadras de infantería que descendían por la pendiente norte a medio galope, extraídas de la retaguardia para imponer orden en el paso. De los bosques colindantes emergían jinetes wickanos del clan Comadreja, con sus ululatos victoriosos.

Volvió la cabeza y vio soldados malazanos que retrocedían desde un lugar cubierto: un puñado de infantes de marina y menos de treinta zapadores. Aumentaba y se aproximaba la lluvia de flechas. *Dioses, han hecho ya lo imposible, no les exijamos más...*

El historiador se llenó los pulmones de aire y se subió al banco alto del carromato.

—¡Escuchadme todos! —dijo a los refugiados que abarrotaban la orilla—. ¡Todos los que podáis valeros, coged un arma y dirigíos al bosque, de lo contrario empezará de nuevo la matanza! Vuelven los arqueros...

Un rugido salvaje y brutal interrumpió sus palabras. Duiker bajó la mirada y vio centenares de civiles que avanzaban, sin la menor preocupación por las armas, con el único propósito de acercarse a las compañías de arqueros y responder a la matanza con una venganza no menos terrible.

Estamos todos sumidos en la locura. Nunca he visto ni oído nada parecido... Dioses, ¿en qué nos hemos convertido?

Las oleadas de refugiados barrieron las posiciones malazanas y sin arredrarse ante los devastadores y frenéticos aludes de flechas procedentes de la arboleda, penetraron en el bosque. Inquietantes gritos y alaridos impregnaban el aire.

Nethpara asomó la cabeza.

—¿Dónde está Coltaine? Exijo...

Duiker bajó una mano, agarró el pañuelo de seda que el noble llevaba alrededor del cuello y tiró del mismo. Nethpara gimió, arañando inútilmente la mano del historiador.

—Nethpara, Coltaine podía haber dejado que os marcharais. Que cruzarais el paso. Solos. Al amparo de la gloriosa misericordia de Korbolo Dom. ¿Cuánta gente ha muerto hoy? ¿Cuántos soldados, cuántos wickanos han sacrificado su vida para proteger vuestro pellejo?

—¡Suéltame, repugnante carne de esclavo!

Una bruma roja nubló la vista de Duiker. Agarró con ambas manos el fofu cuello del noble y empezó a estrujar. Vio que a Nethpara se le salían los ojos de sus órbitas.

Alguien golpeó su cabeza. Alguien agarró sus muñecas. Alguien le colocó un antebrazo alrededor de su propio cuello y le apretó la garganta con unos músculos duros como el hierro. La bruma se oscureció, como si cayera la noche. El historiador distinguió unas manos que lo obligaban a liberar el cuello de Nethpara y que este se desplomaba con la respiración entrecortada.

El descenso a la oscuridad había terminado.

CAPÍTULO 17



Uno que tiene muchas
en el reguero de sangre
vino a cazar su propia voz,
asesinato salvaje,
duendecillos zumbando al sol,
vino a cazar su propia voz,
pero la música del Embozado es todo
lo que oyó, el canto de la sirena
llamado silencio.

Relato de Seglora
Seglora

El capitán había empezado a mecerse, pero no al compás del cabeceo del barco. Vertió el vino sobre la mesa, además de llenar las cuatro copas que tenía delante.

—Ordenar a esos zoquetes de marineros de un lado para otro lo deja a uno bastante sediento. Confío en que la comida tardará poco en llegar.

El tesorero de Pormqual, que no consideraba que la compañía mereciese conocer su nombre, arqueó una de sus cejas pintadas.

—Pero, capitán, ya hemos comido.

—¿De veras? Entonces eso explica el desorden, pero todavía queda algo por aclarar, porque debe de haber sido terrible. Dime, Kalam, tú que eres sólido como un oso de Fenn, ¿ha sido sabroso? Bueno, no importa, en todo caso,

¿qué vas a saber tú? He oído que los indígenas de Siete Ciudades cultivan fruta solo para poderse comer las larvas que la habitan. ¿Qué os parece, comerse el gusano y tirar la manzana? Si queréis saber cómo veis el mundo, está todo en esa costumbre. Ahora que todos somos compinches, ¿de qué hablábamos?

Salk Elan extendió la mano para coger su copa y la olió cautelosamente antes de tomar un trago.

—El querido tesorero nos sorprendía con una queja, capitán.

—¿Eso hacía? —preguntó el capitán, inclinándose sobre la mesilla para mirar fijamente al tesorero—. ¿Una queja? ¿A bordo de mi barco? Las quejas hay que dirigirlas a mí, caballero.

—Acabo de hacerlo —respondió con desdén el interesado.

—Y me ocuparé de ello, como corresponde a un capitán —dijo, reclinándose en su silla con aire de satisfacción—. Bien, ¿de qué otra cosa podemos hablar?

La mirada de Salk Elan se cruzó con la de Kalam y le guiñó un ojo.

—¿Y si habláramos del asunto insignificante de esos dos corsarios que actualmente nos persiguen?

—No nos persiguen —respondió el capitán, antes de vaciar su copa de vino, lamerse los labios y llenarla de nuevo del jarro palmeado—. Mantienen el ritmo, caballero, y eso, como es fácil de comprender, es algo completamente distinto.

—Sí, lo reconozco, no aprecio la distancia con tanta claridad como vos, capitán.

—Es una pena.

—Podría hacer un esfuerzo para explicarnos la situación —bramó el tesorero.

—¿Qué has dicho? ¿Forzar una explicación? ¡Extraordinario, amigo! —dijo el capitán, recostándose en su silla con aire de satisfacción.

—Necesitan un viento más fuerte —se aventuró a responder Kalam.

—Ganar velocidad —agregó el capitán—. Quieren bailar a nuestro alrededor, esos meones de cerveza. Pie contra pie, es como a mí me gustaría, pero prefieren escabullirse y eludir el golpe. —Miró a Kalam, con unos ojos sorprendentemente serenos—. Esa es la razón por la que los cogeremos desprevenidos al amanecer. ¡Al ataque! ¡Duro con ellos! ¡Infantes de marina preparados para abordar el buque enemigo! No toleraré quejas a bordo del Tapón de Trapo. Ni una sola, maldita sea. El próximo que proteste pierde un dedo. Si vuelve a protestar, pierde otro. Y así sucesivamente. Cada dedo clavado a la cubierta. ¡Toc, toc!

Kalam cerró los ojos. Hacía ahora cuatro días que navegaban sin escolta, empujados por los vientos alisios a una velocidad regular de seis nudos. Los marineros habían izado todos los trapos disponibles y el barco emitía un siniestro coro de crujidos y lamentos, pero eso no impedía que los galeones piratas describieran círculos alrededor del Tapón de Trapo.

Y este loco quiere atacar.

—¿Has dicho atacar? —susurró el tesorero, con los ojos muy abiertos—. ¡Lo prohíbo!

El capitán pestañeó con perspicacia.

—Caballero —dijo en un tono sosegado—, ¿no sabes que he consultado mi espejo de hojalata? Ha perdido el brillo, te doy mi palabra. Entre ayer y hoy. Estoy dispuesto a aprovechar la situación.

Desde el comienzo de la travesía, Kalam había logrado permanecer la mayor parte del tiempo en su camarote y solo salía a cubierta en los momentos de mayor tranquilidad, al final de la última guardia antes del amanecer, para comer con la tripulación en la cocina. También había reducido los encuentros con Salk Elan o con el tesorero. Pero esta noche, el capitán había insistido en que cenara con ellos. La aparición de los piratas al mediodía había despertado la curiosidad del asesino sobre cómo resolvería el capitán dicha amenaza y decidió aceptar la invitación.

Estaba claro que Salk Elan y el tesorero habían optado de algún modo por suspender las hostilidades, ya que la cosa no solía pasar de algún que otro comentario sarcástico. Las formas exageradas del discurso cívico evidenciaban sus esfuerzos por controlarse.

Pero el capitán era el auténtico misterio a bordo del Tapón de Trapo. Kalam había oído suficientes comentarios en la cocina, así como entre el primer y el segundo oficial, para deducir que les inspiraba al mismo tiempo respeto y una especie de afecto retorcido. *Como lo que uno sentiría por un perro temperamental. Una caricia y menea la cola, dos caricias y te arranca la mano.* Cambiaba de actitud con una presteza azarosa, sin la menor consideración por el decoro. Su sentido del humor desafiaba la comprensión. Demasiado tiempo en su compañía, sobre todo cuando el vino era la bebida elegida, y al asesino le dolía la cabeza ante el esfuerzo de seguir las tortuosas elucubraciones del capitán. Lo peor del caso era que Kalam intuía una hebra de fría determinación en el seno del tejido desparramado, como si el capitán hablara dos idiomas al mismo tiempo, uno robusto y divergente, otro plagado de secretos. *Apuesto a que ese bastardo intenta decirme algo. Algo*

vital. Tenía noticias de cierta hechicería, de una de las sendas menos comunes, capaz de investir cierto encanto en la mente de una persona, una especie de bloqueo mental que la víctima, con una conciencia plena y torturada, podía rodear pero sin llegar nunca a penetrarlo. Ahora me aventuro en lo absurdo. La paranoia es el compañero de almohada del asesino y no cabe descanso alguno en ese bullicioso nido de víboras. Ojalá pudiera hablar con Ben el Rápido ahora...

—¿Duermes con los ojos abiertos?

Kalam se sobresaltó y miró al capitán con el entrecejo fruncido.

—El comandante de este excelente velero —musitó Salk Elan—, decía que los días han transcurrido de un modo extraño desde que llegamos a alta mar. Se interesaba por tu opinión, Kalam.

—Hace cuatro días que salimos de la bahía de Aren —refunfuñó el asesino.

—¿De veras? —preguntó el capitán—. ¿Estás seguro?

—¿A qué te refieres?

—Alguien derriba repetidamente la silbatina, ¿comprendes?

—¿La qué? —Ah, el silbido de la arena; apuesto a que se inventa palabras sobre la marcha—. ¿Sugieres que solo hay un reloj de arena a bordo del Tapón de Trapo?

—La hora oficial se registra con un único reloj —respondió Elan.

—Y ninguno de los demás a bordo coinciden —agregó el capitán, mientras se llenaba de nuevo la copa—. ¿Cuatro días... o catorce?

—¿Es esto alguna clase de debate filosófico? —preguntó con recelo el tesorero.

—De ningún modo —logró responder el capitán en medio de un eructo—. Salimos del puerto en la primera noche de cuarto creciente.

Kalam intentó recordar la noche anterior. Había estado en el castillo de proa, bajo un brillante firmamento despejado. ¿Se había puesto ya la luna? No, estaba junto al horizonte, exactamente debajo del extremo de la constelación conocida como la Daga. *Casi llena. Pero eso es imposible.*

—Diez gorgojos el puñado —prosiguió el capitán—. Tan fiable como la silbatina para medir el tiempo. Habría diez en cerca de dos semanas, a no ser que la harina estuviera contaminada desde el primer momento, pero el cocinero jura lo contrario...

—Como también juraría que esta noche nos ha preparado comida para la cena —sonrió Elan—, pero nuestras barrigas roncan como si hubiéramos deglutido cualquier cosa menos comida. En todo caso, gracias por aclarar la confusión.

—Caballero, habéis dado una buena razón, suficiente para convencer a la mayoría, pero yo no puedo dejar de ser pertinaz.

—Por lo que no puedo menos que admiraros, capitán.

En el nombre del Embozado, ¿de qué hablan esos dos, o mejor dicho, de qué no hablan?

—Un hombre llega al punto de no poder confiar en los latidos de su propio corazón, aunque, en mi caso, soy incapaz de contar más allá de catorce, por tanto no he podido evitar perder la cuenta y llevar la cuenta es de lo que hablamos, si no me equivoco.

—Capitán —dijo el tesorero—, vuestras palabras me producen mucha aflicción.

—No sois el único —comentó Salk Elan.

—¿Os ofendo, caballero? —preguntó el capitán sofocado, con la mirada fija en el tesorero.

—¿Ofenderme? No. Me confundís. Oso aventurar que he llegado a la conclusión de que habéis perdido el control de vuestra propia mente. Por consiguiente, para garantizar la seguridad del barco, no tengo otra alternativa...

—¿Otra alternativa? —estalló el capitán, levantándose de su silla—. Palabras y empuñaduras parecen arena. ¡Lo que se escurre entre tus dedos puede derribarte! ¡Os mostraré seguridad, bola de grasa sudorosa!

Kalam se reclinó en su silla para retirarse de la mesa, mientras el capitán se dirigía a la puerta de su camarote y empezaba a pelearse con su capa. Salk Elan no se había movido de su asiento y observaba con una pequeña sonrisa en los labios.

Al cabo de un momento el capitán abrió la puerta de par en par, salió apresuradamente al pasillo y llamó a voces a su primer oficial. Sus botas retumbaban como puñetazos contra una pared, en dirección a la cocina.

Las bisagras crujían con el vaivén de la puerta del camarote.

El tesorero abrió la boca, volvió a cerrarla y la abrió de nuevo.

—¿Qué elegir? —susurró, sin dirigirse a nadie en particular.

—No es a vos a quien corresponde elegir —dijo Elan, arrastrando las palabras.

El noble volvió la cabeza para mirarle.

—¿No es a mí? ¿A quién entonces, si soy el responsable de la tesorería de Aren...?

—¿Así es entonces como se llama oficialmente? ¿Por qué no denominarlo el botín hurtado de Pormqual? Los sellos de

las cajas de la bodega llevan el escudo del puño supremo, no el cetro imperial...

¿De modo que has estado en la bodega, Salk Elan? Interesante.

—¡Tocar esas cajas se castiga con la pena de muerte! —exclamó el tesorero.

—Hacéis el trabajo sucio de un ladrón, ¿en qué os convierte eso? —dijo Elan con desdén.

El noble se puso blanco. Se levantó en silencio y, sujetándose con las manos para no perder el equilibrio cuando el barco cabeceaba, cruzó la pequeña estancia para salir al pasillo.

Salk Elan miró a Kalam.

—Bien, mi reticente amigo, ¿qué opinión te merece este capitán que tenemos?

—Ninguna que quiera compartir contigo —refunfuñó Kalam.

—Tus esfuerzos permanentes para eludirme son infantiles.

—Bueno, es eso o matarte directamente.

—Muy antipático por tu parte, Kalam, después de todos los esfuerzos que he hecho por ti.

—Te aseguro que saldaré la deuda, Salk Elan —dijo el asesino, después de ponerse de pie.

—Podrías hacerlo con tu mera compañía; resulta difícil mantener una conversación inteligente a bordo de este barco.

—No olvidaré compadecerme —respondió Kalam, de camino a la puerta del camarote.

—Eres injusto conmigo, Kalam. No soy tu enemigo. En realidad, somos muy parecidos.

El asesino se detuvo en el umbral.

—Si pretendes que seamos amigos, Salk Elan, acabas de dar un gran salto atrás con esa observación.

Salió al pasillo y se alejó.

Cuando emergió en cubierta, se encontró en el epicentro de una actividad frenética. Se cerraban las escotillas, se comprobaban las jarcias y otros marineros recogían las velas. Había sonado la décima campanada y el firmamento estaba cubierto de nubes, sin una estrella a la vista.

—¿Qué te dije? ¡Ha perdido su brillo! —dijo el capitán, que acababa de aparecer junto a Kalam.

Se acercaba una borrasca; el asesino lo percibía en el viento ahora arremolinado, como si el aire no tuviera adónde ir.

—Del sur —agregó el capitán con una carcajada, al tiempo que le daba a Kalam una palmada en el hombro—. ¡Les daremos a los cazadores su merecido! ¡Aparejados para la tormenta y con el castillo de proa repleto de infantes de marina, les daremos una desagradable sorpresa! ¡Que el Embozado acabe con esos burlones perseguidores; veremos cuánto dura su sonrisa cuando tengan un puñal en las narices! —exclamó aproximándose, con olor a vino agrio en el aliento—. Prepara tus dagas, amigo, será una noche para trabajar de cerca, no te quepa la menor duda.

De pronto se contorsionó su rostro, retrocedió y empezó a vociferar órdenes a la tripulación.

El asesino lo observaba. *Puede que yo no sea un paranoico después de todo. Ese individuo adolece de algo.*

Se ladeó la cubierta cuando viraron. El viento de la tormenta llegó al mismo tiempo, empujando al Tapón de Trapezo con sus velas cortas y ceñidas. Se apagaron las linternas y la tripulación se concentró en sus labores, mientras avanzaban hacia el norte.

Una batalla naval en plena tormenta y el capitán espera que los infantes de marina aborden el barco enemigo, caminen por una cubierta inestable, azotada por las olas, y derroten a los piratas. Esto es el colmo de la audacia.

Dos corpulentos individuos aparecieron por la espalda, uno a cada lado del asesino. Kalam hizo una mueca. El mareo había incapacitado a los guardaespaldas del tesorero desde el primer día y ninguno de ellos parecía estar en condiciones de hacer nada, salvo vomitar sobre las botas del asesino, pero se mantuvieron en su lugar, con las manos en las armas.

—El amo desea hablar contigo —refunfuñó uno de ellos.

—Cuánto lo siento —respondió Kalam.

—Ahora.

—¿O de lo contrario me mataréis con el aliento? ¿Sabe hablar vuestro amo con los cadáveres?

—El amo ordena...

—Si quiere hablar conmigo, puede venir aquí. De lo contrario, como ya os he dicho, cuánto lo siento.

Los dos indígenas se retiraron.

Kalam avanzó más allá del palo mayor, hasta donde estaban agachados dos pelotones de infantes de marina, junto al castillo de proa. El asesino se había curtido en numerosos enfrentamientos cuando servía en las campañas imperiales, los galeones, los transportes y los trirremes, por tres océanos y media docena de mares. La tormenta, por lo menos hasta ahora, era relativamente mansa. Los infantes de marina tenían un aspecto adusto, como era de esperar en perspectiva de un enfrentamiento, pero por otra parte sobrio mientras preparaban las ballestas de asalto, a la luz tenue de una linterna con pantalla.

Kalam buscó entre ellos, hasta encontrar a la teniente.

—Tengo algo que decirte...

—Ahora no —respondió bruscamente, mientras se ponía el casco y abrochaba las protecciones laterales—. Refúgiate bajo cubierta.

—Se propone embestir...

—Sé lo que se propone. Y cuando llegue el momento crítico, lo último que necesitamos es tener que preocuparnos de un maldito civil.

—¿Obedeces las órdenes del capitán... o las del tesorero?

Lo miró con los ojos entrecerrados y los demás marineros hicieron una pausa.

—Bajo cubierta —ordenó.

—Soy un veterano imperial, teniente... —suspiró Kalam.

—¿Qué ejército?

—Segundo —respondió después de titubear—. Noveno pelotón, Abrasapuentes.

Ahora todos los infantes de marina se sentaron al unísono y centraron su atención en él.

—Parece improbable —dijo la teniente, con el entrecejo fruncido.

—¿Quién era tu sargento, forastero? —preguntó un curtido veterano—. Oigamos algunos nombres.

—Whiskeyjack. ¿Otros sargentos? No quedan muchos. Azogue. Tormin.

—Tú eres el cabo Kalam, ¿no es cierto?

—¿Y tú quién eres? —preguntó el asesino, después de observarlo.

—Nadie, desde hace mucho tiempo no soy nadie —respondió, mientras miraba a la teniente y asentía.

—¿Podemos contar contigo? —preguntó la teniente.

—No en primera línea, pero estaré cerca.

—El tesorero tiene una orden imperial que nos constriñe, cabo —dijo la teniente, mirando a su alrededor.

—Creo que el tesorero no confía en ti, si llega el momento de elegir entre él y el capitán.

Puso un gesto extraño, como si tuviera algo desagradable en la boca.

—Este ataque es una locura, pero una locura astuta.

Kalam asintió y esperó.

—Supongo que el tesorero razona.

—Si se da el caso —dijo el asesino—, deja que me ocupe yo de los guardaespaldas.

—¿De ambos?

—Desde luego.

—Si provocamos un dolor de barriga a los tiburones con el tesorero, acabaremos en la horca —dijo el veterano.

—Solo aseguraos de estar en otro lugar cuando suceda, todos vosotros.

—Creo que nos las podemos apañar —sonrió la teniente.

—Ahora —dijo Kalam, con la voz suficientemente alta para que lo oyeran todos los infantes de marina—, soy solo uno más de esos civiles con la cara engrasada, ¿de acuerdo?

—Nunca estimamos que esas ilegalidades fueran reales —declaró una voz—. No Dujek Unbrazo. Imposible.

Válgame el Embozado, por lo que yo sé puede que estés en lo cierto, soldado. Pero ocultó su incertidumbre con medio saludo, antes de regresar a la cubierta.

El Tapón de Trapo le recordaba a Kalam a un oso que se abría paso entre la maleza avanzando ancho, robusto y sólido en los mares revueltos, *un oso de primavera, salido hace una hora de la madriguera, con los ojos empañados por el viejo sueño, abatido y con retortijones de hambre en lo más hondo del estómago... Les espera una sorpresa...*

El capitán estaba en el castillo de popa, con una mano sujeta fuertemente al timón. Su primer oficial se

encontraba cerca de él, con un brazo alrededor del palo de popa. Ambos escudriñaban la oscuridad que tenían delante, intentando divisar a su presa.

Kalam abrió la boca para hablar, pero un grito del primer oficial se lo impidió.

—¡Un punto a babor, capitán! ¡Batiendo a tres cuartos! ¡Por el aliento del Embozado, estamos encima de ellos!

El buque pirata, una lancha de asalto, baja, de un solo palo, apenas visible entre la bruma, estaba a menos de cien pasos y seguía un rumbo de colisión contra el Tapón de Trapo. La posición era asombrosamente perfecta.

—¡Todos preparados para el abordaje! —vociferó el capitán, por encima del estruendo de la tormenta.

El primer oficial se dirigió hacia la proa, dando órdenes a la tripulación. Kalam vio a los infantes de marina agachados en cubierta, preparados para el impacto. El asesino oyó gritos lejanos, procedentes del barco pirata. De pronto se hinchó la tensa vela cuadrada, ceñida para la tormenta, y viró la proa del barco, cuando la tripulación pirata hacía un último e inútil esfuerzo para evitar la colisión.

Los dioses contemplaban sonrientes la escena, pero era el rictus en la cara de la muerte. Una ola levantó al Tapón de Trapo un momento antes del impacto, que cayó a continuación sobre la baja borda de la embarcación asaltante, justo detrás de la proa elevada. Se estremeció la madera, estallando y partiéndose. Kalam no pudo evitar soltar el pasamanos de estribor, a popa, y salió despedido hacia la proa. Sobrevoló el castillo de popa, golpeó la cubierta con el hombro encogido y rodó hacia la proa impulsado por la inercia.

Por encima de su cabeza se quebraron algunos palos y ondearon las velas como alas de fantasmas en el aire

impregnado de lluvia.

El Tapón de Trapo se aposentó, chirriando y cabeceando fuertemente escorado. Por todas partes se oían gemidos de los marineros, pero Kalam no veía gran cosa desde donde se hallaba tendido. Se incorporó con un quejido.

Los últimos infantes de marina saltaban por la borda de babor a proa y desaparecían de la vista, supuestamente a la cubierta de la lancha asaltante. *O lo que quedara de ella.* Tras los aullidos del viento surgía el ruido apagado de los golpes de las armas.

El asesino volvió la cabeza, pero el capitán había desaparecido de la vista. Tampoco había nadie al timón. Los restos de un palo quebrado ocupaban el castillo de popa.

Kalam se dirigió allí.

Las embarcaciones engarzadas eran ingobernables. Las olas que azotaban el casco de estribor del Tapón de Trapo arrojaban nubes de espuma sobre la cubierta, donde yacía un cuerpo bocabajo, del que manaba sangre que se desparramaba como una telaraña por el agua en movimiento.

Kalam fue hasta allí y le dio la vuelta. Era el primer oficial, con el cráneo hundido. La sangre brotaba de su nariz y su garganta; el agua había lavado el golpe mortal y el asesino observó las heridas durante media docena de latidos del corazón, antes de incorporarse y pasar por encima del cadáver.

No tan mareado, después de todo.

Se encaramó al castillo de popa y empezó a buscar entre los escombros. El timonel había perdido la cabeza casi en su totalidad, con solo algunas fibras de carne retorcida y piel que unían al cuerpo lo que quedaba de ella. Examinó el corte a lo ancho de su cuello. *Con dos manos, un paso atrás y a la izquierda. El palo aplastó lo que ya estaba muerto.*

Encontró al capitán y a uno de los guardaespaldas del tesorero bajo la vela. El gigantesco indígena tenía astillas de madera clavadas en el pecho y en la garganta. Sujetaba todavía su espada de doble empuñadura. Las manos del capitán, aferradas a la hoja, estaban hechas jirones y la sangre que manaba de ellas se arremolinaba en el agua. Su frente estaba muy descolorida, pero su respiración era estable.

Kalam separó los dedos del capitán de la hoja de la espada y lo sacó de los escombros.

Al mismo tiempo, el Tapón de Trapo se separó de la lancha de asalto, cayó en el seno de una ola y cabeceó furiosamente azotado por el oleaje. Aparecieron varios individuos en el castillo de popa. Uno de ellos se ocupó del timonel y otro se agachó junto al asesino.

Kalam levantó la cabeza y vio el rostro empapado de agua de Salk Elan.

—¿Está vivo?

—Sí.

—Todavía no estamos a salvo —dijo Elan.

—¡Al Embozado con eso! Debemos llevar a este hombre a su camarote.

—Han aparecido vías de agua en la proa; la mayoría de los infantes de marina están en las bombas.

Entre los dos levantaron al capitán.

—¿Y la lancha de asalto?

—¿La que hemos embestido? Hecha pedazos.

—En otras palabras —dijo el asesino, mientras transportaban al capitán por los resbaladizos peldaños—, no lo que había previsto el tesorero.

Salk Elan se detuvo y lo miró fijamente.

—Parece que tú y yo hemos llegado a la misma conclusión.

—¿Dónde está ese bastardo?

—Ha tomado el mando... por ahora. Parece que todos los oficiales han sufrido algún accidente improbable. En todo caso, la otra embarcación se nos acerca y, como ya te he dicho, la fiesta parece lejos de haber terminado.

—Cada cosa a su debido tiempo —refunfuñó Kalam.

Cruzaron el comedor hasta llegar al pasillo. El agua se agitaba a la altura de los tobillos y el asesino se percató de la lentitud del Tapón de Trapo.

—Has hecho valer tu rango con los infantes de marina, ¿no es cierto? —preguntó Elan, cuando llegaron a la puerta del camarote del capitán.

—Mi rango no es superior al de la teniente.

—Aun así. Llámalo entonces el poder de la fama; ha intercambiado ya unas duras palabras con el tesorero.

—¿Por qué?

—El bastardo quiere que nos rindamos, naturalmente.

Trasladaron al capitán a su catre.

—¿Una transferencia de cargamento en este encuentro?

—No, esperarán.

—Entonces disponemos de tiempo suficiente. Ayúdame a desnudarlo.

—Sus manos están en mal estado.

—Así es, luego se las vendaremos.

Salk Elan observó al capitán mientras el asesino lo cubría con una manta.

—¿Crees que vivirá?

Kalam no respondió, mientras sacaba las manos del capitán para examinar sus heridas.

—Ha parado el golpe con las manos.

—No es cosa fácil. Dime, Kalam, ¿cuál es nuestra posición en este asunto?

—¿Qué es lo que has dicho antes? —respondió el asesino, después de titubear—. ¿Que hemos llegado a la misma conclusión? Parece que ninguno de nosotros quiere acabar en el vientre de un tiburón.

—Lo que significa que más nos vale trabajar juntos.

—Sí, por ahora. Pero no esperes que te dé un beso de buenas noches, Elan.

—¿Ni siquiera uno?

—Será mejor que subas a cubierta y averigües lo que sucede. Yo me las apañaré aquí.

—No tardes, Kalam. Podría correr la sangre con mucha rapidez.

—De acuerdo.

A solas con el capitán, el asesino encontró una caja de costura y empezó a coserle las heridas. Había terminado una mano y empezado con la otra, cuando el capitán gruñó.

—Por el aliento del Embozado —susurró Kalam—. Solo otros diez minutos, es todo lo que necesito.

—Traición —farfulló el capitán, con los ojos todavía cerrados.

—Fue lo que supusimos —respondió el asesino, sin dejar de coser—. Ahora cállate y déjame trabajar.

—El tesorero del pobre Pormqual es un corrupto.

—Son tal para cual, como suele decirse.

—También lo sois tú y ese sigiloso mariquita.

—Gracias. Eso dice la gente.

—Ahora depende de vosotros.

—Y de la teniente.

El capitán logró sonreír, sin abrir todavía los ojos.

—Me alegro.

Kalam se reclinó en su silla y cogió las vendas.

—Ya casi he terminado.

—Yo también.

—Te encantará saber que aquel guardaespaldas está muerto.

—Sí. Se mató él mismo, el muy idiota. Esquivé la primera estocada y la hoja cortó los cabos equivocados. ¿Sientes esto, Kalam? El barco está estable; alguien ahí arriba sabe lo que se hace, gracias a los dioses. A pesar de que el peso es excesivo... pero aguantará.

—Entonces hay suficiente trapo.

—Desde luego.

—Bien, he terminado —dijo Kalam, levantándose—. Duerme un poco, capitán. Te necesitamos sano. Cuanto antes.

—No es probable. El otro guardaespaldas acabará la tarea a la primera oportunidad. El tesorero precisa quitarme de en medio.

—Nos ocuparemos de él, capitán.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

Después de cerrar la puerta a su espalda, Kalam hizo una pausa y aflojó el machete en su vaina. *Así de simple, capitán.*



La borrasca se había disipado y el cielo se iluminaba limpio y dorado por levante. El Tapón de Trapo había virado con la reaparición de los vientos alisios. Se habían retirado los escombros del castillo de popa y la tripulación parecía tener la situación bajo control, aunque Kalam detectaba su tensión.

El tesorero estaba cerca del palo principal, junto a su guardaespaldas restante, con la mirada fija en la lancha de asalto que mantenía el ritmo por estribor, suficientemente cerca para distinguir personas en cubierta, que a su vez observaban al Tapón de Trapo. Pero el guardaespaldas prestaba su atención a Salk Elan, que descansaba cerca de los peldaños del castillo de proa. Ningún miembro de la tripulación osaba cruzar la línea de diez pasos que los separaba.

Kalam se acercó al tesorero.

—¿Entonces habéis tomado el mando?

El individuo asintió decididamente, eludiendo la mirada del asesino con evidente inseguridad en sí mismo.

—Me propongo comprar nuestra libertad...

—Os referís a quedaros con vuestra parte. ¿Y de cuánto será? ¿Ochenta, noventa por ciento? Con vos como rehén, por supuesto.

Kalam vio que la sangre desaparecía del rostro del tesorero.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Tenéis razón. Pero matar al capitán y a sus oficiales lo es, porque pone en peligro esta travesía. Si la tripulación no lo sabe con seguridad, podéis estar seguro de que lo sospecha.

—Para eso disponemos de los infantes de marina. Retírate y sobrevivirás intacto. Entrométete y morirás.

Kalam examinó la lancha.

—¿Y cuál es su porcentaje? ¿Qué les impedirá degollaros y quedarse con todo?

—Dudo que mi tío y mis primos lo hicieran —sonrió el tesorero—. Ahora sugiero que te retires de cubierta y permanezcas en tu camarote.

En lugar de seguir su consejo, Kalam fue en busca de los infantes de marina.

La batalla con los piratas había sido feroz y breve. No solo se desmoronaba el barco bajo sus pies, sino que había cundido el pánico entre la tripulación de la lancha y les quedaba escaso ímpetu para luchar.

—Ha sido más bien una matanza —susurró la teniente, cuando el asesino se agachó frente a ella.

Los dos pelotones estaban sentados en la sentina de proa, entre corrientes de agua que descendían por las tablas, introduciendo trapos en las roturas del casco.

—No hemos recibido siquiera un rasguño.

—¿Qué habéis deducido hasta ahora? —preguntó discretamente Kalam.

—Lo necesario, cabo —respondió la teniente, encogiéndose de hombros—. ¿Qué quieres que hagamos?

—El tesorero os ordenará que os rindáis. Entonces los piratas os quitarán las armas...

—Y en ese momento nos degüellan y nos arrojan por la borda. Con o sin orden imperial, ese individuo comete un acto de traición.

—El caso es que roba a un ladrón, pero estoy de acuerdo contigo —dijo Kalam, incorporándose—. Volveré a hablar contigo, teniente, después de entrevistarme con la tripulación.

—¿Por qué no eliminamos ahora al tesorero y a su guardaespaldas, Kalam?

El asesino entrecerró los párpados.

—Sigamos las reglas, teniente. Dejemos el asesinato para las almas que ya están manchadas.

La teniente se mordió el labio, lo examinó un prolongado momento y luego asintió lentamente.



Kalam encontró al marinero con el que había hablado cuando cargaban la bodega en el muelle de Aren. Estaba enrollando cabos en el castillo de popa, con el aspecto de alguien que precisa estar ocupado.

—He oído que has salvado al capitán —dijo el marino.

—Sigue vivo, pero en mal estado.

—Lo sé. El cocinero está de guardia en la puerta de su camarote, con un cuchillo de carnicero en la mano, y sabe usarlo, pregúntaselo a cualquier cerdo. Por la gloria de Beru, en una ocasión vi cómo se afeitaba con él y se dejó la piel tan lisa como la teta de una virgen.

—¿Quién ocupa el lugar de los oficiales?

—Si te refieres a quién ha dejado el barco en condiciones y ordenado a todo el mundo en sus puestos, he sido yo, aunque nuestro nuevo comandante no tiene mucho interés en charlar conmigo. Su espadachín ha venido para decirme que nos preparáramos para virar en cuanto amainara un poco.

—Para transferir el cargamento.

El marinero asintió.

—¿Y luego?

—Bueno, si el comandante cumple su palabra, nos dejarán en libertad.

—¿Y por qué deberían ser tan amables? —refunfuñó Kalam.

—Yo también me lo he preguntado. Tenemos buena vista, demasiado buena para que ellos duerman tranquilos.

Además, está lo que le han hecho al capitán. Eso nos ha fastidiado un poco.

Se oyeron pasos a media cubierta y, al girar la cabeza, vieron al guardaespaldas que conducía a los infantes de marina. La teniente no parecía muy contenta.

—Estamos rodeados de vómito divino —farfulló el marinero—. La lancha se acerca.

—Entonces hemos llegado —dijo Kalam entre dientes.

Miró al lado donde se encontraba Salk Elan y vio que él también lo miraba. El asesino asintió y Elan se volvió con toda tranquilidad y las manos ocultas bajo la capa.

—A bordo de la lancha hay un montón de espadas —dijo el marinero—. Calculo que son por lo menos cincuenta y se están preparando.

—Deja que se ocupen de ellos los infantes de marina. Que tu tripulación no intervenga, haz correr la voz.

El marinero se retiró.

Kalam se dirigió a la cubierta principal, donde el tesorero discutía con la teniente.

—¡He dicho que depongan las armas, teniente! —ordenó el tesorero.

—No, señor. No lo haremos.

El tesorero, temblando de ira, gesticuló en dirección a su guardaespaldas.

El gigantesco indígena no llegó muy lejos. Dio un suspiro de asfixia y llevó las manos al cuchillo clavado en su garganta, antes de caer de rodillas y desplomarse.

Salk Elan se acercó, después de agacharse para recuperar su cuchillo.

—Cambio de planes, mi querido caballero.

El asesino se colocó a la espalda del tesorero y apoyó la punta de su machete contra sus riñones.

—Ni una palabra —refunfuñó—, ni el menor movimiento —agregó, antes de dirigirse a los infantes de marina—. Teniente, preparaos para repeler a los asaltantes.

—A la orden.

La lancha se acercaba y los piratas se preparaban en cubierta para el abordaje. La diferencia de altura entre los barcos significaba que deberían encaramarse y también que no podían ver gran cosa de lo que sucedía a bordo del Tapón de Trapo. Un solo tripulante de la lancha había empezado a trepar perezosamente por el palo mayor hacia la cofa.

Demasiado tarde, imbéciles.

El capitán pirata, que Kalam supuso que debía ser el tío del tesorero, saludó a lo lejos.

—Salud —gruñó el asesino—. Quién sabe si vuestros primos son lo bastante buenos, puede que hoy salgáis todavía victoriosos.

El tesorero levantó la mano y saludó.

Había ahora menos de diez pasos de separación entre los dos barcos.

—Cuando se acerque lo suficiente —dijo Salk Elan, dirigiéndose a los tripulantes del Tapón de Trapo situados cerca de los marineros—, utilizad los garfios. Aseguraos de que su barco este pegado al nuestro, muchachos, porque si logran huir, nos acosarán de aquí hasta Falar.

El pirata que se encaramaba a la cofa había escalado ya medio palo y volvía la cabeza para ver lo que ocurría en la cubierta del Tapón de Trapo.

Los asaltantes arrojaron tres cabos. Los barcos se acercaron.

La saeta de una ballesta interrumpió el grito de alerta del vigía, que cayó entre sus compañeros apretujados en cubierta. Se oyeron gritos furiosos.

Kalam agarró al tesorero por el cuello y lo arrastró hacia atrás, cuando los primeros piratas saltaban de la lancha y trepaban por el casco del Tapón de Trapo.

—Has cometido un terrible error —dijo entre dientes el tesorero.

Los infantes de marina respondieron al asalto con una salva letal de flechas. La primera línea de piratas cayó de espaldas.

Salk Elan dio un grito de alarma, que obligó a Kalam a volver la cabeza. A babor, revoloteando directamente detrás del grupo de infantes de marina, tomó forma una aparición con unas alas de diez pasos de envergadura, cubiertas de relucientes escamas amarillas y cegadoras a la luz del nuevo día. La larga cabeza del reptil era una masa de dientes.

¡Un enkar'al, tan lejos de Raraku, por el aliento del Embozado!

—¡Te lo había advertido! —rió el tesorero.

La bestia era una sombra cuando descendió entre los infantes, aplastando cascos y mallas con sus garras.

Kalam se volvió de nuevo y de un puñetazo le borró al tesorero la sonrisa de la cara. Le sangraban la nariz y los ojos cuando se desplomó inconsciente sobre la cubierta.

—¡Kalam! —exclamó Salk Elan—. ¡Deja que me ocupe yo del mago, tú ayuda a los infantes de marina!

El asesino salió disparado hacia proa. Los enkar'al eran sin duda mortales, aunque sumamente difíciles de matar y escasos incluso en su tierra desértica; el asesino nunca se había enfrentado a ninguno de ellos.

Siete infantes de marina habían caído. Las alas de la bestia retumbaban cuando revoloteaba sobre los demás, extendiendo unas garras que chocaban contra los escudos.

Los piratas subían en tropel al Tapón de Trapo, a los que se enfrentaban ahora solo media docena de infantes, entre ellos la teniente.

Kalam disponía de poco tiempo para pensar en lo que se proponía y ninguno para evaluar el progreso de Salk Elan.

—¡Sujetad con fuerza los escudos! —ordenó, antes de saltar sobre los mismos.

El enkar'al giró sobre sí mismo, dirigiendo a su cara las garras afiladas como cuchillas. Salk Elan se agachó y lanzó una estocada entre las patas del animal.

La punta de la espada tropezó con una escama y se rompió como un palillo.

—¡Maldito sea el Embozado!

Kalam soltó el arma y salió disparado para encaramarse sobre la piel escamosa y retorcida del animal. La bestia intentaba morderlo, pero no lograba darle alcance. Giró para colocarse sobre el lomo del animal.

Desde la cubierta de la lancha llegaron encantamientos a sus oídos.

Con su machete en una mano y el otro brazo alrededor del sinuoso cuello del enkar'al, Kalam empezó a apuñalar las alas batientes del animal. La hoja penetraba la membrana y abría grandes orificios. El enkar'al cayó sobre la cubierta, entre los infantes de marina supervivientes, que se lanzaron contra él clavándole sus machetes.

Los machetes triunfaron donde había fracasado la espada, penetrando entre las escamas. Corría la sangre. La bestia se retorció agonizante.

La lucha se había extendido ahora por todas partes, con los piratas reunidos para acabar con los últimos infantes. Kalam descendió del enkar'al moribundo, trasladó el machete a su mano izquierda y encontró una espada corta junto a un marinero muerto, apenas con el tiempo

necesario para enfrentarse a la carga de dos piratas, esgrimiendo sus cimitarras por ambos lados.

El asesino saltó entre los dos, atravesándolos con sus armas cuando los tuvo a su alcance. Luego se abrió paso entre ambos e hizo girar las hojas al retirarlas de sus cuerpos.

Se nubló entonces su conciencia, al penetrar en un tumulto de piratas cortando, acuchillando y apuñalando por doquier. Perdió su cuchillo, trabado entre unas costillas, utilizó su mano libre para coger el casco de un guerrero que se desplomaba y lo colocó en su propia cabeza. El yelmo era demasiado pequeño para él y salió despedido con el golpe fugaz de una cimitarra cuando penetraba en la algarada, resbalando sobre la cubierta ensangrentada al darse la vuelta.

Media docena de piratas se lanzaron contra él. Salk Elan atacó el grupo por un costado, con un machete en cada mano. Tres piratas cayeron al primer ataque. Kalam avanzó, rechazando una estocada y agarrando luego con fuerza el cuello del autor.

Al cabo de un momento había cesado el choque de las armas. Yacían cuerpos por doquier, algunos gimiendo, otros chillando y farfullando de dolor, pero la mayoría inmóviles y silenciosos.

Kalam se agachó, se esforzaba por recuperar el aliento.

—¡Qué desastre! —susurró Salk Elan, de cuclillas mientras limpiaba las hojas de sus armas.

El asesino levantó la cabeza y lo miró fijamente. La elegante ropa de Elan estaba chamuscada y empapada de sangre. Tenía media cara completamente roja, abrasada, con una ceja convertida en ceniza. Respiraba con dificultad y era evidente que le dolía inhalar.

Kalam miró más allá. Ni un solo infante seguía en pie. Un puñado de marineros circulaba entre los cuerpos, rescatando a los que seguían vivos, de los que hasta ahora habían encontrado dos, ninguno de los cuales era la teniente.

El primer oficial en funciones se acercó al asesino.

—El cocinero quiere saber...

—¿Qué?

—¿Es sabroso ese gran lagarto?

La risa de Salk Elan se convirtió en tos.

—Una exquisitez —respondió Kalam—. Cien jakatas la libra en Pan'potsun.

—Permiso para cruzar a la lancha, señor —prosiguió el marinero—. Para avituallarnos.

El asesino asintió.

—Iré contigo —dijo Salk Elan.

—Se lo agradezco, señor.

—¡Eh! —exclamó uno de los marineros—. ¿Qué hacemos con el tesorero? Ese canalla todavía sigue vivo.

—Dejádmelo a mí —respondió Kalam.



El tesorero estaba consciente mientras le ataban sacos de monedas: hacía ruidos tras su mordaza, con los ojos completamente abiertos. Entre Kalam y Salk Elan lo llevaron a la borda y lo arrojaron al mar sin ceremonia alguna.

Acudieron los tiburones al oír el chapuzón, pero el esfuerzo de seguirlo hacia el fondo resultó excesivo para los animales ya saciados.

La lancha desguazada todavía ardía bajo una columna de humo cuando desapareció tras el horizonte.

El torbellino se elevó para convertirse en un muro descomunal, más alto de lo que alcanzaba la vista y de más de un tercio de legua de anchura, alrededor del desierto sagrado de Raraku. En el seno del páramo reinaba la calma y el aire brillaba con una luz dorada.

Más allá de la arena se levantaban peñascos erosionados, como huesos ennegrecidos. Leoman, que caminaba media docena de pasos por delante, se detuvo y volvió la cabeza.

—Debemos cruzar un lugar de espíritus —dijo.

—Más antiguos que este desierto... —asintió Felisin—, se han levantado y nos observan.

—¿Se proponen dañarnos, Sha'ik renacida? —preguntó el toblakai, al tiempo que llevaba la mano a su arma.

—No. Puede que sientan curiosidad, pero ya no les importa —respondió antes de dirigirse a Heboric, que permanecía acurrucado en sí mismo, oculto tras sus tatuajes—. ¿Tú qué sientes?

Se estremeció al oír su voz, como si cada palabra fuera un dardo espinoso.

—No es preciso ser un fantasma inmortal para que a uno no le importe —respondió en un susurro.

Ella lo observó.

—Huir de la alegría de renacer no puede durar, Heboric. Lo que temes es convertirte de nuevo en humano...

Su risa era amarga, burlona.

—No esperarás que yo exprese semejante idea —declaró Felisin—. Por mucho que te desagradara lo que era, detestas renunciar a aquella niña.

—Persiste en ti esa euforia de poder, Felisin, y te engañas creyendo que te ha aportado también sabiduría.

Existen los dones y luego lo que uno debe ganarse.

—Es como unos grilletes para ti, Sha'ik renacida — refunfuñó el toblakai—. Mávalo.

Felisin movió la cabeza, sin dejar de mirar a Heboric.

—Ya que no puedo recibir el don de la sabiduría, recibo el de un sabio. Su compañía, sus palabras.

El antiguo sacerdote levantó la mirada, con los ojos entrecerrados bajo la tupida repisa de sus cejas.

—Creí que no me habías dejado otra alternativa, Felisin.

—Puede que solo fuera eso lo que parecía, Heboric.

Felisin observó su lucha interna, la pelea que siempre había estado ahí. *Hemos cruzado una tierra asolada por la guerra y en todo momento luchábamos con nosotros mismos. Dryjhna no ha hecho más que levantar un espejo...*

—He aprendido una cosa de ti, Heboric.

—¿A saber?

—Paciencia —respondió Felisin, al tiempo que se daba la vuelta para indicarle a Leoman que avanzara.

Se acercaron a los accidentados peñascos. No abundaban los indicios de que en otra época aquel lugar hubiera conocido ritos sagrados. El lecho de roca basáltica estaba desprovisto de los huecos y ranuras que manos atareadas suelen esculpir en la piedra de lugares sagrados, ni había ningún grabado en las pocas rocas dispersas por el entorno.

No obstante, Felisin percibía la presencia de espíritus, en otra época fuertes pero ahora meros ecos, y su tenue mirada los seguía con ojos invisibles. Más allá de los peñascos se extendía el desierto hacia una inmensa cuenca, donde el mar menguante de antaño había acabado por morir. Un manto de polvo en suspensión cubría la vasta depresión.

—El oasis está cerca del centro —dijo Leoman junto a ella.

Felisin asintió.

—Estamos ahora a menos de siete leguas.

—¿Quién transporta las pertenencias de Sha'ik? —preguntó Felisin.

—Yo.

—Dámelas.

Guardó silencio mientras colocaba su bolsa en el suelo, desataba la solapa y empezaba a sacar cosas: prendas de ropa, diversos anillos, brazaletes y pendientes de una mujer pobre, un espadín con la hoja teñida de negro salvo por el borde afilado.

—Su espada nos espera en el campamento —dijo Leoman cuando terminó—. Solo llevaba brazaletes en la muñeca izquierda y anillos en la mano izquierda. Envolvía esto en su muñeca y antebrazo derechos —agregó, señalando unas correas, antes de hacer una pausa y dirigirle una severa mirada—. Sería preferible que te vistieras como ella. Con exactitud.

—¿Para contribuir al engaño, Leoman? —sonrió Felisin.

—Puede que haya cierta... resistencia —respondió, bajando la mirada—. Los magos supremos...

—Doblegaría la causa de sus voluntades y crearía facciones en el campo, que provocarían luchas para decidir quién manda sobre todos los demás. Todavía no ha sucedido, porque son incapaces de determinar si Sha'ik vive aún. Sin embargo, han preparado el terreno.

—Vidente...

—Ah, por lo menos eso lo aceptas.

Inclinó la cabeza.

—Nadie puede negar el poder que has recibido, pero...

—Pero no he abierto el libro sagrado.

La miró fijamente a los ojos.

—No lo has hecho.

Felisin levantó la cabeza. El toblakai y Heboric observaban y escuchaban a poca distancia.

—Lo que abriré no está entre esas tapas, sino dentro de mí. Ahora no es el momento —dijo, antes de mirar de nuevo a Leoman—. Debes confiar en mí.

Se tensó la piel alrededor de los ojos del guerrero del desierto.

—Nunca te ha resultado fácil ceder, ¿verdad, Leoman?

—¿Quién habla?

—Nosotras.

Guardó silencio.

—Toblakai.

—Dime, Sha'ik renacida.

—¿Qué utilizarías con un hombre que duda de ti?

—La espada —respondió.

Heboric gruñó y Felisin volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Y tú? ¿Qué utilizarías?

—Nada. Seguiría como soy y si demuestro ser digno de su confianza, él lo reconocerá.

—¿A no ser...?

—A no ser que él sea incapaz de confiar en sí mismo, Felisin —respondió, con el entrecejo fruncido.

Felisin miró a Leoman y esperó.

Heboric se aclaró la garganta.

—No puedes ordenarle a nadie que tenga fe, muchacha. Obediencia, sí, pero no creencia propiamente dicha.

—Me has dicho que hay un hombre al sur —dijo Felisin, dirigiéndose a Leoman—, que lidera los restos abatidos de un ejército, y unos refugiados, que suman decenas de millares. Hacen lo que les ordena, su confianza es absoluta, ¿cómo lo ha logrado?

Leoman movió la cabeza.

—¿Has seguido alguna vez a un líder como él, Leoman?

—No.

—Entonces en realidad no lo sabes.

—No, vidente, no lo sé.

Con displicencia ante la mirada de los tres hombres, Felisin se desnudó y se vistió con la ropa de Sha'ik. Se puso las joyas de plata manchada con una extraña sensación de antigua familiaridad y se desprendió de los trapos que llevaba antes.

—Vamos, los magos supremos han empezado a perder su paciencia —dijo, después de contemplar durante un buen rato la depresión del desierto.



—Estamos a solo unos días de Falar, según el primer oficial —dijo Kalam—. Todo el mundo habla de los alisios.

—Por supuesto —refunfuñó el capitán, con una expresión como si acabara de tragar algo amargo.

El asesino volvió a llenar sus jarras y se reclinó en su silla. Lo que afectara todavía al capitán, obligándolo a permanecer en cama desde hacía ahora varios días, iba más allá de las heridas infligidas por el guardaespaldas. *Aunque las heridas de la cabeza pueden traer complicaciones. No obstante...* El capitán temblaba al hablar, aunque no arrastraba en modo alguno las palabras, ni tenía ningún otro impedimento en el habla. Lo difícil parecía ser expulsar las palabras y relacionarlas para construir algo parecido a una oración. Sin embargo, en su mirada Kalam veía una mente no menos aguda que antes.

El asesino estaba perplejo, pero a un nivel instintivo percibía que su presencia reforzaba los esfuerzos del capitán.

—Ayer, poco antes de la puesta del sol, el vigía avistó un barco detrás de nosotros; le pareció un mercante rápido malazano. Si lo era, debe de habernos adelantado durante la noche, sin luces ni sirena. Esta mañana brilla por su ausencia.

—Nunca ha hecho mejor tiempo —refunfuñó el capitán—. Apuesto a que mantienen también los ojos muy abiertos, arrojando cabezas de pollo por la borda de estribor, a las fauces sonrientes de Beru a cada bendita campanada.

Kalam tomó un trago de vino aguado y observó al capitán por encima del borde mellado de la jarra.

—Anoche perdimos los dos últimos infantes de marina. Eso me hace sospechar del curandero de a bordo.

—Ha tenido una racha del ímpetu del Señor. No es propio de él.

—Pues ahora está inconsciente con la cerveza de los piratas.

—No bebe.

—Lo hace ahora.

La mirada del capitán fue como un destello brillante y lejano, un faro que advertía de la presencia de bancos de arena.

—Entiendo que no todo marcha como es debido —musitó el asesino.

—La cabeza del capitán está torcida, no cabe duda. La lengua llena de espinas, las orejas cercanas como bellotas bajo el mantillo, listas para incubar sin ser vistas. Incubar.

—Me lo contaría si pudiese.

—¿Contar qué? —preguntó, mientras extendía una mano temblorosa hacia la jarra—. Siempre he dicho que no se

puede sujetar lo que no está ahí. Tampoco se puede reprimir un golpe, hete aquí, la bellota se ha ido rodando, se ha sumergido.

—Las manos parecen haberse recuperado bastante.

—Sí, lo suficiente.

El capitán desvió la mirada, como si el esfuerzo de la conversación fuera por fin excesivo.

—He oído hablar de una senda... —dijo el asesino, después de titubear.

—Conejos —susurró el capitán—. Ratas.

—De acuerdo —suspiró Kalam, al tiempo que se ponía de pie—. Os encontraremos un buen curandero, un curandero Denul, cuando lleguemos a Falar.

—Nos acercamos raudos.

—Así es.

—Con los alisios.

—Efectivamente.

—Pero los alisios no soplan tan cerca de Falar.



Kalam subió a cubierta, levantó momentáneamente la mirada al firmamento y se dirigió luego al castillo de proa.

—¿Cómo está? —preguntó Salk Elan.

—Regular.

—Así son las lesiones de la cabeza. Recibes un mal golpe y acabas por jurarle fidelidad eterna a tu perro faldero.

—Veremos en Falar.

—Tendremos suerte de encontrar a un buen curandero en Bantra.

—¿Bantra? Por el aliento del Embozado, ¿por qué Bantra, cuando las islas principales están solo unas leguas más allá?

Elan se encogió de hombros.

—Al parecer es la base del Tapón de Trapo. Por si no te has dado cuenta, nuestro primer oficial en funciones vive en un laberinto de supersticiones. Es una legión de marineros neuróticos encerrados en uno, Kalam, y en lo que a esto concierne no le harás cambiar de opinión; el Embozado sabe que lo he intentado.

Voces del vigía interrumpieron su conversación.

—¡Velas! ¡Dos puntos a babor de la proa! Seis... siete... diez... ¡Alabado sea Beru, una flota!

Kalam y Elan se acercaron al pasamanos de babor del castillo de proa. De momento, lo único que alcanzaban a ver eran olas.

—¿Qué rumbo llevan, Campañol? —gritó el primer oficial desde la cubierta.

—¡Norte, señor! Y oeste. ¡Cruzarán nuestra estela, señor!

—Dentro de unas doce horas —susurró Elan—, siempre de ceñida.

—Una flota —dijo Kalam.

—Imperial. La consejera Tavore, amigo —dijo Elan, mirando al asesino con una pequeña sonrisa—. Si creías que la sangre había corrido lo suficiente sobre tu tierra, da gracias a los dioses que vamos en dirección contraria.

Ahora alcanzaban a ver las primeras velas. *La flota de Tavore. Transportes de caballos y tropas, la basura habitual de casi una legua de longitud, aguas negras, cadáveres humanos y animales, los tiburones y los dhenrabi sacudiendo las olas. Toda larga travesía por mar pone a las tropas de un humor pésimo, e impacientes por entrar en*

acción. Sin duda han llegado hasta ellos suficientes relatos de atrocidades como para arrancar la misericordia de sus almas.

—La cabeza de la serpiente —dijo Elan en voz baja—, en ese largo y tirante cuello imperial. Dime, Kalam, ¿hay una parte de ti, una reminiscencia del antiguo soldado, que anhela estar en una de aquellas cubiertas, observando con escaso interés un mercante solitario rumbo a Falar, mientras en tu interior crece esa determinación callada y mortal? De camino a imponer el castigo de Laseen, como siempre lo ha hecho, como corresponde a una emperatriz: una venganza multiplicada por diez. ¿Estás actualmente atrapado entre dos mareas, Kalam?

—Mis pensamientos no están a tu disposición para que los examines, Elan, por muy viva que sea tu imaginación. No me conoces, ni nunca me conocerás.

—Hemos luchado codo con codo, Kalam. Hemos demostrado formar un temible equipo. Nuestro común amigo en Ehrlitan tenía sospechas en cuanto a tus intenciones; piensa en lo mucho que aumentan tus posibilidades conmigo a tu lado...

Kalam se volvió lentamente para mirar a Elan.

—¿Las posibilidades de qué? —preguntó en un tono casi inaudible.

Salk Elan se encogió de hombros con toda tranquilidad y despreocupación.

—De cualquier cosa. ¿No serás reacio a las asociaciones? Estuvo Ben el Rápido y antes que él, Porthal K'nastra, durante tus primeros tiempos preimperiales en Karaschimesh. Lo sabe el Embozado, Kalam, cualquiera que repase tu historia podrá afirmar que te sientan de maravilla las asociaciones. Bien, ¿qué me dices?

—¿Y qué te hace suponer que ahora estoy solo, Salk Elan? —respondió el asesino, mientras parpadeaba lentamente.

Durante un momento brevísimo pero sumamente placentero, Kalam vio que un asomo de incertidumbre trastornaba el rostro de Elan, antes de que apareciese una sosegada sonrisa.

—¿Y dónde se esconde, en la cofa con el mal llamado vigía?

—¿Dónde si no? —respondió Kalam, dándole la espalda.

El asesino se alejó, con los ojos de Salk Elan clavados en su nuca. *Tienes la soberbia común a todos los magos, amigo. Deberás disculpar mi placer por abrir algunas grietas.*

CAPÍTULO 18



Estaba en un lugar
donde convergen todas las sombras,
el fin de la senda de Manos,
soletaken y d'ivers
por las puertas de la verdad,
donde desde la oscuridad
surgen todos los misterios.

La senda
Trout Sen'al'Bhok'arala

Encontraron los cuatro cuerpos al borde de un altozano de raíces que parecía marcar la entrada a un vasto laberinto. Las figuras estaban contorsionadas, con las extremidades hechas añicos, su oscuro atuendo retorcido y acartonado con sangre seca.

El reconocimiento llegó de forma torpe y pesada a la mente de Mappo, una respuesta a sospechas que aportó pocas sorpresas. *Los sin nombre... sacerdotes de los azath, si es que esos entes pueden tener sacerdotes. ¿Cuántas manos frías nos han guiado hasta aquí? Yo... Icarium... esas dos raíces retorcidas... el viaje a Tremorlor...*

Icarium avanzó con un gruñido y la mirada fija en un bastón quebrado, junto a uno de los cadáveres.

—Los había visto antes —dijo.

—¿Cómo? ¿Dónde? —preguntó el trell, con el entrecejo fruncido.

—En un sueño.

—¿Un sueño?

El jhag le dedicó media sonrisa.

—Sí, Mappo, tengo sueños —respondió, mirando de nuevo los cuerpos—. Empezó como empiezan esa clase de sueños. Avanzo a trompicones. Con dolor. Pero no sufro heridas y mis armas están limpias. El dolor se halla dentro de mí, como el de un conocimiento adquirido y luego perdido de nuevo.

Mappo miraba fijamente la espalda de su amigo, esforzándose por comprender sus palabras.

—Llego a las afueras de una ciudad —dijo el jhag en un tono seco—. Una ciudad estilo trell en una llanura. Ha sido destruida. Cicatrices de hechicería manchan el suelo... el aire. Se descomponen los cadáveres en las calles y han acudido los grandes cuervos para alimentarse, con una risa que es la voz del hedor.

—Icarium...

—Entonces aparece una mujer, vestida como estas que tenemos delante. Una diosa. Lleva un bastón del que todavía sangra un poder maligno. «¿Qué has hecho?», le pregunto. «Solo lo necesario», me responde suavemente. Veo en su rostro un gran miedo cuando me mira y eso me entristece. «Jhag, no debes deambular solo».

»Sus palabras parecen evocar terribles recuerdos. E imágenes, caras... compañeros, en cantidades incalculables. Hombres y mujeres que han caminado junto a mí, unas veces solos, otras una muchedumbre. Esos recuerdos me llenan de aflicción, como si de algún modo hubiera traicionado a cada uno de esos compañeros. —Hizo una pausa y Mappo vio que asentía con parsimonia—. En

realidad ahora lo comprendo. Eran todos guardianes, Mappo, como tú. Y todos fracasaron. Tal vez los maté con mis propias manos.

»La sacerdotisa ve lo que está escrito en mi rostro, pues el suyo lo refleja como un espejo —prosiguió, estremeciéndose—. Luego asiente. Su bastón florece con hechicería... y yo deambulo solo por una llanura estéril. El dolor ha desaparecido; en el lugar donde se albergaba dentro de mí, ahora no hay nada. Y cuando siento que mis recuerdos se desvanecen... desaparecen... percibo que solo he soñado. Y entonces despierto.

Volvió la cabeza y le brindó a Mappo una horrible sonrisa.

Imposible. Una tergiversación de la verdad. Vi la matanza con mis propios ojos. Hablé con la sacerdotisa. Has recibido visitas en tus sueños, Icarium, con una malicia caprichosa.

Violín se aclaró la garganta.

—Parece que custodiaban esta entrada. Lo que fuera que los encontrara, resultó ser demasiado.

—En el Jhag Odhan —dijo Mappo—, se los conoce como los sin nombre.

Icarium endureció la mirada fija en el trell.

—Se supone que ese culto está extinguido —musitó Apsalar.

Los demás la miraron y ella se encogió de hombros.

—El conocimiento de Danzante.

—¡Que el Embozado se apodere de sus almas podridas! —exclamó Iskaral—. Bastardos presuntuosos todos y cada uno de ellos, ¿cómo se atreven a formular semejantes reclamaciones?

—¿Qué reclamaciones? —refunfuñó Violín.

El sacerdote supremo se rodeó con sus propios brazos.

—Nada. Sí, no vale la pena hablar de ello. ¡Bah, sirvientes de los azath! ¿Somos meras fichas sobre un tablero? Sí, mi maestro las extrajo del Imperio. Una labor para el Espolón, como te lo confirmará Danzante. Una limpieza necesaria, una espina arrancada del lado del emperador. Sacrificio y profanación. Despiadado. Demasiados secretos vulnerables, pasillos del poder, ¡cómo les molestó la entrada de mi maestro en la Casa de Muerte...!

—¡Iskaral! —exclamó Apsalar.

El sacerdote se agachó, como si hubiera recibido un cachete.

—¿Quién ha expresado esa advertencia? —preguntó Icarium, mirando a la joven—. ¿Quién ha hablado por tu boca?

—Poseer esos recuerdos crea una responsabilidad, Icarium —respondió, con una fría mirada—, al igual que no poseerlos te exculpa.

El jhag se estremeció.

—¿Apsalar? —dijo Azafrán, que acababa de acercarse.

—¿O Cotillion? —sonrió ella—. No, soy solo yo, Azafrán. Me temo que me he cansado de tantas sospechas. Como si no tuviera una identidad no mancillada por el dios que me había poseído. No era más que una niña cuando me tomó. La hija de un pescador. Pero ahora ya soy mayor.

Su padre soltó un sonoro suspiro.

—Hija —retumbó—, ninguno de nosotros es lo que fue y no ha sido sencillo cuanto hemos pasado para llegar hasta aquí —dijo con el entrecejo fruncido, como si no encontrara las palabras—. Pero tú le has ordenado al sacerdote supremo que se callara para proteger los secretos que Danzante, Cotillion, preferiría no desvelar. Por tanto, las sospechas de Icarium son perfectamente comprensibles.

—Sí —replicó la joven—, ya no soy esclava de lo que era. He decidido lo que voy a hacer con el conocimiento que poseo. Elijo mis propias causas, padre.

—Me doy por reprendido, Apsalar —dijo Icarium, antes de dirigirse de nuevo a Mappo—. ¿Qué más sabemos de esos sin nombre, amigo?

—Mi tribu los recibía como invitados —respondió, después de titubear—, pero sus visitas eran escasas. Sin embargo, creo que en realidad se consideran sirvientes de los azath. Si las leyendas trell encierran alguna verdad, el culto puede remontarse perfectamente a la época del Primer Imperio...

—¡Han sido erradicados! —exclamó Iskaral.

—Tal vez dentro de los confines del Imperio malazano —admitió Mappo.

—Amigo mío —dijo Icarium—, te guardas verdades. Me gustaría oírlas.

El trell suspiró.

—Han decidido por cuenta propia reclutar a tus guardianes, Icarium, y lo han hecho desde el principio.

—¿Por qué?

—Eso no lo sé. Ahora que lo preguntas... —respondió con el entrecejo fruncido—. Es una pregunta interesante. ¿Dedicación a los nobles juramentos? ¿Protección de los azath? —agregó Mappo, encogiéndose de hombros.

—¡Por los abultados tobillos del Embozado! —refunfuñó Rellock—. Puede ser culpabilidad, por lo que sabemos.

Todas las miradas se centraron en él.

Después de un prolongado silencio, Violín se estremeció.

—Entonces, vamos. Entremos en el laberinto.



Brazos y extremidades. Lo que arañaba las tortuosas raíces, lo que se estiraba y retorció en un esfuerzo vano por recuperar la libertad, lo que se extendía suplicante, con silenciosa solicitud y oferta mortal por todos lados, era una retahíla de vida encarcelada y entre aquellas horrorosas proyecciones animadas, pocas eran de origen humano.

La imaginación de Violín fracasó en su anhelo compulsivo de dotar a aquellas extremidades de cuerpos probables, de caras y cabezas, a pesar de ser consciente de que la realidad que yacía oculta dentro de los muros entretejidos sería más nefasta que sus peores pesadillas.

La cárcel de Tremorlor de raíces retorcidas albergaba demonios, antiguos ascendientes y tantas huestes de entes alienígenas, que el zapador se puso a temblar al percatarse de su propia insignificancia y de los de su especie. Los humanos no eran más que una hoja frágil y diminuta en un árbol demasiado masificado para la comprensión. El susto lo desnudó de su esencia humana, burlándose de su audacia con un eco interminable de edades y reinos atrapados en esa cárcel loca y desenfrenada.

Oían por doquier encarnizadas batallas, hasta ahora felizmente en otras ramas del torturado laberinto. Los azath se veían acosados por todos los frentes. El ruido de madera quebrada y desmenuzada impregnaba el aire. Sobre sus cabezas sonaban gemidos bestiales, voces perdidas de las gargantas que las habían generado, voces que era lo único que podía escapar de esa guerra aterradora.

La culata de la ballesta estaba resbaladiza por el sudor en las manos de Violín, que avanzaba con cautela por el centro del camino, fuera del alcance de las manos

inhumanas. El zapador se agachó y volvió la cabeza para mirar a los demás.

Solo quedaban tres sabuesos. Shan y Yunque se habían separado por caminos divergentes. Violín no tenía la menor idea de dónde se encontraban ahora y de lo que pudiera sucederles, pero a Baran, Ciega y Cruz no parecía preocuparles su ausencia. La hembra invidente permanecía junto a Icarium, como si para el jhag no fuera más que una compañera domesticada. Baran cubría la retaguardia, mientras Cruz, una sólida masa de músculos pálida y jaspeada, esperaba inmóvil a menos de cinco pasos de la posición de Violín. Sus ojos, de un castaño amarillento, parecían centrados en el zapador.

Se estremeció y dirigió de nuevo la mirada a Ciega. *Junto a Icarium... tan cerca...* Comprendía con toda claridad esa proximidad, al igual que Mappo. Si podían hacerse tratos con una Casa de Azath, Tronosombrío lo había logrado. No se tomarían los sabuesos, por mucho que Tremorlor anhelara semejantes premios, para la eliminación inmediata y absoluta de esos antiguos matadores; no, el trato involucraba un premio mucho mayor...

Mappo estaba al otro lado del jhag, con el bastón de hueso pulido levantado delante de él. Violín sintió una oleada de compasión. El trell se desgarraba por dentro. No eran solo los cambiaformas de los que debía protegerse; estaba, después de todo, el compañero al que quería como a un hermano.

Azafrán y Apsalar, el primero con sus puñales en las manos admirablemente relajadas, flanqueaban a Sirviente. Pust se acercó un paso a su espalda.

Y esto es lo que somos. Esto y solamente esto.

Se había detenido antes de la curva, en respuesta a un titubeo instintivo que parecía envolver su columna dorsal con una fuerza implacable. *No prosigas. Espera.* El zapador suspiró. *¿Esperar a qué?*

Sus ojos, que todavía contemplaban el grupo a su espalda, captaron algo, enfocó la mirada.

El pelo del lomo de Cruz había empezado a erizarse lentamente.

—¡Por el Embozado!

El movimiento estalló a su alrededor, delante de él apareció una figura descomunal, con un rugido que convirtió el tuétano de Violín en púas de hielo. Y por encima, el estruendo de un aleteo pergaminoso con unas gigantescas garras hacia el suelo.

El soletaken atacante era un oso castaño, tan grande como el carruaje de un noble, que rozaba con ambos flancos los muros de raíces del laberinto, desde donde se extendían brazos con manos cubiertas de un tupido vello. El zapador vio una extremidad inhumana arrancada del trío de articulaciones que formaban su hombro, derramando sangre vieja y negra. Sin prestar atención a esos desesperados esfuerzos, como si no fueran más que pinchos y abrojos, el oso se lanzó adelante.

Violín se arrojó al suelo (cubierto de raíces, con la corteza caliente y grasienta por algún tipo de secreción), sin desperdiciar siquiera su aliento para lanzar una advertencia. Tampoco era necesario.

La parte inferior del oso, pálida y manchada de sangre, pasó por encima del zapador como una exhalación, mientras este se volvía para seguir su ataque.

El oso prestaba solo atención al enkar'al rojo sangre que revoloteaba delante de él, otro soletaken que chillaba enfurecido. Dio un zarpazo al aire y el reptil alado

retrocedió para esquivarlo, colocándose al alcance del garrote de Mappo.

Violín no llegó a imaginar la fuerza que había en el golpe del trell, que propinó con ambas manos y un giro completo de los hombros. La cabeza dentada del palo sacudió la caja torácica del enkar'al y penetró quebrando huesos. El propio enkar'al, del tamaño de un buey, pareció desmoronarse literalmente y se desplomó ante tal impacto. Se fracturaron varios huesos de sus alas, su cabeza y su cuello salieron despedidos hacia delante, y manaba sangre de sus ojos y de las ventanas de su nariz.

El saurio soletaken estaba muerto antes de chocar contra el muro de raíces. Zarpas y manos lo recibieron y sujetaron.

—¡No! —exclamó Mappo.

Violín dirigió la mirada a Icarium, pero el jhag no era la causa del grito del trell, porque el mastín Cruz había atacado por un costado al enorme oso.

El soletaken gimió y saltó de lado contra el muro de raíces. Había pocas extremidades capaces de sujetar semejante bestia, pero una de piel verde lo esperaba y rodeó el grueso cuello del oso con una fuerza incluso superior a la del soletaken.

Cruz cerró sus mandíbulas sobre una pata del animal que se agitaba, aplastando huesos, y la arrancó con violentas sacudidas de la cabeza.

—¡Messremb! —exclamó el trell, mientras luchaba para librarse de Icarium que lo sujetaba para contenerlo—. ¡Un aliado!

—¡Un soletaken! —chilló Iskaral Pust mientras bailaba.

—Un amigo —susurró Mappo, de pronto relajado.

Y Violín lo comprendió. *El primer amigo perdido este día. El primero...*

Tremorlor tomó posesión de ambos cambiaformas conforme se extendían las serpenteantes raíces alrededor de los recién llegados. Las dos bestias estaban ahora una frente a la otra en sus muros respectivos, *sus lugares de descanso eterno*. El oso soletaken, con sangre que manaba del muñón de una de sus extremidades, seguía luchando, pero incluso su fuerza prodigiosa era inútil frente al poderío sobrenatural del azath y del brazo que lo sujetaba, cada vez más apretado. La garganta constreñida de Messremb se esforzaba por encontrar aire. El entorno rojo de sus oscuros ojos castaños adquirió un tono azulado y se le salían los globos de sus órbitas húmedas y velludas.

Cruz se había retirado y devoraba plácidamente la pata arrancada; huesos, carne y pelo incluido.

—Mappo —dijo Icarium—, fíjate en el brazo de ese desconocido que le arrebató la vida. ¿Lo comprendes? No es una cárcel eterna para Messremb. Acabará en manos del Embozado, de la muerte, al igual que el enkar'al...

Las raíces entrelazadas de los muros opuestos se extendieron unas hacia las otras, hasta casi tocarse.

—El laberinto encuentra un nuevo muro —dijo Azafrán.

—Entonces, démonos prisa —exclamó Violín, que solo ahora lograba ponerse nuevamente de pie—. Todos a este lado.



Avanzaron, de nuevo en silencio. Violín comprobó que ahora no dejaban de temblarle las manos, alrededor de su triste arma. La fuerza y la ferocidad que había presenciado

unos minutos antes le habían producido un impacto tan grande que su mente estaba paralizada.

No podemos sobrevivir a esto. Un centenar de mastines de Sombra sería insuficiente. Semejantes entes cambiaformas han llegado a millares, todos aquí, todos al territorio de Tremorlor, ¿cuántos alcanzarán la Casa? Solo los más fuertes. Los más fuertes... ¿Y cuál es nuestra osadía? Penetrar en la Casa hasta encontrar la puerta que nos conducirá a la ciudad de Malaz, a la propia Casa de Muerte. Dioses, no somos más que jugadores menores... con una excepción, un hombre al que no podemos permitirnos soltar, un hombre al que incluso los azath temen.

El ruido de una lucha encarnizada los asediaba por doquier. Los demás pasillos de ese laberinto infernal servían de anfitrión a un caos del que Violín sabía que pronto no podrían evadirse. Esos terribles ruidos habían aumentado, en efecto, de volumen y se habían acercado. *Nos aproximamos a la Casa. Todos convergemos...*

Se detuvo y se volvió hacia los demás. No se molestó en expresar su advertencia, pues todas las caras, todos los ojos que contemplaba, manifestaban el mismo conocimiento.

Oyeron delante el ruido de zarpazos y cuando el zapador volvió la cabeza, vio que llegaba Shan después de una desesperada carrera. Respiraba agitadamente y tenía incontables heridas en los costados.

Válgame el Embozado...

Los alcanzó otro ruido, que se aproximaba desde el lugar de donde acababa de llegar el mastín.

—¡Se le avisó! —exclamó Icarium—. ¡Gryllen! ¡Se te advirtió!

Mappo había colocado sus brazos alrededor del jhag. El repentino ataque de ira de Icarium había paralizado el aire

en todo su entorno, como si una senda entera hubiera respirado. A pesar de que el jhag permanecía inmóvil, el zapador se percató de que los brazos del trell se esforzaban por extenderse hacia una fuerza invisible. El sonido que emitió Mappo era de tanto dolor, tanta aflicción y tanto miedo, que a Violín le flaquearon las fuerzas y empezaron a llenársele los ojos de lágrimas.

Ciega se separó de Icarium y el impacto de ver su rabo entre las piernas sobresaltó al zapador.

Cruz y Baran se unieron a Shan, para formar una nerviosa barrera a contramano de Violín, que retrocedió a trompicones agitando sus extremidades, como debilitado por un galón de vino en sus venas. Siguió mirando a Icarium, cuando ahora, por fin, se revelaba el borde por el que todos se tambaleaban, prometiendo horror.

Los tres mastines se estremecieron y retrocedieron un paso. Violín se giró. Un nuevo muro había cerrado el camino que tenían delante, un muro que bullía como un enjambre. *Bueno, volvemos a encontrarnos.*



La niña, de once o doce años a lo sumo, llevaba un chaleco de piel cubierto de escamas de bronce, en realidad monedas aplastadas, y una lanza en las manos que temblaba debido a su peso, pero mantenía decididamente su posición de centinela.

Felisin contempló el cesto de flores trenzadas, junto a los pies descalzos y polvorientos de la niña.

—Eres muy habilidosa —dijo.

La joven centinela miró de nuevo a Leoman y luego al toblakai.

—Puedes bajar el arma —dijo el guerrero del desierto.

La temblorosa lanza cayó sobre la arena.

—¡Arrodíllate ante Sha'ik renacida! —ordenó el toblakai.

La niña se postró inmediatamente.

Felisin bajó la mano para tocarle la cabeza.

—Puedes levantarte. ¿Cómo te llamas?

Mientras se levantaba con reticencia, movió la cabeza.

—Es probable que sea una de las huérfanas —dijo Leoman—, sin nadie para hablar por ella en el rito del nombramiento. Por tanto, no tiene nombre, pero daría su vida por ti, Sha'ik renacida.

—Si daría su vida por mí, entonces se ha ganado un nombre. Al igual que los demás huérfanos.

—Como desees. ¿Quién hablará entonces por ellos?

—Lo haré yo, Leoman.

El borde del desierto estaba marcado por un muro de escasa altura de ladrillos de barro que se desintegraba y unas palmeras dispersas bajo las que se escabullían cangrejos del desierto entre las hojas secas. Una docena de cabras blancas, desde una sombra cercana, miraron con sus ojos grises a los recién llegados.

Felisin se agachó, cogió uno de los brazaletes de flores trenzadas y se lo puso en la muñeca derecha.

Prosiguieron hacia el corazón del oasis. El aire estaba más fresco; las zonas umbrías que cruzaban les producían un sobresalto después de tanto tiempo soportando un sol implacable. Las interminables ruinas revelaban la existencia allí de una ciudad en otra época, una ciudad con vastos patios y jardines, estanques y fuentes, todo reducido a pequeñas elevaciones y minúsculas paredes.

El campamento estaba rodeado de corrales, con caballos de aspecto sano y fuerte.

—¿Qué tamaño tiene este oasis? —preguntó Heboric.

—¿No puedes preguntárselo a los anfitriones? —dijo Felisin.

—Prefiero no hacerlo. La destrucción de esta ciudad fue cualquier cosa menos pacífica. Antiguos invasores que aplastaron los últimos enclaves aislados del Primer Imperio. Los trozos finos de cerámica azul celeste bajo nuestros pies son del Primer Imperio, los gruesos y rojos de los conquistadores. De algo delicado a algo basto, una pauta que se ha repetido a lo largo de toda la historia. Esas realidades me agobian, hasta lo más hondo de mi alma.

—El oasis es extenso —dijo Leoman, dirigiéndose al antiguo sacerdote—. Hay áreas de tierra propiamente dicha, que utilizamos para cultivos y forraje. Han sobrevivido algunos cedros, entre tocones petrificados. Hay estanques y albercas, con agua fresca e inagotable. Si quisiéramos, no tendríamos que abandonar nunca este lugar.

—¿Cuántos habitantes?

—Once tribus. Cuarenta mil jinetes de la mejor caballería jamás vista en este mundo.

—¿Y qué puede hacer la caballería contra las legiones de infantería, Leoman? —refunfuñó Heboric.

—Solo cambiar la faz del mundo, viejo —sonrió el guerrero del desierto.

—Se ha intentado antes —dijo Heboric—. Lo que hace que el ejército malazano tenga tanto éxito es su capacidad de adaptación, de alterar tácticas, incluso en el campo de batalla. ¿Crees que el Imperio no se ha encontrado antes con culturas ecuestres, Leoman? Las ha encontrado y sometido. Un buen ejemplo serían los wickanos o los seti.

—¿Y cómo venció el Imperio?

—No soy el historiador para esos detalles, que nunca me han interesado. Si tuvieras una biblioteca de textos imperiales, con las obras de Duiker y Tallobant, podrías leerlo por ti mismo. En el supuesto de que sepas leer malazano, claro está.

—Defines los límites de su región, el mapa de sus ciclos de cultivo. Tomas y retienes sus fuentes de agua, construyendo fuertes y puestos comerciales, porque el comercio debilita el aislamiento del enemigo, la fuente de su poder. Entonces, según la paciencia que tengas, incendias los pastizales y matas todos los animales de cuatro patas, o esperas, y a todas las pandillas de jóvenes que acuden a caballo a tus asentamientos les ofreces la gloria de la guerra y un botín en tierras extranjeras, con la promesa de mantener el grupo intacto como unidad de combate. Ese aliciente capta los retoños de esas tribus, hasta que solo los ancianos musitan acerca de la libertad que existía antaño —respondió Leoman.

—¡Ah, veo que alguien ha leído!

—Así es, Heboric, tenemos una biblioteca. Una biblioteca enorme, por insistencia de los antepasados de Sha'ik. «Conoce a tus enemigos mejor que ellos se conocen a sí mismos», en palabras del emperador Kellanved.

—No lo dudo, aunque estoy convencido de que no fue el primero.

Las residencias de ladrillos de barro de las tribus aparecieron por todos lados, cuando emergieron de una avenida entre cercos de caballos. Los niños correteaban por las calles arenosas, mientras los carros de mercaderes, tirados por mulos o bueyes, serpenteaban lentamente desde el centro después de cerrar el mercado. Se acercaron grupos de perros para satisfacer su curiosidad y

luego huyeron ahuyentados ante el reto que suponía el hedor del rollo de piel de oso blanco sobre la ancha espalda del toblakai.

Empezó a reunirse una muchedumbre, que les seguía en su camino al corazón del asentamiento. Felisin percibió que mil ojos la observaban y oyó susurros inciertos. *Sha'ik, pero no Sha'ik. Sin embargo es Sha'ik, porque esos son sus dos guardaespaldas favoritos, el toblakai y Leoman de las Inmensidades, los grandes guerreros demacrados por su viaje al desierto. Por fin ha renacido. Sha'ik renacida...*

—¡Sha'ik renacida!

Esas dos palabras hallaron una cadencia sibilante, un ritmo como el de las olas que aumentaba de volumen. Crecían las multitudes y corría la palabra como un veloz suspiro.

—Espero que haya un claro o un anfiteatro en el centro —susurró Heboric, mirando a Felisin con una irónica sonrisa—. ¿Cuándo fue la última vez que pasamos por una calle abarrotada de gente, muchacha?

—Es preferible ir de la vergüenza al triunfo que a la inversa, Heboric.

—Desde luego, no te lo discuto.

—Hay una plaza de armas delante de la carpa de palacio —dijo Leoman.

—¿Carpa de palacio? Claro, un mensaje de fugacidad, un símbolo en honor a la tradición... la fuerza de los antiguos estilos de vida y todo lo demás.

—La falta de respeto de tu compañero puede ser problemática, Sha'ik renacida —dijo Leoman—. Cuando nos reunamos con los magos supremos...

—Tendrá la sensatez de mantener la boca cerrada.

—Más le vale.

—Cortémosle la lengua —refunfuñó el toblakai—. Entonces no tendremos que preocuparnos.

—¿No? —rió Heboric—. Todavía me subestimas, palurdo. Soy ciego, pero puedo ver. ¡Córtame la lengua y verás que hablo! Tranquilízate, Felisin, no estoy loco.

—Lo estás si sigues usando su antiguo nombre —advirtió Leoman.

Felisin dejó que discutieran, con la sensación de que por fin, a pesar de los duros comentarios que intercambiaban, se desarrollaba un vínculo entre los tres hombres. No era algo tan simple como el de una amistad, después de todo, el toblakai y Heboric estaban vinculados por cadenas de odio, sino el de unas experiencias compartidas. *Mi renacimiento es lo que comparten, aunque sean como puntos de un triángulo con Leoman en el vértice. Leoman, el incrédulo.* Se acercaban al centro del asentamiento. Felisin vio una plataforma a un lado, un estrado circular alrededor de una fuente.

—Empezaremos ahí.

—¿Cómo? —exclamó Leoman sorprendido, después de volver la cabeza.

—Hablaré a estos seguidores.

—¿Ahora? ¿Antes de reunirnos con los magos supremos?

—Sí.

—¿Obligarías a los tres hombres más poderosos de este campamento a esperar?

—¿Preocuparía eso a Sha'ik, Leoman? ¿Precisa mi renacimiento su bendición? Es lamentable que no estuvieran presentes, ¿no te parece?

—Pero...

—Ha llegado el momento de que cierres la boca, Leoman —dijo amablemente Heboric.

—Ábreme camino, toblakai —dijo Felisin.

El gigante se giró de forma abrupta, para encaminarse directamente a la plataforma. No dijo palabra, puesto que no era necesario. Ante su mera presencia, la muchedumbre se apartaba, retrocediendo en silencio a ambos lados.

—Necesitaré tus pulmones para empezar, toblakai —dijo Felisin cuando llegaron al estrado—. Nómbrame cuando haya ascendido.

—Lo haré, elegida.

—He ahí un título apropiado —refunfuñó Heboric en voz baja.

Un alud de pensamientos asediaron a Felisin cuando subía al estrado de piedra. *Sha'ik renacida, ese oscuro manto de Dryjhna que desciende. Felisin, noble mimada de Unta, prostituta de la mina. Abre el libro sagrado y completa así el rito. Esa joven ha visto la faz del abismo, esa terrible travesía a sus espaldas y ahora viene a exigir enfrentarse a quien tiene delante. La joven debe renunciar a su vida. Abrir el libro sagrado, ¿pero quién habría considerado a la diosa tan dispuesta a hacer un trato? Conoce mi corazón y eso, al parecer, le otorga la confianza para no reclamarlo. El pacto ha sido acordado. El poder concedido, tantas visiones, pero Felisin perdura, su alma sólida como una piedra y cubierta de cicatrices flota con toda libertad en el vasto abismo.*

Y Leoman lo sabe...

—¡Arrodillaos ante Sha'ik renacida! —retumbó como un trueno la voz del toblakai, en el aire cálido e inmóvil.

Todos a una, millares de personas se arrodillaron con la cabeza gacha.

Felisin pasó junto al gigante. El poder de Dryjhna goteaba en su interior. *¿Ah, querida diosa, preciada patrona, titubeas ahora en tus dones? Al igual que esta*

muchedumbre, al igual que Leoman, ¿esperas la prueba de mis palabras? ¿Mis propósitos?

Sin embargo, el poder bastó para convertir sus suaves palabras en un claro susurro en los oídos de todos los presentes, incluidos los tres magos supremos, de pie bajo el arco de la plaza de armas. *De pie, no de rodillas.*

—Levantaos, mis fieles.

Aquellos tres hombres, como estaba previsto, se estremecieron al oír esas palabras. *Sí, claro, vosotros tres, sé cual es vuestra posición...*

—El sagrado desierto de Raraku permanece protegido dentro del círculo del torbellino, asegurando la santidad de mi regreso. Mientras, más allá, la rebelión aumenta su dominio, la justa independencia de los tiranos malazanos, extendiendo su marea de sangre. Mis sirvientes dirigen vastos ejércitos. Todas salvo una de las siete ciudades sagradas han sido liberadas —dijo, antes de guardar un momento de silencio, mientras percibía que el poder crecía en su interior, pero cuando prosiguió lo hizo en un susurro—. Nuestro tiempo de preparación ha concluido. Ha llegado la hora de emprender la marcha, de salir de este oasis. La emperatriz, desde su trono lejano, nos castigará. Una flota se acerca a Siete Ciudades, un ejército al mando de su consejera elegida, una comandante cuya mente guardo como un mapa en la mía; no posee secretos que yo desconozca...

Los tres magos supremos seguían inmóviles. Felisin había recibido el don de conocerlos, una inesperada corriente de conocimiento que solo podía proceder de los antepasados de Sha'ik. Veía sus caras como si estuvieran a un paso de distancia y sabía que ellos compartían esa sensación repentina de proximidad precisa y parte de ella no pudo dejar de admirar que se negaran a temblar. El

mayor de los tres era el anciano y marchito Bidithal, que había sido quien la había encontrado, cuando no era más que una niña, respondiendo a sus propias visiones. Había fijado ahora en ella la mirada de sus ojos empañados. *Bidithal, ¿recuerdas a aquella niña? La que usaste con tanta brutalidad aquella primera y única noche, para borrarle bárbaramente todos los placeres de la carne. La quebraste dentro de su propio cuerpo y dejaste cicatrices que la insensibilizan, sin la menor percepción. La niña quedó libre de toda distracción, no tendría hijos propios, ni un hombre junto a ella que le arrebatara lealtad a la diosa. Bidithal, te he reservado un lugar en el abismo abrasador, como bien sabes. Pero por ahora, sírreme. Arrodíllate.*

Vio con sus dos visiones, una cercana y otra lejana desde la perspectiva del estrado, como el anciano se postraba con los ropajes doblados a su alrededor. Se concentró en el próximo. *Febryl, el más cobarde y maquinador de mis magos supremos. En tres ocasiones has intentado envenenarme y en tres ocasiones el poder de Dryjhna quemó el veneno de mis venas, sin embargo, ni una vez te he condenado. ¿Me creías ignorante de tus esfuerzos? Y tu más antiguo secreto: huiste de Dassem Ultor antes de la última batalla, traicionaste a la causa. ¿Creías que no lo sabía? No obstante, te necesito, porque tú eres el imán de la discrepancia de esos que me destruirían. ¡De rodillas, infame!* Agregó una inyección de poder a la orden, que lo obligó a postrarse como empujado por una gigantesca mano invisible. Se retorció en la mullida arena, lloriqueando.

Por fin llegamos a ti, L'oric, mi único misterio de verdad. Tus artes hechiceras son formidables, en particular para levantar una barrera impenetrable a tu alrededor. Desconozco el molde de tu mente, incluido el alcance y la

profundidad de tu lealtad. Y aunque pareces no tener fe, me has resultado el más fiable. Porque tú eres pragmático, L'oric. Igual que Leoman. Siempre estoy en tu balanza: todas mis decisiones, cada una de mis palabras. Por tanto, júzgame ahora, mago supremo, y decide.

Hincó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza.

Felisin sonrió. *Comedido. Muy pragmático, L'oric. Te he echado de menos.*

Vio que respondía con una irónica sonrisa, a la sombra de su capucha.

Después de terminar con los tres hombres, Felisin dirigió de nuevo su atención a la multitud, que esperaba su próximo pronunciamiento. Un silencio impregnó el ambiente. *¿Qué queda?*

—Debemos marchar, hijos míos. Pero eso solo no basta. Debemos anunciar a los cuatro vientos lo que estamos a punto de hacer.

La diosa estaba lista.

Felisin, Sha'ik renacida, levantó los brazos.

El polvo dorado giró en espiral sobre ella, formando una columna. Creció. Medró el chorro de viento furioso y polvo, se elevó hacia el firmamento arrastrando el manto dorado del desierto y absorbiendo todos los confines de la vasta bóveda, para revelar una extensión azul que no se veía desde hacía meses.

Y la columna todavía seguía creciendo, elevándose a mayor y mayor altura.

El torbellino no era más que una preparación para esto. Esto, la elevación del nivel de Dryjhna, la lanza que es el Apocalipsis. Un nivel que descuelle sobre todo un continente, a la vista de todos. Ahora, por fin, empieza la guerra. Mi guerra.

Echó la cabeza atrás, permitiendo que su visión hechicera se deleitara con lo que se elevaba de todos los confines de la cúpula celeste. *Querida hermana, mira lo que hemos hecho.*



La ballesta dio una sacudida en las manos de Violín. Surgió un torrente de fuego en la marejada de ratas que ennegreció y asó a docenas de bichos.

El zapador había quedado en la retaguardia, al retirarse el grupo de la persecución aterradora de Gryllen.

—El d'ivers ha robado vidas poderosas —dijo Apsalar, y Mappo, que se esforzaba por tirar de Icarium, asintió—. Gryllen nunca había manifestado semejante... capacidad...

Capacidad. Violín gruñó, mientras reflexionaba sobre esa palabra. La última vez que había visto a ese d'ivers, las ratas estaban presentes a centenares. Ahora lo estaban a millares, tal vez a decenas de millares; solo podía imaginar su cantidad.

Yunque se había unido de nuevo a ellos y dirigía ahora su retirada por pasajes laterales y estrechos túneles. Intentaban rodear a Gryllen, era lo único que podían hacer.

Hasta que Icarium pierda el control y, dioses, poco le falta. Demasiado poco.

El zapador metió la mano en su zurrón de municiones, rozó con los dedos su última execradora, siguió buscando y encontró en su lugar otra flameadora. No disponía de tiempo para calarla a una saeta. En todo caso se le acababan. El enjambre de bichos que se acercaba estaba a menos de media docena de pasos. Le dio un vuelco el

corazón. *¿He permitido que se aproximaran demasiado en esta ocasión? ¡Por el aliento del Embozado!* Lanzó la granada.

Rata asada.

El hormiguero de cuerpos absorbió el fuego líquido, giró sobre sí mismo y se tambaleó hacia él. El zapador giró sobre sus talones y echó a correr.

Estuvo a punto de caer en las fauces ensangrentadas de Shan. Con un grito Violín se agachó, se volvió y cayó entre botas y mocasines. El grupo se había detenido. Se levantó.

—¡Hay que correr!

—¿Hacia dónde? —preguntó Azafrán, en un tono seco y pesado.

Estaban en un recodo del camino y a ambos extremos bullía un sólido muro de ratas.

Cuatro mastines atacaron el más lejano y solo Shan permaneció con el grupo, en sustitución de Ciega, peligrosamente cerca de Icarium.

Con un grito de furor, el jhag se quitó a Mappo de encima sacudiendo los hombros, al parecer sin esfuerzo alguno. El trell se tambaleó, perdió el equilibrio y se dio un soberano golpe sobre el suelo de raíces.

—¡Todos a tierra! —exclamó Violín, mientras palpaba a ciegas en su zurrón de municiones y agarraba un gran objeto liso en su interior.

Con un lamento, Icarium desenvainó su espada. Se quebró la madera y reaccionó retrocediendo. El cielo plomizo se volvió encarnado y empezó a arremolinarse directamente sobre sus cabezas. Los muros escupieron savia como aguanieve, rociándolos a todos.

Shan atacó a Icarium, pero este le propinó un golpe con el que salió despedida, sin que el jhag apenas se percatara de ello.

Violín mantuvo su mirada fija en Icarium unos momentos, antes de sacar su granada del zurrón y arrojársela al d'ivers. Pero no era una granada.

Violín observó con los ojos muy abiertos cómo la concha se estrellaba contra el suelo de raíces y se rompía como el cristal. Oyó un crujido salvaje a su espalda, pero no tuvo tiempo de prestarle atención y todos los demás sonidos desaparecieron conforme emergía un susurro de la concha desmenuzada, *un regalo de un caminante espiritual tanno*, un susurro que no tardó en llenar el aire, una canción de huesos que encontraba músculos en sus barridos hacia el exterior.

La bulliciosa masa de ratas que ocupaba ambos lados intentaba retirarse, pero no tenía adónde huir; el sonido lo envolvía todo. Los animales empezaron a arrugarse, su carne se desvanecía dejando solo piel y huesos. La canción absorbía la carne y así crecía.

El grito de mil voces de Gryllen era una explosión angustiada de dolor y de terror. También fue tragado y devorado.

Violín apretó las manos contra sus oídos, conforme la persistente canción resonaba en su interior, una voz cualquier cosa menos humana, cualquier cosa menos mortal. Giró retrocediendo y se desplomó de rodillas. Sus ojos muy abiertos miraban fijamente, sin apenas registrar lo que tenía delante.

Sus compañeros estaban en el suelo, acurrucados. Los mastines, esas enormes bestias, temblaban de miedo con las orejas gachas. Mappo se acurrucó sobre el cuerpo postrado e inmóvil de Icarium. El trell tenía su garrote de hueso en las manos, con la parte llana de su cabeza manchada de sangre fresca y largos mechones pegados de

pelo rojizo. Por fin, Mappo soltó su arma y se llevó las manos a las orejas.

¡Dioses, esto nos matará a todos; detente! ¡Para, maldita sea!

Se percató de que enloquecía, su visión lo traicionaba, porque ahora vio un muro, un muro de agua, grisáceo y espumoso, que avanzaba precipitadamente hacia ellos por el camino, creciendo en altura, sobrepasando los muros de raíces y cayendo al exterior. Comprobó que ahora alcanzaba a ver el interior del muro, como si se hubiera convertido en cristal líquido. Escombros, piedras de cimientos mullidas por las algas, los restos en descomposición de barcos naufragados, trozos deformes de metal oxidado con incrustaciones, huesos, cráneos, botas y baúles con cintas de bronce, mástiles y aparejos quebrados: el recuerdo sumergido de incontables civilizaciones, un alud de acontecimientos trágicos, desintegración y descomposición.

La ola los sepultó y arrastró con su inmenso peso y su fuerza implacable. Luego desapareció, dejándolos tan secos como el polvo. Reinó el silencio, roto lentamente por ásperos gritos, gemidos bestiales, el ruido apagado de ropa y armas.

Violín levantó la cabeza, al tiempo que se incorporaba sobre sus manos y rodillas. Parecía estar impregnado de los restos fantasmagóricos de aquella inundación, que le infundían una tristeza inefable.

¿Hechicería protectora?

El caminante espiritual había sonreído. *En cierto modo.*

Y me proponía vender ese maldito objeto en G'danisban. Mi última granada era una maldita concha; nunca lo había comprobado, ni una sola vez. ¡Por el aliento del Embozado!

Tardó en percibir una nueva tensión creciente en el ambiente. El zapador levantó la cabeza. Mappo había recuperado su garrote y estaba ahora de pie junto al cuerpo inconsciente de Icarium. A su alrededor se encontraban los mastines, con todo su pelo erizado.

Violín buscó precipitadamente su ballesta.

—¡Iskaral Pust! ¡Maldita sea! ¡Ordena a esos mastines que se retiren!

—¡El trato! ¡Los azath se apoderarán de él! —suspiró el sacerdote supremo, tambaleándose, aturdido todavía por las secuelas de la hechicería del tanno—. ¡Ahora es el momento!

—No —gruñó el trell.

Violín titubeó. *El trato, Mappo. Icarium expresó sus deseos con toda claridad...*

—Ordénales que se retiren, Pust —dijo, moviéndose hacia el otro, que, nervioso, se mantenía apartado, mientras introducía la mano en su zurrón de municiones y lo llevaba junto a su estómago—. Dispongo de una última granada y aunque esos mastines fueran de mármol macizo, no se salvarán cuando me caiga sobre lo que tengo en la mano.

—¡Malditos zapadores! ¿Quién los habrá inventado? ¡Es una locura!

Violín sonrió.

—¿Quién los habrá inventado? Kellanved, quién si no, que ascendió para convertirse en tu dios, Pust. Supuse que apreciarías la ironía, sacerdote supremo.

—El trato...

—Esperaremos un poco más. Mappo, ¿con qué fuerza lo has golpeado? ¿Cuánto tiempo permanecerá inconsciente?

—El tiempo que yo desee, amigo.

Amigo, y en esa palabra, «gracias».

—De acuerdo entonces. Ordena a los perros que se retiren, Pust. Vamos a la Casa.

El sacerdote supremo dejó de tambalearse, hizo una pausa y se meció lentamente. Miró a Apsalar y le brindó una radiante sonrisa.

—Haz como dice el soldado —confirmó la chica.

Desapareció la sonrisa.

—La juventud de hoy en día desconoce la lealtad. Lástima, no es en absoluto como antes. ¿No estás de acuerdo, Sirviente?

El padre de Apsalar hizo una mueca.

—Ya la has oído.

—Demasiado condescendiente, permitiendo que se salga así con la suya. ¡La has malcriado! ¡Traicionado por mi propia generación, quién lo iba a decir! ¿Qué será lo próximo?

—Lo próximo es que emprendemos la marcha —dijo Violín.

—Y ya falta poco —agregó Azafrán, señalando el camino—. Ahí. Veo la Casa. Veo Tremorlor.

El zapador observó a Mappo, que se colgó el arma del hombro y luego levantó cuidadosamente a Icarium. El jhag yacía laxo en sus enormes brazos. La escena estaba impregnada de tanta ternura que Violín tuvo que desviar la mirada.

CAPÍTULO 19



El día de Pura Sangre
fue un regalo de los Siete
desde sus tumbas de arena.
Fortuna era un río,
la gloria, un regalo de los Siete
que fluyó amarillo y carmesí
a lo largo del día.

Cadena de perros
Thes'soran

En el dialecto can'eld local, vendría a llamarse *Mesh'arn tho'ledann*: el día de Pura Sangre. La desembocadura del río Vathar arrojó sangre y cadáveres al mar Dojal Hading durante casi una semana después de la matanza, una marea que oscureció de rojo a negro entre pálidos cadáveres hinchados. Para los pescadores de la zona, dicho período recibió el nombre de «temporada de tiburones» y más de una red se desgarró, antes de izar a bordo la espantosa captura.

El horror no conocía fronteras ni distinguía favoritos. Se extendió como una mancha hacia fuera, de tribu en tribu, de ciudad en ciudad. Y de esa repugnancia nació el miedo entre los oriundos de Siete Ciudades. Una flota malazana estaba en camino, al mando de una mujer dura como el

hierro. Lo sucedido en el paso de Vathar fue una piedra para amolar su filo mortal.

Sin embargo, mucho le faltaba a Korbolo Dom para estar acabado.

El bosque de cedros al sur del río se elevaba en terrazas de piedra caliza, y el camino de mercaderes estaba plagado de recodos y empinadas cuestas. Y cuanto más penetraba en el bosque la debilitada caravana, en más antiguo y raro se convertía.

Duiker sujetaba a su yegua con las riendas, pues tropezaba con las piedras movedizas del camino. Junto a él traqueteaba un carromato, repleto de soldados heridos. El cabo Lista, desde el banco, golpeaba con su vara los lomos polvorientos y sudorosos de los bueyes que empujaban laboriosamente sus yugos.

Las pérdidas del paso de Vathar eran una entumecida letanía en la mente del historiador. Más de veinte mil refugiados, entre ellos una cantidad desproporcionada de niños. Quedaban menos de quinientos individuos capaces de luchar en el clan de Perroloco y los otros dos clanes estaban casi igualmente mermados. Setecientos soldados del Séptimo estaban muertos, heridos o desaparecidos. Apenas una docena de ingenieros seguía en pie y solo una veintena de infantes de marina. Tres familias nobles habían desaparecido; unas pérdidas aceptables desde el punto de vista del concejo.

Y Sormo E'nath, que dentro de sí encerraba ocho hechiceros ancestrales. Una pérdida no solo de poder, sino de conocimiento, experiencia y sabiduría. El golpe había puesto a los wickanos de rodillas.

Anteriormente durante aquel día, cuando la caravana hacía un breve descanso, el capitán Tregua se había reunido con el historiador para compartir unas raciones.

Desde el primer momento intercambiaron pocas palabras, como si los sucesos del paso de Vathar fueran algo de lo que no se debía hablar, a pesar de que aquel pensamiento se había contagiado como una plaga y que retumbaban como fantasmas tras toda acción y todo sonido en el campamento.

Tregua guardó con parsimonia los restos de su comida. Luego hizo una pausa y Duiker se percató de que examinaba sus propias manos, que habían empezado a temblar. El historiador desvió la mirada de pronto, sorprendido por la vergüenza que sentía. Vio a Lista, dormido en el banco, atrapado en la cárcel de sus sueños. *Podría despertar por misericordia al muchacho, pero el poder del conocimiento se ha convertido en mi amo. Actualmente la crueldad es cosa fácil.*

El capitán suspiró momentáneamente y completó con premura su tarea.

—¿Sientes la necesidad de contestar a todo esto, historiador? —preguntó Tregua—. Todos esos tomos que has leído, esos pensamientos de otros hombres y mujeres. Otras épocas. ¿Cómo responde un mortal a lo que son capaces de hacer los de su especie? ¿Llega para todos nosotros, soldados o paisanos, un momento en el que todo lo que hemos visto, y a lo que hemos sobrevivido, provoca un cambio en nuestro interior? Un cambio irrevocable. ¿En qué nos convertimos entonces? ¿En menos humanos o en más humanos? ¿Suficientemente humanos o demasiado humanos?

Duiker guardó un largo instante de silencio, con la mirada en el suelo rocoso alrededor de la piedra donde estaba sentado. Luego se aclaró la garganta.

—Cada uno tiene su propio umbral, amigo. Militares o paisanos, solo podemos absorber cierta cantidad antes de cruzar la línea... a algo diferente. Como si el mundo hubiera

cambiado a nuestro alrededor, aunque únicamente es nuestra forma de mirarlo. Un cambio de perspectiva, pero desprovista de inteligencia; ves pero no sientes, o lloras pero contemplas tu propia angustia como si fuera ajena, ajena a uno mismo. No es un lugar donde hallar respuestas, Tregua, porque todas las preguntas han perecido en el fuego. Más humano o menos humano, eres tú quien debe decidirlo.

—Con toda seguridad debe estar escrito por eruditos, sacerdotes... ¿filósofos?

Duiker sonrió, con la mirada en el suelo.

—Se ha intentado. Pero aquellos que han cruzado ellos mismos ese umbral... carecen de palabras para describir el lugar que han encontrado y no se sienten especialmente inclinados a intentar explicarlo. Como he dicho antes, es un pasaje sin inteligencia, un espacio donde vagan los pensamientos, amorfos, inconexos. Perdidos.

—Perdido —repitió el capitán—. Así es ciertamente como me siento.

—Pero tú y yo, Tregua, estamos perdidos en un momento avanzado de nuestras vidas. Fíjate en los niños y pierde la esperanza.

—¿Cómo contestar a esto, Duiker? Debo saberlo, de lo contrario me volveré loco.

—Prestidigitación —respondió el historiador.

—¿Cómo?

—Piensa en la hechicería que hemos visto a lo largo de nuestras vidas, el vasto poder desenfrenado y letal que hemos presenciado. Hasta extremos de asombro y horror. Luego piensa en un ilusionista, como los que viste de pequeño, los juegos de ilusión y artificio que hacían con sus manos, obrando maravillas ante nuestros ojos.

El capitán permaneció inmóvil, en silencio. Luego se levantó.

—¿Y ahí está mi respuesta?

—Es la única que se me ocurre, amigo. Lo siento si no te basta.

—Sí, viejo, me basta. Debe bastar, ¿no?

—Así es.

—Prestidigitación.

El historiador asintió.

—No pidas nada más, porque el mundo, este mundo, no te lo dará.

—Pero entonces, ¿dónde la encontramos?

—En lugares inesperados —respondió Duiker, poniéndose también de pie, al tiempo que delante, en algún lugar, se oían gritos y la caravana reanudaba su ascenso—. Si luchas con ambas lágrimas y una sonrisa, habrás encontrado una.

—Hasta luego, historiador.

—Hasta luego.

Observó al capitán que iba a reunirse con los soldados de su compañía y se preguntó si todo lo que había dicho, lo que le había ofrecido, no eran más que mentiras.

La posibilidad se le ocurrió de nuevo ahora, horas más tarde, cuando avanzaba penosamente por el camino. Uno de esos pensamientos independientes y azarosos, que venían a caracterizar la endiablada fuga de su mente. Volvió, permaneció un momento, luego se esfumó y desapareció.

Proseguía la travesía, bajo nubes de polvo y unas pocas mariposas.

Korboldo Dom los perseguía, con ataques esporádicos contra su malograda cola, a la espera de un terreno más apropiado para un enfrentamiento a gran escala. Puede

que incluso le aterrorizara lo que el bosque de Vathar había empezado a revelar.

Junto a los altos cedros había árboles de otras especies, convertidos en piedra. Entre la madera doblada y retorcida había otros objetos también fosilizados; los árboles sujetaban ofrendas y habían crecido, tiempo ha, a su alrededor. Duiker recordaba perfectamente la última vez que había visto algo semejante, en lo que había sido un lugar sagrado en el corazón de un oasis, al norte de Hissar. Aquel lugar revelaba astas de carnero atrapadas en los recodos de las ramas, que aquí también abundaban, aunque eran las menos inquietantes de las ofrendas de Vathar.

T'lan imass. Sin lugar a dudas, pues los rostros no muertos nos miran fijamente desde todos lados, cráneos y caras marchitas que observan desde coronas de corteza cristalizada, siguiendo nuestro paso con las oscuras órbitas de sus ojos. Esto es una necrópolis, no de antepasados de los t'lan imass de carne y hueso, sino de los propios seres sempiternos.

Las visiones de Lista de una antigua guerra; aquí vemos sus secuelas. También se veían estrados desmoronados, piedras labradas entre las ramas que en otra época habían crecido a su alrededor, encerrando los huesos reunidos como dedos de manos de piedra.

Al final de la guerra, los supervivientes vinieron aquí, transportando a sus camaradas demasiado destrozados para proseguir y convirtieron este bosque en su morada eterna. Las almas de los t'lan imass no pueden reunirse con el Embozado, ni siquiera escapar de sus prisiones de hueso y carne marchita. Uno no entierra esas cosas; esa condena de la oscuridad de la tierra no ofrece paz. En su lugar, se permite que esos restos se observen entre sí desde sus

pedestales y contemplen el raro paso de algún mortal por este camino...

El cabo Lista lo veía con demasiada claridad, sus visiones lo hacían penetrar en una historia que estaría mejor perdida. El conocimiento lo había derrotado, *como nos ocurre a todos cuando su medida es excesiva. No obstante, todavía lo anhelo.*

Habían empezado a aparecer hitos de piedras amontonadas, coronados por calaveras a guisa de tótem. *No túmulos*, había dicho Lista. *Campos de batalla, de varios clanes, dondequiera que aparecieran los jaghut a su antojo y atacaran.*

El día tocaba a su fin cuando alcanzaron la última cumbre, una ancha base de roca mixta, que parecía haberse desprendido de su capa de piedra caliza para exponer unos sedimentos de un intenso color vino. Sus tramos llanos desprovistos de árboles estaban abarrotados de monolitos colocados en forma espiral, elíptica y formando pasillos. Los pinos reemplazaron a los cedros y disminuyó el número de árboles petrificados.

Duiker y Lista habían viajado en el último tercio de la columna, con los heridos protegidos por una maltrecha retaguardia de infantería. Después de que el último de los carromatos y las pocas reses que les quedaban salvaran la pendiente y alcanzaran el llano, se apresuraron en subir los soldados, que se distribuyeron en pelotones por los diversos puntos estratégicos y fuertes potenciales que controlaban el acceso.

Lista paró su carro, puso el freno, se levantó del banco para estirarse y bajó la cabeza para mirar a Duiker con ojos angustiados.

—En todo caso desde aquí hay mejor vista —dijo el historiador.

—Siempre la ha habido —respondió el cabo—. Si nos dirigimos a la cabeza de la columna, verás las primeras.

—¿Las primeras de qué?

La palidez del rostro del muchacho indicaba que otra visión inundaba su mente, un mundo y una época que había sido vista a través de unos ojos que no habían sido humanos. Al cabo de un momento se estremeció y se secó el sudor de la cara.

—Te lo mostraré.

Avanzaron en silencio entre la multitud. Suponía un verdadero esfuerzo levantar el campamento, pues todos parecían acartonados, tanto los soldados como los refugiados se movían como autómatas. Nadie se molestaba en levantar las tiendas; se limitaban a extender sus colchonetas sobre el lecho rocoso. Los niños permanecían sentados, inmóviles, observando con ojos de viejo.

Los campamentos wickanos no eran mejores. No había forma de escapar de lo sucedido, de las imágenes y acontecimientos que surgían implacables una y otra vez ante el ojo de la mente. Todo gesto frágil y mundano de la vida cotidiana había sucumbido, desmenuzado por el peso del conocimiento.

No obstante había ira, intensa y sepultada en lo más hondo, oculta, como cubierta por un manto de turba. Había sido el último combustible de cierta potencia. *Y así avanzamos, día tras día, luchando en cada batalla, interiores y exteriores, con determinación y ferocidad implacables. Estamos todos en ese lugar donde ahora vive Tregua, un lugar desprovisto de pensamiento racional, atrapado en un mundo sin cohesión.*

Al llegar a la vanguardia, se encontraron con una escena. Estaban presentes Coltaine, Bastión y el capitán

Tregua, y frente a ellos en formación zigzagueante, a diez pasos de distancia, el resto de los ingenieros.

El puño volvió la cabeza cuando Duiker y Lista se acercaban.

—¡Ah, me alegro! Quiero que presencies esto, historiador.

—¿Qué me he perdido?

—Nada —sonrió Bastión—, acabamos de lograr la prodigiosa labor de reunir a los zapadores; cabría pensar que las batallas contra Kamist Reloe son pesadillas tácticas. En todo caso, aquí están, con el aspecto de que estuvieran a punto de caer en una emboscada, o algo peor.

—¿Y lo están, tío?

—Tal vez —respondió el comandante, con una radiante sonrisa.

Coltaine se acercó ahora a los soldados reunidos.

—Símbolos de valor y gestos de reconocimiento serían insignificantes, lo sé, ¿pero qué más puedo ofreceros? Tres líderes de clanes han acudido a mí, cada uno de ellos para suplicarme que os propusiera, hombres y mujeres, que adoptarais su clan. Puede que no seáis conscientes de lo que revela semejante petición sin precedentes... o tal vez, a juzgar por vuestras expresiones, lo sepáis. Sentí la necesidad de responder en vuestro nombre, porque sé más sobre vosotros que la mayoría de los wickanos, incluidos esos líderes de clanes, y todos han retirado humildemente su petición.

Guardó un prolongado momento de silencio.

—No obstante —prosiguió finalmente Coltaine—, quiero que sepáis que pretendían honraros.

Ah, Coltaine, ni siquiera tú conoces suficientemente bien a estos soldados. Esos ceños que ves ante ti parecen

ciertamente de desaprobación, incluso de asco, ¿pero alguna vez los has visto sonreír?

—Por consiguiente, me quedan las tradiciones del Imperio malazano. Había suficientes testigos en el paso para tejer con todo detalle el tapiz de vuestras hazañas, y entre todos vosotros, incluidos vuestros camaradas caídos, las dotes naturales de mando de uno han resaltado una y otra vez. Sin ellas, el día habría sido un verdadero fracaso.

Los zapadores no se movieron y su ceño, si cabe, adquirió más gravedad y salvajismo.

Coltaine se movió para colocarse delante de un individuo. Duiker lo recordaba perfectamente: un zapador rechoncho, ralo, de una fealdad inconmensurable, con los ojos como rendijas y una nariz aplastada, cubierta de ángulos y recovecos. Tenía la audacia de lucir fragmentos de armadura, que Duiker reconoció como tomados de un comandante del Apocalipsis, aunque el yelmo sujeto a su cinturón podía haber adornado una tienda de antigüedades de Darujhistan. Otro objeto que colgaba de su cinturón era difícil de identificar y el historiador tardó un momento en percatarse de que eran los restos machacados de un escudo: dos asas reforzadas, tras un maltrecho círculo de bronce. Una gran ballesta ennegrecida colgaba de uno de sus hombros, tan cubierta de hojas, ramas y demás camuflaje que parecía un matorral.

—Creo que ha llegado el momento de un ascenso —dijo Coltaine—. Soldado, a partir de ahora eres sargento.

El individuo, cuyos ojos se convirtieron en meras fisuras, no respondió.

—Creo que un saludo sería apropiado —refunfuñó Bastión.

Uno de los zapadores se aclaró la garganta y tiró nervioso de su bigote.

El capitán Tregua lo miró.

—¿Tienes algo que decir sobre este soldado?

—No mucho —farfulló el individuo.

—Oigámoslo.

El soldado se encogió de hombros.

—Bueno, solo que hace dos minutos era capitán. El puño acaba de degradarle. Es el capitán Picadora, señor, el comandante de los ingenieros. O al menos lo era.

—Y puesto que ahora soy sargento —dijo por fin Picadora—, propongo a este soldado para el puesto de capitán —extendió el brazo y tiró de la oreja de una mujer que había junto a él para que se acercara—. Era mi sargento. Se llama Metepatas.

Coltaine siguió mirándolo un momento, antes de volverse y encontrarse con la mirada de Duiker, repleta de un cómico placer tan grande que el cansancio del historiador sencillamente desapareció, se perdió en el olvido. El puño se esforzaba para no reírse y Duiker se mordió el labio con el mismo propósito. Vio a Tregua, que hacía otro tanto, incluso mientras pronunciaba silenciosamente:

Prestidigitación.

Quedaba por ver cómo resolvería Coltaine la situación. Después de recuperar la sobriedad de su mirada, el puño volvió de nuevo la cabeza, miró a Picadora y luego a la mujer llamada Metepatas.

—De acuerdo, sargento —dijo—. Capitán Metepatas, sugiero que escuches a tu sargento en todos los casos, ¿entendido?

La mujer movió la cabeza.

—En eso carece de experiencia, puño —dijo Picadora, con una mueca—. Me temo que yo nunca le he pedido a ella ningún consejo.

—Según tengo entendido, nunca le pediste a nadie ningún consejo cuando eras capitán.

—Así es.

—Ni asististe a ninguna sesión informativa de oficiales.

—No, señor.

—¿Por qué?

Picadora se encogió de hombros.

—Duerme para estar guapo y fresco, señor —respondió la capitana Metepatas—. Eso es lo que siempre ha dicho.

—El Embozado sabe que lo necesita —farfulló Bastión.

—¿Y en realidad dormía, capitana? —preguntó Coltaine con una ceja arqueada—. ¿En esas ocasiones?

—Desde luego, señor. También duerme cuando caminamos, señor. Duerme andando, nunca he visto nada parecido. Paso tras paso sin dejar de roncar, con un zurrón de piedras a la espalda...

—¿Piedras?

—Para cuando se le rompe la espada, señor. Arroja piedras y no hay un maldito objeto que no alcance.

—Mentira —refunfuñó Picadora—. Aquel perro faldero...

Bastión parecía que se asfixiaba, pero escupió como muestra de solidaridad.

Coltaine se había llevado las manos a la espalda y Duiker vio que sus nudillos estaban blancos de tanto apretar.

—¡Historiador! —exclamó el puño sin volver la cabeza, como consciente de su atención.

—Aquí estoy, puño.

—¿Dejarás constancia de esto?

—Por supuesto. Palabra por palabra.

—Estupendo. Ingenieros, rompan filas.

El grupo se alejó, farfullando. Alguien le dio a Picadora una palmada en la espalda y recibió una mirada asesina a cambio.

Después de verlos partir, Coltaine se acercó a Duiker, seguido de Bastión y Tregua.

—¡Por los espíritus del abismo! —exclamó Bastión.

—Son tus soldados, comandante —sonrió Duiker.

—Así es —respondió, de pronto rebosante de orgullo—. Así es. No sabía qué hacer —confesó Coltaine.

—Lo has manejado a la perfección, puño —refunfuñó Tregua—. Ha sido exquisito, sin duda ya circula convertido en una maldita leyenda. Si antes les gustabas, ahora te adoran.

El wickano seguía perplejo.

—¿Pero por qué? ¡Acabo de degradar a un hombre por su valor incomparable!

—¿Te refieres a mandarle de nuevo a la tropa? Eso ha animado a todos los demás, ¿no te das cuenta?

—Pero Picadora...

—Apuesto a que nunca se había divertido tanto en su vida. Eso se sabe cuando se ponen todavía más feos. El Embozado es testigo de que no puedo explicarlo; solo un zapador comprende la forma de pensar y de actuar de otro zapador, y a veces ni siquiera ellos.

—Ahora tienes una capitana llamada Metepatas, sobrino —dijo Bastión—. ¿Crees que asistirá firme y puntual a la próxima reunión?

—Ni lo sueñes —opinó Tregua—. Probablemente ahora está empaquetando sus pertenencias.

Coltaine movió la cabeza.

—Ellos ganan —dijo, evidentemente asombrado—. Me han vencido.

Duiker observó a los tres hombres que se alejaban, discutiendo todavía sobre lo que acababa de suceder. *No son mentiras después de todo. Lágrimas y sonrisas, algo tan pequeño, tan absurdo... la única respuesta posible...* El

historiador se estremeció y miró a su alrededor hasta encontrar a Lista.

—Cabo, recuerdo que tenías algo que mostrarme...

—Sí, señor. Un poco más adelante, creo que no está lejos.



Llegaron a una torre en ruinas, antes de alcanzar los piquetes avanzados. Un pelotón de wickanos había tomado la posición, llenando el suelo circular rocoso de suministros y dejando a un solo joven armado de centinela.

Lista colocó la mano sobre una de las enormes piedras de los cimientos.

—Jaghut —dijo—. Vivían aparte. No en pueblos ni ciudades, sino en moradas remotas, como esta.

—Supongo que disfrutaban de su intimidad.

—Se temían más los unos a los otros que a los t'lan imass.

Duiker miró al joven wickano, que estaba profundamente dormido. *Estos días solemos hacerlo todos, sencillamente nos quedamos dormidos.*

—¿De qué antigüedad? —preguntó al cabo.

—No estoy seguro. Cien, doscientos, puede incluso que trescientos.

—No años.

—No. Milenios.

—De modo que aquí es donde vivían los jaghut.

—La primera torre. Desde aquí los obligaron a retroceder, una y otra vez. El lugar de su última batalla, su

última torre, está en el corazón de la llanura, más allá del bosque.

—Los obligaron a retroceder —repitió el historiador.

—Cada uno de los sitios duró siglos —asintió Lista—, las pérdidas entre los t'lan imass fueron descomunales. Los jaghut eran cualquier cosa menos nómadas. Cuando elegían un lugar... —Su voz se perdió en la lejanía y se encogió de hombros.

—¿Fue esta una guerra típica, cabo?

El joven titubeó, antes de mover la cabeza.

—Existía un extraño vínculo, único entre los jaghut. Cuando la madre estaba en peligro, regresaban los hijos para unirse a la batalla. Luego el padre. Se producía una... escalada.

Duiker asintió, mirando a su alrededor.

—Debió de haber sido alguien especial.

Pálido y con los labios apretados, Lista se quitó el yelmo y se pasó la mano por el cabello sudado.

—Lo fue —susurró por fin.

—¿Es ella tu guía?

—No. Su compañero.

Algo obligó al historiador a volver la cabeza, como en respuesta a un movimiento apenas perceptible del aire. Al norte, entre los árboles y luego más arriba. Su mente se esforzaba para asimilar lo que veía: una columna, una lanza luminosa dorada que seguía elevándose.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó Lista—. ¿Qué es eso?

Una sola palabra retumbó en el interior de Duiker, inundando su mente, expulsando los demás pensamientos, con la certeza absoluta de quien conoce su verdad, la sola palabra que contestaba a la pregunta de Lista:

—Sha'ik.



Kalam permanecía sentado en su lúgubre camarote, inundado por el ruido de las olas batientes y los aullidos del viento. El Tapón de Trapo se estremecía con cada golpe implacable del mar enfurecido y el aposento del asesino parecía inclinarse en una docena de direcciones al mismo tiempo.

Tras ellos, en algún lugar, un veloz mercante luchaba contra la misma tormenta y su presencia, anunciada por el vigía pocos minutos antes de que les pasara por encima una extraña nube verde luminiscente, roía a Kalam y se negaba a desaparecer. *El mismo veloz mercante que hemos visto antes. ¿Hay una explicación sencilla para esto? Mientras permanecíamos agazapados en ese antro de puerto regional, el mercante estaba tranquilamente en el muelle imperial de Falar, sin ninguna prisa por reavituallarse, disponiendo de un permiso en tierra digno de tal nombre.*

Pero eso no explicaba otro montón de detalles que inquietaban al asesino. Detalles que, uno por uno, eran una mera nota discordante, pero unidos formaban una cacofonía alarmante. El transcurso impreciso del tiempo, tal vez producto del anhelo humano por completar esta travesía, era una pugna con la interminable realidad del día a día, noche tras noche, la permanente monotonía de semejante viaje.

Pero no, hay algo más que un simple conflicto de perspectiva. El reloj de arena, la disminución de las reservas de comida y agua potable, las torturadas

insinuaciones del capitán de un mundo perdido a bordo de este maldito barco.

Y aquel veloz mercante, que debería habernos adelantado hace mucho...

Salk Elan. Un mago... se huele a lo lejos. Pero un hechicero capaz de tergiversar la mente de toda una tripulación de un modo tan completo... debe ser un mago supremo. No es imposible. Solo sumamente improbable en el círculo encubierto de espías y agentes de Mebra.

Kalam estaba convencido de que Elan había urdido una red de engaño a su alrededor, pues hacer algo así resultaba normal para alguien como él, fuera o no necesario. ¿Pero qué hilo debería seguir el asesino en su búsqueda de la verdad?

Tiempo. ¿Cuánto ha durado esta travesía? Vientos alisios donde no debería haberlos, ahora una tormenta que nos arrastra hacia el sudeste, una tormenta que no procede de las inmensidades oceánicas, como lo exigen las leyes inmutables del mar, sino de las islas Falari. En esta temporada seca, una temporada de calma ininterrumpida.

¿Quién juega entonces aquí con nosotros? ¿Y cuál es el papel de Salk Elan en este juego, si es que lo tiene?

El asesino se levantó de su catre con un gruñido, aprovechando el movimiento para descolgar su mochila, y se tambaleó luego hacia la puerta.

El casco del barco era como una torre asediada bajo un incesante torrente de piedras. La bruma impregnaba el aire salado y el agua que inundaba la bodega le llegaba a un hombre hasta la pantorrilla. No había nadie a la vista, todos los tripulantes estaban consagrados a la penosa labor de impedir que el Tapón de Trapo se desintegrara. Kalam despejó un espacio y sacó uno de los baúles. Hurgó en su mochila hasta encontrar un pequeño trozo de piedra

deforme. Lo cogió y lo colocó sobre el baúl. No rodó, no se movió en absoluto.

El asesino desenvainó una daga y golpeó la piedra con el pomo de hierro de la empuñadura. La piedra se hizo añicos. Un ráfaga de aire seco y cálido envolvió a Kalam. Se agachó un poco más.

—¡Ben! ¡Ben el Rápido, canalla, ahora es el momento!

No oyó ninguna voz, con el incesante rugido de la tormenta.

Estoy empezando a odiar a los magos.

—¡Ben el Rápido, maldito seas!

El aire parecía vibrar, como el calor que se eleva del suelo del desierto. Una voz familiar llegó al oído del asesino.

—¿Tienes alguna idea sobre la última vez que tuve la oportunidad de dormir? Aquí todo se ha convertido en una endiablada mierda, Kalam. ¿Dónde estás y qué quieres? Y date prisa, ¡esto me está matando!

—¡Creí que eras mi comodín, maldito seas!

—¿Estás en Unta? ¿En el palacio? Nunca imaginé...

—Gracias por el voto de confianza —interrumpió el asesino—. No, no estoy en el maldito palacio, imbécil. Estoy navegando...

—Como todos... Acabas de meter la pata, Kalam; no puedo hacer esto más que en una ocasión.

—Lo sé. Estaré solo cuando llegue a mi destino. De acuerdo, no será una novedad. Dime qué sientes sobre el lugar donde me encuentro en este momento. Algo ha fracasado estrepitosamente en este barco y quiero saber qué es y quién es el responsable.

—¿Eso es todo? De acuerdo, de acuerdo, concédeme un minuto...

Kalam esperó. Se le erizó el pelo de la nuca al sentir que la presencia de su amigo llenaba el aire por todos lados,

emanación con la que el asesino estaba bastante familiarizado. Luego desapareció.

—Pues...

—¿Eso qué significa, Ben?

—Estás en apuros, amigo.

—¿Laseen?

—No estoy seguro. No directamente; ese barco apesta a una senda, Kalam, una de las más raras entre los mortales. ¿Has estado confuso últimamente, amigo?

—¡Entonces estaba en lo cierto! ¿Quién?

—Alguien, tal vez a bordo, o puede que no. Quizás navegando dentro de esa senda, junto a ti, aunque nunca lo verás. ¿Algo valioso a bordo?

—Solo el rescate de un déspota.

—Claro, y alguien quiere que llegue rápido a algún lugar y cuando alcance su destino, ese alguien quiere que todos a bordo olviden su emplazamiento. Es mi opinión, Kalam. Pero podría estar equivocado.

—Es muy reconfortante. ¿Has dicho que tenías problemas donde estás? ¿Whiskeyjack? ¿Dujek?

—De momento me las arreglo. ¿Qué tal Violín?

—No tengo la menor idea. Decidimos separarnos...

—¡Oh, no, Kalam!

—Claro, Tremorlor. ¡Por el aliento del Embozado, Ben, fue idea tuya!

—En el supuesto de que la Casa estuviera... en paz. Por supuesto, debió haber funcionado. Absolutamente. Creo. Pero allí algo ha salido mal... todas las sendas están encendidas, Kalam. ¿Te has aventurado en una baraja de los Dragones últimamente?

—No.

—Tienes suerte.

La comprensión sorprendió al asesino con una inhalación profunda.

—La senda de Manos...

—La senda... —repitió el mago, en un tono agudo—. ¡Kalam! Si lo sabías...

—¡No sabíamos absolutamente nada, Ben!

—Puede que tengan una oportunidad —musitó Ben el Rápido tras un momento—. Con Lástima...

—Querrás decir Apsalar.

—Lo que sea. Déjame pensar, maldita sea.

—Estupendo —refunfuñó Kalam—. Más estrategias...

—Aquí estoy perdiendo el control, amigo. Demasiado cansado... Creo que ayer perdí demasiada sangre. Mazo dice...

Su voz se perdió en la lejanía. Una fresca bruma volvió a rodear al asesino. Ben el Rápido se había marchado. *Y es lo que hay. Ahora estoy realmente solo. Violín... eres un bastardo, debiste haberlo adivinado, calculado. Antiguas puertas... Tremorlor.*

Permaneció mucho tiempo inmóvil. Por fin suspiró, se limpió la parte superior del tórax, quitando de la húmeda superficie los restos de piedra desmenuzada, y se levantó.



El capitán estaba despierto y tenía compañía. Salk Elan sonrió cuando Kalam entró en el abarrotado camarote.

—Precisamente hablábamos de ti, socio —dijo Elan—. Sabiendo que eres una persona de ideas fijas, nos preguntábamos cómo te tomarías la noticia...

—Bien, me aguantaré. ¿Qué hay de nuevo?

—Esta tormenta, nos desvía de nuestro rumbo. Mucho.

—¿Y eso significa...?

—Parece que nos dirigiremos a otro puerto cuando amaine.

—Y no es Unta.

—Cómo no.

El asesino posó su mirada en el capitán. Parecía descontento, pero resignado. Kalam evocó en su mente un mapa de Quon Tali, lo examinó unos momentos y suspiró.

—La ciudad de Malaz. La isla.

—Nunca he visto esa legendaria cloaca —dijo Elan—. Me muero de impaciencia. Espero que tengas la generosidad de mostrarme los monumentos, amigo.

Kalam lo miró fijamente, antes de sonreír.

—Cuenta con ello, Salk Elan.



Se habían detenido para descansar, casi habituados a los escalofrantes gritos y gemidos procedentes de otros pasillos del laberinto. Mappo depositó a Icarium en el suelo y se agachó junto a su amigo inconsciente. El deseo de Tremorlor por el jhag era palpable. El trell cerró los ojos. *Los sin nombre nos han conducido hasta aquí, entregando a Icarium a Azath como si ofrecieran un cordero al dios de una colina. Pero con ello no serán sus manos las que se mancharán de sangre, sino las mías.*

Se esforzó para evocar la imagen de la ciudad destruida, donde él había nacido, pero ahora estaba plagada de sombras. La duda había sustituido a la convicción. Ya no creía en sus propios recuerdos. *¡Una locura! Icarium ha*

arrebatado incontables vidas. Sea cual fuere la verdad tras la muerte de mi ciudad...

Cerró los puños.

Mi tribu, las mujeres-hombro, no me traicionarían. ¿Qué crédito merecen los sueños de Icarium? El jhag no recuerda nada. Nada real. Su ecuanimidad suaviza la verdad, difumina los contornos... emborrona todos los colores, hasta embadurnar de nuevo el recuerdo. Así es. Es la amabilidad de Icarium lo que me ha cautivado...

A Mappo le dolían los puños. Bajó la cabeza para mirar a su compañero, y observó la expresión de paz y reposo en la cara ensangrentada del jhag.

Tremorlor no se apoderará de ti. No voy a permitir que me utilicen de ese modo. Si los sin nombre desean entregarte, deberán venir ellos personalmente a por ti y pasar antes por encima de mi cadáver.

Alzó la vista, mirando con detenimiento el corazón del laberinto.

Tremorlor. Hemos llegado a tus orígenes y vais a sentir la cólera de un guerrero trell, su sueño de batalla desencadenado, espíritus antiguos dejándose llevar en una danza homicida. Esto os prometo, así que estáis advertidos.

—Se dice —susurró Violín junto a él—, que los azath han apresado dioses.

Mappo miró al soldado con los párpados entornados.

Violín examinó los descomunales muros a su alrededor con los ojos entrecerrados.

—¿Qué dioses ancestrales, de nombres olvidados desde hace milenios, están encerrados aquí? ¿Cuándo vieron la luz por última vez? ¿Cuándo fueron capaces de mover por última vez sus extremidades? ¿Imaginas soportar así una eternidad? —Ajustó el equilibrio de la ballesta en sus manos

—. Si Tremorlor muere... imagina la locura que se desencadenará en el mundo.

—¿Qué son esos dardos que me arrojas? —preguntó el trell en un susurro, después de un momento de silencio.

—¿Dardos? —exclamó Violín con las cejas arqueadas—. No era mi intención. Este lugar me sienta como un nido de avispas, eso es todo.

—Tremorlor no se interesa por ti, soldado.

—A veces ser un don nadie tiene sus recompensas —respondió Violín con una sonrisa torcida.

—Ahora realmente te burlas.

La sonrisa del zapador desapareció de su rostro.

—Abre tus sentidos, trell. Aquí Tremorlor no es lo único que está hambriento. Todos los presos tras estos muros de madera perciben nuestro paso. Puede que se sientan intimidados por ti y por Icarium, pero ese temor no les reprime respecto al resto de nosotros.

Mappo desvió la mirada.

—Discúlpame. No he pensado mucho en los demás, como bien has notado. Sin embargo, no creas que dudaría en defenderos si surgiera la necesidad. No desprecio el honor que supone vuestra camaradería.

Violín asintió enérgicamente y se irguió.

—El pragmatismo de un soldado. Debía asegurarme de lo uno o de lo otro.

—Comprendo.

—Lo siento si te he ofendido.

—Un mero pinchazo insignificante; me has puesto en estado de alerta.

—¡Sí, claro, remueve el barro del charco! —exclamó Iskaral Pust, agachado a pocos pasos—. Tira de sus lealtades de un lado para otro, ¡excelente! Contempla la estrategia del silencio, mientras las víctimas propiciatorias

se enmarañan en un discurso inútil y divisorio. Obviamente, he aprendido mucho de Tremorlor y, en consecuencia, adoptado una estrategia semejante. Silencio, una leve sonrisa burlona sugerente de que sé más de lo que sé, un aire de misterio, sí, y un conocimiento maligno. ¡Nadie adivinaría mi confusión, mis múltiples ilusiones engañosas y escurridizos engaños! Una superficie de mármol que oculta un núcleo de arenisca que se desintegra. Observa cómo me miran fijamente, preguntándose todos por mi manantial secreto de sabiduría...

—Matémoslo —susurró Azafrán—, aunque solo sea para librarlo de su sufrimiento.

—¿Y perdernos esta diversión? —refunfuñó Violín, antes de colocarse de nuevo en cabeza—. Ha llegado el momento de partir.

—El parloteo de secretos —dijo el sacerdote supremo de Sombra, en un tono completamente diferente—, para que me consideren inútil.

Los demás volvieron la cabeza para mirarlo. Iskaral Pust les brindó una beatífica sonrisa.



Un enjambre de avispas se elevó por encima del muro de raíces entrelazadas y voló sobre sus cabezas, sin prestarles la menor atención. A Violín le dio un vuelco el corazón. Tenía la respiración entrecortada. Había d'ivers a los que temía más que a otros. *Las bestias son una cosa, pero los insectos...*

Volvió la cabeza para mirar a los demás. Icarium yacía lacio en los brazos de Mappo. El jhag tenía la cabeza

manchada de sangre. El trell miró más allá del zapador, al edificio que los esperaba. El rostro de Mappo, contorsionado por la angustia, resultaba tan inocente y vulnerable que la cara del trell parecía la de un niño que clamaba atención, sobre todo por estar completamente inconsciente. Un llamamiento silencioso que era difícil de resistir.

Violín se estremeció y dirigió la mirada más allá de Mappo y su cargamento. Apsalar, su padre y Azafrán estaban en fila detrás del trell, formando un cordón protector, y a su espalda se encontraban los mastines e Iskaral Pust. Cinco pares de ojos salvajes y uno humano ardían con mirada penetrante, *dudosos aliados, nuestra retaguardia, para que luego se hable de escisiones mal sincronizadas*, y esa penetrante mirada estaba concentrada en el cuerpo inconsciente en brazos de Mappo.

El propio Icarium lo deseaba y al decirlo ha expresado los sentimientos del trell. El precio del consentimiento no es nada comparado con el dolor del rechazo. Sin embargo, Mappo sacrificará su vida por ello y es probable que nosotros también lo hagamos. Ninguno de nosotros, ni siquiera Apsalar, tiene suficiente sangre fría para retroceder y ver cómo apresan al jhag. Por el aliento del Embozado, somos unos dementes y Mappo el mayor de todos...

—¿En qué piensas, Violín? —preguntó Azafrán, en el tono sugerente de aquel que ya sabía la respuesta.

—Los zapadores tienen voz y voto —farfulló—. Estúpido de ojos pasmados.

El daru asintió lentamente.

En otros pasillos del laberinto habían iniciado las capturas. Los cambiaformas, los más poderosos entre ellos, los supervivientes que habían llegado hasta aquí, habían

comenzado su asalto a la Casa de Azath. Una cacofonía de gritos retumbaba en el aire, aturdiendo sus sentidos. Tremorlor se defendía de la única manera en que podía hacerlo, devorando, encarcelando, *pero son demasiados y llegan con excesiva rapidez*. Se oía madera que se quebraba, jaulas de madera destrozadas, el ruido de la destrucción de un bosque, rama tras rama, árbol tras árbol, en una progresión inexorable cada vez más cerca de la propia Casa.

—¡Se nos agota el tiempo! —exclamó Iskaral Pust, con los mastines agitados a su alrededor—. Se nos aproximan cosas por la espalda. ¡Cosas! ¿Puedo hablar más claro?

—Puede que todavía lo necesitemos —dijo Violín.

—¡Desde luego! —respondió el sacerdote supremo—. ¡El trell puede arrojarlo como un saco de cereal!

—Puedo hacer que recupere el conocimiento con bastante rapidez —refunfuñó Mappo—. Todavía llevo algunos de esos elixires de Denul que cogí de tu templo, Iskaral Pust.

—Avancemos —dijo el zapador.

En efecto, algo se acercaba por su espalda, e impregnaba el aire de un nauseabundo hedor a especias. Los mastines habían dejado de prestar atención a Mappo y a Icarium, para mirar ahora en dirección contraria, inquietos a juzgar por su cambio de posición. Había un recodo cerrado en el pasillo, a veinte pasos de donde se encontraban las enormes bestias.

Un grito desgarrador estalló en el aire, procedía de un poco más allá del recodo, seguido de las explosiones de una batalla. Acabó de improviso.

—¡Hemos esperado demasiado! —exclamó Pust, protegiéndose tras los perros de su dios—. ¡Ahora viene!

Violín giró su ballesta, con la mirada fija en el punto por donde aparecería su perseguidor. Pero en su lugar, apareció un pequeño bicho castaño, a ratos aleteando y a ratos corriendo, del que emanaban zarcillos de humo.

—¡Ay! —chilló Pust—. ¡Me asedian!

Azafrán avanzó, empujando a Shan y Yunque para abrirse paso, como si no fueran más que un par de mulos.

—¿Moby?

El familiar corrió hacia el daru, en el último momento saltó a los brazos del muchacho y se sujetó con tenacidad, moviendo las alas. Azafrán echó la cabeza atrás.

—¡Puf, apestas como el abismo!

Moby, ese maldito familiar... Violín dirigió la mirada a Mappo. El trell tenía el entrecejo fruncido.

—¡Bhok'aral! —exclamó Iskaral Pust a guisa de maldición—. ¿Un animal de compañía? ¿Un animal de compañía? ¡Qué locura!

—Es el familiar de mi tío —dijo Azafrán, aproximándose. Los sabuesos se retiraron de su camino.

Por lo que parece, muchacho, es mucho más que eso.

—Entonces es un aliado —dijo Mappo.

Azafrán asintió, aunque con evidente incertidumbre.

—El Embozado sabe cómo nos ha encontrado. Cómo ha sobrevivido...

—¡Un simulador! —acusó Pust, acercándose lentamente al daru—. ¿Un familiar? ¿Preguntamos a ese cambiaformas muerto, ahí detrás, por su opinión? No, claro, no podemos hacerlo. *¡Está descuartizado!*

Azafrán no respondió.

—No importa —dijo Apsalar—. Estamos perdiendo el tiempo. A la Casa...

El sacerdote supremo la miró.

—¿No importa? ¿Qué engaño maquinador ha llegado entre nosotros? ¿Qué repugnante traición pesa sobre nosotros? Ahí, colgando de la camisa del muchacho...

—¡Basta! —ordenó Violín—. Entonces quédate aquí, Pust. Tú y tus mastines —agregó, antes de volverse de nuevo hacia la Casa—. ¿Tú qué opinas, Mappo? Nada se ha acercado todavía... si echamos a correr...

—Podemos intentarlo.

—¿Crees que se nos abrirá la puerta?

—No lo sé.

—Entonces, averigüémoslo.

El trell asintió.

Veían claramente Tremorlor. Había a su alrededor un pequeño muro, al parecer de piedra volcánica, con picos afilados. La única abertura visible en el muro era una estrecha puerta, cubierta por un arco de enredaderas. La Casa propiamente dicha era de un color pardo rojizo, construida probablemente con piedra caliza, con la entrada entre dos torres asimétricas y achaparradas, de dos plantas, ambas desprovistas de ventanas. Un tortuoso camino de losas unía la puerta del muro, con la entrada sumida en la sombra. Pequeños árboles retorcidos ocupaban el jardín, cada uno de ellos sobre un montículo.

Una gemela de la Casa de Muerte en la ciudad de Malaz. Un poco distinta de la de Darujhistan. Todas del mismo estilo. Todas azath, aunque nadie sabe, ni nunca sabrá, de dónde ni cuándo procede ese nombre.

Mappo habló en voz baja junto al zapador.

—Se dice que los azath traspasan los reinos, todos los reinos. Se dice que hasta el tiempo cesa entre sus paredes.

—Y esas puertas, por razones desconocidas, se abren solo para unos pocos.

Violín frunció el entrecejo al oír sus propias palabras. Apsalar pasó junto al zapador y se colocó al frente.

—¿Tienes prisa, muchacha? —refunfuñó Violín, sobresaltado.

—El que me poseyó, Violín —respondió, después de volver la cabeza—... un azath lo recibió en una ocasión.

Cierto. ¿Y por qué me pone esto tan nervioso, aquí y ahora?

—¿Entonces, cómo se hace? ¿Una forma especial de llamar a la puerta? ¿La llave bajo la losa movediza?

La sonrisa de la respuesta de Apsalar fue un bálsamo para su agitación.

—No, algo mucho más sencillo: audacia.

—Eso es algo que tenemos en abundancia. ¿No es cierto que estamos aquí?

—Sí, aquí estamos.

Apsalar avanzó y todos la siguieron.

—Aquella concha —atronó Mappo—. Creó un daño inmenso a los soletaken y a los d'ivers que al parecer todavía perdura y puede que haya sido suficiente para Azath.

—Y tú rezas para que así sea.

—Sin duda lo hago.

—¿Entonces, por qué no nos destruyó también a nosotros aquella canción letal?

—¿A mí me lo preguntas, Violín? ¿No fue a ti a quien le entregaron ese regalo?

—Sí. Salvé una niña, pariente del caminante espiritual.

—¿Qué caminante espiritual, Violín?

—Kimloc.

El trell guardó silencio durante media docena de pasos, antes de refunfuñar de frustración.

—Has dicho una niña. Por muy cercano que fuera el parentesco, la recompensa de Kimloc supera ampliamente tu acción. Es más, parecía destinada en concreto al uso que se le dio; la hechicería de aquella canción estaba orientada, Violín. Dime, ¿sabía Kimloc que buscabas Tremorlor?

—Lo cierto es que no le revelé tanto.

—¿Llegó a tocarte en algún momento; rozarte el brazo con un dedo, o algo por el estilo?

—Recuerdo que me lo pidió. Deseaba conocer mi historia. Yo me negué. Por el aliento del Embozado, Mappo, no recuerdo si hubo algún contacto casual.

—Creo que debió haberlo...

—En tal caso, disculpo su indiscreción.

—Imagino que él también lo anticipó.

Incluso mientras Tremorlor se resistía al asalto procedente de todos los frentes, estaban lejos de haber terminado las batallas y en algunos lugares el ruido de madera quebrada parecía progresar de forma implacable, cada vez más cerca.

Apsalar aceleró el paso cuando una de esas demoledoras avalanchas invisibles se acercaba al grupo en dirección a la puerta arqueada. Al cabo de un momento, entre un creciente rugido, echaron todos a correr.

—¿Dónde? —preguntó Violín mientras corría hacia delante, girando frenéticamente la cabeza en todas direcciones—. ¿Dónde diablos está?

La respuesta llegó en forma de un repentino diluvio de aguanieve, la abertura feroz de una senda. De aquel extraño núcleo que revoloteaba suspendido, a menos de cincuenta pasos a su espalda, emergió la cabeza de un dhenrabi con sus enormes fauces, envuelto en plantas marinas, algas pardas y extrañas ramas óseas.

Ante él apareció un enjambre de avispas, que fue devorado inmediatamente en su totalidad.

Otros tres dhenrabis aparecieron del portal torrencial. La agitada espuma acuosa que les servía de soporte parecía abrasarlo todo al descender sobre las raíces del laberinto, pero los animales permanecían suspendidos, cabalgando sobre el torbellino.

A Violín se le aparecieron imágenes en el transcurso de un solo latido del corazón. *El mar Kansu. No era un soletaken después de todo, no un solo animal, sino una manada. Un d'ivers. Y se me han agotado las granadas...*

Al cabo de un momento, quedó claro lo poco que los mastines de Sombra habían sido puestos a prueba hasta ahora. Sintió el poder que emanaba de las cinco bestias, tan parecido al de los dragones, que rodaba como el aliento, como una oleada de hechicería salvaje que los precedía, cuando se lanzaron veloces como una centella.

Shan fue la primera criatura en llegar al dhenrabi que iba en cabeza, penetró en su enorme boca dentada y desapareció en la oscuridad de sus fauces. El animal retrocedió de inmediato y si su descomunal y vasto semblante era capaz de expresar sorpresa, lo hizo ahora.

Yunque fue el segundo en atacar y el dhenrabi arremetió, no para tragárselo, sino para derribarlo de un mordisco y despellejarlo con las mil placas serradas de sus dientes. La fuerza del mastín decreció ante esas poderosas mandíbulas, pero no se rindió. Al cabo de un instante, Yunque había cruzado la dentadura para sepultarse en el interior del animal, donde causaba estragos. Los otros dos sabuesos se lanzaron contra los dos dhenrabis restantes. Solo Ciega se quedó con el grupo.

El dhenrabi que iba en cabeza empezó ahora a retorcerse, agitando su enorme masa, al tiempo que el

torrente de su senda se derrumbaba a su alrededor, aplastando muros del laberinto, donde víctimas encarceladas desde hacía mucho tiempo se revolvían entre los escombros, con extremidades marchitas que se elevaban hacia el firmamento a través del agua cenagosa, agarrando el aire. El segundo dhenrabi se desplomó también en una sucesión de contorsiones.

Una mano agarró con fuerza el brazo de Violín y lo obligó a darse la vuelta.

—Vamos —dijo Azafrán, con Moby sujeto todavía a su camisa—. Tenemos más compañía, Violín.

Y ahora el zapador vio el objeto de la atención del daru: a su derecha, casi detrás de Tremorlor, todavía a mil pasos de distancia pero acercándose con rapidez, un monstruoso enjambre de moscas de sangre, una sólida masa negra del tamaño de una nube tormentosa, que se hinchaba al tiempo que se les aproximaba.

El grupo dejó a los dhenrabis con sus últimos y violentos suspiros a su espalda y corrió hacia la Casa.

Cuando el zapador pasaba bajo el arco de enredaderas sin hojas, vio que Apsalar llegaba a la puerta, sujetaba con ambas manos el grueso y pesado aro del cerrojo y lo hacía girar. Vio hincharse los músculos de sus antebrazos con el esfuerzo. Un gran esfuerzo.

Luego retrocedió un paso y empujó, como con desdén. Cuando Violín llegó al rellano pavimentado, seguido de Azafrán, Mappo con su cargamento, el padre de Apsalar, Pust y Ciega, vio que Apsalar daba media vuelta, con una expresión de sobresalto e incredulidad.

No se abre. Tremorlor nos ha rechazado. El zapador patinó hasta detenerse y dio media vuelta. El cielo estaba negro, vivo, e iba directamente hacia ellos.



En la orilla del río Vathar, escasamente poblada de árboles y con un calor abrasador, donde el basalto se hundía de nuevo bajo una capa de roca caliza, que se extendía hacia el sur hasta donde alcanzaba la vista y donde no había más que piedras desparramadas sobre arcilla reseca azotada por el viento, encontraron la primera de las tumbas de los jaghut.

Pocos de los jinetes de la escolta y de la cabeza de la columna le prestaron atención. Era una enorme losa alargada, inclinada hacia arriba en el extremo sur, como si indicara el camino a Aren, u otro destino más reciente a través del Nenoth Odham, que parecía un simple mojón de señalización.

El cabo Lista había conducido hasta allí al historiador en silencio, mientras los demás preparaban los aparejos para ayudar a bajar los carromatos por la empinada y serpenteante pendiente, hasta el árido terreno de la llanura.

—El hijo menor —dijo Lista, con la mirada fija en la primitiva tumba.

Daba miedo mirarlo a la cara, que llevaba impresa la aflicción de un padre, tan cruda como si el niño hubiera muerto el día anterior, una aflicción que en todo caso había crecido con el paso torturado e insondable de doscientos mil años.

El fantasma jaghut está todavía de guardia. Esa declaración, esa enunciación silenciosa simple y evidente, dejó al historiador sin aliento. *Cómo comprenderlo...*

—¿De qué edad? —dijo Duiker con una voz tan seca como el Odham que les esperaba.

—Cinco años. Los t'lan imass eligieron este lugar para él. El esfuerzo de matarlo habría resultado demasiado costoso, dado que el resto de la familia todavía los esperaba. De modo que lo arrastraron hasta aquí, rompieron todos y cada uno de los huesos de su pequeño cuerpo tantas veces como pudieron, y apresaron los restos bajo esta roca.

Duiker creía haber superado el espanto, incluso la desesperación, pero se le agarrotó la garganta al oír las palabras monótonas de Lista. La imaginación del historiador era demasiado viva para esto y evocaba imágenes en su mente que le llenaban de una tristeza sobrecogedora. Se obligó a desviar la mirada, a observar las actividades de los soldados y los wickanos a treinta pasos de distancia. Se percató de que la mayoría trabajaba en silencio, hablando solo cuando sus labores lo requerían, e incluso entonces, en un tono bajo, extrañamente domeñados.

—Sí —dijo Lista—. Las emociones del padre son un paño mortuorio que el tiempo no ha mitigado, unas emociones tan poderosas y tan desgarradoras, que incluso los espíritus de la tierra tuvieron que huir. De lo contrario habrían enloquecido. Habría que comunicárselo a Coltaine; debemos cruzar esta tierra con rapidez.

—¿Y más adelante, en la llanura de Nenoth?

—Aún peor. No fueron solo niños a quien los t'lan imass sepultaron bajo rocas, todavía respirando, todavía conscientes.

—¿Pero por qué? —surgió la pregunta de la garganta de Duiker.

—Los pogromos no precisan razón alguna, en todo caso ninguna que el tiempo pueda cambiar. La diferencia

cualitativa es lo primero que se reconoce, en realidad, lo único que se necesita: tierra, dominación, ataques preventivos... todo son pretextos, justificaciones mundanas que no hacen más que disfrazar la mera distinción. No son como nosotros. Nosotros no somos como ellos.

—¿Intentaron los jaghut razonar con ellos, cabo?

—Muchas veces, entre los que no estaban enteramente corrompidos por el poder, los tiranos, pero los jaghut siempre se distinguieron por cierta arrogancia, de la clase que podía apuñalarle a uno por la espalda estando cara a cara. Cada jaghut se interesaba solo por sí mismo. Casi exclusivamente. Consideraban a los t'lan imass como algo semejante a las hormigas, a los rebaños de las praderas, o incluso a la propia hierba. Una característica omnipresente del paisaje. Un pueblo emergente y poderoso como era el de los t'lan imass, no podía ser provocado...

—¿Sin hacer un voto de inmortalidad?

—No lo creo, al principio los t'lan imass se percataron de lo difícil que sería exterminarlos. Los jaghut eran muy diferentes en otro sentido: no hacían gala de su poder. Y muchos de sus esfuerzos de autodefensa eran... pasivos. Las barreras de hielo, los glaciares, se tragaron las tierras a su alrededor, incluso los mares se tragaron continentes enteros convirtiéndolos en intransitables, e incapaces de producir la comida que los mortales imass necesitaban.

—Entonces crearon un ritual que los convertiría en inmortales...

—Libres para volar como el polvo... y en la era glacial abundaba el polvo.

Duiker vio a Coltaine al borde del camino.

—¿Cuánto hay que recorrer, para salir de esta zona de... dolor? —preguntó el hombre a su lado.

—Dos leguas, a lo sumo. Más allá están las auténticas praderas de Nenoth, las colinas... las tribus, todas muy protectoras de lo poco que poseen.

—Creo que más vale que hable con Coltaine.

—Sí, señor.

La Marcha Seca, como llegó a denominarse, era su propio testamento de dolor. Tres poderosas tribus los esperaban, dos de las cuales, los tregyn y los bhilard, atacaron como víboras la agobiada columna. No establecieron contacto inmediato con la tercera, los khundryl, situada en el extremo oeste de la llanura, pero tenían la sensación de que no tardarían en hacerlo.

El lastimoso rebaño que acompañaba a la cadena de perros murió en esa travesía. Los animales se limitaban a desplomarse, sin que ni siquiera la feroz insistencia de los sabuesos para que se levantaran lograra que reanudaran la marcha. Las reses descuartizadas eran poco más que fibras de carne apergaminada.

A la terrible sed se unió la hambruna, ya que los wickanos se negaron a matar a sus caballos, cuidados con un esmerado fanatismo que nadie osó discutir. Los guerreros se sacrificaban a sí mismos para mantener vivas sus monturas. Una petición del concejo de Nethpara para la compra de cien caballos fue devuelta al líder de los nobles embadurnada con excrementos humanos.

Las dos víboras atacaban una y otra vez con creciente frecuencia y ferocidad, defendiendo cada legua, hasta que quedó claro que, en pocos días, tendría lugar un enfrentamiento a gran escala.

Tras la columna seguía el ejército de Korbolo Dom, incrementado por las fuerzas tarxianas y de otros asentamientos costeros, ahora por lo menos cinco veces superior en tamaño al Séptimo de Coltaine y sus clanes

wickanos. La comedia persecución del comandante renegado, dejando los combates a las tribus salvajes de las llanuras, era en sí un mal augurio.

Aparecería sin duda en la inminente batalla y se contentaba con esperar hasta entonces.

La cadena de perros, incrementada por nuevos refugiados que huían de Bylan, avanzaba lentamente y empezaba a divisar lo que los mapas indicaban como el fin del Nenoth Odhan, donde se levantaban colinas a lo largo del horizonte meridional. El sendero de los mercaderes seguía por el único paso razonable, un ancho valle por el que corría un río entre las colinas de Bylan al este y las de Saniphir al oeste, a lo largo de siete leguas, hasta abrirse a una llanura frente al antiguo monte Sanimon, circundarlo abarcando el Sanith Odhan y, más allá, la llanura de Geleen, el Dojal Odhan y la propia ciudad de Aren.

No apareció ningún ejército de refuerzo en el valle de Sanimon.

Sobre la caravana descendió como un manto una honda sensación de aislamiento, incluso cuando a la luz del crepúsculo, en las colinas que flanqueaban el valle, empezaron a distinguirse los enormes campamentos de las dos tribus: las fuerzas principales de los tregyn y los bhilard.

Entonces aquí, en la boca del antiguo valle... sería donde tendría lugar.



—Nos estamos muriendo —farfulló Tregua al llegar junto al historiador, de camino a la reunión informativa—. Y no lo

digo solo en sentido figurado, viejo. Hoy he perdido once soldados. Sus gargantas estaban tan hinchadas, a causa de la sed, que no podían respirar —agregó, mientras ahuyentaba una mosca que zumbaba cerca de su cara—. Por el aliento del Embozado, estoy nadando dentro de esta armadura; cuando terminemos, tendremos el mismo aspecto que los t'lan imass.

—No puedo decir que me guste la analogía, capitán.

—No esperaba que te gustara.

—Orina de caballo. Eso es lo que beben actualmente los wickanos.

—Sí, también mis hombres. Relinchan mientras duermen y a más de uno le ha causado la muerte.

Tres perros pasaron andando ligeros junto a ellos: el gran sabueso llamado Torcido y una hembra, seguidos a duras penas por el perro faldero.

—¡Esas malditas bestias —refunfuñó Tregua—, vivirán más que todos nosotros!

Oscurecía el firmamento y en el azul intenso asomaban las primeras estrellas.

—Dioses, estoy cansado.

Duiker asintió. *Realmente hemos recorrido un largo trayecto, amigo, y ahora estamos cara a cara con el Embozado, que se lleva con tanta facilidad a los cansados como a los rebeldes. Los recibe con la misma sonrisa.*

—Esta noche flota algo en el ambiente, historiador. ¿Lo percibes?

—Sí.

—Puede que la senda del Embozado se nos haya acercado.

—Produce, en efecto, esa sensación.

Llegaron a la tienda de mando del puño y entraron. Se encontraron con los rostros habituales: Nada y Menos, los

últimos hechiceros que quedaban, Sulmar, Chenned, Bastión y el propio Coltaine. Todos se habían convertido en un escarnio momificado de la fuerza y voluntad antes presentes en sus diversos semblantes.

—¿Dónde está Metepatas? —preguntó Tregua, mientras se instalaba en su habitual silla de campaña.

—Escuchando a su sargento, supongo —respondió Bastión, con una fantasmagórica sonrisa.

Coltaine no tenía tiempo para la charla insustancial.

—Algo se acerca, esta noche. Los hechiceros lo han percibido, aunque eso es lo único que pueden decir. Debemos prepararnos.

—¿Qué clase de sensación? —preguntó Duiker mirando a Menos.

Ella se encogió de hombros, antes de suspirar.

—Vaga. Preocupante, incluso ultrajante... No lo sé, historiador.

—¿Has percibido antes algo parecido? ¿Aunque solo remotamente?

—No.

Ultrajante.

—Acercad a los refugiados —ordenó Coltaine a los capitanes—. Doblad los piquetes...

—Puño —dijo Sulmar—, mañana tenemos una batalla en perspectiva...

—Sí y el descanso es necesario, lo sé —respondió el wickano mientras empezaba a andar de un lado para otro, más despacio de lo habitual, y sin la soltura, la agilidad y la elegancia que antes lo caracterizaban—. Además estamos muy debilitados; los toneles de agua están completamente secos.

Duiker hizo una mueca. *¿Batalla? No, mañana será una masacre. Soldados incapaces de luchar, incapaces de*

defenderse. El historiador se aclaró la garganta, abrió la boca como para hablar, pero no lo hizo. Una palabra, pero solo enunciarla equivaldría a ofrecer la más cruel de las ilusiones. Una palabra.

Coltaine lo miraba fijamente.

—No podemos —susurró.

Lo sé. Tanto para los guerreros de la rebelión como para nosotros, esto debe acabar con sangre.

—Los soldados son incapaces de excavar trincheras —dijo Tregua, rompiendo el pesado silencio impregnado de conocimiento.

—Entonces que excaven hoyos.

—Sí, señor.

Hoyos. Para romper las cargas montadas, quebrar patas, derribar sobre el polvo animales agonizantes.

Entonces acabó la reunión, cuando de pronto se cargó el aire y lo que amenazaba con llegar se presentó ahora con un crujido quebradizo, una bruma aceitosa, como sudor saturando el aire.

Coltaine condujo el grupo al exterior, donde el ambiente inquietante se multiplicaba por diez bajo la estrellada bóveda celeste. Los caballos corcovearon. Los sabuesos aullaban. Los soldados se levantaban como espectros. Se oía el movimiento de las armas.

En el espacio abierto, más allá de los piquetes avanzados, se separó el aire por la mitad con un estruendo feroz, desgarrador. Por la abertura penetraron tres pálidos caballos al galope, seguidos de otros tres y luego de otros tres, todos ellos enjaezados y gimiendo con terror. Arrastraban un enorme carruaje abrasado por las llamas, un monstruo de colores estridentes sobre seis ruedas con radios más altos que un hombre. El carruaje, los propios caballos y las tres figuras visibles tras los tres últimos

corceles, despedían humo como gruesas hebras de lana virgen.

La recua blanca avanzaba al galope, como si huyera despavorida de la senda de la que procediera, y el carruaje se inclinó de forma peligrosa y alarmante cuando los caballos arremetieron directamente contra los piquetes.

Los wickanos se dispersaron a ambos lados.

Duiker vio con incredulidad como los tres arrieros tiraban de las riendas, daban voces y se echaban atrás sobre su banco tambaleante.

Los caballos hincaron los cascos en el suelo para detener su impulso, al tiempo que tras ellos patinaba el enorme carruaje, levantando una nube de humo, polvo y una emanación que el historiador reconoció, con un sobresalto de alarma, como «ultraje». El ultraje, comprendió ahora, de una senda... y de su dios.

Tras el primer carruaje llegó un segundo y luego un tercero, desviándose ambos a un lado u otro para evitar una colisión al detenerse.

En el momento en que cesó la larga frenada del primero, saltaron del mismo mujeres y hombres armados, chillando y dando órdenes a las que nadie parecía prestar la menor atención, y agitando armas húmedas, manchadas y ennegrecidas.

Al cabo de un momento, cuando se detenían los otros dos carruajes, sonó una sonora campana.

De pronto cesó la actividad frenética y al parecer sin sentido. Bajaron las armas y un repentino silencio impregnó el ambiente, tras el eco de la campana que se perdía en la lejanía. Entre bufidos y pataleo, los sudorosos caballos sacudían la cabeza, con las ventanas de la nariz de par en par y un temblor en las orejas.

El primer carruaje estaba a menos de quince pasos del lugar donde se encontraban Duiker y los demás.

El historiador vio una mano amputada, que permanecía agarrada a un ornamento lateral del carruaje. Al cabo de un momento, cayó al suelo.

Se abrió una diminuta puerta enrejada, por la que salió con dificultad un individuo de un volumen considerable. Vestía ropajes de seda, que estaban empapados de sudor. En su rostro brillante y redondeado se reflejaban los ecos de un inmenso esfuerzo agotador. En una mano llevaba una botella tapada.

Se apartó del carruaje para situarse frente a Coltaine y levantó la botella.

—Vos, señor —dijo en malazano, con un extraño acento—, tenéis mucho de qué responder. —Sonrió, exhibiendo una dentadura cubierta de fundas de oro con diamantes incrustados—. ¡Vuestras hazañas hacen temblar las sendas! ¡Vuestra travesía se extiende como un reguero de pólvora por todas las calles de Darujhistan y sin duda de todas las ciudades, por lejos que estén! ¿Tenéis alguna idea de la cantidad de gente que implora a sus dioses en vuestro nombre? ¡Los cofres están a rebosar! ¡Abundan los grandiosos planes de salvación! Se han creado vastas organizaciones, cuyos líderes acuden a nosotros, la Asociación Comercial de Trygalle, para pagar nuestra peligrosa travesía, aunque todas nuestras travesías están plagadas de peligros, que es la razón por la que somos tan caros —agregó en voz baja, antes de destapar la botella—. ¡La gran ciudad de Darujhistan y sus extraordinarios habitantes, después de descartar por completo los voraces deseos de vuestro Imperio respecto a la ciudad y sus habitantes, os mandan este regalo! A guisa de accionistas de Trygalle —agregó, gesticulando en dirección a los

hombres y las mujeres que formaban ahora un grupo a su espalda—, he ahí las personas más malhumoradas y avariciosas que quepa imaginar, aunque eso no tiene la menor importancia porque aquí estamos. Que no se diga que los ciudadanos de Darujhistan son insensibles a la maravilla y vos, señor, sois auténticamente portentoso.

El absurdo individuo avanzó, de pronto con solemnidad.

—Alquimistas, magos y hechiceros —dijo en un tono suave—, todos han hecho sus aportaciones, con una capacidad que ocultan sus modestos recipientes. Coltaine, del clan Cuervo, y cadena de perros: os traigo comida. Os traigo agua.



Karpolan Demesand era uno de los fundadores originales de la Asociación Comercial de Trygalle y vivía en la pequeña ciudad amurallada del mismo nombre, situada al sur de la llanura de Lamatath, en el continente de Genabackis. La Asociación, nacida de una alianza dudosa de un puñado de magos, Karpolan entre ellos, y los benefactores de la ciudad, una colección variopinta de piratas y provocadores de naufragios ya jubilados, había llegado a especializarse en expediciones de tan alto riesgo, que el mercader común palidecía. Cada caravana estaba protegida por una compañía de accionistas armados hasta los dientes, cuyo interés directo en la operación aseguraba la explotación de sus habilidades. Y dichas habilidades eran imprescindibles, porque las caravanas de la Asociación Comercial de Trygalle, como había quedado claro desde el principio, se desplazaban por las sendas.

—Sabíamos que se nos planteaba un reto —dijo Karpolan Demesand con una radiante sonrisa beatífica, sentado en la tienda de mando de Coltaine, solo en compañía del puño y de Duiker, porque todos los demás estaban fuera distribuyendo a toda prisa las vituallas vitales de la caravana—. Esa repugnante senda del Embozado está más apretada a vuestro alrededor que un sudario a un cadáver... si perdonáis la expresión. La clave consiste en cabalgar rápido, no detenerse por nada y luego salir tan pronto como sea humanamente posible. En el primer carruaje mantengo la ruta, con todo el talento hechicero a mi disposición; una travesía extenuante, qué duda cabe, pero por otra parte no somos baratos.

—Todavía no alcanzo a comprender —dijo Duiker—, que los ciudadanos de Darujhistan, a mil quinientas leguas de distancia, sepan lo que ocurre aquí y mucho menos que les preocupe.

Karpolan entornó los párpados.

—Bueno, puede que haya exagerado un poco, lo reconozco, arrastrado por la euforia del momento. Debéis comprenderlo, los soldados que hasta hace poco estaban decididos a conquistar Darujhistan, están ahora enzarzados en una guerra contra el Vidente del Domino Painita, un tirano a quien está claro que le encantaría absorber la Ciudad Azul si pudiera. Dujek Unbrazo, en otra época puño del Imperio y ahora forajido, se ha convertido en aliado. Y eso, como bien saben y aprecian ciertos personajes en Darujhistan...

—Pero hay algo más —dijo sosegadamente Coltaine.

Karpolan sonrió de nuevo.

—¿No es dulce esta agua? Permitidme que os sirva otra copa.

Esperaron, mientras el mercader llenaba de nuevo las tres copas de hojalata sobre la mesilla que los separaba. Cuando terminó, Karpolan dio un suspiro y se recostó en el lujoso sillón que había ordenado bajar de su carruaje.

—Dujek Unbrazo —dijo en parte con aprobación y en parte consternado—, os manda sus saludos, puño Coltaine. Debéis comprender que nuestra oficina en Darujhistan es pequeña, recién abierta. No hacemos publicidad de nuestros servicios. Por lo menos no abiertamente. Para ser sinceros, dichos servicios incluyen a veces actividades de naturaleza clandestina. Tratamos no solo con mercancías sino también con información, entrega de regalos, personas... y otros seres.

—Dujek Unbrazo ha sido la fuerza tras esta misión —dijo Duiker.

—Sí —asintió Karpolan—, con la ayuda financiera de cierto conciliábulo en Darujhistan. «La emperatriz no puede perder líderes del calibre de Coltaine del clan Cuervo», fueron sus palabras —sonrió el mercader—. Extraordinario para un forajido sobre el que pesa la pena de muerte, ¿no os parece? —agregó inclinándose hacia delante, con la palma de la mano abierta, y en ella se materializaba una pequeña botella alargada de cristal gris ahumado, sujeta a una cadena de plata, que le ofreció a Coltaine—. Un mago alarmanamente misterioso entre los Abrasapuentes ha elaborado este regalo. Es para vos. Ponéoslo. Llevadlo en todo momento, puño.

El wickano frunció el entrecejo y no hizo ademán de aceptarlo.

—En lo que a esto concierne —dijo Karpolan con una sonrisa nostálgica—, Dujek está dispuesto a imponer su rango, amigo...

—¿El rango de un forajido?

—Reconozco que yo le hice la misma pregunta y él me respondió: «Nunca subestimes a la emperatriz».

Se hizo un silencio, mientras tomaba forma lentamente el significado de esas palabras. *Enzarzado en una guerra contra todo un continente... después de descubrir de pronto una amenaza aún mayor, el Dominio Painita... ¿luchará solo el Imperio en nombre de una tierra hostil? Sin embargo... ¿cómo forjar aliados entre los enemigos, cómo unirse contra una amenaza mayor, con el mínimo escándalo y la mínima desconfianza? Ilegalizas tu ejército de ocupación, no dejándole «otra alternativa» más que librarse de la sombra de Laseen. Dujek, siempre tan leal... ni siquiera el desmañado plan para matar a los últimos de la vieja guardia, esa idea torpe e insensata de Tayschrenn, bastó para que cambiara de bando. De modo que ahora tiene aliados, los que antes eran sus enemigos, tal vez incluso los propios Caladan Brood y Anomander Rake...* Duiker miró a Coltaine y vio el mismo reconocimiento en su severo y demacrado rostro.

El wickano extendió la mano y aceptó el regalo.

—La emperatriz no debe perderos, puño. Ponéoslo, señor. Llevadlo siempre. Y, cuando llegue el momento, rompedlo contra vuestro propio pecho. Aunque sea lo último que hagáis, a pesar de que sugiero que no esperéis hasta entonces. Esas han sido las frenéticas instrucciones de su creador —sonrió de nuevo Karpolan—. ¡Y menudo creador! A una docena de ascendientes les encantaría recibir su cabeza en una bandeja, con sus ojos en escabeche, su lengua ensartada y asada con pimientos, sus orejas a la parrilla...

—Comprendido —interrumpió Duiker.

Coltaine se colgó la cadena del cuello y colocó la botella debajo de su camisa de gamuza.

—Al alba os espera una espantosa batalla —dijo al rato Karpolan—. No puedo ni quiero quedarme. A pesar de ser mago de primer orden y mercader de gran astucia, reconozco, caballeros, que tengo una vena sentimental. No seré testigo de esta tragedia. Además, debemos efectuar otra entrega antes de emprender el camino de regreso y para ello precisaré todas mis habilidades, puede incluso que las agote.

—Nunca había oído hablar de vuestra Asociación, Karpolan —dijo Duiker—, pero me gustaría que algún día me contarais más aventuras.

—Puede que surja la oportunidad, historiador. Por ahora, oigo que se reúnen mis accionistas y debo reanimar y tranquilizar a los caballos, aunque parecen haber adquirido ansia de terror salvaje. Como nosotros, ¿no os parece? —agregó, levantándose.

—Os doy las gracias —refunfuñó Coltaine—, a vos y a vuestros accionistas.

—¿Algún mensaje para Dujek Unbrazo, puño?

La respuesta del wickano sobresaltó a Duiker y le provocó una áspera punzada de sospecha, persistente y aterradora.

—No —dijo.

Durante un instante, Karpolan abrió enormemente los ojos y luego asintió.

—Bien, debemos marcharnos. Que vuestros enemigos paguen un alto precio mañana, puño.

—Lo harán.



La repentina munificencia no podía provocar un rejuvenecimiento completo, pero el ejército que se levantó al amanecer mostraba una tranquila disponibilidad que Duiker no veía desde la cadena de Gelor.

Los refugiados permanecían apiñados en una hondonada, inmediatamente al norte de la boca del valle. Los clanes Comadreja y Perroloco custodiaban la posición, desde una elevación frente a las fuerzas reunidas de Korbolo Dom. Había más de treinta soldados rebeldes listos para enfrentarse a cada uno de los jinetes wickanos y la consecuencia inevitable de dicho enfrentamiento era tan evidente, estaba tan brutalmente clara, que entre los refugiados corrieron oleadas de pánico, catervas desesperadas de un lado para otro, y gemidos de angustia impregnaron el aire polvoriento sobre sus cabezas.

Coltaine se proponía cruzar las tribus para bloquear la entrada del valle y hacerlo con rapidez, a fin de colocar enfrente los clanes Cuervo y el Séptimo. Una actuación veloz y decisiva ofrecía la única esperanza a los clanes de la retaguardia, así como a los propios refugiados.

Duiker permanecía sentado sobre su demacrada yegua, en un pequeño promontorio apenas al este del camino principal, desde donde alcanzaba a divisar los dos clanes wickanos al norte, con el ejército de Korbolo Dom más allá, fuera de su campo de visión.

Los carruajes de la Asociación Comercial de Trygalle se habían marchado, aprovechando para desaparecer en los últimos minutos de oscuridad, antes de que el horizonte de levante iniciara su pálido despertar.

El cabo Lista se acercó y detuvo su caballo junto al historiador.

—¡Una mañana encantadora! —dijo—. ¿No percibes el cambio de estación en el aire?

—Alguien tan joven como tú, cabo, no debería estar tan alegre en un día como hoy —respondió Duiker.

—Ni alguien tan viejo como tú ser tan adusto.

—¡Maldito sea el Embozado! ¿Es esto a lo que conduce la familiaridad?

Lista sonrió y bastó como respuesta.

—¿Y qué te ha susurrado tu fantasma jaghut, Lista? —preguntó Duiker, con los párpados entornados.

—Algo que él nunca tuvo, historiador: esperanza.

—¿Esperanza? ¿Cómo, de dónde? ¿Se acerca por fin Pormqual?

—Eso no lo sé. ¿Crees que es posible?

—No, no lo sé.

—Yo tampoco.

—Entonces, por las pelotas velludas de Fener, Lista, ¿de qué estás hablando?

—No estoy seguro. Es solo que me he despertado con una sensación... —se encogió de hombros—, con una sensación de que acababa de recibir una bendición, de ser tocado por un dios bondadoso, o algo por el estilo...

—Una forma bastante agradable de recibir nuestro último amanecer —susurró Duiker, con un suspiro.

Las tribus tregyn y bhilard se preparaban, pero de pronto el son de los cuernos del Séptimo evidenció que Coltaine no sería tan cortés como para esperarlos. Los lanceros del Cuervo y los arqueros montados avanzaron por la suave pendiente, en dirección a la colina oriental de los bhilard.

—¡Historiador!

Algo en el tono del cabo obligó a Duiker a volverse. En lugar de prestar atención al avance del Cuervo, Lista

miraba hacia el noroeste, donde acababan de aparecer los jinetes de otra tribu que se abrían al acercarse, y su número era espantoso.

—Los khundryl —dijo Duiker—. Se dice que es la tribu más poderosa al sur de Vathar, como ahora podemos apreciar.

Los cascos de los caballos retumbaban hacia la pendiente y al volverse comprobaron que se acercaba el propio Coltaine. La expresión del puño era impasible, casi sosegada, con la mirada fija al noroeste.

Habían empezado los enfrentamientos en las posiciones de retaguardia, el primer derramamiento de sangre del día, con toda probabilidad wickana. Los refugiados habían empezado ya a empujar hacia el sur, con la esperanza de que la fuerza de voluntad bastaría para forzar la apertura del valle.

Los khundryl, a decenas de millares, formaban dos masas distintas, una directamente al oeste de la boca de Sanimon y otra más al norte, en un flanco del ejército de Korbolo Dom. Entre ambas había un pequeño nudo de caudillos, que avanzaban ahora directamente hacia el promontorio donde se encontraban Duiker, Lista y Coltaine.

—Parece que desean combatir cuerpo a cuerpo, puño —dijo Duiker—. Será mejor que retrocedamos.

—No.

El historiador volvió la cabeza. Coltaine había desenfundado su lanza y preparaba su escudo redondo cubierto de plumas negras en su antebrazo.

—¡Maldita sea, puño, esto es una locura!

—Vigila tu lengua, historiador —respondió distraídamente el wickano.

Duiker fijó su mirada en el corto fragmento de la cadena de plata alrededor de su cuello.

—Lo que sea ese regalo, solo funcionará una vez. Lo que haces ahora es propio de un caudillo wickano, pero no de un puño del Imperio.

Coltaine se volvió de repente y el historiador se encontró con la punta de la lanza en su garganta.

—¿Y exactamente cuándo puedo decidir morir de la forma que yo desee? —vociferó Coltaine—. ¿Crees que voy a utilizar esta maldita fruslería? —agregó mientras soltaba la mano del escudo, la levantaba y se arrancaba la cadena del cuello—. Póntela tú, historiador. Todo lo que hemos hecho no ayudará en lo más mínimo al mundo, a no ser que se cuente la historia. ¡Que se apodere el Embozado de Dujek Unbrazo! ¡Que se apodere el Embozado de la emperatriz!

Arrojó la botella con absoluta precisión a la palma de la mano derecha de Duiker, que cerró los dedos alrededor del objeto y percibió la serpenteante cadena entre sus callos. La punta de la lanza que le acariciaba el cuello permanecía inmóvil.

Se miraron mutuamente a los ojos.

—Disculpadme, señores —dijo Lista—. No parece que este sea el momento más indicado para una pelea. Si os molestáis en observar...

Coltaine retiró la lanza y volvió la cabeza.

Los caudillos khundryl esperaban en fila, a menos de treinta pasos de distancia. Debajo de sus pieles y amuletos, llevaban una extraña armadura gris que parecía casi de reptil. Largos bigotes, barbas anudadas y trenzas puntiagudas, todo ello de color negro, ocultaban la mayoría de sus facciones, pero lo visible era anguloso y tostado por el sol.

Uno de ellos espoleó su poni para acercarse y chapurreó en malazano.

—¡Ala negra! ¿Cómo crees tú irán hoy las cosas?

Coltaine giró sobre su montura, examinó las nubes de polvo ahora al norte y al sur, y se acomodó de nuevo.

—No haría ninguna apuesta.

—Hace mucho esperábamos este día —dijo el caudillo, levantándose sobre los estribos y gesticulando hacia las colinas del sur—. Tregyn y bhilard, juntos este día. Y los can'eld, los semk, incluso lo que queda de tithansi —agregó, señalando al norte—. Las grandes tribus de los odhans del sur, pero ¿quiénes son los más poderosos? Hoy tendremos respuesta.

—Más vale que te apresures —dijo Duiker.

Nos estamos quedando sin soldados para que demuestres tus proezas, presuntuoso bastardo.

Coltaine parecía de la misma opinión, pero se mostraba más tranquilo.

—Vosotros sois quienes os lo preguntáis y no me importa la respuesta.

—¿Entonces no preocupan esas cosas a clanes wickanos? ¿No sois vosotros también una tribu?

Coltaine apoyó lentamente la lanza en su posadera.

—No, nosotros somos soldados del Imperio malazano.

Por el aliento del Embozado, he establecido contacto con él.

El caudillo asintió, impasible ante la respuesta.

—Pues atento, puño Coltaine, mientras organizáis este día.

Los jinetes se retiraron para reunirse de nuevo con sus clanes.

—Creo, historiador —dijo entonces Coltaine, mirando a su alrededor—, que has elegido un buen lugar, por tanto, me quedaré aquí.

—¿Puño?

Se dibujó una leve sonrisa en sus enjutas facciones.

—Durante un breve tiempo.



El clan Cuervo y el Séptimo pusieron todo su empeño, pero las fuerzas que controlaban la boca del valle, desde posiciones elevadas a ambos lados y a lo largo de la garganta, no cedieron. La cadena de perros se contrajo entre el martillo de Korbolo Dom y el yunque de los tregyn y los bhilard. Era solo cuestión de tiempo.

Las acciones de los clanes khundryl cambiaron por completo la situación, porque no habían venido para unirse a la aniquilación de los malazanos, sino para encontrar la respuesta a una pregunta que exigían su orgullo y su honor. La masa del sur atacó la posición tregyn como una vengativa guadaña divina. La del norte penetró como una lanza hasta lo más hondo del flanco de Korbolo Dom. Una tercera fuerza, hasta ahora invisible, entró por el propio valle tras los bhilard. A los pocos minutos de tales contactos perfectamente sincronizados, las fuerzas malazanas se encontraron sin oposición, mientras por todos lados reinaba el caos de la batalla.

El ejército de Korbolo Dom se recuperó con rapidez, restableciendo la formación con toda la precisión de la que fueron capaces y obligaron a los khundryl a retroceder, después de más de cuatro horas de encarnizada lucha. Pero se había alcanzado un objetivo, que fue la aniquilación de los semk, los can'eld y lo que quedara de los tithansi.

—Media respuesta —farfulló Coltaine en aquel momento, en un tono de absoluta estupefacción.

Al cabo de una hora las fuerzas meridionales derrotaron a los tregyn y a los bhilard, y salieron en persecución de los restos que huían.

A una hora del crepúsculo, un solo caudillo khundryl se les acercó a medio galope y comprobaron que se trataba del portavoz. Había participado en una pelea y estaba cubierto de sangre, y por lo menos la mitad era suya, pero cabalgaba erguido en su montura.

Detuvo el caballo a diez pasos de Coltaine.

—Parece que ya tenéis vuestra respuesta —dijo el puño.

—Así es, Ala Negra.

—Los khundryl.

Una expresión de sorpresa llenó el rostro maltrecho del guerrero.

—Nos honráis, pero no. Hemos intentado eliminar al llamado Korbolo Dom, pero fracasar. Los khundryl no es la respuesta.

—Entonces honráis a Korbolo Dom.

El caudillo escupió al oír esas palabras y refunfuñó con incredulidad.

—¡Por espíritus del abismo! ¡No podéis estar tan loco! Hoy la respuesta es... —desenfundó su espada de la vaina de cuero, exhibiendo una hoja quebrada a un palmo de la empuñadura, la levantó sobre su cabeza y exclamó—: ¡Los wickanos! ¡Los wickanos! ¡Los wickanos!

CAPÍTULO 20



Esta senda es algo nefasto,
la puerta a la que conduce
es como un cadáver
sobre el que diez mil
pesadillas discuten
sus infructuosos derechos.

La senda
Trout Sen'al Bhok'arala

Las gaviotas, las primeras que habían visto en mucho tiempo, revoloteaban sobre sus cabezas. El horizonte que tenían delante, siguiendo su rumbo sur-sudeste, era una mancha irregular que se perfilaba progresivamente conforme el día se preparaba para su veloz deceso. Ni una sola nube empañaba el firmamento y el viento era fresco y constante.

Salk Elan se reunió con Kalam en el castillo de proa. Iban ambos envueltos en capas, para protegerse de la espuma que levantaba el Tapón de Trapo al cortar las olas. Para los marineros de servicio en cubierta y en la popa, verles en la proa como un par de grandes cuervos era una imagen de mal agüero.

Sin que nada de ello le preocupara, Kalam mantenía la mirada fija en la isla que los esperaba.

—A medianoche —dijo Salk Elan, con un sonoro suspiro—. Antiguo lugar de nacimiento del Imperio malazano...

—¿Antiguo? —refunfuñó el asesino—. ¿Qué antigüedad crees que tiene el Imperio? ¡Por el aliento del Embozado!

—De acuerdo, demasiado florido. Solo intentaba crear un ambiente...

—¿Por qué? —exclamó Kalam.

Elan se encogió de hombros.

—Por ninguna razón en particular, salvo tal vez esta sensación inquietante de anticipación, o incluso de impaciencia.

—¿De qué hay que inquietarse?

—Dímelo tú, amigo.

Kalam hizo una mueca, sin decir palabra.

—La ciudad de Malaz —resumió Elan—. ¿Qué puedo esperar?

—Imagínate una pocilga junto al mar y acertarás. Una ciénaga podrida, repleta de sabandijas purulentas...

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Lamento haberlo preguntado!

—¿Y el capitán?

—Sigue igual, lamentablemente.

¿Por qué no estoy sorprendido? La hechicería... ¡dioses, cómo odio la hechicería!

Salk Elan apoyó las manos con sus largos dedos sobre el pasamanos, revelando una vez más su pasión por las gemas de tonos verdes montadas en recargados anillos.

—Un barco rápido podría llevarnos a Unta en un día y medio...

—¿Y cómo lo sabes?

—Se lo he preguntado a un marinero, Kalam, ¿cómo si no? Ese curtido amigo tuyo que finge estar al mando, ¿cómo se llama?

—No recuerdo habérselo preguntado.

—Ese es un talento verdaderamente admirable.

—¿A qué te refieres?

—A tu habilidad para aplastar tu propia curiosidad, Kalam. Muy práctica en cierto sentido, sumamente arriesgada en otro. Eres un hombre difícil de conocer y aún más de predecir...

—Tienes razón, Elan.

—Sin embargo, te gusto.

—¿De veras?

—Sí. Y me alegro, porque es importante para mí...

—Si esas son tus inclinaciones, Elan, búscate un marinero.

—No es eso a lo que me refiero —sonrió—, pero como es natural tú lo sabes perfectamente, solo que no puedes evitar lanzar dardos. Lo que digo es que me complace que le guste a alguien a quien admiro...

Kalam se volvió para mirarle.

—¿Qué encuentras tan admirable, Salk Elan? Entre todas tus vagas suposiciones, ¿has descubierto la creencia de que soy susceptible a los halagos? ¿Por qué te empeñas en asociarte conmigo?

—Matar a la emperatriz no será fácil —respondió Salk Elan—. ¡Pero imagínate que se consiga! ¡Lograr lo que todos creían imposible! ¡Sí, Kalam Mekhar, quiero formar parte de ello! ¡Allí, junto a ti, hundiendo espadas en el corazón del Imperio más poderoso del mundo!

—Has perdido el juicio —dijo Kalam en un tono quedo, apenas audible con el ruido del mar—. ¿Matar a la emperatriz? ¿Unirme a ti en esa locura? Ni lo sueñes, Salk Elan.

—Ahórrame el disimulo —dijo con sorna.

—¿A qué hechicerías está sometido este barco?

Salk Elan abrió involuntariamente los ojos, antes de mover la cabeza.

—Excede mis habilidades, Kalam, y el Embozado sabe que lo he intentado. He registrado minuciosamente el botín de Pormqual y no he encontrado nada.

—¿El propio barco?

—No, que yo haya podido determinar. Mira, Kalam, creo que alguien nos rastrea en otra senda... esa es mi opinión. Alguien que pretende apoderarse de ese cargamento. Es solo una teoría, pero no tengo otra cosa. De modo, amigo mío, que todos mis secretos han sido revelados.

Kalam guardó un prolongado silencio, antes de estremecerse.

—Tengo contactos en la ciudad de Malaz, una inesperada convergencia mucho antes de lo previsto, pero ahí está.

—Contactos, excelente, vamos a necesitarlos. ¿Dónde?

—Hay un corazón negro en la ciudad de Malaz, el más negro de todos. El que todos los habitantes evitan mencionar, el que ignoran deliberadamente, y allí, si todo marcha bien, esperaremos a nuestros aliados.

—Deja que lo adivine: la infame taberna llamada Smiley, en otra época propiedad de un individuo que un día llegaría a convertirse en emperador; los marineros dicen que la comida es terrible.

Kalam lo miró asombrado. *Solo el Embozado sabe si es increíblemente sarcástico o, válgame el abismo... ¿qué?*

—No, un lugar llamado Casa de Muerte. Y no en su interior, sino en la puerta del jardín, pero no tengas ningún reparo en explorarlo, Salk Elan.

Elan apoyó ambos brazos en el pasamanos y contempló las pálidas luces de la ciudad de Malaz con los ojos entrecerrados.

—Suponiendo una larga espera para la llegada de tus amigos, puede que tal vez lo haga.

Es improbable que se percatara de la indómita sonrisa de Kalam.



Iskaral Pust agarró el pomo con ambas manos, apoyó los pies en la puerta y, farfullando aterrado, tiró con todas su fuerzas... en vano. Con un gruñido, Mappo pasó por encima de Icarium, que yacía al pie de la puerta de Tremorlor, y separó al sacerdote supremo de la barrera infranqueable.

Violín oyó que el trell luchaba con el cerrojo, pero el zapador había centrado su atención en el enjambre de moscas de sangre. Tremorlor se les resistía, pero el avance era inexorable. Ciega estaba junto a él, con la cabeza ladeada y el pelo erizado. Los otros cuatro mastines habían reaparecido en el camino y corrían hacia la puerta del jardín, envuelta en enredaderas. La sombra que proyectaban los d'ivers pasó por encima de ellos como agua negra.

—O bien basta tocarla para que se abra —dijo Apsalar, en un tono sorprendentemente sosegado—, o no se abre en absoluto. Retírate, Mappo, probémoslo todos.

—¡Icarium se mueve! —exclamó Azafrán.

—Es la amenaza —respondió el trell—. ¡Dioses del abismo, no aquí, no ahora!

—¡No hay mejor momento! —gritó Iskaral Pust.

—Azafrán —dijo Apsalar—, tú has sido el último en intentarlo, salvo por Violín. Acércate, rápido.

El silencio que se hizo a continuación le comunicó a Violín cuanto precisaba saber. Se arriesgó a lanzar una fugaz mirada a Mappo, agachado sobre Icarium.

—Despiértalo —dijo—, de lo contrario todo está perdido.

El trell levantó la cabeza y el zapador vio la angustiada indecisión escrita en su rostro.

—Tan cerca de Tremorlor... el riesgo, Violín...

—¿Qué...?

Pero no pudo proseguir.

Como si lo hubiera alcanzado un rayo, el cuerpo del jhag dio una sacudida y emitió un gemido agudo. El impacto del sonido zarandeó a los demás, que se tambalearon. De la herida de su cabeza brotaba sangre fresca y se esforzaba por abrir los ojos, cuando Icarium se incorporó de un brinco. La antigua espada de un solo filo se libró de sus ataduras, con su hoja como una extraña imagen borrosa que se estremecía.

Los mastines y el enjambre de d'ivers llegaron simultáneamente al jardín. El terreno y los recortados árboles entraron en erupción, formando redes caóticas de raíces y ramas que se retorcían hacia el cielo como velas negras, hinchándose, extendiéndose a lo ancho. Otras raíces intentaban alcanzar a los mastines y los animales chillaban. Ciega había dejado a Violín para reunirse con los suyos.

En aquel momento, ante todo lo que veía, Violín sonrió para sus adentros. *No solo Tronosombrío sirve a la traición, ¿cómo puede la Casa de Azath resistirse a los mastines de Sombra?*

Se posó una mano sobre su hombro.

—El cerrojo —dijo Apsalar entre dientes—. ¡Prueba con la puerta, Violín!

Los d'ivers atacaron la última defensa desesperada de Tremorlor. La madera estalló.

Mientras un par de manos empujaban al zapador por la espalda contra la puerta, vio fugazmente a Mappo con los brazos alrededor de Icarium, todavía semiinconsciente, sin dejar de sujetarlo a pesar del creciente volumen del lamento y del pujante poder abrumador e inexorable. La presión precipitó a Violín contra la madera oscura y húmeda de la puerta, a la que mantuvo sujeto con desdén sin esfuerzo alguno, susurrándole su promesa de aniquilación. Se esforzó para mover los brazos en dirección al cerrojo, tensando todos sus músculos.

Los mastines aullaban desde los extremos más alejados del jardín, con un creciente chillido iracundo y triunfante que tendía al miedo, mientras la propia ira de Icarium absorbía todo lo demás. Violín percibió que la madera se estremecía y el temblor se extendía por toda la Casa.

El zapador, su sudor mezclado con las secreciones de Tremorlor, dio un último tirón con todas sus fuerzas, la voluntad de triunfar, de mover el brazo y agarrar el cerrojo.

Fracasó.

A su espalda oyó otro ruido escalofriante, el de las moscas de sangre, que penetraban entre las redes de madera, cada vez más cerca, solo momentos antes de chocar contra la ira mortal de Icarium... *Entonces despertará el jhag. No hay otra alternativa... y nuestras muertes serán lo más insignificante. Azath, el laberinto y todos sus prisioneros... asegúrate de que tu ira sea muy meticulosa, Icarium, por el bien de este mundo y de todos los demás...*

Violín sintió el dolor de pinchazos en el reverso de su mano, ¡moscas de sangre!, pero tras ellos percibió un peso. No eran picaduras, sino las punzadas de unas pequeñas

garras. El zapador ladeó la cabeza y vio ante sí la sonriente dentadura de Moby.

El familiar se desplazó a lo largo de su brazo, punzando la piel con sus garras. La criatura parecía cambiar de enfoque ante los ojos de Violín, y con cada cambio de pronto aumentaba inmensamente el peso en su brazo. Se percató de que chillaba.

Moby se desplazó de la mano del zapador a la propia puerta, extendió una diminuta mano arrugada en dirección al cerrojo y lo tocó.

Violín se cayó sobre unas losas húmedas y calientes. Oyó gritos a su espalda y botas que se arrastraban, mientras la Casa gruñía por todos lados. Rodó de espaldas y al hacerlo aplastó algo que crujió con su peso, desprendiendo un amargo olor a polvo.

Entonces los envolvió el lamento mortal de Icarium. Tremorlor se estremeció.

Violín se retorció hasta quedar sentado en el suelo.

Estaban en un vestíbulo, cuyas paredes de piedra caliza desprendían una tenue luz palpitante de color amarillento. Mappo sujetaba todavía a Icarium y el zapador se percató de que el trell se esforzaba por no soltarlo. Al cabo de un momento el jhag se calmó, abandonándose de nuevo en los brazos del trell. La luz dorada se estabilizó y las propias paredes dejaron de moverse. La ira de Icarium había amainado.

Mappo se dejó caer al suelo, con la cabeza gacha sobre el cuerpo inanimado de su amigo.

Violín miró lentamente a su alrededor, para comprobar si habían perdido a alguien. Apsalar estaba agachada junto a su padre, de espaldas a la puerta ahora cerrada. Azafrán había arrastrado consigo a un Iskaral Pust encogido de

miedo. El sacerdote supremo levantó la cabeza, pestañeando con cierta incredulidad.

—¿Los mastines, Iskaral Pust? —preguntó Violín con la voz ronca.

—¡Han huido! Sin embargo, incluso en plena traición, ¡arrojaron su poder contra los d'ivers! —Hizo una pausa para oler el aire pestilente—. ¿Lo hueles? La satisfacción de Tremorlor, el d'ivers ha sido apresado.

—Puede que esa traición fuera instintiva, sacerdote supremo —dijo Apsalar—. Cinco ascendientes en el jardín de la Casa; un gran riesgo para el propio Tremorlor, dada la tendencia de Sombra a la traición...

—¡Mentira! ¡Hemos jugado limpio!

—Para todo hay una primera vez —susurró Azafrán, antes de mirar a Violín—. Me alegro de que tú la abrieras, Violín.

El zapador se incorporó y empezó a registrar el vestíbulo.

—No lo hice. Ha sido Moby quien ha abierto la puerta y de paso me ha destrozado el brazo. ¿Dónde se ha metido ese maldito mequetrefe? ¿No está por aquí, en algún lugar...?

—Estás sentado sobre un cadáver —observó Apsalar.

Cuando Violín bajó la mirada, comprobó que reposaba sobre un montón de huesos y ropa podrida. Se incorporó de un brinco, blasfemando.

—No lo veo —dijo Azafrán—. ¿Estás seguro de que ha logrado entrar, Violín?

—Sí, estoy seguro.

—Debe de estar en el interior de la Casa...

—¡Busca la puerta! —chilló Pust—. ¡La senda de Manos!

—Moby es un famili...

—¡Más mentiras! ¡Ese repugnante bhok'aral es un soletaken, imbécil!

—Tranquilízate. Aquí no hay ninguna puerta de la que pueda beneficiarse un cambiaformas —dijo Apsalar, mientras fijaba lentamente la mirada en el marchito cadáver a la espalda de Violín—. Ese debía de ser el guardián, todo azath tiene un cuidador. Siempre supuse que eran inmortales... —agregó mientras avanzaba, daba un puntapié a los huesos y refunfuñaba—: No son restos humanos, esas extremidades son demasiado largas. Y fijaos en las articulaciones, hay demasiadas. Esa cosa podía doblarse de cualquier modo.

—Forkrul assail —dijo Mappo, levantando la cabeza.

—Entonces, la menos conocida de las razas ancestrales. Ni siquiera se menciona en ninguna de las leyendas de Siete Ciudades que he oído —aclaró Apsalar, antes de dirigir su atención al vestíbulo.

A cinco pasos de la puerta, el vestíbulo se abría a una intersección en forma de te, con una puerta doble directamente opuesta a la entrada.

—La distribución es casi idéntica —susurró Apsalar.

—¿A qué? —preguntó Azafrán.

—A la Casa de Muerte, en la ciudad de Malaz.

Se oyó un correteo en dirección a la intersección y al cabo de un momento apareció Moby. El bicho voló a los brazos del daru.

—Está temblando —dijo Azafrán, abrazando al familiar.

—Estupendo —farfulló Violín.

—El jhag —dijo Pust entre dientes, desde donde estaba agachado a pocos pasos de Mappo e Icarium—. He visto que lo aplastabas entre tus brazos; ¿está muerto?

El trell movió la cabeza.

—Inconsciente. No creo que despierte por el momento...

—¡Entonces deja que Azath se apodere de él! ¡Ahora! Estamos dentro de Tremorlor. ¡Ya no lo necesitamos!

—No.

—¡Loco!

Sonó una campana en algún lugar del exterior. Todos se miraron con incredulidad.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Violín—. ¿Es la campana de un mercader?

—¿Por qué un mercader? —refunfuñó Pust, mirando desconfiadamente a su alrededor.

Pero Azafrán asentía.

—La campana de un mercader. En Darujhistan.

El zapador se acercó a la puerta. Desde el interior, el pomo giraba con facilidad y la abrió.

Ahora en el jardín se elevaban finas capas de raíces entrelazadas, más altas que la propia Casa, en una disparidad de ángulos y planos. Por todas partes había montones de tierra humeante. Junto a la puerta arqueada del jardín esperaban tres enormes y adornados carruajes, cada uno de ellos tirado por nueve caballos blancos.

Bajo el arco había un personaje redondeado con prendas de seda. Levantó una mano en dirección a Violín y le habló en daru:

—¡Lamento no poder acercarme más! Os aseguro que aquí todo se halla en calma. Busco a alguien llamado Violín.

—¿Por qué? —gritó el zapador.

—Porto un regalo para él. Recogido a toda prisa y a un elevado coste, dicho sea de paso. Dadas las circunstancias, sugiero que completemos la transacción cuanto antes.

Azafrán estaba ahora junto a Violín. El daru miraba los carruajes con el entrecejo fruncido.

—Conozco al constructor —dijo en voz baja—. Bernuk, justo detrás de Antelago. Pero nunca los había visto tan

grandes; dioses, he estado alejado demasiado tiempo.

—Darujhistan —suspiró Violín.

—Estoy seguro —afirmó Azafrán, moviendo la cabeza.

Violín salió al exterior y examinó el entorno. Como decía el mercader, todo parecía tranquilo. Quiescente. Todavía inseguro, el zapador avanzó por el camino. Se detuvo a dos pasos del arco y observó con recelo al mercader.

—Karpolan Demesand, caballero, de la Asociación Comercial de Trygalle, y este es un desplazamiento que yo y mis accionistas nunca lamentaremos, aunque esperamos no repetirlo jamás.

Su agotamiento era muy evidente y sus prendas de seda estaban empapadas de sudor. Hizo un gesto y una mujer con armadura, pálida como la cera, pasó junto a él con una pequeña caja en las manos.

—Con los saludos de cierto mago de los Abrasapuentes —prosiguió Karpolan—, a quien el cabo que compartís informó oportunamente de vuestra situación, en un sentido general.

Violín aceptó la caja, ahora sonriente.

—Los esfuerzos de esta entrega me superan, caballero —dijo Violín.

—También a mí, os lo aseguro. Y ahora salimos huyendo. Oh, disculpad la grosería, quiero decir «nos marchamos», naturalmente. Debemos marcharnos. —Suspiró, mirando a su alrededor—. Disculpadme, estoy cansado, hasta el punto de no observar siquiera la cortesía esperada de un discurso civilizado.

—Las excusas son innecesarias —dijo Violín—. Aunque no sé cómo habéis llegado hasta aquí, ni cómo regresaréis a Darujhistan, os deseo un buen y veloz viaje. Pero permitidme que os haga una última pregunta: ¿mencionó el mago la procedencia del contenido de esta caja?

—Desde luego, caballero. De las calles de la Ciudad Azul. Una oscura referencia que, por lo que veo, tendréis claramente la suerte de comprender en un instante.

—¿Os hizo el mago alguna advertencia en cuanto a la manipulación de este paquete, Karpolan?

El mercader hizo una mueca.

—Dijo que no lo agitéramos demasiado. Sin embargo, este último tramo de nuestro viaje ha sido un tanto... accidentado. Lamento comunicaros que parte del contenido de la caja puede estar dañado.

—Tengo el placer de comunicaros que ha sobrevivido —sonrió Violín.

Karpolan Demesand frunció el entrecejo.

—No habéis examinado el contenido. ¿Cómo lo sabéis?

—No os queda más remedio que confiar en mí, caballero.



Azafrán cerró la puerta después de que Violín trasladara la caja al interior. El zapador la colocó con cuidado en el suelo y abrió la tapa.

—¡Ah, Ben el Rápido! —susurró, mientras observaba los objetos agrupados en el interior de la caja—. Algún día levantaré un templo en tu nombre.

Contó siete granadas, trece resquebrajadoras de mampostería y cuatro flameadoras.

—¿Pero cómo se las ha arreglado ese mercader para llegar hasta aquí? —preguntó Azafrán—. ¡Desde Darujhistan! ¡Por el aliento del Embozado, Violín!

—No lo sé —respondió irguiéndose y mirando a los demás—. Me siento bien, camaradas. Extraordinariamente

bien.

—¡Optimismo! —exclamó Pust en tono burlón, casi con asco, mientras tiraba de los escasos mechones de su cabeza—. ¡Mientras ese repugnante simio empapa de terror el regazo del muchacho!

¡Optimismo!

Azafrán separó al familiar y observó con incredulidad el reguero que salpicaba las baldosas.

—¿Moby?

El bicho sonreía avergonzado.

—¡Querrás decir soletaken!

—Un lapsus momentáneo —respondió Apsalar, con la mirada en la avergonzada criatura—. La asimilación de lo sucedido. Eso o un extraño sentido del humor.

—¿Qué farfullas? —preguntó Pust, con los ojos entrecerrados.

—Creía haber encontrado la senda, pero lo que lo ha traído aquí ha sido la antigua promesa de ascendencia y, en cierto modo, Moby tenía razón al pensarlo. Ese bhok'aral en tus manos, Azafrán, es demoníaco. En buena forma, podría sostenerte a ti como tú lo sostienes en este instante a él.

—Ahora lo comprendo —refunfuñó Mappo.

—¿Entonces por qué no nos iluminas? —exclamó Azafrán.

Apsalar empujó el cadáver a sus pies.

—Tremorlor necesitaba un nuevo guardián. ¿Debo hablar con mayor claridad?

Azafrán pestañeó, mirando de nuevo a Moby, esa temblorosa criatura en sus manos.

—¿El familiar de mi tío?

—Un demonio, en este momento un tanto intimidado por la expectación, debemos suponer. Pero estoy segura de que esa criatura crecerá hasta desempeñar su papel.

Entretanto, Violín había guardado las municiones de Moranth en su zurrón de cuero. Ahora se levantó y se echó con cautela el zurrón al hombro.

—Ben el Rápido estaba seguro de que aquí, en algún lugar, encontraríamos un portal, la puerta de una senda...

—¡Vinculando las Casas! —alardeó Pust—. Menuda audacia... ese astuto mago tuyo me ha embelesado, soldado. ¡Debería haber sido sirviente de Sombra!

Lo fue, pero eso no importa. Si a tu dios le apetece, te lo comunicará... pero en tu caso no me aguantaría la respiración...

—Ha llegado el momento de encontrar ese portal...

—A la intersección en forma de te, por el pasillo de la izquierda hasta las dos puertas. La de la izquierda conduce al interior de la torre. El piso de arriba —sonrió Apsalar.

Violín la miró fijamente unos momentos y luego asintió. *Tus recuerdos prestados...*

Moby les mostró el camino, dejando patente que había recuperado el coraje y algo parecido a un orgullo posesivo. Apenas pasada la intersección, en el pasillo de la izquierda había un hueco en el que colgaba una resplandeciente armadura de escamas para alguien de una altura superior a los tres metros y de extenso contorno. Apoyadas en las paredes del hueco, una a cada lado, había dos hachas de doble filo. Moby se detuvo para acariciar con su diminuta mano una de las botas forradas de hierro, antes de proseguir con nostalgia. Azafrán se tambaleó a su paso, cuando atrajo momentáneamente su plena atención.

Al cruzar la puerta, penetraron en la planta baja de la torre. En el centro había una escalera de piedra, de caracol. Al pie de la escalera cubierta había otro cuerpo, el de una joven de piel oscura, que parecía estar allí desde hacía solo una hora. Vestía ropa interior, pues la armadura

que la había cubierto había desaparecido. Unas atroces heridas zigzagueantes cubrían su esbelta figura.

Apsalar se acercó, se agachó junto a la muchacha y colocó una mano en su hombro.

—La conozco —susurró.

—¡Cómo! —exclamó Rellock.

—El recuerdo de quien me poseyó, padre. Su memoria mortal...

—Danzante —dijo Violín.

Apsalar asintió.

—Es la hija de Dassem Ultor. La primera espada la recuperó cuando el Embozado dejó de usarla y al parecer la trajo aquí.

—Antes de romper su voto al Embozado...

—En efecto, antes de que Dassem maldijera al dios al que había servido.

—Eso ocurrió hace muchos años, Apsalar —dijo Violín.

—Lo sé.

Guardaron silencio mientras observaban todos a la frágil muchacha que yacía al pie de la escalera. Mappo redistribuyó el peso de Icarium en sus brazos, como si se sintiera incómodo con el eco en el que sabía que se había convertido, aunque estaba claro que él no haría con su carga lo que había hecho Dassem Ultor con la suya.

Apsalar se levantó y miró escalera arriba.

—Si el recuerdo de Danzante sirve, el portal espera.

—¿Vienes con nosotros, Mappo? —preguntó Violín, después de volverse para mirar a los demás.

—Desde luego, aunque tal vez no todo el camino, en el supuesto de que existan los medios para abandonar esa senda cuando uno lo decida...

—Es mucho suponer —dijo el zapador.

El trell se limitó a encogerse de hombros.

—¿Iskaral Pust?

—Sí, claro. ¡Desde luego! ¿Por qué no? ¿Regresar andando por el laberinto? ¡Una locura! Iskaral Pust está cualquier cosa menos loco, como bien sabéis todos. Por supuesto que os acompañaré... *Tal vez surja todavía la oportunidad para una traición. ¿Traicionar qué? ¿A quién? ¿Eso importa? ¡No es el fin lo que aporta satisfacción, sino el camino elegido para alcanzarlo!*

—Vigílalo —dijo Violín, ante la perspicaz mirada de Azafrán.

—Lo haré.

Entonces el zapador bajó la cabeza para mirar a Moby. El familiar estaba agachado junto al umbral de la puerta, jugando pacíficamente con su propia cola.

—¿Cómo se despide uno de un bhok'aral?

—Con una patada en el trasero, ¿cómo si no? —sugirió Pust.

—¿Te importaría probarlo con este? —preguntó Violín.

El sacerdote supremo frunció el entrecejo y permaneció inmóvil.

—¿No estaba él ahí cuando atravesábamos las tormentas? —declaró Azafrán, acercándose a la diminuta y arrugada criatura—. ¿Recordáis las batallas que no alcanzábamos a ver? Él nos protegía... en todo momento.

—En efecto —afirmó el zapador.

—¡Segundas intenciones! —exclamó Pust entre dientes.

—Bobadas.

—¡Dioses, se sentirá solo! —dijo Azafrán, levantando al bhok'aral en brazos, sin avergonzarse de las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Violín parpadeó, hizo una mueca, volvió la cabeza y examinó la escalera.

—De nada te servirá prolongarlo, Azafrán —dijo.

—Encontraré la forma de visitarte —susurró el daru.

—Piensa en lo que ves, Azafrán —dijo Apsalar—. Parece bastante satisfecho. En cuanto a lo de estar solo, ¿cómo sabes que así será? Hay otras Casas, otros guardianes...

El muchacho asintió. Soltó lentamente al familiar y lo dejó en el suelo.

—Con suerte no habrá cubiertos desparramados.

—¿Qué?

Azafrán sonrió.

—Moby siempre ha tenido mala suerte con los cubiertos, ¿o debería decirlo a la inversa? —respondió mientras acariciaba la cabeza llana y rala del bicho, antes de levantarse—. Vámonos.

El bhok'aral observó al grupo que subía por la escalera. Al cabo de un momento hubo un destello de medianoche desde las alturas y todos desaparecieron. El bicho escuchó atentamente, ladeando su diminuta cabeza, pero no llegó ningún otro sonido de la cámara superior.

Permaneció inmóvil todavía unos minutos, pellizcando perezosamente su propia cola, luego dio media vuelta, correteó hasta el vestíbulo y se detuvo delante de la armadura.

El descomunal yelmo se inclinó con un suave crujido y emitió una voz entrecortada:

—Me alegro de que mi soledad haya terminado, pequeño. Tremorlor te recibe de todo corazón...



Se levantó una nube de polvo y grava que se estrelló contra el escudo de Duiker cuando el jinete wickano cayó y

rodó por el suelo hasta detenerse a los pies del historiador. El cuervo, que no era más que un muchacho, parecía casi pacífico, con los ojos cerrados, como si durmiera sosegadamente. Pero para él, todos los sueños acababan entonces.

Duiker saltó por encima del cuerpo y se detuvo un momento sobre el polvo que había levantado. Su corta espada estaba pegada con sangre a la mano derecha y unas hondas depresiones delataban los cambios de fuerza en su empuñadura.

Los jinetes cruzaban la tierra pisoteada por los caballos delante del historiador. Por los espacios entre ellos volaban las flechas, que zumbaban como moscardones en el aire. Movi6 rápidamente el escudo para interceptar una que se dirigía a su cara y gruñó con el sólido impacto que empujó el borde, forrado de cuero, contra su boca y su barbilla, partiendo ambas.

La caballería tarxiana había roto las líneas defensivas y estaba a poco de aislar la docena de pelotones restantes del resto de la compañía. El contraataque de los cuervos había sido feroz y demoledor, pero costoso. Sin embargo, lo peor, por lo que Duiker comprobó cuando avanzaba con suma cautela, era que tal vez había fracasado.

Los pelotones de infantería se habían separado para formar cuatro grupos, solo uno de los cuales era sustancial, y ahora intentaban reagruparse. Únicamente una veintena de jinetes cuervo permanecían en sus sillas, todos ellos rodeados de tarxianos que los hostigaban con sus espadas de hoja ancha. El suelo estaba cubierto de caballos que gemían, se retorcían y pataleaban de dolor.

Casi lo derribó la grupa de un caballo. Duiker se echó a un lado, se acercó y empujó la punta de su espada contra el blindaje de cuero del muslo del tarxiano. Durante un

momento el cuero resistió, hasta que el historiador apoyó todo su peso en la espada, percibió que la punta perforaba la carne y raspaba el hueso. Hizo girar la hoja.

Descendió una espada de doble filo, que golpeó con fuerza su escudo. Duiker se agachó, arrastrando consigo el arma trabada. La sangre fresca empapó su espada cuando de un tirón retiró la hoja. Entonces se ensañó contra la cadera del jinete, hasta que el caballo se desplazó de costado, dejando al enemigo fuera de su alcance.

Levantó la visera de su yelmo, pestañeó para eliminar el sudor y la suciedad de sus ojos, y siguió avanzando hacia el núcleo principal de la infantería.

Habían transcurrido tres días desde su paso por el valle de Sanimon y el sangriento alivio que les había brindado la tribu khundryl. Sus inesperados aliados habían concluido la batalla persiguiendo a sus tribus rivales hasta el anochecer, antes de desaparecer para regresar con toda probabilidad a sus propias tierras. No se los había visto desde entonces.

Era evidente que la matanza había enfurecido a Korbolo Dom, porque sus ataques eran ahora incesantes, un mismo combate que duraba ya más de cuarenta horas y sin indicio de que cesara en un futuro próximo.

La atribulada cadena de perros era atacada una y otra vez, por los flancos, por la retaguardia y a veces por dos o tres lugares a la vez. Lo que no conseguían las vengadoras hojas, las lanzas y las flechas, lo lograba el agotamiento. Los soldados sencillamente se desplomaban, con sus armaduras destrozadas, e incontables pequeñas heridas que agotaban sus últimas reservas. Fallaban los corazones y se rompían bajo la piel vasos sanguíneos principales, que producían oscuros moratones, como si las tropas fueran víctimas de una plaga.

Las escenas que Duiker había presenciado iban más allá del horror, más allá de su capacidad de comprensión.

Alcanzó a la infantería cuando los demás grupos lograban cerrarse y agruparse, formando un círculo de espadas que ningún caballo, por bien amaestrado que estuviera, se atrevería a desafiar.

En el interior del círculo, un soldado empezó a sacudir el escudo con su espada, dando gritos para agregar su voz al compás de los golpes. La rueda se movió, cada soldado marcando el paso al ritmo del compás giró y avanzó lentamente hacia donde el resto de la compañía mantenía todavía la línea del flanco oeste de la cadena.

Duiker avanzó con ellos, integrado en el círculo exterior, asestando golpes mortales a todo soldado herido que alcanzaba la rueda. Cinco jinetes cuervo los acompañaban. Eran los últimos supervivientes de la fuerza de contraataque y dos de ellos no volverían a luchar.

La rueda enseguida alcanzó la línea, rompió la formación y se mezcló con sus compañeros. Los wickanos espolearon sus sudorosos caballos para galopar hacia el sur. Duiker se abrió paso entre la tropa hasta llegar a un claro. Bajó sus temblorosos brazos, escupió sangre y levantó lentamente la cabeza.

La masa de refugiados marchaba ante él, una procesión que avanzaba penosamente frente al lugar donde se encontraba. Centenares de cabezas cubiertas de polvo giraron en su dirección y observaron el delgado cordón de infantería a su espalda, lo único que los separaba de la aniquilación, conforme avanzaba, retrocedía y perdía grosor con cada minuto que transcurría. Sus rostros carecían de expresión, transportados a un punto más allá del pensamiento y del sentimiento. Formaban parte de una marea cuya corriente era imposible, donde retroceder en

exceso era fatal y en la que no les quedaba más remedio que avanzar a trompicones, aferrados a sus últimas y más preciadas posesiones: sus hijos.

Dos individuos se acercaron a Duiker, a lo largo del flujo de refugiados desde la posición de vanguardia. El historiador los miró sin reconocerlos, con la sensación de que debería hacerlo, pero todos los rostros se habían convertido en desconocidos.

—¡Historiador!

La voz lo rescató de su ausencia.

—Capitán Tregua —respondió, con dolor en el labio partido.

El capitán le ofreció una jarra palmeada. Duiker guardó su espada en la vaina y la aceptó. A pesar de que le dolió la boca en contacto con el agua fresca, tomó un buen trago.

—Hemos alcanzado la llanura de Geleen —dijo Tregua.

La otra persona era la infante anónima de Duiker, que no dejaba de temblar y el historiador vio una monstruosa herida en su hombro izquierdo, donde la punta de una lanza había penetrado por encima de su coraza. En la herida brillaban eslabones rotos de la malla de su armadura.

Se cruzaron sus miradas. Duiker no vio nada que siguiera vivo en esos ojos, antes hermosos, de color gris claro, pero la alarma que sintió en su interior no provenía de lo que veía, sino de su propia falta de espanto, de la aterradora ausencia de todo sentimiento, que incluso llegó a la consternación.

—Coltaine quiere verte —dijo Tregua.

—¿Todavía respira?

—Así es.

—Supongo que quiere esto —respondió Duiker, al tiempo que se quitaba del cuello la pequeña botella de cristal, con

su cadena de plata—. Toma...

—No —dijo Tregua, con el entrecejo fruncido—. Quiere verte a ti, historiador. Nos hemos encontrado con una tribu de Sanith Odhan; de momento solo nos observan.

—Parece que aquí la rebelión no es algo tan seguro —musitó Duiker.

Disminuyeron los ruidos de la lucha a lo largo del flanco. Otra pausa, unos pocos latidos del corazón para recuperarse, para reparar la armadura, para detener las hemorragias.

El capitán gesticuló y empezaron a caminar junto a los refugiados.

—¿De qué tribu se trata? —preguntó al rato el historiador—. Y lo que es más importante, ¿qué tiene que ver conmigo?

—El puño ha tomado una decisión —respondió Tregua.

Algo en esas palabras le produjo a Duiker un escalofrío. Pensó en indagar un poco más, pero decidió no hacerlo. Los detalles de la decisión pertenecían a Coltaine. *Ese hombre dirige un ejército que se niega a morir. En treinta horas no hemos perdido a ningún refugiado por la acción del enemigo. Cinco mil soldados... que escupen en la cara de todos los dioses...*

—¿Qué sabes de las tribus cercanas a la ciudad? —preguntó Tregua, mientras seguían andando.

—No sienten ningún amor por Aren —respondió Duiker.

—¿Fue peor para ellos bajo el Imperio?

El historiador refunfuñó al percatarse del rumbo que tomaban las preguntas del capitán.

—No, mejor. El Imperio malazano comprende los territorios periféricos, los habitantes del campo cubren a duras penas sus necesidades; después de todo, estos pobladores de vastos territorios del Imperio siguen siendo

nómadas y el tributo que se les exige no es nunca exorbitante. Además, el pago por cruzar territorios tribales es siempre generoso y expeditivo. Coltaine debe saberlo perfectamente, capitán.

—Supongo que así es; yo soy quien necesita convencerse.

Duiker miró a los refugiados a su izquierda, hilera tras hilera de rostros, jóvenes y viejos, envueltos en un manto de polvo perenne. Los pensamientos se abrían paso más allá del cansancio y Duiker sintió que se tambaleaba en un límite al otro lado del cual, ahora alcanzaba a verlo con toda claridad, aguardaba la desesperada apuesta de Coltaine.

El puño ha tomado una decisión.

Y sus oficiales muestran reticencia, se resisten abrumados por la incertidumbre. ¿Ha sucumbido Coltaine a la desesperación? ¿O su visión de las cosas es excelente?

Cinco mil soldados...

—¿Qué puedo decirte, Tregua? —preguntó Duiker.

—Que no hay otra alternativa.

—Tú mismo puedes responderte.

—No oso —dijo el capitán con una mueca, que contorsionó su rostro cubierto de cicatrices, entrecerrando su único ojo, cercado por un nido de arrugas—. Son los niños, ¿comprendes? Es lo que les queda, lo único que les queda. Duiker...

El historiador asintió bruscamente y fue innecesario que prosiguiera: una merced expeditiva. Había contemplado aquellas caras, las había casi examinado, como si en aquel momento hubiera intentado encontrar la juventud que les pertenecía, la libertad y la inocencia, pero eso no era lo que buscaba, ni lo que encontró. Tregua lo había conducido a la palabra propiamente dicha. Simple, inmutable, hasta ahora sacrosanta.

Cinco mil soldados sacrificarán sus vidas. ¿Pero es esto una especie de locura romántica y aspiro yo a cierto reconocimiento entre esos simples soldados? ¿Es cualquier soldado realmente simple, simple en el sentido de tener una forma de ver el mundo pragmática y superflua, así como de su lugar en el mismo? ¿Y excluye dicho punto de vista la profunda conciencia, que ahora estoy convencido de que existe, entre esos apaleados hombres y mujeres con los pies destrozados?

Duiker dirigió la mirada a su infante de marina anónima, vio esos ojos extraordinarios, y le pareció que habían estado esperando a que él, con sus pensamientos, dudas y temores, acudiera en su busca.

—¿Estamos tan ciegos que no alcanzamos a verlo, Duiker? —preguntó, encogiéndose de hombros—. Defendemos su dignidad. Tan simple como eso. Es más, constituye nuestra fuerza. ¿Es eso lo que deseabas oír?

Aceptaré esta pequeña censura. Nunca subestimes a un soldado.



El propio Sanimon era un enorme montículo, una meseta de cuatrocientas brazas de anchura y mas de treinta de altura, de superficie yerma y azotada por el viento. En Sanith Odhan, inmediatamente al sur, donde ahora luchaba la cadena, perduraban dos antiguos caminos elevados de la época en que el montículo había sido una ciudad floreciente. Ambos caminos, con sólidos cimientos de piedra tallada, eran rectos como una lanza; el que se dirigía al oeste, ahora en desuso porque solo conducía a otro

montículo árido como un desierto, se llamaba Painesan'm. El otro, Sanijhe'm, se extendía hacia el sudoeste y constituía todavía una ruta de acceso al mar interior llamado Clatar. A una altura de quince brazas, los caminos se habían convertido en pasos elevados.

El clan Cuervo de Coltaine controlaba Sanijhe'm cerca del montículo, protegiéndolo como si se tratara de una muralla. El tercio meridional del propio Sanimon era ahora un bastión wickano, con guerreros y arqueros de Perroloco y de los clanes Comadreja. Los refugiados eran conducidos por el lado este de Sanimon, el acantilado del montículo hacía que fuera innecesario proteger dicho costado. Las fuerzas de Korbolo Dom, que habían mantenido una batalla con ambos elementos, fueron nuevamente derrotados. El Séptimo era todavía una potencia formidable, a pesar de sus numerosas bajas, entre las que figuraban soldados que se desplomaban muertos sin herida visible alguna, u otros que gemían y lloraban incluso cuando aniquilaban a sus enemigos. La llegada de arqueros wickanos montados completó la aplastante derrota y había llegado, una vez más, la hora de tomarse un descanso.

El puño Coltaine esperaba solo, con la mirada en el Odhan meridional. Su capa de plumas se agitaba al viento y sus bordes recortados se estremecían con el susurro del aire. A lo largo de las colinas en dicha dirección, a dos mil pasos de distancia, otra tribu aposentó sus caballos, con sus primitivos estandartes de guerra inmóviles ante un cielo azul pálido.

Duiker lo miraba fijamente mientras se acercaban. Intentó ponerse en la piel de Coltaine, encontrar el lugar donde ahora vivía, pero su mente se resistió. *No es una carencia de imaginación por mi parte. Una falta de voluntad. No puedo llevar la carga de otro, ni siquiera un*

instante. Ahora todos nos sumergimos en nuestro propio interior, todos solos...

—Los kherahn dhobri, o así se les llama en el mapa —dijo Coltaine, sin volver la cabeza.

—Vecinos reticentes de Aren —respondió Duiker.

El puño volvió entonces la cabeza, con atenta mirada.

—Siempre hemos honrado nuestros tratados —dijo.

—Así es, puño, lo hemos hecho, a pesar de la indignación de muchos ciudadanos de Aren.

Coltaine fijó de nuevo la mirada en la lejana tribu y guardó silencio durante un minuto.

El historiador miró a su infante de marina anónima.

—Deberías de buscar un curandero —dijo.

—Todavía puedo sostener un escudo...

—No lo dudo, pero es el riesgo de infección...

Ella abrió enormemente los ojos y Duiker se quedó mudo, invadido por una oleada de tristeza. Dejó de mirarla.
Viejo, eres un loco.

—Capitán Tregua —dijo Coltaine.

—Puño.

—¿Están listos los carruajes?

—Sí, señor. Ahora llegan.

—Historiador —asintió Coltaine.

—Puño.

El wickano se volvió lentamente para mirar a Duiker.

—Te entrego a Nada y a Menos, y una tropa de los tres clanes. Capitán, ¿ha informado el comandante Bastión a los heridos?

—Sí, señor y han rechazado tu oferta.

Se tensó la piel alrededor de los ojos de Coltaine, pero luego asintió lentamente.

—Al igual que el cabo Lista —prosiguió Tregua, mirando a Duiker.

—Lo reconozco —suspiró el puño—, los que he elegido entre mi propia gente no están demasiado contentos, pero no desobedecerán a su comandante. Historiador, ordenarás lo que creas oportuno. Pero tienes una responsabilidad singular. Conduce a los refugiados hasta Aren.

A esto hemos llegado.

—Puño...

—Eres malazano —interrumpió Coltaine—. Sigue los procedimientos prescritos...

—¿Y si alguien nos traiciona?

—Entonces todos nos reuniremos con el Embozado, aquí, en un mismo lugar —sonrió el wickano—. Si esto debe tener un fin, que sea luchando.

—Aguanta tanto como puedas —susurró Duiker—. Desollaré el rostro de Pormqual y daré la orden a través de sus labios, si es necesario...

—Deja el puño supremo a la emperatriz... y a sus consejeros.

El historiador llevó la mano a la botella de cristal que colgaba de su cuello.

Coltaine movió la cabeza.

—Este relato es tuyo, historiador, y en este momento nadie es más importante que tú. Y si algún día ves a Dujek, dile esto: no son los soldados del Imperio lo que la emperatriz no puede permitirse perder, sino su recuerdo.

Se les acercó un escuadrón de wickanos con caballos de repuesto, incluida la familiar yegua de Duiker. Detrás de ellos, emergieron del polvo los primeros carruajes y a un lado estaban los demás, custodiados, por lo que Duiker pudo ver, por Nada y Menos.

El historiador respiró hondo.

—Respecto al cabo Lista...

—No quiere cambiar de opinión —interrumpió el capitán Tregua—. Ha pedido que te transmita sus palabras de despedida, Duiker. Tengo entendido que ha susurrado algo acerca de un fantasma en su hombro, a saber lo que eso significa, y luego ha agregado: «Decidle al historiador que he encontrado mi guerra».

Coltaine desvió la mirada, como si esas palabras lo hubieran impactado como no lo habían hecho otras.

—Capitán, informa a las compañías: atacamos en menos de una hora.

Atacar. ¡Por el aliento del Embozado! Duiker se sintió incómodo en su propio cuerpo, sus manos a los costados parecían cargadas de plomo, como si la cuestión de qué hacer con su propia carne y sus propios huesos, qué hacer a continuación, le hubiera conducido a una crisis.

La voz de Tregua interrumpió sus pensamientos.

—Ha llegado tu caballo, historiador.

Duiker miró al capitán y asintió lentamente con la respiración entrecortada.

—¿Historiador? No, tal vez vuelva a serlo dentro de una semana. Pero ahora y ante lo que me espera... —Movié por segunda vez la cabeza—. No tengo ninguna palabra para describir lo que debería llamarme en este momento —sonrió—. Creo que basta con «viejo»...

Tregua parecía transtornado por la sonrisa de Duiker.

—Puño —dijo el capitán—, este hombre considera que no tiene título. Ha elegido «viejo».

—Una pobre elección —refunfuñó el wickano—. Los viejos son sabios, no locos —agregó, mirando a Duiker con el entrecejo fruncido—. No hay nadie entre tus conocidos que dude de quién eres y de lo que eres. Te conocemos como soldado. ¿Te ofende ese título, caballero?

—No —respondió Duiker con los ojos entrecerrados—. Por lo menos no lo creo.

—Conduce a los refugiados a lugar seguro, soldado.

—Sí, puño.

—Tengo algo para ti, Duiker —dijo la infante de marina anónima.

—¿Cómo? ¿Aquí? —refunfuñó Tregua.

Le entregó un pedazo de tela.

—Espera un poco antes de leer su contenido. Te lo ruego.

Duiker se limitó a asentir mientras se colocaba el retal bajo el cinturón. Miró a las tres personas que tenía delante, con el deseo de que Bastión y Lista estuvieran presentes, pero no habría despedidas formales, ningún papel cómodo en el que sumirse. Como todo lo demás, el momento era confuso, torpe e incompleto.

—Móntate en ese escuálido jamelgo —dijo Tregua—. Y mantente en el lado ciego del Embozado, amigo.

—Lo mismo os deseo a todos vosotros.

—Imposible, Duiker —respondió Coltaine entre dientes, al tiempo que giraba para mirar al norte—. Nos proponemos tallar una senda sangrienta... por la garganta de ese bastardo.



Duiker, flanqueado por Nada y Menos, cabalgaba a la cabeza de la columna de refugiados, en dirección a la tribu de la cresta. Los jinetes wickanos que escoltaban la caravana y los que iban dentro de los carruajes seleccionados que abrían la marcha eran chicos y chicas

muy jóvenes, todavía con sus primeras armas. Su enojo colectivo por haberles separado de sus clanes era una tormenta silenciosa.

Sin embargo, si Coltaine se ha equivocado en su apuesta, blandirán de nuevo sus armas... por última vez.

—Dos jinetes —dijo Nada.

—Buena señal —refunfuñó Duiker, con la mirada fija en la pareja de kherahnos que se acercaban a medio galope.

Eran un hombre y una mujer maduros, delgados y curtidos, con el mismo tono de piel que sus prendas de venado. Bajo su brazo izquierdo colgaban unas cimitarras y unos ornamentados yelmos de hierro cubrían sus cabezas, con los ojos rodeados de unas robustas protecciones faciales.

—Quédate aquí, Nada —dijo Duiker—. Menos, acompáñame, por favor —agregó, al tiempo que espoleaba su yegua.

Se encontraron un poco más allá de los primeros carromatos y detuvieron sus caballos a escasos pasos los unos de los otros.

Duiker fue el primero en hablar:

—Estos son territorios de los kherahn dhobri, reconocidos por un tratado. El Imperio malazano honra dichos tratados. Solicitamos permiso de paso...

—¿Cuánto? —interrumpió la mujer con la mirada en los carruajes, en malazano con acento extranjero.

—Hemos hecho una colecta entre todos los soldados del Séptimo —respondió Duiker—. En moneda imperial, un valor por un total de cuarenta y una mil jakatas de plata...

—Equivalente a un año de paga del ejército malazano —dijo la mujer, con el entrecejo fruncido—. Eso no es una colecta. ¿Sabéis vuestros soldados que les habéis robado el sueldo para comprar el derecho de paso?

—Los soldados han insistido, señora —respondió suavemente Duiker, después de pestañear—. Esto ha sido realmente una colecta.

—Más un pago adicional de los tres clanes wickanos —dijo entonces Menos—: joyas, utensilios culinarios, pieles, rollos de fieltro, herraduras, cueros y arreos, y una diversidad de monedas obtenidas como botín durante nuestra larga travesía desde Hissar, por un total de casi setenta y tres mil jakatas de plata. Todo gratis.

La mujer guardó un prolongado silencio y luego su compañero le dijo algo en su idioma. Ella movió la cabeza a guisa de respuesta y dirigió de nuevo la mirada de sus apagados ojos pardos al historiador.

—¿Y con esta oferta solicitáis el paso de estos refugiados, de los clanes wickanos y del Séptimo?

—No, señora. Solo los refugiados y esta pequeña escolta que podéis ver.

—Rechazamos vuestra oferta.

Tregua tenía razón al temer este momento. Maldita sea...

—Es demasiado —dijo la mujer—. El tratado con la emperatriz es específico.

Desconcertado, Duiker solo alcanzó a encogerse de hombros.

—Entonces parte de la misma...

—El resto introducidlo en Aren, donde será inútilmente codiciado hasta que Korbolo Dom fuerce las puertas de la ciudad y acabéis pagándole por el privilegio de ser aniquilados.

—En tal caso —dijo Menos—, con el resto os contrataremos como escolta.

A Duiker le dio un vuelco el corazón.

—¿Hasta las puertas de la ciudad? Demasiado lejos. Os escoltaremos hasta el pueblo de Balahn y el principio de la ruta conocida como camino de Aren. Pero eso dejará todavía una parte. Os venderemos comida y los cuidados sanitarios necesarios, dentro de las posibilidades de nuestras curanderas de caballos.

—¿Curanderas de caballos? —preguntó Menos, levantando las cejas.

La mujer asintió.

—Los wickanos se alegran de conocer a los kherahn dhobri —sonrió Menos.

—Entonces avanzad con vuestra gente.

La pareja regresó junto a los suyos. Duiker los observó unos momentos, luego dio media vuelta y se levantó sobre los estribos. Al norte, en la lejanía, por encima de Sanimon, se veía una nube de polvo.

—Menos, ¿puedes mandarle un mensaje a Coltaine?

—Sí, puedo darle una idea.

—Hazlo. Dile que tenía razón.



El conocimiento creció despacio, como de un cuerpo que todos creían frío, en realidad un cadáver, y aumentó la percepción, llenando el aire y los espacios intermedios. Sus rostros adoptaron una expresión de incredulidad, un aturdimiento que se resistía a derribar sus barreras protectoras. Llegó el crepúsculo, que envolvió el campamento de treinta mil refugiados en la unión de dos silencios: uno de la tierra y del firmamento nocturno con sus estrellas de cristal aplastado, y otro de la propia gente.

Entre ellos circulaban kherahnos de mirada adusta, cuyos regalos y gestos no dejaban traslucir sus expresiones y su reserva. Y por donde pasaban era como si su presencia aportara un alivio.

Sentado bajo aquel cielo estrellado, rodeado de matorrales, Duiker oía los gritos que perforaban la oscuridad y le rompían el corazón. Alegría entremezclada con una angustia oscura y virulenta, gemidos inarticulados, sollozos incontrolados. Un desconocido habría supuesto que algo horrible acosaba el campamento, no habría comprendido el alivio que oía el historiador, los sonidos a los que su propia alma respondía con dolor ardiente, obligándolo a parpadear con la mirada en las centelleantes estrellas que nadaban por el firmamento.

El alivio nacido de la salvación era no obstante angustioso y Duiker sabía a la perfección por qué, sabía lo que llegaba desde el norte: un sinfín de verdades ineludibles. En algún lugar de aquella oscuridad se levantaba un muro de carne humana, envuelta en armaduras desvencijadas, que desafiaba todavía a Korbolo Dom, que había comprado y todavía compraba esta pavorosa salvación. No había forma de eludir ese conocimiento.

Cerca de él susurraron los matorrales y sintió una presencia familiar que se agachaba a su lado.

—¿Cómo le va a Coltaine? —preguntó Duiker.

—Se ha roto el vínculo —suspiró Menos.

El historiador se puso tenso. Al cabo de un rato, soltó tembloroso el aire de sus pulmones.

—¿Acabado, entonces?

—No lo sabemos. Nada sigue esforzándose, pero me temo que con nuestro cansancio nuestros lazos de sangre

son insuficientes. No hemos percibido ningún grito de muerte y con toda seguridad lo haríamos, Duiker.

—Puede que lo hayan capturado.

—Tal vez. Historiador, si Korbolo Dom llega por la mañana, estos kherahnos pagarán caro este contrato. También puede que no basten para... para...

—¿Menos?

La hechicera ladeó la cabeza.

—Lo siento, no puedo acallar mis oídos... puede que se engañen a sí mismos. Aunque logremos llegar a Balahn, al camino de Aren, deberemos recorrer todavía tres leguas sin escolta hasta la ciudad propiamente dicha.

—Comparto tus aprensiones. Sin embargo, ahí, ¿no ves los gestos de bondad? Ninguno de nosotros tiene defensa alguna contra ellos.

—¡El alivio es prematuro, Duiker!

—Es posible, pero no podemos hacer absolutamente nada al respecto.

Volvieron la cabeza al oír voces. Un grupo de personas se aproximaba desde el campamento. Discutían entre ellos, pero se callaron rápidamente al acercarse.

Duiker se levantó despacio y Menos hizo lo mismo junto a él.

—Espero no interrumpir nada indecoroso —exclamó Nethpara, chorreando las palabras.

—Sugiero que el concejo se retire a descansar esta noche —dijo el historiador—. Mañana nos espera una larga caminata...

—Y esa —se apresuró en decir Pullyk Alar—, es precisamente la razón de nuestra presencia.

—Los que conservamos cierta riqueza —explicó Nethpara—, hemos logrado comprarles caballos frescos a los kherahnos para nuestros carruajes.

—Queremos salir ahora —agregó Pullyk—. Me refiero a nuestro pequeño grupo, para dirigirnos a Aren a toda prisa...

—Donde insistiremos en que el puño supremo mande una fuerza para proteger al resto de vosotros —dijo Nethpara.

Duiker miró a los dos individuos y luego a la docena de personas a su espalda.

—¿Dónde está Tumlit? —preguntó.

—Lamentablemente cayó enfermo hace tres días y ya no está entre los vivos. Estamos muy afligidos por su pérdida.

No lo dudo.

—Vuestra propuesta tiene sus pros, pero queda rechazada.

—Pero...

—Nethpara, si empezáis a moveros ahora, cundirá el pánico y eso es algo que ninguno de nosotros puede permitirse. No, viajaréis con nosotros y deberéis contentaros con ser los primeros refugiados que crucen las puertas de la ciudad, a la cabeza de la caravana.

—¡Esto es un atropello!

—Apártate de mi vista, Nethpara, antes de que termine lo que empecé en el paso de Vathar.

—¡No creas siquiera por un momento que lo he olvidado, historiador!

—Razón de más para rechazar vuestra propuesta. Volved a vuestros carruajes, procurad dormir, mañana será un día duro.

—¡Con toda seguridad! —dijo Pullyk entre dientes—. ¡Korbolo Dom está lejos de haber terminado con nosotros! Ahora que Coltaine ha muerto, y con él su ejército, ¿debemos confiar nuestras vidas a estos apestosos

nómadas? ¿Y cuando finalice su escolta? ¡A tres leguas de Aren! ¡Nos mandas a todos a la muerte!

—Así es —refunfuñó Duiker—. Todos o ninguno. Ya he hablado suficiente. Marchaos.

—¿Te has convertido ahora en ese perro wickano renacido? —dijo el noble, mientras llevaba la mano al estoque que colgaba de su cinturón—. Te desafío a un duelo...

La espada del historiador se movió con la rapidez de un relámpago, golpeando la sien de Pullyk Alar con la parte llana de la hoja. El noble se desplomó inconsciente.

—¿Coltaine renacido? —susurró Duiker—. No, solo un soldado.

—A vuestro concejo le costará caro curar esa herida, Nethpara —dijo Menos, con la mirada en el cuerpo postrado.

—Supongo que podía haberle golpeado más fuerte y ahorraros el dinero —farfulló Duiker—. Apartaos de mi vista, todos vosotros.

El concejo se retiró, llevando en brazos a su portavoz inconsciente.

—Menos, ordena a los wickanos que los vigilen.

—A la orden.



El poblado de Balahn era una colección escuálida de pequeñas casas de adobe, donde residían tal vez unos cuarenta habitantes, y todos habían huido unos días antes. La única estructura con menos de un siglo de antigüedad era el arco malazano que marcaba el principio del camino

de Aren: una calzada militar elevada, construida por orden de Dassem Ultor poco después de la conquista.

El camino de Aren tenía hondas cunetas a ambos lados y más allá terraplenes donde crecían altos cedros en hileras precisas durante las tres leguas, trasplantados desde Geleen junto al mar Clatar.

La portavoz kherahna se acercó a Duiker en la gran explanada frente al arco del Camino.

—El pago se ha recibido y todos los acuerdos entre nosotros se han cumplido.

—Os damos las gracias, mayor —dijo el historiador.

—Una simple transacción, soldado —respondió ella, encogiéndose de hombros—. No es necesario dar las gracias.

—Cierto. No es necesario, pero os las doy de todos modos.

—De nada.

—Esto llegará a oídos de la emperatriz, mayor, en los términos más respetuosos.

Al oír estas palabras la mujer desvió la mirada y titubeó antes de hablar.

—Soldado, una cuantiosa fuerza se acerca por el norte, nuestra retaguardia ha visto el polvo. Avanzan con rapidez.

—Comprendo.

—Puede que algunos lo logréis.

—Procuraremos mejorar este pronóstico.

—Soldado.

—Dime, mayor.

—¿Estás seguro de que os abrirán las puertas de Aren?

—Creo que me preocuparé de eso cuando lleguemos —respondió Duiker, con una dura carcajada.

—Me parece sensato —asintió la kherahna, antes de tirar de las riendas—. Adiós, soldado.

—Hasta la vista.

Los kherahn dhobri se marcharon, en menos de cinco minutos, con sus carromatos fuertemente protegidos. Duiker observó lo que alcanzaba a ver de la caravana de refugiados, cuya presencia invadía el pequeño pueblo y su irregular entorno.

Había fijado un ritmo difícil y agotador, un día y una noche con mínimas pausas para descansar, y el mensaje había llegado claramente a todos y cada uno de ellos: solo estarían a salvo cuando hubieran cruzado las enormes murallas fortificadas de Aren.

Quedan tres leguas, estaremos andando hasta el amanecer para recorrerlas. Cada legua que les obligo a completar, retrasa las siguientes, pero ¿hay otra alternativa?

—Nada, informa a tus wickanos: quiero que la caravana entera haya cruzado este arco antes de la puesta del sol. Tus guerreros utilizarán todos los medios posibles para lograrlo, salvo matar o mutilar. Puede que los refugiados hayan olvidado el terror que les inspiras; recuérdaselo.

—Solo disponemos de treinta soldados —le recordó Menos—. Y además, todos jóvenes...

—Querrás decir jóvenes iracundos. Bien, ofrezcámosles una oportunidad.



El camino de Aren facilitó sus esfuerzos, ya que el primer tercio, conocido localmente como Rampa, era una suave bajada hacia la llanura donde se encontraba la ciudad. Al este del camino había una hilera de colinas en

forma de cono, que se extendía hasta mil pasos de la muralla norte de Aren. No eran colinas naturales, sino docenas de fosas colectivas de la insensata matanza de los habitantes de la ciudad por parte de los t'lan imass, en la época de Kellanved. La colina más cercana a Aren era una de las mayores y en ella reposaban las familias dominantes de la ciudad, el santo protector y los falah'dan.

Duiker dejó que Nada condujera la vanguardia y él se situó en la cola de la caravana, donde junto con Menos y tres wickanos se quedaba ronco azuzando a los refugiados más débiles y más lentos. Era una labor penosa y dejaron atrás más de un cadáver que no había resistido el ritmo. No había tiempo para entierros, ni la fuerza para llevarlos a cabo.

Al norte, y ligeramente al este, las nubes de polvo se acercaban con una regularidad implacable.

—No han tomado el camino —suspiró Menos, después de darse la vuelta para contemplar el polvo—. Vienen campo a través; es más lento, mucho más lento...

—Pero más corto, según el mapa —dijo Duiker.

—Las colinas no están marcadas, ¿no es cierto?

—No, los mapas no imperiales lo muestran como una llanura; supongo que los túmulos son una adición demasiado reciente.

—Cabría suponer que Korbolo dispusiera de una versión malazana...

—Parece que no y eso, muchacha, puede que sea nuestra salvación...

Sin embargo, alcanzaba a oír la falsedad en sus propias palabras. El enemigo estaba demasiado cerca, a menos de un tercio de legua según sus cálculos. Incluso a pesar de los túmulos mortuorios, la caballería podría recorrer esa distancia en pocas veintenas de minutos.

Desde la vanguardia llegaron tenues gritos de guerra.

—Han avistado Aren —dijo Menos—. Nada me lo muestra a través de sus ojos...

—¿Las puertas?

—Cerradas —respondió, con el entrecejo fruncido.

Duiker echó una maldición y avanzó con su yegua entre los rezagados.

—¡Se ha avistado la ciudad! —gritó—. ¡Ya falta poco! ¡Moveos!

De algún lugar oculto e inesperado surgieron reservas de energía, en respuesta a las palabras del historiador. Sintió y luego vio una oleada que se extendía entre la masa, una pequeña aceleración del paso, de anticipación... y de miedo. El historiador giró sobre su montura.

La nube se elevaba sobre los túmulos cónicos. Más cercana, pero no tanto como debería haber estado.

—¡Menos! ¿Están los soldados sobre las murallas de Aren?

—Sí, codo con codo...

—¿Las puertas se abren?

—No.

—¿A qué distancia se halla la vanguardia?

—Mil pasos... ahora la gente ha echado a correr...

—En nombre del Embozado, ¿qué diablos les ocurre?

Examinó una vez más la nube de polvo.

—¡Por la pezuña de Fener! ¡Menos, reúne a tus wickanos y cabalga hacia Aren!

—¿Y qué harás tú?

—¡Al Embozado conmigo, maldita sea! ¡Vete! ¡Salvad a vuestros niños!

Menos titubeó, pero obedeció.

—¡Vosotros tres! ¡Venid conmigo! —ordenó a los tres jóvenes wickanos.

Duiker los observó alejarse por el borde del camino con sus agotados caballos, adelantando a los refugiados doblados y tambaleantes.

Los más ágiles se habían adelantado, alargando la caravana. El historiador estaba rodeado de ancianos, cuyos pasos eran, cada uno de ellos, una tortura. Muchos se limitaban a pararse y sentarse en la calzada, a la espera de lo inevitable. Duiker les gritaba, los amenazaba, pero todo en vano. Vio a un niño, de no más de dieciocho meses, que deambulaba perdido con los brazos extendidos, los ojos secos y terriblemente silencioso.

Duiker se acercó, se inclinó sobre su montura y levantó al niño con un brazo. Sus diminutas manos se agarraron a los jirones de su camisa.

La última línea de túmulos separaba ahora la cola de la caravana del ejército que les perseguía.

El avance no se había detenido y esa era la única prueba que tenía el historiador de que por fin se habían abierto las puertas para recibir a los refugiados. *O de lo contrario, se dispersan frenéticamente en una inútil oleada a lo largo de las murallas; pero no, eso sería una traición más allá de la demencia...*

Y ahora alcanzaba a ver Aren, a mil pasos de distancia. La puerta norte, flanqueada por dos sólidas torres, abierta hasta tres cuartas partes de su altura, con el último cuarto, el inferior, convertido en una bulliciosa masa abarrotada de personas que, presas del pánico, se empujaban y pisoteaban entre sí. Pero la fuerza de la oleada era demasiado grande, demasiado inexorable para cortarles el paso. Como unas fauces gigantescas, Aren se tragaba a los refugiados. Los wickanos cabalgaban a ambos lados, intentando desesperadamente contener el río humano y

ahora Duiker alcanzaba a ver soldados con el uniforme de la guarnición de Aren, que colaboraban en el esfuerzo.

¿Y el ejército propiamente dicho? ¿El ejército del puño supremo?

Estaban sobre la muralla. Observaban. Hilera tras hilera de caras, soldados que se empujaban para tener mejor vista, a lo largo de la muralla norte. Las plataformas superiores de las torres de la puerta estaban ocupadas por individuos con resplandecientes uniformes, que contemplaban a la muchedumbre hambrienta y desaliñada que entraba en tropel en la ciudad dando gritos.

De pronto, aparecieron miembros de la guarnición de la ciudad entre los últimos refugiados que todavía se movían. Por todos lados a su alrededor, Duiker vio soldados de mirada adusta que levantaban personas en brazos y las llevaban corriendo hacia la puerta de la ciudad. Al ver a uno que lucía la insignia de capitán, el historiador se le acercó.

—¡Tú! ¡Toma a este niño!

El oficial extendió los brazos y cogió al niño silencioso, con los ojos muy abiertos.

—¿Eres Duiker? —preguntó el capitán.

—Sí.

—Debes presentarte inmediatamente al puño supremo. Ahí, en la torre de la izquierda.

—Ese bastardo tendrá que esperar —refunfuñó Duiker—. ¡Primero me aseguraré de que haya entrado hasta el último refugiado! Ahora corre, capitán, pero dime tu nombre, porque puede que este niño tenga todavía un padre o una madre que lo busque.

—Keneb, señor, y hasta entonces juro que me ocuparé de los últimos refugiados —titubeó, extendió una mano y agarró la muñeca de Duiker—. Señor...

—¿Qué?

—Lo siento, lo siento mucho.

—Tu lealtad es para con la ciudad que has jurado defender, capitán...

—Lo sé, pero esos soldados sobre la muralla... están tan cerca como se les permite, si comprendes a lo que me refiero. Y eso no les satisface.

—No son los únicos. Ahora vete, capitán Keneb.



Duiker fue el último. Cuando por fin se vació la puerta, no quedaba un solo refugiado que respirara fuera de la muralla, salvo en la distancia, sentados todavía sobre los adoquines, incapaces de moverse, dando sus últimos suspiros, demasiado lejos para ser rescatados, pues era obvio que los soldados de Aren habían recibido órdenes rigurosas de alejarse solo hasta cierta distancia de la puerta.

A treinta pasos de la puerta y con una fila de soldados vigilándolo, Duiker giró por última vez sobre su caballo. Miró hacia el norte, primero a la nube de polvo que ascendía ahora sobre el último túmulo de mayores dimensiones y luego más allá, a la reluciente lanza que era el torbellino.

El ojo de su mente lo llevó todavía más lejos, al norte y al este, cruzando ríos, llanuras y estepas, hasta una ciudad en otra costa. Pero de poco le sirvió el esfuerzo. Demasiado para comprender, demasiado veloz, demasiado inmediato este fin de esa extraordinaria travesía que aterraba el alma.

Una cadena de cadáveres, de centenares de leguas de longitud. No, es algo que me supera, que, ahora creo, nos

supera a todos...

Giró de nuevo, con la mirada fija en esa puerta abierta y en los guardias allí reunidos. Se separaron para abrirle camino. Duiker golpeó los flancos de su yegua con los tacones.

No prestó la menor atención a los soldados de la muralla, ni siquiera cuando estallaron en vítores como una bestia desencadenada.



Las sombras fluían en oleadas silenciosas sobre las estériles colinas. El reluciente ojo de la aptoriana escudriñó un momento más el horizonte, luego el demonio agachó su alargada cabeza para mirar al niño acurrucado junto a su brazo.

Él también examinaba el inquietante paisaje del reino de Sombra, con su único ojo compuesto que brillaba bajo su protuberante ceja.

Después de un momento, levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la del demonio.

—¿Estamos en casa, madre? —preguntó.

—Mi colega siempre subestima a los habitantes naturales de este reino —dijo una voz, a una docena de pasos—. Ah, ahí está el niño.

El niño volvió la cabeza y vio a un hombre alto, vestido de negro, que se acercaba.

—Aptoriana —prosiguió el desconocido—, tu generosa recomposición de este chico, por bienintencionada que haya sido, no le causará más que cicatrices internas en los años venideros.

La aptoriana chasqueó y bufó a guisa de respuesta.

—Pero has conseguido lo contrario, preciosa —dijo el individuo—. Ya que ahora no es lo uno ni lo otro.

El demonio habló de nuevo.

El hombre ladeó la cabeza, la observó un largo rato y luego le brindó media sonrisa.

—Presuntuoso por tu parte —dijo, antes de fijar su mirada en el pequeño—. Muy bien —agregó, agachándose—. Hola.

El niño le devolvió tímidamente el saludo.

Con una última ojeada a la aptoriana que dejaba traslucir su enojo, el hombre le ofreció al niño la mano.

—Yo soy... el tío Cotillion...

—No puedes serlo —dijo el niño.

—¿Y por qué no?

—Tus ojos son... diferentes... muy pequeños, dos en pugna para ver como uno. Creo que deben de ser débiles. Cuando te acercabas, has atravesado un muro de piedra y luego los árboles, agitando el mundo de los fantasmas, como inconsciente de su derecho a vivir aquí.

Los ojos de Cotillion se agrandaron.

—¿Muro? ¿Árboles? —preguntó, mirando a la aptoriana—. ¿Ha perdido el juicio?

El demonio le ofreció una cumplida respuesta y Cotillion empalideció.

—¡Por el aliento del Embozado! —musitó por fin, antes de volver a mirar al niño con asombro—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Panek.

—Entonces tienes un nombre. Dime, ¿qué más recuerdas, además de tu nombre, de tu... otro mundo?

—Recuerdo que me castigaban. Me decían que permaneciera cerca de mi padre...

—¿Y qué aspecto tenía?

—No lo recuerdo. No recuerdo ninguna de sus caras. Esperábamos para ver qué harían con nosotros. Pero luego se nos llevaron, a los niños, separados de los adultos. Los soldados empujaron a mi padre y lo arrastraron en dirección contraria. Se suponía que debía quedarme cerca de él, pero fui con los niños. Me castigaron, castigaron a todos los niños por no hacer lo que nos mandaban.

Cotillion entrecerró los ojos.

—No creo que tu padre pudiera hacer nada al respecto, Panek.

—Pero los enemigos también eran padres, ¿comprendes? Y madres y abuelas... todos muy enojados con nosotros. Nos quitaron la ropa, las sandalias, nos lo quitaron todo. Estaban furiosos. Luego nos castigaron.

—¿Y cómo lo hicieron?

—Nos crucificaron.

Cotillion guardó un profundo silencio. Cuando por fin habló, lo hizo con una voz extrañamente monótona.

—Entonces eso lo recuerdas.

—Sí. Y prometí hacer lo que me mandaran. A partir de ahora. Lo que ordene mi madre. Lo prometo.

—Panek, escucha atentamente a tu tío. No te castigaron por no hacer lo que te habían mandado. Escúchame, es duro, lo sé, pero intenta comprenderlo. Te hicieron daño porque podían hacerlo, porque no había nadie allí capaz de impedirselo. Tu padre lo habría intentado; estoy seguro de que lo hizo. Pero, al igual que tú, estaba indefenso. Ahora estamos aquí contigo, tu madre y tu tío Cotillion, estamos aquí para asegurarnos de que nunca vuelvas a quedar indefenso. ¿Lo comprendes?

Panek levantó la cabeza para mirar a su madre, que chasqueó con ternura.

—Entendido —dijo el niño.

—Nos enseñaremos mutuamente, muchacho.

Panek frunció la frente.

—¿Qué puedo enseñarte yo?

Cotillion hizo una mueca.

—Cuéntame lo que ves... aquí, en este reino. Tu reino de fantasmas, lo que fue morada de Sombra, los antiguos lugares que perduran...

—Que tú atraviesas sin verlos.

—Así es. Aunque a menudo me he preguntado por qué los mastines nunca corren en línea recta.

—¿Mastines?

—Tarde o temprano los conocerás, Panek. Todos ellos unos chuchos muy cariñosos.

—Me gustan los perros —sonrió Panek, exhibiendo unos afilados colmillos.

—Estoy seguro de que tú también les gustarás —agregó Cotillion con una pequeña mueca, antes de recomponer su expresión para mirar a la aptoriana—. Tienes razón, no puedes hacerlo sola. Deja que Ammanas y yo nos lo pensemos. Ahora tu madre tiene otras labores que atender —prosiguió, dirigiéndose de nuevo al niño—. Deudas que saldar. ¿Quieres ir con ella o venir conmigo?

—¿Adónde vas, tío?

—Los otros niños han sido depositados cerca de aquí. ¿Te gustaría ayudarme a acomodarlos?

Panek titubeó antes de responder.

—Me gustaría volver a verlos, pero todavía no. Iré con mi madre. El hombre que le pidió que nos salvara necesita que lo cuiden, ella me lo ha contado. Me gustaría conocerlo. Mi madre dice que él sueña conmigo, con cuando me vio por primera vez.

—Estoy seguro de ello —susurró Cotillion—. Al igual que a mí, le atormenta la impotencia. Muy bien, hasta que volvamos a vernos —dijo, dirigiendo de nuevo una prolongada mirada al ojo de la aptoriana—. Cuando ascendí, demonio, fue para escapar de las pesadillas de los sentimientos... —Hizo una mueca—. Imagínate cuánto me sorprende agradecerte ahora esas ataduras.

—Tío, ¿tienes hijos? —preguntó de pronto Panek.

Cotillion hizo una mueca y desvió la mirada.

—Una hija. En cierto modo —suspiró, antes de sonreír con ironía—. Me temo que nos hemos enemistado.

—Debes perdonarla.

—¡Maldito advenedizo!

—Has dicho que debíamos enseñarnos mutuamente, tío.

Cotillion ensanchó los ojos para mirar al chico y luego movió la cabeza.

—Lamentablemente es ella quien debería perdonarme.

—Entonces debo conocerla.

—Bueno, todo es posible...

La aptoriana habló y Cotillion frunció el entrecejo.

—Eso, querida, estaba fuera de lugar —dijo al tiempo que daba media vuelta y se envolvía en su capa.

A media docena de pasos se detuvo y giró la cabeza.

—Dale recuerdos de mi parte a Kalam.

Al cabo de un momento desapareció entre las sombras.

Panek siguió mirándolo fijamente.

—¿Imagina que ahora camina sin ser visto? —le preguntó a su madre.



La cadena engrasada del ancla vibró suavemente al penetrar en el agua negra y aceitosa, cuando el Tapón de Trapo se detuvo en el puerto de Malaz, a cincuenta brazas de los muelles. Unas tenues luces amarillas dispersas iluminaban el paseo marítimo del barrio portuario, donde se encontraban los antiguos almacenes, entremezclados con destartaladas tabernas, posadas y bloques de pisos frente a los muelles. Al norte estaban las colinas, donde residían los ricos mercaderes y los nobles de la ciudad, cuyas mayores mansiones se extendían hasta el precipicio, con empinadas escaleras traseras que ascendían a la fortaleza de Mock. Se veían pocas luces en aquel viejo baluarte, pero Kalam alcanzó a distinguir un pendón que ondeaba con el fuerte viento, demasiado oscuro para distinguir los colores.

Se estremeció con un presentimiento al verlo. *Aquí hay alguien... alguien importante.*

A su espalda se acomodaba la tripulación, quejándose por lo tardío de su llegada, que les impediría desembarcar inmediatamente a las calles del puerto. El capitán del puerto esperaría a la mañana siguiente para bogar hasta el barco, inspeccionarlo y asegurarse de que los marineros estaban sanos, libres de infecciones y cosas por el estilo.

Hacía escasos minutos que había sonado las atonales campanas de medianoche. *El cálculo de Salk Elan era correcto, maldita sea.*

Nunca había formado parte del plan esta escala en la ciudad de Malaz. Originalmente Kalam se proponía esperar a Violín en Unta, donde ultimarían los detalles. Ben el Rápido había insistido en que el zapador podía llegar a través de la Casa de Muerte, aunque el mago solía ser

evasivo en cuanto a los detalles concretos. Kalam había empezado a pensar en la opción de la Casa de Muerte como ruta potencial de escape, sobre todo si algo salía mal, e incluso entonces solo como último recurso. Nunca le había gustado Azath, pues no confiaba en nada que pareciera tan benigno. Las trampas amigas eran siempre mucho más mortíferas que las abiertamente beligerantes.

A su espalda reinaba ahora el silencio y el asesino sintió cierta curiosidad por la rapidez con que se habían quedado dormidos los hombres tumbados en cubierta. El Tapón de Trapo permanecía inmóvil, con el susurro habitual del casco y las jarcias. Kalam, apoyado en el pasamanos del castillo de proa, contemplaba la ciudad que tenía delante y las moles oscuras de los buques que reposaban en sus atracaderos. El muelle imperial estaba a su derecha, donde el acantilado llegaba hasta el mar. Allí no había ningún barco a la vista.

Pensó en examinar de nuevo el pendón de la fortaleza, pero el esfuerzo parecía excesivo, en todo caso estaba demasiado oscuro y su imaginación siempre se alimentaba pensando en lo peor de todo lo que no podía saber.

Ahora se oyeron ruidos en el extremo de la bahía. Otro barco que avanzaba lentamente en la oscuridad, otra llegada tardía.

El asesino bajó la cabeza para mirar las manos que descansaban sobre el pasamanos. Parecían pertenecer a otra persona; el tono castaño oscuro de su piel, su suavidad, aquí y allá esas pálidas cicatrices, no eran suyas, sino víctimas de la voluntad de otro.

Se estremeció y quiso ahuyentar esa sensación.

Le llegaban los olores de la ciudad isleña. El hedor habitual de un puerto: aguas residuales en pugna con la podredumbre, agua salobre del mar mezclada con el tufillo acre del manso río que desembocaba en la bahía. Fijó de

nuevo la vista en la irregular sonrisa oscura de los edificios frente al mar. A pocas calles de allí, en una sórdida esquina entre bloques de pisos y pescaderías, sabía que se encontraba la Casa de Muerte, ignorada y evitada por todos los habitantes de la ciudad y, por su aspecto exterior, completamente abandonada, con su jardín lleno de maleza y sus rugosas piedras negras cubiertas de enredaderas. Ninguna luz en las ventanas abiertas de sus dos torres.

Si alguien puede lograrlo, ese es Violín. Ese rufián siempre ha sido afortunado. Al parecer será un zapador toda la vida, con el sentido adicional de un zapador. ¿Qué diría si estuviera aquí ahora, junto a mí?: «Esto no me gusta, Kal. Seguro que hay algo torcido. Mueve esas manos...».

Kalam frunció el entrecejo y volvió a contemplar sus manos, con la intención de levantarlas del pasamanos.

Nada.

Intentó retroceder, pero sus músculos se negaron a obedecer. Empezó a sudar y las gotas rodaron bajo su ropa sobre el reverso de sus manos.

—Esto es una verdadera ironía, amigo mío —dijo una melodiosa voz junto a él—. Compréndelo, es tu mente la que te ha traicionado. La mente formidable y letal del asesino Kalam Mekhar —prosiguió Salk Elan, examinando la ciudad, apoyado en el pasamanos—. Debes saber que hace mucho tiempo que te admiro. Eres una auténtica leyenda, el mejor asesino que la Garra ha tenido jamás... y que ha perdido. Y es esa pérdida lo que más duele. Si te lo hubieras propuesto, Kalam, podrías estar al mando de toda la organización; bueno, puede que Topper no estuviera de acuerdo y reconozco que, en ciertos sentidos, es muy superior a ti. Me habría matado el primer día, por inseguro que estuviera del riesgo que yo podía suponer. No obstante

—prosiguió Salk Elan al cabo de un momento—, cuchillo contra cuchillo tú lo superas, amigo.

»Otra ironía para ti, Kalam. Yo no estaba en Siete Ciudades para encontrarte, en realidad no sabíamos nada sobre tu presencia allí. Es decir, hasta que me topé con cierta espada roja que lo sabía. Te ha venido siguiendo desde Erhlitan, antes de que le entregaras el libro a Sha'ik. ¿Sabías que habías conducido a las Espadas Rojas directamente a esa bruja? ¿Sabías que lograron asesinarla? Esa espada roja habría estado aquí conmigo de no haber sido por un lamentable incidente en Aren. Pero, en todo caso, prefiero trabajar solo.

»Reconozco que me siento orgulloso del nombre Salk Elan. Pero aquí y ahora, mi vanidad evidentemente insiste en que conozcas mi verdadero nombre, que es Perla. —Suspiró, mientras hacía una pausa y miraba a su alrededor—. Me desconcertaste una sola vez, con aquella astuta sugerencia de que tal vez Ben el Rápido se ocultara en tu equipaje. Casi sentí pánico, hasta que me percaté de que si fuera cierto yo ya estaría muerto, arrojado por la borda para alimentar a los tiburones.

»Nunca debiste haber abandonado la Garra, Kalam. No nos sienta nada bien el rechazo. La emperatriz quiere verte, ¿sabes? En realidad quiere mantener una conversación contigo. Antes de despellejarte vivo, supongo. Es lamentable que las cosas no sean tan sencillas, ¿no te parece?

»Y aquí estamos...

Kalam vio de reojo que el hombre junto a él desenfundaba una daga.

—Son las leyes inmutables de la Garra, tú lo sabes. Una en particular, que estoy seguro de que conoces a la perfección...

La hoja penetró hondo en el costado de Kalam, con un dolor apagado y lejano. Perla retiró el arma.

—No es mortal, solo provoca una gran pérdida de sangre. Un debilitante, por así decirlo. ¿No te parece que la ciudad de Malaz está tranquila esta noche? No es sorprendente, hay algo en el aire que todo matón, granuja y ladronzuelo percibe, y todos mantienen la cabeza gacha. Te esperan tres manos de la Garra, Kalam, anhelando que empiece la caza. Es una ley inmutable, Kalam... En la Garra nos ocupamos de los nuestros.

Unos dedos agarraron al asesino.

—Despertarás en contacto con el agua, amigo mío. Reconozco que es una buena distancia a nado, especialmente con esa armadura que llevas. Y la pérdida de sangre no te ayudará... Además, esta bahía es archiconocida por sus tiburones, ¿no es cierto? Pero confío plenamente en ti, Kalam. Sé que llegarás a tierra. Por lo menos eso. Luego...

Percibió que lo levantaban por encima de la borda. Miró fijamente el agua negra del fondo.

—Es una auténtica pena —suspiró Perla cerca de su oído—, lo del capitán y su tripulación, pero estoy seguro de que comprendes que no tengo otra alternativa. Adiós, Kalam Mekhar.

El asesino hizo un ruido suave al caer al agua. Perla miró por la borda mientras el agua de la superficie volvía a la normalidad. Flaqueó su confianza en Kalam. Después de todo, llevaba puesta una armadura de malla. Luego se encogió de hombros, empuñó un par de dagas y se volvió hacia las figuras inmóviles en cubierta.

—¡Hay que ver, el trabajo de un buen hombre nunca acaba! —dijo mientras avanzaba.

La figura que surgió frente a él de las tinieblas era enorme, angulosa y de extremidades negras. Un solo ojo brillaba en su cabeza de largo hocico y apenas revoloteando tras dicha cabeza había un jinete, cuyo rostro era una parodia del de su montura.

Perla retrocedió, con una sonrisa.

—Aprovecho la oportunidad para darte las gracias por tus esfuerzos contra el semk. No sabía de dónde procedías entonces, ni sé cómo es que estás aquí ahora, ni el porqué, pero te ruego aceptes mi gratitud...

—Kalam —susurró el jinete—. Estaba aquí hace un momento.

Perla entrecerró los ojos.

—Ah, ahora comprendo. No era a mí a quien seguías, ¿no es cierto? No, claro que no. ¡Qué bobada por mi parte! Pues bien, para responder a tu pregunta, niño, Kalam se ha ido a la ciudad...

La arremetida del demonio lo interrumpió. Perla se agachó bajo sus fauces, evitando su mordedura, y se puso directamente en la trayectoria del barrido de su zarpa. El impacto lanzó a la garra a más de seis metros de distancia y se estrelló contra un bote amarrado. Se dislocó un hombro y sintió un intenso dolor. Rodó por el suelo, y quedó sentado. Observó al demonio que se le acercaba.

—Veo que he encontrado un digno rival —susurró Perla—. Muy bien —agregó, al tiempo que se llevaba la mano bajo la camisa—. Entonces prueba esto.

La diminuta botella se desmenuzó sobre la cubierta entre ambos. Salió humo, que empezó a fusionarse.

—El demonio kenryll'ah parece ansioso, ¿no crees? Bien... —dijo, con un esfuerzo para ponerse de pie—, creo que os dejaré que lo resolváis entre vosotros. Hay cierta taberna en la ciudad de Malaz que me muero por ver.

Hizo un gesto y se abrió una senda, le pasó por encima y cuando se cerró, Perla había desaparecido.

La aptoriana observó al demonio imperial tomar forma: una criatura del doble de su peso, enorme y bestial.

El niño bajó la mano y dio unos golpecitos sobre el único hombro de la aptoriana.

—Démonos prisa con este, ¿de acuerdo?



Un coro de sacudidas y estallidos de la madera despertó al capitán. Parpadeó en la oscuridad y comprobó que el Tapón de Trapo cabeceaba desaforadamente a su alrededor. Se oían gritos en cubierta. El capitán se levantó refunfuñando de la cama, con una claridad mental que no sentía desde hacía meses, una libertad de acción que indicaba de forma inequívoca que la influencia de Perla había desaparecido.

Se tambaleó hasta la puerta de su camarote, con las extremidades débiles por falta de uso, y salió al pasillo.

Cuando emergió en cubierta, se encontró con un montón de marineros acurrucados. Dos horrendas criaturas luchaban directamente delante de ellos, la mayor de las cuales, incapaz de igualar la velocidad centelleante de su rival, se había convertido en una masa de carne hecha jirones. Los golpes feroces de su hacha de doble filo habían reducido a trizas la cubierta y el pasamanos. Uno de los hachazos había partido el palo mayor y, aunque seguía en pie sujeto por las jarcias, estaba precariamente ladeado, y el buque, en gran medida, escorado por el peso.

—¡Capitán!

—Ordena a los muchachos que suelten los botes que haya y los arrastren hacia la popa, Palet. Desde allí los bajaremos al agua.

—¡A la orden!

El primer oficial en funciones dio las órdenes oportunas y luego volvió la cabeza para mirar al capitán con una sonrisa.

—Me alegro de tu regreso, Carthe...

—Cierra el pico, Palet. Eso es Malaz y yo me ahogué hace muchos años, no lo olvides —dijo, mirando a los demonios que peleaban con los ojos entrecerrados—. El Tapón de Trapo no lo resistirá...

—Pero el botín...

—¡Al Embozado con el botín! Siempre podremos subirlo de nuevo a flote, pero debemos estar vivos para eso. Ahora démonos prisa con esos botes, el barco hace agua y no tardaremos en hundirnos.

—¡Que Beru nos proteja! ¡El mar está plagado de tiburones!



A casi cincuenta metros mar adentro, el capitán del mercante rápido y su primer oficial intentaban dilucidar la causa de la conmoción.

—Atrás los remos —ordenó el capitán—. Parada completa.

—A la orden.

—Ese barco se hunde. Reúne equipos de rescate, abajo los botes...

Oyeron los cascos de un caballo en la cubierta, a su espalda. Ambos se volvieron y el primer oficial se adelantó.

—¡Eh, tú! En nombre de Mael, ¿qué crees que estás haciendo? ¿Cómo has subido este maldito animal a bordo?

La mujer ajustó la cincha y luego montó sobre la silla.

—Lo siento —respondió—, pero no puedo esperar.

Marineros e infantes abrieron paso cuando avanzó con el caballo. El animal saltó el pasamanos y penetró en la oscuridad. Al cabo de un momento se oyó un sonoro chapoteo.

El primer oficial miró al capitán boquiabierto.

—Llama al mago de a bordo y trae una cabra —ordenó el capitán.

—¿Capitán?

—Cualquiera tan valiente y estúpido para hacer lo que acabamos de presenciar, merece toda nuestra ayuda. Ordénale al mago del barco que limpie con la cabra un camino de tiburones y de cualquier otra cosa que pudiera acecharla. ¡Date prisa!

CAPÍTULO 21



Todo trono es el blanco de una flecha.

Kellanved

Bajo el elevado chapitel del torbellino había una nube de polvo cuando el enorme ejército levantó el campamento. Impulsadas por rachas caprichosas, las nubes amarillentas se dispersaron a partir del oasis para posarse aquí y allá, en apriscos de ruinas erosionadas. Por todas partes el aire tenía un luminoso tono dorado, como si el desierto hubiera desvelado por fin sus recuerdos de riqueza y gloria, solo para revelar lo que eran en realidad.

Sha'ik estaba en la azotea de la atalaya de madera cerca de la explanada del palacio, casi ajena a los bulliciosos esfuerzos de toda una ciudad, con la mirada fija en la opacidad del sur. La niña que había adoptado estaba agachada junto a ella, observando a su nueva madre con la mirada fija y atenta.

Se oían incesantes crujidos en la escalera bajo sus pies y Sha'ik acabó por percatarse de que alguien ascendía penosamente. Al volver la cabeza, vio que por la trampilla asomaban la cabeza y los hombros de Heboric. El viejo subió a la plataforma y colocó una mano invisible sobre la cabeza de la niña, antes de mirar a Sha'ik con los ojos entrecerrados.

—L'oric es a quien hay que vigilar —dijo Heboric—. Los otros dos creen que son sutiles, pero llaman mucho la atención.

—L'oric —susurró Sha'ik, con la mirada de nuevo al sur—. ¿Qué impresión te causa?

—Tus conocimientos superan los míos, muchacha...

—No obstante.

—Creo que intuye el trato.

—¿El trato?

Heboric se colocó junto a ella y apoyó sus antebrazos tatuados en la delgada verja de madera.

—El que la diosa ha hecho contigo. El que demuestra que en realidad no ha tenido lugar ningún renacimiento...

—¿No ha ocurrido, Heboric?

—No. Ningún bebé elige nacer, ningún bebé tiene voz ni voto en el asunto. Tú has tenido ambas cosas. Sha'ik no ha renacido, ha sido reconstruida. Es perfectamente posible que L'oric lo aproveche, por considerarlo una brecha en tu armadura.

—Entonces se arriesga a la ira de la diosa.

—Así es, muchacha, y no creo que lo ignore, razón por la cual debe estar atento. Ser cuidadoso.

Durante algún tiempo guardaron silencio, ambos con la mirada en el manto impenetrable del sur. Por fin Heboric se aclaró la garganta.

—Tal vez con tus nuevos dones puedas contestar algunas preguntas.

—¿Por ejemplo?

—¿Cuándo te eligió Dryjhna?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo empezó la manipulación? ¿Aquí en Raraku? ¿En Solideo? ¿O en un continente lejano? ¿Cuándo posó la diosa su mirada en ti por primera vez, muchacha?

—Nunca lo hizo.

Heboric se sobresaltó.

—Eso parece...

—¿Improbable? Sí, pero es cierto. El viaje ha sido mío y solo mío. Debes comprender que ni siquiera las diosas pueden prever las muertes inesperadas, esos giros de la mortalidad, las decisiones que se toman, los caminos que se siguen o no se siguen. La predecesora de Sha'ik tenía el don de la profecía, pero ese don, cuando se posee, no es más que una semilla. Crece en la libertad del alma humana. Las visiones de Sha'ik trastornaron en gran medida a Dryjhna. Visiones sin sentido. Una insinuación de peligro, pero nada seguro, nada en absoluto. Además —agregó, encogiéndose de hombros—, la estrategia y las tácticas resultan odiosas al Apocalipsis.

—Esto no augura nada bueno —respondió Heboric, con una mueca.

—Te equivocas. Somos libres de forjar nuestro propio destino.

—Aunque la diosa no te guiara, algo o alguien lo hizo. De lo contrario, Sha'ik nunca hubiera tenido esas visiones.

—Ahora hablas del destino. Eso, Heboric, debes discutirlo con otros eruditos como tú. No todos los misterios pueden desvelarse, por mucho que te empeñes en creer lo contrario. Lamento que te duela...

—Mucho más lo lamento yo. Pero se me ocurre que no solo los mortales somos meras fichas en un tablero, sino que también lo son los dioses.

—«Fuerzas elementales en oposición» —sonrió la muchacha.

Heboric levantó las cejas y luego frunció el entrecejo.

—Una cita. Una cita que me resulta familiar...

—Debería serlo. Después de todo, está grabada en la puerta imperial de Unta. Son palabras literales de Kellanved, que pretenden justificar el equilibrio entre la destrucción y la creación: la expansión del Imperio en toda su hambrienta gloria.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó el viejo.

—¿He impulsado tu mente a dar giros en otras direcciones, Heboric?

—Así es.

—Bueno, ahórrate el aliento. Será el sujeto de tu nuevo tratado; sin duda un puñado de viejos locos desconocidos darán saltos de alegría.

—¿Viejos locos?

—Tus colegas, Heboric. Tus lectores.

—¡Ah!

Guardaron otro prolongado silencio, hasta que el antiguo sacerdote se decidió a hablar de nuevo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—¿Con lo que ha sucedido ahí?

—Con lo que todavía sucede. La insensata matanza que Korbolo Dom lleva a cabo en tu nombre...

—En nombre de la diosa —replicó la muchacha, consciente del tono irritado de su propia voz, después de haber intercambiado ya duros comentarios al respecto con Leoman.

—Probablemente le ha llegado la noticia del «renacimiento»...

—No, no ha sido así. He sellado Raraku, Heboric. La tormenta desencadenada a nuestro alrededor puede despellejar carne y hueso. Ni siquiera un t'lan imass sobreviviría.

—Sin embargo, has hecho un anuncio —dijo el viejo—. El torbellino.

—Que ha despertado dudas en Korbolo Dom. Y temores. Está impaciente por concluir la labor que ha elegido. Se encuentra todavía libre de restricciones y, por tanto, goza de libertad para satisfacer sus obsesiones...

—¿Y entonces, qué piensas hacer? Podríamos emprender la marcha, claro está, pero tardaríamos meses en llegar a la llanura de Aren y para entonces Korbolo le habría ofrecido a Tavore toda la justificación que necesita para imponer un castigo despiadado. La rebelión ha sido sangrienta, pero tu hermana hará que lo sucedido parezca un rasguño en el trasero.

—Tú, Heboric, la consideras superior a mí, ¿no es cierto? En lo concerniente a tácticas...

—Existe un precedente de lo cruel que puede llegar a ser tu hermana, muchacha —refunfuñó Heboric—. Tienes la prueba ante tus propios ojos...

—Y ahí radica mi principal ventaja, viejo. Tavore cree que se enfrentará a una bruja del desierto a la que no conoce. Su ignorancia no minimiza el desdén que siente por ella. Yo, por el contrario, no desconozco a mi enemigo...

Un cambio sutil tuvo lugar en el rugido lejano del torbellino que se elevaba a su espalda. Sha'ik sonrió. Heboric tardó unos momentos en percibir el cambio y volvió la cabeza.

—¿Qué sucede?

—No tardaremos meses en llegar a Aren, Heboric. ¿Te has preguntado lo que es el torbellino?

Los ojos ciegos del viejo se ensancharon frente a aquella columna de polvo y viento. Sha'ik se preguntó cómo percibían el fenómeno sus sentidos sobrenaturales, pero sus siguientes palabras dejaron claro que lo que veía era cierto.

—¡Por todos los dioses, se inclina a un lado!

—La senda de Dryjhna, Heboric, nuestro camino al sur por el torbellino.

—¿Nos llevará allí a tiempo, Fel... Sha'ik? ¿A tiempo de detener la locura de Korbolo Dom?

No respondió, porque ya era demasiado tarde.



Cuando Duiker entró por las puertas de la ciudad, una mano enguantada agarró las riendas de su yegua y la obligó a detenerse. Otra mano de menor tamaño se aferró a la muñeca del historiador y tiró de él con algo parecido a desesperación. Al bajar la cabeza vio un miedo aterrador en el rostro de Menos, que congeló la sangre en sus venas.

—A la torre —suplicó Menos—. ¡Rápido!

Un extraño murmullo crecía en las murallas de Aren, un sonido de la oscuridad que impregnaba el aire polvoriento. Cuando Duiker se apeó de la silla, su corazón empezó a palpar con fuerza. Menos lo condujo a través de la muchedumbre de miembros de la guarnición y de los refugiados. Percibió otras manos que se extendían para tocarlo con suavidad, como si imploraran una bendición o se la confirieran a su paso.

De pronto se abrió ante él una puerta arqueada, que daba a un sombrío vestíbulo desde donde ascendía una escalera de piedra dentro de la muralla. El sonido de las murallas se convertía en un rugido, un grito silencioso de indignación, horror y angustia. Retumbaba con una determinación de locura dentro de la torre y aumentaba de timbre con cada paso de la hechicera y del historiador.

En el rellano, Menos lo condujo tras los dos arqueros apostados frente a las rendijas de la muralla y siguieron ascendiendo por los desgastados peldaños. Ninguno de los arqueros les prestó la menor atención.

Cuando se acercaban al brillante haz de luz debajo de la trampilla del techo, oyeron una voz temblorosa.

—Son demasiados... No puedo hacer nada, no, que los dioses me perdonen... Demasiados, demasiados...

Menos ascendió por el haz luminoso, seguida de Duiker, y llegaron a una ancha plataforma, con tres figuras junto al muro exterior. Duiker reconoció al de la izquierda, Mallick Rel, el consejero al que había visto por última vez en Hissar, con sus sedas agitadas por el cálido viento. El hombre junto a él era probablemente el puño supremo Pormqual, alto, delgado, de hombros caídos, con ropajes tales que un rey parecería un mendigo, y unas manos pálidas que rozaban la superficie de las almenas como pájaros atrapados. A su derecha había un soldado con armadura reglamentaria y un brazalete trenzado en su brazo izquierdo, distintivo de su rango de comandante. Tenía sus robustos brazos cruzados, como si intentara aplastar sus propios huesos. La tensión acumulada en su interior parecía estar a punto de estallar.

Cerca de la trampilla estaba sentado Nada, con las extremidades laxas. El joven hechicero volvió su cara gris y envejecida para mirar a Duiker. Menos se agachó para darle a su hermano un fuerte abrazo, que no parecía dispuesta a romper ni capaz de relajar.

Ahora gritaban los soldados a ambos lados a lo largo de la muralla, con un sonido que cortaba el aire como la guadaña del propio Embozado.

El historiador se acercó al muro junto al comandante y colocó las manos sobre la piedra caldeada del parapeto de la almena. Siguió la mirada absorta de los demás, apenas

capaz de respirar. Una oleada de pánico recorrió su interior al contemplar la escena en la ladera del túmulo mortuario más cercano.

Coltaine.

Sobre una reducida masa de menos de cuatrocientos soldados, ondeaban tres estandartes: el del Séptimo, el esqueleto de perro pulido y articulado del clan de Perroloco, y las alas negras del Cuervo sobre un disco de bronce que brillaba a la luz del sol. Con orgullo, desafiantes, los abanderados los mantenían erguidos.

Por todas partes presionaban con brutal frenesí los millares de soldados de Korbolo Dom, una masa desprovista de toda disciplina, interesada solo en matar. Por los dos lados visibles aparecieron compañías de caballería, ocupando el espacio entre el túmulo y las murallas de la ciudad, pero sin acercarse lo suficiente para ponerse al alcance de los arqueros de Aren. La guardia personal de Korbolo Dom y, sin duda, el propio puño renegado se habían situado en la cima del penúltimo túmulo y levantaban una plataforma, como para asegurarse de tener una buena vista de los acontecimientos en el montículo siguiente.

La distancia no era suficiente para evitar que los testigos desde la torre y a lo largo de la muralla de la ciudad presenciaran los acontecimientos. Duiker vio a Coltaine, rodeado de un pequeño grupo de ingenieros de Picadora y un puñado de infantes de marina de Tregua, con su escudo redondo lleno de abolladuras en su brazo izquierdo, su espada quebrada con la longitud ahora de un machete en su mano derecha y su capa de plumas que brillaba como si estuviera embadurnada con alquitrán. El historiador vislumbró también al comandante Bastión, que encabezaba la retirada hacia la cima de la colina. Los sabuesos daban brincos alrededor del veterano wickano como frenéticos

guardaespaldas, a pesar de las oleadas de flechas a las que estaban sometidos. Entre los animales destacaba uno enorme, al parecer indómito, que seguía luchando a pesar de haberse convertido en un acerico de flechas.

Los caballos habían desaparecido. El clan Comadreja había desaparecido. Los guerreros de Perroloco eran una mera veintena, alrededor de media docena de ancianos y parteras de caballos, lo único que quedaba de su menguado núcleo. Del Cuervo, Coltaine y Bastión eran los últimos.

Los soldados del Séptimo, de los cuales muy pocos conservaban un resto de armadura, mantenían un sólido círculo alrededor de los demás. Muchos de ellos no levantaban siquiera las armas, pero mantenían su posición incluso cuando los descuartizaban. No se hacía concesión alguna, todo soldado que caía herido era automáticamente aniquilado: arrancaban sus yelmos, rompían sus brazos cuando intentaban protegerse de los ataques y, con múltiples golpes, aplastaban sus cráneos.

La piedra bajo las manos de Duiker era ahora pegajosa, resbaladiza. Por sus brazos ascendían pinchazos de dolor, que apenas percibía.

Con un esfuerzo descomunal, el historiador levantó las manos y extendió sus dedos enrojecidos en dirección a Pormqual...

El comandante de la guarnición le cortó el paso.

El puño supremo vio a Duiker y retrocedió.

—¡Tú no lo entiendes! —exclamó—. ¡No puedo salvarlos! ¡Son demasiados! ¡Demasiados!

—¡Sí que puedes, bastardo! ¡Puedes mandar una misión de combate a ese montículo, acordonarlo, maldito seas!

—¡No! ¡Nos aplastarán! ¡No debo hacerlo!

—Tienes razón, historiador —refunfuñó el comandante—. Pero no quiere. El puño supremo no nos permite

salvarles...

Duiker hizo un esfuerzo para librarse de la mano del comandante, pero este lo empujó.

—¡Válgame el Embozado! —exclamó el comandante—. Lo has intentado... Todos lo hemos intentado...

—Mi corazón derrama lágrimas, historiador —dijo en voz baja Mallick Rel, acercándose—. No hay forma de convencer al puño supremo...

—¡Esto es un asesinato!

—Por el que Korbolo Dom pagará muy caro.

Duiker dio media vuelta para acercarse de nuevo al muro.

Se estaban muriendo. Ahí, casi a su alcance... no, al alcance de un soldado. La angustia se cernió como un puño negro en las entrañas del historiador. *No puedo mirar. Pero debo hacerlo.*

Vio menos de un centenar de soldados todavía de pie, pero se había convertido en una carnicería; la única batalla que quedaba por librar era entre las fuerzas de Korbolo por la oportunidad de dispensar los golpes de gracia y levantar los lúgubres trofeos con vítores furiosos. Los miembros del Séptimo caían sin remedio, utilizando su carne y sus propios huesos para proteger a sus mandos, los que los habían conducido a través de un continente para morir ahora, casi a la sombra de las altas murallas de Aren.

Y en lo alto de esas murallas, un ejército, diez mil compañeros de armas que presenciaban el mayor crimen jamás cometido por un puño supremo malazano.

Cómo se las había arreglado Coltaine para llegar tan lejos superaba la capacidad de comprensión de Duiker. Presenciaba el fin de una batalla que debía de haber durado varios días sin interrupción, una batalla que había asegurado la supervivencia de los refugiados *y esa era la*

razón por la que aquella nube de polvo se acercaba con tanta lentitud.

Los restos del Séptimo desaparecieron bajo un enjambre de cadáveres. Bastión estaba de espaldas al abanderado, con sendas espadas dhobri de doble filo en las manos. Le cercó una muchedumbre, clavándole lanzas como lo habrían hecho con un jabalí acorralado. Incluso entonces intentó levantarse y le asestó un golpe de espada a un atacante, que retrocedió gimiendo. Pero las lanzas seguían penetrando en el cuerpo del wickano, hasta derribarle y acabar con su vida.

El abanderado abandonó su puesto, aunque el estandarte seguía en pie sujeto entre los cadáveres, y brincó desesperadamente para acercarse a su comandante. Una hoja le cortó la cabeza de cuajo, que rodó hasta reunirse con el resto de los despojos al pie del estandarte, y así murió el cabo Lista, después de experimentar varios amagos de muerte meses antes en Hissar.

La posición de Perroloco desapareció sepultada bajo un túmulo de cadáveres y poco después se desplomó el estandarte. Se izaban y agitaban cráneos sangrientos como trofeos, de los que manaba una lluvia roja.

Rodeado de los últimos ingenieros e infantes de marina, Coltaine seguía luchando. Su desafío duró solo otro momento, cuando los guerreros de Korbolo Dom mataron al último defensor para engullir luego al propio Coltaine, sepultado en su descabellado frenesí.

Un enorme sabueso acribillado de flechas corrió al lugar donde Coltaine había estado, pero entonces una lanza atravesó al animal y lo levantó por los aires. Se estremeció al deslizarse por el asta, e incluso entonces se cobró una última víctima, destrozándole la garganta al portador de la lanza.

Luego él también desapareció.

El estandarte del Cuervo tembló, se ladeó y se derrumbó para desaparecer en el tumulto.

Duiker permanecía inmóvil, incrédulo.

Coltaine.

Un aullido agudo brotó a la espalda del historiador y volvió lentamente la cabeza. Menos sujetaba todavía a Nada como si fuera un bebé, pero con la cabeza echada atrás y los ojos muy abiertos mirando al cielo.

Una sombra los envolvió.

Cuervos.

Y a Sormo, el hechicero mayor, allí en la muralla de Unta, acudieron once cuervos, once, para llevarse el alma de aquel gran hombre, porque una sola criatura no podía con ella. Once.

El firmamento sobre Aren se llenó de cuervos, un mar negro de alas, que llegaban de todas partes.

El aullido de Menos siguió aumentando de volumen, como si le arrancaran su propia alma por la garganta.

Un sobresalto sacudió a Duiker. *No es el fin... No ha acabado...* Volvió la cabeza, vio que se levantaba una cruz, el hombre crucificado todavía vivía.

—¡No lo soltarán! —gritó Menos, de pronto junto al historiador, con la mirada fija en los túmulos.

Se tiraba de los pelos, arañaba su propio cuero cabelludo, hasta que la sangre descendió a chorros por su cara. Duiker agarró sus muñecas, que en sus manos parecían las de una niña, y las separó para evitar que alcanzaran sus propios ojos.

Kamist Reloe estaba en la plataforma junto a Korbolo Dom. Floreció la brujería: una ola salvaje y virulenta que se elevó y chocó contra los cuervos que se acercaban. Las figuras negras giraron y cayeron del firmamento...

—¡No! —gimió Menos, que se estremecía en los brazos de Duiker intentando arrojarse desde lo alto de la muralla.

La nube de cuervos se desparramó y recuperó luego la formación, para intentar acercarse de nuevo.

Kamist Reloe aniquiló otros varios centenares.

—¡Soltad su alma! ¡Soltad la carne! ¡Soltadlo!

Junto a ellos, el comandante de la guarnición volvió la cabeza para dirigirse a uno de sus asistentes en un tono frío como el hielo.

—Tráeme a Bizco, cabo. ¡Ahora!

El asistente no se molestó en bajar por la escalera, se limitó a acercarse al muro interior, se inclinó sobre el mismo y gritó:

—¡Bizco! ¡Sube, maldita sea!

Otra ola de brujería barrió más cuervos del firmamento. En silencio, se reagruparon de nuevo.

El fragor de las murallas de Aren había cesado. Ahora solo el silencio impregnaba el ambiente.

Menos se había desplomado junto al historiador, como una niña en sus brazos. Duiker veía a Nada acurrucado e inmóvil en la plataforma, cerca de la portezuela, inconsciente o muerto. Se había meado y el charco se esparcía a su alrededor.

Se oyeron pisadas de botas en la escalera.

—Ha estado ayudando a los refugiados, señor —dijo el asistente, dirigiéndose al comandante—. No creo que tenga la menor idea de lo que ocurre...

Duiker volvió de nuevo la cabeza para contemplar la larga figura clavada a la cruz. Todavía vivía, no le permitirían morir, no liberarían su alma y Kamist Reloe sabía exactamente lo que hacía, conocía el horror de su crimen, conforme destruía paso a paso los recipientes para

aquella alma. Por todas partes se acumulaban guerreros vociferantes, que bullían en el t́mulo como insectos.

Diversos objetos empezaron a impactar contra la figura crucificada, provocando manchas rojas. *Trozos de carne, dioses... trozos de carne... lo que queda del ej́ercito...* A Duiker se le encogieron las entrañas ante tanta crueldad.

—¡Ven aquí, Bizco! —oyó que ordenaba el comandante.

Un individuo bajo, robusto y canoso se abrió paso junto a Duiker. Sus ojos, sepultados en un nido de arrugas, miraban fijamente a la figura en la lejanía.

—Misericordia —susurró.

—¿Y bien? —preguntó el comandante.

—Eso son medio millar de pasos, Blistig...

—Lo sé.

—Puede que necesite más de un disparo, señor.

—Entonces a qué esperas, maldita sea.

El viejo soldado, con un uniforme que parecía que no se había lavado ni remendado desde hacía décadas, descolgó el arco de su hombro. Cogió la cuerda, pisó la madera del arco y la dobló con fuerza sobre el muslo. Le temblaban los brazos cuando introdujo la cuerda en su ranura. Luego se incorporó y examinó las flechas en la aljaba sujeta a su cintura.

Otra ola de brujería alcanzó a los cuervos.

Después de un prolongado momento, Bizco seleccionó una flecha.

—Apuntaré al pecho. Es el mayor objetivo, señor, y con un disparo certero aliviará su pobre alma.

—Una palabra más, Bizco —susurró Blistig—, y te cortaré la lengua.

El soldado preparó la flecha.

—Entonces háganme sitio —dijo.

Menos estaba laxa en los brazos de Duiker cuando retrocedió un paso.

El arco, incluso montado, era tan alto como él. Sus antebrazos, cuando tiró de la cuerda, eran como maromas de cáñamo: liados, retorcidos y tensos. La cuerda rozó su mentón con barba de tres días antes de alcanzar su posición, y exhaló de forma lenta y regular.

Duiker se percató de que de pronto el arquero temblaba y ensanchaba los ojos, que se manifestaron por primera vez como pequeñas canicas negras en nidos con franjas rojas.

—¡Bizco! —exclamó Blistig, con un asomo de miedo en la voz.

—¡Ese parece Coltaine, señor! —jadeó el viejo—. Quiere que mate a Coltaine...

—¡Bizco!

Menos levantó la cabeza y extendió una mano ensangrentada a modo de súplica.

—Libérale. Por favor.

El viejo la observó unos instantes. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Cesó su temblor; el propio arco no se había movido un pelo.

—¡Por el aliento del Embozado! —exclamó Duiker.

Está llorando. Ese bastardo no puede apuntar...

La cuerda del arco vibró. La larga flecha cortó el aire.

—¡Dioses! —refunfuñó Bizco—. ¡Demasiado alta, demasiado alta!

El proyectil se elevó, cruzó sin tocar la masa de cuervos, e inició un firme descenso.

Duiker habría jurado que Coltaine levantó entonces la cabeza, y miró agradeciendo el regalo, cuando la punta de hierro impactó en su frente, destrozó el hueso, penetró en su cerebro y le produjo una muerte instantánea. La cabeza

retrocedió de golpe entre los travesaños de madera y la flecha salió por la nuca.

Los guerreros en la colina retrocedieron atemorizados.

Los cuervos agitaron el aire con sus estremecedores gemidos y descendieron hacia la figura inerte en la cruz, sobrevolando las laderas abarrotadas de guerreros. La brujería que asedió a los pájaros fue repelida, dispersada por alguna fuerza que ascendía para unirse a ellos... ¿el alma de Coltaine?

La nube envolvió a Coltaine por completo, incluida la cruz, y a esa distancia las aves le parecían a Duiker moscas sobre un trozo de carne.

Y cuando se elevaron en un estallido hacia el firmamento, el comandante del clan Cuervo había desaparecido.

Duiker se tambaleó y buscó apoyo en el muro de piedra. Menos se le escurrió entre sus brazos paralizados, con la cara oculta tras sus mechones de pelo ensangrentado cuando se acurrucó a sus pies.

—Lo he matado —gimió Bizco—. He matado a Coltaine. ¿Quién le ha arrebatado la vida a ese hombre? Pues un viejo soldado destrozado del ejército del puño supremo... él ha matado a Coltaine... Oh, Beru, apiádate de mi alma...

Duiker abrazó al viejo y lo sujetó con fuerza entre sus brazos. El arco repiqueteó sobre las tablas de madera de la plataforma. El historiador percibió que aquel hombre se desplomaba en sus brazos, como si se desmoronaran sus huesos, como si envejeciera varios siglos con cada respiración entrecortada.

El comandante Blistig agarró al arquero por el pescuezo y lo obligó a incorporarse.

—Escúchame, bastardo —exclamó—. Antes de que haya acabado el día, diez mil soldados pronunciarán tu nombre

—dijo con voz temblorosa—. Como una plegaria, Bizco, como una maldita plegaria.

El historiador cerró con fuerza los ojos. Se había convertido en un día para sujetar las figuras rotas en sus brazos. *¿Pero quién me sujetará a mí?*

Duiker abrió los ojos, levantó la cabeza. El puño supremo Pormqual movía los labios, como si rezara en silencio implorando perdón. La conmoción estaba impresa en ese hombre flaco, de rostro grasiento, así como un destello de miedo desnudo cuando su mirada se cruzó con la del historiador.

En el túmulo se estremecía el ejército de Korbolo Dom, como juncos en un remolino, con un movimiento inquieto y sin sentido. Se enfrentaban ahora a las secuelas. Surgieron voces, gritos inarticulados, pero no los suficientes para romper el silencio aterrador y su poder creciente.

Los cuervos habían desaparecido, los palos de la cruz estaban vacíos por encima de la masa con sus lanzas ensangrentadas.

Sobre sus cabezas, había empezado a morir el firmamento.

Duiker miró de nuevo a Pormqual. El puño supremo parecía encogerse a la sombra de Mallick Rel. Movié la cabeza como para negar lo sucedido.

Negado tres veces, puño supremo.

Coltaine está muerto. Todos están muertos.

CAPÍTULO 22



Yo vi la saeta del sol,
con su inequívoco arco,
en la frente de aquel hombre.
Al impacto, los cuervos
convergióron como la noche
absorbiendo aliento.

Cadena de perros
Seglora

Tenues ondulaciones acariciaban el lodo tachonado de basura bajo los muelles. Insectos nocturnos danzaban casi al alcance del agua, que bullía con la puesta frenética de huevos de alguna especie de anguilas. Millares de pequeños peces negros y relucientes serpenteaban bajo los insectos danzantes. Esa invasión silenciosa de la orilla del puerto había pasado casi inadvertida a lo largo de generaciones, solo debido a que las anguilas tenían un sabor muy desagradable.

Más allá, en la oscuridad, se oyó un fuerte chapoteo. Las olas que llegaron entonces a la orilla eran mayores, más agitadas, como única indicación de la irrupción de un desconocido.

Kalam se tambaleó hasta la orilla y se desplomó sobre el lodo en ebullición. Corría aún la sangre caliente entre los dedos de su mano derecha, con la que presionaba la herida

del navajazo. El asesino no llevaba camisa y su armadura de malla todavía se agarraba a su espalda en el fondo cenagoso de la bahía de Malaz. Vestía solo calzas de gamuza y mocasines.

Al quitarse la armadura durante su inesperada zambullida a las profundidades, se había visto obligado a desprenderse de su cinturón y su espada. Con su necesidad imperante de salir a la superficie para llenarse los pulmones de aire, lo había soltado todo.

Ahora estaba desarmado.

En algún lugar de la bahía, un barco estaba siendo destrozado y los ruidos feroces se desplazaban por el agua. Kalam pensó en ello, pero solo momentáneamente. Tenía otras cosas en la mente.

Pequeños mordiscos le indicaron que las anguilas estaban contrariadas por su intrusión. Con un esfuerzo para lentificar su respiración, escaló la cenagosa orilla. Trozos de cerámica rasgaban su piel al acercarse a las primeras piedras del rompeolas. Se tumbó de espaldas, con la mirada en la parte inferior del muelle cubierta de algas. Al cabo de un momento cerró los ojos y empezó a concentrarse.

La hemorragia de su costado se redujo a un goteo y luego se detuvo.

A los pocos minutos se sentó, empezó a quitarse las anguilas que se aferraban como sanguijuelas y arrojarlas a la oscuridad, donde oía corretear las ratas del puerto. Los bichos se acercaban y el asesino había oído suficientes rumores como para saber que no estaba precisamente a salvo de las intrépidas hordas de ese averno.

No podía seguir esperando. Se incorporó a cuatro patas, con la mirada en los postes irregulares más arriba del rompeolas. Con marea alta, los enormes aros de bronce

atornillados a tres cuartas partes de la altura de los bloques de madera habrían estado a su alcance. Los postes se encontraban cubiertos de brea, salvo donde los había golpeado algún barco, exponiendo la madera empapada.

Entonces solo hay una forma de subir...

El asesino se desplazó por la base de la barrera hasta llegar frente a un mercante. El barco, de gran anchura, estaba escorado sobre el barro. Una gruesa maroma de cáñamo se extendía desde su proa hasta uno de los elevados aros de bronce de uno de los postes.

En circunstancias normales, trepar por la cuerda habría sido sencillo, pero a pesar de la disciplina interna que formaba parte del entrenamiento de las garras, Kalam no pudo evitar que le sangrara de nuevo la herida de su costado. Sintió que se debilitaba cuanto más se acercaba al aro y al alcanzarlo hizo una pausa, con las extremidades temblorosas, mientras se esforzaba por recuperar las fuerzas.

No había tenido tiempo para reflexionar desde que Salk Elan lo había arrojado por la borda, ni lo tenía ahora. Maldecir su propia estupidez era una pérdida de tiempo. Lo esperaban asesinos en la oscuridad de las estrechas calles y callejones de la ciudad de Malaz. Las próximas horas serían con toda probabilidad las últimas para él a este lado de las puertas del Embozado.

Kalam no tenía la menor intención de ser una presa fácil.

Acurrucado junto al enorme aro, trató una vez más de normalizar su respiración y detener la hemorragia de su costado, así como las de las incontables mordeduras.

Ojos en los tejados de los almacenes, con visión realzada por la brujería, y no dispongo siquiera de una camisa para ocultar el calor de mi cuerpo. Saben que estoy herido, un reto para las disciplinas superiores; ni Torva, en sus

mejores momentos, habría sido capaz de enfriar la carne en estas circunstancias. ¿Puedo hacerlo yo?

Cerró de nuevo los ojos. Extrae la sangre de la superficie, impúlsala a ocultarse dentro del músculo, cerca del hueso. Cada bocanada debe ser hielo, cada contacto con las losas y las piedras de su misma temperatura. Pasar sin dejar huellas, moverse sin generar alteraciones. ¿Qué esperarán de un hombre herido?

Eso no.

Abrió los ojos, soltó una mano del aro y apoyó el antebrazo sobre el metal picado. Estaba caliente al tacto. Hora de avanzar.

El final del poste podía alcanzarse con facilidad. Kalam se irguió, levantándose despacio sobre la superficie cubierta de guano. Delante de él se extendía la avenida del Mar. Las puertas de los almacenes estaban abarrotadas de carros de transporte, el más cercano de los cuales se encontraba a veinte pasos.

Correr equivaldría a invitar a la muerte, porque su cuerpo no podría ajustarse con suficiente rapidez a los cambios de temperatura y sería imposible que el fulgor pasara inadvertido.

Una de esas anguilas ha reptado demasiado lejos y está a punto de ir aún más allá. Con el vientre pegado al suelo, Kalam avanzó despacio sobre los húmedos adoquines, con la cabeza junto a los mismos, enviándoles su aliento.

La hechicería convierte en perezoso al cazador, que se concentra solo en lo que espera sea evidente, dado el realce de sus sentidos. Olvidan el juego de las sombras, los movimientos de la oscuridad, los indicios más sutiles... espero.

No podía levantar la cabeza, pero sabía que en realidad estaba completamente expuesto, como un gusano cruzando

un suelo enlosado. Una parte de su mente amenazaba con dejarse llevar por el pánico, pero el asesino la dominó. La disciplina superior era un amo despiadado de su propia mente, su propio cuerpo, su propia alma.

El mayor de sus temores era que se despejara el cielo que cubría la ciudad. La luna se había convertido en su enemiga y si despertaba, incluso al más perezoso de los observadores no podría pasarle inadvertida la sombra que Kalam proyectaría sobre los adoquines.

Transcurrieron varios minutos mientras cruzaba la calle con una lentitud desesperante. Más allá, en la ciudad, reinaba el silencio, un silencio sobrenatural. Un laberinto de caza, preparado para él si conseguía llegar. Un pensamiento acudió a su mente: *ya me han detectado, pero ¿para qué estropear el juego? Esta cacería debe ser una diversión prolongada, algo que satisfaga la sed de venganza de la hermandad. Después de todo, ¿para qué preparar un laberinto si matas a la víctima antes de que pueda alcanzarlo?*

Esa amarga lógica era como una daga ardiente en su pecho, que amenazaba con romper su camuflaje con mayor eficacia que cualquier otra cosa. No obstante, logró demorar su lento ascenso desde la calzada, llenándose los pulmones de aire y aguantando la respiración antes de levantar la cabeza.

Estaba ahora bajo el carro y con la cabeza rozaba el reverso del tablero.

Hizo una pausa. Esperaban un combate de sutileza, pero la prestidigitación era solo una de las habilidades de Kalam. *Siempre una ventaja, las demás, las inesperadas...* El asesino avanzó, dejó atrás el primer carro y luego otros tres, antes de llegar a las puertas del almacén.

La puerta de carga, naturalmente enorme, estaba cerrada por dos empalizadas deslizantes con una cadena y un gigantesco candado. Pero al lado había otra puerta más pequeña, cerrada también con un candado.

Kalam corrió hasta ella y se pegó a la curtida madera. Cogió el candado con ambas manos.

Nada tenía de sutil la fuerza bruta del asesino. Si bien el candado resistió el tirón, no lo hizo el soporte. Apoyó el cuerpo contra el candado y el cerrojo, para amortiguar el crujido.

Con el cerrojo y el soporte en las manos, Kalam abrió la puerta solo lo suficiente para penetrar en la oscuridad del interior.

Una rápida inspección de la estancia lo condujo a un gran estante de herramientas. Cogió unas tenazas, un hacha, una bolsa de cáñamo llena de retales y una navaja de trabajo inservible, con la punta rota y el filo mellado. Encontró una camisa de herrero hecha de piel y se la puso. En la trastienda descubrió una puerta que daba a un callejón detrás del almacén.

Calculó que la Casa de Muerte estaba a unas seis calles de distancia. *Pero Salk Elan lo sabe y me estará esperando. Tendría que ser imbécil para ir allí directamente y eso también lo saben.*

Después de colocar sus diversas armas improvisadas en las tiras para herramientas de la camisa, Kalam levantó el cerrojo de la puerta, la abrió un poco, con suavidad, y asomó la cabeza. Al no detectar movimiento, la abrió otro poco, escudriñó los tejados más cercanos y luego el cielo.

No había nadie a la vista y las nubes formaban un sólido manto. La tenue luz que se filtraba por los postigos de un puñado de ventanas hacía aún más lúgubre todo lo demás. Un perro ladró en la lejanía.

Salió al callejón y avanzó con cautela por el borde de la calzada repleta de baches.

En una oquedad, cerca de la desembocadura del callejón, había una laguna de oscuridad más profunda. Los ojos de Kalam la localizaron y se centraron en esta. Tomó el cuchillo y el hacha, y se encaminó directamente hacia ella.

La oscuridad vertió sobre él su hechicería al penetrar en la cavidad y su ataque fue tan rápido e inesperado que los dos individuos allí ocultos no tuvieron tiempo de sacar sus armas. Con una brutal cuchillada degolló a uno de ellos. El hacha aplastó una clavícula y fracturó costillas. Soltó el arma, colocó su mano izquierda sobre la boca del individuo y al mismo tiempo empujó su cabeza para aplastarle el cráneo contra la pared. La otra garra, una mujer, se desplomó con un húmedo borboteo.

Al cabo de un momento, Kalam registraba sus cuerpos y recogía estrellas arrojadas, cuchillos para lanzar, dos tiras de puntillas de hoja ancha, un garrote y el arma más preciada de la Garra, una ballesta sin estrías, con carga a tornillo, compacta y mortífera, por lo menos a corto alcance, acompañada de ocho saetas, todas con la punta reluciente por el veneno llamado paraltina blanca.

Kalam se apropió de la fina capa negra del cadáver del hombre y levantó la capucha con sus rejillas de gasa sobre las orejas. La visera era también de rejilla y facilitaba la visión periférica.

La hechicería se desvanecía cuando completaba sus preparativos, indicando que por lo menos una de las víctimas había sido mago. *Muy descuidados... Topper les permite que se ablanden.*

Salió del escondrijo, levantó la cabeza y olió el aire. Se había roto un eslabón de la mano... sabrían que habían

surgido problemas y ya habrían empezado a cerrar el círculo con lentitud y cautela.

Kalam sonrió. *Queríais una presa que huyera. Lamento decepcionaros.*

Penetró en la cacería nocturna de las garras.



El líder de la mano ladeó la cabeza antes de salir al descubierto. Tras un instante, emergieron dos figuras del callejón y se acercaron para consultar.

—Se ha derramado sangre —susurró el líder—. Topper estará...

Un suave crujido lo obligó a volver la cabeza.

—Ah, ahora conoceremos los detalles —dijo entonces, con la mirada en su compañero encapotado que se acercaba.

—El asesino está aquí —refunfuñó el recién llegado.

—Voy a arrancarle los pelos a Topper...

—Bien, ha llegado el momento de que lo comprenda.

—¿Qué...?

Los dos compañeros del cabecilla cayeron sobre los adoquines. Un puño enorme impactó en la cara del líder. Crujieron huesos y cartílagos. Sus ojos ciegos, llenos de sangre, parpadearon. Con el tabique nasal incrustado en la región frontal del cerebro, se desplomó.

Kalam se agachó para susurrarle al oído:

—Sé que puedes oírme, Topper. Quedan dos manos. Corre y escóndete... aun así te encontraré.

Se incorporó y recuperó sus armas.

El cuerpo a sus pies gorgoteó una risa húmeda y, cuando el asesino bajó la cabeza, de los labios del cadáver surgió una voz espectral:

—Bienvenido a casa, Kalam. ¿Dos manos has dicho? Ya no, viejo amigo...

—¿Te he asustado?

—Parece que Salk Elan ha sido demasiado blando contigo. Me temo que yo no voy a ser tan amable...

—Sé donde estás, Topper, y voy a por ti.

Se hizo un prolongado silencio y luego el cadáver habló por última vez:

—Con mucho gusto, amigo mío.



Aquella noche la senda imperial tenía tantos agujeros como un colador, por los que mano tras mano de la Garra se introducían en la ciudad. Uno de dichos portales se abrió directamente en el camino de un hombre solitario y los cinco anunciaron su llegada con la respiración entrecortada y regueros de sangre: los ruidos expeditivos de la muerte. Ni uno había logrado dar más de un paso sobre los resbaladizos adoquines de la ciudad de Malaz antes de que su carne empezara a enfriarse con el sosiego de la noche.

En las calles y callejones se oyó el eco de unos gemidos, de habitantes lo suficientemente insensatos para arriesgarse a salir, que pagaban con la vida su temeridad. La Garra ya no se la jugaba.

El juego que Kalam había invertido se invirtió de nuevo.



El mosaico a sus pies era interminable, las piedras multicolores que pisaba formaban un extraño diseño que desafiaba la comprensión y que se extendía hasta todos los horizontes. El eco de sus botas era apagado y vagamente sonoro.

Violín se colgó la ballesta al hombro, con una expresión de indiferencia.

—Si surgiera algún problema, lo veríamos a una legua —dijo.

—Estamos traicionando a Azath —declaró Iskaral Pust entre dientes, mientras caminaba en círculos alrededor del grupo—. El lugar que le corresponde al jhag es bajo un túmulo de raíces entrelazadas. Ese era el trato, el acuerdo, el plan... —Su voz se perdió momentáneamente en la lejanía, antes de proseguir en otro tono—. ¿Qué acuerdo? ¿Ha recibido Tronosombrío alguna respuesta a su pregunta? ¿Ha revelado Azath su antiguo rostro pétreo? No. El silencio ha sido la respuesta... a todo. Mi amo pudo haber pronunciado su intención de defecar en el portal de la Casa y ni así habría cambiado la respuesta. Silencio. Bien, con certeza parecía que había un consenso. ¿Se expresó alguna objeción? No, en absoluto. Algunas suposiciones fueron necesarias, claro, muy necesarias. ¿Y no ha habido al final una especie de victoria? Para todos salvo para ese jhag, en los brazos del trell —jadeó, hasta recuperar el aliento—. ¡Dioses, no paramos nunca de caminar!

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo Apsalar.

—Estoy de acuerdo —musitó Violín—. Pero ¿en qué dirección?

Rellock se había agachado para examinar las baldosas del mosaico. Eran la única fuente de luz; arriba estaba oscuro como boca de lobo. Cada baldosa no era mayor que la anchura de una mano. Su fulgor pulsaba a un ritmo lento pero regular. Ahora el viejo pescador refunfuñó.

—¿Padre?

—El diseño aquí... —dijo, señalando una baldosa en particular—. Esa línea punteada...

Violín se agachó para examinar el suelo.

—Si esto indica una trayectoria o algo por el estilo, es tortuosa.

—¿Una trayectoria? —exclamó el pescador, levantando la cabeza—. No, aquí, por este lado. Esto es la costa de Kanese.

—¿Cómo?

Con la punta de un curtido dedo siguió la línea zigzagueante.

—Empieza en la costa de Quon, desciende hasta Kan, luego sube hacia Cawn Vor y aquí, eso es la isla de Kartool, y al sudeste, aquí, en el centro de la baldosa, está la isla de Malaz.

—¿Intentas decirnos que aquí, en esta baldosa a nuestros pies, está el mapa de casi todo el continente de Quon Tali? —Mientras formulaba la pregunta el diseño se concretó y ante él se hallaba, en efecto, lo que acababa de asegurar el padre de Apsalar—. ¿Entonces, qué hay en las demás? —preguntó en voz baja.

—Bueno, no son coherentes, si es eso lo que te preguntas. Hay cambios; otros mapas de otros lugares, supongo. Está todo mezclado, pero diría que la escala en todos ellos es siempre la misma.

Violín se incorporó lentamente.

—Pero eso significa... —Su voz se perdió en la lejanía, mientras contemplaba el suelo inacabable, con leguas de extensión en todas direcciones.

¿Por los dioses del abismo! ¿Son estos todos los reinos? ¿Todos los mundos, todos los lugares donde reside una Casa de Azath? Reina de los Sueños, ¿qué poder es este?

—Dentro de la senda de Azath —dijo Mappo, con asombro en el tono de su voz—, uno podría ir a... cualquier parte.

—¿Estás seguro? —preguntó Azafrán—. Sí, aquí están los mapas —dijo señalando la baldosa donde estaba ilustrado el continente de Quon Tali—, pero ¿dónde se esconde la puerta? ¿El camino de entrada?

Después de un prolongado momento de silencio, Violín se aclaró la garganta.

—¿Tienes alguna idea, muchacho?

El daru se encogió de hombros.

—Los mapas son mapas; este podríamos haberlo visto sobre una mesa, si comprendes a lo que me refiero.

—¿Entonces, qué sugieres?

—Olvidalo. Lo único que significan estas baldosas es que todas y cada una de las Casas, en todos los lugares, forman parte de una pauta, de un gran diseño. Pero incluso sabiéndolo, eso no significa que podamos hallarle sentido. Azath está incluso más allá de los dioses. Podríamos acabar perdiéndonos en suposiciones, en un juego mental que no nos conduce a ninguna parte.

—Cierto —refunfuñó el zapador—. Y no hemos hecho el menor progreso en cuanto a decidir la dirección que debemos tomar.

—Puede que la idea de Iskaral Pust sea la correcta —intervino Apsalar, mientras sus botas raspaban las baldosas

al girarse—. Lamentablemente parece haber desaparecido.

—¡Maldito bastardo! —exclamó Azafrán, después de volverse.

El sacerdote supremo de Sombra, que había estado dando continuos paseos por los alrededores, brillaba ahora, en efecto, por su ausencia. Violín hizo una mueca.

—De modo que lo ha descubierto y no se ha molestado en explicarlo antes de marcharse...

—¡Esperad! —dijo Mappo, al tiempo que dejaba a Icarium en el suelo y daba una docena de pasos—. Aquí —agregó—. Al principio es difícil distinguirlo, pero ahora lo veo con claridad.

El trell parecía tener la mirada fija en algo a sus pies.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Violín.

—Venid, es casi imposible verlo de otro modo, aunque no tiene mucho sentido...

Los demás se acercaron.

Había un agujero abierto, un boquete irregular por el que Iskaral Pust sencillamente se había caído y desaparecido. Violín se agachó para estar más cerca del agujero.

—¡Por el aliento del Embozado! —refunfuñó.

Las baldosas medían menos de tres centímetros de grosor. Debajo no había tierra firme. Debajo no había... nada.

—¿Crees que este es el camino? —preguntó Mappo a su espalda.

El zapador retrocedió con cautela sobre las baldosas, de pronto resbaladizas y como cubiertas por una fina capa de hielo.

—Que me zurzan si lo sé, pero no me propongo saltar dentro y averiguarlo.

—Comparto tu cautela —refunfuñó el trell, antes de regresar junto a Icarium y levantarlo de nuevo en brazos.

—Puede que ese agujero se extienda —dijo Azafrán—. Sugiero que emprendamos la marcha. En cualquier dirección, pero lejos de aquí.

—¿E Iskaral Pust? —titubeó Apsalar—. Tal vez esté inconsciente en un saliente o algo por el estilo.

—Imposible —respondió Violín—. Por lo que he visto, el pobre hombre todavía se está cayendo. Ha bastado una ojeada para que todos los huesos de mi cuerpo gritaran «olvido». Creo, muchacha, que en esta ocasión confiaré en mis instintos.

—Una triste pérdida —dijo Apsalar—. Casi había llegado a apreciarlo.

—Sí, nuestro propio escorpión de compañía —asintió Violín.

Azafrán encabezó la comitiva cuando se alejaban del agujero. De haber esperado unos minutos, habrían visto una apagada bruma amarilla que se levantaba de la oscuridad del agujero y aumentaba de densidad hasta hacerse opaca. La bruma permaneció cierto tiempo antes de disiparse y por fin desaparecer, al igual que el agujero, como si nunca hubiera existido. El mosaico estaba de nuevo completo.

Casa de Muerte. La ciudad de Malaz, el corazón del Imperio. Allí no hay nada para nosotros. Es más, una explicación que tuviera sentido supondría incluso un reto para mi experimentada inventiva. Me temo que debemos retirarnos. De algún modo.

Pero esto, esta senda, me supera sobradamente, y lo que es peor, mis crímenes son como heridas que se niegan a cicatrizar. No puedo huir de mi cobardía. A fin de cuentas, y aquí todos lo saben aunque no hablen de ello, mis deseos

egoístas han convertido en una burla mi integridad, mis votos. Tuve la oportunidad de acabar con la amenaza, acabar para siempre.

¿Cómo puede la amistad derrotar semejante oportunidad? ¿Cómo puede el consuelo de la familiaridad levantarse como un dios, como si el propio cambio se hubiera convertido en algo demoníaco? Soy un cobarde; la oferta de libertad, el último suspiro de un voto para toda la vida resultó ser lo más aterrador.

Así pues, la verdad desnuda... los caminos por los que hemos andado durante tanto tiempo se convierten en nuestras vidas, en sí mismos una prisión...



Apsalar saltó al frente, tocando con la punta de los dedos el hombro, luego las trenzas y a continuación la nada. Su inercia la impulsó hacia delante, al lugar donde Mappo e Icarium habían estado un momento antes. Penetró en la oscuridad del hueco.

Azafrán dio un grito y se agarró a sus tobillos. Se deslizó momentáneamente sobre las baldosas hacia el agujero, antes de que las fuertes manos del pescador lo sujetaran.

Entre ambos, separaron a Apsalar del borde del hueco. Una docena de pasos a su espalda se encontraba Violín, que había sido el primero en gritar para avisar del peligro.

—¡Han desaparecido! —exclamó Azafrán—. ¡Han caído por el agujero sin previo aviso, Violín! ¡Nada de nada!

El zapador blasfemó entre dientes, al tiempo que se agachaba en una posición incómoda. *Aquí somos intrusos...* Había oído rumores de sendas desprovistas de aire, que

suponían la muerte instantánea para los mortales que osaban penetrar en ellos. Era arrogante suponer que todos los reinos existentes se doblegaban a las necesidades humanas. *Intrusos... Este lugar no tiene el menor cuidado con los seres humanos, ni existe ley alguna que le exija que se acomode a nuestras necesidades.*

No obstante, lo mismo podría decirse de cualquier mundo.

Se incorporó lentamente con un bufido, al tiempo que luchaba contra la ola de aflicción que lo había invadido de pronto por la pérdida de dos hombres a los que había llegado a considerar amigos. *¿Y quién será el próximo?*

—Acercaos —refunfuñó—. Los tres, con cuidado —agregó, mientras dejaba su zurrón en el suelo y hurgaba en su interior hasta encontrar una cuerda enrollada—. Vamos a atarnos juntos; si uno cae, los demás lo salvamos o también caemos. ¿De acuerdo?

Asintieron aliviados.

La idea de deambular solo por esta senda no es agradable.

Poco tardaron en atarse entre sí.

Los cuatro viajeros habían andado otros mil pasos cuando se agitó el aire, el primer viento que experimentaban desde su entrada en esta senda, y se agacharon simultáneamente bajo el paso de algo enorme sobre sus cabezas.

Mientras se apresuraba en preparar su ballesta, Violín volvió la cabeza y miró hacia el cielo.

—¡Por el aliento del Embozado!

Pero los tres dragones ya habían pasado, sin prestar la menor atención a los humanos. Volaban en formación triangular, como los cisnes, y estaban cubiertos de escamas ocres, con una envergadura de alas equivalente a la

longitud de cinco carromatos. Tras ellos se extendía una larga cola sinuosa.

—Es absurdo pensar —musitó Apsalar—, que somos los únicos en utilizar este reino.

—Los he visto mayores... —refunfuñó Azafrán.

—Lo sé, muchacho —respondió Violín, con una pequeña sonrisa en sus labios.

Los dragones habían llegado casi al límite de su campo visual, cuando bajaron como uno solo en picado, penetraron entre las baldosas y desaparecieron de su vista.

—Creo que esto acaba de enseñarnos algo —dijo el padre de Apsalar aclarándose la garganta, después de un largo instante de silencio.

El zapador asintió.

Uno cruza cuando llega al lugar al que se dirigía, aunque no fuese eso lo que había planeado.

Pensó en Mappo e Icarium. El trell no tenía ninguna razón para acompañarlos hasta la ciudad de Malaz. Después de todo, Mappo tenía un amigo al que sanar y debía ayudarlo a recuperar el conocimiento. Buscaría un lugar seguro donde hacerlo. En cuanto a Iskaral Pust... *Con toda probabilidad está ahora al pie del despeñadero, llamando al bhok'arala para que le lance una cuerda...*

—Bien —dijo Violín, incorporándose—, parece que debemos limitarnos a seguir andando... hasta que llegue el momento y el lugar.

—Mappo e Icarium no están perdidos, no han muerto —dijo Azafrán con evidente alivio, cuando empezaron de nuevo a caminar.

—Ni tampoco el sacerdote supremo —agregó Apsalar.

—Supongo que no nos queda más remedio que aceptar lo bueno y lo malo —farfulló el daru.

Violín se preguntó durante unos momentos por aquellos tres dragones, su destino, su misión, y luego se encogió de hombros. Su aparición y desaparición, y sobre todo su indiferencia para con los cuatro mortales de la superficie, constituían un recordatorio aleccionador de que el mundo era mucho mayor que la forma en que lo definían nuestras propias vidas, nuestros deseos y nuestras metas. La aparente inmersión en la que este viaje se había convertido, no era en realidad más que una diminuta sucesión de pasos, sin mayor importancia que los esfuerzos de una termita.

Los mundos siguen con su vida, más allá de nosotros, desentrañando incontables relatos.

En el ojo de su mente descubrió que sus horizontes se extendían por todos lados y, a mayor expansión, más pequeño y más insignificante se veía a sí mismo.

Todos somos almas solitarias. Vale la pena conocer la humildad, para evitar que nos abrume la ilusión de control, de dominio. Y somos, en efecto, una especie propensa a dicha ilusión, una y otra vez...



Los guerreros de Korbolo Dom celebraron su victoria durante las horas de oscuridad después de la caída de Coltaine. Los sonidos del festejo alcanzaban las murallas de Aren y aportaban una frialdad al aire que poco tenía que ver con la realidad física de la noche sofocante.

Dentro de la ciudad, frente a la puerta norte, había una gran explanada donde solían hacer escala las caravanas. La zona estaba ahora repleta de refugiados. La labor de alojamiento debería esperar hasta satisfacer otras

necesidades más urgentes, como la de facilitarles comida, agua y atención médica.

El comandante Blistig encargó dichas tareas a su guarnición y sus soldados las desempeñaron sin ahorrar esfuerzos ni una extraordinaria compasión, como si respondieran a sus propias necesidades de contrarrestar el triunfo enemigo más allá de las murallas. Coltaine, sus wickanos y el Séptimo habían sacrificado sus vidas por la gente de la que cuidaba ahora la guarnición. La solicitud se convertía con rapidez en un gesto mayoritario.

Pero otras tensiones flotaban en el aire.

El último sacrificio ha sido innecesario. Pudimos haberlos salvado, de no haber sido por la cobardía de nuestro jefe. Dos poderosos compromisos habían entrado en conflicto: el deber básico de salvar las vidas de compañeros de armas y la disciplina de la estructura de mando malazana, y ahora, debido a dicho conflicto, diez mil soldados vivos y coleando, con un alto nivel de entrenamiento, estaban destrozados.

En la explanada, Duiker circulaba sin rumbo entre la muchedumbre. De vez en cuando surgían ante él rostros borrosos que susurraban palabras incoherentes, para ofrecerle información que creían o esperaban que le tranquilizara. Los jóvenes wickanos se habían responsabilizado de Nada y Menos, a quienes protegían con una intrepidez que nadie osaba desafiar. Incontables refugiados habían sido rescatados del propio umbral de las puertas del Embozado, y la felicidad se reflejaba en el brillo de sus ojos y en su radiante sonrisa. Se luchaba con denuedo por aquellos cuyo último esfuerzo, y tal vez el propio alivio de la salvación, había sido excesivo para su carne ajada y hendida. El Embozado debía esforzarse para alcanzar esas almas marchitas, agarrarlas y arrastrarlas al

olvido, mientras los curanderos y curanderas utilizaban toda su pericia para impedirselo.

Duiker había encontrado su propio olvido en lo más hondo de sí mismo y no sentía el menor deseo de abandonar el consuelo de su entumecimiento. Desde allí el dolor no podía hacer más que roer sus fronteras, unas fronteras cada vez más distantes.

De vez en cuando se filtraba alguna palabra, cuando ciertos oficiales y soldados le facilitaban detalles, claramente convencidos de que el historiador debía conocerlos. La precaución de su tono era innecesaria, puesto que Duiker absorbía la información desprovisto de sentimiento. Había superado la capacidad de sentir dolor.

El Silanda, con su cargamento de soldados heridos, no había llegado, según le comunicó un joven wickano llamado Temul. La flota de la consejera Tavore estaba a menos de una semana. Era probable que Korbolo Dom iniciara un sitio, puesto que Sha'ik estaba en camino desde Raraku con un ejército dos veces mayor que la fuerza del propio puño renegado. Mallick Rel había conducido al puño supremo Pormqual de regreso al palacio. Ahora se había elaborado un plan, un plan destinado a cosechar venganza, que se iniciaría en pocas horas...

Duiker parpadeó e intentó centrarse en la cara delante de él, que en tono urgente le contaba estas noticias. Pero el primer vestigio de reconocimiento conmovió la mente del historiador. Había demasiado dolor impregnado en los recuerdos estrechamente vinculados a ese reconocimiento. Retrocedió.

El personaje extendió una mano fuerte, con la que agarró la camisa jironada de Duiker para que se acercara de nuevo. La cara barbuda movía los labios y estructuraba palabras, palabras iracundas y exigentes.

—¿De ti depende, historiador! ¿No comprendes que son suposiciones? Nuestros únicos informes proceden de ese noble, Nethpara. Pero necesitamos la valoración de un soldado... ¿lo entiendes? ¡Maldita sea, está a punto de amanecer!

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

El rostro de Blistig se contorsionó.

—Mallick Rel ha logrado convencer a Pormqual. ¡El Embozado sabrá cómo, pero lo ha hecho! Vamos a atacar al ejército de Korbolo en menos de una hora, cuando todavía estén borrachos y agotados. ¡Vamos a salir, Duiker! ¿Me comprendes?

Cruel... Tan cruel...

—¿Cuántos son? Precisamos estimaciones fiables...

—Millares. Decenas de millares. Centenares...

—¡Piensa, maldita sea! Si logramos aplastar a esos bastardos... antes de que llegue Sha'ik...

—¡No lo sé, Blistig! ¡Ese ejército crecía a cada maldita legua del Embozado!

—Nethpara calcula que no llegan a diez mil...

—Ese individuo está loco.

—También responsabiliza a Coltaine de la muerte de millares de refugiados inocentes...

—¿Qué...?

El historiador se tambaleó y de no haberlo sujetado Blistig se habría caído.

—¿No lo comprendes? Sin ti, Duiker, se impondrá esa versión de lo sucedido. Ya ha empezado a difundirse entre la tropa y es muy preocupante. La certeza se desmorona... el deseo de venganza se debilita...

Eso bastó. El historiador se estremeció. Abrió los ojos de par en par y se irguió.

—¿Dónde está? ¡Nethpara! ¿Dónde...?

—Con Pormqual y Mallick Rel desde hace dos campanadas.

—Llévame allí.

A su espalda sonaron sucesivamente varios cuernos que llamaban a formar. Duiker vio que se reunía la tropa. Al levantar la mirada al cielo, comprobó que se apagaban las estrellas conforme se iluminaba el firmamento.

—Por los colmillos de Fener —refunfuñó Blistig—, puede que ya sea demasiado tarde...

—Llévame junto a Pormqual... con Mallick Rel...

—Sígueme.

El movimiento de los soldados, que despejaban la explanada para el ejército del puño supremo, causó revuelo entre los refugiados.

Blistig se abrió paso entre la muchedumbre, con Duiker pisándole los talones.

—Pormqual ha ordenado que mi guarnición salga con ellos —dijo el comandante, por encima del hombro—. La retaguardia. Esto es un desafío a mi responsabilidad. Mi función consiste en defender esta ciudad, pero el puño supremo ha reclutado a mis propios soldados, debilitando las compañías. Ya solo me quedan trescientos soldados, apenas suficientes para asegurar las murallas. Especialmente con todas las Espadas Rojas detenidas...

—¡Detenidas! ¿Por qué?

—Sangre de Siete Ciudades... Pormqual no confía en ellos.

—¡Está loco! Son los soldados del Imperio más leales que jamás he conocido...

—Estoy de acuerdo, historiador, pero mi opinión no cuenta para nada...

—Confiemos en que no ocurra lo mismo con la mía —dijo Duiker.

—¿Apoyas la decisión de atacar del puño supremo? — preguntó Blistig, después de detenerse y volver la cabeza.

—¡Por el Embozado, claro que no!

—¿Por qué?

—Porque no sé cuántos son. Sería más sensato esperar a Tadore y más sensato todavía dejar que Korbolo lance sus guerreros contra estas murallas...

—Los despedazaríamos —asintió Blistig—. La cuestión es: ¿lograrás convencer a Pormqual de lo que acabas de decir?

—Tú lo conoces —respondió Duiker—. No lo sé.

—Vamos —dijo el comandante, con una mueca.

Los estandartes del ejército del puño supremo estaban junto a un pequeño grupo de personajes montados, cerca de la entrada de la avenida principal que daba a la explanada. Blistig condujo al historiador directamente hacia ellos.

Duiker vio a Pormqual, sentado sobre un magnífico caballo de guerra. La ornamentada armadura del puño supremo era más decorativa que funcional. De su cadera sobresalía la empuñadura con gemas incrustadas de una espada grisiana de hoja ancha y la visera de su yelmo de hierro pulido estaba grabada en oro. Su cara parecía enfermiza y desprovista de sangre.

Mallick Rel estaba sentado sobre un caballo blanco junto al puño supremo, con una capa de seda, desarmado, y un turbante azul marino en la cabeza. Varios oficiales los rodeaban, unos a pie y otros montados, y en ese grupo Duiker distinguió a Nethpara y Pullyk Alar.

Una neblina roja se posó sobre la escena cuando Duiker miró fijamente a los dos nobles. Aceleró el paso y adelantó a Blistig, que lo agarró con una mano y lo obligó a retroceder.

—Deja esto para más tarde. Ahora tienes otras responsabilidades más inmediatas.

Duiker temblaba al obligarse a controlar su ira, pero logró asentir.

—Vamos, el puño supremo nos ha visto.

La expresión de Pormqual era fría cuando bajó la cabeza para mirar a Duiker.

—Historiador, has llegado en el momento oportuno —dijo en un tono agudo—. Hoy tenemos dos tareas y ambas requieren tu presencia...

—Puño supremo...

—¡Silencio! ¡Si vuelves a interrumpirme, ordenaré que te corten la lengua! En primer lugar —prosiguió después de una pausa—, nos acompañarás a la batalla que vamos a librar. Presenciarás la forma correcta de tratar con esa chusma. La venta de las vidas de refugiados inocentes no es un trato que yo piense hacer; ¡no se repetirán las tragedias y los delitos de traición anteriores! Esos idiotas apenas acaban de acostarse y pagarán por su estupidez, te lo aseguro.

»Luego, cuando los renegados hayan sido aniquilados, atenderemos a nuestras responsabilidades, primordialmente tu detención y la de los hechiceros conocidos como Nada y Menos, los últimos «oficiales» restantes entre los horripilantes mandos de Coltaine. Y te aseguro que la pena que seguirá a tu condena corresponderá a la gravedad de tus crímenes —dijo mientras gesticulaba y un asistente avanzaba con la yegua de Duiker—. Lamentablemente, tu animal no está en muy buena forma, pero bastará.

»Comandante Blistig, prepara a tus soldados para la marcha. Deseamos que nuestra retaguardia esté ni más ni menos trescientos pasos a nuestra espalda. Confío en que

estés capacitado para ello, de lo contrario dímelo ahora y tendré mucho gusto en nombrar a otro como jefe de la guarnición.

—A la orden, puño supremo. Estoy capacitado para esta tarea.

Duiker posó su mirada en Mallick Rel y el historiador se preguntó, aunque solo un momento, por la cara de satisfacción del sacerdote. *Ah, claro, desaires del pasado. No se te puede llevar la contraria, ¿verdad, Rel?*

En silencio, el historiador se acercó a su caballo y montó sobre la silla. Antes de coger las riendas, acarició el cuello delgado y despeinado de la yegua.

Las primeras compañías de caballería media estaban reunidas junto a la puerta. Al salir de la ciudad, poco tiempo se perdería, los jinetes se desplegarían inmediatamente con el propósito de rodear el campamento de Korbolo, mientras salía la infantería para agruparse en sólidas falanges, antes de avanzar hacia la posición enemiga.

Blistig se había retirado sin volver siquiera la cabeza. Duiker dirigió la mirada a la lejana puerta y contempló las tropas allí reunidas.

—Historiador.

Volvió la cabeza y la bajó para mirar a Nethpara.

—Debiste haberme tratado con más respeto —sonrió el noble—. Supongo que ahora comprendes por qué, aunque ya sea demasiado tarde.

Nethpara no se percató de que Duiker retiraba el pie del estribo.

—Por los insultos que has dirigido a mi persona... por ponerme las manos encima, historiador, sufrirás...

—No lo dudo —interrumpió Duiker—. Y he aquí un último insulto.

Le dio un puntapié, alcanzando con la punta de su bota la flácida garganta del noble, y empujó hacia arriba. Le aplastó la tráquea y su cabeza cayó hacia atrás con un crujido. Nethpara se desplomó de espaldas sobre los adoquines. Sus ojos miraban sin ver el pálido firmamento.

Pullyk Alar se estremeció.

Los soldados rodearon al historiador, armas en mano.

—Adelante —dijo Duiker—, me alegraré de poner fin a esto...

—¡No tendrás tanta suerte! —exclamó Pormqual entre dientes, lívido de ira.

—Ya me has condenado por verdugo —respondió Duiker con desdén—. ¿Qué importa una víctima más, montón cobarde de excrementos? —agregó, antes de dirigir la mirada a Mallick Rel—. Y en cuanto a ti, jhistal, acércate, mi vida todavía está incompleta.

El historiador no se percató, como tampoco lo hizo ninguno de los demás, de la llegada del capitán de la guarnición de Blistig. El oficial se disponía a comunicarle a Duiker la entrega de cierto niño sano y salvo a su abuelo, pero al oír la palabra «jhistal» se puso tenso, ensanchó los ojos y retrocedió un paso.

En aquel preciso instante se abrieron las puertas y salió la caballería. Se esparció una oleada de actividad entre las legiones de infantería, que preparaban sus armas.

Kenéb retrocedió otro paso, con aquella sola palabra retumbando en su mente. La conocía de alguna parte, pero no recordaba con exactitud su significado, a pesar de que disparaba alarmas en su mente. Una voz en su interior lo conminaba a gritos encontrar a Blistig, sin saber todavía por qué, sin embargo estaba convencido de que era imperativo...

Pero se le había agotado el tiempo.

Keneb vio al ejército precipitarse hacia la puerta. Se había dado la orden y el impulso era imparable.

El capitán retrocedió otro paso, olvidando lo que se proponía decirle a Duiker. Tropezó sin darse cuenta con el cuerpo de Nethpara, dio media vuelta y echó a correr.

Sesenta pasos más adelante, de pronto invadió su mente el recuerdo de la última vez que había oído la palabra «jhistal».



Duiker cabalgaba con los oficiales de caballería en la llanura.

Entre el ejército de Korbolo Dom parecía haber cundido el pánico, aunque el historiador se percató de que no habían soltado sus armas cuando huían por la pendiente del túmulo. La caballería del puño supremo avanzó por ambos lados, adelantando con rapidez a los soldados de infantería, mientras empujaban para cerrar el círculo.

Las legiones del puño supremo avanzaban a paso ligero, en silencio y con determinación. No tenían ninguna esperanza de alcanzar al ejército que huía hasta que la caballería completara el círculo y cerrara todas las rutas de escape.

—¡Como lo pronosticasteis, puño supremo! —exclamó Mallick Rel, cabalgando junto a Pormqual a medio galope—. ¡Huyen en desbandada!

—Pero no escapan —rió Pormqual, ladeado en su silla.

Por los dioses del abismo, el puño supremo sabe incluso montar a caballo.

La persecución los llevó a la cima y la ladera opuesta del primer túmulo, cabalgando sobre cadáveres del Séptimo y de wickanos. Los cuerpos saqueados se esparcían en una ancha franja hacia el norte, marcando la ruta de las refriegas de Coltaine sobre la siguiente colina y luego alrededor del próximo montículo. Duiker se esforzaba por no fijarse en los cadáveres, en busca de rostros familiares en sus desconocidas expresiones de muerte. Miraba al frente, a los renegados que huían.

De vez en cuando Pormqual reducía la marcha, para mantenerse en el seno de la infantería. Las unidades de caballería se habían adelantado y no habían reaparecido. Entretanto, los millares de soldados en desbandada permanecían delante de las falanges, rodeando los montículos y abandonando su botín en la huida.

El puño supremo y su ejército perseguían obstinadamente al enemigo hasta una vasta cuenca, repleta de soldados que descendían por las suaves pendientes. Al este, al oeste y directamente delante de ellos, había una nube de polvo.

—¡Se ha completado el círculo! —exclamó Pormqual—. ¡Fijaos en el polvo!

Duiker contempló la polvareda con el entrecejo fruncido. Oyó ruidos lejanos de batalla. Al cabo de un momento empezaron a disminuir, mientras el polvo que se levantaba era cada vez más denso y abundante.

La infantería penetró en la cuenca.

Los soldados que huían habían alcanzado ahora las crestas de la hondonada, por todos los lados salvo por el sur, pero en lugar de seguir huyendo presos del pánico, redujeron la marcha, prepararon sus armas y dieron media vuelta.

La cortina de polvo seguía creciendo tras esos guerreros, hasta que aparecieron figuras montadas, pero no la caballería de Pormqual sino jinetes tribales. Al cabo de un momento aparecieron más soldados y aumentó el grosor del círculo.

Duiker se volvió sobre su silla. La caballería de Siete Ciudades estaba alineada a lo largo del horizonte meridional, cerrando la puerta trasera.

Y así penetramos en la más simple de las emboscadas. Dejando Aren indefensa...

—¡Mallick! —exclamó Pormqual, deteniendo su caballo—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?

El sacerdote, boquiabierto, movía la cabeza en todas direcciones.

—¡Traición! —chilló, mientras hacía girar su caballo blanco, para mirar fijamente a Duiker—. ¡Esto es cosa tuya, historiador! ¡Parte del trato al que aludió Nethpara! Además, ahora veo la hechicería a tu alrededor; ¡te has estado comunicando con Korbolo Dom! ¡Dioses, hemos sido unos idiotas!

Sin hacerle el menor caso, Duiker entornó los párpados para estudiar la situación al sur y vio que las últimas unidades del ejército de Pormqual daban media vuelta para enfrentarse a la amenaza, ahora a su espalda. Era evidente que las unidades de caballería del puño supremo habían sido aniquiladas.

—¡Estamos rodeados! ¡Son centenares de millares! ¡Nos van a masacrar! —exclamó el puño supremo, señalando al historiador—. ¡Matadlo! ¡Matadlo ahora!

—¡Esperad! —gritó Mallick Rel, antes de dirigirse a Pormqual—. ¡Por favor, puño supremo, déjalo en mis manos, te lo suplico! ¡Ten la seguridad de que le impondré el castigo que se merece!

—Como quieras —dijo Pormqual, mirando a su alrededor—, pero ¿qué vamos a hacer, Mallick?

El sacerdote señaló al norte.

—Allí hay unos jinetes que se acercan con una bandera blanca. ¡Veamos lo que propone Korbolo Dom, puño supremo! ¿Qué podemos perder?

—¡No puedo hablar con ellos! —farfulló Pormqual—. ¡Soy incapaz de pensar! ¡Mallick, te lo ruego!

—Muy bien —accedió el sacerdote jhistal.

Dio media vuelta con su caballo, hincó las espuelas en los costados del animal y cabalgó entre las tropas sitiadas del puño supremo.

A medio camino de la lejana ladera norte, se encontraron los jinetes. El parlamento duró menos de un minuto, luego Mallick dio media vuelta y regresó.

—Si empujamos hacia atrás, lograremos romper las unidades del sur —dijo sosegadamente Duiker, mirando al puño supremo—. Una retirada luchando a las puertas de la ciudad...

—¡Ni una palabra más de ti, traidor!

Mallick Rel regresó con la expresión llena de esperanza.

—¡Korbolo Dom está harto de sangre derramada, puño supremo! ¡La matanza de ayer lo ha puesto enfermo!

—¿Entonces qué propone? —preguntó Pormqual, inclinado hacia delante.

—Nuestra única esperanza, puño supremo. Debes ordenar que tu ejército deponga las armas, que las entreguen en los bordes de la hondonada y que luego formen una masa compacta en el centro de la cuenca. Serán prisioneros de guerra y, como tales, tratados con misericordia. En cuanto a ti y a mí, nos convertiremos en rehenes. Cuando llegue Tavore, se tomarán medidas para

nuestro honroso regreso. Puño supremo, no tenemos otra alternativa...

Duiker sintió una extraña lasitud mientras escuchaba. Sabía que nada podía decir para que el puño supremo cambiara de parecer. Se apeó de su montura, llevó la mano bajo la barriga de la yegua y soltó la cincha.

—¿Qué haces, traidor? —preguntó Mallick Rel.

—Suelto mi caballo —respondió razonablemente el historiador—. El enemigo no se molestará por ella; está demasiado macilenta para ser útil. Regresará a Aren, es lo mínimo que puedo hacer por mi cabalgadura.

Retiró la silla, la dejó en el suelo y luego sacó el freno de la boca de la yegua.

El sacerdote siguió mirándolo un momento con el entrecejo ligeramente fruncido, antes de dirigirse de nuevo al puño supremo.

—Esperan nuestra respuesta.

Duiker se acercó a la cabeza del caballo y colocó una mano sobre su suave hocico.

—Cuídate —susurró.

A continuación, retrocedió y dio al animal una palmada en la grupa. La yegua echó a correr, dio media vuelta y galopó hacia el sur, como Duiker sabía que haría.

—¿Hay otra alternativa? —susurró Pormqual—. Al contrario de Coltaine, debo pensar en mis soldados... sus vidas lo valen todo... La paz volverá a esta tierra, tarde o temprano...

—Millares de maridos, esposas, padres y madres bendecirán tu nombre, puño supremo. Si lucharas ahora hasta las últimas e inútiles consecuencias, te maldecirían por toda la eternidad.

—No puedo permitir eso —reconoció Pormqual, antes de dirigirse a sus oficiales—. Deponed las armas. Ordenad que

se depositen todas las armas al borde de la hondonada y que todos los soldados se reúnan luego en el centro.

Duiker observaba a los cuatro capitanes que recibían en silencio las órdenes del puño supremo. Después de un prolongado momento, los oficiales saludaron y se retiraron.

Duiker les volvió la espalda.



El desarme duró casi una hora; los soldados malazanos deponían sus armas en silencio. Después de amontonarlas en el suelo, poco más allá de las falanges, los soldados se apretujaron en el centro de la hondonada.

Bajaron jinetes tribales a recoger las armas. Al cabo de veinte minutos, un ejército de diez mil soldados malazanos llenaba la cuenca, desarmado e indefenso.

La vanguardia de Korbolo Dom se separó de las fuerzas en la cima norte, para cabalgar hacia la posición del puño supremo.

Duiker miraba fijamente al grupo que se acercaba. Vio a Kamist Reloe, a un puñado de caudillos, a dos mujeres desarmadas, que con toda probabilidad eran magas, y al propio Korbolo Dom, un medio napan achaparrado, con todo el pelo de su cuerpo afeitado, exhibiendo redes de cicatrices entrelazadas. Sonreía cuando él y sus compañeros detuvieron sus caballos, frente al puño supremo, Mallick Rel y los demás oficiales.

—Has hecho bien —refunfuñó, con la mirada en el sacerdote.

El jhistal desmontó, avanzó e hizo una reverencia.

—Te hago entrega del puño supremo Pormqual y sus diez mil guerreros. Además, te hago entrega de la ciudad de Aren, en nombre de Sha'ik...

—Te equivocas —rió Duiker.

Mallick Rel le lanzó una mirada.

—No haces entrega de Aren, jhistal.

—¿Qué dices, viejo?

—Me sorprende que no lo hayas notado —respondió el historiador—. Supongo que estabas demasiado ocupado regodeándote. Presta atención a las compañías que te rodean, en especial hacia el sur...

Mallick entrecerró los ojos, mientras escudriñaba las legiones reunidas. Luego empalideció.

—¡Blistig!

—Parece que el comandante y su guarnición han decidido quedarse atrás después de todo. Es cierto que son solo doscientos o trescientos, pero ambos sabemos que eso bastará para una semana más o menos, hasta la llegada de Tavore. Las murallas de Aren son altas, actualmente bien impregnadas de otataralita, según tengo entendido, a prueba de cualquier hechicería. Ahora que lo pienso, pronostico que a estas alturas hay espadas rojas protegiendo esas murallas, además de la guarnición. Has fracasado en tu traición, jhistal. Fracasado.

El sacerdote avanzó de pronto y el reverso de su mano impactó contra la cara de Duiker. Con la ferocidad del golpe, el historiador giró sobre sí mismo y los anillos del agresor laceraron su mejilla, abriendo de nuevo las heridas apenas cicatrizadas de sus labios y su mentón. Se desplomó pesadamente sobre el suelo y percibió que algo se rompía contra su esternón.

La sangre manaba de los cortes de su cara cuando se incorporó con esfuerzo. Miró al suelo esperando ver

diminutos fragmentos de cristal, pero brillaban por su ausencia. De la correa alrededor de su cuello, no colgaba ahora nada.

Unas manos lo obligaron a levantarse y lo arrastraron para enfrentarse una vez más a Mallick Rel.

El sacerdote todavía temblaba.

—Tu muerte será...

—¡Silencio! —exclamó Korbolo, mirando a Duiker—. Tú eres el historiador que cabalgaba con Coltaine.

—Así es —respondió Duiker.

—Eres un soldado.

—Si tú lo dices...

—Lo digo y como tal morirás con esos soldados, de la misma forma...

—¿Te propones aniquilar a diez mil hombres y mujeres desarmados, Korbolo Dom?

—Me propongo lastimar a Tavore, incluso antes de que ponga el pie en este continente. Me propongo enfurecerla tanto como para que no pueda pensar. Me propongo rajar esa fachada para que sueñe día y noche con la venganza, y que eso envenene todas sus decisiones.

—Siempre has procurado ser el puño más duro del Imperio, ¿no es cierto, Korbolo Dom? Como si la crueldad fuera una virtud...

El comandante de piel azul claro se limitó a encogerse de hombros.

—Será mejor que ahora te reúnas con los demás, Duiker; un soldado del ejército de Coltaine no merece menos —dijo Korbolo, antes de dirigirse a Mallick—. Pero mi misericordia no se extiende al soldado cuya flecha nos arrebató a Coltaine de nuestro entretenimiento. ¿Dónde está ese soldado, sacerdote?

—Lamentablemente ha desaparecido. La última vez que se le vio fue una hora después del acontecimiento; Blistig ordenó a sus soldados que lo buscaran por todas partes, pero no lo hallaron. Aunque lo haya encontrado ahora, me temo que debe de estar en la guarnición.

El puño renegado frunció el entrecejo.

—Hoy ha habido muchas decepciones, Mallick Rel.

—¡Korbolo Dom, señor! —dijo Pormqual, todavía con una expresión de incredulidad—. No comprendo...

—Está claro que no lo comprendes —reconoció el comandante, con cara de asco—. Jhistal, ¿has pensado en algo en particular para este desdichado?

—Nada. Es tuyo.

—No puedo otorgarle el digno sacrificio previsto para sus soldados. Probablemente eso me dejaría un gusto demasiado agrio en la boca.

Korbolo Dom titubeó, luego dio un suspiro e hizo un pequeño gesto con una mano.

A la espalda del puño supremo brilló la espada de doble filo de uno de los caudillos, que lo decapitó de un tajo. La cabeza salió despedida por el aire. Su caballo de guerra se desbocó alarmado y rompió el círculo de soldados. El hermoso animal avanzó al galope entre los soldados desarmados, con el personaje decapitado sobre la silla. Duiker vio que el cadáver del puño supremo cabalgaba con una gracia que no tenía en vida, zigzagueando entre la multitud hasta que unas manos detuvieron al asustado animal y el cuerpo de Pormqual se deslizó de costado para caer en unos brazos que lo esperaban.

Puede que fuera su imaginación, pero Duiker creyó oír la risa cruel de un dios.



A pesar de que no escaseaban los clavos, tardaron un día y medio hasta clavar entre gritos al último prisionero al último de los abarrotados cedros que flanqueaban el camino de Aren.

Diez mil malazanos muertos o moribundos contemplaban la ancha ruta imperial, exquisitamente diseñada, con ojos ciegos o incapaces de comprender, sin que importara demasiado.

Duiker fue el último al que atravesaron muñecas y brazos con aquellos clavos oxidados, para sostenerlo en lo alto del tronco cubierto de sangre. Introdujeron más clavos en sus tobillos y en los músculos exteriores de sus muslos.

El dolor no se parecía en nada a lo que el historiador había conocido hasta entonces. Pero lo peor era saber que aquel dolor acompañaría la totalidad de su último viaje, hasta perder por fin el conocimiento, y además, para aumentar el sufrimiento, las imágenes grabadas en su mente caminando durante casi cuarenta horas por el camino de Aren, contemplando a todos y cada uno de los diez mil soldados que formaban parte de aquella crucifixión masiva, en una cadena de sufrimiento de más de tres leguas de longitud, aprovechando todo el espacio disponible de aquellos altos y anchos troncos.

El historiador había superado sobradamente el espanto cuando por fin llegó su hora como último soldado para cerrar la cadena humana. Lo arrastraron al árbol, lo subieron al andamio, lo empujaron contra la corteza agrietada, le hicieron abrir los brazos, sintió la frialdad de

los clavos de hierro contra la piel y entonces, cuando empezaron a golpear los martillos, una explosión de dolor lo obligó a evacuar el intestino y lo dejó manchado y avergonzado. El mayor dolor llegó cuando retiraron el andamio bajo sus pies y los clavos soportaron todo su peso. Hasta aquel momento, creía haber penetrado en la agonía hasta donde era humanamente posible.

Estaba equivocado.

Después de lo que parecía una eternidad, durante la que los incesantes crujidos de su carne hendida habían ahogado todo lo demás en su interior, surgió una claridad fresca y tranquila, y en su conciencia semiapagada aparecieron pensamientos errantes y dispersos.

El fantasma jaghut... ¿por qué pienso en él ahora, en esa eternidad de aflicción? ¿Qué tiene que ver él conmigo? ¿Qué tiene que ver cualquiera o cualquier cosa conmigo ahora? Por fin espero a las puertas del Embozado; el tiempo de recuerdos, de reproches y comprensiones ha pasado. Ahora debes entenderlo, viejo. Tu infante de marina anónima te espera, y Bastión y el cabo Lista, y Tregua y Sulwar y Picadora. Kulp y Heboric también, con toda probabilidad. Abandonas ya un lugar de desconocidos y vas a otro de compañeros, de amigos.

Eso aseguran los sacerdotes del Embozado.

Es el último obsequio. He acabado con este mundo, porque aquí estoy solo. Solo.

Un rostro fantasmagórico, con colmillos, apareció ante el ojo de su mente y, a pesar de no haberlo visto nunca, sabía que el jaghut lo había encontrado. La compasión más profunda llenó los ojos inhumanos de aquella criatura, una compasión que Duiker no podía entender.

¿Por qué te afliges, jaghut? No vagaré por la eternidad como lo has hecho tú. No volveré a este lugar, ni sufriré de

nuevo las pérdidas que sufre un mortal en vida y en la vida. Estoy a punto de recibir la bendición del Embozado, jaghut... La aflicción no es necesaria...

Esos pensamientos resonaron solo otro momento, mientras se desvanecía el rostro maltrecho del jaghut y en torno al historiador se cernía la oscuridad, hasta que llegó a absorberlo.

Y con ello cesó la conciencia.

CAPÍTULO 23



Laseen mandó a Tavore,
cruzando veloz los mares,
a sujetar la mano de Coltaine,
y al cerrar sus dedos
se encontró con huesos limpiados por los cuervos.

El levantamiento de Sha'ik
Wu

Kalam se arrojó a las tinieblas, al pie de un muro bajo y maltrecho, y se cubrió medio cuerpo con el cadáver todavía caliente. Agachó la cabeza y permaneció inmóvil, esforzándose por respirar más despacio.

Al poco se oyeron pasos suaves sobre los adoquines de la calle. Una voz enojada ordenó el alto.

—Lo persiguieron —susurró otro cazador—, y aquí les tendió una emboscada. ¡Dioses! ¿Qué clase de hombre es ese?

—No puede estar lejos... —dijo una tercera garra, una mujer.

—¡Claro que no! —exclamó el jefe, que era quien les había ordenado pararse—. ¿Acaso tiene alas? No es inmortal, no es inmune al filo de nuestras hojas; vosotros dos, basta de charla, ¿entendido? Ahora os abríis, tú por este lado y tú por el otro —indicó el jefe, al tiempo que la

hechicería proyectaba su frío aliento—. Yo me quedaré en medio.

Claro, e invisible, lo que significa que eres el primero, bastardo.

Kalam escuchó mientras los otros dos se alejaban. Conocía la pauta que seguirían: los dos laterales avanzarían, mientras el jefe, oculto por la hechicería, se mantendría rezagado moviendo con rapidez la mirada entre los dos cazadores, escudriñando las bocas de los callejones y los tejados, con una ballesta sin estrías en cada mano. Kalam esperó un momento; entonces, despacio, en silencio, se apartó a rastras del cadáver y se alzó desde su posición en cuclillas.

Avanzó sigilosamente por la calle, descalzo para no hacer ruido. Para alguien que supiera qué buscar, el halo oscuro que se proyectaba veinte pasos por delante era apenas discernible. No era un hechizo fácil de mantener, inevitablemente más débil por detrás, y Kalam alcanzaba a vislumbrar el indicio de una figura que se movía en su interior.

Cerró la distancia como un leopardo al acecho. Uno de los codos de Kalam chocó contra la base del cráneo del jefe y le causó la muerte instantánea. Cogió una de las ballestas antes de que llegara al suelo, pero la otra se le escapó y resbaló con un traqueteo sobre los adoquines. Blasfemando en silencio, el asesino prosiguió su carga hacia la derecha, en dirección a la boca de un callejón, veinte pasos por detrás del lateral de dicho lado.

Se arrojó al suelo al oír el disparo sordo de una ballesta y sintió que la saeta rasgaba su capa. A continuación, rodó por los estrechos confines del callejón, resbalando sobre verduras podridas. Las ratas se dispersaron, apartándose de su camino, cuando se levantó para penetrar en la

oscuridad más profunda. Había un hueco a su izquierda, accedió de espaldas en sus tinieblas y preparó su propia ballesta. Doblemente armado, aguardó.

Una figura apareció en su campo de visión y se detuvo frente a él, a menos de diez palmos.

La mujer se agachó y se contorsionó en el momento en que Kalam disparaba, y el asesino supo que había fallado el tiro. Pero no así la daga de la mujer. La hoja salió volando de su mano y lo alcanzó debajo de la clavícula derecha. Una segunda arma arrojada, una estrella, se incrustó en la puerta de madera de la oquedad junto a la cara de Kalam.

Apretó el gatillo de la segunda ballesta y la saeta acertó a la mujer en el bajo vientre. Se desplomó de espaldas y la paraltina blanca había acabado con su vida antes de que dejara de moverse.

Kalam seguía vivo; el arma clavada en su pecho debía estar limpia. Se agachó, dejó las dos ballestas en el suelo, levantó la mano y se arrancó el cuchillo invirtiendo la empuñadura.

Ya había utilizado las demás armas, aunque todavía conservaba las tenazas y el pequeño zurrón de retales.

El último cazador se hallaba cerca, a la espera de que Kalam tomara la iniciativa y sabía con exactitud dónde se escondía. El cadáver frente a él era un indicio inconfundible.

¿Y ahora qué?

El costado derecho de su camisa estaba húmedo y pegajoso, y percibía el calor de la sangre que descendía por ese lado de su cuerpo. Era su tercera herida leve de la noche; una estrella había alcanzado su espalda durante la penúltima escaramuza. Esas armas estaban envenenadas; demasiado arriesgadas para el lanzador, aunque llevara guantes. El cuero de su chaqueta había absorbido la mayor

parte de su impacto y se había arrancado la estrella frotándose contra una pared.

Su disciplina mental para reducir el flujo de la sangre de sus diversas heridas estaba casi agotada y se debilitaba con rapidez.

Levantó la cabeza. Se hallaba debajo de un balcón cuyos soportes picados se encontraban a unos doce palmos del suelo. Puede que con un salto lograra alcanzarlos, pero haría mucho ruido y el esfuerzo lo dejaría imposibilitado.

Sacó las tenazas, se colocó el cuchillo ensangrentado entre los dientes, se irguió despacio y levantó las tenazas hasta cerrarlas alrededor del soporte.

¿Aguantaré esto mi peso?

Con las manos firmemente sujetas a las empuñaduras, tensó con cautela los hombros, se elevó una pulgada y luego otra. El soporte ni siquiera crujió y Kalam se percató de que aquella viga de madera penetraba con toda probabilidad en la propia pared de piedra. Siguió elevándose.

El reto consistía en guardar silencio, porque el menor susurro o crujido pondría sobre aviso a su cazador. Con los brazos y los hombros temblando, levantó poco a poco las piernas, hasta introducir el pie derecho en el hueco triangular encima del soporte.

Después de doblar la pierna derecha sobre el soporte, logró aliviar por fin el peso en sus brazos y hombros.

Permaneció colgado, sin moverse, un minuto.

A las garras les gustan los juegos de espera. Sobresalen en las competiciones de paciencia. Era evidente que su cazador había llegado a la conclusión de que este era uno de esos juegos y se proponía ganarlo.

Bien, forastero, yo no juego según tus reglas.

Soltó las tenazas y las levantó hacia el suelo del balcón. Esta era la parte más arriesgada, puesto que no tenía la

menor idea de lo que habría en ese suelo. Lo tanteó poco a poco con las tenazas hasta que no pudo ir más lejos y entonces las dejó con suavidad en el piso.

El cuchillo, que seguía atrapado entre sus dientes, le obligaba a saborear el gusto de su propia sangre. Con ambas manos libres, Kalam se agarró al borde del balcón y se levantó lentamente del soporte. Después de escalar la baranda con las manos, pasó una pierna y al cabo de un momento se agachó en el suelo, con las tenazas a sus pies.

Escudriñó la zona. En un extremo había macetas de arcilla con diversas hierbas y un horno de pan sobre una base de ladrillos, cuyo calor alcanzaba el rostro enfriado por el sudor del asesino.

Una portezuela con barrotes, por la que sería preciso arrastrarse, constituía la única vía de comunicación con la siguiente estancia.

Su inspección concluyó en los ojos de un pequeño perro, acurrucado en el extremo opuesto del balcón. El animal de pelo negro, músculos compactos y hocico y orejas como las de un zorro, roía media rata, con la mirada de sus ojos negros fija en todos y cada uno de los movimientos de Kalam.

Kalam soltó un suspiro muy suave. *Otra dudosa reivindicación de la fama de la ciudad de Malaz: el raticida malazano, criado por su locura temeraria.* Era imposible pronosticar lo que haría el perro cuando decidiera que su comida había terminado. Puede que le lamiera la mano. O que le arrancara la nariz de un mordisco.

La bestia olía la carne despedazada entre sus patas, se la metía en la boca y la masticaba, sin dejar de evaluarlo. A continuación, se comió la cola de la rata y se atragantó brevemente, con un ruido que fue apenas un susurró, antes de tragársela entera.

El raticida se lamió las patas delanteras, luego se sentó para lamerse otras partes del cuerpo y seguidamente se levantó frente al ensangrentado asesino.

Estallaron los ladridos en el aire de la noche, mientras el perro daba saltos frenéticos con el esfuerzo.

Kalam saltó sobre la barandilla del balcón. Detectó movimiento en el callejón debajo de sus pies y se abalanzó sobre aquello que se movía, con el cuchillo en su mano izquierda.

Mientras descendía por el aire, tuvo la seguridad de que estaba acabado. Su cazador solitario había encontrado aliados: otra mano.

La hechicería que se elevó golpeó a Kalam como un puño gigantesco. El cuchillo salió despedido de sus dedos laxos. Se desvió en su trayectoria por el ataque del mago y, sin alcanzar su objetivo, recibió un fuerte golpe en su lado izquierdo al caer sobre los adoquines.

Proseguían los implacables ladridos en el balcón.

La supuesta presa de Kalam lo atacó, blandiendo una cuchilla. El asesino levantó las piernas y dio una patada, pero el individuo la esquivó con un hábil movimiento. La hoja del cuchillo cortó a Kalam a la altura de las costillas en ambos costados. La frente del cazador se precipitó con fuerza contra su nariz. Tras los ojos del asesino se produjo una explosión de luz.

Al cabo de un momento, cuando el cazador cogía impulso sentado sobre Kalam y levantaba ambos cuchillos, un fardo negro que gruñía cayó sobre su cabeza. Chilló cuando unos largos caninos, afilados como navajas, abrían un boquete en un lado de su cara.

Kalam lo agarró de una muñeca, la quebró y retiró el cuchillo de su dolorida mano.

El cazador procuraba desesperadamente apuñalar al perro raticida con su otro cuchillo, luego soltó el arma e intentó agarrar al animal que se retorció.

Kalam hundió su cuchillo en el corazón del cazador.

Después de empujar el cuerpo a un lado, se puso de pie y se encontró rodeado.

—Puedes ordenarle a tu perro que pare, Kalam —dijo una mujer.

El asesino bajó la cabeza para mirar al animal y vio que su ferocidad no había amainado. La sangre se esparcía sobre los adoquines, alrededor de la cabeza y del cuello del cadáver.

—Lo lamento —refunfuñó Kalam—, pero no es mío... Ojalá tuviera un centenar como él.

Le dolía su nariz aplastada. De sus ojos descendían lágrimas, que se unían a la sangre que brotaba de sus labios y su barbilla.

—¡Maldita sea! —exclamó la mujer, dirigiéndose a uno de sus cazadores—. ¡Mata a esa jodida cosa!

—No es necesario —respondió Kalam, al tiempo que daba un paso al frente.

Bajó la mano, agarró al animal por el pescuezo y lo arrojó al balcón. El perro dio unos gañidos, pasó casi rozando la barandilla y desapareció de la vista. Múltiples arañazos en el suelo anunciaron su aterrizaje.

—Flor, querido, tranquilo, buen chico —dijo una voz temblorosa en el balcón.

—Bien —dijo Kalam, con su mirada en la mujer—, adelante. Termina tu trabajo.

—Será un placer...

El impacto de una flecha la arrojó a los brazos de Kalam, que estuvo a punto de ensartarse en la afilada punta que le sobresalía del pecho. Los cuatro cazadores restantes se

apresuraron en ponerse a cubierto, sin saber qué es lo que se acercaba cuando oyeron cascos de caballo en el callejón.

Kalam vio boquiabierto que se aproximaba su semental y, acurrucada sobre la silla, con la ballesta reglamentaria de los infantes de marina en la mano, estaba Minala.

El asesino se echó a un lado una fracción de segundo antes de que lo embistiera, agarró un borde de la silla y el propio ímpetu del animal lo ayudó a sentarse detrás de Minala, que puso la ballesta en sus manos.

—¡Cúbrenos!

Al volver la cabeza, Kalam descubrió cuatro figuras que los perseguían y disparó. Los cazadores se arrojaron simultáneamente al suelo. La flecha resbaló a lo largo de una pared y se perdió en la oscuridad.

El callejón daba a una calle. Minala giró a la izquierda. Los cascos patinaron y salieron chispas de las herraduras. El caballo recuperó el equilibrio y avanzó a galope tendido.

El distrito portuario de la ciudad de Malaz era un entramado de estrechas y tortuosas calles y callejones, por donde parecía imposible que un caballo pudiera galopar en plena noche. Durante los minutos siguientes, Kalam experimentó el desplazamiento más desenfrenado de su vida. La pericia de Minala era asombrosa.

Al poco rato, Kalam se le acercó.

—En nombre del Embozado, ¿adónde te diriges? Toda la ciudad está plagada de garras, mujer...

—¡Lo sé, maldita sea!

Guió el semental a través del puente de madera. Al levantar la cabeza el asesino vio el distrito alto y, más allá, una imponente forma negra: el precipicio y... la fortaleza de Mock.

—¡Minala!

—¿No querías a la emperatriz? ¡Bien, bastardo, allí está,
en la fortaleza de Mock!
¡Por la sombra del Embozado!



Las baldosas cedieron sin hacer el menor ruido. Una fría oscuridad se tragó a los cuatro viajeros.

La caída se detuvo de improviso con un soberano golpe sobre las losas suaves y pulidas.

Violín se incorporó refunfuñando, con el zurrón de municiones todavía al hombro. Con la caída se había lastimado el tobillo, apenas curado, y el dolor era atroz. Con los dientes apretados, miró a su alrededor. Los demás, al parecer sanos y salvos, se pusieron lentamente de pie.

Estaban en una sala redonda, idéntica a la que habían dejado en Tremorlor. Por un momento, el zapador temió que se hubieran limitado a regresar al mismo lugar, pero luego olió sal en el aire.

—Hemos llegado —dijo—. La Casa de Muerte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Azafrán.

Violín se arrastró hasta una pared, en la que se apoyó para levantarse. Probó la pierna e hizo una mueca.

—Huelo la bahía de Malaz y fijaos en lo húmedo que es el aire. Esto no es Tremorlor, muchacho.

—Pero podemos estar en cualquier Casa, en cualquier lugar junto a una bahía...

—Es posible —reconoció el zapador.

—Simplemente, es cuestión de averiguarlo —declaró razonablemente Apsalar—. Te has vuelto a lastimar el tobillo, Violín.

—Sí. Ojalá estuviera aquí Mappo con sus elixires...

—¿Puedes andar? —preguntó Azafrán.

—No hay otra alternativa.

El padre de Apsalar se acercó a la escalera y miró hacia abajo.

—Hay alguien en casa —dijo—. Veo luz de linterna.

—Vaya, lo que nos faltaba —susurró Azafrán, al tiempo que desenvainaba sus cuchillos.

—Guárdalos —dijo Violín—. O somos invitados, o estamos muertos. Vamos a presentarnos, ¿no os parece?

En su descenso al piso principal, con Violín apoyando todo su peso en el daru, cruzaron una puerta abierta que daba al vestíbulo. En las paredes había huecos con linternas encendidas y desde una doble puerta frente a la entrada parpadeaba una hoguera.

Al igual que en Tremorlor, una enorme armadura llenaba un nicho a medio camino y se notaba que había participado en encarnizadas batallas.

El grupo se detuvo para examinarla unos instantes, en silencio, antes de proseguir hacia las puertas abiertas.

Con Apsalar en cabeza, entraron en la sala principal. Las llamas en la chimenea de piedra parecían arder sin combustible y una extraña negrura alrededor de sus bordes lo identificaba como un pequeño portal, abierto a una senda de fuego incesante.

Había una figura de espaldas a ellos, con la mirada fija en las llamas. Era un individuo robusto, ancho de espalda, con ropajes de un ocre desvaído, que medía más de dos metros de altura. Una larga coleta de tono metálico descendía entre sus hombros, sujeta con una cadena sin brillo a la altura de los riñones.

—Consta vuestro incumplimiento de apresar a Icarium —dijo el guardián en un tono grave y sordo, sin darse la

vuelta.

—A fin de cuentas, no era cosa nuestra —refunfuñó Violín—. Mappo...

—Claro, Mappo —interrumpió el guardián—. El trell. Parece que ha caminado demasiado tiempo junto a Icarium. Hay deberes que sobrepasan la amistad. Los ancestros le produjeron hondas cicatrices cuando destruyeron un asentamiento completo y culparon a Icarium. Supusieron que con eso bastaría. Era imprescindible encontrar un vigilante. El que le había precedido en dicha responsabilidad, se había quitado su propia vida. Durante varios meses Icarium vagó solo por la tierra y el peligro era excesivo.

Esas palabras penetraron en Violín y rasgaron sus entrañas. *No, Mappo cree que Icarium destruyó su casa, asesinó a su familia, todos lo creían. No, ¿cómo pudieron hacerle esto?*

—Azath lleva trabajando en esta empresa desde hace mucho tiempo, mortales.

Entonces se volvió. Unos enormes colmillos que salían de su labio inferior enmarcaban su fina boca. El tono verdoso de su curtida piel le confería un aspecto fantasmagórico, a pesar de la luz cálida de la hoguera. Unos ojos del color del hielo sucio los contemplaban.

La mirada fija de Violín se negaba a creer lo que veía: el parecido era inconfundible, cada rasgo una repetición. Todo daba vueltas en su mente.

—Hay que detener a mi hijo, su ira es un veneno —dijo el jaghut—. Ciertas responsabilidades sobrepasan la amistad, sobrepasan incluso la sangre.

—Lo lamentamos —dijo suavemente Apsalar, al cabo de un momento—, pero la misión excedía nuestras posibilidades, las de todos los presentes.

Los ojos fríos e inhumanos la examinaron.

—Puede que tengas razón. Ahora soy yo quien debe disculparse. Tenía tantas... esperanzas.

—¿Por qué? —susurró Violín—. ¿Por qué es Icarium el portador de semejante maldición?

El jaghut ladeó la cabeza y luego volvió a centrarse de nuevo en la chimenea.

—Las sendas lastimadas son algo peligroso. Lastimar una lo es mucho más. Mi hijo buscaba un camino para liberarme de los azath. Fracasó. Y quedó... lastimado. No comprendía, ni comprenderá jamás, que aquí estoy a gusto. Hay pocos lugares en todos los reinos que ofrezcan paz a un jaghut, o por lo menos la paz que somos capaces de alcanzar. Al contrario que vuestra especie, anhelamos la soledad, ya que esa es nuestra única seguridad. En el caso de Icarium —prosiguió, mirándolos de nuevo—, como es natural, existe otra paradoja. Sin memoria, desconoce cuáles fueron sus motivaciones en otra época. No sabe nada de sendas lastimadas, ni de los secretos de Azath —agregó el jaghut, con una dolorosa sonrisa—. Tampoco sabe nada de mí.

—Tú eres Gothos, ¿no es cierto? —preguntó de pronto Apsalar, después de levantar la cabeza.

No respondió.

Violín vio un banco junto a la pared. Se acercó cojeando y se sentó. Apoyó la cabeza en la piedra caliente y cerró los ojos. *Dioses, nuestros esfuerzos son como la nada, nuestras cicatrices internas, meros rasguños. Bendito seas, Embozado, por tu don de la mortalidad. No podría vivir como lo hacen estos ascendientes... No podría torturar así mi alma...*

—Ha llegado el momento de que os marchéis —refunfuñó el jaghut—. Si estáis heridos, encontraréis un cubo de agua cerca de la puerta principal; el agua tiene

propiedades curativas. Esta noche las calles están plagadas de cosas desagradables. Andad con cuidado.

Apsalar volvió la cabeza y vio que Violín parpadeaba, intentando enfocar la mirada a través de sus lágrimas. *Oh, Mappo, Icarium... Tan unidos...*

—Debemos marcharnos —dijo.

Violín asintió, e hizo un esfuerzo por levantarse.

—No me vendría mal un trago de agua —susurró.

Azafrán echaba una última ojeada al entorno, a los tapices descoloridos, al adornado banco, a las piedras y las maderas de las repisas, y por fin a los numerosos pergaminos amontonados sobre un escritorio, junto a la pared opuesta a la puerta doble. Retrocedió con un suspiro. El padre de Apsalar lo siguió.

Salieron al vestíbulo y se dirigieron a la entrada. El cubo estaba a un lado y encima había un gancho del que colgaba un cazo de madera.

Apsalar cogió el cazo, lo llenó de agua y se lo ofreció a Violín. Este tomó un buen trago y, a continuación, gimió de dolor cuando una curación de una velocidad horripilante apresaba su tobillo. Después de un rato, el dolor desapareció y sintió una gran flaqueza. De pronto se encontraba empapado en sudor. Los demás lo observaban.

—Por el aliento del Embozado —jadeó el zapador—, no bebáis si no es imprescindible.

Apsalar volvió a colgar el cazo en su lugar.

Se entreabrió la puerta a un firmamento nocturno y a un jardín muy descuidado. Un camino enlosado serpenteaba hasta una puerta arqueada. Un pequeño muro de piedra cercaba la finca. Más allá había bloques de pisos, con todos los postigos cerrados.

—¿Y bien? —se interesó Azafrán, mirando a Violín.

—Sí. La ciudad de Malaz.

—Es muy fea.

—Lo es.

Tras poner a prueba su tobillo y comprobar que no sentía el menor dolor, Violín avanzó por el camino hasta la puerta arqueada. Desde la oscuridad de su sombra, observó la calle.

Ningún movimiento. Ningún sonido.

—Esto no me gusta en absoluto.

—La hechicería ha tocado esta ciudad —declaró Apsalar—. Y reconozco su sabor.

—¿La Garra? —preguntó Violín, mirándola.

Apsalar asintió. El zapador hizo girar su zurrón, para meter la mano debajo de la tapa.

—Esto puede significar refriegas cuerpo a cuerpo.

—En el peor de los casos.

—Así es —respondió, mientras sacaba dos granadas de la bolsa.

—¿Hacia dónde? —susurró Azafrán.

Ojalá lo supiera.

—Probemos en Smiley; es una taberna que tanto Kalam como yo conocemos bien...

Salieron a la calle.

Ante ellos se desplegó una enorme sombra, imponente y desgarbada. Apsalar extendió con suma rapidez una mano y agarró el brazo de Violín, cuando este se disponía a lanzar.

—No, espera.

La criatura ladeó hacia ellos una cabeza de hocico prolongado y los miró con su único ojo plateado. Entonces apareció una figura sentada sobre su hombro: un joven, manchado de vieja sangre, cuyo rostro era una versión humana del de la bestia.

—Aptoriana... —dijo Apsalar, a guisa de saludo.

El joven abrió una boca con grandes colmillos, de la que emergió una voz carrasposa:

—Buscáis a Kalam Mekhar.

—Sí —respondió Apsalar.

—Se dirige al fuerte sobre el precipicio...

—¿La fortaleza de Mock? ¿Por qué? —preguntó Violín, estupefacto.

El pequeño jinete ladeo la cabeza.

—¿Desea ver a la emperatriz?

El zapador dio media vuelta, con la mirada fija en el imponente castillo. Un pendón oscuro colgaba de la veleta.

—¡Válganos el Embozado, la emperatriz está aquí!

—Os guiaremos —dijo el jinete, con una horripilante sonrisa—. A través de la Sombra, a salvo de la Garra.

—Adelante —sonrió a su vez Apsalar.



No redujeron la velocidad mientras cabalgaban hacia el pie de la escalinata de piedra que ascendía por el precipicio.

—Será mejor que aminores... —dijo Kalam, después de coger el brazo de Minala.

—Agárrate fuerte —farfulló ella—. No es demasiado empinada.

¿No es demasiado empinada? Por Fener...

Se abultaron los músculos del semental cuando se lanzaba hacia delante, pero antes de que sus cascos tocaran la piedra, el mundo a su alrededor se convirtió en gris amorfo. El caballo relinchó y retrocedió, pero demasiado tarde. La senda se los tragó.

Debajo de ellos oyeron que los cascos del animal patinaban con furia. Kalam cayó de costado, se golpeó contra una pared, resbaló y acabó sobre un suelo reluciente con la respiración entrecortada. La ballesta salió disparada de sus manos y se alejó deslizándose. El asesino jadeaba cuando giró lentamente sobre sí mismo.

Habían llegado a un pasillo con olor a moho y el semental estaba cualquier cosa menos calmado. El techo era alto y arqueado, con una braza de altura por encima del caballo encabritado. De algún modo Minala había logrado permanecer en la silla. Se esforzó en tranquilizar al semental y al rato lo logró; se inclinó hacia delante y colocó suavemente una mano tras las ventanas abiertas de su nariz.

Kalam se incorporó con un gruñido.

—¿Dónde estamos? —preguntó Minala, mientras examinaba de arriba abajo el largo pasillo vacío.

—Si no me equivoco, en la fortaleza de Mock —susurró el asesino, al tiempo que recuperaba la ballesta—. La emperatriz sabía que veníamos... Parece que se ha impacientado...

—De ser así, Kalam, podemos darnos por muertos.

El asesino no discrepaba de su opinión, pero no dijo nada, pasó junto al caballo y observó las puertas del fondo.

—Creo que estamos en el Viejo Refugio.

—Eso explicaría el polvo, pero huele como un establo.

—No es sorprendente, fue en lo que se convirtió la mitad de este edificio. Pero el salón principal se ha conservado —asintió en dirección a las puertas—. Por allí.

—¿No hay otro camino?

—Ninguno —respondió, moviendo la cabeza—. En todo caso, la puerta trasera será una senda.

—¿Crees que nos ha estado observando? —refunfuñó Minala, mientras se apeaba de la silla.

—¿Por arte de magia? Tal vez, y tú te preguntas si sabe que estás aquí —titubeó, antes de entregarle la ballesta—. Obremos como si no lo supiese. Quédate atrás, yo entraré con el caballo.

Minala asintió y cargó el arma.

—En el nombre del Embozado, ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Kalam.

—En el transporte imperial que zarpó un día después que el Tapón de Trapo. Este caballo no llamaba la atención entre los sementales de Pormqual. A nosotros también nos sorprendió aquella maldita tormenta, pero el único problema de verdad llegó cuando tuvimos que desembarcar en la bahía. Es un sitio en el que no pienso volver a nadar. Jamás.

—¡Por el aliento del Embozado, mujer! —exclamó el asesino, con los ojos muy abiertos, antes de desviar la mirada y dirigirla de nuevo a Minala—. ¿Por qué?

—¿Eres en realidad tan tarugo, Kalam? En todo caso, ¿no debía haberlo hecho?

Existían algunas barreras que el asesino hubiese esperado no tener que cruzar jamás. Su súbito derrumbamiento lo había dejado sin aliento.

—De acuerdo —dijo por fin—, pero quiero que sepas que no me distingo por mi sutileza.

—¡Quién lo habría dicho! —exclamó Minala, con las cejas arqueadas.

Kalam miró de nuevo hacia la puerta. Iba armado con un solo cuchillo y había perdido demasiada sangre. *No estoy lo que se diría debidamente equipado para asesinar a una emperatriz, pero es lo que hay...* Sin otra palabra a Minala,

avanzó tirando de las riendas del semental. Las pisadas del animal sonaron con fuerza al acercarse a la doble puerta.

Apoyó una mano en la madera. Las tablas oscuras estaban húmedas. *Hay hechicería al otro lado. Hechicería poderosa.* Retrocedió un poco, miró a Minala a diez pasos de distancia y movió lentamente la cabeza.

Ella se encogió de hombros y levantó la ballesta que tenía en la mano.

Miró de nuevo a las puertas y tiró del pestillo de la izquierda, que se levantó sin hacer ruido. Abrió la puerta de un empujón. Estaba oscuro como boca de lobo y el frío era glacial.

—Adelante, Kalam Mekhar —dijo de manera incitadora una voz femenina.

No vio otra opción. A eso había venido, aunque aquel no era el desenlace que habría preferido. El asesino entró en la oscuridad, seguido del semental.

—Ya te has acercado lo suficiente. Al contrario que Topper y su garra, yo no te subestimo.

No veía nada y la voz parecía llegar al mismo tiempo de todos lados. La puerta a su espalda, entreabierta, diluía ligeramente las tinieblas, pero a uno o dos pasos la oscuridad absorbía su luz por completo.

—Has venido a matarme, abrasapuentes —dijo la emperatriz Laseen, en un tono frío y seco—. Desde tan lejos. ¿Por qué?

La pregunta lo sobresaltó.

Había un humor sardónico en la voz de la emperatriz cuando prosiguió:

—No puedo creer que debas esforzarte para encontrar tu respuesta, Kalam.

—La matanza deliberada de los Abrasapuentes —refunfuñó el asesino—. Declarar a Dujek Unbrazo fuera de

la ley. El intento de asesinato de Whiskeyjack, de mí mismo y del resto del noveno pelotón. Viejas desapariciones. Una posible participación en la muerte de Dassem Ultor. El asesinato de Danzante y del emperador. Incompetencia, ignorancia, traición... —Su letanía se perdió en la lejanía.

—Y tú vas a ser mi juez —dijo en voz baja la emperatriz Laseen, después de un prolongado silencio—. Y mi verdugo.

—Así es, más o menos.

—¿Se me permite una defensa?

Kalam exhibió su dentadura. La voz procedía de todas partes; de todas menos una, se percató ahora, el rincón a su izquierda, que según sus cálculos estaba a menos de cuatro pasos largos.

—Puedes intentarlo, emperatriz.

Por el aliento del Embozado, apenas puedo tenerme en pie y con toda probabilidad ella dispone de guardias. Como dice Ben el Rápido, cuando no tienes nada, échate un farol...

—Los esfuerzos del mago Tayschrenn en Genabackis fueron equivocados —dijo Laseen, en un tono más severo—. Aniquilar a los Abrasapuentes no formaba parte de mis intenciones. En tu pelotón había una joven, poseída por un dios que pretendía matarme. Se ordenó a la consejera Lorn ocuparse de ella...

—Lo sé, emperatriz. Estás perdiendo el tiempo.

—No lo considero una pérdida, dado que el tiempo puede que sea lo único de lo que pueda disfrutar en este reino mortal. Y ahora, para seguir respondiendo a tus acusaciones, declarar a Dujek fuera de la ley es una medida temporal, en realidad una treta. Percibimos la amenaza que suponía el Dominio Painita. Pero Dujek opinaba que no podía ocuparse de eso por sí solo. Precisábamos conseguir aliados, Kalam. Necesitábamos los recursos de Darujhistan,

necesitábamos a Caladan Brood y a sus rhivi y sus barghastianos, necesitábamos a Anomander Rake y a sus tiste andii. Y necesitábamos quitarnos de encima a la Guardia Carmesí. Ahora ninguna de esas fuerzas formidables es ajena al pragmatismo, todas y cada una de ellas han comprendido la amenaza que representan el Vidente Painita y su creciente imperio. Pero la cuestión de la confianza seguía siendo problemática. Estuve de acuerdo con el plan de Dujek de dejarlos libres a él y a su anfitrión. Como forajidos, se han distanciado en efecto del Imperio malazano y de sus deseos; es nuestra respuesta, por así decirlo, al asunto de la confianza.

Kalam entornó los párpados para reflexionar.

—¿Y quién conoce esta estratagema?

—Solo Dujek y Tayschrenn.

—¿Y el mago supremo? —refunfuñó Kalam al cabo de unos instantes—. ¿Qué papel juega en todo esto?

Notó que la emperatriz sonreía al responder:

—Está ahí, en un segundo plano, sin dejarse ver, pero a disposición de Dujek si Unbrazo lo necesita. Tayschrenn es para Dujek, como soléis decir los soldados, «su taba en el hueco».

Kalam guardó un prolongado silencio. Los únicos sonidos en la sala eran el de su respiración y el goteo lento pero regular de su sangre sobre las baldosas.

—Quedan crímenes más antiguos por saldar...

El asesino frunció el entrecejo. *Los únicos sonidos...*

—¿El asesinato de Kellanved y de Danzante? Sí, acabé con su gobierno del Imperio malazano. Usurpé el trono. A decir verdad, una horripilante traición. El Imperio es más grande que cualquier individuo mortal...

—Tú incluida.

—Yo incluida. Un Imperio impone sus propias necesidades, genera exigencias en nombre del deber, y ese peso en particular es algo que tú, como soldado, sin miedo a equivocarme, debes de comprender. Conocía muy bien a esos dos hombres, Kalam, algo de lo que tú no puedes presumir. Respondí a una necesidad que no pude evitar, con reticencia, con angustia. Desde entonces, he cometido graves errores de cálculo... y he de vivir con ellos...

—Dassem Ultor...

—Era un rival. Un hombre ambicioso, que había jurado fidelidad al Embozado. No quise arriesgarme a una guerra civil, por consiguiente, atacué primero. Evité la guerra civil y, por tanto, no lo lamento.

—Al parecer —susurró fríamente el asesino—, te has preparado para esto.

¿Qué duda cabe?

—Respóndeme, Kalam —prosiguió la emperatriz tras un instante—, si Dassem Ultor estuviera sentado aquí en mi lugar, ¿crees que te habría permitido aproximarte tanto? Resulta obvio que mis esfuerzos por disimular la dirección de mi voz han fracasado —continuó, después de un breve silencio—, ya que estás exactamente delante de mí. A tres, o quizás cuatro pasos, Kalam, y puedes acabar con el reinado de la emperatriz Laseen. ¿Qué eliges?

Con una sonrisa, Kalam cambió la empuñadura de su cuchillo a la mano derecha.

Muy bien, te seguiré el juego.

—Siete Ciudades...

—Se les pagará con la misma moneda —replicó.

A pesar de sí mismo, la ira que detectó obligó al asesino a ensanchar los ojos.

¿Quién lo iba a decir? Emperatriz, no necesitabas tus ilusiones después de todo. Así pues, aquí termina la caza.

Guardó el cuchillo en su vaina.

Y sonrió con admiración cuando ella suspiró.

—Emperatriz —retumbó.

—Reconozco cierta... confusión...

No parece haber interpretado uno de tus puntos fuertes, Laseen...

—Podías haber suplicado por tu vida. Podías haber facilitado más razones, más justificaciones. En su lugar, has hablado no con tu voz, sino con la del Imperio —dijo Kalam, volviéndose de espaldas—. Te ocultas en un lugar seguro. Voy a retirarme... de tu presencia...

—¡Espera!

—¿Emperatriz? —preguntó Kalam con las cejas arqueadas, ante su inesperada incertidumbre.

—La Garra; no puedo hacer nada al respecto; no puedo ordenarles que regresen.

—Lo sé. Lavan sus propios trapos sucios.

—¿Adónde irás?

Kalam sonrió en la oscuridad.

—Tu confianza en mi persona me halaga, emperatriz —dijo mientras hacía girar su semental para dirigirse a la puerta, antes de volverse por última vez—. Si lo que quieres preguntarme es si vendré de nuevo a por ti, la respuesta es no.

Minala cubría la entrada desde varios pasos de distancia. Se irguió lentamente al ver aparecer a Kalam. La ballesta estaba firme en sus manos cuando salió el caballo, antes de que el asesino se volviera para cerrar la puerta.

—¿Y bien? —preguntó en un susurro.

—¿Y bien qué?

—He oído voces, susurros incomprensibles. ¿Está muerta? ¿Has matado a la emperatriz?

Puede que haya matado un fantasma. No, un espantapájaros creado por mí a imagen y semejanza de Laseen. Un asesino nunca debería ver la cara tras la máscara de la víctima.

—Solo hay ecos burlones en esa cámara. Aquí hemos terminado, Minala.

—Después de todo solamente... ¿ecos burlones? ¡Has cruzado tres continentes para hacer esto! —exclamó Minala, con fuego en la mirada.

Kalam se encogió de hombros.

—Es nuestra naturaleza, ¿no es cierto? Una y otra vez nos aferramos a la creencia estúpida de que existen soluciones simples. Yo anticipaba en efecto una confrontación dramática, placentera... un destello de hechicería, sangre derramada. Quería matar a un enemigo acérrimo con mis propias manos. En su lugar —prosiguió con una carcajada—, he mantenido una audiencia con una mujer mortal, más o menos... —agregó, estremeciéndose—. En todo caso, nos espera el acoso de la Garra.

—Estupendo. ¿Qué vamos a hacer?

—Es sencillo —sonrió Kalam—, penetraremos de lleno en sus malditas fauces.

—La idea más descabellada que he oído en mi vida...

—Bien. Vámonos.

Tirando de las riendas del semental, avanzaron por el pasillo.



Se disipó lentamente la oscuridad sobrenatural en la sala principal, revelando en un rincón la presencia de una

silla en la que estaba sentado un cadáver descompuesto. Unos mechones de cabello se agitaban ligeramente con la suave brisa, los labios habían retrocedido y los glóbulos oculares eran dos huecos carentes de profundidad.

Se abrió una senda cerca de la pared del fondo y entró un individuo alto y delgado, con una capa verde oscuro. Se detuvo en medio de la sala y ladeó la cabeza hacia la doble puerta, antes de dirigirse al cadáver de la silla.

—¿Y bien?

La voz de la emperatriz Laseen brotó de aquellos labios sin vida.

—Ha dejado de ser una amenaza.

—¿Estás segura, emperatriz?

—En algún momento de la conversación, Kalam se ha percatado de que yo no estaba aquí en carne y hueso, de que debería reemprender su cacería. Sin embargo, parece que mis palabras han surtido cierto efecto. Después de todo, no es un hombre irreflexivo. Ahora, si eres tan amable, retira a tus cazadores.

—Ya lo hemos hablado, sabes que es imposible.

—No quiero perderlo, Topper.

Su carcajada parecía un ladrido.

—Te he dicho que no puedo retirar a mis cazadores, emperatriz; ¿debo suponer que temes que en realidad lo derroten? Por el aliento del Embozado, el propio Danzante habría titubeado antes de enfrentarse a Kalam Mekhar. Lo mejor será considerar esta desastrosa noche como una criba, que debería haberse hecho hace mucho tiempo, de los elementos más débiles de la hermandad...

—Muy generoso por tu parte.

Su sonrisa era irónica.

—Esta noche hemos aprendido bastante sobre el arte de matar, emperatriz. Hay mucho sobre lo que reflexionar.

Además, tengo una víctima en la que desahogar mi frustración.

—Perla, tu lugarteniente predilecto.

—Ha dejado de serlo.

—Confía en recuperar tus atenciones, Topper —dijo Laseen, con un toque de advertencia.

—Sí, pero de momento voy a dejar que sude... —suspiró Topper—, y que piense detenidamente en la importante lección de Kalam. Siempre he dicho que a todo el mundo le sienta bien cierto toque de humildad. ¿No estás de acuerdo, emperatriz? ¿Emperatriz?

He estado hablando con un cadáver. Ay, Laseen, eso es lo que adoro de ti... tu extraordinaria habilidad para obligarle a uno a comerse sus propias palabras...

El capitán de la guardia se tropezó literalmente con ellos cuando avanzaban con cautela junto al muro de la vieja torre. Minala alzó la ballesta y el soldado tuvo la precaución de levantar las manos. Kalam se adelantó y tiró de él hacia la sombra, donde lo desarmó.

—Bien, capitán —dijo entre dientes el asesino—. Dime dónde se ocultan los visitantes inoportunos de la fortaleza.

—Entiendo que no os referís a vosotros mismos —suspiró—. El centinela de la garita ha murmurado algo sobre siluetas en las escaleras; claro que ese viejo canalla está medio ciego. Pero por aquí... nada.

—¿Puedes ser más explícito, capitán...?

—Soy Áragan —respondió el oficial, con el entrecejo fruncido—. Y estoy a pocos días de un nuevo destino...

—Con un poco de cooperación, eso no tiene por qué cambiar.

—Acabo de hacer la ronda y, por lo que he visto, todo parece tranquilo. Claro que esto no significa nada.

Minala señaló el pendón que ondeaba bajo la veleta, encima de la fortaleza.

—¿Y vuestra invitada oficial? ¿Ningún guardaespaldas?

—¡Ah! ¿Te refieres a la emperatriz? —sonrió el capitán Áragan, como si algo le pareciera muy divertido—. No ha envejecido muy bien, ¿no crees?

Una negrura azabache invadió el patio. Minala dio la voz de alarma, al tiempo que la ballesta temblaba en sus manos. Se oyó un grito de dolor.

Kalam empujó al capitán a un lado y dio media vuelta, con un cuchillo en la mano.

Habían aparecido cuatro manos de la Garra: se les acercaban veinte asesinos. En la oscuridad se oían los silbidos de estrellas arrojadas. Minala gritó mientras se tambaleaba de espaldas y la ballesta salía despedida de sus manos. Una temblorosa oleada de hechicería rodó sobre los adoquines... y desapareció.

Las sombras se revolvieron entre las manos, aumentando la confusión. Cuando apareció algo enorme y desgarrado, Kalam ensanchó los ojos con muestras de haberlo reconocido. *¡La aptoriana!* El demonio atacó y salieron cuerpos despedidos en todas direcciones. Los componentes de la mano más alejada se volvieron todos a la vez para enfrentarse a la nueva amenaza. Un objeto del tamaño de una piedra voló hacia ellos. Los cinco cazadores se dispersaron, pero demasiado tarde, cuando la granada aterrizó sobre las losas.

La explosión los roció de metralla.

Un cazador solitario se acercó a Kalam, esgrimiendo cuchillos de doble hoja. Uno alcanzó al asesino en el hombro derecho y el otro casi rozó su cara. A Kalam se le cayó el cuchillo de su mano laxa y retrocedió. El cazador se abalanzó sobre él.

El zurrón de retales interceptó la trayectoria de la cabeza del agresor, con un ruido nauseabundo. El cazador se desplomó, contorsionándose en el suelo.

Estalló otra granada cerca de allí. Se oyeron más gemidos en el patio.

Unas manos agarraron la chaqueta jironada de Kalam y tiraron de él hacia las sombras. El asesino opuso escasa resistencia.

—¡Minala!

—Está con nosotros —susurró una voz familiar cerca de él—, y Azafrán tiene al semental...

—¿Cómo? —pestañeó Kalam.

—Soy Apsalar, cabo.

Por todos lados se cernieron las tinieblas y se apagaron los sonidos.

—Estás lleno de agujeros —observó Apsalar—. Entiendo que ha sido una noche agitada.

Gimió mientras le retiraban lentamente el cuchillo de su hombro y sintió que manaba la sangre del agujero dejado por la hoja. Ante sus ojos apareció el rostro sonriente de un curtido soldado, con canas en su enmarañada barba pelirroja.

—¡Por el aliento del Embozado! —musitó Kalam—. Cada día estás más feo, Violín.

Creció su sonrisa.

—Es curioso —dijo Violín—, yo pensaba lo mismo y lo que no entiendo es que hayas encontrado a esa espectacular dama como compañera...

—Sus heridas...

—Leves —respondió Apsalar, cerca de allí.

—¿Has dado cuenta de ella? —preguntó Violín—. ¿Has matado a la emperatriz?

—No. Cambié de opinión...

—Maldita sea, podríamos... ¿hiciste qué?

—No es más que un dulce saco de huesos, Violín; recuérdame que te lo cuente algún día, siempre y cuando tú me pagues con la misma moneda, ya que tengo entendido que lograsteis usar las puertas de los azath.

—Así es.

—¿Algún problema?

—Pan comido.

—Me alegro de que uno de nosotros lo tuviera fácil —dijo Kalam, realizando un gran esfuerzo para incorporarse—. ¿Dónde estamos?

—En el reino de Sombra —respondió una nueva voz irónica y siseante—. ¡Mi reino!

—¿Es Tronosombrío? —refunfuñó Violín, levantando la cabeza—. ¡Más bien Kellanved! No creas que nos engañas. Puedes ocultarte cuanto quieras en esas elaboradas sombras, ¡pero no eres más que el maldito emperador!

—¡Cuánto me asustas! —dijo repentinamente la insustancial figura, riendo y retrocediendo—. ¿Y no eres tú un soldado del Imperio malazano? ¿No hiciste un juramento? ¿No me prometiste lealtad?

—¡Querrás decir al Imperio!

—¿Por qué discutir sobre esas insignificantes distinciones? Lo cierto es que la aptoriana te ha entregado a mí... ¡a mí, a mí!

De pronto unos chasquidos y zumbidos obligaron al dios a volver la cabeza, para ver al demonio. Cuando cesaron los extraños ruidos que producía la aptoriana, Tronosombrío miró de nuevo al grupo.

—¡Muy lista esa zorra! Pero eso ya lo sabíamos, ¿no es cierto? Ella y esa fealdad de niño que lleva a cuestas, ¡qué asco! Cabo Kalam, de los Abrasapuentes, parece que has encontrado una mujer... ¡y fíjate en sus ojos! ¡Cuánto furor!

Estoy impresionado, muy impresionado. Y ahora deseas aposentarte, ¿no es cierto? ¡Os quiero recompensar a todos! —exclamó separando las manos, como si les bendijera—. ¡Por vuestra lealtad!

—Yo no aspiro a ninguna recompensa, ni tampoco mi padre —dijo Apsalar, con un tono frío y distante—. Preferimos cortar nuestra relación contigo, con Cotillion y con todos los demás ascendientes. Deseamos abandonar esta senda, Ammanas, y volver a la costa de Kanese...

—Y yo con ellos —agregó Azafrán.

—¡Estupendo! —canturreó el dios—. ¡Elegancia sincronizada, en este, el más completo de todos los círculos completos! ¡De acuerdo, a la costa de Kanese! Sí, a la misma calle donde nos vimos por primera vez. ¡Adelante! Os mando con el más suave de los gestos. ¡Id!

Levantó un brazo y acarició el aire con sus largos dedos fantasmagóricos.

Las tinieblas envolvieron a las tres figuras y cuando se disiparon, Apsalar, su padre y Azafrán habían desaparecido.

El dios volvió a reírse.

—Cotillion estará muy contento, ¿no os parece? ¿Y tú qué quieres, soldado? Es raro ver mi magnanimidad, ¡es muy escasa! Date prisa, antes de que me canse de esta diversión.

—¿Cabo? —preguntó Violín, agachado junto al asesino—. Kalam, las ofertas de un dios no me entusiasman demasiado, si comprendes a lo que me refiero...

—Todavía no hemos oído gran cosa sobre esas ofertas. Kell... Tronosombrío, no me vendría mal un descanso, si es eso en lo que has pensado —dijo levantando la cabeza, su mirada se cruzaba con la de Minala y ella asentía—. En algún lugar seguro...

—¡Seguro! ¡No hay ningún sitio seguro! ¡La aptoriana permanecerá a tu lado, atenta como siempre! Y en cuanto a comodidades, por supuesto, muchas comodidades...

—¡Qué asco! —exclamó Violín—. Parece más aburrido que la muerte. No cuentes conmigo.

El dios pareció ladear la cabeza.

—A decir verdad, zapador, no te debo nada. Solo la aptoriana habla en tu defensa y el caso es que ha adquirido cierta... influencia. Y supongo, claro está, que eres un soldado leal. ¿Quieres volver con los Abrasapuentes?

—No.

Kalam volvió la cabeza sorprendido y vio que su amigo tenía el entrecejo fruncido.

—De camino a la fortaleza de Mock —explicó el zapador—, oímos a un grupo de soldados durante el cambio de guardia; parece que en el puerto de Malaz hay un último destacamento de reclutas que va a reunirse con Tadore —agregó, mirando a los ojos de Kalam—. Lo siento, cabo, pero me apetece involucrarme en aplastar la rebelión en tu tierra. De modo que voy a alistarme... de nuevo.

Kalam extendió una mano manchada de sangre.

—Entonces conserva la vida, es lo único que te pido.

El zapador asintió.

—Con semejantes soldados, no es sorprendente que conquistáramos medio mundo —suspiró Tronosombrío—. No, Violín, no bromeo. En esta ocasión, no hago burla. Aunque Laseen no merece a alguien como tú. No obstante, cuando esta bruma se disipe, te encontrarás en el callejón detrás de la taberna de Smiley.

—Encantado, Kellanved. Te doy las gracias.

Al cabo de un momento, el zapador había desaparecido.

El asesino miró a Tronosombrío con ojos cansados.

—Espero que comprendas que no intentara matar a Laseen; mi cacería ha terminado. En realidad, siento la tentación de advertiros a ti y a Cotillion que la dejéis en paz; dejad el Imperio a la emperatriz. Tú ya tienes el tuyo, aquí mismo...

—¿La tentación de advertirnos, has dicho? —preguntó el dios, acercándose—. Retráctate, Kalam, si no quieres lamentarlo —dijo la forma envuelta en tinieblas, antes de volver a retirarse—. Hacemos lo que nos place. Nunca lo olvides, mortal.

Minala se acercó a Kalam y colocó una mano temblorosa sobre su hombro sano.

—Los obsequios de los dioses me ponen nerviosa —susurró—. Especialmente este.

Kalam asintió, completamente de acuerdo.

—¡No seas huraño! —dijo Tronosombrío—. Mi oferta sigue en pie. Un refugio, una verdadera oportunidad para aposentarse. Marido y mujer, ¡ja, ja! Mejor dicho, ¡padre y madre! Y lo mejor del caso, es que no tendréis que esperar a tener vuestros propios hijos, ¡la aptoriana ha encontrado algunos para vosotros!

De pronto se disipó la niebla a su alrededor y, tras la aptoriana y la criatura a su cargo, vieron un campamento variopinto sobre la cima de una pequeña colina. Pequeñas figuras deambulaban entre las hileras de tiendas. Había numerosas hogueras de leña humeantes.

—Deseáis su bienestar —dijo Tronosombrío entre dientes, lleno de regocijo—. O eso asegura la aptoriana. Ahora son vuestros. ¡Vuestros hijos os esperan, Kalam Mekhar y Minala Eltroeb, todos, los mil trescientos!

CAPÍTULO 24



El sacerdote del dios ancestral Mael
sueña mares crecientes...

Crepúsculo
Sethand

El túnel rotatorio del torbellino desembocó en la llanura con una explosión de polvo transportado por el viento. Las hierbas delante de Sha'ik, que encabezaba la columna, eran ásperas y de un extraño color negro. Al cabo de unos momentos, redujo la velocidad de su montura. Lo que al principio le habían parecido piedras redondeadas que se extendían en todas direcciones, se percató ahora de que eran cadáveres que se descomponían al sol. Habían aterrizado en un campo de batalla, uno de los últimos combates entre Korbolo Dom y Coltaine.

Las hierbas estaban negras por la sangre seca. Aquí y allá revoloteaban las políñeras. Las moscas zumbaban alrededor de los cuerpos hinchados por el calor. El hedor era apabullante.

—Almas destrozadas —dijo Heboric junto a ella.

Sha'ik echó una ojeada al viejo y luego llamó a Leoman para que se acercara.

—Reúne un equipo de exploradores —dijo al guerrero del desierto—. Averigüad lo que hay más adelante.

—Más adelante está la muerte —dijo Heboric, estremeciéndose a pesar del calor.

—Ya estamos en su seno —refunfuñó Leoman.

—No, esto no es nada —respondió el antiguo sacerdote, al tiempo que dirigía a Sha'ik la mirada de sus ojos invidentes—. Korbolo Dom... ¿qué ha hecho?

—No tardaremos en descubrirlo —declaró Sha'ik, mientras le indicaba a Leoman que se anticipara con su tropa.

El Ejército del Apocalipsis avanzaba desde la senda del Torbellino. Sha'ik había destinado a cada uno de sus tres magos a un batallón; prefería que estuvieran separados y alejados de ella. No les había complacido en demasía la orden de avanzar y ahora percibía que los tres hechiceros indagaban más adelante con sus sensibilidades realzadas; indagaban y luego retrocedían asustados. El primero fue L'oric, seguido de Bidithal y por último de Febryl. De las tres fuentes llegaron ecos de un horror espantoso.

Y si me lo propusiera, podría hacer lo mismo. Extender unos dedos invisibles para palpar lo que hay más adelante. Pero no quería hacerlo.

—Hay preocupación en ti, muchacha —susurró Heboric—. ¿Lamentas ahora por fin las decisiones que has tomado?

¿Lamentarlas? Por supuesto. Empezando por la feroz discusión que tuve con mi hermana en Unta, una rencilla entre hermanas que fue demasiado lejos. Una niña dolida... que acusa a su hermana de haber matado a sus padres. Primero al padre y luego a la madre. Una niña dolida que había perdido todas las razones para sonreír.

—Ahora tengo una hija.

Percibió que la atención del viejo se centraba de pronto en ella, preguntándose por ese extraño giro de rumbo en

sus pensamientos y luego, con lentitud y angustia, llegando a comprenderlo.

—Y le he dado un nombre —prosiguió Sha'ik.

—Todavía no lo he oído —dijo el viejo, midiendo sus palabras como si caminara sobre hielo.

Sha'ik asintió. Leoman y sus exploradores habían desaparecido tras la primera cuesta, donde se distinguía una ligera humareda y se preguntó por su augurio.

—Raramente habla. Pero cuando lo hace, Heboric, tiene el don de la palabra. El acierto de un poeta. En cierto sentido, lo que yo pude haber sido, dada la libertad...

—El don de la palabra, dices. Un don para ti, pero puede que para ella sea una maldición que poco tenga que ver con la libertad. Algunas personas intimidan sin proponérselo. Esas personas suelen ser muy solitarias. Están solas en sí mismas, Sha'ik.

Leoman reapareció y detuvo su caballo en la cima. Se limitó a observar cómo Sha'ik avanzaba con su ejército, sin hacer ninguna señal para que aceleraran el paso.

Al momento apareció otro grupo de jinetes junto al guerrero del desierto. Eran desconocidos, con estandartes tribales. Dos de los recién llegados llamaron la atención de Sha'ik. Estaban demasiado lejos para distinguir sus facciones, pero los reconoció de todos modos: Kamist Reloe y Korbolo Dom.

—No se sentirá sola —dijo Sha'ik, dirigiéndose a Heboric.

—Entonces no te acongojes —respondió el antiguo sacerdote—. Su tendencia será a observar, más que a participar. El misterio se presta al alejamiento.

—No me siento intimidada, Heboric —dijo Sha'ik, sonriendo para sus adentros.

Se acercaron a los jinetes de la colina. La atención del viejo seguía fija en Sha'ik, mientras conducían sus caballos por la suave pendiente.

—Además —prosiguió Sha'ik—, comprendo bastante bien el alejamiento.

—La has llamado Felisin, ¿no es cierto?

—Así es —respondió, volviendo la cabeza para mirar a sus ojos invidentes—. ¿No te parece un buen nombre? Encierra tanta... promesa. Una fresca inocencia, como deberían verla los padres en su hijo, esos ojos brillantes, anhelantes...

—No sabría decirte —dijo Heboric.

Vio rodar las lágrimas por sus curtidas mejillas tatuadas, sin sentirse vinculada a su significado, pero comprendiendo que su observación no pretendía ser una condena. *Solo una pérdida.*

—Oh, Heboric, no merece afligirse.

De haber reflexionado unos instantes antes de pronunciar esa sentencia, se habría percatado de que aquellas palabras destrozarían al anciano más que otras cualesquiera. Su cuerpo se estremecía y pareció hundirse dentro de sí mismo ante sus propios ojos. Extendió una mano que él no podía ver, casi llegó a tocarlo, pero entonces la retiró y en aquel instante supo que un momento de curación se había perdido.

¿Arrepentimientos? Muchos. Inacabables.

—¡Sha'ik! ¡Veo a la diosa en tus ojos!

La triunfal alegación procedía de Kamist Reloe, con el rostro iluminado a pesar de que parecía contorsionado por la tensión. Sin prestar atención al mago, Sha'ik fijó su mirada en Korbolo Dom. *Medio napan, me recuerda a mi viejo tutor, incluso en el frío desdén de su expresión. Ese hombre no tiene nada que enseñarme.* A su alrededor

estaban los caudillos de las diversas tribus leales a la causa. Había algo parecido al espanto en sus semblantes, indicios de horror. Apareció ahora otro jinete, sentado serenamente sobre un mulo, con los ropajes de seda propios de un sacerdote. Era el único que no parecía alterado y Sha'ik sintió un escalofrío de inquietud.

Leoman se había situado ligeramente apartado del grupo. Sha'ik ya percibía la oscura agitación que bullía entre el guerrero del desierto y Korbolo Dom, el puño renegado.

Con Heboric junto a ella, llegó a la cima y descubrió lo que había más allá. En primer plano había un pueblo arrasado: una serie de casas y edificios dispersos humeantes, caballos muertos, soldados muertos. La entrada de piedra al camino de Aren estaba ennegrecida por el humo.

El camino, con árboles a ambos lados, se extendía en descenso uniforme hacia el sur.

Sha'ik espoleó suavemente su caballo. Heboric la emuló, en silencio y con los hombros caídos, temblando a pesar del calor. Leoman se situó en la otra parte y se acercaron a la puerta de Aren.

El grupo avanzó tras ellos, en silencio.

—¿Ves en lo que se ha convertido esta orgullosa puerta, Vidente? Las puertas de Aren del Imperio malazano son ahora las puertas del Embozado. ¿Ves el significado? ¿Ves...?

—¡Silencio! —ordenó Korbolo Dom.

Eso, silencio. Deja que el silencio relate esta historia.

Después de cruzar la fresca sombra de la puerta, llegaron a los primeros árboles, a los primeros cuerpos hinchados en descomposición clavados a sus troncos. Sha'ik se detuvo.

Los exploradores de Leoman se acercaban al galope. Enseguida llegaron y se detuvieron.

—Informe —ordenó Leoman.

—Ningún cambio —respondió uno de los cuatro pálidos rostros—. Más de tres leguas, hasta donde alcanzamos a ver. Son... millares.

Heboric guió a su caballo a un lado, se acercó al árbol más próximo y levantó la cabeza para examinar el cadáver más cercano con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está tu ejército, Korbolo Dom? —preguntó Sha'ik sin volver la cabeza, después de un interminable minuto de silencio.

—Acampado cerca de la ciudad...

—¿Entonces no has logrado tomar Aren?

—Así es, Vidente, no lo hemos logrado.

—¿Y la consejera Tavore?

—La flota ha llegado a la bahía, Vidente.

¿Cómo te sentará eso, hermana?

—Los ilusos se rindieron —declaró Korbolo Dom, en un tono que delataba su propia incredulidad—, por orden del puño supremo Pormqual. Y lo que solía ser la fuerza del Imperio, se ha convertido ahora en su nueva debilidad: los soldados obedecieron su orden. El Imperio ha perdido a sus grandes líderes...

—¿De veras? —preguntó Sha'ik, por fin mirándole a la cara.

—Coltaine fue el último de ellos, Vidente —afirmó el puño renegado—. Esta nueva consejera no ha sido puesta a prueba; por el aliento del Embozado, es de sangre noble. ¿Quién la espera en Aren? ¿Quién la aconsejará? El Séptimo ha desaparecido. El ejército de Pormqual ya no existe. Tavore solo cuenta con un ejército de reclutas, a punto de enfrentarse a fuerzas veteranas tres veces

superiores en número. La emperatriz ha perdido el juicio, Vidente, si cree que esa advenediza de pura sangre volverá a conquistar Siete Ciudades.

Sha'ik dejó de mirarlo para contemplar el camino de Aren.

—Retira tu ejército, Korbolo Dom. Reúnelo aquí con mis fuerzas.

—¿Vidente?

—El Apocalipsis tiene un solo comandante, Korbolo Dom. Obedece mi orden.

Y una vez más, el silencio cuenta su historia.

—Por supuesto, Vidente —dijo por fin entre dientes el puño renegado.

—Leoman.

—¿Vidente?

—Acampa aquí a nuestra gente. Ordénales enterrar a los muertos en la llanura.

—Y cuando nos hayamos reunido, ¿qué te propones? —preguntó Korbolo Dom, después de aclararse la garganta.

¿Proponer?

—Nos enfrentaremos a Tavore. Pero no será ella, sino yo, quien elija el momento y el lugar. Regresaremos a Raraku —agregó, después de una pausa.

Sha'ik ignoró los gritos de sorpresa y de decepción, ignoró las preguntas que le formularon, incluso cuando se convirtieron en exigencias. *Raraku, el corazón de mi recién hallado poder. Necesitaré ese abrazo... para poder derrotar este miedo, este terror, hacia mi hermana. Oh, diosa, guíame ahora...*

Al no recibir respuesta, las protestas enmudecieron lentamente. Arreciaba el viento, que aullaba por las puertas a su espalda.

—¿Quién es este? —preguntó Heboric, por encima del ruido del viento—. No veo nada, no siento nada. ¿Quién es ese hombre?

—Un anciano, Sin Manos —dijo por fin el corpulento sacerdote, con sus ropajes de seda—. Un simple soldado. Uno entre decenas de millares.

Heboric volvió lentamente la mirada de sus relucientes ojos blanquecinos.

—¿Oyes... oyes la risa de un dios? ¿Oye alguien la risa de un dios?

El sacerdote jhistal ladeó la cabeza.

—Lo único que oigo es el viento.

Sha'ik miró a Heboric con el entrecejo fruncido. De pronto tenía un aspecto tan... pequeño.

Al cabo de un instante dio media vuelta con su caballo.

—Ha llegado el momento de marcharse. Habéis recibido vuestras órdenes.



Heboric fue el último, sentado indefenso sobre su caballo, con la mirada fija en un cadáver que no le decía nada. No cesaba la risa en su cabeza, la risa impregnada en el viento que soplaba por la puerta de Aren a su espalda.

¿Qué es lo que se supone que no debo ver? ¿Eres tú, Fener, quien me ha cegado definitivamente ahora? ¿O es ese forastero de jade que fluye en silencio dentro de mí? ¿Es esto una broma cruel... o alguna clase de misericordia?

Observa en qué se ha convertido tu díscolo hijo, Fener, y ten por seguro que deseo regresar a casa.

Deseo volver a casa.



El comandante Blistig estaba en el parapeto, observando a la consejera y a su séquito ascender por la escalinata de piedra caliza que conducía a la puerta del palacio, exactamente debajo de donde él se encontraba. No era tan madura como a él le habría gustado, pero incluso a esa distancia percibió algo de la dureza que se le atribuía. Una joven atractiva caminaba junto a ella, la asistente y amante de Tavore, según se decía, pero Blistig no recordaba haber oído nunca su nombre. Al otro lado de la consejera se encontraba el capitán de la guardia de su propia familia, un hombre llamado Gimlet. Tenía aspecto de veterano y eso resultaba reconfortante.

—No ha habido suerte, comandante —dijo el recién llegado capitán Keneb.

Blistig frunció el entrecejo y luego dio un suspiro. La tripulación del buque abrasado había desaparecido, casi inmediatamente después de atracar y descargar a los soldados heridos del Séptimo de Coltaine. El comandante de la guarnición quería que estuvieran presentes a la llegada de la consejera, sospechaba que Tavore desearía interrogarlos. *Y el Embozado sabe que esos bastardos irreverentes merecen una buena reprimenda...*

—Los supervivientes del Séptimo están formados para su inspección —dijo Keneb.

—¿Incluidos los wickanos?

—Sí y entre ellos los dos hechiceros.

Blistig se estremeció a pesar del calor sofocante. Eran una pareja aterradora. Tan fríos, tan silenciosos. *Dos niños*

que no lo son.

Y Bizco seguía desaparecido; el comandante sabía perfectamente que con toda probabilidad nunca volvería a verle. Heroísmo y asesinato en una sola acción era algo difícil de asumir para cualquiera. Solo albergaba la esperanza de que no encontraran al viejo arquero flotando bocabajo en el puerto.

Keneb se aclaró la garganta.

—Esos supervivientes, señor...

—Lo sé, Keneb, lo sé.

Están destrozados. Por el amor de la reina, completamente destrozados. Reparar la carne solo ayuda hasta cierto punto. No obstante, tengo mis propios problemas con la guarnición; nunca he visto a una compañía tan... crispada.

—Deberíamos bajar, señor; la consejera está casi en la puerta.

—Sí, vamos a recibir a la consejera Tavore —suspiró Blistig.



Mappo depositó a Icarium con sumo cuidado sobre la suave arena de la concavidad. A continuación, instaló una lona sobre su amigo inconsciente, suficiente para proporcionarle sombra, pero poco podía hacer respecto al hedor a putrefacción que impregnaba el aire inmóvil. No era uno de los mejores olores para cuando despertara el jhag...

El poblado arrasado estaba ahora a su espalda y la sombra del portal negro no llegaba al lugar donde Mappo

había acampado, junto al camino con sus horrendos centinelas. Hacía ahora ya varios días que la senda Azath los había expulsado diez leguas al norte. El trell había llevado en todo momento a Icarium en brazos, buscando un lugar libre de muerte; a estas alturas tenía la esperanza de haberlo encontrado. Pero por el contrario, el horror había empeorado.

Mappo se incorporó al oír el traqueteo de las ruedas del carromato en la calzada. Entornó los párpados contra el resplandor. Un solo buey tiraba de un carro por el camino de Aren. Había un hombre sentado en el banco con los hombros caídos y cierto movimiento a su espalda: otros dos hombres agachados en el carro, ocupados en alguna tarea imperceptible.

Avanzaban con lentitud, porque el carretero paraba el carro en todos los árboles, y pasaba más o menos un minuto con la mirada fija en los cuerpos clavados en sus troncos, antes de avanzar hasta el próximo.

Mappo cogió su bolsa y se les acercó.

Al verlo, el carretero paró el carro y tiró de la palanca del freno. Con toda parsimonia llevó la mano tras el asiento, levantó una enorme espada de sílex y la colocó sobre su regazo.

—Si buscas problemas, trell —refunfuñó el carretero—, retírate o lo lamentarás.

Al mismo tiempo se incorporaron los otros dos, ambos armados con ballestas.

Mappo dejó la bolsa en el suelo y levantó las manos. Aquellos tres hombres tenían un aspecto extraño y el trell intuyó un poder oculto e inquietante.

—Todo lo contrario de problemas, os lo aseguro. Hace días que camino entre los muertos y vosotros sois las primeras personas que he visto desde entonces. Tropezar

con vosotros ha sido un alivio, porque temía haberme perdido en una de las pesadillas del Embozado...

El carretero se rascó su barba roja.

—Yo diría que estás en una —dijo al tiempo que soltaba la espada y volvía la cabeza—. Todo tranquilo, cabo. Además, puede que lleves algunos vendajes que puedas darnos a cambio de otra cosa.

El mayor de los dos pasajeros saltó al suelo y se acercó a Mappo.

—¿Tenéis soldados heridos? —preguntó el trell—. Yo poseo cierta habilidad para curar.

La sonrisa del cabo transmitía tensión, pena.

—No creo que quieras desperdiciar tus habilidades. No llevamos personas heridas en el carro, sino dos perros.

—¿Perros?

—Así es. Los encontramos en la Ladera. Al parecer el Embozado los ha rechazado... por lo menos de momento. Personalmente, no alcanzo a comprender que sigan vivos, con tantos cortes y agujeros... —respondió, moviendo la cabeza.

El carretero también se había apeado y avanzaba hacia el final del camino, examinando todos y cada uno de los cadáveres antes de proseguir.

—¿Buscáis a alguien? —preguntó Mappo, gesticulando en dirección al carretero.

—Sí —dijo el cabo—, pero los cuerpos están muy descompuestos y es difícil tener la seguridad. Aunque Tormenta asegura que lo reconocerá cuando lo vea, si está ahí.

—¿Hasta dónde llega? —preguntó Mappo, con una ojeada al interminable camino de Aren.

—Todo el camino, trell. Diez mil soldados, más o menos.

—Y los habéis...

—Inspeccionado todos —dijo el cabo, con los ojos entrecerrados—. Bueno, en cualquier caso, Tormenta está examinando ahora los últimos. ¿Sabes?, aunque no buscáramos a nadie en particular... bueno, por lo menos... —Se encogió de hombros.

Mappo desvió la mirada, con tensión en su propia cara.

—Tu amigo ha mencionado algo llamado la Ladera. ¿Qué es?

—El lugar donde Coltaine y el Séptimo fueron abatidos. Los perros han sido los únicos supervivientes. Coltaine condujo a treinta mil refugiados desde Hissar hasta Aren. Era imposible, pero lo hizo. Salvó a esos bastardos desagradecidos y su recompensa consistió en ser aniquilado a menos de quinientos pasos de las puertas de la ciudad. Nadie lo ayudó, trell —dijo el cabo, mirando a los ojos de Mappo—. ¿Te lo imaginas?

—Me temo que no sé nada de los sucesos que me describes.

—Lo suponía. Solo el Embozado sabe dónde habrás estado escondido últimamente.

Mappo asintió. Luego, al momento, suspiró.

—Echaré una ojeada a vuestros perros, si lo deseáis.

—De acuerdo, pero no albergamos muchas esperanzas. El caso es que el crío les ha cogido cariño, si comprendes a lo que me refiero.

El trell se acercó al carro y subió.

Encontró al muchacho agachado sobre una masa roja de huesos y carne desgarrada, intentando ahuyentar débilmente las moscas.

—Por la misericordia del Embozado —susurró Mappo, examinando lo que en otro momento había sido un sabueso—. ¿Dónde está el otro?

El joven levantó un trozo de tela y le mostró alguna especie de perro faldero. Sus cuatro patas habían sido deliberadamente fracturadas. Sus heridas estaban cubiertas de pus y el animal temblaba debido a la fiebre.

—El pequeño —dijo el joven, en un tono impregnado de aflicción y perplejidad—, yacía sobre el otro.

—Ninguno de ellos sobrevivirá, muchacho —dijo Mappo—. El grande debería haber muerto hace mucho tiempo, puede que ya lo haya hecho...

—No, no, está vivo. Siento su corazón, pero más lento. Late cada vez más despacio y no podemos hacer nada. Gesler dice que deberíamos ayudarlo en esa disminución, que deberíamos poner fin a su dolor, pero tal vez... tal vez...

Mappo observó al chico afanarse sobre las indefensas criaturas, secando sus heridas con un paño empapado de sangre entre los largos dedos de sus casi delicadas manos. Al cabo de un momento el trell se incorporó y volvió despacio la cabeza para contemplar el vasto camino. Oyó un grito a su espalda, cerca de la puerta, y se percató de que el cabo llamado Gesler corría para reunirse con Tormenta.

Ah, Icarium. Pronto despertarás y yo seguiré afligido y eso te inducirá a hacerte preguntas... Mi aflicción empieza por ti, amigo, por tus recuerdos perdidos, no recuerdos de horror, sino de dones otorgados con tanta libertad... Demasiados muertos... ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo lo explicarías tú, Icarium?

Se quedó un buen rato con la mirada fija en el camino de Aren. A su espalda, el joven estaba agachado sobre el cuerpo del sabueso, mientras unas pisadas de botas se acercaban lentamente por el camino. El carro se inclinó cuando Tormenta subía al banco. Gesler se montó en la caja, con el rostro inexpresivo.

—¿Lo has encontrado, Gesler? —preguntó el joven, levantando la cabeza—. ¿Lo ha encontrado Tormenta?

—No. Lo creí por un momento... pero no. No está aquí, muchacho. Hora de regresar a Aren.

—Bendita sea la reina —dijo el joven—. Entonces todavía hay esperanza.

—Sí, Verdad, quién sabe, quién sabe.

El chico, Verdad, volvió a centrar su atención en el sabueso.

Mappo giró despacio la cabeza, miró al cabo y vio la mentira escrita con toda claridad en sus ojos. El trell asintió.

—Gracias de todos modos por echar una ojeada a los perros —dijo Gesler—. Sé que están acabados. Supongo que queríamos... bueno, nos habría gustado... —Su voz se perdió en la lejanía y se encogió de hombros—. ¿Quieres que te llevemos a Aren?

Mappo movió la cabeza y se apeó del carro para quedarse al borde del camino.

—Te agradezco la oferta, cabo. Los de mi clase no somos bien recibidos en Aren, de modo que me quedo.

—Como quieras.

Los observó mientras daban la vuelta al carro.

Cómo explicar esto...

Habían recorrido treinta pasos cuando el trell los llamó. Se detuvieron, Gesler y Verdad se incorporaron para ver a Mappo acercarse corriendo, sin dejar de hurgar en su macuto.



Iskaral Pust descendió por el polvoriento sendero cubierto de piedras. Se detuvo para rascarse vigorosamente bajo su ropa harapienta, primero en un lugar, luego en otro y otro. Tras un instante, gritó y empezó a arrancarse la ropa.

Arañas. Centenares de arañas que el sacerdote supremo se sacudía de encima, caían al suelo y se ocultaban en grietas y ranuras.

—¡Lo sabía! —exclamó Iskaral—. ¡Lo sabía! ¡Muéstrate si te atreves!

Las arañas aparecieron de nuevo, corriendo sobre la tierra abrasada por el sol.

Con la respiración entrecortada, el sacerdote supremo retrocedió tambaleándose y vio que el d'ivers tomaba forma humana. Se encontró cara a cara con una mujer enjuta y nervuda de pelo negro. A pesar de que era un par de centímetros más baja que él, su tipo y sus facciones tenían un parecido asombroso con los suyos. Iskaral Pust frunció el entrecejo.

—¿Creías haberme engañado? ¡Pensabas que no sabía que merodeabas por los alrededores!

—¡Te tuve engañado! —exclamó la mujer con desdén—. ¡Hay que ver cómo cazabas! ¡Idiota zoquete! ¡Como todos los hombres dalhonesios que he conocido! ¡Un zoquete idiota!

—Solo una mujer dalhonesia lo diría...

—¿Y quién puede saberlo mejor?

—¿Cómo te llamas, d'ivers?

—Mogora, y hace meses que estoy contigo. ¡Meses! ¡Estaba allí cuando plantaste la pista falsa, te vi pintar aquellas manos y pisadas en las rocas! ¡Te vi mover aquella

piedra al borde del bosque! ¡Puede que los de mi especie sean idiotas, pero yo no lo soy!

—¡Nunca llegarás a la puerta verdadera! —exclamó Iskaral Pust—. ¡Nunca!

—¡No es lo que quiero!

Fijó la mirada de sus ojos entrecerrados en sus facciones aguileñas y empezó a dar vueltas a su alrededor.

—No me digas —canturreó—. ¿Por qué será?

Mientras giraba para tenerle delante de ella, se cruzó de brazos y lo contempló con altanería.

—Escapé de Dal Hon para huir de los idiotas. ¿Por qué querría convertirme en ascendiente?, ¿solo para gobernar a otros idiotas?

—Eres una verdadera arpía dalhonesia. ¡Rencorosa, condescendiente, una bruja desdeñosa en todos los sentidos!

—Y tú eres un dalhonesio zopenco. Maquinador, artificioso, falso...

—¡Tus palabras significan todas lo mismo!

—¡Y tengo muchas más!

—Oigámoslas.

Empezaron a avanzar por el sendero y Mogora prosiguió con su letanía:

—Mentiroso, embustero, ladrón, falso...

—¡Esa ya la habías dicho!

—¿Qué importa? Falso, manipulador, escurridizo...



El enorme dragón no muerto se elevó en silencio de su posición privilegiada en la cima del altiplano, extendiendo el

brillo de sus alas a la luz del sol, a pesar de que la membrana filtrara su color. Unos apagados ojos negros miraron a las dos siluetas que avanzaban con dificultad hacia la cara del precipicio.

La atención fue momentánea. Entonces una antigua senda se abrió ante el animal volador, se lo tragó entero y luego desapareció.



Iskaral Pust y Mogora se quedaron un momento más con la mirada fija en aquel punto del firmamento. En el rostro del sacerdote supremo se dibujó una media sonrisa.

—¿De modo que no te engañaste? Has venido a proteger la puerta verdadera. Siempre consciente de tus obligaciones, t'lan imass. ¡Los adivinos con vuestros secretos me volvéis loco!

—Tú naciste loco —farfulló Mogora.

Sin prestarle atención, Iskaral siguió dirigiéndose al ahora desaparecido dragón.

—Ya ha pasado la crisis, ¿no es cierto? ¿Podrías haber resistido a todos esos hijos tuyos? ¡No sin Iskaral Pust, claro que no! ¡No sin mí!

Mogora soltó una desdeñosa carcajada.

Iskaral le echó una mirada despiadada y avanzó correteando.

Después de detenerse bajo la única ventana abierta en lo alto de la torre, chilló:

—¡Estoy en casa! ¡Estoy en casa!

Las palabras retumbaron con tristeza, antes de perderse en la lejanía.

El sacerdote supremo de Sombra empezó a bailar sin moverse del sitio, demasiado agitado para estarse quieto, y siguió bailando durante un minuto y luego otro. Mogora lo observaba, con una ceja arqueada.

Por fin se asomó a la ventana una pequeña cabeza color castaño y miró hacia abajo.

Los colmillos que exhibía podían ser una sonrisa, pero Iskaral Pust no podía estar seguro de ello. Nunca podría estar seguro de ello.

—Oh, mira —susurró Mogora—, uno de tus fieles aduladores.

—Tienes mucha gracia.

—Lo que tengo es hambre. ¿Quién va a preparar la comida, ahora que Sirviente se ha ido?

—Tú, naturalmente.

Se puso furiosa. Iskaral Pust observó sus payasadas con una ligera sonrisa en los labios. *Me alegra comprobar que no he perdido mi encanto...*



El enorme carromato ornamentado estaba envuelto en una nube de polvo lejos del camino, y los caballos, aterrorizados, coceaban y agitaban sus cabezas.

Dos criaturas patizambas, de dos palmos y medio de altura, se apearon correteando del carromato y se desplazaron sosegadamente hacia el camino, con sus largos brazos extendidos a los lados. Su aspecto externo era el de bhok'arala, con sus pequeños rostros fruncidos al entrecerrar los ojos para protegerse del sol radiante. Pero hablaban daru.

—¿Estás seguro? —preguntó el más bajo de la pareja.

—Yo soy quien está vinculado, ¿no es cierto? No tú, Irp, no tú —exclamó el otro frustrado—. Baruk nunca sería tan iluso como para encargarte ninguna tarea, salvo como peón.

—Estás en lo cierto, Rudd. Como peón. Eso lo hago bien, ¿no es cierto? Como peón. Peón, peón, peón... ¿Estás seguro? ¿Realmente seguro?

Ascendieron por la pendiente y se acercaron al último de los árboles que flanqueaban el camino. Ambos se agacharon en silencio y miraron fijamente el cuerpo en descomposición clavado al tronco.

—No veo nada —susurró Irp—. Creo que te equivocas. Creo que lo has perdido, Rudd, y te niegas a reconocerlo. Creo...

—Estoy a una palabra de matarte, Irp, te lo juro.

—De acuerdo. Tengo una buena muerte, ¿sabes? Peón, jadeo, peón, suspiro... peón.

Rudd se acercó sin ninguna prisa a la base del árbol, con los escasos pelos de su lomo erizados como único indicio de su enojo. Trepó hasta el pecho del cadáver y hurgó con una mano bajo su podrida camisa. Arrancó un trozo de tela manchado y harapiento. Al abrirlo, frunció el entrecejo.

—¿Qué es? —preguntó Irp desde el suelo.

—Aquí hay un nombre escrito.

—¿Cuál?

—Sa'yless Lorthal —respondió Rudd, encogiéndose de hombros.

—Eso es un nombre de mujer. Pero eso no es una mujer, ¿verdad?

—¡Claro que no! —exclamó Rudd, antes de volver a dejar el trozo de tela debajo de la camisa—. Los mortales son

extraños —susurró, mientras empezaba a buscar de nuevo bajo la camisa.

Poco tardó en encontrar lo que buscaba y sacó una pequeña botella de cristal ahumado.

—¿Y bien? —preguntó Irp.

—Desde luego se rompió —respondió Rudd con satisfacción—. Veo las rajadas.

Se acercó, mordió la correa, agarró el frasco con una mano y bajó. Acurrucado al pie del árbol, lo levantó en dirección al sol y miró a través del cristal.

Irp refunfuñó.

Entonces Rudd se lo llevó junto a una de sus puntiagudas orejas y lo agitó.

—¡Sí! ¡Está ahí!

—Bien, vámonos...

—Todavía no. El cuerpo va con nosotros. Los mortales son particulares en este sentido; no querrá otro. Por tanto, cógelo, Irp.

—¡No queda nada de esa maldita cosa! —exclamó Irp.

—Mejor, así pesará menos, ¿no te parece?

Sin dejar de quejarse, Irp trepó y empezó a retirar los clavos.

Rudd oía sus quejidos con satisfacción y luego se estremeció.

—¡Date prisa, maldita sea! Este lugar es inquietante.



El jhag pestañeó, abrió los ojos y enfocó lentamente la mirada en el ancho rostro bestial que lo observaba desde arriba. A continuación, perplejo, lo reconoció.

—Trell, Mappo. Amigo mío.

—¿Cómo te sientes, Icarium?

Se movió un poco e hizo un gesto de dolor.

—Estoy... herido.

—Sí. Me temo que di mis dos últimos elixires y no he podido curarte debidamente.

Icarium logró sonreír.

—Estoy seguro, como siempre, de que la necesidad era grande.

—Me temo que tal vez no estés de acuerdo. Salvé la vida de dos perros.

Aumentó la sonrisa de Icarium.

—Debían de ser animales que se lo merecían. Me gustará que me lo cuentes. Ayúdame, por favor.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Mappo le ofreció su ayuda, mientras se esforzaba por ponerse de pie. El jhag se tambaleó y luego encontró el equilibrio. Levantó la cabeza para mirar a su alrededor.

—¿Dónde... dónde estamos?

—¿Qué recuerdas?

—Recuerdo... Nada. Sí, espera. Habíamos visto un demonio... Era una aptoriana y decidimos seguirla. Sí, eso lo recuerdo. Eso.

—Pues ahora estamos mucho más al sur, Icarium. Expulsados de una senda. Te golpeaste la cabeza contra una roca y perdiste el conocimiento. Seguir a aquella aptoriana fue un error.

—Evidentemente. ¿Cuánto... cuánto hace?

—Un día, Icarium. Solo un día.

El jhag se había estabilizado, recuperando claramente sus fuerzas hasta que a Mappo le pareció oportuno soltarlo, pero sin retirar la mano de su hombro.

—Al oeste de aquí se encuentra Jhag Odhan —dijo el trell.

—Bien, buena dirección. Reconozco, Mappo, que en esta ocasión me siento cerca. Muy cerca.

El trell asintió.

—¿Está amaneciendo? ¿Has recogido nuestro campamento?

—Sí, aunque sugiero que hoy caminemos una distancia corta, hasta que te hayas recuperado plenamente.

—Sensata decisión.

Tardaron otra hora en estar listos para emprender la marcha, porque Icarium precisaba engrasar su arco y afilar su espada. Mappo esperó pacientemente sentado sobre una piedra, hasta que el jhag por fin se levantó, lo miró y asintió.

Se dirigieron al oeste.

Al cabo de un rato, cuando caminaban por la llanura, Icarium dirigió la mirada a Mappo.

—¿Qué haría yo sin ti, amigo mío?

Se frunció el nido de arrugas que rodeaba los ojos del trell y luego sonrió compungido mientras consideraba la respuesta.

—No quiero ni pensarlo.

Cuando llegaron al páramo conocido como Jhag Odhan, ante ellos se extendía hasta el infinito la llanura.

EPÍLOGO



Los duendecillos del Embozado se revelan
al anfitrión desordenado.
Susurros de muertes
en un coro que aletea.

La música severa tiene su propia
belleza, pues la canción de la ruina
es la más fértil.

Canto fúnebre wickano
Pescador

La joven viuda salió de la choza de la curandera de caballos hacia la pradera, más allá del campamento, con un pequeño frasco de arcilla en las manos. El firmamento estaba vacío y, para ella, carente de vida. Pisaba fuerte con sus pies descalzos, entre cuyos dedos se enredaba la hierba amarillenta.

Después de caminar treinta pasos se puso de rodillas, con la mirada en la vasta llanura wickana, las manos sobre

su abultada barriga, y el frasco de la curandera suave, pulido y cálido bajo su callos.

La búsqueda había finalizado, la conclusión era ineludible. El niño en sus entrañas estaba... vacío. Un objeto sin alma. La visión del rostro pálido y sudoroso de la curandera se elevó para revolotear ante la joven, y sus palabras susurraban como el viento. *Incluso un mago debe cabalgar sobre un alma; los niños que reivindicaban no eran diferentes de los que no reivindicaban. ¿Lo comprendes? Lo que crece en tus entrañas no posee... nada. Ha sido objeto de una maldición, por razones que solo los espíritus conocen.*

El niño en tu interior debe volver a la tierra.

Abrió el frasco. Habría dolor, por lo menos al principio, seguido de un fresco entumecimiento. Nadie del campamento lo observaría, todos mirarían a otro lugar en ese momento de deshonra.

Había una nube de tormenta en el horizonte septentrional. Antes no la había visto. Crecía y se acercaba, oscura y amenazante.

La viuda se llevó el frasco a los labios.

Una mano se posó sobre su hombro y agarró sus muñecas. La joven gritó y al contorsionarse vio a la curandera, con la respiración entrecortada y la mirada fija en la nube tormentosa. El frasco se cayó al suelo. Unas siluetas se desplazaban corriendo desde el campamento hacia las dos mujeres.

La viuda escudriñó el rostro curtido de la anciana y vio miedo y... ¿quizás esperanza?

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

La curandera, con la mirada todavía fija en el norte, parecía incapaz de hablar.

La nube tormentosa oscurecía las ondulantes colinas. La viuda volvió la cabeza y dio un grito ahogado. La nube no era una nube. Era un enjambre, una masa negra en ebullición, que se les acercaba como un gigante a grandes zancadas, con zarcillos que se extendían antes de volver al cuerpo principal.

El terror atenazó a la viuda. Sintió un pinchazo en el brazo cuya muñeca sujetaba la curandera, con tanta fuerza que parecía que fuera a quebrarle los huesos.

¡Moscas! ¡Oh espíritus del abismo! ¡Moscas...!

El enjambre se acercó, cual pesadilla tumultuosa y aleteada.

La curandera lanzó un grito inarticulado de angustia, como si expresara la aflicción de millares de almas. Soltó la muñeca de la viuda y cayó de rodillas.

El corazón de la joven palpitaba de pronto al comprenderlo.

No, no eran moscas. Cuervos. Cuervos, tantos cuervos...

En lo más hondo de sus entrañas, el niño se movió.

GLOSARIO

TRIBUS DEL SUBCONTINENTE DE SIETE CIUDADES

Arak: De Pan'potsun Odhan.

Bhilard: Del este de Nenoth Odhan.

Can'eld: Del nordeste de Ubayrd.

Debrahl: De las regiones del norte.

Dis'bahl: De las colinas de Omari y Nahal.

Gral: De las colinas de Ehrlitan, bajo Pan'potsun.

Kherahn Dhobri: De la llanura de Geleen.

Khundryl: Del oeste de Nenoth Odhan.

Pardu: Del norte de las praderas de Geleen.

Semk: De las estepas y colinas de Karas.

Tithansi: Del sur de Sialk.

Tregyn: Del oeste de Sanimon.

ALGUNAS PALABRAS DEL IDIOMA DE SIETE CIUDADES (BİSBHRA Y DEBRAHL)

Bhok'arala: Monos alados de los acantilados, muy comunes. (Bhok'aral: singular.)

Cuchillo kethra: Arma de lucha.

Dhenrabi: Un gran carnívoro marino.
Dryjhna: El Apocalipsis.
Durhang: Un opiáceo.
Emrag: Cactus comestible.
Emulor: Veneno procedente de unas flores.
Enkar'al: Reptil alado de un tamaño similar al de un caballo (muy raro).
Esanthan'el: Reptil alado de un tamaño similar al de un perro.
Guldindha: Árbol de hoja ancha.
Jegura: Cactus con propiedades medicinales.
Marrok: Hora a la que se duerme la siesta durante la estación seca.
Mezla: Nombre ligeramente peyorativo para designar a los malazanos.
Odhan: Llanura.
Paraltina blanca: Veneno procedente de las arañas.
Poliñeras: Insectos alados carroñeros.
Rhizano: Lagarto alado de un tamaño similar al de una ardilla.
Sawr'ak: Una cerveza ligera que se sirve fría.
Sepah: Pan elaborado sin levadura.
She'gai: Viento cálido de la estación seca.
Simharal: Vendedor de niños.
Tapusepah: Vendedor de pan.
Taputasr: Vendedor de tartas.
Tasr: *Sepah* con miel.
Telaba: Prenda similar a una capa, procedente de los dosii (Dosin Pali).
Tralb: Veneno procedente de los hongos.

TOPÓNIMOS

Aren: Ciudad sagrada y emplazamiento del cuartel general del Imperio.

Balahn, batalla de

Bat'rol: Pequeño pueblo próximo a Hissar.

Cadena de perros: Caravana de Coltaine, formada por soldados y refugiados que se dirigen de Hissar a Aren.

Cadena Gelor, batalla de

Caron Tepasi: Ciudad del interior.

Desierto sagrado de Raraku: Región al oeste de Pan'potsun Odhan.

Dojal Sping, batalla de

Dosin Pali: Ciudad situada en la costa sur de la isla Otataral. A sus habitantes se los conoce como dosii.

Ehrlitan: Ciudad sagrada.

G'danisban: Ciudad próxima a Pan'potsun.

Geleen: Ciudad situada en la costa del mar Clatar.

Guran: Ciudad del interior.

Hissar: Ciudad de la costa este.

Karakarang: Ciudad sagrada de la isla Otataral.

Nenoth, batalla de

Pan'potsun: Ciudad sagrada.

Paso de Vathar (paso de Coltaine, la matanza de Vathar): El día de Pura Sangre,

Mesh'arn tho'ledann.

Paso de Sekala, batalla de

Rutu Jelba: Ciudad portuaria al norte de la isla Otataral.

Sanimon, batalla de

Senda de Manos: Senda de los soletaken y los d'ivers a la ascendencia.

Sialk: Ciudad situada en la costa este.

Tremorlor: La Casa de Azath en la tierra baldía, también conocida como Jhag Odhan.

Ubaryd: Ciudad sagrada situada en la costa sur.

Vin'til Basin: Al sudoeste de Hissar.

MUNDO DE LA HECHICERÍA

SENDAS ACCESIBLES A LOS HUMANOS

Denul: Senda de la Curación.

D'riss: Senda de la Piedra.

Meanas: Senda de la Sombra y la Ilusión.

Rashan: Senda de la Oscuridad.

Ruse: Senda del Mar.

Senda del Embozado: Senda de la Muerte.

Serc: Senda del Firmamento.

Tennes: Senda de la Tierra.

Thyr: Senda de la Luz.

SENDAS ANCESTRALES

Kurald Emurlahn: La senda tiste edur.

Kurald Galain: La senda tiste andii de la Oscuridad.

Omtose Phellack: La senda jaghut.

Starvar Demelain: La senda tiam, la primera senda.

Tellann: La senda t'lan imass.

Cargos y Organizaciones

Abrasapuentes: Legendaria división de élite encuadrada en el Segundo Ejército de Malaz.

Caudillo: Nombre por el que se conoce a Caladan Brood.

Garra: Organización secreta del Imperio de Malaz.

Primera espada del Imperio: Propio de Malaz y de los t'lan imass. Título que se aplica a un campeón imperial.

Puño: Gobernador militar en el Imperio de Malaz.

Puño supremo: Comandante en las campañas de Malaz.

T'lan imass de Kron: Nombre de los clanes que están bajo las órdenes de Kron.

T'lan imass de Logros: Nombre de los clanes que están bajo las órdenes de Logros.

Vidente Painita: Misterioso profeta que rige las tierras al sur de Darujhistan.

PUEBLOS (HUMANOS Y NO HUMANOS)

Barghast (no humanos): Sociedad nómada rural formada por guerreros.

Forkrul assail (no humanos): Pueblo mítico extinto. Es una de las cuatro razas fundadoras.

Jaghut (no humanos): Pueblo mítico extinto. Otra de las cuatro razas fundadoras.

Moranthianos (no humanos): Civilización de estructura militarizada que habita el bosque de las Nubes.

Tiste andii (no humanos): Una raza ancestral.

Tiste edur (no humanos): Una raza ancestral.

T'lan imass: Otra de las cuatro razas fundadoras, ahora inmortales.

Trell (no humanos): Sociedad de pastores guerreros nómadas.

LA BARAJA DE LOS DRAGONES, COMPUESTA POR LOS FATID (Y LOS ASCENDIENTES RELACIONADOS)

Gran Casa de Vida

El Rey
La Reina (Soberana de los Sueños)
El Campeón
El Sacerdote
El Herald
El Soldado
La Tejedora
El Constructor
La Virgen

Gran Casa de Muerte

El Rey (el Embozado)
La Reina
El Caballero (en otros tiempos, Dassem Ultor)
Los Magos
El Herald
El Soldado
La Hilandera
El Constructor
La Virgen

Gran Casa de Luz

El Rey
La Reina
El Campeón
El Sacerdote
El Capitán
El Soldado
La Costurera
El Constructor
La Doncella

Gran Casa de Oscuridad

El Rey
La Reina

El Caballero (hijo de la Oscuridad)

Los Magos

El Capitán

El Soldado

La Tejedora

El Constructor

La Esposa

Gran Casa de Sombra

El Rey (Tronosombrío/Ammanas)

La Reina

El Asesino (La Cuerda/Cotillion)

Los Magos

Los Mastines

Neutrales

Oponn (Bufones de la fortuna, también conocidos como Mellizos del azar)

El Obelisco (Ascua)

La Corona

El Cetro

El Orbe

El Trono

D'ivers: Una orden superior de cambiaformas.

Invocahuesos: Chamán de los t'lan imass.

Otataralita: Mineral rojizo capaz de disipar la magia, extraído de las colinas de Tanno, en Siete Ciudades.

Sendas del Caos: Sendas miásmicas que se extienden entre las demás.

Soletaken: Una orden de cambiaformas.

ASCENDIENTES

Apsalar: Dama de los Ladrones.

Ascua: Dama de la Tierra, la diosa Dormida.

Beru: Señor de las Tormentas.

Caladan Brood: El caudillo.

Cotillion/La Cuerda: El Asesino de la Gran Casa de Sombra.

Dessembrae: Señor de la Tragedia.

D'rek: Gusano del Otoño (a veces conocida como reina de la Enfermedad, véase Poliel).

El dios Tullido: Rey de Cadenas.

El Embozado: Rey de la Gran Casa de Muerte.

Fanderay: La diosa Loba de Invierno.

Fener: El Jabalí (*véase también* Tenneroca).

Gedderone: Señora de la Primavera y el Renacimiento.

Grandes cuervos: Cuervos sustentados por la magia.

Hijo de la Oscuridad/señor de la Luna/Anomander

Rake: Caballero de la Gran Casa de Oscuridad.

Jhess: Reina de los Telares.

Kallor: Rey supremo.

K'rul: Dios ancestral.

Mael: Dios ancestral.

Mastines: Pertenecientes a la Gran Casa de Sombra.

Mowri: Señora de los Mendigos, los Esclavos y los Siervos.

Nerruse: Señora de los Mares Calmos y los Vientos Frescos.

Oponn: Los Bufones, Mellizos del Azar.

Osserc: Señor del Firmamento.

Poliel: Dama de la Pestilencia.

Reina de los Sueños: Reina de la Gran Casa de Vida.

Shedenul/Soliel: Dama de la Salud.

Soliel: Dama de la Curación.

Tenneroca/Fener: El Jabalí de Cinco Colmillos.

Togg (*véase* Fanderay): El Lobo de Invierno.

Trake/Treach: El Tigre del Verano y la Batalla.

Treach: Héroe primero.

Tronosombrío/Ammanas: Rey de la Gran Casa de Sombra.



STEVEN ERIKSON es arqueólogo y antropólogo, y se graduó en el taller de escritura de Iowa. Las novelas de su serie Malaz: El libro de los caídos han sido internacionalmente aclamadas y lo colocan como una de las principales voces de la ficción fantástica.